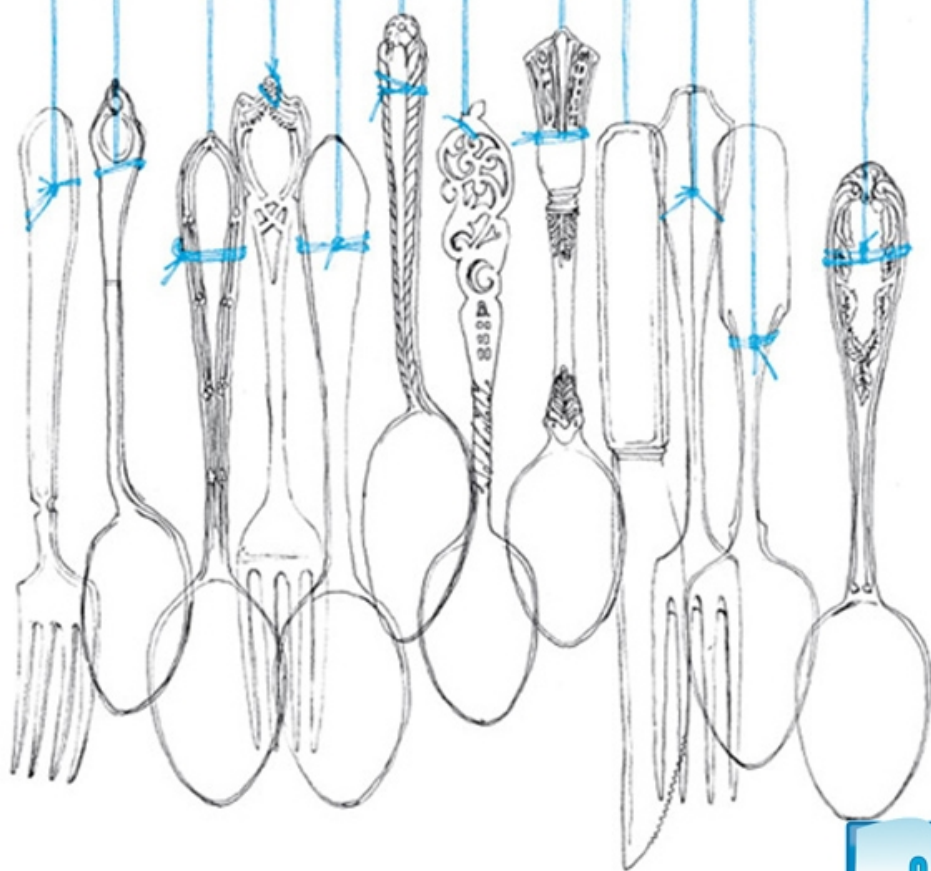


Todo queda
en casa

Alice Munro

Premio Nobel de Literatura



Cuando, una mañana de octubre de 2013, sonó el nombre de Alice Munro como ganadora del Premio Nobel de Literatura, no eran muchos los lectores que conocían su obra, que habían andado con ella por las ciudades y pueblos canadienses donde se despliega su mundo y habían descubierto el placer y el dolor que se esconden a menudo debajo del mantel de hule de una mesa de cocina cualquiera. Muchos se preguntaron por dónde empezar a leer, y la respuesta está en *Todo queda en casa*, una selección de los mejores cuentos de Alice Munro realizada por la misma autora como feliz despedida a la tarea de la escritura, un recorrido que abarca toda su carrera literaria.

En estos veinticuatro cuentos se resume el trabajo de una vida entera dedicada a hurgar en las emociones y los sentimientos de una manera que sorprende y entusiasma porque ahí, en esos parajes tan lejanos, encontramos lo mejor y lo peor de nosotros. A modo de prólogo, esta edición incluye "Alice Munro en sus propias palabras", la entrevista que sirvió como discurso de agradecimiento a la academia sueca el día en que le fue entregado el Premio nobel. «Quiero que mis cuentos conmuevan a las personas; no me importa si son hombres, mujeres o niños... quisiera que el lector, al terminar un cuento, sintiera que es una persona distinta.» Alice Munro.



Alice Munro

Todo queda en casa

ePub r1.0

Titivus 06.10.15

más libros en epubgratis.org

Título original: *Family Furnishings: Selected Stories, 1995-2014*

Alice Munro, 2014

Traducción: Marcelo Cohen & Carmen Aguilar & Isabel Ferrer Marrades & Carlos Milla Soler & Flora Casas
Vaca & Eugenia Vázquez Nacarino & Aurora Echevarría Pérez & Francisco J. Ramos

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

Alice Munro en sus propias palabras^[1]

Me interesé muy pronto por la lectura gracias a un cuento, *La sirenita*, de Hans Christian Andersen, que alguien me leyó. No sé si se acordará usted de *La sirenita*, pero es un cuento muy triste. La sirenita se enamora del príncipe, pero no puede casarse con él porque ella es una sirena. ¡Era tan triste...! No recuerdo los detalles. Pero en cualquier caso, en cuanto terminó el cuento salí fuera y estuve dando vueltas y vueltas alrededor de la casa donde vivíamos, una casa de ladrillo, e inventé un cuento con un final feliz, porque pensaba que la sirenita tenía derecho a ser feliz; me inventé un cuento distinto solo para mí, que no recorrería el mundo, pero pensé que lo había hecho lo mejor que pude; la sirenita se casaría con el príncipe y viviría feliz para siempre, lo que ciertamente se merecía, puesto que había hecho cosas terribles para ganarse la voluntad del príncipe. Había tenido que transformarse hasta conseguir unas piernas como las que tiene la gente corriente y caminar, ¡pero cada paso que daba era dolorosísimo! Estaba dispuesta a pasar por eso para conseguir al príncipe. Así que pensé que merecía algo más que morir en el agua. No me preocupó el hecho de que seguramente el resto del mundo no conocería el nuevo cuento, porque para mí era como si se hubiera publicado desde el primer momento en que pensé en ella. Así que ahí lo tiene. Fue un temprano inicio en la escritura.

Díganos: ¿cómo aprendió a contar una historia, y a escribirla?

Yo inventaba historias constantemente; el camino de casa a la escuela era largo, y por regla general durante ese trayecto inventaba historias. Conforme fui creciendo los cuentos versaban cada vez más sobre mí misma, era como una heroína en una u otra situación; no me molestaba que los cuentos no se publicaran enseguida y no sé si pensaba siquiera en que otras personas los conocieran o los leyeran. Lo importante era la propia historia, generalmente una historia muy satisfactoria desde mi punto de vista, teniendo en mente la valentía de la sirenita, que ella era inteligente, que era capaz de hacer un mundo mejor, porque actuaba y tenía poderes mágicos y habilidades por el estilo.

¿Era importante que la historia se contara desde la perspectiva de una mujer?

No creía que eso fuera importante, pero tampoco pensaba nunca en mí misma como en algo que no fuera una mujer, y hubo muchas buenas historias sobre niñas y mujeres. Quizá al llegar a la adolescencia el asunto tenía más que ver con ayudar al hombre a satisfacer sus necesidades, etcétera, pero de niña yo no tenía absolutamente ningún sentimiento de inferioridad por ser mujer. Y es posible que eso se debiera al hecho de haber vivido en una parte de Ontario donde eran sobre todo las mujeres las que leían, las que contaban la mayoría de las historias, mientras los hombres estaban fuera haciendo cosas importantes; ellos no se dedicaban a las historias. De modo que me sentía como en casa.

¿Cómo le inspiró aquel entorno?

No creo que necesitara inspiración alguna, pensaba que los relatos tenían mucha importancia en el mundo, y yo quería inventar algunos de ellos, quería seguir haciéndolo, y eso no tenía nada que ver con los demás, no tenía por qué decírselo a nadie, y hasta mucho después no comprendí que sería interesante que pudieran leerlos más personas.

¿Qué es lo importante para usted cuando cuenta una historia?

Bueno, en aquellos primeros días lo importante era, sin duda, el final feliz, pues yo no toleraba finales infelices para mis heroínas. Más adelante empecé a leer obras como *Cumbres borrascosas*, y había finales muy, muy infelices, de modo que cambié mis ideas por completo y opté por lo trágico, y me gustó.

¿Qué puede haber tan interesante en la descripción de la vida provinciana canadiense?

Hay que estar allí. Pienso que cualquier vida puede ser interesante, cualquier entorno puede ser interesante. Creo que no habría sido tan osada si hubiera vivido en una

ciudad, compitiendo con personas con lo que puede denominarse un nivel cultural, en general, más alto. Yo no tuve que enfrentarme a eso. Era la única persona que conocía que escribía cuentos, aunque no se los contara a nadie, y hasta donde sabía, al menos durante un tiempo, la única persona capaz de hacerlo en el mundo.

¿Siempre ha tenido esa seguridad en su escritura?

La tuve durante mucho tiempo, pero me volví muy insegura cuando crecí y conocí a otras personas que también escribían. Entonces me di cuenta de que el trabajo era un poco más difícil de lo que creía. Pero nunca me rendí, aquello era mi vida.

Cuando empieza un cuento, ¿tiene siempre desarrollado el argumento?

Sí, pero luego a menudo cambia. Empiezo con un argumento y trabajo en él, y luego veo que sigue otro camino y que pasan cosas mientras escribo, pero tengo que empezar con una idea bastante clara de por dónde va la historia.

¿Hasta qué punto le absorbe la historia cuando está escribiendo?

¡Ah, por completo! Pero siempre daba de comer yo a mis hijos, ¿eh? Yo era un ama de casa, de modo que aprendí a escribir en los ratos libres, y creo que nunca lo dejé, aunque hubo momentos en que me sentí muy desalentada, porque empecé a ver que los cuentos que escribía no eran muy buenos, que tenía mucho que aprender y que era un trabajo muchísimo más difícil de lo que yo esperaba. Pero no me detuve, no creo que lo haya hecho nunca.

¿Qué parte es la más difícil cuando quiere contar una historia?

Creo que probablemente cuando terminas la historia y te das cuenta de lo mala que es. Ya sabe: la primera parte, entusiasmo; la segunda, ¡bastante bueno!; pero luego te levantas una mañana y piensas «Qué disparate», y es entonces cuando realmente tienes que ponerte a trabajar en ello. A mí siempre me parecía que eso era lo que tenía que hacer: si la historia no funcionaba era culpa mía, no de la historia.

Pero ¿cómo le da la vuelta a la historia si no se siente satisfecha?

Trabajando duro. Intento pensar en un modo mejor de contarla. Tienes personajes a los que no has dado una oportunidad, y tienes que pensar en ellos o hacer algo completamente distinto con ellos. En mis primeros días era propensa a utilizar una prosa muy florida, y poco a poco aprendí a eliminar muchas cosas. Solo hay que seguir pensando en ello y averiguar cada vez más de qué iba la historia, al principio creías que la habías entendido, pero en realidad tenías mucho más que aprender de ella.

¿Cuántas historias ha desechado?

¡Ja!, cuando era joven las desechaba todas. No tengo ni idea, pero en los últimos años no lo he hecho tan a menudo, por regla general sabía qué tenía que hacer para hacerlas vívidas. Pero siempre puede haber un error en algún sitio, del que yo soy consciente y que ustedes solo tienen que olvidar.

¿Alguna vez ha lamentado haber descartado una historia?

No creo, porque cuando lo hago ya he sufrido suficiente con ella, sabiendo que no funcionaba desde el principio. Pero, como digo, eso no ocurre muy a menudo.

¿Cómo ha ido cambiando su escritura con la edad?

De una manera muy predecible. Empiezas escribiendo sobre hermosas princesas jóvenes y luego escribes sobre amas de casa y niños, y más tarde sobre ancianas, y eso sencillamente ocurre, sin que intentes hacer algo a propósito para cambiarlo. Cambia tu visión.

¿Cree que ha sido usted importante para otras escritoras por ser ama de casa, por ser capaz de combinar el trabajo doméstico con la escritura?

En realidad no lo sé, aunque espero haberlo sido. De joven acudí a otras escritoras, y eso supuso un gran estímulo para mí, pero no sabría decirle si he sido importante para otras. Pienso que ahora las mujeres lo tienen no diría mucho más fácil, sino mucho mejor para hacer algo importante, no solo tontear con un juguete al que se dedican mientras todos los demás están fuera de casa, sino tomarse realmente en serio la

escritura, como lo haría un hombre.

¿Qué impacto cree que produce en las personas que leen sus cuentos, sobre todo en las mujeres?

Quiero que mis cuentos conmuevan a las personas, no me importa si son hombres, mujeres o niños. Quiero que mis cuentos cuenten algo sobre la vida que haga que la gente diga: «¡No, eso no es verdad!», pero sentir una especie de recompensa de la escritura, y eso no significa que tenga que haber un final feliz, sino simplemente que todo lo que cuenta la historia conmueva al lector de tal modo que cuando haya terminado sienta que es una persona distinta.

¿Qué piensa de sí misma? ¿Qué ha significado para usted esa expresión?

Bueno, yo crecí en el campo, con personas que en general eran de origen escocés-irlandés, y era una idea muy común no esforzarse demasiado, no pensar nunca que se era inteligente. Esa era otra imagen popular: «¡Ah!, ¿te crees muy inteligente?». Y para hacer algo como escribir tenías que creer que eras inteligente pero yo era solo una persona peculiar.

¿Fue usted una feminista precoz?

Yo no conocía la palabra «feminismo», pero, desde luego, era una feminista, porque de hecho crecí en una parte de Canadá donde las mujeres podían escribir más fácilmente que los hombres. Los grandes escritores, los importantes, eran hombres, pero saber que una mujer escribía cuentos quizá era menos un demérito para ella que para un hombre. Porque esa no era una ocupación de hombres. Bueno, así era durante la mayor parte de mi juventud; ahora no es así, en absoluto.

¿Habría cambiado su escritura si hubiera terminado los estudios universitarios?

Podría haberlo hecho, podría haberme vuelto mucho más cauta y mucho más temerosa con respecto al hecho de ser escritora, porque, cuanto más sabía sobre lo que habían hecho otras personas, más desalentada me sentía. Quizá habría pensado que yo no podía hacerlo, aunque en realidad no creo que eso hubiera ocurrido, o tal vez solo durante un tiempo, porque yo deseaba tanto escribir que simplemente habría seguido adelante y lo habría intentado de todos modos.

¿Fue la escritura un don que se le dio?

No creo que las personas que me rodeaban lo pensarán, en cualquier caso, yo nunca he pensado en la escritura como en un don, simplemente creía que era algo que podía hacer si me esforzaba lo suficiente. De modo que, si fue un don, desde luego no fue un don fácil, no después de *La sirenita*.

¿Alguna vez ha dudado, alguna vez ha pensado que no era lo bastante buena?

¡Constantemente, constantemente! Siempre desechaba más material del que enviaba o finalizaba, y eso fue así más o menos hasta casi cumplir los treinta años. Pero todavía estaba aprendiendo a escribir como yo quería. Así que no, no era una tarea fácil.

¿Qué significó su madre para usted?

Mis sentimientos sobre mi madre eran muy complejos, porque ella estaba enferma, tenía la enfermedad de Parkinson; necesitaba mucha ayuda y le costaba hablar, la gente no entendía lo que decía, y sin embargo era una persona muy gregaria, a la que le gustaba muchísimo participar de la vida social, y, desde luego, eso no le era posible debido a sus problemas de habla. Yo me sentía avergonzada por ella, la quería, pero quizá no deseaba identificarme con ella, no deseaba levantarme y decir lo que ella quería que dijera a la gente; era difícil, del mismo modo que pensaría cualquier adolescente de alguna persona o de uno de sus padres que estuviera mermado en algún aspecto. Querrías que esa época estuviera totalmente desprovista de tales inconvenientes.

¿Ella le inspiró de algún modo?

Creo que probablemente lo hizo, pero no de un modo que yo pudiera percibir o entender. No me acuerdo de cuando no escribía las historias, quiero decir que no las

ponía por escrito, sino que las contaba, no a ella, a cualquiera. Pero el hecho de que ella leyera, y mi padre también leyera... Mi madre, creo, habría sintonizado más con alguien que quería ser escritora. Habría pensado que era admirable serlo, pero las personas de mi alrededor no sabían que yo quería ser escritora, porque yo no dejé que lo descubrieran, ya que a la mayoría les habría parecido ridículo. Porque la mayoría de las personas que conocía no leían, se tomaban la vida de un modo muy práctico, y yo tenía que proteger mi idea de la vida de las personas que conocía.

¿Ha sido difícil contar una historia real desde la perspectiva de una mujer?

No, en absoluto, porque así es como pienso al ser mujer, y eso nunca me ha molestado. Es algo específico de las circunstancias en las que crecí: si alguien leía, eran las mujeres, si alguien tenía educación, solía ser la mujer; habría sido maestra de escuela o alguna profesión por el estilo, y, lejos de estar cerrado a las mujeres, el mundo de la lectura y la escritura estaba mucho más abierto a ellas que a los hombres, ya que estos eran granjeros o hacían otro tipo de trabajos.

¿Se crio usted en un hogar de clase trabajadora?

Sí.

¿Y ahí es también donde empiezan sus historias?

Sí, pero yo no era consciente de que aquel era un hogar de clase trabajadora: simplemente observaba dónde estaba y escribía sobre ello.

¿Y le gustaba el hecho de escribir siempre en momentos concretos, mirando el reloj, cuidando de los niños, preparando la cena?

Bueno, escribía siempre que podía, y mi primer marido me ayudó mucho; para él escribir era una cosa admirable. Él no lo veía como algo que una mujer no pudiera hacer, a diferencia de muchos de los hombres que conocí más tarde.

En la librería

Al principio fue muy divertido, porque nos mudamos aquí, decididos a abrir una librería, y todos pensaban que estábamos locos y nos moriríamos de hambre, pero no fue así. Trabajamos muy duro.

¿Qué importancia tuvo la librería para ustedes dos al principio, cuando empezó todo?

Fue nuestro sustento. Era todo lo que teníamos. No contábamos con ninguna otra fuente de ingresos. El día que abrimos ganamos ciento setenta y cinco dólares, y usted pensará que era mucho. Bueno, sí lo fue, porque tardamos mucho tiempo en volver a ganarlos.

Yo me sentaba detrás del mostrador y buscaba los libros para las personas que me los pedían, y hacía todo lo que uno hace en una librería; generalmente estaba sola, y entraba gente y hablaba mucho de libros, era más un lugar de reunión que un lugar donde comprar cosas, sobre todo por las noches, cuando me sentaba aquí sola y la gente entraba, me hablaban de una cosa u otra, y era estupendo, era muy divertido. Hasta ese momento yo había sido un ama de casa, y también era escritora; pero aquella era una maravillosa oportunidad de entrar en el mundo. No creo que ganáramos mucho dinero; posiblemente yo hablaba demasiado con la gente en lugar de darle los libros, pero fue una época fantástica de mi vida.

¿Desea que sus libros inspiren a las mujeres jóvenes y que estas se sientan inspiradas a escribir?

No me importa lo que sientan mientras disfruten leyendo el libro. No deseo que la gente encuentre tanto inspiración como un gran placer. Eso es lo que quiero; deseo que la gente disfrute con mis libros, que los vea de algún modo relacionados con sus vidas. Pero eso no es lo principal. Intento decir que no soy..., supongo que no soy una persona política.

¿Es usted una persona cultural?

Probablemente. No estoy muy segura de lo que eso significa, pero creo que lo soy.

Parece usted tener una visión muy sencilla de las cosas...

¿Yo? Bueno, sí.

He leído en algún sitio que desea que las cosas se cuenten de una manera fácil.

Sí, es cierto. Pero no pienso que quiero contar las cosas fácilmente, es solo mi forma de escribir. Creo que escribo naturalmente de una manera fácil, sin pensar en que eso tenga que ser fácil.

¿Alguna vez ha pasado por períodos en los que no ha sido capaz de escribir?

Sí. Bueno, dejé de escribir, ¿cuándo fue?, hará cosa de un año; pero esa fue una decisión, eso fue porque no quería escribir y no me veía capaz de hacerlo; decidí que quería comportarme como el resto del mundo. Porque cuando escribes haces algo que los demás no saben que haces, y en realidad no puedes hablar de ello, siempre estás buscando tu camino en ese mundo secreto, y luego haces otra cosa en el mundo normal. Y estoy un poco cansada de eso, lo he hecho toda mi vida, absolutamente toda mi vida. Cuando entraba en contacto con escritores que eran en cierto modo más académicos me ponía un poco nerviosa, porque sabía que yo no podía escribir así, yo no tenía ese don.

Quizá sea una forma distinta de contar una historia...

Sí, y nunca he trabajado en ello, ¿cómo lo diría?, de una forma consciente; bueno, desde luego yo era consciente, trabajaba de una forma que me confortaba y me complacía más que siguiendo algún tipo de idea.

¿Alguna vez se había imaginado que ganaría el Premio Nobel?

¡No, qué va! ¡Yo era una mujer! Hay mujeres que lo han ganado, lo sé. Claro que me agrada ese honor, me agrada, pero simplemente no había pensado en ello, porque la mayoría de los escritores probablemente subestiman su trabajo, sobre todo cuando ya está hecho. Uno no va por ahí diciendo a sus amigos que probablemente ganará el Premio Nobel...

¿Alguna vez vuelve a aquellos tiempos y lee alguno de sus viejos libros?

¡No! ¡No! ¡Me temo que no! No, probablemente experimentaría un terrible impulso de cambiar solo un poquito aquí, un poquito allí, incluso lo he hecho en algunos ejemplares de mis libros que he sacado del armario, pero luego me doy cuenta de que no importa si los cambio, porque ahí fuera no han cambiado.

¿Hay algo que quiera decirle a la gente en Estocolmo?

Sí, quiero decir que estoy muy agradecida por este gran honor, ¡que nada, nada en el mundo podría hacerme tan feliz como esto! ¡Gracias!

Entrevistador: Stefan Åsberg.

Producción: Sveriges Utbildningsradio AB y Sveriges Television.

Grabado los días 12 y 13 de noviembre de 2013, en Canadá.

El amor de una mujer generosa

Desde hace un par de décadas hay un museo en Walley dedicado a conservar fotografías, mantequeras, arros de montura, una vieja butaca de dentista, un engorroso artilugio para pelar manzanas y demás curiosidades, como aquellos pequeños aisladores de porcelana o vidrio tan bonitos que se ponían en los postes de telégrafo.

Hay también un estuche rojo en el que se lee D. M. WILLENS, OPTOMETRISTA en letras impresas, y al lado una nota donde dice: «Este estuche de instrumental óptico tiene un notable valor local, no tanto por su antigüedad como porque perteneció al señor M D. Willens, que murió ahogado en el río Peregrine en 1951. El estuche se salvó del accidente, y al parecer fue recuperado por el donante anónimo que lo entregó para que formara parte de nuestra colección».

El oftalmoscopio podría hacer pensar en un muñeco de nieve. La parte superior, en concreto, la que está sujeta al mango hueco. Un disco grande, con un disco más pequeño encima. En el disco grande hay un orificio por el que se mira mientras se van moviendo las lentes. El mango es pesado, porque todavía lleva las baterías dentro. Si se sacaran las baterías y se colocara la correspondiente varilla, con un disco en cada extremo, se le podría conectar un cable eléctrico. Pero debía de darse la necesidad de utilizar el instrumento en sitios donde no había electricidad.

El retinoscopio parece más complicado. Debajo del arco donde se apoya la frente hay algo similar a la cabeza de un elfo, con una cara plana y redonda y un capuchón metálico. La pieza se sostiene en un ángulo de cuarenta y cinco grados sobre una fina columna, y en lo alto de esa columna se supone que ha de encenderse una lucecita. La cara plana es de cristal, una especie de espejo oscuro.

Todo el material es de color negro, pero solo por la pintura. En las zonas que la mano del optometrista debía de rozar más a menudo, la pintura ha saltado y se ve el brillo plateado del metal.

I

Jutland

Este lugar se llamaba Jutland. Antiguamente hubo aquí un molino y algún tipo de asentamiento, pero a finales del siglo pasado ya no quedaba nada, aunque a decir verdad nunca llegó a prosperar demasiado. Mucha gente creía que se llamaba así en honor a la famosa batalla naval de la Primera Guerra Mundial, pero en realidad todo estaba en ruinas antes de que esa batalla tuviera lugar.

Los tres chicos que subieron hasta aquí una mañana de sábado a principios de la primavera de 1951 creían, como casi todos los niños de la zona, que el nombre guardaba alguna relación con los viejos tablones de madera que sobresalían de la margen del río y los gruesos puntales que asomaban en el agua cerca de la orilla, formando una empalizada desigual. (En realidad eran los restos de un dique, construido antes de los tiempos del cemento). Los tablones, un montón de piedras angulares, un arbusto de lilo, varios manzanos enormes deformados por el nudo negro y la acequia del molino, una zanja poco profunda que se llenaba de ortigas cada verano, eran los únicos vestigios de aquella época.

Un camino comunicaba con la carretera del pueblo, pero nunca se había pavimentado de grava y aparecía en los mapas como una línea de puntos, una pista forestal. En verano circulaban bastantes coches, de la gente que iba a nadar al río o las parejas que buscaban un sitio donde aparcar. Había un claro donde se podía dar la vuelta justo antes de llegar a la acequia, pero solía estar tan invadido de zarzas y berros, y cicuta silvestre en los años lluviosos, que a veces los coches tenían que retroceder marcha atrás hasta la carretera.

Las huellas de coche hasta el borde del agua se distinguían a primera vista aquella

mañana de primavera, pero estos chicos no las advirtieron porque solo iban pensando en nadar. Al menos ellos lo llamaban nadar; al volver al pueblo dirían que habían estado nadando en Jutland cuando aún quedaba nieve.

Aquí, río arriba, hacía más frío que en las vegas cerca del pueblo. En los árboles de la ribera todavía no había brotado ni una sola hoja, la única nota de verdor la ponían los puerros silvestres y las caltas palustres, frescas como espinacas, que crecían en todos los arroyuelos que bajaban hasta el río. Y en la otra orilla, bajo unos cedros, vieron justamente lo que buscaban: una franja alargada, fina y pertinaz de nieve gris como la piedra.

Aún no se había derretido del todo.

Así que saltarían al agua y sentirían el frío atravesándolos como puñales de hielo. Puñales de hielo que les salían por los ojos y se les clavaban desde dentro en la parte superior del cráneo. Aletearían unas cuantas veces y saldrían del agua temblando y castañeteando los dientes; embutirían los brazos y las piernas entumecidos en la ropa, sintiendo en las carnes la dolorosa y lenta reconquista de la sangre y el alivio de haber cumplido con el desafío.

Las huellas que no habían advertido cruzaban en línea recta la acequia, donde ahora no crecía nada y solo quedaba la hierba amarillenta muerta y aplastada del año anterior. Cruzaban la acequia y llegaban al río sin que se advirtiera ningún intento de dar la vuelta. Los chicos pasaron por encima, pero entonces se habían acercado lo suficiente al agua para que algo más extraordinario que unas huellas de neumáticos captara su atención.

Había un destello azulado en el agua que no era un reflejo del cielo. Era un coche totalmente hundido en la poza, medio inclinado, con las ruedas delanteras y el morro encajados en el cieno del fondo, y el maletero abombado casi rozando la superficie. El celeste era entonces un color poco común para un coche, y la carrocería redondeada tampoco era frecuente. Enseguida lo supieron. Aquel pequeño coche inglés, el Austin, seguramente el único en todo el condado. Era del señor Willens, el optometrista. Cuando iba sentado al volante parecía un personaje de historieta cómica, porque era un hombre corpulento pero de poca estatura, cargado de hombros y con la cabeza muy grande. Siempre parecía metido a presión en aquel pequeño coche como si fuera un traje a punto de reventar.

El coche tenía una escotilla en el techo que el señor Willens abría cuando hacía buen tiempo. Ahora estaba abierta. No se veía bien qué había dentro. El color del coche permitía distinguir perfectamente la silueta, pero el agua no estaba demasiado clara y las formas más oscuras se veían turbias. Los chicos se agacharon en la orilla, luego se tumbaron boca abajo sacando la cabeza como tortugas, intentando atisbar en el interior. Había algo oscuro y peludo, algo parecido a la cola de un animal grande, que salía por la escotilla del techo y se movía lánguidamente en el agua. Enseguida se dieron cuenta de que era un brazo, metido en la manga de una chaqueta oscura de un material grueso y afelpado. Todo indicaba que el cuerpo de un hombre —tenía que ser el cuerpo del señor Willens— estaba atrapado dentro en una postura extraña. La fuerza del agua (porque incluso en la represa del molino el agua llevaba bastante fuerza en esta época del año) debía de haberlo levantado del asiento y lo había empujado a su antojo, de manera que un hombro había quedado cerca del techo y el brazo libre. Seguramente la cabeza estaba encajada contra la puerta y la ventanilla del conductor. Una rueda delantera se notaba más hundida en el lecho del río que la otra, lo que significaba que el coche estaba ladeado, además de inclinado hacia delante. De hecho, probablemente la ventana estuviera abierta y la cabeza asomara por fuera, a juzgar por la posición del cuerpo, pero eso no alcanzaban a verlo. Podían imaginar la cara del señor Willens tal como la conocían: una cara grande y cuadrada que a menudo adoptaba una expresión ceñuda muy teatral, pero nunca amenazante de verdad. Tenía

un pelo fino y crespo, rojizo o cobrizo en la coronilla y peinado en diagonal sobre la frente. Las cejas eran más oscuras que el pelo, tupidas e hirsutas como un par de orugas pegadas por encima de los ojos. A los chicos les parecía una cara grotesca de por sí, igual que las caras de tantos otros adultos, y no les daba miedo verla ahogada. Pero lo único que se distinguía era aquel brazo y la mano pálida. Consiguieron observar la mano con bastante nitidez una vez se acostumbraron a mirar a través del agua. Se mecía temblorosa y vacilante, como una pluma, aunque con una textura similar a la de la masa. Y también igual de ordinaria, una vez te acostumbrabas a verla allí. Las uñas parecían caritas limpias, con su mirada inteligente y cotidiana de saludo, ignorando sabiamente las circunstancias.

«La madre que lo parió —dijeron los chicos. Con voces cada vez más enérgicas y un tono de profundo respeto, incluso de gratitud—. La madre que lo parió».

Era la primera salida que hacían este año. Habían cruzado el río Peregrine por el puente de doble arco y un solo carril que se conocía como Puerta del Infierno o Trampa de la Muerte, aunque el verdadero peligro, más que el puente en sí, era la curva cerrada que daba la carretera en el lado sur.

Había un arcén para los peatones, pero nunca lo utilizaban. No recordaban haber ido nunca por ahí. Quizá hacía años, cuando todavía tenían edad para que los llevaran de la mano. Pero para ellos esa época no existía; no habrían admitido que formaba parte de su pasado ni aunque les hubieran enseñado fotografías que lo probaban o los hubieran obligado a escuchar anécdotas en las conversaciones de la familia.

Cruzaron el puente caminando por el pretil de hierro que había al otro lado. Era un bordillo de un palmo de anchura que se levantaba más o menos un pie del suelo del puente. El río Peregrine arrastraba el hielo y la nieve derretida del invierno hasta el lago Hurón. Apenas empezaba a recuperar el caudal, después de las crecidas que cada año empantanaban las llanuras, arrancando los árboles jóvenes y arremetiendo contra cualquier bote o cabaña que encontraban a su paso. Con los riachuelos fangosos que seguían drenándose de los campos y el pálido reflejo del sol en la superficie, el agua parecía caramelo hirviendo. Pero si te caías dentro te congelaría la sangre y te arrojaría río abajo, si no te estampaba antes en los contrafuertes y te partía el cráneo.

Los coches tocaban el claxon, en señal de advertencia o de reproche, pero los chicos no hicieron caso. Avanzaron en fila india ensimismados como sonámbulos. Al llegar a la orilla norte se encaminaron hacia el valle por los atajos que recordaban del año anterior. La crecida era tan reciente que resultaba difícil seguir esos senderos. Había que ir pisoteando la maleza caída y saltar de un montículo de hierba fangosa al otro. A veces no ponían mucho cuidado al saltar y aterrizaban en el barro o en los charcos que aún quedaban, y cuando se les mojaron los pies dejaron de preocuparse. Siguieron chapoteando por el barro y los charcos, mientras el agua se les metía por el borde de las botas de goma. Soplaban un viento cálido, que deshacía las nubes en hilachas de lana vieja, y las gaviotas y los cuervos se peleaban y se lanzaban en picado hacia el río. Los halcones volaban en círculos en lo alto, ojo avizor; los tordos acababan de volver por primavera, y los mirlos de alas rojas revoloteaban en parejas, con un plumaje tan lustroso que parecía lacado.

—Debería haberme traído el rifle del veintidós.

—Debería haberme traído la escopeta de cartuchos.

Eran demasiado mayores para levantar unos palos y hacer ruidos de disparos. Decían esas cosas lamentándose con naturalidad, como si pudieran disponer de las armas cuando quisieran.

Remontaron la orilla norte hasta un claro donde solo había arena. Supuestamente las tortugas enterraban allí los huevos. Todavía no era la temporada del desove, y en realidad la historia de los huevos de tortuga venía de años atrás, ninguno de estos chicos había visto nunca ninguno. De todos modos patearon y pisotearon la arena, por

si acaso. Luego buscaron el sitio donde el año anterior uno de ellos había encontrado con otro chico un hueso de vaca, el hueso de la cadera, que la corriente había arrastrado de alguna pila de despojos. Cada año el río traía un buen número de cosas sorprendentes o aparatosas, objetos raros o domésticos, y los depositaba en lugares insospechados. Rollos de cable, un tramo de escalones intacto, una pala torcida, una olla para hacer palomitas de maíz. El hueso de vaca había quedado atrapado en la rama de un zumaque, que parecía el lugar ideal, porque las ramas lisas del árbol parecían astas de vaca o cornamentas de ciervo, algunas incluso rematadas en puntas de color rojizo.

Estuvieron un rato dando brincos y Cece Ferns les enseñó la rama en cuestión, pero no encontraron nada.

Fueron Cece Ferns y Ralph Diller los que hicieron el hallazgo, y cuando le preguntaron dónde había ido a parar, Cece Ferns dijo: «Se lo quedó Ralph». Los dos chicos que estaban con él ahora, Jimmy Box y Bud Salter, sabían por qué. Cece nunca se podía llevar nada a casa, salvo algo pequeño que pudiera esconder fácilmente de su padre.

Hablaron de otros hallazgos útiles que podrían aparecer o habían aparecido en años anteriores. Las estacas de las vallas servían para construir una balsa, se podían recoger troncos de las orillas para la choza o el bote que planeaban construir. Suerte de verdad sería hacerse con algunas trampas sueltas de rata almizclera. Con eso se podría montar un negocio. Podrían conseguir la madera para hacer los bastidores donde curtir las pieles y robar los cuchillos para despellejarlas. Hablaron de ocupar un cobertizo abandonado que conocían, en el camino sin salida detrás de las antiguas caballerizas. Había un candado en la puerta, pero seguramente podían colarse por la ventana, sacando los postigos por la noche y volviéndolos a colocar por la mañana. Podían llevarse una linterna para trabajar. No, un farol. Podían despellejar las ratas almizcleras y curtir las pieles y venderlas por un montón de dinero.

Se enfrascaron tanto en el proyecto que empezaron a preocuparse por dejar las valiosas pieles en el cobertizo todo el día. Uno de ellos tendría que hacer guardia mientras los demás iban a tender las trampas. (Nadie mencionaba la escuela).

Así era como hablaban cuando se alejaban del pueblo. Hablaban como si fueran libres, o casi libres, como si no tuvieran que ir a la escuela, ni vivieran con sus familias ni sufrieran cualquiera de las humillaciones que su edad les imponía. Y también como si el campo y los establecimientos ajenos fueran a abastecerlos de todo lo que necesitaban para sus empresas y aventuras, con solo alguno que otro pequeño riesgo y esfuerzo por su parte.

Otra cosa que cambiaba cuando hablaban allí era que prácticamente dejaban de usar nombres. Tampoco es que cuando hablaban entre ellos se llamaran mucho por el nombre, ni siquiera con los diminutivos familiares, como Bud. Pero en la escuela casi todo el mundo tenía un apodo, a veces relacionado con el aspecto o la manera de hablar de alguien, como Gafotas o Parlanchín, y a veces, como Culo Escocido y Follagallinas, relacionados con incidentes reales o imaginarios de las vidas de los que recibían el mote, o incluso de las vidas (esos apodos pasaban de generación en generación durante décadas) de sus hermanos, padres o tíos. También dejaban de lado esos nombres cuando estaban en el bosque o en la orilla del río. Si tenían que avisarse de alguna manera, bastaba con decir «Eh». Incluso los apodos insultantes y obscenos y que supuestamente no llegaban a oídos de los adultos habrían estropeado la sensación de que en esos momentos las miradas, las costumbres, la familia y la historia personal de cada cual estaban de más.

Y aun así apenas pensaban en los otros como amigos. No se les habría ocurrido decir que uno de ellos era su mejor amigo, o el segundo mejor, o ir cambiando los posibles candidatos para esos puestos, como hacían las chicas. Cualquiera de entre por lo menos una docena de chicos podría ocupar el lugar de uno de estos tres, y los demás

lo aceptarían exactamente igual. Casi todos en esa pandilla tenían entre nueve y doce años, demasiado mayores ya para quedarse encerrados en un patio o un barrio, pero demasiado jóvenes para trabajar, aunque fuese barriendo la acera delante de las tiendas o llevar pedidos por las casas en bicicleta. La mayoría de ellos vivían en el arrabal al norte del pueblo, así que era de esperar que se buscaran un trabajo por el estilo en cuanto tuvieran edad para hacerlo, y que ninguno de ellos fuera a estudiar al internado de Appleby o al del Alto Canadá. Y aunque ninguno vivía en una choza ni tenía un pariente en la cárcel, las diferencias entre las costumbres de cada casa y lo que se esperaba de ellos en la vida eran notables. Pero esas diferencias se atenuaban en cuanto perdían de vista la cárcel del condado, el silo y las torres de la iglesia, y estaban demasiado lejos para oír las campanadas del reloj del juzgado.

Volvieron al pueblo a paso ligero. A veces trotaban un poco, pero no corrían. Abandonaron los saltos, las distracciones, los chapoteos, y dejaron también de lado las risotadas y los alaridos que hacían en el camino de ida. Descubrían nuevos tesoros arrastrados por la corriente, pero pasaban de largo. Avanzaban como adultos, de hecho, a un ritmo sostenido y por el camino más razonable, sin perder de vista adónde tenían que ir y lo que había que hacer a continuación. Como si estuvieran muy cerca de algo y solo los separara del mundo la imagen que tenían delante de los ojos, que era lo que parecía sucederles a la mayoría de los adultos. La charca, el coche, el brazo, la mano. Barajaban la idea de que al llegar a un lugar determinado empezaría a gritar. Entrarían en el pueblo chillando y pregonando el suceso, y todo el mundo se quedaría paralizado, asimilando la noticia.

Cruzaron el puente como de costumbre, por el pretil, pero sin ninguna sensación de riesgo, ni de valentía, ni tampoco de descuido. Podrían haber cruzado lo mismo por el arcén.

En lugar de seguir la carretera serpenteante por la que se llegaba tanto al embarcadero como a la plaza, subieron directamente el terraplén por un sendero que salía cerca de los galpones del ferrocarril. El reloj dio la campanada del primer cuarto. Las doce y cuarto.

A esa hora la gente volvía a casa a comer. Los que trabajaban en una oficina tenían la tarde libre, pero los que trabajaban en las tiendas solían disponer de una hora a mediodía, porque los sábados abrían hasta las diez o las once de la noche.

La mayoría de la gente iba a casa a comer un plato caliente, una comida que llenara. Chuletas de cerdo, o salchichas, o ternera cocida, o pastel de carne. Siempre acompañado de patatas, fritas o en puré; o de tubérculos que se guardaban para el invierno, o col, o cebollas con bechamel. (Algunas amas de casa, más ricas o más despreocupadas, quizá hubieran abierto una lata de guisantes o alubias). Pan, bollos, confituras, tarta. Incluso los que no podían ir a casa, o los que por alguna razón preferían no hacerlo, pedían una comida parecida en el Duke of Cumberland o en el hotel Merchant, o, por menos dinero, tras los ventanales empañados del Shervill's Dairy Bar.

Los que volvían a casa a esa hora eran hombres en su mayoría. Las mujeres ya estaban allí, se pasaban allí todo el día. Pero algunas mujeres de mediana edad que trabajaban en una tienda o una oficina por alguna razón ajena a su voluntad (un marido muerto, o un marido enfermo, o directamente sin marido) eran amigas de las madres de los chicos, y los saludaron desde el otro lado de la calle (Bud Salter lo pasaba peor, porque le llamaban Buddy) con un aire divertido o cargado de intención que les hacía pensar en todo lo que sabían de los asuntos de la familia, o de las infancias lejanas.

Los hombres no se molestaban en saludar a los chicos por su nombre, ni aunque los conocieran bien. Los llamaban «chicos», o «jovencitos» o, alguna que otra vez, «señores».

«Que pasen un buen día, señores».

«¿Vais ya para casa, chicos?».

«¿En qué travesuras andáis esta mañana, jovencitos?».

Todos estos saludos tenían un punto de socarronería, pero había diferencias. Los hombres que decían «jovencitos» estaban mejor dispuestos —o pretendían parecerlo— que los que decían «chicos». «Chicos» podía ser una señal de que se avecinaba una reprimenda, por fechorías que tanto podían ser imprecisas como concretas. Quien decía «jovencitos» era porque alguna vez también había sido joven. Llamarlos «señores» era burla y menosprecio en toda regla, pero no abría la puerta a ningún reproche, porque a alguien que hablaba así le traía sin cuidado.

Los chicos contestaban, sin levantar nunca la vista más allá del bolso de las señoras o la nuez de Adán de los hombres. Decían «Hola» alto y claro, porque, si no, ahí podían empezar los problemas, y en respuesta a una pregunta decían «Sí, señor» o «No, señor», o «No mucho». Incluso ese día en cuestión esas voces les provocaron cierta inquietud y confusión, y respondieron con la reticencia de costumbre.

En una esquina determinada tuvieron que separarse. Cece Ferns, siempre el más ansioso por llegar a casa, se marchó primero.

—Nos vemos después de cenar —dijo.

—Sí —dijo Bud Salter—. Luego tenemos que ir al centro.

Todos entendieron que quería decir «al centro, a la comisaría de policía». Por lo visto, sin necesidad de hablarlo entre ellos, habían acordado un nuevo plan de acción, una manera más discreta de dar la noticia. Pero no dijeron expresamente que no iban a contar nada en casa. No había ninguna razón de peso para que Bud Salter o Jimmy Box no lo hicieran.

Cece Ferns nunca contaba nada en casa.

Cece Ferns era hijo único. Sus padres eran más viejos que los de la mayoría de los otros chicos, o quizá solo parecían más viejos por la mala vida que llevaban. En cuanto se separó de los demás, Cece apretó el paso, como hacía normalmente en el último trecho hasta casa. No era que tuviera ganas de llegar, ni que pensara que iba a arreglar algo por apresurarse. Tal vez lo hacía para que pasara más rápido, porque ese último trecho siempre tenía que estar lleno de aprensión.

Su madre estaba en la cocina. Bien. Se había levantado de la cama, aunque todavía iba en bata. Su padre no estaba, y eso también era bueno. Su padre trabajaba en el silo y tenía el sábado por la tarde libre, y si no había llegado aún lo más probable es que hubiera ido directamente al Cumberland. Eso significaba que pasaría un rato largo hasta que tuviera que lidiar con él.

El padre de Cece se llamaba Cece Ferns, igual que él. Era un nombre conocido y en general apreciado en Walley, y cuando alguien lo mencionaba al contar una anécdota incluso treinta o cuarenta años más tarde, se daba por hecho que todo el mundo sabía que hablaban del padre, no del hijo. Si alguien relativamente nuevo en el pueblo comentaba «Me extraña que Cece haga eso», le decían que nadie se refería a ese Cece.

«No, él no, hablamos de su padre».

Hablaban de cuando Cece Ferns fue al hospital, o lo llevaron, con una neumonía o alguna otra cosa grave, y las enfermeras lo envolvieron en toallas o sábanas húmedas para bajarle la fiebre. Sudó la calentura, y todas las toallas y las sábanas quedaron teñidas de marrón. Era la nicotina que llevaba dentro. Las enfermeras nunca habían visto nada igual. Cece estaba pletórico. Alardeaba de que fumaba tabaco y bebía alcohol desde los diez años.

Y aquella vez que fue a la iglesia. No se sabía bien por qué, pero era la iglesia baptista, y su mujer era baptista, así que quizá fue para complacerla, aunque eso todavía era más difícil de imaginar. Aquel domingo se daba la comunión, y en la iglesia baptista el pan es pan, pero el vino es mosto de uva. «¿Esto qué es? —exclamó Cece Ferns sin

disimulo—. Si esta es la sangre del Cordero de Dios, debía de estar anémico perdido». Los preparativos para el almuerzo estaban en marcha en la cocina de los Ferns. En la mesa había una hogaza de pan cortado en rebanadas y una lata de dados de remolacha abierta. Unas cuantas lonchas de mortadela ya estaban fritas —antes de los huevos, aunque era preferible ponerlas después— y apartadas al lado de los fogones, para que no se enfriaran del todo. Y ahora la madre de Cece había empezado a preparar los huevos. Estaba encorvada delante de la cocina con la espumadera en una mano y la otra sujetándose el estómago para calmar algún dolor.

Cece le agarró la espumadera y bajó el fuego, que estaba demasiado fuerte. Tuvo que apartar la sartén mientras el hornillo se enfriaba, para evitar que las claras del huevo quedaran duras o se quemaran en los bordes. No había llegado a tiempo de limpiar la grasa rancia y poner un poco de manteca fresca en la sartén. Su madre nunca limpiaba la grasa rancia, la dejaba ahí entre una comida y la siguiente y añadía un poco de manteca si hacía falta.

Cuando le pareció que el hornillo estaba a la temperatura justa, volvió a poner la sartén al fuego y fue empujando los bordes de los huevos, que parecían puntillas, hasta darles forma redonda. Encontró una cuchara limpia y roció un poco de grasa caliente en las yemas para cuajarlas. A él y a su madre les gustaba tomar así los huevos, pero a veces a ella no le quedaban al punto. A su padre le gustaban los huevos vuelta y vuelta, aplastados como tortitas y duros como una suela de zapato, sazonados con mucha pimienta. Cece también podía prepararlos a su gusto, si quería.

Ninguno de los otros chicos sabía cuánta maña se daba Cece en la cocina; como tampoco sabían nada del escondite que se había preparado fuera de la casa, en la esquina donde acababa la ventana del comedor, tapada por el agracejo rojo.

Su madre se sentó al lado de la ventana mientras él terminaba de cocinar. De vez en cuando miraba de reojo la calle. Aún cabía la posibilidad de que su padre volviera a casa a comer algo. Quizá no llegara borracho, aunque su comportamiento no siempre dependía de lo borracho que estuviera. Si entraba en la cocina en este momento podía pedirle a Cece que preparara unos huevos también para él. Entonces podía preguntarle dónde se había dejado el delantal y decirle que sería una mujercita estupenda para algún tipo con suerte. Así es como se comportaría si estaba de buen humor. Si estaba de peor humor empezaría por echarle a Cece una de aquellas miradas suyas —o sea, con una expresión exagerada, absurdamente amenazadora— y le diría que se anduviera con cuidado.

«Te crees muy listo, ¿eh? Bueno, más te vale andarte con cuidado».

Si Cece le sostenía la mirada, o quizá si no lo miraba, o si soltaba la espumadera o la dejaba caer de golpe, o incluso si iba con pies de plomo para no dejar caer nada ni hacer ningún ruido, a su padre le daba entonces por enseñar los dientes y empezar a gruñir como un perro. Habría parecido ridículo —era ridículo— de no ser porque iba completamente en serio. Un minuto más tarde la comida y los platos estarían por el suelo, y las sillas o la mesa volcadas, y el padre podía estar persiguiendo a Cece por la cocina gritando que cuando lo atrapara le aplastaría la cara contra el hornillo caliente, ¿qué le parecía eso? Cualquiera que lo viera creería que se había vuelto loco. Pero si en ese momento llamaban a la puerta —si un amigo del padre pasaba a buscarlo, por ejemplo—, cambiaba la cara como si nada y abría la puerta y saludaba al amigo a voces en tono de chanza.

«Estoy contigo en dos patadas. Te invitaría a entrar, pero la mujer ha estado otra vez tirando los platos».

No pretendía que nadie se lo creyera. Decía esas cosas para que todo lo que pasaba en su casa sonara a chiste.

La madre de Cece le preguntó si ya empezaba a hacer calor y dónde había estado por la mañana.

—Sí —dijo él—: Por ahí, en los llanos.

Ya le había parecido que traía el olor del viento fresco, comentó su madre.

—¿Sabes qué voy hacer en cuanto terminemos de comer? —dijo luego—. Me prepararé una bolsa de agua caliente y me meteré en la cama, a ver si así recupero fuerzas y me dan ganas de hacer algo.

Era lo que casi siempre decía, pero cada vez lo anunciaba como si fuera una idea que se le acababa de ocurrir, una decisión esperanzada.

Bud Salter tenía dos hermanas mayores que nunca hacían nada útil a menos que su madre las obligara. Y nunca se contentaban con arreglarse el pelo, pintarse las uñas, lustrarse los zapatos o maquillarse, ni siquiera cambiarse de ropa, dentro de los límites de su habitación o el cuarto de baño. Esparcían sus peines, sus rulos, sus polveras, sus pintaúñas y sus betunes por toda la casa. Además cargaban todos los respaldos de las sillas con sus vestidos y blusas recién planchados, y tendían sus rebecas a secar sobre toallas por todos los huecos libres del suelo. (Luego te chillaban si pasabas cerca). Se apostaban delante de varios espejos: el espejo del perchero del recibidor, y el espejo al lado de la puerta de la cocina, con la repisa siempre atestada de imperdibles, horquillas, peniques sueltos, botones, cabos de lápices. A veces una de ellas se pasaba veinte minutos o más delante de un espejo, mirándose desde distintos ángulos, inspeccionándose los dientes, echándose el pelo hacia atrás y luego despeinándose hacia delante. Al final se alejaba, aparentemente satisfecha, o al menos lista, pero solo para ir a la siguiente habitación, al siguiente espejo, donde empezaba de nuevo como si le acabaran de entregar una cabeza nueva.

Ahora mismo la más mayor, la que se suponía que era la guapa, estaba quitándose las horquillas del pelo delante del espejo de la cocina. Tenía la cabeza cubierta de rizos relucientes como caracoles. Su otra hermana, por orden de su madre, estaba triturando las patatas para el puré. Su hermano de cinco años estaba sentado en su sitio a la mesa, golpeando el cuchillo y el tenedor rítmicamente al grito de «¡Quiero que me sirvan! ¡Quiero que me sirvan!».

Era lo que decía su padre a veces, cuando bromeaba.

Bud se acercó a su hermano y le habló en voz baja.

—Mira. Otra vez está poniendo grumos en el puré de patatas.

Su hermano dejó de cantar y empezó a quejarse.

—No me lo comeré si pone grumos. Mamá, no me lo comeré si pone grumos.

—Anda ya, no seas tonto —dijo la madre de Bud. Estaba friendo rodajas de manzana y aros de cebolla con las chuletas de cerdo—. Deja de lloriquear como un crío.

—Ha sido Bud —dijo la hermana más mayor—. Bud ha ido a decirle que está poniendo grumos en el puré. Siempre le dice lo mismo, y él no se da cuenta de que le toma el pelo.

—Creo que voy a hacerte puré la cara, Bud —dijo Doris, la hermana que trituraba las patatas. No siempre decía esas cosas por las buenas: una vez le dejó a Bud las uñas marcadas en la mejilla.

Bud se acercó a la alacena, donde había una tarta de ruibarbo enfriándose. Fue a buscar un tenedor y empezó a pincharla con cuidado a hurtadillas, dejando escapar el delicioso vapor, un dulce olor a canela. Tratava de abrir un hueco en uno de los bordes de la masa para probar el relleno. Su hermano lo vio, pero estaba demasiado asustado para decir nada. Era un niño muy consentido y sus hermanas lo defendían a cada momento; Bud era el único de la casa al que respetaba.

—Quiero que me sirvan —repitió, ahora en un tono más bajo y comedido.

Doris fue a la alacena a buscar el cuenco para el puré de patatas. Bud hizo un movimiento en falso y una parte de la masa se desmoronó.

—Y encima ahora está estropeando la tarta —dijo Doris—. Mamá, está estropeando tu tarta.

—Cierra la maldita boca —dijo Bud.

—Deja la tarta en paz —dijo la madre de Bud con severidad estudiada, casi serena—. Basta de maldecir. Basta de ir con el cuento. A ver si crecéis de una vez.

Jimmy Box se sentó a cenar a la mesa, apretujado con el resto de su familia. Jimmy, su padre, su madre y sus hermanas, de cuatro y seis años, vivían en casa de su abuela, con la abuela, la tía abuela Mary y un tío soltero. Su padre tenía un taller de reparación de bicicletas en el cobertizo de atrás de la casa, y su madre trabajaba en los almacenes Honeker.

El padre de Jimmy estaba lisiado, a raíz de un ataque de polio cuando tenía veintidós años. Caminaba doblado hacia delante desde las caderas, apoyándose en un bastón. No se le notaba mucho cuando estaba en el taller, porque ese trabajo requería estar encorvado de todos modos. Cuando iba por la calle sí se veía que andaba muy raro, pero nadie se metía con él ni lo imitaba para burlarse. De joven había sido una figura destacada del hockey y el béisbol en el pueblo, y aún conservaba un halo de la gracia y el coraje de sus tiempos de jugador, que daba perspectiva a su estado actual y permitía verlo como una etapa más (por definitiva que fuera). Él alentaba esa impresión gastando bromas tontas y adoptando un tono optimista, negando el dolor que delataban sus ojos hundidos y que muchas noches lo mantenía en vela. Y, a diferencia del padre de Cece Ferns, no cambiaba de humor en cuanto ponía un pie en su casa.

Aunque, claro, la casa no era suya. Su mujer se había casado con él después de que quedara lisiado, por más que estaban comprometidos desde antes, y pareció natural que se instalaran en la casa de su madre, para que la madre pudiera cuidar a los niños que llegaran mientras ella iba a trabajar. A la madre también le pareció natural hacerse cargo de otra familia; igual de natural que su hermana Mary se fuera a vivir con todos ellos cuando le falló la vista, y que su hijo Fred, que era extremadamente tímido, siguiera viviendo en casa hasta que encontrara un sitio mejor. Era una familia que soportaba las cargas con más resignación aún que los cambios del tiempo. De hecho en esa casa nadie se habría referido a la enfermedad del padre de Jimmy o de la vista de la tía Mary como si fueran una carga o un problema mayor que la timidez del tío Fred. Los reveses y la adversidad se encajaban como venían, no se distinguían de la otra cara de la moneda.

En la familia estaba arraigada la idea de que la abuela de Jimmy era una excelente cocinera. Y quizá lo fuera en otros tiempos, pero en los últimos años la cosa había decaído. Se practicaban economías que esa época no se justificaban. La madre y el tío de Jimmy ganaban un sueldo decente, y su tía Mary cobraba la pensión, y el taller de bicicletas tenía una buena clientela, pero se gastaba un huevo cuando había que poner tres, y el pastel de carne llevaba una taza extra de copos de avena. Luego trataba de compensarse regándolo todo generosamente con salsa inglesa o espolvoreando las galletas con mucha nuez moscada. Sin embargo, nadie se quejaba. Todo eran cumplidos. En aquella casa las quejas eran tan raras como los rayos globulares. Y todo el mundo decía «Disculpa», incluso las niñas decían «Disculpa», cuando chocaban unos con otros sin querer. Todo el mundo pasaba las cosas amablemente, y las pedía por favor, y daba las gracias en la mesa, como si cada día hubiera invitados. Así era como se las arreglaban para vivir tan apiñados, con ropas amontonadas en una misma percha, abrigos colgados en el pasamanos, y los catres desplegados permanentemente en el comedor para Jimmy y el tío Fred, y el aparador tapado bajo un montón de ropa por planchar o remendar. Nadie corría por las escaleras, ni daba portazos, ni ponía la radio alta, ni decía nada desagradable.

¿Eso explicaba que Jimmy mantuviera la boca cerrada aquel sábado durante el almuerzo? Todos mantuvieron la boca cerrada, los tres. En el caso de Cece se entendía. Su padre no habría soportado que Cece diera a conocer un suceso tan importante. Lo habría tachado de mentiroso, por sistema. Y la madre de Cece, que lo

juzgaba todo por las reacciones del padre, habría pensado —con razón— que el mero hecho de ir a la comisaría de policía con aquella historia provocaría un trastorno en casa, así que le habría pedido que por favor se callara. Los otros dos chicos, en cambio, vivían en hogares medianamente razonables y podrían haber hablado. En casa de Jimmy habrían recibido la noticia con consternación y cierto recelo, pero enseguida habrían admitido que no era culpa de Jimmy.

Las hermanas de Bud le habrían preguntado si estaba loco. Puede que incluso tergiversaran las cosas para insinuar que era típico de él algo tan repugnante como encontrar un cadáver, pero su padre, que era un hombre sensato y paciente, acostumbrado a oír historias rocambolescas en la agencia de transporte ferroviario de mercancías donde trabajaba, habría hecho callar a las hermanas y, después de hablar seriamente con Bud para asegurarse de que decía la verdad y no exageraba, habría llamado a la policía.

Era simplemente que sus casas parecían demasiado llenas, había demasiadas cosas con las que bregar. Y eso tanto valía para la casa de Cece como para las demás, porque incluso cuando su padre no estaba persistía a todas horas la amenaza y el recuerdo de su presencia desquiciada.

—¿Lo has contado?

—¿Y tú?

—Yo tampoco.

Echaron a andar hacia el centro, sin pensar por dónde iban. Doblaron por Shipka Street y cuando se dieron cuenta estaban pasando por delante de la casa estucada de una planta donde vivían el señor y la señora Willens. Solo entonces la reconocieron. Tenía una pequeña ventana en voladizo a cada lado de la puerta de entrada y un pequeño porche con espacio para un par de sillas, que ahora no estaban pero donde solían sentarse el señor Willens y su mujer a tomar el fresco las noches de verano. Habían construido un anexo a un lado de la casa, con el tejado plano y salida a la calle, al que se accedía por un sendero independiente. En la placa que había junto a la puerta se leía: D. M. WILLENS, OPTOMETRISTA. Ninguno de los chicos se había visitado nunca en esa consulta, pero la tía de Jimmy, Mary, solía ir a buscar sus colirios, y su abuela se hacía allí las gafas. Igual que la madre de Bud Salter.

El estuco era de un color rosa palo, y las puertas y los marcos de las ventanas estaban pintados de marrón. Como en la mayoría de las casas del pueblo, aún no habían quitado los postigos. La vivienda no tenía nada de especial, pero el jardín era famoso por sus flores. La señora Willens era una consumada jardinera; ella no cultivaba sus flores en largas hileras bordeando el huerto, como la abuela de Jimmy y la madre de Bud. Las plantaba en macizos redondos o en forma de media luna, y por todas partes, y también en arriates alrededor de los árboles. En un par de semanas el jardín se llenaría de narcisos. Ahora mismo, sin embargo, lo único que estaba en flor era el arbusto de forsitia en la esquina de la casa. Llegaba prácticamente a la altura de los aleros y derramaba sus flores amarillas como una fuente.

La forsitia se meció, pero no por el viento: tras el arbusto apareció una figura encorvada vestida de marrón, que resultó ser la señora Willens. Era una mujer menuda, e iba enfundada en las viejas ropas que usaba para trabajar en el jardín, unos pantalones holgados y una chaqueta raída, además de una gorra de plato que quizá fuera de su marido, porque casi le tapaba los ojos. Llevaba unas tijeras de podar.

Los chicos aminoraron el paso; era eso o echar a correr. Tal vez pensaron que con suerte no los vería, que se podían confundir con postes, pero ella ya los había visto y se acercaba a ellos a paso rápido.

—Veo que os habéis quedado embobados con mi forsitia —dijo la señora Willens—.

¿Queréis unos ramos para casa?

Si estaban embobados no era por la forsitia, sino por la escena en conjunto: todo

parecía igual que siempre, la placa junto a la puerta de la consulta, las cortinas abiertas para que entrara la luz. Nada lúgubre ni ominoso, nada que dijera que el señor Willens no estaba dentro y su coche guardado en el garaje detrás de la consulta y no en la poza de Jutland. Y la señora Willens trabajando en el jardín, donde cualquiera habría esperado encontrarla —todo el mundo en el pueblo lo decía— en cuanto se derritiera la nieve. Y llamándolos con aquella voz suya, áspera por el tabaco, brusca y desafiante pero en absoluto hostil, una voz que se podría reconocer de lejos o salir del fondo de cualquier comercio.

—Esperad —dijo—. Esperad, que os daré un poco.

Empezó a cortar con destreza, selectivamente, unas cuantas ramas, y cuando tuvo las que quería se acercó a ellos tapada por una cortina de flores de un vivo color amarillo.

—Tomad —dijo—. Llevádselas a vuestras madres. Siempre da gusto ver la forsitia, es lo primero que brota en primavera. —Estaba repartiendo las ramas entre los tres—. Como la Galia —dijo—. La Galia se divide en tres partes. Debéis de saberlo, si estudiáis latín.

—Todavía no estamos en secundaria —dijo Jimmy, a quien el trato diario en casa había preparado mejor que a los demás para hablar con las señoras.

—¿Ah, no? —dijo ella—. Bueno, os aguardan grandes cosas por delante. Decidles a vuestras madres que las pongan en agua templada. Bah, estoy segura de que ya lo saben. Os he dado ramas que aún no han brotado del todo, así que deberían durar muchísimo.

Le dieron las gracias —Jimmy primero, y los otros siguieron su ejemplo— y luego se encaminaron de nuevo al centro, con los brazos cargados de flores. No tenían ninguna intención de volver a casa a dejarlas, y confiaban en que la mujer tampoco sabría muy bien dónde vivían. Siguieron andando y se volvieron disimuladamente para ver si los estaba mirando.

No, no miraba. De todos modos la casa grande cerca de la acera tapaba la vista.

La forsitia les permitió concentrarse en otra cosa. La vergüenza de ir cargados de flores, cómo deshacerse de ellas. De lo contrario habrían tenido que pensar en el señor y la señora Willens. En cómo podía ella estar tan absorta en el jardín y él ahogado en su coche. ¿Sabría la mujer dónde estaba su marido? Daba la impresión de que no. ¿Sabía por lo menos que había salido? Actuaba como si no pasara nada, nada de nada, y eso fue lo que sintieron ellos también mientras la tenían delante. El hecho de que la mujer no lo supiera pareció desterrar y negar completamente lo que sabían, lo que habían visto.

Dos chicas en bicicleta aparecieron a la vuelta de la esquina. Una era Doris, la hermana de Bud. Nada más verlos, las chicas se pusieron a reír y chillar.

—Oh, mira esas flores —gritaron—. ¿Dónde es la boda? Mira qué damas de honor tan guapas.

Bud gritó lo peor que se le pasó por la cabeza.

—Tienes todo el culo manchado de sangre.

Era mentira, claro, pero una vez había pasado de verdad: Doris había vuelto de la escuela con la falda manchada de sangre. Todo el mundo la había visto, y el recuerdo perduraría para siempre.

Bud estaba seguro de que su hermana lo delataría cuando volviera a casa, pero no lo hizo. Se avergonzaba tanto por lo de aquella otra vez que no podía mencionar el tema, ni siquiera para crearle problemas a su hermano.

Se dieron cuenta de que tenían que deshacerse de las flores enseguida, así que simplemente tiraron las ramas debajo de un coche aparcado. Doblaron hacia la plaza sacudiéndose aún unos pocos pétalos de la ropa.

El sábado todavía era un día importante en aquella época; la gente llegaba al pueblo desde el campo. Ya había coches aparcados alrededor de la plaza y en las calles

próximas. Había chicos y chicas del campo, y otros niños más pequeños, del pueblo y del campo, yendo a la matiné del cine.

Era inevitable pasar delante de los almacenes Honeker en la primera calle después de la plaza. Y allí, a la vista de la gente en uno de los escaparates, Jimmy vio a su madre. De vuelta ya al trabajo, estaba enderezando el sombrero de una maniquí, ajustándole el velo, y luego los hombros del vestido. Como era bajita, tenía que ponerse de puntillas. Se había quitado los zapatos para pisar la moqueta del escaparate. Las carnes rosadas de sus talones se transparentaban a través de las medias, y al estirarse se le veía la parte posterior de la rodilla por el corte de la falda. Más arriba había un trasero ancho pero bien formado, y la línea de las bragas o la faja. Jimmy imaginó sus resoplidos, y también el olor de las medias, que a veces se quitaba en cuanto llegaba a casa para que no se le hicieran carreras. Las medias y la ropa interior, incluso la ropa interior limpia de mujer, desprendía un olor íntimo que era a la vez atrayente y desagradable.

Jimmy deseó dos cosas. Que los demás no la vieran (la habían visto, pero la idea de que una madre saliera todos los días a la calle bien vestida y frecuentara la vida del pueblo les resultaba tan ajena que no podían hacer ningún comentario, solo dejarlo pasar) y sobre todo, por favor, que ella no se volviera y lo descubriera. Si eso ocurría, era capaz de ponerse a dar golpecitos en el vidrio y a saludarlo gesticulando con los labios. En el trabajo perdía la serena discreción, la estudiada delicadeza que solía tener en casa. Su talante servicial, normalmente dócil, se volvía efusivo. Antes a Jimmy le encantaba esa otra cara suya, esa chispa, tanto como le fascinaban los almacenes Honeker, con sus largos mostradores de vidrio y madera barnizada, sus grandes espejos en lo alto de las escaleras, donde uno podía mirarse mientras subía a la sección de ropa de señora, en la segunda planta.

«Aquí está mi pequeño vándalo», solía decir su madre, y a veces le deslizaba una moneda de diez centavos. Nunca podía quedarse más de un minuto; el señor o la señora Honeker podían estar vigilando.

Pequeño vándalo.

Palabras que antes eran tan gratas al oído como el tintineo de las monedas, ahora sonaban un poco maliciosas y lo avergonzaban.

Estaban a salvo, habían pasado de largo.

También había que pasar por delante del Duke of Cumberland, pero a Cece no le preocupaba. Si su padre no había ido a casa a almorzar, significaba que todavía seguiría varias horas allí. Aun así, siempre que oía «Cumberland» imaginaba unas tierras asoladas por la tristeza. Incluso cuando no sabía qué significaba, advertía en ese nombre ecos de pesadumbre. Un peso hundiéndose en aguas oscuras, profundas. Entre el Cumberland y el ayuntamiento había un callejón sin asfaltar, y la comisaría de policía estaba en la parte de atrás del ayuntamiento. Se metieron por el callejón y no tardaron en oír un ruido nuevo, que rivalizaba con el bullicio de la calle. No venía del Cumberland, donde el sonido quedaba amortiguado dentro, porque el local solo tenía unas ventanitas pequeñas, altas, como unos servicios públicos. Venía de la comisaría. La puerta de la oficina estaba abierta, con el tiempo tan bueno que hacía, y desde el callejón se olía el tabaco de pipa y los puros. Normalmente no eran solo agentes de policía quienes estarían en la comisaría, y menos un sábado por la tarde, sentados con la estufa encendida en invierno, o el ventilador en verano, o la puerta abierta para que corriera la brisa en un agradable día de entretiempo como ese. También solía parar por allí el coronel Box; de hecho los chicos oyeron de lejos sus resuellos, las secuelas de una risa asmática que arrastraba desde hacía mucho. Era pariente de Jimmy, pero en la familia lo trataban con frialdad porque no aprobaba el matrimonio de sus padres. Cuando lo reconocía, hablaba a Jimmy en un tono irónico, de sorpresa. «Si alguna vez te ofrece veinticinco centavos, o lo que sea, di que no te hace ninguna falta», le había

advertido a Jimmy su madre, pero el coronel Box nunca le había ofrecido nada.

También solía estar ahí el señor Pollock, que se había jubilado de la droguería, y Fergus Solley, que no era medio tonto pero lo parecía, porque lo habían gaseado en la Primera Guerra Mundial. Estos hombres y algunos más se pasaban el día jugando a cartas, fumando, contando historias y tomando café a expensas del pueblo (eso decía el padre de Bud). Quien quería presentar una queja o una denuncia tenía que hacerlo a la vista de todos ellos, que probablemente se enteraban de todo.

Había que aguantarse.

Los chicos se quedaron delante de la puerta abierta. Nadie se había percatado de que estaban allí. «Todavía no estoy muerto», dijo el coronel Box, repitiendo la última frase de alguna anécdota. Los chicos empezaron a alejarse despacio con la cabeza gacha, pateando la grava. Al dar la vuelta a la esquina del edificio empezaron a correr. Al lado de los servicios públicos de caballeros había un chorro de vómito reciente y pastoso en la pared, y un par de botellas vacías tiradas en el suelo. Tuvieron que pasar entre los bidones de basura y las ventanas altas y vigilantes de la oficina del secretario municipal, y así salieron del callejón de gravilla, de vuelta a la plaza.

«Tengo dinero», dijo Cece. Este mensaje práctico y desapasionado fue un gran alivio para todos. Cece hizo tintinear las monedas en su bolsillo. Era el dinero que le había dado su madre cuando fue al dormitorio a decirle que salía, después de lavar los platos. «Llévate cincuenta centavos del aparador», le había dicho. A veces tenía dinero, aunque Cece nunca veía que su padre le diera nada. Y cuando le decía que fuera a buscar unas monedas, o ella misma se las daba, Cece comprendía que su madre se avergonzaba de la vida que llevaban, se avergonzaba por él y además delante de él, y entonces no soportaba verla (aunque se alegraba por el dinero). Menos aún si ella le decía que era un buen chico y que no pensara que no le agradecía todo lo que hacía.

Bajaron por la calle del embarcadero. Al lado de la estación de servicio había un quiosco donde la señora Paquette vendía perritos calientes, helados, caramelos y cigarrillos. A ellos nunca había querido venderles cigarrillos, ni cuando Jimmy decía que eran para su tío Fred, pero no les echaba en cara que lo intentaran. Era una mujer rolliza y bonita, francocanadiense.

Compraron unos látigos de regaliz, negros y rojos. Dejaron el helado para más tarde, cuando les bajara un poco la comida. Se acercaron a un sitio donde había dos viejos asientos de coche apoyados en una valla, que en verano quedaban a la sombra de un árbol. Se sentaron en uno y repartieron los regalices.

En el otro asiento estaba el capitán Tervitt.

El capitán Tervitt había sido realmente capitán muchos años en los barcos que cruzaban el lago. Ahora trabajaba como agente municipal. Detenía el tráfico para que los niños cruzaran la calle delante del colegio y evitaba que se tiraran en trineo por la pendiente en invierno. Tocaba su silbato y levantaba una mano grande, que parecía la de un payaso, enfundada en un guante blanco. Aún era un hombre alto y ancho de espaldas, a pesar de la vejez y el pelo blanco. Los coches hacían lo que decía, y los niños también.

Por la noche recorría el pueblo comprobando que las puertas de las tiendas estuvieran bien cerradas y que no hubiera nadie robando. De día solía dormir en lugares públicos. Cuando hacía mal tiempo, en la biblioteca, y cuando hacía bueno elegía algún lugar al aire libre. No pasaba mucho tiempo en la comisaría, probablemente porque estaba demasiado sordo para seguir la conversación sin su audífono y, como la mayoría de los sordos, detestaba llevar audífono. Y sin duda era un hombre solitario, después de haber pasado tanto tiempo escrutando el horizonte por encima de la proa de los barcos.

Tenía los ojos cerrados y la cabeza recostada hacia atrás, para que el sol le diera en la

cara. Cuando los chicos se acercaron a hablar con él (y la decisión se tomó sin necesidad de que lo consultaran, aparte de una mirada de reserva y resignación), tuvieron que despertarlo. Su cara tardó un momento en registrar cómo, cuándo y dónde estaba. Entonces sacó un reloj grande y anticuado del bolsillo, como si diera por hecho que los niños siempre quieren saber la hora, pero ellos siguieron hablándole atolondradamente y un poco avergonzados. «El señor Willens está en la poza de Jutland», dijeron, y «Hemos visto el coche», y «Ahogado». El capitán Tervitt había levantado la mano pidiendo con gestos que se callaran, mientras con la otra mano hurgaba en el bolsillo de los pantalones y sacaba el audífono. Asentía despacio y con seriedad, como alentándolos a tener paciencia, mientras se colocaba el aparato en el oído. Luego levantó las dos manos —Tranquilos, tranquilos— mientras lo comprobaba. Finalmente asintió, esta vez con un gesto seco, y con voz severa, aunque como si hasta cierto punto quisiera bromear con esa severidad, dijo: «Adelante».

Cece, que era el más callado de los tres —así como Jimmy era el más educado y Buddy el más respondón—, hizo que todo diera un vuelco.

«Se ha dejado la bragueta abierta», dijo.

Y entonces los tres chicos dieron un alarido y echaron a correr.

La euforia no desapareció inmediatamente, pero tampoco era algo que pudieran compartir o hablar entre ellos; tuvieron que separarse.

Cece se fue a casa a seguir preparando su escondite. El suelo de cartón, que se había helado durante el invierno, estaba empapado y había que cambiarlo. Jimmy subió al altillo del garaje, donde recientemente había descubierto una caja de las viejas revistas de Doc Savage que su tío Fred leía de jovencito. Bud llegó a casa y encontró a su madre sola, encerando el suelo del comedor. Se pasó una hora hojeando historietas y entonces se lo contó. Pensaba que su madre no tenía experiencia o autoridad más allá del territorio doméstico y que no sabría qué hacer hasta que telefonara a su padre, pero para su sorpresa llamó inmediatamente a la policía. Luego llamó a su padre. Y alguien se encargó de ir a buscar a Cece y Jimmy.

Un coche de policía se desvió a Jutland desde la carretera municipal y la noticia se confirmó. Un agente y el pastor anglicano fueron a ver a la señora Willens.

—No quería molestarles sin necesidad —dijo la señora Willens, al parecer—. Iba a esperar hasta que anocheciera antes de dar parte.

Les contó que el señor Willens se había ido con el coche al campo a llevarle un colirio a un anciano ciego. A veces se demoraba, dijo. Visitaba a alguien, o el coche se quedaba atascado.

¿Había notado a su marido desmoralizado últimamente?, le preguntó el policía.

—Ni muchísimo menos —dijo el pastor—. Era el baluarte del coro.

—Esa palabra no estaba dentro de su vocabulario —añadió la señora Willens.

Se habló bastante en el pueblo de que los chicos se sentaran a comer y no dijeran una sola palabra. Y que luego se compraran un puñado de látigos de regaliz. Alguien inventó un nuevo apodo —Salvavidas— y los tres cargaron con él a partir de entonces. A Jimmy y a Bud siguieron llamándolos así hasta que se marcharon del pueblo, y Cece —que se casó joven y empezó a trabajar en el silo— vio cómo el mote pasaba a sus dos hijos. A esas alturas ya nadie pensaba en lo que significaba.

El insulto al capitán Tervitt quedó en secreto.

Los chicos esperaban algún tipo de recriminación, alguna mirada altiva de agravio o de condena, la próxima vez que tuvieran que pasar bajo su brazo levantado al cruzar la calle para ir a la escuela. Pero el capitán Tervitt mantuvo en alto la mano enguantada, la noble mano blanca de payaso, con su benevolencia y serenidad de costumbre. Y dio su consentimiento.

Adelante.

Fallo del corazón

«Glomerulonefritis», anotó Enid en su cuaderno. Era el primer caso que veía. La cuestión era que a la señora Quinn le estaban fallando los riñones y que no se podía hacer nada. Sus riñones se irían secando poco a poco hasta convertirse en unos nódulos granulados, duros e inútiles. Su orina era escasa y de color parduzco, y su aliento y su piel despedían un olor acre que no hacía presagiar nada bueno. Además había otro olor, más débil, como a fruta podrida, que Enid relacionaba con las manchas moradas que le habían brotado por todo el cuerpo. Sufría dolorosos calambres en las piernas e intensos picores en la piel, que Enid calmaba con friegas frías. Envolvía hielo en toallas y aplicaba las cataplasmas en las zonas que más la martirizaban.

—¿Y puede saberse cómo se contrae esa enfermedad? —preguntó la señora Green, la cuñada de la señora Quinn. Se llamaba Olive Green, y decía que no se había parado a pensar en cómo sonaría su nombre de casada hasta que vio que todo el mundo se mondaba de la risa. Vivía en una granja a unas pocas millas, cerca de la carretera, y acudía cada pocos días a recoger las sábanas, las toallas y los camisones para lavarlos en su casa. Se llevaba también la ropa de las niñas, y luego la devolvía toda recién planchada y doblada. Planchaba incluso las cintas de los camisones. Enid le estaba agradecida; había trabajado en sitios donde además le tocaba lavar la ropa, o peor aún, cargársela a su madre, que acababa pagando para que se lo hicieran en el pueblo. Sin ánimo de ofenderla, pero viendo hacia dónde se encaminaban las preguntas, contestó:

—Es difícil saberlo.

—Porque una oye de todo —dijo la señora Green—. Por lo visto hay mujeres que toman pastillas. Les dan esas pastillas para cuando les falta el período, y si las toman como les dice el médico y por una buena razón no hay problema, pero si toman demasiadas y por una mala razón, se les fastidian los riñones. ¿Me equivoco?

—Nunca me he encontrado con un caso así —dijo Enid.

La señora Green era una mujer alta y corpulenta. Igual que su hermano Rupert, que era el marido de la señora Quinn, tenía una cara redonda, arrugada y simpática, de nariz respingona, una de esas caras que la madre de Enid llamaba «de patata irlandesa». Pero mientras que en la jovialidad de Rupert se advertía recelo y contención, la expresión de la señora Green ocultaba un anhelo. Enid no sabía de qué. Hasta en la conversación más intrascendente la señora Green imponía siempre una enorme exigencia. Quizá fueran solo un anhelo de novedades. Novedades trascendentes. Un suceso.

Y desde luego se aproximaba un suceso, un hecho trascendente, por lo menos para la familia. La señora Quinn iba a morir, a la edad de veintisiete años. (Esa era la edad que ella se ponía; Enid le habría echado algunos años más, pero con enfermedades tan avanzadas la edad era difícil de adivinar). Cuando los riñones dejasen de funcionar completamente, se le pararía el corazón y moriría. El médico le había dicho a Enid: «La cosa se puede alargar hasta entrado el verano, pero es muy probable que le den algún tipo de respiro antes de que se vaya el calor».

—Rupert la conoció cuando estuvo en el norte —dijo la señora Green—. Se fue solo, a trabajar en el monte. Ella estaba empleada en un hotel. No sé muy bien qué hacía. Era camarera de habitaciones, creo. Pero ella tampoco era de allí, dice que se crio en un orfanato en Montreal. Eso no es culpa suya. Lo normal sería que hablara francés, pero si lo habla, se lo tiene muy bien guardado.

—Una vida interesante —dijo Enid.

—Ya lo puedes decir.

—Una vida interesante —repitió Enid. A veces no podía evitarlo, trataba de hacer una broma a sabiendas de que seguramente caería en saco roto. Enarcó las cejas con gesto alentador, y finalmente la señora Green sonrió.

Pero ¿estaría dolida? Era así como Rupert sonreía cuando iban al instituto, esquivando posibles burlas.

—Nunca había tenido novia, antes que ella —dijo la señora Green.

Enid había ido a la misma clase que Rupert, aunque eso no se lo mencionó a la señora Green. Ahora le daba un poco de vergüenza, porque Rupert era uno de los chicos a los que ella y sus amigas ridiculizaban y martirizaban en la escuela; al que más, de hecho. «Chinchar», solía decirse entonces. Chinchaban a Rupert, siguiéndolo por la calle y gritándole: «Hola, Rupert. Hola, Rupert», mortificándolo y viendo cómo el cogote se le ponía colorado. «Rupert tiene la escarlatina», decían. «Rupert, tendrías que ponerte en cuarentena». También fingían que una de ellas —Enid, Joan McAuliffe, Marian Denny— estaba loca por él. «Quiere hablar contigo, Rupert. ¿Por qué no la invitas a salir? Al menos podrías llamarla por teléfono. Se muere de ganas de hablar contigo».

En realidad no esperaban que respondiera a estas insinuaciones suplicantes, pero qué alegría si lo hubiera hecho. Le habrían dado calabazas a la primera de cambio y habrían hecho que se corriera la voz por toda la escuela. ¿Por qué? ¿Por qué lo trataban así, por qué ese deseo de humillarlo? Sencillamente porque podían.

Imposible que él lo hubiera olvidado. Pero trataba a Enid como si acabara de conocerla, como si la enfermera de su mujer hubiera llegado a su casa de cualquier parte. Y Enid le siguió la corriente.

Las cosas estaban muy bien organizadas para ahorrarle trabajo. Rupert dormía en casa de la señora Green, y también comía allí. Las dos niñas podrían haberse quedado asimismo con la tía, pero entonces habrían tenido que cambiar de escuela; aún faltaba casi un mes de colegio antes de las vacaciones de verano.

Rupert iba a casa por la noche y hablaba con sus hijas.

—¿Os estáis portando bien? —decía.

—Enseñadle a papá lo que habéis hecho con los cubos —decía Enid—. Enseñadle a papá vuestros dibujos en el cuaderno para colorear.

Los cubos, las ceras, los cuadernos de colorear, se los llevaba Enid. Había telefoneado a su madre para pedirle que mirara en los baúles viejos a ver qué encontraba. Su madre lo hizo, y llevó además un viejo libro de muñecas recortables que le dio alguien, de las princesas Isabel y Margarita y su colección de trajes. Enid no consiguió que las niñas dieran las gracias hasta que lo guardó todo en lo alto de una estantería y anunció que lo dejaría ahí hasta que lo hicieran. Lois y Sylvie tenían siete y seis años, y estaban tan asilvestradas como unos gatitos de granja.

Rupert tampoco preguntaba de dónde salían esas cosas. Les decía a sus hijas que se portaran bien y le preguntaba a Enid si necesitaba algo del pueblo. Una vez ella le dijo que había cambiado la bombilla de la escalera del sótano y que podría comprar algunas de repuesto.

—Eso podría haberlo hecho yo —dijo él.

—No tengo ningún problema con las bombillas —dijo Enid—. Ni con los fusibles, ni con poner clavos. Hace mucho que mi madre y yo nos arreglamos sin un hombre en casa.

—Trataba de bromear un poco, de ser cordial, pero no funcionó.

Al final Rupert preguntaba por su mujer, y Enid le decía que todavía tenía la tensión un poco baja, o que había cenado un poco de tortilla y se le había asentado bien, o que las compresas heladas parecían aliviarle los picores de la piel y que dormía mejor. Y Rupert decía que si estaba durmiendo más valía no entrar a verla.

—Tonterías —contestaba Enid. A una mujer le sentaría mucho mejor ver a su marido que cualquier siesta. Entonces se llevaba a las niñas arriba y las acostaba, para que el matrimonio dispusiera de un poco de tiempo a solas. Aun así Rupert nunca se quedaba más de unos minutos en el dormitorio. Y cuando Enid bajaba de nuevo e iba al salón —ahora la habitación de la enferma— a preparar a la señora Quinn para dormir, la encontraba recostada en las almohadas, visiblemente alterada pero no afligida.

—Mi marido no se queda mucho por aquí, ¿verdad? —diría la señora Quinn—. Qué gracia me hace. Ja, ja, ja, ¿cómo estás? Ja, ja, ja, ya nos vamos. ¿Por qué no la sacamos afuera y la echamos al montón de estiércol? ¿Por qué no la tiramos por ahí, como a un gato muerto? Eso debe de estar pensando, ¿a que sí?

—Lo dudo —dijo Enid, acercando la palangana y las toallas, el alcohol para las friegas y los polvos de talco.

—Lo dudo —repitió la señora Quinn con bastante malicia, pero se rindió de buena gana mientras Enid le quitaba el camisón, la peinaba hacia atrás para despejarle la cara, le deslizaba una toalla bajo las caderas.

Enid estaba acostumbrada a que la gente hiciera aspavientos por estar desnuda, incluso con personas muy mayores o muy enfermas. A veces solo después de mucho insistirles y persuadirlos conseguía que entraran en razón. «¿Cree que son las primeras partes bajas que veo? —les decía—. Partes bajas, partes altas, todo se vuelve muy aburrido al cabo de un tiempo. Al final resulta que todos estamos hechos solamente de dos maneras». La señora Quinn, en cambio, no mostraba vergüenza, abría las piernas y se alzaba un poco para facilitarle la tarea. Era una mujer menuda con huesos de pájaro, un poco contrahecha a estas alturas, porque tenía el abdomen, las piernas y los brazos hinchados, mientras que los pechos eran poco más que dos pellejos caídos con los pezones arrugados como uvas pasas.

—Hinchada como un cerdo —dijo la señora Quinn—. Salvo las tetas, que siempre han estado ahí sin dar mucho servicio. Yo nunca he tenido unas ubres como las tuyas. ¿No estás harta de mí? ¿No te alegrarás cuando me muera?

—Si pensara eso no estaría aquí —dijo Enid.

—Ahí te pudras —dijo la señora Quinn—. Eso es lo que diréis todos. Ahí te pudras. A él ya no le sirvo para nada, claro. A ningún hombre le serviría. Seguro que cuando sale de aquí por la noche se va en busca de mujeres, ¿a que sí?

—Que yo sepa, va a casa de su hermana.

—Que tú sepas. Pero tú no sabes gran cosa.

Enid creía entender el porqué de esa actitud, de ese rencor y esa ponzoña, de las energías que reservaba para despotricar. La señora Quinn necesitaba desesperadamente un enemigo. Los enfermos acaban detestando a la gente que está sana; a veces ocurría entre maridos y mujeres, o incluso entre madres e hijos. O tanto con el marido como con las hijas, como en el caso de la señora Quinn. Un sábado por la mañana Enid hizo entrar a Lois y Sylvie, que jugaban en el porche, para que vieran lo guapa que estaba su madre. Acababa de asearla y ponerle un camisón limpio, y tenía el pelo claro y liso recién cepillado hacia atrás y prendido con una cinta azul. (Enid siempre llevaba un buen acopio de esas cintas cuando iba a cuidar a una mujer, además de un frasco de colonia y una pastilla de jabón perfumado). Y estaba guapa de verdad, o al menos se veía que en otros tiempos había sido guapa, con su frente ancha y sus pómulos altos (que ahora casi le atravesaban la piel, como pomos de porcelana), y sus grandes ojos verdosos, sus dientes translúcidos y su barbilla pequeña y tenaz.

Las niñas entraron en el cuarto obedientemente, aunque sin entusiasmo.

—Que no se acerquen a mi cama —dijo la señora Quinn—. Están hechas un asco.

—Solo querían verla —dijo Enid.

—Bueno, pues ya me han visto —dijo la señora Quinn—. Ahora que se vayan.

Las niñas no parecieron sorprendidas o decepcionadas por su actitud. Miraron a Enid, y ella les dijo:

—Muy bien, ahora será mejor que vuestra madre descanse.

Y las niñas salieron corriendo y cerraron de un portazo la puerta de la cocina.

—¿Es que no hay manera de que dejen de hacer eso? —dijo la señora Quinn—. Cada vez que dan un portazo siento como si me golpearan el pecho con un adoquín.

Cualquiera pensaría que en lugar de sus hijas eran un par de huérfanas bulliciosas que

le hubieran endosado de visita indefinidamente. Y sin embargo había gente que se comportaba así antes de hacerse a la idea de que iba a morir, o a veces incluso hasta que le llegaba la hora. A personas más dulces de carácter que la señora Quinn —al menos en apariencia— les daba por decir que sus hermanos, maridos, mujeres e hijos los habían odiado toda la vida, cuánto habían defraudado a los demás, y los demás a ellos, y cómo se alegrarían todos de que murieran. Quizá dijeran esas cosas al final de una vida apacible y de provecho, en el seno de familias que se querían, donde no había ninguna explicación para ese tipo de arrebatos. Y normalmente los arrebatos pasaban. Pero a menudo también, en las últimas semanas o días de vida, se rumiaban rencillas y desaires del pasado, o quejas por un castigo injusto de hacía setenta años. En una ocasión una mujer le pidió a Enid que le llevara una bandeja de porcelana inglesa del aparador, y ella pensó que quería consolarse contemplando aquel precioso objeto por última vez. La mujer, en cambio, derrochó sus últimas fuerzas en hacerlo añicos contra el pilar de la cama.

«Ahora sé que mi hermana no va a ponerle nunca la mano encima», dijo la mujer.

Y a menudo esa gente comentaba que las visitas venían solo para regodearse en su desgracia, y culpaban al médico de sus padecimientos. Ni siquiera soportaban a Enid, detestaban su brío a pesar de la falta de sueño, y sus manos pacientes, y el mero hecho de que la vida fluyera dentro de ella en admirable equilibrio. Enid estaba acostumbrada a esas cosas, y entendía el mal trago por el que pasaban, el mal trago de morir, y también los malos tragos de la vida, que a veces ensombrecían ese final.

Con la señora Quinn, sin embargo, se sentía perdida.

No se trataba solo de que no podía ofrecer ningún consuelo, sino que tampoco quería hacerlo. Por más que lo intentara no conseguía vencer la repugnancia que sentía hacia aquella pobre mujer, joven y condenada. Le repugnaba aquel cuerpo que tenía que lavar y empolvar, y calmar con hielo y friegas de alcohol. Ahora entendía a la gente que decía que no soportaba la enfermedad y los cuerpos enfermos; entendía a las mujeres que le habían dicho, no sé cómo puedes, yo nunca sería enfermera, es la única cosa que sería incapaz de hacer. A ella le disgustaba ese cuerpo en particular, todos y cada uno de los estragos que iba dejando la enfermedad. El olor que desprendía y la piel macilenta, los pequeños pezones de aspecto maligno y los patéticos dientes de hurón. Enid veía en todo eso la manifestación de una corrupción deliberada. Se sentía tan mala como la señora Green, husmeando en busca de la impureza rampante. A pesar de ser enfermera y de saber que eso no estaba bien, y a pesar de que ser compasiva formaba parte de su trabajo —y desde luego de su carácter—. No entendía el porqué de esa aversión. En cierto modo la señora Quinn le recordaba a algunas chicas que había conocido en el instituto, chicas de aspecto enfermizo, vestidas con ropa vulgar y con un futuro sombrío por delante, que aun así se paseaban muy ufanas con un descaro increíble. Solían dejar los estudios al cabo de uno o dos años, se quedaban embarazadas, la mayoría se casaban. Enid había atendido años después a algunas de ellas, en partos en casa, y se dio cuenta de que se les había agotado aquella antigua confianza en sí mismas y que el descaro se había convertido en mansedumbre, o incluso devoción. Sintió lástima por ellas, aunque no olvidaba que se habían ganado a pulso lo que tenían.

La señora Quinn era un caso más difícil. La señora Quinn podía resquebrajarse y resquebrajarse, pero de su interior no saldría más que resentimiento y maldad, más que podredumbre.

Peor aún que esa repulsión que despertaba en Enid, era que la señora Quinn lo sabía. Por mucha paciencia, dulzura o ánimos que Enid lograra reunir, nada podría impedir que ella lo supiera. Y para la señora Quinn el hecho de saberlo era un triunfo.

Ahí te pudras.

Cuando Enid tenía veinte años y le faltaba poco para acabar su formación como

enfermera, su padre se estaba muriendo en el hospital de Walley. Fue entonces cuando le dijo:

—No sé si estoy muy conforme con esa carrera tuya. No quiero que tengas que trabajar en un sitio como este.

Enid se acercó y le preguntó en qué clase de sitio creía estar.

—Solo es el hospital de Walley —le dijo.

—Ya lo sé —dijo su padre, con la misma voz serena de siempre, cargada de sensatez (era agente inmobiliario y corredor de seguros)—. Sé lo que me digo. Prométeme que no lo harás.

—¿Que no haré qué? —dijo Enid.

—Que no harás este tipo de trabajo —dijo su padre. No consiguió arrancarle más explicaciones. Apretaba la boca, como si sus preguntas lo disgustaran. Lo único que repetía era: «Promételo».

—¿Se puede saber qué pasa? —le preguntó Enid a su madre.

—Ah, vamos —dijo su madre—. Vamos, prométeselo. ¿A ti qué más te da?

A Enid le pareció espantoso que hablara así, pero no hizo ningún comentario. Se ajustaba al modo en que su madre veía muchas cosas.

—No voy a prometer algo que no entiendo —dijo—. De todos modos tampoco creo que prometa nada, pero si sabes de qué está hablando, deberías contármelo.

—Es solo que se le ha metido esa idea en la cabeza —dijo su madre—. La idea de que ser enfermera vuelve ordinaria a una mujer.

—Ordinaria —repitió Enid.

Su madre dijo que el rechazo de su padre era más que nada por la familiaridad que adquirían las enfermeras con el cuerpo de los hombres. Su padre pensaba —había decidido— que esa familiaridad acababa por cambiar a una chica, y que además cambiaba la idea que los hombres se hacían de esa chica. Estropearía las buenas oportunidades y le daría muchas otras oportunidades que no serían buenas. Algunos hombres perderían el interés, y otros se interesarían en el mal sentido.

—Supongo que todo se mezcla con el deseo de que te cases —dijo su madre.

—Pues peor para él —dijo Enid.

Al final, sin embargo, lo prometió. Y entonces su madre dijo: «Bueno, espero que eso te haga feliz». No «que le haga feliz», «que te haga». Como si hubiera sabido antes que Enid hasta qué punto sería tentadora esa promesa. La promesa en el lecho de muerte, la renuncia, el sacrificio total. Y cuanto más absurdo, mejor. A eso era a lo que había cedido, a fin de cuentas. Y no por amor a su padre, ni mucho menos (insinuaba su madre), sino dejándose llevar por la emoción. Pura y noble perversidad.

—Si te hubiera pedido que renunciaras a algo que no te importaba en un sentido o en otro, probablemente le habrías dicho que ni hablar —dijo su madre—. Si por ejemplo te hubiera pedido que dejaras de usar carmín. Seguirías usándolo.

Enid la escuchó con gesto paciente.

—¿Has rezado por ello? —preguntó su madre secamente.

Enid dijo que sí.

Abandonó los estudios de enfermería; se quedó en casa y se mantuvo ocupada. Podía permitirse vivir sin trabajar, porque en casa no había apuros de dinero. De hecho su madre al principio no quiso que Enid estudiara enfermería porque decía que eso era para chicas pobres, una salida cuando los padres no podían mantenerlas o mandarlas a la universidad. Enid no le recordó aquella contradicción. Pintó una valla, ató los rosales para el invierno. Aprendió repostería y aprendió a jugar al *bridge*, ocupando el lugar de su padre en la partida semanal que su madre organizaba con los vecinos de al lado, el señor y la señora Willens. En muy poco tiempo se convirtió en una jugadora escandalosamente buena, o eso aseguraba el señor Willens, que empezó a llevarle bombones, o una rosa, según decía para compensarla por ser un compañero tan

incompetente.

Iba a patinar las tardes de invierno. Jugaba a bádmiton.

Nunca le habían faltado amistades, y ahora tampoco. La mayoría de los que habían acabado con ella el instituto estaban a punto de terminar la universidad, o ya trabajaban fuera, como maestros de escuela, enfermeras o contables jurados. Pero hizo amistad con otra gente que había dejado los estudios para ponerse a trabajar en bancos, tiendas u oficinas, para ser fontaneros o confeccionar sombreros de señora. Las chicas del grupo estaban cayendo como moscas, o eso decían unas de otras. Caían en el matrimonio. Enid organizaba la fiesta en que las amigas llevaban los regalos a la novia, y siempre echaba una mano para preparar la merienda el día en que mostraban el ajuar. Un par de años después llegarían los bautizos, y ella siempre sería la madrina predilecta. Niños con los que no tenía ningún parentesco crecerían llamándola «tía». Y para las mujeres de la edad de su madre, e incluso mayores, era ya una especie de hija honorífica, la única joven de su edad que tenía tiempo para frecuentar la tertulia literaria y la sociedad de horticultura. Y así, rápidamente y sin esfuerzo, todavía en la flor de la edad, adoptó ese papel tan esencial y relevante como solitario.

A decir verdad, sin embargo, era el papel que había tenido toda la vida. En el instituto era siempre la delegada de la clase o la que organizaba los actos sociales. Contaba con el aprecio de los compañeros y era una chica vivaz, atractiva y bien vestida, si bien un poco distinta de las demás. Tenía amigos, pero no salía con ningún chico. No se trataba de una decisión premeditada, aunque tampoco le daba importancia. La preocupaban otra clase de aspiraciones: primero quería ser misionera, y luego, pasada esa vergonzosa etapa, quiso ser enfermera. Nunca se lo planteó como algo en lo que entretenerse hasta que se casara. Aspiraba a ser buena, y a hacer el bien, y no necesariamente cumpliendo con el modelo de la esposa convencional.

En Fin de Año fue al baile del ayuntamiento. El hombre que más la sacó a bailar, y que luego la acompañó a casa y le dio las buenas noches estrechándole la mano, era el gerente de la fábrica de productos lácteos, un cuarentón soltero, excelente bailarín, que solía ser un amigo paternal de chicas que lo tenían difícil para encontrar pareja. Ninguna mujer lo tomaba nunca en serio.

—A lo mejor deberías hacer un curso de administrativa —le sugirió su madre—. O ¿por qué no vas a la universidad?

Seguramente pensaba que quizá allí los hombres apreciarían más sus cualidades.

—Soy demasiado mayor —dijo Enid.

Su madre se echó a reír.

—Eso solo demuestra lo joven que eres —dijo. Parecía aliviada de descubrir que su hija tenía ese punto de insensatez propia de su edad, al creer que había un salto abismal entre los dieciocho años y los veintiuno.

—No pienso empezar a hacer el ganso con críos recién salidos del instituto —dijo Enid—. Hablo en serio. Además, ¿por qué quieres librarte de mí? Aquí estoy perfectamente.

Esos arranques de malhumor o brusquedad también parecían complacer y tranquilizar a su madre. Aun así, al cabo de un momento suspiró y dijo:

—Te parecerá increíble ver lo rápido que pasan los años.

Aquel mes de agosto hubo un brote de sarampión que se juntó con varios casos de polio. El médico que había atendido a su padre, y que había observado la desenvoltura de Enid en el hospital, le preguntó si quería echar una mano una temporada cuidando a pacientes a domicilio. Ella dijo que lo pensaría.

«¿Querías decir que vas a pedir por ello en tus oraciones?», le preguntó su madre, y Enid adoptó una expresión tozuda y reservada, la cara que otro tipo de chica hubiera puesto si no la dejaran quedar con su novio.

—Lo que yo prometí —le dijo a su madre al día siguiente— era no trabajar en un hospital, ¿verdad?

Su madre dijo que así lo había entendido, sí.

—Y no licenciarme ni ser enfermera titulada, ¿verdad?

Sí, sí.

Así que si había gente que necesitaba cuidados en casa, que no podían permitirse ir al hospital, o no querían, y Enid los atendía no como enfermera colegiada sino a domicilio, no podía decirse que rompiera su promesa, ¿verdad? Y puesto que la mayoría de los que necesitarían sus cuidados serían niños o mujeres parturientas, o gente moribunda, no habría mucho riesgo de volverse ordinaria, ¿a que no?

—Si los únicos hombres que cuidas no se van a levantar nunca más de la cama, supongo que tienes razón —dijo su madre.

Aun así, no pudo dejar de añadir que eso significaba que Enid abandonaría la posibilidad de un puesto decente en un hospital por un trabajo miserable en casas miserables y rudimentarias, donde tendría que deslomarse para cobrar nada y menos. Habría de bombear el agua de pozos contaminados, y romper el hielo de las palanganas en invierno, y combatir las moscas en verano, y utilizar el retrete del patio. Tablas de lavar y lámparas de queroseno en lugar de lavadoras y luz eléctrica. Intentaría cuidar a gente enferma en esas condiciones, mientras cargaba además con las tareas domésticas y con chiquillos pobres y escurridizos como comadrejas.

—Pero si esa es tu meta en la vida —dijo—, veo que cuanto peor te lo pinto más decidida estás a seguir adelante. Así que solamente voy a pedirte que me prometas dos cosas a mí también. Prométeme que hervirás el agua que vayas a beber. Y que no te casarás con un granjero.

—Qué locuras se te ocurren —dijo Enid.

Habían pasado dieciséis años desde entonces. Coincidió con que a partir de ese momento la gente empezó poco a poco a empobrecerse, con lo que cada vez eran menos los que se podían permitir ir al hospital, y las casas donde Enid iba a trabajar se deterioraron hasta tal punto que prácticamente cumplían los pronósticos de su madre. Había casas donde tenía que lavar a mano las sábanas y los pañales porque la lavadora estaba estropeada y no podía repararse, o porque habían cortado la luz, o porque nunca habían tenido electricidad. Enid no trabajaba de balde, porque eso no habría sido justo para las mujeres que atendían a domicilio y no disponían de los recursos que ella tenía, pero de una u otra manera devolvía la mayor parte de ese dinero, ya fuera en forma de zapatos y abrigos para los niños, visitas al dentista o juguetes por Navidad.

Su madre daba voces entre sus amigas para recolectar cunas, tronas y mantas, y conseguía también sábanas gastadas, que ella misma cortaba y pespuntaba para hacer pañales. Todo el mundo decía qué orgullosa debía de estar de Enid, y ella decía que sí, que por supuesto lo estaba.

«Pero a veces es agotador, esto de ser la madre de una santa», decía.

Luego vino la guerra, y hubo mucha escasez de médicos y enfermeras, y la ayuda de Enid se agradeció más que nunca. Y también durante un tiempo después de la guerra, con el nacimiento de tantos niños. Solamente ahora, con las ampliaciones de los hospitales y la bonanza de muchas de las granjas, parecía que sus responsabilidades podían quedar relegadas al cuidado de personas con enfermedades raras e incurables, o tan cascarrabias que los hospitales los habían echado.

Ese verano caía un aguacero cada pocos días, y después salía el sol con fuerza, llenando de destellos las hojas y la hierba mojada. Por las mañanas se levantaba mucha bruma —estaban tan cerca del río, allí—, pero cuando escampaba tampoco se podía alargar mucho la vista en ninguna dirección, por la exuberancia y la espesura del verano. Los árboles frondosos, los matorrales enmarañados con vides silvestres y

parras vírgenes, las cosechas de maíz, cebada, trigo y heno. Todo iba adelantado, por lo que decía la gente. En junio el heno ya estaba a punto para la siega, y Rupert tuvo que apresurarse para guardarlo en el granero antes de que una lluvia lo estropeará.

Cada noche volvía más tarde a casa, después de apurar las horas de luz hasta el último momento. Una noche cuando entró la casa estaba a oscuras, salvo por una vela encendida en la mesa de la cocina.

Enid fue rápidamente a abrir la puerta de mosquitera.

—¿Se ha ido la luz? —preguntó Rupert.

—Chist —susurró Enid. En murmullos le explicó que había dejado a las niñas dormir abajo, porque en los cuartos de arriba hacía demasiado calor. Había juntado las sillas y había preparado unas camas encima con edredones y almohadas. Y lógicamente había tenido que apagar las luces para que pudieran dormir. Había encontrado una vela en uno de los cajones, y con eso se las arreglaba para escribir en su cuaderno.

—Siempre se acordarán de haber pasado la noche aquí —dijo—. Uno siempre recuerda las veces que de pequeño dormía en sitios diferentes.

Rupert dejó una caja en la que había un ventilador de techo para la habitación de la enferma. Había ido a Walley a comprarlo. También llevaba un periódico, y se lo ofreció a Enid.

—Pensé que te gustaría saber lo que pasa en el mundo —dijo.

Ella desplegó el periódico en la mesa, al lado del cuaderno. Había una fotografía de una pareja de perros jugueteando en una fuente.

—Dice que hay una ola de calor —dijo—. Vaya, no nos habíamos enterado.

Rupert estaba sacando con cuidado el ventilador de la caja.

—Eso irá muy bien —dijo Enid—. Ahora ha refrescado un poco, pero mañana seguro que a la señora Quinn le parecerá un gran alivio.

—Vendré temprano a colocarlo —dijo él. Luego le preguntó cómo había pasado el día su mujer.

Enid dijo que los dolores de las piernas se le estaban calmando, y parecía que con las nuevas píldoras que le había dado el médico descansaba mejor.

—El único problema es que se queda dormida tan pronto —dijo— que se hace difícil que la veas despierta.

—Vale más que descansa —dijo Rupert.

Esta conversación en susurros hizo que Enid recordara las conversaciones del último año en el instituto, cuando las burlas del principio, o coqueteos crueles, o lo que fueran, habían quedado atrás hacía mucho tiempo. Ese año Rupert se sentó todo el curso detrás de ella, y solían intercambiar algunas frases, siempre con algún propósito inmediato. ¿Tienes goma de borrar tinta? ¿Cómo se escribe «incriminar»? ¿Dónde está el mar Tirreno? Normalmente era Enid, medio girada en la silla, sintiendo muy cerca la presencia de Rupert pero sin llegar a verlo, la que iniciaba estas conversaciones. Quería que le prestara la goma, realmente necesitaba la información, pero también quería ser sociable. Y quería compensarlo: se avergonzaba de lo mal que ella y sus amigas lo habían tratado. Pedir disculpas solo serviría para incomodarlo de nuevo. Únicamente se relajaba cuando estaba sentado allí detrás y sabía que ella no podía mirarlo cara a cara. Si se encontraban por la calle apartaba la vista hasta el último momento, y farfullaba un saludo apenas audible cuando ella decía en voz alta y cantarina: «Hola, Rupert», y oía en sus palabras los ecos atormentadores del pasado que quería olvidar.

Pero cuando él se decidía a tocarle el hombro con un dedo para avisarla, cuando se inclinaba hacia delante y casi rozaba, o rozaba —no podía estar segura—, su melena abundante, que incluso recogida en un moño era ingobernable, entonces se sentía perdonada. En cierto modo se sentía honrada. Restituida al terreno de la seriedad y al respeto.

¿Dónde, dónde exactamente, está el mar Tirreno?

Se preguntaba si él se acordaría ahora de algo de todo aquello.

Separó las primeras secciones del periódico de las páginas interiores. Margaret Truman estaba de visita en Inglaterra y había saludado con una reverencia a la familia real. Los médicos del rey estaban tratando su enfermedad de Buerger con vitamina E.

Enid le ofreció a Rupert las noticias más destacadas.

—Yo le echaré un vistazo al crucigrama —dijo—. Me gusta hacer crucigramas, siento que me relaja al final del día.

Rupert se sentó a leer el periódico, y ella le preguntó si le apetecía una taza de té. Naturalmente él dijo que no se molestara, y ella fue a prepararlo de todos modos, entendiendo que esa respuesta bien podía ser un sí en la jerga del campo.

—Es de temática sudamericana —dijo Enid, echando un vistazo al crucigrama—. Temática sudamericana. El uno horizontal es un militar... de repostería. ¿Militar de repostería? Militar. Un montón de letras. Ah. Ah. Esta noche estoy de suerte. ¡Cabo de Hornos! —Y, levantándose para servir el té, añadió—: Ya ves qué tontas son estas cosas.

Si se acordaba, ¿le guardaría rencor? ¿Y si su simpatía desenfadada del último año en el instituto le parecía a Rupert tan inoportuna y condescendiente como las burlas previas?

La primera vez que volvió a verlo, en esta casa, pensó que no había cambiado demasiado. Había sido un chico alto, robusto, de cara redonda, y ahora era un hombre alto, fornido, de cara redonda. Siempre había llevado el pelo tan corto que poco importaba que tuviera menos y en lugar de castaño claro ahora fuera entrecano. La piel curtida por el sol había sustituido el rubor de sus mejillas. Y fuera cual fuese la preocupación que se traslucía en su expresión, podía ser la misma de antes, el hecho de ocupar espacio en el mundo y que la gente pudiera llamarte por tu nombre, ser alguien a quien creían conocer.

Enid se recordaba sentada delante de Rupert en la clase de último curso. Una clase pequeña, a esas alturas, después de que los cinco años de la secundaria hubieran cribado a los que no estudiaban, a los despreocupados y a los indiferentes, y quedaran solo estos niños demasiado grandes, formales y dóciles, aprendiendo trigonometría, aprendiendo latín. ¿Para qué clase de vida creían que se preparaban? ¿Qué clase de personas creían que serían?

Aún podía ver la cubierta verde y manoseada de un libro titulado *Historia del Renacimiento y la Reforma*. Era de segunda mano, o décima, porque nadie compraba nuevos los libros de texto. Dentro se leían los nombres de los antiguos dueños, algunos de los cuales ahora eran amas de casa de mediana edad o vendedores del pueblo. No te los imaginabas aprendiendo esas cosas, o subrayando «Edicto de Nantes» en rojo y escribiendo «N. B.» en el margen.

Edicto de Nantes. La propia inutilidad, el carácter exótico de las cosas que había en esos libros y en la cabeza de aquellos estudiantes, las que ella misma y Rupert tenían entonces, enternece y maravillaba a Enid. No porque hubieran pretendido ser algo en lo que no se habían convertido. Nada de eso. Rupert no podría haber imaginado otro futuro que llevar la granja de la familia. Era una buena granja, y él era hijo único. Y ella había acabado haciendo exactamente lo que quería. No podía decirse que se hubieran equivocado al elegir un camino en la vida, o que hubiesen decidido en contra de su voluntad, o que no fueran conscientes de sus posibilidades. Simplemente que no habían comprendido que el tiempo pasaría y no les dejaría algo más, si acaso algo menos, de lo que ya habían sido.

—«Pan del Amazonas» —leyó Enid—. ¿«Pan del Amazonas»?

—¿Mandioca? —dijo Rupert.

Enid contó.

—Seis letras —dijo—. Seis.

—¿Cazabe? —dijo él.

—¿Cazabe? ¿Con be? Cazabe.

La señora Quinn cada día estaba más caprichosa con la comida. A veces decía que quería tostadas, o plátanos mojados en leche. Un día pidió galletas de manteca de cacahuete. Enid preparaba todas esas cosas —por lo menos las niñas se las comerían— y cuando estaban listas a la señora Quinn le repugnaba el aspecto o el olor que tenían. Incluso el olor de la gelatina le parecía repugnante.

Había días que cualquier ruido la irritaba; ni siquiera podían encender el ventilador. Otros días quería poner la radio, la emisora donde retransmitían peticiones de cumpleaños y aniversarios y llamaban a la gente para hacerles preguntas. Si acertabas la respuesta ganabas un viaje a las cataratas del Niágara, un depósito de gasolina lleno, una cesta de comestibles o entradas para el cine.

—Está todo amañado —decía la señora Quinn—. Hacen como que llaman a una casa, pero en realidad tienen a alguien en la habitación de al lado que ya sabe la respuesta. Conocía a uno que trabajaba en una radio, y es así.

Esos días su pulso estaba acelerado. Hablaba muy rápido, con voz jadeante.

—¿Qué clase de coche tiene tu madre?

—Un coche de color granate —dijo Enid.

—Ya, pero ¿qué marca? —le preguntó la señora Quinn.

Enid dijo que no lo sabía, porque era la verdad. Se le había olvidado.

—¿Lo compró nuevo?

—Sí —dijo Enid—. Sí. Pero hace tres o cuatro años.

—Vive en esa casa grande de piedra al lado de los Willens, ¿no?

Sí, dijo Enid.

—¿Cuántas habitaciones tiene? ¿Dieciséis?

—Demasiadas.

—¿Fuiste al funeral del señor Willens cuando se ahogó?

Enid dijo que no.

—No soy mucho de ir a funerales.

—Yo pensaba ir. Entonces aún no estaba tan enferma, iba a ir con los Hervey en coche, me dijeron que podían llevarme, pero al final la madre y la hermana de ella quisieron ir y no cabíamos todos atrás. Resulta que Clive y Olive fueron en la camioneta y me podía haber apretujado con ellos, pero no se les ocurrió avisarme.

¿Crees que se ahogó a propósito?

Enid pensó en el señor Willens ofreciéndole una rosa. Aquella galantería jocosa que a ella le daba calambre en los dientes, como tomar demasiado azúcar.

—No lo sé. No creo.

—¿Se llevaba bien con la señora Willens?

—Por lo que yo sé, se llevaban de maravilla.

—Vaya, ¿no me digas? —dijo la señora Quinn, tratando de imitar el tono reservado de Enid—. De ma-ra-vi-lla.

Enid dormía en el sofá de la habitación de la señora Quinn. Los tremendos picores prácticamente habían desaparecido, igual que las ganas incontenibles de orinar, y ahora la señora Quinn dormía casi toda la noche de un tirón, aunque tuviera rachas de respiración dificultosa, irritada. Pero no era eso lo que despertaba a Enid y la mantenía en vela. Había empezado a soñar cosas feas, completamente distintas de las que solía soñar. Hasta entonces un mal sueño podía consistir en encontrarse en una casa desconocida donde las habitaciones cambiaban constantemente de lugar y siempre había más trabajo por hacer del que ella podía abarcar, trabajo pendiente que creía que ya había hecho, innumerables distracciones. Y luego estaban, naturalmente, los sueños que podrían llamarse románticos, en los que un hombre la estrechaba en sus

brazos, o incluso la besaba. Podía ser un extraño o un conocido, a veces un hombre en quien era gracioso pensar en ese sentido. Esos sueños la dejaban pensativa o un poco triste, pero en cierto modo la reconfortaba saber que podía experimentar esa clase de emociones. Quizá resultaran vergonzosos, pero no eran nada, nada de nada, en comparación con los sueños de ahora. En los sueños que la asaltaban ahora aparecía copulando, o intentando copular (a veces lo evitaban intrusos o giros inesperados), en situaciones completamente prohibidas e inconcebibles. Con bebés gordos que se retorcían, o con pacientes vendados, o con su propia madre. Ella estaba lúbrica de lujuria, gimiendo con una lascivia vacía, y se entregaba a la tarea con brusquedad, poseída por un pragmatismo perverso. «Sí, habrá que conformarse con esto —se decía—. A falta de algo mejor, esto servirá». Y esa frialdad de corazón, esa depravación pura y dura, simplemente espoleaba su lujuria. Se despertaba sin remordimientos, sudorosa y agotada, y se quedaba inerte como un cadáver hasta que la vergüenza y la perplejidad la hacían volver poco a poco en sí. El sudor se enfriaba y se pasaba la noche temblando a pesar del calor, con escalofríos de repugnancia y humillación. No se atrevía a volver a dormirse. Se acostumbraba a la oscuridad y los largos rectángulos de los visillos en las ventanas se iluminaban con un resplandor muy tenue. Y entretanto la respiración de la enferma chirriaba machaconamente y luego casi desaparecía.

Si fuera católica, pensaba, ¿sería el tipo de cosas que podrían salir a la luz en una confesión? Ni siquiera le parecía apropiado plantearlas en sus oraciones íntimas. Apenas rezaba ya, salvo como mera formalidad, y hacer a Dios partícipe de semejantes experiencias se le antojaba completamente inútil, además de una falta de respeto. Sería un insulto. Ella misma se sentía insultada, por su propia mente. Su actitud hacia la religión era cabal y optimista, y no había lugar para dramas baratos como que el demonio invadía sus sueños mientras dormía. Era ella quien tenía la mente sucia, y no tenía sentido hacer un drama por eso ni darle importancia. De ninguna manera. No era más que la porquería de la mente.

En la pequeña pradera entre la casa y la orilla había vacas pastando. Alcanzaba a oírlas mientras rumiaban y deambulaban por la noche. Imaginaba sus siluetas grandes y mansas entre las malvas y la achicoria, los pastos en flor, y pensaba: Qué vida tan apacible tienen las vacas.

Acaba en el matadero, por supuesto. El final es siniestro.

Para todos es lo mismo, a fin de cuentas. El mal nos apresa mientras dormimos; el dolor y la desintegración acechan a la espera. Los horrores de los animales, mucho peores de lo que se pueda imaginar de antemano. El refugio de la cama, el aliento de las vacas, la disposición de las estrellas en el firmamento: todo puede darse la vuelta en un instante. Y ahí estaba ella, ahí estaba Enid, dejándose la vida en el empeño como si importara. Tratando de procurar alivio a la gente. Tratando de ser buena. Un ángel de misericordia, como decía su madre, cada vez con menos ironía a medida que pasaba el tiempo. Los pacientes y los médicos también lo decían.

Y todo ese tiempo, ¿cuántos habrían pensado que era una pobre idiota? La gente por la que se tomaba tantos desvelos quizá en el fondo la despreciaba. Pensando, tal vez, que ellos nunca harían lo mismo en su lugar. No serían tan idiotas. No.

Miserables pecadores —le vino a la cabeza—. *Miserables pecadores.*

Restituye a los que sean penitentes.

Así que se levantaba y se ponía a trabajar; a su juicio, esa era la mejor penitencia. Se pasaba toda la noche trabajando, en silencio pero sin pausa, fregaba los vasos empañados y los platos pegajosos que había en los armarios, e imponía un orden donde antes no había ninguno. Ninguno. Las tazas del té estaban entre el *ketchup* y la mostaza, y el papel de váter encima de un tarro de miel. No había papel encerado protegiendo los estantes, ni siquiera unas hojas de periódico. El azúcar moreno de la

bolsa estaba duro como una piedra. Era comprensible que las cosas hubieran decaído en los últimos meses, pero daba la impresión de que el descuido y la dejadez venían de largo. Todos los visillos estaban renegridos por el humo y los cristales de las ventanas grasientos. Había un resto de confitura lleno de pelusa dentro del tarro, y un agua apesosa con un ramo de flores reseco seguía todavía en el jarrón. Era una casa bonita, sin embargo, que con una buena limpieza y una mano de pintura volvería a lucir.

Aunque ¿qué se podía hacer con aquella fea pintura marrón con la que alguien había pintado hacía poco tan torpemente el salón?

Cuando tenía un momento libre durante el día arrancaba las hierbas de los arriates de flores que había plantado la madre de Rupert, quitaba con la azada las bardanas y la gramilla que asfixiaban a las valerosas plantas perennes.

Enseñó a las niñas a agarrar bien la cuchara y a bendecir la mesa.

*Gracias por este mundo de paz,
gracias por la comida que Dios nos da...*

Les enseñó a cepillarse los dientes y a rezar después sus oraciones.

—Dios bendiga a mamá y a papá, y a Enid y a la tía Olive y al tío Charles, y la princesa Isabel y a la princesa Margarita.

Después cada una añadía el nombre de la otra. Llevaban un tiempo haciéndolo cuando Sylvie preguntó:

—¿Qué significa?

—¿El qué?

—¿Qué significa «Dios bendiga»?

Enid preparaba ponche de huevo, sin ponerle siquiera un poco de vainilla para darle sabor, y se lo hacía tomar a la señora Quinn con una cuchara. Le iba dando el sustancioso mejunje poco a poco, porque la señora Quinn normalmente retenía en el estómago lo que dieran en pequeñas cantidades. Cuando no podía, Enid le daba cucharadas rasas de ginger-ale templado.

La luz del sol, o cualquier otra luz, le resultaba tan insoportable a la señora Quinn como el ruido. Enid tenía que colgar gruesos edredones para tapar las ventanas, incluso con las persianas bajadas. Con el ventilador apagado, como exigía la señora Quinn, hacía mucho calor en la habitación, y a Enid le chorreaba el sudor de la frente cuando se inclinaba sobre la cama a atender a la paciente. La señora Quinn sufría espasmos de escalofríos; no conseguía entrar en calor.

—Esto se está acabando —dijo el médico—. Debe de ser ese batido de leche que le das lo que la mantiene con vida.

—Ponche de huevo —dijo Enid, como si tuviera alguna importancia.

La señora Quinn estaba ahora demasiado cansada o débil para hablar. A veces caía en un letargo, con la respiración tan ligera y el pulso tan perdido y errático que alguien menos experimentado que Enid habría pensado que estaba muerta. Otras veces, en cambio, se reponía y le pedía que encendiera la radio, luego que la apagara. Aún sabía perfectamente quién era, y quién era Enid, y a veces parecía observarla con una mirada inquisitiva, como si hiciera conjeturas. Había perdido hacía mucho el color de la cara, incluso el de los labios, pero sus ojos parecían más verdes que en otros tiempos: un verde lechoso, turbio. Enid intentaba contestar esas miradas.

—¿Quiere que traiga a un sacerdote para que hable con usted?

La señora Quinn hacía un gesto como si quisiera escupir.

—¿Te parezco irlandesa? —le decía.

—¿Un pastor? —probaba Enid. Sabía que era lo que había que preguntar, pero la intención con que se lo ofrecía no era sincera, sino fría y ligeramente maliciosa.

No. No era eso lo que quería la señora Quinn. Rezongaba con disgusto. Aún le quedaban algunas fuerzas, y a Enid le daba la impresión de que estaba reuniéndolas

con un fin.

—¿Quiere hablar con sus hijas? —decía, obligándose a hablar con más compasión, alentadoramente—. ¿Es eso lo que quiere?

No.

—¿Con su marido? Llegará dentro de poco.

Enid no lo sabía con certeza. Rupert llegaba muy tarde algunas noches, cuando la señora Quinn ya se había tomado las últimas pastillas y estaba dormida. Solía sentarse con Enid. Siempre le llevaba el periódico. Le preguntó qué escribía en sus cuadernos (se había fijado en que había dos), y ella se lo dijo. Uno para el médico, con un registro de la presión arterial, el pulso y la temperatura, un registro de lo que la paciente comía, vomitaba, excretaba, la medicación que tomaba, un resumen de su estado general. El otro cuaderno lo escribía para ella, anotaba muchas de esas mismas cosas, aunque quizá no con la misma exactitud, pero además añadía detalles sobre el tiempo que hacía y lo que ocurría alrededor. Y cosas para el recuerdo.

—Por ejemplo, el otro día anoté algo que dijo Lois —dijo—. Había venido la señora Green, y Lois y Sylvie entraron cuando ella mencionaba que las zarzas habían crecido y estaban invadiendo el camino. Lois dijo: «Igual que en *La bella durmiente*», porque antes yo les había leído el cuento. Eso lo anoté, por ejemplo.

—Tendré que ir por detrás y podar esas zarzas.

A Enid le dio la impresión de que se alegraba por lo que Lois había dicho y por el hecho de que ella lo hubiera apuntado, pero que no era capaz de decirlo.

Una noche le dijo que pasaría un par de días fuera, en una subasta de ganado. Le había preguntado al médico si había problema, y el médico le dijo que adelante.

Esa noche llegó antes de la hora de las últimas pastillas, y ella supuso que quería ver a su mujer despierta antes de esa breve ausencia. Enid lo hizo pasar directamente a la habitación de la señora Quinn y al salir cerró la puerta. Recogió el periódico pensando en ir arriba a leerlo, pero quizá las niñas aún no estarían dormidas y la llamarían con cualquier excusa. Podía salir al porche, si bien a esa hora había mosquitos, sobre después de la lluvia que había caído por la tarde.

No quería escuchar alguna intimidad de la pareja, o quizá la insinuación de una pelea, y luego tener que mirarlo a la cara cuando saliera. La señora Quinn se preparaba para algún tipo de despliegue, de eso Enid estaba segura. Y antes de que terminara de decidir adónde podía retirarse, oyó algo. No las recriminaciones ni las palabras de cariño (si tal cosa era posible) que quizá habría esperado, ni siquiera un llanto, sino una carcajada. Oyó a la señora Quinn riéndose un poco, una risa cargada de desdén y satisfacción que Enid ya había oído antes, pero también algo que no había oído nunca en la vida, algo deliberadamente vil. No se movió, aunque tendría que haberlo hecho, y todavía estaba junto a la mesa mirando fijamente la puerta del dormitorio cuando Rupert salió al cabo de un momento. No apartó la mirada, ni ella tampoco. No pudo. Aun así no supo con certeza si él la había visto. Solo la miró y salió afuera. La miró como si acabara de quedarse pegado a un cable eléctrico y pidiera perdón —¿a quién?— por haber caído en aquel estúpido accidente.

Al día siguiente las fuerzas de la señora Quinn repuntaron, con ese brío desmedido y engañoso que Enid había visto alguna otra vez en un par de personas. Quiso que le colocara las almohadas para incorporarse. Quiso que encendiera el ventilador.

—Qué buena idea —dijo Enid.

—Podría contarte algo increíble —dijo la señora Quinn.

—La gente me cuenta muchas cosas —dijo Enid.

—Claro. Mentiras —dijo la señora Quinn—. Apuesto a que son todo mentiras. ¿Sabes que el señor Willens estuvo aquí, en este cuarto?

III

Error

La señora Quinn estaba sentada en la mecedora mientras le examinaban la vista y el señor Willens estaba justo delante de ella, muy cerca, mirándole los ojos con aquel aparato, y ninguno de los dos oyeron llegar a Rupert. Se suponía que estaba cortando leña en el río, pero había vuelto sigilosamente. Entró sin hacer ruido por la cocina —debió de ver el coche del señor Willens aparcado fuera— y abrió la puerta del salón la mar de tranquilo, hasta que vio al señor Willens arrodillado delante de su mujer, con aquel aparato de examinar la vista en una mano y la otra apoyada en su rodilla para mantener el equilibrio. Tenía la mano encima de su rodilla para mantener el equilibrio, y a ella la falda se le había arrugado al sentarse y se le veía la pierna desnuda, eso era todo, y tampoco podía hacer nada, concentrada como estaba en quedarse muy quieta. Así que Rupert entró sin que ninguno de los dos lo oyera y sin previo aviso se abalanzó sobre el señor Willens como un toro, y el señor Willens no pudo levantarse ni darse la vuelta, cayó sin saber lo que se le venía encima. Rupert le golpeó la cabeza varias veces contra el suelo, lo golpeó hasta matarlo, y ella se levantó tan rápido que derribó la butaca donde estaba el estuche del señor Willens y todos los aparatos quedaron desperdigados. Rupert solo le atizó, y a lo mejor el señor Willens se golpeó con la pata de la estufa, eso ella no lo sabía. Ahora me toca a mí, pensó, pero no podía huir sin pasar por su lado. Y después comprendió que Rupert no iría a por ella. Estaba sin aliento, levantó la silla y simplemente se sentó. Ella se acercó al señor Willens y le dio la vuelta, con todo lo que pesaba, para colocarlo boca arriba. No tenía los ojos del todo abiertos, ni tampoco cerrados, y le caía baba de los labios, pero no se le veían rasguños ni contusiones en la cara; quizá aparecieran más tarde. Por la boca le salía un líquido que ni siquiera parecía sangre. Unas babas rosadas, que a lo que de verdad se parecían era a esa espuma que sube cuando hierves fresas para hacer confitura. Rosa brillante. La cara del señor Willens estaba toda embadurnada, de cuando Rupert lo había tenido boca abajo. Y al darle la vuelta, además, había dejado escapar un sonido. Glu-glu. Eso fue todo. Glu-glu y se quedó tieso.

Rupert se levantó de un salto y la mecedora siguió balanceándose mientras recogía las cosas del suelo y las metía una por una en el estuche del señor Willens. Cada cosa en su sitio. Vaya manera de perder el tiempo. Era un estuche especial, forrado con felpa roja, con un hueco para cada instrumento, y había que colocarlos bien porque de lo contrario no se cerraba. Rupert consiguió bajar la tapa, volvió a sentarse en la mecedora y empezó a darse puñetazos en las rodillas.

Cubriendo la mesa había uno de esos manteles inútiles, un recuerdo que llevaron los padres de Rupert cuando fueron al norte a ver a quintillizas Dionne. Ella lo quitó de un tirón y lo enrolló alrededor de la cabeza del señor Willens para que absorbiera los espumarajos rosados, y de paso no tener de mirarlo.

Rupert seguía golpeándose las rodillas, ahora con sus grandes manos abiertas. Ella dijo: Rupert, tenemos que enterrarlo en alguna parte.

Rupert la miró, como preguntando: ¿Por qué?

Ella dijo que podían enterrarlo en el sótano, que tenía el suelo de tierra.

—Muy bien —dijo Rupert—. ¿Y dónde vamos a enterrar su coche?

Ella dijo que podían guardarlo en el granero y cubrirlo con heno.

Él dijo que se asomaba demasiada gente por el granero.

Entonces ella pensó: Échalo al río. Imaginó al hombre sentado en el coche, bajo el agua. Vio la escena como si fuera un cuadro. Al principio Rupert no dijo nada, así que ella llevó un poco de agua de la cocina y limpió bien al señor Willens, irguiéndole el torso para que no manchara nada. Ya no le salía aquel líquido pastoso por la boca. Encontró las llaves en el bolsillo. Sintió la grasa de las piernas aún tibia a través de la tela del pantalón.

Le dijo a Rupert: Vamos, muévete.

Él cogió las llaves.

Levantaron al señor Willens entre los dos, ella por los pies y Rupert por la cabeza, y pesaba una tonelada. Parecía de plomo. Pero mientras cargaba con él sintió como si uno de sus pies le diera una patada entre las piernas, y ella pensó: Hay que ver, viejo diablo libidinoso. Hasta muerto sigues dando la lata. No es que ella lo dejara nunca propasarse, pero él se aprovechaba siempre que podía. Como al sobarle el muslo por debajo de la falda mientras le examinaba el ojo con aquel chisme y ella no podía detenerlo, y tuvo que entrar Rupert a hurtadillas y pensar lo que no era.

Cruzar el umbral, pasar por la cocina y el porche y bajar los escalones. Todo despejado. Pero era un día de viento, y nada más salir el viento se llevó el mantel con que le había tapado la cara al señor Willens.

El patio de la casa no se veía desde la carretera, eso fue una suerte. Solo la arista del tejado y la ventana de la buhardilla. El coche del señor Willens quedaba oculto por la vivienda.

Rupert había pensado cómo ocuparse del resto. Llevarlo a Jutland, donde había aguas profundas y el camino que salía de la carretera, así podría parecer que se había desviado sin darse cuenta. Como si hubiera seguido por el camino de Jutland, tal vez de noche, y antes de darse cuenta se había caído al agua. Como si todo hubiera sido simplemente un error.

Y era cierto. El señor Willens había cometido un error.

El problema era que para eso había que ir con el coche desde la casa y seguir la carretera hasta el desvío de Jutland. Pero allí abajo no vivía nadie, y después del desvío era un camino sin salida, así que solo había que rezar para no encontrarse a nadie en esa media milla escasa. Luego Rupert pondría al señor Willens en el asiento del conductor y desde la orilla empujaría el coche al agua. El vehículo entero a la poza. Iba a costar lo suyo, pero Rupert por lo menos era un tipo fuerte. Si no hubiera sido tan fuerte no se habrían metido en este lío, para empezar.

Rupert tuvo algunos problemas para arrancar el coche, porque nunca había conducido uno de esa clase, pero al final lo consiguió, dio la vuelta y enfiló el camino. El señor Willens parecía ir dando saltos a su lado, de vez en cuando chocaba con él. Le había puesto el sombrero, que había encontrado encima del asiento del coche.

¿Por qué quitarse el sombrero antes de entrar en la casa? No solo por cortesía, sino para magrearla y besarla sin tantos obstáculos. Si se podía llamar besos a esa manera de refregarse contra ella, sujetando el estuche en una mano y sobándola con la otra, chupándola con su boca de viejo baboso. Chupándola y mordéndole los labios y la lengua, y refregándose contra ella, clavándole el canto del estuche en el trasero. Ella se sorprendió tanto, y la agarraba con tanta fuerza, que no supo cómo quitárselo de encima. Se refregaba, la chupaba, babeaba y la embestía y le hacía daño, todo al mismo tiempo. Era un viejo puerco salvaje.

Fue a buscar el mantel de las quintillizas, que el viento había colgado en la valla. Desanduvo el camino en busca de huellas de sangre, o pisadas, o cualquier rastro en el porche o la cocina, pero solo encontró la mancha en el salón y unos restos en sus zapatos. Restregó el suelo, y luego se quitó los zapatos y los limpió, y solo cuando hubo terminado con todo se descubrió restos de sangre en la frente. ¿Cómo habían ido a parar ahí? Y en ese preciso momento un ruido la petrificó. Era un coche, un coche que no conocía, y se acercaba por el camino hacia la casa.

Miró por los visillos y, efectivamente, ahí estaba. Un coche nuevo de color verde botella. Tenía la frente manchada, iba sin zapatos, el suelo estaba mojado. Se apartó a donde no pudieran verla, pero no supo dónde esconderse. El coche se detuvo y se abrió una puerta, pero con el motor en marcha. La puerta se cerró, el coche dio la vuelta y se alejó de nuevo por el camino. Y entonces oyó a Lois y Sylvie en el porche.

Era el coche del novio de la maestra. Los viernes por la tarde pasaba a buscarla por la escuela, y aquel día era viernes. Así que la maestra le dijo a su novio, por qué no

acercamos a estas niñas a casa, son las más pequeñas y tienen el camino más largo, y parece que va a llover.

Y sí que llovió. Empezó más o menos cuando Rupert llegó a casa, después de volver caminando por la orilla el río. Mejor así, dijo ella, la lluvia borrará tus huellas en el sitio donde has empujado el coche. Él dijo que se había quitado los zapatos y se había quedado en calcetines. Vaya, entonces es que has vuelto a poner en funcionamiento el cerebro, dijo ella.

En lugar de intentar eliminar las manchas poniendo el mantel y la blusa que llevaba en remojo, decidió quemarlos en la estufa. Dejaron un tufo tremendo, que a ella la mareaba. Fue entonces cuando empezó a encontrarse mal. Por eso y por la pintura. Después de limpiar el suelo, todavía creía ver manchas, así que usó la pintura marrón que había sobrado cuando Rupert pintó la escalera. Ahí fue cuando empezó a vomitar, agachada y respirando aquella pintura. Y los dolores de espalda también empezaron ahí.

Después de pintar el suelo prácticamente no entraba en el salón, pero un día pensó que convenía poner otro mantel en la mesa, para que todo pareciera más normal. Si no su cuñada iría curioseando y preguntaría: ¿Dónde está aquel mantel que mamá y papá trajeron aquella vez que fueron a ver a las quintillizas? Si tenía otro mantel podría decir: Bueno, me apetecía cambiar un poco. Pero si no había ninguno puesto parecería raro. Así que sacó un mantel que la madre de Rupert había bordado con cestas de flores y al entrar a ponerlo aún creyó oler el tufo. Y encima de la mesa vio el estuche granate con las cosas del señor Willens que llevaba su nombre grabado en la tapa. Ni siquiera recordaba haberlo puesto allí, ni haber visto que Rupert lo dejara. Se había olvidado completamente.

Cogió el estuche y lo escondió, primero en un sitio y luego en otro. Nunca había dicho dónde lo había escondido, ni pensaba hacerlo. Habría preferido destruirlo a golpes, pero ¿cómo destruyes todas las cosas que había dentro? Aparatos para la vista. Señora, quiere que le examine la vista, siéntese aquí mismo, relájese, cierre un ojo y abra el otro todo lo que pueda. Bien abierto, ahora. Era el mismo juego de siempre, y se suponía que ella debía fingir que no se daba cuenta de lo que pasaba, y con aquel aparato pegado a su ojo el viejo verde quería que se dejara las bragas puestas, mientras él jadeaba y le deslizaba los dedos por dentro y volvía a jadear. Se suponía que ella no debía decir nada hasta que acabara y volviera a guardar el aparato de la vista y todo lo demás en el estuche, y se suponía que luego ella tenía que decir: «Dígame, señor Willens, ¿cuánto le debo por la visita?».

Y esa era la señal para que él la bajara de la silla y la montara como un viejo macho cabrío. Allí mismo, en el suelo, embistiéndola una y otra vez, tratando de romperla en pedazos, mientras ella brincaba como la llama de un soplete.

¿A ti qué te habría parecido?

Luego salió en los periódicos. Habían encontrado al señor Willens ahogado.

Dijeron que se le había magullado la cabeza al chocar contra el volante. Dijeron que al caer al agua estaba aún vivo. No me hagas reír.

IV

Mentiras

Enid pasó la noche en vela; ni siquiera intentó dormir. No podía acostarse en la habitación de la señora Quinn. Estuvo sentada en la cocina durante horas. Moverse suponía un gran esfuerzo, incluso para prepararse una taza de té o ir al baño. Mover su cuerpo sacudía la información que estaba tratando de ordenar y asimilar en su cabeza. No se había desvestido, ni soltado el pelo, y cepillarse los dientes se le antojó una tarea laboriosa y extraña. La luz de la luna entraba por la ventana de la cocina —estaba a oscuras— y vio cómo la franja de luz se desplazaba durante la noche, sobre el suelo de linóleo, hasta desaparecer. Le sorprendió que desapareciera, y luego los

pájaros al despertarse, el comienzo del nuevo día. La noche, que tan larga le había parecido, de pronto se le hizo demasiado corta, porque aún no había decidido nada.

Se puso de pie entumecida, abrió la puerta y se sentó en el porche a la luz del amanecer. Esos movimientos bastaron para confundirla, tuvo que repasar de nuevo las ideas y separarlas en dos. Por un lado lo que había sucedido —o lo que le habían dicho que había sucedido—. Por otro, lo que había que hacer. Qué había que hacer era lo que no tenía claro.

Habían sacado a las vacas de la pequeña pradera entre la casa y la orilla del río. Si quería podía abrir la cancela y marcharse en esa dirección. Sabía que debía volver adentro a echar un vistazo a la señora Quinn, pero casi sin darse cuenta se encontró de pronto abriendo la cancela.

Las vacas no habían acabado con todos los pastos. La hierba empapada le rozaba las medias. Bajo los árboles de la ribera, en cambio, el sendero estaba despejado, aquellos grandes sauces a los que la parra virgen se aferraba como los brazos peludos de los monos. Se estaba levantando la bruma, así que el río apenas se veía. Había que acostumbrar la mirada, concentrarse, y entonces aparecían algunos claros de agua, que parecía tan serena como el agua de una cazuela. Debía de haber corriente, pero no se apreciaba.

De pronto algo se movió, pero no era el agua. Había un bote meciéndose junto a la orilla. Atado a una rama, un viejo bote de remos se levantaba ligeramente y volvía a caer. Ahora que lo había encontrado, siguió mirándolo con detenimiento, como si aquel objeto inerte pudiera decirle algo. Y así fue. Dijo algo suave y rotundo.

Lo sabes. Lo sabes.

Cuando las niñas se levantaron, Enid derrochaba buen humor, estaba recién lavada y vestida, y llevaba el pelo suelto. Había preparado gelatina rellena de frutas, que estaría lista para comer a mediodía. Y estaba batiendo la masa para las galletas que podría hornear antes de que hiciera demasiado calor para encender el horno.

—¿Ese bote es de vuestro padre? —les preguntó—. ¿El que hay abajo en el río?

Lois dijo que sí.

—Pero no podemos montarnos para jugar. —Y añadió—: Si tú nos acompañaras, sí que podríamos.

Enseguida habían adivinado que se respiraba un aire de privilegio, de día de fiesta, la mezcla de permisividad y entusiasmo con que actuaba Enid.

—Ya veremos —dijo Enid. Quería que fuese un día especial para ellas, especial más allá de que, ahora ya apenas le quedaban dudas, sería el día de la muerte de su madre. Quería que conservaran algún recuerdo que arrojara una luz más amable sobre lo que viniera después. O sea, sobre ella misma y los cambios que pudiera desencadenar a partir de entonces en sus vidas.

Esa mañana le había costado encontrarle el pulso a la señora Quinn, que al parecer no podía levantar la cabeza ni abrir los ojos. Era un gran cambio respecto al día anterior, aunque a Enid no le sorprendió. Había intuido que aquella gran ráfaga de energía, aquella retahíla perversa de barbaridades, sería la última. Le acercó a los labios una cuchara con agua, pero la señora Quinn apenas retuvo un poco en la boca. Dejó escapar un gemido apagado, el último vestigio de todas sus quejas. Enid no llamó al médico, porque había quedado en visitarla ese mismo día, probablemente a primera hora la tarde.

Mezcló agua y jabón en un tarro hasta conseguir una mezcla espumosa, y luego dobló dos varillas de alambre y enseñó a las niñas a hacer pompas, soplando suavemente sin parar hasta que un gran globo reluciente salía temblando del aro de alambre, antes de desprenderse delicadamente. Perseguían las pompas por el patio sin dejarlas caer hasta que la brisa las levantaba hacia los árboles o los aleros del porche. Parecía que fueran sus gritos de admiración y sus chillidos de alegría lo que mantenía las pompas

en el aire. Enid no puso límites al alboroto, y cuando el agua espumosa se terminó, preparó más.

El médico llamó cuando les estaba dando el almuerzo a las niñas: gelatina, una bandeja de galletas espolvoreadas con azúcar de colores y sendos vasos de leche con jarabe de chocolate. El médico le dijo que se estaba demorando porque un niño se había caído de un árbol, así que lo más seguro es que no acabara antes de la hora de la cena.

—Creo que se está apagando —dijo Enid en un hilo de voz.

—Bueno, procure que esté cómoda, si es posible —dijo el médico—. Usted sabe hacerlo tan bien como yo.

Enid no llamó a la señora Green. Sabía que Rupert aún no habría vuelto de la subasta, y no creía que la señora Quinn, si llegaba a recobrar la conciencia, tuviera ganas de ver u oír a su cuñada en la habitación. Tampoco parecía muy probable que quisiera ver a las niñas. Y ellas por verla no sacarían nada bueno para el recuerdo.

No se molestó en tomarle la tensión a la señora Quinn, ni la temperatura; simplemente le pasó la esponja por la cara y los brazos y le ofreció agua, aunque ella ya no se dio cuenta. Encendió el ventilador, que tantas veces había molestado a la señora Quinn con el ruido. Ahora el olor de su cuerpo parecía distinto, como si estuviera perdiendo el irritante vapor a amoníaco. Más próximo al olor común de la muerte.

Enid salió y se sentó en los escalones. Se quitó los zapatos y las medias y estiró las piernas al sol. Las niñas empezaron a tantearla con prudencia, preguntándole si las acompañaba al río, si podían montarse en el bote, o si podían ir a buscar los remos para salir a remar juntas. No era tan imprudente como para llevar la deserción tan lejos, pero les preguntó si les apetecía tener una piscina. ¿Dos piscinas? Y sacó las dos tinas de lavar la ropa, las colocó en la hierba y las llenó de agua con la bomba del depósito. Las niñas se quedaron en braguitas y empezaron a retozar en el agua, convertidas en la princesa Isabel y la princesa Margarita.

—¿Qué pensáis? —dijo Enid, sentada en la hierba con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados—. Si una persona hace una cosa muy mala, ¿pensáis que merece ser castigada?

—Sí —dijo Lois sin titubear—. Hay que darle una buena zorra.

—¿Quién ha hecho esa cosa tan mala? —preguntó Sylvie.

—Eso no importa, cualquiera —dijo Enid—. Veamos, ¿y si alguien hace una cosa muy mala pero nadie sabe que lo ha hecho? ¿Debería confesarlo y recibir un castigo?

—Yo sabría que lo han hecho —dijo Sylvie.

—No lo sabrías —dijo Lois—. ¿Cómo ibas a saberlo?

—Los habría visto.

—No.

—¿Queréis saber por qué creo que merece un castigo? —dijo Enid—. Porque esa persona se sentiría muy mal por dentro. Aunque nadie la hubiera visto y nadie lo supiera nunca. Si haces algo muy malo y no recibes un castigo te sientes peor, muchísimo peor, que si te castigan.

—Lois robó un peine verde —dijo Sylvie.

—No es verdad —dijo Lois.

—Quiero que lo recordéis —dijo Enid.

—Me lo encontré al lado de la carretera.

Enid iba cada media hora a la habitación de la enferma y le pasaba un paño húmedo por la cara y las manos. No le habló en ningún momento ni le tocó la mano, salvo con el paño. Nunca se había ausentado así con alguien que se estaba muriendo. Cuando abrió la puerta a eso de las cinco y media de la tarde supo que no había nadie vivo en la habitación. La sábana estaba retirada y la cabeza de la señora Quinn colgaba a un costado de la cama, un hecho que Enid no anotó ni mencionó a nadie. Enderezó a la

difunta, la lavó y arregló la cama antes de que llegara el médico. Las niñas todavía estaban jugando en el patio.

«5 de julio. Lluvia de madrugada. L. y S. jugaron bajo el porche. Ventilador encendido y apagado, quejas por el ruido. Media taza de ponche de huevo a cucharadas. P. A. alta, pulso rápido, no remite dolores. La lluvia no ha refrescado mucho el ambiente. R. Q. por la noche. Heno recogido».

«6 de julio. Día caluroso, bochorno. Intento con el ventilador, pero no. Esponja a menudo. R. Q. por la noche. Mañana empieza a segar el trigo. Todo se ha adelantado una o dos semanas por el calor, lluvia».

«7 de julio. Sigue el calor. No quiso ponche de huevo. Ginger-ale con cuchara. Muy débil. Lluvia fuerte anoche, viento. R. Q. no pudo segar, el cereal anegado en algunos sitios».

«8 de julio. No tomó ponche de huevo. Ginger-ale. Vómito de madrugada. Más despierta. R. Q. ha de ir a subasta de ganado, dos días fuera. El médico dice que adelante».

«9 de julio. Muy alterada. Conversación espantosa».

«10 de julio. La señora de Rupert Quinn (Jeanette) murió hoy alrededor de las 17 h. Paro cardíaco a causa de la uremia. (Glomerulonefritis).»

Enid tenía por costumbre no esperar hasta el funeral de las personas que había cuidado. Le parecía preferible irse de la casa tan pronto como dignamente pudiera. Su presencia solo serviría para recordar los momentos previos a la muerte, que podían haber estado llenos de aflicción y padecimientos, y ahora se revestirían de ceremonia y hospitalidad, tratarían de aliviarse con flores y tartas.

Además, por lo general siempre había alguna mujer de la familia que tomaba las riendas de la casa y relegaba de pronto a Enid al lugar de un huésped no deseado.

De hecho la señora Green llegó a casa de los Quinn antes que el dueño de la funeraria. Rupert aún no había vuelto. El médico estaba en la cocina tomando una taza de té y hablándole a Enid de otro caso del que quizá pudiera ocuparse, ahora que este había terminado. Enid le contestó con evasivas, diciéndole que había pensado en tomarse un descanso. Las niñas estaban arriba. Les habían dicho que su madre se había ido al cielo, un suceso que ponía para ellas el colofón a un día raro y lleno de acontecimientos.

La señora Green se comportó con timidez hasta que se fue el médico. Luego aguardó junto a la ventana para ver cómo daba la vuelta al coche y se marchaba.

—Quizá no debería decirlo tan pronto, pero no me importa —dijo entonces—. Me alegro de que haya sido ahora, y no cuando se hubiera acabado el verano y las niñas ya hubieran empezado la escuela. Ahora tendré tiempo de que se acostumbren a vivir en nuestra casa y se hagan a la idea de que irán a una nueva escuela. Rupert también va a tener que acostumbrarse.

Fue la primera vez que Enid se dio cuenta de que la señora Green quería llevarse a las niñas a vivir con ella, no solo por una temporada. La mujer estaba impaciente, quizá hacía tiempo que lo esperaba. Probablemente ya tendría las habitaciones de las niñas a punto y habría comprado tela para hacerles ropa nueva. Vivía en una casa grande, y ella no tenía hijos.

—Usted también debe de tener ganas de marcharse —le dijo a Enid. Mientras hubiera otra mujer rondando por la casa, podía parecer un hogar rival, y quizá a su hermano le resultara más difícil ver la necesidad de sacar a las niñas de allí definitivamente—. Rupert puede llevarla cuando vuelva.

Enid dijo que no se preocupara, su madre iría a buscarla.

—Claro, me olvidaba de su madre —dijo la señora Green—. Con ese cochecito tan elegante que tiene.

Visiblemente contenta, empezó a abrir las puertas de los armarios para revisar los

vasos y las tazas, ¿estaban limpios para el funeral?

—Vaya, veo que alguien ha estado ocupada —dijo. Ahora que se había quedado más tranquila parecía dispuesta a dedicarle algún cumplido a Enid.

El señor Green estaba esperando fuera, en la camioneta, con su perro, General. La señora Green llamó a Lois y Sylvie y las niñas bajaron trotando, cargadas con unas bolsas de papel de estraza con algo de ropa. Pasaron corriendo por la cocina y salieron dando un portazo, sin prestarle atención a Enid.

—Eso es algo que tendrá que cambiar —dijo la señora Green, refiriéndose a los portazos. Enid oyó a las niñas saludando a voces a General, y General les contestó con ladridos de entusiasmo.

Dos días después Enid estaba de vuelta, conduciendo ella misma el coche de su madre. Llegó al caer la tarde, sabiendo que a esa hora el funeral habría terminado. No había ningún otro coche aparcado afuera, lo que significaba que las mujeres que habían ayudado en la cocina ya se habían ido a casa, llevándose las sillas y las tazas de más y la enorme cafetera prestada por la parroquia. En la hierba se veían huellas de neumáticos y algunas flores caídas y aplastadas.

Ahora tenía que llamar a la puerta. Tenía que esperar a que la invitaran a pasar.

Oyó los pasos de Rupert, pesados y firmes. Consiguió hilvanar unas palabras de saludo cuando la recibió desde el otro lado de la puerta de mosquitera, pero no lo miró a la cara. Vio que iba en mangas de camisa, pero llevaba los pantalones del traje. Destabó el gancho de la puerta.

—No sabía si habría alguien —dijo Enid—. Pensaba que todavía estarías en el granero.

—Todo el mundo ha echado una mano —dijo Rupert. Enid notó el aliento a *whisky* cuando le habló, pero no parecía borracho—. Pensé que alguna de las mujeres volvía a por algo que se había olvidado.

—No me olvidé nada —dijo Enid—. Solo quería saber cómo están las niñas.

—Están bien. Están en casa de Olive.

Rupert no se decidía a decirle si quería pasar. No por hostilidad, sino porque estaba desconcertado. Ella no se había preparado para esos primeros momentos de incomodidad en la conversación. Así que, para no tener que mirarlo a la cara, se volvió a mirar el cielo.

—Se nota que ya no anochece tan tarde —dijo—. Aunque aún no ha pasado un mes desde el día más largo del año.

—Es cierto —dijo Rupert. Entonces abrió la puerta y se hizo a un lado para dejarla pasar. En la mesa había una taza sin plato. Ella se sentó en la silla de enfrente. Llevaba un vestido de crespón de seda verde oscuro y zapatos de ante a conjunto. Antes, mientras se arreglaba, pensó que esa podía ser la última vez que se vistiera en la vida, la última ropa que llevaría. Se había recogido el pelo en una trenza francesa y se había empolvado la cara. Llevaba tres noches seguidas en vela, sin pegar ojo ni un minuto, y no había sido capaz de comer nada, ni siquiera para engañar a su madre.

«¿Ha sido más duro esta vez?», le había preguntado su madre. Aborrecía hablar de enfermedades o moribundos, y el hecho de que se decidiera a preguntar quería decir que el disgusto de Enid era evidente. «¿Te has encariñado de las niñas? —dijo—. Pobres criaturas».

Enid dijo que solamente necesitaba recuperar la calma después de un caso tan largo, y desde luego un caso sin esperanzas exigía un esfuerzo distinto. De día no salía de casa, pero iba a dar paseos por la noche, cuando sabía que no se cruzaría con nadie ni tendría que pararse a hablar. Casi sin darse cuenta de pronto se encontraba pasando por delante de los muros de la cárcel del condado. Sabía que en el patio de la cárcel, detrás de esos muros, en otros tiempos colgaban a gente en la horca. Pero de eso hacía muchísimos años. Ahora esas cosas probablemente se hacían, cuando tocaba,

en alguna penitenciaría central. Y de todos modos nadie en la comunidad había cometido un crimen tan grave en mucho tiempo.

Sentada delante de Rupert, mirando hacia la puerta del cuarto de la señora Quinn, Enid había estado a punto de olvidar su excusa, había perdido el rumbo que debían seguir los acontecimientos. El peso de la cámara dentro del bolso, encima de su regazo, se lo recordó.

—Hay una cosa que quería pedirte —dijo—. Pensé que era mejor hacerlo ahora, por si ya no se me presenta otra ocasión.

—Tú dirás —preguntó Rupert.

—Sé que tienes un bote de remos. Quería pedirte que me llevaras hasta el centro del río. Y así podría hacer una fotografía. Me gustaría conservar una instantánea de la orilla. Es preciosa, esa vista de los sauces siguiendo la orilla.

—De acuerdo —dijo Rupert, con la naturalidad que muestra la gente del campo ante la frivolidad, o incluso la grosería, de las visitas.

Eso era ella ahora, una visita.

El plan de Enid era esperar a que estuvieran en medio del río antes de decirle que no sabía nadar. Primero preguntaría cuánta profundidad podía tener el agua allí. Seguro que, después de tantas lluvias, él diría que por los menos siete u ocho pies, o incluso diez. Entonces le diría que no sabía nadar. Y no sería mentira. Se había criado en Walley, a orillas del lago, había jugado en la playa todos los veranos de la infancia, era una niña fuerte y hábil para los deportes, pero el agua le daba miedo, y por más que trataron de convencerla, de enseñarla o de avergonzarla, nunca había aprendido a nadar.

Bastaría con que Rupert la empujara al agua con uno de los remos y la dejara hundirse. Luego podría dejar el bote en el agua y nadar hasta la orilla, cambiarse de ropa y decir que al volver del granero o de dar un paseo había encontrado allí el coche, pero sin que hubiera rastro de ella. ¿Dónde estaría? Si aparecía la cámara, la historia sería aún más verosímil. Enid se había montado en el bote para sacar una fotografía y se había caído al río.

Una vez Rupert fuera consciente de su ventaja, ella se lo contaría todo. Y le preguntaría: ¿Es verdad?

Si no era verdad, Rupert la odiaría por preguntarle algo así. Si era cierto (¿y acaso ella no había creído en todo momento que lo era?) también la odiaría, pero de otra manera, más peligrosa. Aunque ella se apresurara a añadir, y lo diría de corazón, que nunca contaría nada.

Hablaría en voz baja, recordando que el agua arrastra el sonido de las voces las noches de verano.

No seré yo quien lo cuente, sino tú. No puedes seguir viviendo con un secreto tan terrible.

No puedes vivir en este mundo con semejante carga. No serás capaz de soportar la vida.

Si había llegado tan lejos sin que Rupert negara nada ni la empujara al río, ella sabría que había ganado la apuesta. Tendría que seguir hablando, procurar convencerlo sin perder la calma pero con absoluta firmeza, hasta conseguir que empezara a remar de nuevo hacia la orilla.

O que, aturdido dijera: ¿Qué voy a hacer ahora? Y entonces ella lo guiaría paso a paso, le diría: Primero, rema.

El primer paso de un largo y espantoso viaje. Ella se los iría dictando uno por uno, y seguiría a su lado para acompañarle en todos los que pudiera. Ahora amarra el bote. Sube por la orilla. Cruza la pradera. Abre la cancela. Caminaría detrás de él, o delante, como prefiriera. Atravesando el patio, subiendo los escalones hasta llegar a la cocina.

Se dirían adiós, montarían en coches distintos y a partir de ahí sería asunto suyo

adónde fuera. Y ella no llamaría a la comisaría al día siguiente. Esperaría a que la llamaran a ella, e iría a visitarlo a la cárcel. Todos los días, o tan a menudo como se lo permitieran, se sentaría y hablaría con él en la cárcel, y también le escribiría. Si lo trasladaran a otra cárcel, iría de todos modos; aunque solo le permitieran verlo una vez al mes, estaría cerca. Y asistiría al juicio; sí, cada día durante el juicio se sentaría en un sitio donde él pudiera verla.

No cree que hoy en día condenen a alguien a muerte por un asesinato así, que fue en cierto modo un accidente y desde luego un crimen pasional, pero la sombra está ahí, para devolverla a la sobriedad cuando esas imágenes de devoción, de un vínculo que se parece al amor pero va más allá del amor, se vuelven indecentes.

Ahora ya está hecho. Le ha pedido que la lleve en el bote al centro del río, con la excusa de la fotografía. Los dos se levantan, y ella sigue mirando hacia la puerta cerrada de la habitación de la enferma, que ahora vuelve a ser el salón.

Enid dice una tontería.

—¿Habéis quitado las colchas de las ventanas?

Por un momento, Rupert no parece entender de qué le está hablando.

—Las colchas —dice al cabo—. Sí. Creo que Olive las quitó. Hemos celebrado ahí el funeral.

—Me ha venido de pronto a la cabeza. El sol las desteñiría.

Rupert abre la puerta y ella rodea la mesa y se quedan mirando el salón.

—Entra, si quieres —dice él—. No hay problema, entra.

No está la cama, lógicamente. Los muebles están apartados contra las paredes. El centro del salón, donde debían de haber colocado sillas para el funeral, está despejado. Igual que el espacio entre las ventanas que dan al norte; probablemente hayan puesto ahí el ataúd. La mesa donde Enid solía dejar la palangana, además de los paños, el algodón, las cucharas y las medicinas, está encajada en un rincón, y encima hay un ramo de delfinios. Todavía entra mucha luz por los altos ventanales.

De todas las palabras que la señora Quinn dijo en esta habitación, Enid oye una: «Mentiras». *Mentiras. Apuesto a que son todo mentiras.*

¿Alguien sería capaz de inventar una cosa tan diabólica con tanto detalle? La respuesta es sí. La mente de una persona enferma, de una persona moribunda, podría llenarse de toda clase de inmundicia y darle una forma convincente. A la propia Enid, en esta misma habitación, se le había llenado la mente de invenciones repugnantes, de escoria, mientras dormía. Mentiras de esa naturaleza podían aguardar al acecho en los recovecos de la mente de una persona, colgadas como murciélagos en los rincones, a la espera de aprovechar cualquier momento de oscuridad. No puede decirse que nadie sería capaz de inventar algo así. Mira lo elaborados que son los sueños, y cuántas capas tienen, hasta el punto de que solo alcanzas a recordar y a expresar con palabras lo poco que puedes arañar de la superficie.

Cuando tenía cuatro o cinco años, Enid le contó a su madre que había ido al despacho de su padre y lo había visto en su escritorio con una mujer sentada en sus rodillas. Lo único que podía recordar de esa mujer, tanto entonces como ahora, era que llevaba un sombrero con muchas flores y un velo (una pamelita bastante pasada de moda incluso en aquella época), que tenía la blusa o el vestido desabrochado y por el escote asomaba un pecho desnudo, y que la punta del pecho desaparecía en la boca de su padre. Se lo contó a su madre con todo lujo de detalle y la absoluta certeza de que lo había visto. «Una de sus delanteras estaba metida en la boca de papá», dijo. No sabía la palabra para nombrar los pechos, aunque sabía que siempre iban a pares.

—Vamos a ver Enid, ¿de qué estás hablando? —le preguntó su madre—. ¿Qué es una delantera, si puede saberse?

—Una especie de cucurucho —dijo Enid.

Y ella lo veía exactamente así. Todavía podía recordar el cono de galleta con la bola de

helado de vainilla aplastado sobre el pecho de la mujer, y la punta metida en la boca de su padre.

Entonces su madre hizo algo muy sorprendente. Se desabrochó el vestido, sacó un bulto de piel flácida y lo sostuvo en la mano.

—¿Como este? —preguntó.

Enid dijo que no.

—Un cucurucho de helado —dijo.

—Entonces era un sueño —dijo su madre—. A veces los sueños son muy tontos. No se lo cuentes a papá. Es una tontería, no vale la pena.

En ese momento Enid no creyó la explicación de su madre, pero pasado un tiempo se dio cuenta de que debía de ser cierta, porque los cucuruchos de helado nunca aparecen así en el pecho de las mujeres y nunca son tan grandes. Cuando se hizo más mayor comprendió que debía de haber sacado la idea de algún dibujo.

Mentiras.

Aún no se lo había preguntado, no había hablado. Aún nada la obligaba a preguntar. Todavía era antes. El señor Willens se había ahogado con el coche en la poza de Jutland, a propósito o por accidente. Era lo que todo el mundo creía, y por lo que Rupert sabía, Enid también. Y en tanto fuera así, la habitación y la casa y su propia vida ofrecían una posibilidad distinta, una posibilidad completamente distinta de la que ella había encarado (o acariciado, depende de cómo se mirase) esos últimos días. Una posibilidad que empezaba a revelarse de pronto, y ella únicamente debía seguir callada y dejarla llegar. A través de su silencio, de su complicidad en un silencio, cuánto provecho podría recogerse. Para otros, y para sí misma.

La mayoría de la gente sabía estas cosas. Cómo era posible que ella hubiera tardado tanto en comprenderlo. Era así como el mundo seguía girando.

Se echó a llorar. No con pena, sino con una oleada de alivio que ni ella misma sabía que estaba esperando. Por fin miró a Rupert a la cara, vio sus ojos inyectados en sangre y la piel de sus párpados enrojecida y reseca, como si también él hubiera estado llorando.

—No fue una mujer con suerte —dijo él.

Enid se disculpó y fue a la mesa a buscar el pañuelo del bolso. Ahora se avergonzaba de haberse puesto tan elegante, preparándose para un final tan melodramático.

—No sé en qué estaba pensando —dijo—. No puedo bajar al río con estos zapatos.

Rupert cerró la puerta del salón.

—Si quieres podemos ir de todas formas —dijo—. Debería de haber un par de botas de goma que te vayan bien en algún sitio.

No las de la difunta, esperaba Enid. No. Serían demasiado pequeñas.

Rupert abrió un bidón al lado de la leñera que había nada más salir por la puerta de la cocina. Enid nunca había mirado allí dentro. Pensaba que estaría lleno de leña, que desde luego ese verano no le había hecho falta. Rupert sacó varias botas de goma sueltas, e incluso descansos para la nieve, tratando de encontrar un par a juego.

—Creo que estas podrían servir —dijo—. Supongo que eran de mi madre. O más, de antes de que pegara el estirón.

Sacó algo que parecía una lona de una tienda de campaña, y luego, tirando de una correa rota, una vieja cartera de colegial.

—No me acordaba de que todo esto estaba aquí —dijo, guardando esas cosas de nuevo y poniendo encima las botas inservibles.

Cerró la tapa con un suspiro íntimo y formal, cargado de tristeza.

Una casa como esta, habitada por una sola familia desde hacía tanto tiempo, y descuidada en los últimos años, tendría muchos bidones, cajas, estanterías, maletas, baúles, recovecos atestados de objetos que Enid tendría que separar, guardando y clasificando algunos, recuperando los que fueran aprovechables, y mandando otros

tantos al vertedero. Cuando se le presentara esa oportunidad, no dudaría. Haría de esta casa un lugar que no albergara secretos para ella y donde todo se regiría por el orden que ella impusiera.

Rupert dejó las botas en el suelo al tiempo que ella se agachaba a desabrocharse la hebilla de los zapatos. Por debajo del *whisky* Enid olió el aliento amargo que daba una noche en vela y un día largo y difícil; olió la piel impregnada con el sudor de un hombre curtido, que no desaparecería por mucho que se lavara (y menos como él solía lavarse). Ningún olor corporal, ni siquiera el del semen, le resultaba ajeno, pero había algo nuevo e invasivo en el olor de un cuerpo que no estaba sometido a su autoridad o a sus cuidados.

Eso la reconfortó.

—A ver si puedes caminar bien —le dijo él.

Echó a andar delante de él hasta la cancela. Rupert le pasó un brazo por encima del hombro para abrir el cerrojo. Ella aguardó y luego se apartó para dejar que él fuera delante, porque había llevado un hacha del cobertizo para desbrozar el camino.

—Se supone que las vacas mantienen a raya las malas hierbas —dijo—, pero no comen cualquier cosa.

—Solo bajé aquí una vez —dijo ella—. Una mañana, al amanecer.

La desesperación de aquellos momentos ahora se le antojaba pueril.

Rupert siguió adelante, cortando a hachazos los tallos carnosos y gruesos de los cardos. El sol arrojaba una luz opaca, polvorienta, sobre la masa de árboles. Mientras caminaban el aire se veía despejado, y de repente aparecía un enjambre de insectos minúsculos, bichitos poco más grandes que una mota de polvo, que se movían sin cesar y aun así se mantenían juntos formando una columna o de nube. ¿Cómo lo conseguían? ¿Y por qué en un lugar y no en otro? Debía de ser por algo relacionado con la alimentación, a pesar de que nunca parecían lo bastante inmóviles para poder alimentarse.

Cuando llegaron a la cúpula que las frondas formaban en verano ya estaba oscureciendo, era casi de noche. Había que ir con cuidado para no tropezar con las raíces que sobresalían en el sendero, ni golpearse la cabeza con las lianas colgantes, que sorprendentemente tenían unos tallos muy leñosos. De pronto el agua centelleó entre las ramas negras. El reflejo del sol en la otra orilla del río, los árboles que aún captaban la última luz del atardecer. De este lado —Rupert y Enid estaban bajando a la orilla entre los sauces— el agua era del color del té, aunque transparente.

Y allí aguardaba el bote, meciéndose en las sombras, como siempre.

—Los remos están escondidos —dijo Rupert.

Se metió entre los sauces para buscarlos. Por un momento Enid lo perdió de vista. Se acercó aún más a la orilla del agua, sintió que sus botas se hundían un poco en el cieno y la inmovilizaban. Si aguzaba el oído alcanzaba a escuchar los movimientos de Rupert entre la maleza. En cambio, si se concentraba en el movimiento del bote, un movimiento leve y sigiloso, podía sentir como si todo a su alrededor se hubiera acallado.

Yakarta

I

Kath y Sonje tienen su rincón en la playa, detrás de unos troncos grandes. Lo han escogido no tanto para resguardarse del fuerte viento que de vez en cuando sopla —el bebé de Kath está con ellas— como para esconderse de un grupo de mujeres que van todos los días a la playa. A esas mujeres las llaman las Monicas.

Las Monicas tienen dos, tres o cuatro hijos cada una. Todas se encuentran al mando de la verdadera Monica, que, cuando vio por primera vez a Kath y a Sonje con el bebé en la playa, echó a andar hacia ellas, se presentó y las invitó a unirse al grupo.

Ellas la siguieron, llevando el capazo entre las dos. ¿Acaso podían hacer otra cosa? Pero desde entonces se esconden detrás de los troncos.

El campamento de las Monicas está compuesto de sombrillas de playa, toallas, bolsas de pañales, cestas de *picnic*, canoas y ballenas hinchables, juguetes, cremas, ropa de repuesto, sombreros de ala ancha, termos para el café, tazas y platos desechables, y cilindros térmicos que contienen polos caseros hechos con jugo de frutas.

Todas están embarazadas o parece que lo estén, pues se les ha estropeado la figura. Se acercan cansinamente a la orilla llamando a gritos a sus hijos que se montan y se caen de los troncos o de las ballenas hinchables.

—¿Dónde has dejado el sombrero? ¿Dónde está la pelota? Ya llevas mucho rato allí arriba, ahora le toca a Sandy.

Incluso cuando hablan entre ellas tienen que alzar la voz por encima de los chillidos y berridos de sus hijos.

—En Woodward encuentras carne picada al precio de una hamburguesa.

—Probé con una pomada de zinc pero no le hizo nada.

—Ahora tiene un absceso en la ingle.

—La levadura en polvo no sirve, tienes que usar bicarbonato sódico.

Esas mujeres no son mucho mayores que Kath y Sonje, pero han llegado a un punto en la vida que estas temen. Convierten la playa entera en un estrado. Sus responsabilidades, su progenie auestas, su carga de maternidad y su autoridad son capaces de aniquilar el destello del agua, la perfecta cala con las ramas rojas de los madroños, los cedros que crecen torcidos entre las altas rocas. Kath siente con particular intensidad su amenaza porque ella también es madre. Cuando le da de mamar a su bebé suele leer un libro, a veces fuma un cigarrillo, para no hundirse en el fango de la funcionalidad animal. Y si le da de mamar es con la idea de encoger el útero y aplanar el estómago, no para proporcionar al bebé, Noelle, preciosos anticuerpos maternos.

Kath y Sonje tienen sus propios termos de café y sus toallas de repuesto, con las que han improvisado un refugio para Noelle. Tienen sus cigarrillos y sus libros. Sonje ha llevado un libro de Howard Fast. Su marido le ha dicho que si tiene que leer novelas, ese es el autor. Kath está leyendo los cuentos de Katherine Mansfield y los relatos cortos de D. H. Lawrence. Sonje ha tomado la costumbre de dejar de lado su libro y coger uno de Kath, el que no esté leyendo en ese momento. Se limita a leer un cuento y luego vuelve a Howard Fast.

Cuando les entra hambre, una de las dos emprende el ascenso de un largo tramo de escalones de madera. En lo alto de las rocas, bajo los pinos y los cedros, muchas casas bordean la cala. Son todas viejas casas de veraneo, de la época en que no existía el puente de Lions Gate y la gente de Vancouver cruzaba el mar para pasar las vacaciones allí. Algunas de ellas, como las de Kath y Sonje, todavía tienen un aspecto bastante rudimentario y son de alquiler barato. Otras, como la de la verdadera Monica, han sido muy reformadas. Pero nadie tiene previsto quedarse allí; todos están planeando irse a vivir a una casa en toda regla. Con excepción de Sonje y su marido, cuyos planes parecen más misteriosos que los de los demás.

Las casas dan a un sendero en forma de media luna y sin asfaltar que comunica por ambos extremos con Marine Drive. El semicírculo cercado está lleno de árboles altos, de sotobosque compuesto por helechos y zarzas, y de varios senderos que se entrecruzan y por los que puedes acortar para ir a la tienda de Marine Drive. En ella Kath y Sonje comprarán patatas fritas para comer. Casi siempre es Kath quien hace esa expedición, porque para ella es un lujo caminar bajo los árboles, algo que ya no puede hacer con el cochecito del bebé.

Cuando se instaló a vivir allí, antes de que Noelle naciera, Kath atajaba casi cada día por los árboles sin pararse a pensar nunca en su libertad. Un día se encontró con Sonje. Las dos habían trabajado un tiempo en la Biblioteca Pública de Vancouver hacía no mucho, pero en distintos departamentos, y nunca se habían dirigido la palabra. Kath había dejado el empleo en el sexto mes de embarazo, según lo estipulado, para evitar perturbar a la clientela con su aspecto, y Sonje lo había dejado a raíz de un escándalo. O, al menos, de una noticia que había llegado a la prensa. Su marido, Cottar, un periodista que colaboraba para una revista de la que Kath nunca había oído hablar, había viajado a la China comunista. Los periódicos se referían a él como un escritor de izquierdas. Junto a la foto de él aparecía la de Sonje, y la información de que trabajaba en la biblioteca. Al articulista le preocupaba que ella estuviera utilizando su empleo para promocionar libros comunistas e influir en los jóvenes que acudían a la biblioteca para que se convirtieran en comunistas. No afirmaba que lo hiciera, solo señalaba el peligro. Por otra parte, no había ninguna ley que prohibiera que un ciudadano canadiense visitara China. Pero el hecho de que Cottar y Sonje fueran estadounidenses hacía que su conducta resultara más alarmante, tal vez incluso más deliberada.

—Conozco a esa chica —le comentó Kath a su marido, Kent, al ver la foto de Sonje—. Al menos la conozco de vista. Siempre parece un poco cohibida. Estará avergonzada por todo ese asunto.

—No lo creo —replicó Kent—. A esa clase de personas les encanta sentirse perseguidas. Viven para eso.

Al parecer, la encargada de la biblioteca declaró que Sonje no tenía nada que ver con la elección de libros ni con nada que pudiera influir en los jóvenes; dedicaba la mayor parte del tiempo a pasar listas a máquina.

«Lo que no deja de ser gracioso», le dijo Sonje a Kath una vez que se reconocieron, se saludaron y estuvieron media hora hablando en el sendero. Lo gracioso era que ella no sabía escribir a máquina.

No la despidieron, pero de todos modos Sonje dejó el trabajo. Pensó que era lo mejor, ya que Cottar y ella habían previsto cambios en su futuro.

Kath se preguntó si uno de los cambios sería un hijo. Tenía la impresión de que, al acabar los estudios, la vida continuaba en forma de otra sucesión de exámenes que había que aprobar. El primero era casarse. Si a los veinticinco años no te habías casado, habías suspendido a todos los efectos ese examen. (Ella siempre firmaba como «Sra. de Kent Mayberry» con una sensación de alivio y ligera euforia). Luego tocaba tener el primer hijo. Esperar un año antes de quedarse embarazada era una buena idea. Esperar dos años era un poco más prudente de lo necesario. Y, transcurridos los tres años, la gente empezaba a extrañarse. Después, tarde o temprano llegaba el segundo hijo. A partir de entonces la progresión se volvía difusa, y no era fácil saber con seguridad si habías llegado a dondequiera que estuvieras yendo. Sonje no era de esa clase de amigas que te contaría que estaba intentado quedarse embarazada, cuánto tiempo hacía que lo intentaba o las técnicas que utilizaba. Nunca hablaba de sexo en ese sentido, tampoco de sus menstruaciones o de cualquier comportamiento de su cuerpo, aunque no tardó en confesarle a Kath cosas que la mayoría de la gente consideraría más chocantes. Poseía una dignidad impregnada de

garbo; había querido ser bailarina de ballet pero su elevada estatura se lo impidió, y no paró de lamentarlo hasta que conoció a Cottar, quien dijo: «He aquí otra burguesita que aspira a convertirse en un cisne moribundo». Tenía un rostro amplio, de expresión serena y piel rosácea —nunca se maquillaba porque Cottar estaba en contra del maquillaje—, y llevaba su abundante melena rubia recogida en un grueso moño. Kath creía que tenía un aspecto fascinante, a un tiempo angelical e inteligente.

Mientras comen las patatas fritas en la playa Kath y Sonje hablan sobre los personajes de los cuentos que han estado leyendo. ¿Cómo es que ninguna mujer ama a Stanley Burnell? ¿Qué le ocurre? No es más que un crío, con su amor avasallador, su glotonería en la mesa y su autocomplacencia. Mientras que Jonathan Trout..., ah, la mujer de Stanley, Linda, debería haberse casado con Jonathan Trout, Jonathan que se deslizaba por el agua mientras Stanley chapoteaba y resoplaba. «Saludos, mi celestial flor de melocotón», dice Jonathan con su aterciopelada voz de barítono. Lleno de ironía, sutil y hastiado. «La brevedad de la vida, la brevedad de la vida», dice. Y el mundo presuntuoso de Stanley se desmorona, desacreditado.

A Kath le preocupa algo. No puede mencionarlo ni pensar en ello, pero ¿se parece en algo Kent a Stanley?

Un día Kath y Sonje discuten. Tienen una inesperada e inquietante discusión sobre un cuento de D. H. Lawrence. Se titula «El zorro».

Al final del relato los amantes —un soldado y una mujer llamada March— están sentados en lo alto de un acantilado mirando al Atlántico, hacia su futuro hogar en Canadá. Se disponen a marcharse de Inglaterra y empezar una nueva vida. Están prometidos pero no son realmente felices. Aún no.

El soldado sabe que no será del todo feliz hasta que ella se entregue completamente a él, algo que no ha hecho hasta ahora. March se resiste para mantener su independencia, está haciendo a los dos sombríamente desgraciados con sus esfuerzos para aferrarse a su alma, a su mente de mujer. Debe poner fin a tales esfuerzos, debe parar de pensar y de desear, y dejar que su conciencia se rinda hasta sumergirse en la de él. Como los juncos que se mecen bajo la superficie del agua. Mira al fondo, mira al fondo y verás cómo se mecen los juncos en el agua, vivos pero sin romper nunca la superficie. Así es como su naturaleza femenina debe vivir dentro de la naturaleza masculina de él. Entonces ella será feliz, y él se sentirá fuerte y satisfecho. Entonces serán un verdadero matrimonio.

Kath dice que le parece una estupidez.

Empieza a exponer sus argumentos.

—Él está hablando de sexo, ¿comprendes?

—No solo de sexo —dice Sonje—. Habla de toda su vida juntos.

—Sí, pero sobre todo de sexo. El sexo lleva al embarazo. Quiero decir en circunstancias normales. De modo que March tiene un hijo. Probablemente tiene más de uno. Y debe cuidar de ellos. ¿Cómo vas a hacerlo si tu mente está meciéndose bajo la superficie del mar?

—Eso es tomárselo al pie de la letra —replica Sonje con cierto aire de suficiencia.

—Puedes pensar por ti misma y tomar tus propias decisiones o no puedes —dice Kath—. Por ejemplo, el niño está a punto de coger una hoja de afeitar. ¿Qué haces? ¿Dices simplemente: Ah, creo que daré una vuelta por ahí hasta que mi marido llegue a casa y decida por los dos si es una buena idea?

—Eso es llevarlo al extremo.

A ambas se les ha endurecido la voz. La de Kath suena brusca y desdeñosa. La de Sonje, seria y obstinada.

—Lawrence no quiso tener hijos —comenta Kath—. Tenía celos de los que tenía Frieda de su anterior matrimonio.

Sonje está mirando entre sus rodillas, dejando que la arena caiga a través de sus

dedos.

—Solo creo que sería bonito. Creo que es bonito que una mujer haga algo así si puede. Kath sabe que algo ha ido mal. Hay un problema en su argumento. ¿Por qué está tan furiosa y acalorada? ¿Y por qué ha empezado a hablar sobre bebés, sobre hijos? ¿Porque ella tiene uno y Sonje no? ¿Ha dicho lo de Lawrence y Frieda porque sospecha que eso es en parte lo que pasa entre Cottar y Sonje?

No hay nada de malo en basar tu argumentación en los hijos, en que la mujer tiene que cuidar de los hijos. Nadie puede reprocharte nada. Pero cuando Kath lo hace se está encubriendo. No puede soportar esa parte sobre los juncos y el agua, se siente abotagada y asfixiada por una protesta incoherente. Está pensando en ella misma, no en los hijos. Ella es la mujer contra la que Lawrence clama. Y no puede decirlo sin tapujos porque eso podría llevar a Sonje —a ella misma— a sospechar que su vida se está empobreciendo.

A Sonje, quien en el transcurso de otra alarmante conversación declaró: «Mi felicidad depende de Cottar».

Mi felicidad depende de Cottar.

Esa afirmación conmovió a Kath. Ella jamás habría dicho eso de Kent. No le gustaría que fuera cierto acerca de ella misma.

Pero no quería que Sonje la tomara por una mujer que había dejado pasar el amor. Que no había considerado, o a quien no se le había presentado, la postración del amor.

II

Kent recordaba el nombre de la pequeña ciudad de Oregón a la que Cottar y Sonje se habían ido a vivir. Mejor dicho, a la que Sonje se había ido a vivir al final del verano. Ella se marchó allí para cuidar de la madre de Cottar mientras él emprendía otro viaje periodístico con los gastos pagados a Extremo Oriente. Cottar había tenido algún problema, real o imaginario, a su regreso a Estados Unidos tras su viaje a China. Esta vez Sonje y él tenían previsto reunirse en Canadá, y tal vez llevar también a la madre allí.

No había muchas probabilidades de que Sonje todavía viviera en esa ciudad. Solo existía una remota posibilidad de que siguiera allí la madre. Kent dijo que no merecía la pena detenerse, pero Deborah insistió. ¿Por qué no? ¿No sería interesante averiguarlo? Se informaron en la oficina de correos y obtuvieron una dirección.

Kent y Deborah salieron de la ciudad a través de las dunas; ella iba al volante, como lo había hecho durante la mayor parte de ese largo viaje de recreo. Habían visitado a la hija de Kent, Noelle, que vivía en Toronto, y a los dos hijos que él había tenido con su segunda esposa, Pat. Uno de ellos estaba en Montreal y el otro en Maryland. Luego habían ido a ver a unos viejos amigos de Kent y Pat que ahora vivían en una urbanización cerrada de Arizona, y a los padres de Deborah, que debían de tener la edad de Kent, en Santa Bárbara. Ahora subían por la costa Oeste, camino de Vancouver, pero se lo tomaban con calma para que Kent no se cansara.

Las dunas estaban cubiertas de hierba. Parecerían colinas corrientes si no fuera porque aquí y allá asomaba un montículo de arena, confiriendo al paisaje un aspecto más caprichoso. Una construcción hecha por un niño, de proporciones desmesuradas.

La carretera terminaba en la casa que les habían indicado. No había confusión posible. Ahí estaba el letrero: ESCUELA DE DANZA DEL PACÍFICO. Y debajo del nombre de Sonje, un letrero de SE VENDE. Junto a uno de los arbustos del jardín había una anciana manejando unas podaderas.

De modo que la madre de Cottar vivía. Sin embargo, Kent recordó de pronto que era ciega. Por eso había sido necesario que alguien viviera con ella al morir el padre de Cottar.

¿Qué hacía podando los arbustos si era ciega?

Había cometido el clásico error de no percatarse de la cantidad de años —décadas—

que habían transcurrido. Y de lo anciana que sería la madre si viviera. De lo mayor que debía de ser Sonje y de lo mayor que debía de ser él mismo. Porque esa anciana era Sonje, y de entrada ella tampoco lo había reconocido. Se inclinó para clavar las podaderas en el suelo y se limpió las manos en los tejanos. Él sintió la rigidez de los movimientos en sus propias articulaciones. Ella tenía el pelo blanco y ralo, y se le agitaba con la suave brisa marina que había logrado abrirse paso entre las dunas. De los huesos había desaparecido la firme envoltura carnosa. Siempre había sido bastante plana pero nunca tan delgada de cintura. De espaldas amplias y rostro amplio, una joven de aspecto nórdico. Aunque el nombre no le venía de antepasados nórdicos; recordó cómo ella contaba que la habían llamado Sonje porque a su madre le encantaban las películas del Sonja Henie. Fue ella misma quien cambió la forma de escribirlo y se burló de la frivolidad de su madre. En aquella época todos se burlaban de sus padres, por una u otra razón.

A la brillante luz del sol él no le veía bien la cara, pero vio un par de manchas de un blanco plateado donde probablemente le habían extirpado unos cánceres de piel.

—Vaya, Kent —dijo ella—. Qué absurdo. Creía que eras alguien interesado en comprar la casa. ¿Y esta es Noelle?

De modo que ella también se había confundido.

En realidad Deborah tenía un año menos que Noelle. Pero no había en ella nada que hiciera pensar en una esposa trofeo. Kent la había conocido después de su primera operación. Era fisioterapeuta y no se había casado nunca, y él era viudo. Una mujer serena y equilibrada que desconfiaba de la moda y la ironía; llevaba el cabello recogido en una trenza que le caía por la espalda. Lo había iniciado en el yoga, así como en los ejercicios recomendados, y también le hacía tomar vitaminas y ginseng. Tenía tacto y era poco curiosa hasta casi el punto de la indiferencia. Tal vez una mujer de su generación daba por hecho que todo el mundo tenía un pasado poblado de personas e impenetrable.

Sonje los invitó a entrar en la casa. Deborah prefirió dejarlos solos; quería buscar una tienda de productos dietéticos (Sonje le indicó dónde había una) y dar un paseo por la playa.

Lo primero que Kent advirtió fue que hacía frío dentro de la casa. Frío en un radiante día de verano. Pero en el noroeste del Pacífico las casas casi nunca están tan bien caldeadas como parecen; en cuanto te apartas del sol, enseguida sientes la humedad en el aire. Las nieblas y el frío del invierno lluvioso debían de haber penetrado en esa casa durante mucho tiempo sin encontrar apenas resistencia. Era un gran bungalow de madera, destartado pero no austero, con su porche y sus buhardillas. Antes había muchas casas como esa en Vancouver Oeste, donde todavía vivía Kent. Pero la mayoría se habían vendido para ser derribadas.

En las dos amplias habitaciones delanteras, que estaban comunicadas entre sí, el único mueble que había era un piano vertical. El suelo estaba gris de rayones por el centro y oscuro de cera por las esquinas. A lo largo de una pared había una barandilla y en el lado opuesto un espejo polvoriento en el que vio pasar dos figuras delgadas de pelo canoso. Sonje comentó que quería vender la casa —bueno, él ya lo habría supuesto por el letrero—, y como esa parte había sido un estudio de danza, se le ocurrió dejarla tal cual.

—Puede que alguien quiera aprovecharlo —observó.

Le contó que habían abierto la escuela hacia 1960, poco después de que se enteraran de la muerte de Cottar. La madre de Cottar —Delia— tocaba el piano. Tocó casi hasta los noventa años, cuando perdió la chaveta. («Perdona —dijo Sonje—, pero uno se vuelve bastante frío con estas cosas»). Sonje la metió en una residencia donde iba cada día a darle de comer, aunque Delia ya no la reconocía. Contrató a otras personas para que tocaran el piano, pero no funcionó. Llegó un momento en que ya no podía

hacer ninguna demostración a los alumnos, solo darles explicaciones. Comprendió que era hora de renunciar.

Sonje solía ser una chica más bien circunspecta, no muy comunicativa. De hecho, no era demasiado sociable, o eso le había parecido a él. En cambio ahora se atolondraba y parlotaba como suelen hacer las personas que pasan mucho tiempo solas.

—Al principio nos fue bien, las niñas estaban muy ilusionadas con el ballet, pero luego todo eso quedó desfasado, ya sabes, era demasiado formal. Aunque nunca pasó del todo. Luego, en los años ochenta, mucha gente se mudó aquí, familias con hijos, y parecía que tenían un montón de dinero, ¿de dónde lo sacarían? Podría haber tenido éxito de nuevo, pero yo ya no supe llevarlo. —Y añadió que tal vez se agotó el empuje, o la necesidad, al morir su suegra—. Fuimos muy amigas. Siempre.

La cocina era otra habitación espaciosa que los armarios y los electrodomésticos no acababan de llenar. El suelo era de baldosas grises y negras, o tal vez blancas y negras, y el blanco se había vuelto gris por el agua sucia de fregar. Pasaron por un pasillo forrado de estantes, estantes que llegaban hasta el techo abarrotados de revistas y libros destrozados, tal vez incluso de periódicos. Un olor a papel viejo y quebradizo. Por allí el suelo estaba cubierto con una estera de sisal que se prolongaba hasta un porche lateral, donde Kent por fin tuvo ocasión de sentarse. El juego de sillas y sofá era de ratán auténtico, habría tenido valor si no fuese porque se caía a pedazos. Las persianas de bambú, que tampoco se hallaban en muy buen estado, estaban enrolladas hasta la mitad, y fuera algunos arbustos excesivamente crecidos presionaban contra las ventanas. Kent no sabía muchos nombres de plantas, pero reconoció esos arbustos como la clase de matorral que crece en suelo arenoso. Sus hojas eran gruesas y brillantes, parecían bañadas en aceite.

Al pasar por la cocina Sonje puso agua a hervir. Se dejó caer en una de las sillas como si ella también se alegrara de sentarse. Levantó sus mugrientas manos de grandes nudillos.

—Enseguida me pongo decente. No te he preguntado si querías té. Puedo preparar café. O si lo prefieres podemos pasar directamente a los *gin-tonics*. ¿Por qué no? A mí me parece una gran idea.

Sonaba el teléfono. Un ruido molesto, estridente y anticuado. Parecía llegar del pasillo pero Sonje regresó rápidamente a la cocina.

Ella habló durante bastante rato, interrumpiéndose para apagar el hervidor cuando silbó. Él la oyó decir «una visita en estos momentos» y confió en que no estuviera dando largas a un posible comprador. El tono nervioso de Sonje le hizo pensar que no se trataba de una simple llamada social y que tal vez era un asunto de dinero. Hizo un esfuerzo por no oír nada más.

Los libros y los papeles amontonados en el pasillo le recordaron la casa de la playa en la que Sonje y Cottar habían vivido. De hecho se respiraba la misma sensación de incomodidad, de abandono. Una chimenea de piedra situada en un extremo calentaba el salón, y aunque en ella —la única vez que estuvo allí— había un fuego, estaba rebosante de viejas cenizas, junto con cáscaras de naranja y otros escombros chamuscados que se desparramaban hacia fuera. Y en todas partes se veían libros y panfletos. En lugar de un sofá había un catre; tenías que sentarte con los pies en el suelo y sin respaldo, o arrastrarte hacia atrás y apoyarte contra la pared, con las piernas dobladas debajo del cuerpo. Así fue como Kath y Sonje se sentaron. Las dos permanecieron bastante al margen de la conversación. Kent se dejó caer en una silla de la que había retirado un libro de cubierta insulsa titulado *La guerra civil en Francia*. ¿Así era como llamaban ahora a la Revolución francesa?, pensó. Luego vio el nombre del autor: Karl Marx. Ya antes percibió en el ambiente la hostilidad, el juicio crítico. Al igual que en una habitación llena de folletos sobre el Evangelio e ilustraciones de Jesús montado en un burro, Jesús en el mar de Galilea, tenía la sensación de que se estaba

emitiendo un juicio crítico sobre tu persona. No solo por los libros y los papeles; estaba también en la chimenea caótica y en la alfombra de estampado gastado y en las cortinas de tela de arpillera. La camisa y la corbata de Kent eran una equivocación. Él lo intuyó por la mirada que le lanzó Kath, pero no iba a cambiarse una vez que se había vestido. Ella llevaba una de sus viejas camisas por encima de unos tejanos sujetos con una sarta de imperdibles. A él le parecía un atuendo demasiado informal para salir a cenar, pero tal vez era lo único que le cabía.

Eso fue un poco antes de que Noelle naciera.

Cottar preparó la cena. Era un curry y le salió delicioso. Bebieron cerveza. Cottar tenía unos treinta años, era mayor que Sonje, Kath y Kent. Alto y estrecho de hombros, con entradas pronunciadas y finas patillas. Hablaba de forma precipitada, en voz baja, con tono confidencial.

También asistió una pareja entrada en años, una mujer de pechos caídos y cabello gris enrollado a la altura de la nuca, y un hombre bajo y tieso, bastante desaliñado en su forma de vestir pero con cierta pulcritud en sus modales, una voz precisa y crispada, y la costumbre de trazar cuadrados en el aire con las manos. Había asimismo un joven pelirrojo con los ojos hinchados y llorosos, y la piel con manchas. Era un estudiante a tiempo parcial que se ganaba la vida conduciendo la furgoneta que distribuía los periódicos a los repartidores. Saltaba a la vista que era nuevo en ese empleo, y el hombre mayor, que lo conocía, empezó a mofarse de lo vergonzoso que era distribuir semejante periódico. Herramienta de las clases capitalistas, portavoz de las élites.

Aunque lo decía medio en broma, Kent no pudo dejarlo pasar. Pensó que era el momento de intervenir y dijo que no veía qué problema había con ese periódico.

Estaban esperando algo parecido. El hombre mayor ya le había sonsacado a Kent que era farmacéutico y trabajaba para una cadena de *drugstores*. Y el joven ya había preguntado: «¿Tienes perspectivas de ascenso?», de tal modo que todos menos él captaran que era una broma. Kent respondió que esperaba que así fuera.

Se sirvió el curry y lo comieron, bebieron más cerveza, echaron más leños al fuego, el cielo primaveral se oscureció, al otro lado de la ensenada de Burrard aparecieron las luces de Point Grey, y Kent se impuso a sí mismo el deber de defender el capitalismo, la guerra de Corea, las armas nucleares, John Foster Dulles, la ejecución de los Rosenberg..., y todo cuanto los otros le arrojaran. Se mofó de la idea de que las compañías estadounidenses estuvieran persuadiendo a las madres africanas para que compraran leche maternizada en lugar de dar de mamar a sus hijos, y de que la Real Policía Montada de Canadá tratara con brutalidad a los indios, pero sobre todo de que creyeran que su teléfono podía estar pinchado. Citó la revista *Time* y afirmó que esa era su fuente.

El joven se daba palmadas en las rodillas y meneaba la cabeza mientras soltaba una aparatosa carcajada de incredulidad.

—No me puedo creer a este tipo. ¿Podéis creerlo? Yo no puedo.

Cottar siguió desplegando argumentos e intentó mantener a raya la exasperación, ya que se tenía por un hombre razonable. El hombre mayor se salía por tangentes de carácter magistral y la mujer de los pechos caídos hacía comentarios en un tono de cortesía venenosa.

—¿A qué vienen tantas prisas por defender la autoridad cada vez que levanta su encantadora cabeza?

Kent no lo sabía. No sabía qué lo impulsaba a hacerlo. Ni siquiera se tomaba en serio a esas personas como enemigos. Deambulaban por los márgenes de la vida real, arengando y creyéndose importantes, como los fanáticos de cualquier clase. Al lado de la gente con que Kent trabajaba, carecían de solidez. En su trabajo los errores importaban, la responsabilidad era constante, no había tiempo para divagar sobre si las cadenas de *drugstores* eran perniciosas o para permitirse alguna paranoia sobre las

farmacéuticas. Ese era el mundo real, y en él entraba y salía él todos los días con el peso de su futuro y el de Kath sobre los hombros. Lo aceptaba, incluso se sentía orgulloso de ello, y no pensaba disculparse ante una habitación llena de quejicas.

—La vida ha mejorado, por mucho que digáis —les dijo—. Solo tenéis que mirar alrededor.

Años después estaba de acuerdo con el joven que había sido. Su intervención tal vez había sido presuntuosa, pero no errada. Sin embargo, se preguntó acerca de la rabia que se había respirado en esa habitación, qué había resultado de toda esa violenta energía.

Sonje había colgado.

—Voy a saltarme el té y pasar a los *gin-tonics* —le gritó desde la cocina.

Cuando apareció con las copas, él le preguntó cuánto tiempo hacía que había muerto Cottar y ella le respondió que más de treinta años. Él tomó aire y meneó la cabeza. ¿Tantos?

—Murió muy rápido de algún microbio tropical —le dijo Sonje—. Ocurrió en Yakarta. Lo enterraron antes de que yo supiera siquiera que estaba enfermo. Yakarta se llamaba Batavia, ¿lo sabías?

—Vagamente —respondió Kent.

—Recuerdo tu casa. El salón era en realidad un porche, como el nuestro, ocupaba toda la parte delantera. Teníais estores de tela de toldo a rayas verdes y marrones. A Kath le encantaba cómo se filtraba la luz a través de ellos, decía que le recordaba la selva. Tú la llamabas la choza pretenciosa cada vez que la mencionabas. La Choza Pretenciosa.

—Estaba construida sobre postes clavados en cemento y se estaban pudriendo —dijo Kent—. Fue un milagro que no se derrumbara.

—Kath y tú solíais ir a mirar casas —dijo Sonje—. Los días de fiesta ibais a pasear por algún complejo residencial con Noelle en el cochecito. Mirabais todas las casas nuevas. Ya sabes cómo eran esos complejos entonces. No había aceras porque se suponía que la gente ya no caminaba, habían talado todos los árboles, y las casas estaban pegadas, mirándose unas a las otras a través de los ventanales.

—¿Qué otra cosa podía permitirse uno para empezar? —preguntó Kent.

—Lo sé, lo sé. Pero tú le preguntabas a Kath: ¿Cuál te gusta? Y ella nunca respondía. Al final, exasperado, le preguntabas, bueno, qué clase de casa le gustaría, donde fuera, y ella respondía: La Choza Pretenciosa.

Kent no lo recordaba. Pero suponía que era cierto. Al menos así se lo había contado Kath a Sonje.

III

Cottar y Sonje iban a dar una fiesta de despedida antes de que Cottar viajara a Filipinas, Indonesia o dondequiera que fuese, y de que Sonje se marchara a Oregón para instalarse con la madre de él. Invitaron a toda la gente que vivía junto a la playa; era lo razonable, dado que la fiesta sería al aire libre. También invitaron a algunas personas con las que Sonje y Cottar habían vivido en una comuna antes de mudarse a la casa de la playa, así como a periodistas que Cottar conocía y a varias personas con las que Sonje había trabajado en la biblioteca.

«Sencillamente a todos», dijo Kath, a lo que Kent respondió alegremente: «¿Más rojillos?». Ella dijo que eso no lo sabía, que sencillamente todos.

La verdadera Monica había contratado a su canguro fija; llevarían a los niños a su casa y entre todos los padres compartirían el gasto. Kath dejó allí a Noelle en su capazo poco antes de que anocheciera. Le dijo a la canguro que regresaría antes de medianoche, pues a esa hora seguro que Noelle se despertaría con hambre. Podría haber llevado el biberón suplementario que había preparado en casa, pero no lo hizo. No sabía qué esperar de esa fiesta y se le ocurrió que podía ser una excusa para escapar de ella.

Ella y Sonje nunca hablaron de la cena en casa de esta, cuando Kent se peleó con todos. Aquel fue el día que Sonje conoció a Kent y lo único que comentó después fue que era realmente atractivo. Kath tuvo la impresión de que el atractivo podía ser considerado un premio de consolación banal.

Esa noche ella había permanecido sentada con la espalda contra la pared y un cojín sobre el estómago. Había tomado la costumbre de sostener un cojín sobre el lugar donde el bebé daba patadas. Este estaba descolorido y polvoriento, como todo en casa de Sonje (Cottar y ella la habían alquilado amueblada). El estampado de flores y hojas azules había adquirido un color plateado. Kath clavó la vista en él mientras todos enredaban a Kent sin que él se diera cuenta siquiera. El joven le hablaba con la rabia histriónica de un hijo enfrentándose con su padre, y Cottar le hablaba con la paciencia cansina de un profesor a su alumno. El hombre de más edad lo encontró todo amargamente divertido, y la mujer observaba llena de repugnancia moral, como si hiciera responsable a Kent de Hiroshima, de las jóvenes asiáticas que habían muerto abrasadas en fábricas cerradas y de todas las horribles mentiras y la hipocresía pregonadas a los cuatro vientos. Y, por lo que Kath veía, Kent poco menos que se lo estaba buscando. Había temido que ocurriera algo parecido cuando lo vio con camisa y corbata, y decidió ponerse los tejanos en lugar de un recatado vestido premamá. Una vez allí tuvo que aguantar sentada, volviendo el cojín hacia uno y otro lado para captar los destellos plateados.

Los presentes en la habitación estaban muy seguros de todo. Cuando se detenían para tomar aire solo era para imbuirse en un torrente inagotable de virtud pura, de certeza pura.

Tal vez la excepción era Sonje. Sonje no decía una palabra. Pero para ella Cottar era su inspiración; él era su certeza. Se levantó para ofrecer más curry y rompió uno de los breves silenciosos hostiles.

—Parece que nadie quiere coco.

—¡Vamos, Sonje, no irás a hacerte ahora la anfitriona diplomática! —soltó la mujer de más edad—. ¡Como uno de los personajes de Virginia Woolf!

De modo que Virginia Woolf tampoco se salvaba. Había muchas cosas que Kath no comprendía. Pero al menos ella era consciente de ello; no estaba preparada para decir que eran tonterías.

De todos modos en ese momento deseó romper aguas. Cualquier cosa con tal de librarse de eso. Si se levantaba tambaleante y dejaba un charco en el suelo delante de ellos, tendrían que parar.

Después Kent no pareció agobiarse por el modo en que había transcurrido la tarde. Más bien tenía la impresión de haber ganado la discusión.

—Son todos rojos y tienen que hablar de ese modo. Es lo único que pueden hacer.

Kath tenía muy pocas ganas de seguir hablando de política, así que cambió de tema y comentó que la pareja entrada en años había vivido con Sonje y Cottar en una comuna. También vivía otra pareja que ya se había mudado de allí. Y se había producido un metódico intercambio de parejas. El hombre mayor tenía una amante fuera y ella participó del intercambio durante un tiempo.

—¿Quieres decir que los jóvenes se acostaban con esa mujer mayor? Debe de rondar los cincuenta.

—Cottar tiene treinta y ocho.

—Aun así. Es repugnante.

Pero Kate encontraba la idea de esas cópulas estipuladas y obligatorias tan emocionante como repugnante. Pasar de manera obediente y libre de culpa de uno a otro por orden de lista..., era como la prostitución de los templos. La lujuria presentada como deber. Pensar en ello le provocaba una excitación profundamente obscena.

A Sonje no le había excitado. Ella no había experimentado ninguna liberación sexual.

Cottar se lo preguntaba cada vez que volvía a su lado y ella tenía que responder que no. Él quedaba decepcionado, y ella se sentía decepcionada por él. Él le comentaba que era demasiado excluyente, que estaba demasiado apegada a la idea de propiedad sexual, y ella sabía que él tenía razón.

—Sé que él cree que si lo quisiera de verdad se me daría mejor. Pero lo quiero, desesperadamente.

Pese a todos los pensamientos tentadores que acudían a su mente, Kath creía que ella solo podría acostarse con Kent. Para ella el sexo era algo que se habían inventado entre ellos. Probarlo con alguien más supondría un cortocircuito; toda su vida le estallaría en la cara. Sin embargo ella no podía decir que amara a Kent desesperadamente.

Mientras caminaba por la playa para ir de la casa de Monica a la de Sonje, Kath vio a un grupo de gente esperando para la fiesta. Estaban de pie en corrillos o sentados sobre troncos contemplando los últimos momentos de la puesta de sol. Bebían cerveza. Cottar y otro hombre lavaban un cubo grande en el que harían el ponche. La señorita Campo, la encargada de la biblioteca, estaba sentada sola en un tronco. Kath la saludó con un efusivo ademán, pero no se acercó. Si uno se sentaba con alguien así en esa fase de la fiesta estaba acabado, ya no había quien se acercara. Se trataba de unirse a un grupo de tres o cuatro personas, aunque la conversación, que de lejos había parecido muy animada, fuera bastante desesperada. Pero difícilmente podía hacerlo después de haber saludado a la señorita Campo. Tenía que fingir que se dirigía a alguna parte. De modo que siguió andando, pasó por delante de Kent, que hablaba con el marido de Monica sobre cuánto se tardaba en serrar uno de los troncos de la playa, subió las escaleras de la casa de Sonje y entró en la cocina.

Sonje revolvía una gran olla de chile mientras la mujer mayor de la comuna colocaba rebanadas de pan de centeno, y rodajas de salami y de queso en una fuente. Esta vestía como en la cena del curry, con una falda ancha y un jersey insulso pero ajustado que le ceñía los pechos caídos hasta la cintura. Eso debía de estar relacionado con el marxismo, pensó Kath. A Cottar le gustaba que Sonje fuera sin sujetador, sin medias y sin pintalabios. Asimismo debía de tener que ver con la ausencia de celos y de trabas en las relaciones sexuales, el generoso apetito incorrupto que no se detenía ante una mujer de cincuenta años.

También se encontraba en la cocina una chica de la biblioteca que cortaba pimientos verdes y tomate. Y una mujer que Kath no conocía estaba sentada en el taburete, fumando un cigarrillo.

—Tenemos que cantarte las cuarenta —le dijo la chica de la biblioteca a Kath—. Todas las del trabajo. Nos hemos enterado de que tienes la niña más bonita del mundo y que no la has traído para enseñárnosla. ¿Dónde está ahora?

—Dormida, espero —respondió Kath.

El nombre de esa chica era Lorraine, pero Sonje y Kath, recordando los tiempos en la biblioteca, la llamaban Debbie Reynolds. Rebosaba energía.

—Ajá —dijo.

La mujer de los pechos caídos les lanzó a ella y a Kath una mirada de meditación aversión.

Kath abrió una botella de cerveza y se la pasó a Sonje, quien respondió:

—Ah, gracias. Estaba tan concentrada con el chile que ni se me ha ocurrido beber algo.

—Le preocupaba no cocinar tan bien como Cottar.

—Me alegro de que no sea para ti —le dijo la bibliotecaria a Kath—. Está prohibidísima cuando amamantas.

—Yo me hinchaba a cerveza cuando daba el pecho —dijo la mujer del taburete—. Creo que lo recomendaban. De todos modos, la meas casi toda.

Esa mujer tenía los ojos perfilados con una raya negra que se extendía de comisura a

comisura, y los párpados cubiertos de sombra azul purpúreo hasta las brillantes cejas negras. El resto del rostro estaba muy pálido, o eso parecía en contraste, y los labios eran de un rosa claro que casi rayaba en blanco. Kath había visto rostros así antes pero solo en las revistas.

—Esta es Amy —dijo Sonje—. Amy, esta es Kath. Perdonad que no os haya presentado antes.

—Sonje, siempre te estás disculpando —la reprendió la mujer mayor.

Amy cogió un pedazo de queso que acababan de cortar y se lo comió.

Amy era el nombre de la amante. La amante del marido de la mujer mayor. De repente Kath sintió deseos de conocerla, de ser su amiga, como en su momento había anhelado ser amiga de Sonje.

La tarde dio paso a la noche, y los corrillos que se habían formado en la playa se volvieron menos diferenciados; mostraron una mayor disposición para concentrarse. En la orilla las mujeres se habían quitado los zapatos, y las medias si llevaban, y se mojaron los dedos de los pies en el agua. La mayoría de los invitados había pasado de la cerveza al ponche, y este había empezado a cambiar de composición. Si al principio era sobre todo ron con jugo de piña, a esas alturas le habían añadido otros jugos de frutas, soda, vodka y vino.

A las mujeres que se habían descalzado se las animaba a desprenderse de más prendas. Algunas se metían corriendo en el agua con casi toda la ropa puesta, y una vez allí se desnudaban y tiraban las prendas a los que estaban en la orilla para que la recogieran. Otras se desnudaban allí donde se encontraban, y se alentaban mutuamente diciendo que estaba tan oscuro que no se veía nada. Pero en realidad se veían cuerpos desnudos chapotear, correr y zambullirse en el agua oscura. Monica había bajado de su casa una gran montaña de toallas, y les gritaba que se secaran al salir del agua para no morir de una pulmonía.

La luna surgió entre los árboles negros, por encima de las rocas. Parecía tan enorme, solemne y conmovedora que se alzaron gritos de asombro. ¿Qué era eso? Aun cuando se elevó más en el cielo y se encogió hasta adquirir un tamaño más normal, la gente todavía la señalaba y decía: «La luna de otoño», o «¿La has visto salir?».

«Pensé que era un globo gigante».

«No podía comprender qué era. No tenía ni idea de que la luna pudiera alcanzar ese tamaño».

Kath estaba junto a la orilla hablando con un hombre, el marido y amante de las mujeres que había conocido en la cocina de Sonje poco antes. Ahora su mujer nadaba, un poco apartada de los gritos y los chapoteos. En otra vida, dijo el hombre, había sido clérigo.

—«El mar de la fe fue una vez, también, en su plenitud —recitó con humor—. Y bordeaba las orillas de la tierra, yacía como los pliegues de una brillante faja enrollada...». Entonces estaba casado con una mujer totalmente distinta.

Suspiró, y Kath pensó que buscaba el resto del poema.

—«Pero ahora solamente escucho —recitó a su vez— su melancolía, rugido largo y en retirada, por los vastos y sombríos filos y los desnudos guijarros del mundo». —Luego se detuvo, porque le pareció excesivo continuar con: «¡Oh, amor, seamos fieles...!».

Su mujer nadó hacia ellos, y se levantó en un lugar donde el agua solo le llegaba hasta las rodillas. Mientras vadeaba, los pechos se le balanceaban hacia los lados y arrojaban gotas de agua alrededor de ella.

El marido abrió los brazos y exclamó con voz de cálida bienvenida:

—Europa.

—Eso te convierte a ti en Zeus —dijo Kath con osadía.

En ese preciso momento deseó que un hombre como aquel la besara. Un hombre al que apenas conocía y que no le importaba. Y él la besó, moviendo su lengua fría

dentro de la boca de ella.

—Imagínate un continente con un nombre que viene de una vaca —le dijo.

Su mujer estaba delante de ellos, respirando agradecida después del esfuerzo del baño. Estaba tan cerca que Kath temió que sus pezones oscuros y salidos o su negro vello púbico la rozaran.

Alguien había mantenido una hoguera encendida, y los que unos momentos atrás se bañaban habían salido del agua y estaban envueltos en mantas o toallas, o acuciados detrás de los leños esforzándose para vestirse.

Y sonaba música. Los vecinos de Monica tenían un embarcadero y un cobertizo para botes. Habían bajado un tocadiscos y la gente empezaba a bailar. En el entarimado y, con más dificultad, sobre la arena. De vez en cuando alguien daba un par de pasos de baile sobre un tronco antes de tambalearse y caer, o bajarse de un salto de él. Las mujeres que ya se habían vuelto a vestir o que no se habían desvestido, las mujeres que estaban demasiado inquietas para quedarse en un sitio —como Kath—, continuaron paseando por la orilla (ya no nadaba nadie, el baño formaba parte del pasado, había quedado totalmente olvidado), pero caminaban de otro modo debido a la música. Se contoneaban conscientemente, en broma al principio, luego con más insolencia, como las mujeres hermosas de las películas.

La señorita Campo seguía sentada en el mismo sitio, sonriendo.

La chica a la que Kath y Sonje llamaban Debbie Reynolds estaba sentada en la arena, con la espalda apoyada contra un leño, y lloraba. Sonrió a Kath y le dijo:

—No creas que estoy triste.

Su marido era un jugador de fútbol universitario que ahora tenía un taller de chapa y pintura. Cuando entraba en la biblioteca para recoger a su mujer, tenía el aspecto de un futbolista profesional, ligeramente asqueado con el resto del mundo. Pero en esos momentos estaba arrodillado junto a ella y jugueteaba con un mechón de su cabello.

—No es nada. Siempre le da por ahí. ¿Verdad, cariño?

—Así es —respondió ella.

Kath encontró a Sonje dando vueltas alrededor del círculo del fuego, repartiendo nubes de azúcar. Algunos lograron ensartarlas en un palo y tostarlas; otros se las arrojaban unos a otros y se perdían en la arena.

—Debbie Reynolds está llorando —dijo Kath—. Pero no le pasa nada. Está contenta.

Se echaron a reír y se abrazaron, estrujando la bolsa de nubes entre ellas.

—Voy a echarte de menos —le dijo Sonje—. Voy a echar de menos nuestra amistad.

—Sí, sí.

Cada una cogió una nube y se la comió, riéndose y mirándose llenas de una dulce y melancólica sensación.

—Haced esto en mi memoria —dijo Kath—. Eres mi mejor y más sincera amiga.

—Y tú la mía —dijo Sonje—. La mejor y más sincera. Cottar dice que quiere acostarse con Amy esta noche.

—No se lo permitas —dijo Kath—. No lo permitas si eso hace que te sientas mal.

—Oh, no es cuestión de permitirselo o no —replicó Sonje con valor. Gritó—: ¿Quién quiere chile? Cottar está repartiendo chile por allí. ¿Chile? ¿Chile?

Cottar había bajado por la escalera la olla de chile y la había dejado en la arena.

—Cuidado con la olla, que quema —no paraba de repetir con tono paternal.

Se acució para servir a la gente, cubierto solo con una toalla que se entreabría. Amy estaba detrás de él, repartiendo cuencos.

Kath ahuecó las manos delante de Cottar.

—Por favor, excelencia. No soy digna de un cuenco.

Cottar dio un respingo. Soltó el cucharón y puso las manos sobre la cabeza de Kath.

—Yo te bendigo, hija mía. Los últimos serán los primeros.

Le besó el cuello inclinado.

—Ahhh —dijo Amy, como si ella misma recibiera o diera el beso.

Kath levantó la cabeza y miró más allá de Cottar.

—Me encantaría llevar un pintalabios como ese —dijo.

—Ven conmigo. —Amy dejó los cuencos, y, rodeando a Kath suavemente por la cintura, la condujo por las escaleras—. Vamos arriba. Te haré el tratamiento completo.

En el diminuto cuarto de baño que había detrás de la habitación de Cottar y Sonje, Amy colocó los pequeños tarros, los tubos y los lápices. No había otra superficie que la tapa del retrete. Kath tuvo que sentarse en el borde de la bañera, rozando casi el vientre de Amy con la mejilla. Amy le extendió un líquido en las mejillas y le frotó una pasta sobre los párpados. Luego le empolvó el rostro. Le cepilló y lustró las cejas y le aplicó tres capas de rímel en las pestañas. Le perfiló y pintó los labios, se los limpió y se los pintó una vez más. Finalmente le sostuvo el rostro con las manos y lo ladeó hacia la luz.

Alguien llamó a la puerta y a continuación la sacudió.

—¡Un momento! —gritó Amy. Luego añadió—: ¿Qué demonios te pasa? ¿No puedes ir a mear detrás de un tronco?

No quiso que Kath se mirara al espejo hasta haber terminado.

—Y no sonrías. Estropea el efecto.

Kath se quedó boquiabierta mientras miraba fijamente su reflejo. Tenía los labios como pétalos gruesos, pétalos de lirio. Amy la apartó.

—No me refería a eso. Es mejor no mirarse, pasa de mirarte, tienes buen aspecto. ¡Contén tu preciosa vejiga que ya salimos! —gritó a la otra persona, o tal vez la misma, que aporreaba ahora la puerta.

Guardó sus materiales en la bolsa y la escondió debajo de la bañera, y le dijo a Kath:

—Vamos, guapísima.

En el embarcadero, Amy y Kath bailaron, riéndose y desafiándose. Los hombres intentaban interponerse entre ellas pero durante un rato ellas no lo permitieron. Cuando finalmente se rindieron y las separaron, ellas compusieron muecas de consternación y agitaron los brazos como aves varadas al verse apartadas una de la otra y arrastradas dentro de la órbita de una pareja.

Kath bailó con un hombre que no recordaba haber visto en toda la velada. Tenía más o menos la edad de Cottar. Era alto, con una cintura algo gruesa y blanda, una mata de cabello rizado y sin brillo, y una expresión estropeada y magullada alrededor de los ojos.

—Podría caerme —le dijo Kath—. Estoy mareada y podría caerme por la borda.

—Te sostendré —respondió él.

—Estoy mareada pero no borracha.

Él sonrió, y ella pensó: Eso es lo que siempre dice la gente cuando está borracha.

—De verdad —insistió, y era cierto, porque ni siquiera se había terminado una botella de cerveza y no había probado el ponche.

—A no ser que se me haya introducido por la piel. Ósmosis.

Él no respondió, pero la atrajo hacia sí y la soltó, sosteniéndole la mirada.

Las relaciones sexuales que Kath tenía con Kent eran ávidas y enérgicas, pero al mismo tiempo reticentes. No se habían seducido mutuamente, más bien habían tropezado con la intimidad, o lo que habían tomado por intimidad, y allí se habían quedado. Si lo que toca es tener un solo compañero en la vida, no hace falta que se convierta en nada especial; ya lo es de por sí. Se habían visto desnudos, pero a esas alturas no se miraban a los ojos salvo por casualidad.

Eso es lo que estaba haciendo ahora Kath, todo el rato, con esa pareja desconocida. Avanzaban y retrocedían, se rodeaban y se apartaban, exhibiéndose mutuamente y mirándose a los ojos. Sus ojos declaraban que esa exhibición no era nada, nada al lado del crudo revolcón que podían darse cuando quisieran.

Sin embargo, todo era una broma. En cuanto se tocaban se soltaban de nuevo. Al

acercarse, abrían la boca y jugueteaban con la lengua alrededor de los labios, pero enseguida retrocedían, fingiendo languidez.

Kath llevaba un suéter de lana gruesa de manga corta, idóneo para dar de mamar porque era de cuello en pico y se abotonaba por delante.

Cuando volvieron a acercarse, su pareja levantó un brazo como para protegerse y le pasó el dorso de la mano, la muñeca y el antebrazo desnudos por sus pechos duros bajo la lana electrizada, con lo que se tambalearon y casi interrumpieron el baile. Pero continuaron bailando; Kath se sentía débil y vacilante.

Oyó que la llamaban por su nombre.

«Señora Mayberry. Señora Mayberry».

Era la canguro que la llamaba desde la mitad de la escalera de la casa de Monica.

—Es su bebé. Su bebé ya se ha despertado. ¿Puede venir a darle de comer?

Kath se detuvo. Temblorosa, se abrió paso entre la gente que bailaba. Lejos de la luz, saltó y tropezó en la arena. Sabía que su pareja la seguía, lo oyó saltar detrás de ella. Estaba lista para ofrecerle la boca o la garganta. Pero él la agarró por las caderas y le dio la vuelta, se arrodilló y le besó la entrepierna por encima de los pantalones de algodón. Luego se levantó con agilidad para un hombre de su corpulencia, se apartaron el uno al otro al mismo tiempo. Kath corrió hacia la luz y subió los escalones de la casa de Monica. Sin aliento y agarrándose a la barandilla como una anciana.

Encontró a la canguro en la cocina.

—Ah, su marido acaba de llegar con el biberón. No sabía cómo habían quedado o me habría ahorrado llamarla a gritos.

Kath entró en el salón de Monica. La única luz llegaba del pasillo y la cocina, pero vio que era un salón de verdad y no un porche reformado como el suyo o el de Sonje. Había una moderna mesa de centro danesa, muebles tapizados y cortinas descorridas. Kent estaba sentado en una butaca, dando el biberón suplementario a Noelle.

—Hola —susurró, aunque Noelle succionaba con demasiado vigor para estar adormilada.

—Hola —respondió Kath, y se sentó en el sofá.

—Me ha parecido una buena idea, por si has bebido.

—No, no he bebido. —Ella se llevó una mano a los pechos para comprobar si los tenía llenos, pero el roce con la lana le produjo una descarga de deseo tan fuerte que no pudo seguir apretando.

—Bueno, ahora puedes, si quieres —le dijo Kent.

Ella siguió sentada en el borde del sofá, con el cuerpo echado hacia delante. Se moría de ganas de preguntarle si había entrado por delante o por detrás. Es decir, si había ido por la carretera o por la playa. Si había llegado por la playa era casi seguro que había visto el baile. Pero había mucha gente bailando en el embarcadero en esos momentos y tal vez no se había fijado en nadie en particular.

De todos modos, la canguro sí la había visto. Y él la habría oído llamarla por su nombre y habría mirado hacia donde ella dirigía los gritos.

Siempre y cuando hubiera ido por la playa, por supuesto. Si había llegado por la carretera y entrado en la casa por el vestíbulo, en lugar de por la cocina, no habría visto bailar a nadie.

—¿Le has oído llamarme? —le preguntó—. ¿Por eso has ido a casa a buscar el biberón?

—Ya lo había pensado —respondió él—. Me ha parecido que era la hora. —Sostuvo el biberón en alto para ver cuánta leche había tomado Noelle—. Tiene hambre.

—Sí.

—Así que ahora es tu oportunidad. Si quieres agarrar una cogorza.

—¿Es lo que has agarrado tú? —replicó ella—. ¿Una cogorza?

—Yo ya he bebido bastante. Continúa tú si quieres. Pásalo bien.

A ella le pareció que su aplomo sonaba triste y fingido. Debía de haberla visto bailar, o le habría preguntado: ¿Qué te has hecho en la cara?

—Prefiero esperarte.

Él frunció el entrecejo hacia el bebé e inclinó el biberón.

—Como quieras. Ya casi he terminado.

—Solo tengo que ir al baño —le dijo Kath.

Y en el cuarto de baño, como era de esperar en casa de Monica, encontró un buen suministro de kleenex. Abrió el grifo del agua caliente, y empapó y frotó, empapó y frotó, tirando de vez en cuando al retrete un manojito de papel negro y púrpura.

IV

Mediada la segunda copa, mientras Kent hablaba de los precios desorbitados y escandalosos de las viviendas hoy día en Vancouver Oeste, Sonje comentó:

—¿Sabes?, tengo una teoría.

—Esas casas donde vivíamos —continuó él— hace mucho que las vendimos. Por cuatro chavos, comparado con lo que ahora podríamos pedir. Ahora no sé cuánto nos darían por ellas. Solo por el solar. Para derribarlas.

¿De qué iba la teoría de Sonje? ¿Sobre el precio de la vivienda?

No. Era sobre Cottar. Ella no creía que estuviera muerto.

—Bueno, al principio sí lo creí. Nunca se me ocurrió ponerlo en duda. Pero un día me desperté y vi que no tenía que ser forzosamente cierto. No tenía por qué ser cierto.

Piensa en las circunstancias, dijo ella. Le había escrito un médico. Desde Yakarta. Mejor dicho, la persona que escribió afirmaba ser médico. Le comunicó que Cottar había muerto y especificó de qué, dio un término médico pero ella ya no lo recordaba. De todos modos era una enfermedad infecciosa. Pero ¿cómo podía saber ella que esa persona era realmente un médico? Aun suponiendo que lo fuera, ¿cómo sabía que él le estaba diciendo la verdad? A Cottar no le habría resultado difícil conocer a un médico. Habrían hecho amistad. Cottar tenía toda clase de amigos.

—O incluso podría haberlo pagado. Eso tampoco es tan descabellado.

—¿Por qué querría hacerlo?

—No sería el primer médico que hace algo así. Tal vez necesitaba el dinero para tirar adelante un hospital para pobres. ¿Cómo vamos a saberlo? O tal vez solo lo quería para él. Los médicos no son santos.

—No, me refiero a Cottar. ¿Por qué querría hacer algo así? Además, ¿tenía dinero?

—No. No tenía dinero propio, pero... no lo sé. De todos modos, lo del dinero solo es una hipótesis. Y yo estaba aquí, ¿sabes? Me quedé aquí para cuidar de su madre. Él quería mucho a su madre. Sabía que yo nunca la abandonaría. De modo que por ese lado todo iría bien.

»Y fue bien. Yo apreciaba mucho a Delia. Nunca la consideré una carga. Estaba mejor preparada para cuidar de ella que para estar casada con Cottar. Pero ¿sabes? Curiosamente Delia pensaba lo mismo que yo. Tenía las mismas sospechas acerca de Cottar, si bien nunca me comentó nada. Y yo tampoco le comenté nada a ella. Las dos pensamos que se nos rompería el corazón si lo hacíamos. Pero una noche, poco antes de que ella... me dejara, yo estaba leyéndole una historia de misterio ambientada en Hong Kong, y ella me dijo: "Quizá sea allí donde está Cottar. En Hong Kong". Me dijo que esperaba no haberme disgustado. Entonces le dije lo que había pensado, y ella se rio. Las dos nos reímos. Cabría esperar que una anciana madre se afligiera al hablar de que su único hijo había huido y la había abandonado, pero no fue así. Tal vez los ancianos no reaccionan de ese modo, me refiero a los ancianos de verdad. Ya no se afligen tanto por nada. Deben de saber que no merece la pena.

»Él sabía que yo cuidaría de ella, aunque probablemente no supiera por cuánto tiempo. Me habría gustado enseñarte la carta del médico, pero la tiré a la basura. Fue una tontería, pero estaba alterada. No sabía qué iba a ser de mí. En ese momento no se

me ocurrió indagar, buscar sus credenciales, pedir un certificado de defunción o lo que fuera. Todo eso lo pensé más tarde, y por entonces ya no tenía ninguna dirección. No podía escribir a la embajada estadounidense porque era el último lugar con el que Cottar habría contactado. Además, él no tenía la nacionalidad canadiense. Tal vez hasta tuviera un nombre falso. Una identidad falsa con la que escabullirse. Papeles falsos. Solía dejar caer esa clase de insinuaciones. Formaba parte del *glamour* que a mis ojos lo rodeaba.

—Algo de eso tal vez fuera para satisfacer su gusto por el efecto dramático, ¿no te parece? —le dijo Kent.

—Ya lo creo.

—¿No tenías ningún seguro?

—No seas absurdo.

—Si hubiera habido uno, habrían llegado al fondo de la cuestión.

—Pero no había ninguno —replicó Sonje—. Así que eso es lo que me propongo hacer. Luego añadió que era algo que nunca le había comentado a su suegra. Que una vez que se quedara sola iría en su busca. Encontraría a Cottar o averiguaría la verdad.

—Supongo que crees que es una fantasía descabellada.

Está como una regadera, pensó Kent con un desagradable estremecimiento. En cada visita que había hecho en el transcurso de ese viaje había habido un momento de profunda decepción. En el instante en que se daba cuenta de que la persona con quien hablaba, la persona que había puesto tanto empeño en ir a ver, no le daría lo que fuera que él había ido a buscar. Su viejo amigo de Arizona estaba obsesionado con los peligros de la vida, pese a su cara vivienda en una urbanización cerrada. La esposa de su viejo amigo, que tenía más de setenta años, quería enseñarle fotos de ella y de otra mujer mayor vestidas como de chicas salón de baile de Klondike para un espectáculo musical que habían representado. Y sus hijos, ya adultos, estaban atrapados en sus propias vidas. Eso era hasta cierto punto normal y no le había sorprendido. La sorpresa era que esas vidas, las vidas que llevaban sus hijos y su hija, parecían de pronto cerradas y de algún modo predecibles. Ni siquiera los cambios que él preveía en ellas o que ellos le habían anunciado —Noelle estaba a punto de dejar a su segundo marido— le parecían muy interesantes. No lo había admitido ante Deborah —a duras penas ante sí mismo—, pero así era. Y ahora Sonje. Sonje, quien nunca le había caído particularmente bien y de quien en cierto modo había recelado, pero a quien siempre había respetado por el aura de misterio que la envolvía. Sonje se había convertido en una anciana parlanchina con un tornillo suelto.

Y él había acudido allí con un propósito que, con tanta cháchara sobre Cottar, no habían ni empezado a abordar.

—Bueno, si te soy sincero, no me parece muy sensato.

—Una búsqueda inútil —respondió Sonje alegremente.

—Hay muchas probabilidades de que a estas alturas esté muerto.

—Es cierto.

—Y podría haberse ido a cualquier otra parte a vivir, suponiendo que tu teoría sea correcta.

—Es cierto.

—De modo que lo más que puedes esperar, en el caso de que él estuviera muerto de verdad y tu teoría fuera errónea, es llegar a esclarecer lo ocurrido, con lo que no habrías adelantado gran cosa.

—Oh, ya lo creo que habría adelantado.

—Podrías quedarte y escribir cartas desde aquí.

Sonje no estaba de acuerdo. No era posible abordar un asunto así a través de los conductos oficiales.

—Tienes que darte a conocer en las calles.

En las calles de Yakarta, allí era donde ella se proponía empezar. En lugares como Yakarta la gente no se encierra. Vive en la calle y sabe todo acerca de todo el mundo. Los tenderos saben, siempre hay alguien que conoce a alguien más, y así sucesivamente. Ella haría preguntas y correría la voz de que estaba allí. Un hombre como Cottar no habría pasado inadvertido. Aun después de todo ese tiempo alguien lo recordaría. Obtendría información de una u otra clase. Alguna sería cara o no del todo fiable, pero aun así.

Kent pensó en preguntarle cómo pensaba arreglárselas económicamente. ¿Era posible que ella hubiera heredado algo de sus padres? Le parecía recordar que estos habían cortado toda comunicación cuando ella se casó. Tal vez contaba con vender esa propiedad por un buen precio. Lo dudaba, pero tal vez ella tuviera razón.

Aun así, podría fundirlo todo en un par de meses. Sin duda correría la voz de que ella estaba allí.

—Esas ciudades han cambiado mucho —fue todo lo que él dijo.

—No es que vaya a desestimar los canales normales —continuó ella—. Llamaré a todas las puertas que haga falta. La embajada, los archivos de entierros, el registro médico si existe algo parecido. De hecho, ya he escrito cartas. Pero así solo consigues que mareen la perdiz. Tienes que enfrentarte con ellos en persona. Tienes que estar allí. Estar allí. Acudir una y otra vez y ponerte pesado, y averiguar cuáles son sus puntos débiles y estar preparado para pasar un sobre debajo de la mesa si es preciso. No me hago ilusiones de que vaya a ser fácil.

»Por ejemplo, cuento con que haga un calor insoportable. Yakarta no parece encontrarse en un lugar muy paradisíaco que digamos. En todas partes hay pantanos y tierras calientes. No soy estúpida. Me pondré todas las inyecciones y tomaré todas las precauciones. Me llevaré mis vitaminas, y dado que Yakarta fue fundada por los holandeses, seguramente no escaseará la ginebra. Las Indias Orientales holandesas. No es una ciudad muy antigua, ¿sabes? Creo que se construyó hacia 1600. Espera, tengo toda clase de..., te lo enseñaré, tengo...

Dejó el vaso, que llevaba rato vacío, y se levantó con celeridad. Después de un par de pasos tropezó con la estera de sisal y se tambaleó hacia delante, pero se aferró al marco de la puerta a tiempo y no se cayó.

—Tengo que deshacerme de esta vieja estera —dijo, y entró con prisas en la casa.

Él oyó el forcejeo con cajones atascados, seguido del ruido de un montón de papeles al caer al suelo, y durante todo ese rato ella siguió hablando con él, con ese tono tranquilizador y medio frenético que las personas desesperadas utilizan para que no dejen de prestarles atención. Él no entendió lo que ella decía, o no lo intentó. Aprovechó para tomarse una pastilla, algo en lo que había pensado en la última media hora. Era una pastilla pequeña y no hacía falta beber nada para tragarla —su vaso también estaba vacío—, probablemente habría podido metérsela en la boca sin que Sonje se diera cuenta. Pero una especie de timidez o superstición lo habían disuadido de intentarlo. No le molestaba la atención constante de Deborah hacia su estado físico, y sus hijos tenían que estar al corriente, por supuesto, pero parecía existir alguna clase de veto que le impedía revelárselo a sus coetáneos.

La pastilla llegó justo a tiempo. Una oleada de debilidad, un calor desagradable, una amenaza de desintegración lo recorrieron lentamente hasta estallar en gotas de sudor por las sienes. Durante unos minutos tuvo la sensación de que esa presencia hacía progresos, pero se resistió a ella mediante una respiración sosegada y controlada, y una recolocación natural de las extremidades. En ese momento Sonje apareció de nuevo con un fajo de papeles: mapas y hojas impresas que debía de haber fotocopiado de libros de la biblioteca. Algunos se le cayeron de las manos al sentarse y se desperdigaron sobre la estera de sisal.

—Verás, lo que se conoce como la vieja Batavia tiene un trazado muy geométrico. Muy

holandés. Hay un barrio en las afueras que se llama Weltevreden. Significa «autosatisfecho». ¿No sería gracioso que lo encontrara viviendo allí? Aquí está la vieja iglesia portuguesa, construida a finales de 1600. Es un país musulmán, por supuesto. Tienen la mezquita más grande de todo el Sudeste Asiático. El capitán Cook fondeó allí para reparar sus barcos y elogió sus astilleros, pero decía que las zanjas que había alrededor de los pantanos estaban infectas. Probablemente todavía lo estén. Cottar nunca pareció muy fuerte, pero se cuidaba más de lo que te imaginas. No vagaría por los pantanos infectados de malaria ni compraría bebidas a los vendedores callejeros. Bueno, si sigue allí ahora, espero que se haya adaptado por completo. No sé qué esperar. Tan pronto me lo imagino amoldado a las costumbres locales como agradablemente afincado y atendido por su menuda mujer morena. Comiendo fruta junto a una piscina. También podría estar por ahí pidiendo dinero para los pobres. A decir verdad, Kent recordaba algo. La noche de la fiesta en la playa, Cottar, envuelto en una toalla que era más que insuficiente, se acercó a él y le preguntó si sabía algo, como farmacéutico, sobre las enfermedades tropicales. Pero entonces no le había chocado. Cualquiera que viajara a donde él iba habría preguntado lo mismo.

—Estás pensando en la India —le dijo a Sonje.

Ya estaba estabilizado, la pastilla le había infundido cierta confianza en su funcionamiento interno, deteniendo lo que había sentido como un vaciado de médula ósea.

—¿Sabes una de las razones por la que creo que no está muerto? —preguntó Sonje—. No sueño con él. Sueño con la gente que ha muerto. Sueño todo el tiempo con mi suegra.

—Yo no sueño.

—Todos soñamos, solo que tú no te acuerdas.

Él meneó la cabeza.

Kath no estaba muerta. Vivía en Ontario. En el distrito de Haliburton, no muy lejos de Toronto. «¿Sabe tu madre que estoy aquí?», le había preguntado a Noelle. Y ella le había respondido: «Oh, creo que sí. Seguro». Pero nadie llamó a la puerta. Cuando Deborah le preguntó si quería hacer un rodeo, él respondió: «No nos desviemos de la ruta. No merece la pena».

Kath vivía sola junto a un pequeño lago. El hombre con el que había vivido durante mucho tiempo, y con quien había construido la casa, había muerto. Pero ella tenía amigos, dijo Noelle. Estaba bien.

Cuando Sonje mencionó el nombre de Kath al comienzo de la conversación, él tuvo la cálida y peligrosa sensación de que las dos mujeres seguían estando en contacto. Existía, por lo tanto, el riesgo de enterarse de algo que prefería no saber, pero también la esperanza de que Sonje informara a Kath de su buen aspecto (y era cierto, lo tenía, con el peso relativamente estable y el bronceado que había adquirido en el sudoeste) y de lo feliz que parecía su matrimonio. Noelle tal vez le había dicho algo similar, pero de algún modo la palabra de Sonje contaría más que las de Noelle. Esperaba que Sonje hablara una vez más sobre Kath.

Pero Sonje no volvió a tocar el tema. En lugar de ello todo giró en torno a Cottar, estupideces y Yakarta.

El alboroto de pronto estaba fuera, no en él sino al otro lado de la ventana, donde el viento que hasta entonces había agitado los arbustos, empezó a arremolinarse y a zarandearlos con fuerza. Y no eran la clase de arbustos cuyas ramas se mecen fácilmente. Las ramas eran ramas resistentes y las hojas pesaban lo suficiente para que el arbusto entero se sacudiera desde las raíces. La luz del sol se reflejaba en el verde oleaginoso. Porque el sol seguía brillando, con el viento no habían llegado nubes y no había indicios de lluvia.

—¿Otra copa? —le preguntó Sonje—. ¿Menos cargada de ginebra?

No. Después de la pastilla no podía.

Todo sucedía a gran velocidad. Excepto cuando todo iba exasperadamente despacio. Mientras viajaban en coche, él esperaba y esperaba a que Deborah llegara a la siguiente población. ¿Y entonces qué? Nada. Pero había un momento en que de pronto todo parecía tener algo que decir. Los arbustos zarandeados, la luz pálida. En un instante, de prisa y corriendo, cuando no era posible concentrarse. Justo cuando lo único que cabía hacer era recapitular, llegaba una visión fugaz, bobalicona, como desde una atracción de feria. De modo que te llevabas la idea equivocada, seguro que era la impresión equivocada, de que alguien que había muerto tal vez estaba vivo en Yakarta.

En cambio, cuando se sabía que una persona estaba viva, cuando era posible ir en coche hasta su misma puerta, entonces se dejaba pasar la oportunidad.

¿Qué era lo que no merecía la pena? ¿Verla como una desconocida con la que resulta increíble haber estado casado, o comprobar que ella nunca podrá ser una desconocida aunque inexplicablemente desapareciera?

—Huyeron —dijo él—. Los dos.

Sonje dejó que los papeles que tenía en el regazo cayeran al suelo y se reunieran con los demás.

—Cottar y Kath.

—Ocurre casi cada día. Casi cada día por esta época se levanta el viento a última hora de la tarde.

Mientras hablaba, las manchas redondas del tamaño de una moneda que tenía en el rostro reflejaban la luz, como un espejo de señales.

—Hace mucho que se marchó tu mujer. Es absurdo, pero para mí los jóvenes no cuentan. Como si desaparecieran de la faz de la tierra y no cambiara nada.

—Todo lo contrario —replicó Kent—. Es de nosotros de quien estás hablando. De nosotros.

A causa de la pastilla sus pensamientos se extienden, largos, vaporosos e iluminados como las estelas de los aviones. Se deja llevar por un pensamiento que gira en torno a estar allí y oír hablar a Sonje de Yakarta mientras el viento sopla sobre la arena de las dunas.

Un pensamiento que gira en torno a no tener que seguir adelante, no volver a casa.

Las niñas se quedan

Hace treinta años, una familia estaba pasando unas vacaciones en la costa este de la isla de Vancouver. Un padre y una madre jóvenes, sus dos hijas pequeñas y una pareja mayor, los padres del marido.

Qué tiempo tan magnífico. Cada mañana, cada mañana es así, la primera luz pura del sol atravesando las ramas altas, quemando la bruma sobre las tranquilas aguas del estrecho de Georgia. La marea baja, una vasta extensión de arena desierta aún empapada pero por la que se puede caminar sin dificultad, como el cemento justo antes de fraguar. La marea ya no se aleja tanto; cada mañana el pabellón de arena mengua un poco, pero sigue dando sensación de amplitud. Los cambios de la marea son un asunto de gran interés para el padre, no tanto para los demás.

A Pauline, la madre joven, más que la playa en sí le gusta el camino que va por detrás de los bungalows y sigue más o menos una milla hacia el norte, hasta llegar a la orilla del pequeño río que se encuentra con el mar.

De no ser por la marea, sería fácil olvidar que es el mar. Al otro lado del agua se ven las montañas del continente, las cordilleras que forman la pared occidental de Norteamérica. Las estribaciones y las cumbres que se perfilan a través de la bruma y se distinguen entre los árboles mientras Pauline va empujando el cochecito por el camino son también de interés para el abuelo. Y para su hijo Brian, el marido de Pauline. Los dos se entretienen a menudo tratando de discernir unas de otras. ¿Cuáles de esas siluetas son realmente montañas del continente, y cuáles las improbables cimas de las islas que emergen delante de la orilla? Es difícil aclararse con formaciones tan complicadas, y más cuando a veces las distancias se confunden a la luz cambiante del día.

Entre los bungalows y la playa, sin embargo, hay un mapa enmarcado detrás un vidrio. Puedes pararte a mirar el mapa, mirar lo que tienes delante, volver a mirar el mapa, hasta dilucidar las cosas. Es lo que hacen el abuelo y Brian todos los días, y normalmente se enfrascan en una discusión, aunque por lógica no debería haber tantas discrepancias con el mapa delante. Brian opta por ver inexactitudes en el mapa, pero su padre no está dispuesto a oír ni una crítica sobre nada relacionado con este lugar, que él eligió para las vacaciones. El mapa, igual que el alojamiento y el tiempo, es perfecto.

A la madre de Brian ni se le ocurre mirar el mapa. Dice que le aturulla la cabeza. Los hombres se ríen, dan por hecho que tiene la cabeza aturullada. Su marido cree que es porque es mujer. Brian cree que es porque es su madre. Siempre se preocupa por si alguien todavía tiene hambre, o sed, por si las niñas llevan las gorras para el sol y si les han puesto crema protectora. ¿Y qué es esa picadura tan rara en el brazo de Caitlin, que no parece de mosquito? Obliga a su marido a ponerse un gorro de tela de algodón y cree que Brian debería ponerse uno también; le recuerda qué mal se puso de pequeño por el sol aquel verano que fueron a Okanagan.

—Madre, corta ya —le dice Brian a veces.

Su tono es casi siempre afectuoso, pero puede que su padre salte diciéndole si le parecen maneras de hablarle a su madre a estas alturas.

—A ella no le molesta —dice Brian.

—¿Cómo lo sabes? —dice su padre.

—¡Ay, por el amor de Dios! —dice su madre.

Pauline se levanta de la cama sigilosamente en cuanto se despierta por las mañanas, desprendiéndose de los largos brazos y las piernas de Brian, que la busca medio dormido. La despiertan los murmullos que llegan del cuarto de las niñas, primero los balbuceos y luego el crujido de la cuna cuando Mara, que tiene dieciséis meses y poco a poco va dejando de ser un bebé, consigue ponerse de pie agarrándose a la baranda. Sigue con su simpático parloteo mientras Pauline la levanta en brazos —Caitlin, que

tiene casi cinco años, se mueve sin llegar a despertarse en la cama de al lado— y la lleva a la cocina para cambiarla, en el suelo. Luego Pauline sienta a la niña en la sillita de paseo con una galleta y un biberón de zumo de manzana, mientras va a ponerse el vestido de tirantes y las sandalias, va al baño y se peina, tratando de hacerlo todo rápido y en silencio. Salen y pasan por delante de otros bungalows hasta llegar al camino sin asfaltar y lleno de baches que a esa hora de la mañana aún está sumido en la sombra, como el suelo de un túnel bajo las copas de los abetos y los cedros.

El abuelo, que también es madrugador, las ve desde el porche de su bungalow, y Pauline lo ve a su vez, pero basta con un saludo desde lejos. Pauline y él no tienen nunca mucho que decirse (aunque a veces sienten cierta afinidad, en medio de alguna de las interminables payasadas de Brian, o cuando la abuela empieza a hacer demasiados aspavientos para disculparse por algo; comparten una especie de precaución para no mirarse, pues una mirada podría revelar una desolación que desacreditara a los demás).

Pauline procura robar momentos para estar sola durante las vacaciones; estar con Mara aún es prácticamente lo mismo que estar sola. Paseos por la mañana temprano, la hora antes de mediodía en que lava y tiende los pañales. Podría sacar otro rato por las tardes, mientras Mara duerme la siesta, pero Brian ha preparado un refugio en la playa, y cada día lleva el parquecito para que Mara pueda echar la siesta allí y Pauline no tenga que ausentarse. Dice que sus padres podrían ofenderse si la ven siempre tratando de escabullirse. Aun así está de acuerdo en que necesita un poco de tiempo para ensayar el papel de la obra que hará en septiembre, cuando vuelvan a Victoria.

Pauline no es actriz. Va a actuar en una producción de teatro amateur, pero ni siquiera es actriz aficionada. No se presentó a ninguna prueba para el papel, si bien casualmente había leído la obra. *Eurídice*, de Jean Anouilh. Aunque la verdad es que Pauline ha leído de todo.

Fue a una barbacoa, en junio, y conoció a un hombre que le preguntó si quería actuar en esta obra. Casi todos los de la barbacoa eran profesores, con sus mujeres o maridos; la barbacoa se hacía en casa del director del instituto donde Brian da clases. La profesora de francés era viuda y fue acompañada de su hijo, que estaba pasando el verano con ella y trabajando de recepcionista por las noches en un hotel del centro. La madre le contó a todo el mundo que su hijo había conseguido una plaza de profesor en una universidad de Washington, al oeste del estado, y que se marchaba en otoño.

El hijo se llamaba Jeffrey Toom.

—Toom, no Boom —dijo, como si estuviera harto de la broma. Madre e hijo tenían apellidos distintos, porque ella había enviudado dos veces y era hijo del primer marido. Sobre el puesto de profesor dijo—: No hay garantía de que vaya a durar, es un contrato para un año.

¿Y qué iba a enseñar?

—Arte dramático —dijo él con grandilocuencia, en tono de mofa.

También hablaba con desdén de su actual trabajo.

—Es un sitio bastante sórdido —dijo—. A lo mejor os suena, el invierno pasado mataron allí a una puta. También nos vienen los típicos perdedores para meterse una sobredosis o quitarse de en medio.

La gente no supo muy bien cómo interpretar su forma de hablar y se fue alejando. Menos Pauline.

—Estoy pensando en montar una obra de teatro —dijo—. ¿Te gustaría actuar? —Le preguntó si había oído hablar de una obra titulada *Eurídice*.

—¿La de Anouilh? —dijo Pauline.

A él le sorprendió, pero no hizo ningún intento por halagarla. Añadió enseguida que ni siquiera sabía si el proyecto saldría adelante.

—Solo me pareció interesante ver si se podía hacer algo diferente en la tierra de Noël

Coward.

Pauline no recordaba cuándo había estado en cartel una obra de Noël Coward en Victoria, aunque supuso que se habrían estrenado varias.

—Vimos *La duquesa de Malfi* el invierno pasado en la universidad —dijo Pauline—. Y el grupo de teatro experimental montó una obra de N. F. Simpson, pero esa no la vimos.

—Ya. Bueno —dijo él, sonrojándose. Pauline había creído que era mayor que ella, por lo menos de la edad de Brian (que tenía treinta, aunque la gente solía decir que no los aparentaba), pero cuando empezó a hablarle con aquel aire brusco y distante, evitando mirarla a los ojos, sospechó que era más joven de lo que quería aparentar. Viendo ahora cómo se sonrojaba, estuvo segura.

En realidad era un año más joven que ella. Veinticinco.

Pauline le dijo que no podía hacer de Eurídice, no sabía actuar, pero Brian se acercó a ver de qué hablaban e inmediatamente dijo que tenía que probarlo.

—Solo necesita una patadita en el culo —le dijo Brian a Jeffrey—. Es como una pequeña mula, cuesta hacerla arrancar. No, en serio, es demasiado modesta, no me canso de decírselo. Es muy inteligente. Mucho más que yo, dicho sea de paso.

Entonces Jeffrey miró a Pauline a los ojos, escrutándola con insolencia, y fue ella quien se sonrojó.

La había elegido inmediatamente para Eurídice por su aspecto. Pero no porque fuera una gran belleza.

—Nunca pondría a una chica demasiado guapa en ese papel —dijo Jeffrey—. No sé si la pondría en ningún papel. Me parece un exceso. Distrae.

Entonces, ¿a qué se refería con lo de su aspecto? Jeffrey dijo que al pelo, una melena larga, morena y abundante (no al estilo de la época), a su piel pálida («Que no te toque el sol este verano») y sobre todo a sus cejas.

—A mí nunca me han gustado —dijo Pauline, no del todo sinceramente. Sus cejas eran rectas, oscuras, exuberantes. Dominaban su cara. No estaban de moda, igual que su pelo. Pero si tan poco le gustaban, ¿no se las habría depilado?

Jeffrey no dio muestras de haberla oído.

—Te hacen la mirada penetrante, y eso es turbador —dijo—. Además tienes una mandíbula fuerte, te da un aire griego. Se apreciaría mejor en una película, porque podría haber primeros planos. La imagen tradicional de Eurídice sería una chica etérea. Yo no quiero nada etéreo.

Mientras paseaba a Mara por el camino, Pauline memorizaba el papel. Había un monólogo al final que se le resistía. Sorteando los baches, iba repitiéndolo para sus adentros: «Eres terrible, ¿sabes? Eres terrible como los ángeles. Crees que todo el mundo va hacia delante, tan valiente y brillante como tú. Ay, no me mires, por favor, amor, no me mires... Quizá no soy como te gustaría que fuera, pero aquí me tienes, y soy cálida, soy buena, y te amo. Te daré toda la felicidad que pueda darte. No me mires. No mires. Déjame vivir».

Se había dejado algo. «Quizá no soy como te gustaría que fuera, pero me sientes a tu lado, ¿verdad? Y soy cálida, soy buena...».

Le había dicho a Jeffrey que la obra le parecía preciosa.

«¿De veras?», dijo él. Su comentario no le produjo satisfacción ni sorpresa; daba la impresión de que le pareciera predecible, superfluo. Él nunca habría descrito una obra en esos términos. Hablaba más bien como si se tratara de un obstáculo que había que salvar. Y también un desafío lanzado a varios enemigos. A los mocosos académicos, como él los llamaba, que habían hecho *La duquesa de Malfi*. Y a los ineptos sociales, como él los llamaba, del teatro experimental. Se veía a sí mismo como un forastero que arremetía contra esa gente con todo el peso de su cuerpo, que montaba su obra —así la llamaba, «mi obra»— para devolverles todos sus desprecios y rechazos. Al principio

Pauline pensó que serían imaginaciones suyas y que probablemente esa gente no supiera nada de él. Entonces sucedía algo que podía ser una coincidencia, pero también podía no serlo. Había que hacer reformas en el salón parroquial donde pensaban montar la obra, así que no consiguieron el local. Los afiches impresos de la función se dispararon de precio sin previo aviso. De repente Pauline se dio cuenta de que empezaba a ver las cosas a su manera. Si pasabas mucho tiempo cerca de Jeffrey, prácticamente no quedaba más remedio que ver las cosas a su manera: discutir con él era peligroso y agotador.

«Hijos de perra —decía Jeffrey entre dientes, pero con un punto de satisfacción—. No me sorprende».

Ensayaban en la planta alta de un viejo edificio de Fisgard Street. El domingo por la tarde era el único momento en que podían reunirse todos, aunque entre semana había ensayos parciales. El práctico retirado que hacía el papel de *monsieur* Henry podía asistir a todos los ensayos, y acabó teniendo una familiaridad irritante con los demás papeles. La peluquera, en cambio —que hasta entonces solo había participado en operetas de Gilbert y Sullivan y de pronto se veía en la piel de la madre de Eurídice—, no podía ausentarse mucho rato del salón de belleza ningún otro día. El conductor de autobús que interpretaba a su amante también trabajaba a diario, igual que el camarero que hacía de Orfeo (era el único que esperaba convertirse en un actor de verdad). Pauline tenía que contar con niñeras jóvenes con las que a veces no se podía contar —las seis primeras semanas Brian estaba ocupado con las clases de la escuela de verano—, y el propio Jeffrey empezaba a trabajar a las ocho de la tarde en el hotel. Pero los domingos por la tarde estaban todos allí. Mientras otra gente se bañaba en el lago Thetis, o iba en masa al parque de Beacon Hill a pasear bajo los árboles y dar de comer a los patos, o salía en coche lejos de la ciudad hasta las playas del Pacífico, Jeffrey y su elenco trabajaban incansablemente en la sala polvorienta de techos altos de Fisgard Street. Las ventanas terminaban en arco, como las de una iglesia austera y digna, y para combatir el calor las dejaban abiertas de par en par trabándolas con cualquier objeto que encontraran por allí: libros de contabilidad de los años veinte procedentes de la sombrerería que antaño había en la planta baja, o estacas de madera sobrantes de los marcos hechos por el propio pintor de los lienzos que ahora se apilaban contra una pared, aparentemente abandonados. Los cristales estaban sucios, pero fuera la luz del sol rebotaba en las aceras, en la gravilla de los aparcamientos desiertos, en los bajos edificios estucados, con una luminosidad que parecía especial de los domingos. Apenas pasaba nadie por estas calles del centro. No había nada abierto, salvo alguna pequeña cafetería o algún quiosco con los vidrios llenos de cagadas de mosca.

Pauline salía en el descanso a buscar refrescos y café para todos. Era la que menos tenía que decir sobre la obra y sobre cómo estaba progresando —aunque era la única que la había leído previamente— porque nunca había actuado, así que parecía lógico que ella se ofreciera. Disfrutaba del pequeño paseo por las calles solitarias, sentía que se transformaba en una persona urbana, alguien distante y solitario, que vivía al resplandor de un sueño importante. A veces pensaba en Brian, que estaría en casa arreglando el jardín y vigilando a las niñas. O quizá las hubiera llevado a Dallas Road —Pauline recordaba que se lo había prometido— a remar en bote por el estanque. Esa vida parecía harapienta y tediosa en comparación con la intensidad de la sala de ensayos: las horas de esfuerzo, la concentración, los agudos intercambios de palabras, el sudor y la tensión. Incluso a Pauline le agradaba el sabor amargo del café hirviendo, que casi todo el mundo tomaba en lugar de elegir una bebida fría más refrescante y tal vez más sana. Y le gustaba el aspecto de los establecimientos de la zona. No era como las calles bien cuidadas que había cerca del puerto, sino una calle de talleres de reparación de calzado y bicicletas, de tiendas que vendían telas, sábanas y

mantelerías, o ropa y muebles que llevaban tanto tiempo en el aparador que parecían de segunda mano aunque no lo fueran. Algunos escaparates estaban forrados por dentro con hojas de plástico dorado transparente, tan frágil y arrugado como el celofán viejo, para proteger las mercancías del sol. Todas estas iniciativas habían quedado en suspenso por ese día, pero se veían tan perennes como pinturas rupestres o reliquias enterradas en la arena.

Cuando Pauline dijo que tenía que marcharse dos semanas de vacaciones, Jeffrey se quedó atónito. Parecía que jamás se le había ocurrido que en su vida pudiera haber algo así como unas vacaciones. Reaccionó con un sarcasmo amargo, como si fuera un golpe más que tendría que haber previsto. Pauline le comentó que solo faltaría un domingo —el de en medio de las dos semanas—, porque Brian y ella se irían en coche a la isla un lunes y volverían un domingo por la mañana. Prometió llegar a tiempo para el ensayo. Ahora se preguntaba cómo iba a hacerlo; recoger y ponerse en marcha siempre llevaba más tiempo del que se preveía. Quizá podría volver ella sola, en el autobús de la mañana, pero probablemente era pedir demasiado. No lo mencionó.

Tampoco se atrevió a preguntarle a Jeffrey si se ponía así solo por la obra, si su ausencia en un ensayo bastaba para provocar aquella nube de tormenta. Probablemente en ese momento sí. Cuando se dirigía a ella en los ensayos nada insinuaba que le hablara nunca de otra manera. La única diferencia en su trato era que quizá esperaba menos de ella, de su interpretación, que de los demás. Y eso cualquiera lo entendería. Ella era la única a la que había elegido solamente por su aspecto. Los demás se presentaron a la audición que Jeffrey había anunciado con carteles en varios cafés y librerías de la ciudad. A ella parecía pedirle una rigidez y una torpeza que no quería en los demás. Quizá porque, en la última parte de la obra, Pauline encarnaba a una persona que ya estaba muerta.

Aun así ella pensaba que todos sabían, que el resto de la compañía sabía, lo que estaba ocurriendo, a pesar de la actitud distante, brusca y no demasiado cortés de Jeffrey. Sabían que después de que todos se marcharan desordenadamente a casa, Jeffrey cruzaba la sala y echaba el cerrojo de la puerta. (Al principio Pauline fingía que se marchaba con los demás, e incluso se montaba en el coche y daba la vuelta a la manzana, pero más adelante ese truco acabó por parecerle insultante, no solo para ella y Jeffrey, sino también para los demás, que sabía que no la traicionarían, unidos como estaban por el hechizo pasajero pero poderoso de la obra).

Jeffrey cruzaba la sala y echaba el cerrojo. Cada vez era como si tomara una nueva decisión. Hasta que lo hacía, ella no lo miraba. El chasquido del cerrojo, el sonido ominoso o fatídico del metal al chocar contra el metal, le daba a Pauline una descarga localizada de claudicación. Pero no hacía ningún movimiento, esperaba a que Jeffrey se acercara mientras los estragos de la tarde se disipaban de su cara, llevándose la expresión desilusionada y hosca de costumbre, y daba paso a la vigorosa energía que Pauline siempre encontraba sorprendente.

—Bueno. Cuéntanos de qué va esa obra tuya —dijo el padre de Brian—. ¿Es una de esas en la que los actores se desnudan en el escenario?

—Vamos, no te metas con ella —dijo la madre de Brian.

Brian y Pauline habían acostado a las niñas y habían ido a tomar una copa al bungalow de los padres. El sol se estaba poniendo a sus espaldas, por detrás de los bosques de la isla de Vancouver, pero las montañas que se veían enfrente, nítidamente perfiladas contra el cielo, reflejaban la luz rosada del crepúsculo. Algunas cumbres altas tierra adentro estaban coronadas con la nieve rosada del verano.

—Nadie se quita la ropa, papá —dijo Brian con la voz retumbante que ponía en el aula—. ¿Sabes por qué? Porque no llevan. Es la última moda. Después montarán un *Hamlet* al desnudo. Y *Romeo y Julieta* al desnudo. Chico, la escena del balcón en que Romeo sube por el enrejado y se queda enganchado en los rosales...

—¡Vamos, Brian! —dijo su madre.

—La historia de Orfeo y Eurídice es que Eurídice muere —dijo Pauline—. Y Orfeo desciende al inframundo para rescatarla. Su deseo le es concedido, pero a condición de que prometa no mirarla. De que no se vuelva para mirarla. Ella va andando detrás de él...

—Doce pasos —dice Brian—. Como corresponde.

—Es un mito griego, pero ambientado en tiempos modernos —dijo Pauline—. Por lo menos esta versión. Más o menos modernos. Orfeo es un músico que viaja con su padre, los dos son músicos, y Eurídice es actriz. Transcurre en Francia.

—¿Es una obra traducida? —preguntó el padre de Brian.

—No —dijo Brian—. Pero no te preocupes, no está en francés. La escribieron en transilvano.

—Es tan difícil sacar algo en claro —dijo la madre de Brian con una risa preocupada—. Tan difícil, cuando Brian está cerca.

—Es en inglés —dijo Pauline.

—Y tú eres... ¿cómo se llama?

—Yo soy Eurídice —dijo ella.

—¿Y consigues rescatarte?

—No —dijo—. Se vuelve para mirarme, así que debo seguir muerta.

—Vaya, un final triste —dijo la madre de Brian.

—¿Tan guapa eres que no puede evitar mirar atrás? —dijo el padre de Brian con escepticismo.

—No es eso —dijo Pauline. Pero en ese momento sintió que su suegro había conseguido lo que se proponía, que era lo que casi siempre trataba de hacer en cualquier conversación con ella. Y que consistía en ir socavando alguna explicación que él mismo le había pedido, y que ella le había dado sin especial entusiasmo pero con paciencia, para acabar echándola por tierra de un golpe aparentemente casual. Durante mucho tiempo Pauline se había sentido amenazada por su actitud, pero esta noche no le parecía particularmente peligroso.

Aunque eso Brian no lo sabía, seguía intentando ver cómo acudir al rescate.

—Pauline es preciosa —dijo Brian.

—Desde luego que lo es —dijo su madre.

—Si fuera a la peluquería, quizá —dijo su padre. Pero la larga melena de Pauline era una objeción de su suegro tan trillada que ya pertenecía al repertorio de bromas de la familia. Incluso Pauline se reía.

—No me lo puedo permitir hasta que arreglemos el techo de la galería —dijo.

Y Brian soltó una risotada, aliviado al ver que podía tomarse todo aquello a broma. Era lo que siempre le había recomendado. «Tú díselo aún más gorda —decía—. Es la única manera de tratar con él».

—Ya, bueno, si os buscarais una casa decente —dijo el suegro.

Pero ese era otro ataque que, como el pelo de Pauline, ya nadie se molestaba en rebatir. Brian y Pauline se habían comprado una casa señorial en mal estado en una calle de Victoria donde las antiguas mansiones estaban dando paso a bloques de pisos contruidos sin pies ni cabeza. La casa, la calle, los viejos robles blancos descuidados, el hecho de que no hubieran reventado el suelo para hacer un sótano, eran cosas que horrorizaban al padre de Brian. Brian solía darle la razón y lo llevaba un paso más allá. Si su padre señalaba el edificio de al lado, con la fachada atravesada por un zigzag negro de escaleras de incendios, y le preguntaba qué clase de vecinos vivían allí, Brian decía: «Gente muy pobre, papá. Drogadictos». Y cuando su padre quería saber qué sistema de calefacción tenían, le decía: «Caldera de carbón. Hoy en día casi no quedan, el carbón sale baratísimo. Eso sí, es sucio y suelta un tufo tremendo».

Así que ese comentario de buscarse una casa decente casi podía ser una especie de

gesto de paz por parte del padre. O podía tomarse como tal.

Brian era hijo único. Era profesor de matemáticas. Su padre era ingeniero civil y socio de una constructora. Si alguna vez había acariciado la idea de que su hijo fuera ingeniero y entrara en la empresa, nunca lo mencionó. Pauline le había preguntado a Brian si detrás de aquellas pullas sobre la casa, su pelo y los libros que ella leía, no se ocultaría una decepción mayor, esa otra frustración, pero Brian dijo: «No. En nuestra familia nos quejamos de lo que queremos quejarnos. Nosotros no nos andamos con sutilezas, señora mía».

Pauline seguía sospechándolo, cuando oía a la madre decir que los profesores deberían ser la gente más valorada del mundo, que no gozaban ni de la mitad de consideración que merecían y que no sabía cómo Brian se las arreglaba, día tras día. Su padre solía comentar: «Es cierto» o «Desde luego yo no lo haría, eso sí puedo decírtelo. Por mucho que me pagaran».

«No te preocupes, papá —diría Brian—. Tampoco te pagarían demasiado».

En su vida cotidiana Brian era una persona mucho más teatral que Jeffrey. Conquistaba sus clases con un alarde constante de bromas y payasadas, extendiendo al aula el papel que siempre había interpretado, creía Pauline, con su madre y su padre. Se hacía el tonto, contraatacaba a presuntas humillaciones, intercambiaba insultos. Era un matón, por una buena causa; un matón divertido, atolondrado e incorregible. «Desde luego tu chico ha dejado huella aquí —le había dicho el director del instituto a Pauline—. No solo ha sobrevivido, que ya es mucho. Ha dejado su huella».

Tu chico.

Brian llamaba cabezas huecas a sus alumnos. Hablaba en un tono fatalista pero afectuoso. Decía que su padre era el rey de los filisteos, un bárbaro de pura sangre. Y que su madre tenía buen corazón pero era un trapo viejo. Aun así, por más que despotricara de todos, no podía pasar mucho tiempo sin ellos. Se llevaba a sus alumnos de acampada. Y no concebía un verano sin estas vacaciones compartidas. Todos los años sufría pensando que Pauline no quisiera ir. O que, si accedía, luego lo pasara mal, que se ofendiera por algún comentario de su padre, se quejara por tener que estar mucho tiempo con su madre, se enojara porque no había manera de que hicieran algo por su cuenta. Que se hartara y decidiera quedarse todo el día en el bungalow, leyendo y fingiendo que se había quemado con el sol.

Todas esas cosas habían ocurrido, en vacaciones anteriores. Este año, sin embargo, se lo estaba tomando con más calma. Brian se daba cuenta y se lo agradecía.

—Sé que es un esfuerzo —decía—. Para mí es distinto. Son mis padres, y estoy acostumbrado a no tomarlos en serio.

Pauline venía de una familia que se tomaba las cosas tan en serio que sus padres acabaron divorciados. Su madre había muerto. Mantenía una relación distante, aunque cordial, con su padre y sus dos hermanas, mucho mayores que ella. Decía que no tenían nada en común. Sabía que Brian no era capaz de entender que eso fuera una razón de peso. Veía qué tranquilidad era para él que las cosas marcharan tan bien este año. Pauline llegó a pensar que Brian no podía romper esos planes por pereza o cobardía, pero ahora entendía que se trataba de algo mucho más positivo. Necesitaba que su mujer, sus padres y sus hijas estrecharan lazos, necesitaba implicar a Pauline en la relación con sus padres y sentir el reconocimiento de sus padres hacia ella, aunque el reconocimiento de su padre siempre sería con la boca pequeña y a regañadientes, y el de su madre demasiado profuso, demasiado complaciente, para significar gran cosa. Además quería que Pauline y las niñas se vincularan con su infancia, quería relacionar esas vacaciones con las vacaciones que él hacía de pequeño, el buen tiempo o el mal tiempo que les tocara, las averías o los tiempos récord de los viajes en coche, los sustos en un paseo en bote, las picaduras de abeja,

los maratones de partidas de Monopoly, con todas aquellas cosas que le pedía a su madre que no volviera a contar porque estaba harto de oírlas. Quería sacar fotografías del verano para ponerlas luego en el álbum de su madre, una continuación de todas las otras fotos por las que gruñía cuando alguien mencionaba.

El único momento en que podían hablar a solas era en la cama, por la noche, pero entonces sí hablaban. Más de lo que solían hacer en casa, cuando Brian estaba tan cansado que se quedaba dormido enseguida. Además, con sus bromas, no era fácil hablar con él a la luz del día. Pauline podía ver cómo alguna ocurrencia le iluminaba la mirada (los dos tenían unos rasgos parecidos: pelo oscuro, tez pálida y ojos grises, pero los ojos de ella eran más opacos y los de él claros, como agua cristalina sobre guijarros). Veía la risa asomándole a los labios, mientras la escuchaba tratando de cazar un juego de palabras o improvisar una rima, cualquier cosa que sirviera para llevar la conversación al absurdo. Todo su cuerpo alto y desgarrado, y tan delgaducho aún como el de un adolescente, se estremecía con el afán de buscar una salida cómica a cualquier cosa. Antes de casarse Pauline tenía una amiga que se llamaba Gracie, una chica de gesto taciturno, con ideas subversivas de los hombres. A Brian le pareció que era una de esas chicas a las que había que animar a toda costa, así que redobló sus esfuerzos con ella. Y Gracie le dijo a Pauline: «¿Cómo puedes aguantar el espectáculo continuo?».

«Ese no es el verdadero Brian —le había dicho Pauline—. Cuando estamos a solas es distinto». Al mirar atrás, sin embargo, se preguntaba si en realidad alguna vez fue así. ¿No lo había dicho simplemente para defender su elección, igual que haces cuando has decidido casarte?

Así que hablar a oscuras en parte era para no verle la cara. Y porque él sabía que ella no podía verle la cara.

De todos modos Brian, incluso con la ventana abierta a la oscuridad y la quietud desacostumbrada de la noche, bromeaba un poco. No podía evitar referirse a Jeffrey como *monsieur le directeur*, haciendo que la obra, o el hecho de que fuera francesa, quedara un poco en ridículo. O quizá dejaba en evidencia al propio Jeffrey, que se tomaba el proyecto tan a pecho.

A Pauline no le importaba, porque mencionar el nombre de Jeffrey era un placer y un alivio.

De hecho, apenas lo mencionaba; prefería dar vueltas alrededor de ese placer. Describía, en cambio, a todos los demás. La peluquera y el práctico retirado, el camarero, y el viejo que decía que en otros tiempos había actuado en la radio. Hacía de padre de Orfeo y le daba muchos problemas a Jeffrey, porque tenía sus propias ideas de cómo se debía actuar y se empeñaba en seguirlas.

Al empresario de mediana edad, *monsieur* Dulac, lo interpretaba un agente de viajes de veinticuatro años. Y a Matías, el antiguo amante de Eurídice que supuestamente era más o menos de su edad, lo interpretaba el encargado de una zapatería, casado y padre de familia.

Brian quiso saber por qué *monsieur le directeur* no había invertido esos dos papeles.

—Hace así las cosas —dijo Pauline—. Ve algo en nosotros que solo él percibe.

Por ejemplo, decía, el camarero era un Orfeo bastante torpe.

—Solo tiene diecinueve años, y es tan tímido que Jeffrey ha de estarle encima en todo momento. Le dice que no actúe como si estuviera cortejando a su abuela. Tiene que decirle lo que ha de hacer. «Abrázala un poco más, hazle una caricia aquí». No sé cómo saldrá todo, solo puedo confiar en Jeffrey, en que sabe lo que se hace.

—¿«Hazle una caricia aquí»? —dijo Brian—. Creo que voy a empezar a acudir a los ensayos a vigilar un poco.

Al repetir las palabras de Jeffrey, Pauline había sentido un estremecimiento en el útero o en la parte baja del estómago, una descarga que había ascendido de un modo

extraño hasta golpearle las cuerdas vocales. Tuvo que contener el temblor enronqueciendo la voz, como si pretendiera imitarlo (aunque Jeffrey nunca gruñía, ni despotricaba, ni se comportaba con ningún tipo de teatralidad).

—Pero tiene sentido que sea tan inocente —añadió precipitadamente—. Que no sea tan sensual. Que sea torpe.

Y empezó a hablar del Orfeo de la obra, no el camarero. Orfeo tiene un problema con el amor, o con la realidad. Orfeo no se conforma con nada que no sea la perfección. Quiere un amor que está fuera de la vida cotidiana. Quiere una Eurídice ideal.

—Eurídice es más realista. Ha mantenido relaciones con Matías y con *monsieur* Dulac. Ha sido testigo de la aventura de su madre con el amante. Sabe cómo es la gente. Pero ama a Orfeo. Y lo ama de una manera más sana que él a ella. Más sana porque no es tan ilusa. Lo ama como a una persona de carne y hueso.

—Ya, pero se ha acostado con esos otros tipos —dijo Brian.

—Bueno, con Dulac no tuvo más remedio, no pudo escaparse. No quería, pero probablemente al cabo de un tiempo lo disfrutó, porque a partir de cierto momento no pudo evitar disfrutarlo.

Así que Orfeo es culpable, dijo Pauline con rotundidad. Mira a Eurídice a propósito, para matarla y deshacerse de ella porque no es perfecta. Por culpa suya, ella debe morir una segunda vez.

Brian, boca arriba y con los ojos muy abiertos (Pauline lo supo por el tono de su voz), dijo:

—Pero ¿él no muere también?

—Sí. Porque quiere.

—Entonces, ¿al final están juntos?

—Sí. Igual que Romeo y Julieta. «Al fin Orfeo se reúne con Eurídice», dice *monsieur* Henri. Es la última frase de la obra. Ese es el final. —Pauline se puso de lado y apoyó la mejilla en el hombro de Brian; no con intención de empezar nada, sino para enfatizar lo que dijo a continuación—. Es una obra preciosa, por una parte, pero por otra es muy tonta. En realidad no tiene nada que ver con *Romeo y Julieta*, porque no se trata de mala suerte o de las circunstancias. Es una tragedia deliberada. Para que no tengan que seguir adelante y casarse y tener hijos y comprarse una casa vieja para arreglarla y...

—Y tener aventuras —dijo Brian—. Después de todo, son franceses. —Luego rectificó—: Y ser como mis padres.

Pauline se echó a reír.

—¿Tienen aventuras? Ya me imagino.

—Por supuesto —dijo Brian—. No, me refería a la vida que llevan. —Y añadió—: Lógicamente puedo entender que uno se mate para no ser igual que sus padres, solo que no creo que nadie lo hiciera.

—Todo el mundo tiene alternativas —dijo Pauline con aire soñador—. Tanto la madre de ella como el padre de él son despreciables en cierto modo, pero no hay razón para que Orfeo y Eurídice sean igual que ellos. No están corrompidos. Que ella se haya acostado con esos hombres no significa que esté corrompida. Entonces no estaba enamorada. Aún no conocía a Orfeo. Hay un parlamento en que él le dice que lo único que ha hecho es mirar por ella misma, y que es repugnante. Las mentiras que le ha contado. Los otros hombres. Nada más sabe mirar por ella. Y claro, *monsieur* Henry se lo pinta aún peor, le dice a Orfeo que algún día será tan malo como ella, irá caminando por la calle con Eurídice y se sentirá perseguido por un perro del que trata de deshacerse.

Para su sorpresa, Brian se rio.

—No —dijo Pauline—. Eso es una estupidez. No es inevitable. Ni muchísimo menos.

Siguieron especulando y discutiendo cómodamente, de una manera que no era

habitual en ellos, pero tampoco desconocida del todo. Ya lo habían hecho otras veces, en largos intervalos de su vida de casados, eso de pasarse la mitad de la noche hablando de Dios, o del miedo a la muerte, o de cómo había que educar a los hijos, o de si el dinero era importante. Al final reconocían que estaban demasiado cansados para decir algo coherente, se acomodaban con camaradería y se iban a dormir.

Por fin un día de lluvia. Brian y sus padres aprovecharían para ir a Campbell River a comprar provisiones, y ginebra, y de paso llevarían el coche del padre de Brian a un taller, para que revisaran una avería que había aparecido en el trayecto desde Nanaimo. Era una avería sin importancia, pero valía la pena solucionarla ahora que el coche era nuevo y aún estaba en garantía, así que el padre de Brian quería que se lo miraran cuanto antes. Brian iría con su coche, por si había que dejar el de su padre en el taller. Pauline dijo que tenía que quedarse en casa, para que Mara hiciera la siesta.

Convenció a Caitlin para que se echara también a descansar, dejando que se llevara la caja de música a la cama a condición de que sonara muy bajito. Luego Pauline desplegó el texto en la mesa de la cocina y repasó la escena en la que Orfeo dice que le parece intolerable, al fin y al cabo, vivir en dos pieles distintas, dos envolturas con sus respectivas sangres y oxígenos, condenados a la soledad, y Euridice le ruega que se calle.

«No hables. No pienses. Deja simplemente que tu mano vague a su antojo, que sea feliz por sí sola».

Tu mano es mi felicidad, dice Eurídice. Acéptalo. Acepta tu felicidad.

Naturalmente él dice que no puede.

Caitlin la llamaba de vez en cuando para preguntar qué hora era. Subió el volumen de la caja de música. Pauline fue corriendo y le susurró desde la puerta que lo bajara, para no despertar a Mara.

—Si vuelves a ponerla tan fuerte te la quito, ¿entendido?

Mara ya había empezado a moverse por la cuna, y Caitlin se pasó varios minutos hablando sola en voz baja con la intención de acabar de despertar a su hermana, mientras subía la música y luego rápidamente la bajaba. Enseguida empezaron los ruidos de Mara, que sacudía la baranda de la cuna al ponerse de pie, tiraba el biberón al suelo, y empezaba a llamarla con aquellos lamentos de pájaro que se harían cada vez más desolados hasta que consiguieran atraer a su madre.

—Yo no la he despertado —dijo Caitlin—. Se ha despertado sola. Ya no llueve. ¿Podemos ir a la playa?

Tenía razón. Ya no llovía. Pauline cambió a Mara, le dijo a Caitlin que fuera a buscar su bañador y el cubo para la arena. Ella se puso el bañador y unos pantalones cortos encima, por si el resto de la familia volvía a casa mientras estaban en la playa. («A papá no le gusta ver a esas mujeres que salen de casa en bañador sin nada encima —le había dicho su suegra—. Supongo que somos de otra época»). Pensó en llevarse el texto, pero al final lo dejó. Temía enfrascarse demasiado en la lectura y perder de vista a las niñas más de la cuenta.

Los pensamientos que le venían a la cabeza, de Jeffrey, no eran tanto pensamientos como alteraciones corporales. Podían asaltarla sentada en la playa (procurando instalarse a la media sombra de un arbusto para conservar su palidez, como Jeffrey había ordenado), o escurriendo los pañales, o visitando a los padres de Brian por la noche. En mitad de una partida de Monopoly, de Scrabble, de cartas. Ella seguía hablando, escuchando, trabajando, vigilando a las niñas, mientras un recuerdo de su vida secreta la perturbaba como una explosión radiante. Notaba un peso cálido por dentro, y una calma llenaba los huecos de su cuerpo. Pero esa sensación reconfortante pronto se desvanecía, y entonces Pauline se sentía como una avara que ha perdido su inesperado tesoro y sabe que un golpe de suerte así nunca volverá a repetirse. La nostalgia la atenazaba y le imponía la disciplina de contar los días. A veces incluso

dividía los días en fracciones para calcular más exactamente cuánto tiempo había pasado.

Pensó en ir a Campbell River, inventando algún pretexto, para buscar una cabina de teléfono y llamarlo. Los bungalows no tenían teléfono, solo había uno de uso público en el edificio principal del complejo, pero tampoco tenía el número del hotel donde trabajaba Jeffrey, y además no podría escaparse a Campbell River por la noche. Temía que si lo llamaba a casa durante el día contestara su madre, la profesora de francés. Jeffrey le había dicho que su madre prácticamente no salía de casa en verano. Una sola vez se había en *ferry* a pasar el día en Vancouver. Aquel día Jeffrey llamó a Pauline para pedirle que fuera. Brian estaba dando clases, y Caitlin tenía actividades extraescolares.

—No puedo —dijo Pauline—. Tengo a Mara.

—¿Quién? —dijo Jeffrey—. Ah. Perdona. —Y luego—: ¿No podrías traértela?

Pauline dijo que no.

—¿Por qué? ¿No podrías traerle algo para jugar?

No, dijo Pauline.

—No —dijo—. No podría.

Le parecía demasiado peligroso arrastrar a la niña a una expedición tan cargada de culpabilidad. A una casa donde quizá los productos de limpieza no estarían guardados en estantes altos, ni las píldoras, los jarabes para la tos, los cigarrillos, los botones en lugares seguros. Y aunque no se envenenara ni se asfixiara, Mara podría almacenar bombas de relojería: recuerdos de una casa extraña donde la ignoraron de un modo inusual, de una puerta cerrada tras la que se oían ruidos raros.

—Solo quería tenerte —dijo Jeffrey—. Solo quería tenerte en mi cama.

Ella solo pudo repetir débilmente:

—No.

Aquellas palabras seguían acudiendo a ella. «Quería tenerte en mi cama». La urgencia medio burlona de su voz, pero también cierta determinación, cierto sentido práctico, como si «en mi cama» significara algo más, como si la cama de la que hablaba adquiriera dimensiones más amplias, menos materiales.

¿Había cometido un gran error al decir que no? ¿Al recordar hasta qué punto estaba atada a eso que cualquiera llamaría su vida real?

La playa se encontraba prácticamente desierta; la gente se había hecho a la idea de que era un día de lluvia. La arena estaba demasiado empapada para que Caitlin pudiera construir un castillo o una red de canales, aunque de todos modos solo emprendía esa clase de proyectos con su padre, porque notaba que él, al contrario que Pauline, se entregaba sin reservas. Se quedó deambulando con aire desamparado cerca de la orilla. Seguramente echaba de menos la presencia de otros niños, los amigos anónimos instantáneos y los enemigos ocasionales que lanzaban piedras o pateaban en el agua, los gritos, los chapoteos y las carcajadas. Había un niño un poquito más mayor que ella metido hasta las rodillas en el agua, un poco más lejos, en apariencia solo. Si los dos se aliaban quizá funcionara, quizá recuperaran la sensación de estar en la playa. Pauline no sabía si Caitlin había empezado a corretear por el agua para que el niño la viera, ni si él la miraba con interés o desprecio.

Mara no necesitaba compañía, al menos por ahora. Caminaba a trompicones hasta el agua, sentía que le tocaba los pies y cambiaba de idea, se quedaba quieta y miraba alrededor hasta que veía a Pauline. «Paw, Paw», decía contenta. La llamaba «Paw», por Pauline, en lugar de «mamá» o «mami». Mirar alrededor la desequilibraba; se caía y se quedaba sentada mitad en la arena, mitad en el agua, daba un gritito de sorpresa que se convertía en un anuncio, y luego, mediante determinadas maniobras torpes que implicaban apoyar el peso del cuerpo en las manos, se ponía de pie, tambaleante y victoriosa. Había empezado a andar hacía medio año, pero caminar por la arena

seguía siendo un desafío. Ahora volvió hacia Pauline, balbuceando comentarios con aire despreocupado y razonable en su propio idioma.

—Arena —dijo Pauline, apelmazando un poco en la mano—. Mira, Mara. Arena.

Mara la corrigió, llamándola de otra manera, algo que sonó como «uap». El pañal abultado debajo de las braguitas de plástico y el peto de toalla le hacían un culo gordo, y eso, junto con sus mejillas y sus hombros rollizos y su cara de importancia cuando miraba de reojo, le daba un aire de matrona pícara.

Pauline oyó que alguien la llamaba. Era la segunda o tercera vez que gritaban su nombre, pero al tratarse de una voz desconocida no había prestado atención. Se levantó e hizo un gesto con la mano. Era la mujer que trabajaba en la pequeña tienda del complejo turístico. Estaba asomada a la terraza, llamándola.

—¿Señora Keating, señora Keating? Al teléfono, señora Keating.

Pauline alzó a Mara, se la encajó en la cadera y fue a por Caitlin. El niño y ella ya empezaban a hacerse caso; estaban recogiendo piedras y lanzándolas al agua. Al principio no oyó a Pauline, o fingió no oírla.

—Vamos a la tienda —gritó Pauline—. Caitlin. Vamos a la tienda.

Cuando se aseguró de que Caitlin la seguiría —la palabra «tienda» había surtido efecto, el recuerdo del pequeño quiosco del edificio principal donde vendían helados, caramelos, cigarrillos y refrescos—, echó a andar y subió el tramo de escalones de madera hasta la pasarela que iba por encima de la arena y las matas de salal. A mitad de camino se detuvo. «Mara, pesas una tonelada», dijo cambiándose a la niña de cadera. Caitlin venía detrás golpeando la baranda con un palo.

—¿Puedo tomar un helado de chocolate? ¿Mamá? ¿Puedo?

—Ya veremos.

—Por favor, ¿puedo tomar un helado?

—Espera.

El teléfono público estaba junto a un tablón de anuncios al fondo del salón principal, enfrente de la puerta del comedor. Con la lluvia, se había organizado una partida de bingo.

—Espero que no haya colgado —le dijo de lejos la mujer de la tienda, oculta tras el mostrador.

Pauline, con Mara todavía en brazos, levantó el auricular descolgado.

—¿Diga? —contestó sin aliento.

Esperaba que fuera Brian, avisándola de que se habían retrasado en Campbell River o preguntándole qué le había pedido que llevara de la farmacia. Era la única cosa (loción de calamina) que no había anotado.

—Pauline. Soy yo. —Era Jeffrey.

Mara se sacudía y empezaba a resbalarle de la cadera, ansiosa por bajar al suelo. Caitlin cruzó el salón y entró en la tienda, dejando un rastro de huellas de arena mojada.

—Un momento —dijo Pauline—. Espera un momento.

Dejó a Mara en el suelo y se apresuró a cerrar la puerta que daba a la escalera. No recordaba haberle dicho a Jeffrey el nombre del complejo donde se alojaban, aunque a grandes rasgos le había comentado dónde estaba. Oyó a la mujer de la tienda hablarle a Caitlin en un tono más seco del que emplearía con niños acompañados de sus padres. «¿Te has olvidado de enjuagarte los pies en el grifo?».

—Estoy aquí —dijo Jeffrey—. Las cosas no marchaban bien sin ti. Mejor dicho, no marchaban.

Mara se encaminó hacia el comedor, como si la voz de hombre que decía «Debajo de la ene...» fuese una invitación dirigida a ella.

—¿Aquí? ¿Dónde? —preguntó Pauline.

Leyó los carteles que había clavados con chinchetas en el tablón de anuncios al lado

del teléfono.

NO ESTÁ PERMITIDO QUE LOS MENORES DE 14 AÑOS VIAJEN EN BOTE O CANOA SIN LA COMPAÑÍA DE UN ADULTO.

CONCURSO DE PESCA.

FERIA DE REPOSTERÍA Y ARTESANÍAS, IGLESIA DE ST. BARTHOLOMEW.

LA VIDA ESTÁ EN SUS MANOS. QUIROMANCIA Y TAROT. ECONÓMICO Y FIABLE.

PREGUNTAR POR CLAIRE.

—En un motel. En Campbell River.

Pauline supo dónde estaba antes de abrir los ojos. Nada la sorprendió. Había dormido, pero no tan profundamente como para que el sueño borrara ningún detalle.

Había esperado a Brian en el aparcamiento del complejo de bungalows, con las niñas, y le había pedido las llaves. Le había dicho delante de sus padres que necesitaba una cosa y tenía que ir a Campbell River. Él le había preguntado qué le hacía falta, y si llevaba dinero. «Nada, una cosa», dijo ella, para que pensara que necesitaba tampones o anticonceptivos, algo que no quería mencionar. «Sí, claro».

«Bueno, pero tendrás que poner gasolina», dijo Brian.

Más tarde habló con él por teléfono. Jeffrey dijo que tenía que hacerlo.

—Porque a mí no hará caso. Pensará que te he secuestrado o algo así. No se lo creerá.

Pero lo más raro de todo ese día fue que Brian pareció creerlo inmediatamente. Hablaba desde el mismo teléfono donde ella había hablado un rato antes, en el vestíbulo del edificio principal. La partida de bingo ya había terminado, pero pasaba gente, Pauline alcanzaba a oírlo, gente que salía del comedor después de la cena.

—Ah. Ah, muy bien —dijo, con una voz que habría que dominar rápidamente, pero que parecía cargada de un fatalismo o una certeza previa para los que en ese momento no había ninguna necesidad.

Como si siempre hubiera sabido, siempre, lo que podía pasar con ella.

—Muy bien —dijo—. ¿Y qué hay del coche?

Luego dijo algo más, algo imposible, y colgó, y ella salió de la cabina telefónica que había al lado de los surtidores en la gasolinera de Campbell River.

—Qué rápido —dijo Jeffrey—. Ha sido más fácil de lo que esperabas.

—No sé —dijo Pauline.

—Puede que inconscientemente lo supiera. Eso pasa.

Ella negó con la cabeza para pedirle que no dijera nada más, y él se disculpó.

—Lo siento.

Caminaron por la calle sin tocarse y sin hablar.

Habían tenido que salir a buscar una cabina porque en la habitación del motel no había teléfono. Ahora que empezaba a amanecer y Pauline podía mirar a su alrededor sin prisas —el primer momento de verdadera calma o respiro que había tenido desde que entró en la habitación—, vio que allí no había prácticamente nada. Solo un tocador desvencijado, la cama sin cabecera, una butaca sin brazos tapizada y en la ventana una persiana con una tablilla rota y una cortina de plástico naranja que simulaba la tela de visillo y que no necesitaba costura, bastaba con un tijeretazo. También había un aparato de aire acondicionado ruidoso; Jeffrey lo había apagado por la noche y había dejado la puerta abierta con la cadena, porque la ventana estaba sellada. Ahora la puerta estaba cerrada. Jeffrey debía de haberse levantado durante la noche a cerrarla. Era todo lo que tenía. Su conexión con el bungalow donde Brian estaría dormido o no dormido se había roto, igual que su conexión con la casa que había sido una expresión de su vida con Brian, de cómo querían vivir. Ya no tenía muebles. Se había desprendido de todos los objetos voluminosos y sólidos adquiridos durante años, la lavadora, la secadora, la mesa de roble, el armario restaurado y la araña de luces, réplica de una que aparecía en un lienzo de Vermeer. Y también de sus pertenencias

personales, los vasos de vidrio prensado que coleccionaba y la alfombra de oración, que no era auténtica pero sí muy bonita. Especialmente de esas cosas. Puede que incluso hubiera perdido sus libros. Incluso su ropa. La falda, la blusa y las sandalias que se había puesto para ir a Campbell River quizá fueran sus únicas posesiones. Nunca volvería para reclamar nada. Si Brian se podía en contacto con ella para preguntarle qué había que hacer con esas cosas, ella le diría que hiciera lo que quisiera, que podía meterlo todo en bolsas de basura y llevarlo al vertedero. (En realidad sabía que probablemente prepararía un baúl, como de hecho hizo, donde le mandaría escrupulosamente no solo el abrigo y las botas de invierno, sino cosas como el corsé que se puso el día de la boda y nunca más había usado o la alfombra de oración cubriéndolo todo, en una última declaración de su generosidad, ya fuera espontánea o calculada).

Pauline pensaba que nunca volvería a importarle vivir en un sitio o en otro, ni la ropa que se pondría. Ya no recurriría a esa clase de pistas para ayudar a nadie a hacerse una idea de quién era ni cómo era. Ni siquiera a sí misma. Lo que había hecho bastaría, lo sería todo.

Lo que iba a hacer era algo de lo que había oído hablar y había leído. Era lo que había hecho Anna Karenina y lo que *madame* Bovary había querido hacer. Era lo que un profesor compañero de Brian había hecho, con la secretaria de la escuela. Se había fugado con ella. Así se llamaba. Fugarse con alguien. Largarse con alguien. Algo de lo que se hablaba con desprecio, con sarcasmo, con envidia. Era el adulterio llevado un paso más allá. La gente que lo hacía normalmente ya tenía una aventura, cometía adulterio durante un tiempo antes de caer en la desesperación o de reunir el valor para dar ese paso. Muy de vez en cuando una pareja diría que su amor no se había consumado y era técnicamente puro, pero a ojos de los demás no solo parecerían muy formales e íntegros, en caso de que los creyeran, sino también muy insensatos, casi en la línea de aquellos que se la jugaban y renunciaban a todo para irse a trabajar a un país pobre y peligroso.

A los otros, a los adúlteros, se los veía irresponsables, inmaduros, egoístas, o incluso crueles. También afortunados. Eran afortunados porque los encuentros sexuales que habían mantenido en coches aparcados o entre las hierbas altas, o incluso ensuciando sus propias camas de matrimonio, aunque más probablemente en habitaciones de moteles como este, debían de haber sido sensacionales. De lo contrario nunca habrían ansiado tanto la compañía del otro a cualquier precio, ni habrían tenido tanta fe en que el futuro que les aguardaba sería en conjunto mejor, y sobre todo distinto, de lo que habían vivido en el pasado.

Sobre todo distinto. Eso era lo que Pauline debía creer ahora, que en realidad existía una diferencia sustancial en las vidas o los matrimonios o las uniones de la gente. Que en algunas había una inevitabilidad, una predestinación, que no existía en otras. Ella misma habría dicho lo mismo un año antes. La gente decía esas cosas, parecía creerlas, y creer que ellos pertenecían a la primera clase, que eran especiales, aun cuando cualquiera podía ver que no y que esa gente no sabía de lo que hablaba. Pauline no habría sabido decir de qué estaba hablando.

Hacía demasiado calor en la habitación. El cuerpo de Jeffrey estaba demasiado caliente. Parecía irradiar convicción y beligerancia incluso mientras dormía. Su torso era más corpulento que el de Brian; tenía la cintura más rechoncha. Más carne sobre los huesos, aunque no tan flácida al tacto. En conjunto no era tan atractivo; estaba segura de que mucha gente diría eso. Ni tan pulcro. Brian en la cama no olía a nada. La piel de Jeffrey, cada vez que había estado con él, despedía un olor a tostado, como a aceite o frutos secos. Anoche no se lavó. Ella tampoco, a decir verdad. No hubo tiempo. ¿Llevaría por lo menos un cepillo de dientes? Ella no había traído. Aunque tampoco sabía que se iba a quedar.

Cuando se encontró aquí con Jeffrey, en el fondo seguía pensando qué mentira colosal inventaría al volver a casa. Y tuvo —tuvieron— que apresurarse. Cuando Jeffrey le dijo que había decidido que debían seguir juntos, que ella iría con él a Washington, que tendrían que dejar la obra porque las cosas serían demasiado difíciles para ellos en Victoria, Pauline lo miró con la misma perplejidad con que mirarías a alguien en el momento en que empieza un terremoto. Se disponía a decirle todas las razones por las que eso no podía ser, aún pensaba que iba a decírselo, pero en ese momento su vida quedó a la deriva. Volver sería como ponerse una venda en los ojos.

—¿Estás seguro? —fue lo único que dijo.

—Seguro —dijo él. Y añadió con voz sincera—: Nunca te dejaré.

Le sorprendió que Jeffrey hablara así, hasta que se dio cuenta de que estaba citando —quizá irónicamente— una frase de la obra. Son las palabras de Orfeo a Eurídice momentos después de su primer encuentro en el café de la estación.

Así que su vida se precipitaba hacia delante; iba a convertirse en una de esas personas que se fugan. Una mujer que, impensable e incomprensiblemente, renunciaba a todo. Por amor, dirían observadores mordaces. Dando a entender que por el sexo. Nada de esto habría sucedido si no fuera por el sexo.

Y aun así, ¿qué diferencias sustanciales puede haber? No es un procedimiento con muchas variaciones, a pesar de lo que se diga. Pieles, movimientos, contacto, resultados. Pauline no es una mujer de la que sea difícil obtener resultados. Brian los obtenía. Probablemente cualquiera que no fuese un perfecto inepto o un ser deleznable podría obtenerlos.

Aunque en realidad nada es lo mismo. Con Brian —especialmente con Brian, en quien ella ha puesto una especie de buena voluntad egoísta, con quien ha compartido la complicidad del matrimonio— nunca podrá haber este despojamiento, esta huida inevitable, los sentimientos que no hay que forzar sino simplemente abandonarse a ellos, como al acto de respirar o morir. Pauline cree que eso solo puede ocurrir cuando la piel es la de Jeffrey, cuando los movimientos son los de Jeffrey, y el peso que la aplasta tiene el corazón de Jeffrey dentro, junto con sus costumbres y sus ideas, sus peculiaridades, su ambición y su soledad (cosas que, por lo que ella sabe, están sobre todo relacionadas con su juventud).

Por lo que ella sabe. Hay mucho que no sabe. Apenas sabe qué le gusta comer, o qué música le gusta escuchar, o qué papel tiene su madre en su vida (y que sin duda es tan misterioso e importante como el papel de los padres de Brian). De una cosa está segura: sean cuales sean sus preferencias o prohibiciones, serán categóricas.

Se desprende de la mano de Jeffrey y de la sábana que huele a lejía y se desliza hasta el suelo para envolverse rápidamente con la colcha harapienta de felpilla verdosa que ha quedado ahí tirada. No quiere que él abra los ojos y la vea de espaldas y se fije en sus nalgas caídas. La ha visto desnuda otras veces, pero generalmente en momentos menos crueles.

Se enjuaga la boca y se lava, usando una pastilla de jabón del tamaño de dos cuadraditos de chocolate, fina y dura como la piedra. Se nota escocida entre las piernas, inflamada y apestosa. Le cuesta orinar y se nota estreñida. Anoche salieron a buscar unas hamburguesas y no pudo probar bocado. Es de suponer que aprenderá a hacer todas estas cosas de nuevo, recuperarán la importancia natural que tienen en su vida. De momento es como si no pudiera dedicarles atención.

Tiene algo de dinero en el bolso. Ha de salir a comprar un cepillo de dientes, dentífrico, desodorante, champú. Y lubricante vaginal. Anoche usaron preservativo las dos primeras veces, pero la tercera nada.

No había traído reloj, y Jeffrey nunca lleva. Tampoco hay ningún reloj en la habitación, lógicamente. Cree que es temprano, parece la luz de primera hora de la mañana, a pesar del calor. Seguramente las tiendas no estarán abiertas, pero habrá algún lugar

donde conseguir café.

Jeffrey se ha dado la vuelta en la cama. Debe de haberlo despertado, solo un momento.

Tendrán un dormitorio. Una cocina, una dirección. Él irá a trabajar. Ella irá a la lavandería automática. A lo mejor también irá a trabajar. Despachando, sirviendo mesas, dando clases particulares. Sabe francés y latín. ¿Enseñan francés y latín en los institutos de Estados Unidos? ¿Puedes conseguir trabajo si no eres estadounidense? Jeffrey no lo es.

Deja la llave dentro. Tendrá que despertarlo cuando vuelva para poder entrar. No hay con qué ni dónde escribir una nota.

Es temprano. El motel está en la carretera de salida al norte del pueblo, al lado del puente. Todavía no hay tráfico. Camina arrastrando los pies bajo los álamos un buen trecho antes de que algún vehículo cruce el puente con estruendo, aunque hasta altas horas de la noche la cama se estremecía a menudo con la reverberación del tránsito.

Algo se acerca. Un camión. Pero no solo un camión: un hecho crudo y tremendo la asalta de pronto. Y no sale de la nada, ha estado esperando, acechándola cruelmente desde que se ha despertado, o incluso durante la noche.

Caitlin y Mara.

Anoche, por teléfono, después de hablar con aquella voz impasible y contenida, casi simpática —como si se enorgulleciera de no escandalizarse, de no oponerse ni suplicar—, Brian se quebró de pronto. Habló con rabia y desprecio, sin preocuparse de quién pudiera oírle.

—Muy bien, ¿y las niñas? —dijo.

Pauline sintió que el auricular le temblaba en la mano.

—Hablaremos de... —empezó a decir, pero él la cortó.

—Las niñas —dijo Brian, con esa misma voz trémula y vengativa, como si la golpeara con un tablón: una amenaza rotunda, formal, justificada—. Las niñas se quedan. Pauline, ¿me has oído?

—No —dijo Pauline—. Sí, te he oído, pero...

—Muy bien. Ya me has oído. Recuérdalo. Las niñas se quedan.

Era el único recurso que le quedaba. Hacerle ver lo que estaba haciendo, lo que estaba echando por la borda, y castigarla si seguía adelante. Nadie iba a culparlo. Podría haber un tira y afloja, podría haber negociación, y desde luego ella tendría que humillarse, pero la realidad era tan incontrovertible como una piedra redonda y fría en su garganta, como una bala de cañón. Y ahí se quedaría a menos que ella cambiara completamente de parecer. Las niñas se quedan.

Su coche —suyo y de Brian— todavía estaba en el aparcamiento del motel. Brian tendría que pedirle a su padre o a su madre que lo llevaran ese día para recogerlo. Pauline tenía las llaves en el bolso. Había otro juego de llaves, seguramente Brian las llevaría. Abrió la puerta del coche, tiró las llaves en el asiento, trabó el pestillo por dentro y la cerró.

Ahora ya no podía echarse atrás. No podía meterse en el coche y hacer el camino de vuelta y decir que había sido una locura. Si lo hacía, Brian la perdonaría, pero nunca podría superarlo, y ella tampoco. Aun así seguirían adelante, como hace otra gente.

Salió del aparcamiento y echó a andar por el arcén en dirección al pueblo.

El peso de Mara sobre su cadera, ayer. Las huellas de los pies de Caitlin en el suelo. Paw, Paw.

No necesita las llaves para volver con ellas, no necesita el coche. Puede parar a alguien en la carretera y pedir que la lleve. Ceder, ceder, volver con ellas a toda costa, ¿cómo no va a hacer eso?

Ponerse una venda en los ojos.

Una alternativa fluida, la alternativa de la fantasía, se derrama en el suelo e

inmediatamente se endurece; ha adoptado su forma irrevocable.

Es un dolor agudo. Se hará crónico. Crónico significa que será permanente, pero quizá no constante. También puede significar que no te mata. No te libras de él, pero no te mata. No lo sentirás a cada minuto, pero no pasarás muchos días sin él. Y aprenderás algunos trucos para aliviarlo o acallarlo, procurando no destruir lo que te llevó a padecerlo. Él no tiene la culpa. Todavía es un ingenuo, o un salvaje, que no sabe que en este mundo existe un dolor tan persistente. De todos modos fuiste tú quien las perdiste, te dirás. Los hijos crecen. A una madre en el fondo siempre la aguarda esa desolación un tanto ridícula. Olvidarán esta época, de una manera u otra te repudiarán. O seguirán cerca hasta que no sepas qué hacer con ellos, como le ha ocurrido a Brian. Y aun así, qué dolor. Seguir adelante y acostumbrarse, hasta que solo sea el pasado lo que haya de lamentar y no cualquier presente posible.

Sus hijas han crecido. No la odian. Por marcharse o por quedarse lejos. Tampoco la perdonan. Quizá no la hubieran perdonado de todos modos, pero habría sido por otra cosa.

Caitlin se acuerda vagamente del verano en la playa, Mara no recuerda nada. Un día Caitlin le menciona a Pauline «aquel sitio donde fueron la abuela y el abuelo».

—Aquel sitio donde estábamos cuando tú te fuiste —dice—. Aunque hasta más adelante no supimos que te habías ido con Orfeo.

—No era Orfeo —dice Pauline.

—¿No era Orfeo? Eso decía papá. Decía: «Y entonces vuestra madre se fugó con Orfeo».

—Estaría bromeando —dice Pauline.

—Siempre pensé que te fuiste con un tal Orfeo. Pues entonces era otro.

—Era alguien relacionado con la obra. Vivimos juntos un tiempo.

—Pero no hubo ningún Orfeo.

—No. Nunca lo hubo.

El sueño de mi madre

Durante la noche —o el tiempo que hubiera estado dormida— había caído una intensa nevada.

Mi madre miró desde un alto ventanal rematado en arco, de esos que se encuentran en una mansión o en un edificio público a la vieja usanza. Vio extensiones de césped y arbustos, setos, parterres de flores y árboles cubiertos por la nieve, acumulada en montículos y lomas que el viento no alisaba ni perturbaba. La blancura no le hirió los ojos como sucede a la luz del sol. Era la blancura de la nieve bajo un cielo despejado justo antes del amanecer. Todo estaba en calma; parecía el paisaje de *O Little Town of Bethlehem*, salvo que las estrellas se habían apagado.

Aun así, algo no encajaba. Había un error en esta escena. Todos los árboles, todos los arbustos y plantas, lucían el follaje del verano en pleno esplendor. La hierba, que asomaba en algunos lugares resguardados de la nieve, se veía fresca y verde. Un cambio de estación inexplicable, inesperado. Además, todo el mundo se había ido —aunque ella no acertaba a saber quién era «todo el mundo»— y mi madre estaba sola en la casa alta y espaciosa entre árboles y jardines dispuestos con cierta simetría. Pensó que no tardarían en hacerle saber qué había ocurrido. Sin embargo, no acudió nadie. No sonó el teléfono; la aldaba de la puerta del jardín no se levantó. No se oía ruido de tráfico, y ella ni siquiera sabía hacia dónde quedaba la calle, o la carretera, si es que estaba en medio del campo. Era preciso salir de la casa, donde se respiraba un aire denso y estancado.

Nada más salir se acordó. Se acordó de que había dejado a una criatura recién nacida allí fuera, en algún sitio, antes de la nevada. Bastante antes de la nevada. Este recuerdo, esta certeza, la asaltó de repente con espanto. Fue como si despertara de un sueño. Dentro del sueño despertaba de un sueño y comprendía su responsabilidad y su descuido. Había dejado al bebé fuera durante la noche y se había olvidado. Lo había abandonado a su suerte como a una muñeca que ya no quería. Y quizá no hubiera sido la noche antes, sino hacía una semana, o un mes. Puede que la criatura llevara toda la estación, o muchas estaciones, a la intemperie. Ella había estado ocupada en otros quehaceres. Tal vez incluso acababa de regresar de un viaje, olvidando qué la aguardaba a la vuelta.

Empezó a buscar bajo los setos y las plantas de hojas anchas. Presentía que encontraría a la criatura reseca. Muerta, reseca y cenicienta, con la cabeza como un cascarón de nuez, y en su carita callada no habría una expresión de sufrimiento, sino un desgarró, una pena antigua y paciente. No habría ningún reproche hacia ella, su madre, solo la mirada de paciencia y desamparo a la espera del rescate o el destino fatal.

El dolor que embargó a mi madre era el dolor de la criatura aguardándola sin saber que ella, su única esperanza, la había olvidado por completo. Era una criatura tan pequeña y tierna que ni siquiera pudo apartarse de la nieve. El dolor a duras penas la dejaba respirar. En su interior ya nunca habría espacio para otra cosa. No habría espacio más que para cargar con lo que había hecho.

Qué gran alivio, pues, encontrar a la criatura acostada en su cuna. Boca abajo, con la cabeza ladeada, la piel pálida y suave como los copos de nieve y el cabello anaranjado como el amanecer. Cabello pelirrojo igual que el de ella, en un bebé sano y salvo e inconfundiblemente suyo. La dicha de verse perdonada.

La nieve, los jardines frondosos y la casa extraña habían desaparecido. El único vestigio de blancura era el manto de la cuna. Una mantilla de fino hilo blanco, arrugada a mitad de la espalda de la criatura. Con el calor, el calor real del verano, la criatura no llevaba más que un pañal y un calzón de plástico para mantener la sábana seca. El calzón de plástico tenía un estampado de mariposas.

Mi madre, sin duda pensando todavía en la nevada y el frío que suele acompañar la

nieve, tiró de la manta para tapar la espalda desnuda y los hombros de la criatura, su cabecita pelirroja.

Es muy temprano por la mañana cuando esto sucede en el mundo real. El mundo de julio de 1945. A una hora en que cualquier otra mañana estaría pidiendo la primera toma del día, la criatura sigue durmiendo. La madre, aunque levantada y con los ojos abiertos, aún tiene la cabeza demasiado sumida en el sueño para extrañarse. Madre y criatura están agotadas por una larga batalla, e incluso de eso se ha olvidado la madre por el momento. Hay algunos circuitos cerrados; una calma implacable se ha instalado en su cerebro y el de la criatura. La madre —mi madre— no sabe interpretar la luz del día, que crece por momentos. No entiende que está saliendo el sol mientras ella permanece ahí de pie. Ningún recuerdo del día anterior, o de lo que ocurrió alrededor de medianoche, emerge para sobresaltarla. Cubre con la mantilla la cabeza de la criatura dormida, su perfil suave, plácido, mientras duerme. La madre vuelve con pasos silenciosos a su habitación, se deja caer en la cama y enseguida pierde de nuevo la conciencia.

La casa donde esto sucede no se parece en nada a la casa del sueño. Es una casa de madera blanca de una planta con buhardilla, sin ninguna holgura pero respetable, con un porche que se alarga hasta pocos pasos de la acera y una ventana en voladizo en el comedor, que da a un pequeño patio bordeado de setos. Está en una calle apartada de un pueblo que no se distingue, para un forastero, de tantos otros pueblos desperdigados cada diez o quince millas en la región rural próxima al lago Hurón, muy poblada en otros tiempos. Mi padre y sus hermanas crecieron en esta casa, y las hermanas y la madre aún vivían aquí cuando mi madre se mudó con ellas —y también yo, una criatura grande y briosa dentro de su vientre— después de que mi padre muriera en las semanas finales de la guerra en Europa.

Mi madre, Jill, está de pie junto a la mesa del comedor a última hora de la tarde resplandeciente. La casa se ha llenado de invitados después de las honras fúnebres en la iglesia. Toman té o café, arreglándoselas para sostener entre los dedos los canapés, o rodajas de bizcocho, pudín de plátano o frutos secos. Las tartaletas de crema o de uvas pasas, que se desmigán, supuestamente han de comerse con un tenedor de postre en uno de los platitos de porcelana que la suegra de Jill adornó de soltera con violetas pintadas a mano, para el ajuar. Jill lo come todo con los dedos. Han caído migas, ha caído una uva pasa, y le han pringado el terciopelo verde del vestido. Es un vestido demasiado caluroso para este tiempo, y no es un vestido de embarazada, sino una especie de túnica holgada que se mandó hacer para los recitales, las ocasiones en que toca el violín en público. El dobladillo le sube siguiendo la curva de la barriga, pero es la única ropa lo bastante buena y holgada que tiene para ponerse en las exequias de su marido.

¿A qué viene ese afán por comer? La gente no puede evitar fijarse. «Es que come por dos», dice Ailsa a un grupo de invitados, para que no se le adelanten en nada de lo que digan o dejen de decir sobre su cuñada.

Jill llevaba todo el día con náuseas hasta que de repente en la iglesia, mientras pensaba en lo mal que sonaba el órgano, se dio cuenta de que tenía un hambre de lobo. Desde los primeros acordes de *O Valiant Hearts* no dejó de pensar en una gran hamburguesa jugosa y chorreante de mayonesa derretida, y ahora trata de saber si con una masa de avellanas, uvas pasas y azúcar moreno, o un empalagoso dulce rebozado de coco, o un balsámico bocado de pudín de plátano, o una cucharada de tartaleta podrá calmar sus ansias. Nada servirá, por supuesto, pero ella sigue comiendo. Cuando el hambre real se calma, el hambre imaginaria sigue creciendo con una desazón próxima al pánico, que la hace meterse en la boca cosas que ya apenas puede saborear. No sería capaz de describir esa desazón salvo para decir que tiene algo que ver con pelambre y tirantez. El seto de agracejo al otro lado de la ventana,

espeso y lleno de púas a la luz del sol, el tacto del vestido de terciopelo que le ciñe las axilas sudorosas, los ramilletes de rizos —del mismo color que las pasas de las tartaletas— amontonados en la cabeza de su cuñada Ailsa, incluso las violetas pintadas que podrías rascar del platito con las uñas como si fueran costras, se le antojan a Jill cosas especialmente horribles y opresivas, aunque sabe que son bastante corrientes. Es como si encerraran un mensaje sobre su nueva e inesperada vida.

Inesperada ¿por qué? Hace tiempo que sabía que yo estaba en camino, y también sabía que George Kirkham podía morir en la guerra. Después de todo, estaba en las fuerzas aéreas. (Y a su alrededor esta tarde en casa de los Kirkham la gente comenta, aunque no con ella, su viuda, ni con sus hermanas, que era uno de esos chicos que sabías que acabaría muriendo así. Se referían a que era un muchacho guapo y despierto, el orgullo de la familia, y todas las esperanzas estaban puestas en él). Ella lo sabía, pero siguió con su vida como de costumbre, cargando el violín en el tranvía las mañanas oscuras de invierno para ir al conservatorio y practicar hora tras hora en un habitáculo desangelado donde cualquiera podía oírla desde fuera, pero estaba sola, acompañada por el ruido del radiador, la piel de las manos enrojecida al principio por el frío, luego cuarteada con el calor seco del edificio. Siguió viviendo en un cuarto alquilado con una ventana que no cerraba bien por la que en verano entraban las moscas y en invierno se colaba la nieve, y soñando —cuando no vomitaba— con salchichas, pasteles de carne y pedazos oscuros de chocolate. En el conservatorio la gente trataba su embarazo con discreción, como si fuera un tumor. Tardó mucho en notarse, de todos modos, como suele ocurrirles a las chicas robustas de pelvis ancha en un primer embarazo. Cuando yo ya daba volteretas en su vientre, ella siguió tocando en público. Majestuosamente ensanchada, con la larga melena pelirroja esparcida sobre los hombros, la cara redonda, las mejillas encendidas y una expresión concentrada y triste, tocó un solo en su recital más importante hasta la fecha. El *Concierto para violín* de Mendelssohn.

Prestaba alguna atención al mundo, sabía que la guerra se estaba acabando. Pensaba que George podría estar de vuelta poco después de que yo naciera. Sabía que entonces ya no podría seguir en su cuarto alquilado, habría de irse a vivir con él a otro sitio. Y sabía que yo estaría allí, pero pensaba en mi nacimiento como un suceso que marcaría el final de algo, más que un comienzo. Sería el final de las dolorosas patadas en el costado y del escozor en los genitales cuando se levanta y la sangre afluye de golpe, como si llevara ahí puesta una cataplasma ardiendo. Sus pezones dejarán de estar agrandados, oscuros y endurecidos, y no habrá de vendarse las piernas con las venas hinchadas antes de salir de la cama todas las mañanas. No tendrá que orinar cada media hora, y sus pies se encogerán y volverán a caber en sus zapatos de siempre. Cree que cuando venga al mundo no le dará tantos problemas.

Después de saber que George no volvería, se planteó que podría tenerme un tiempo en aquel mismo cuarto. Consiguió un libro sobre recién nacidos. Compró las cosas imprescindibles. En el edificio vivía una anciana que podría cuidarme mientras ella practicaba. Cobraría la pensión de viuda de guerra y al cabo de seis meses más se graduaría del conservatorio.

Entonces Ailsa vino en el tren a buscarla.

«No podíamos dejarte aquí sola —le dijo a Jill—. Todo el mundo se pregunta por qué no viniste con nosotras cuando George se fue a la guerra. Ya es hora de que vengas».

«Tengo una familia de chifladas —le había dicho George a Jill—. Iona es un manojo de nervios, Ailsa debería haber sido sargento mayor, y mi madre tiene demencia senil».

También dijo: «Ailsa salió inteligente, pero tuvo que dejar la escuela y ponerse a trabajar en la oficina de correos cuando mi padre murió. Yo salí guapo. Así que a la pobre Iona solo le quedaron la mala piel y los nervios de punta».

Jill conoció a las hermanas cuando fueron a Toronto a despedir a George antes de que

partiera. No habían estado para la boda, dos semanas antes. No hubo nadie aparte de George y Jill, el pastor y su mujer, y una vecina a la que llamaron porque faltaba un segundo testigo. También estaba yo, Jill ya me llevaba en su vientre, pero no fui la razón de que se celebrara la boda, y en ese momento nadie sabía de mi existencia. Después George insistió en que Jill y él se hicieran unas fotografías de boda con cara de póquer en una cabina automática. Estaba de un buen humor a toda prueba. «Para que se enteren», dijo mirando las fotografías. Jill se preguntó si estaría pensando en alguien concreto. ¿Ailsa? ¿O las chicas bonitas, las chicas alegres y pizpiretas que lo habían perseguido con cartas cargadas de sentimentalismo y tejiéndole calcetines de rombos? George se ponía los calcetines siempre que podía, llevaba los regalos en los bolsillos y leía las cartas en voz alta en los bares para burlarse.

Jill no había desayunado antes de la boda, y en mitad de la ceremonia se puso a pensar en tortitas y beicon.

Cuando vio a las dos hermanas le parecieron más normales de lo que había imaginado. Aunque George no mentía al decir que era el guapo de la familia. Tenía el pelo castaño sedoso y ondulado, la mirada centelleante y alegre, y unos rasgos envidiablemente bien perfilados. La única pega es que no era muy alto, lo justo para mirar a Jill a los ojos. Y para ser piloto de las fuerzas aéreas.

«No quieren a tipos altos para pilotos —decía él—. Ahí gano de calle a esos larguiruchos de mierda. Muchos galanes del cine son bajitos, se suben en una caja para las escenas de los besos».

(En el cine George podía ser escandaloso. A veces abucheaba las escenas en que había besos. Tampoco le interesaban mucho en la vida real. Pasemos a la acción, decía).

Las hermanas también eran bajitas. Llevaban el nombre de lugares de Escocia, donde sus padres habían ido de luna de miel antes de que la familia se arruinara. Ailsa era doce años mayor que George, e Iona nueve. Entre el gentío de la Union Station se las veía regordetas y aturdidas. Las dos llevaban sombreros y trajes nuevos, como si fueran ellas las que acababan de casarse. Y las dos estaban disgustadas porque Iona se había dejado los guantes buenos en el tren. Era verdad que Iona tenía mala piel, aunque en ese momento no parecía cortada y quizá la fase del acné ya hubiera pasado, el cutis se veía lleno de marcas y apagado bajo el colorete. El pelo le caía en mustios tirabuzones bajo el sombrero y tenía los ojos llorosos, ya fuera por los reproches de Ailsa o porque su hermano se iba a la guerra. Ailsa llevaba el pelo arreglado en manojos de rizos compactos de permanente, con el sombrero superpuesto encima. Tenía unos ojos claros y astutos enmarcados por la montura brillante de sus gafas, unas mejillas redondas y sonrosadas y un hoyuelo en la barbilla. Tanto ella como Iona lucían una bonita figura —pechos altos, cinturas estrechas y caderas acampanadas—, pero en el caso de Iona daba la impresión de hubiera elegido por error esa figura y tratara de ocultarla encogiendo los hombros y cruzando los brazos. Ailsa manejaba sus curvas con garbo pero sin provocación, como si estuviera hecha de una cerámica resistente. Y las dos tenían el mismo pelo castaño claro que George, pero sin su brillo. Por lo visto tampoco compartían su sentido del humor.

—Bueno, me marcho —dijo George—. Me voy a morir como un héroe en el campo de Passchendaele.

—Ay, no digas eso —gimió Iona—. No hables así.

Ailsa frunció su boca de frambuesa.

—Veo el cartel de objetos perdidos desde aquí —dijo—. Pero no sé si es solo para cosas que se pierden en la estación o también para las que encuentran en los trenes. Passchendaele fue en la Primera Guerra Mundial.

—¿Sí? ¿Estás segura? ¿Llego demasiado tarde? —dijo George, llevándose la mano al pecho.

Y pocos meses después acabó carbonizado en un vuelo de entrenamiento sobre el mar de Irlanda.

Ailsa no pierde la sonrisa en ningún momento. «Por supuesto que estoy orgullosa —dice—. Lo estoy, pero no soy la única que ha perdido a un ser querido. Mi hermano hizo lo que tenía que hacer». Hay a quien esa rotundidad le resulta un poco chocante. Pero otros dicen: «Pobre Ailsa». Tanto centrarse en George y tanto ahorrar para mandarlo a estudiar Derecho, y luego él la desobedeció y se alistó; se marchó y acabó muerto. No pudo esperar.

Sus hermanas sacrificaron sus estudios por él. Incluso sacrificaron enderezarse los dientes. Iona sí fue a la escuela de enfermería, pero a juzgar por los resultados más le habría valido arreglarse la boca. Ahora a ella y Ailsa solo les quedaba un héroe. Eso nadie lo pone en duda: un héroe. Los más jóvenes entre los presentes creen que tener un héroe en la familia es algo. Creen que la importancia de este momento permanecerá, que acompañará a Ailsa y Iona para siempre. El halo de *O Valiant Hearts* las envolverá para siempre. La gente más mayor, los que recuerdan la anterior guerra, saben que lo único que les quedará es un nombre en un cenotafio. Porque la pensión se la llevará la viuda, la chica que come a dos carrillos.

Ailsa está frenética, en parte, porque lleva dos noches seguidas sin dormir, limpiando. No es que la casa no estuviera decente, pero ella sintió la necesidad de lavar todos los platos, ollas y adornos, sacar brillo a los vidrios de los portarretratos, apartar el frigorífico y barrer detrás, restregar las escaleras del sótano y echar lejía en el bidón de la basura. Hubo que desmontar incluso la lámpara del techo, la que ilumina la mesa del comedor, y meter las piezas una por una en agua con jabón, aclararlas, frotarlas con un paño y volver a montarla. Y como Ailsa trabajaba en la oficina de correos no podía empezar hasta después de la cena. Ahora es la jefa de correos, podría haberse concedido un día libre, pero a Ailsa no se le ocurriría hacer algo así.

Por debajo del colorete tiene la cara acalorada de verdad, y se mueve con nerviosismo dentro del vestido de crespón azul marino con cuello de encaje. No puede parar quieta. Repone las bandejas de comida y las pasa alrededor, lamenta que el té haya podido enfriarse, se apresura a preparar más. Pendiente de que los invitados estén cómodos, interesándose por su reuma o dolencias menores, afrontando la tragedia con una sonrisa, sin dejar de repetir una y otra vez que la suya es una pérdida cotidiana, que no debe quejarse cuando hay tantos otros en el mismo barco, que George no habría querido que sus amigos se lamentaran sino que se sintieran agradecidos porque todos juntos habían puesto fin a la guerra. Habla con la misma voz aguda y enfática que la gente está acostumbrada a oír en la oficina de correos, el mismo tono alegre de reproche que deja en la gente la vaga impresión de haber dicho quizá algo inoportuno, igual que cuando en la oficina de correos les da a entender que su letra es un suplicio o que los paquetes que quieren enviar están envueltos de cualquier manera.

Ailsa es consciente de que su voz suena demasiado aguda, de que sonrío más de la cuenta y de que ha servido té a gente que ha dicho que no quería más.

—No sé qué me pasa. Estoy pasada de vueltas —dice en la cocina, mientras calienta la tetera.

Se lo está diciendo al doctor Shantz, el vecino de la casa que linda con la suya por el patio trasero.

—Pronto se habrá terminado —dice él—. ¿Quieres un sedante?

Su voz sufre un cambio de tono cuando la puerta del comedor se abre. La palabra «sedante» suena rotunda y profesional.

La voz de Ailsa cambia también, y en lugar de abatida suena valerosa.

—No, no gracias —dice—. Voy a ver si consigo seguir por mi propio pie.

Supuestamente Iona se ocupa de vigilar a su madre, ver que no derrama el té —algo que no suele ocurrirle tanto por torpeza como porque se olvida— y llevársela si

empieza a gimotear o a llorar. Pero lo cierto es que la señora Kirkham está impecable casi en todo momento, y se le da mejor hacer sentir cómoda a la gente que a Ailsa. Hay momentos en que durante un cuarto de hora comprende la situación, o eso parece, y habla con entereza y rotundidad de que siempre echará de menos a su hijo, aunque por suerte todavía tiene a sus hijas: Ailsa, tan dispuesta y solvente, un prodigio como de costumbre; e Iona, la bondad personificada. Incluso se acuerda de hablar de su nuera recién llegada, aunque se nota que está un poco fuera de lugar cuando menciona lo que la mayoría de las mujeres de su edad no mencionarían en una reunión de sociedad, con hombres escuchando. «Y a todos nos aguarda un consuelo», dice mirando a Jill, conmigo en su vientre.

Al ir de una habitación a la otra, o al pasar de un invitado a otro, lo olvida todo y empieza a mirar a su alrededor extrañada.

—¿Qué hacemos todos aquí? Cuánta gente, ¿qué celebramos? —Y al captar que se trata de algo relacionado con George, pregunta—: ¿Es la boda de George? —Además de no estar al día de las noticias, ha perdido buena parte de su suave discreción—. No será tu boda, ¿verdad? —le dice a Iona—. No, ya me parecía. Tú nunca has tenido novio, ¿a que no?

Su voz adquiere entonces un tono de «llamemos las cosas por su nombre» o «sálvese quien pueda». Cuando ve a Jill a lo lejos se echa a reír.

—¿Aquella es la novia? Oh, oh. Ahora se entiende todo.

Pero la verdad vuelve a imponerse tan repentinamente como desapareció.

—¿Hay novedades? —pregunta—. ¿Hay novedades de George?

Y entonces es cuando empieza el llanto que Ailsa estaba temiendo. Ya había avisado: «Quitadla de en medio si se pone a dar un espectáculo».

Iona no es capaz de hacerlo, nunca ha sido capaz de ejercer autoridad sobre nadie, pero la mujer del doctor Shantz agarra a la anciana del brazo.

—¿George ha muerto? —pregunta atemorizada la señora Kirkham.

—Sí, ha muerto —dice la señora Shantz—. Pero ya sabe que su mujer va a tener una criatura.

La señora Kirkham se inclina hacia ella en busca de apoyo, encogida, y pide en un hilo de voz: «¿Podría tomarme el té?».

A mi madre le parece ver una fotografía de mi padre allí donde posa la mirada. La última, la oficial, donde aparece de uniforme, descansa en un tapete bordado encima de la máquina de coser cerrada, en el saliente de la ventana del comedor. Iona pone flores alrededor, pero Ailsa las quitó. Dijo que lo hacían parecerse demasiado a un santo católico. Colgada en el hueco de la escalera hay una fotografía de George a los seis años, en la acera, con la rodilla metida en su carretilla, y en el cuarto donde Jill duerme hay una donde aparece al lado de su bicicleta, con el saco de *Free Press* que llevaba para repartir periódicos. En el cuarto de la señora Kirkham se ve a George actuando en la opereta que hizo en octavo, con una corona dorada de cartón calada en la cabeza. Como era incapaz de entonar una melodía no podía hacer un papel protagonista, pero por descontado lo eligieron para el mejor papel secundario, el del rey.

El retrato coloreado de estudio encima del aparador lo muestra a la edad de tres años, un chiquillo rubio desenfocado arrastrando un muñeco de trapo por una pierna. Ailsa pensó en descolgarlo, porque podía parecer demasiado sensiblero, pero al final prefirió dejarlo allí a que se viera un rectángulo descolorido en el papel de la pared. Y nadie hizo ningún comentario salvo la señora Shantz, que se detuvo delante y dijo lo mismo que otras veces, y no con sensiblería sino como un aire ligeramente divertido.

«Idéntico a Christopher Robin».

La gente estaba acostumbrada a no prestar mucha atención a lo que decía la señora Shantz.

En todas las fotografías George aparece sonriente y pletórico. Siempre le cae un mechón dorado sobre la frente, salvo cuando lleva la gorra del ejército o la corona, y ya de chiquillo parecía consciente de ser un chico travieso, avisado y encantador. De esos que nunca dejaban en paz a los demás, que siempre acababan haciéndolos reír. A veces ridiculizándose a sí mismo, pero por lo general a costa de la gente. Al mirarlo, Jill recuerda cómo bebía y sin embargo nunca parecía borracho, y cómo tiraba de la lengua a los otros para que en la borrachera confesaran sus temores, sus mentiras, su virginidad o sus dobles juegos, para luego burlarse de ellos o ponerles apodosos humillantes que sus víctimas fingían encajar de buen talante. Porque tenía legiones de admiradores y amigos, que quizá se pegaban a él por miedo, o a lo mejor simplemente porque, como todos decían, George era el alma de las reuniones. Allí donde iba era el centro de atención, irradiando siempre un aura de peligro y diversión.

¿Qué pintaba Jill con un amante así? Lo conoció con diecinueve años, nadie se había interesado por ella hasta entonces. No entendía qué fue lo que atrajo a George, y se daba cuenta de que nadie más lo entendía. Jill era un misterio para la mayoría de la gente de su edad, pero un misterio sin chispa. Una chica completamente entregada al estudio del violín, sin otras aficiones en la vida.

Eso no era del todo cierto. Jill se acurrucaba bajo sus colchas raídas e imaginaba a un amante. Aun así, nunca era un tipo ingenioso y bullanguero al estilo de George. Pensaba en alguien cálido y grandote como un oso, o en un músico diez años mayor que ella y ya legendario, con una potencia descomunal. Su concepto del amor era operístico, aunque esa no era la clase de música que más admiraba. George, en cambio, bromeaba mientras hacía el amor; caminaba pavoneándose por su cuarto cuando terminaba; soltaba ruidos groseros y pueriles. Sus asaltos rápidos y enérgicos le aportaban a Jill una pequeña parte del placer que ella obtenía de sus asaltos en solitario, pero tampoco estaba exactamente decepcionada.

Más bien estaba aturdida por la velocidad de los acontecimientos. Y confiando en ser feliz —agradecida y feliz— cuando su mente engranara con la realidad física y social. Las atenciones de George, y su matrimonio, eran una especie de prolongación luminosa de su vida. Habitaciones resplandecientes que parecían llenas de un esplendor desconcertante. Luego llegó la bomba o el huracán, el nada insólito golpe de la desgracia, y esa prolongación desapareció por completo. Voló en pedazos y se desvaneció, dejándola con el mismo espacio y posibilidades de antes. Había perdido algo, desde luego, pero no era tanto una realidad que hubiera llegado a apresar o entender como un trazado hipotético del futuro.

Bueno, basta ya de comer. Le duelen las piernas de tanto rato de pie. La señora Shantz se ha acercado a ella.

—¿Has tenido ocasión de conocer a alguno de los amigos que George tenía aquí? —le pregunta.

Se refiere a los jóvenes que forman un corro aparte junto a la puerta del vestíbulo. Un par de chicas bonitas, un muchacho que todavía lleva el uniforme de la marina y otros. Mirándolos, Jill se da perfecta cuenta de que nadie lo lamenta de verdad. Ailsa, quizá, pero ella tiene sus propias razones. Nadie lamenta realmente que George haya muerto. Ni siquiera la chica que lloraba en la iglesia y que parece que aún puede derramar alguna lágrima más. Ahora esa chica puede recordar que estuvo enamorada de George y que él estuvo enamorado de ella, a pesar de todo, sin temor a que él diga o haga algo para desmentirla. Y ninguno de ellos volverá a preguntarse, cuando la gente alrededor de George rompa en carcajadas, de quién se ríen o qué les está contando. Nadie tendrá que esforzarse por seguirle la corriente o procurar estar a buenas con él.

A Jill no se le ocurre pensar que si George siguiera vivo podría llegar a ser una persona distinta, porque tampoco cree que ella misma pueda dejar de ser quien es.

—No —contesta.

Habla con tan poco entusiasmo que la señora Shantz tiene que añadir algo.

—Ya sé. Es difícil conocer a gente nueva. Especialmente... Yo de ti iría a echarme un rato.

Jill casi creyó que iba a decir «iría a tomar un trago», pero aquí no se ofrecía nada aparte de té y café. De todos modos, Jill casi nunca bebe, aunque sí se da cuenta de cuando alguien ha bebido. Y le ha parecido que el aliento de la señora Shantz olía a alcohol.

—¿Por qué no vas? —dice la señora Shantz—. Estas cosas agotan. Yo se lo diré a Ailsa. Vamos, ve a descansar.

La señora Shantz es una mujer menuda de pelo canoso y fino, ojos brillantes, y una cara afilada llena de arrugas. Cada invierno pasa un mes sola en Florida. Tiene dinero. Vive detrás de los Kirkham en una casa apaisada de una planta que su marido y ella se construyeron, pintada de un blanco reluciente, con las esquinas redondeadas y tramos de adoquines de vidrio. El doctor Shantz es veinte o veinticinco años más joven que ella, un hombre fornido, lozano y de aspecto cordial, con la frente amplia y tersa y el pelo rubio y rizado. No tienen hijos. Se cree que ella sí los tiene, de un matrimonio anterior, pero no van a visitarla. De hecho se cuenta que el doctor Shantz era un amigo de la universidad de uno de los hijos; lo invitaron a casa y se enamoró de la madre del amigo, ella se enamoró del amigo de su hijo, hubo un divorcio, y ahora estaban casados, viviendo en un exilio lujoso rodeado de secretismo.

Jill olió a *whisky*, en efecto. La señora Shantz lleva siempre una petaca a las reuniones en que, como ella dice, no las tiene todas consigo. Beber no la hace tambalearse, ni que se le trabe la lengua, ni enzarzarse en peleas, ni arrojarse en los brazos de la gente. Quizá porque a fin de cuentas siempre va un poco borracha, pero nunca borracha de verdad. Está acostumbrada a que el alcohol entre en su cuerpo a un ritmo pausado, prudente, de manera que las neuronas no se le encharquen ni se sequen del todo. Únicamente la delata el olor (que mucha gente en este pueblo de seco atribuye a alguna medicina que precisa tomar, o incluso a un ungüento con el que tiene que darse friegas en el pecho). Eso, y tal vez cierta parsimonia al hablar, la sensación de que deja un espacio entre palabra y palabra. Desde luego dice cosas que una mujer que de por aquí nunca diría. Desvela intimidades. Cuenta que de vez en cuando la toman por la madre de su marido. Dice que la mayoría entran en barrena cuando ven que han metido la pata, se mueren de vergüenza, pero hay mujeres —una camarera, por ejemplo— que le lanzan miradas asesinas, como diciendo: ¿qué hace este hombre perdiendo el tiempo con este vejestorio?

Y la señora Shantz simplemente les dice: «Ya lo sé, no es justo. Pero la vida no es justa, así que vete acostumbrando».

Esta tarde no hay manera de que pueda tomar un trago tranquila. En la cocina, o incluso en la diminuta despensa de atrás, pueden entrar y salir las mujeres a cada momento, así que ha de ir arriba al cuarto de baño, y no puede hacerlo muy a menudo. Cuando sube a última hora de la tarde, poco después de que Jill haya desaparecido, encuentra la puerta del baño cerrada con pestillo. Piensa en colarse en uno de los dormitorios, y mientras trata de pensar cuál puede estar vacío y en cuál estará la chica, oye que Jill dice al otro lado de la puerta «Un momento», o algo parecido. Una frase corriente, pero con una voz constreñida y asustada.

La señora Shantz da un trago rápido en el pasillo, aprovechando la excusa de la emergencia.

—¿Jill, estás bien? ¿Me dejas entrar?

Jill está a gatas intentando limpiar el charco que ha dejado en el suelo del cuarto de baño. Sabe por los libros lo que es romper aguas —igual que sabe lo que son las contracciones, el desprendimiento del tapón mucoso, la dilatación, la placenta—, pero al sentir el fluido caliente se sorprende de todos modos. No le queda más remedio que

usar papel higiénico, porque Ailsa ha quitado las toallas normales para poner esos suaves paños bordados llamados toallas de tocador.

Se agarra al borde de la bañera para ponerse en pie. Descorre el pestillo de la puerta en el mismo instante en que el primer dolor la paraliza. No habrá punzadas leves, ni avisos, ni una primera fase de parto orquestada. Será una avalancha de dolor implacable y desgarrador de principio a fin.

—Tranquila —dice la señora Shantz, sosteniéndola como buenamente puede—. Solo dime cuál es tu habitación y te acostaremos.

Antes de llegar a la cama los dedos de Jill se clavan en el delgado brazo de la señora Shantz, dejándole marcas moradas y verdosas.

—Caramba, esto va rápido —dice la señora Shantz—. Viene con prisas y ganas de revolución, para ser un primer hijo. Voy a buscar a mi marido.

Así fue como vine al mundo, en esa misma casa y con diez días de antelación, si los cálculos de Jill eran fiables. Ailsa apenas tuvo tiempo de despedir a los invitados antes de que Jill lo inundara todo con sus gritos escépticos y los impúdicos bramidos que los sucedieron.

Aunque una parturienta diera a luz en casa, en aquella época lo habitual era trasladarla luego con el bebé al hospital. Pero ese verano había una epidemia de gripe veraniega en el pueblo y los casos más graves estaban ingresados en el hospital, así que el doctor Shantz decidió que Jill y yo estaríamos mejor en casa. Al fin y al cabo Iona había cursado una parte de los estudios de enfermería, y se podía tomar ahora sus dos semanas de vacaciones para cuidarnos.

A decir verdad, Jill no sabía lo que era vivir en familia. Se había criado en un orfanato. De los seis a los dieciséis años había dormido siempre en una residencia. Las luces se encendían y se apagaban a una hora concreta, la calefacción nunca funcionaba antes o después de cierta fecha. Una mesa larga protegida con un hule donde hacían las comidas y los deberes, una fábrica al otro lado de la calle. A George le gustó cómo sonaba todo aquello. Esas cosas hacían fuerte a una chica. Dueña de sí misma, dura y solitaria. De las que no están esperando ñoñerías románticas. En realidad, sin embargo, no era un lugar tan frío como George imaginaba, y las personas que lo gestionaban no carecían de generosidad. Llevaron a Jill y algunos otros niños a un concierto cuando tenía doce años, y allí decidió que deseaba aprender a tocar el violín. Antes ya se había entretenido un poco con el piano del orfanato. Alguien se tomó el interés suficiente para conseguirle un violín de segunda mano, muy mediocre, y unas pocas clases, que finalmente desembocaron en una beca del conservatorio. Se organizó un recital para patrocinadores y directores, una fiesta con las mejores galas, ponche de fruta, discursos y pasteles. A Jill le tocó dar también un pequeño discurso como muestra de gratitud, pero la verdad es que a ella nada de todo aquello la sorprendía demasiado. Creía que existía un vínculo natural que la habría unido inevitablemente al violín de todos modos, sin mediación de nadie.

En el orfanato tenía amigas, pero se pusieron pronto a trabajar en fábricas u oficinas y se olvidó de ellas. En el instituto de secundaria donde estudiaban los huérfanos, una profesora habló con ella. Durante la conversación aparecieron las palabras «normal» y «equilibrio». Al parecer la profesora pensaba que la música era una manera de escapar de algo o un sustituto de algo. De hermanas, hermanos, amigos, citas. Sugirió que a Jill le convenía diversificar sus intereses en lugar de concentrar toda su energía en una sola cosa. Que se relajara, jugara a vóleybol, participara en la orquesta del colegio, si de veras le gustaba la música.

Jill empezó a esquivar a esa profesora, desaparecía por las escaleras o daba la vuelta a la esquina para no toparse con ella. Igual que dejó de leer cualquier página en la que detectara la palabra «equilibrio» y «popularidad».

En el conservatorio fue más fácil. Allí conoció a gente tan poco equilibrada y tan

obstinada como ella. Entabló unas pocas amistades, bastante distantes y competitivas. Una de sus amigas tenía un hermano mayor que estaba en las fuerzas aéreas, y ese hermano resultó ser una de las víctimas y adoradores de George Kirkham. Los dos se presentaron en casa un domingo a la hora de la cena, a la que Jill estaba invitada. Iban de camino a otro sitio para emborracharse. Y así fue como George conoció a Jill. Mi padre conoció a mi madre.

Era preciso que hubiera alguien en casa a todas horas, para vigilar a la señora Kirkham. Así que Iona trabajaba en el turno de noche en la panadería. Decoraba pasteles —incluso las tartas de boda más elaboradas— y ponía la primera tanda de hogazas de pan en el horno, a las cinco de la madrugada. Sus manos, que temblaban tanto que no podía servirle a nadie una taza de té, demostraban ser fuertes, hábiles y pacientes, incluso inspiradas, en cualquier tarea solitaria.

Una mañana después de que Ailsa se marchara a trabajar —esto ocurrió durante el poco tiempo que mi madre pasó en la casa antes de que yo naciera—, Jill oyó que Iona la avisaba con unos siseos desde el dormitorio. Como si se tratara de un secreto. Pero ¿a quién pretendía ocultarle un secreto en ese momento? A la señora Kirkham no podía ser.

Iona tuvo que forcejear para abrir un cajón de su cómoda. «Maldición —dijo con una risita nerviosa—. Maldita sea. Ya está».

El cajón estaba lleno de ropa de bebé. No camisitas y peleles como los que Jill había comprado en una tienda de Toronto donde había prendas con taras o de saldo, sino gorritos y rebecas de perlé, patucos y calzones, vestiditos hechos a mano. Toda la gama de colores pastel en todas las combinaciones posibles, sin los prejuicios del azul y el rosa, con ribetes de ganchillo y diminutas flores, pajaritos o corderos bordados. Cosas que Jill ni siquiera sabía que existieran. Habría podido saberlo a poco que hubiera recorrido las secciones de ropa de bebé o simplemente hubiera tratado de atisbar en los cochecitos de los bebés, pero no lo había hecho.

—No sé lo que tienes, claro —dijo Iona—. A lo mejor ya tienes muchas cosas, o no te gustan hechas a mano, no lo sé... —Sus risitas eran casi una manera de puntuar lo que decía, además de una extensión de su tono de disculpa. Cada cosa que decía, cada mirada y cada gesto, parecían atascados, bañados de una miel pegajosa o una mucosidad ahogada de disculpa, y Jill no sabía cómo lidiar con eso.

—Es muy bonito —dijo sin más.

—No, qué va, ni siquiera sabía si lo querrías. No sabía si te iba a gustar.

—Es precioso.

—No lo he hecho yo todo, algunas cosas las compré. Fui a la feria benéfica de la parroquia y a la que organizan las mujeres en el Hospital del Ejército Auxiliar, me pareció una buena idea, pero si no te gusta o si no lo necesitas, puedo donarlo a la colecta de las misiones.

—Sí que lo necesito —dijo Jill—. No tengo cosas como estas, ni mucho menos.

—¿No? ¿De veras? Las cosas que yo hice no están tan logradas, pero a lo mejor las que hicieron las señoras de la parroquia o las del ejército auxiliar te parece que están bien.

¿A esto se refería George cuando decía que Iona era un manojito de nervios? (Según Ailsa, el colapso que sufrió mientras estudiaba enfermería fue en parte porque era un poco demasiado susceptible, y la supervisora un poco demasiado dura con ella). Podía pensarse que reclamaba un poco de reconocimiento, pero por más reconocimiento que se le diera no parecía bastar, o al menos ella no se daba por aludida. A Jill le daba la sensación de que las palabras, las risas nerviosas, los gimoteos y las miradas llorosas de Iona (seguro que también le sudaban las manos) reptaban por su cuerpo —el de Jill— como bichos tratando de metérsele bajo la piel.

Con el tiempo, sin embargo, se fue acostumbrando. O Iona se moderó. Las dos

respiraban más tranquilas —como si una maestra saliera del aula— al oír que se cerraba la puerta cuando Ailsa se marchaba por la mañana. Solían tomar juntas una segunda taza de café, mientras la señora Kirkham lavaba los platos. La anciana llevaba a cabo esta tarea muy despacio, mirando alrededor en busca del cajón o el estante donde debía ir cada cosa, y con algunos lapsus. Pero respetando también ciertos rituales, que nunca se saltaba, como esparcir la borra del café en un arbusto junto a la puerta de la cocina.

—Cree que el café abona las plantas —susurraba Iona—. A pesar de que lo echa encima de las hojas, no en la tierra. Cada día hemos de sacar la manguera y limpiarlo. Cuando Iona hablaba así, Jill se acordaba de las niñas que eran el blanco de las burlas en el orfanato. Siempre estaban deseando meterse con alguien más. Pero una vez superada la retahíla de disculpas aturulladas o las barricadas de acusaciones disfrazadas de humildad («Por supuesto yo soy la última persona a la que consultan nada en la tienda», «Por supuesto Ailsa no quiso escuchar mi opinión», «Por supuesto George nunca se molestó en disimular cuánto me despreciaba»), podías hacer que explicara cosas interesantes. A Jill le hablaba de la antigua casa del abuelo que ahora era el ala central del hospital, de los tratos turbios que en concreto le habían costado el empleo a su padre, y de un romance que dos adúlteros mantenían en la panadería. También mencionó la presunta historia de los Shantz, e incluso el hecho de que Ailsa tenía debilidad por el doctor Shantz. Quizá el tratamiento de choque que le administraron después de sufrir la crisis nerviosa había dejado una fisura en su discreción, y la voz que salía por esa fisura —una vez caía el absurdo velo que la enmascaraba— era torva y taimada.

Y Jill también podía pasar un rato charlando, porque a estas alturas tenía los dedos demasiado hinchados para tocar el violín.

Y entonces nació yo y todo cambió, especialmente para Iona.

Jill tuvo que guardar cama una semana, e incluso cuando pudo levantarse se movía como una anciana entumecida, y respiraba con cautela cada vez que se sentaba en una silla. Estaba toda dolorida por las suturas, y llevaba la barriga y los pechos vendados como una momia, según se estilaba entonces. La leche le subió en tal abundancia que calaba las vendas y empapaba las sábanas. Iona aflojó el vendaje y me arrimó la boca al pezón, pero lo rechacé. No quería agarrarme al pecho de mi madre. Chillaba tanto que parecía que me mataban, como si el gran pecho turgente fuera una bestia olfateándome la cara con el hocico. Iona me tomaba en brazos, me daba un poco de agua tibia hervida y yo me tranquilizaba, pero empecé a perder peso. No podía vivir solo del agua. Así que Iona me sacó de los brazos de Jill, donde yo me agarrotaba dando alaridos, y preparó una leche de fórmula. Y resultó que ahí me calmé, mientras Iona me acariciaba la cara con la tetina de caucho. Me tomé el biberón con avidez sin arrojar nada. Los brazos de Iona y la tetina a su cargo se convirtieron en mi hogar predilecto. Jill tuvo que vendarse los pechos todavía más prietos, renunciar a los líquidos (a pesar del calor que hacía, no lo olvidemos) y soportar el dolor hasta que se le retiró la leche.

«Qué pillla, qué pillla —me arrullaba Iona—. Eres una pilluela, mira que no querer la rica leche de tu mamá».

Pronto gané peso y me robustecí. Podía llorar más fuerte. Lloraba si cualquiera que no fuese Iona me tenía en brazos. Rechazaba a Ailsa, y al doctor Shantz, que se molestaba incluso en calentarse las manos antes de tocarme, aunque desde luego mi aversión hacia Jill era lo que más llamaba la atención.

Una vez Jill se levantó de la cama, Iona la sentó en la silla donde ella solía darme de comer; le echó su blusa sobre los hombros y le puso el biberón en la mano.

En vano, no consiguieron engañarme. Apartaba el biberón con la mejilla, estiraba las piernas y ponía el abdomen tan duro como una pelota. De ninguna manera iba a

aceptar la sustitución. Lloraba. No cedía.

Mis llantos eran aún los de una criatura recién nacida, pero alborotaban la casa, e Iona era la única persona capaz de detenerlos. Si me tocaba o me hablaba cualquiera que no fuese ella, rompía a llorar. Si me acostaban a dormir y no me mecía Iona, berreaba hasta el agotamiento, dormía diez minutos y me despertaba preparada para volver a la carga. No era que tuviera ratos buenos y ratos escandalosos. O estaba con Iona o Iona me abandonaba, y esos momentos se convertían (de mal en peor) en un suplicio para el resto de la gente, sobre todo para Jill.

Entonces, ¿cómo iba Iona a volver al trabajo, una vez se le agotaron las dos semanas? No pudo. Quedó descartado. En la panadería tuvieron que buscarse a otra empleada. De ser la persona más insignificante de la casa, Iona pasó a ser la más importante; era la única que podía mediar entre quienes vivían allí y la discordia constante, la queja incontestable. Había de estar en danza a todas horas para mantener la paz de la casa. El doctor Shantz estaba preocupado; incluso Ailsa empezó a preocuparse.

«Iona, vas a acabar agotada».

Y sin embargo se había obrado un cambio asombroso. Iona estaba pálida, pero tenía la piel radiante, como si la adolescencia al fin hubiera quedado atrás. Podía mirar a cualquier a los ojos. Y ya no había temblores, ni apenas risitas vergonzosas, ni rastro de apocamiento taimado en su voz, tan autoritaria ahora como la de Ailsa, y más alegre. (Nunca más alegre que cuando me reprendía por mi actitud hacia Jill).

«Iona está en el séptimo cielo, hay que ver cómo adora a esa criatura», le decía Ailsa a la gente. Aunque de hecho el comportamiento de Iona parecía demasiado enérgico para ser adoración. No le importaba cuánto ruido hacía para acallar el mío. Subía las escaleras corriendo y gritando sin aliento: «Ya voy, ya voy, no te desboques». Se paseaba por la casa conmigo pegada al hombro, sujetándome con una sola mano mientras con la otra realizaba alguna tarea relacionada con mi sustento. Era la dueña y señora de la cocina, apropiándose de los fogones para el esterilizador, de la mesa para mezclar la leche de fórmula, el fregadero para lavar a la criatura. Soltaba improperios jovialmente, incluso en presencia de Ailsa, cuando perdía de vista o derramaba algo.

Sabía que era la única persona que no se crispaba, que no sentía la amenaza distante de la aniquilación, cuando yo lanzaba el primer aullido de advertencia. Por el contrario, era la única a la que se le aceleraba el corazón, que sentía unas imperiosas ganas de bailar, ante la sensación de poder, y de gratitud, que la embargaba.

Una vez se desprendió de los vendajes y comprobó que su barriga volvía a estar lisa, Jill se observó las manos. La hinchazón parecía haber desaparecido completamente. Bajó las escaleras, sacó el violín del armario y le quitó la funda. Estaba lista para tantear algunas escalas.

Era domingo por la tarde. Iona se había echado a descansar un poco, con un oído siempre alerta por si yo lloraba. La señora Kirkham también se había acostado. Ailsa estaba pintándose las uñas en la cocina. Jill empezó a afinar el violín.

Mi padre y la familia de mi padre no tenían verdadero interés en la música. Tampoco eran muy conscientes de ello. Pensaban que la intolerancia, o incluso la hostilidad, que sentían hacia cierto tipo de música (se notaba incluso en cómo pronunciaban la palabra «clásica») se basaba en una simple entereza de carácter, una integridad y una determinación por no dejarse tomar el pelo. Como si la música que se apartaba de una melodía sencilla fuera un intento de darte gato por liebre, y todo el mundo lo supiera, en el fondo, aunque hubiera gente que, por darse aires, por falta de llaneza y honestidad, nunca lo reconocería. Y de esa artificiosidad y tolerancia pusilánime nacía el mundo de las orquestas sinfónicas, la ópera y el ballet, conciertos que dormían a cualquiera.

En el pueblo la mayoría de la gente era del mismo parecer, pero al no haberse criado allí Jill no comprendía lo arraigado que estaba ese sentimiento, hasta qué punto se sobrentendía. Mi padre nunca había alardeado de esa convicción, ni hacía de ella una

virtud, porque a él no le interesaban las virtudes. Si le gustaba la idea de que Jill fuera violinista no era por la música, sino porque la distinguía del resto, igual que la ropa que llevaba, su manera de vivir y su melena indomable. Eligiéndola a ella les demostraba a los demás lo que pensaba de ellos. Era una lección para aquellas chicas que habían creído que le echarían el guante. Era una lección para Ailsa.

Jill había cerrado las puertas acristaladas del comedor y procuró afinar el instrumento discretamente. Quizá no se escapó ningún ruido. O si Ailsa oyó algo en la cocina, quizá pensó que era un sonido de fuera, una radio del vecindario.

Jill empezó a hacer sus escalas. Era verdad que ya no tenía los dedos hinchados, pero los sentía rígidos. Sentía todo el cuerpo rígido, la postura no le resultaba del todo natural, el instrumento parecía agarrarse a ella con desconfianza, como un cepo. Pero daba igual, pensaba seguir tocando sus escalas de todos modos. Sabía que se había sentido así otras veces, después de una gripe, o cuando practicaba hasta más allá de sus fuerzas, o incluso por ninguna razón en especial.

Me desperté sin un gimoteo de queja. Sin una advertencia, sin ir subiendo el tono. Solamente un alarido, una cascada de gritos cayó sobre la casa, un llanto que superaba cualquier otro hasta entonces. Se abrieron las compuertas para dar paso a una catarata de angustia insospechada, un dolor que castigaba al mundo con sus oleadas cargadas de piedras, un torrente de calamidad desde las ventanas de la cámara de tortura.

Iona se levantó de un salto, alarmada por primera vez ante cualquiera de mis llantos.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

Y Ailsa, que ya corría por la casa cerrando las ventanas, decía a voces:

—Es el violín, es el violín.

Abrió las puertas del salón y entró como un vendaval.

—Jill, Jill, es horrible. Esto es horrible, ¿no oyes llorar a tu bebé?

Tuvo que dar un tirón a la mosquitera de la ventana del salón para poder bajarla. Había estado arreglándose las uñas con el quimono, y un chico que pasaba en bicicleta vio que el quimono se le abría y asomaba la combinación.

—Dios mío —dijo Ailsa. No acostumbraba a perder el dominio de sí misma hasta ese punto—. ¿Puedes guardar eso?

Jill dejó el violín.

Ailsa salió al vestíbulo y le gritó a Iona por el hueco de la escalera:

—Es domingo. ¿No puedes hacer que se calle?

Jill salió sin mediar palabra y se dirigió con aire resuelto a la cocina, y allí estaba la señora Kirkham descalza, con sus calcetines de media, agarrada a la encimera.

—¿Qué le ocurre a Ailsa? —preguntó—. ¿Qué ha hecho Iona?

Jill salió al patio de atrás y se sentó en el escalón. Miró la pared trasera de la casa blanca de los Shantz, resplandeciente a la luz del sol. Alrededor había otros patios soleados y otras paredes calientes en otras casas. Dentro de ellas gente que se conocía, de verse y de tratarse por el nombre que sabía la historia de los demás. Y si caminabas tres calles hacia el este desde aquí, o cinco hacia el oeste, seis calles hacia el sur o diez hacia el norte, toparías con las paredes de los cultivos del verano, ya altos y crecidos, campos de heno, trigo y maíz vallados con cercas. La plenitud del campo. Ningún lugar donde respirar con el hedor de las pujantes cosechas, los graneros y los animales rumiando en los pastos. Parcelas de árboles a lo lejos, incitantes como estanques de sombra, paz y refugio, pero que en realidad eran un hervidero de bichos. ¿Cómo describir lo que la música significa para Jill? Olvidémonos de paisajes, visiones y diálogos. Más bien es un problema, diría yo, que debe resolver con rigor y audacia, y que ha asumido como su responsabilidad en la vida. Supongamos entonces que la privan de las herramientas para poder abordar este problema. El problema sigue ahí en toda su grandeza, y otra gente lo sustenta, pero a ella se lo han arrebatado. A ella solo

le queda el escalón del patio trasero, la pared resplandeciente y mi llanto. Mi llanto es un cuchillo que cercena de su vida todo lo que no es útil. Para mí.

—Entra —dice Ailsa a través de la puerta de mosquitera—. Vamos, entra. No debería haberte gritado así. Entra, te van a ver.

Esa noche ya podría quitársele importancia a todo el episodio.

—Seguro que han oído el berrinche que se ha montado aquí hoy —les dijo Ailsa a los Shantz. La habían invitado a sentarse en su patio, mientras Iona me preparaba para dormir—. Por lo visto a la criatura no le entusiasma el violín. No ha salido a su mamá.

Hasta la señora Shantz se rio.

—Tendrá que educarle el oído.

Jill los oyó. Al menos oyó las risas, y adivinó de qué hablaban. Estaba tumbada en la cama leyendo *El puente de San Luis Rey*, que había sacado de la estantería sin pensar que debía pedirle permiso a Ailsa. De vez en cuando el relato se le desdibujaba y oía las voces y las risas en el jardín de los Shantz, los rituales de la adoración de Iona en el cuarto de al lado, y le entraban unos sudores cargados de resentimiento. En un cuento de hadas se habría levantado de la cama con la fuerza de una joven gigante y habría recorrido la casa rompiendo muebles y partiendo cuellos a su paso.

Cuando me faltaba poco para cumplir seis semanas, Ailsa e Iona supuestamente habían de llevar a su madre a la visita anual a Guelph y pasar allí la noche en casa de unos primos. Iona quería llevarme con ellas, pero Ailsa mandó llamar al doctor Shantz para convencerla de que no era una buena idea embarcar a una criatura tan pequeña en un viaje con el calor que hacía. Entonces Iona dijo que quería quedarse en casa.

—Yo no puedo conducir y cuidar de madre al mismo tiempo —dijo Ailsa.

Dijo que Iona se estaba desviviendo conmigo más de lo necesario, y que a Jill tampoco le pasaría nada por cuidar un día y medio de su bebé.

—¿Verdad, Jill?

Jill dijo que no.

Iona trató de fingir que no era porque quisiera quedarse conmigo. Dijo que ir en coche con tanto calor la mareaba.

—Tú no conduces, simplemente has de ir sentada —dijo Ailsa—. ¿Qué hay de mí? No lo hago por diversión. Lo hago porque nos esperan.

Iona tenía que ir atrás, y así se mareaba aún más. Ailsa dijo que no le parecía bien poner a su madre atrás. La señora Kirkham dijo que no le importaba. Ailsa dijo que no. Iona bajó la ventanilla mientras Ailsa ponía el coche en marcha. Miró fijamente la ventana de la habitación de arriba donde me había acostado después del baño y el biberón de la mañana. Ailsa saludó con la mano a Jill, que aguardaba en la puerta de la entrada.

—Adiós, madrecita —gritó con una voz alegre y desafiante que a Jill de algún modo le recordó a George. La idea de alejarse de la casa y los trastornos que ahora encerraba al parecer le habían levantado los ánimos a Ailsa. Y quizá también le sentara bien, la tranquilizara, ver a Iona de nuevo en el lugar que le correspondía.

Eran cerca de las diez de la mañana cuando se fueron, y el día que la aguardaba iba a ser para Jill el más largo y horrible de su vida. Ni siquiera el día de mi nacimiento, aquel parto de pesadilla, podría compararse. Antes de que el coche hubiera podido llegar al pueblo más próximo me desperté angustiada, como si sintiera que habían apartado a Iona de mi lado. Hacía tan poco que Iona me había dado de comer que Jill no creyó que pudiera tener hambre, pero me notó mojada y, aunque había leído que no hace falta cambiar a los bebés cada vez que se mojan y que normalmente no lloran por eso, decidió cambiarme. No era la primera vez, pero nunca había tenido destreza para hacerlo, y la verdad es que las más de las veces Iona se ocupaba de terminar la faena. Se lo puse tan difícil como pude, agitando los brazos y las piernas, arqueando la espalda, tratando con todas mis fuerzas de darme la vuelta, y por supuesto sin dejar de

berrear. A Jill le temblaban las manos, pasó apuros para prender los imperdibles en la tela. Aparentaba estar tranquila, trataba de hablar conmigo, intentando imitar las palabras cariñosas y la zalamería de Iona, pero no sirvió de nada, aquella farsa titubeante me enfurecía aún más. Una vez prendido el pañal, me levantó en brazos, trató de amoldarme a su pecho y a su hombro, pero me agarroté como si su cuerpo estuviera lleno de agujas al rojo vivo. Se sentó, me acunó. Se levantó, me meció dándome palmaditas. Me arrulló con la dulce letra de una nana que cantaba con voz temblorosa, cargada de exasperación, de rabia, y de algo que bien podría definirse como repulsión.

Jill y yo nos repelíamos como si fuéramos monstruos.

Al final me acostó, con más dulzura de la que habría deseado, y me calmé, tal vez aliviada por haberme librado de ella. Salió de puntillas del cuarto. Y al poco empecé de nuevo.

Y así seguimos. No era que llorara sin parar. Me tomaba descansos de dos, cinco, diez, veinte minutos. Cuando llegó la hora del biberón acepté tomármelo en sus brazos, aunque con el cuerpo rígido y gimoteando en señal de advertencia. Hacia la mitad del biberón volví a la carga. Acabé por tomármelo todo, casi distraídamente, entre alaridos. Me caía de sueño, así que me acostó. Bajó las escaleras con sigilo; se quedó plantada en el vestíbulo, como si tratara de evaluar el modo de no dar un paso en falso. Estaba empapada en sudor, por el suplicio y por el calor. En el frágil y precioso silencio fue a la cocina y se atrevió a poner la cafetera al fuego.

Antes de que el café se filtrara lancé un grito penetrante que le atravesó la cabeza como un hachazo.

Se dio cuenta de que se había olvidado de una cosa. No me había hecho eructar después del biberón. Subió las escaleras resueltamente, me alzó en brazos y empezó a caminar dándome palmaditas y frotándome la espalda, y al cabo eructé, pero como no paraba de llorar, se rindió y volvió a acostarme.

¿Qué tiene el llanto de una criatura para ser tan poderoso, capaz de romper completamente el orden del que dependes, tanto exterior como interior? Es como una tormenta; insistente, teatral, y aun así en cierto modo puro y sin artificio. Más que de súplica, está cargado de reproche: surge de una rabia con la que no se puede lidiar, una rabia que se tiene por derecho de nacimiento, carente de amor o de compasión, dispuesta a machacarte los sesos dentro del cráneo.

Jill solo puede ir de aquí para allá. Caminar de un lado a otro por la alfombra del salón, dar vueltas a la mesa del comedor, ir a la cocina, donde el reloj le dice que el tiempo pasa lentamente, muy lentamente. No puede quedarse quieta más que para tomar un sorbo de café. Cuando le entra hambre, no puede detenerse a preparar un sándwich, sino que come copos de maíz a puñados, dejando un rastro por toda la casa. Comer, beber, o cualquier actividad cotidiana le parece tan arriesgada como si hubiera de hacerla a bordo de una barquichuela en plena tempestad, o en una casa con el tejado a punto de hundirse por un viento huracanado. No puedes apartar la atención de la tempestad, o de lo contrario minará tus últimas defensas. Para no perder la razón tratas de concentrarte en algún detalle tranquilizador de lo que te rodea, pero los aullidos del viento —mis aullidos— tal vez habitan en un cojín, o en un dibujo de la alfombra, o en un diminuto remolino en el vidrio de la ventana. No concedo escapatoria.

La casa está cerrada como un estuche. El sentido de la vergüenza de Ailsa ha calado en Jill, o quizá ella misma ha acabado por elaborar la suya propia. Una madre incapaz de apaciguar a su bebé, ¿qué puede ser más vergonzoso? Mantiene las puertas y ventanas cerradas. Y no enciende el ventilador portátil porque la verdad es que se ha olvidado de que existe. Ha dejado de pensar en busca de soluciones prácticas. No piensa que este domingo es uno de los días más calurosos del verano y que quizá por eso estoy así. Una madre bregada o instintiva probablemente me habría sacado a

tomar un poco el aire, en lugar de dejar que me pusiera como un demonio. Habría pensado en un sarpullido por el calor, en lugar de dejarse llevar por la desesperación. En algún momento de la tarde Jill toma una decisión estúpida, o simplemente desesperada. No sale de la casa y me abandona. Atrapada en la prisión que he creado para ella, piensa en retomar un espacio propio, en escapar desde dentro. Va a buscar el violín, que no ha vuelto a tocar desde el día de las escalas, la tentativa que Ailsa e Iona han convertido en una broma del repertorio familiar. Si toca no va a despertarme, porque estoy más que despierta, ¿y cómo va a ponerme más furiosa de lo que estoy? En cierto modo me honra. Se acabaron los falsos arrullos, se acabaron las nanas impostadas o fingir preocupaciones por si me duele la barriga, se acabaron las ñoñerías de preguntar qué me pasa. Tocaré el *Concierto para violín* de Mendelssohn, la pieza que tocó en el recital y que tendrá que volver a tocar en el examen para conseguir el diploma de graduación.

Eligió a Mendelssohn —en lugar del *Concierto para violín* de Beethoven, que admira con más pasión— porque cree que le dará mejores cualificaciones. Cree que puede llegar a dominarlo, que ya lo domina, más plenamente; confía en poder lucirse e impresionar a los examinadores sin temor alguno a la catástrofe. Ha decidido que no va a pasarse toda la vida sufriendo por esa pieza; no piensa luchar y tratar de superarse para siempre.

Sencillamente la tocará.

Afina, hace unas pocas escalas procurando desterrarme de su oído. Se siente rígida, pero esta vez está preparada para eso. Espera que los problemas disminuyan a medida que vaya metiéndose en la música.

Empieza a tocar, sigue tocando, sigue adelante, toca la pieza de principio a fin. Y la toca fatal. Es un tormento. Persevera, cree que tiene que cambiar por fuerza, ella puede cambiarlo, pero no lo consigue. Todo suena mal, desafina tanto como Jack Benny en una de sus parodias. El violín está embrujado, la odia. Le devuelve porfiadamente una distorsión de cualquier cosa que ella se propone. Nada podría ser peor; es peor que si se mirara al espejo y en lugar de reflejarse viera solo una cara hundida, enferma y lasciva. Y que, resistiéndose a creer que ha caído sobre ella semejante maleficio, apartara la vista y volviera a mirarse, una y otra vez, una y otra vez. Así es como sigue tocando, tratando de deshacer el maleficio. Y sin conseguirlo. Va a peor, en todo caso; el sudor le chorrea por la cara, los brazos y los costados, la mano le resbala. Cuanto más toca, más abajo cae.

Acabada. Está completamente acabada. La pieza que hacía meses logró dominar y siguió perfeccionando hasta que nada supusiera un obstáculo o pudiera traicionarla, la ha derrotado cruelmente. De pronto se ha visto vaciada por dentro, saqueada. Se lo han arrebatado todo de la noche a la mañana.

No se rinde. Hace lo peor que puede hacer. En este estado de desesperación, vuelve a empezar; probará con Beethoven. Y por supuesto no sale bien, es un intento abocado al fracaso, y ella se siente como si aullara y se revoliera por dentro. Deja el arco y el violín en el sofá del salón, aunque enseguida los vuelve a coger y los mete debajo para no verlos, porque se imagina destrozándolos a golpes contra el respaldo de una silla, en un patético arrebatado de dramatismo.

Entretanto, yo no me he rendido en ningún momento. Cómo iba hacerlo, ante semejante desafío.

Jill se estira en el duro sofá de brocado celeste, donde jamás se estira nadie y apenas se sientan a menos que haya visitas, y por asombroso que parezca se queda dormida. Se despierta al cabo de quién sabe cuánto tiempo con la cara sofocada hundida en el brocado, el dibujo de la tela marcado en la mejilla, la boca babeando un poco y dejando una mancha en la tela celeste. Mi berrinche continúa, o ha vuelto a empezar, sube y baja como los latidos de una insoportable jaqueca. Y de hecho Jill tiene jaqueca. Se

levanta y, con la sensación de abrirse paso a través del aire caliente, va hasta el armario de la cocina donde Ailsa guarda las aspirinas. Un aire viciado que le hace pensar en aguas negras. ¿Y por qué no? Mientras ella dormía me he ensuciado en el pañal, y el fuerte olor ha tenido tiempo de inundar la casa.

Aspirinas. Calentar otro biberón. Subir las escaleras. Me cambia el pañal sin sacarme de la cuna. La sábana y el pañal están sucios. Las aspirinas todavía no hacen efecto y la jaqueca late con más fuerza cuando se agacha. Limpiar la porquería, lavarme la piel escaldada, prender un pañal limpio y llevar el pañal y la sábana sucios al cuarto de baño para restregarlos. Ponerlos en el balde de desinfectante, que ya está lleno hasta el borde porque hoy nadie ha lavado la ropa del bebé. Luego volver a la cuna con el biberón. Me calmo lo necesario para succionar. Es asombroso que me queden fuerzas, pero las tengo. La toma se ha retrasado más de una hora, así el hambre pasa a engrosar —y quizá también subvertir— mi lista de agravios. Succiono con avidez, me termino el biberón y luego, agotada, me duermo. Y esta vez me quedo dormida de verdad.

Jill siente que la jaqueca cede un poco. Lava medio atontada mis pañales, mis peleles y mis sábanas, frotándolos y aclarándolos bien, e incluso escalda los pañales para tratar de prevenir las irritaciones a las que soy propensa. Escurre a mano las prendas una por una y las tiende dentro, porque al día siguiente es domingo, y cuando vuelva Ailsa no querrá ver nada colgado fuera un domingo. A Jill tampoco le apetece asomarse fuera, de todos modos, y menos ahora que empieza a caer el sol y la gente aprovecha para salir un poco al fresco. Teme que los vecinos la vean, o incluso que los Shantz la saluden con su habitual cordialidad, después de lo habrán escuchado hoy.

Y cómo tarda en acabarse el día. Cómo cuesta que el sol caiga de una vez y desaparezcan las sombras alargadas, que el calor afloje un poco y se abran brechas de dulce aire fresco. De repente el cielo se llena de estrellas y los árboles se agrandan como nubes que se mecen derramando serenidad. Aunque no por mucho tiempo, y no para Jill. Bastante antes de medianoche se oye un grito débil; si no vacilante, por lo menos débil, experimental, como si a pesar de haber estado ensayando el día entero hubiera perdido la práctica. O como si me preguntara si realmente valía la pena. Un pequeño descanso, pues, un falso respiro o un amago de rendición, pero enseguida una reanudación más convencida, angustiada e implacable. Justo cuando Jill había empezado a preparar otro café, para ver si eliminaba los últimos coletazos de la jaqueca. Pensando que esta vez podría sentarse a tomarlo en la mesa.

Ahora apaga el fogón.

Es casi la hora del último biberón del día. Si la toma anterior no se hubiera retrasado, ya me tocaría. ¿O tal vez me toca ya? Mientras lo pone a calentar, Jill piensa que va a tomarse un par de aspirinas más. Puede que no le hagan nada, necesita algo más fuerte. En el armario del cuarto de baño solo encuentra Pepto-Bismol, laxantes, polvos de talco, fármacos que solo se venden con prescripción médica y que no piensa tocar. Sabe que Ailsa toma algo fuerte para los dolores menstruales, así que va a su cuarto y rebusca en los cajones de la cómoda hasta que encuentra un frasco de calmantes justo encima, lógicamente, de una pila de compresas higiénicas. Esas píldoras también se venden con receta médica, pero en el prospecto se dice claramente para qué son. Saca dos comprimidos y vuelve a la cocina. El agua del cazo donde está el biberón al baño maría hierve, la leche se ha calentado más de la cuenta.

Jill pone el biberón debajo del grifo para enfriarlo —mis gritos caen sobre ella como el clamor de aves de presa sobre un río de aguas impetuosas— y al mirar las píldoras sobre la encimera piensa, sí. Va a por un cuchillo y rasca unos pocos gránulos de unos de los comprimidos, saca la tetina del biberón, recoge los gránulos con el filo de la hoja y rocía una pizca, apenas una pizca, del polvillo blanco en la leche. A continuación toma la píldora entera y siete octavas partes, u once duodécimas partes, o incluso

quince decimosextas partes de la otra, y sube a mi cuarto con el biberón. Levanta mi cuerpo, inmediatamente rígido, y mete la tetina en mi boca acusadora. La leche aún está un poco demasiado caliente para mi gusto y al principio se la escupo. Luego decido conformarme y me tomo el biberón entero.

Iona está chillando. Jill despierta en una casa inundada por la cegadora luz del sol y los chillidos de Iona.

La idea era que Ailsa, Iona y su madre iban a estar en casa de los parientes de Guelph hasta que cayera la tarde, para evitar las horas de más calor en el coche. Pero después de desayunar Iona empezó a dar la lata. Quería volver a casa y ver a la criatura, apenas había podido dormir en toda la noche por la preocupación. Era vergonzoso seguir discutiendo con ella delante de los parientes, así que Ailsa cedió y a última hora de la mañana llegaron a casa. Al abrir la puerta todo estaba en silencio.

—Uf —resopló Ailsa—. ¿Será que aquí dentro huele siempre así y estamos tan acostumbradas que no nos damos cuenta?

Iona se hizo un hueco para entrar y corrió escaleras arriba.

Y ahora está chillando.

Muerta. Muerta. Asesina.

No sabe nada de las píldoras. Entonces, ¿por qué grita «asesina»? Es por la manta. Ve que la manta me tapa la cabeza. Asfixia. No envenenamiento. Ha tardado nada y menos, apenas medio segundo, en pasar de «muerta» a «asesina». Un salto en el aire. Me levanta de la cuna, envuelta en mi mantilla a modo de mortaja, sale chillando de la habitación apretándome contra su pecho y entra en el cuarto de Jill.

Jill trata de levantarse, atontada, después de doce o trece horas de sueño.

—Has matado a mi bebé —le grita Iona.

Jill no la corrige, no dice que la criatura es suya. Iona tiende los brazos y me muestra acusadoramente, pero, antes de que Jill pueda verme, me acapara de nuevo. Iona gime y se encoge como si le hubieran disparado en el estómago. Baja las escaleras a trompicones sin dejar de abrazarme y choca con Ailsa, que está subiendo y a duras penas consigue no caerse agarrándose al pasamano. Iona ni se da cuenta; me estrecha tan fuerte que parece como si quisiera hacerse un agujero en medio del cuerpo para meterme dentro. Palabras deshilvanadas salen de sus labios entre lamentos de resignación.

Criatura. Por amor de. Cariño. Ay. Ay. Llama a la. Asfixia. Manta. Criatura. Policía.

Jill ha dormido destapada y sin quitarse la ropa para ponerse un camisón. Todavía lleva los pantalones cortos y el corpiño anudado al cuello del día anterior, y no está segura de si se levanta de una siesta o después de dormir toda la noche. No sabe muy bien dónde está ni qué día es. ¿Y qué está diciendo Iona? Emergiendo a tientas de una cuba de lana tibia, Jill ve, más que oírlos, los chillidos de Iona, en forma de destellos rojos, venas ardiendo en el interior de sus párpados. Se aferra al lujo de no tener que comprender, hasta que de pronto sabe que ha comprendido. Sabe que me ha ocurrido algo.

Pero Jill piensa que Iona se ha confundido. Iona se ha metido en la parte equivocada del sueño. Esa parte se ha acabado.

La criatura está perfectamente. Jill se ocupó de ella. Salió, la encontró y la arropó. Perfectamente.

Abajo, en el vestíbulo, Iona hace un esfuerzo y consigue enhebrar unas palabras.

—Le tapó la cabeza con la manta, ha sofocado al bebé —grita.

Ailsa baja las escaleras agarrándose a la baranda.

—Suéltalo —dice—. Suéltalo.

Iona me estrecha con fuerza gimiendo. Luego tiende los brazos hacia Ailsa.

—Mira. Mira.

Ailsa aparta la vista.

—No —dice—. No pienso mirar.

Iona se acerca a Ailsa y me levanta. La mantilla me cubre completamente, pero Ailsa no lo sabe, y a Iona no le importa o no se da cuenta.

Ahora es Ailsa la que está chillando. Va corriendo hasta el otro lado de la mesa del comedor entre gritos desaforados.

—Suéltalo. Suéltalo. No pienso ver un cadáver.

La señora Kirkham viene desde la cocina, diciendo:

—Chicas. Ay, chicas, ¿qué os pasa? Sabéis que no soporto estos alborotos.

—Mira —dice Iona, olvidando a Ailsa y rodeando la mesa para que su madre me vea.

Ailsa va al teléfono del vestíbulo y le da a la operadora el número del doctor Shantz.

—Ah, un bebé —dice la señora Kirkham, apartando un poco la mantilla.

—Lo ha asfixiado —dice Iona.

—Oh, no —dice la señora Kirkham.

Ailsa está hablando con el doctor Shantz por teléfono, pidiéndole con voz temblorosa que acuda inmediatamente. Cuelga, mira a Iona y traga saliva para calmarse.

—Ahora tú cierra la boca.

Iona da un chillido agudo y desafiante, echa a correr por el vestíbulo y se refugia en el salón. No deja de estrecharme entre sus brazos.

Jill está en lo alto de la escalera.

—Baja aquí ahora mismo —le dice Ailsa cuando la ve.

No tiene ni idea de qué va a hacerle a Jill, o qué va a decirle, cuando la tenga delante. Da la impresión de que quisiera abofetearla.

—No sirve de nada ponerse histérica —dice.

Jill lleva el tirante del corpiño medio torcido y enroscado, le asoma un pecho que ha quedado sin sujeción.

—Haz el favor de adecentarte —dice Ailsa—. ¿Has dormido vestida? Pareces borracha.

A Jill le parece ir andando todavía a la luz del paisaje nevado de su sueño, pero en el sueño ha irrumpido esta gente frenética.

Ailsa consigue mantener la calma y pensar en varias cosas que hay que hacer. Sea lo que sea lo que ha ocurrido, la idea de un asesinato no debe plantearse bajo ningún concepto. Los recién nacidos mueren, sin motivo alguno, mientras duermen. Ella ha oído que puede suceder. La policía queda descartada. Nada de autopsia; un pequeño funeral discreto y triste. El único obstáculo es Iona. El doctor Shantz puede inyectarle un sedante cuando llegue; eso la hará dormir. Pero no puede inyectarle sedantes todos los días.

La solución es ingresar a Iona en Morrisville. Es el hospital para los enfermos mentales, lo que antes se llamaba manicomio y en el futuro se llamará psiquiátrico, y luego unidad de salud mental, aunque la mayoría de la gente lo llama simplemente Morrisville, el nombre del pueblo más cercano.

Una temporada en Morrisville, dicen. Se la llevaron a Morrisville. Sigue así y acabarás en Morrisville.

Iona ha estado allí antes, y puede volver. El doctor Shantz puede ingresarla y hacer que se quede dentro hasta que la vean lista para salir. Afectada por la muerte del bebé. Ideas delirantes. Una vez quede claro el diagnóstico, Iona no supondrá ninguna amenaza. Nadie hará caso de lo que diga. Habrá sufrido una crisis nerviosa. Eso es lo que parece, de hecho. Se diría que está en pleno estallido, por cómo chilla y corre de un lado a otro. Quizá sea irreversible, aunque no es probable. Hay toda clase de tratamientos hoy en día. Fármacos para calmarla, electrochoque si conviene borrar ciertos recuerdos, o una operación que a veces hay que hacer cuando la confusión y el abatimiento se vuelven irremediables. En Morrisville no la hacen, tienen que mandarte a la ciudad.

Para todo esto, que le ha pasado por la cabeza en un instante, Ailsa tendrá que contar con el doctor Shantz. Necesitará que haga un poco la vista gorda y esté dispuesto a ver las cosas a su manera. Pero eso no debería ser difícil para cualquiera que sepa cuánto ha soportado ella en la vida. Cuánto ha invertido en la respetabilidad de esta familia y los reveses que ha tenido que superar, desde el fiasco en la carrera de su padre y la desorientación mental de su madre, al colapso nervioso de Iona cuando estudiaba enfermería y que George volviera de la guerra con los pies por delante. ¿Acaso merece además un escándalo público, salir en los periódicos, un juicio, y puede que incluso una cuñada en la cárcel?

Seguro que el doctor Shantz pensará que no. Y no solo por lo que haya podido deducir como el vecino cordial que es. No solo porque sabe que la gente que pierde la respetabilidad, tarde o temprano, siente el vacío a su alrededor.

Las razones que tiene para ayudar a Ailsa se delatan en su voz cuando entra corriendo por la puerta de la cocina llamándola por su nombre.

Jill, en el pie de la escalera, acaba de decir: «El bebé está bien».

Y Ailsa le ha contestado: «Tú calladita hasta que yo te diga».

La señora Kirkham, apostada en la puerta que da al vestíbulo, le bloquea el paso al doctor Shantz.

—Me alegro de verle —dice la anciana—. Ailsa e Iona se han enfadado mucho. Iona encontró un bebé en la puerta y ahora dice que está muerto.

El doctor Shantz aparta a la señora Kirkham a un lado. «¿Ailsa?», repite abriendo los brazos, aunque al final simplemente deja caer las manos sobre sus hombros.

Iona sale del salón con las manos vacías.

—¿Qué has hecho con la criatura? —pregunta Jill.

—Esconderla —contesta Iona con descaro, haciéndole una mueca. Una de esas muecas que solo puede hacer alguien muy asustado tratando de parecer perverso.

—El doctor Shantz te va a poner una inyección —dice Iona—. Eso te parará los pies.

Hay una escena absurda de Iona correteando, lanzándose hacia la puerta de la casa —Ailsa salta para evitar la huida— y luego escaleras arriba, que es donde el doctor Shantz la agarra y se sienta a horcajadas sobre ella, inmovilizándole los brazos. «Ya está, ya está, Iona. Tranquilízate. Enseguida te sentirás bien», le dice. Iona chilla, gimotea y al fin se rinde. Los ruidos que hace, los correteos, su afán de escapar, parecen parte de una actuación. Como si, a pesar de que está literalmente al borde de la desesperación, enfrentarse a Ailsa y el doctor Shantz le pareciera algo tan imposible que solo puede intentar hacerlo con esta especie de parodia. Y quizá en el fondo pretende demostrar que en realidad no se está enfrentando a ellos, sino derrumbándose. Derrumbándose de una manera tan vergonzosa y patética que Ailsa puede gritarle «Deberías sentir asco de ti misma».

Mientras le pone la inyección, el doctor Shantz dice:

—Buena chica, Iona. Ya está. —Luego le pide por encima del hombro a Ailsa—: Ocúpate de tu madre. Que se siente un poco.

La señora Kirkham se está enjugando las lágrimas con los dedos.

—Estoy bien, querida —le dice a Ailsa—. Solo querría que no os pelearais. Deberías haberme contado que Iona tenía un bebé. Deberías haber dejado que se lo quedara.

La señora Shantz, con un quimono japonés encima del pijama de verano, entra por la puerta de la cocina.

—¿Estáis todos bien? —pregunta.

Al ver el cuchillo en la encimera le parece prudente guardarlo en un cajón. Cuando se monta una escena lo último que hace falta es que haya un cuchillo a mano.

A Jill le parece haber oído un llanto débil en medio del alboroto. Se desliza torpemente por la baranda para sortear a Iona y el doctor Shantz; cuando Iona echó a correr hacia ella subió hasta mitad de la escalera. Cruza la puerta de doble hoja del salón y al

principio no me ve, pero vuelve a oír el débil llanto, sigue el sonido hasta el sofá y mira debajo.

Ahí estoy, encogida al lado del violín.

En el corto trayecto del vestíbulo al salón Jill lo ha recordado todo. Primero siente que se le corta la respiración y el horror se le agolpa en la boca, hasta que un destello de alegría la hace revivir cuando, igual que en el sueño, encuentra una criatura viva, no un cuerpecito disecado con la cabeza como un cascarón de nuez. Me abraza. Yo no me agarroto, ni pataleo, ni arqueo la espalda. Sigo adormilada por el sedante mezclado con la leche que me dejó sin sentido toda la noche y la mitad del día, y que en una dosis más alta —aunque no tanto, seguramente— podría haber acabado realmente conmigo.

No fue la mantilla. Con solo mirarla se veía que era un hilo tan fino y de trama tan suelta que no podía impedir el paso del aire. A través de la tela se respiraba casi como a través de una red de pesca.

En parte quizá fue por el agotamiento. Tras un día entero berreando, tras aquel derroche de furia para expresar mi genio, sin duda quedé exhausta. Y eso, sumado al polvillo blanco que cayó en el biberón, me sumió en un sueño profundo y pesado, e hizo mi respiración tan ligera que lona ni siquiera la detectó. Cabría esperar que hubiese notado el calor de mi cuerpo, y que con todos aquellos lamentos y gritos y carreras por la casa yo hubiera tenido que recobrar la conciencia enseguida. No sé por qué no fue así. Creo que ella no se dio cuenta por el pánico y el estado en el que estaba ya antes de encontrarme, pero no sé por qué no rompí antes a llorar. O quizá lloré y con el escándalo nadie me oyó. O quizá lona sí me oyó, me echó una mirada y me escondió debajo del sofá porque a esas alturas ya se había estropeado todo.

Entonces Jill me oyó. Fue Jill.

Llevaron a lona a ese mismo sofá. Ailsa le quitó los zapatos para que no se manchara el brocado, y la señora Shantz fue arriba a buscar una colcha con que arroparla.

—Ya sé que no necesita abrigarse —dijo—. Pero creo que cuando se despierte se sentirá mejor arropada.

Antes, por supuesto, todos se habían acercado a comprobar que yo seguía con vida. Ailsa se culpaba por no haberse dado cuenta inmediatamente. Detestaba reconocer que le había dado miedo mirar una criatura muerta.

—Los nervios de lona deben de ser contagiosos —dijo—. Debería haberme dado cuenta.

Miró a Jill, como pensando en decirle que fuera a ponerse una blusa encima del corpiño escotado, pero recordó con cuánta rudeza le había hablado hacía un rato, a fin de cuentas sin ningún motivo, y no dijo nada. Ni siquiera trató de convencer a su madre de que lona no había tenido un bebé, aunque en voz baja le dijo a la señora Shantz: «Bueno, eso sí desencadenaría el rumor del siglo».

—Cuánto me alegro de que no haya pasado ninguna desgracia —dijo la señora Kirkham—. Por un instante pensé que lona lo había liquidado. Ailsa, debes procurar no culpar a tu hermana.

—Sí, mamá —dijo Ailsa—. Vamos a sentarnos a la cocina.

Había un biberón preparado que con todo derecho yo tendría que haber reclamado y tomado a primera hora de la mañana. Jill lo puso al baño maría, sosteniéndome en todo momento en el hueco de su brazo.

Nada más entrar en la cocina buscó el cuchillo y para su sorpresa no lo encontró, pero sí vio, o creyó ver, restos de polvo blanco sobre la encimera. Los limpió con la mano que le quedaba libre antes de abrir el grifo para llenar el cazo y calentar el biberón.

La señora Shantz se ocupó de preparar el café. Mientras se filtraba, puso el esterilizador al fuego y lavó los biberones del día anterior. Procuraba actuar con tacto y diligencia, aunque apenas lograba ocultar que toda aquella debacle y explosión de

sentimientos en cierto modo le levantaba el ánimo.

—Supongo que Iona se había obsesionado con el bebé —dijo—. Se veía a venir que algo así ocurriera.

Apartándose de la cocina para dirigir esas últimas palabras a su marido y Ailsa, vio que el doctor Shantz le quitaba a Ailsa las manos de donde las tenía, a ambos lados de la cabeza, y que él apartaba las suyas con demasiada rapidez y culpabilidad. De no haberlo hecho, habría parecido un gesto de consuelo corriente en un médico.

—Ailsa, me parece que tu madre debería echarse a descansar también —dijo la señora Shantz reflexivamente y sin interrupción—. Creo que iré a convencerla. Si duerme un poco, quizá todo este episodio pase de largo por su cabeza. Y por la de Iona también, con suerte.

La señora Kirkham había entrado en la cocina y enseguida había vuelto a salir con aire errabundo. La señora Shantz la encontró en el salón mirando a Iona, remetiéndole la colcha para asegurarse de que estaba bien tapada. La señora Kirkham no tenía ningunas ganas de echarse a descansar. Quería que le explicaran lo sucedido, consciente de que había lagunas en las explicaciones que ella alcanzaba a dar. Y quería que la gente le hablara como antes, no con aquel tono especialmente amable y ufano con que le hablaban ahora. Pero por su habitual sentido de la cortesía, y sabiendo que el poder que ejercía en la casa era insignificante, dejó que la señora Shantz la acompañara arriba.

Jill estaba leyendo las instrucciones para preparar la leche de fórmula. Estaban impresas en un lado de la lata de jarabe de maíz. Cuando oyó pasos subiendo la escalera, pensó que había algo que más valía hacer mientras tuviera la oportunidad. Me llevó al salón y me acostó en una silla.

—Quédate ahí —dijo en un susurro confidencial—. No te muevas.

Se agachó, tanteó el suelo y sacó con cuidado el violín del escondite. Encontró la funda y el estuche, y lo puso todo a buen recaudo. Yo no me moví, aunque tampoco era capaz aún de darme la vuelta, y guardé silencio.

A solas en la cocina, el doctor Shantz y Ailsa probablemente no aprovecharon la ocasión para abrazarse, solo se miraron a los ojos. Con el conocimiento que compartían, y sin promesas ni desesperación.

Iona reconoció que ni siquiera me había buscado pulso. Y ella nunca dijo que me notara fría. Dijo que me notó rígida. Rígida no, rectificó luego, sino pesada. Tan pesada, dijo, que inmediatamente pensó que no podía estar viva. Un peso muerto, inerte.

Me parece que hay algo de verdad en eso. No creo que llegara a estar muerta, o que regresara de entre los muertos, pero sí pienso que me hallaba lejos, a una distancia de la que podía volver o no volver. Creo que la suerte no estaba echada y que intervino la voluntad. Me correspondía a mí, quiero decir, tomar un camino o el otro.

Y el amor de Iona, que sin duda fue el amor más incondicional que recibiré jamás, no fue lo que me decidió. Los gritos y los abrazos con que me estrechaba contra su cuerpo no funcionaron, al final no fueron convincentes. Porque no era con Iona con quien me tenía que conformar. (¿Podía yo saberlo, podía incluso saber que no sería Iona, al final, quien me haría un mayor bien?). Era con Jill. Había de conformarme con Jill y lo que ella pudiera darme, aunque parecieran poco más que migajas.

Tengo la sensación de que solo entonces asumí el sexo con el que había nacido. Sé que la cuestión se decidió mucho antes de que yo naciera y que cuando vine al mundo a nadie le cupo duda, pero creo que solo en el momento en que decidí volver, cuando abandoné la lucha contra mi madre (que debió de ser una lucha por su entrega total) y elegí la supervivencia sobre la victoria (la muerte habría sido la victoria), adopté mi naturaleza femenina.

Y en cierto modo Jill adoptó la suya. Serena y agradecida, sin aventurarse a pensar

siquiera de qué acababa de librarse, se hizo a la idea de quererme, porque la alternativa al cariño era el desastre.

El doctor Shantz sospechaba algo, pero lo dejó pasar. Le preguntó a Jill cómo me había notado el día anterior. ¿Fastidiosa? Ella dijo sí, muy fastidiosa. Él dijo que los bebés prematuros, por poco prematuros que fueran, eran propensos a sufrir ataques y había que vigilarlos. Recomendó que me acostaran siempre boca arriba para dormir.

Iona no tuvo que recibir electrochoques. El doctor Shantz le dio pastillas. Dijo que se había esforzado más de la cuenta cuidándome. La mujer que había ocupado su puesto en la panadería quería dejarlo, no le gustaba trabajar de noche. Así que Iona volvió allí. Ese es el recuerdo que más me ha quedado de las visitas a casa de mis tías en verano, cuando tenía seis o siete años. Que me llevaran a la panadería a la extraña y normalmente prohibida hora de medianoche, y mirar a Iona mientras se ponía el gorro y el delantal blanco, mirarla mientras trabajaba la enorme bola de masa blanca, que cambiaba y crecía como un ser vivo. Luego cortaba las galletas y me daba los retales para que me los comiera, y en ocasiones especiales esculpía una tarta de boda. Qué luminosa y blanca era aquella enorme cocina, con la noche llenando todas las ventanas. Me dejaba raspar el cuenco del glaseado de la tarta, el azúcar derretido, punzante e irresistible.

A Ailsa le parecía que no me convenía estar despierta tan tarde, o comer tanto dulce, pero no se metía. Decía que le gustaría saber lo que diría mi madre, como si así dejara la pelota en el tejado de Jill. Ailsa imponía algunas normas que en casa nadie me exigía —cuelga esa chaqueta, enjuaga ese vaso antes de secarlo o quedarán manchas—, pero nunca vi a la persona severa y hostigadora que Jill recordaba.

Nunca se hacían entonces comentarios despectivos sobre la música de Jill. Después de todo era lo que nos daba de comer. Al final Mendelssohn no pudo con ella. Consiguió su diploma; se graduó en el conservatorio. Se cortó el pelo y adelgazó. Pudo alquilar un dúplex en Toronto cerca de High Park y contratar a una mujer para que me cuidara algunas horas, porque cobraba la pensión de viudedad. Y luego encontró trabajo en una orquesta radiofónica. Se enorgullecía de que en toda su vida laboral siempre se había dedicado a tocar, nunca tuvo que recurrir a dar clases. Decía que sabía que no era una gran violinista, no era ninguna superdotada ni aspiraba a alcanzar la fama, pero al menos se ganaba la vida haciendo lo que le quería. Incluso después de casarse con mi padrastro, después de que nos mudáramos con él a Edmonton (era geólogo), siguió tocando en la orquesta sinfónica de allí. Tocó hasta una semana antes de que naciera cada una de mis hermanastras. Era afortunada, decía: su marido nunca le puso ningún impedimento.

Iona sufrió algún otro revés, el más grave cuando yo tenía cerca de doce años. Pasó varias semanas internada en Morrisville. Creo que le dieron insulina, porque volvió a casa gorda y locuaz. Volví de visita en su ausencia, y Jill me acompañó, trayendo consigo a mi primera hermanita, que había nacido poco antes. Por la conversación entre mi madre y Ailsa deduje que no habría sido recomendable llevar un bebé si Iona hubiera estado en casa; quizá podía «trastocarla». No sé si la habían ingresado en Morrisville por un episodio relacionado con un bebé.

En esa visita sentí que me dejaban un poco de lado. Jill y Ailsa habían empezado a fumar, y se quedaban hasta bien entrada la noche tomando café y fumando cigarrillos en la mesa de la cocina, mientras esperaban a que se hiciera la una de la madrugada para la toma del bebé. (A este bebé mi madre le daba de mamar. Me alegré de saber que a mí no me habían servido esas comidas tan íntimas, tibias por el calor del propio cuerpo). Recuerdo haber bajado las escaleras malhumorada porque no me podía dormir, y ponerme parlanchina, llena de una energía nerviosa, tratando de meterme en su conversación. Me di cuenta de que hablaban de cosas que no querían que yo escuchara. Se habían hecho, a saber cómo, buenas amigas.

Alargué la mano para sacar un cigarrillo, y mi madre dijo: «Vamos, deja eso. Estamos hablando». Ailsa me dijo que fuera a buscar un refresco de la nevera, una Coca-Cola o un ginger-ale. Así que lo hice, y en lugar de llevármelo arriba salí fuera.

Me senté en el escalón de la puerta de atrás, pero inmediatamente las mujeres bajaron la voz y no entendí el sentido de sus susurros arrepentidos o tranquilizadores, de modo que empecé a merodear por el patio, más allá de la parcela de luz que salía por la puerta mosquitera.

La casa blanca apaisada con las esquinas de adoquines de vidrio ahora estaba ocupada por otra gente. Los Shantz se habían mudado y vivían todo el año en Florida. Les mandaban naranjas a mis tías, que según Ailsa te hacían detestar para siempre las naranjas que se podían comprar en Canadá. Los nuevos vecinos habían instalado una piscina, donde se bañaban sobre todo las dos preciosas hijas adolescentes —chicas que me miraban sin verme cuando se encontraban conmigo por la calle— y los novios de las hijas. Había varios arbustos muy altos entre el patio de mis tías y el suyo, pero aun así podía verlos correr alrededor de la piscina y empujarse al agua, chillando y salpicándose. Aborrecía sus payasadas, porque me tomaba la vida en serio y tenía una idea del romanticismo mucho más elevada y tierna, pero de todos modos me habría gustado que repararan en mí. Me habría gustado que uno de ellos viera mi pijama pálido ondeando en la oscuridad, y que chillara de veras, tomándome por un fantasma.

Odio, amistad, noviazgo, amor, matrimonio

Hace años, antes de que dejaran de pasar trenes por tantas líneas secundarias, una mujer de alta frente pecosa y pelo rizado y rubicundo entró en la estación de ferrocarril a averiguar qué había que hacer para facturar muebles.

El encargado de la estación solía bromear un poco con las mujeres, sobre todo con las feúchas, que parecían apreciarlo.

—¿Muebles? —dijo, como si la idea nunca se le hubiera ocurrido a nadie—. Bien. A ver. ¿De qué tipo de muebles se trata?

—Una mesa de comedor y seis sillas. Un juego de dormitorio, un sofá, una mesita de té, rinconeras, una lámpara de pie. Y también una vitrina y un aparador.

—Caramba. Eso es una casa entera.

—Yo no diría tanto —repuso ella—. No hay nada de cocina y solo lo justo para un dormitorio.

Sus dientes se agolpaban delante de la boca como dispuestos a discutir.

—Necesitaré un camión —dijo él.

—No. Quiero mandarlos por tren. Tienen que ir al oeste, a Saskatchewan.

La mujer le hablaba en voz muy alta, como si él fuera sordo o estúpido, y había algo raro en su pronunciación. Un acento. Pensó que tal vez fuera holandés —últimamente se instalaban muchos holandeses allí—, pero la mujer no tenía el aplomo ni la tersa piel rosada ni el precioso pelo rubio de las holandesas. No debía de haber cumplido los cuarenta, pero ¿qué importaba? No era precisamente una reina de la belleza.

Volvió a centrarse en el asunto.

—En primer lugar, necesitaré el camión para traerlos aquí. Y hay que ver si el tren pasa por alguna localidad de Saskatchewan. Si no, tendrá que ocuparse de que se los recojan, pongamos, en Regina.

—Van a Gdynia —dijo ella—. El tren pasa por allí.

Él cogió una guía grasienta que colgaba de un clavo y le pidió que le deletreara la palabra. Ella tomó el lápiz, que también estaba sujeto a un cordel, y en un papel que sacó del bolso escribió: G D Y N I A.

—¿Y eso de qué nacionalidad es?

Ella dijo que no lo sabía.

Él recuperó el lápiz para recorrer las líneas.

—Allá hay montones de lugares llenos de checos, húngaros y ucranianos —aclaró. Mientras lo decía se le ocurrió que tal vez ella fuese uno de ellos. Pero qué importaba; se había limitado a exponer un hecho—. Ya lo tengo. Es cierto. Está en la línea.

—Sí —dijo ella—. Quiero enviarlos el viernes. ¿Es posible?

—Podemos consignarlos. Lo que no puedo es prometerle que lleguen al día siguiente. Depende de las prioridades. ¿Habrá alguien esperándolos cuando lleguen?

—Sí.

—El del viernes es un tren mixto. Sale a las dos y dieciocho de la tarde. El camión se los recogerá el viernes por la mañana. ¿Vive usted en el pueblo?

Ella asintió y escribió la dirección: Exhibition Road, 106.

Hacía muy poco que se habían numerado las casas y, si bien el hombre conocía Exhibition Road, no logró situar el lugar. Si en aquel momento ella hubiera dicho el apellido McCauley, él se habría interesado más y las cosas habrían tomado otro rumbo. Por allí había casas nuevas, construidas después de la guerra, aunque las llamaban «casas de la guerra». Supuso que debía de ser una de esas.

—Se paga al facturar —le dijo.

—También quiero un billete para el mismo tren. El del viernes por la tarde.

—¿El mismo destino?

—Sí.

—Puede ir en ese tren hasta Toronto, pero luego tendrá que esperar el Transcontinental, que sale a las diez treinta de la noche. ¿Quiere compartimento o coche cama? En el coche cama hay literas; en el compartimento va sentada.

Ella dijo que viajaría sentada.

—En Sudbury tendrá que esperar el tren de Montreal, pero no es necesario apearse: un simple empujoncillo y enganchan los vagones. Luego pasan por Port Arthur y van hasta Kenora. Usted no se baja hasta Regina, donde tendrá que coger el de cercanías. Ella asintió para que él acabara de una vez y le diera el billete.

—Pero no le prometo que los muebles lleguen cuando usted —añadió él, con más lentitud—. Yo diría que los recibirá un par de días más tarde. Todo depende de las prioridades. ¿Habrás alguien esperándola?

—Sí.

—Mejor. Porque la estación no debe de ser gran cosa. Los pueblos de por allá no tienen nada que ver con los nuestros. Suelen ser bastante rudimentarios.

Pagó el pasaje, para lo cual sacó del bolso un rollo de billetes que llevaba en un saquito de tela. Como una anciana. Además contó el cambio. Pero no como lo hubiera contado una anciana: lo sostuvo en la mano y le echó un vistazo, aunque era evidente que no se le escapaba un solo penique. Luego dio media vuelta descortésmente, sin despedirse.

—Hasta el viernes —dijo él.

Aunque era un día cálido de septiembre, la mujer llevaba un abrigo gris largo, zapatones de cordones y calcetines tobilleros.

Él se estaba sirviendo café del termo cuando ella volvió a entrar y dio unos golpecitos en la ventanilla.

—Los muebles que voy a enviar son muy buenos, están como nuevos —dijo—. No quiero que los rayen ni los golpeen ni les hagan ningún daño. Y tampoco quiero que huelan a ganado.

—Pues claro —concedió él—. El ferrocarril tiene mucha experiencia en el transporte. Y los muebles no viajan en los mismos vagones que los cerdos.

—A mí solo me importa que lleguen en el mismo estado en que salen.

—Mire, cuando usted compra muebles, no los tienen en la tienda, ¿de acuerdo? Pero ¿alguna vez se ha parado a pensar en cómo llegan allí? Porque en la tienda no los hacen, ¿verdad? No. Los hacen en una fábrica que está en otro lugar y luego los transportan hasta la tienda, muy posiblemente por tren. Siendo así, ¿no le parece razonable confiar en que el ferrocarril sepa cuidarlos?

Ella siguió mirándolo sin sonreír ni reconocer que eran bobadas de mujer.

—Eso espero —dijo—. Eso espero.

El encargado de la estación habría dicho, sin pensarlo mucho, que conocía a todo el mundo en el pueblo. Lo cual significaba que conocía a la mitad. Y la mayor parte de las personas a las que conocía eran el núcleo, las que de verdad eran «del pueblo», en el sentido de que no habían llegado el día anterior ni planeaban mudarse a otra parte. A la mujer que iba a marcharse a Saskatchewan no la había visto nunca porque no iba a la misma iglesia que él ni daba clases a sus hijos en la escuela, ni trabajaba en ningún comercio, restaurante u oficina a los que él fuera. Tampoco estaba casada con ningún hombre que él conociera de la Orden de los Alces, la logia de Oddfellow, el Lion Club o la Legión. Al mirarle la mano izquierda mientras ella sacaba el dinero había deducido —y no le sorprendió— que no estaba casada. Con aquellos zapatos y calcetines en vez de medias, y sin sombrero ni guantes en plena tarde, bien podía ser una granjera. Pero le faltaba la indecisión característica, la timidez. No tenía modales de campesina; de hecho, no tenía modales. Lo había tratado como si él fuera una máquina de dar información. Además, había anotado una dirección del pueblo: Exhibition Road. En

realidad le recordaba a una monja con ropa de calle a la que había visto en la televisión hablando del trabajo misionero que realizaba en la selva; probablemente esas mujeres se quitaban los hábitos para moverse con más facilidad. De vez en cuando aquella monja sonreía para mostrar que la religión debía hacer feliz a la gente, pero en general miraba al público como si creyera que los demás estaban en el mundo sobre todo para obedecerla.

Había algo más que Johanna pensaba hacer pero venía postergando. Tenía que ir a la tienda de ropa *Milady* a comprarse un traje. No había entrado nunca en ese local; cuando necesitaba calcetines, por ejemplo, iba a Callaghans, Indumentaria para Hombres, Mujeres y Niños. Había heredado un montón de ropa de la señora Willets, prendas como ese abrigo que no se gastaba nunca. Y a Sabitha —la niña a la que cuidaba en casa del señor McCauley— le llovían prendas caras desechadas por sus primas.

En el escaparate de *Milady* había dos maniqués con traje de falda muy corta y chaqueta de corte recto. Uno era de un tono amarillo rojizo y el otro, de un verde oscuro mate. Había grandes hojas de arce hechas con papel chillón en torno a los pies de los maniqués y pegadas al cristal. En una época del año en que casi todos se dedicaban a rastrillar hojas y quemarlas, allí se consideraban lo más exquisito. Un cartel escrito con ondulantes letras negras cruzaba el escaparate en diagonal. Decía: «Elegancia sencilla, la moda de este otoño».

Johanna abrió la puerta y entró.

Justo enfrente de ella, un espejo de cuerpo entero la reflejó con el abrigo de la señora Willets, informe pero de buena calidad, y unas pulgadas de pantorrillas abultadas por encima de los calcetines.

Lo hacían adrede, por supuesto. Colocaban el espejo ahí para que una se hiciera una idea clara de sus deficiencias, al instante, y acto seguido —esperaban— concluyera precipitadamente que debían comprar algo para enmendar la imagen. Una artimaña tan transparente que, si no hubiera entrado bien decidida, sabiendo qué necesitaba, la habría impulsado a largarse.

A lo largo de una pared había un perchero con vestidos de noche, todos idóneos para las reinas del baile, con encajes y tafetán y colores de ensueño. Y detrás de ellos, en una vitrina de cristal para que no los alcanzaran dedos profanos, media docena de trajes de boda de gasa blanquísima, satén vainilla o encaje color marfil, recamados de cuentas plateadas o de aljófares. Corpiños estrechos, escotes festoneados, faldas fastuosas. Ni de joven había contemplado tanto derroche, no solo en cuestión de dinero sino también de ambición, en la ridícula esperanza de transformación y de dicha.

Pasaron dos o tres minutos sin que apareciera nadie. A lo mejor la estaban espiando por una mirilla, pensando que no daba el tipo de clienta, y esperaban que se fuera.

No pensaba irse. Había avanzado desde el linóleo cercano a la puerta hasta la alfombra mullida y dejado atrás el espejo, cuando por fin se abrió una cortina al fondo de la tienda y salió *Milady* en persona, vestida con un traje negro con botones resplandecientes. Tacones altos, tobillos finos, faja tan ceñida que las medias de nailon siseaban, pelo dorado estirado hacia atrás, la cara maquillada.

—Se me ha ocurrido que podía probarme el traje del escaparate —dijo Johanna con voz ensayada—. El verde.

—Ah, es un traje precioso —asintió la mujer—. El caso es que el del escaparate es una talla diez. Yo diría que usted necesita una... ¿catorce, quizá?

Siseando, condujo a Johanna a la parte de la tienda donde colgaba la ropa corriente, los trajes y vestidos de diario.

—Está de suerte. Aquí tenemos una catorce.

Lo primero que hizo Johanna fue mirar el precio. Más del doble de lo que había esperado, y no iba a fingir otra cosa.

—Qué caro.

—Es lana de primera. —La mujer tanteó hasta dar con la etiqueta, tras lo cual leyó una descripción del tejido que Johanna no oyó porque había tomado el dobladillo para examinar la confección—. Es ligera como la seda, pero más resistente que el hierro. Ya ve que está todo forrado con un rayón de seda fabuloso. No cederá por el trasero ni se deformará como los trajes baratos. Fíjese en el cuello y los puños de terciopelo. También son de terciopelo los botoncitos de la manga.

—Ya los veo.

—Es el tipo de detalles que marcan la diferencia. Hay que pagarlos si se quieren tener. Me encanta el tacto del terciopelo. Solo lo lleva el verde, ¿sabe?; el melocotón no, aunque cuestan exactamente lo mismo.

De hecho eran el cuello y los puños de terciopelo los que, a ojos de Johanna, daban al traje un sutil aire lujoso y le despertaban el deseo de comprarlo. Pero no pensaba decirlo.

—Quizá me anime a probármelo.

Al fin y al cabo, había ido preparada para eso. Ropa interior limpia y polvos de talco en las axilas.

La mujer tuvo el buen juicio de dejarla sola en el luminoso cubículo. Johanna evitó el espejo como si fuera veneno, hasta que la falda estuvo derecha y la chaqueta bien abotonada.

Al principio miró solo el traje. Estaba muy bien. Era su talla; la falda le quedaba más corta que las que solía llevar, pero lo cierto es que la ropa que solía llevar ya no se estilaba. Con el traje no había ningún problema. El problema era lo que asomaba. Su cuello y su cara, el pelo y las manos grandotas y las gruesas piernas.

—¿Qué tal va? ¿Le molesta si echo una miradita?

Echa todas las miraditas que quieras, pensó Johanna. Ya verás que aunque la mona se vista de seda...

—Desde luego tendrá que llevarlo con medias y tacones altos. ¿Cómo se siente con él? ¿Cómoda?

—El traje me queda bien —dijo Johanna—. El traje no es el problema.

En el espejo, la cara de la mujer se transformó. Dejó de sonreír. Parecía decepcionada y cansada, pero más amable.

—A veces pasa. Una nunca sabe cómo le sienta algo hasta que se lo prueba. El caso... —dijo, con la voz imbuida de una convicción nueva y más moderada—, el caso es que usted tiene una buena figura, pero es una figura recia. Es usted robusta y ¿qué hay de malo en eso? Esos botoncitos de terciopelo tan monos no le van. No vale la pena que le dé más vueltas. Quíteselo y ya está.

Johanna estaba en ropa interior cuando se oyó un golpecito y una mano asomó por la cortina.

—Póngase esto, solo por probar.

Era un vestido de lana marrón, forrado, con falda amplia graciosamente plisada, mangas tres cuartos y un cuello redondo muy sobrio. Salvo por el estrecho cinturón dorado, más sencillo no podía ser. No costaba tanto como el traje, pero de todos modos le pareció muy caro para lo que era.

Al menos la falda tenía un largo más decente y la tela ondulaba con elegancia alrededor de las piernas. Johanna se armó de valor para mirarse al espejo.

Esta vez no parecía que se hubiera embutido en la prenda para gastar una broma.

La mujer entró, se puso a su lado y rio, pero con alivio.

—Es del mismo color que sus ojos. Usted no necesita usar terciopelo. Lleva terciopelo en la mirada.

Era el tipo de lisonja de la que Johanna se habría reído, pero en ese momento le pareció que era cierto. No tenía los ojos grandes, y si le hubieran pedido que

describiera el color habría dicho: «Supongo que son castaños». Pero ahora los veía de un marrón intenso, suave y brillante.

No era que de pronto se creyera guapa ni nada por el estilo. Solo que sus ojos tenían un color muy bonito, si hubieran sido un retazo de tela.

—Apuesto a que no suele usar zapatos de vestir —dijo la mujer—. Pero si se pusiera medias y un poquito de tacón... Y apuesto a que nunca usa joyas, y bien que hace, y además con ese cinturón no las necesita.

Para cortar la perorata comercial, Johanna dijo:

—Bien, será mejor que me lo quite para que lo envuelva.

Le daba pena desprenderse del leve peso de la falda y del discreto cinturón dorado. Nunca en su vida había tenido esa sensación tonta de que mejoraba gracias a una prenda.

—Espero que sea para una ocasión especial —dijo la mujer mientras Johanna se apresuraba a ponerse su ropa de siempre, que de pronto le parecía insulsa.

—Es muy posible que me lo ponga para mi boda.

La sorprendió que las palabras hubieran escapado de su boca. No era un error grave: la mujer no sabía quién era ella y probablemente no hablaría con nadie que lo supiera. Sin embargo, tenía decidido guardar silencio al respecto. Tal vez había sentido que estaba en deuda con esa mujer: habían vivido juntas el desastre del traje verde y el descubrimiento del vestido marrón, y eso creaba un vínculo. Lo cual era un disparate. El trabajo de la mujer consistía en vender ropa y lo había conseguido.

—¡Vaya! —exclamó la mujer—. Vaya, qué maravilla.

Bueno, quizá, pensó Johanna, o quizá no. Podía casarse con cualquiera. Un granjero miserable que necesitara una yegua de carga o un viejo asmático y medio tullido que buscara una enfermera. Esa mujer no tenía idea de qué clase de hombre se había agenciado, y de todos modos no era asunto de ella.

—Seguro que es un matrimonio por amor —añadió la mujer, como si hubiera leído sus contrariados pensamientos—. Por eso en el espejo le brillaban los ojos. Se lo he envuelto en papel de seda; no tiene más que colgarlo y la tela se alisará sola. Si quiere, dele una planchadita, pero creo que no hará falta.

Luego vino el trámite de entregar el dinero. Las dos fingieron no fijarse mucho, pero las dos se fijaron.

—Merece la pena —dijo la mujer—. Una se casa solo una vez. Bueno, no es rigurosamente así...

—En mi caso será así —puntualizó Johanna.

Tenía la cara arrebatada porque, de hecho, de matrimonio no se había hablado nunca, ni siquiera en la última carta. Había revelado a la mujer algo que ella consideraba probable, y tal vez eso trajera mala suerte.

—¿Dónde lo conoció? —preguntó la mujer, todavía con un tono de alegría melancólica—. ¿Cómo fue la primera cita?

—A través de unos parientes —respondió Johanna sin faltar a la verdad. No tenía intención de decir nada más pero se oyó añadir—: En la Feria del Oeste. En London.

—La Feria del Oeste —repitió la mujer—. En London.

Lo mismo habría podido decir «el Baile de Palacio».

—Teníamos en casa a la hija de él y a su amiga —dijo Johanna, y pensó que en cierto modo habría sido más exacto decir que él, Sabitha y Edith la tenían a ella, Johanna, en su casa.

—Bien, debo decir que hoy he aprovechado el día. He proporcionado el vestido de bodas a la que será una novia feliz. Suficiente para justificar mi existencia.

La mujer ató el paquete con una cinta rosa, hizo un gran lazo innecesario y le dio un tijeretazo malévol.

—Me paso aquí toda la jornada —dijo— y a veces no sé qué hago. ¿Qué crees que

haces aquí?, me digo. Cambio la decoración del escaparate y hago algo para atraer a la gente, pero hay días..., hay días... en que no entra ni un alma por esa puerta. Ya lo sé..., la gente piensa que esta ropa es demasiado cara... Pero es buena. Es ropa buena. Quien quiere calidad tiene que pagarla.

—Seguro que entran cuando necesitan uno de esos —dijo Johanna mirando los vestidos de noche—. ¿Adónde van a ir, si no?

—Ese es el problema. Que no vienen. Van a la ciudad..., ahí es adonde van. Conducen cincuenta, cien millas sin que les importe gastar gasolina, y se dicen que así consiguen mejor género que el mío. Y no es así. No hay mejor calidad ni mejor selección. Nada. Lo que pasa es que les da vergüenza decir que se han comprado el traje de bodas en el pueblo. Algunas vienen, se prueban algo y dicen que se lo tienen que pensar. Ya volveré, dicen. Ah, claro, ya sé lo que eso significa, pienso yo. Significa que intentarán conseguir una cosita más barata en London o en Kitchener; y aunque no sea más barata, después de haber hecho el viaje, y hartas como están de mirar, se la compran de todos modos.

»No sé... —añadió—. Tal vez sería distinto si yo fuera de aquí. Este pueblo es muy cerrado. Usted tampoco es de aquí, ¿verdad?

—No —respondió Johanna.

—¿No le parece cerrado?

Cerrado.

—Quiero decir que a los de fuera les cuesta relacionarse.

—Yo me he acostumbrado a arreglármelas sola.

—Pero ha encontrado a alguien. Ya no tendrá que arreglárselas sola. ¿No es fantástico? A veces pienso que sería estupendo estar casada y quedarse en casa. Claro que he estado casada y trabajaba de todos modos. En fin. ¡A lo mejor entra un hombre caído del cielo, se enamora de mí y todo se soluciona!

Johanna tenía que darse prisa; la necesidad de conversar de la mujer la había retrasado. Caminaba presurosa para llegar a casa y esconder la compra antes de que Sabitha volviera de la escuela.

Entonces se acordó de que Sabitha no estaba: la prima de su madre, la tía Roxanne, se la había llevado el fin de semana a Toronto para que viviera como una auténtica niña rica y fuera a un colegio de niñas ricas. No obstante, siguió andando deprisa; tan deprisa que un listillo apoyado en la pared del *drugstore* le gritó: «¿Dónde es el incendio?», de modo que aflojó un poco el paso, para no llamar la atención.

La caja del vestido era un estorbo. ¿Cómo iba a saber que la tienda tenía sus propias cajas de cartón rosa, con «*Milady*» escrito en letras moradas? Eso la delataría.

Pensaba que era una tonta por haber hablado de la boda, cuando él no había dicho una palabra y ella habría debido recordarlo. Se habían dicho —o escrito— tantas cosas, se habían expresado tanto afecto y anhelo, que daba la impresión de que se había pasado por alto el matrimonio en sí. Como cuando una dice que se levantará por la mañana y no menciona el desayuno, aunque sin duda piensa desayunar.

En cualquier caso, debería haber mantenido la boca cerrada.

Vio al señor McCauley caminando en la dirección contraria por la otra acera. No había problema; aunque se hubieran encontrado de frente, él ni siquiera habría reparado en la caja. Se habría llevado un dedo al ala del sombrero y habría seguido su camino, seguramente dándose cuenta de que era su ama de llaves, aunque quizá no. Tenía otras cosas en la cabeza y, por lo que todos sabían, bien podía ser que estuviese mirando un pueblo distinto del que veían ellos. Cada día laborable —y a veces, por despiste, los domingos y festivos— se ponía uno de sus tres trajes con chaleco, el abrigo ligero o el grueso, el sombrero de fieltro gris y los zapatos bien lustrados y recorría Exhibition Road hasta el centro, donde todavía tenía el despacho encima de lo que había sido la tienda de arreos y artículos de viaje. Decían que era una agencia de

seguros, aunque hacía muchísimo tiempo que el señor McCauley no se ocupaba de vender seguros. A veces alguien subía la escalera para verlo, tal vez para hacerle una pregunta sobre pólizas o más probablemente sobre límites de terrenos, la historia de una propiedad del pueblo o de una granja en el campo. El despacho estaba lleno de mapas viejos y nuevos, y a él nada le gustaba tanto como desplegarlos y sumirse en conversaciones que desbordaban con mucho la pregunta. Tres o cuatro veces al día salía a dar un paseo, como ahora. Durante la guerra había guardado su McLaughlin-Buick en el granero e iba a todas partes a pie para dar ejemplo. Quince años más tarde, era como si todavía estuviera dando ejemplo. Con las manos enlazadas a la espalda, parecía un hacendado benévolo que inspeccionara sus propiedades o un predicador contento de observar a su rebaño. Desde luego, la mitad de quienes se cruzaban con él no tenía ni idea de quién era.

El pueblo había cambiado, incluso desde que Johanna vivía en él. El comercio se había desplazado a la autopista, donde había un hipermercado, un Canadian Tire y un motel con bar y bailarinas en topless. Algunas tiendas del pueblo habían intentado maquillarse con pintura rosa, violeta o verde oliva, pero la pintura ya empezaba a descamarse sobre los viejos ladrillos y varios interiores estaban vacíos. Era casi seguro que *Milady* correría la misma suerte.

¿Qué habría hecho Johanna de haber sido aquella mujer? Para empezar, nunca habría tenido tantos vestidos de noche recargados. ¿Qué habría tenido, pues? Pasándose a la ropa barata solo habría conseguido entrar en competencia con Callaghans y el hipermercado, y probablemente eso no habría dado para seguir adelante. ¿Qué tal probar con ropa selecta para bebés y niños e intentar atraer a tías y abuelas con dinero, dispuestas a gastar en esos caprichos? De las madres mejor olvidarse: seguirían yendo a Callaghans, pues tenían menos dinero y más juicio.

Pero si ella —Johanna— estuviera a cargo del negocio, jamás lograría atraer a nadie. Podría decidir qué era necesario hacer y cómo hacerlo, y darse una vuelta para supervisar a quienes lo hicieran, pero nunca sería capaz de seducir o engatusar. Tómenlo o déjenlo, sería su actitud. Y sin duda ellos lo dejarían.

Eran poquísimas las personas que se encariñaban con ella, y hacía mucho que lo sabía. Sabitha, desde luego, no había derramado ni una lágrima al despedirse, y eso que Johanna era lo más parecido a una madre que tenía, desde que la suya había muerto. Al señor McCauley le disgustaría que se fuera porque ella le había prestado buenos servicios y sería difícil reemplazarla, pero no le dedicaría un pensamiento más. Tanto él como su nieta eran seres malcriados y egoístas. En cuanto a los vecinos, no cabía duda de que se alegrarían. Johanna había tenido problemas a los dos lados de la propiedad. De un lado habían venido por el perro, que iba a cavar al jardín para enterrar y recuperar su provisión de huesos, cuando bien habría podido hacerlo en su casa. Y del otro, por el cerezo negro, que estaba en el terreno de los McCauley pero daba la mayoría de las cerezas en las ramas que colgaban sobre el otro jardín. En ambos casos, ella había armado un buen escándalo y vencido. Ahora el perro estaba atado y los otros vecinos dejaban las cerezas en paz. Subiéndose a la escalera de mano ella podía estirarse hasta alcanzar las ramas del jardín contiguo; claro que ellos ya no ahuyentaban a los pájaros y eso se notaba en la recolección.

El señor McCauley les habría dejado recogerlas. Habría dejado que el perro cavara. Habría dejado que se aprovecharan de él. En parte porque, como eran familias nuevas que vivían en las casas nuevas, prefería no hacerles caso. En el pasado solo había tres o cuatro viviendas grandes en Exhibition Road. Enfrente de ellas estaba el recinto ferial, donde se celebraba la feria de otoño (oficialmente llamada Exposición de Agricultura; de ahí el nombre de la calle), y, en medio, huertas de frutales y pequeños prados. Hacía alrededor de doce años que esas tierras se habían vendido en parcelas de superficie mediana y se habían construido casas; casitas de estilos alternos, unas

de dos plantas y otras de una sola. Algunas ya estaban bastante destartadas.

El señor McCauley solo conocía a los habitantes de un par de casas, con los que mantenía relaciones amistosas: la maestra —la señorita Hood— y su madre, y los Shultz, que tenían el taller de reparación de calzado. La hija de los Shultz, Edith, era o había sido la mejor amiga de Sabitha. Era natural, pues iban al mismo curso en la escuela —al menos el año anterior, después de que Sabitha repitiese— y vivían cerca la una de la otra. Al señor McCauley no le había preocupado; tal vez supiera que al cabo de poco tiempo se llevarían a Sabitha a Toronto para que viviera una vida diferente. Johanna no habría elegido a Edith, si bien la niña no era maleducada ni causaba problemas cuando iba a casa. Y tampoco era tonta. Acaso ese había sido el problema: que era lista y Sabitha no lo era tanto. Había vuelto a Sabitha maliciosa.

Todo aquello se había acabado. Tras la aparición de la prima Roxanne —la señora Huber—, la niña Shultz formaba parte del pasado infantil de Sabitha.

Me encargaré de que te lleven todos tus muebles en el tren lo antes posible y pagaré tan pronto como me digan cuánto va a costar. Se me ha ocurrido que ahora los necesitarás. Supongo que no te sorprenderá mucho que haya pensado que no te molestaría que yo también fuera para ayudarte como espero poder hacerlo.

Esta era la carta que había llevado al correo antes de ir a realizar las gestiones en la estación de ferrocarril. Era la primera que le enviaba a él directamente. Las otras las había deslizado con las cartas que le hacía escribir a Sabitha. Y las de él habían llegado de la misma forma, pulcramente dobladas y con su nombre, Johanna, escrito a máquina en el dorso de la página para no dar lugar a equivocaciones. Así habían evitado que los de la estafeta se enterasen, aparte de que nunca venía mal ahorrarse un sello. Por supuesto, Sabitha podría haber informado a su abuelo y hasta haber leído el texto dirigido a Johanna, pero la niña tenía tan poco interés en comunicarse con su abuelo como en escribir o recibir cartas.

Los muebles estaban almacenados en el establo, que era un simple establo de pueblo, no un establo de verdad con animales y granero. La primera vez que Johanna había ido a mirarlos, alrededor de un año antes, los había encontrado mugrientos y salpicados de excrementos de paloma. Estaban apilados de cualquier manera sin nada que los cubriera. Había llevado al patio los que había podido arrastrar, a fin de despejar el establo para llegar hasta los más voluminosos y pesados: el sofá, el aparador, la vitrina y la mesa. La cabecera de la cama la podía desmontar. Acometió la madera con trapos suaves para quitar el polvo, luego con aceite de limón, y, cuando terminó, relucía como caramelo. Caramelo de arce; y es que la madera era de arce azucarero. A ella le parecía distinguidísima, como las colchas de satén y el pelo rubio. Distinguida y moderna, en total contraste con la madera oscura y los fastidiosos labrados de los muebles que lustraba en la casa. Entonces había pensado que aquellos eran los muebles de él, y lo mismo pensó al sacarlos ese miércoles. Había puesto mantas viejas sobre la pila inferior, para protegerla de lo que estaba encima, y lo había cubierto todo con sábanas para salvaguardarlo de los pájaros, y gracias a eso ahora solo tenía una leve capa de polvo. Aun así volvió a limpiarlos y a aplicarles aceite de limón antes de guardarlos, protegidos de la misma forma, a la espera del camión del viernes.

Estimado señor McCauley:

Me voy en el tren de esta tarde (viernes). Soy consciente de que lo hago sin haberle dado el preaviso, pero renuncio a mi última paga, que el próximo lunes sería de tres semanas. En la olla de vapor que está sobre la cocina hay estofado de ternera, que solo tiene que calentar. Alcanzará para tres comidas, aunque tal vez pueda estirarlo a cuatro. En cuanto esté caliente y se haya usted servido lo que le apetezca, ponga la tapa y métalo en la nevera. Acuérdesse de taparlo enseguida para que no se eche a perder. Recuerdos para usted y para Sabitha. Probablemente tendrán noticias mías cuando me haya establecido.

JOHANNA PARRY

P. D.: Le he enviado los muebles al señor Boudreau porque tal vez los necesite. Cuando caliente el estofado, no olvide fijarse en si hay agua suficiente en el fondo de la olla.

Al señor McCauley no le costó descubrir que el billete que había comprado Johanna era para Gdynia, Saskatchewan. Le bastó con llamar al encargado de la estación y preguntarle. No se le ocurría cómo describir a Johanna —¿parecía vieja o joven?, ¿era flaca o más bien corpulenta?, ¿de qué color era su abrigo?—, pero no hizo falta una vez que mencionó los muebles.

Cuando se recibió la llamada, en la estación había unas pocas personas que esperaban el tren del atardecer. Al principio el encargado intentó hablar en voz baja, pero se alteró al enterarse de que los muebles eran robados (en realidad, lo que dijo el señor McCauley fue «y creo que se llevó unos muebles»). Juró que de haber sabido quién era la mujer y qué se proponía no la habría dejado subir al tren. Esta afirmación fue oída, repetida y creída, sin que nadie preguntara cómo habría detenido a una mujer adulta que había pagado el billete si no tenía una prueba irrefutable de que era una ladrona. La mayoría de los que repitieron las palabras creían que habría podido detenerla y que lo habría hecho; creían en la autoridad de los encargados de estación y de los ancianos elegantes que, como el señor McCauley, caminaban erguidos y vestían traje con chaleco.

El estofado de ternera estaba excelente, como todo lo que cocinaba Johanna, pero el señor McCauley se dio cuenta de que no podía tragarlo. Hizo caso omiso de la instrucción referente a la tapa y dejó la olla abierta sobre la cocina, y ni siquiera apagó el fogón hasta que el agua del fondo se consumió y el olor del metal ahumado lo alertó. Era el olor de la traición.

Se dijo que al menos debía agradecer que alguien se hubiera encargado de Sabitha y él no tuviera que preocuparse por eso. Su sobrina —en realidad la prima de su mujer, Roxanne— le había escrito diciéndole que, por lo que había visto durante su visita al lago Simcoe aquel verano, iba a costar manejar a la niña.

«Francamente, dudo que usted y esa mujer que ha contratado sepan arreglárselas cuando los chicos empiecen a pulular a su alrededor como moscardones».

No había llegado al extremo de preguntarle si quería vérselas con otra Marcelle, pero eso era lo que daba a entender. Había dicho que mandaría a Sabitha a un buen colegio, donde al menos le enseñarían buenos modales.

Encendió el televisor para distraerse, pero no sirvió de nada.

Eran los muebles lo que lo sublevaba. Era Ken Boudreau.

Lo cierto era que tres días antes —justo el día en que Johanna había comprado el billete, según acababa de decirle el encargado de la estación— el señor McCauley había recibido una carta de Ken Boudreau preguntándole si podía: a) adelantarle algún dinero como parte del pago por los muebles guardados en el granero del señor McCauley, que eran suyos (de Ken Boudreau) y de su difunta esposa, Marcelle, o b) de no encontrar la forma de hacerlo, venderlos por lo máximo que pudiera sacar y enviarle la suma lo antes posible a Saskatchewan. No había ninguna alusión a los préstamos que el suegro había hecho al yerno, todos contra el valor de los muebles y por un total que excedía lo que pudiera obtenerse de la venta. ¿Acaso Ken Boudreau lo había olvidado? ¿O simplemente confiaba —lo que era más probable— en que lo hubiera olvidado su suegro?

Al parecer ahora tenía un hotel. Pero la carta rebosaba de diatribas contra el propietario anterior, que lo había engañado respecto a diversos particulares.

«Estoy convencido de que si logro superar este escollo —decía— aún podré sacarle provecho». Pero ¿cuál era el escollo? La necesidad inmediata de dinero, pero Ken Boudreau no explicaba si se lo debía al propietario anterior, al banco, a un prestamista hipotecario o a quién. Era lo de siempre: un tono desesperado y adulador, mezclado con cierta arrogancia, el convencimiento de que se le debía una reparación por las heridas infligidas, la vergüenza sufrida, a causa de Marcelle.

Con muchas prevenciones, pero recordando que al fin y al cabo Ken Boudreau era su

verno, había combatido en la guerra y soportado Dios sabía qué problemas en su matrimonio, el señor McCauley se había sentado a escribir una carta en la que decía que no tenía idea de cómo obtener el mejor precio por los muebles, que le sería muy difícil averiguarlo y que le adjuntaba un talón, que consideraba sin ambages un préstamo personal. Deseaba que su yerno lo aceptara como tal y recordara los muchos préstamos similares efectuados en el pasado, que en conjunto, creía él, excedían el valor de los muebles. Incluía una lista de sumas de dinero y fechas. Aparte de cincuenta dólares abonados hacía casi dos años (y de la promesa de que seguirían pagos periódicos), no había recibido nada. Sin duda el yerno comprendía que, a consecuencia de esos préstamos sin intereses y nunca saldados, los ingresos del señor McCauley se habían reducido, pues no había podido invertir ese dinero.

Había pensado añadir: «No soy tan tonto como al parecer crees», pero decidió no hacerlo, pues el comentario habría revelado su irritación y acaso su debilidad.

Y ahora, mira por dónde, el hombre se había adelantado reclutando a Johanna para su plan —siempre sabía enredar a las mujeres— y se había quedado con los muebles y el talón. Ella había pagado el transporte; se lo había dicho el encargado de la estación. Aquellos trastos de arce vistosos y modernos ya se habían sobrevalorado en negociaciones anteriores, de modo que no obtendrían gran cosa por ellos, sobre todo contando lo que les había cobrado el ferrocarril. De haber sido más inteligentes se habrían limitado a llevarse algo de la casa, algún aparador antiguo o uno de esos canapés demasiado incómodos para usarlos, fabricados y comprados el siglo anterior. Eso, desde luego, habría sido lisa y llanamente un robo. Pero lo que habían hecho no andaba muy lejos.

Se fue a la cama decidido a denunciarlos.

Se despertó en la casa solo, sin que llegara de la cocina olor a café ni a desayuno. En cambio, aún se percibía en el ambiente un tufillo a olla quemada. El frío otoñal se había instalado en las abandonadas habitaciones de techos altos. La noche anterior y las precedentes había hecho calor; aún no se había encendido la caldera y, cuando el señor McCauley la puso en marcha, el aire caliente llegó acompañado de una vaharada a humedad de sótano, a moho y tierra y podredumbre. Se lavó y vistió despacio, con pausas distraídas, y desayunó una rebanada de pan untada con mantequilla de cacahuete. Pertenece a una generación en la que había hombres de los cuales se decía que eran incapaces siquiera de hervir agua, y él era uno de ellos. Miró por las ventanas delanteras y al otro lado de la pista de carreras vio los árboles engullidos por la niebla matinal, que al parecer seguía avanzando, en lugar de retroceder como habría debido a esa hora. Tuvo la impresión de divisar en la niebla los imponentes edificios del viejo recinto ferial: construcciones corrientes y espaciosas, como enormes graneros. Habían estado años y años sin usarse —durante toda la guerra—, y ya no recordaba qué había sido de ellos al final. ¿Los habían demolido o se habían derrumbado? Detestaba las carreras que organizaban ahora en aquel lugar, la multitud y el altavoz y el alcohol ilegal y el desastroso tumulto de los domingos de verano. Cuando pensaba en eso se acordaba de la pobre Marcelle, su hija, sentada en los escalones del porche, saludando a gritos a compañeros de escuela ya adultos que bajaban de los coches aparcados y se apresuraban a ver las carreras. Qué emocionada estaba, qué contenta de haber vuelto al pueblo, cómo abrazaba y retenía a la gente hablando a cien por hora, parloteando sobre la infancia y lo mucho que había echado de menos a todo el mundo. Decía que lo único imperfecto de la vida era que añoraba a su marido, Ken, quien se había quedado en el oeste por asuntos de trabajo.

Salía en pijama de seda, con el pelo, teñido de rubio, sin peinar. Tenía delgados los brazos y las piernas, pero la cara un poco abotargada, y lo que ella llamaba bronceado parecía un marrón enfermizo que no era debido al sol. Tal vez fuese ictericia.

La niña se quedaba dentro viendo la tele, dibujos animados de domingo para los que

sin duda ya era demasiado mayor.

Él no sabía cuál era el problema, ni estaba seguro de que hubiera alguno. Marcelle se había marchado a London a que le hicieran un examen, cosas de mujeres, y había muerto en el hospital. Cuando él había telefoneado al marido para comunicárselo, Ken Boudreau había dicho: «¿Qué tomó?».

Si la madre de Marcelle hubiese vivido aún, ¿las cosas habrían sido diferentes? Lo cierto era que la perplejidad de la madre, cuando vivía, no había sido menor que la de él. Lloraba sentada en la cocina mientras la hija adolescente, encerrada con llave en su habitación, se descolgaba por la ventana hasta el techo del porche para ser recibida por coches llenos de muchachos.

En la casa dominaba una sensación de abandono cruel, de falsedad. Sin duda él y su mujer habían sido buenos padres, a quienes Marcelle había puesto contra la pared. Cuando se fugó para casarse con un piloto de aviación, habían confiado en que al fin se encarrilaría. Se mostraron tan generosos con ellos como si hubieran sido la pareja más correcta. Pero todo se había ido al garete. Con Johanna Parry había sido igualmente generoso, y mira por dónde que ella también se volvía contra él.

Se encaminó al pueblo y entró en el hotel a desayunar. La camarera dijo: «Qué madrugador ha sido hoy».

Y mientras ella le servía el café empezó a explicarle que el ama de llaves se había marchado sin mediar advertencia ni provocación, que no solo había abandonado el trabajo sin darle el preaviso, sino que además se había llevado un montón de muebles que habían pertenecido a su hija y que ahora se suponía que pertenecían a su yerno, aunque en realidad no era así porque los habían comprado con la dote de su hija. Le contó que su hija se había casado con un piloto de aviación, un individuo apuesto y en apariencia honrado, en quien no se podía confiar en cuanto doblaba la esquina.

«Disculpe —dijo la camarera—. Me encantaría charlar, pero hay gente que espera el desayuno. Disculpe...».

Subió las escaleras del despacho y, desplegados sobre el escritorio, encontró los viejos mapas que había estudiado el día anterior en un intento de localizar el primer cementerio del condado (abandonado, según creía, en 1839). Encendió la luz y se sentó, pero se dio cuenta de que no lograba concentrarse. Después de la regañina de la camarera —o de lo que él consideraba una regañina—, no había podido tomar el desayuno ni disfrutar del café. Decidió dar un paseo para serenarse.

Pero en vez de caminar como acostumbraba, saludando a la gente e intercambiando unas pocas palabras con cada uno, se encontró prorrumpiendo en largas parrafadas. Apenas le preguntaban cómo estaba esa mañana, empezaba, del modo más insólito y hasta vergonzoso, a dar suelta a sus penas y, al igual que la camarera, los otros esgrimían ocupaciones urgentes, asentían con la cabeza mientras movían los pies y se excusaban para alejarse. No daba la impresión de que la mañana se volviera más cálida como solía ocurrir cuando al amanecer había niebla; puesto que la chaqueta no abrigaba lo suficiente, buscó refugio en las tiendas.

Los más consternados eran quienes lo conocían desde hacía más tiempo. Siempre había sido un hombre reservado: un caballero educado que tenía la mentalidad de otro tiempo y usaba la cortesía a modo de airosa disculpa por sus privilegios (lo que en cierto modo parecía un chiste, porque esos privilegios eran sobre todo un recuerdo personal y nadie los percibía). Era la última persona de quien cabía esperar que ventilara sinsabores o pidiera comprensión —no lo había hecho tras la muerte de su mujer, y ni siquiera al fallecer su hija—, y sin embargo ahí estaba, mostrando cierta carta, preguntando si no era una vergüenza que aquel sujeto le hubiera sacado dinero continuamente y ahora, después de apelar una vez más a su compasión, se hubiera confabulado con el ama de llaves para robar los muebles. Algunos pensaban que se refería a sus propios muebles; creían que el anciano se había quedado sin una cama o

una mesa en la casa. Le aconsejaban que acudiera a la policía.

«No sirve de nada, no sirve de nada —decía él—. No se puede sacar sangre de una piedra».

Entró en el taller de reparación de calzado y saludó a Herman Shultz.

—¿Se acuerda de los botines que traje para que les cambiara las suelas? ¿Los que compré en Inglaterra? Les cambié las suelas hará cuatro o cinco años.

La tienda parecía una cueva, con bombillas con pantalla colgadas sobre las diversas zonas de trabajo. Tenía una ventilación abominable, pero sus olores varoniles —a cola y cuero, a betún y suelas recién cortadas y viejas suelas podridas— reconfortaban al señor McCauley. Su vecino Herman Shultz, un trabajador experto con gafas, de piel cetrina y hombros encorvados, estaba todo el año ocupado allí, martillando y extrayendo clavos, recortando el cuero en la forma deseada con el taimado cuchillo curvo. El fieltro se cortaba con una especie de sierra circular diminuta. Las gamuzas susurraban, la lija producía un ruidito áspero, la piedra de afilar de la punta de una herramienta chirriaba como un insecto mecánico y la máquina de coser perforaba el cuero con un formal ritmo industrial. El señor McCauley conocía los olores, los sonidos y las actividades concretas del lugar desde hacía años, pero nunca los había identificado ni les había dedicado una reflexión. En ese momento, con el ennegrecido mandil de cuero puesto y una bota en la mano, Herman se enderezó, sonrió, asintió, y el señor McCauley vio la vida entera del hombre en esa cueva. Deseó expresarle simpatía, admiración u otro sentimiento que no entendía.

—Sí, me acuerdo —dijo Herman—. Eran unos botines muy buenos.

—Unos botines magníficos. Los compré en el viaje de bodas, ¿sabe? En Inglaterra. Ahora no recuerdo dónde, pero en Londres no fue.

—Recuerdo que me lo contó.

—Hizo un trabajo espléndido. Todavía aguantan de maravilla. Un trabajo espléndido, Herman. Trabaja usted con honradez.

—Eso está bien.

Herman echó un vistazo a la bota que tenía en la mano. El señor McCauley comprendió que quería volver al trabajo, pero él no podía irse.

—Acabo de tener un disgusto. Algo que me ha abierto los ojos.

—¿De veras?

El anciano sacó la carta y empezó a leer fragmentos en voz alta, intercalando risas lúgubres.

—Bronquitis. Dice que tiene bronquitis. No sabe a quién recurrir. «No sé a quién recurrir». Él siempre sabe a quién recurrir. Cuando ya lo ha probado todo, recurre a mí. «Unos cientos de dólares hasta que me recupere». Me ruega y me suplica y mientras tanto intriga con mi ama de llaves. ¿Se ha enterado usted? Esa mujer ha robado un montón de muebles y se los ha llevado al oeste. Estaban conchabados. Y a ese hombre le he salvado el pellejo una y otra vez. Y nunca me ha devuelto un centavo. Bueno, no, debo decir la verdad: me ha devuelto cincuenta dólares. Cincuenta de cientos y cientos. De miles. En la guerra estuvo en las fuerzas aéreas, ¿sabe? A los más bajitos solían mandarlos a la aviación. Se pavonean por ahí creyendo que son héroes de guerra. Mire, supongo que no debería decirlo, pero opino que la guerra echó a perder a esos individuos, no han vuelto a adaptarse a la vida. Pero como disculpa no sirve, ¿verdad? No puedo disculparlo siempre porque estuvo en la guerra.

—No, claro que no.

—Supe que no era de fiar en cuanto lo vi. Y eso es lo más insólito: lo sabía y de todos modos dejé que me engatusara. Hay gente así. Nos apiadamos de ellos precisamente por lo sinvergüenzas que son. Le conseguí un puesto en una compañía de seguros. Yo tenía contactos. Como es lógico, la fastidió. Un mal bicho. Algunos son así, no hay nada que hacer.

—En eso tiene razón.

Ese día, la señora Shultz no estaba en la tienda. Por lo general atendía el mostrador: recibía los zapatos, se los mostraba a su esposo e informaba de lo que este había dicho, hacía los resguardos y cobraba cuando los zapatos eran entregados. El señor McCauley recordaba que en verano la habían operado de algo.

—¿Su esposa no ha venido hoy? ¿Se encuentra bien?

—Ha decidido que hoy le convenía descansar. Está mi hija.

Herman Shultz señaló con la cabeza los estantes que había a la derecha del mostrador, donde se exponían los zapatos ya arreglados. El señor McCauley se volvió y vio a Edith, la hija, en quien no había reparado al entrar. Era una chica menuda como una niña, de cabello moreno y lacio; estaba de espaldas a él, reordenando los zapatos. De la misma manera parecía haberse hurtado a la vista cuando iba a casa a visitar a su amiga Sabitha. No había forma de verle bien la cara.

—¿Ahora te dedicas a ayudar a tu padre? —preguntó el señor McCauley—. ¿Te has cansado de la escuela?

—Es sábado —dijo Edith, volviéndose a medias, con una sonrisa tímida.

—Claro. Bueno, de todos modos está muy bien que ayudes a tu padre. Debes cuidar a tus mayores. Se han esforzado mucho y son buenas personas. —Con un ligero aire de excusa, como si supiera que se mostraba demasiado sentencioso, el señor McCauley añadió—: Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en...

Edith dijo algo con la intención de que él no lo oyera.

—Taller de reparación de calzado —dijo.

—Les estoy robando su tiempo. Estoy abusando de su amabilidad —dijo el señor McCauley con tristeza—. Tienen trabajo.

—No hay necesidad de que te muestres sarcástica —comentó el padre de Edith cuando el anciano hubo salido.

Durante la cena le habló del señor McCauley a la madre de Edith.

—No es el mismo —dijo—. Le ha pasado algo.

—Tal vez una embolia leve —aventuró ella.

Desde que la habían operado —de cálculos biliares—, hablaba de las enfermedades ajenas con conocimiento de causa y una plácida satisfacción.

Ahora que Sabitha se había ido, que se había esfumado en una clase de vida que al parecer siempre había estado esperándola, Edith volvía a ser la persona que era antes de que su amiga llegara al pueblo. «Muy madura para su edad», diligente, crítica. Después de tres semanas de bachillerato ya sabía que le iba a ir muy bien en todas las asignaturas nuevas: latín, álgebra, literatura inglesa. Estaba convencida de que se reconocería y alabaría su inteligencia y de que tenía ante sí un gran porvenir. La necedad del año anterior con Sabitha empezaba a desvanecerse.

Con todo, cuando pensó en el viaje al oeste de Johanna el pasado volvió con un escalofrío, una alarma invasora. Intentó sepultarlo bajo una losa, pero era imposible.

Apenas terminó de fregar los platos se fue a su habitación con el libro que le habían mandado leer en la clase de literatura: *David Copperfield*.

Era una chica que nunca había recibido más que reprimendas tibias de sus padres —padres demasiado mayores para una muchacha de su edad, lo que, según la gente, explicaba que fuera como era—, pero se identificaba por completo con David y su desdichada situación. Pensaba que era como él, que lo mismo habría dado que fuese huérfana, porque probablemente tendría que huir, ocultarse y valerse por sí misma cuando la verdad saliera a la luz y el pasado le cerrase el futuro.

Todo había empezado cuando, camino de la escuela, Sabitha dijo:

—Tenemos que pasar por correos. Tengo que mandarle una carta a mi padre.

Todos los días iban y volvían juntas de la escuela. A veces caminaban con los ojos cerrados, o hacia atrás. Otras veces, al cruzarse con alguien, farfullaban en un idioma

absurdo, para provocar confusión. La mayoría de las ideas buenas eran de Edith. La única que se le había ocurrido a Sabitha fue lo de escribir el nombre de un chico y el propio, tachar todas las letras que aparecían más de una vez y contar las restantes. A continuación había que ir contando con los dedos y diciendo «Odio, amistad, noviazgo, amor, matrimonio», hasta que se llegaba al número, y ese era el veredicto sobre lo que podía pasar entre una y el chico.

—Qué carta más gruesa —comentó Edith. Se fijaba en todo y todo lo recordaba; memorizaba en un periquete páginas enteras de los libros del colegio con una precisión que a los otros niños les resultaba siniestra—. ¿Tantas cosas tenías que decirle a tu padre? —preguntó, sorprendida, porque no se lo creía; al menos, no creía que Sabitha las hubiera puesto por escrito.

—Yo solo he escrito una página —dijo Sabitha palpando la carta.

—A-já —exclamó Edith—. Ah. Ja.

—¿Ajá qué?

—Apuesto a que ella ha puesto algo más. Johanna.

La consecuencia fue que, en vez de llevar la carta directamente a correos, al salir de la escuela la abrieron con vapor en casa de Edith. Podían hacer cosas así en casa de Edith porque su madre trabajaba todo el día en el taller de reparación de calzado.

Estimado señor Ken Boudreau:

He pensado que debía escribirle para darle las gracias por las palabras amables que decía de mí en la carta que envié a su hija. Descuide, que no me marcharé. Dice que soy una persona de fiar. Eso es lo que he entendido y, por lo que sé, es verdad. Le agradezco que lo haya dicho, porque algunos piensan que las personas como yo, que no se sabe de dónde vienen, son Inaceptables. Por eso he decidido contarle un poco mi vida. Nací en Glasgow, pero mi madre tuvo que abandonarme cuando se casó. A los cinco años me llevaron al Orfanato. Yo esperaba que mi madre volviera, pero no volvió y me acostumbré a estar allí, y la verdad es que no eran Malos. A los once años me trajeron a Canadá como parte de un Plan y viví con los Dixon, trabajando en su huerto. El Plan incluía ir a la escuela, pero lo cierto es que no fui mucho. En invierno trabajaba en casa para la señora, pero las circunstancias hicieron que decidiera marcharme y, como era alta y fuerte para mi edad, conseguí que me contrataran en una Residencia de Ancianos. No es que no me gustara el trabajo, pero para ganar más dinero me fui a trabajar a una Fábrica de Escobas. La madre del dueño, el señor Willets, era una señora anciana y solía ir a ver cómo marchaban las cosas, y en cierto modo las dos nos tomamos cariño. Como a mí el ambiente me causaba problemas respiratorios, me dijo que debería trabajar para ella y así lo hice. Viví a su lado doce años en el norte, junto a un lago llamado Mourning Dove Lake. Solo estábamos nosotras dos, pero yo me ocupaba de todo lo de fuera y lo de casa, hasta de conducir la lancha motora y el coche. Aprendí a leer bien porque ella iba perdiendo vista y le gustaba que yo le leyera. Murió a los noventa y seis años. Usted dirá qué vida para una persona joven, pero yo era feliz. Comíamos siempre juntas y el último año y medio dormí en su habitación. Pero después de su muerte la familia me dio una semana para que hiciera la maleta. Ella me había dejado dinero y supongo que no les gustó. Quería que lo empleara en Educación, pero habría tenido que ir a clase con niños. Así que, cuando vi el anuncio que el señor McCauley puso en el *Globe and Mail*, vine a ver de qué se trataba. Necesitaba trabajar para no seguir echando en falta a la señora Willets. Bien, me figuro que ya lo he aburrido bastante con mi Historia y será un alivio que haya llegado al Presente. Gracias por su buena opinión y por haberme llevado a la Feria. No soy de esas a las que les gustan montar en atracciones y comer porquerías, pero desde luego fue un placer que contaran conmigo.

Su amiga,

JOHANNA PARRY

Edith leyó las palabras de Johanna en voz alta e implorante, y con expresión de congoja.

—Nací en Glasgow, pero mi madre tuvo que abandonarme cuando me vio la cara...

—Para —dijo Sabitha—. Me estoy poniendo mala de la risa.

—¿Cómo metió su carta sin que te enteraras?

—Siempre me coge el papel, lo pone en el sobre y escribe la dirección porque dice que

yo no tengo buena letra.

Edith tuvo que pegar con celo la solapa del sobre porque no quedaba suficiente goma.

—Está enamorada de él —afirmó.

—Puaj, me dan ganas de vomitar —dijo Sabitha apretándose el estómago—. No puede ser. Johanna la vieja.

—Por cierto, ¿y él qué decía de ella?

—Solo que yo tenía que respetarla y que si se marchaba sería un desastre y que era una suerte que estuviese porque él no tenía un hogar para mí y el abuelo solo no podía criar a una niña y blablá. Decía que era una señora. Que él sabía lo que decía.

—Entonces ella va y se enamora.

La carta se quedó esa noche con Edith para que Johanna no descubriera que no la habían enviado y que estaba pegada con celo. A la mañana siguiente la llevaron a correos.

—A ver qué contesta él. Tú estate atenta —comentó Edith.

Durante mucho tiempo no llegó ninguna carta. Y cuando llegó fue decepcionante. La abrieron con vapor en casa de Edith, pero dentro no encontraron nada para Johanna.

Querida Sabitha:

Este año la Navidad me pilla un poco apurado de dinero, siento no tener más que un billete de dos dólares para enviarte. Con todo, espero que estés bien de salud y tengas una feliz Navidad y hagas tus deberes. Por mi parte, últimamente no me he encontrado del todo bien. He tenido una bronquitis, cosa que me sucede todos los años, aunque este es el primero que acabo en cama antes de las fiestas. Como verás por la dirección, me he cambiado de casa. El piso estaba en una zona muy ruidosa y pasaba demasiada gente con ganas de juerga. Ahora vivo en una pensión, lo que me viene de perillas porque hacer la compra y cocinar nunca ha sido lo mío.

Feliz Navidad. Te quiere,

PAPÁ

—Pobre Johanna —dijo Edith—. Se le romperá el corazón.

—¿Y qué importa? —preguntó Sabitha.

—Salvo que lo hagamos nosotras —dijo Edith.

—¿El qué?

—Responderle.

Tendrían que escribir la carta a máquina, porque si no Johanna se daría cuenta de que no era la letra del padre de Sabitha. En casa de Edith había una máquina sobre una mesa de juego de la sala de estar. La madre había trabajado en un despacho antes de casarse y a veces todavía se ganaba un dinerillo mecanografiando la clase de cartas que la gente quería que tuviera un aspecto oficial. Había dado a Edith unas nociones de mecanografía con la esperanza de que algún día ella también consiguiera trabajo en un despacho.

—Querida Johanna —dijo Sabitha—. Lo siento mucho pero con esas manchas horribles que tienes en la cara no puedo enamorarme de ti.

—Cierra la boca —ordenó Edith—, que voy a hacerlo en serio.

Escribió: «Me ha alegrado mucho recibir la carta...»; pronunciaba las palabras del texto en voz alta, se detenía a pensar, y su voz se volvía cada vez más tierna y solemne. Despatarrada en el sofá, Sabitha se reía. En cierto momento encendió el televisor, pero Edith le dijo:

—Porfaaa. ¿Tú crees que con esa mierda encendida puedo concentrarme en los sentimientos?

Edith y Sabitha usaban las palabras «mierda», «zorra» y «joder» cuando estaban las dos solas.

Estimada Johanna:

Me ha alegrado mucho recibir la carta que puso con la de Sabitha y saber más de su vida. Tiene que haber pasado momentos de tristeza y soledad, aunque parece una suerte que encontrara a una persona como la señora Willets. Sin embargo, ha trabajado siempre sin quejarse y debo decir que la admiro mucho. En cuanto a mí, he vivido a salto de mata y nunca me he asentado

del todo. No sé por qué tengo esta inquietud y soledad interior; parece que es mi destino. Conozco a mucha gente y hablo con todos pero a veces me pregunto: ¿quién es de veras amigo mío? Entonces llega su carta y al final usted escribe: su amiga. Y yo pienso: ¿lo dirá en serio? Y qué bonito regalo de Navidad sería que Johanna me dijera que es mi amiga. Tal vez usted tan solo quiso ser amable y no me conoce bastante. De todos modos, feliz Navidad.
Su amigo,

KEN BOUDREAU

La carta iba a nombre de Johanna. También acabaron por mecanografiar la dirigida a Sabitha, pues ¿por qué iba a estar una escrita a máquina y la otra no? Esta vez habían usado con cautela el vapor y abierto el sobre con mucho cuidado para evitar delatarse con el celo.

—¿Y por qué no escribimos a máquina en un sobre nuevo? A fin de cuentas, las cartas están mecanografiadas —dijo Sabitha creyéndose muy lista.

—Porque un sobre nuevo no llevaría matasellos. Serás tonta.

—¿Y si él contesta?

—Leeremos la carta.

—Vale, ¿y si ella contesta pero le envía la carta directamente a él?

Edith no quiso reconocer que no había pensado en eso.

—No lo hará. Es demasiado astuta. De todos modos, tú contestas enseguida y así se le ocurrirá la idea de meter la carta en tu sobre.

—Me revienta escribir cartas estúpidas.

—Venga. No te vas a morir. ¿No tienes ganas de saber qué le dice?

Estimado Amigo:

Me pregunta si lo conozco lo suficiente para ser amiga suya y mi respuesta es que creo que sí. Solo he tenido una Amiga en mi vida, la señora Willets. La quería y ella me trataba bien, pero murió. Era mucho mayor que yo y el problema con los Amigos Mayores es que se mueren y nos dejan solos. Era tan vieja que a veces me llamaba por el nombre de otra persona. Pero a mí no me importaba.

Le contaré algo raro. Aquel retrato que usted pidió que nos tomara el fotógrafo de la feria, en el que estamos usted, Sabitha, su amiga Edith y yo, lo mandé ampliar y enmarcar y lo puse en la sala. No es una fotografía muy buena y la verdad es que el hombre le cobró demasiado, pero es mejor que nada. Pues bien, anteayer le estaba quitando el polvo y me imaginé que lo oía a usted saludarme. Hola, me decía, y le miré la cara todo lo bien que se puede ver en la fotografía y pensé: Vaya, debo de estar volviéndome loca. O a lo mejor es una señal de que hay una carta en camino. Lo digo en broma. La verdad es que no creo en esas cosas. Pero ayer llegó una carta. Ya ve, pues, que no es demasiado pedirme que sea su amiga. Siempre sé encontrar la forma de estar atareada, pero un Amigo de verdad es algo muy diferente.

Su Amiga,

JOHANNA PARRY

Desde luego, no era posible meterla en el sobre. Al padre de Sabitha le escamarían las referencias a una carta que él no había escrito. Hubo que romper en pedacitos las palabras de Johanna y tirarlas al váter de la casa de Edith.

Cuando llegó la carta que contaba lo del hotel habían pasado muchos meses. Era verano. Y Sabitha la recogió por casualidad, ya que había estado tres semanas fuera, en el chalet que su tía Roxanne y su tío Clark tenían junto al lago Simcoe.

Casi lo primero que dijo al entrar en casa de Edith fue:

—Guugui. Qué peste.

«Guugui» era una expresión que había aprendido de sus primas.

Edith olfateó el aire.

—Yo no huelo nada.

—Es como el olor de la tienda de tu padre, aunque no tan fuerte. Deben de traerlo a casa con la ropa y demás.

Edith se encargó del vapor y de abrir el sobre. Al salir de correos Sabitha había parado en la pastelería para comprar dos éclairs de chocolate. Estaba tendida en el sofá comiéndose el suyo.

—Una sola carta. Para ti —dijo Edith—. Pobre Johanna. Claro que él no recibió la de ella.

—Léemela —pidió Sabitha con resignación—. Tengo los dedos pringosos.

Edith la leyó con rapidez notarial, casi sin hacer pausa en las comas.

Bien, Sabitha, mi suerte ha dado un giro y como puedes ver ya no estoy en Brandon sino en un lugar llamado Gdynia. Y no trabajo para mis jefes anteriores. Pasé un invierno muy malo por culpa de los problemas respiratorios y ellos, es decir, mis jefes, consideraron que debía salir a trabajar aunque corriera el riesgo de pillar una neumonía, así que tuvimos una buena discusión y decidimos decirnos adiós. Pero la suerte es muy extraña y más o menos por esa época me convertí en dueño de un hotel. Es difícil explicar los pormenores pero, si tu abuelo quiere saber cómo ha sido, dile que una persona que me debía dinero me dio el hotel a modo de pago. Así que he pasado de un cuarto en una pensión a un edificio de doce habitaciones y de no ser dueño ni de mi cama a tener unas cuantas. Es estupendo levantarse por la mañana sabiendo que eres tu propio jefe. Necesita algunas reparaciones, de hecho un montón, y pondré manos a la obra en cuanto haga menos frío. Tendré que contratar a alguien que me ayude y más adelante a un buen cocinero para tener restaurante además de bar. Supongo que irá viento en popa porque en este pueblo no hay ninguno. Espero que estés bien, hagas tus deberes y seas educada.

Te quiere,

PAPÁ

—¿Tienes café? —preguntó Sabitha.

—Instantáneo —respondió Edith—. ¿Por qué?

Sabitha dijo que en el chalet todo el mundo tomaba café con hielo y que les chiflaba. A ella también le chiflaba. Se levantó y estuvo trasteando en la cocina, hirvió el agua y mezcló el café con leche y los cubitos de hielo.

—En realidad necesitaríamos crema de vainilla —dijo—. Jo, Diosss, es genial. ¿No te comes tu éclair?

«Jo, Diosss».

—Sí, enterito —contestó Edith con saña.

Cuántos cambios en Sabitha en apenas tres semanas, durante las cuales Edith había trabajado en la tienda mientras su madre se reponía en casa de la operación. Sabitha tenía la piel de un tostado delicioso y el pelo más corto y ahuecado en torno a la cara. Sus primas se lo habían cortado y le habían hecho una permanente. Llevaba una especie de mono con falda pantalón abotonada por delante y volantes en las mangas de un color azul muy favorecedor. Había engordado un poco, y cuando se inclinó a recoger el vaso de café con hielo, que estaba en el suelo, exhibió un canalillo terso y resplandeciente.

Pechos. Debían de haberle empezado a crecer antes de que se marchara, pero Edith no lo había notado. Quizá una se despertaba un día y descubría que los tenía. O que no.

Comoquiera que salieran, parecían indicar una ventaja del todo injusta e inmerecida.

Sabitha no paraba de hablar de las primas y la vida en el chalet. Decía: «Oye, tengo que contarte algo que es la monda», y se ponía a parlotear sobre lo que la tía Roxanne había dicho al tío Clark en medio de una pelea, sobre la vez que Mary Jo las llevó al autocine en el coche de Stan (¿quién era Stan?) con la capota baja y sin permiso de conducir, y nunca quedaba del todo claro qué era la monda o a qué venía la historia.

Pero al cabo de un tiempo se aclararon otras cosas. Las auténticas aventuras del verano. Las niñas mayores —entre ellas, Sabitha— dormían en el piso de arriba del cobertizo de las barcas. A veces hacían guerras de cosquillas: atacaban todas juntas a una y le hacían cosquillas hasta que pedía clemencia a gritos y aceptaba bajarse el pantalón del pijama para mostrar si tenía vello. Se contaban historias sobre niñas del internado que hacían cosas con el mango del cepillo de dientes, con el mango del cepillo del pelo. «Guugui». Una vez, dos primas habían dado un espectáculo: una se había puesto encima de la otra y había hecho de chico, y habían trenzado las piernas y gemido y jadeado y perdido la cabeza.

La hermana del tío Clark y su marido habían ido a pasar la luna de miel, y a él lo habían visto meterle la mano bajo el traje de baño.

—Esos dos sí que se querían, lo hacían día y noche —dijo Sabitha. Se apretó un cojín contra el pecho—. Cuando la gente está tan enamorada no puede evitarlo.

Una de las primas ya lo había hecho con un chico. Él trabajaba en verano en los jardines del centro turístico que había carretera abajo. Se la había llevado en un bote y había amenazado con tirarla al agua si no le dejaba hacérselo. O sea, que no había sido culpa de ella.

—¿Y tu prima no sabía nadar? —preguntó Edith.

Sabitha se metió el cojín entre las piernas.

—Aaay —dijo—. Qué gusto da.

Edith lo sabía todo sobre los placenteros tormentos que sentía Sabitha, pero estaba horrorizada de que alguien los ventilara en público. A ella, por su parte, le daban miedo. Años atrás, sin saber aún qué hacía, se había dormido con la sábana entre las piernas; su madre la había descubierto y le había hablado de una niña que no paraba de hacer esas cosas y a la que al final tuvieron que operar para solucionar el problema.

«Primero le echaban agua fría, pero ni así se curó —le había contado su madre—. De modo que tuvieron que amputarla».

De lo contrario se le habrían congestionado los órganos y la niña podría haber muerto.

—Para ya —le ordenó a Sabitha.

Pero su amiga siguió gimiendo desafiante y dijo:

—No es nada. Lo hacíamos todas. ¿Tú no tienes un cojín?

Edith se levantó, fue a la cocina y llenó de agua su vaso vacío de café con hielo.

Cuando volvió, Sabitha estaba tendida en el sofá, riendo, y el cojín, tirado en el suelo.

—¿Qué creías que estaba haciendo? —preguntó—. ¿No ves que era una broma?

—Tenía sed —respondió Edith.

—Acabas de beberte un vaso entero de café con hielo.

—Tenía sed de agua.

—Contigo no hay forma de divertirse. —Sabitha se sentó—. Si tienes tanta sed, ¿por qué no bebes?

Guardaron un silencio taciturno hasta que Sabitha dijo, con tono conciliador pero decepcionado:

—¿No le vamos a escribir otra carta a Johanna? Venga, escribámosle una cartita de amor emotiva.

Edith había perdido buena parte del interés por las cartas, pero la complació que en el caso de Sabitha no fuera así. Recuperó cierta sensación de poder sobre ella, a pesar del lago Simcoe y los pechos. Con un suspiro, como de mala gana, se levantó y retiró la funda de la máquina de escribir.

—Mi queridísima Johanna... —dijo Sabitha.

—No. Eso da asco.

—Ella no pensará lo mismo.

—Sí que lo pensará —afirmó Edith.

Se preguntó si debía alertar a Sabitha sobre el peligro de la congestión de órganos. Decidió que no. Para empezar, la información entraba en la categoría de advertencias que había recibido de su madre y de las que nunca sabía si debía fiarse plenamente o desconfiar. Su grado de credibilidad no era tan bajo como el de la idea de que usar botas de agua en casa estropeaba la vista, pero nunca se sabía... Quizá ocurriera con el tiempo.

Y, en segundo lugar, Sabitha se reiría. Solía reírse de las advertencias; se habría reído incluso si ella le hubiera dicho que los éclairs de chocolate engordaban.

—Tu última carta me dio la felicidad...

—Tu última carta me dejó extasiado... —dijo Sabitha.

—... me dio la felicidad de pensar que por fin tengo en el mundo una amiga de verdad, y esa amiga eres tú.

—El deseo de estrujarte entre mis brazos no me dejó dormir en toda la noche...

—Sabitha se abrazó el torso y empezó a mecerse.

—¡No! No sabes cuántas veces me he sentido solo a pesar de mi vida gregaria, sin saber a quién recurrir.

—¿Qué quiere decir «gregario»? Seguro que ella no lo sabrá.

—Ella sí lo sabrá.

La respuesta le cerró la boca a Sabitha y quizá hirió sus sentimientos. De modo que al final Edith leyó:

—Debo despedirme y solo puedo hacerlo si te imagino leyendo estas líneas y ruborizándote... ¿Ya se parece más a lo que querías?

—Leyendo estas líneas en la cama, en camisón —dijo Sabitha, que siempre se reponía enseguida—, pensando en cómo te estrujaría entre mis brazos y te chuparía las tetas...

Querida Johanna:

Tu última carta me dio la felicidad de pensar que por fin tengo en el mundo una amiga de verdad, y esa amiga eres tú. No sabes cuántas veces me he sentido solo a pesar de mi vida gregaria, sin saber a quién recurrir.

Bien, ya le he contado a Sabitha en mi carta que la suerte me ha favorecido y que voy a dedicarme al negocio hotelero. No le he dicho que el invierno pasado estuve muy enfermo porque no quería preocuparla. Tampoco quiero preocuparte a ti, querida Johanna. Solo quiero decirte que he pensado en ti muchas veces y he deseado ver tu dulce rostro. Cuando tenía fiebre me parecía verlo realmente, inclinado sobre mí, y oía tu voz diciendo que pronto estaría mejor y sentía las atenciones de tus bondadosas manos. Entonces vivía en la pensión y, una vez que remitió la fiebre, hubo muchas bromas sobre quién era esa tal Johanna. Pero grande fue mi tristeza al despertarme y descubrir que tú no estabas. Llegué a preguntarme si no habrías venido volando para estar conmigo, aunque bien sabía que era imposible. Créeme, créeme, no habría recibido ni a la estrella de cine más hermosa con tanta alegría como a ti. No sé si debo contarte otras cosas que me decías, ya que eran íntimas y tiernas y tal vez te incomoden. Me cuesta acabar esta carta porque es como si te tuviera entre mis brazos mientras conversamos en voz baja en la penumbra de nuestra habitación, pero debo despedirme y solo puedo hacerlo si te imagino leyendo estas líneas y ruborizándote. Sería maravilloso que las leyeras en la cama, en camisón, pensando cuánto me gustaría estrujarte entre mis brazos.

Con a-o-

KEN BOUDREAU

Aunque pareciera increíble, la carta no tuvo respuesta. Cuando Sabitha hubo escrito media página, Johanna la metió en el sobre, puso la dirección y eso fue todo.

Cuando Johanna bajó del tren no había nadie esperándola. No se permitió preocuparse; al fin y al cabo ya había pensado que era posible que la carta no llegara antes que ella. (De hecho había llegado y estaba en la oficina de correos, sin recoger, ya que Ken Boudreau, que el invierno anterior no había sufrido ninguna enfermedad grave, ahora sí tenía bronquitis y llevaba varios días sin ir a buscar la correspondencia. Esa misma mañana se le había añadido otro sobre con el talón del señor McCauley, aunque el pago ya había sido bloqueado).

Lo que la intranquilizó más fue que aquello no parecía un pueblo. La estación era un recinto cerrado con bancos a lo largo de las paredes y una persiana de madera bajada delante de la taquilla. También había un depósito de mercancías —eso supuso ella que sería—, pero la puerta corredera no cedía. Atisbó por una rendija entre las planchas hasta que los ojos se le acostumbraron a la oscuridad y vio que estaba vacío y que el suelo era de tierra. No había cajas con muebles. Llamó varias veces —«¿Hay alguien aquí?, ¿hay alguien aquí?»—, aunque no esperaba que le respondieran.

Se quedó en el andén intentando orientarse.

A media milla se alzaba una pequeña colina, visible de inmediato porque estaba coronada por árboles. Y la pista de aspecto arenoso, que desde el tren le había

parecido un camino que recorría los campos de una granja, debía de ser la carretera. Comenzó a distinguir, dispersas entre los árboles, bajas siluetas de construcciones..., y un depósito de agua, que en la distancia parecía un juguete, un soldadito de plomo con piernas muy largas.

Recogió la maleta —eso no representaría ninguna dificultad; al fin y al cabo la había cargado desde Exhibition Road hasta la otra estación— y se puso en marcha.

Soplaba el viento, pero hacía calor —el tiempo era más caluroso que el que había dejado en Ontario— y hasta el viento era caliente. Encima del vestido nuevo llevaba el viejo abrigo de siempre, que en la maleta habría ocupado demasiado espacio. Deseaba llegar a la sombra del pueblo, pero una vez allí descubrió que los árboles eran o píceas, demasiado tiesas y estrechas para dar sombra, o bien álamos mustios de hojas menudas que al mecerse dejaban pasar el sol.

El lugar mostraba una desalentadora falta de formalidad o de cualquier tipo de organización. No había aceras, calles asfaltadas ni edificios imponentes, salvo una iglesia grande que parecía un granero de ladrillo. Sobre la puerta, una pintura representaba a la Sagrada Familia con rostros de color arcilla y ojos azules escrutadores. Llevaba el nombre de un santo ignoto: San Voytech.

La situación y planificación de las casas no revelaba gran previsión. Se alzaban en diversos ángulos respecto a la carretera, o calle, la mayor parte tenían mezquinas ventanitas repartidas por las paredes y un porche contra la nieve que parecía una caja en torno a la puerta. No había nadie en los jardines y ¿por qué debía haber alguien? No había nada que cuidar, salvo matas de hierba parda y un solo arbusto de ruibarbo, que ya producía semilla.

La calle principal, si es que lo era, tenía una acera elevada de madera únicamente a un lado y algunos edificios desvencijados, de los cuales solo un colmado (que albergaba la estafeta) y un garaje daban impresión de actividad. Vio una construcción de dos plantas que le pareció el hotel, pero era un banco y estaba cerrado.

El primer humano que vio —aunque ya le habían ladrado dos perros— fue un hombre atareado delante del garaje. Estaba cargando cadenas en la caja de un camión.

—¿El hotel? —dijo—. Ha caminado usted de más.

Le explicó que estaba cerca de la estación, al otro lado de las vías, y pintado de azul. No había pérdida.

Ella dejó la maleta en el suelo, no por desaliento sino porque necesitaba un descanso.

El hombre dijo que la llevaría si no le importaba esperar un minuto. Y, aunque para Johanna era una novedad aceptar una oferta así, pronto se encontró en la sofocante y grasienta cabina del camión, que se bamboleaba por el camino que ella acababa de recorrer, con el escandaloso estruendo de las cadenas en la caja.

—Y bien, ¿de dónde ha traído usted este calor? —preguntó el hombre.

Ella dijo que de Ontario, en un tono que no prometía nada más.

—De Ontario —repitió él apenado—. Bueno, ahí lo tiene. Su hotel.

Despegó una mano del volante. El camión dio un bandazo cuando el hombre señaló un edificio de dos plantas y techo plano en el que Johanna se había fijado al llegar en el tren. Le había parecido una gran casa familiar bastante deteriorada, quizá abandonada. Ahora que había visto las viviendas del pueblo, comprendió que no habría debido apresurarse a descartarlo. Estaba revestido de chapas metálicas estampadas para que parecieran ladrillos y pintadas de azul claro. Sobre la entrada, en neón, ahora apagado, se leía la solitaria palabra HOTEL.

—Seré necia —dijo, y ofreció al hombre un dólar por el viaje.

Él se rio.

—Guárdese el dinero. Nunca se sabe cuándo hará falta.

Delante del hotel había aparcado un coche de lo más decente, un Plymouth. Estaba muy sucio, pero ¿cómo evitarlo con esos caminos?

Sobre la puerta había un anuncio de cigarrillos y otro de cerveza. Esperó a que el camión diera la vuelta antes de llamar; llamó porque no parecía que el establecimiento estuviese abierto. Luego empujó la puerta para ver si se abría y entró en un vestíbulo polvoriento con una escalera y después en un salón amplio con una mesa de billar, rancio olor a cerveza y el suelo sin barrer. En una habitación lateral distinguió el brillo de un espejo, estantes vacíos, un mostrador. Todas esas salas tenían las persianas bien cerradas. La única luz provenía de dos ventanitas redondas, que resultaron pertenecer a una doble puerta batiente. La cruzó y entró en una cocina. Había más claridad, gracias a la hilera de ventanas altas —y sucias—, sin persianas, de la pared opuesta. Y por fin vio las primeras señales de vida: alguien había comido en la mesa y dejado un plato manchado de *ketchup* seco y media taza de café frío.

Una de las puertas de la cocina daba a la calle —estaba cerrada—, otra a una despensa donde se apilaban varias latas de comida, otra más a un armario con artículos de limpieza y una cuarta a una escalera interior. Subió por los escalones, empujando delante la maleta porque el espacio era angosto. Al llegar a la segunda planta vio un váter con el asiento levantado.

La puerta de la última habitación del pasillo estaba abierta y dentro encontró a Ken Boudreau.

Vio la ropa del hombre antes de verlo a él. La chaqueta pendía de una esquina de la puerta y los pantalones, colgados del picaporte, barrían el suelo. Enseguida pensó que esa no era forma de tratar la ropa, de manera que se atrevió a entrar —dejando la maleta en el pasillo— con la idea de colgarla como correspondía.

Él estaba en la cama, tapado solamente con una sábana. La colcha y la camisa yacían en el suelo. Respiraba inquieto, como si estuviera a punto de despertarse, de modo que ella dijo:

—Buenos días. Tardes.

Vio que el sol deslumbrante que entraba por la ventana le daba casi en la cara. La ventana estaba cerrada y el aire, viciado, apestaba, en primer lugar, por el cenicero repleto que había en la silla que él usaba como mesita de noche.

Tenía malas costumbres: fumaba en la cama.

Su voz no lo despertó, o solo lo despertó en parte. Empezó a toser.

Johanna advirtió que era una tos grave, tos de enfermo. Él se esforzó por incorporarse, todavía con los ojos cerrados, y ella se acercó a la cama para ayudarlo. Buscó un pañuelo de tela o una caja de pañuelos de papel, pero no vio nada, así que recogió del suelo la camisa, que siempre podía lavar después. Quería echar un buen vistazo a lo que él escupía.

Cuando hubo tosido lo suficiente, él murmuró algo y se derrumbó en la cama, boqueando, arrugando en un gesto de repugnancia la hermosa cara de gallito que Johanna recordaba. Ella supo por el tacto que tenía fiebre.

El esputo era de un color amarillo verdoso; sin vetas rojizas. Llevó la camisa al lavabo, donde le sorprendió encontrar jabón, la lavó y la colgó del picaporte; luego se lavó escrupulosamente las manos. Tuvo que secárselas en la falda del vestido marrón nuevo. Se lo había puesto en otro lavabo angosto —el de «Señoras» del tren— hacía menos de dos horas. En aquel momento se había preguntado si no debía maquillarse un poco.

En un armario del pasillo encontró un rollo de papel higiénico y lo llevó a la habitación para cuando él tosiera. Recogió la colcha y lo arropó bien, bajó la persiana hasta el alféizar, subió la ventana encasquillada un par de dedos y la apoyó en el cenicero, que había vaciado, de forma que quedara entreabierta. En el pasillo se cambió la ropa nueva por la vieja que llevaba en la maleta. De poco servirían ahora un vestido nuevo y todo el maquillaje del mundo.

No sabía si estaba muy enfermo, pero había atendido a la señora Willets —otra

fumadora empedernida— durante varias bronquitis y creía que por un tiempo podía arreglárselas sin llamar a un médico. En el mismo armario del pasillo había una pila de toallas limpias, aunque gastadas y descoloridas; humedeció una y le frotó con ella los brazos y las piernas para ver si le bajaba la fiebre. Él se despertó a medias y otra vez se puso a toser. Lo incorporó y le hizo escupir en el papel higiénico, examinó de nuevo la flema, arrojó el papel al váter y se lavó las manos. Bajó a la cocina, encontró un vaso y una botella grande de ginger-ale que estaba vacía y la llenó de agua. Intentó que él bebiera. Él sorbió un poco y protestó. Volvió a reclinarlo. Al cabo de cinco minutos probó otra vez. Siguió haciéndolo hasta convencerse de que había bebido todo lo que podía sin vomitar.

De vez en cuando él tosía y Johanna lo sentaba, lo sostenía con un brazo y le daba golpecitos en la espalda con la otra mano para ayudarlo a descongestionar el pecho. En varias ocasiones él abrió los ojos y pareció reparar en su presencia sin alarma ni sorpresa..., ni gratitud, por cierto. Ella volvió a pasarle la toalla húmeda, procurando tapar enseguida con la colcha la parte del cuerpo que acababa de refrescar.

Se dio cuenta de que había empezado a oscurecer, bajó a la cocina, encontró el interruptor. Las luces y la vieja cocina eléctrica funcionaban. Abrió una lata de sopa de arroz con pollo y la calentó, la llevó arriba y lo despertó; él tomó un sorbo de la cuchara. Aprovechó ese momento de vigilia para preguntarle si tenía un frasco de aspirinas. Él asintió con la cabeza, pero se mostró confuso al intentar explicarle dónde estaba.

—En el cubo de la basura —dijo.

—No, no —repuso ella—. En el cubo de la basura no puede ser.

—En el... el...

Trató de indicar la forma de algo con las manos. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No importa —dijo Johanna—. No importa.

De todos modos le había bajado la fiebre. Durmió una hora o más sin toser. Luego volvió a arder. Ella ya había encontrado las aspirinas —estaban en un cajón de la cocina entre un destornillador, varias bombillas y un ovillo de cordel— y le dio dos. Poco después él tuvo un violento ataque de tos, pero Johanna creía que no las había vomitado. Cuando él se tumbó, le puso la oreja sobre el pecho y escuchó la respiración sibilante. Ya había buscado mostaza para hacer un emplasto, pero al parecer no había. Bajó una vez más, calentó agua y la subió en una palangana. Intentó que se inclinara sobre ella, tras cubrirle la cabeza con toallas, para que respirara el vapor. Él solo cooperó un momento, pero dio la impresión de que servía: acabó expulsando gran cantidad de flema.

Le bajó la fiebre una vez más y se durmió más tranquilo. Ella arrastró un sillón que había encontrado en otra habitación y durmió también, de forma intermitente: se despertaba sin saber dónde estaba, luego lo recordaba y se levantaba para tocarlo —la fiebre se mantenía baja— y remeterle la colcha. Para arroparse usaba el imperecedero abrigo de *tweed* que debía agradecer a la señora Willets.

Él se despertó. Era media mañana.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó con voz ronca y débil.

—Vine ayer —dijo ella—. Le he traído los muebles. Todavía no han llegado, pero están en camino. Estaba enfermo cuando llegué y ha pasado enfermo casi toda la noche. ¿Cómo se encuentra?

—Mejor —dijo él, y empezó a toser.

No hizo falta incorporarlo, él se sentó solo, pero ella se acercó a la cama y le golpeó la espalda.

—Gracias —dijo él cuando hubo acabado.

Tenía la piel tan fresca como la de ella. Y suave: ni un lunar rugoso, ni un gramo de grasa. Se le palpaban las costillas. Era como un niño delicado y afligido. Olía a maíz.

—Se ha tragado la flema —señaló ella—. No lo haga, no es bueno. Aquí tiene papel

higiénico; debe escupirla. Si se las sigue tragando, tendrá molestias en los riñones.

—No lo sabía —dijo él—. ¿Ha encontrado el café?

La cafetera estaba negra por dentro. La fregó lo mejor que pudo y la dejó en marcha. Luego se lavó y se arregló preguntándose qué le daría de comer. En la despensa había una caja de preparado para hacer galletas. Primero pensó que tendría que mezclarlo con agua, pero también encontró un bote de leche en polvo. Cuando el café estuvo listo, ya tenía una fuente de galletas en el horno.

En cuanto la oyó trajinar en la cocina, se levantó para ir al lavabo. Estaba más débil de lo que había pensado: tuvo que inclinarse y apoyar una mano en la cisterna. En el suelo del armario del pasillo donde guardaba la ropa limpia encontró ropa interior. Para entonces ya había deducido quién era aquella mujer. Decía que había ido a llevarle los muebles, aunque él no le había pedido a nadie que lo hiciera; nunca había pedido los muebles, sino dinero. Debería saber cómo se llamaba pero no lograba acordarse. Por eso le abrió el bolso, que estaba en el pasillo junto a la maleta. Había una etiqueta de identificación cosida al forro.

Johanna Parry; debajo, la dirección de su suegro en Exhibition Road.

Y otras cosas. Una bolsita de tela con unos pocos billetes. Veintisiete dólares. Otra bolsita con calderilla, que no se molestó en contar. Una libreta de ahorros de un azul brillante. La abrió automáticamente, sin esperar nada extraordinario.

Un par de semanas antes, Johanna había podido transferir a su cuenta bancaria la totalidad de la herencia de la señora Willets, que se había sumado a sus ahorros. Le había explicado al gerente del banco que no sabía cuándo podía necesitar el dinero.

La cantidad no era deslumbrante, pero impresionaba. Daba solidez a la mujer. En la mente de Ken Boudreau, añadía un tapizado sedoso al nombre de Johanna Parry.

—¿No llevaba puesto un vestido marrón? —preguntó cuando ella subió con el café.

—Sí. Al llegar.

—Pensé que era un sueño. Y era usted.

—Como en su otro sueño —apuntó Johanna, cuya pecosa frente se arreboló.

Él no sabía de qué estaba hablando y le faltaba energía para indagar. Posiblemente fuera un sueño del que se había despertado durante la noche, mientras ella estaba a su lado, y que no recordaba. Volvió a toser, pero de forma más moderada, y ella le alcanzó un pedazo de papel higiénico.

—Bien —dijo—, ¿cómo va a tomar el café? —Acercó la silla de madera que había apartado para poder atenderlo—. Arriba.

Lo alzó tomándolo por las axilas y le colocó la almohada detrás. Una almohada sucia, sin funda, que la noche anterior había cubierto con una toalla.

—¿Podría mirar si hay cigarrillos abajo?

Ella negó con la cabeza, pero dijo:

—Echaré un vistazo. Tengo galletas en el horno.

Además de pedir dinero, Ken Boudreau tenía la costumbre de prestarlo. Muchos de los problemas que había tenido —o en los que se había metido, por decirlo de otra forma— estaban relacionados con su incapacidad para negar nada a un amigo. Lealtad. No lo habían expulsado de las fuerzas aéreas después de la guerra, sino que había dimitido por lealtad a un amigo a quien habían reprendido por ofender al comandante en una fiesta en el comedor. Una fiesta en el comedor, donde se suponía que todo iba en broma y no había ánimo de ofender. No era justo. Y había perdido el empleo en la empresa de fertilizantes por cruzar la frontera de Estados Unidos sin permiso, un domingo, para recoger a un camarada que se había metido en una pelea y temía que lo detuvieran y acusaran.

La lealtad a los amigos implicaba tener dificultades con los jefes. Reconocía que le costaba bajar la cerviz. «Sí, señor» y «No, señor» eran frases poco habituales en él. De la compañía de seguros no lo habían echado, pero lo habían desairado tantas veces

que era como si lo hubiesen alentado a irse, y al final se había ido.

Tenía que admitir que la bebida había desempeñado su papel. Y la idea de que la vida habría debido ser una empresa más heroica de lo que parecía en esos tiempos.

Le gustaba contar que había ganado el hotel en una partida de póquer. No es que fuera un jugador, pero a las mujeres les encantaban esas cosas. Se negaba a admitir que lo había aceptado a ciegas en pago por una deuda. E incluso después de verlo se dijo que podría sacarlo adelante. Lo atraía la idea de ser su propio jefe. No lo veía como un lugar donde la gente fuera a alojarse, salvo quizá los cazadores, en otoño. Lo veía como local de copas y restaurante. Si es que encontraba un buen cocinero. Pero para conseguirlo antes había que gastar dinero. Hacía falta mucho trabajo, más del que podría realizar él solo, aunque no era desmañado. Pensaba que si lograba pasar el invierno haciendo lo que pudiera sin ayuda, si demostraba sus buenas intenciones, quizá el banco le concediera un préstamo. Pero necesitaba un préstamo menor para aguantar el invierno, y ahí era donde su suegro entraba en juego. Habría preferido recurrir a otra persona, pero no había nadie más que estuviera en condiciones.

Le había parecido buena idea formular su solicitud como una propuesta de vender los muebles, aun cuando sabía que el anciano no movería un dedo para hacerlo. Recordaba, aunque de forma no muy precisa, algunos préstamos del pasado aún por devolver, pero podía considerarlos como sumas que le habían correspondido por apoyar a Marcelle durante un período de mala conducta (de ella, en una época en que él aún se portaba bien) y por aceptar la paternidad de Sabitha pese a tener sus dudas. Además, los McCauley eran las únicas personas que conocía cuyo dinero no había ganado ningún miembro vivo de la familia.

«Le he traído los muebles».

No acertaba a entender qué podía significar eso para él en ese momento. Estaba demasiado cansado. Tenía más ganas de dormir que de comer cuando ella entró con las galletas (y sin cigarrillos). Para contentarla se comió media. Después se durmió como un tronco. Solo se despertó a medias cuando ella lo giró hacia un lado y luego hacia el otro, para quitar la sábana sucia y extender una limpia, sobre la que lo empujó, todo sin obligarlo a levantarse de la cama ni despabilarlo.

—He encontrado una sábana limpia, pero es delgada como un trapo —dijo ella—. Como no olía muy bien, la he ventilado un rato en el tendedero.

Más tarde se dio cuenta de que el ruido que oía desde hacía un buen rato en sueños era el de la lavadora. Se preguntó cómo era posible; el calentador no funcionaba. La mujer debía de haber calentado agua en la cocina. Más tarde aún oyó el inconfundible ruido de su coche, que arrancaba y se alejaba. Debía de haberle cogido las llaves del bolsillo del pantalón.

Tal vez la mujer se largaba con su única posesión de valor, lo abandonaba, y él ni siquiera podía llamar a la policía para que la detuvieran. Y aun cuando hubiera podido llegar hasta el teléfono, la línea estaba cortada.

Pese a que existía esa posibilidad —robo y abandono—, se dio la vuelta sobre la sábana limpia, que olía a hierba y viento de la pradera, y se durmió de nuevo, convencido de que solo había ido a comprar leche y huevos, mantequilla, pan y otras provisiones —incluso cigarrillos— necesarias para una vida digna, y que regresaría y se pondría a trajinar en la cocina y el ruido de su actividad sería como una red tendida debajo de él, un regalo del cielo, un don que no había que cuestionar.

En ese momento había en su vida un problema de faldas. Con dos mujeres, de hecho, una joven y otra mayor (es decir, más o menos de su edad), que se conocían y estaban dispuestas a tirarse de los pelos. Últimamente lo único que había obtenido de ellas eran gritos y quejas, salpicados de afirmaciones airadas de que lo querían.

Tal vez también hubiera llegado una solución para eso.

Mientras compraba provisiones en el colmado, Johanna oyó un tren, y camino del hotel

vio un automóvil aparcado en la estación. No había detenido aún el coche de Ken Boudreau cuando vio los cajones con los muebles apilados en el andén. Habló con el encargado —el automóvil era de él—, a quien la llegada de esos cajones enormes tenía tan sorprendido como irritado. Una vez que le hubo sacado el nombre de alguien que tenía un camión —un camión limpio, insistió—, un hombre que vivía a veinte millas y a veces transportaba cosas, lo llamó con el teléfono de la estación y medio lo sobornó para que acudiera enseguida, medio se lo ordenó. Luego recalcó que el encargado tenía el deber de quedarse junto a los cajones hasta que llegara el vehículo. A la hora de la cena el camión ya había aparecido y entre el hombre y su hijo descargaron los muebles y los llevaron al salón del hotel.

Al día siguiente Johanna inspeccionó el lugar. Estaba a punto de tomar una decisión.

Al otro día, como juzgó que Ken Boudreau ya podía sentarse a escucharla, dijo:

—Invertir dinero en este lugar es tirarlo por el desagüe. El pueblo ya no se tiene en pie. Lo que habría que hacer es coger todo lo que pueda dar algo de dinero y venderlo. No me refiero a los muebles que han llegado, sino a cosas como la mesa de billar y la cocina económica. Luego deberíamos vender el edificio a alguien que aprovecharse las chapas metálicas como chatarra. Siempre se acaba sacando algo de cosas que nunca hubiéramos pensado que tuviesen algún valor. Luego... ¿Qué tenía usted en mente antes de hacerse con el hotel?

Él dijo que había planeado marcharse a la Columbia Británica, a Salmon Arm, donde vivía un amigo suyo que una vez le había dicho que podía encontrarle trabajo como administrador de huertos. Pero no había podido marcharse porque el coche necesitaba neumáticos nuevos y algunos arreglos para emprender un viaje tan largo, y él se gastaba todo lo que tenía en ir tirando. Entonces el hotel le había caído en las manos.

—Como una tonelada de ladrillos —dijo ella—. Mejor invertir en neumáticos y el arreglo del coche que desperdiciar lo que sea en este lugar. Estaría muy bien irse antes de que empiecen las nevadas. Y enviar de nuevo los muebles en tren, para usarlos cuando lleguemos. Tenemos todo lo necesario para amueblar una casa.

—Tal vez la oferta no sea firme.

—Lo sé —reconoció ella—. Pero todo irá bien.

Él comprendió que en efecto ella lo sabía, y que todo iba e iría bien. Estaba claro que era una especialista en casos como el suyo.

No era que no se sintiera agradecido. Había llegado a un punto en que la gratitud, lejos de ser una carga, le resultaba natural; sobre todo cuando no se la exigían.

Ya empezaba a tener pensamientos de regeneración. «He aquí el cambio que me hacía falta». Se había dicho eso mismo en otras ocasiones pero, sin duda, alguna vez tenía que ser cierto. Inviernos benignos, olor de bosques de pinos, manzanas maduras. «Todo lo que necesitamos para construir un hogar».

Tiene su orgullo, pensó Johanna. Habría que tenerlo en cuenta. Tal vez fuera mejor no mencionar las cartas en las que se había abierto a ella. Las había destruido antes de partir. De hecho las había destruido una a una después de leerlas detenidamente hasta aprendérselas de memoria, lo que nunca le había llevado mucho tiempo. Desde luego no quería que cayeran en manos de Sabitha y su taimada amiga. Sobre todo el párrafo de la última carta sobre la cama y el camisón. Claro que esas cosas sucedían, pero ponerlas por escrito podría considerarse vulgar o sentimental, o provocar burlas.

Dudaba que vieran a Sabitha muy a menudo. Pero si él quería verla ella no se lo impediría.

En realidad no era una experiencia nueva, ese vigoroso sentimiento de expansión y responsabilidad. Había sentido algo semejante por la señora Willets, otra persona hermosa e inconstante, necesitada de cuidados y dirección. Ken Boudreau había resultado ser así en mayor medida de lo que ella sospechaba, y desde luego cabía esperar diferencias en un hombre, pero seguramente no había nada en él que no

podiera manejar.

Con la muerte de la señora Willets se le había secado el corazón, y había llegado a pensar que así seguiría para siempre. Y ahora esa conmoción tan cálida, ese amor tan diligente.

El señor McCauley murió unos dos años después de la marcha de Johanna. Su funeral fue el último que se ofició en la iglesia anglicana. Hubo un buen número de asistentes. Sabitha —que acudió con la prima de su madre, la mujer de Toronto— era entonces una joven serena y guapa, y llamativa e inesperadamente flaca. Llevaba un elegante sombrero negro y no hablaba a menos que antes le dirigieran la palabra. De todas formas, ni siquiera parecía acordarse de ellos.

La necrológica del periódico decía que los deudos del señor McCauley eran su nieta, Sabitha Boudreau, y su yerno, Ken Boudreau, con la esposa de este, Johanna, y el pequeño hijo de ambos, Omar, de Salmon Arm, Columbia Británica.

La madre de Edith la leyó en voz alta; Edith no leía nunca el periódico. Por supuesto, lo del matrimonio no era una novedad para ninguna de las dos; ni para el padre de Edith, que estaba en la sala viendo la televisión. Había corrido la voz. La única novedad era Omar.

—Esa mujer con un bebé —dijo la madre.

Edith hacía su traducción de latín en la mesa de la cocina. *Tu ne quaesieris, scire nefas, quem mihi, quem tibi...*

En la iglesia había tenido la precaución de no hablarle primero a Sabitha, para evitar que esta le hablara.

En realidad ya no temía que la descubrieran, aunque no lograba entender cómo no había ocurrido. Y en cierto modo parecía adecuado que las trastadas de su identidad anterior no estuvieran conectadas con la actual; y no digamos con la identidad verdadera que esperaba asumir en cuanto se marchara de ese pueblo y se alejara de cuantos creían conocerla. Lo que la abrumaba era el giro trascendental que aquello había tomado; le parecía fantástico pero insulso. Y también ofensivo, como un chiste o una advertencia insensata que intentaba clavarle sus garras. Porque, en la lista de lo que planeaba conseguir en la vida, ¿dónde se mencionaba su responsabilidad en la existencia en la tierra de un ser llamado Omar?

Sin hacer caso a su madre, escribió: «No debes preguntar, se nos prohíbe saber...».

Hizo una pausa, mordió el lápiz y con un escalofrío de satisfacción concluyó: «... qué nos reserva el destino a ti o a mí».

Los muebles de la familia

Alfrida. Mi padre la llamaba Freddie. Eran primos hermanos y habían vivido en granjas vecinas y luego, durante un tiempo, en la misma casa. Una vez estaban en un campo de rastrojos jugando con Mack, el perro de mi padre. Aquel día lucía el sol, pero no llegaba a fundir el hielo de los surcos. Ellos lo pisoteaban, les divertía el crujido bajo los pies.

¿Cómo iba a recordar ella una cosa así?, decía mi padre. Se lo ha inventado.

—No me lo he inventado —contestaba Alfrida.

—Claro que sí.

—Que no.

De repente habían oído repique de campanas y silbido de sirenas. Sonaban las campanas de la iglesia y la del ayuntamiento. A tres millas, en la ciudad, sonaban las sirenas de las fábricas. El mundo había reventado de júbilo y Mack se abalanzó hacia la carretera, seguramente porque se aproximaba un desfile. Había terminado la Primera Guerra Mundial.

Tres veces a la semana leíamos el nombre de Alfrida en el periódico. Solo el nombre de pila: Alfrida. Salía impreso como si estuviera escrito a mano, una fluida firma hecha con estilográfica. Por la Ciudad y Alrededores, con Alfrida. La ciudad de marras no era la más cercana, sino la gran ciudad que quedaba al sur, donde vivía Alfrida y que mi familia visitaba cada dos o tres años más o menos.

Futuras novias de junio, ya es hora de que empecéis a expresar vuestras preferencias en la Vitrina de la Porcelana, y he de deciros que si yo fuera una futura novia —lo que, ay, no soy— tal vez me resistiría a los juegos de vajilla decorados, por exquisitos que sean, para inclinarme por los Rosenthal perlados y ultramodernos...

Muchos tratamientos de belleza son flores de un día, pero las mascarillas que preparan en el Salón Fantine —hablando de novias— garantizan una piel brillante como pétalo de azahar. Y para que la mamá de la novia —y la tía y, si me apuráis, hasta la abuela— se sienta como si acabara de darse un chapuzón en la Fuente de la Eterna Juventud... Dada su forma de hablar, nunca se habría esperado que Alfrida escribiera en ese estilo.

También era una de las personas que escribían con el nombre de Flora Simpson en la Página de Flora Simpson para Amas de Casa. Miles de mujeres del campo creían dirigir sus cartas a la rolliza señora de rizos canosos y sonrisa indulgente cuyo retrato presidía la página. Pero la verdad —que yo no debía contar— era que las notas que aparecían después de cada carta eran obra de Alfrida y un hombre llamado Caballo Henry, que además redactaba las necrológicas. Las mujeres se ponían nombres como Lucero del Alba, Lirio del Valle, Manitas de Plata, Pequeña Anita o Reina de la Bayeta. Algunos nombres eran tan populares que había que asignarles números: Ricitos de Oro 1, Ricitos de Oro 2, Ricitos de Oro 3.

Alfrida o Caballo Henry escribían:

Querida Lucero del Alba:

El eccema es un suplicio espantoso, sobre todo con este calor que estamos teniendo, y espero que el bicarbonato te alivie un poco. Sin duda debemos respetar los tratamientos caseros, pero nunca viene mal buscar el consejo del médico. Es estupendo que tu media naranja se haya repuesto. No debió de ser muy divertido que los dos estuvierais pachuchos al mismo tiempo...

En todas las ciudades pequeñas de esa parte de Ontario, las amas de casa que pertenecían al club Flora Simpson celebraban un *picnic* veraniego cada año. Flora Simpson siempre les enviaba saludos especiales pero explicaba que, con tantos acontecimientos como se organizaban, le era imposible acudir a todos y prefería no hacer diferencias. Alfrida contaba que habían hablado de que fuera Caballo Henry disfrazado, con peluca y cojines a modo de pechos, o ella misma como lasciva Bruja de Babilonia (ni siquiera ella, en la mesa de mis padres, podía citar bien la Biblia y decir

«Ramera»), con un pitillo pegado al carmín. Pero, ay, decía, el periódico nos mataría. Y de todas formas sería demasiado cruel.

Siempre llamaba pitillos a sus cigarrillos. Cuando yo tenía quince o dieciséis años se inclinó sobre la mesa para preguntarme: «¿Tú también quieres un pitillo?». Acabábamos de comer y mi hermano y mi hermana pequeños ya se habían levantado de la mesa. Mi padre meneó la cabeza. Él ya había empezado a liar el suyo.

Yo di las gracias a Alfrida y dejé que me lo encendiera y por primera vez fumé delante de mis padres.

Ellos hicieron como si se tratara de una broma muy cómica.

—Vaya, ¿has visto a tu hija? —comentó mamá a papá. Puso los ojos en blanco, enlazó las manos sobre el pecho y con voz lánguida, impostada, añadió—: Me voy a desmayar.

—Tendré que sacar el látigo —dijo mi padre haciendo ademán de levantarse de la silla. Fue un momento asombroso, como si Alfrida nos hubiera transformado en personas nuevas. Por lo común, mi madre decía que no le gustaba ver fumar a las mujeres. No decía que fuera indecente o indigno de una señora; solo que no le gustaba. Y cuando decía con cierto tono que no le gustaba algo no parecía que estuviera haciendo una confesión de irracionalidad, sino bebiendo de una fuente personal de sabiduría, inatacable y casi sagrada. Cuando recurría a aquel tono, acompañado de la expresión de estar oyendo voces interiores, yo la odiaba especialmente.

En cuanto a mi padre, me había pegado, en esa misma sala, no con un látigo sino con el cinturón, por infringir las normas de mi madre, herir sus sentimientos y contestarle. De pronto parecía como si esas palizas solo pudieran tener lugar en otro universo.

Alfrida —y también yo— había acorralado a mis padres, pero ellos reaccionaron con tal gracia y valor que realmente era como si los tres —mi madre, mi padre y yo— nos hubiéramos elevado a un nuevo nivel de desenvoltura y aplomo. En aquel instante los vi —sobre todo a mi madre— capaces de una suerte de desenfado que rara vez se manifestaba.

Todo gracias a Alfrida.

De Alfrida siempre se hablaba como de una chica ambiciosa. Por eso daba la impresión de que era más joven que mis padres, si bien era sabido que los tres tenían más o menos la misma edad. También se decía que era una persona de ciudad. Y por ciudad, cuando se hablaba de ese modo, se entendía aquella en la que Alfrida vivía y trabajaba. Pero se entendía algo más, no tan solo una configuración distinta de edificios, aceras y líneas de tranvías; ni siquiera una aglomeración de individuos. Se entendía algo más abstracto que podía repetirse una y otra vez, una especie de colmena turbulenta pero organizada, no exactamente inservible o falsa, pero sí perturbadora y en ocasiones peligrosa. La gente iba a un lugar así por obligación y se alegraba al abandonarlo. No obstante, a algunos los atraía, como debía de haberle sucedido a Alfrida, hacía mucho tiempo, y como me sucedía a mí en ese momento, mientras daba caladas al cigarrillo e intentaba sostenerlo con naturalidad, a pesar de que pareciera haber adquirido el tamaño de un bate de béisbol entre mis dedos.

Mi familia no tenía demasiada vida social: no venía nadie a comer a casa, no digamos ya a fiestas. Tal vez fuese una cuestión de clase. Los padres del chico con quien me casé, unos cinco años después de aquella escena de sobremesa, invitaban a comer a amigos, no a parientes, e iban a fiestas de media tarde a las que llamaban, con toda naturalidad, cócteles. Era una vida como aquella sobre la que yo había leído en las revistas, y me parecía que situaba a mi familia política en un mundo de privilegios de cuento.

Lo que sí hacía mi familia era poner tabloncillos en la mesa del comedor, dos o tres veces al año, para agasajar a mi abuela y mis tías —las hermanas de papá, mayores que él— y sus maridos. Lo hacíamos en Navidad o Acción de Gracias, cuando nos tocaba, y

quizá también cuando un pariente de otra parte de la provincia venía de visita. El huésped siempre era una persona como las tías y sus esposos; nunca como Alfrida.

Mi madre y yo empezábamos a preparar esas comidas con dos días de antelación. Planchábamos el mantel bueno, pesado como un edredón, y lavábamos la vajilla fina, que había acumulado polvo en la vitrina de la porcelana, y limpiábamos las patas de las sillas del comedor, además de preparar las ensaladas con gelatina, las empanadas y los pasteles, que debían acompañar al plato principal, pavo asado o jamón al horno, y cuencos de verdura. Tenía que haber demasiada comida, y la mayor parte de la conversación en la mesa giraba en torno a la comida: los invitados decían lo bueno que estaba todo y se les animaba a servirse más, respondían que no podían, que estaban ahítos, y luego los maridos de las tías cedían y se servían más, y las tías también tomaban un poco más diciendo que no deberían, que estaban a punto de estallar.

Y aún faltaba el postre.

Apenas había un atisbo de conversación general, y de hecho se intuía que toda conversación que excediera ciertos límites tácitos podía ser un trastorno, una muestra de presunción. El conocimiento que mi madre tenía de los límites no era muy de fiar, y a veces se mostraba incapaz de tolerar las pausas y de respetar la aversión a lo que viniera después. De modo que cuando alguien decía: «Ayer vi a Harley por la calle», era probable que ella preguntara, pongamos: «¿Creéis que un hombre como Harley es un soltero recalcitrante? ¿O es que no ha encontrado a la persona adecuada?».

Como si, tras el comentario de que se había visto a una persona, fuera obligado decir algo más, algo interesante.

Luego tal vez siguiera un silencio, no porque los comensales fueran maleducados, sino porque estaban perplejos. Hasta que mi padre decía, con empacho y tono de reproche indirecto: «Parece que se las arregla muy bien por él mismo».

De no haber sido por la presencia de sus parientes, con toda probabilidad habría dicho «por sí mismo».

Y todo el mundo seguía cortando, hundiendo la cuchara, tragando, al resplandor del mantel limpio, con la luz intensa que entraba a raudales por las ventanas acabadas de limpiar. Esas comidas siempre se hacían a mediodía.

Quienes se sentaban a la mesa sí eran capaces de conversar. En la cocina, fregando y secando los platos, las tías contaban quién tenía un tumor, quién una infección en la garganta, quién unos forúnculos terribles. Hablaban de sus propias digestiones, de cómo les funcionaban los riñones y los nervios. Al parecer, mencionar cuestiones corporales íntimas no estaba fuera de lugar ni era tan sospechoso como comentar algo leído en una revista o un tema de actualidad; en cierto modo se consideraba impropio prestar atención a cualquier cosa no muy cercana. Entretanto, descansando en el porche o dando un paseo para echar un vistazo a los cultivos, los maridos de las tías informaban de que alguien tenía dificultades con el banco, o aún debía parte del dinero por la compra de una máquina cara, o había invertido en un toro reproductor que era un fiasco.

Tal vez se sintiesen cohibidos por la formalidad del comedor, por la presencia de los platos para el pan y la mantequilla y las cucharas de postre, cuando lo habitual en otros momentos era poner una ración de empanada directamente en el plato una vez limpiado con miga de pan. (Sin embargo, no preparar la mesa así habría sido una ofensa. En sus casas, en ocasiones similares, sometían a los invitados a las mismas pruebas). Tal vez fuese que comer era una cosa y conversar, otra.

Cuando venía Alfrida todo cambiaba. Se ponía el mantel bueno y se sacaba la vajilla fina. Mi madre se esmeraba con la comida y se preocupaba muchísimo por los resultados; probablemente dejara de lado el habitual menú basado en pavo relleno con puré de patatas para preparar algo como ensalada de pollo acompañada de arroz con pimientos, que metía en moldes para darle una forma bonita, y de postre, algo con

gelatina y clara de huevo y nata montada, que la desquiciaba porque, como no teníamos nevera y había que enfriarlo en el sótano, tardaba siglos en cuajar. Pero de la cohibición, del ambiente deprimente en la mesa, no había ni asomo. Alfrida no solo aceptaba una segunda ración; la pedía. Y lo hacía casi distraídamente, y de la misma forma lanzaba los elogios, como si la comida, el acto de ingerirla, fuese algo agradable pero secundario, y hablaba y animaba a hablar a los demás, y todo cuanto se nos antojaba decir —casi todo— parecía adecuado.

Siempre nos visitaba en verano, y por lo general llevaba vestidos estivales de seda a rayas que le dejaban la espalda al aire. No tenía una espalda bonita, salpicada como estaba de lunares oscuros, y los hombros eran huesudos y el pecho casi plano. Mi padre solía decir que aunque comía como una lima seguía estando flaca. O daba la vuelta a la verdad señalando que ser tan quisquillosa con la comida no le había impedido echar carnes. (En nuestra familia, los comentarios sobre la gordura y la delgadez, la falta o el exceso de color y la calvicie no se consideraban inapropiados).

El pelo, oscuro, le caía en ondas sobre la frente y a los lados, según la moda de entonces. Tenía la piel más bien tostada, surcada de una trama de arrugas finas, y la boca ancha, con el labio inferior algo grueso, casi caído, y pintada con abundante carmín, que dejaba una mancha en la taza de té y en el vaso de agua. Cuando abría bien la boca —como hacía a menudo, al hablar o reírse—, se veía al fondo que faltaban algunas muelas. Nadie habría dicho que era guapa —para mí, toda mujer de más de veinticinco había dejado muy atrás la posibilidad de ser guapa, o en todo caso había perdido el derecho y quizá hasta el deseo de serlo—, pero era vehemente y audaz. Mi padre decía con aire pensativo que tenía empuje.

Alfrida le hablaba de lo que pasaba en el mundo, de política. Mi padre leía el periódico, escuchaba la radio, tenía opiniones propias sobre esos temas pero rara vez se le presentaba la ocasión de exponerlas. Los maridos de las tías también tenían opiniones, pero las suyas eran breves y monótonas y expresaban una desconfianza eterna hacia todas las figuras públicas y especialmente hacia los extranjeros, de modo que la mayor parte del tiempo solo se les podía sacar gruñidos de desprecio. Mi abuela era sorda —nadie habría podido decir cuánto sabía ni qué pensaba de algo—, y las tías parecían enorgullecerse de su vasta ignorancia y de su escasez de intereses. Mi madre había sido maestra y podía señalar fácilmente en el mapa cada país de Europa, pero todo lo veía a través de una bruma personal, con el Imperio británico y la familia real agrandados, enormes, y el resto minúsculo, un mero revoltijo que a ella no le costaba pasar por alto.

En realidad, los puntos de vista de Alfrida no distaban tanto de los que tenían los tíos. O al menos eso parecía. Pero, en vez de mascullar y dejar el tema, ella soltaba una risa ululante y contaba anécdotas de primeros ministros, del presidente norteamericano, de John L. Lewis y del alcalde de Montreal; anécdotas en las que todos salían mal parados. También contaba anécdotas de la familia real, pero en ese caso distinguía entre los buenos, como el rey, la reina y la hermosa duquesa de Kent, y los horribles, como los Windsor y el viejo rey Eddy, quien —decía ella— padecía cierta enfermedad y había dejado marcas en el cuello de su esposa al intentar estrangularla, razón por la cual ella nunca aparecía sin un collar de perlas. Esta distinción coincidía bastante con la que mi madre establecía pero rara vez formulaba, por lo que no tenía nada que objetar, si bien torcía el gesto al oír la referencia a la sífilis.

En cambio yo sonreía con aire de enterada y una compostura insensata.

Alfrida ponía nombres graciosos a los rusos. Mikoyanski. Tío Joenesqui. Opinaba que se la daban con queso a todo el mundo, que las Naciones Unidas eran una farsa que jamás funcionaría, que Japón volvería a levantarse y que más habría valido aprovechar la oportunidad de aniquilarlo. Tampoco confiaba en Quebec. Ni en el Papa. Con el senador McCarthy tenía un problema: le habría gustado apoyarlo, pero el hecho de que

fuera católico pesaba como una losa. Al Papa lo llamaba pupas. Se regodeaba pensando en la cantidad de timadores y granujas que había en el mundo.

A veces daba la impresión de que estaba haciendo un número, una exhibición, tal vez para provocar a mi padre. Para sulfurarlo, como habría dicho él, para cabrearlo. Pero no porque no lo apreciara y porque quisiera incomodarlo. Todo lo contrario. Lo atormentaba como las chicas atormentan a los muchachos en el colegio, cuando las peleas provocan un placer particular a ambas partes y los insultos se toman como halagos. Mi padre discutía con ella siempre en voz baja y serena, pero estaba claro que se proponía aguijonearla. A veces daba un giro y afirmaba que tal vez ella tuviera razón, que al trabajar en el periódico quizá contara con fuentes de información que él desconocía. Me has dado un repaso, decía, si fuera sensato debería disculparme. Y ella replicaba: Anda, no me vengas con zarandajas.

«Vaya dos», comentaba mi madre con desesperación fingida y quizá con verdadero cansancio, y Alfrida le recomendaba que fuera a echarse una siesta, se la merecía después de esa comida espléndida, ya nos ocuparíamos ella y yo de los platos. Mi madre sufría de un temblor en el brazo derecho, una rigidez en los dedos, que según ella la atacaba cuando estaba exhausta.

Mientras fregábamos en la cocina, Alfrida me hablaba de celebridades: actores, incluso estrellas de cine menores, que habían actuado en teatros de la ciudad donde vivía. En voz más baja, quebrada aún por una risa brutalmente irrespetuosa, me contaba historias sobre las malas costumbres de esa gente, rumores de escándalos privados que nunca llegaban a salir en las revistas. Hablaba de maricas, pechos artificiales, triángulos familiares, cosas que yo había atisbado en mis lecturas pero que me daba vértigo oír, aun de tercera o cuarta mano, cuando venían de la vida real.

Los dientes de Alfrida me llamaban la atención, hasta el punto de que durante aquellos relatos confidenciales a veces perdía el hilo. Los que le quedaban, todos delanteros, tenían cada uno un matiz levemente distinto, no había dos iguales. Algunos de esmalte bastante fuerte tendían a tonalidades de marfil oscuro; otros eran opalescentes, con sombras lilas, y despedían un brillo de escamas de bordes plateados, en ocasiones un destello de oro. En aquel entonces los dientes de las personas rara vez constituían un espectáculo sólido y bonito como el que ofrecen hoy en día, a menos que fueran falsos. Pero los de Alfrida eran insólitos por su individualidad, su clara separación y su gran tamaño. Cuando Alfrida pronunciaba un comentario mordaz que era especial y deliberadamente escandaloso, parecían adelantarse como guardias de palacio, como joviales lanceros.

—Siempre ha tenido problemas con los dientes —decían las tías—. Le salió aquel absceso, ¿no os acordáis?, y el veneno se le esparció por todo el organismo.

Qué típico de ellas, pensaba yo, dejar de lado el ingenio y la clase de Alfrida para convertir los dientes en un problema digno de pena.

—¿Por qué no se los saca todos y acaba de una vez? —preguntaban.

—Seguramente no puede costárselo —dijo una vez mi abuela, que nos sorprendió a todos, como hacía a veces, al demostrar que había seguido la conversación.

Y me sorprendió a mí con la luz nueva y cotidiana que el comentario arrojaba sobre la vida de Alfrida. Yo había creído que Alfrida era rica, al menos en comparación con el resto de la familia. Vivía en un apartamento —yo no lo había visto nunca, pero lo asociaba con la idea de una vida muy civilizada—, llevaba ropa que no estaba confeccionada en casa y no gastaba los zapatos bajos de cordones que calzaban casi todas las mujeres adultas que yo conocía, sino sandalias con brillantes tiras de plástico, ese material nuevo. Era difícil saber si lo que ocurría era que mi abuela vivía en el pasado, cuando una dentadura postiza constituía el gasto culminante de toda una vida, o si de verdad sabía cosas de Alfrida que yo jamás habría imaginado.

El resto de la familia nunca estaba presente cuando Alfrida venía a comer a casa. Iba a

visitar a mi abuela, que era su tía, la hermana de su madre. La abuela ya no vivía sola, sino alternativamente con una u otra de mis tías, y Alfrida iba a la casa donde estuviese en aquel momento, pero no a la de la otra tía, que era tan prima suya como mi padre. Y no comía jamás con ninguna de las dos. Por lo común venía primero a nuestra casa, se quedaba un rato y luego, juntando fuerzas, como de mala gana, hacía la otra visita. Cuando más tarde volvía y nos sentábamos a comer, no se decía nada abiertamente despectivo sobre las tías y sus maridos, y por supuesto nada irrespetuoso sobre mi abuela. De hecho, era la forma en que Alfrida se refería a mi abuela —una sobriedad y preocupación repentinas en la voz, incluso una pizca de miedo (¿cómo está de la presión?, ¿ha ido al médico últimamente?, ¿qué le dijo?)— lo que me hacía consciente de la diferencia, de la frialdad o tal vez de la renuencia hostil con que preguntaba por los demás. A continuación, una renuencia similar en la respuesta de mi madre y una gravedad excesiva en la de mi padre —una caricatura de gravedad, se podría decir— daban a entender que los tres estaban de acuerdo en algo que no podían decir.

El día en que fumé el cigarrillo, Alfrida decidió llevar la cosa un poco más lejos y dijo con tono solemne:

—¿Y qué hay de Asa? ¿Sigue como antes, sin dejar meter baza a nadie?

Mi padre meneó la cabeza con tristeza, como si el mero pensamiento de la locuacidad del tío Asa debiera agobiarnos a todos.

—Y tanto que sí —dijo—. Y tanto.

—Parece que los cerdos tienen lombrices —añadí yo—. Vaya que sí.

Salvo el «vaya que sí», esas eran las palabras que había dicho mi tío, y las había pronunciado en esa misma mesa, acuciado por una insólita necesidad de romper el silencio o transmitir algo importante que acababa de ocurrírsele. Y yo las repetí imitando su rezongo majestuoso, su seriedad inocente.

Alfrida soltó una risotada de aprobación mostrando sus festivos dientes.

—Perfecto —dijo—. Ese es él.

Mi padre se inclinó sobre su plato, como para disimular que él también se estaba riendo, aunque por supuesto sin ocultarlo, y mi madre sacudió la cabeza mordiendo los labios, sonriendo. Tuve una aguda sensación de triunfo. Nadie me dijo nada para ponerme en mi lugar; nadie me echó en cara lo que a veces llamaban mi sarcasmo, mis ínfulas de lista. La palabra «lista» aplicada a mí, en mi familia, podía significar inteligente, y en ese caso se pronunciaba a regañadientes —caray, en ciertos aspectos es bastante lista—, o podía significar de armas tomar, deseosa de llamar la atención, odiosa. «No seas tan lista».

A veces mi madre decía apenada: «Qué mala lengua tienes».

A veces —y esto era mucho peor— mi padre se disgustaba conmigo.

«¿Qué derecho tienes tú a burlarte de una buena persona?».

Ese día no ocurrió nada por el estilo. Al parecer yo era tan libre como cualquier invitado a la mesa, casi tan libre como Alfrida, y florecía bajo la bandera de mi personalidad.

Pero estaba a punto de abrirse una brecha, y puede que esa fuera la última vez que Alfrida se sentó a nuestra mesa; la última. Siguió el intercambio de tarjetas de Navidad, posiblemente incluso de cartas —mientras mi madre tuvo fuerzas para sostener la pluma—, y continuamos leyendo el nombre de Alfrida en el periódico, pero no recuerdo ninguna visita suya durante los dos últimos años que viví en casa de mis padres.

Tal vez Alfrida preguntó si podía llevar a su amigo y le dijeron que no. Si ya vivían juntos, el motivo bien pudo ser ese, y si él era el mismo hombre con el que estaba más adelante, otro motivo habría sido que estaba casado. Mis padres debían de estar unidos en esa cuestión. A mi madre la horrorizaba el sexo irregular o manifiesto —todo tipo de sexo, podría decirse, porque el matrimonial, el correcto, no se reconocía en absoluto—. Y en esa época de su vida mi padre también era estricto al respecto. Es posible asimismo que tuviera reparos especiales sobre un hombre capaz de controlar a

Alfrida.

A ojos de los dos, debió de rebajarse. No me cuesta imaginármelos diciendo: «No tenía ninguna necesidad de rebajarse».

Pero a lo mejor no preguntó nada, a lo mejor los conocía demasiado bien para preguntar. En los tiempos de aquellas primeras visitas animadas quizá no hubiera ningún hombre en su vida, y cuando lo hubo, Alfrida centró su atención en otra parte. Puede que se volviera otra persona, como sin duda ocurrió más adelante.

O quizá temiera la atmósfera especial de una casa donde hay una persona enferma que cada vez se encuentra peor y nunca mejorará. Era el caso de mi madre, cuyos síntomas se aunaron, dieron un giro y, de una molestia y fuente de preocupación, se transformaron en todo su destino.

«Pobrecilla», decían las tías.

Y, a medida que mi madre dejaba de ser una madre para convertirse en una presencia desvalida de la casa, las otras mujeres de la familia, hasta entonces tan limitadas, parecían ganar un poco de vivacidad y aumentar su competencia en el mundo. Mi abuela se compró un audífono, algo que nadie se habría atrevido a sugerirle. Murió el marido de una de las tías —no Asa, sino el que se llamaba Irvine— y ella aprendió a conducir, consiguió trabajo en una tienda de ropa, donde hacía retoques a las prendas, y dejó de usar redecilla en el pelo.

Pasaban a ver a mi madre y siempre veían lo mismo: que la más guapa de las tres, la que nunca les había permitido olvidar que era maestra, mes a mes se volvía más lenta de movimientos, más rígida de miembros y más torpe e implorante al hablar, y que nada podía ayudarla.

Me decían que la cuidara mucho.

—Es tu madre —me recordaban.

—Pobrecilla.

Alfrida no habría sido capaz de decir esas cosas, y quizá no habría podido encontrar otras que decir.

A mí me parecía bien que no viniera a vernos. No quería que viniera nadie. No tenía tiempo, me había vuelto un ama de casa frenética: enceraba los suelos y planchaba hasta los trapos de cocina, y todo lo hacía para mantener a raya una especie de ignominia (el deterioro de mi madre me parecía una ignominia sin parangón que nos infectaba a todos). Lo hacía para dar la impresión de que vivía con mis padres, mi hermano y mi hermana en una casa normal de una familia corriente, pero cualquiera que cruzaba el umbral y veía a mi madre advertía enseguida que no era cierto y nos compadecía. Algo que yo no podía soportar.

Conseguí una beca. No me quedé en casa a cuidar de mi madre ni nada por el estilo. Fui a la universidad. La universidad estaba en la ciudad donde vivía Alfrida. Al cabo de unos meses me invitó a cenar, pero no pude ir porque trabajaba todas las noches salvo los domingos. Trabajaba en la biblioteca pública, en el centro de la ciudad, y en la biblioteca de la universidad; las dos estaban abiertas hasta las nueve. Un poco más tarde, en invierno, Alfrida volvió a llamarme y esta vez la invitación era para un domingo. Le dije que no podía porque iba a un concierto.

«Vaya... ¿Con un chico? —preguntó, y yo dije que sí pero en ese momento no era cierto. Acudía a los conciertos gratuitos de los domingos en el auditorio universitario con otra chica, o con otras dos o tres chicas, por hacer algo y con la tenue esperanza de conocer a chicos—. Bien, tendrás que traerlo alguna vez. Me muero de ganas de conocerlo».

A últimos de año tuve por fin alguien a quien llevar, y de hecho lo había conocido en un concierto. Al menos él me había visto en un concierto y me había llamado para salir. Pero nunca lo habría llevado a casa de Alfrida. Nunca habría llevado a ninguno de mis amigos a que la conocieran. Mis nuevos amigos eran personas que decían: «¿Has

leído *El ángel que nos mira?* Vaya, tienes que leerlo. ¿Y has leído *Los Buddenbrook?*». Eran personas con las que iba a ver *Juegos prohibidos* y *Les enfants du paradis* cuando las traían al cineclub. El chico con quien salía, y con el cual me prometí después, me había llevado a la Casa de la Música, donde a la hora de comer se podían escuchar discos. Me hizo conocer a Gounod, y gracias a Gounod adoré la ópera, y gracias a la ópera adoré a Mozart.

Cuando Alfrida me dejó un mensaje en la pensión pidiendo que la llamara, no lo hice. No volvió a llamar nunca más.

Seguía escribiendo en el periódico; de vez en cuando yo echaba un vistazo a sus ditirambos sobre estatuillas de Royal Doulton, galletas de jengibre importadas o camisones de luna de miel. Es muy probable que siguiera respondiendo a las cartas de Flora Simpson y riéndose de las amas de casa que las escribían. Ahora que vivía en la ciudad, yo apenas leía el periódico que en otro tiempo me había parecido el centro de la vida urbana, e incluso, en cierto modo, el centro de la vida en nuestra casa, a sesenta millas de distancia. Los chistes, la insinceridad compulsiva de personas como Alfrida y Caballo Henry me resultaban ahora chabacanos y aburridos.

No temía encontrármela, ni siquiera en una ciudad que, al fin y al cabo, no era tan grande. Nunca entraba en las tiendas que ella mencionaba en su columna. Ni siquiera tenía motivos para pasar por delante del edificio del periódico y ella vivía lejos de mi pensión, en la zona sur.

Tampoco pensaba que Alfrida fuese de las que iban a la biblioteca. La mera palabra «biblioteca», probablemente, le habría hecho torcer la gran boca en una parodia de consternación, como la torcía en casa ante los libros de los estantes; libros comprados antes de que yo naciera, algunos de ellos premios escolares recibidos por mis padres en la adolescencia (estaba el nombre de soltera de mi madre, escrito con su hermosa letra ya perdida); libros que no me parecían comprados en una librería, sino presencias de la casa, del mismo modo que los árboles que veía por la ventana no eran plantas, sino presencias arraigadas en el suelo. *El molino del Floss, La llamada de la selva, El corazón de Mid-Lothian*. «Mucho libro importante aquí —había dicho Alfrida—. Me juego lo que sea a que no los abres muy a menudo». Y mi padre había dicho que no, que no los abría, empleando el mismo tono de rechazo y hasta de desprecio que ella, y mintiendo hasta cierto punto, porque en realidad los leía, muy de tarde en tarde, cuando tenía tiempo.

Era la clase de mentira que yo esperaba no volver a decir, el desprecio que esperaba no volver a mostrar por las cosas que me interesaban de verdad. Y para evitarlo lo mejor era mantenerse alejada de las personas a quienes antes trataba.

Al final del segundo curso tenía que dejar la universidad: la beca solo cubría dos años. Pero no me importaba: de todos modos quería ser escritora. E iba a casarme.

Alfrida se había enterado y volvió a ponerse en contacto conmigo.

«Supongo que estabas demasiado ocupada para llamarme. O quizá no te pasaron los mensajes», dijo.

Le contesté que quizá lo hubiera estado o que quizá no me los hubieran pasado.

Esta vez acepté ir a su casa. Puesto que en el futuro no iba a vivir en esa ciudad, la visita no me comprometía a nada. Elegí un domingo, después de los exámenes finales, en que mi novio iba a Ottawa por una entrevista de trabajo. Era un día radiante y soleado de comienzos de mayo. Decidí ir andando. Como rara vez había estado al sur de Dundas Street o al este de Adelaide, había zonas de la ciudad que desconocía por completo. En las calles del norte, los árboles de sombra empezaban a echar hojas y tanto las lilas como los manzanos ornamentales y los macizos de tulipanes estaban en flor; las extensiones de césped parecían alfombras nuevas. Pero al cabo de un rato me encontré recorriendo calles sin árboles de sombra; calles donde las casas se hallaban muy cerca de la acera y donde las matas de lilas —las lilas crecen en cualquier parte—

eran pálidas, como descoloridas por el sol, y no despedían aroma. Además de casas, había edificios de apartamentos de dos o tres plantas, algunos con la funcional decoración de un marco de ladrillos en torno a la puerta, otros con ventanas abiertas y cortinas lacias que se deslizaban sobre el alféizar.

Alfrida vivía en una casa, no en un edificio. Tenía todo el piso de arriba. En la planta baja, al menos en la parte delantera, habían puesto una tienda, que estaba cerrada porque era domingo. Era una tienda de artículos de segunda mano: a través de los cristales sucios vi montones de muebles corrientes y pilas de utensilios y platos viejos por todas partes. Lo único que me llamó la atención fue una cubeta de miel idéntica a la cubeta con un cielo azul y una colmena dorada en la que a los seis o siete años llevaba el almuerzo a la escuela. Recordé que leía una y otra vez las palabras estampadas en un lado.

«Toda miel pura se cristaliza».

Yo no tenía ni idea de qué significaba «cristalizar», pero me gustaba el sonido de la palabra. Me parecía elaborado y delicioso.

Había tardado en llegar más de lo que esperaba y tenía mucho calor. No pensaba que Alfrida, al invitarme al mediodía, prepararía una comida como la de los domingos en casa, pero fue olor a carne asada y verduras lo que percibí mientras subía por la escalera.

«Creía que te habías perdido —dijo desde arriba—. Ya iba a reunir una cuadrilla de rescate».

En vez de un vestido estival llevaba una blusa rosa, con un lazo flojo en el cuello, metida por dentro de una falda marrón de tablas. Ya no tenía el pelo ondulado, sino corto y rizado en torno al rostro, con toques de toscos reflejos rojos en el castaño oscuro. La cara, que yo recordaba delgada y morena, se había vuelto más rellena y un poco flácida. A la luz del mediodía, el maquillaje se destacaba de la piel como pintura naranja.

Pero la mayor diferencia eran los dientes postizos, de color uniforme, que le sobresalían levemente de la boca y daban un filo de ansiedad a la antigua expresión de entusiasmo desenfadado.

«Vaya, cómo has engordado —dijo—. Antes eras flacucha».

Era cierto, pero a mí no me gustaba oírlo. Como todas las chicas de la pensión, yo comía barato: copiosos platos precocinados Kraft y paquetes de galletas rellenas de confitura. Mi novio, que defendía con obstinación y sentido posesivo cuanto tuviera que ver conmigo, decía que le gustaban las mujeres corpulentas y que yo le recordaba a Jane Russell. No me molestaba que lo dijera, pero por lo general me ofendían que los demás comentaran mi apariencia. Sobre todo si eran personas como Alfrida: gente que había perdido importancia en mi vida. Pensaba que no tenían derecho a mirarme ni a formarse ninguna opinión sobre mí, y menos aún a expresarla.

La casa era angosta pero larga. Había una sala de estar con techo abuhardillado y ventanas que daban a la calle, un comedor que parecía un pasillo, sin ventanas, porque conducía a los dormitorios con mansardas, una cocina, un cuarto de baño iluminado gracias al cristal esmerilado de la puerta y, al fondo de la casa, una galería acristalada.

Los techos abuhardillados daban a las estancias un aire de provisionalidad, como si solo fingieran no ser dormitorios. Pero estaban demasiado llenas de muebles muy serios —la mesa y las sillas del comedor, el sofá y el sillón reclinable de la sala, la mesa y las sillas de la cocina—, pensados para habitaciones más amplias, más cabales. Tapetes en las mesas, telas blancas con bordados para proteger el respaldo y los brazos del sofá y los sillones, cortinas transparentes que cubrían las ventanas y cortinones floreados a los lados; jamás habría imaginado que se parecería tanto a las casas de las tías. Y en la pared del comedor —no en la del cuarto de baño ni en la del

dormitorio, sino en la del comedor— colgaba un cuadro que era la silueta de una niña con miriñaque, todo él hecho con cinta de satén rosa.

Una banda de linóleo grueso atravesaba el suelo del comedor desde la cocina a la sala.

Alfrida pareció adivinar parte de lo que yo estaba pensando.

«Sé que he metido demasiadas cosas —explicó—, pero son cosas de mis padres. Son muebles de la familia, no los podía tirar».

Nunca se me había ocurrido que tuviera padres. Su madre había muerto hacía mucho tiempo y a Alfrida la había criado mi abuela, que era su tía.

«De mi padre y de mi madre —dijo—. Al fallecer papá, tu abuela los guardó porque decía que serían míos cuando creciera, y aquí están. No los iba a rechazar, con las molestias que se había tomado».

En aquel momento recordé parte de la vida de Alfrida que había olvidado. El padre había vuelto a casarse. Había dejado la granja para trabajar en el ferrocarril. Había tenido más hijos, la familia había ido de una ciudad a otra, y en ocasiones Alfrida había hablado de ellos en tono jocoso, refiriéndose a los muchos hijos que había, lo unidos que seguían todos y las numerosas veces que la familia había tenido que trasladarse.

«Ven, que te presentaré a Bill», dijo.

Bill se encontraba en la galería. Estaba sentado, como esperando a que lo llamaran, en un sofá bajo o cama turca cubierto con una manta a cuadros marrones. La manta estaba arrugada —Bill debía de haberse tumbado— y las persianas de las ventanas, bajadas hasta el alféizar. La luz de la habitación —la ardiente luz del sol que se colaba por las rendijas de las persianas amarillas con churretes de lluvia—, la manta tosca arrugada y el cojín aplastado y descolorido, hasta el olor de la manta y de las pantuflas de hombre, viejas pantuflas raídas, ya sin forma ni estampado, me recordaron —igual que los tapetes y los pesados muebles bien lustrados y la niña hecha de cintas del cuadro— las casas de mis tías. También allí una podía encontrar una desastrada guarida masculina, con sus olores furtivos pero insistentes, su aire avergonzado pero terco de resistencia al dominio femenino.

No obstante, Bill se levantó a darme la mano, gesto que los tíos nunca habrían tenido con una muchacha desconocida. O con ninguna muchacha. No los habría frenado una descortesía manifiesta, sino el miedo a mostrarse ceremoniosos.

Era un hombre alto, de pelo cano, ondulado y brillante, y rostro terso pero no juvenil. Un hombre atractivo, con la lozanía de su belleza mermada, ya fuera por una salud delicada, la mala suerte o la falta de agallas. Pero aún conservaba cierta cortesía ajada, esa forma de inclinarse ante una mujer, que daba a entender que el encuentro sería un placer, tanto para ella como para él.

Alfrida nos condujo al comedor sin ventanas, donde en pleno mediodía estaban encendidas las luces. Tuve la impresión de que la comida llevaba mucho tiempo lista y de que mi retraso les había alterado el horario habitual. Bill sirvió el pollo asado y la salsa; Alfrida, las verduras. Alfrida le dijo: «Cariño, ¿has visto lo que tienes al lado del plato?», y él se acordó de desplegar la servilleta.

Bill no tenía mucho que decir. Me ofrecía la salsa, me preguntaba si quería mostaza, sal o pimienta, seguía la conversación volviendo la cabeza hacia Alfrida o hacia mí. De vez en cuando dejaba escapar un leve silbido entre dientes, un sonido tembloroso de intención al parecer cordial y aprobadora, que al principio creí que sería el prelude de un comentario. Pero no era así, y Alfrida nunca se interrumpía al oírlo. Desde entonces he visto a ciertos bebedores reformados comportarse de forma parecida: meten la cuchara complacidos, pero son incapaces de ir más allá, irremediamente abstraídos. Nunca supe si Bill era uno de ellos, pero parecía arrastrar una historia de derrotas, de problemas sufridos y lecciones aprendidas. Tenía además un aire de aceptación elegante de decisiones erróneas o posibilidades truncadas.

Las zanahorias y los guisantes eran congelados, dijo Alfrida. Por entonces las verduras congeladas eran una novedad.

«Son mucho mejores que las de lata —continuó—. Casi tan buenas como las frescas». Entonces Bill pronunció una frase entera. Dijo que eran mejores que las frescas. El color, el sabor, todo. Dijo que era extraordinario lo que se estaba logrando, y lo que se lograría en el futuro, en materia de congelados.

Alfrida se inclinó hacia delante sonriendo. Casi parecía contener el aliento, como si viera a su hijo dar los primeros pasos sin ayuda o la primera vuelta vacilante en bicicleta.

Bill nos contó que habían descubierto que podía inyectarse una sustancia a los pollos, un procedimiento que permitiría que todos salieran iguales, grandes y sabrosos. Atrás quedaría el riesgo de comprar uno de menor calidad.

—La especialidad de Bill es la química —señaló Alfrida.

Como yo no tenía nada que decir, agregó:

—Trabajó para Gooderhams.

Silencio.

—La destilería —continuó—. *Whisky* Gooderhams.

Si yo no decía nada no era porque fuera descortés o me aburriera (no mostraba más descortesía que la natural en mí por aquel entonces, ni estaba más aburrida de lo que había esperado), sino porque no entendía la obligación de hacer preguntas, las que fuesen, para animar a conversar a un macho tímido, sacarlo de su ensimismamiento e investirlo como hombre de cierta autoridad, y por lo tanto como hombre de la casa. No entendía por qué Alfrida lo miraba con una sonrisa tan ferozmente alentadora. Toda mi experiencia de mujer con los hombres, de mujer que escucha a un hombre y confía y confía en que demuestre ser alguien de quien pueda estar razonablemente orgullosa, tendría lugar en el futuro. Las únicas parejas a las que había observado eran mis padres y mis tíos, y esos maridos y mujeres parecían tener vínculos remotos y formales, sin ninguna dependencia mutua evidente.

Bill siguió comiendo como si no se hubiera mencionado su profesión ni su empresa y Alfrida empezó a preguntarme por los cursos. Aún sonreía, pero la sonrisa había cambiado. Mostraba cierto temblor de impaciencia y desagrado, como si esperase a que yo acabara las explicaciones para decir —como en efecto dijo—: «Yo no leería esas cosas ni por un millón de dólares».

—Para dos días que vamos a vivir... —añadió—. Mira, en el periódico a veces contratamos a algunos que tienen sus títulos. Cum laude en lengua. Cum laude en filosofía. No sabemos qué hacer con ellos. Lo que escriben no vale un centavo. A ti ya te lo he contado, ¿verdad? —le dijo a Bill, y él alzó la vista y le dirigió una sonrisa obsequiosa.

Alfrida dejó el tema.

—Bueno, ¿y cómo te diviertes? —me preguntó.

Por entonces representaban *Un tranvía llamado deseo* en un teatro de Toronto, y le conté que había ido en tren con dos amigas para ver la obra.

Alfrida dejó caer con estrépito el cuchillo y el tenedor en el plato.

—Esa basura —exclamó. Me llamó la atención su gesto de repugnancia. Luego habló con más calma pero con una aversión todavía virulenta—. Fuiste hasta Toronto para ver esa basura.

Habíamos acabado el postre y Bill escogió aquel momento para preguntar si lo excusábamos. Se lo preguntó a Alfrida y luego me lo preguntó a mí con una levísima reverencia. Volvió a la galería y al cabo de un ratito oímos la pipa. Al verlo salir, Alfrida pareció olvidarse de mí y de la obra. Su expresión de ternura era tal que cuando se puso en pie pensé que iba a seguirlo. Pero solo fue a buscar los cigarrillos.

Me alargó el paquete y, cuando cogí uno, dijo, con un deliberado esfuerzo de jovialidad:

—Veo que mantienes la mala costumbre que te enseñé.

Tal vez había recordado que yo ya no era una niña, que no tenía obligación de estar en su casa y que carecía de sentido convertirme en una enemiga. Y yo no quería discutir; me daba igual lo que Alfrida opinara de Tennessee Williams. O lo que opinara de cualquier cosa.

—Supongo que es asunto tuyo —dijo—. Puedes ir a donde se te antoje. —Y añadió—: Al fin y al cabo, pronto serás una mujer casada.

Por el tono, esas palabras podían significar «Debo reconocer que ahora eres una adulta» o «Pronto tendrás que sentar la cabeza».

Nos levantamos y empezamos a recoger los platos. Trabajando muy juntas en el pequeño espacio que quedaba entre la mesa de la cocina, la encimera y la nevera, no tardamos en desarrollar tácitamente cierto orden armónico para retirar las sobras, amontonarlas y meterlas en recipientes pequeños, llenar de agua caliente jabonosa el fregadero, coger todo cubierto intacto y deslizarlo en el cajón forrado de fieltro del aparador del comedor. Llevamos el cenicero a la cocina y de vez en cuando dábamos una calada reparadora, profesional. Cuando dos mujeres trabajan juntas de ese modo, pueden coincidir o no en ciertas cuestiones —si está bien fumar, por ejemplo, o es preferible no hacerlo para evitar que una ceniza errante se deposite en un plato limpio, o si hay que lavar cuanto ha estado en la mesa aunque no se haya usado—, y resultó que Alfrida y yo nos entendíamos. También es cierto que al pensar que podría irme una vez lavados los platos me sentía menos tensa y más generosa. Ya había dicho que esa tarde tenía que ver a una amiga.

—Son muy bonitos estos platos —dije. Eran de color crudo, un poco amarillento, con flores azules en el borde.

—Bueno, es la vajilla de bodas de mi madre —explicó Alfrida—. Es otra de las cosas buenas que hizo tu abuela por mí. Embaló la vajilla de mi madre y la tuvo guardada hasta que pude usarla. Jeanie nunca se enteró de que existía. Con esa pandilla no hubiera durado mucho.

Jeanie. Esa pandilla. La madrastra, los hermanastros y hermanastras.

—Sabes todo eso, ¿no? —dijo Alfrida—. ¿Sabes lo que le pasó a mi madre?

Claro que lo sabía. Su madre había muerto cuando le estalló una lámpara en las manos —es decir, murió de las quemaduras que le provocó la lámpara al estallarle en las manos— y mi madre y mis tías lo habían comentado a menudo. No podía hablarse de la madre ni del padre de Alfrida, y casi ni siquiera de la misma Alfrida, sin que aquella muerte saliera a relucir y se añadiera un dato nuevo. Esa era la razón por la que el padre de Alfrida se fue de la granja (lo que se consideraba siempre una especie de descenso moral, si no económico). Era una razón para tener un cuidado extremo con el queroseno, y una razón para agradecer la electricidad, por mucho que costara. Y en cualquier caso era un hecho espantoso para una niña de la edad de Alfrida. (Es decir, independientemente de lo que hubiera hecho consigo misma desde entonces).

«De no haber sido por la tormenta, ella no habría encendido una lámpara a media tarde».

«Sobrevivió toda aquella noche y el día y la noche siguientes. Más le hubiera valido morir en el acto».

«Y justo al año siguiente llegó la electricidad a donde vivían y no tuvieron que usar lámparas de queroseno nunca más».

Las tías y mamá rara vez pensaban lo mismo, pero compartían un sentimiento respecto de esa historia. Ese sentimiento les embargaba la voz cada vez que pronunciaban el nombre de la madre de Alfrida. Era como si la historia fuese para ellas un tesoro espantoso, algo que solo nuestra familia podía esgrimir, una distinción que no se desvanecería nunca. Escuchándolas yo siempre había tenido la sensación de que se desarrollaba una confabulación obscena, un hurgar entusiasta en lo macabro y lo

desastroso. Sus voces eran como gusanos que me reptaban por las entrañas. Según mi experiencia, los hombres no eran así. Los hombres apartaban la vista de los acontecimientos pavorosos lo antes posible y actuaban como si, una vez pasadas las cosas, no tuviera sentido mencionárselas, ni siquiera volver a pensar en ellas. No querían agitarse ni agitar a los demás.

De modo que si Alfrida iba a hablar del asunto, pensé, era una suerte que mi novio no me hubiera acompañado. Una suerte que no tuviera que oír la historia de la madre de Alfrida, además de descubrir cosas acerca de mi madre y la pobreza relativa, o quizá considerable, de mi familia. Él adoraba la ópera y el *Hamlet* de Laurence Olivier, pero no tenía tiempo para la tragedia —la sordidez de la tragedia— de la vida real. Sus padres eran personas sanas, guapas y prósperas (aunque desde luego él los tildaba de aburridos), y al parecer no había tenido que tratar a nadie que no viviera en circunstancias de lo más felices. Los reveses de la vida —reveses de la suerte, de salud, económicos— los consideraba pasos en falso, y su decidida aprobación de mi persona no se extendía a mi destartado origen.

—En el hospital no me dejaron verla —dijo Alfrida; al menos hablaba con su voz normal, sin preparar el terreno con una piedad especial o una emoción untuosa—. Bien, yo tampoco me habría dejado entrar si hubiera estado en su piel. No sé qué aspecto tenía. Probablemente la habían vendado como a una momia. Y, si no, habrían debido hacerlo. Yo no estaba cuando ocurrió. Estaba en el colegio. Se puso todo negrísimo, el maestro encendió las luces (en el colegio había electricidad) y tuvimos que estarnos quietos hasta que pasó la tormenta. Entonces tía Lily (tu abuela, vaya) fue a buscarme y me llevó a su casa. Y nunca volví a ver a mi madre.

Creí que no iba a decir nada más, pero al cabo de un momento continuó, con una voz un poco más animada, como si se dispusiese a reír.

—Yo gritaba y gritaba como una loca que quería verla. Seguí y seguí así y, como no podían callarme, al final tu abuela me dijo: «Es mejor que no la veas. No querrías verla si supieras qué aspecto tiene. No querrías recordarla así».

»¿Y sabes qué le dije? Recuerdo bien lo que dije. Dije: “Pero ella querría verme a mí. Ella querría verme a mí”.

Entonces sí se rio, o lanzó un resoplido evasivo y desdeñoso.

—Debía de creerme una persona fantástica, ¿no? «Ella querría verme a mí».

Yo no había oído nunca esa parte de la historia.

Y, apenas la oí, sucedió algo. Fue como si de golpe se hubiera cerrado una trampa, para retener esas palabras en mi cabeza. No comprendía muy bien qué uso podría darles. Solo sabía que me habían sacudido y liberado, en el acto, para que respirara un aire diferente, solo accesible para mí.

«Ella querría verme a mí».

No escribiría el cuento que contenía esa historia hasta muchos años después, hasta que dejó de ser importante pensar en quién me había metido la idea en la cabeza para empezar.

Di las gracias a Alfrida y le dije que tenía que irme. Fue a llamar a Bill para que se despidiera, pero al volver me dijo que se había dormido.

—Se tirará de los pelos cuando se despierte —dijo—. Le ha encantado conocerte.

Se quitó el delantal y me acompañó hasta abajo. Al pie de la escalera de la puerta principal había un sendero de grava que llevaba a la acera. La grava crujía bajo nuestros pies y Alfrida resbaló debido a que sus zapatillas tenían la suela muy fina.

—¡Ay! —exclamó—. ¡Mecachis! —Y se agarró de mi hombro. Luego preguntó—: ¿Cómo está tu padre?

—Está bien.

—Trabaja demasiado.

—No tiene más remedio —dije yo.

—Lo sé, mujer. ¿Y tu madre cómo está?

—Más o menos igual.

Se volvió hacia el escaparate de la tienda.

—¿Acaso creen que alguien va a comprar estos trastos? Mira esa cubeta de miel. Tu padre y yo llevábamos la comida a la escuela en cubetas como esa.

—Yo también —dije.

—¿De verdad? —Me abrazó—. Dile a tu familia que pienso en ellos. ¿Lo harás?

Alfrida no acudió al funeral de mi padre. Me pregunté si se debía a que no quería verme. Por lo que yo sabía, nunca había manifestado en público lo que tenía contra mí; nadie más lo descubriría. Pero mi padre sí lo había sabido. Una vez fui a visitarlo y, al enterarme de que Alfrida no vivía muy lejos —de hecho, en la casa de mi abuela, que había acabado por heredar—, propuse que fuéramos a verla. Fue en la época de agitación entre mis dos matrimonios, cuando me sentía expansiva, recién liberada y capaz de ponerme en contacto con quien me apeteciera.

—Bueno, no sé si sabes que Alfrida está un poco molesta —dijo mi padre.

Ahora la llamaba Alfrida. ¿Desde cuándo?

Al principio ni se me ocurrió qué podía haberla molestado. Mi padre tuvo que recordarme el cuento, publicado hacía varios años, y a mí me sorprendió, y hasta me impacientó e irritó un poco, la idea de que Alfrida reprobara algo que en ese momento parecía tener tan poca relación con ella.

—No era Alfrida en absoluto —le expliqué a mi padre—. Lo cambié todo, ni siquiera pensaba en ella. Era un personaje. Cualquiera se daría cuenta.

Pero el caso es que ahí estaban la explosión de la lámpara, la madre envuelta en vendas sepulcrales, la niña leal y desamparada.

—Ya —dijo mi padre.

Aunque en general lo complacía mucho que me hubiera hecho escritora, tenía ciertas reservas respecto a lo que podía llamarse mi personaje. Respecto al hecho de que hubiera puesto fin a mi matrimonio por razones personales —es decir, arbitrarias— y a mi modo de justificarme —o, como habría dicho él, de escurrir el bulto—. Claro que no lo decía; ya no era asunto suyo.

Le pregunté cómo sabía que Alfrida estaba molesta.

—Una carta —contestó.

Una carta, pese a que no vivían muy lejos el uno del otro. Lamenté que mi padre se hubiera llevado la peor parte de lo que podía considerarse mi inconsciencia, incluso mi mala acción. También que él y Alfrida tuvieran ahora una relación tan formal. Me pregunté qué se callaba. ¿Había tenido que defenderme ante ella, como tenía que defender mi literatura ante otras personas? Siempre estaba dispuesto a hacerlo, aunque no le resultara fácil. Quizá en el curso de esa incómoda defensa se le hubiera escapado algo desagradable.

Por mi culpa le habían surgido problemas desacostumbrados.

Cada vez que me hallaba en el entorno familiar me acechaba un peligro. Era el peligro de ver mi vida a través de otros ojos. De verla como un creciente rollo de palabras como alambre de espino, intrincado, pasmoso, inquietante, frente a los variados productos, la comida, las flores, las prendas de punto, de la vida doméstica de las demás mujeres. Cada vez costaba más decir que valía la pena.

Tal vez valiera mi pena, pero ¿y la de los otros?

Mi padre me había dicho que ahora Alfrida vivía sola. Le pregunté qué había sido de Bill. Dijo que eso no le incumbía. Pero creía que había habido una especie de operación de rescate.

—¿De Bill? ¿Cómo? ¿A cargo de quién?

—Hombre, creo que de una esposa.

—Una vez lo vi en casa de Alfrida. Me cayó bien.

—Caía bien, sí. A las mujeres.

Me obligué a pensar que quizá la ruptura no hubiera tenido nada que ver conmigo. Mi madrastra había impuesto a mi padre otro tipo de vida. Iban a la bolera y a jugar al curling y cada cierto tiempo quedaban con otras parejas para tomar café con donuts en Tim Horton. Ella había enviudado hacía años, durante los cuales había hecho muchos amigos que se convirtieron en amigos nuevos para él. Tal vez lo que había pasado entre mi padre y Alfrida solo fuera un cambio, un desgaste del vínculo, de esos que tan bien entendía yo en mi vida pero que no preveía en las ajenas; sobre todo, habría dicho, en la vida de mi familia.

Mi madrastra murió poco antes que mi padre. Después de un matrimonio breve y feliz los enviaron a cementerios distintos, a descansar junto a sus respectivos primeros cónyuges, más conflictivos. Antes de esas dos muertes Alfrida se marchó de nuevo a la ciudad. No vendió la casa; la dejó sin más. Mi padre me escribió: «Curiosa forma de hacer las cosas».

Al funeral de mi padre acudió un montón de gente a la que yo no conocía. Una mujer atravesó la hierba del cementerio para hablar conmigo. Primero pensé que sería una amiga de mi madrastra; luego vi que tenía apenas unos años más que yo. Con su figura robusta, la corona de rizos rubios grisáceos y la chaqueta floreada parecía mayor.

—Te he reconocido por una foto —dijo—. Antes Alfrida siempre presumía de ti.

—¿Alfrida no ha muerto? —pregunté.

—No, no —respondió la mujer, y me contó que Alfrida estaba en un geriátrico, en una ciudad al norte de Toronto—. La trasladé allí para tenerla vigilada.

Ahora se percibía claramente —incluso en la voz— que era una persona de mi generación, y pensé que debía de ser de la otra familia, una hermanastra, nacida cuando Alfrida ya era casi adulta.

Me dijo su apellido, que por supuesto no era el mismo que el de Alfrida; debía de ser el de casada. Yo no recordaba que Alfrida hubiera mencionado a nadie de su segunda familia por el nombre de pila.

Le pregunté cómo estaba Alfrida y me contó que tenía tan mal la vista que era legalmente ciega. Además, un grave problema renal la obligaba a hacer diálisis dos veces por semana.

—¿Aparte de eso...? —dijo, y se echó a reír.

Pensé que en efecto era una hermana, porque capté algo de Alfrida en esa risa impetuosa y agitada.

—De modo que viajar no le sienta muy bien —añadió—. Si no, la habría traído. Aún recibe el periódico de aquí y a veces se lo leo. Así me enteré de lo de tu padre.

Impulsivamente, me pregunté en voz alta si no debía ir a verla al geriátrico. Las emociones del funeral —los sentimientos de afecto, alivio y reconciliación desatados por la muerte de mi padre a una edad razonable— propiciaban la idea. Hubiera sido difícil llevarla a cabo. Mi marido —mi segundo marido— y yo solo disponíamos de dos días antes de volar a Europa para disfrutar de unas vacaciones ya aplazadas.

—No sé si sacarás mucho en limpio —dijo la mujer—. Tiene sus días buenos. Y sus días malos. Nunca se sabe. A veces pienso que está fingiendo. Es que se pasa todo el día allí sentada y, le digas lo que le digas, siempre repite lo mismo. «Como una rosa y dispuesta a amar». Lo repite el día entero. «Como una rosa y dispuesta a amar». Vuelve loco a cualquiera. Pero otros días habla con absoluta normalidad.

De nuevo la voz y la risa —esta vez medio sofocada— me recordaron a Alfrida.

—¿Sabes?, creo que te vi una vez —dije—. Me acuerdo de que en cierta ocasión vinieron a vernos la madrastra y el padre de Alfrida, o quizá solo fuera él con algunos de los hijos.

—Ah, te confundes —aclaró la mujer—. ¿Has creído que era hermana de Alfrida?

¡Cielos, por lo visto aparento la edad que tengo!

Dije que no la veía bien, y era cierto. El sol de aquella tarde de octubre ya estaba bajo y me daba en los ojos. Como la mujer estaba a contraluz, me costaba discernir las facciones y la expresión.

Se encogió de hombros, nerviosa, solemne.

—Alfrida es mi mamá biológica —dijo.

Mamá. Madre.

Luego me contó, sin extenderse demasiado, la historia que debía de contar a menudo, porque trataba de un acontecimiento decisivo en su vida y de una aventura en que se había embarcado sola. Había sido adoptada por una familia del este de Ontario, la única familia que había conocido («y los quería muchísimo»), y se había casado y había tenido hijos, que ya eran mayores cuando sintió la necesidad de descubrir quién era su madre. No resultó fácil, debido a cómo se llevaban entonces los registros y al secreto («Se ocultó a todo el mundo que me había tenido»), pero hacía unos años había dado con la pista de Alfrida.

—Y justo a tiempo —precisó—. Es decir, era el momento de que apareciera alguien para cuidar de ella. En la medida de lo posible.

—No lo sabía —dije.

—No. Supongo que pocos se enteraron en aquella época. Cuando te lanzas a algo así, te advierten de que tu aparición puede suponer un mazazo. Para la gente mayor resulta aún más violento. En fin. Me parece que a ella no le molestó. Unos años antes, quizá sí le habría molestado.

Se percibía en ella cierto aire de triunfo, que no era difícil de entender. Si alguien tiene que contar algo que sorprenderá al otro, y lo dice y ocurre lo que esperaba, ha de experimentar un momento balsámico de poder. En ese caso era tan completo que sintió la necesidad de disculparse.

—Perdona que me haya puesto a hablar de mí antes de decirte cuánto siento lo de tu padre.

Le di las gracias.

—Alfrida me contó que un día tu padre y ella volvían a casa del colegio... Estaban ya en el instituto. No podían hacer juntos todo el camino porque, ya sabes, un chico y una chica, en aquel entonces, habrían tenido que aguantar bromas terribles. Por eso, si él salía antes, la esperaba en el cruce de su calle con la calle principal, fuera del pueblo, y si la que salía antes era ella, hacía lo mismo, esperarlo. Y un día iban juntos y oyeron que empezaban a sonar todas las campanas, ¿y sabes qué era? Que había terminado la Primera Guerra Mundial.

Le dije que yo también había oído esa historia.

—Pero pensaba que todavía eran niños.

—Entonces, ¿cómo iban a volver del instituto, si eran niños?

Le expliqué que en la versión que conocía estaban jugando en el campo.

—El perro de mi padre estaba con ellos. Se llamaba Mack.

—A lo mejor estaba también el perro. A lo mejor iba a buscarlos. No me pareció que se confundiera mientras me lo contaba. Tenía muy buena memoria para todo lo relacionado con tu padre.

Me percaté de dos cosas. En primer lugar, que mi padre había nacido en 1902 y que Alfrida tenía casi la misma edad que él. Por lo tanto, era mucho más probable que estuvieran volviendo del instituto, y no jugando en el campo, y me extrañó no haber reparado nunca en eso. Tal vez habrían dicho que estaban en el campo, es decir, volviendo a casa a través del campo. Tal vez nunca habrían dicho la palabra «jugar».

En segundo lugar, que la sensación de arrepentimiento o afabilidad, el aire inofensivo que un momento antes había percibido en la mujer, se había disipado.

—Las cosas cambian —dije.

—Exacto. La gente cambia las cosas. ¿Quieres saber qué decía Alfrida de ti? Ahí estaba. Ya me lo veía venir.

—¿Qué?

—Decía que eras lista, pero que no eras ni mucho menos tan lista como te creías. Me obligué a seguir mirando el rostro oscuro a contraluz.

Lista, demasiado lista, no lo bastante lista.

—¿Eso es todo? —pregunté.

—Dijo que eras fría como el hielo. Son palabras tuyas, no mías. Yo no tengo nada contra ti.

Aquel domingo, después del almuerzo en casa de Alfrida, me propuse volver a la pensión caminando. Calculé que si hacía a pie la ida y la vuelta habría recorrido unas diez millas, lo cual debía neutralizar los efectos del almuerzo que había tomado. Me sentía atiborrada, no solo de comida, sino de cuanto había visto y captado en el apartamento. De los muebles anticuados, apiñados. De los silencios de Bill. Del amor de Alfrida, tenaz como el lodo, inapropiado y sin esperanzas —por lo que yo veía—, aunque solo fuera por motivo de la edad.

Tras caminar un rato dejé de sentir pesado el estómago. Juré que no probaría bocado durante las siguientes veinticuatro horas. Anduve hacia el norte y el oeste, hacia el norte y el oeste, por la ordenada cuadrícula de la pequeña ciudad. Los domingos por la tarde apenas había tráfico, salvo en las vías principales. A veces mi ruta coincidía unas travesías con la de un autobús. Algunos llevaban solo dos o tres pasajeros. Personas a las que no conocía y que no me conocían. Qué bendición.

Había mentido; no había quedado con ninguna amiga. La mayoría de mis amigos se habían ido a sus casas, dondequiera que estuviesen. Mi novio no volvería hasta el día siguiente; pensaba visitar a sus padres, que vivían en Cobourg, en el camino de regreso de Ottawa. Cuando yo llegara a la pensión, no habría nadie; nadie con quien tuviera que hablar ni a quien escuchar.

Llevaba una hora andando cuando vi un *drugstore* abierto. Entré y pedí una taza de café. Era café recalentado, negro y amargo; sabía a medicina, exactamente lo que yo necesitaba. Ya me sentía más aliviada y entonces empecé a sentirme feliz. Qué felicidad estar sola. Ver en la acera la luz ardiente del final de la tarde, las ramas de un árbol que acababan de echar hojas y arrojaban sombras parcas. Oír al fondo del local los sonidos del partido que el camarero escuchaba por la radio. No pensaba en el cuento que escribiría sobre Alfrida —no en ese en particular—, sino en el trabajo que quería hacer, más parecido a asir algo en el aire que a construir historias. Los gritos de la multitud me llegaban como grandes latidos, llenos de pena. Hermosas olas de sonido ceremonioso, con su aprobación y su lamento distantes, casi inhumanos.

Eso quería yo, a eso me pareció que debía prestar atención, así quería que fuese mi vida.

Postes y vigas

Lionel les contó cómo había muerto su madre.

Había pedido el estuche de maquillaje. Lionel le sostenía el espejo.

—Tardaré alrededor de una hora —dijo ella.

Crema, polvos faciales, lápiz de cejas, rímel, perfilador de labios, carmín, colorete. Era lenta y temblaba, pero no lo hizo mal.

—No has tardado una hora —dijo Lionel.

No, ella no se refería a eso.

Se refería a morir.

Él le había preguntado si quería que llamase a su padre. El padre de él, el marido de ella, el pastor.

Ella había dicho: ¿Para qué?

Había errado en la predicción por apenas cinco minutos, más o menos.

Estaban sentados detrás de la casa —la casa de Lorna y Brendan—, en una terracita desde la que se veían Burrard Inlet y las luces de Point Grey. Brendan se levantó a colocar el aspersor en otra franja de césped.

Lorna había conocido a la madre de Lionel hacía pocos meses. Una mujer bonita, menuda, de pelo blanco y un encanto arrollador, que había llegado a Vancouver desde un pueblo de las Rocosas para ver una representación de la Comédie Française, de gira en la ciudad. Lionel había pedido a Lorna que los acompañara. Después de la función, mientras Lionel la ayudaba a ponerse la capa de terciopelo azul, la madre le había dicho a Lorna:

—Qué alegría conocer a la *belle-amie* de mi hijo.

—No exageremos con el francés —había dicho Lionel.

Lorna ni siquiera sabía muy bien qué significaba *belle-amie*. ¿Bella amiga? ¿Amante?

Por encima del hombro de su madre, Lionel la había mirado alzando las cejas. Como avisando: Nada de lo que diga es culpa mía.

En el pasado, Lionel había sido alumno de Brendan en la universidad. Un diamante sin pulir de solo dieciséis años. La mente matemática más brillante que Brendan había conocido. Al recordarlo, Lorna se preguntaba si la insólita generosidad de Brendan con los estudiantes de mayor talento no lo habría llevado a exagerar. También debido al giro que habían tomado los acontecimientos. Si bien Brendan había vuelto la espalda a todo lo irlandés —la familia, la iglesia, las canciones sentimentales—, tenía debilidad por los relatos trágicos. Y en efecto, después del comienzo deslumbrante, Lionel había sufrido una especie de crisis nerviosa, ingresado en un hospital, desaparecido de la vista. Hasta que Brendan se había topado con él en el supermercado y había descubierto que vivía a una milla de su casa, en Vancouver Norte. Había dejado del todo las matemáticas y trabajaba en la editorial de la Iglesia anglicana.

«Ven a vernos —había dicho Brendan. Lionel le pareció desaliñado y solitario—. Ven, así conocerás a mi mujer».

Estaba contento de tener un hogar, de invitar a gente.

—De modo que no me imaginaba cómo serías —dijo Lionel cuando se lo contó a Lorna—. Pensé que serías espantosa.

—Caramba —exclamó Lorna—. ¿Por qué?

—Qué sé yo. Esposas.

Iba a verlos por las noches, cuando los niños ya se habían acostado. Cada leve irrupción de la vida doméstica —el llanto del bebé a través de una ventana abierta, la reprimenda de Brendan a Lorna por dejar los juguetes en la hierba en vez de guardarlos en el arenero, o los gritos desde la cocina para preguntarle si había comprado limas para el *gin-tonic*— parecía provocar un estremecimiento a Lionel, una tensión en su cuerpo delgado y su cara alerta y desconfiada. Entonces tenía que haber una pausa, un retroceso hasta un nivel apreciable de contacto humano. Una vez, con la

melodía de «O Tannenbaum», se había puesto a cantar, muy bajito: «Vida conyugal, vida conyugal». Sonreía levemente en la penumbra, o eso creyó Lorna. La sonrisa le había recordado a la de su hija de cuatro años, Elizabeth, cuando en público susurraba un comentario escandaloso al oído de mamá. Una sonrisita secreta, satisfecha, un tanto alarmada.

Lionel subía la colina en su alta bicicleta anticuada, en una época en que casi nadie usaba bicicleta salvo los niños. Nunca se cambiaba la ropa con la que iba a trabajar. Pantalones oscuros, una camisa blanca siempre sucia, con los puños y el cuello raídos, y una corbata anodina. La noche de la Comédie Française había añadido al atuendo una chaqueta de *tweed* de hombros demasiado anchos y mangas demasiado cortas. Tal vez no tuviera más ropa.

«Trabajo por una miseria —decía—. Y ni siquiera en la viña del Señor. En la diócesis del arzobispo».

Y: «A veces pienso que estoy en una novela de Dickens. Y lo más curioso es que Dickens no me gusta».

Por lo general hablaba con la cabeza ladeada, la vista fija un poco más allá de Lorna. Tenía una voz suave y apresurada, a veces transida de una exaltación nerviosa. Lo contaba todo con cierto azoramiento. Hablaba del despacho donde trabajaba, en el edificio que estaba detrás de la catedral. De las pequeñas ventanas góticas y la madera barnizada (para imponer un aire eclesiástico), el portasombreros y paragüero (que por alguna razón lo llenaba de una profunda melancolía), la mecanógrafa Janine y la directora del boletín de la Iglesia, la señora Penfound. Las esporádicas visitas del arzobispo, espectral y distraído. Había una batalla inconclusa por las bolsitas de té entre Janine, que las prefería, y la señora Penfound, que las rechazaba.

Cada uno masticaba algo en secreto sin compartirlo jamás. Janine, caramelos; Lionel, peladillas. El placer secreto de la señora Penfound era algo que ni él ni Janine habían logrado descubrir, porque la señora Penfound no tiraba los envoltorios a la papelería. No obstante, siempre tenía las mandíbulas subrepticamente atareadas.

Mencionaba el hospital donde lo habían internado un tiempo y explicaba cómo se parecía al despacho en cuanto a lo de comer a escondidas. A los secretos en general. Pero había una diferencia, y era que de vez en cuando en el hospital lo maniataban a uno para conectarlo, decía, al enchufe de la luz.

—Era muy interesante. En realidad era atroz. Pero no puedo describirlo. Eso es lo extraño. Lo recuerdo pero no puedo describirlo.

A causa de lo sucedido en el hospital, decía, andaba un tanto escaso de recuerdos. Escaso de detalles. Le gustaba que Lorna le contara los suyos.

Ella le habló de cómo era su vida antes de casarse con Brendan. De las dos casas idénticas que se alzaban una al lado de la otra en el pueblo donde había crecido. Enfrente había un canal profundo llamado Arroyo Tinto porque solía llevar agua coloreada por los vertidos de la fábrica textil. Detrás había un prado silvestre adonde las niñas no debían ir. En una casa vivían ella y su padre; en la otra vivían la abuela, la tía Beatrice y la prima Polly.

Polly no tenía padre. Eso se decía y en aquel entonces Lorna lo creía sinceramente. Polly no tenía padre, igual que un gato Manx no tiene cola.

En la sala de estar de la abuela había un mapa de la Tierra Santa, hecho con lana de muchos colores, que mostraba los lugares bíblicos. En su testamento lo legó a la escuela dominical de la Iglesia Unida. La tía Beatrice no hacía vida social que incluyera a hombres desde los tiempos de su olvidada desgracia, y era tan maniática, tan escrupulosa respecto a la conducta de la vida que era fácil imaginar que la concepción de Polly había sido inmaculada. Las dos únicas enseñanzas que Lorna había recibido de la tía Beatrice eran que había que pasar la plancha de lado sobre las costuras, no por encima, para que no dejara marcas, y que no se debían usar blusas transparentes

sin algo debajo que escondiera el tirante del sujetador.

—Sí, claro. Sí —dijo Lionel. Estiró las piernas como si la consideración le llegara hasta la punta de los pies—. Y ahora vamos a por Polly. En esa familia bendita, ¿cómo es Polly?

Polly era magnífica, contestó Lorna. Rebosante de energía, sociable, bondadosa, segura de sí misma.

—Vaya —dijo Lionel—. Háblame otra vez de la cocina.

—¿Qué cocina?

—La que no tenía canario.

—La nuestra.

Lorna describió cómo frotaba los fogones con papel parafinado hasta dejarlos brillantes, los ennegrecidos estantes que albergaban las sartenes, el fregadero y el espejito que había encima —en una de cuyas esquinas faltaba un triángulo de cristal— y el pequeño cuenco metálico —hecho por su padre— donde siempre había un peine, una vieja asa de taza y una cajita de colorete seco que seguramente había pertenecido a su madre.

Le contó el único recuerdo que tenía de su madre. Un día de invierno, estaba con ella en el centro del pueblo. Entre la acera y la calzada había nieve. Acababa de aprender a leer la hora y al mirar el reloj de la oficina de correos vio que era el momento de la radionovela que escuchaban juntas todos los días.

Se preocupó mucho, no por perderse el capítulo, sino porque no sabía qué le pasaría a la gente de la historia si la radio no estaba encendida, si ella y su madre no la escucharan. Era más que preocupación lo que sintió; era horror, al pensar que, por una ausencia casual o azarosa, las cosas pudieran perderse, no suceder.

E incluso en aquel recuerdo la madre era solo una cadera y un hombro cubiertos con un abrigo grueso.

Lionel dijo que él no tenía una percepción mucho más cabal de su padre, y eso que su padre estaba vivo. ¿El frufú de una sobrepelliz? Lionel y su madre solían hacer apuestas sobre cuánto tiempo se pasaría el padre sin hablarles. Una vez le había preguntado qué lo tenía tan furioso, y ella había contestado que realmente no lo sabía.

—Creo que quizá no le gusta su trabajo —había dicho.

—¿Por qué no se busca otro? —había preguntado Lionel.

—Quizá no se le ocurre ninguno que le guste.

Entonces Lionel recordó que en una visita al museo con su madre lo habían asustado las momias y que ella le había dicho que no estaban muertas de verdad, que cuando todos se iban a casa las dejaban salir de los ataúdes. Él le preguntó: «¿Y papá no será una momia?». Su madre creyó que había dicho mami en vez de momia, y más adelante contaría la anécdota como un chiste, y él, desalentado como estaba, no la había corregido. Un desaliento inmenso, a una edad tan temprana, ante el tremendo problema de la comunicación.

Era uno de los pocos recuerdos que conservaba.

Brendan se echó a reír: la historia le hacía más gracia que a Lorna y Lionel. Se sentaba un rato con ellos, decía: «¿De qué parloteáis vosotros dos?», y con cierto alivio, como si de momento ya hubiera cumplido, se levantaba diciendo que tenía trabajo y entraba en la casa. Como si le complaciera la amistad entre ellos; como si en cierto modo la hubiera previsto y propiciado. Pero su conversación lo inquietaba.

«Le hace bien venir a pasar un rato normal en vez de quedarse sentado en su habitación —le decía a Lorna—. Por supuesto que te desea. Pobre cabrón».

Le gustaba decir que los hombres deseaban a Lorna. Sobre todo cuando iban a una fiesta de profesores y ella era la esposa más joven. A Lorna la habría incomodado que alguien lo oyera, por miedo a que lo considerase una exageración absurda y fantasiosa. Pero a veces, en especial si estaba algo borracha, pensar que acaso fuera

tan universalmente atractiva la excitaba tanto como a Brendan. Sin embargo, estaba bastante segura de que en el caso de Lionel no era así y esperaba que Brendan nunca insinuara nada parecido delante de él. Recordaba cómo la había mirado Lionel por encima del hombro de la madre. Era un gesto de negación, de advertencia sutil.

No le contó a Brendan lo de los poemas. Cada semana, más o menos, le llegaba por correo un poema en un sobre debidamente sellado. No eran anónimos: los firmaba Lionel. La firma era apenas un garabato, difícil de descifrar; y lo mismo pasaba con las palabras. Por suerte nunca había muchas —a veces una o dos docenas en total— y, como inciertas huellas de pájaro, describían una curiosa trayectoria en la página. A primera vista, Lorna nunca entendía nada. Descubrió que, en vez de esforzarse, era mejor sostener la página ante los ojos y mirarla largo rato como si hubiera entrado en trance. Al final, las palabras solían aparecer. No todas: en cada poema le quedaban dos o tres por descifrar; pero no importaba demasiado. No había más signo de puntuación que los guiones. La mayoría de las palabras eran sustantivos. Lorna estaba acostumbrada a la poesía y no abandonaba fácilmente lo que no entendía enseguida. Pero con los poemas de Lionel le pasaba más o menos lo mismo que con el budismo: eran un recurso que quizá pudiera comprender y aprovechar en el futuro, pero no de momento.

Después de recibir el primero se había torturado pensando qué iba a decir. Algo elogioso pero no estúpido. Solo le salió un «Gracias por el poema» en un momento en que Brendan no podía oírlo. Se cuidó de no decir: «Me ha gustado». Lionel asintió con un gesto brusco y selló la conversación con un sonido. Siguieron llegando poemas y nunca volvieron a mencionarse. Lorna empezó a pensar que quizá no debía considerarlos mensajes sino ofrendas. Pero no ofrendas de amor, como habría supuesto Brendan, por ejemplo. No contenían ni una alusión a los sentimientos de Lionel hacia ella, nada personal. Le recordaban las tenues marcas que en primavera se atisban a veces en las aceras: sombras que dejaron hojas húmedas aplastadas el año anterior.

Había otra cosa, más urgente, que tampoco le había comentado a Brendan. Ni a Lionel. No había dicho que Polly estaba a punto de visitarlos. La prima Polly venía de su tierra natal.

Polly era cinco años mayor que Lorna y desde que había acabado el bachillerato trabajaba en el banco de la localidad. Ya en una ocasión había ahorrado casi el dinero necesario para el viaje, pero había decidido invertirlo en una bomba de succión. Ahora, no obstante, estaba atravesando el país en autocar. Le parecía naturalísimo y apropiado visitar a su prima y al marido y la familia de su prima. Brendan lo consideraría casi una intrusión, algo que nadie tenía derecho a hacer si no lo invitaban. No era contrario a las visitas —ahí estaba Lionel—, pero le gustaba decidir a él. Todos los días Lorna pensaba cómo decirselo. Todos los días lo postergaba.

Y no era un asunto que pudiera tratar con Lionel. Con él no se podía hablar de nada que se considerase un problema grave. Hablar de problemas significaba buscar soluciones, esperar encontrarlas. Y eso no era interesante, no manifestaba una actitud interesante hacia la vida. Más bien, una esperanza hueca y tediosa. No le gustaba oír hablar de angustias corrientes ni de emociones sencillas. Prefería que las cosas fueran pasmosas e insoportables y, no obstante, se soportaban con ironía, hasta con alegría.

Lorna le había contado algo que quizá fuese aventurado. Le había contado que había llorado el día de su boda e incluso durante la ceremonia. No obstante, se las ingenió para bromear al respecto, ya que explicó que le había sido imposible sacar un pañuelo porque Brendan no quería soltarle la mano, de modo que tuvo que seguir sorbiendo por la nariz. Y de hecho no lloraba porque no quisiera casarse o no amase a Brendan. Lloraba porque de pronto todo en su hogar le parecía valioso —aunque siempre hubiera pensado en marcharse— y no concebía que pudiese estar nunca tan unida a

nadie como a esas personas, por mucho que siempre les hubiera ocultado sus pensamientos íntimos. Lloraba porque el día anterior Polly y ella habían reído juntas mientras limpiaban los estantes de la cocina y fregaban el suelo de linóleo, como si representase una obra sensiblera, ella había dicho adiós, linóleo, adiós, tetera desportillada, adiós, lugar bajo la mesa donde pegaba los chicles, adiós, adiós.

Por qué no le dices que lo olvide y listo, había dicho Polly. Pero desde luego no lo decía en serio, estaba orgullosa, y también lo estaba Lorna, dieciocho años, sin haber tenido ningún novio de verdad, y a punto de casarse con un treintañero guapo, un profesor.

De todos modos lloró, y en los primeros tiempos del matrimonio volvía a llorar cada vez que recibía carta de casa. Brendan la había pillado.

—Quieres mucho a tu familia, ¿no?

Como el tono le pareció comprensivo, ella respondió:

—Sí.

Él suspiró.

—Me parece que los quieres más que a mí.

Ella respondió que no era cierto, solo que a veces su familia le daba pena. La vida era dura para ellos: la abuela daba año tras año el cuarto curso y tenía la vista tan mal que apenas distinguía lo que escribía en la pizarra; la tía Beatrice sufría demasiados problemas nerviosos para tener un empleo; su padre —el de Lorna— trabajaba siempre en una ferretería ajena.

—¿Vida dura? —dijo Brendan—. ¿Es que los tienen en un campo de concentración?

Añadió que en este mundo hacían falta agallas. Y Lorna se tumbó en la cama matrimonial y dio rienda suelta a uno de esos ataques de llanto furioso que ahora la avergonzaba recordar. Al cabo de un rato Brendan fue a consolarla, aunque convencido aún de que las mujeres siempre recurrían al llanto cuando no podían ganar una discusión de otra forma.

Lorna había olvidado ciertos detalles físicos de Polly. Que era muy alta, por ejemplo, que tenía el cuello largo, la cintura estrecha y el pecho casi plano. Barbilla pequeña y desigual, boca irónica. Piel pálida, pelo corto, castaño claro, fino como plumas. Una apariencia a un tiempo frágil y robusta, como una margarita de tallo largo. Llevaba una falda de tela vaquera con volantes y bordados.

Brendan se había enterado de su llegada hacía cuarenta y ocho horas. Polly había telefoneado desde Calgary, a cobro revertido, y había contestado él. Después había hecho tres preguntas, con tono distante pero sereno.

¿Cuánto tiempo se quedará?

¿Por qué no me lo habías dicho?

¿Por qué ha llamado a cobro revertido?

—No lo sé —dijo Lorna.

Ahora, mientras preparaba la cena en la cocina, Lorna se esforzaba por oír de qué hablaban. Brendan acababa de llegar. No alcanzó a oír su saludo, pero la voz de Polly era alta y de una jovialidad atrevida.

—El caso es que he empezado con mal pie, Brendan, escucha y verás. Venimos Lorna y yo por la calle, desde la parada, y yo digo: Ostras, vaya barrio más fino te has buscado, Lorna, y luego voy y suelto: Pero mira esa casa, ¿qué hace aquí? Si parece un establo.

No habría podido empezar peor. Brendan estaba sumamente orgulloso de su casa. Era moderna, construida en el estilo llamado postes y vigas. Las casas de postes y vigas no se pintaban; la idea era que se integrasen en los bosques originarios. Desde el exterior, el efecto era el de un edificio sencillo, funcional, con tejado plano y saledizo. Dentro las vigas estaban a la vista y la madera sin revestimiento. Había una chimenea de piedra que subía hasta el techo y ventanas largas y estrechas sin cortinas. La

arquitectura ocupa un lugar preeminente, les había dicho el constructor, y al mostrar la casa a alguien Brendan repetía no solo esa frase, sino también la palabra «moderna». No se molestó en decírselo a Polly, ni en sacar la revista en la que se había publicado un artículo sobre el estilo, con fotos de casas parecidas, aunque no de esa en particular.

Polly había traído del pueblo la costumbre de empezar cada frase con el nombre de la persona a la cual se dirigía. «Lorna...», decía, o bien «Brendan...». Lorna había olvidado esa forma de hablar, que ahora le parecía algo perentoria y descortés. La mayor parte de las frases que Polly pronunciaba en la mesa empezaban con «Lorna...» y se referían a personas que solo conocían ellas dos. Sabía que Polly no pretendía ser maleducada, que estaba haciendo un esfuerzo considerable y valiente por mostrarse natural. Y al principio había procurado incluir a Brendan. Las dos lo habían hecho, en realidad, con explicaciones sobre cualquiera que nombrasen; pero no había dado resultado. Brendan no hablaba sino para recordar a Lorna que faltaba algo en la mesa o señalar que a Daniel se le estaba cayendo la papilla al suelo.

Polly seguía hablando mientras ayudaba a Lorna a recoger la mesa y luego mientras fregaban. Por lo general Lorna bañaba a los niños y los acostaba antes de lavar los platos, pero esa noche los nervios —veía a Polly al borde del llanto— le impedían hacer las cosas en orden. Dejó que Daniel gateara por el suelo mientras Elizabeth, siempre interesada en los acontecimientos sociales y los nuevos personajes, remoloneaba para escuchar la conversación. La situación se alargó hasta que Daniel tiró la trona al suelo —no le cayó encima, por suerte, pero se puso a berrear de miedo— y Brendan llegó desde la sala.

—Parece que hemos pospuesto la hora de ir a la cama —comentó cogiendo al niño de los brazos de Lorna—. Elizabeth, ve a prepararte para el baño.

Polly había pasado de hablar de la gente del pueblo a describir la situación en casa. Nada buena. El dueño de la ferretería —un hombre a quien el padre de Lorna siempre había considerado más un amigo que un jefe— había vendido el negocio sin decir palabra hasta que todo estuvo consumado. El nuevo dueño quería expandir la empresa, al tiempo que perdía mercado frente a Canadian Tire, y no había día que no tuviera una pelea con el padre de Lorna. Este volvía a casa tan desanimado que solo quería echarse en el sofá. No le interesaban el periódico ni el telediario. Tomaba bicarbonato, pero se negaba a hablar de sus dolores de estómago.

Lorna explicó que en una carta el padre había minimizado esos problemas.

—Bueno, es lo que suele hacer, ¿verdad? —dijo Polly—. Contigo.

El mantenimiento de las dos casas era una pesadilla constante, contó Polly. Tendrían que trasladarse todos a una y vender la otra, pero la abuela, ahora que se había jubilado, no paraba de meterse con la madre de Lorna, y el padre de Lorna no soportaba la perspectiva de vivir con las dos. Muchas veces a Polly le entraban ganas de largarse y no volver más, pero ¿cómo se las arreglarían sin ella?

—Tendrías que hacer tu vida —dijo Lorna. Se sentía rara dando consejos a Polly.

—Oh, claro, claro —replicó Polly—. Me tendría que haber ido cuando todo iba bien, supongo que tendría que haber hecho eso. Pero ¿cuándo ha ido todo bien? Que yo recuerde, nunca. Para empezar, ya me sorprendió que tú pudieras acabar el instituto.

Lorna había hablado con voz apenada y comprensiva, pero se negaba a dejar su tarea para responder debidamente a las noticias de Polly. Las aceptaba como si se refiriesen a gente a la que conocía y quería, pero de la cual no era responsable. Imaginó a su padre echado en el sofá al anochecer, dormitando, con unos dolores que se negaba a reconocer, y a la tía Beatrice en la casa de al lado, preocupada por lo que se decía de ella, temerosa de que se rieran a sus espaldas o escribieran cosas en los muros. Llorando porque había ido a la iglesia enseñando la enagua. A Lorna le dolía pensar en su casa, pero no podía evitar la sensación de que Polly estaba machacándola,

intentando que en cierto modo capitulara, envolviéndola en una desdicha íntima. Y estaba decidida a no ceder.

«Pero haz el favor de mirarte. Fíjate en tu vida. Tu fregadero de acero inoxidable. Tu casa, donde la arquitectura ocupa un lugar preeminente».

—Creo que si me fuese ahora me sentiría demasiado culpable —dijo Polly—. No lo podría aguantar. Me remordería la conciencia.

«Claro que a algunas personas no les remuerde nunca. Hay gente que nunca se siente culpable».

—Menuda sarta de desgracias te has tragado —dijo Brendan cuando ya estaban acostados juntos en la oscuridad.

—Está preocupada —señaló Lorna.

—Recuerda que no somos millonarios.

Lorna se sobresaltó.

—No quiere dinero.

—¿De veras?

—No me cuenta esas cosas por eso.

—Yo no estaría tan seguro.

Ella se había puesto rígida. No contestó. Luego se le ocurrió algo que tal vez animara a Brendan.

—Solo se quedará dos semanas.

Esta vez fue él quien no contestó.

—¿No te parece bonita?

—No.

Estuvo a punto de contarle que Polly le había hecho el vestido de novia. Ella tenía previsto casarse con el traje azul marino, pero unos días antes de la boda Polly había dicho: «Esto no sirve». De modo que cogió su vestido de noche del instituto (Polly siempre había sido más popular que Lorna, había ido a muchos bailes), le puso puntillas blancas y le cosió mangas de encaje. Porque, según dijo, una novia no puede ir sin mangas.

Pero ¿a él qué podía importarle?

Lionel se había ido fuera unos días. Su padre acababa de jubilarse y él lo estaba ayudando con el traslado desde el pueblo de las Rocosas hasta la isla de Vancouver. Al día siguiente de la llegada de Polly, Lorna recibió una carta suya. No un poema, sino una verdadera carta, si bien muy breve.

He soñado que te llevaba en mi bicicleta. Íbamos bastante rápido. No parecía que estuvieras asustada, aunque quizá deberías haberlo estado. No tenemos ninguna obligación de interpretarlo.

Brendan había salido temprano. Daba clases en la escuela de verano y dijo que comería en la cafetería. En cuanto él se hubo ido, Polly salió de su habitación. Llevaba pantalones en vez de la falda con volantes y no dejaba de sonreír, como absorta en una idea graciosa. Mantenía la cabeza gacha para eludir los ojos de Lorna.

—Será mejor que salga a ver un poco Vancouver —dijo—, porque no parece que vaya a tener otra oportunidad.

Lorna marcó ciertos lugares en un mapa, le dio indicaciones y se excusó por no acompañarla, pero con los niños sería más un fastidio que un placer.

—Oh, no. No. No esperaba que me acompañaras. No he venido para que cargues conmigo todo el tiempo.

Elizabeth percibió la tensión en la atmósfera.

—¿Por qué somos un fastidio? —dijo.

Lorna puso a Daniel a dormir la siesta temprano y cuando el niño se despertó lo metió en el cochecito y le dijo a Elizabeth que irían a los columpios. Los columpios que había elegido no eran los del parque vecino; estaban colina abajo, cerca de la calle donde vivía Lionel. Lorna sabía la dirección, si bien nunca había visto la casa. Sabía que era

una casa, no un edificio de apartamentos. Lionel vivía en una habitación del piso de arriba.

No tardó mucho en llegar, aunque sin duda a la vuelta tardaría más, ya que tendría que empujar el cochecito colina arriba. Pero ya había entrado en la zona antigua de Vancouver Norte, donde las viviendas eran pequeñas y estaban encajonadas en terrenos angostos. La casa donde vivía Lionel tenía el nombre de este junto a un timbre y el de la señora B. Hutchinson junto al otro. Lorna sabía que la señora Hutchinson era la patrona. Apretó ese timbre.

—Sé que Lionel no está y siento molestarla —dijo—. Pero le he prestado a Lionel un libro que es de la biblioteca y el plazo de entrega ha vencido. Por eso se me ha ocurrido que quizá pudiera entrar en su apartamento a ver si lo encuentro.

La patrona dijo: «Ya». Era una anciana con un pañuelo en la cabeza y grandes manchas oscuras en la cara.

—Mi marido y yo somos amigos de Lionel. Mi marido fue profesor suyo en la universidad.

La palabra «profesor» siempre daba resultado. Lorna consiguió la llave. Aparcó el cochecito a la sombra de la casa y dijo a Elizabeth que cuidara a Daniel.

—Aquí no hay columpios —se quejó Elizabeth.

—Tengo que subir, es solo un momento. Vuelvo enseguida, ¿de acuerdo?

La habitación de Lionel tenía al fondo un espacio con una cocina de dos fogones y un armario. Ni nevera ni pila, solo la del aseo. Había una persiana veneciana trabada a mitad de la ventana y un cuadrado de linóleo con el dibujo cubierto de pintura marrón. Se percibía un leve olor a gas, mezclado con los de ropa gruesa sin ventilar, sudor y descongestionante con fragancia de pino, que Lorna aceptó, sin pensar mucho y sin ningún disgusto, como el olor íntimo de Lionel.

Aparte de eso, el lugar casi no ofrecía pistas. Lorna no había ido en busca de un libro, por supuesto, sino para estar un momento en el espacio donde él vivía, respirar su aire, mirar por su ventana. Desde allí se veían otras casas, probablemente divididas como aquella en pequeños apartamentos, sobre la falda boscosa de Grouse Mountain. La desnudez y el carácter anónimo de la habitación eran de una severidad desafiante. Cama, escritorio, mesa, silla. Apenas lo indispensable para que la habitación pudiera presentarse en el anuncio como amueblado. Lionel debía de haber encontrado hasta la colcha de felpilla. Ningún cuadro —ni siquiera un calendario— y, lo más sorprendente, ningún libro.

En algún lugar tenía que haber cosas escondidas. ¿En los cajones del escritorio? No podía mirar. No solo por falta de tiempo —ya oía a Elizabeth llamándola desde la acera—, sino porque la ausencia de objetos personales intensificaba su percepción de Lionel. Y no únicamente la percepción de la austeridad y los secretos, sino también de una vigilancia, casi como si él le hubiera tendido una trampa y estuviera observando qué hacía ella.

Lo que en realidad quería Lorna era dejar de investigar y sentarse en el suelo, en medio del cuadrado de linóleo. Pasarse horas sentada, no tanto mirando la habitación como sumergiéndose en ella. Quedarse en ese lugar donde nadie la conocía ni necesitaba nada de ella. Quedarse un tiempo largo, muy largo, volverse liviana, ligera como una aguja.

La mañana del sábado, Lorna, Brendan y los niños tenían que ir a Penticton. Un alumno los había invitado a su boda. Pasarían allí la noche del sábado y todo el domingo y volverían el lunes por la mañana.

—¿Se lo has dicho? —preguntó Brendan.

—No hay problema. No espera que la llevemos.

—Pero ¿se lo has dicho?

Lorna y Polly pasaron el jueves en Ambleside Beach. Fueron con los niños en autobús,

cambiando dos veces de línea, cargadas de toallas, juguetes de playa, pañales, comida y el delfín inflable de Elizabeth. Los aprietos físicos en que se vieron, junto con la irritada consternación que el grupo suscitaba en los demás pasajeros, les provocó una reacción típicamente femenina: un estado de ánimo cercano a la hilaridad. Alejarse de la casa donde Lorna era esposa por encima de todo también ayudaba. Llegaron a la playa en un desbarajuste triunfal y alborotado, plantaron el campamento y se turnaron para bañarse, vigilar a los niños e ir a buscar bebidas, polos y patatas fritas.

Lorna estaba algo bronceada; Polly, en absoluto. Estiró una pierna al lado de Lorna y dijo:

—Fíjate. Masa sin cocer.

Con el trabajo que le daban las dos casas y el empleo en el banco, explicó, no tenía ni un cuarto de hora libre para sentarse al sol. Pero ahora hablaba con ecuanimidad, sin ese tono suyo virtuoso y plañidero. Comenzaba a disiparse esa atmósfera amarga que la había envuelto como un viejo paño de cocina. Se las había arreglado sola en Vancouver, y era la primera vez que lo conseguía en una ciudad. Había hablado con desconocidos en la cola del autobús, había preguntado qué valía la pena ver y por consejo de alguien había subido en el teleférico a la cima de Grouse Mountain.

Tendida en la arena, Lorna le dio explicaciones.

—Para Brendan, esta época del año es mala. La escuela de verano destroza los nervios, hay que hacer mucho en poquísimos tiempo.

—¿Ah, sí? —dijo Polly—. ¿Entonces no es por mí?

—No digas tonterías. Claro que no es por ti.

—Vaya, qué alivio. Pensaba que me tenía ojeriza.

Luego habló de un hombre del pueblo que quería salir con ella.

—Es demasiado serio. Busca mujer. Supongo que Brendan también la buscaba, pero supongo que tú estabas enamorada.

—Lo estaba y lo estoy —matizó Lorna.

—Pues creo que yo no. —Polly hablaba con la cara apoyada sobre el codo—. Me figuro que igual puede funcionar si alguien te gusta y sales con él y decides verle lo bueno.

—Bien, ¿y qué es lo bueno? —Lorna se había sentado para poder ver a Elizabeth subida a su delfín.

—Déjame pensar un momento —dijo Polly riendo—. No. Hay cantidad de cosas. Solo me hago la mala.

Mientras recogían juguetes y toallas, comentó:

—La verdad, no me importaría que mañana hiciéramos esto otra vez.

—A mí tampoco —dijo Lorna—, pero tengo que prepararme para ir al Okanagan. Nos han invitado a una boda. —Procuró que sonara como una obligación, algo que no se había molestado en mencionar porque era desagradable y aburrido.

—Ah, caramba —dijo Polly—. Entonces puedo venir yo sola.

—Claro. Deberías hacerlo.

—¿Dónde está el Okanagan?

La noche siguiente, después de acostar a los niños, Lorna fue a la habitación donde dormía Polly. Iba a sacar una maleta del armario pensando que Polly estaría aún en el cuarto de baño, en remojo con agua tibia y soda para aliviar las quemaduras del sol.

Pero Polly se encontraba en la cama, envuelta en la sábana como en una mortaja.

—Ya has salido del baño —dijo Lorna como si eso le pareciera de lo más normal—.

¿Cómo estás de las quemaduras?

—Bien —contestó Polly con voz empañada.

Lorna comprendió al instante que había estado y probablemente aún estaba llorando. Se quedó a los pies de la cama, incapaz de irse. La había invadido una decepción que era como una náusea, una oleada de repugnancia. Polly no tenía intención de

escondarse; se volvió en la cama para mirarla, con la cara arrugada e inerte, roja por el sol y por el llanto. Nuevas lágrimas le brotaban de los ojos. Era un cúmulo de desdicha, una compacta acusación.

—¿Qué pasa? —preguntó Lorna. Fingía sorpresa, fingía compasión.

—Tú no me quieres aquí.

Tenía los ojos clavados en Lorna, cuajados no solo de lágrimas, amargura y acusaciones de traición, sino también de la furiosa exigencia de que la abrazaran, la mecieran, la consolaran.

Lorna la habría abofeteado. ¿Quién te da derecho?, quería decirle. ¿Por qué te pegas a mí como una sanguijuela? ¿Quién te da derecho?

La familia. La familia le da derecho. Polly ha ahorrado el dinero y planificado la huida con la idea de que Lorna debería acogerla. ¿Habrá soñado con quedarse aquí y no volver nunca? ¿Con participar de la buena suerte de Lorna, de su mundo transformado?

—¿Qué crees que puedo hacer yo? —preguntó Lorna, vilmente, para su propio asombro—. ¿Te crees que tengo algún poder? Si nunca me da más de veinte dólares por vez.

Salió arrastrando la maleta.

Qué falso y repugnante era esgrimir sus penas para hacer frente a las de Polly. ¿A qué venían los veinte dólares por vez? Tenía una cuenta corriente y él nunca le negaba nada que le pidiera.

Incapaz de dormir, se pasó la noche regañando a Polly mentalmente.

En el calor del Okanagan, el verano parecía más auténtico que en la costa. Las colinas de hierba pálida, la escasa sombra de los pinos de tierra adentro, proporcionaban un entorno ideal para una boda tan festiva, con reservas inagotables de champán, baile, coqueteos y un aluvión de amistades instantáneas y de buena disposición. Lorna no tardó en emborracharse y se sorprendió de lo fácil que era, gracias al alcohol, sacudirse las ataduras del estado de ánimo. Se disipó la bruma del desamparo. Se fue a la cama borracha todavía, y lujuriosa, para provecho de Brendan. Hasta la resaca del día siguiente le pareció suave, más una purificación que un castigo. Con sensación de fragilidad, pero nada descontenta consigo misma, se tumbó a la orilla del lago a mirar cómo Brendan y Elizabeth hacían un castillo de arena.

—¿Sabías que papá y yo nos conocimos en una boda? —preguntó.

—No muy parecida a esta, hay que aclarar —dijo Brendan.

Quería decir que en aquella boda, de un amigo suyo con la hija de los McQuaig (los McQuaig eran una familia importante del pueblo de Lorna), oficialmente no se había servido alcohol. La recepción se había celebrado en el salón de la Iglesia Unida —Lorna estaba entre las chicas reclutadas para ofrecer bocadillos— y se había bebido de prisa, en el aparcamiento. Lorna, que no estaba acostumbrada a que los hombres olieran a *whisky*, había pensado que Brendan se había echado demasiada loción capilar. De todos modos había admirado los hombros anchos, el cuello de toro, la risa y esos autoritarios ojos de un castaño dorado. Al enterarse de que era profesor de matemáticas también se había enamorado de lo que tenía dentro de la cabeza. Le entusiasmaba todo conocimiento que un hombre tuviera y que a ella le fuera extraño. Lo mismo habría dado un sabio en mecánica automotriz.

Que él hubiese correspondido a esa atracción parecía del orden del milagro. Más tarde ella se enteraría de que buscaba esposa; ya tenía cierta edad, era hora. Quería una mujer joven. No una colega ni una alumna, ni siquiera una de esas a la que los padres enviaban a la universidad. No malcriada. Inteligente pero sin estropear. Una flor silvestre, decía en el arrebatado de aquellos días, e incluso ahora de vez en cuando.

En el viaje de vuelta, dejaron atrás la ardiente región dorada más o menos entre Keremeos y Princeton. Pero seguía brillando el sol y Lorna sentía apenas una leve

agitación mental, como si se tratara de un pelo sobre los ojos que pudiera retirarse con un gesto o apartarse por sí solo.

Pero regresaba. Cada vez se hacía más amenazador y persistente, hasta que de pronto le provocó un respingo y Lorna acabó por reconocerlo.

Tenía miedo —y en parte la certeza— de que durante su viaje al Okanagan Polly se hubiera suicidado en la cocina de la casa de Vancouver Norte.

En la cocina. Lorna lo veía con toda claridad. Veía exactamente la manera en que Polly lo habría hecho. Se habría ahorcado junto a la puerta trasera. Cuando ellos volvieran, cuando entraran en la casa desde el garaje, encontrarían la puerta cerrada. La abrirían con la llave e intentarían empujarla pero el cadáver de Polly se lo impediría. Correrían a la puerta principal y se dirigirían a la cocina, donde se darían de bruces con la imagen de Polly muerta. Llevaría la falda de tela vaquera con volantes y la blusa blanca fruncida: el audaz atuendo con que se había presentado para sondear su hospitalidad. Las largas piernas pálidas colgando, la cabeza fatalmente torcida sobre el cuello delicado. Delante del cuerpo, la silla de cocina a la que se había subido y en la cual había dado un paso, o un salto, al vacío para ver cómo la desgracia acababa consigo misma.

Sola en la casa de unas personas que no la querían, donde hasta las paredes, las ventanas y la taza en que bebía el café habían parecido despreciarla.

Lorna recordó la vez en que la dejaron sola con Polly en la casa de la abuela, a cargo de Polly durante un día. Puede que su padre estuviera en la tienda. Pero creía recordar que el padre también se había marchado, que los tres adultos estaban fuera del pueblo. Debió de ser una ocasión especial porque nunca viajaban para ir de compras, y mucho menos por placer. Un funeral; casi seguro que un funeral. Era sábado, no había clases. De todos modos, Lorna era demasiado pequeña para ir a la escuela. El pelo no le había crecido lo bastante para llevar coletas. Le caía en mechones alrededor de la cara, igual que ahora a Polly.

Polly atravesaba una etapa de entusiasmo por hacer dulces o cualquier golosina sabrosa del libro de cocina de la abuela. Pastel de dátiles y chocolate, macarrones, tocino de cielo. Aquel día estaba mezclando algo cuando se dio cuenta de que en la alacena faltaba un ingrediente. Tenía que ir en bicicleta a comprarlo en la tienda del pueblo. Era un día frío y ventoso; el suelo estaba desnudo: debía de ser a finales de otoño o comienzos de primavera. Antes de salir, Polly puso el regulador de frío en la cocina de leña. No obstante, recordaba las historias de niños muertos en incendios domésticos mientras las madres salían por recados como aquel. Así pues, le dijo a Lorna que se pusiera el abrigo y la llevó fuera, detrás del ángulo entre la cocina y la parte principal de la casa, donde el viento no era tan fuerte. La otra casa debía de estar cerrada, pues de lo contrario la hubiera llevado allí. Le ordenó que esperase mientras ella iba a la tienda. Quédate aquí, no te muevas, estate tranquila, dijo. Luego le dio un beso en la oreja. Lorna la obedeció al pie de la letra. Se pasó diez minutos, quizá quince, acuciada detrás de la mata de lilas, aprendiendo la forma de las piedras, las claras y las oscuras, de los cimientos de la casa. Hasta que Polly volvió como una flecha y arrojó la bici en el patio y la llamó a voces. Lorna, Lorna, y dejó caer la bolsa de azúcar moreno o de avellanas y la besó en la cabeza. Pues se le había ocurrido que algún merodeador podía haber visto a Lorna e intentado secuestrarla; uno de esos hombres malos por culpa de los cuales se prohibía a las niñas ir al campo que se extendía detrás de las casas. Durante todo el camino de vuelta había rezado para que no sucediera algo así. Y no había sucedido. Hizo entrar a Lorna rápidamente para calentarle las rodillas y las manos.

Ay, pobres manitas, decía. ¿Has tenido miedo? A Lorna le gustó aquella efusión y agachó la cabeza para que se la acariciase, como a un poni.

Los pinos dieron paso a bosques perennes más tupidos; las bajas colinas pardas, las

altas montañas verde azuladas. Daniel empezó a lloriquear y Lorna sacó el frasco de zumo. Más adelante pidió a Brendan que parase para cambiarle los pañales al bebé en el asiento delantero. Mientras lo hacía, Brendan se alejó fumando un cigarrillo. La ceremonia de los pañales siempre lo ofendía un poco.

Lorna aprovechó la oportunidad para sacar uno de los libros de cuentos de Elizabeth y, en cuanto volvieron a instalarse, se puso a leérselo a los niños. Era un libro del doctor Seuss. Elizabeth conocía todas las rimas y hasta Daniel tenía cierta idea de dónde meter baza con sus palabras inventadas.

Polly ya no era la persona que había frotado las manitas de Lorna, la que sabía todo lo que Lorna ignoraba, la persona a quien se podía confiar su cuidado. Todo estaba patas arriba y daba la impresión de que, en el tiempo transcurrido desde la boda de Lorna, Polly se había estancado. Lorna la había dejado atrás. Y ahora Lorna llevaba en el asiento trasero dos hijos a los que cuidar y querer, y era impropio de alguien de la edad de Polly ir a arañar su parte.

Pensar eso no le sirvió de nada. En cuanto hubo puesto el conflicto en su sitio, sintió el golpe del cadáver contra la puerta que intentaban abrir. El peso muerto, el cuerpo gris. El cuerpo de Polly, a quien no le habían dado nada. Ni un lugar en la familia que había encontrado ni la esperanza del cambio que debía de haber soñado que se produciría en su vida.

—Ahora lee *Madeline* —pidió Elizabeth.

—Me parece que no lo he traído —dijo Lorna—. No. No lo he traído. Pero qué importa, si te lo sabes de memoria.

Empezaron a recitarlo las dos juntas.

*En una casa de París cubierta de hiedra
vivían doce niñas formando dos hileras.*

*En dos filas perfectas comían sus patatas,
se lavaban los dientes y se iban a la cama.*

Es una estupidez, melodrama, culpa. No habrá sucedido.

Pero suceden cosas así. Hay gente que se derrumba; no reciben ayuda a tiempo. No reciben ninguna ayuda. Hay gente que se hunde en la oscuridad sin que nadie haga nada.

Esa noche, a las doce menos diez,

Clavelina encendió el quinqué

y dijo: «Hay algo aquí que no va bien».

—¿Por qué paras, mami? —preguntó Elizabeth.

—Espera un minuto —dijo Lorna—. Se me ha secado la boca.

En Hope comieron hamburguesas y tomaron batidos. Cuando atravesaban el valle del Fraser, los niños se durmieron. Todavía faltaba un rato. Hasta que llegaron a Chilliwack, hasta que llegaron a Abbotsford, hasta que vieran enfrente las colinas de New Westminster y las otras coronadas de casas, las afueras de la ciudad. Quedaban todavía puentes que cruzar, curvas que tomar, calles que recorrer, esquinas que doblar. Todo esto antes de. La próxima vez que Lorna viese cualquiera de esas cosas sería después de.

Cuando entraron en Stanley Park se le ocurrió rezar. Era una vergüenza: la plegaria oportunista de una descreída. El incoherente que no pase, que no pase. «Que no haya pasado».

El cielo seguía despejado. Desde el puente de Lion's Gate divisaron el estrecho de Georgia.

—¿Se ve la isla de Vancouver hoy? —preguntó Brendan—. Mira tú. Yo no puedo.

Lorna estiró el cuello para mirar por encima de él.

—A lo lejos —dijo—. Muy tenue, pero se ve.

Y con la imagen de esas masas azules que parecían flotar en el mar, cada vez más

sutiles, hasta que casi se disolvieron, pensó en la única salida que le quedaba. Hacer un trato. Creer que todavía era posible, que hasta el último minuto era posible hacer un trato.

Tenía que ser serio. Una promesa u ofrecimiento desgarrador y definitivo. Toma esto. Te prometo esto. Si no era cierto. Si no había ocurrido.

Los niños no. Apartó aquel pensamiento de su mente, como si estuviera rescatando a sus hijos de un incendio. Tampoco Brendan, por la razón contraria. No lo amaba lo suficiente. Solía decir que lo amaba, y en cierto modo lo decía de corazón, y necesitaba que él la amase, pero junto al amor, casi todo el tiempo, se oía un leve zumbido de odio. Por eso ofrecerlo a él en un trato habría sido repudiable, además de inútil.

¿Ella misma? ¿Su belleza? ¿Su salud?

Le pasó por la cabeza que podía estar equivocada. En casos así tal vez no es una quien elige. No es una quien pone las condiciones. Solo las descubre cuando se enfrenta a ellas. Una debe prometer que las cumplirá sin conocerlas. Prometer.

Pero de los niños ni hablar.

Subían por Capilano Road hacia su zona de la ciudad y su rincón del mundo, donde sus vidas cobraban verdadero peso y sus acciones tenían consecuencias. Allí se veían, entre los árboles, las inflexibles paredes de madera de su casa.

—Por la puerta delantera será más fácil —dijo Lorna—. No habrá que subir escalones.

—¿Qué problema hay en subir un par de escalones? —preguntó Brendan.

—No he visto el puente —chilló Elizabeth, espabilada de pronto y decepcionada—.

¿Por qué no me habéis despertado para que viera el puente?

Nadie le respondió.

—A Daniel el sol le ha quemado todo el brazo —dijo con algo de satisfacción.

Lorna oyó voces y pensó que venían del jardín trasero de los vecinos. Rodeó la casa detrás de Brendan, con Daniel apoyado en el hombro, todavía dormido. Ella llevaba la bolsa de los pañales y la de los cuentos y Brendan cargaba con la maleta.

Las personas cuyas voces había oído estaban en su jardín. Polly y Lionel. Habían arrastrado dos sillas para sentarse a la sombra. De espaldas a las vistas.

Lionel. Lo había olvidado totalmente.

Él se levantó de un salto y corrió a abrirles la puerta trasera.

—La expedición ha regresado con todos los que partieron —comentó, con una voz que Lorna no creía haberle oído nunca.

Transmitía un entusiasmo natural, una confianza serena y apropiada. La voz de un amigo de la familia. Mientras mantenía la puerta abierta la miró a los ojos —algo que no había hecho casi nunca— con una sonrisa despojada de toda perspicacia, voluntad de ocultamiento, complicidad irónica y devoción misteriosa. Habían desaparecido los enredos, los mensajes privados.

Ella procuró adoptar el mismo tono que él.

—Bien..., ¿y cuándo has vuelto?

—El sábado —respondió él—. Olvidé que os ibais fuera. Subí hasta aquí para saludaros y no os encontré, pero estaba Polly. Ella me lo dijo y entonces me acordé, claro.

—¿Qué te dijo Polly? —preguntó Polly acercándose por detrás de él. En realidad no era una pregunta, sino el comentario medio burlón de una mujer que sabe que casi todo lo que diga será bien recibido.

Las quemaduras del cuello y la frente se le habían transformado en bronceado, o al menos en un rubor nuevo.

—Dame —le dijo a Lorna, quitándole de la mano las bolsas y el frasco de zumo—. Llevaré todo menos el niño.

El enmarañado pelo de Lionel era ahora más castaño oscuro que negro —cierto que era la primera vez que lo veía a la luz del sol— y su piel también estaba bronceada, lo

suficiente para que la frente hubiera perdido aquel brillo pálido. Llevaba los pantalones oscuros de siempre y una camisa que Lorna nunca le había visto. Una camisa amarilla de manga corta, de una tela barata, brillante de tanto plancharla, demasiado ancha de hombros, comprada quizá en el mercadillo de la parroquia.

Lorna llevó a Daniel a su habitación. Lo puso en la cuna y se quedó con él susurrándole y acariciándole la espalda.

Pensó que Lionel debía de estar castigándola por el error de haber ido a su apartamento. Seguro que la patrona se lo había dicho. Lorna habría debido esperárselo con solo pensar un poco. No se había parado a pensarlo, probablemente, porque creía que no importaría. Incluso era posible que se le hubiera pasado por la cabeza contárselo ella misma.

«Pasaba por allí para llevar a los niños a los columpios y se me ocurrió entrar y sentarme en medio de tu habitación. No sabría explicarlo. Me pareció que sentarme en el suelo de tu habitación me proporcionaría un momento de paz».

Había pensado —¿después de la carta?— que entre los dos existía un vínculo, que no era explícito pero en el cual podía confiar. Y había cometido un error; había asustado a Lionel. Se había excedido en su suposición. Él había dado media vuelta y allí estaba Polly. A causa de la ofensa de Lorna había hecho buenas migas con Polly.

O tal vez no. Tal vez simplemente Lionel había cambiado. Recordó la desnudez extraordinaria de la habitación, la luz en las paredes. De aquel lugar podían surgir versiones muy diversas de Lionel, creadas sin esfuerzo en un abrir y cerrar de ojos. Tal vez fuera una reacción a un pequeño trastorno, o al descubrimiento de que no podía llevar algo a cabo. O nada en concreto; apenas a un parpadeo.

Cuando Daniel se durmió del todo, Lorna bajó las escaleras. En el cuarto de baño vio que Polly había lavado bien los pañales y los había dejado en el cubo, cubiertos con la solución azul desinfectante. Recogió la maleta que había quedado en medio de la cocina, la llevó arriba y la abrió sobre la cama grande para separar la ropa limpia de la que habría que lavar.

La ventana de la habitación daba al jardín de atrás. Oyó voces: la de Elizabeth, aguda, casi un chillido de excitación por la vuelta a casa, y quizá por el esfuerzo de atraer la atención de un público más amplio; la de Brendan, autoritaria pero agradable, ofreciendo un relato del viaje.

Se acercó a la ventana y miró abajo. Vio a Brendan ir hasta el cobertizo, abrir el candado y sacar la piscina inflable de los niños. Al ver que se le iba a cerrar la puerta, Polly corrió a sostenerla.

Lionel se levantó a desenrollar la manguera. Lorna jamás habría pensado que sabía dónde estaba.

Brendan le dijo algo a Polly. ¿Gracias? Cualquiera habría dicho que se llevaban la mar de bien.

¿Y eso cómo había ocurrido?

Tal vez, al ser una elección de Lionel, Polly era ahora digna de que se la tuviera en cuenta. Una elección de Lionel, no una imposición de Lorna.

O tal vez Brendan estuviera contento, simplemente, porque habían estado de viaje. Quizá se hubiera desembarazado de la carga de mantener el orden en la familia. Quizá hubiera advertido, muy atinadamente, que esa Polly transformada no representaba ninguna amenaza.

Como por arte de magia, una escena corriente y asombrosa. Todo el mundo feliz.

Brendan había empezado a inflar la piscina de plástico. Elizabeth se había quedado en bragas y bailoteaba impaciente. Brendan ni se había molestado en decirle que corriera a ponerse el bañador, que no podía bañarse en braguitas. Lionel había abierto el grifo y, mientras esperaba a llenar la piscina, regaba las capuchinas como cualquier dueño de casa. Polly le dijo algo a Brendan y él puso el tapón en el agujero y le pasó la

piscina medio inflada.

Lorna recordó que en la playa Polly había inflado el delfín. Como decía ella misma, tenía buenos pulmones. Soplabla con ritmo y al parecer sin esfuerzo. Allí estaba, en pantalón corto, con las piernas bien separadas, la piel reluciente como corteza de abedul. Y Lionel la miraba. Justo lo que necesito, debía de estar pensando. Una mujer competente y sensible, dócil pero firme. Ni vanidosa, ni soñadora, ni insatisfecha. Bien podía ser esa la clase de persona con que se casara un día. Una esposa que tomara las riendas. Entonces él cambiaría y volvería a cambiar, quizá se enamorara de otra a su modo, pero la esposa estaría demasiado ocupada para darse cuenta.

Podía ocurrir. Polly y Lionel. O no. Quizá Polly volviera a su casa como estaba previsto, sin que se le partiera el corazón. O eso pensaba Lorna. Se casara Polly o no, lo que le partiría el corazón no serían las historias con hombres.

Poco después el borde de la piscina estuvo hinchado y liso. La colocaron en la hierba, con la manguera dentro, y Elizabeth se puso a chapotear. Alzó la mirada hacia Lorna como si todo el tiempo hubiera sabido que estaba asomada a la ventana.

—Está fría —gritó eufórica—. Mami... Está fría.

Brendan también miró hacia arriba.

—¿Qué haces ahí?

—Deshago la maleta.

—Eso puede esperar. Ven con nosotros.

—Ya voy. En un minuto.

Desde que entró en casa —de hecho desde que había comprendido que las voces que oía eran las de Polly y Lionel—, Lorna no había vuelto a pensar en la visión que, milla tras milla, había tenido del cuerpo de Polly contra la puerta trasera. Ahora la asombró como a veces, al despertar, asombra el recuerdo de un sueño. Tenía la potencia y la desvergüenza de un sueño. También su inutilidad.

No al mismo tiempo, sino con cierta demora, le vino a la memoria el trato. Su neurótica noción aguada y primitiva de un trato.

Pero ¿qué había prometido?

Nada que tuviera que ver con los niños.

¿Algo que ver con ella?

Había prometido que haría lo que debiera hacer no bien comprendiese de qué se trataba.

Eso eran evasivas, un trato que no era un trato, una promesa sin sentido.

Aun así, probó varias posibilidades. Casi como si diese forma a aquella historia para contársela a alguien —no a Lionel ahora, pero a alguien—, a modo de entretenimiento.

No leer más libros.

Adoptar niños nacidos en malos hogares y países pobres. Trabajar para curarlos las heridas y el abandono.

Ir a la iglesia. Aceptar creer en Dios.

Cortarse el pelo, dejar de maquillarse, no alzarse nunca más los pechos con sujetadores con aros.

Se sentó en la cama, cansada del juego, de su irrelevancia.

Era más lógico que el trato que debía cumplir consistiera en seguir viviendo como hasta ahora. El trato ya estaba en vigor. Aceptar lo que había pasado y no engañarse respecto a lo que iba a pasar. Días, años y sentimientos en gran medida parecidos, salvo que los niños crecerían, y tal vez llegaran uno o dos más que crecerían también, y ella y Brendan se harían mayores y después viejos.

Hasta ahora, hasta este momento, no había visto con verdadera claridad que contaba con que pasaría algo, algo que le cambiaría la vida. Había aceptado su matrimonio como un cambio importante, pero no el último.

Así pues, ya no quedaba nada que ella o cualquier persona razonable no pudieran

prever. Eso sería su felicidad; eso había ofrecido en el trato. Nada secreto ni insólito. Presta atención, pensó. Sintió un impulso teatral de arrodillarse. Esto va en serio. Elizabeth volvió a llamarla.

—Ven aquí, mami. Baja.

Y luego los demás: Brendan, Polly y Lionel, uno tras otro, la llamaban, se reían.

Mami.

Mami.

Ven aquí.

Esto sucedió hace mucho tiempo. En Vancouver Norte, cuando vivían en la casa de postes y vigas. Cuando ella tenía veinticuatro años y ninguna experiencia en tratos.

Ver las orejas al lobo

Fiona vivía en casa de sus padres, en la ciudad donde ella y Grant iban a la universidad. Era una casa enorme con ventanas saledizas, que a Grant le parecía tan lujosa como caótica, con alfombras torcidas en los suelos y el barniz de la mesa roído por cercos de taza. La madre de Fiona era islandesa: una mujer enérgica de espumoso cabello blanco e indignadas opiniones de extrema izquierda. El padre era un cardiólogo importante, reverenciado en el hospital pero felizmente sumiso en casa, donde escuchaba extrañas diatribas con una sonrisa ausente. Diatribas pronunciadas por toda clase de individuos, ricos o astrosos, que no paraban de ir y venir, debatir y conferenciar, a veces con acentos extranjeros. Fiona tenía su propio coche y una pila de jerséis de cachemira, pero no formaba parte de ninguna hermandad de estudiantes, probablemente por la actividad que tenía lugar en la casa.

No es que le importase. Se tomaba a risa las hermandades y también la política, si bien le gustaba poner en el fonógrafo «Los cuatro generales» y en ocasiones incluso «La Internacional», a todo volumen, si había algún invitado a quien creía que podía exasperar. La cortejaba un extranjero de pelo crespo y aire melancólico —un visigodo, según ella—, además de dos o tres jóvenes internos de lo más respetables y torpes. Fiona se burlaba de ellos y de Grant. Repetía con sorna las frases provincianas de este. El luminoso y frío día en que ella le propuso matrimonio en la playa de Port Stanley, él pensó que se trataba de una broma. La arena les pinchaba la cara y las olas depositaban crepitantes cargamentos de gravilla a sus pies.

«¿No crees que sería divertido...? —gritó Fiona—. ¿No crees que sería divertido que nos casáramos?».

Él aceptó, gritó que sí. No quería estar nunca lejos de ella. Fiona era la chispa de la vida.

Ya iban a salir de casa cuando Fiona vio una marca en el suelo de la cocina. Era de las zapatillas negras baratas que había llevado unas horas antes.

—Pensé que no lo harían más —dijo con un tono vulgar de fastidio y perplejidad mientras frotaba la mancha gris, que parecía hecha con un lápiz de cera.

Señaló que ya no tendría que tomarse ese trabajo porque no pensaba llevarse esas zapatillas.

—Supongo que tendré que ir siempre arreglada —añadió—. O semiarreglada. Será como estar en un hotel.

Enjuagó el trapo que había usado y lo colgó de un gancho que había en la puerta del armario de debajo del fregadero. A continuación se puso la chaqueta de esquí color tostado con cuello de piel sobre el jersey blanco de cuello cisne y los pantalones beige confeccionados a medida. Era una mujer alta y estrecha de hombros con setenta años cumplidos, pero aún erguida y esbelta, de piernas y pies largos, muñecas y tobillos delicados, y orejas minúsculas, casi cómicas. El pelo, suave como borra de algodoncillo, había pasado del rubio claro al blanco sin que Grant advirtiera cuándo exactamente, y seguía llevándolo hasta los hombros, como en el pasado su madre. (Era eso lo que había alarmado a la madre de Grant, una viuda provinciana que trabajaba de recepcionista para un médico. La melena blanca de la madre de Fiona le había revelado, más aún que el estado de la casa, cuanto precisaba saber sobre sus actitudes y opiniones políticas).

Por lo demás Fiona, de huesos finos y ojitos de zafiro, no se parecía en nada a su madre. Tenía la boca levemente torcida, y en ese momento la realzó con carmín rojo, lo último que solía hacer antes de salir. Esa mañana parecía la viva imagen de sí misma: directa y despistada como de hecho era, dulce e irónica.

Alrededor de un año antes, Grant había empezado a fijarse en las numerosas notitas amarillas pegadas por toda la casa. No era del todo una novedad. Fiona siempre había apuntado cosas: el título de un libro que había oído comentar en la radio, una lista de

las tareas que se proponía realizar aquel día. Escribía hasta su horario matinal, cuya precisión él consideraba desconcertante y conmovedora.

7.00 Yoga. 7.30-7.45 Dientes Cara Pelo. 7.45-8.15 Caminata. 8.15 Desayuno y Grant.

Las nuevas notas eran diferentes. Pegadas a los cajones de la cocina: Cubiertos, Trapos, Cuchillos. ¿No podía limitarse a abrir los cajones para ver qué contenían? Grant recordó una anécdota sobre unos soldados alemanes que patrullaban la frontera checoslovaca durante la Segunda Guerra Mundial. Según le había contado un checo, cada perro de la patrulla llevaba un cartelito que decía *Hund*. ¿Por qué?, preguntaban los checos, y los alemanes contestaban: Porque es un *hund*.

Pensó en contárselo a Fiona, luego cambió de idea. Siempre les hacían gracia las mismas cosas, pero ¿y si esta vez ella no se reía?

Habían de venir cosas peores. Fiona iba a la ciudad y le telefoneaba desde una cabina para preguntarle cómo volver a casa. Salía a pasear por el campo hasta el bosque y regresaba siguiendo el cercado, un rodeo larguísimo. Decía que contaba con que las cercas siempre llevaban a alguna parte.

Costaba entenderlo. Ella explicaba lo de las cercas como si fuese un chiste y recordaba los números de teléfono sin dificultad.

—No creo que sea para preocuparse —decía—. Supongo que se me va la cabeza.

Él le preguntó si tomaba somníferos últimamente.

—Si los he tomado no lo recuerdo —contestó ella. Luego se disculpó por mostrarse tan displicente—. Estoy segura de que no he tomado nada. Quizá debería. Vitaminas, a lo mejor.

Las vitaminas no sirvieron de nada. Se paraba en los umbrales intentando adivinar adónde iba. Se olvidaba de encender el fogón bajo las verduras y de poner agua en la cafetera. Le preguntó a Grant cuándo se habían mudado a esa casa.

—¿El año pasado o el anterior?

Él contestó que hacía doce años.

—Es asombroso —dijo ella.

—Siempre ha sido un poco así —explicó Grant al médico—. Una vez llevó el abrigo al depósito de prendas de piel y se olvidó de él. En aquel tiempo siempre íbamos a algún lugar cálido en invierno. Después dijo que sin querer lo había hecho adrede; dijo que era como un pecado que dejaba atrás. Por lo que cierta gente le hacía pensar de los abrigos de piel.

Trató en vano de explicarle algo más: que en cierto modo la sorpresa y las disculpas de Fiona por esos incidentes parecían gestos de cortesía rutinaria que no lograban ocultar una diversión privada. Como si hubiera tropezado con una aventura imprevista. O como si jugase a algo con la esperanza de que él se sumara. Siempre habían tenido sus juegos: jergas absurdas, personajes inventados. Algunas de las voces que adoptaba Fiona, gorjeantes o mimosas (no podía decírselo al médico), imitaban de forma inquietante las de mujeres con las que él había estado y que ella no había conocido ni oído mencionar.

—Bien, sí —dijo el médico—. Al principio puede ser selectivo. No lo sabemos, ¿verdad? Hasta que veamos la evolución del deterioro no se puede afirmar nada.

Al cabo de poco tiempo apenas importaba ya qué etiqueta se le ponía. Fiona, que ya no iba sola a comprar, desapareció del supermercado en un momento en que Grant estaba de espaldas. Un policía la encontró a varias manzanas de distancia, caminando por el centro de la calzada. Le preguntó cómo se llamaba y ella le respondió enseguida. Luego le preguntó cómo se llamaba el primer ministro del país.

—La verdad, joven, si usted no lo sabe, no debería tener un trabajo de tanta responsabilidad.

El agente se echó a reír. Pero entonces ella cometió el error de preguntarle si había visto a Boris y Natasha.

Eran dos galgos rusos que había adoptado unos años antes, como favor a un amigo, y a los que se consagró hasta que murieron. La decisión de aceptarlos debió de coincidir con el descubrimiento de que probablemente no tendría hijos. Un problema en las trompas, las tenía obstruidas o torcidas; Grant ya no se acordaba. Siempre había evitado pensar en el complicado aparato reproductor femenino. O tal vez fuera tras la muerte de la madre de Fiona. Las largas patas de los perros y su pelo sedoso, su cara fina, afable e intransigente, armonizaban con ella cuando los sacaba a pasear. Y algunos habrían dicho que el mismo Grant, quien en aquel entonces consiguió su primer puesto en la universidad (recibiendo de buen grado el dinero de su suegro, pese al tinte político que tenía), había sido escogido por otro capricho excéntrico de Fiona, y luego acicalado, mimado y favorecido. Claro que esto, por suerte, él no lo había entendido hasta mucho después.

El día de la desaparición en el supermercado, durante la cena, ella le dijo:

—Ya sabes lo que tendrás que hacer conmigo, ¿no? Tendrás que meterme en ese lugar. Lago del Llano.

—Lago del Prado —dijo Grant—. Todavía no hemos llegado a esa etapa.

—Lago del Llano, Lagolleno —continuó ella, como si jugaran a competir—. Lagolelo. Es Lagolelo.

Él apoyó los codos en la mesa y la cabeza entre las manos. Dijo que, en el caso de que se lo plantearan, no tenía por qué ser una medida permanente. Podía ser un tratamiento experimental. Una cura de reposo.

Según las normas, no se internaba a nadie en el mes de diciembre. En las vacaciones siempre había problemas emocionales. De modo que realizaron el viaje de veinte minutos en enero. Antes de desembocar en la autopista, la carretera rural cruzaba una hondonada pantanosa que en aquel momento estaba helada. Las sombras de los arces y los robles palustres parecían barrotes sobre la nieve fulgurante.

—Ah, ¿te acuerdas? —dijo Fiona.

—Estaba pensando lo mismo —dijo Grant.

—Solo que era de noche —señaló ella.

Hablaba de la vez que habían salido a esquiar bajo la luna llena y sobre la nieve cuajada de franjas negras, en aquel lugar solo accesible en pleno invierno. Habían oído cómo las ramas crujían con el frío.

Si recordaba aquello con tanta claridad y precisión, ¿podía ser tan grave el problema?

Era lo único que se le ocurría para no dar media vuelta y regresar a casa.

La directora les explicó que había otra norma. Los residentes nuevos tenían prohibidas las visitas durante los primeros treinta días. La mayoría necesitaba ese plazo para aclimatarse. Antes de que se estableciera la norma, había súplicas, lágrimas y rabiets, incluso entre los que habían ingresado por voluntad propia. Al tercer o cuarto día empezaban a quejarse y a rogar que los llevaran a casa. Y, como algunos parientes eran sensibles a esas peticiones, había gente que volvía a su hogar en el mismo estado en que había llegado. Al cabo de seis meses, o de solo unas semanas a veces, había que pasar de nuevo por todo ese jaleo fastidioso.

—En cambio hemos comprobado —dijo la directora—, hemos comprobado que si los dejamos a su aire suelen acabar más contentos que unas pascuas. Prácticamente hay que meterlos con engaños en el autobús para que vayan de excursión a la ciudad. Lo mismo con las visitas a casa. Entonces está muy bien llevarlos a casa una hora o dos; esos son los que insisten en volver a tiempo para la cena. Lago del Prado es su hogar. Desde luego que eso no vale para los de la segunda planta, a quienes no podemos dejar salir. Resulta demasiado difícil y de todos modos no tienen conciencia de dónde están.

—Mi mujer no estará en la segunda planta —dijo Grant.

—No —respondió la directora, pensativa—. Solo deseo que todo quede claro desde el

principio.

Años atrás habían ido unas cuantas veces a Lago del Prado, a visitar al señor Farquar, el viejo granjero solterón que en otros tiempos era su vecino. Vivía solo en una casa de ladrillos en la que se colaba el aire y que permanecía inmutable desde comienzos de siglo, con excepción de los añadidos de una nevera y un televisor. Hacía a Fiona y Grant visitas imprevistas pero esporádicas y, además de cuestiones locales, solía hablar de lo que leía: libros sobre la guerra de Crimea, expediciones al Polo e historia de las armas de fuego. Pero después de marcharse a Lago del Prado solo hablaba de las rutinas del lugar, y ellos comprendieron que sus visitas, aunque gratas, eran para él una carga social. Y Fiona en particular detestaba el olor a orina y lejía que flotaba en el ambiente; detestaba los ramos de flores de plástico colocados de cualquier modo en las hornacinas de los sombríos corredores de techo bajo.

Ahora aquella construcción había desaparecido, aunque solo databa de los años cincuenta. Igual que había desaparecido la casa del señor Farquar, reemplazada por un castillo de pacotilla donde algunas personas de Toronto pasaban los fines de semana. El nuevo Lago del Prado era un edificio amplio y abovedado, con el aire perfumado por un leve y agradable olor a pino. De unas vasijas gigantescas brotaban frondosas plantas de verdad.

Sin embargo, era en el antiguo edificio donde Grant se imaginaba a Fiona durante el largo mes que estuvo sin verla. Fue el mes más largo de su vida: más largo que el que había pasado con su madre en el condado de Lanark, visitando a unos parientes, a los trece años, y más largo que el de las vacaciones de Jacqui Adams con su familia, al comienzo de la aventura que tuvieron. Telefoneaba a Lago del Prado todos los días con la esperanza de que lo atendiera la enfermera llamada Kristy. A ella parecía hacerle gracia esa constancia, pero le daba un informe más completo que cualquier otra enfermera.

Fiona se había resfriado, lo que no tenía nada de extraño entre los recién llegados.

«Es como cuando los niños empiezan la escuela —dijo Kristy—. Están expuestos a una gran cantidad de gérmenes nuevos y durante un tiempo lo pillan todo».

Después el catarro remitió. Le quitaron los antibióticos y no parecía tan desorientada como los primeros días. (Hasta entonces a Grant no le habían dicho nada de antibióticos ni de desorientación). Tenía mucho apetito y por lo visto le gustaba sentarse en el solárium. Al parecer disfrutaba viendo la televisión.

Uno de los aspectos intolerables del antiguo Lago del Prado era la presencia ubicua de la televisión; dondequiera que uno eligiese sentarse, aplastaba la conversación y el pensamiento. Algunos internos (en aquella época Fiona y él los llamaban así, no residentes) alzaban los ojos a la pantalla, otros le replicaban, pero la mayor parte soportaba mansamente el asedio. En el nuevo edificio, por lo que él recordaba, la televisión estaba en una sala especial o en las habitaciones. Cada cual decidía si la veía o no.

O sea que Fiona debía de haber decidido. ¿Ver qué?

Durante los años que habían vivido en esa casa, él y Fiona habían visto mucha televisión juntos. Habían espiado la vida de cuanta bestia, reptil o criatura marina lograra capturar una cámara y habían seguido la trama de docenas de novelas del siglo XIX, todas magníficas y parecidas. Se habían enamorado de una comedia inglesa que transcurría en unos grandes almacenes y habían visto las reposiciones tantas veces que se sabían los diálogos de memoria. Lloraban la desaparición de actores que morían en la vida real o cambiaban de trabajo, y los recibían alborozados cuando renacían los personajes. Habían visto cómo el pelo del jefe de sección pasaba del negro al gris y luego otra vez al negro sobre el mismo escenario barato. Pero también este se descoloría; con el tiempo, los decorados y el pelo más negro se desvaían, como si el polvo de las calles de Londres se colara por debajo de las puertas de los

ascensores, y ese hecho provocaba una tristeza que al parecer afectó a Grant y Fiona más que las tragedias de *Obras maestras del teatro*, de modo que dejaron de ver la serie antes de que acabase.

Fiona había hecho algunas amistades, dijo Kristy. Sin duda estaba saliendo del caparazón.

¿Qué caparazón? Grant quiso preguntarlo, pero se contuvo, para no perder el favor de Kristy.

Cuando alguien llamaba, Grant dejaba que el mensaje se grabara en el contestador. La gente con quien se relacionaban, de vez en cuando, no eran vecinos; vivían en el campo, estaban jubilados como ellos y a menudo se marchaban sin avisar. Los primeros años que vivieron allí, Grant y Fiona habían pasado el invierno en casa. El invierno en el campo era una experiencia nueva y tenían mucho que hacer para arreglar la vivienda. Más adelante se les había ocurrido que ellos también deberían viajar mientras pudieran, y habían ido a Grecia, a Australia, a Costa Rica. Ahora la gente pensaría que estaban de viaje.

Grant esquiaba para hacer ejercicio, pero nunca se alejaba hasta el pantano. Daba vueltas y vueltas en el terreno que se extendía detrás de la casa mientras el sol descendía dejando el cielo rosa sobre un campo que parecía sujeto por olas de hielo de borde azulado. Contaba las vueltas que daba y después regresaba a la casa en penumbra y encendía la televisión para ver las noticias mientras cenaba. Por lo general habían preparado la cena juntos. Uno de los dos servía las copas y el otro encendía el fuego, y charlaban sobre el trabajo de Grant (estaba escribiendo un estudio acerca de los lobos de las leyendas nórdicas, en particular sobre el gran lobo Fenris, que devora a Odín en el fin del mundo), lo que Fiona estuviera leyendo y lo que habían pensado durante aquel día que habían pasado juntos pero separados. Era el momento de intimidad más activa, aunque también estaban, claro, los cinco o diez minutos de ternura física tras meterse en la cama, algo que pocas veces terminaba en sexo pero que les confirmaba que el sexo no se había acabado todavía.

En un sueño, Grant enseñaba una carta a un colega a quien había considerado amigo. La carta era de la compañera de habitación de una chica en la que Grant no pensaba desde hacía tiempo. El tono era moralista y hostil, quejumbrosamente amenazador, y él atribuía a la autora un lesbianismo latente. En cuanto a la chica en cuestión, se había separado de ella de forma decorosa y le parecía poco probable que fuese a montar un escándalo, y mucho menos a suicidarse, como en apariencia daba a entender la carta de manera intrincada.

El colega era uno de esos maridos y padres que habían sido de los primeros en quitarse la corbata e irse de casa para pasar todas las noches en un colchón extendido en el suelo con una joven amante cautivadora, y que llegaban al despacho o a la clase desaliñados y oliendo a porros y a incienso. Pero ahora reprobaba esas travesuras y Grant recordaba que de hecho se había casado con una de esas chicas, la cual se dedicaba a organizar cenas y tener hijos, como hacían las esposas en el pasado.

«Yo no me reiría —le decía a Grant, que no creía haberse reído—. Y si estuviera en tu lugar iría preparando a Fiona».

Así pues, Grant iba a Lago del Prado a ver a Fiona —al Lago del Prado antiguo—, pero se encontraba de pronto en el aula magna. Todos estaban esperando a que diera clase. Y en la última fila, la más alta fila, había un grupo de jovencitas de ojos fríos, todas vestidas con una túnica negra, de luto, que no apartaban de él su mirada rencorosa y hacían gala de no apuntar nada ni de interesarse por lo que decía.

Fiona estaba en la primera fila, tranquila. Había transformado el aula en un rincón de esos que siempre encontraba en las fiestas: un islote elevado donde bebía vino con agua mineral, fumaba cigarrillos baratos y contaba anécdotas graciosas sobre sus perros. Resistiendo la marea con algunas personas parecidas a ella, como si los

dramas que tenían lugar en otros rincones, en dormitorios o en la terraza a oscuras, no fueran sino comedias infantiles. Como si la castidad fuera elegante y la reticencia, una bendición.

«Bah —decía—. A esa edad todas las chicas van por ahí pregonando que se quitarán la vida».

Pero no bastaba con que Fiona dijera eso; de hecho a Grant más bien lo desanimó. Temía que estuviera equivocada, que hubiera sucedido algo terrible, y veía lo que ella no alcanzaba a ver: que el anillo negro se volvía más denso, se cerraba, le apretaba la tráquea, ceñía toda la parte superior del aula.

Salió con esfuerzo del sueño y se puso a separar lo que era real de lo que no lo era.

Había habido una carta, y en la puerta de su despacho había aparecido la palabra RATA escrita con pintura negra, y Fiona, al enterarse de que una chica se había enamorado como una loca de él, había dicho algo muy parecido a lo que decía en el sueño. El colega no había intervenido, en el aula no habían aparecido mujeres de negro y nadie se había suicidado. Grant no había caído en desgracia; en realidad había salido bien librado si pensaba en lo que podía haber sucedido solo dos años después. De todas formas había corrido el rumor. Los desaires se volvieron evidentes. En Navidad apenas recibieron invitaciones y pasaron solos la Nochevieja. Grant se emborrachó y, sin que se le pidiese —y, gracias a Dios, sin cometer el error de confesar—, le prometió a Fiona una nueva vida.

La vergüenza que había sentido entonces era la de haber sido engañado, la de no haber advertido el cambio que estaba teniendo lugar. Y ninguna mujer le había puesto al corriente. Había habido un cambio antes, cuando de pronto tantas mujeres se mostraron disponibles —o eso le pareció—, y ahora se producía este otro: todas decían que lo que había ocurrido no era lo que tenían en mente. Habían colaborado por impotencia y azoramiento, y todo el asunto, más que deleitarlas, las había lastimado. Y si habían tomado la iniciativa había sido únicamente porque tenían todas las cartas en contra.

Nadie reconocía en absoluto que la vida de un mujeriego (si así debía calificarse Grant; él, que no había tenido ni la mitad de conquistas y complicaciones que el hombre que lo censuraba en el sueño) conllevaba actos de bondad, de generosidad y hasta de sacrificio. Quizá no al principio, pero sí por lo menos al avanzar las cosas. Cuántas veces había alimentado el orgullo de una mujer, paliado su fragilidad, ofreciéndole más afecto —o una pasión más desenfundada— que el que sentía realmente. Y todo para que ahora lo acusaran de herir, socavar y destruir autoestimas. Y de engañar a Fiona —y desde luego la había engañado—, pero ¿habría sido mejor que hubiera hecho lo que otros con sus esposas y la hubiera abandonado?

Nunca se le había pasado por la cabeza. Nunca había dejado de hacer el amor con Fiona, por mucho que lo perturbasen otras exigencias. No había dejado de dormir con ella ni una sola noche. No había inventado historias enrevesadas para pasar un fin de semana en San Francisco o en una tienda de campaña en la isla Manitoulin. Había sido prudente con las drogas y la bebida y había seguido publicando trabajos, formando parte de comités, progresando en su profesión. Jamás había tenido la menor intención de echar por la borda empleo y matrimonio para irse al campo a hacer de carpintero o de apicultor.

Pero al fin y al cabo había sucedido algo por el estilo. Se jubiló antes de tiempo, con una pensión reducida. El cardiólogo había muerto, tras una temporada de perplejidad y estoicismo a solas en la casa enorme, y Fiona había heredado tanto esa propiedad como la granja donde su padre había crecido, en el campo, cerca de Georgian Bay. Dejó su empleo de coordinadora de voluntarios en un hospital (en ese mundo cotidiano, como decía ella, donde las personas tenían problemas no relacionados con las drogas o el sexo o las riñas intelectuales). Una nueva vida era una nueva vida.

Boris y Natasha habían muerto en aquella época. Primero enfermó y se murió uno —Grant no recordaba cuál— y luego, más o menos por simpatía, murió el otro.

Él y Fiona repararon la casa. Se compraron esquís de fondo. Aunque no eran muy sociables, poco a poco hicieron algunos amigos. Ya no había coqueteos febriles. Nada de pies de mujer deslizándose bajo la pernera del pantalón de un hombre en cenas de amigos. Nada de esposas libres.

Justo a tiempo, pensó Grant, cuando se hubo consumido el sentimiento de injusticia. Las feministas, y tal vez la necedad de la triste muchacha y la cobardía de aquellos a quienes él había considerado amigos, lo habían ahuyentado justo a tiempo. De una vida que de hecho empezaba a dar más problemas que satisfacciones. Y que podría haberlo llevado a perder a Fiona.

El día que tenía previsto regresar a Lago del Prado para la primera visita, Grant se levantó temprano. Sentía una comezón solemne, como la que, en los viejos tiempos, experimentaba la mañana de su primera cita con una mujer. No era una sensación de carácter sexual precisamente. (Más tarde, cuando las citas se volvían rutinarias, solo quedaba eso). Era una expectativa de descubrimiento, casi una expansión espiritual. También timidez, humildad, inquietud.

Salió de casa demasiado temprano. No se permitían visitas antes de las dos. Como no quería tener que esperar sentado en el aparcamiento, se obligó a tomar la dirección equivocada.

Había empezado el deshielo. Aún quedaba mucha nieve, pero el paisaje duro y deslumbrante de principios del invierno se había desmoronado. Los montículos pustulosos bajo el cielo gris parecían desechos de los campos.

En la ciudad cercana a Lago del Prado encontró una floristería y compró un ramo grande. Nunca le había regalado flores a Fiona. Ni a nadie. Entró en el edificio sintiéndose como la caricatura de un amante sin esperanzas o de un marido culpable.

—¡Vaya! Narcisos en esta época —dijo Kristy—. Se habrá gastado un dineral.

Enfiló el pasillo delante de él y encendió la luz de un cuartito, una especie de cocina, donde buscó un jarrón. Era una joven corpulenta con aspecto de haberse abandonado en todo salvo en el pelo, rubio y voluminoso. El cardado suntuoso de una camarera de club nocturno, o de una bailarina de striptease, sobre un cuerpo y un rostro corrientes.

—Tenga —dijo, y señaló con la cabeza hacia el final del pasillo—. El nombre está en la puerta.

Y allí estaba, en una placa adornada con pájaros azules. Grant titubeó un momento, golpeó la puerta, la abrió y llamó a Fiona.

No había nadie. El armario estaba cerrado, la cama, hecha. Sobre la mesita de noche solo había una caja de pañuelos de papel y un vaso de agua. Ni una foto ni un retrato, ningún libro ni revista. A lo mejor había que tenerlos guardados.

Volvió al puesto de enfermeras, la recepción o lo que fuese.

—¿De veras? —preguntó Kristy con una sorpresa que a él le pareció mecánica.

Vaciló, con las flores en la mano.

—Vale, vale... —dijo ella—. Vamos a dejar el ramo aquí.

Suspirando, como si Grant fuera un chico lerdo en su primer día de clase, lo condujo por un pasillo hasta la luz de un amplio espacio central con grandes ventanas y techo catedralicio. Había algunos residentes sentados a lo largo de las paredes, en tumbonas, y otros alrededor de mesas en medio de la sala enmoquetada. Ninguno tenía muy mal aspecto. Viejos —algunos inválidos en sillas de ruedas— pero dignos. Cuando él y Fiona iban a visitar al señor Farquar siempre veían algo descorazonador. Ancianas con pelos en la barbilla, alguien con un ojo inflamado como una ciruela podrida. Babas, cabezas que temblaban, parlanchines locos. Ahora parecía que hubieran despachado los peores casos. O tal vez habían empezado a recurrir a los medicamentos y la cirugía; tal vez había tratamientos para el deterioro físico y para la

incontinencia verbal y de otros tipos, métodos que hacía pocos años no existían. No obstante, sentada al piano, una mujer muy afligida recorría las teclas con un dedo sin obtener ninguna melodía. Otra mujer, que miraba fijamente desde detrás de una máquina de café y una pila de tazas de plástico, parecía petrificada de aburrimiento. Pero debía de ser una empleada: llevaba un uniforme verde claro como el de Kristy.

—¿La ve? —dijo Kristy en voz más baja—. Acérquese y saludela procurando no sobresaltarla. Recuerde que quizá... Bueno. Usted vaya.

Vio a Fiona de perfil, sentada cerca de una de las mesas de juego, pero sin participar en la partida de cartas. Tenía la cara un poco abotargada; la carne del moflete le escondía la comisura de la boca, y eso era nuevo. Observaba los naipes del hombre que tenía más próximo. Él los inclinaba para que los viera mejor. Cuando Grant se acercó a la mesa, ella alzó la vista. Todos, todos los jugadores de la mesa, alzaron la vista, con desagrado. Enseguida volvieron a mirar las cartas, como si quisieran protegerse de una intromisión.

Pero Fiona le dirigió su sonrisa oblicua, avergonzada, astuta, encantadora, echó la silla hacia atrás y se volvió hacia él llevándose los dedos a la boca.

—Bridge —susurró—. Muy, muy serio. Son unos fanáticos. —Sin dejar de parlotear lo llevé hacia la mesa de café—. Recuerdo que durante una temporada yo era así en la universidad. Mis amigas y yo nos saltábamos las clases y nos metíamos en la sala de estudiantes a fumar y a jugar como posesas. Una se llamaba Phoebe; las otras, no me acuerdo.

—Phoebe Hart —dijo Grant. Le vino a la mente la chica menuda de ojos negros y pecho hundido, que probablemente ya había muerto. Envueltas en humo, Fiona, Phoebe y las demás, extasiadas como brujas.

—¿Tú también la conocías? —preguntó Fiona, que ahora dirigió su sonrisa hacia la mujer de rostro petrificado—. ¿Puedo ofrecerte algo? ¿Una taza de té? Me temo que el café de aquí no es muy bueno.

Grant nunca bebía té.

No podía abrazarla. Percibía algo en la voz y la sonrisa de Fiona, por muy familiares que fuesen, algo en la manera en que ella parecía proteger a los jugadores e incluso a la mujer del café —y de protegerlo a él del desagrado—, que se lo impedía.

—Te he traído flores —dijo—. He pensado que alegrarían la habitación. He ido allí a buscarte pero no estabas.

—Pues no —asintió ella—. Estoy aquí.

—Tienes un amigo nuevo —dijo Grant.

Señaló con la cabeza al hombre junto al cual había estado sentada. En ese momento el hombre miró a Fiona y ella se dio la vuelta, ya fuera por lo que había dicho Grant o porque había notado la mirada.

—Es solo Aubrey —dijo—. Lo más gracioso es que lo conocí hace muchos, muchos años. Trabajaba en la tienda. La ferretería adonde iba a comprar mi abuelo. Estábamos siempre bromeando y él no se atrevía a invitarme a salir. Hasta que el último fin de semana me llevó a un baile. Pero cuando acabó se presentó mi abuelo y me llevó a casa en coche. Yo estaba allí de vacaciones. Con mis abuelos... Vivían en una granja.

—Fiona, ya sé dónde vivían tus abuelos. Es donde vivimos nosotros. Donde vivíamos.

—¿De verdad? —dijo ella, sin prestarle demasiada atención porque el jugador todavía tenía clavada en ella la mirada, que no era suplicante, sino perentoria.

Era un hombre de aproximadamente la edad de Grant, o un poco mayor. La pelambarrera, basta y cana, le caía sobre la frente, y tenía la piel coriácea pero pálida, de un blanco amarillento, como un guante de cabritilla viejo y arrugado. La cara, alargada, revelaba melancolía y dignidad; todo él poseía algo de la belleza de un caballo poderoso, desalentado y viejo. Pero en lo que se refería a Fiona no parecía muy desalentado.

—Será mejor que vuelva —dijo ella, mientras el rubor le cubría el rostro, que se había vuelto regordete—. Cree que no puede jugar si no estoy sentada a su lado. Es absurdo, apenas me acuerdo de cómo se juega. Me temo que tendrás que disculparme.

—¿Acabaréis pronto?

—Deberíamos. Depende. Esa señora tan seria te servirá un té si se lo pides con amabilidad.

—Estoy bien —dijo Grant.

—Entonces te dejo. ¿Puedes entretenerte solo? Seguro que todo te resulta extraño, pero te sorprenderá ver lo rápido que te acostumbras. Con el tiempo llegarás a conocer a todo el mundo. Claro que algunos están en las nubes, ya sabes... No puedes esperar que todos sepan quién eres tú.

Se acomodó de nuevo en la silla y dijo algo al oído de Aubrey. Le dio unos golpecitos con los dedos en el dorso de la mano.

Grant fue a buscar a Kristy y la encontró en el pasillo. Empujaba un carrito con jarras de zumo de manzana y de naranja.

—Un segundo —dijo la enfermera, y asomó la cabeza en una habitación—. ¿Alguien quiere zumo de manzana? ¿De naranja? ¿Galletas?

Llenó dos vasos de plástico y entró en la habitación. Al salir puso dos galletas de arruruz en sendos platos de cartón.

—Bueno, ¿qué? —preguntó—. ¿No se alegra de verla participar?

—¿Sabe siquiera quién soy? —dijo Grant.

No estaba seguro. Tal vez Fiona le hubiera gastado una broma. Sería propio de ella. Pero se había delatado con el numerito del final, eso de hablarle como si creyera que él era un residente nuevo.

Si es que lo había fingido. Si es que había sido un número.

Porque, una vez terminada la broma, ¿no habría corrido detrás de él riéndose? Seguramente no habría vuelto a la partida ni habría fingido olvidarse de él. Habría sido una crueldad.

—La ha pillado en un mal momento, nada más —dijo Kristy—. Está enfrascada en la partida.

—Ni siquiera está jugando —señaló él.

—Pero juega su amigo. Aubrey.

—¿Y quién es Aubrey?

—Pues eso. Aubrey. Su amigo. ¿Le apetece un zumo?

Grant sacudió la cabeza.

—Escuche, caramba —dijo Kristy—. Crean vínculos afectivos aquí. Eso dura un tiempo. Estilo mejor amigo y así. Es como una etapa.

—¿Me está diciendo que es posible que no sepa quién soy?

—Puede que no. Hoy no. Pero mañana... Nunca se sabe, ¿verdad? Hay avances y retrocesos constantes y no podemos hacer nada. Cuando haya venido varias veces entenderá cómo es. Aprenderá a no tomárselo tan a pecho. Aprenderá a aceptarlo día a día.

Día a día. Pero no era cierto que hubiese avances y retrocesos, y él no se acostumbraba. Era Fiona quien al parecer se acostumbraba a él, aunque solo como a una visita persistente con un interés especial por ella. O quizá incluso como un pesado a quien, según sus viejas normas de cortesía, había que evitar que supiese que lo era. Lo trataba con una amabilidad distraída y educada que a Grant le impedía hacer la pregunta más evidente, la más necesaria. No podía preguntarle si recordaba que era su marido desde hacía casi cincuenta años. Tenía la impresión de que se sentiría incómoda; no por ella, sino por él. Se echaría a reír nerviosa, lo mortificaría con su cortesía y perplejidad y se las arreglaría para no decir ni sí ni no. O bien respondería una de las dos cosas de la manera menos satisfactoria.

Kristy era la única enfermera con quien él podía hablar. Algunas de las otras se tomaban el asunto a broma. Una tipa desagradable se rio en su cara. «¿Aubrey y Fiona? ¿Esos dos? Vaya si les ha dado fuerte».

Kristy le contó que Aubrey había sido el representante local de una empresa que vendía herbicidas —«y productos por el estilo»— a los granjeros.

—Era todo un señor —afirmó, y Grant no supo si se refería a que Aubrey era honrado, desprendido y bondadoso o a que hablaba y vestía bien y conducía un buen coche. Probablemente a ambas cosas.

Por otra parte, cuando todavía no era demasiado viejo, ni siquiera estaba jubilado —añadió—, sufrió una lesión muy poco frecuente.

—Suele cuidarlo su mujer. Lo cuida cuando está en casa. Ahora lo ha ingresado aquí por un tiempo para tomarse un respiro. Su hermana quería que se fuese a Florida. Mire, lo ha pasado muy mal; nadie espera nunca que un hombre así... Estaban de vacaciones no sé dónde y a él le picó algo, un bicho, y le dio una fiebre terrible... Y entró en coma y desde entonces está así.

Grant le preguntó por esos afectos entre residentes. ¿Llegaban muy lejos? Esperaba que el tono indulgente que había logrado adoptar le ahorrara sermones.

—Depende de qué entienda usted por lejos —dijo Kristy. Siguió escribiendo en una libreta mientras decidía cómo responderle. Cuando hubo acabado las notas le dirigió una sonrisa franca—. Es curioso, pero a veces el problema es con los que ni siquiera eran amigos. Puede que ni siquiera sepan quién es el otro, aparte de saber, digamos, si es hombre o mujer. Cualquiera pensaría que son los viejos los que intentan meterse en la cama de las viejecitas, pero la verdad es que la mitad de las veces ocurre al revés. Ellas persiguen a los viejos. Supongo que están menos gastadas.

De pronto dejó de sonreír, como si temiera haber sido cruel o hablado de más.

—No me malinterprete —añadió—. No me refiero a Fiona. Ella es una señora.

Estupendo, ¿y Aubrey qué?, tuvo ganas de decir Grant. Pero se acordó de que Aubrey iba en silla de ruedas.

—Una auténtica señora —insistió Kristy, en un tono tan categórico y tranquilizador que Grant no se quedó tranquilo. Le vino a la mente una imagen de Fiona, con unos de los camisones largos de puntillas y lazos azules, alzando provocativamente las mantas de la cama de un anciano.

—Es que a veces me pregunto... —dijo.

—¿Qué se pregunta? —lo interrumpió Kristy.

—Me pregunto si no está montando una farsa.

—¿Una qué? —dijo Kristy.

La mayoría de las tardes los veía juntos en la mesa de juego. Aubrey tenía las manos grandes, los dedos gruesos. Le costaba manipular las cartas. Fiona barajaba y repartía por él y a veces se apresuraba a enderezarle un naipe que estaba a punto de resbalarle de los dedos. Desde el otro lado del salón, Grant observaba el movimiento veloz y la disculpa breve y risueña. Veía el ceño marital de Aubrey cuando un mechón de ella le rozaba la mejilla. Aubrey tendía a no hacerle el menor caso cuando la tenía cerca.

Pero bastaba con que ella saludase a Grant con una sonrisa, que echara la silla hacia atrás y se levantara para ofrecerle un té —una señal de que había aceptado su derecho a estar allí y quizá de que se sentía un poco responsable de él—, para que el rostro de Aubrey se tiñera de sombría consternación. Entonces dejaba que las cartas le resbalaran de los dedos y cayeran al suelo, para dar al traste con la partida.

De modo que Fiona tenía que correr a enmendar la situación.

Cuando no estaban en la mesa de *bridge*, a veces paseaban por los pasillos, Aubrey aferrado a la barandilla con una mano y al brazo o el hombro de Fiona con la otra. A las enfermeras les parecía un prodigio que ella lo hubiera levantado de la silla de ruedas.

Claro que para excursiones más largas —al invernadero, en un extremo de edificio, o a la sala de la televisión, en el otro— volvía a necesitarla.

Daba la impresión de que el televisor estaba siempre sintonizado en el canal de deportes, y Aubrey veía cualquiera que transmitieran, aunque al parecer su favorito era el golf. A Grant no le molestaba verlo con ellos. Se sentaba a unas sillas de distancia. En la enorme pantalla, un grupito de espectadores y comentaristas seguía a los jugadores alrededor del apacible green y en los momentos adecuados prorrumplía en aplausos formales. Pero reinaba un silencio absoluto cuando el jugador golpeaba la pelota y esta emprendía su viaje solitario y prefijado por el cielo. Aubrey, Fiona y quizá algunos más contenían el aliento, y luego Aubrey lanzaba la primera exhalación, para indicar alegría o decepción. Un instante después Fiona expresaba el mismo sentimiento.

En el invernadero no reinaba ese silencio. La pareja había encontrado un sitio donde sentarse entre las plantas más lujuriosas y espesas, de aspecto más tropical —un cenador, podría decirse—, y Grant poseía el suficiente autocontrol para no atravesarlas. Mezclados con el rumor de las hojas y el gorgoteo del agua, se oían las risas y los susurros de Fiona.

Luego una especie de carcajada. ¿Cuál de los dos sería?

Tal vez ninguno de los dos. Tal vez fuese alguno de los pájaros, llamativos y descarados, que habitaban las jaulas del rincón.

Aubrey podía hablar, aunque probablemente su voz no sonara igual que en el pasado. Ahora parecía decir algo; un par de sílabas balbucientes. «Cuidado. Él está aquí. Mi amor».

En el fondo azul de la fuente había varias monedas. Grant nunca había visto a nadie arrojar dinero pidiendo un deseo. Contempló los centavos y cuartos de dólar preguntándose si no estarían pegados a las baldosas: otro rasgo de la decoración alentadora del edificio.

Adolescentes en un partido de béisbol, sentados en lo alto de las gradas lejos de los amigos del chico. Un par de pulgadas de madera desnuda entre los dos, el caer de la tarde, el fresco repentino de un anochecer de finales del verano. Manos que se rozan, caderas que se mueven, ojos que no se despegan del campo de juego. Él se quitará la chaqueta, si la lleva, para cubrir los estrechos hombros de ella. Por debajo de la chaqueta puede atraerla hacia sí, apretar el brazo suave con los dedos abiertos.

No como hoy en día, cuando seguro que cualquier chico mete la mano en las bragas ya en la primera cita.

El brazo suave y flaco de Fiona. El deseo adolescente la asombra y recorre como un rayo los nervios de su tierno cuerpo nuevo, mientras la noche se adensa más allá de la tierra iluminada del campo de juego.

Como en Lago del Prado escaseaban los espejos, Grant no tenía que verse merodear y acechar. Pero de vez en cuando pensaba en lo estúpido, patético y acaso desquiciado que debía de parecer siguiendo a Fiona y Aubrey. Sin lograr nunca estar frente a frente con ella, ni con él. Cada vez menos seguro de su derecho a seguir en escena pero incapaz de retirarse. Hasta cuando estaba en casa, trabajando en el escritorio, limpiando o apartando la nieve con la pala si hacía falta, un incesante metrónomo de su mente continuaba fijo en Lago del Prado, en la siguiente visita. Unas veces se veía como un muchacho terco empeñado en una conquista imposible; otras, como esos desgraciados que siguen a mujeres famosas por la calle, convencidos de que un día ellas se volverán y reconocerán su amor.

Con un gran esfuerzo restringió las visitas a los miércoles y los sábados. También se impuso observar otros aspectos del lugar como si fuera un visitante cualquiera, el encargado de una inspección o de un estudio social.

Los sábados reinaban el bullicio y la tensión de un día festivo. Llegaban familias en

piña. Por lo general mandaban las madres; eran como perros pastores alegres pero insistentes conduciendo el rebaño de hombres y niños. Los únicos que no sentían aprensión eran los pequeñines. Enseguida reparaban en los cuadrados verdes y blancos del suelo de los pasillos y solo pisaban las baldosas del color que elegían, saltando por encima de las otras. Los más atrevidos intentaban dar paseos subidos al estribo trasero de una silla de ruedas. Algunos seguían con las travesuras pese a las reprimendas y había que llevarlos al coche. Y con qué alegría, con cuánta presteza, un hermano mayor o el padre se ofrecían a sacarlos de allí, con lo cual se libraban de la visita.

Eran las mujeres quienes mantenían la conversación a flote. Los hombres parecían acobardados por la situación; los adolescentes, ofendidos. Quienes recibían las visitas iban en sillas de ruedas, cojeaban apoyados en un bastón o caminaban con rigidez, sin ayuda, a la cabeza de la procesión, orgullosos del logro pero con la mirada perdida o babeando irremisiblemente por el esfuerzo. Y al fin y al cabo, rodeados de esa variedad de forasteros, los de dentro no parecían gente tan normal. Por mucho que se hubieran afeitado las barbillas femeninas, que se escondieran con parches o gafas oscuras los ojos enfermos, que se controlaran con medicamentos las palabras intempestivas, persistía cierta fijeza en la mirada, una rigidez torturada, como si esos seres se contentaran con convertirse en recuerdos de sí mismos, fotografías finales.

Por entonces Grant entendía mejor cómo debía de haberse sentido el señor Farquar. En ese lugar la gente —incluso los que no participaban en ninguna actividad, los que pasaban el tiempo sentados, contemplando una puerta o mirando por la ventana— tenía una vida mental muy activa (por no hablar de la vida del cuerpo, las portentosas alteraciones intestinales, las punzadas y los latigazos por todas partes), y era una vida que en la mayoría de los casos no se podía describir ni mencionar delante de las visitas. Lo único que podían hacer era avanzar con la silla de ruedas o propulsarse de otro modo con la esperanza de dar con algo que pudiera mostrarse o sobre lo que se pudiera hablar.

Para mostrar estaban el invernadero y la gran pantalla de televisión. A los padres la pantalla les parecía fenomenal. Las madres decían que los helechos eran maravillosos. Al cabo de un rato todos se sentaban en torno a las mesitas a comer helado, que los adolescentes rechazaban porque se morían de asco. Las mujeres enjugaban las babas de las viejas barbillas temblorosas y los hombres desviaban la mirada.

Alguna satisfacción debía de haber en ese ritual, y tal vez un día hasta los adolescentes se alegraran de haber acudido. Grant no era experto en familias.

Aubrey no recibía visitas de hijos ni nietos y, como no podían jugar al *bridge* —pues los que comían helado acaparaban las mesas—, él y Fiona se mantenían alejados del desfile de los sábados. El invernadero estaba demasiado solicitado para que pudieran tener en él sus conversaciones íntimas.

Estas debían de desarrollarse, por supuesto, tras la puerta cerrada de la habitación de Fiona. Grant no se decidía a llamar, aunque se quedaba un buen rato delante, mirando los pájaros de Disney con un desagrado intenso y verdaderamente maligno.

O podían tener lugar en la habitación de Aubrey. Pero Grant no sabía dónde estaba. Cuanto más exploraba el edificio, más pasillos, bancos y rampas descubría, y durante los vagabundeos tendía a perderse. Tomaba como referencia un cuadro o una silla, y a la semana siguiente le parecía que lo habían cambiado de lugar. Prefería no mencionárselo a Kristy, no fuera a ser que pensara que él también sufría trastornos mentales. Se figuraba que esos cambios y redistribuciones constantes se hacían por el bien de los residentes: para que el ejercicio diario les resultara más interesante.

Tampoco mencionó que en ocasiones veía de lejos a una mujer que le parecía Fiona, pero que en su opinión no podía ser ella, por la ropa que llevaba. ¿Cuándo había usado Fiona blusas floreadas de colores chillones y pantalones azul eléctrico? Un

sábado, al mirar por una ventana, vio a Fiona —tenía que ser ella— empujando la silla de Aubrey por los senderos asfaltados, entonces limpios de nieve y hielo; llevaba un ridículo gorro de lana y una chaqueta con espirales azules y violetas, una de esas prendas que se ponían las mujeres del pueblo para ir al supermercado.

Debía de ser que en la residencia no se molestaban en separar los guardarropas de las mujeres que usaban más o menos la misma talla. Y contaban con que, de todos modos, ellas no reconocían sus propias prendas.

Además, le habían cortado el pelo. Le habían cortado el halo angelical. Un miércoles, cuando todo era más normal y otra vez se jugaba a las cartas y las mujeres del taller de artesanía confeccionaban flores de seda o muñecas con trajes típicos sin que nadie las fastidiara ni admirase, y Fiona y Aubrey volvían a estar a la vista, de modo que Grant podía trabar con su esposa una de sus breves conversaciones cordiales y desquiciantes, le preguntó:

—¿Por qué te han cortado el pelo?

Fiona se llevó las manos a la cabeza para confirmarlo.

—Vaya... No me había dado cuenta —dijo.

Pensó que debía descubrir qué sucedía en el segundo piso, donde tenían a los que, como decía Kristy, se les había ido del todo la cabeza. Por lo visto, a los que deambulaban por los corredores hablando solos, o haciendo preguntas a cualquiera con quien se cruzaran («¿No me he dejado el jersey en la iglesia?»), solo se les había ido un poco.

No lo suficiente para pasar de nivel.

Había escaleras, pero las puertas de arriba estaban cerradas y solo el personal tenía las llaves. En el ascensor no se podía entrar a menos que alguien apretase un botón en el mostrador de recepción.

¿Qué hacían, una vez que se les iba la cabeza?

—Algunos se pasan el día sentados —le explicó Kristy—. Están sentados y lloran. Otros parece que quieren derribar la casa a gritos. Más vale no verlo.

A veces se recuperaban.

—Durante un año entramos en la habitación y no tienen ni idea de quiénes somos. Y de repente un día nos saludan como si tal cosa y preguntan cuándo se van a casa. De la noche a la mañana se han vuelto totalmente normales.

Pero no duraba mucho.

—¡Vaya, piensa una, ya están bien! Y entonces empiezan de nuevo. —Kristy chasqueó los dedos—. Así.

En la ciudad donde antes trabajaba Grant había una librería a la que Fiona y él iban una o dos veces al año. Grant volvió a la tienda solo. Aunque no tenía ganas de comprar nada, había hecho una lista; eligió de ella un par de libros y compró otro que descubrió por casualidad. Era sobre Islandia. Un libro de acuarelas pintadas por una viajera del siglo XIX.

Fiona nunca había aprendido la lengua de su madre ni mostrado gran respeto por las historias que transmitía, esas historias sobre las que Grant había dado clases y escrito, y sobre las que aún escribía. Fiona se refería a los héroes como «el viejo Njal» o «el viejo Snorri». Pero en los últimos años había empezado a interesarse por el país y a hojear guías. Había leído sobre el viaje de William Morris y el de Auden. No es que planease ir. Decía que el clima era horrible. Además —decía—, tenía que haber un lugar en el que una persona pensara y que conociera bien y al que tal vez deseara ir, pero que nunca llegara a ver.

Cuando Grant comenzó a enseñar literatura nórdica y anglosajona solía tener en clase los alumnos típicos. Al cabo de unos años, sin embargo, advirtió un cambio. Las mujeres casadas empezaban a volver a la universidad. No con la idea de titularse para obtener un empleo mejor, o el empleo que fuera, sino tan solo para poder pensar en

algo más interesante que sus tareas domésticas y pasatiempos habituales. Para enriquecer su vida. Y tal vez fuera una consecuencia natural que los hombres que enseñaban esas materias formaran parte del enriquecimiento; que para esas mujeres resultaran más misteriosos y deseables que aquellos para los que cocinaban y con los que dormían.

Las carreras elegidas solían ser psicología, historia de la cultura o literatura inglesa. Alguna que otra optaba por arqueología o lingüística pero la abandonaban en cuanto se les hacía cuesta arriba. Por lo general, las que se matriculaban en los cursos de Grant eran de ascendencia islandesa, como Fiona, o conocían la mitología nórdica a través de Wagner o de novelas históricas. Unas pocas creían que Grant enseñaba lengua celta y consideraban que todo lo celta poseía un atractivo místico.

Él hablaba a esas aspirantes con bastante rudeza desde su lado del escritorio.

—Si quiere aprender una lengua bonita, estudie español. Luego podrá practicarlo en México.

Algunas aceptaban el consejo y desaparecían. A otras el tono exigente les afectaba de una forma personal. Trabajaban con tesón y llevaban al despacho de Grant, a su vida organizada y satisfactoria, el asombroso despertar de una madura docilidad femenina, una trémula esperanza de aprobación.

Él eligió a la que se llamaba Jacqui Adams. Era lo opuesto a Fiona: bajita, rechoncha, de ojos oscuros, efusiva. Ajena a la ironía. La aventura duró un año, hasta el traslado del marido. El día en que se despidieron, en el coche de Jacqui, ella empezó a temblar de forma incontrolable. Era como si tuviera hipotermia. Le escribió unas pocas veces, pero a Grant el tono de las cartas le pareció crispado y no se decidió a contestar. Dejó pasar el tiempo mientras, mágica e inesperadamente, se enredaba con una muchacha lo bastante joven para ser su hija.

Porque se había producido otro cambio aún más vertiginoso mientras él estaba ocupado con Jacqui. Jovencitas de pelo largo calzadas con sandalias entraban en su despacho y se declaraban sin más dispuestas al sexo. Los acercamientos cautelosos, los tiernos atisbos de sentimiento necesarios con Jacqui habían quedado atrás. Lo absorbió un torbellino, como a tantos otros, y el deseo se convertía en acción hasta un punto que lo llevaba a preguntarse si no estaba pasando algo por alto. Pero ¿quién tenía tiempo para el remordimiento? Oía hablar de relaciones simultáneas, de encuentros salvajes y peligrosos. Estallaron escándalos, rodeados de dramas penosos pero también de la sensación de que en cierto modo era mejor así. Se tomaron represalias: hubo despidos. Pero los expulsados se iban a trabajar a universidades menores, más tolerantes, o a centros de enseñanza abiertos, y muchas esposas abandonadas se recuperaron del golpe y adoptaron las costumbres, el desenfado sexual, de las muchachas que habían tentado a sus hombres. Las fiestas académicas, en otro tiempo tan previsibles, se habían vuelto campos minados. Se había declarado una epidemia que se propagaba como la gripe de 1918. Solo que en esta ocasión medio mundo se desvivía por contagiarse y pocos entre los dieciséis y los sesenta años querían mantenerse a salvo.

Fiona se contaba entre esos pocos. Su madre se estaba muriendo, y la experiencia en el hospital la llevó de un trabajo rutinario en el registro de admisiones a su nuevo puesto. El mismo Grant no se desmandó, al menos si se lo comparaba con sus conocidos. No permitió que ninguna mujer se sintiera tan unida a él como lo había estado Jacqui. Experimentaba sobre todo un gigantesco aumento de bienestar. Desapareció la tendencia a la obesidad que había tenido desde los doce años. Subía los escalones de dos en dos. Apreciaba como nunca el espectáculo de nubes rasgadas y ocaso invernal visto desde la ventana de su despacho, el hechizo de lámparas antiguas encendidas entre las cortinas del salón de los vecinos, los gritos de los niños en el parque al atardecer, reacios a abandonar la pendiente por la que se habían

estado deslizando. Al llegar el verano se aprendía el nombre de las flores. En el aula, tras haberse entrenado con su suegra, que casi había perdido la voz (tenía cáncer de garganta), se aventuró a recitar y traducir la oda majestuosa y cruel, el rescate de la cabeza, el Hofuolausn, que en honor del rey Eric Hacha Sangrienta compuso el escaldo a quien el monarca había condenado a muerte. (Y a quien el mismo rey —y el poder de la poesía— dejó luego en libertad). Todos aplaudieron, hasta los pacifistas de la clase, a quienes, alegremente provocador, había preguntado antes si preferían esperar en el pasillo. Y cuando aquel día u otro volvía a casa en el coche, una cita absurda y blasfema resonaba en su cabeza.

Y así creció en sabiduría y estatura...

Y en el favor de Dios y de los hombres.

Eso lo abochornó y le causó un escalofrío supersticioso. Aún se lo producía. Pero, mientras nadie lo supiera, no le parecía anormal.

En la siguiente visita a Lago del Prado llevó el libro. Era miércoles. Buscó a Fiona en las mesas de juego y no la vio.

—No está aquí —le dijo una mujer—. Está enferma. —Hablaba con tono ufano y entusiasta, orgullosa de haberlo reconocido cuando él no sabía nada de ella. Quizá también orgullosa de todo lo que sabía de Fiona, de la vida de Fiona allí, pensando que quizá supiera más que Grant—. Él tampoco está —añadió.

Grant fue a buscar a Kristy.

—En realidad, nada —dijo ella cuando le preguntó qué tenía Fiona—. Hoy ha decidido no levantarse. Un pequeño disgusto.

Fiona estaba sentada en la cama. Él no se había fijado, las pocas veces que había entrado en la habitación, en que se trataba de una cama de hospital cuya cabecera podía levantarse de ese modo. Llevaba un camisón virginal, de cuello alto, y la palidez del rostro no era de flor de cerezo sino de engrudo.

Aubrey, en la silla de ruedas, se había acercado a ella todo lo que podía. En vez de las corrientes camisas abiertas de costumbre, llevaba chaqueta y corbata. Su elegante sombrero de *tweed* descansaba en la cama. El hombre tenía aspecto de haber salido a atender un asunto importante.

¿Un encuentro con el abogado? ¿Con el director del banco? ¿Con el jefe de los servicios funerarios?

Fuera lo que fuese, lo había dejado agotado. También él tenía el rostro ceniciento.

Se volvieron los dos hacia Grant con una aprensión pétrea y dolida que se convirtió en alivio, si no en alegría, en cuanto vieron quién era.

No quien pensaban que sería.

Estaban cogidos de la mano y no se soltaron.

El sombrero sobre la cama. La chaqueta y la corbata.

No era que Aubrey hubiese salido. La cuestión no era dónde había estado o a quién había visto, sino adónde iba.

Grant dejó el libro en la cama junto a la mano libre de Fiona.

—Es sobre Islandia —dijo—. He pensado que tal vez te gustaría echarle un vistazo.

—Vaya, gracias —repuso Fiona. Ni siquiera lo miró.

Grant le cogió la mano y la puso encima del libro.

—Islandia —repitió.

—Is-lan-dia —dijo ella. La primera sílaba logró sonar con un tintineo de interés, pero las otras se vinieron abajo. De todos modos, tenía que devolver la atención a Aubrey, que ya estaba retirando la mano, gruesa y grande, de la de ella—. ¿Qué pasa? —le preguntó—. ¿Qué te pasa, corazón mío?

Grant jamás le había oído esa expresión grandilocuente.

—Bueno, no te preocupes —dijo Fiona—. Espera. —Y sacó un puñado de pañuelos de la caja que tenía junto a la cama.

El problema de Aubrey era que se había puesto a llorar. Le moqueaba la nariz y lo angustiaba dar un espectáculo lamentable, sobre todo delante de Grant.

—Ten. Ten —dijo Fiona.

Le habría sonado la nariz y secado las lágrimas ella misma, y si hubieran estado solos quizá él se lo habría permitido. Pero estando Grant allí, no. Aubrey cogió los pañuelos lo mejor que pudo y con torpeza y fortuna se los pasó varias veces por la cara.

Mientras estaba ocupado, Fiona se volvió hacia Grant.

—¿No tendrás por casualidad alguna influencia aquí? —susurró—. Te he visto hablar con ellos...

Aubrey dejó escapar un sonido de protesta, cansancio o desagrado. A continuación impulsó el tronco hacia delante como si quisiera lanzarse contra Fiona. Ella se apresuró a levantarse de la cama, lo cogió y lo abrazó. A Grant le pareció inadecuado ayudarla, aunque por supuesto lo habría hecho de haber pensado que Aubrey iba a desplomarse.

—Chist —decía Fiona—. Ya, cariño. Chist. Algo haremos para vernos. Tendremos que vernos. Iré a verte yo. Vendrás tú.

Con la cara contra el pecho de Fiona, Aubrey dejó escapar el mismo sonido de antes, y no había nada decoroso que Grant pudiera hacer salvo salir de la habitación.

—Ojalá la esposa se diera prisa y viniera de una vez —dijo Kristy—. Ojalá se lo llevara y pusiera fin al tormento. Dentro de un rato hay que servir la cena y ¿cómo vamos a conseguir que ella coma algo si él sigue aquí?

—¿Le parece que debo quedarme? —preguntó Grant.

—¿Para qué? No está enferma.

—Para hacerle compañía.

Kristy meneó la cabeza.

—Estas cosas deben superarlas solos. En general tienen la memoria corta. Lo que no siempre es malo.

Kristy no era dura de corazón. Desde que la conocía, Grant había descubierto algunas cosas de su vida. Tenía cuatro hijos. No conocía el paradero de su marido pero creía que podía estar en Alberta. El hijo menor tenía tales ataques de asma que una noche de enero habría muerto si no lo hubiera llevado al hospital a tiempo. El muchacho no tomaba drogas, pero Kristy no estaba segura de que no lo hiciera el hermano.

A sus ojos, Grant, Fiona y Aubrey debían de ser afortunados. Habían pasado por la vida sin demasiadas adversidades. Lo que tenían que sufrir ahora que eran viejos apenas contaba.

Grant se marchó sin volver a la habitación de Fiona. Notó que el viento era cálido y que los cuervos estaban alborotados. En el aparcamiento, una mujer con traje pantalón de tartán sacaba del maletero del coche una silla de ruedas plegada.

Circulaba por una calle que se llamaba Black Hawks Lane. Todas las calles aledañas tenían nombres de equipos de la liga de hockey. Era una zona periférica de la ciudad cercana a Lago del Prado. Fiona y él habían ido a menudo de compras allí, pero solo conocían bien la calle principal.

Todas las casas parecían de la misma época, de unos treinta o cuarenta años atrás. Las calles eran anchas y sinuosas y no tenían aceras, recuerdo de un tiempo en que se creía improbable que la gente fuera a caminar demasiado. Varios amigos de Grant y Fiona se habían mudado a barrios como aquel al tener hijos. Al principio se excusaban por la decisión. «Aquí estamos, en Barbacoalandia», decían.

Aún vivían familias jóvenes. Había aros de baloncesto en puertas de garaje y triciclos en senderos de entrada. Pero algunas casas ya no albergaban a las familias para las que habían sido pensadas. Se veían marcas de neumáticos en los jardines, ventanas con parches de papel de aluminio o adornadas con banderines descoloridos.

Viviendas de alquiler. Inquilinos jóvenes: hombres que seguían solteros, o que volvían

a estarlo.

Algunas personas debían de vivir en esas propiedades desde el principio y las mantenían en un estado aceptable; gente que no había tenido dinero para irse o no había sentido la necesidad de mudarse a un lugar mejor. Los arbustos habían crecido hasta alcanzar la madurez, los revestimientos de vinilo de colores pastel habían resuelto el problema de la pintura. Vallas y setos bien cuidados indicaban que los hijos se habían marchado al crecer y que los padres no veían qué sentido tenía permitir que el jardín se convirtiera en un espacio comunitario por el que corretearan los niños recién llegados al vecindario.

En una de esas casas, según el listín telefónico, vivían Aubrey y su mujer. El sendero de entrada estaba pavimentado con losas y flanqueado de jacintos, tiesos como flores de porcelana, alternativamente rosas y azules.

Fiona no había superado la pena. No comía a sus horas, aunque fingía hacerlo; escondía la comida en la servilleta. Una o dos veces al día le daban un suplemento alimenticio y alguien vigilaba que se lo bebiese. Se levantaba de la cama y se vestía, pero no hacía otra cosa que quedarse sentada en la habitación. No habría hecho nada de ejercicio si Kristy y las demás enfermeras, o Grant cuando la visitaba, no la hubieran obligado a caminar por los pasillos o por el jardín.

Al sol de la primavera, lloraba débilmente sentada en un banco junto al muro. Seguía siendo cortés: se disculpaba por las lágrimas y nunca discutía una sugerencia ni se negaba a contestar preguntas. Pero lloraba. El llanto le había dejado los ojos nublados y el borde de los párpados enrojecido. Su chaqueta de punto —si es que era suya— estaba siempre mal abotonada. No había llegado al extremo de no cepillarse el pelo ni limpiarse las uñas, pero quizá no tardara en suceder.

Kristy explicó que se le estaban deteriorando los músculos y que si no se recuperaba pronto tendría que usar un andador.

—Pero ya sabe que en cuanto cogen el andador son incapaces de prescindir de él y casi dejan de caminar; solo van a donde los obligan a ir.

»Tendrá que esforzarse más con ella —le dijo a Grant—. Tratar de animarla.

Pero Grant no tuvo suerte. Fiona parecía haberle tomado antipatía, aunque intentaba disimularlo. Tal vez al verlo recordaba los últimos minutos con Aubrey, cuando le había pedido ayuda y él no se la había prestado.

Grant ya no veía razón alguna para mencionarle su matrimonio.

Ella se negaba a recorrer el pasillo hasta el salón, donde prácticamente las mismas personas de antes seguían jugando a las cartas. Y no quería ir a la sala de la televisión ni al invernadero.

Decía que la pantalla grande le hacía daño en los ojos. Y el ruido de los pájaros la irritaba y habría querido que de vez en cuando cortasen el agua de la fuente.

Por lo que Grant sabía, no miraba nunca el libro sobre Islandia ni ninguno de los otros —sorprendentemente pocos— que se había llevado de casa. Había una sala de lectura, donde se sentaba a descansar, probablemente porque casi nunca encontraba allí a nadie, y si él cogía un libro de los estantes, accedía a que se lo leyera. Grant sospechaba que se lo permitía porque así soportaba mejor su presencia: podía cerrar los ojos y sumirse en la pena. Porque si dejaba escapar la pena un solo minuto sufriría mucho más cuando volviera a darse de bruces con ella. Y en ocasiones, creía Grant, cerraba los ojos para ocultar una desesperación justificada que era mejor que él no viese.

De modo que le leía viejas novelas de amores castos y fortunas perdidas y recuperadas, de las que tal vez se había deshecho hacía tiempo una biblioteca pública o una parroquia de pueblo. Por lo visto, no se había intentado mantener el contenido de la sala de lectura tan al día como el resto del edificio.

Los libros eran de cubierta blanda, casi aterciopelada, con dibujos de hojas y flores

aplastadas entre las páginas, por lo que parecían joyeros o cajas de bombones. Que las mujeres —Grant suponía que serían mujeres— podían llevarse a casa como tesoros.

La directora lo llamó a su despacho. Le informó de que Fiona no mejoraba como habían esperado.

—Incluso con el suplemento alimenticio está perdiendo peso. Hacemos todo lo que podemos.

Grant dijo que se daba cuenta.

—La cuestión, como sin duda sabe, es que en la primera planta no atendemos a los que están en cama. Cuando alguno no se encuentra bien lo hacemos durante un tiempo, pero si se ponen demasiado débiles para andar o cuidarse solos hay que pensar en trasladarlos arriba.

Él dijo que a su parecer Fiona no pasaba mucho tiempo en cama.

—No. Pero lo hará si no recupera las fuerzas. Ahora mismo está en el límite.

Él manifestó que creía que la segunda planta era para los que sufrían trastornos mentales.

—También —dijo ella.

De la mujer de Aubrey solo recordaba el traje de tartán con que la había visto en el aparcamiento. Al inclinarse sobre el maletero se le habían abierto los faldones de la chaqueta. Él había creído atisbar una cintura estrecha y nalgas anchas.

La mujer no llevaba hoy ese traje. Vestía pantalones marrones con cinturón y un jersey rosa. Respecto a la cintura, Grant no se había equivocado: el cinturón ceñido demostraba que le gustaba resaltarla. Le habría valido más no hacerlo, porque por arriba y por abajo el cuerpo se le ensanchaba considerablemente.

Debía de ser diez o doce años menor que su marido. Llevaba el pelo corto, rizado y artificialmente enrojecido. Tenía los ojos azules —un azul más claro que el de Fiona; turquesa o del color de los huevos del petirrojo—, sesgados por una leve hinchazón. Y una buena cantidad de arrugas que el maquillaje de tono avellana ayudaba a destacar. O tal vez fuese el bronceado de Florida.

Grant dijo que no sabía bien cómo presentarse.

—Antes veía a su marido en Lago del Prado. Voy de visita a menudo.

—Sí —repuso la mujer de Aubrey, con un movimiento agresivo de la barbilla.

—¿Cómo va su marido?

El «va» se le había ocurrido en el último momento. Normalmente habría dicho «¿Cómo está su marido?».

—Bien —respondió ella.

—Mi esposa y él se hicieron muy buenos amigos.

—Eso me han dicho.

—Bien. Me gustaría hablar con usted si tiene un minuto.

—Mi marido no intentó nada con su mujer, si a eso se refiere —dijo ella—. No la molestó en lo más mínimo. Es incapaz de algo así y no lo haría de ningún modo. Por lo que he oído, fue justo al revés.

—No —dijo Grant—. No se trata de eso. No he venido a quejarme.

—Ah —dijo ella—. Caramba, lo siento. Pensé que venía a eso.

Era cuanto iba a conceder a modo de excusa. Y no parecía sentirlo. Parecía decepcionada y desconcertada.

—Entonces será mejor que pase —añadió—. Con la puerta abierta entra frío. No hace tanto calor como parece.

El mero hecho de entrar fue una especie de triunfo. Grant no había pensado que pudiera resultar tan difícil. Esperaba encontrarse con otro tipo de esposa. Un ama de casa nerviosa, contenta de recibir una visita imprevista y halagada por el tono confidencial.

Lo condujo hacia la sala diciendo:

—Tendremos que sentarnos en la cocina, para que pueda oír a Aubrey.

Grant alcanzó a ver una ventana con cortina doble —ambas piezas azules, una transparente y la otra de seda—, un sofá tapizado en el mismo tono, una imponente alfombra clara y varios espejos y adornos.

Fiona tenía una palabra para las cortinas que caían de ese modo; solía decirla en broma, aunque las mujeres de las cuales la había tomado la usaban en serio. Toda habitación decorada por Fiona era diáfana y austera: le habría asombrado ver tal cantidad de objetos apiñados en un espacio tan reducido. No logró recordar qué palabra era.

De una habitación contigua a la cocina —una especie de galería acristalada, aunque las persianas estaban bajadas para impedir que entrara el sol de la tarde— llegaban sonidos de televisor.

Aubrey. La respuesta a las plegarias de Fiona estaba a unos pasos, viendo lo que, por los sonidos, debía de ser un partido de béisbol. La mujer se asomó a mirarlo.

—¿Estás bien? —preguntó, y entornó la puerta—. Tal vez le apetezca una taza de café —le dijo a Grant.

—Sí, gracias.

—Mi hijo lo abonó al canal de deportes hace un año, por Navidad. No sé qué haríamos si no.

Sobre las encimeras había toda clase de artefactos y electrodomésticos: cafetera, trituradora, afiladora y otros objetos cuyo nombre y utilidad Grant desconocía. Todos parecían nuevos y caros, como si acabaran de sacarlos del embalaje o los lustraran todos los días.

Se le ocurrió que tal vez estuviese bien admirarlos. Elogió la cafetera que la mujer había encendido y dijo que Fiona siempre había querido una así. Era absolutamente falso: a Fiona le encantaba un artilugio europeo que solo hacía dos tazas.

—Nos la regalaron —explicó ella—. Nuestro hijo y su mujer. Viven en Kamloops, en la Columbia Británica. Nos mandan tantas cosas que no llegamos a usarlas. No estaría mal que emplearan el dinero en venir a vernos.

—Supongo que estarán muy ocupados —dijo Grant, con ecuanimidad.

—No lo estaban tanto para irse a Hawái el invierno pasado. Lo entendería si tuviésemos a alguien más en la familia que viviese cerca. Pero él es el único.

Una vez que estuvo listo el café, lo sirvió en dos jarras de cerámica marrón y verde que descolgó de las ramas amputadas de un tronco de árbol también de cerámica que había encima de la mesa.

—La gente se queda sola —dijo Grant. Creía haber vislumbrado una oportunidad—. Cuando no se les permite ver a una persona a la que quieren, se ponen tristes. Es el caso de Fiona. Mi mujer.

—Pensé que había dicho que iba a visitarla.

—Y así es. Pero no se trata de eso.

Entonces se lanzó de cabeza, decidido a formular la petición que había ido a hacer. ¿Consideraría ella la posibilidad de llevar a Aubrey a Lago del Prado tan solo una vez a la semana, de visita? Quedaba a unas pocas millas, seguro que no le costaría mucho. Y si prefería tomarse un descanso —a Grant no se le había ocurrido antes y se sintió consternado cuando se oyó proponerlo— él mismo llevaría a Aubrey; no le importaba. Sin duda sabría arreglárselas. Y ella podría aprovechar esas horas.

Mientras Grant hablaba, ella movía los labios cerrados y la lengua oculta como si tratara de identificar un sabor incierto. Fue a buscar leche para el café y un plato con galletas de jengibre.

—Son caseras —explicó. El tono era más desafiante que hospitalario. No añadió nada más hasta que se sentó, se echó leche en el café y lo removió.

Entonces dijo que no.

—No. No puedo. Y la razón es que no quiero trastornarlo.

—¿Lo trastornaría? —preguntó Grant con sinceridad.

—Sí, claro que sí. Claro. Eso no se hace. Traerlo a casa y llevarlo de nuevo allí. Traerlo a casa y llevarlo de nuevo. Eso lo confundiría.

—Pero ¿no entendería que se trata solo de una visita? ¿No se haría una idea de la intención?

—Él lo entiende todo perfectamente. —La mujer lo dijo como si Grant hubiera insultado a Aubrey—. Pero no deja de ser una interrupción. Y luego tengo que prepararlo y subirlo al coche, y es un hombre grande; moverlo no resulta tan fácil como usted cree. Tengo que maniobrar para meterlo en el coche y después cargar la silla, y tanto esfuerzo ¿para qué? Si tengo que tomarme todo ese trabajo prefiero llevarlo a un lugar más divertido.

—Pero ¿y si yo estuviera dispuesto a hacerlo? —preguntó Grant manteniendo el tono esperanzado y razonable—. En serio; usted no tendría que molestarlo.

—No podría —respondió ella, tajante—. Usted no lo conoce. No podría manejarlo. Aubrey no soportaría que usted lo ayudase. Y, a fin de cuentas, ¿qué sacaría de tanto ajetreo?

Grant no creyó oportuno mencionar a Fiona otra vez.

—Sería mucho más lógico llevarlo al centro comercial —prosiguió ella—. Para que viera niños y demás. Si es que no le duele pensar en esos dos nietos a los que no ve nunca. O, ahora que en el lago vuelve a haber botes, quizá se lo pasara bien mirándolos.

Se levantó a coger el tabaco y el encendedor del alféizar de la ventana que había sobre el fregadero.

—¿Fuma? —preguntó.

Él dijo que no, gracias, aunque no sabía si le estaba ofreciendo un cigarrillo.

—¿No ha fumado nunca? ¿O lo dejó?

—Lo dejé —respondió él.

—¿Hace mucho?

Él echó cuentas.

—Treinta años. No... Más.

Había decidido dejarlo más o menos al comienzo de la aventura con Jacqui. Pero no recordaba si primero lo dejó y pensó que lo esperaba una gran recompensa por haberlo conseguido, o si consideró que había llegado el momento de dejarlo ya que tenía una distracción tan poderosa.

—Yo he dejado de dejarlo —dijo ella, y encendió el cigarrillo—. Así de sencillo: tomé la decisión de dejar de dejarlo.

Tal vez esa fuera la causa de las arrugas. Alguien —una mujer— le había dicho que las fumadoras desarrollaban una fina red peculiar de arrugas faciales. Claro que las de ella podían deberse al sol o simplemente al tipo de piel: también tenía muchas en el cuello. Cuello arrugado, pechos grandes y erguidos. Esas contradicciones eran corrientes en las mujeres de su edad. Se mezclaban las virtudes y los defectos, la suerte o la fatalidad genética. Muy pocas conservaban la belleza intacta, aunque difuminada, como le había ocurrido a Fiona.

Y quizá en ese caso tampoco fuera cierto. Quizá tan solo se lo parecía porque la había conocido de joven. Quizá para tener esa impresión era preciso haber visto a una mujer en su juventud.

Así pues, cuando Aubrey miraba a su mujer, ¿veía a una estudiante altiva y descarada, con una inclinación intrigante en los ojos color huevo de petirrojo, frunciendo los labios carnosos en torno a un cigarrillo prohibido?

—O sea, ¿que su esposa está deprimida? —dijo la mujer de Aubrey—. ¿Cómo se

llama su esposa? Lo he olvidado.

—Fiona.

—Fiona. ¿Y usted? Creo que no me lo ha dicho.

—Grant —respondió Grant.

Inesperadamente ella alargó la mano por encima de la mesa.

—Hola, Grant. Yo soy Marian —dijo—. Bien, ahora que nos hemos presentado no tiene sentido que le oculte lo que pienso. No sé si él sigue tan empeñado en ver a su..., en ver a Fiona. No lo sé. A lo mejor fue un capricho pasajero. Pero no me apetece llevarlo allí por si acaso se trata de algo más. No puedo correr el riesgo. No quiero que se vuelva difícil de manejar. No quiero verlo irritado, peleón. Bastante trabajo me da ya estando como está. No tengo a nadie que me ayude. Estoy sola. Me ha tocado.

—¿Alguna vez ha pensado...? Ya sé que es muy duro para usted... —dijo Grant—.

¿Alguna vez ha pensado en dejarlo allí para siempre?

Había bajado la voz casi hasta el susurro, pero por lo visto ella no sintió la necesidad de bajar la suya.

—No —respondió—. Seguiré teniéndolo en casa.

—Vaya —dijo Grant—. Es una actitud muy bondadosa y noble.

Deseó que la palabra «noble» no hubiera sonado sarcástica. No había sido su intención.

—¿Usted cree? —dijo ella—. Yo no pienso precisamente en la nobleza.

—De todos modos, no es fácil.

—No. No lo es. Pero en mi situación no quedan muchas opciones. Si lo meto en la residencia, no podré pagarla a menos que venda la casa. Es lo único que tenemos. Yo no tengo más recursos. El año que viene me darán la pensión, cobraré la suya y la mía, pero ni siquiera así podría costear la residencia y conservar la casa. Y esta casa significa mucho para mí.

—Es muy bonita —dijo Grant.

—Está bien. He invertido mucho en ella. Para repararla, para mantenerla.

—Estoy seguro de que lo ha hecho. Y de que aún lo hace.

—No la quiero perder.

—No.

—No la voy a perder.

—La entiendo.

—La empresa nos dejó en la estacada —explicó ella—. Yo no conozco los pormenores, pero básicamente lo pusieron de patitas en la calle. Acabaron diciendo que les debía dinero y cuando intenté enterarme de qué había pasado me dijo que no era asunto mío. Me parece que hizo alguna estupidez de las grandes. Pero se supone que no debo hablar, así que me callo. Usted ha estado casado. Está casado. Ya sabe de qué va. Y justo cuando descubro el lío tenemos programado un viaje con unas personas y no hay más remedio que ir. Y en el viaje se pone enfermo, pilla ese virus del que nadie ha oído hablar, y entra en coma. Y así es como él solito logra librarse de todo el berenjenal.

—Mala suerte —dijo Grant.

—No digo que enfermara adrede. Ocurrió. Ya no se enfada conmigo ni yo me enfado con él. La vida es así.

—Muy cierto.

—A la vida nadie le gana.

Con un eficaz lengüetazo de gata se limpió las migas de galleta que tenía en el labio superior.

—Se diría que la filósofa soy yo, ¿verdad? Por ahí me han dicho que usted enseñaba en la universidad.

—Hace mucho tiempo.

—Yo no soy muy intelectual —dijo ella.

—Yo tampoco sé si lo soy.

—Pero sé cuándo estoy decidida. Y lo estoy. No voy a dejar la casa. Lo cual significa que él se quedará aquí, y que no me venga con que quiere irse a otro sitio. Probablemente fue un error llevarlo allí para que yo pudiera irme de viaje pero, como no iba a tener otra oportunidad, la aproveché. Pues bien, ahora sé cómo son las cosas. Agitó el paquete para sacar otro cigarrillo.

—Apuesto a que sé lo que piensa —añadió—. Piensa que soy una interesada.

—No la estoy juzgando. Es su vida.

—Vaya si lo es.

A Grant le pareció que debían concluir la conversación en un tono más neutro. De modo que le preguntó si su marido había trabajado en una ferretería durante el verano cuando era estudiante.

—No he oído nada de eso —respondió ella—. No me crie aquí.

De vuelta a casa se fijó en que la hondonada pantanosa, antes cubierta de nieve y de las ordenadas sombras de troncos de árboles, estaba ahora encendida de *fritillaria*. Las hojas frescas, de aspecto comestible, eran grandes como bandejas. Las flores se alzaban rectas como llamas de vela y eran tantas, y de un amarillo tan puro, que irradiaban luz desde la tierra en ese día nublado. Fiona le había dicho que además generaban calor. Hurgando en una de sus bolsas ocultas de información, había agregado que, supuestamente, al meter la mano entre los pétalos curvos se sentía el calor. Ella había hecho la prueba, pero no estaba segura de si lo había sentido o lo había imaginado. El calor atraía a los insectos.

«La naturaleza no pierde el tiempo en puros adornos».

Había fracasado con la mujer de Aubrey. Marian. Había previsto que podía ocurrir, pero no había previsto por qué. Había supuesto que solo tendría que enfrentarse con los comprensibles celos sexuales de una mujer; o con el resentimiento, el terco vestigio de los celos sexuales.

No había imaginado siquiera cómo vería ella las cosas. Y sin embargo, de forma un tanto deprimente, la conversación no le había resultado extraña. Le había recordado conversaciones sostenidas con personas de su familia. Sus tíos, sus parientes, seguramente hasta su madre, habían pensado como pensaba Marian. Creían que si alguien pensaba de otro modo era porque se engañaba; la educación o una vida regalada y protegida lo había vuelto fantasioso o estúpido. Había perdido el contacto con la realidad. La gente con estudios, los literatos, ciertos socialistas ricos como los parientes políticos de Grant, todos ellos habían perdido el contacto con la realidad. A causa de una buena suerte inmerecida o una imbecilidad innata. En el caso de Grant, sospechaba él, su familia debía de opinar que se debía a ambas cosas.

Sin duda así lo veía Marian. Un necio, con un montón de conocimientos aburridos y a salvo de la verdad de la vida gracias a un golpe de fortuna. Una persona que no debía preocuparse por conservar la casa y que podía dedicarse a sus complejos pensamientos. Libre para idear planes fantásticos y generosos que en su opinión harían felices a otros.

Menudo capullo, estaría pensando ahora ella.

Frente a personas así se sentía impotente, exasperado, casi afligido. ¿Por qué? ¿Porque no estaba seguro de que pudiera defenderse? ¿Porque temía que al cabo tuvieran razón? Fiona no habría albergado esas dudas. Nadie la había sometido, constreñido, cuando era joven. La educación que él había recibido la divertía; consideraba su dureza como algo pintoresco.

De todas formas, esas personas tenían sus argumentos. (Ahora se oía discutir con alguien. ¿Con Fiona?). Reducir el foco no carecía de ventajas. Probablemente Marian fuese buena en las crisis. Buena para sobrevivir, capaz de rapiñar comida y de quitarle los zapatos a un cadáver tirado en la calle.

Tratar de adivinar el pensamiento de Fiona siempre había sido frustrante. Era como seguir un espejismo. No... Como vivir en un espejismo. Acercarse a Marian presentaría problemas de otro orden. Sería como morder un lichi. La pulpa con su atractivo extrañamente artificial, su sabor y su perfume químicos, fina sobre la enorme semilla, el hueso.

Podría haberse casado con ella. Solo había que pensarlo. Podría haberse casado con una muchacha así. Si se hubiera quedado en su lugar. Ella debía de haber sido bastante apetitosa, con esos pechos exquisitos. Probablemente una coqueta. Esa manera melindrosa de mover el trasero en la silla de la cocina, la boca fruncida, un aire de amenaza un tanto forzado: eso era lo que quedaba de la vulgaridad más o menos inocente de una coqueta provinciana.

Al elegir a Aubrey habría albergado ciertas esperanzas. La buena planta del hombre, el empleo de vendedor, las expectativas de ascenso. Debía de haber pensado que le iría mejor de lo que le había ido. Y así solía ocurrirles a las personas prácticas. Pese a los cálculos, pese al instinto de supervivencia, en ocasiones no llegaban tan alto como habían esperado no sin razón. Sin duda era injusto.

Lo primero que vio en la cocina fue la luz parpadeante del contestador automático. Pensó lo mismo que siempre pensaba últimamente. Fiona.

Apretó el botón antes de quitarse el abrigo.

—Hola, Grant. Espero no haberme equivocado de número. Se me ha ocurrido algo. El sábado por la noche hay un baile para solteros en la Legión y, como estoy en la organización de la cena, puedo llevar a un invitado gratis. Así que he pensado que quizá te interesaría. Cuando tengas un momento llámame.

Una voz femenina dio un número local. Luego sonó un pitido y empezó a hablar otra vez la misma voz.

—Acabo de caer en que no he dicho quién era. Bueno, seguro que has reconocido la voz. Soy Marian. Todavía no me he acostumbrado a estos aparatos. Quería decirte que ya sé que no estás soltero y que yo no lo decía en ese sentido. Yo tampoco lo estoy, pero no tiene nada de malo salir de vez en cuando. Bien, pues ya que lo he dicho espero que te esté hablando a ti. La voz parecía la tuya. Si te interesa llámame y si no, no te preocupes. Solo he pensado que a lo mejor te apetecía salir. Soy Marian. Creo que ya lo he dicho. Ya está, pues. Adiós.

En el aparato, la voz sonaba distinta de la que había oído hacía un rato en su casa. Apenas distinta en el primer mensaje, más en el segundo. Se percibía un temblor de nerviosismo, una naturalidad forzada, prisa por terminar y renuencia a ceder.

Algo le había pasado. Pero ¿cuándo? Si había sido inmediato, se las había arreglado muy bien para disimularlo mientras estaban juntos. Más probable era que hubiese ocurrido poco a poco, después de marcharse él. No necesariamente como una atracción repentina. Solo la conciencia de que él era una posibilidad, un hombre disponible. Más o menos disponible. Una posibilidad que bien podía explorar.

Pero al dar el primer paso le habían entrado los nervios. Había corrido un riesgo. Era difícil saber de momento hasta qué punto se había expuesto. Por lo general, la vulnerabilidad de las mujeres crecía con el tiempo, a medida que avanzaban las cosas. Al principio solo podía decirse que, si entonces se atisbaba, después se haría mayor.

Lo satisfacía —¿por qué negarlo?— haber provocado eso. Haber despertado una especie de titileo, un reverbero, en la superficie de la personalidad de ella. Haber oído esa tenue súplica en las vocales largas, impacientes.

Sacó huevos y champiñones para hacerse una tortilla. Luego pensó que podía servirse también una copa.

Todo era posible. ¿Sería verdad? ¿Era todo posible? Por ejemplo, si él quisiera, ¿sería capaz de doblegarla, de persuadirla de que aceptase llevar de nuevo a Aubrey con Fiona? Y no de visita, sino durante lo que a Aubrey le quedara de vida. ¿Adónde podía

conducirlos ese temblor? ¿A un vuelco, al aniquilamiento del instinto de conservación de ella? ¿A la felicidad de Fiona?

Sería un reto. Un reto y una proeza encomiable. También un chiste que nunca podría revelar a nadie: que con su mala conducta estaría haciéndole un bien a Fiona.

Pero en realidad no podía ni pensarlo. Si lo pensaba, tendría que imaginar qué sería de Marian y de él una vez que hubieran dejado a Aubrey con Fiona. No daría resultado..., a menos que obtuviera más satisfacción de la que preveía al encontrar el hueso de un egoísmo inocente en la robusta pulpa de ella.

En esos asuntos nunca se sabía del todo cuál sería el resultado. Se podía intuir, pero era imposible estar seguro.

Ahora ella estaría sentada en casa, esperando a que la llamara. O seguramente no estaría sentada. Se habría puesto a hacer algo para distraerse. Parecía de esas mujeres que siempre están ocupadas. Desde luego la casa mostraba los beneficios de una atención incesante. Y estaba Aubrey: había que continuar cuidándolo como siempre. Le habría dado la cena temprano; seguro que seguía el horario de las comidas de Lago del Prado para acostarlo pronto y librarse lo antes posible de la tarea de atenderlo. (¿Qué haría con él la noche del baile? ¿Lo dejaría solo o llamaría a una enfermera? ¿Le diría a Aubrey adónde iba? ¿Le presentaría a su acompañante? ¿Pagaría el acompañante a la enfermera?).

Debía de haberle dado la cena mientras él compraba los champiñones y volvía a casa. Ahora lo estaría preparando para meterlo en la cama. Pero en ningún momento dejaría de pensar en el teléfono, en el silencio del teléfono. Tal vez hubiera calculado cuánto tardaría Grant en regresar a casa. La dirección del listín le habría permitido hacerse una idea de dónde vivía. Habría calculado la distancia y añadido el tiempo de una posible compra para la cena (figurándose que un hombre solo debía de comprar cada día). Luego un rato más hasta que él oyera los mensajes del contestador. Y, como el silencio se alargaba, ya estaría pensando en otras posibilidades. Algún recado que él debía hacer antes de volver a casa. O tal vez una comida fuera, una cita, de modo que no llegaría a la hora de la cena.

Se quedaría levantada hasta tarde, limpiando los armarios de la cocina, viendo la televisión, debatiendo consigo misma si aún había una posibilidad.

Qué engreído. Por encima de todo era una mujer sensata. Se iría a la cama a la hora de siempre pensando que a fin de cuentas él no tenía aspecto de ser un gran bailarín. Demasiado estirado, demasiada pinta de profesor universitario.

Grant permaneció junto al teléfono, hojeando revistas, pero cuando volvió a sonar no lo cogió.

—Grant. Soy Marian. Estaba en el sótano metiendo la ropa en la secadora y he oído el teléfono, y cuando he subido ya habían colgado. Entonces he pensado que debía decirte que estoy aquí. Si eras tú y si estás en casa. Porque, como evidentemente no tengo contestador, no podías dejar un mensaje. Bien, solo quería eso. Que lo supieras. Adiós.

Eran las diez y veinticinco.

«Adiós».

Le diría que acababa de llegar. No tenía sentido dejar que se lo imaginara allí sentado, sopesando los pros y los contras.

Colgaduras. Esa era la palabra que habría usado ella para las cortinas azules: colgaduras. ¿Y por qué no? Recordó las galletas de jengibre, tan perfectamente redondas que había que aclarar que eran caseras, las jarras de café en el árbol de cerámica. Una alfombrilla de plástico —estaba seguro— para proteger la moqueta del vestíbulo. Un esmero reluciente y un sentido práctico que la madre de él no había alcanzado nunca pero habría admirado... ¿Por eso sentía él ese súbito afecto extraño e incierto? ¿O porque había bebido dos copas más?

Muy probablemente el bronceado color avellana de la cara y el cuello —ahora se inclinaba a creer que era bronceado— continuaría en el canalillo del busto, que debía de ser profundo, arrugado como papel crepé, oloroso y cálido. En eso podía pensar mientras marcaba el número que había apuntado. En eso y en la sensualidad práctica de su lengua de gata. En sus ojos de gema.

Fiona estaba en su habitación pero no en la cama. Se había sentado junto a la ventana abierta con un vestido apropiado a la estación pero extrañamente corto y chillón. Por la ventana entraban vaharadas tibias e impetuosas de lilas en flor y de abono de primavera extendido sobre los campos.

Tenía un libro abierto en el regazo.

—Mira qué libro más bonito he encontrado —dijo—. Es sobre Islandia. Quién diría que la gente se deja libros tan valiosos en las habitaciones. No todos los que se alojan aquí son honrados. Y me parece que mezclan la ropa. Yo nunca me visto de amarillo.

—Fiona... —dijo él.

—Has estado fuera mucho tiempo. ¿Has pagado la cuenta? ¿Nos marchamos ya?

—Fiona, te he traído una sorpresa. ¿Te acuerdas de Aubrey?

Ella lo miró fijamente un momento, como si ráfagas de viento le azotasen el rostro. El rostro y la cabeza, hasta desgarrarlo todo.

—Se me olvidan los nombres —admitió con aspereza.

Luego esa expresión se desvaneció al recuperar Fiona, con un esfuerzo, cierta gracia humorística. Dejó el libro con mucho cuidado, se puso de pie y alzó los brazos para estrechar a Grant. Su piel o su aliento despedían un tenue olor nuevo, un olor, le pareció a él, de tallos de flores cortadas que han estado demasiado tiempo en agua.

—Qué alegría verte —exclamó ella, y le tiró del lóbulo de las orejas—. Podrías haberte marchado. Haberte marchado sin el menor reparo en abandonarme. Abandonarme. Abandonada.

Él mantuvo la cara apretada contra el pelo blanco de Fiona, el cuero cabelludo rosa, la dulce curva del cráneo. Ni en sueños, dijo.

Escapada

Carla oyó el coche antes de que coronara la ligera pendiente que en estos alrededores llaman colina. Es ella, pensó. La señora Jamieson —Sylvia— volvía de sus vacaciones en Grecia. Desde la puerta del establo —pero lo suficientemente oculta para no ser vista de inmediato— contemplaba el camino que debía recorrer la señora Jamieson. Su casa estaba media milla más allá de la de Carla y Clark.

Si hubiera sido alguien dispuesto a girar para llegar a su puerta ya tendría que haber reducido la velocidad. Aun así Carla tenía la esperanza de que no fuera ella.

Lo era. La señora Jamieson volvió la cabeza por un instante —tenía que concentrarse en conducir el coche a través de los surcos y los charcos dejados por la lluvia en la grava—, pero no levantó la mano del volante para saludar, no había distinguido a Carla. Carla vio de refilón el brazo bronceado desnudo hasta el hombro, el pelo de un color algo desteñido —ahora más blanco que rubio plateado—, la expresión decidida, impaciente y divertida ante su misma impaciencia; precisamente como era de esperar en la señora Jamieson al sortear semejante camino. Cuando volvió la cabeza hubo algo parecido a un rutilante foganazo —inquisidor, esperanzado— que hizo retroceder a Carla.

Así fue.

Tal vez Clark no se hubiera enterado aún. Si estaba sentado ante el ordenador, daría la espalda a la ventana y al camino.

Pero la señora Jamieson quizá tenía que hacer otro viaje. Al volver a casa desde el aeropuerto podría no haberse detenido para comprar víveres..., quizá lo haría cuando, una vez en casa, comprobara qué necesitaba. Entonces Clark podría verla. Y, cuando oscureciera, las luces de la casa la delatarían. Pero estaban en julio y no oscurecía hasta tarde. Podría ser que ella estuviera tan cansada que no se molestara en encender las luces y se fuera a la cama temprano.

Lo que sí podría hacer es telefonar. En cualquier momento.

Era un verano de lluvia y más lluvia. La lluvia era lo primero que se oía por la mañana, cuando caía con fuerza sobre el techo de la caravana. En los senderos el barro era profundo, la hierba alta estaba empapada, las hojas soltaban chorros de agua al azar, incluso en los ratos en que no había aguacero y el cielo parecía clarear. Carla llevaba un viejo sombrero de fieltro australiano y ala ancha cada vez que salía y se metía la larga y gruesa trenza dentro de la camisa.

No se presentaba nadie para hacer senderismo aunque Clark y Carla habían puesto carteles en todos los campamentos, en los cafés, en la pizarra de la oficina de turismo y en todos los sitios de los alrededores que se les ocurrió. Solo unos pocos alumnos iban a tomar lecciones de equitación y eran los de siempre. No los grupos escolares de vacaciones ni los autobuses llenos de los campamentos, que les había permitido mantenerse el verano anterior. Y hasta los alumnos de siempre, con quienes contaban, aprovechaban para hacer viajes de vacaciones o, sencillamente, cancelaban las clases porque el tiempo los desanimaba. Si llegaban demasiado tarde, Clark les cobraba lo mismo. Un par de ellos se quejaron y dejaron de ir.

Todavía les proporcionaban alguna entrada los tres caballos que tenían a pupilaje. Esos tres, más los cuatro de su propiedad, estaban a esas horas en el campo, husmeando la hierba bajo los árboles. Parecía no importarles advertir que por el momento la lluvia había amainado como solía hacer a ratos por la tarde. Justo lo preciso para levantar el ánimo: las nubes se volvían blancas, eran menos espesas y dejaban pasar un resplandor difuso, que nunca llegaba a ser verdadera luz del sol y que, en general, desaparecía antes de la cena.

Carla había terminado de limpiar el establo. Le había costado su tiempo; le gustaba la rutina de los quehaceres domésticos, el espacio alto hasta el techo del establo, los olores. Fue a la pista de equitación para ver hasta qué punto estaba seco el suelo, en

caso de que apareciera el alumno de las cinco.

Los constantes chubascos no habían sido particularmente fuertes en su mayoría ni los acompañó el viento, pero la última semana llegó una repentina perturbación; una ráfaga atravesó las copas de los árboles y cayó un chaparrón casi horizontal, eneguedor. Al cabo de un cuarto de hora pasó la tormenta, pero quedaron ramas cruzadas en el camino, cayeron cables y se desprendió un gran pedazo de plástico del cobertizo. En el extremo del picadero se formó un charco como un lago y Clark tuvo que trabajar hasta después del anochecer para cavar un canal que permitiera drenar el agua.

El cobertizo todavía no estaba reparado. Clark levantó una cerca de alambre para evitar que los caballos se metieran en el barro y Carla señaló una pista más corta.

En ese momento, Clark navegaba por internet en busca de algún sitio donde comprar algo que sirviera para reparar el tejado. Cualquier almacén con ofertas a precios que estuvieran a su alcance o alguien que quisiera deshacerse de material de segunda mano. No iría a Hy and Robert Buckley's Building Supply del pueblo, que él llamaba Highway Robbers Buggery Supply, porque les debía mucho dinero y había tenido broncas con ellos.

Clark no solo tenía broncas con personas a quienes debiera dinero. Su simpatía, al principio conquistadora, podía avinagrarse súbitamente. Había sitios donde no entraba, adonde siempre mandaba a Carla por culpa de alguna gresca. El *drugstore* era uno de esos sitios. Una mujer mayor pasó delante de él, es decir, se había olvidado de algo, volvió y se le adelantó en vez de volver a ponerse en la cola. Él protestó y la cajera le dijo: «Tiene enfisema». Clark contestó: «¿Ah, sí? Pues yo tengo almorranas». Llamaron al administrador, dijo que era una grosería gratuita. La cafetería de la carretera era otro de esos lugares. Un día no le hicieron el anunciado descuento por el desayuno porque eran más de las once de la mañana. Clark discutió, luego dejó caer la taza de café al suelo y por poco no le dio —eso decían— a un niño que estaba en su cochecito. Clark sostuvo que el niño estaba a media milla y que había tirado la taza porque no le habían hecho el descuento anunciado. Le dijeron que no lo había pedido. Contestó que no era cuestión de que él lo pidiera o no.

—Has perdido los estribos —dijo Carla.

—Es cosa de hombres.

Ella no le recordó su riña con Joy Tucker. Joy Tucker era la bibliotecaria del pueblo a quien le cuidaban el caballo, una yegua zaína joven y de mucho genio llamada Lizzie. Cuando Joy Tucker estaba de broma la llamaba Lizzie Borden. El día anterior había llegado en su coche de un humor de perros, se había quejado de que todavía no estuviera arreglado el tejado del cobertizo y de que Lizzie tuviera un aspecto lamentable, como si hubiera cogido un resfriado.

La verdad es que a Lizzie no le pasaba nada. Clark intentó —a su manera— mostrarse complaciente. Pero entonces fue Joy Tucker quien perdió los estribos y dijo que aquel sitio era un basural, que Lizzie merecía algo mejor. Clark contestó: «¡Haga lo que le dé la gana!». Joy no se había llevado a Lizzie —al menos de momento— como Carla tenía. Pero Clark, que había convertido a la pequeña yegua en su mascota, se negó a tener nada que ver con ella. En consecuencia Lizzie se sintió herida en sus sentimientos; se encabritaba durante los ejercicios y armaba un escándalo cuando había que examinarle los cascos como hacían todos los días para evitar que se le formaran hongos. Carla tenía que estar atenta a los mordiscos.

Pero lo que más preocupaba a Carla era la ausencia de Flora, la cabra blanca que hacía compañía a los caballos en el establo y en el campo. Hacía dos días que no había señales de ella. Carla temía que la hubieran atacado los perros salvajes, los coyotes o tal vez algún oso.

Había soñado con Flora esa noche y la noche anterior. En el primer sueño Flora

llegaba directamente a la cama con una manzana roja en los labios, pero en el de la última noche huía al ver que Carla se acercaba a ella. Parecía tener una pata lisiada y, sin embargo, huía a todo correr. Conducía a Carla hasta una barricada protegida por alambre de espino, como la de un campo de batalla, y luego se deslizaba como una anguila blanca a través de él —con pierna lisiada y todo— y desaparecía.

Los caballos vieron a Carla cruzar hasta el picadero y se dirigieron a la cerca —estaban empapados a pesar de las mantas neozelandesas— para llamar su atención cuando volviera. Les habló en voz baja, les pidió perdón por ir con las manos vacías. Les acarició el cuello, les restregó la nariz y les preguntó si sabían algo de Flora.

Grace y Juniper bufaron y la restregaron con el hocico, como si reconocieran el nombre de Flora y compartieran su preocupación, pero Lizzie se metió entre ellos, apartó la cabeza de Grace de la mano acariciadora de Carla y, por si acaso, le dio un mordisco en la mano. Carla estuvo regañándola un buen rato.

Hasta hacía tres años, Carla no se había fijado nunca en ninguna casa rodante. Tampoco las llamaba así. Como a sus padres, «casa rodante» le habría parecido un término rebuscado. Algunas personas vivían en caravanas. Eso era todo. Una caravana no se diferenciaba de otra. Cuando Carla se instaló en una de ellas, cuando eligió esa vida con Clark, empezó a ver las cosas de otra manera. Comenzó a decir «casa rodante» y prestó atención a cómo las arreglaban. En las cortinas que tenían colgadas, en cómo habían pintado las molduras, en las antojadizas balconadas, patios o habitaciones extras añadidas. Estaba impaciente por hacer esa clase de mejoras en la suya.

Durante un tiempo Clark le siguió la corriente. Hizo escalones nuevos, dedicó mucho tiempo a buscar antiguas barandas de hierro forjado. No se quejó en absoluto del dinero gastado en pintura para la cocina y el baño ni en tela para las cortinas. Carla pintaba a toda prisa; entonces no sabía que era necesario quitar los goznes de las puertas de la alacena. Ni que fuera necesario revestir las cortinas, que ya se habían desteñido.

Pero Clark sí se mostró reacio a quitar la alfombra —la misma en todos los ambientes—, que Carla daba por sentado que reemplazarían. Era de cuadraditos marrones con figuras y garabatos color habano sobre marrón rojizo. Durante mucho tiempo creyó que eran las mismas figuras y garabatos dispuestos de igual manera en cada cuadrado. Cuando tuvo más tiempo, muchísimo más tiempo para examinarlos, descubrió que eran cuatro dibujos unidos para formar grandes cuadrados idénticos. A veces distinguía con facilidad el diseño y otras tenía que esforzarse para verlo.

Estudiaba la alfombra cuando llovía, el humor de Clark pesaba en todo el espacio interior y él no quería prestar atención más que a la pantalla del ordenador. En esos casos lo mejor era inventar o recordar alguna tarea que hubiera que hacer en el establo. Los caballos no la miraban cuando no estaba contenta, pero Flora —a la que nunca ataban— se le acercaba, se restregaba contra ella y levantaba la vista con expresión no del todo comprensiva en sus relucientes ojos amarillo verdoso. Parecía más bien un gesto de burlona complicidad.

Flora era una cabrita a medio criar cuando Clark se la llevó de la granja a la que había ido para regatear el precio de una montura. Los dueños de la granja querían dejar la vida de campo o, por lo menos, la cría de animales. Habían vendido los caballos, pero no conseguían deshacerse de las cabras. Clark había oído decir que una cabra daba sensación de bienestar y comodidad a un establo y quería comprobarlo. Los granjeros hablaban de que un día la cabra se quedaría preñada, pero ella nunca dio muestras de estar en celo.

Al principio solo era la mascota de Clark. Lo seguía a todas partes, brincaba para llamar su atención. Era rápida, garbosa y provocativa como un gatito. Su semejanza con una cándida chiquilla enamorada les hacía reír a los dos. Cuando creció pareció

apegarse más a Carla y, con ese apego, se volvió de repente más lista, menos veleidosa; en cambio, parecía capaz de tener una suerte de humor contenido y solapado. La conducta de Carla con los caballos era tierna, rigurosa y más bien maternal, pero su camaradería con Flora era muy distinta. Flora no le permitía en absoluto tratarla con superioridad.

—¿No hay señales de Flora todavía? —preguntó mientras se quitaba las botas que usaba en el establo.

Clark había puesto un aviso de «cabra extraviada» en la web.

—Hasta ahora no —contestó con voz preocupada pero no malhumorada.

Sugirió, y no por primera vez, que Flora podría haberse largado en busca de un macho cabrío.

De la señora Jamieson ni una palabra. Carla puso el hervidor en el fuego. Clark murmuraba para sus adentros, como solía hacer cuando estaba delante del ordenador.

A veces se contestaba a sí mismo. «Mierda», decía ante cualquier reto. O se reía. Pero cuando después ella le preguntaba de qué, no recordaba dónde estaba la gracia.

—¿Quieres té? —le gritó Carla.

Para su sorpresa, él se levantó y fue a la cocina.

—Así es —dijo Clark—. Así es, Carla.

—¿Cómo?

—Pues que ha llamado por teléfono.

—¿Quién?

—Su Majestad. La reina Sylvia. Acaba de volver.

—No he oído el coche.

—No te he preguntado si lo has oído.

—Bueno, ¿y para qué ha llamado?

—Quiere que vayas y la ayudes a poner la casa en orden. Eso ha dicho. Mañana.

—¿Y qué le has dicho?

—Le he dicho que seguro que irías. Pero más vale que la llames y se lo confirmes.

—No veo por qué tengo que hacerlo si ya se lo has dicho tú —dijo Carla, y echó el té en las tazas—. Le limpié la casa antes de que se marchara. No creo que haya nada que hacer por ahora.

—A lo mejor han entrado negros mientras ella estaba fuera y lo han desordenado todo. Nunca se sabe.

—No tengo por qué llamarla ahora mismo, en este momento —dijo Carla—. Quiero tomar el té y darme una ducha.

—Cuanto antes mejor.

Carla se llevó el té al baño y desde allí gritó:

—Tenemos que ir a la lavandería. Las toallas huelen a humedad hasta cuando están secas.

—No cambies de tema, Carla.

Incluso después de haberse metido ella bajo la ducha Clark le gritó desde el otro lado de la puerta:

—No te voy a dejar escurrir el bulto, Carla.

Carla creía que todavía estaría en la puerta cuando salieron, pero había vuelto al ordenador. Se vistió como para ir al pueblo; confiaba en que si salían, iban a la lavandería y tomaban un capuchino en el café, podrían hablar de otra manera y sería posible llegar a un acuerdo. Entró en el salón a paso ligero y lo rodeó desde atrás con los brazos. Apenas lo hizo la envolvió una oleada de desconsuelo —el calor de la ducha había dado rienda suelta a las lágrimas—, se inclinó sobre él desmoronada y llorosa.

Clark apartó las manos del teclado, pero no se movió.

—No te enfurezcas conmigo —suplicó Carla.

—No me enfurezco. No soporto que te pongas así, eso es todo.

—Me pongo así porque te enfureces.

—No me digas que me enfurezco. Me estás asfixiando. Empieza a hacer la cena.

Es lo que hizo. Era evidente que el alumno de las cinco no iba a ir. Sacó patatas y empezó a pelarlas, pero no podía contener las lágrimas ni ver lo que hacía. Se secó la cara con papel de cocina, cortó otro pedazo para llevárselo y salió bajo la lluvia. No fue al establo porque sin Flora le resultaba demasiado deprimente. Caminó por el sendero de vuelta a los bosques. Los caballos estaban en el otro campo. Se acercaron a la valla para mirarla. Todos excepto Lizzie, que brincó y resolló un poco, tuvieron la sensatez de comprender que tenía la atención puesta en otra cosa.

Todo empezó cuando leyeron el obituario, la esquila del señor Jamieson. Estaba en el periódico de la ciudad y su cara apareció en las noticias de la tarde. Hasta el año anterior no habían conocido a los Jamieson más que como vecinos encerrados en sí mismos. Ella enseñaba botánica en una facultad a cuarenta millas de distancia, de modo que pasaba mucho tiempo en la carretera. Él era poeta.

Es lo único que todo el mundo sabía. Pero él parecía estar ocupado en otras cosas. Para ser poeta y un hombre mayor —tal vez tuviera veinte años más que la señora Jamieson— era recio y activo. Mejoró el sistema de desagüe de su casa, limpió la alcantarilla y la recubrió con piedras. Cavó, plantó y cercó un huerto; abrió sendas entre los bosques; se ocupaba de las reparaciones de la casa.

La casa en sí era un desatino triangular de aspecto extraño, construido hacía años por él y algunos amigos suyos sobre los cimientos de una antigua granja derruida. Se decía que eran *hippies*, aunque el señor Jamieson era quizá demasiado viejo para serlo, incluso antes de que apareciera la señora Jamieson. Corría el rumor de que cultivaban marihuana en los bosques, la vendían y guardaban el dinero en frascos de cristal sellados, que enterraban en la finca. Clark oyó contar la historia a personas que conocía en el pueblo. Decía que eran gilipolleces.

«Alguien habría entrado y cavado. Alguien habría encontrado la manera de hacerle decir dónde estaban».

Hasta que leyeron la nota necrológica, Carla y Clark no se enteraron de que él había ganado un premio importante cinco años antes de morir. Un premio como poeta. Nadie había hablado nunca de eso. Por lo visto a la gente le parecía creíble lo del dinero procedente de la droga enterrado en frascos de cristal, pero no que hubiera ganado dinero escribiendo poesía.

—Podíamos haberle obligado a que nos pagara —dijo Clark poco después.

Carla supo en el acto de qué hablaba, pero lo tomó a broma.

—Ya es demasiado tarde —contestó—. Nadie puede pagar después de muerto.

—Él no puede. Ella sí podría.

—Se ha marchado a Grecia.

—No se va a quedar en Grecia.

—Dijo que no lo sabía —afirmó Carla con más serenidad.

—No he dicho que lo hiciera.

—Ella no tiene la menor idea del asunto.

—Eso podríamos aclararlo.

—No, no —dijo Carla.

Clark continuó como si Carla no hubiera dicho nada.

—Podríamos decir que vamos a presentar una querrela. La gente saca dinero de eso a menudo.

—¿Cómo la harás? No puedes querrellarte con una persona muerta.

—Podríamos amenazar con acudir a los periódicos. Un poeta de primera. Los periódicos se lo tragarían. Lo único que tenemos que hacer es amenazarla y cederá.

—Deliras —dijo Carla—. Estás bromeando.

—No —replicó Clark—. Desde luego que no.

Carla declaró que no quería hablar más del asunto y él cedió.

Pero al día siguiente volvieron a hablar del asunto, y al siguiente y al otro y al otro. Clark tenía a veces ideas como esa, imposibles de poner en práctica, hasta podrían ser ilícitas. Hablaba de ellas con creciente entusiasmo y luego —Carla no sabía bien por qué— las dejaba de lado. Si la lluvia hubiera cesado, si la temporada se hubiese convertido en un verano normal, tal vez él habría dejado que la idea siguiera el camino de las otras. Pero no fue así y durante el último mes había insistido en el plan, como si fuera perfectamente factible y serio. La cuestión era cuánto dinero pedir. Si era demasiado poco, la mujer no los tomaría en serio, podría pensar que se estaban tirando un farol. Si era mucho, podría soliviantarse y ponerse terca.

Carla dejó de decir que era una broma. Pero sí insistió en que no funcionaría. Además la gente esperaba que los poetas fueran así. De manera que no merecía la pena gastar dinero para ocultarlo.

Clark sostenía que la cosa funcionaría si se hacía bien. Carla debía derrumbarse y contar a la señora Jamieson toda la historia. Entonces entraría Clark como si el asunto fuera una sorpresa para él, algo que acabara de descubrir. Se saldría de sus casillas, hablaría de contárselo a todo el mundo. Dejaría que fuera la señora Jamieson la primera que hablara de dinero.

—A ti te ofendían. Te importunaban y te humillaban. Y a mí me ofendían y me humillaban porque eres mi mujer. Es una cuestión de honor.

Clark le hablaba así una y otra vez. Ella trataba de desviar la conversación, pero él insistía.

—Prometido —dijo él—. Prometido.

Y todo era debido a lo que ella le había contado, cosas de las que ahora no podía retractarse ni negar.

«A veces se interesa por mí».

«¿El vejestorio?».

«Cuando ella no está a veces me pide que entre en su cuarto».

«Sí».

«Cuando ella sale de compras y la enfermera tampoco está».

Una brillante idea suya que en el acto complace a Clark.

«¿Y tú qué haces? ¿Entras?».

Ella simula sentirse cohibida.

«A veces».

«Te llama a su habitación. ¿Y...? ¿Carla, y...?».

«Entro para ver qué quiere».

«Bueno, ¿y qué quiere?».

Todo preguntado y contestado entre susurros aunque no haya nadie que pueda oírlo, aunque estén en el País de Nunca Jamás. Una anécdota de alcoba en la que los detalles son importantes y hay que precisarlos cada vez, siempre con convincente renuencia, timidez, risas sofocadas, lascivia. Y no era solo él quien se sentía impaciente y complacido. También ella. Ansiosa por gustarle y excitarlo, por excitarse. Satisfechos cada vez que funcionaba.

Y en una parte de su mente era verdad; veía al viejo cachondo, el bulto que formaba en la sábana, desde luego postrado, casi sin poder hablar, pero muy competente en el lenguaje por señas, indicando su deseo, intentando empujarla suavemente, toquetearla con su complicidad, predisponerla a participar en sus ardidés e intimidaciones. (El necesario rechazo de Carla era quizá una cosa extraña, un tanto decepcionante para Clark).

De vez en cuando surgía una imagen que ella debía destruir si no quería estropearlo todo. Pensaba en el verdadero cuerpo inerte entre las sábanas, drogado y

encogiéndose a ojos vista en su cama de hospital alquilada, apenas atisbado unas cuantas veces cuando la señora Jamieson o la enfermera de turno se olvidaban de cerrar la puerta. La verdad es que nunca había llegado a estar más cerca de él.

De hecho, temía ir a casa de los Jamieson, pero necesitaba el dinero y le daba lástima la señora Jamieson, que parecía tan encantada y desconcertada como si anduviera en sueños. Una o dos veces, Carla había estallado y hecho algo verdaderamente tonto, solo para distender el ambiente. La clase de cosas que hacía cuando los torpes y aterrorizados jinetes que montaban por primera vez a caballo se sentían humillados. También solía hacerlo cuando Clark se obcecaba en sus momentos de mal humor. Con él ya no le servía de nada. Pero decididamente el cuento del señor Jamieson había funcionado.

No había manera de evitar los charcos del sendero, la hierba alta mojada a lo largo del camino ni las zanahorias silvestres que acababan de florecer. Pero el aire era bastante templado para no enfriarse. Tenía la ropa empapada como si su mismo sudor o las lágrimas que le corrían por la cara la hubieran calado igual que la llovizna. El llanto se había extinguido a tiempo. No tenía con qué sonarse la nariz —el pañuelo de papel chorreaba—, pero se inclinó y se sonó con fuerza sobre un charco.

Levantó la cabeza y lanzó el largo silbido vibrante con el que Clark y ella llamaban a Flora. Esperó un par de minutos y llamó a Flora por su nombre. Una vez y otra, silbido y nombre, silbido y nombre.

Flora no contestó.

Sin embargo, casi era un alivio sentir el sencillo dolor de haber perdido a Flora, de haber perdido a Flora quizá para siempre, comparado con el lío en que se había metido con el señor Jamieson y el suplicio de sus altibajos con Clark. Por lo menos la desaparición de Flora no tenía que ver en absoluto con lo que ella —Carla— pudiera haber hecho mal.

Sylvia no tenía nada que hacer en la casa más que abrir las ventanas. Y pensar —con una ansiedad que la consternaba aunque no la sorprendía demasiado— cuánto tardaría en ver a Carla.

Toda la parafernalia de la enfermedad había desaparecido. El cuarto que fuera el dormitorio de Sylvia y su marido —luego convertido en cámara mortuoria— estaba limpio, ordenado para que pareciera que allí no había pasado nunca nada. Carla la ayudó en esa faena durante los pocos días frenéticos transcurridos entre la cremación del marido y la partida de Sylvia rumbo a Grecia. Apilaron las prendas de ropa que Leon había usado y algunas que no se había puesto nunca —incluso regalos de sus hermanas que jamás salieron de los paquetes— en el asiento trasero del coche y las llevaron a la tienda de segunda mano. Sus medicamentos, sus enseres de afeitarse, las latas sin abrir de tónicos que lo sostuvieron tanto tiempo como fue posible, los paquetes de galletas de sésamo que en otros tiempos comía a docenas, los frascos de plástico llenos de una loción que le aliviaba el dolor de espalda, las pieles de cordero donde yacía..., todo eso fue a parar a bolsas de plástico que arrastraron fuera para que se lo llevara el camión de la basura, sin que Carla cuestionara nada. Nunca dijo: «A lo mejor alguien podría usar eso», ni indicó que hubiera cartones enteros de latas sin abrir. Cuando Sylvia dijo: «Ojalá no hubiera llevado la ropa al pueblo. Ojalá lo hubiera quemado todo en el incinerador», Carla no se mostró sorprendida.

Limpiaron el horno, restregaron las alacenas, enjuagaron paredes y ventanas. Un día Sylvia se sentó en el salón para repasar las cartas de pésame que había recibido. (No había papeles acumulados ni libretas que fuera necesario revisar, como sería de esperar tratándose de un escritor. No había trabajos sin terminar ni borradores garabateados. Meses antes él le había dicho que lo había tirado todo. «Sin contemplaciones»).

La pared inclinada de la fachada sur de la casa tenía grandes ventanales. Sylvia

levantó los ojos, sorprendida por la acuosa luz del sol que había salido, o por la sombra de Carla, con las piernas desnudas, los brazos desnudos en lo alto de la escalera, la cara resuelta coronada con un rizo de pelo color diente de león, demasiado corto para una trenza. Rociaba y restregaba vigorosamente el cristal. Cuando vio que Sylvia la miraba se detuvo, extendió los brazos como si estuviera tendida allí y puso cara de gárgola tontorrón. Las dos se echaron a reír. Sylvia sintió que esa risa la recorría de pies a cabeza como una corriente juguetona. Volvió a sus cartas y Carla reanudó la limpieza. Decidió que todas aquellas palabras amables —sinceras o de cumplido, elogiosas o compungidas— podían seguir el camino de las pieles de cordero y las galletas.

Cuando oyó que Carla apartaba la escalera y se quitaba las botas en la terraza se sintió de pronto cohibida. Se quedó donde estaba con la cabeza inclinada mientras Carla entraba en la habitación camino de la cocina, para meter el cubo y los trapos bajo el fregadero. Carla apenas hizo un alto, era rápida como los pájaros, pero de refilón dejó caer un beso en la cabeza inclinada de Sylvia. Luego siguió su camino silbando algo casi inaudible.

Desde entonces Sylvia no se quitaba el beso de la mente. No tenía ningún significado particular. Era una manera de decir «Ánimo» o «Casi he acabado». Significaba que eran buenas amigas, que habían hecho juntas muchas tareas dolorosas. O quizá solo que había salido el sol. Que Carla pensaba volver a su casa y ocuparse de los caballos. Sin embargo, Sylvia lo consideró una flor halagüeña, cuyos pétalos se le desparramaban por dentro con tumultuosa calidez, como un sofoco menopáusico.

Con frecuencia entre sus alumnas de alguna de las clases de botánica había alguna especial, cuya inteligencia, dedicación y torpe egotismo —hasta cierta genuina pasión por el mundo de la naturaleza— le recordaba su juventud. Esas chicas merodeaban a su alrededor, la idolatraban, esperaban alguna suerte de intimidad que, en la mayoría de los casos, ni siquiera imaginaban. Y no tardaban en crisparle los nervios.

Carla no se parecía en nada a ellas. Si se parecía a alguien que Sylvia hubiera conocido, sería a algunas chicas del instituto: las que eran brillantes, pero no demasiado; buenas atletas, pero no exageradamente competitivas; vitales, pero no bravuconas. Alegres por naturaleza.

—Estuve con mis dos viejas amigas en ese pueblecito, ese pueblecito minúsculo. Esa clase de lugares donde muy de tarde en tarde se detiene algún autobús de turistas, un pueblo perdido. Los turistas bajaban, echaban un vistazo y se quedaban desconcertados porque no estaban en ninguna parte. No había nada que comprar.

Sylvia hablaba de Grecia. Carla estaba a pocos palmos de ella. Fascinada, la muchacha de miembros largos estaba al fin sentada allí, incómoda, en la habitación llena de recuerdos. Apenas sonreía, asentía con gesto tardo.

—Al principio —dijo Sylvia— yo también estaba desconcertada. Hacía muchísimo calor. Pero lo que se dice de la luz es verdad. Es maravillosa. Y entonces descubrí qué se podía hacer allí. Y solo eran unas pocas cosas sencillas que, sin embargo, podían llenar el día. Caminas media milla por la carretera en una dirección para comprar aceite y media milla en dirección contraria para comprar pan o vino, y ya ha pasado la mañana; comes algo bajo los árboles y después de comer el calor es demasiado intenso para hacer nada salvo cerrar las persianas, echarte en la cama y, tal vez, leer. Al principio lees. Luego resulta que ni siquiera eso. ¿Por qué leer? Más tarde notas que las sombras se han alargado, te levantas y vas a nadar. ¡Ay! —Se interrumpió a sí misma—. Se me olvidaba...

Pegó un salto y fue a buscar el regalo que había comprado. No lo había olvidado en absoluto. No quiso dárselo a Carla apenas llegó, quería entregárselo con más naturalidad y, mientras hablaba, pensaba en el momento en que mencionaría el mar, que fue a nadar. Para luego decir lo que dijo:

—Al hablar de nadar me he acordado de esto porque es una pequeña réplica, ¿sabes?, es la pequeña réplica de un caballo hallado bajo el mar. Labrada en bronce. La sacaron al cabo de tantísimo tiempo. Se supone que es del siglo dos antes de Cristo.

Cuando Carla había entrado y echó una mirada para ver qué trabajo le esperaba, Sylvia le dijo: «No, espera, siéntate un minuto, no he tenido con quién hablar desde que he vuelto. Por favor». Carla se había sentado al borde de la silla con las piernas separadas y las manos entre las rodillas, parecía desolada. Como si buscara la manera de mostrarse distante pero educada, había preguntado: «¿Cómo lo ha pasado en Grecia?».

Ahora estaba de pie con el papel sedoso arrugado que envolvía el caballo y no había quitado del todo.

—Se dice que representa un caballo de carreras —comentó Sylvia—. Hace el esfuerzo final, el último sprint para ganar la carrera. El jinete, como ves, espolea al caballo para llevarlo al límite de sus fuerzas.

No lo contó que el muchacho le recordó a Carla aunque no sabía por qué. No tendría más de once o doce años. Es posible que el brazo que debía de sostener las riendas, las arrugas de su frente infantil o la concentración y el tremendo esfuerzo le recordaran en cierto modo a Carla cuando limpiaba los cristales la primavera anterior. Las piernas firmes en sus pantalones cortos, los hombros anchos, los golpes contra el cristal y la manera de estirarse, invitaban y hasta obligaban a Sylvia a reírse.

—Sí, lo veo —dijo Carla examinando a conciencia la figura de bronce verdoso—. Muchas gracias.

—De nada. Vamos a tomar un café, ¿quieres? Acabo de hacerlo. En Grecia el café es demasiado fuerte, más fuerte de lo que me gusta, pero el pan es un manjar del cielo. Y los higos maduros son increíbles. Siéntate un momento más, por favor. No dejes que siga y siga hablando de lo mismo. Y por aquí ¿qué ha pasado? ¿Cómo han ido las cosas?

—Ha llovido casi todo el tiempo.

—Ya lo veo. Veo que ha llovido mucho —gritó Sylvia desde la cocina, al final de la gran estancia.

Mientras servía el café decidió no decir nada del otro regalo que le había traído. No le costó nada (el caballo le había costado más de lo que la muchacha podía imaginar). El otro regalo era solo una preciosa piedrecilla blanca rosada que había recogido durante un paseo por la carretera.

«Esta es para Carla —le había dicho a su amiga Maggie, que caminaba con ella—. Sé que es una tontería. Solo quiero que tenga un pedacito de esta tierra».

Ya les había hablado de Carla a Maggie y a Soraya, la otra amiga que viajaba con ella. Les había contado que la presencia de la muchacha significaba cada vez más para ella, que parecía haberse estrechado entre las dos un lazo inexplicable que la había consolado en los terribles meses de la primavera pasada.

«Era simplemente el placer de ver a alguien, de ver entrar en casa a una persona tan lozana y saludable como ella».

Maggie y Soraya se rieron con amabilidad y turbación.

«Siempre hay una muchacha», dijo Soraya, estirando los brazos pesados y bronceados para desperezarse. «Nos pasa a todas en algún momento. Nos encaprichamos de una chica», agregó Maggie.

A Sylvia le molestó vagamente esa palabra pasada de moda, «encapricharse».

«Tal vez sea porque Leon y yo no tuvimos hijos —contestó—. Es estúpido. Transferencia del amor maternal».

Sus amigas hablaban todas a la vez. Decían de manera ligeramente distinta algo referente a que podría ser estúpido pero, en cualquier caso, era amor.

Sin embargo, ese día la muchacha no se parecía en nada a la Carla que Sylvia

recordaba, en absoluto era ese espíritu sereno y vital, la criatura joven, generosa y despreocupada, cuya imagen la había acompañado en Grecia.

Apenas se interesó por el regalo. Se mostró casi huraña cuando le alcanzó la taza de café.

—Había algo que creo que te habría gustado mucho —dijo Sylvia, animosa—. Las cabras. Eran bastante pequeñas incluso en la etapa adulta. Las había moteadas, otras eran blancas, y brincaban alrededor por las rocas igual... igual que los espíritus del lugar. —Se rio con risa forzada, no podía callarse—. No me habría sorprendido que tuvieran guirnaldas en los cuernos. ¿Cómo está tu cabrita? He olvidado el nombre.

—Flora —dijo Carla.

—Sí, Flora.

—Se ha ido.

—¿Ido? ¿La has vendido?

—Ha desaparecido. No sabemos qué ha sido de ella.

—¡Oh!, lo siento. Lo siento de veras. ¿Y no hay ninguna posibilidad de que vuelva?

No hubo contestación. Sylvia miró de frente a la muchacha, algo que hasta ese momento no había sido capaz de hacer. Vio que tenía los ojos anegados en lágrimas, la cara llena de manchas —casi sucia— y que parecía dominada por la angustia.

Carla no hizo nada por evitar la mirada de Sylvia. Apretó los labios contra los dientes, cerró los ojos y se meció adelante y atrás, como ahogando un aullido. De pronto, para desconcierto de Sylvia, aulló. Aulló, lloró, tragó una bocanada de aire, las lágrimas le corrieron por las mejillas, moqueó y empezó a mirar desesperadamente alrededor en busca de algo con que limpiarse. Sylvia salió corriendo y volvió con puñados de pañuelos de papel.

—Tranquilízate, estás aquí, aquí estás bien —le dijo, pensando que lo que debía hacer era abrazarla.

Pero no tenía el menor deseo de hacerlo, y eso podría empeorar las cosas. La muchacha podría darse cuenta de que Sylvia lo hacía a desgana, de cómo la horrorizaba ese ruidoso ataque.

Carla dijo algo y lo repitió:

—¡Horrible! ¡Horrible!

—No, no lo es. Algunas veces todos tenemos que llorar. No pasa nada, no te preocupes.

—Es horrible.

Y Sylvia no pudo evitar sentir que, conforme se prolongaba esa manifestación de dolor, la muchacha se volvía cada vez más vulgar, más parecida a aquellas alumnas lacrimosas en su despacho, el de Sylvia. Algunas de ellas lloraban por las notas, pero a menudo era un gimoteo táctico, breve, nada convincente. La mayoría de las veces se echaban a llorar como Magdalenas y resultaba que el asunto tenía que ver con algún lío amoroso, o con sus padres o con un embarazo.

—No es por la cabra, ¿verdad?

—No. No.

—Más vale que tomes un vaso de agua —dijo Sylvia.

Esperó a que el agua saliera fría, mientras trataba de pensar qué debía hacer o decir, y cuando volvió Carla estaba más tranquila.

—Bueno. Bueno —dijo Sylvia al ver cómo tragaba Carla el agua—. ¿No estás mejor?

—Sí.

—No es la cabra. ¿Qué es?

—No lo soporto más —contestó Carla.

¿Qué era lo que no soportaba?

Resultó que era el marido.

Siempre estaba enfadado con ella. Se comportaba como si la odiara. Ella no hacía

nada bien, y no podía decir nada. Vivir con él la estaba volviendo loca. A veces creía que ya lo estaba. A veces creía que lo estaba él.

—¿Te ha lastimado, Carla?

No. No la había lastimado físicamente. Pero la odiaba. La despreciaba. No soportaba verla llorar y ella no podía evitar llorar porque él siempre estaba enfadado.

No sabía qué hacer.

—Quizá sí sepas qué hacer —dijo Sylvia.

—¿Marcharme? Lo haría si pudiera. —Carla volvió a chillar—. Daría cualquier cosa por marcharme. No puedo. No tengo un centavo. No tengo ningún sitio adónde ir.

—Bueno. Piénsalo. ¿Es eso del todo verdad? —preguntó Sylvia con su mejor talante de consejera—. ¿No tienes padres? ¿No me has contado que te criaste en Kingston? ¿No tienes familia allí?

Los padres se habían trasladado a la Columbia Británica. Odiaban a Clark. Les daba igual que estuviera viva o muerta.

¿Hermanos?

Un hermano nueve años mayor que ella. Estaba casado y vivía en Toronto. A él tampoco le importaba nada. Clark no le gustaba. Su mujer era una esnob.

—¿Has pensado alguna vez en una casa de acogida para mujeres?

—Ahí no te quieren si no te han maltratado. Todo el mundo se enteraría y perjudicaría nuestro negocio.

Sylvia esbozó una sonrisa.

—¿Es momento para pensar en eso?

Carla se rio de verdad.

—Lo sé —dijo—, estoy loca.

—Escucha —pidió Sylvia—. Escúchame. Si tuvieras dinero para irte, ¿te irías? ¿Adónde te irías? ¿Qué harías?

—Iría a Toronto —contestó Carla sin titubear—. Pero no en busca de mi hermano. Me quedaría en un motel o algo así y conseguiría trabajo en un picadero.

—¿Crees que podrías hacerlo?

—Trabajaba en un picadero el verano que conocí a Clark. Ahora tengo más experiencia que entonces. Mucha más.

—Lo dices como si lo tuvieras planeado —dijo Sylvia pensativa.

—Ahora sí.

—Entonces, ¿cuándo te irías si pudieras?

—Ahora. Hoy. En este momento.

—¿Lo único que te detiene es la falta de dinero?

Carla suspiró profundamente.

—Es lo único que me detiene —dijo.

—Bueno, vale. Escucha lo que te propongo. No creo que debas ir a un motel. Creo que debes coger el autobús a Toronto y quedarte en casa de una amiga mía. Se llama Ruth Stiles. Tiene una casa grande, vive sola y le gustaría tener a alguien con ella. Puedes quedarte allí hasta que encuentres trabajo. Te ayudaré con algún dinero. Tiene que haber muchísimos picaderos en Toronto.

—Los hay.

—Bueno, ¿qué te parece? ¿Quieres que llame y pregunte a qué hora sale el autobús?

Carla dijo que sí. Temblaba. Se pasaba las manos por los muslos de arriba abajo y sacudía bruscamente la cabeza de un lado a otro.

—No lo puedo creer —dijo—. Le devolveré el dinero. De verdad, gracias. Se lo devolveré. No sé qué decir.

Sylvia ya estaba al teléfono, llamando a la terminal de autobuses.

—Chist... Estoy anotando los horarios. —Escuchó y colgó—. Sé que lo harás. ¿Estás de acuerdo con lo de Ruth? Se lo diré. Queda un problema pendiente. —Miró con ojos

críticos los pantalones cortos y la camiseta de Carla—. No puedes ir con esa ropa.
—No puedo ir a casa para buscar nada —contestó Carla, asustada—. Ya me las arreglaré.

—El autobús tendrá aire acondicionado. Te vas a congelar. Algo mío habrá que te sirva. ¿No tenemos más o menos la misma altura?

—Usted es diez veces más delgada.

—Pero no siempre lo he sido.

Al final se decidieron por una chaqueta de hilo marrón apenas usada —Sylvia consideró que se había equivocado al comprarla, era demasiado llamativa para ella—, unos pantalones sastre color habano y una camisa de seda color crema. Las zapatillas de Carla tendrían que adaptarse al conjunto porque calzaba dos números más que Sylvia.

Carla fue a darse una ducha, lo cual no había hecho antes, dado su estado de ánimo aquella mañana, y Sylvia telefoneó a Ruth. Esa tarde tenía que acudir a una reunión, pero dejaría la llave en casa de los vecinos de arriba y todo lo que debía hacer Carla era llamar al timbre.

—Tendrá que tomar un taxi en la terminal. Supongo que podrá arreglárselas para hacerlo —advirtió Ruth.

Sylvia se echó a reír.

—No es ninguna inútil, no te preocupes. Es una persona que está pasando un mal momento, nada más.

—Muy bien. Quiero decir que me parece muy bien que lo supere.

—No es en absoluto una inútil —insistió Sylvia, mientras pensaba en Carla probándose los pantalones y la chaqueta de hilo. Qué pronto se había recuperado del ataque de desesperación y qué guapa estaba con aquellas prendas.

El autobús pararía en el pueblo a las dos y veinte. Sylvia decidió hacer unas tortillas francesas para el almuerzo, poner la mesa con el mantel azul oscuro, bajar los vasos de cristal y abrir una botella de vino.

—Espero que tengas hambre y comas algo —dijo, cuando Carla salió limpia y reluciente con la ropa prestada.

Tenía la piel pecosa y tersa arrebolada por la ducha, el pelo húmedo oscurecido sin trenzar, los graciosos rizos aplastados en la cabeza. Dijo que tenía hambre, pero cuando intentó llevarse un pedazo de tortilla a la boca con el tenedor el temblor de las manos se lo impidió.

—No sé por qué tiemblo así. Debo de estar excitada. Nunca creí que pudiera ser tan fácil.

—Es demasiado precipitado —contestó Sylvia—. Probablemente no te parezca del todo real.

—Y sin embargo lo es. Ahora todo parece verdaderamente real. Era antes cuando estaba aturdida.

—Tal vez cuando tomas una decisión, cuando de verdad tomas una decisión, pase eso. O así debería ser.

—Cuando se tiene una amiga —dijo Carla con sonrisa intencionada mientras el rubor le cubría la frente—. Cuando se tiene una amiga, una verdadera amiga, como usted.

—Dejó el cuchillo y el tenedor en la mesa y levantó torpemente con las manos el vaso de vino—. Por una verdadera amiga —exclamó sin demasiada soltura—. Seguramente no debería tomar ni un sorbo, pero lo haré.

—Yo también —replicó Sylvia aparentando alegría. Bebió, pero estropeó el momento al añadir—: ¿Lo llamarás por teléfono? Tiene que saberlo. Por lo menos tiene que saber dónde estás a la hora en que te espere en casa.

—No, no voy a telefonar. —Carla parecía alarmada—. No puedo hacerlo. Quizá usted...

—No, yo no.

—No, sería una estupidez. No tendría que haberlo dicho. Es difícil pensar con sensatez. Tal vez le deje una nota en el buzón. Pero no quiero que la lea demasiado pronto. Ni siquiera quiero que pasemos delante de la casa cuando me lleve al pueblo. Quiero que vayamos por la parte de atrás. De modo que si escribo la nota..., si la escribo, ¿podría usted echarla en el buzón a la vuelta?

Sylvia aceptó. No se le ocurría otra alternativa.

Le dio papel y bolígrafo. Sirvió un poco más de vino. Carla se quedó pensativa y luego escribió unas palabras.

«Me he marchado. *Hestaré* muy bien».

Eran las palabras que Sylvia leyó al desdoblar el papel cuando volvía de la terminal de autobuses. Estaba segura de que Carla sabía que «hestaré» se escribe sin «h». Solo se trataba del exaltado estado de confusión en que «hestaré» al escribir la nota. En un estado de confusión tal vez más profundo de lo que Sylvia creía. El vino le había hecho brotar un torrente de palabras, al que no parecía acompañar ninguna pena ni ningún disgusto en particular. Habló del establo donde trabajaba y conoció a Clark cuando tenía dieciocho años y acababa de salir del instituto. Sus padres querían que fuera a la universidad, y ella estaba de acuerdo, siempre que la dejaran estudiar veterinaria. Lo que en realidad quería y había querido toda su vida era trabajar con animales y vivir en el campo. En el instituto era una de esas chicas desgarbadas, de las que las demás se burlan, pero no le importaba.

Clark era el mejor profesor de equitación que tenían. Montones de mujeres iban detrás de él, se apuntaban a clase de equitación solo porque él era el profesor. Carla le tomaba el pelo por su círculo de admiradoras y al principio a él parecía gustarle, pero después empezó a fastidiarle. Ella le pidió disculpas y trató de remediarlo haciéndole hablar de su sueño —en realidad de sus planes— de tener una escuela de equitación, un establo, en el campo. Un día Carla entró en el establo, lo encontró ensillando un caballo y se dio cuenta de que se había enamorado de él.

Ahora pensaba que se trataba de atracción sexual. Tal vez solo fuera sexo.

Cuando llegó el otoño y se suponía que ella dejaría el trabajo y entraría en la Universidad de Guelph, se negó a hacerlo. Dijo que necesitaba un año sabático.

Clark era muy guapo, pero no había esperado a terminar ni siquiera la secundaria. Perdió por completo el contacto con su familia. Pensaba que la familia era un veneno que se lleva en la sangre. Fue auxiliar en un hospital psiquiátrico; pinchadiscos de una emisora de radio en Lethbridge, Alberta; miembro de un equipo de mantenimiento de autopistas cerca de Thunder Bay; aprendiz de barbero; vendedor en un almacén de suministros militares. Estos eran solo los trabajos de los que le había hablado.

Carla le puso el apodo de Gypsy Rover por la canción, la vieja canción que su madre solía cantar. A ella le dio por cantarla sin parar en casa y su madre se dio cuenta de que algo pasaba.

*La última noche ella durmió en cama de plumas
con un edredón de seda por cubrecama.*

*Esta noche dormiré en el suelo duro y frío...,
junto a su amante gitano.*

La madre le dijo: «Te partirá el corazón, puedes estar segura». El padrastro, que era ingeniero, ni siquiera le garantizaba que Clark tuviera tanto poder. «Es un perdedor —decía—. Un tiro al aire». Como si Clark fuera un chinche que pudiera sacudirse de la ropa.

Por eso Carla contestó: «¿Es capaz un tiro al aire de ahorrar dinero para comprar una granja? Pues eso es lo que ha hecho». «No estoy dispuesto a discutir contigo», fue lo único que le respondió el padrastro. De todos modos, no era hija suya, añadió, para zanjar la cuestión.

Como es natural, Carla se escapó con Clark. La conducta de los padres no podía conducir a otra cosa.

—¿Te pondrás en contacto con tus padres cuando te hayas establecido? —le preguntó Sylvia—. ¿Cuándo estés en Toronto?

Carla enarcó las cejas, hundió las mejillas y formó una «o» con la boca.

—No —dijo.

Sin duda estaba un poco bebida.

De vuelta en casa después de haber dejado la nota en el buzón, Sylvia fregó los platos que todavía estaban en la mesa, lavó y le sacó brillo a la sartén, echó el mantel y las servilletas azules al cesto de la ropa sucia y abrió las ventanas. Lo hizo todo con una vaga sensación de arrepentimiento e irritación. Había sacado una pastilla de jabón con aroma de manzana para que la chica se duchara y el olor flotaba por la casa como había impregnado el ambiente en el coche.

Había dejado de llover. No podía quedarse quieta y fue a dar un paseo a lo largo del sendero abierto por Leon. El agua se había llevado gran parte de la gravilla que él puso en los sitios cenagosos. En primavera solían salir a caminar para ver las orquídeas silvestres. Ella le decía los nombres de cada flor silvestre, que él olvidaba, excepto el de las lilas. Leon llamaba Dorothy Wordsworth a Sylvia.

La última primavera, Sylvia salió una vez y recogió un ramillete de petunias violetas, pero él las miró —como a veces la miraba a ella— con expresión de agotamiento, de rechazo.

Seguía viendo a Carla, a Carla subiendo al autobús. Su agradecimiento era sincero, pero casi informal; dijo alegremente adiós con la mano. Ya se había acostumbrado a su salvación.

De vuelta a casa, alrededor de las seis, Sylvia llamó a Toronto, a Ruth, a sabiendas de que Carla no habría llegado todavía. Respondió el contestador automático.

«Ruth —dijo Sylvia—. Soy Sylvia. Te llamo por la chica que te he mandado. Espero que no se convierta en una carga para ti. Espero que todo vaya bien. Te puede parecer un poco engreída. Tal vez sea cuestión de juventud. Mantenme al tanto. ¿Vale?».

Llamó de nuevo antes de acostarse, pero volvió a saltar el contestador. «Soy Sylvia otra vez. Solo quería saber cómo va todo». Colgó. Eran entre las nueve y las diez de la noche, todavía no había oscurecido por completo. Ruth no habría vuelto y la muchacha no querría contestar el teléfono en casa ajena. Intentó acordarse del nombre de los vecinos del piso de arriba. Seguramente no se habrán acostado todavía. Pero no lo recordaba. Mejor así. Telefonarles sería armar un lío, mostrarse demasiado ansiosa, exagerar demasiado.

Se metió en la cama pero le resultó imposible quedarse allí. Cogió una colcha ligera, fue al salón y se echó en el sofá, donde había dormido los últimos tres meses de vida de Leon. No esperaba conciliar el sueño tampoco allí; no había cortinas en la ventana y, por el tono del cielo, supo que había salido la luna aunque no la veía.

De pronto se encontró dentro de un autobús en alguna parte —¿sería en Grecia?—, con mucha gente a la que no conocía. El motor del autobús hacía un ruido alarmante, como de golpeteo. Despertó y se dio cuenta de que alguien aporreaba la puerta delantera.

«¿Carla?», pensó.

Carla mantuvo la cabeza baja hasta que el autobús dejó el pueblo atrás. Los cristales de las ventanillas eran polarizados, no se veía nada desde fuera, pero ella evitó mirar. Por si acaso aparecía Clark. Podía salir de alguna tienda o estar esperando para cruzar la calle, ajeno por completo a que lo estaba abandonando, pensando que era una tarde cualquiera. No, pensando que era la tarde en que el plan —el de él— se había puesto en marcha, ansioso por saber hasta qué punto lo seguiría ella.

Una vez fuera del pueblo levantó la vista, aspiró una profunda bocanada de aire, se fijó

en los campos que, a través de los cristales, se veían ligeramente teñidos de violeta. La presencia de la señora Jamieson la había rodeado de una notable sensación de seguridad, de cordura, y había convertido su escapada en lo más razonable que imaginarse pueda, lo único que una persona en el lugar de Carla podía hacer, si se respetaba a sí misma. Carla había sido capaz de hablar con desacostumbrada franqueza, incluso de demostrar madurez, de contarle su vida a la señora Jamieson de una manera que parecía dirigida a ganarse su simpatía y, sin embargo, mostrarse contradictoria y sincera. Optó por lo que, según creía, eran las expectativas de la señora Jamieson, de Sylvia. Tenía, sí, la sensación de que no era difícil decepcionar a la señora Jamieson, que se le antojaba una persona excepcionalmente sensible y rigurosa, pero no creía correr ningún peligro de hacerlo.

Si no se viera obligada a depender de ella demasiado tiempo.

El sol brillaba desde hacía rato. Cuando se sentaron a comer hacía destellar los vasos de vino. No había llovido desde por la mañana temprano. El viento soplabá lo suficiente para levantar la hierba a los lados del camino y los juncos en flor, libres ya de los terrones empapados. Nubes veraniegas, no nubes de lluvia, cruzaban raudas el cielo. La campiña entera estaba cambiando, se sacudía y se expandía bajo la auténtica luminosidad de un día de julio. Avanzaban a toda velocidad y ella no veía rastro alguno del pasado reciente: ni grandes charcos en los campos que mostraran dónde las semillas habían sido barridas por el agua, ni larguiruchos maizales mustios, ni granos de cereal caídos.

Se le ocurrió que debía comentarlo con Clark; tal vez por alguna razón inexplicable, habían elegido un rincón muy triste y húmedo del país, pues había otros lugares donde habrían podido prosperar.

¿O todavía podrían?

Luego se le ocurrió que, por supuesto, no le diría nada a Clark. Nunca jamás. No le importaría lo que le pasara a él, a Grace, a Mike, a Juniper, a Blackberry ni a Lizzie Borden. Si por casualidad volvía Flora, ella no se enteraría.

Era la segunda vez que lo dejaba todo atrás. La primera fue como la vieja canción de los Beatles: dejar una nota en la mesa, salir a hurtadillas de la casa a las cinco de la mañana, encontrar a Clark en el aparcamiento de la iglesia, un poco más allá. Tarareaba la canción mientras escapaban a toda velocidad. «Se va de casa. Adiós, adiós». Recordaba cómo salía el sol tras ellos, cómo miraba las manos de Clark al volante, el vello negro de sus hábiles antebrazos, el olor del interior de la furgoneta, olor a combustible y metal, a herramientas y establos. A través de las juntas herrumbrosas de la furgoneta se colaba el viento frío de la mañana otoñal. Era la clase de vehículo en el que su familia no se habría metido nunca, el tipo de vehículo que rara vez aparecía en las calles donde vivían.

Recordaba la preocupación de Clark por el tráfico aquella mañana (habían llegado a la autopista 401), su inquietud por cómo respondería el coche, sus contestaciones cortantes, la concentración de sus ojos, hasta su ligera irritación por la atolondrada alegría de ella... Todo eso la ilusionaba. Tanto como los desórdenes del pasado de Clark, su confesada soledad, la ternura que era capaz de tener con un caballo y con ella. Lo veía como el artífice de la vida que les esperaba, ella cautiva, con una sumisión a la vez genuina y exquisita.

«No sabes lo que estás dejando atrás», le decía su madre en la única carta que recibió y nunca contestó. Pero en aquellos estremecedores momentos de la huida a primera hora del amanecer, sabía lo que dejaba atrás aunque solo tuviera una vaga idea de lo que tenía por delante. Despreciaba a sus padres, su casa, el patio trasero, los álbumes de fotos, las vacaciones, la licuadora, el «tocador de señoras», los vestidos, el sistema de riego subterráneo. En la breve nota que dejó escrita había usado la palabra «auténtico».

«Siempre he echado de menos un estilo de vida más auténtico. Sé que no puedo esperar que lo comprendáis».

El autobús se detuvo en el primer pueblo de la carretera. La terminal estaba en una gasolinera. La misma a la que solían ir Clark y ella al principio para comprar combustible barato. En aquellos días su mundo abarcaba varios pueblos de la campiña a su alrededor, y a veces se portaban como turistas y probaban el plato del día en bares de hoteles de mala muerte. Pies de cerdo, chucrut, tortitas de patata, cerveza. Y cantaban en el camino de vuelta como palurdos locos.

Pero poco después empezaron a considerar que las salidas eran una pérdida de tiempo y dinero. Es lo que la gente hace antes de entender las realidades de la vida.

Lloraba, se le llenaron los ojos de lágrimas sin darse cuenta. Se dedicó a pensar en Toronto, en los primeros pasos que tenía por delante. El taxi, la casa que nunca había visto, la cama ajena donde dormiría sola. A la mañana siguiente consultaría el listín telefónico para buscar direcciones de picaderos, iría a donde fuera necesario para encontrar un trabajo.

No podía imaginarlo. Ella viajando en metro o autobús, cuidando otros caballos, hablando con gente nueva, viviendo todos los días entre multitud de personas, ninguna de las cuales sería Clark.

Una vida, un lugar, elegidos precisamente por esa razón, para que no estuviera Clark.

Lo más extraño y tremendo que iba teniendo claro sobre ese mundo futuro, tal y como ahora lo veía, es que en ese mundo ella no existiría. Se limitaría a caminar por ahí, abrir la boca y hablar, hacer esto o aquello. En realidad no estaría allí. Y algo más raro aún es que ya lo estaba haciendo, se había montado en el autobús con la esperanza de recuperarse. Como diría la señora Jamieson —y como habría dicho ella muy convencida— «se haría cargo de su vida». Sin que nadie la fulminara con la mirada, sin que el humor de nadie le contagiara su amargura.

Pero ¿qué más le daría? ¿Cómo sabría que estaba viva?

Mientras se escapaba —ahora de él—, Clark conservaba un lugar en su vida. Pero cuando la huida acabara, cuando no hiciera más que seguir adelante, ¿qué pondría en lugar de Clark? ¿Qué otra cosa, qué otra persona significaría para ella un desafío tan vital?

Consiguió dejar de llorar, pero empezó a temblar. Iba por mal camino y tendría que controlarse, tendría que dominarse. «Domínate», le decía a veces Clark, al pasar por una habitación donde ella estuviera acurrucada tratando de no llorar, y eso era precisamente lo que tenía que hacer.

Se detuvieron en otro pueblo. Era el tercero desde que había subido al autobús, lo que significaba que habían pasado por el segundo sin que se diera cuenta. El autobús debió de parar, el conductor debió de anunciar el nombre del pueblo y ella no había visto ni oído nada, sumida en el arrebato del miedo. No tardarían en llegar a la carretera principal y el autobús correría como un bólido hasta Toronto.

Y ella estaría perdida.

Estaría perdida. ¿Qué sentido tenía coger un taxi, dar la nueva dirección, levantarse por la mañana, cepillarse los dientes y lanzarse al mundo? ¿Por qué tenía que conseguir un trabajo, ponerse comida en la boca, dejarse llevar por cualquier transporte público de un lado a otro?

Sentía que los pies estaban a enorme distancia de su cuerpo. En los flamantes pantalones, las rodillas le pesaban como plomo. Se hundía en la tierra como el caballo lisiado que no va a volver a levantarse.

El autobús ya había cargado a los pocos pasajeros que esperaban en ese pueblo con sus paquetes. Una mujer con un niño en el cochecito despedía a alguien con la mano. El edificio que tenían detrás, el café que servía de parada al autobús, también se movía. Por las ventanas y los ladrillos cruzaba una vaharada nebulosa, como si fueran

a disolverse. Poniendo en peligro su vida Carla impulsó su cuerpo enorme, sus miembros de plomo.

—Déjeme bajar —gritó, tambaleándose.

El conductor frenó.

—¿No iba usted a Toronto? —dijo, irritado.

Los pasajeros le lanzaban miradas furtivas de curiosidad, nadie parecía entender su angustia.

—Tengo que bajar aquí.

—Hay un lavabo al fondo.

—No. No. Tengo que bajar.

—No la voy a esperar. ¿Entendido? ¿Lleva equipaje abajo?

—No. Sí. No.

—¿Ningún equipaje?

—Claustrofobia —dijo una voz en el autobús—. Eso es lo que le pasa.

—¿Está usted mareada? —preguntó el conductor.

—No. No. Lo único que quiero es bajar.

—Bueno, muy bien. A mí me da igual.

«Ven a buscarme. Por favor. Ven a buscarme».

«Lo haré».

Sylvia había olvidado echar la llave de la puerta. Se dio cuenta de que en ese momento debería cerrar en vez de abrir, pero era demasiado tarde, ya había abierto.

Y no había nadie.

Sin embargo estaba segura, segurísima, de que el golpeteo era real.

Cerró la puerta, esta vez con llave.

Oyó un tamborileo guasón, un repiqueteo tintineante que venía de la pared de los ventanales. Encendió la luz, pero no vio nada y la volvió a apagar. Sería algún animal, ¿quizá una ardilla? Las puertas cristaleras que se abrían entre las ventanas y daban al patio tampoco estaban cerradas con llave. Ni siquiera cerradas del todo. Las había dejado entreabiertas para ventilar la casa. Se dispuso a cerrarlas, alguien se rio muy cerca de ella, tan cerca que estaba en la habitación.

—Soy yo —dijo una voz de hombre—. ¿La he asustado?

Estaba apoyado contra el cristal, a su lado.

—Soy Clark. Clark, el que vive un poco más allá.

Sylvia no le iba a pedir que entrara, pero no se atrevía a cerrarle la puerta en las narices. Él podría sujetarla antes de que ella pudiera hacerlo. Tampoco quería encender la luz. Dormía con una camiseta larga. Tendría que haber pegado un tirón a la colcha del sofá y haberse envuelto en ella, pero era demasiado tarde.

—¿Quiere vestirse? —le preguntó Clark—. Aquí tengo precisamente lo que necesita.

Llevaba una bolsa de compras en la mano. Se la tiró, sin hacer ademán de alcanzársela.

—¿Cómo dice? —Sylvia hablaba con voz entrecortada.

—Mire y vea. No es una bomba. Ahí está, cójala.

Sylvia metió la mano en la bolsa sin mirar. Algo blando. Y en ese momento reconoció los botones de su chaqueta, la seda de la blusa, el cinturón de los pantalones.

—Se me ocurrió que era mejor devolverle esto. Es suyo, ¿no?

Sylvia apretó las mandíbulas para que no le castañetearan los dientes. La boca y la garganta se le habían secado de forma alarmante.

—Me pareció que todo esto era suyo —dijo él en voz baja.

Sylvia tenía la lengua estropajosa.

—¿Dónde está Carla? —dijo con dificultad.

—¿Se refiere usted a Carla, mi mujer?

Ahora le veía mejor la cara. Veía cómo disfrutaba de la escena.

—Mi mujer, Carla, está en la cama, en casa. Está durmiendo en la cama. En su sitio. Era un hombre guapo con pinta de tonto. Alto, espigado, bien formado, pero con una actitud que parecía forzada. Un aire de amenaza intencionada y contenida. Un rizo de pelo negro le caía sobre la frente, un bigotito presumido, ojos que parecían a la vez prometedores y burlones, una sonrisa infantil siempre al borde de la ofuscación.

Nunca le había caído bien; lo había comentado con Leon, que dijo que la actitud quizá demasiado amistosa del chico no era más que inseguridad en sí mismo.

El hecho de que estuviera inseguro de sí mismo no significaba que en ese momento ella estuviera a salvo.

—Está agotada —dijo Clark—, después de su aventurilla. Tendría que haberse visto usted la cara..., tendría que haberse visto usted la cara que ha puesto al reconocer esa ropa. ¿Qué pensó usted? ¿Que la había asesinado?

—Me ha pillado por sorpresa —contestó Sylvia.

—Apuesto a que sí. Después de su generosa ayuda para que escapara.

—La ayudé —dijo Sylvia con gran esfuerzo—. La ayudé porque parecía estar en un aprieto.

—Aprieto —repitió él como si estudiara la palabra—. Imagino que lo estaba. Se vio en un tremendo aprieto cuando saltó de ese autobús, buscó un teléfono y me llamó para que fuera a buscarla. Lloraba de tal manera que me costó adivinar qué me decía.

—¿Quería volver?

—¡Oh, claro! Por supuesto que quería volver. Estaba loca por volver. Es una muchacha con muchos altibajos en sus emociones. No creo que usted la conozca tanto como yo.

—Parecía muy feliz con la idea de poder marcharse.

—No me diga... Bueno, creo en su palabra. No he venido aquí para discutir con usted. Sylvia no dijo nada.

—He venido para decirle que no me hacen ninguna gracia sus injerencias en mi vida con mi mujer.

—Además de ser su mujer es un ser humano —dijo Sylvia, a pesar de saber que haría mejor en callarse.

—¡Vaya por Dios! ¿Así es la cosa? ¿Mi mujer es un ser humano? ¿De veras? Gracias por la información, Pero no trate de hacerse la lista conmigo, Sylvia.

—No me estoy haciendo la lista.

—Bueno. Me alegro. No quiero enfadarme. Solo tengo un par de cosas importantes que decirle. Una, no quiero que meta las narices nunca en nada que tenga que ver con la vida de mi mujer ni con la mía. Otra, no quiero que ella vuelva por aquí. No es que Carla tenga demasiado interés en venir, de eso estoy seguro. En este momento no tiene demasiada buena opinión de usted. Y ya es hora de que aprenda usted a limpiar la casa. ¿Le ha entrado esto bien en la cabeza?

—Más que de sobra.

—¡Vaya!, eso espero. Eso espero.

—Sí —dijo Sylvia.

—¿Y sabe qué más se me ocurre?

—¿Qué?

—Creo que me debe usted algo.

—¿Cómo?

—Creo que debe ofrecerme, que debe ofrecerme sus disculpas.

—Muy bien. Si así lo quiere, lo lamento.

Clark cambió de postura, quizá solo para extender la mano y, al ver que se movía, Sylvia se estremeció.

Él se echó a reír. Puso la mano en el marco de la puerta para asegurarse de que ella no fuera a cerrarla.

—¿Qué es eso? —preguntó Sylvia.

—¿Qué es qué? —repitió él como si ella estuviera maquinando un ardid, un ardid que no serviría de nada.

Pero en ese momento captó la imagen de algo reflejado en la ventana y giró en redondo para mirar.

Frente a la casa había una parcela lisa y ancha de terreno que en esa época del año con frecuencia se cubría de niebla por la noche. Esa noche la niebla estaba ahí, lo había estado todo aquel rato. Pero en ese momento se produjo un cambio. La niebla se había espesado, había tomado otro perfil, se había transformado en algo puntiagudo y radiante. Primero fue una bolita de diente de león que se tambaleaba hacia delante, luego se condensó en una especie de animal sobrenatural, blanco puro, endemoniadamente inclinado, algo así como un unicornio enorme, que se abalanzaba hacia ellos.

—¡Dios mío! —exclamó piadosamente Clark en voz baja.

Aferró a Sylvia por el hombro. El gesto no alarmó en absoluto a Sylvia, lo aceptó convencida de que lo hacía para protegerla o para tranquilizarse él.

Y entonces quedó al descubierto la visión. Salió de la niebla, de la luz creciente —como la de un coche que pasara por el camino trasero, probablemente en busca de sitio donde aparcar—, de ahí surgió una cabra blanca. Una cabrita blanca saltarina, apenas más grande que un perro pastor.

Clark soltó el hombro de Sylvia y dijo:

—¿De dónde demonios vienes?

—Es su cabra —aventuró Sylvia—. ¿No es su cabra?

—Flora —confirmó él—. Flora.

La cabra se detuvo a más o menos una yarda de ellos, intimidada, y bajó la cabeza.

—Flora —repitió Clark—. ¿De dónde demonios vienes? Nos has acojonado.

«Nos».

Flora se acercó sin levantar la vista. Dio un cabezazo contra las piernas de Clark.

—¡Condenado y estúpido animal! —exclamó con voz temblorosa—. ¿De dónde vienes?

—Se había perdido —dijo Sylvia.

—Sí, se había perdido. La verdad es que pensábamos que no la volveríamos a ver.

Flora alzó la cabeza. La luz de la luna captó el destello de sus ojos.

—Nos has asustado —insistió Clark—. ¿Has estado por ahí buscando novio? Nos has acojonado, ¿a usted no? Pensábamos que eras un fantasma.

—Ha sido por el efecto de la niebla —dijo Sylvia.

Cruzó la puerta y salió al patio. Del todo a salvo.

—Sí.

—Y además los faros de ese coche.

—Ha sido como una aparición —dijo Clark, que se había recuperado.

Se alegró de haberlo definido con esta palabra.

—Sí.

—La cabra del espacio sideral. Eso es lo que eres. Eres una condenada cabra del espacio sideral —repitió, acariciando a Flora.

Pero cuando Sylvia extendió la mano para hacer lo mismo —en la otra mano todavía tenía la bolsa con la ropa que Carla usó—, Flora bajó de inmediato la cabeza como dispuesta a dar un buen cabezazo.

—Las cabras son impredecibles —comentó Clark—. Pueden parecer mansas pero no lo son. Cuando ya están criadas no lo son.

—¿Ya está criada Flora? Parece tan pequeña...

—Nunca será más grande de lo que es.

Se quedaron mirando a la cabra como si esperaran que les fuera a dar más tema de conversación. Pero por lo visto no iba a ser así. A partir de ese momento no podrían

avanzar ni retroceder. Sylvia creyó ver que una sombra de pesar cruzaba la cara de Clark.

Él lo reconoció.

—Es tarde —dijo.

—Supongo que sí —dijo Sylvia, como si se tratara de una visita cualquiera.

—Vamos, Flora, es hora de volver a casa.

—Ya me las arreglaré para conseguir alguien que me ayude si lo necesito. De cualquier modo, de momento creo que no hará falta —añadió casi riéndose—. Los dejaré en paz.

—Seguro. Será mejor que entre. Se va a enfriar.

—Antes la gente creía que las nieblas nocturnas eran maléficas.

—Eso sí que es una novedad para mí.

—Bien, pues, buenas noches. Buenas noches, Flora.

Sonó el teléfono.

—Con su permiso —dijo Sylvia.

Clark levantó la mano y se volvió.

—Buenas noches.

Era Ruth.

—¡Ay! —contestó Sylvia—. Cambio de planes.

No durmió pensando en la cabrita, cuya aparición de entre la niebla cada vez le parecía más prodigiosa. Hasta se le ocurrió que Leon podría haber tenido algo que ver. Si ella fuera poeta escribiría un poema sobre un tema como ese. Pero sabía por experiencia que las cosas que ella creía que un poeta podría escribir nunca habían atraído a Leon. Carla no oyó salir a Clark, pero se despertó cuando entró. Él le dijo que había estado dando una vuelta por el establo.

—Hace un rato ha pasado un coche por la carretera y sentía curiosidad por saber qué hacía aquí. No podía volver a dormirme hasta que he salido para ver si todo estaba en orden.

—¿Y está todo en orden?

—Hasta donde me alcanzaba la vista... Una vez levantado se me ha ocurrido hacer una visita allá arriba. He devuelto la ropa.

Carla se sentó en la cama.

—¿La has despertado?

—Sí, se ha despertado. Asunto arreglado. Hemos tenido una pequeña conversación.

—¡Oh!

—Todo está aclarado.

—No le habrás hablado de aquello, ¿verdad?

—No lo he hecho.

—Aquello era hablar por hablar. De veras. Créeme. Pura fabulación.

—Está bien.

—Tienes que creerme.

—Te creo.

—Lo inventé todo.

—Está bien.

Clark se metió en la cama.

—Tienes los pies fríos —dijo Carla—. Como si estuvieran húmedos.

—Hay mucho rocío. Ven aquí. Cuando leí tu nota me sentí vacío por dentro. De verdad. Si alguna vez te fueras, no quedaría nada de mí.

Siguió el buen tiempo. En las calles, en las tiendas, en Correos, los vecinos se saludaban unos a otros celebrando que por fin hubiera llegado el verano. Los pastizales y hasta las pobres cosechas dañadas levantaron cabeza. Los charcos se secaron, el barro se convirtió en tierra. Soplaba un ligero viento templado y todo el mundo tenía otra vez ganas de hacer cosas. El teléfono sonaba. Pedían información

sobre senderismo, clases de equitación. Los campamentos de verano volvían a interesarse y cancelaban las giras a museos. Llegaban furgonetas con su carga de niños revoltosos. Los caballos, libres de mantas, hacían cabriolas a lo largo de los cercos.

Clark se las arregló para conseguir un pedazo de techado bastante grande a buen precio. Dedicó todo el día siguiente al día de la Escapada (así llamaba al viaje de Carla en autobús) al arreglo del picadero.

Durante un par de días, mientras cada uno se ocupaba de sus tareas, se saludaban con la mano. Si ella pasaba cerca de él y no había nadie alrededor, Carla lo besaba en el hombro a través de la tela ligera de la camisa veraniega.

—Si alguna vez intentas escaparte te doy una paliza.

—¿Serías capaz?

—¿Capaz de qué?

—¿De darme una paliza?

—Ya lo creo...

Estaba animoso, irresistible, como cuando lo conoció.

Pájaros por todas partes. Mirlos con alas rojas, tordos, un par de palomas que cantaban al amanecer. Muchos cuervos y gaviotas en misión de reconocimiento sobre el lago, grandes buitres posados en las ramas de un roble seco a media milla de distancia en el límite del bosque. Primero se posaban allí, secándose las voluminosas alas, se elevaban de vez en cuando para intentar volar, aleteaban un poco, luego recobraban la compostura y dejaban que el sol y el calor cumplieran con su deber. En poco más de un día estaban preparados, volaban alto, hacían círculos y se dejaban caer en tierra, desaparecían por encima de los bosques y volvían para descansar en el árbol desnudo que les era familiar.

Volvió a aparecer la dueña de Lizzie —Joy Tucker—, bronceada y cordial. Harta de la lluvia, se había pasado las vacaciones haciendo caminatas en las montañas Rocosas. Ya estaba de vuelta.

—Una sincronización perfecta desde el punto de vista del tiempo —dijo Clark.

Joy Tucker y él empezaron a bromear enseguida, como si no hubiera pasado nada.

—Lizzie parece estar en buena forma —declaró ella—. Pero ¿dónde está su amiguita? ¿Cómo se llama...? ¿Flora?

—Ha desaparecido —contestó Clark—. A lo mejor se ha largado a las montañas Rocosas.

—Hay montones de cabras allí. Con unos cuernos fantásticos.

—Eso he oído decir.

Durante tres o cuatro días estuvieron demasiado ocupados para mirar el buzón. Cuando Carla lo abrió encontró la factura del teléfono, la promesa de que si se suscribían a cierta revista podrían ganar un millón de dólares y la carta de la señora Jamieson.

Querida Carla:

He estado pensando en los acontecimientos (más bien intensos) de los últimos días y me he encontrado muy a menudo hablando conmigo misma, contigo en realidad, y creo que debo transmitirte lo que siento aunque solo sea por carta. Y no te preocupes, no es necesario que contestes.

La señora Jamieson seguía diciendo que temía haberse involucrado demasiado en la vida de Carla y haber cometido en cierto modo el error de creer que la libertad de Carla y su libertad eran la misma cosa. Lo único que le interesaba era su felicidad y ahora se daba cuenta de que ella —Carla— debía encontrarla en su matrimonio. Esperaba que quizá la escapada y las turbulentas emociones hubieran hecho brotar sus verdaderos sentimientos y, tal vez, el reconocimiento de los verdaderos sentimientos de su marido. Decía entender perfectamente que Carla quisiera evitarla en el futuro, y que siempre agradecería la presencia de Carla en su vida en momentos tan difíciles.

Lo más extraño y maravilloso en esa cadena de acontecimientos creo que es la reaparición de Flora. La verdad es que más bien parece un milagro. ¿Dónde ha estado todo ese tiempo y por qué eligió ese momento para volver? Estoy segura de que tu marido te lo habrá contado. Estábamos hablando en la puerta del patio y yo —que estaba de frente— fui la primera en ver esa cosa blanca, que venía hacia nosotros salida de la noche. Desde luego era efecto de la niebla a ras de tierra. Pero fue verdaderamente terrorífico. Creo que pegué un grito. En mi vida había sentido semejante hechizo, en el auténtico sentido de la palabra. Supongo que debo ser sincera y decir miedo. Allí estábamos, dos adultos muertos de frío y, en ese instante, salió de la niebla la pequeña, perdida, Flora.

Tiene que haber algo especial en su aparición. Como es natural, sé que Flora es un animalillo común y corriente, y que probablemente habrá pasado ese tiempo lejos ocupada en quedarse preñada. En cierto sentido su vuelta no tiene nada que ver con nuestras vidas de seres humanos. Sin embargo, su aparición en ese momento, sí tuvo un profundo efecto en tu marido y en mí. Cuando dos personas separadas por sentimientos hostiles se encuentran al mismo tiempo desconcertadas —mejor dicho, asustadas— por la misma aparición, brota entre ellas un lazo y se encuentran unidas de la manera más inesperada. Unidas en su calidad humana, es lo único que se me ocurre para explicarlo. Nos despedimos casi como amigos. De manera que Flora tiene su sitio de ángel bueno en mi vida. Quizá también lo tenga en la de tu marido y en la tuya.

Con mis mejores deseos,

SYLVIA JAMIESON

En cuanto Carla leyó la carta la estrujó. Luego la quemó en el fregadero. Las llamas se elevaron de un modo alarmante, Carla puso el tapón, recogió toda esa asquerosa mezcla negra y la tiró al váter, que es lo primero que debería haber hecho.

Estuvo ocupada el resto del día, el siguiente y al otro. Durante ese tiempo tuvo que guiar a dos grupos de turistas por la senda, dar clases a niños individualmente y en grupo. Por la noche, cuando Clark la rodeaba con sus brazos —atareado como estaba nunca se sentía demasiado cansado ni contrariado—, a Carla no le costaba nada mostrarse dispuesta.

Era como si tuviera una aguja envenenada en algún rincón de los pulmones y, respirando con cautela, pudiera evitar sentirla. Pero, de vez en cuando, tenía que hacer una aspiración profunda y allí seguía.

Sylvia alquiló un piso en el pueblo del *college* donde enseñaba. No puso la casa en venta o, por lo menos no había un cartel en la fachada. Leon Jamieson había conseguido algún premio póstumo; la noticia apareció en los periódicos. Esa vez no se mencionaba dinero.

Cuando llegaron los días secos y dorados del otoño —estación alentadora y provechosa—, Carla se dio cuenta de que se había acostumbrado a la punzante idea que llevaba dentro. Ya no era tan punzante, la verdad es que ya no la sorprendía. Estaba poseída por una idea casi seductora, una constante tentación.

No tenía más que levantar los ojos, no tenía más que mirar en una dirección, para saber adónde podría ir. Dar un paseo por la tarde, una vez acabadas las faenas diarias. Hasta el borde de los bosques, hasta el árbol desnudo donde se reunían los buitres.

Y luego los huesecillos sucios en la hierba. El cráneo con unos cuantos jirones de piel ensangrentada pegados a él. Un cráneo que podía sostener con una mano, como una taza de té. La clave en una mano.

A lo mejor no. No había nada allí.

Podían haber pasado otras cosas. Él podría haber ahuyentado a Flora. O haberla atado a la parte trasera de la furgoneta para llevarla a cierta distancia y soltarla. Haberla devuelto al lugar donde la habían comprado para no verla a su alrededor, llevándoles el recuerdo a la memoria.

Podría estar en libertad.

Pasaron los días y Carla no se acercó al lugar. Resistió la tentación.

Pronto

Dos perfiles, frente a frente. Uno es el de una vaquilla blanca, con una expresión especialmente mansa y tierna; el otro, el de un hombre de cara verde, ni joven ni viejo. Parece un funcionario de poca monta, tal vez un cartero; lleva una gorra de ese tipo. Tiene los labios pálidos, le brilla el blanco de los ojos. Una mano, probablemente la suya, ofrece, en el margen inferior de la pintura, un arbolito o una rama exuberante, cuajada de alhajas.

En el margen superior del cuadro hay nubes oscuras y, debajo de estas, unas cuantas casas tambaleantes y una iglesia de juguete con su cruz de juguete, apoyadas en la superficie curva de la tierra. Dentro de la curva un hombrecillo (dibujado, sin embargo, a una escala mayor que los edificios) camina resuelto con una guadaña al hombro, y una mujer, a la misma escala, parece esperarlo; pero cuelga cabeza abajo.

Hay otras cosas. Por ejemplo, una muchacha que ordeña una vaca, dentro del morro de la vaquilla.

Juliet decidió en el acto comprar el grabado para regalárselo a sus padres en Navidad.

—Porque me recuerda a ellos —le dijo a su amiga Christa, de Whale Bay, con quien había ido de compras.

Estaban en la tienda de regalos de la Galería de Arte de Vancouver.

Christa se echó a reír.

—¿El hombre verde y la vaca? Se sentirán muy halagados.

Christa nunca se tomaba nada en serio al principio, antes tenía que hacer siempre una broma. A Juliet no le importaba. En el tercer mes de embarazo del bebé que se convertiría en Penelope, de pronto había dejado de tener náuseas y por esa razón, o por cualquier otra, le daban ataques de euforia. Pensaba todo el tiempo en comer y hasta se había negado a entrar en la tienda de regalos porque había visto una cafetería.

Le gustó el cuadro en sí, pero sobre todo las figuras y los desvencijados edificios de la parte superior. El hombre de la guadaña y la mujer colgada cabeza abajo.

Miró el título. *Yo y el pueblo*.

Tenía una lógica exquisita.

—Chagall. Me gusta Chagall —dijo Christa—. Picasso era un malnacido.

Juliet estaba tan contenta con lo que había encontrado que apenas le hizo caso.

—¿Sabes lo que al parecer dijo? «Chagall es para las dependientas» —le comentó Christa—. ¿Qué tienen de malo las dependientas?, debería haber replicado Chagall. Picasso es para las personas con cara rara.

—Quiero decir que me recuerda a la vida de mis padres —señaló Juliet—. No sé por qué, pero así es.

Ya le había contado a Christa algunos detalles sobre sus padres: que vivían en un aislamiento insólito pero no infeliz, aunque el padre era un maestro de escuela muy apreciado. Su reclusión se debía en parte a los problemas cardíacos de Sara, pero también a que estaban suscritos a revistas que nadie a su alrededor leía; a que escuchaban programas de la red nacional de radio, que nadie a su alrededor escuchaba. A que Sara se confeccionaba la ropa —en ocasiones con escasa habilidad— a partir de patrones de *Vogue*, y *no* con los de Butterick. Incluso a que seguían dando cierta impresión de juventud en vez de engordar y apoltronarse como los padres de los compañeros de clase de Juliet. Según la descripción de Juliet, Sam se parecía a ella —cuello largo, barbilla un poco prominente, pelo lacio castaño claro— y Sara era una rubia frágil, una belleza menuda y desaliñada.

Cuando Penelope tenía trece meses, Juliet viajó en avión con ella a Toronto y después cogió el tren. Corría el año 1969. Bajó en una estación situada a unas veinte millas del pueblo donde se había criado y donde Sara y Sam todavía vivían. Por lo visto el tren ya no paraba allí.

La decepcionó tener que apearse en esa estación desconocida y no ver reaparecer en el acto los árboles, las aceras y las casas que recordaba, y luego, enseguida, la suya, la casa de Sara y Sam, amplia pero sencilla, sin duda con la misma pintura blanca agrietada y gastada, detrás del frondoso arce plateado.

Sam y Sara, en ese pueblo donde nunca los habían visto, estaban sonrientes pero nerviosos, empequeñecidos.

Sara lanzó un chillido extraño, como si algo le hubiera dado un picotazo. Un par de personas del andén se volvieron a mirarla.

Por lo visto, no era más que la emoción.

—Vamos de largo y de corto, pero a juego de todas formas —dijo.

Al principio Juliet no entendió qué quería decir. Después lo comprendió: Sara llevaba una falda de lino negro que le llegaba hasta la pantorrilla y una chaqueta a juego. El cuello y los puños eran de tela verde lima brillante con lunares negros. Un turbante de la misma tela verde le cubría el pelo. Debía de haberse confeccionado ella misma el conjunto, o bien se lo había encargado a una modista. Los colores no la favorecían; parecía que un finísimo polvo de tiza se le hubiera posado sobre la piel.

Juliet llevaba un minivestido negro.

—Me preguntaba qué pensarías de mí, toda de negro en verano, como si fuera de luto —añadió Sara—. Y aquí estás tú, vestida igual. Estás muy elegante; soy una entusiasta de los vestidos cortos.

—Y del pelo largo —dijo Sam—. Una *hippy* en toda regla. —Se inclinó para ver la cara del bebé—. ¡Hola, Penelope!

—¡Es una muñeca! —exclamó Sara.

Se acercó para coger a Penelope, a pesar de que los brazos que asomaban de las mangas eran palillos demasiado frágiles para sostener semejante carga. No tuvieron que hacerlo porque Penelope, que se había puesto tensa al oír por primera vez la voz de la abuela, soltó un chillido y volvió la cabeza para esconderla en el cuello de Juliet.

Sara se echó a reír.

—¿Es que soy un espantajo?

De nuevo controló mal la voz, que pasaba de los agudos más extremos a desvanecerse por completo, lo cual atraía miradas. Eso era nuevo..., aunque quizá no del todo. Juliet supuso que la gente siempre se había fijado en la manera de hablar y reírse de la madre, pero en el pasado debían de haber reparado en los arranques de júbilo, un rasgo infantil y seductor (si bien no a todos debían de gustarles; probablemente decían que siempre quería llamar la atención).

—Está muy cansada —dijo Juliet.

Sam presentó a la joven que estaba detrás de ellos, a cierta distancia, como si se cuidara de que no la identificaran como integrante del grupo. Y lo cierto es que Juliet no había pensado que formara parte de él.

—Juliet, esta es Irene; Irene Avery.

Juliet alargó como pudo la mano mientras sostenía a Penelope y sujetaba la bolsa de pañales; cuando fue evidente que Irene no iba a estrechársela —o quizá no reparó en el ademán—, sonrió. Irene no le devolvió la sonrisa. Se quedó inmóvil, pero daba la impresión de que quería salir disparada.

—¡Hola! —dijo Juliet.

—Encantada de conocerte —contestó Irene en voz bastante audible pero con rostro inexpresivo.

—Irene es nuestra hada madrina —comentó Sara, y entonces sí cambió la cara de Irene. Frunció un poco el ceño, claramente abochornada.

No era tan alta como Juliet —que era alta—, pero sí más ancha de hombros y caderas, con brazos fuertes y barbilla que denotaba obstinación. Tenía el pelo moreno, espeso y esponjoso, y lo llevaba echado hacia atrás y recogido en una coleta; cejas pobladas y

más bien hostiles, y la clase de cutis que se broncea enseguida. Los ojos eran verdes o azules —un color claro sorprendente con esa piel—, profundos y difíciles de penetrar. Mantenía la cabeza ligeramente gacha y la cara vuelta hacia un lado. Su recelo parecía empedernido y premeditado.

—Trabaja muchísimo para ser un hada —apuntó Sam con su amplia sonrisa estratégica—. Digo a los cuatro vientos que lo hace.

En ese momento Juliet recordó que en las cartas le habían mencionado a una mujer que les ayudaba porque Sara perdía las fuerzas a ojos vista. Pero la había imaginado mucho mayor. Con toda seguridad Irene no era mayor que ella.

El coche era el mismo Pontiac que Sam había comprado de segunda mano hacía por lo menos diez años. La pintura azul original mostraba algunos rayones y se había desvaído en gran parte hasta parecer gris, y los efectos de la sal eran visibles en la herrumbre del borde inferior de la carrocería.

—La vieja yegua gris —dijo Sara, casi sin aliento tras el breve trayecto desde el andén.

—No nos ha abandonado —repuso Juliet.

Lo dijo con admiración, como por lo visto esperaban que hiciera. Había olvidado que eso era lo que ellos llamaban «coche», aunque ella misma le había dado ese nombre.

—¡Ah, no! Nunca nos ha abandonado —dijo Sara una vez que se hubo sentado, con ayuda de Irene, en el asiento trasero—. Ni nosotros la abandonaríamos nunca a ella.

Juliet se sentó en el asiento delantero y acomodó a Penelope, que empezaba a lloriquear otra vez. Dentro del coche el calor era sofocante aunque había estado aparcado con las ventanillas bajas a la escasa sombra de los álamos de la estación.

—La verdad es que estoy pensando en cambiarla por una furgoneta —comentó Sam mientras daba marcha atrás.

—No lo dice en serio —chilló Sara.

—Para el negocio —continuó Sam—. Sería mucho más práctica. Y haría propaganda cada vez que recorriera las calles con el nombre escrito en la puerta.

—Está de broma —insistió Sara—. ¿Cómo voy a ir yo por ahí en un coche que diga «Verdura fresca»? Ni que fuera una calabaza o un repollo.

—Cierra la boca, mujer —le dijo Sam—, o cuando lleguemos a casa estarás sin aliento. Después de casi treinta años de docencia en escuelas públicas de todo el país —diez años en la última—, Sam había decidido inesperadamente dejar la enseñanza y dedicarse a vender verduras, a tiempo completo. Siempre había cultivado una huerta grande y frambuesas en el terreno contiguo a la casa, y habían vendido lo que les sobraba a unos cuantos vecinos del pueblo. Pero, por lo visto, en adelante esa sería su manera de ganarse la vida: vender a verdulerías y quizá, con el tiempo, poner un tenderete a la entrada de casa.

—¿Lo dices en serio? —le susurró Juliet.

—Claro que sí, qué caramba.

—¿No echarás de menos la enseñanza?

—Ni loco. Estaba harto. Estaba hasta la coronilla.

Era cierto que durante todos esos años nunca le habían ofrecido el cargo de director en ninguna escuela. Juliet suponía que por eso estaba harto. Era un maestro excepcional, de esos cuyas payasadas y energía todos recordarían. Su sexto curso era distinto de todos los demás en la vida de sus alumnos. Sin embargo, lo habían postergado una y otra vez, casi con seguridad por ese mismo motivo. Consideraban que sus métodos socavaban la autoridad. Era fácil imaginar a las autoridades diciendo que no era el hombre indicado para ocupar la dirección; que haría menos daño donde estaba.

Le gustaba trabajar al aire libre, sabía cómo hablar con la gente, seguramente le iría muy bien vendiendo verduras.

Pero a Sara le horrorizaba la idea.

A Juliet tampoco le gustaba. No obstante, si había que tomar partido, se pondría de

parte de su padre. No quería considerarse una esnob.

Y lo cierto era que se veía a sí misma, y veía a Sam y a Sara, pero sobre todo se veía a sí misma y veía a Sam como personas que estaban por encima de cuantos los rodeaban. ¿Qué importaba, pues, que su padre se dedicara a vender verdura?

Sam empezó a hablar en voz más baja y con tono conspirativo.

—¿Cómo se llama?

Se refería a la pequeña.

—Penelope. Y no la llamaremos nunca Penny. Es Penelope.

—No, quería saber..., quería saber su apellido.

—Ah. Bueno, supongo que es Henderson-Porteous. O Porteous-Henderson. Pero ¿no será demasiado largo teniendo en cuenta que ya se llama Penelope? Lo sabíamos pero queríamos que se llamara Penelope. Habrá que arreglarlo de alguna manera.

—Vaya. De modo que le ha dado su apellido. Bueno, algo es algo. Quiero decir que me parece muy bien.

Juliet se quedó sorprendida solo un momento.

—¡Claro que se lo ha dado! —dijo aparentando que las palabras de su padre le hacían gracia y la habían dejado perpleja—. Es suya.

—Sí, claro. Claro. Pero dadas las circunstancias...

—No tengo en cuenta las circunstancias. Si te refieres a que no estamos casados, eso no significa absolutamente nada. Donde vivimos, entre la gente a la que conocemos, a nadie se le ocurre pensar en eso.

—Supongo que no —dijo Sam—. ¿Estaba casado con la primera?

Juliet les había hablado de la mujer de Eric, a quien él había cuidado durante los ocho años que vivió después del accidente de coche.

—¿Con Ann? Sí. Bueno, la verdad es que no lo sé. Pero sí. Creo que sí. Sí.

Sara gritó desde el asiento trasero:

—¿No sería buena idea parar a comprar un helado?

—Tenemos helado en la nevera de casa —contestó en voz alta Sam. Y para asombro de Juliet añadió en un susurro—: Llévala a cualquier sitio para darle un capricho y montará un numerito.

Las ventanillas seguían bajas, el aire caliente entraba en el coche. Era pleno verano; una estación que, por lo que Juliet veía, nunca llegaba a la costa occidental. Los árboles caducifolios se encorvaban en los lejanos confines de los campos hasta formar cuevas de sombra azul oscuro, y los sembrados y prados que se extendían ante ellos eran, bajo la despiadada luz del sol, dorados y verdes. Alubias, avena, trigo y maíz tiernos y vigorosos, que casi hacían daño a la vista.

—¿A beneficio de quién es la conferencia que mantenéis ahí delante? —dijo Sara—. Aquí atrás el viento no deja oír.

—Nada de particular —contestó Sam—. Le preguntaba a Juliet si su compañero sigue pescando.

Eric se ganaba la vida con la pesca del langostino desde hacía años. Durante un tiempo había cursado medicina. Aquello había llegado a su fin porque practicó un aborto a una amiga (no a una novia). Todo fue bien, pero la historia salió a la luz. Era algo que Juliet tenía pensado revelar a sus padres, que tenían ideas muy avanzadas. Tal vez quisiera presentar a Eric como un hombre con estudios, no un simple pescador. Pero ¿qué importaba eso ahora que Sam era verdulero? Además, había la posibilidad de que sus padres no fueran tan tolerantes como ella creía.

Vendía algo más que verduras frescas y frutos del bosque. Mermelada, zumo envasado, salsas, todo salía de la cocina. La mañana de la visita de Juliet, estaban elaborando mermelada de frambuesa. Irene, la encargada de la tarea, tenía la blusa húmeda de vapor o sudor, pegada a la piel entre los omóplatos. Muy a menudo echaba un vistazo al televisor, cuya mesa de ruedas habían llevado desde la sala hasta la

puerta de la cocina, de modo que había que sortearla para entrar. En la pantalla había un programa matutino infantil, dibujos animados de Bullwinkle. De vez en cuando Irene soltaba carcajadas ante las payasadas de los personajes y Juliet reía un poco para demostrar camaradería. Irene no se daba por enterada.

Había que despejar parte de la encimera para que Juliet hirviera y chafara el huevo del desayuno de Penelope, además de hacerse café y tostadas.

—¿Tienes sitio suficiente? —le preguntó Irene con voz dubitativa, como si Juliet fuera una intrusa cuyas exigencias no pudieran preverse.

De cerca, se veía la cantidad de vello negro que tenía en los antebrazos. También le crecía en las mejillas, junto a las orejas.

Observaba de reojo cuanto Juliet hacía; observó cómo toqueteaba los mandos de la cocina (al principio Juliet no recordaba cuál correspondía a cada fogón); observó cómo sacaba el huevo del cazo y le quitaba la cáscara (que se había pegado y salía en pedacitos pequeños, no en pedazos grandes, fáciles de retirar); observó cómo elegía el platillo donde lo iba a aplastar.

—Solo faltaría que lo tirara al suelo... —Se refería al platillo de porcelana—. ¿No tienes un plato de plástico para ella?

—La vigilaré —contestó Juliet.

Resultó que Irene también era madre. Tenía un hijo de tres años y una hija que pronto cumpliría los dos. Se llamaban Trevor y Tracy. El padre había muerto el verano anterior en un accidente ocurrido en la granja de pollos donde trabajaba. Irene era tres años menor que Juliet: tenía veintidós. La información sobre el marido y los hijos surgió en respuesta a las preguntas de Juliet, y fue fácil deducir la edad por lo que Irene dijo a continuación.

Cuando Juliet dijo «Lo siento» —refiriéndose al accidente del marido y pensando que había sido maleducada al curiosear y que era hipócrita al condolerse—, Irene contestó: «Sí. Muy oportuno; justo el día en que yo cumplía veintiún años», como si las desgracias fueran algo que se acumulara, igual que los dijes de una pulsera.

Una vez que Penelope hubo comido todo el huevo que estuvo dispuesta a aceptar, Juliet se la apoyó en la cadera para llevarla arriba.

A medio camino se dio cuenta de que no había lavado el platillo.

No tenía dónde dejar a la pequeña, que aún no caminaba pero sí gateaba a toda velocidad. Desde luego no podía dejarla ni cinco minutos en la cocina, con el agua hirviendo del esterilizador, la mermelada caliente y los cuchillos de picar; era demasiado pedir a Irene que la vigilara. Y al despertarse esa mañana Penelope se había negado de nuevo a hacer buenas migas con Sara. Así pues, Juliet la dejó en la escalera del desván —después de cerrar la puerta— para que jugara en los peldaños mientras ella iba a buscar el viejo parque. Afortunadamente Penelope era una experta en escalones.

La casa tenía dos plantas, con habitaciones de techo alto pero estrechas como cajas; o así le parecían ahora a Juliet. El tejado era de dos aguas, de inclinación muy pronunciada, de modo que se podía andar por el centro del desván. Juliet solía hacerlo de niña. Daba vueltas contándose algún cuento que hubiera leído, cuentos que modificaba o a los cuales añadía algo. Bailaba —también— ante un público imaginario. El público real se componía de muebles rotos o arrumbados; baúles viejos; un abrigo de piel de búfalo que pesaba muchísimo; la casita para golondrinas purpúreas (regalada a Sam por antiguos alumnos y que nunca había conseguido atraer a ninguna); el casco alemán que al parecer el padre de Sam había llevado al volver de la Primera Guerra Mundial; un cuadro de involuntaria comicidad, pintado por un aficionado, del *Empress of Ireland* hundiéndose en el golfo de San Lorenzo, con monigotes que salían volando en todas las direcciones.

Y allí, apoyado contra la pared, estaba *Yo y el pueblo*. Bien a la vista; no habían

intentado esconderlo. Y sin demasiado polvo, de modo que no llevaba mucho tiempo en el desván.

Dio con el parque tras unos minutos de búsqueda. Era un mueble muy bonito, pesado, con suelo de madera y barandillas altas. Encontró el cochecito de niños. Sus padres lo habían guardado todo con la esperanza de tener otro hijo. Sara había sufrido por lo menos un aborto. Los domingos por la mañana, al oír risas en la cama de sus padres, Juliet tenía la sensación de que la casa había sido invadida por un alboroto secreto y hasta vergonzoso, que no era conveniente para ella.

El cochecito era de los que se plegaban para convertirlos en silla de paseo. Juliet lo había olvidado, o no lo sabía. Sudorosa y cubierta de polvo, se puso manos a la obra para efectuar la transformación. Siempre le resultaban difíciles ese tipo de tareas, nunca entendía de inmediato cómo encajaban las piezas; podría haber bajado el chisme al jardín y pedido ayuda a Sam, si no hubiera sido por la idea de encontrarse con Irene. Los parpadeantes ojos claros de Irene, las miradas de soslayo pero fiscalizadoras, las manos habilidosas. Su manera de estar al acecho, en la que había algo que no era posible llamar desprecio. Juliet no sabía cómo llamarlo. Una actitud, de indiferencia pero intransigente, como la de los gatos.

Al fin consiguió dar forma a la sillita. Era voluminosa, casi el doble de grande que la que ella estaba acostumbrada a usar. Y estaba sucia, naturalmente. Y también lo estaba ella a esas alturas, y más aún Penelope, en los escalones. Justo al lado de la mano de la niña había algo en lo que Juliet no había reparado. Un clavo. La clase de objeto al que una no prestaba atención hasta que tenía una criatura en edad de llevárselo todo a la boca y de quien había que estar pendiente en todo momento.

Y ella no lo había hecho. Ahí todo la distraía. El calor, Irene, las cosas que le resultaban familiares y las que desconocía.

Yo y el pueblo.

—Vaya —dijo Sara—. Esperaba que no te dieras cuenta. No lo tomes a mal.

El solárium era ahora la habitación de Sara. Habían colocado persianas de bambú en todas las ventanas, por lo que el reducido cuarto, que antes formaba parte de la galería, estaba inundado de luz amarilla pardusca y de un calor uniforme. Sin embargo, Sara llevaba un pijama rosa de lana. El día anterior, en la estación, con las cejas pintadas, el lápiz de labios color frambuesa, el turbante y el traje, a Juliet le había parecido una anciana francesa (aunque no había visto muchas ancianas francesas), pero en ese momento, con los blancos mechones alborotados, los brillantes ojos ansiosos bajo cejas casi inexistentes, Sara parecía más bien una niña envejecida. Estaba reclinada sobre las almohadas y arropada hasta la cintura. Juliet la había acompañado al cuarto de baño poco antes y había descubierto que, a pesar del calor, llevaba calcetines y zapatillas en la cama.

Habían puesto una silla de respaldo alto junto a la cama, porque a Sara le resultaba más fácil de alcanzar que una mesilla de noche. Sobre el asiento había píldoras y otros medicamentos, polvo de talco, loción hidratante, una taza de té con leche a medio tomar, un vaso con restos de algún tónico oscuro, probablemente hierro. Encima de la cama había revistas: números antiguos de *Vogue* y de *Ladies' Home Journal*.

—No lo tomo a mal —contestó Juliet.

—Lo teníamos colgado. Estaba en la sala de atrás, junto a la puerta del comedor. Después papá lo descolgó.

—¿Por qué?

—A mí no me dijo nada. No me dijo que lo fuera a hacer. Un buen día vi que no estaba.

—¿Por qué querría descolgarlo?

—¡Ah! Le pasaría alguna idea por la cabeza.

—¿Qué idea?

—¡Ah! Creo que seguramente tenía algo que ver con Irene. Que pensó que a Irene

podría molestarle.

—No había nadie desnudo en el cuadro. No es como el Botticelli.

En efecto, en la sala de Sara y Sam colgaba un grabado de *El nacimiento de Venus*. Había sido objeto de bromas nerviosas años atrás, cuando invitaban a otros maestros a cenar.

—No. Pero era moderno. Creo que papá se sentía incómodo con él. Es posible que lo incomodara mirarlo cuando veía que Irene lo miraba. Puede que le preocupara que ella pudiera sentir... una especie de desprecio por nosotros. ¿Me entiendes? Que nos considerara unos bichos raros. No le gustaría que Irene pensara que somos esa clase de personas.

—¿La clase de personas que cuelgan esa clase de cuadros? ¿Quieres decir que le importa tanto lo que Irene piense de nuestros cuadros?

—Ya conoces a papá.

—A él no le preocupa estar en desacuerdo con los demás. ¿No era por eso por lo que tenía problemas en el trabajo?

—¿Cómo? Ah, sí. Puede estar en desacuerdo. Pero a veces es muy considerado. E Irene es... Papá es muy considerado con ella. Irene no tiene precio para nosotros.

—¿Acaso papá pensó que Irene dejaría de trabajar para vosotros porque teníais un cuadro extravagante?

—Yo lo habría dejado donde estaba, cariño. Valoro mucho todo lo que venga de ti. Pero papá...

Juliet no dijo nada. Desde que tenía nueve o diez años hasta alrededor de los catorce, Sara y ella habían tenido la misma opinión sobre Sam. «Ya sabes cómo es papá».

Era la época en que las dos hablaban de mujer a mujer. Intentaban hacer permanentes caseras en el pelo de Juliet, fino y rebelde; de las sesiones de costura salían vestidos distintos de los que llevaban las demás; cenaban sándwiches de mantequilla de cacahuete, tomate y mayonesa las noches en que Sam se quedaba en la escuela hasta tarde porque tenía una reunión. Sara contaba y volvía a contar anécdotas de los amigos y amigas de su adolescencia, las bromas que se hacían, lo bien que lo pasaban cuando también ella era maestra, antes de que el corazón empezara a fallarle. Anécdotas incluso anteriores, de cuando estaba en cama con fiebre reumática y tenía dos amigos imaginarios, Rollo y Maxine, que resolvían misterios, hasta asesinatos, como los personajes de ciertos libros para niños. Alusiones al ardoroso noviazgo con Sam, a los desastres con el coche prestado, a la vez que Sam se presentó en su casa disfrazado de vagabundo.

Sara y Juliet, siempre unidas, hacían dulce de azúcar, pasaban cintas por las puntillas de las enaguas. Y de repente Juliet no quiso saber nada de todo eso; prefería charlar con Sam por la noche en la cocina, preguntarle por los agujeros negros, la época de las glaciaciones, Dios. Detestaba que Sara cortara el hilo de las conversaciones con preguntas cándidas, ingenuas; que siempre quisiera desviar el tema hacia sí misma. Por eso las charlas tenían que ser ya entrada la noche y basarse en el acuerdo de que ni Sam ni ella las mencionarían. «Espera hasta que nos libremos de Sara». Claro que solo durante un tiempo.

Ese pensamiento llevaba consigo una advertencia: «Sé buena con Sara. Arriesgó su vida para que nacieras, merece la pena recordarlo».

—A papá no le importa estar en desacuerdo con quienes se encuentran por encima de él —dijo Sara tras un profundo suspiro—. Pero ya sabes cómo es con quienes están por debajo. Hace lo que sea para asegurarse de que no se sientan distintas de él; tiene que ponerse a su altura...

Juliet lo sabía, claro que sí. Sabía cómo hablaba Sam con el muchacho de la gasolinera, las bromas que hacía en la ferretería. Pero no dijo nada.

—Tiene que hacerles la pelota —añadió Sara con un súbito cambio de tono, un deje

trémulo de crueldad, una risilla.

Juliet limpió la sillita y salió con Penelope a dar un paseo por el pueblo. Tenía la excusa de que necesitaba cierta marca de jabón desinfectante suave para lavar los pañales; si usaba jabón corriente, a la niña podría irritársele la piel. Pero tenía otras razones, irreprimibles y vergonzosas.

Tomó el camino que había recorrido durante muchos años de su vida para ir a la escuela. Incluso cuando ya estaba en la universidad y volvía de visita a casa, era siempre la misma: una escolar. ¿Nunca dejaría de ir a la escuela? Alguien le preguntó eso mismo a Sam cuando ella acababa de ganar el Premio Interuniversitario de Traducción del Latín, y él contestó: «Me temo que no». Él mismo contó la anécdota. Que Dios lo librara de hablar de premios. Que lo hiciera Sara..., aunque era posible que hubiera olvidado por qué le habían dado el premio.

Y ahí estaba ella, redimida. Como cualquier otra joven que empujara el cochecito de su bebé. Preocupada por el jabón para los pañales. Y la suya era algo más que una hija. Era hija del amor. A veces hablaba así de Penelope, pero solo con Eric. Él lo tomaba a broma, ella lo decía en broma, porque desde luego vivían juntos, habían vivido juntos durante un tiempo y pensaban seguir juntos. El hecho de que no estuvieran casados no significaba nada para él, por lo que Juliet sabía, y a veces ella misma se olvidaba del asunto. Pero de vez en cuando... y sobre todo ahora, en casa, su condición de mujer soltera le producía un sentimiento de plenitud, un tonto arrebatado de gozo.

—Así que has ido a zascandilear por ahí —dijo Sam. (¿Había usado alguna vez la palabra «zascandilear»? Sara y Juliet decían «callejear»)—. ¿Has visto a algún conocido?

—Tenía que ir a la droguería —contestó Juliet—. Estuve hablando con el Pequeño Charlie.

La conversación tenía lugar en la cocina, pasadas las once de la noche. Juliet había concluido que era la mejor hora para preparar los biberones del día siguiente.

—¿Con el Pequeño Charlie? —dijo Sam, que siempre había tenido esa otra costumbre que ella ya no recordaba: la de seguir llamando a las personas por el apodo que les habían puesto en la escuela—. ¿Admiró al retoño?

—Claro.

—Faltaría más.

Sam estaba sentado a la mesa, bebiendo *whisky* de centeno y fumando un cigarrillo. Era una novedad que bebiera *whisky*. Como el padre de Sara había sido un borracho —no un alcohólico perdido, pues siguió ejerciendo su profesión de veterinario, pero sí lo suficiente para imponer el terror en el hogar y hacer que a la hija la horrorizara la bebida—, Sam nunca tomaba más que una cerveza en casa, por lo menos que Juliet supiera.

Juliet había ido a la droguería porque era el único sitio donde podía comprar el jabón para los pañales. No esperaba ver a Charlie, aunque la tienda era de la familia de este. Lo último que había sabido de él era que quería ser ingeniero. Ella se lo había comentado esa mañana, tal vez sin demasiado sentido de la oportunidad, pero él contestó con desparpajo y jovialidad que la cosa no había funcionado. Había echado tripa y comenzaba a ralearle el pelo, que era menos ondulado y lustroso que antes. Saludó a Juliet con entusiasmo y les dirigió tanto a ella y como a la niña cumplidos que lograron abochornarla, hasta el punto de que notó que le ardían la cara y el cuello, que sudaba ligeramente, durante toda la conversación. En el instituto él no había tenido tiempo para ella, se limitaba a dirigirle un saludo formal, porque siempre era afable con todo el mundo. Invitaba a salir a las alumnas más codiciadas, y, según le dijo, se había casado con una de ellas. Con Janey Peel. Tenían dos hijos, uno de la edad de Penelope, el otro mayor. Por esa razón, dijo, con una sinceridad que parecía deberse en parte a la situación de Juliet, por esa razón había abandonado la idea de ser

ingeniero.

Supo ganarse una sonrisa y un gorgorito de Penelope y charló con Juliet como padre de familia, como si la considerara alguien que ya estaba a su mismo nivel. Ella se sintió estúpidamente halagada y complacida. Pero había algo más en la atención que le dedicaba Charlie: la ojeada a la mano izquierda sin anillo de Juliet, la broma sobre su matrimonio con Janey. Y algo más. La evaluaba con disimulo; quizá la viera como a una mujer que exhibía el fruto de una vida sexual sin tapujos. Nada menos que Juliet. La bobalicona, la estudiosa.

—¿Se parece a ti? —preguntó al agacharse para mirar a Penelope.

—Se parece más al padre —contestó Juliet sin darle demasiada importancia, pero con un arrebatado de orgullo. El sudor le perlaba el labio superior.

—¿Sí? —Charlie se levantó y le habló en confianza—. Te voy a decir algo. Me pareció una vergüenza...

Juliet le contó a Sam:

—Me dijo que le parecía una vergüenza lo que te había pasado.

—¿Sí? ¿Eso dijo? ¿Y qué le contestaste?

—No supe qué decir. No sabía a qué se refería. Pero no quería que él se diera cuenta.

—No, claro.

Juliet se sentó a la mesa.

—Me apetece una copa pero no me gusta el *whisky*.

—¿Así que ahora tú también bebes?

—Vino. Elaboramos nuestro propio vino. En Whale Bay todo el mundo lo hace.

Entonces Sam le contó un chiste; un chiste que de ninguna manera le habría contado antes. Trataba de una pareja que iba a un motel y acababa con la frase: «Es lo que siempre les digo a las chicas de la escuela dominical: no hace falta beber ni fumar para pasar un buen rato».

Juliet se rio pero notó que le ardía la cara, como le había pasado con Charlie.

—¿Por qué dejaste el trabajo? —preguntó—. ¿Te despidieron por mi culpa?

—Anda ya. —Sam se echó a reír—. No creas que eres tan importante. No me despidieron. No me echaron.

—De acuerdo. Te fuiste tú.

—Eso es.

—¿No tuvo nada que ver conmigo?

—Me fui porque estaba hasta la mismísima coronilla de vivir siempre con la sogá al cuello. Hacía años que quería dejarlo.

—¿No tuvo nada que ver conmigo?

—De acuerdo —dijo Sam—. Tuve una discusión. Se decían cosas.

—¿Qué cosas?

—No tienes por qué saberlas. Y no te preocupes —añadió al cabo de un momento—. No me echaron. No podían echarme. Hay leyes. Es como te lo he contado; estaba dispuesto a irme de todos modos.

—Tú no te das cuenta —dijo Juliet—. No te das cuenta. No te das cuenta de lo estúpido que es esto ni de lo desagradable que es vivir en un sitio así, donde la gente dice cosas que, si se las contara a personas que conozco, no las creerían. Les parecería una broma.

—Bueno. Desgraciadamente tu madre y yo no vivimos donde vives tú. Vivimos aquí. ¿A ese compañero tuyo también le parece una broma? No quiero seguir hablando del asunto esta noche; me voy a la cama. Voy a ver cómo está tu madre y a acostarme.

—El tren de pasajeros... —dijo Juliet con renovada energía, hasta con desdén—. Todavía para en el pueblo. ¿No es así? No queráis que yo bajara aquí. ¿No es verdad?

El padre, que ya salía de la cocina, no contestó.

La luz de la última farola del pueblo cruzaba la cama de Juliet. Habían talado el enorme arce plateado para reemplazarlo por el ruibarbo que plantaba Sam. La noche anterior había dejado las cortinas corridas para que la cama quedara en sombras, pero esa noche necesitaba aire. Por eso tuvo que poner la almohada a los pies de la cama, igual que a Penelope, que dormía como un ángel pese a que le daba la luz en la cara.

Lamentaba no haber tomado un poco de *whisky*. Estaba rígida de decepción y rabia, escribiendo mentalmente una carta para Eric. «No sé qué hago aquí, no debí venir, tengo ganas de ir a casa».

A casa.

Apenas despuntaba el alba cuando la despertó el ruido del aspirador. Luego oyó una voz —la de Sam— que interrumpió el ruido, y volvió a dormirse. Cuando despertó más tarde pensó que debía de haber sido un sueño. De lo contrario también se habría despertado Penelope, y no lo había hecho.

La cocina estaba un poco más fresca esa mañana, ya no olía a fruta cocida. Irene ponía etiquetas a los frascos y los tapaba con tela de algodón a cuadros.

—Me ha parecido oír que pasabas el aspirador —dijo Juliet esforzándose por mostrarse jovial—. Debo de haberlo soñado. Eran apenas las cinco de la mañana.

Irene no contestó de momento. Estaba escribiendo una etiqueta. Escribía muy concentrada, mordiéndose los labios.

—Era ella —contestó cuando hubo terminado—. Despertó a tu padre, que tuvo que levantarse para que dejara el aspirador.

No parecía verosímil. El día anterior Sara solo había salido de la cama para ir al baño.

—Me lo ha contado él —dijo Irene—. Ella se despierta en plena noche y decide ponerse a hacer algo, y entonces él tiene que levantarse para obligarla a que pare.

—Serán arranques de energía —comentó Juliet.

—Sí. —Irene empezaba a escribir otra etiqueta. Cuando terminó, miró a Juliet—. Quiere despertar a tu padre y llamar la atención, eso es lo que pasa. Él está muerto de cansancio y tiene que levantarse de la cama para ir a atenderla.

Juliet se dio la vuelta. Puesto que no quería dejar a Penelope en el suelo —como si la criatura no fuera a estar segura allí—, se la apoyó en la cadera para sacar el huevo con una cuchara. Dio un golpecito a la cáscara, lo peló y lo aplastó con una mano.

Temía hablar mientras daba de comer a Penelope, por si su tono la asustaba y empezaba a chillar. Pero Irene intuyó algo. Con voz más contenida —si bien con un retintín desafiante—, dijo:

—Llegan a ese extremo. Cuando están tan enfermos no lo pueden remediar. No piensan más que en sí mismos.

Sara tenía los ojos cerrados, pero los abrió de inmediato.

—¡Oh, mis tesoros! —exclamó como si se riera para sus adentros—. Mi Juliet. Mi Penelope.

La niña parecía haberse acostumbrado a ella. Por lo menos esa mañana no lloró ni apartó la cara.

—Aquí —dijo Sara, y cogió una de sus revistas—. Siéntala y que se entretenga con esto.

Al principio Penelope se mostró indecisa; después cogió una página y la arrancó con todas sus fuerzas.

—Ya está —dijo Sara—. A los bebés les encanta destrozar revistas. Lo recuerdo.

En la silla junto a la cama había un cuenco de cereales Cream of Wheat casi sin tocar.

—¿No has desayunado? ¿No te apetecía eso?

Sara miró el cuenco como si fuera precisa una observación seria, pero no supo qué decir.

—No me acuerdo. No, supongo que no me apetecía. —Tuvo un breve ataque de risa y jadeos—. ¿Quién sabe? Se me habrá pasado por la cabeza que..., que tal vez ella esté

envenenándome.

Cuando se hubo recuperado, añadió:

—Lo he dicho en broma. Pero es inflexible. Irene. No debemos subestimarla..., a Irene, digo. ¿Has visto los pelos que tiene en los brazos?

—Como pelos de gato —contestó Juliet.

—Como los de mofeta.

—Esperemos que no caiga ninguno en la mermelada.

—No me hagas..., no me hagas reír más...

Penelope estaba tan ensimismada destrozando revistas que al poco rato Juliet pudo dejarla con Sara y llevar el cuenco a la cocina. Sin pronunciar palabra, se puso a preparar ponche de huevo. Irene entraba y salía, llevando cajas con frascos de mermelada al coche. En los escalones traseros, Sam quitaba con la manguera la tierra adherida a las patatas recién sacadas. Había empezado a canturrear, demasiado bajito al principio para que se oyeran las palabras. Cuando Irene subió los escalones, alzó la voz.

Buenas noches, Irene,

buenas noches, Irene,

buenas noches, Irene; buenas noches, Irene,

te veré en sueños.

Ya en la cocina, Irene se volvió y gritó:

—No cante esa canción que habla de mí.

—¿Qué canción habla de ti? —dijo Sam con fingido asombro—. ¿Quién canta una canción que habla de ti?

—Usted. Usted, ahora mismo.

—Ah, esa canción. ¿Esa canción que habla de Irene? ¿La chica de la canción? Caray... No me acordaba de que tú también te llamas así.

Volvió a empezar, pero canturreando para sí, en sordina. Irene lo escuchaba ruborizada, con el pecho agitado, a la espera de captar alguna palabra.

—No cante nada que tenga que ver conmigo. Si pronuncia mi nombre, se refiere a mí.

De pronto Sam cantó a pleno pulmón.

Me casé el sábado por la noche,

mi mujer y yo nos establecimos...

—¡Basta! ¡Cállese! —gritó Irene con los ojos desorbitados, soliviantada—. Si no se calla ahora mismo, saldré y lo rociaré con la manguera.

Esa tarde Sam iba a repartir la mermelada en varios colmados y unas cuantas tiendas de regalos que le habían hecho encargos. Invitó a Juliet a acompañarlo. Había comprado una sillita flamante para llevar a Penelope en el coche.

—Es la única cosa que no teníamos en el desván —dijo—. No sé si las había cuando tú eras pequeña. De todos modos daba igual. No teníamos coche.

—¡Es fantástica! —exclamó Juliet—. Espero que no te haya costado una fortuna.

—Es una bagatela —contestó Sam mientras la ayudaba a subir al coche.

Irene estaba en la huerta recogiendo más frambuesas. Esas eran para pasteles. Sam hizo sonar dos veces la bocina y se despidió con la mano al salir. Irene decidió responder y levantó el brazo como si ahuyentara a una mosca.

—Esa chica es una joya —comentó Sam—. No sé si habríamos podido sobrevivir sin ella. Pero supongo que a ti te parecerá bastante tosca.

—Casi no la conozco.

—No. Te tiene mucho miedo.

—Seguro que no.

Juliet quiso decir algo elogioso o al menos neutral sobre Irene y preguntó cómo había muerto el marido en la granja de pollos.

—No sé si era un delincuente o solo un inmaduro. El caso es que se juntó con una

pandilla de gamberros que decidieron dedicarse a robar pollos y, como es lógico, cuando lo intentaron se disparó la alarma, el granjero salió con un rifle y, se propusiera o no matarlo, lo mató.

—¡Dios mío!

—Irene y sus parientes políticos llevaron el caso a los tribunales, pero el granjero salió bien parado. Bueno, era de esperar. Debió de ser duro para Irene. Aunque por lo visto el marido no era ninguna alhaja.

Juliet convino en que debía de haber sido muy duro para ella y le preguntó si Irene había sido alumna suya en la escuela.

—No, no, no. Por lo que sé, apenas fue a la escuela.

Contó que la familia de Irene había vivido al norte, cerca de Huntsville. Sí. Cerca de allí. Un día fueron todos al pueblo. Padre, madre y críos. El padre dijo que tenía cosas que hacer y que se reuniría con ellos más tarde. Les dijo dónde. Y cuándo. Estuvieron dando vueltas, sin dinero, hasta la hora acordada. Y el hombre no apareció.

—No tenía la menor intención de aparecer. Los abandonó. De modo que tuvieron que recurrir a la asistencia social. Vivieron en una choza, en el campo, donde la vida era más barata. La hermana mayor de Irene, que era el puntal de la familia, más que la madre, creo yo, murió de un ataque de apendicitis. Fue imposible llevarla al pueblo, había una tormenta de nieve y no tenían teléfono. Irene no quiso volver a la escuela porque, en cierto modo, la hermana la protegía de los demás niños, que se portaban mal con ellas. Puede que parezca una persona dura, pero supongo que no siempre ha sido así. Incluso es posible que ahora no sea más que una pose.

Y, continuó Sam, la madre de Irene se ocupaba de los hijitos de esta pero, mira por dónde, al cabo de tantos años el padre había reaparecido e intentaba convencer a la madre de que volviera con él, y si eso ocurriera Irene no sabría qué hacer, porque no quería que sus hijos estuvieran con ese hombre.

—Los niños son una ricura. La niña tiene el paladar hendido, ya la han operado una vez, pero necesitará otra operación más adelante. Quedará bien. Pero no deja de ser un problema más.

Un problema más.

¿Qué le pasaba a Juliet? No sentía verdadera compasión. La sublevaba, en lo más hondo de sí misma, esa letanía de infortunios. Era demasiado. Cuando salió a relucir el paladar hendido, habría querido protestar. «Demasiado».

Sabía que hacía mal, pero la sensación persistía. Temía decir algo más, no fuera a ser que sus palabras traicionaran la dureza de su corazón. Temía decirle a Sam: «¿Qué tienen de maravilloso todas estas desgracias? ¿Acaso la convierten en una santa?». O podía decir —y sería del todo imperdonable—: «Espero que no pretendas mezclarnos con gente así».

—Te aseguro —dijo Sam— que cuando vino para ayudarnos yo ya no sabía qué hacer. El otoño pasado tu madre era una verdadera calamidad. No es que se desentendiera de todo. No. Habría sido mejor. Habría sido mejor que no hubiera hecho nada. Lo que hacía era empezar una tarea que luego se veía incapaz de terminar. Una y otra vez. Claro que eso no era del todo nuevo. Quiero decir que antes yo también tenía que estar detrás de ella, cuidarla y ayudarla en las faenas domésticas. Lo hacíamos los dos, tú y yo, ¿te acuerdas? Siempre fue esa niña dulce y bonita, enferma del corazón, y estaba acostumbrada a que la atendieran. A lo largo de los años he pensado alguna vez que podría haberse esforzado más.

»Pero todo fue de mal en peor... Llegó un punto en que al volver a casa me encontraba la lavadora en medio de la cocina y la ropa mojada esparcida por todas partes. Y cualquier desastre culinario que ella había empezado y abandonado, carbonizado en el horno. Temía que ella misma se prendiera fuego. Que ardiera la casa. Le decía una y otra vez: quédate en la cama. Pero ella no quería, armaba un escándalo y lloraba.

Intenté que acudieran a ayudarnos un par de muchachas y no lograron manejarla. Y en eso..., apareció Irene.

»Irene —repitió con un sonoro suspiro—. Bendigo aquel día. Lo confieso. Bendigo aquel día.

Añadió que, como todo lo bueno, aquello debía llegar a su fin. Irene se iba a casar. Con un viudo de cuarenta o cincuenta años. Un granjero. Se suponía que tenía dinero y, por el bien de Irene, Sam esperaba que fuera cierto. Porque el hombre no tenía muchos más méritos.

—¡Te lo juro por Dios! Por lo que he visto, no le queda más que un diente. Mala señal, en mi opinión. Es demasiado orgulloso o tacaño para hacerse una dentadura postiza. Quien iba a decirlo..., una muchacha espléndida como ella.

—¿Cuándo es la boda?

—En otoño, no sé qué día. En otoño.

Penelope había dormido todo ese tiempo: se había quedado dormida en la sillita en cuanto el coche se puso en marcha. El cristal de las ventanillas delanteras estaba bajado y Juliet olía el heno recién cortado y empacado... Ya nadie hacía almiares. Quedaban en pie algunos olmos, ahora prodigios aislados.

Se detuvieron en una aldea levantada a lo largo de una única calle en un valle estrecho. En las laderas del valle asomaban rocas: era el único sitio en muchas millas a la redonda donde se veían rocas tan grandes. Juliet recordaba haber estado allí cuando había un parque donde cobraban entrada. El parque tenía una fuente y un salón de té que servía tarta de frambuesas, helados... y sin duda otras golosinas que no recordaba. Las cuevas formadas en las rocas llevaban el nombre de los Siete Enanitos. Sam y Sara se habían sentado en el suelo junto a la fuente, a comer los helados, y ella se precipitó a explorar las cuevas. (Que desde luego no eran gran cosa; tenían poca profundidad). Quiso que la acompañaran, pero Sam dijo: «Ya sabes que tu madre no puede trepar».

«Anda, ve tú —la animó Sara—. Vuelve y cuéntanos lo que has visto». Iba de punta en blanco. Falda negra de tafetán que se extendía a su alrededor sobre la hierba. Se llamaban faldas de campana.

Debió de ser un día especial.

Cuando Sam salió de la tienda Juliet se lo preguntó. Él no se acordaba al principio. Luego sí. Un buen timo, dijo. No sabía cuándo había desaparecido.

Juliet no vio ningún rastro de la fuente ni del salón de té en toda la calle.

—Una portadora de paz y orden —dijo Sam, y ella tardó un momento en darse cuenta de que seguía hablando de Irene—. Arrima el hombro en lo que sea. Corta la hierba y trabaja con la azada en el huerto. Todo lo hace con empeño y cree que es un privilegio hacerlo. Es algo que nunca deja de asombrarme.

¿Cuál había sido el motivo de aquellas horas de esparcimiento? ¿Un cumpleaños?

¿Un aniversario de boda?

Sam hablaba con vehemencia, hasta con solemnidad, por encima del ruido del coche, al que le costaba subir la montaña.

—Me ha devuelto la fe en las mujeres.

Sam entraba corriendo en las tiendas después de decirle a Juliet que no tardaría más de un minuto, y al cabo de un buen rato regresaba diciendo que no había podido zafarse. La gente tenía ganas de hablar, la gente había hecho acopio de chistes para contárselos. Algunos salían con él para ver a su hija y a la pequeña.

—Así que esa es la muchacha que habla latín —dijo una mujer.

—Últimamente lo tiene un poco olvidado —contestó Sam—. Ahora tiene con qué entretenerse.

—Desde luego —dijo la mujer, que estiró el cuello para echar un vistazo a Penelope—. Pero ¿no son una bendición? ¡Ay, los chiquitines!

Juliet había pensado que tal vez le hablaría a Sam de la tesis, que tenía previsto reanudar, aunque por el momento solo fuera un sueño. Esos temas surgían espontáneamente entre ellos. Con Sara no. Sara decía: «Ahora cuéntame qué estás estudiando». Juliet se lo decía de forma resumida y Sara podía preguntarle cómo conseguía recordar todos esos nombres griegos. En cambio Sam sabía de lo que ella hablaba. En la universidad Juliet contaba que su padre le había explicado qué significaba «taumaturgia» cuando, a los doce o trece años, ella había tropezado con la palabra. Le preguntaban si su padre era un erudito.

«Claro —contestaba ella—, es maestro de sexto».

Ahora tenía la sensación de que él intentaría desanimarla sutilmente. Y quizá no tan sutilmente. Podría usar las palabras «poco realista». Declarar que había olvidado cosas que ella no podía creer que su padre hubiera olvidado.

O tal vez sí lo hubiera hecho. En la cabeza de Sam se habían cerrado algunas cámaras, velado las ventanas; lo que había dentro era a su juicio demasiado inútil, demasiado vergonzoso, para exponerlo a la luz del día.

Juliet habló con mayor aspereza de la que pretendía.

—¿Quiere casarse? Irene... ¿quiere casarse?

La pregunta, formulada en ese tono y después de un prolongado silencio, sobresaltó a Sam.

—No lo sé —contestó. Y al cabo de un momento añadió—: Me extrañaría que quisiera.

—Pregúntaselo —señaló Juliet—. Sin duda tendrás ganas de preguntárselo, dado lo que sientes por ella.

Permanecieron un par de millas en silencio. Era evidente que lo había ofendido.

—No sé de qué hablas —dijo él.

—Feliz, Gruñón, Mudo, Dormilón, Mocososo —dijo Sara.

—Sabio —añadió Juliet.

—Sabio. Sabio. Feliz, Mocososo, Sabio, Gruñón, Tímido, Mocososo... No. Mocososo, Tímido, Sabio, Gruñón... Dormilón, Feliz, Sabio, Tímido...

Sara, que iba contando con los dedos, dijo:

—¿Me han salido ocho? Fuimos allí más de una vez. Lo llamábamos el Santuario del Pastel de Frambuesas... Ah, cuánto me gustaría volver.

—Pues no hay nada —dijo Juliet—. Ni siquiera pude descubrir dónde estaba.

—Seguro que yo lo habría localizado. ¿Por qué no he ido con vosotros? Un paseo veraniego. ¿Qué fuerzas hacen falta para dar una vuelta en coche? Papá siempre dice que no tengo fuerzas.

—Fuiste a esperarme.

—Sí. Pero él no quería que fuera. Tuve que hacer una escena.

Manoteó alrededor para colocarse las almohadas detrás de la cabeza, pero no lo consiguió y Juliet tuvo que ayudarla.

—¡Maldita sea! ¡Menuda piltrafa estoy hecha! De todos modos, creo que podría darme un baño. ¿Y si viene alguien?

Juliet preguntó si esperaba alguna visita.

—No. Pero ¿y si viniera alguien?

Juliet la llevó al cuarto de baño y Penelope las siguió a gatas. Cuando el agua estuvo lista y la abuela dentro de la bañera, Penelope decidió que el baño tenía que ser también para ella. Juliet la desvistió, y la niña y la anciana se bañaron juntas. Sin embargo Sara, desnuda, no parecía una anciana, sino más bien una muchacha envejecida; una muchacha que hubiera sufrido una extraña enfermedad que la hubiera consumido, marchitado.

Penelope aceptaba la presencia de la abuela sin alarmarse, pero sujetaba con fuerza su pastilla de jabón amarillo con forma de pato.

Estando en la bañera Sara se decidió por fin a preguntar, con suma circunspección, por

Eric.

—Estoy segura de que es un buen hombre —dijo.

—A veces —contestó Juliet con naturalidad.

—Se portó muy bien con su primera esposa.

—Su única esposa —la corrigió Juliet—. Hasta ahora.

—Pero estoy segura de que ahora que tenéis esta niña..., sois felices, quiero decir. Estoy segura de que sois felices.

—Todo lo que se puede ser cuando se vive en pecado —repuso Juliet, que sorprendió a la madre escurriéndole una esponja en la cabeza enjabonada.

—Eso es lo que quiero decir —afirmó Sara después de agacharse y taparse la cara con un chillido de placer—. ¿Juliet?

—¿Sí?

—Sabes que no hablo en serio cuando digo pestes de papá. Sé que me quiere. Pero es desdichado.

Juliet soñó que volvía a ser niña y que estaba en esa casa, aunque la disposición de las habitaciones era distinta. Miraba por la ventana de uno de esos cuartos desconocidos y veía un arco de agua centelleante en el aire. El agua salía de una manguera. Su padre, que le daba la espalda, regaba el huerto. Entre los frambuesos aparecía y desaparecía una silueta, que al cabo de un rato se veía que era Irene, aunque una Irene más infantil, ágil y alegre. Esquivaba el agua que salía de la manguera. Se escondía, volvía a aparecer; la mayoría de las veces lograba librarse, pero el chorro siempre la alcanzaba por un instante antes de que huyera corriendo. El juego debía de ser divertido pero, tras la ventana, Juliet lo observaba con repugnancia. El padre le daba la espalda en todo momento, y aun así ella creía —en cierto modo veía— que mantenía la manguera baja delante del cuerpo y que solo era la boquilla lo que movía a un lado y a otro.

El sueño estaba impregnado de un horror viscoso. No del tipo de horror que manifiesta sus formas en la superficie de la piel, sino del que se enrosca dentro de los conductos sanguíneos más estrechos.

Cuando se despertó, la sensación perduraba. El sueño le pareció vergonzoso. Obvio, banal. Una sucia complacencia de su propia creación.

Por la tarde se oyó un golpe en la puerta principal. Nadie utilizaba esa puerta; a Juliet le costó abrirla.

El hombre plantado en la entrada llevaba una camisa amarilla de manga corta bien planchada y pantalones color beige. Era quizá un poco mayor que ella, alto pero de aspecto frágil y pecho ligeramente hundido. Saludó con gesto rotundo y sonrisa imperturbable.

—Vengo a ver a la señora de la casa —dijo.

Juliet no le invitó a pasar y se dirigió al solárium.

—Hay un hombre en la puerta —anunció—. Querrá vendernos algo. ¿Me lo quito de encima?

Sara se levantó con esfuerzo.

—No, no —contestó jadeando—. Arréglame un poco, por favor. Le he oído la voz. Es Don. Es mi amigo Don.

Don ya había entrado en la casa y se lo oía cerca del solárium.

—Nada de cumplidos, Sara. Soy yo. ¿Estás presentable?

Con semblante feliz y entusiasta, Sara estiró la mano hacia el cepillo del pelo y, al no poder alcanzarlo, se pasó los dedos por el cabello. Su voz sonó alegre.

—Me temo que estoy todo lo presentable que puedo estar. Adelante.

El hombre entró y se precipitó hacia Sara, que alzó los brazos hacia él.

—Hueles a verano —dijo ella—. ¿Qué es? —Le toqueteó la camisa—. Olor a planchado. A algodón planchado. ¡Caramba, qué agradable!

—La he planchado yo mismo. Sally está en la iglesia trajinando con las flores. No ha quedado mal, ¿eh?

—Está muy bien —contestó Sara—. Pero por poco no te dejan entrar. Juliet te ha tomado por un vendedor. Juliet es mi hija. Mi querida hija. Te lo dije, ¿no? Te dije que iba a venir. Don es mi pastor, Juliet. Mi amigo y pastor.

Don se irguió y tomó la mano de Juliet.

—Qué bien que estés aquí. Me alegro mucho de conocerte. Y en realidad no ibas muy desencaminada. Soy una especie de vendedor.

Juliet sonrió educadamente ante la broma de Don.

—¿De qué iglesia es usted pastor?

La pregunta hizo reír a Sara.

—¡Ay, querida! Vas a descubrir el pastel.

—Soy de Trinity —respondió Don con su imperturbable sonrisa—. Y en cuanto a descubrir el pastel..., no es ninguna novedad para mí que Sam y Sara no van a ninguna iglesia de la comunidad. De todas maneras empecé a venir porque tu madre es una mujer encantadora.

Juliet no recordaba si Trinity pertenecía a la Iglesia anglicana o a la Iglesia unida.

—¿Por qué no le ofreces a Don una silla aceptable, cariño? Está ahí plantado delante de mí como una cigüeña. ¿Un refresco, Don? ¿Te apetece un ponche? Juliet me prepara unos ponches deliciosos. No. Seguramente es demasiado pesado. Acabas de entrar del calor del día. ¿Té? También es caliente. ¿Un zumo? ¿Qué zumos tenemos, Juliet?

—Solo quiero un vaso de agua —dijo Don—. Lo agradecería.

—¿De verdad no te apetece té? —Sara estaba casi sin aliento—. Pues yo sí lo tomaría. Podrías tomar media taza, ¿no te parece, Juliet?

A solas en la cocina —en el huerto se veía a Irene, que ese día trabajaba con la azada alrededor de los guisantes—, Juliet se preguntaba si lo del té era una excusa para hacerla salir de la habitación y tener unas palabras en privado. Unas palabras en privado..., ¿tal vez incluso una breve oración? La idea la ponía enferma.

Ni Sam ni Sara habían pertenecido nunca a ninguna Iglesia, aunque Sam le había dicho a alguien, al principio de vivir allí, que eran druidas. Había corrido la voz de que pertenecían a una iglesia sin representación en el pueblo, dato que les sirvió para superar el aprieto de no tener ninguna religión. Juliet había asistido durante un tiempo a la escuela dominical de la Iglesia anglicana solo porque tenía una amiga anglicana. En el colegio Sam nunca se había rebelado contra la obligación de leer la Biblia y rezar el padrenuestro todas las mañanas, como tampoco se negaba a cantar el «God Save the Queen».

«Hay momentos en los que vale la pena arriesgarse y otros en los que no —decía—. Si los complaces de ese modo, tal vez puedas explicarles a los críos un par de cosas sobre la evolución».

Sara se había interesado una vez por la fe bahai, pero Juliet creía que ese interés se había desvanecido.

Preparó suficiente té para los tres y encontró galletas integrales en la alacena, además de la bandeja de latón que Sara sacaba en las grandes ocasiones.

Don aceptó una taza y se bebió de un trago el agua helada que Juliet no había olvidado llevarle, pero negó con la cabeza al ver las galletas.

—No, gracias.

Pareció decirlo con un énfasis especial. Como si la devoción se lo impidiera.

Le preguntó a Juliet dónde vivía, cómo era el clima de la costa occidental, en qué trabajaba su marido.

—Es pescador de langostinos, pero no es mi marido —contestó ella con tono amable. Don asintió. Ah, sí.

—¿Es bravo el mar allí?

—A veces.

—Whale Bay. Nunca había oído hablar de ese pueblo, pero ahora lo recordaré. ¿A qué iglesia vais en Whale Bay?

—No vamos. No vamos a la iglesia.

—¿No hay cerca ninguna iglesia de vuestra religión?

Sonriente, Juliet negó con la cabeza.

—No existe ninguna iglesia de nuestra religión. No creemos en Dios.

La taza de Don repiqueteó un poco cuando la dejó en el platillo. Dijo que lamentaba oír eso.

—Lamento de verdad oír eso. ¿Cuánto tiempo hace que piensas así?

—No lo sé. Desde que reflexioné en serio sobre el asunto.

—Y tu madre me ha dicho que tenéis un hijo. Una niña, ¿verdad?

Juliet dijo que sí, que tenía una hija.

—¿Y no la habéis bautizado? ¿Pretendéis criarla como pagana?

Juliet dijo que suponía que algún día Penelope se formaría su propia opinión sobre el tema.

—Pero, sí, pretendemos criarla sin ninguna religión. Sí.

—Es triste —musitó Don—. Es triste por vosotros. Tú y tu..., comoquiera que lo llames, habéis decidido rechazar la gracia de Dios. Bien. Sois adultos. Pero negársela a la niña... es como negarle el alimento.

Juliet estaba a punto de perder la compostura, lo notaba.

—Pero es que no creemos —dijo—. No creemos en la gracia de Dios. No es lo mismo que negarle el alimento; es negarse a criarla en la mentira.

—Mentira. A lo que creen millones de personas en todo el mundo lo llamas mentira.

¿No te parece un poco soberbio decir que Dios es mentira?

—Millones de personas no creen en él. Se limitan a ir a la iglesia —replicó Juliet con la voz encendida—. Se limitan a no pensar. Si hay Dios, entonces Dios me dio un cerebro, ¿y no querrá acaso que lo use?

»Además —añadió procurando contenerse—, millones de personas creen en otras cosas. En Buda, por ejemplo. ¿Y por qué va a ser verdad cualquier cosa que crean millones de personas?

—Cristo está vivo —dijo Don de inmediato—. Buda no.

—Eso no es más que palabrería. ¿Qué significa? Yo no veo pruebas de que ninguno de los dos esté vivo.

—Tú no las ves. Pero otros sí las ven. ¿Sabes que Henry Ford, Henry Ford II, que tiene todo lo que cualquiera puede desear en la vida, se arrodilla y reza a Dios todas las noches?

—¿Henry Ford? —exclamó Juliet—. ¿Henry Ford? ¿Qué me importa a mí Henry Ford?

La discusión estaba tomando el rumbo que todas las discusiones de ese tipo están destinadas a tomar. La voz del pastor, que al principio reflejaba más pena que furia —aunque en todo momento transmitía una convicción férrea—, adoptó un tono estridente y severo, mientras Juliet, que había empezado, según creía ella, ofreciendo una resistencia razonable —con calma, sagacidad y exasperante cortesía—, era presa de una cólera fría y mordaz. Los dos lanzaban argumentos y refutaciones más ofensivas que provechosas.

Entretanto Sara mordisqueaba una galleta integral sin mirarlos. De vez en cuando se estremecía, como si las palabras la hirieran, pero ellos no se daban cuenta.

Lo que puso fin a la discusión fueron los aullidos de Penelope, que se había despertado mojada y se había quejado bajito durante un rato, luego con más fuerza y, por último, con furia. Sara fue la primera en oírla y trató de llamarles la atención.

—Penelope —dijo con un hilo de voz; después, con más brío—: Juliet, Penelope.

Juliet y el pastor la miraron distraídos, y a continuación él dijo, bajando repentinamente la voz:

—Tu bebé.

Juliet salió corriendo de la habitación. Temblaba cuando levantó a Penelope, a punto estuvo de pincharla al ponerle el pañal limpio. La niña dejó de llorar, no porque se sintiera mejor, sino porque la alarmó que la trataran de manera tan brusca. Sus grandes ojos húmedos, su mirada de asombro, sacaron del ensimismamiento a Juliet, que intentó calmarse, le habló con toda la dulzura de que era capaz, la cogió en brazos y la paseó por el pasillo de arriba. Penelope no se tranquilizó de inmediato, pero al cabo de unos minutos empezó a desaparecer la tensión de su cuerpo.

Juliet sintió que le ocurría lo mismo y, cuando creyó que ambas habían recuperado cierto control y serenidad, llevó a Penelope abajo.

El pastor había salido de la habitación de Sara y la estaba esperando. Con una voz que tal vez fuera contrita pero que de hecho parecía temerosa, dijo:

—Qué niña más guapa.

—Gracias —contestó Juliet.

Pensó que a continuación se despedirían como era debido, pero algo retenía al pastor. Continuaba mirándola, no se movía. Estiró la mano como si quisiera cogerla por el hombro; luego la bajó.

—¿Sabes si tenéis...? —dijo, y sacudió ligeramente la cabeza.

El «tenéis» sonó vacilante.

—Zummm —dijo, y se llevó la mano a la garganta. Señaló en dirección a la cocina.

Lo primero que se le ocurrió a Juliet fue que estaba borracho. Al pastor le bamboleaba levemente la cabeza, tenía los ojos velados. ¿Había llegado borracho, había traído algo en el bolsillo? Entonces se acordó. Una chica, una alumna de la escuela donde había dado clases durante seis meses. Esa chica era diabética y sufría ataques: se le trababa la lengua, se angustiaba y se tambaleaba si pasaba demasiado tiempo sin comer algo. Se apoyó a Penelope en la cadera, cogió del brazo al pastor y lo llevó a la cocina. Zumo. Era lo que le habían dado a la niña, era lo que pedía él.

—Un momento, un momento, enseguida estará bien —dijo.

Él se mantenía derecho, con las manos apoyadas en la encimera, la cabeza gacha.

No había zumo de naranja —Juliet recordó que le había dado el último que quedaba a Penelope esa mañana y que había pensado que debía comprar más—, pero vio una botella de refresco de uvas, que a Sam y a Irene les gustaba beber cuando volvían de trabajar en el huerto.

—Tenga —dijo. Arreglándoselas con una sola mano, como estaba acostumbrada a hacer, llenó un vaso—. Tenga. —Mientras él bebía, añadió—: Lo siento. No hay zumo. Pero lo importante es el azúcar, ¿no? Necesita tomar azúcar, ¿verdad?

El pastor bebió y asintió:

—Sí. Azúcar. Gracias.

Ya tenía más clara la voz. Juliet recordó que a la chica de la escuela le pasaba lo mismo: se recuperaba con una rapidez milagrosa. Pero antes de que él se recuperara del todo, o volviera a ser dueño de sí mismo, mientras todavía tenía la cabeza inclinada, la miró a los ojos. No lo hizo a propósito, al parecer, sino por casualidad. Su mirada no era de agradecimiento ni de perdón; no era una mirada en absoluto personal, sino la mirada perdida de un animal atónito, fija en cualquier cosa que pudiera encontrar.

En cuestión de segundos los ojos y la cara se convirtieron en los del hombre, los del pastor, que dejó el vaso y huyó de la casa sin decir palabra.

Cuando Juliet fue a buscar la bandeja del té, Sara estaba dormida o simulaba estarlo. Los límites entre el sueño, la somnolencia y la vigilia eran tan tenues en su caso que resultaba difícil distinguirlos. Fuera como fuese, habló; con poco más que un susurro,

dijo:

—¿Juliet?

Juliet se detuvo en el vano de la puerta.

—Pensarás que Don es... más bien necio —dijo Sara—. Pero no está bien. Es diabético. La cosa es grave.

—Sí.

—Necesita tener fe.

—Un refugio —comentó Juliet, pero en voz baja, y seguramente Sara no la oyó, porque siguió hablando.

—Mi fe no es tan simple —dijo con voz temblorosa (y en ese momento, a juicio de Juliet, estudiadamente patética)—. No sé cómo explicarlo. Es... Solo puedo decir que es algo. Es un algo maravilloso. Cuando lo paso mal, cuando lo paso verdaderamente mal, ¿sabes lo que pienso? Pienso: Muy bien. Pienso: Pronto. Pronto veré a Juliet.

Temido (queridísimo). Eric:

¿Por dónde empezar? Estoy bien y Penelope también. Dadas las circunstancias. Camina con mucha seguridad alrededor de la cama de Sara pero todavía le da miedo lanzarse sin apoyo. El calor del verano es increíble, comparado con el de la costa occidental. Incluso cuando llueve. Es bueno que llueva porque Sam está metido de lleno en el negocio de la venta de verduras. El otro día fui con él, en esa antigualla que tiene como vehículo, a repartir frambuesas frescas, mermelada de frambuesas (hecha por una especie de Ilse Koch joven que habita nuestra cocina) y patatas recién arrancadas, las primeras de la temporada. Está entusiasmado. Sara se queda en la cama y dormita o lee números atrasados de revistas. Vino un pastor a visitarla y los dos nos enzarzamos en una discusión estúpida sobre la existencia de Dios o algún otro tema igual de candente. Nuestra estancia aquí va bien aunque...

Juliet encontró esta carta años después. Eric debía de haberla conservado por casualidad: no tenía especial importancia en sus vidas.

Volvió una vez más a la casa de su infancia, para asistir al entierro de Sara, poco después de haber escrito esa carta. Irene ya no estaba, y Juliet no recordaba haber preguntado qué había sido de ella, ni tampoco que se lo hubieran dicho. Lo más probable era que se hubiera casado. Como hizo Sam al cabo de dos años. Se casó con una maestra que había sido compañera suya, una mujer simpática, bonita, competente. Vivían en la casa de ella; Sam echó abajo la que había compartido con Sara y amplió la huerta. Cuando su esposa se jubiló, compraron una caravana y empezaron a hacer viajes largos en invierno. Visitaron dos veces a Juliet en Whale Bay. Eric los llevó en la barca. Sam y él se llevaban bien. Como Sam decía, eran uña y carne.

Cuando leyó la carta, Juliet se estremeció, como le ocurre a cualquiera al descubrir la voz conservada y turbadora de un yo pasado ficticio. La sorprendió la fingida jovialidad, que contrastaba con el dolor de sus recuerdos. Luego pensó que en aquel tiempo debía de haberse producido algún cambio que no recordaba. Un cambio en relación con su casa. No la de Whale Bay, con Eric, sino aquella, la de antes, donde había transcurrido toda su vida anterior.

Porque lo que sucede en casa es lo que tratamos de proteger, lo mejor que podemos, durante tanto tiempo como sea posible.

Pero ella no había protegido a Sara. Cuando Sara había dicho «Pronto veré a Juliet», Juliet no había sabido qué contestar. ¿No podría haberlo hecho? ¿Por qué le había resultado tan difícil? Solo tenía que decir «sí». Para Sara habría significado mucho, y a ella, desde luego, le habría costado muy poco. Pero había dado media vuelta y llevado la bandeja a la cocina, donde había lavado y secado las tazas, así como el vaso del refresco de uva. Lo había puesto todo en su sitio.

Pasión

Hace poco, Grace buscaba la casa de verano de los Travers en el valle de Ottawa. No había estado en esa parte del país desde hacía muchos años y, naturalmente, estaba muy cambiada. La autopista 7 evitaba pueblos que antes atravesaba y era recta en lugares donde, según recordaba, había curvas. Esa zona del Escudo Canadiense está plagada de pequeños lagos, que los mapas corrientes no tienen sitio para identificar. Incluso cuando localizó el lago Little Sabot, o creyó haberlo localizado, había demasiados caminos que llegaban a él desde la carretera comarcal y luego, cuando se hubo decidido por uno de esos caminos, lo cruzaban otros asfaltados, todos con nombres que no recordaba. De hecho, cuando estuvo allí, hacía más de cuarenta años, las calles no tenían nombre. Y no estaban asfaltadas. Solo existía el camino de tierra que conducía al lago y el otro camino de tierra que seguía la orilla de un modo azaroso. Ahora había un pueblo. O tal vez se lo podría llamar suburbio; no vio ninguna oficina de Correos, ni siquiera una mínimamente prometedor tienda de comestibles. El asentamiento ocupaba cuatro o cinco calles a lo largo del lago, con casitas adosadas alineadas en reducidos terrenos. Algunas eran sin duda casas de veraneo; las ventanas ya estaban tapiadas como siempre en la estación invernal. Pero otras tenían aspecto de estar habitadas todo el año; en muchas de ellas vivía gente que llenaba los patios de juegos de plástico, barbacoas, bicicletas de entrenamiento para niños, motocicletas y mesas de *picnic*, en las cuales había personas almorzando o tomando cerveza, ese día todavía templado de septiembre. En otras vivía gente que no estaba visible, quizá eran estudiantes o *hippies* que vivían solos y colocaban banderas o papel de aluminio a modo de cortinas. Casas pequeñas, baratas, la mayoría de ellas decentes, algunas preparadas para pasar el invierno, otras no.

Grace habría dado media vuelta de no haber visto la casa octogonal con grecas a lo largo del tejado y puertas en todas las fachadas. La casa de los Woods. Recordaba que tenía ocho puertas, pero en esta no había más que cuatro. Nunca había entrado para ver si el espacio estaba dividido en habitaciones. Tampoco creía que nadie de la familia Travers hubiera entrado nunca en ella. En otros tiempos, la casa estaba rodeada por grandes setos y brillantes álamos blancos, que el viento costero hacía susurrar. El señor y la señora Woods eran viejos —como Grace ahora— y no parecía que recibieran visitas de amigos ni de niños. La original y pintoresca casa tenía ahora aspecto abandonado, equívoco. En los cuatro costados se aglomeraban los vecinos con radios portátiles, vehículos a veces desguazados, juguetes y coladas.

Lo mismo sucedía con la casa de los Travers cuando la encontró, un cuarto de milla más allá. La carretera no acababa allí, y había otras casas a poca distancia del porche que rodeaba la de los Travers.

Era la primera casa que Grace hubiera visto construida de esa manera: solo tenía una planta y el tejado principal continuaba sin interrupción por los cuatro costados y, cubría el porche. Después, en Australia, vio muchas casas como esa. Un estilo que hacía pensar en veranos calurosos.

Se podía salir corriendo desde el porche cruzando el extremo polvoriento del camino de entrada, a través de la arena pisoteada de una parcela —también propiedad de los Travers— cubierta de juncos y fresas silvestres, y luego saltar —no, más bien vadear— hasta meterse en el lago. Ahora era casi imposible ver el lago por culpa del caserón —una de las pocas viviendas suburbanas de los alrededores, con garaje para dos coches— construido en medio de ese camino.

¿Qué era lo que verdaderamente buscaba Grace cuando emprendió la expedición? Tal vez lo peor sería que consiguiera precisamente lo que buscaba: techo para refugiarse, ventanas con mosquiteras, el lago enfrente, el bálsamo de arces y cedros detrás; la conservación perfecta, el pasado intacto, cuando nada de eso podía decirse de ella. A la larga quizá sería menos hiriente encontrar algo tan venido a menos —todavía

existente, pero sin importancia— como parecía ahora la casa de los Travers, con las ventanas abuhardilladas añadidas y la sorprendente pintura azul.

¿Y qué habría pasado si hubiera desaparecido del todo? Estás enredándote. Si cualquiera se acerca a escucharte, lloras la pérdida. Pero quitarte de encima antiguos lastres o confusiones, ¿no te proporcionaría cierta sensación de alivio?

El señor Travers había construido la casa —es decir, la había hecho construir— como regalo de boda para la señora Travers. Cuando Grace la vio por primera vez, la casa tendría unos treinta años. Los hijos de la señora Travers se llevaban muchos años de diferencia: Gretchen, de veintiocho o veintinueve, ya estaba casada y era madre a su vez; Maury, de veintiuno, este curso finalizaba sus estudios en la universidad. Además estaba Neil, que mediaba la treintena. Pero Neil no se apellidaba Travers, sino Borrow. La señora Travers estuvo casada antes con un hombre que había muerto. Ella se ganaba la vida y mantenía a su hijo como profesora de inglés comercial en una escuela de secretariado. Cuando el señor Travers hablaba de esa época de la vida de la señora Travers, antes de que él la conociera, se refería a ella como un tiempo de penurias, casi como de trabajos forzados difíciles de soportar, que había que compensar con la vida holgada que a él le haría muy feliz proporcionarle.

La señora Travers no decía lo mismo en absoluto. Vivía con Neil en la ciudad de Pembroke, en una gran casa antigua dividida en apartamentos, no lejos de las vías del tren, y muchas de las anécdotas que contaba a la hora de las comidas eran de acontecimientos sucedidos allí, de los otros inquilinos y del propietario canadiense francés, cuyo áspero acento mezclado con el inglés imitaba. Las anécdotas podían haber tenido título, como los que Grace había leído en *Antología del humor norteamericano*, encontrado inexplicablemente en la estantería de la biblioteca, al fondo del aula del décimo curso. (En la estantería estaban también *El último de los barones* y *Dos años al pie del mástil*).

«La noche en que la vieja señora Cromarty salió al tejado». «Cómo cortejaba el cartero a la señorita Flowers». «El perro que comía sardinas».

El señor Travers nunca contaba anécdotas y tenía poco que decir durante las comidas, pero si, por ejemplo, te veía mirar el suelo de piedra de la chimenea podía preguntarte: «¿Te interesan las piedras?», y te decía de dónde procedía cada una de ellas, cómo las buscó sin descanso de ese granito rosa especial, porque la señora Travers se había maravillado ante una piedra igual que esa, atisbada en un talud de carretera. O te podía enseñar alguno de esos detalles no tan raros, que él había agregado al diseño de la casa: las baldas de la alacena esquinera de la cocina que giraban hacia fuera, el espacio para almacenar bajo los poyos de las ventanas. Era un hombre alto, encorvado, de voz suave y pelo fino estirado sobre el cuero cabelludo. Llevaba zapatillas de baño cuando se metía en el agua y, aunque con ropa corriente no parecía gordo, un rollo de carne blanca le asomaba por encima del bañador.

Grace trabajó aquel verano en el hotel de Bailey's Falls, al norte del lago Little Sabot. A principios de verano la familia Travers fue a cenar allí. No se fijó en ellos, no estaban en una de sus mesas y aquella había sido una noche muy ajetreada. Ponía la mesa para un grupo recién llegado cuando se dio cuenta de que alguien esperaba para hablarle.

Era Maury.

—Estaba pensando si querría usted salir conmigo alguna vez —le dijo.

Grace apenas levantó la vista de los cubiertos que colocaba en su sitio a toda prisa.

—¿Es una apuesta?

Porque Maury hablaba en voz alta, parecía nervioso y estaba tieso, como si se viera forzado a hablar. Y se sabía que a veces grupos de jóvenes de las cabañas apostaban a quién conseguía salir con una camarera. No era del todo broma: habría cita si ellas aceptaban, aunque con frecuencia solo fuera para estacionarse ahí, sin invitación al

cine ni siquiera a un café. De modo que se consideraba más bien vergonzoso, más bien poco serio, que las chicas aceptaran.

—¿Cómo? —preguntó él, apenado.

Y entonces sí, Grace interrumpió la tarea, levantó la vista y lo miró. En ese momento creyó saber cómo era el verdadero Maury. Asustadizo, violento, inocente, decidido.

—Vale —contestó sin titubear.

Quizá quería decir: de acuerdo, poco a poco, sé que no es una apuesta, sé que no lo harías. O: de acuerdo, saldré contigo. Ella misma no sabía qué había querido decir. Pero él dio por descontado que Grace había aceptado, y en el acto, sin bajar la voz ni hacer caso de las miradas que dirigían los comensales de su alrededor, dijo que la recogería la noche siguiente al salir del trabajo.

Y sí la llevó al cine. Vieron *El padre de la novia*. A Grace no le gustó. Aborrecía a chicas como Elizabeth Taylor en esa película, aborrecía a las niñas mimadas a quienes nunca se les pedía nada, pero ellas sí engatusaban y exigían. Maury le dijo que era solo una comedia, pero Grace insistió en que esa no era la cuestión. No fue capaz de aclarar cuál era la cuestión. Cualquiera habría dicho que era el hecho de que ella trabajara como camarera y fuera demasiado pobre para ir a la universidad y que, si quisiera algo parecido a esa clase de boda, tendría que pasar años ahorrando para pagársela. (Maury sí lo pensó y se despertó en él un respeto casi reverencial por ella).

Grace no podía explicar ni entender que no sentía pura envidia, sino rabia. Y no porque no pudiera comprar ni vestirse de esa manera. Era porque así se suponía que debían ser las chicas. Así era como los hombres —la gente, todo el mundo— pensaba que debería ser ella. Bonita, apreciada, mimada, egoísta, cabeza hueca. Así debían ser las chicas de quienes los hombres se enamoraban. Después se convertiría en madre y se dedicaría ñoñamente a los bebés. Dejaría de ser egoísta, pero seguiría siendo una cabeza hueca. Para siempre.

Echaba chispas con el tema, mientras estaba sentada al lado del muchacho que se había enamorado de ella porque —al instante— creyó en la entereza y singularidad de su mente y su alma y consideró que su pobreza le daba un toque romántico. (Habría sabido que era pobre no solo por el trabajo que desempeñaba, sino por su pronunciado acento del valle de Ottawa, del que ella todavía no era consciente).

Él aceptó sus opiniones sobre la película. La verdad es que después de haber visto sus esfuerzos por explicarse, Maury luchaba a su vez por decirle algo. Dijo haberse dado cuenta de que no era nada tan sencillo, tan femenino, como la envidia. Eso lo veía. Era evidente que Grace no aguantaba tanta frivolidad, no se conformaba con ser como la mayoría de las chicas. Ella era especial.

Grace siempre recordaría lo que llevaba puesto esa noche. Falda acampanada azul oscuro, blusa blanca —a través de cuyos volantes calados se podía ver el canalillo—, cinturón elástico ancho rosado. Había sin duda cierta contradicción entre su manera de vestir y en cómo quería que la juzgaran. Pero nada en ella era afectado, descarado ni rebuscado al estilo de la época. El dobladillo un poco irregular, las pulseras plateadas más baratas, el pelo largo, suelto y rizado, que cuando servía las mesas llevaba recogido con una redecilla, le daban un aire agitanado.

Especial.

Maury le habló a su madre de Grace y la madre le dijo: «Tienes que traer a esa Grace tuya a cenar».

Todo era nuevo para ella, todo delicioso. La verdad es que se enamoró de la señora Travers, tanto como Maury se había enamorado de ella. Desde luego no estaba en la naturaleza de Grace quedarse tan muda, tan devota como él.

A Grace la habían criado su tía y su tío, en realidad sus tíos abuelos. La madre había muerto cuando ella tenía tres años y el padre se había marchado a Saskatchewan, donde tenía otra familia. Sus padres adoptivos eran cariñosos y hasta estaban

orgullosos de ella, aunque los desconcertara, pero no eran dados a las conversaciones. El tío se ganaba la vida haciendo sillas de mimbre y le enseñó a Grace a tejer los asientos para que pudiera ayudarlo y que llegado el momento en que a él le fallara la vista, se encargara del negocio. Pero entonces consiguió el trabajo en Bailey's Falls durante el verano y, a pesar de lo duro que fue tanto para el tío como para la tía, la dejaron ir. Creían que debía tomarle gusto a la vida antes de establecerse.

Tenía veinte años y acababa de terminar el instituto. Habría terminado un año antes, pero tomó una decisión sorprendente. En la pequeñísima ciudad donde vivía —no estaba lejos de Pembroke, donde residía la señora Travers— había un instituto de cinco cursos, que preparaba para los exámenes de funcionarios gubernamentales y lo que entonces se llamaba «matriculación mayor». Nunca era necesario estudiar todas las asignaturas impartidas, y al final del primer año —que tendría que haber sido su último año, el décimo tercero— Grace se presentó a los exámenes de historia, botánica, zoología, inglés, latín y francés, y sacó notas más altas de las exigidas. Pero allí apareció otra vez, en septiembre, decidida a estudiar física, química, trigonometría, geometría y álgebra, aunque esas asignaturas se consideraban demasiado difíciles para las chicas. Cuando terminó aquel año había completado todas las asignaturas del décimo tercer curso excepto griego, italiano, español y alemán, porque en la escuela no había ningún profesor que los enseñara. Lo hizo estupendamente en las tres ramas de matemáticas y ciencias, si bien los resultados no fueron tan espectaculares como los del año anterior. Incluso pensó en aprender por su cuenta griego, español, italiano y alemán para presentarse a los exámenes del año siguiente. Pero el director de la escuela tuvo una conversación con ella y le dijo que no le serviría de nada, puesto que no iría a la universidad y, en cualquier caso, ninguna universidad exigía una preparación tan completa. ¿Por qué lo hacía? ¿Tenía algún proyecto?

No, contestó Grace, lo único que quería era aprender todo lo que pudiera por su cuenta, antes de meterse de lleno en el oficio de tejedora de mimbre.

El director conocía al gerente de la posada y dijo que la recomendaría si quería probar el oficio de camarera durante un verano. También él habló de tomarle gusto a la vida.

De manera que ni siquiera él, el director, creía que el aprendizaje tuviera nada que ver con la vida. Y cualquiera a quien Grace le contara lo que había hecho —lo contaba para explicar por qué había tardado tanto en dejar el instituto—, decía algo así como: «Estás loca».

Salvo la señora Travers, a quien habían mandado a una escuela comercial en vez de la universidad porque le dijeron que debía ser útil, y lo que más desearía en ese momento, decía, era en cambio, o en primer lugar, haberse llenado la cabeza de cosas inútiles.

«Aunque no tengas más remedio que trabajar para ganarte la vida —dijo—. Trenzar mimbre parece algo útil. Ya veremos...».

Ya veremos, ¿qué? Grace no quería en absoluto pensar en el futuro. Quería que la vida siguiera siendo como era. Cambió los turnos con otra chica para tener libres los domingos después del desayuno. Eso significaba trabajar hasta tarde los sábados. Significaba que había cambiado el tiempo que pasaba con Maury para pasarlo con la familia. Así pues, Maury y ella no podían ir nunca al cine ni tener una verdadera cita. Pero él la recogía cuando terminaba su turno, alrededor de las once, y se iban a dar una vuelta en coche, paraban a comer un helado o una hamburguesa —Maury tenía la precaución de no llevarla a ningún bar porque Grace todavía no tenía veintiún años— y acababan aparcando en cualquier parte.

Los recuerdos que Grace tenía de esas sesiones de aparcamiento —que podían durar hasta la una o dos de la madrugada— eran más borrosos que los de los ratos pasados alrededor de la mesa de comedor de los Travers o —cuando por fin todo el mundo se levantaba y se iba con el café o un refresco—, sentada en el sofá de piel rojiza, en las

mecedoras o en las sillas de mimbre protegidas con almohadones, al otro extremo de la habitación. (No era necesario enredarse en quitar la mesa ni fregar los platos: una mujer a quien la señora Travers llamaba «mi amiga, la habilidosa señora Abel», iría a la mañana siguiente).

Maury siempre arrastraba cojines a la alfombra y allí se sentaba. Gretchen, que nunca se vestía para la cena con nada que no fueran vaqueros o pantalones de fajina, solía sentarse con las piernas cruzadas en un sillón ancho. Tanto Maury como ella eran grandotes, anchos de hombros, con cierto parecido a la buena presencia de la madre: tenían el mismo pelo ondulado color caramelo y ojos cálidos color avellana. En el caso de Maury, hasta hoyuelos. «Guapo», decían las otras camareras de Maury. Le silbaban por lo bajo. «Guay, guay». Sin embargo la señora Travers medía apenas cinco pies, y no parecía gorda sino bien rellenita, bajo sus coloridas túnicas sueltas, como una niña que todavía no hubiera pegado el estirón. El brillo, la expresividad de sus ojos, su alegría expansiva siempre dispuesta a estallar, no se podían heredar ni imitar. Tampoco el rojo desigual de las mejillas, casi sarpullido. Eso era seguramente consecuencia de salir hiciera el tiempo que hiciese sin preocuparse por el cutis y, como su silueta, como sus túnicas, una prueba de su independencia.

A veces esas noches de domingo, además de la familia, había invitados. Una pareja o alguna persona sola, en general de la edad del señor y la señora Travers y, también en general, parecidos a ellos porque las mujeres eran más vitales e ingeniosas, los hombres más callados, lentos y tolerantes. Contaban historias divertidas, en las cuales se burlaban casi siempre de sí mismos. (Grace se enzarzaba tanto en esas charlas de sobremesa que en algunas ocasiones sentía náuseas también de sí misma; ahora le resultaba difícil recordar por qué en aquel entonces le parecían tan insólitas. En su lugar de origen, la mayoría de las conversaciones animadas caían en bromas de mal gusto en las cuales, desde luego, ni su tía ni su tío participaban. En las raras ocasiones en que tenían invitados, las visitas elogiaban la comida, que ellos lamentaban no haber hecho mejor, hablaban del tiempo y anhelaban fervientemente que la reunión se diera por terminada lo antes posible).

Después de la cena, si la noche era lo bastante fría, la señora Travers encendía la chimenea. Jugaban a lo que la señora Travers llamaba «bobos juegos de palabras», en los cuales la verdad es que era necesario ser bastante listo, incluso para inventar definiciones tontas. Y entonces quien se había quedado más bien callado durante la cena empezaba a lucirse. Podían armar aparentes trifulcas a propósito de afirmaciones disparatadas. Las iniciaba Wat, el marido de Gretchen, y, para deleite de la señora Travers y de Maury, a los pocos segundos las seguía Grace. (Menos a Grace, a todos les hacía gracia que Maury gritara: «¿Lo veis? Os lo dije. Es muy lista»). La propia señora Travers señalaba el derrotero de esa invención de palabras con argumentos estrafalarios, garantizando que el juego no se convirtiera en algo demasiado serio ni ningún participante se lo tomara a la tremenda.

La única vez que hubo un incidente y alguien se sintió incómodo con el juego fue cuando Mavis, que estaba casada con Neil, el hijo de la señora Travers, se presentó a cenar. Mavis y sus dos hijos se alojaban no muy lejos, en la casa que tenían los padres de ella sobre el lago. Esa noche no había más que la familia y Grace porque esperaban que Mavis y Neil fueran con los hijos. Pero Mavis fue sola —Neil era médico y ese fin de semana estaba muy ocupado en Ottawa—. Aunque la señora Travers se llevó una desilusión, se sobrepuso y preguntó con burlona consternación:

—¡No me digas que los niños también están en Ottawa!

—Por desgracia no —contestó Mavis—. Pero no estaban lo que se dice encantadores. Estoy segura de que habrían gritado durante toda la cena. El bebé está muy quisquilloso con el calor y sabe Dios qué le pasa a Mikey.

Era una mujer esbelta y bronceada. Llevaba un vestido color púrpura y una cinta ancha

también púrpura a juego, que le recogía el pelo negro hacia atrás. Bonita, pero con algún asomo de aburrimiento o disgusto ocultos en la comisura de los labios. Casi no probó la comida y dijo que era alérgica al curry.

—¡Ay, Mavis, qué vergüenza! —exclamó la señora Travers—. ¿Es nuevo eso?

—¡Oh, no! Hace siglos que me pasa, no lo decía por educación, pero después me paso la mitad de la noche vomitando.

—Si me lo hubieras dicho... ¿Qué te puedo ofrecer?

—No te preocupes. Estoy bien así. De cualquier manera, entre el calor y las alegrías de la maternidad, no tengo apetito.

Encendió un cigarrillo.

Después, mientras jugaban, se enzarzó en una discusión con Wat a propósito de una definición que él había dado, y cuando el diccionario demostró que era correcta, dijo:

—¡Oh, lo siento! Supongo que vosotros me lleváis ventaja.

Al llegar el momento de que todos anotaran su palabra en un pedazo de papel para el siguiente turno, sonrió y meneó la cabeza:

—No se me ocurre ninguna.

—Pero, Mavis... —dijo la señora Travers.

—Vamos, Mavis. Cualquier palabra antigua sirve —insistió el señor Travers.

—Es que no sé ninguna palabra antigua. Lo lamento. Me siento estúpida esta noche. Podéis seguir jugando sin mí.

Eso es lo que hicieron, simulando que todo marchaba bien, mientras Mavis fumaba y seguía sonriendo con su decidida, desdichada y dulcemente sufrida sonrisa. Al poco rato se levantó, dijo que estaba cansadísima, que no podía dejar más tiempo a los niños con los abuelos, que había sido una visita muy agradable e instructiva y que tenía que volver a casa.

—La próxima Navidad tendré que regalaros un diccionario Oxford —añadió al salir sin dirigirse a nadie en particular, con cierto retintín enconado en la risa.

El diccionario de los Travers que Wat había usado era estadounidense.

Cuando ella se fue no se miraron el uno al otro.

—Gretchen —dijo el señor Travers—, ¿te quedan fuerzas para preparar café para todos?

Gretchen se fue a la cocina murmurando:

—¡Menudo tostón! ¡Por el amor de Dios!

—Bueno. Con los dos pequeños está desquiciada.

Un día a la semana, Grace tenía descanso entre la hora de recoger las mesas del desayuno y la de ponerlas para el almuerzo. Cuando la señora Travers lo supo tomó por costumbre recogerla en el coche en Bailey's Falls y aprovechaba ese tiempo libre para llevarla al lago. A esas horas, Maury estaba trabajando —en verano trabajaba en la reparación de la autopista 7—, Wat estaba en su despacho de Ottawa y Gretchen nadaba con los niños o salía a remar con ellos por el lago. En general, la señora Travers anunciaba que tenía compras que hacer, preparar la cena o escribir cartas y dejaba a Grace a solas en la gran sala comedor, con el eterno sofá de piel gastado y las estanterías atestadas de libros.

«Lee lo que se te antoje —le decía—. Acurrúcate y duerme, si te apetece. Tienes un trabajo muy duro y debes de estar cansada. Te aseguro que estarás de vuelta a tiempo».

Grace nunca dormía. Leía. Apenas se movía, y las piernas desnudas y sudadas bajo los *shorts* se pegaban a la piel del sofá. Tal vez se debiera al intenso placer de la lectura. Casi nunca veía a la señora Travers hasta que llegaba la hora de que la llevara de vuelta al trabajo.

La señora Travers no entablaba conversación hasta dar tiempo para que la cabeza de Grace se librara del libro en el que se hubiera enfrascado. Luego podía comentar que

ella también lo había leído y decir qué pensaba de él, siempre de una manera a la vez sensata y desenfadada. De *Anna Karenina* decía por ejemplo:

—No sé cuántas veces lo he leído, pero sé que al principio me identificaba con Kitty y después con Anna... ¡Ay, con Anna fue tremendo! Y ahora ¿sabes?, simpatizo siempre con Dolly. Con Dolly cuando se va al campo con el montón de niños, tiene que encontrar la manera de lavar tanta ropa y hay problemas con los barreños..., supongo que las simpatías cambian conforme te vas haciendo mayor. De cualquier modo, no me hagas caso. No me haces caso, ¿verdad?

—No sé si hago demasiado caso a nadie. —Grace se sorprendió a sí misma y la abochornó haberse mostrado engreída o infantil—. Pero me gusta oír la hablar.

La señora Travers se rio.

—Me gusta oírme a mí misma.

En aquella época, Maury empezó a hablar de matrimonio. Tardarían un buen tiempo, no sería hasta que él estuviera preparado para trabajar como ingeniero, pero hablaba como si fuera algo que tanto ella como él daban por sentado. «Cuando estemos casados», decía, y, en lugar de contradecirlo, Grace lo escuchaba con curiosidad.

Cuando estuvieran casados tendrían una casa en el lago de Little Sabot; ni demasiado cerca ni demasiado lejos de los padres. Desde luego no sería más que un sitio de veraneo. El resto del tiempo vivirían donde los llevara su profesión de ingeniero. Podría ser cualquier parte: Perú, Irak, los Territorios del Noroeste. A Grace le encantaba la idea de hacer esos viajes, bastante más que la idea de lo que él llamaba con severo orgullo «nuestra propia casa». Nada de eso le parecía en absoluto real, pero también es cierto que la idea de ayudar al tío, de llevar la vida de artesana de sillas en la misma ciudad y en la misma casa donde se había criado, tampoco le había parecido nunca real.

Maury le preguntaba siempre qué le había contado de él a sus tíos, cuándo lo llevaría a casa para conocerlos. Hasta la manera de utilizar con tanta soltura esa palabra —«casa»— le sonaba un poco fuera de lugar, aunque seguramente ella también la habría usado. Le parecía más apropiado decir «la casa de mi tía y mi tío».

La verdad es que no había dicho nada en sus breves cartas semanales, excepto que salía con un muchacho que trabajaba allí en verano. Podía haber dado la impresión de que él trabajaba en el hotel.

No es que nunca hubiera pensado en casarse. Esa posibilidad —casi una certeza— había pasado por su cabeza, junto con la vida dedicada a hacer sillas. A pesar de que nunca la había cortejado nadie, pensaba que algún día ocurriría, y exactamente de esa manera, con el hombre que decidiera las cosas en el acto. Él la vería —a lo mejor había llevado una silla para arreglar— y al verla se enamoraría. Sería guapo, como Maury. Apasionado, como Maury. Luego llegarían las intimidades físicas placenteras.

Y nada de eso había ocurrido. En el coche de Maury, en la hierba bajo las estrellas, ella estaba ávida. Y Maury estaba dispuesto, pero no ávido. Creía tener la responsabilidad de protegerla. Y la facilidad con que ella se le ofrecía lo desquiciaba. Tal vez sintiera que era frío. Una entrega premeditada que no podía entender ni se ajustaba en absoluto a la idea que se había hecho de ella. La misma Grace no podía entender que fuera tan calculadora; creía que sus demostraciones de deseo conducirían a los placeres que, en solitario y a fuerza de imaginación, conocía. Creía que era Maury quien debía tomar la iniciativa. Algo que él no hacía.

Esos arrechuchos los dejaban a los dos perturbados y levemente furiosos o avergonzados. Para compensarse uno a otro, cuando se daban las buenas noches no paraban de besarse, apretarse, decirse ternezas. Para Grace era un alivio quedarse sola, meterse en la cama en la residencia y borrar las dos últimas horas de su mente. Y pensaba que también sería un alivio para Maury conducir por la autopista a solas, reacomodando las huellas que su Grace dejaba en él, de manera que le permitiera

seguir perdidamente enamorado de ella.

La mayoría de las camareras se iban pasado el día del Trabajo para volver a la escuela o a la universidad. Pero el hotel seguía abierto hasta el día de Acción de Gracias con menos personal, Grace entre ellos. Ese año se hablaba de volver a abrir a principios de diciembre para la temporada de invierno o, por lo menos, hasta Navidad, pero finalmente ni el personal de cocina ni el de comedor parecía saber si de verdad lo harían. Grace escribió a sus tíos como si la temporada de Navidad fuera una certeza. No hablaba en absoluto de que cerraran, al menos no antes de Año Nuevo. Por lo tanto no debían esperarla.

¿Por qué lo hizo? No es que tuviera otros planes. Le había dicho a Maury que creía que estaba obligada a pasar ese año ayudando al tío e intentando buscar a alguien que aprendiera a trenzar paja mientras él, Maury, cursaba último año de universidad. Incluso le prometió que lo invitaría en Navidad para que pudiera conocer a su familia, y él dijo que Navidad sería buen momento de formalizar el compromiso. Estaba ahorrando las pagas del verano para comprarle una sortija de diamantes.

Ella también había ahorrado su salario. Así podría tomar el autobús a Kingston y visitarlo durante el curso.

Hablaba de eso y lo prometía con tanta facilidad... ¿Pero creía o quería que así fuera?

—Maury es un hombre cabal —decía la señora Travers—. Bueno, eso lo puedes ver tú misma. Será un marido cariñoso y sin complicaciones, como su padre. No como su hermano. Neil es muy brillante. No quiero decir que Maury no lo sea; desde luego, no se llega a ingeniero sin tener un cerebro, o dos, en la cabeza. Pero Neil es... profundo.

—Se rio de sí misma—. «Profundas cuevas insondables oceánicas de la foca»... Pero ¿qué estoy diciendo? Durante mucho tiempo Neil y yo solo nos tuvimos el uno al otro. Por eso creo que es tan particular. Y no digo que no pueda ser divertido. Pero a veces las personas más divertidas son también melancólicas, ¿verdad? Piensa en ellas. Aunque, ¿qué sentido tiene preocuparse por los hijos ya crecidos? Neil me preocupa bastante, Maury muy poco. Y Gretchen no me preocupa en absoluto. Porque las mujeres siempre tienen algo que las hace salir adelante, ¿no es así? Algo que los hombres no tienen.

La casa del lago nunca se cerraba hasta el día de Acción de Gracias. Gretchen y los niños tenían por supuesto que volver a Ottawa por la escuela. Y Maury, cuyo trabajo había terminado, tenía que ir a Kingston. El señor Travers solo iba los fines de semana. Pero generalmente, le dijo la señora Travers a Grace, ella se quedaba. A veces con invitados, otras sola.

Ese año cambió de planes. En septiembre se volvió a Ottawa con el señor Travers. Fue una decisión repentina..., se suspendió la cena de fin de semana.

Maury le contó que, de vez en cuando, su madre tenía problemas nerviosos.

—Necesita descanso. Tiene que ingresar en el hospital un par de semanas o así para que la estabilicen. Siempre sale estupendamente. Grace le dijo que la señora Travers era la última persona del mundo que hubiera imaginado que tuviera problemas de esa índole.

—¿Qué se los provoca?

—No creo que se sepa —contestó Maury. Pero al cabo de un instante añadió—: Podría ser el marido. Me refiero a su primer marido. Al padre de Neil. A lo que pasó con él y demás.

Lo ocurrido con el padre de Neil es que se había suicidado.

—Era muy inestable, creo. Tal vez no sea eso —continuó—. Puede ser otra cosa. Problemas que tienen las mujeres cuando llegan a su edad. Es así, aunque... ahora la pueden controlar con facilidad, con fármacos. Han conseguido unos fármacos magníficos. No hay por qué preocuparse.

Como había anticipado Maury, el día de Acción de Gracias, la señora Travers ya había

salido del hospital y se encontraba bien. La comida de Acción de Gracias se haría como de costumbre en el lago. Y se celebraría el domingo —algo que también era usual—, así hacían las maletas y cerraban la casa el lunes. Para Grace fue una suerte porque su día libre seguía siendo el domingo.

Estaría toda la familia. No habría invitados, a menos que Grace fuera considerada una invitada. Neil, Mavis y los hijos se alojarían en casa de los padres de Mavis y comerían allí el lunes, pero pasarían el domingo en casa de los Travers.

Cuando Maury y Grace llegaron al lago el domingo por la mañana, el pavo ya estaba en el horno. A causa de los niños la cena se servía temprano, alrededor de las cinco. En la encimera de la cocina estaban los pasteles: de ciruelas, manzana y frutos del bosque. Gretchen se hizo cargo de la cocina: sus movimientos eran tan armónicos como cocinera que como atleta. La señora Travers estaba sentada a la mesa de la cocina, tomaba café y hacía un rompecabezas con la hija menor de Gretchen, Dana.

—¡Hola, Grace! —saludó y se levantó para abrazarla. Era la primera vez que lo hacía, y un movimiento torpe de la mano derribó las piezas del rompecabezas.

—¡Abuela! —chilló Dana.

Janey, su hermana mayor, que la había estado observando con mirada crítica, recogió las piezas.

—Podemos volver a armarlas —dijo—. La abuela lo ha hecho sin querer.

—¿Dónde guardas la salsa de arándanos? —preguntó Gretchen.

—En la alacena —contestó la señora Travers, apretando todavía los brazos de Grace, sin hacer caso del rompecabezas desarmado.

—¿En qué parte de la alacena?

—¡Ay, la salsa de arándanos! No importa..., ya la hago. Primero pongo los arándanos en un poco de agua. Luego los dejo con el fuego bajo..., no, creo que primero los dejo en remojo...

—Vale, pero no tengo tiempo. ¿Me estás diciendo que no tienes salsa en conserva?

—Me parece que no. No debo de tener porque siempre la hago yo.

—Habría que mandar a alguien a comprar.

—¿Quieres pedírsela a la señora Woods?

—No. Apenas he hablado con ella. No me he atrevido. Habrá que ir a la tienda.

—Querida, es el día de Acción de Gracias —le recordó la señora Travers amablemente—. No hay nada abierto.

—Esa tienda de la carretera siempre está abierta —Gretchen había levantado la voz—. ¿Dónde está Wat?

—Ha salido con el bote de remos —gritó Mavis desde el dormitorio del fondo. Su voz era de advertencia, ya que intentaba dormir al bebé—. Se ha llevado a Mikey a remar. Mavis había llegado al volante de su coche con los dos niños. Neil iría más tarde, tenía que hacer algunas llamadas telefónicas.

Y el señor Travers se había ido a jugar al golf.

—Necesito que alguien vaya a la tienda —dijo Gretchen.

Esperó, pero del dormitorio no llegó ningún ofrecimiento. Levantó las cejas y miró a Grace.

—¿Sabes conducir? —preguntó.

Grace dijo que no.

La señora Travers miró alrededor en busca de su silla y se sentó con un suspiro de alivio.

—Pues bueno, puede conducir Maury. ¿Dónde está Maury? —volvió a preguntar Gretchen.

Maury estaba en el dormitorio de delante buscando su bañador, a pesar de que todos le habían dicho que el agua estaría demasiado fría para nadar. Dijo que la tienda no estaría abierta.

—Lo estará —afirmó Gretchen—. Venden gasolina. Y si ahí no tienen hay otra gasolinera justo antes de entrar en Perth, ¿sabes?, aquella en la que venden helados. Maury quería que Grace fuera con él, pero las dos niñas, Dana y Janey, la arrastraban para que viera el columpio que el abuelo había instalado al lado de la casa, bajo el arce noruego.

Al bajar los escalones notó que se le rompía la tira de una de las sandalias; se quitó las dos y caminó sin ninguna dificultad por el suelo arenoso, llantén aplastado y las numerosas hojas ensortijadas que ya habían caído.

Primero ella empujó a las niñas en el columpio, luego las niñas la empujaron a ella. Cuando saltó descalza del columpio le falló una pierna y soltó un grito de dolor sin saber qué había pasado.

Era el pie, no la pierna. El dolor le subía desde la planta del pie izquierdo, donde se había hecho un corte con el filo agudo de una concha de almeja.

—Dana trajo esas conchas —dijo Janey—. Quería hacer una casa para su caracol.

—Se escapó —explicó Dana.

Gretchen, la señora Travers y hasta Mavis salieron corriendo de la casa, creyendo que el grito lo había lanzado una de las niñas.

—Le sangra el pie. Todo el suelo está cubierto de sangre —dijo Dana.

—Se ha cortado con una concha. Dana se dejó esas conchas ahí, quería hacerle una casa a Ivan. A Ivan, su caracol —aclaró Janey.

Sacaron una palangana con agua para lavar la herida y una toalla. Todos le preguntaban si le dolía mucho.

—No, no mucho —contestó Grace, que subía cojeando los escalones.

Las dos niñas competían para sostenerla y lo que hacían era cruzarse en su camino.

—¡Ay, qué lástima! Pero ¿por qué ibas descalza? —preguntó Gretchen.

—Se le ha roto una tira de la sandalia —dijeron a la vez Dana y Janey, al tiempo que un descapotable color burdeos daba un volantazo y, casi sin hacer ruido, se metía limpiamente en el sitio destinado a aparcar.

—Esto es lo que yo llamo sentido de la oportunidad —dijo la señora Travers—. Aquí está el hombre que necesitamos. El médico.

Era Neil, a quien Grace no había visto hasta ese momento. Era alto, enjuto, rápido de movimientos.

—Tu maletín —le gritó la señora Travers alegremente—. Tenemos un caso para ti.

—Bonito pedazo de trasto tienes —dijo Gretchen—. ¿Es nuevo?

—Es un capricho —contestó Neil.

—El bebé se ha despertado. —Mavis dio un suspiro de vago reproche y volvió a entrar en la casa.

—No se puede hacer nada con ese bebé despierto —dijo Janey con severidad.

—Más vale que te calles —le advirtió Gretchen.

—No me digas que no lo has traído —dijo la señora Travers.

Pero Neil sacó de un tirón el maletín del asiento trasero y ella continuó:

—¡Ah, sí!, lo has traído, menos mal, nunca se sabe.

—¿Eres tú la paciente? —le preguntó Neil a Dana—. ¿Qué te pasa? ¿Te has tragado un sapo?

—Es ella —dijo Dana cargada de dignidad—. Es Grace.

—Ya. Es ella la que se ha tragado un sapo.

—Se ha hecho un corte en el pie. No para de salirle sangre.

—Se ha cortado con una concha de almeja —aclaró Janey.

—Quitaos de en medio —pidió Neil a sus sobrinas. Se sentó un escalón más abajo que Grace, le levantó el pie con mucho cuidado y dijo—: A ver, dadme ese trapo o lo que sea.

También con mucho cuidado secó la sangre para echar una mirada al corte. Estaba tan

cerca de ella que Grace notó el olor que había aprendido a distinguir ese verano en la posada: olor a licor con un toque de menta.

—Sí, ya lo creo que le sale sangre. Sangra y sangra. Eso es bueno, así se limpia mejor. ¿Te duele?

—Un poco —contestó Grace.

La miró a la cara un momento, escrutándola. Tal vez se preguntara si había notado el olor y qué pensamiento le había suscitado.

—Sí, claro, ¡cómo no te va a doler! ¿Ves ese pellejo suelto? Tenemos que mirar debajo de él para ver si está limpio. Después te daré un par de puntos. Aquí tengo algo con que te voy a frotar para que no te duela tanto. —Miró a Gretchen—. Oye, llévate a los mirones de aquí.

Todavía no le había dicho una palabra a su madre, que no dejaba de repetir lo oportunamente que había llegado.

—Boy Scout. Siempre listo —dijo él.

Ni sus manos ni sus ojos parecían de borracho. Tampoco parecía el tío jovial que fingía ser cuando hablaba con las niñas ni el transmisor de tranquilidad que con su parloteo quería ser para Grace. Tenía la frente alta y pálida, un mechón de pelo negro grisáceo muy rizado, ojos grises brillantes, boca ancha de labios finos que se doblaban hacia dentro en expresión de enérgica impaciencia, deseo o dolor.

Cuando allí mismo, en los escalones, la herida estuvo vendada —Gretchen había vuelto a la cocina y se había llevado a las niñas, pero la señora Travers se había quedado y observaba sin parpadear, con los labios apretados, como si prometiera no interrumpir—, Neil dijo que lo mejor sería llevar a Grace al hospital de la ciudad.

—Para que le pongan la vacuna antitetánica.

—No parece tan grave —dijo Grace.

—Esa no es la cuestión.

—De acuerdo —aceptó la señora Travers—. El tétanos..., es tremendo.

—No debemos demorarnos —afirmó Neil—. ¿De acuerdo, Grace? Yo te llevaré al coche.

La sujetó con un brazo. Grace se abrochó la tira de una sandalia y se las arregló para meter los dedos en la otra y poder arrastrarla al caminar. El vendaje estaba muy bien hecho y muy apretado.

—Está en rodaje —dijo él cuando ella estuvo sentada en el coche—. Mis disculpas.

¿A Gretchen? A Mavis.

La señora Travers bajó del porche con el aspecto de vago entusiasmo que parecía natural en ella, desde luego ese día incontenible, y puso la mano en la puerta del coche.

—¡Qué bien! ¡Muy bien! —dijo—. Eres una bendición caída del cielo, Grace. Tú te encargarás de mantenerlo alejado de la bebida hoy, ¿verdad? Sabrás cómo hacerlo.

Grace oyó esas palabras, casi sin hacer caso. Estaba demasiado consternada por el cambio de la señora Travers, con aquella rigidez de movimientos, aquel aire de benevolencia sin venir a cuento, aquella llorosa alegría que vertían sus ojos. Y una débil costra que parecía azúcar en la comisura de los labios.

El hospital estaba en Carleton Place a tres millas de distancia. Había una autopista que pasaba por encima de las vías del tren y la tomaron a tal velocidad que al llegar al punto más alto Grace tuvo la impresión de que el coche había despegado del asfalto y volaban. Casi no había tráfico, no tenía miedo y, en cualquier caso, no podía hacer nada.

Neil conocía a la enfermera que estaba de turno en urgencias y, después de llenar el formulario y dejar que echara una mirada al pie de Grace («Buen trabajo», dijo sin mayor interés), pudo entrar y ponerle la inyección él mismo. («Ahora no te va a doler, pero puede que luego te duela un poco»). Acababa de ponerle la inyección cuando

volvió a entrar la enfermera en el cubículo.

—Hay un muchacho en la sala de espera que la llevará a casa —dijo.

—Dígale que todavía no está lista —contestó Neil—. No, dígame que ya nos hemos ido.

—Le he dicho que ustedes estaban aquí.

—Pero cuando ha vuelto se ha encontrado con que nos habíamos ido.

—Dice que es su hermano. ¿No verá su coche en el aparcamiento?

—He aparcado detrás, en el aparcamiento de los médicos.

—Bonita jugarreta —dijo la enfermera, mirándolo por encima del hombro.

Neil se dirigió a Grace.

—¿Verdad que no quieres volver a casa todavía?

—No —contestó Grace, como si hubiera visto escrita la palabra en la pared, frente a ella. Como si le estuvieran controlando la vista.

Una vez más Neil la ayudó a llegar al coche. Grace llevaba suelta la tira de los dedos de la sandalia y se dejó caer en la tapicería color crema. Tomaron una calle trasera para salir del aparcamiento, un camino nada transitado que salía de la ciudad. Grace sabía que no se encontrarían con Maury. No tenía que pensar en él. Y mucho menos en Mavis.

Cuando más adelante contara ese pasaje, ese cambio en su vida, Grace podría decir —y decía— que fue como si una puerta se hubiera cerrado de golpe tras ella. Pero en aquel momento no hubo ningún portazo; sencillamente la recorrió una oleada de abandono; los derechos de quienes había dejado atrás quedaron neutralizados sin más.

Su recuerdo de ese día permaneció nítido y preciso aunque hubiera variaciones en los momentos en que más le gustaba demorarse.

E incluso en algunos de esos detalles debía de confundirse.

Primero circularon por la autopista A7. Según recordaba Grace, no había ningún otro coche en la carretera y la velocidad cercana al vuelo excedía la permitida. Eso no podía ser cierto; seguro que había gente en la carretera, gente que volvía a su casa ese domingo por la mañana, para pasar el día de Acción de Gracias con la familia. Camino de la iglesia o de la iglesia a casa. Neil tuvo que aminorar la velocidad cuando cruzaron pueblos o los alrededores de las ciudades o las curvas de la antigua autopista. Grace no estaba acostumbrada a viajar en descapotables; el viento en los ojos, el viento adueñado del pelo, daba la ilusión de constante velocidad, vuelo perfecto..., no frenético sino milagroso, sereno.

Y aunque hubiera borrado de su mente a Maury, a Mavis y al resto de la familia, algún retazo de la señora Travers seguía ahí, rondando, emitiendo un susurro con risa sofocada, extraña, avergonzada, su último mensaje.

«Sabrás cómo hacerlo».

Es natural que ni Grace ni Neil hablaran. Grace recuerda que habría sido necesario gritar para hacerse oír. Y, a decir verdad, lo que recuerda, apenas se distingue de las ideas y las fantasías que tenía en aquel momento sobre el sexo. El encuentro fortuito, las señales mudas pero convincentes, el casi silencioso vuelo en el cual ella misma se veía más o menos como una cautiva. Una entrega etérea, que nada tenía que ver con la carne sino con una oleada de deseo.

Por fin se detuvieron en Kaladar y entraron en un hotel, el viejo hotel que todavía está ahí. Neil le cogió la mano y entrelazó sus dedos con los de ella, aminoró el paso para ajustarlo a su disparate andar. La llevó al bar. Grace se dio cuenta de que era un bar aunque nunca había entrado en ninguno. (Bailey's Falls Inn todavía no tenía licencia; se bebía en las habitaciones o en un supuesto club nocturno destartalado, al otro lado de la carretera). Aquel lugar era como ella esperaba: un local oscuro y sofocante, con mesas y sillas al fondo puestas sin esmero tras una limpieza hecha deprisa y corriendo, olor a desinfectante que no borraba el olor a cerveza, *whisky*, cigarrillos, pipas,

hombres.

No había nadie..., a lo mejor no abrían hasta la tarde. Pero ¿no sería ya la tarde? Le fallaba la noción del tiempo.

De otra habitación salió un hombre, que se dirigió a Neil:

—¿Qué hay, doctor? —Y se metió detrás de la barra.

Grace pensó que sería siempre así: fueran a donde fuesen, siempre habría alguien que ya conociera a Neil.

—Ya sabe que hoy es domingo —dijo el hombre en voz alta, severa, casi a gritos, como si quisiera que lo oyeran en el aparcamiento—. No puedo servir nada aquí los domingos. Y a ella no puedo servirle nada ningún día. Ni siquiera debería estar aquí. ¿Me entiende?

—¡Oh!, sí, señor. Claro que sí —contestó Neil—. Estoy completamente de acuerdo, señor.

Mientras hablaban, el hombre que estaba detrás de la barra cogió una botella de *whisky* de un estante oculto, llenó un vaso y se lo alcanzó a Neil por encima del mostrador.

—¿Tienes sed? —le preguntó el hombre a Grace, al mismo tiempo que abría una Coca-Cola.

Se la dio sin vaso.

Neil puso un billete en el mostrador y el hombre lo hizo desaparecer.

—Ya se lo he dicho. No puedo despachar.

—¿Y una Coca-Cola? —preguntó Neil.

—No puedo vender nada.

El hombre ocultó la botella y Neil bebió de un trago lo que tenía en el vaso.

—Es usted una buena persona —dijo—. El espíritu de la ley.

—Llévese la Coca-Cola. Cuanto antes se vaya ella, mejor me sentiré.

—Seguro —contestó Neil—. Es una buena chica. Es mi cuñada. Mi futura cuñada. Eso tengo entendido.

—¿Es eso verdad?

No volvieron a la autopista A7. Tomaron el camino rumbo al norte, no estaba asfaltado pero era aceptablemente ancho y estaba bien nivelado. Por el modo en que conducía Neil, el trago parecía haber tenido el efecto contrario al que se supone que deben tener. Disminuyó hasta la velocidad apropiada, incluso precavida, que exige ese tipo de caminos.

—¿No te importa?

—Si no me importa, ¿qué? —le preguntó Grace.

—Que te arrastre hasta cualquier sitio por viejo que sea.

—No.

—Necesito tu compañía. ¿Cómo tienes el pie?

—Muy bien.

—Te debe de doler un poco.

—No, de verdad que no. Está muy bien.

Neil le cogió la mano que no sostenía la botella de Coca-Cola, le apretó su palma contra la boca, le pasó la lengua y la soltó.

—¿Creías que te estaba secuestrando con malas intenciones?

—No —mintió Grace, pensando qué diría la madre de Neil de las palabras «malas intenciones».

—Hubo un momento en que pudiste estar en lo cierto —dijo Neil, como si ella hubiera contestado que sí—. Pero hoy no. No lo creo. Hoy estás tan segura como en una iglesia.

El tono cambiado de su voz, que se había tornado íntima, sincera y serena; el recuerdo de sus labios apretados, la lengua que le había pasado por la piel habían afectado

tanto a Grace que oía las palabras sin entender el significado de lo que le decía. Sentía cientos, cientos de pasadas de lengua, una danza de súplicas por toda la piel. Pero decidió decir:

—Las iglesias no siempre son seguras.

—Es verdad. Es verdad.

—Y no soy tu cuñada.

—Futura. ¿No he dicho «futura»?

—Tampoco lo soy.

—¡Ah, bueno! Supongo que no me sorprende. No. No me sorprende.

Volvió a cambiar el tono de voz, que se volvió profesional.

—Estoy buscando una salida por aquí, a la derecha. Hay un camino que tendría que reconocer. ¿Conoces estas zonas?

—No, estos alrededores no.

—¿No conoces Flower Station? ¿Oompah, Poland? ¿Snow Road?

Grace no había ni oído hablar de ellos.

—Quiero ver a alguien.

Doblaron a la derecha aunque Neil mascullaba dudas. No había señales. El camino era más estrecho y escabroso, con un puente de tablones de una sola dirección. Los árboles del bosque de maderas nobles entrelazaban las ramas en lo alto. Las hojas tardaban en marchitarse ese año por la temperatura inusualmente alta, de manera que las ramas todavía estaban verdes, excepto algunas aisladas, que de vez en cuando ondeaban como estandartes. Parecía un santuario. A lo largo de unas millas Grace y Neil permanecieron callados. Los árboles se sucedían sin interrupción, el bosque no tenía fin. En eso Neil rompió el silencio.

—¿Sabes conducir?

Grace contestó que no.

—Creo que debes aprender —dijo él.

Quiso decir que debía aprender en ese momento. Paró el coche, bajó, dio la vuelta hasta su lado y Grace tuvo que moverse para quedar al volante.

—Ningún sitio mejor que este.

—¿Y si pasa algo?

—No pasará nada. Si pasa ya nos las arreglaremos. Por eso elegí un trecho recto. Y no te preocupes, todo hay que hacerlo con el pie derecho.

Estaban al principio de un largo túnel bajo los árboles, en un camino salpicado por la luz del sol. No se molestó en explicarle cómo funcionaba un coche, simplemente le enseñó a poner el pie y le hizo practicar con los cambios de marcha.

—Bueno —le dijo luego—, ahora haz lo que te diga.

El primer arranque del coche la asustó. Trabó los cambios y creyó que Neil daría por terminada la lección allí mismo. Pero él se rio.

—¡So...!, calma, calma. Sigue —dijo.

Grace obedeció. Neil no comentó su manera de llevar el volante ni que el volante le hiciera olvidar el acelerador, excepto para decir:

—Sigue, sigue, mantente en el camino, no dejes que se pare el motor.

—¿Cuándo puedo parar?

—Cuando te diga cómo.

La hizo seguir conduciendo hasta que salieron del túnel y luego le dio instrucciones sobre el freno. En cuanto se detuvo, Grace abrió la puerta de modo que pudieran cambiar de asiento, pero Neil dijo:

—No. Esto es solo un respiro. No tardará en gustarte.

Al volver a ponerse en marcha Grace empezó a pensar que tal vez él tuviera razón. Su momentánea oleada de confianza por poco los hace caer en la cuneta. Aun así él siguió riéndose cuando tuvo que aferrarse al volante. Y la lección continuó.

No la dejó detenerse hasta que hubieron hecho lo que le parecieron millas y tomado —despacio— varias curvas. Entonces Neil dijo que era mejor cambiar de turno porque, si no conducía, perdía el sentido de la orientación.

Le preguntó cómo se sentía y, aunque temblaba de pies a cabeza, contestó:

—Perfectamente.

Él le recorrió el brazo desde el hombro hasta el codo y dijo:

—¡Qué mentirosa!

No la tocó más ni hizo que volviera a sentir por ninguna parte el roce de su boca.

Tuvo que recuperar el sentido de la orientación algunas millas más adelante, cuando llegaron a un cruce, porque dobló a la izquierda. Los árboles se espesaban, trepaban por un camino escabroso una montaña larga y, al cabo de unas millas, llegaron a un pueblo o, mejor dicho, a un conjunto de construcciones levantadas junto a la carretera. Una iglesia y una tienda, ninguna de las dos abiertas para servir a sus fines originales, pero probablemente habitadas a juzgar por los vehículos que había alrededor y las lastimosas cortinas de las ventanas. Un par de casas también en estado lamentable y, detrás de una de ellas, un granero desplomado lleno de heno viejo y oscuro que, como tripas hinchadas, asomaba entre las vigas resquebrajadas.

Neil lanzó una exclamación para festejar que había llegado allí, pero no se detuvo.

—¡Qué alivio! —dijo—. ¡Qué... alivio! Ahora sé. Gracias a ti.

—¿A mí?

—Por dejar que te enseñara a conducir. Me he serenado.

—¿Te has serenado? ¿En serio?

—Tan verdad como que estoy vivo.

Neil sonreía, pero no la miraba. Tras haber cruzado el pueblo parecía muy ocupado mirando a un lado y a otro, a través de los campos que se extendían a lo largo del camino. Hablaba como para consigo mismo.

—Esto es. Tenía que ser. Ahora sabemos.

Y así siguió hasta que, evitando piedras y trechos de enebro, doblaron por un sendero que no corría derecho sino que rodeaba el campo. Al final del sendero había una casa... y no estaba en mejor estado que las del pueblo.

—Ya estamos. Ahí no te voy a hacer entrar. No tardaré más de cinco minutos.

Tardó más.

Ella se quedó en el coche a la sombra de la casa. La puerta estaba abierta, solo la mosquitera permanecía cerrada. La mosquitera tenía remiendos, alambres nuevos entretejidos con los viejos. Nadie se acercó a ella, ni siquiera un perro. Y con el coche parado el día se había cargado de un extraño silencio. Extraño porque era de esperar que una tarde tan calurosa estuviera llena de zumbidos, murmullos y gorjeos de insectos en la hierba, en los matorrales de enebro. Aunque no se los viera por ninguna parte, sus ruidos deberían surgir de todo lo que creciera sobre la tierra, hasta alcanzar el horizonte. Pero el año estaba demasiado avanzado, tal vez fuera demasiado tarde hasta para oír graznar a los gansos que volaban rumbo al sur. En cualquier caso, no se oía ninguno.

Parecía que estuvieran en la cima del mundo o en una de las cimas. El campo caía en pendiente por todos lados, lo único visible eran los árboles de los alrededores porque crecían en terrenos más bajos.

¿A quién conocería él allí, quién viviría en esa casa? ¿Una mujer? No parecía posible que la mujer que él deseara viviera en semejante sitio, pero no había límite para las rarezas con las que ese día podía tropezar Grace. No había límites.

Tiempo atrás, aquella había sido una casa de ladrillos, pero alguien había empezado a tirar abajo las paredes. Quedaron a la vista simples tabiques de madera. Los ladrillos que las cubrían estaban apilados de cualquier manera en el patio, quizá a la espera de venderlos. Los ladrillos que quedaban en ese lado de la casa formaban una fila

diagonal de escalones. Grace, que no tenía nada que hacer, se echó hacia atrás y reclinó el respaldo para contarlos. Lo hacía tonta y rigurosamente a la vez, del mismo modo que se deshojan los pétalos de las margaritas, pero sin decir palabras tan poco descaradas como «me quiere», «no me quiere».

«Afortunada». «Desdichada». «Afortunada». «Desdichada». Es todo lo que se atrevía a decir.

Se dio cuenta de que era difícil seguir la pista de los ladrillos colocados en zigzag, sobre todo porque la fila desaparecía encima de la puerta.

Lo supo. ¿Qué otra cosa podía ser? Un reducto de contrabandistas. Pensó que el contrabandista estaría en casa; un viejo de piel curtida, demacrado, taciturno y desconfiado. La noche de Halloween se apostaba en el escalón delantero con un rifle. Y pintaba números en los leños apilados junto a la puerta para saber si se los robaban. Pensaba en él —o en ese—, amodorrado por el calor en la habitación sucia pero ordenada (sabía que era así por los parches de la mosquitera). Se levantaba de la litera o el catre desvencijados con la colcha manchada encima, que alguna allegada ya muerta le había hecho mucho tiempo atrás.

Aunque ella no había estado nunca en la casa de un contrabandista, en su tierra no estaba demasiado clara la frontera entre las maneras de vivir respetables y las que no lo eran. Ella sabía cómo eran las cosas.

Qué raro haber pensado en casarse con Maury. Habría sido una suerte de traición. Una traición a sí misma. Pero no era traición haberse ido de paseo con Neil, porque tenían bastantes cosas en común. Y ella sabía cada vez más y más de él.

Le parecía ver en la puerta a su tío, encorvado y perplejo, mirándola como si ella se hubiera alejado años y años. Como si hubiese prometido volver a casa, luego olvidara la promesa y, al cabo de tanto tiempo, él debiera estar muerto y no lo estaba.

Intentaba hablar con él, pero él estaba perdido. Se estaba despertando y moviendo. Se encontraba otra vez en el coche con Neil, en la carretera. Se había quedado dormida con la boca abierta y tenía sed. Neil se volvió hacia ella un instante y —a pesar del viento que soplaba a su alrededor— Grace notó olor a *whisky* recién tomado.

Era verdad.

—¿Estás despierta? Dormías como un lirón cuando he salido. Lo siento, he tenido que ser sociable un rato. ¿Cómo está tu vejiga?

Lo cierto es que era un problema en el cual había pensado cuando estaban parados frente a la casa. Vio un retrete al fondo, más allá de la casa, pero le dio vergüenza bajar y caminar hasta allí.

—Este parece buen sitio —dijo Neil, y paró el coche.

Grace bajó y caminó entre varas de llantén y ásteres silvestres, para encontrar un lugar donde acuciillarse. Él se quedó entre esas flores al otro lado de la carretera, de espaldas a ella. Cuando Grace volvió al coche vio la botella en el suelo junto a sus pies. Más de la tercera parte del contenido había desaparecido.

Él vio que ella la veía.

—¡Oh, no te preocupes! No he hecho más que poner un poco aquí —dijo, y le enseñó una petaca—. Es más cómoda cuando conduzco.

En el suelo había también otra Coca-Cola. Neil le pidió que buscara en la guantera el abridor.

—Está fría —dijo sorprendida.

—De la nevera. En invierno cortan hielo de los lagos y lo almacenan en serrín. Lo guarda bajo la casa.

—Creí ver a mi tío a la entrada de esa casa —contó Grace—. Estaba soñando.

—Podrías contarme algo de tu tío. Contarme dónde vives. En qué trabajas. Cualquier cosa. Lo único que quiero es oírte hablar.

Tenía más energía en la voz y le había cambiado la cara, pero no la expresión frenética

de la borrachera. Era como si hubiera estado enfermo —no gravemente enfermo sino deprimido por el calor— y quisiera demostrar que ya estaba mejor. Tapó la petaca, la puso en el suelo y buscó la mano de Grace. La apretó un poco, como señal de camaradería.

—Es bastante mayor —dijo Grace—. En realidad es un tío abuelo. Es tejedor de paja..., es decir, arregla sillas de paja. No puedo explicártelo, pero te lo podría enseñar si tuviéramos alguna silla para arreglar...

—No veo ninguna.

Grace se rio.

—La verdad es que resulta aburrido.

—Entonces cuéntame qué te interesa. ¿Qué te interesa?

—Tú me interesas —contestó Grace.

—¡Oh! ¿Qué te interesa de mí? —apartó la mano.

—Lo que vas a hacer ahora —contestó Grace muy decidida—. Y por qué.

—Estás hablando de la bebida. ¿Por qué bebo, verdad? —Volvió a destapar la petaca—. ¿Y por qué no me lo preguntas francamente?

—Porque sé qué dirías.

—Pues dílo. ¿Qué diría?

—Dirías: «¿Qué otra cosa se puede hacer?». O algo por el estilo.

—Es verdad. Es lo que estaba a punto de decir. Bueno, entonces tú tendrías que decirme si estoy equivocado.

—No —dijo Grace—. No. No te lo diré.

Una vez dicho eso se quedó helada. Creía haber hablado en serio y en ese momento se dio cuenta de que había intentado impresionarlo con sus respuestas, tratando de mostrarse tan mundana como él y, a medio camino, había llegado al fondo de la verdad. A esa falta de esperanza: auténtica, racional y eterna.

—¿No lo harás? No. No lo harás. Es un alivio. Eres un alivio, Grace.

—¿Sabes qué...? Tengo sueño —dijo Neil al cabo de un rato—. En cuanto encontremos un buen sitio me haré a un lado y dormiré. Un rato nada más. No te molestará, ¿verdad?

—No. Creo que debes hacerlo.

—¿Me vigilarás?

—Sí.

—Así me gusta.

Encontró el sitio en una pequeña población llamada Fortune. Había un parque a las afueras junto a un río y un espacio cubierto de gravilla para los coches. Echó el respaldo hacia atrás y se durmió en el acto. Caía la tarde, se acercaba la hora de la cena, prueba de que no era un día de verano. Poco antes alguien había hecho el *picnic* de Acción de Gracias en ese lugar; todavía salía humo de la fogata al aire libre y el aire olía a hamburguesas. El olor no despertó precisamente el apetito de Grace, aunque sí le recordó que había tenido hambre en otras circunstancias.

En cuanto se durmió, Grace bajó del coche. Con tantas paradas y arranques durante la clase de conducción tenía bastante polvo encima. Bajo un grifo al aire libre se lavó lo mejor que pudo los brazos, las manos y la cara. Luego, para no forzar el pie herido, caminó despacio por la orilla del río. Vio lo poco profundo que era y los juncos que rompían la superficie. Un letrero advertía que en ese lugar las blasfemias, las obscenidades y el lenguaje soez estaban prohibidos y serían castigados.

Probó los columpios instalados de cara al oeste. Impulsó el columpio bien alto, miró el cielo despejado: verde tenue, dorado apagado; en el horizonte, una franja color rosa chillón. Estaba refrescando.

Había creído en el contacto. Bocas, lenguas, piel, cuerpos, choque de hueso con hueso. Arrebato. Pasión. Pero no era lo que les estaba destinado. Eso era un juego de

niños, comparado con cómo lo conocía, con cómo y hasta dónde había llegado a verlo por dentro.

Lo visto era definitivo. Como si estuviera al borde de una oscura masa de agua lisa, que se extiende más y más. Agua fría, nivelada. Mirar esa agua fría, oscura, nivelada y saber que no había nada más.

No era culpa de la bebida. En cualquier caso, el problema siempre era el mismo. La bebida, la necesidad de beber..., era solo una forma de evadirse, como todo lo demás. Volvió al coche y trató de despertarlo. Neil se movió, pero no se despertó. Grace se puso otra vez a caminar para mantener el calor y ejercitar el pie por el camino más fácil. Cayó en la cuenta de que a la mañana siguiente estaría otra vez sirviendo desayunos.

Lo intentó una vez más, le dirigió palabras apremiantes. Él contestó con distintas promesas, balbuceos, y otra vez se quedó dormido. Cuando oscureció del todo Grace se dio por vencida. Instalado el frío de la noche se le aclararon algunos hechos más. Que podían quedarse ahí, que a pesar de todo todavía estaban en este mundo. Que ella tenía que volver a Bailey's Falls.

Con bastante dificultad lo empujó al asiento del acompañante. Si eso no lo despertaba era evidente que no lo despertaría nada. Tardó un rato en adivinar cómo se encendían los faros y luego empezó a mover el coche. Despacio, dando sacudidas, volvió a la carretera.

No tenía ni idea de qué dirección tomar y no había un alma en la calle a quien pudiera preguntar. Se limitó a seguir hasta el otro lado de la ciudad y allí, casi como una bendición, apareció la señal que indicaba el camino a Bailey's Falls, entre otros sitios. No estaba más que a nueve millas.

Condujo a lo largo de la autovía de dos carriles, sin pasar nunca de las treinta millas por hora. Había poco tráfico. Una o dos veces pasaron coches tocando la bocina y los pocos con que se cruzó, también la tocaron. En una ocasión fue probablemente porque iba muy despacio; en otra porque no sabía cómo poner las luces bajas. No importaba. No podía detenerse para recobrar valor en medio de la carretera. No le quedaba más remedio que seguir adelante, como él le había dicho. Seguir adelante.

Al principio no reconoció Bailey's Falls porque llegaba desde una dirección desconocida para ella. Cuando lo reconoció se asustó aún más de lo que lo había estado a lo largo de las nueve millas. Una cosa era conducir en territorio desconocido, otra doblar y entrar por los portones de la posada.

Estaba despierto cuando ella se detuvo en el aparcamiento. No demostró ninguna sorpresa al encontrarse allí ni al ver lo que Grace había hecho. Dijo que lo habían despertado los bocinazos, hacía unas millas, pero simuló seguir durmiendo porque lo importante era no asustarla. Y no se preocupó. Sabía que sería capaz de arreglárselas. Grace le preguntó si ya estaba lo bastante despierto para conducir.

—Bien despierto. Tan lúcido como un dólar.

Le pidió que sacara el pie de la sandalia y lo apretó por distintos sitios antes de decir:

—Estupendo. No está caliente. No está hinchado. ¿Te duele el brazo? Quizá no te dolerá.

La acompañó hasta la puerta y le agradeció la compañía. Ella seguía asombrada de estar de vuelta y a salvo. Apenas se dio cuenta de que había llegado el momento de despedirse.

La verdad es que hasta el día de hoy no sabe si llegaron a decir la palabra «Adiós» o si él no hizo más que rodearla con los brazos y apretarla con tanta fuerza, tan repetidamente, cambiando tanto de postura, que parecía necesitar más de dos brazos. Se sentía acosada por él, con su cuerpo fuerte y ágil, exigiendo y renunciando a la vez, como si quisiera decirle que había hecho mal en confiar en él, que todo era posible, para luego decirle que no había hecho mal, que pretendía estamparse en ella y

marcharse.

Por la mañana temprano el gerente golpeó la puerta de la habitación y llamó a Grace.

—Te han llamado al teléfono —dijo—. No te preocupes, solo querían saber si estabas aquí. He contestado que iría a averiguarlo. Eso es todo.

Sería Maury, pensó ella.

Uno de ellos, en cualquier caso. Pero seguramente Maury. Ahora tendría que vérselas con Maury.

Cuando bajó a servir los desayunos —con bambas de lona— oyó hablar del accidente. Un coche se había estrellado contra el pilar del puente a medio camino de la carretera al lago de Little Sabot. Se había estampado contra el pilar, quedó completamente destrozado y se incendió. No hubo ningún otro coche involucrado en el accidente y, por lo visto, el conductor iba solo. Tendrían que identificarlo por el examen dental. Probablemente a esa hora ya lo habrían hecho.

—¡Vaya una manera de matarse! —exclamó el gerente—. ¡Más vale hacerse el harakiri!

—Puede que haya sido un accidente —dijo el cocinero, optimista por naturaleza—. Tal vez se quedó dormido.

—Sí. Claro.

A Grace le dolía el brazo como si le hubieran dado un golpe malintencionado. No podía mantener la bandeja en equilibrio, tuvo que llevarla delante de ella, sujetándola con las dos manos.

No tuvo que vérselas con Maury cara a cara. Él le mandó una carta.

«Di que él te obligó a hacerlo. Di que tú no querías ir».

Ella le contestó tres palabras: «Sí, quise ir». Iba a añadir: «Lo siento», pero se contuvo.

El señor Travers fue a verla a la posada. Estuvo correcto, formal, firme, distante y nada antipático. Ahora lo veía en circunstancias en que demostraba lo que era. Un hombre capaz de hacerse cargo de la situación, capaz de poner las cosas en su sitio. Dijo que era muy triste, que todos estaban muy tristes, pero que el alcoholismo era algo tremendo. Cuando la señora Travers estuviera un poco mejor se la llevaría de viaje, de vacaciones, a algún sitio de clima templado.

Después dijo que tenía que marcharse, tenía muchas cosas que hacer. En el momento de darle la mano dejó en ella un sobre.

«Todos esperamos que hagas buen uso de esto», dijo.

El cheque era de mil dólares. De inmediato pensó en devolverlo o en hacerlo trizas y todavía hoy cree que habría sido un gesto de dignidad. Pero al final, claro, le faltó valor. En aquellos tiempos ese dinero era suficiente para empezar una nueva vida.

La vista desde Castle Rock

La primera vez que Andrew fue a Edimburgo tenía diez años. Acompañado de su padre y otros hombres, subió por una calle resbaladiza y oscura. Llovía, el olor a humo de la ciudad flotaba en el aire y las portillas abiertas mostraban, a la luz del fuego de las chimeneas, el interior de las tabernas en las que él tenía la esperanza de entrar, porque estaba calado hasta los huesos. No entraron, su destino era otro. A primera hora de esa misma tarde habían estado en un sitio así, pero no era mucho más que un nicho, un agujero en la pared, con tablonces donde se ponían las botellas y los vasos y se dejaban las monedas. Continuamente lo sacaban de un empujón a la calle, al charco que recogía el goteo de la cornisa encima de la entrada. Para impedirlo, se había abierto paso, agachado, entre las capas y las pieles de borrego, y se había metido entre los bebedores, debajo de sus brazos.

Le sorprendió la cantidad de gente que al parecer conocía su padre en la ciudad de Edimburgo. Lo lógico habría sido pensar que no conocía a los hombres de aquel lugar, pero saltaba a la vista que sí. Entre las extrañas voces en acalorada discusión, la de su padre se elevaba por encima de todas las demás. «América», dijo, y descargó una palmada en la tabla de madera para reclamar la atención, tal como haría en casa. Andrew había oído pronunciar esa palabra con el mismo tono mucho antes de saber que era una tierra al otro lado del mar. La había oído pronunciar como un desafío, una verdad irrefutable, pero en ocasiones —cuando su padre no estaba presente— la había oído pronunciar como pulla o chanza. Sus hermanos mayores podían preguntar: «¿Te vas a América?», cuando uno de ellos se ponía la manta escocesa para salir y hacer algo como encerrar a las ovejas en el aprisco. O: «¿Por qué no te vas a América?», cuando discutían, y uno de ellos quería ridiculizar al otro.

Las cadencias de la voz de su padre, en la conversación posterior a esa palabra, resultaban tan familiares, y Andrew tenía los ojos tan llorosos por el humo, que enseguida se quedó dormido de pie. Despertó cuando varios de ellos salieron de allí a empujones, su padre entre ellos. Uno dijo: «¿Este es tu chico o un granuja que se ha colado entre nosotros para vaciarnos los bolsillos?», y su padre se echó a reír y cogió a Andrew de la mano y se encaminaron cuesta arriba. Un hombre tropezó y otro chocó con él y soltó una palabrota. Un par de mujeres, desdeñosas, señalaron con sus canastas al grupo e hicieron comentarios en su idioma desconocido, del que Andrew solo pudo discernir las palabras «almas decentes» y «vía pública».

Luego su padre y sus amigos se desviaron por una calle mucho más ancha que de hecho era un patio, pavimentado con grandes bloques de piedra. En ese momento, su padre se volvió y fijó la atención en Andrew.

—¿Sabes dónde estás, hijo? Estás en el patio del castillo, y este es el castillo de Edimburgo, que lleva en pie diez mil años y seguirá en pie otros diez mil. Aquí se han cometido barbaridades. Por estas piedras ha corrido sangre. ¿Lo sabías? —Levantó la cabeza para que todos oyeran lo que decía—. El rey Jacobo invitó a cenar a los jóvenes Douglas y cuando estuvieron cómodamente sentados, dijo: «Bah, no nos molestaremos en darles de cenar. Llevadlos al patio y cortadles la cabeza». Y eso hicieron. Aquí, en este mismo patio donde nos encontramos.

»Pero ese mismo rey Jacobo murió leproso —continuó con un suspiro, seguido de un lamento, que los obligó a todos a permanecer inmóviles para reflexionar sobre semejante destino.

Después meneó la cabeza.

—Ah, no, no fue él. Fue el rey Roberto Bruce el que murió leproso. Murió siendo rey pero leproso.

Andrew no veía más que enormes muros de piedra, verjas con barrotes, un soldado con levita roja marchando arriba y abajo. En todo caso, su padre no le dejó mucho tiempo, instándolo a seguir adelante y pasar debajo de un arco a la vez que decía:

—Cuidado con la cabeza, muchachos; en esa época los hombres eran enanos. Muy enanos. También lo es Boney el Francés, los enanos son muy peleones.

Subían por peldaños de piedra desiguales, algunos tan altos que le llegaban a Andrew a la rodilla —a veces tenía que trepar a gatas— dentro de lo que, por lo que veía, era una torre sin techo. Su padre gritó: «¿Me seguís? ¿Estáis todos dispuestos a la escalada?», y le contestaron unas cuantas voces rezagadas. Andrew tuvo la impresión de que detrás de ellos no venían tantos hombres como en la calle.

Subieron aún más por la escalera de caracol y al final salieron a una roca desnuda, una cornisa, desde donde la tierra caía escarpada. De momento había parado de llover.

—Ya estamos —dijo el padre de Andrew—. ¿Y dónde se han metido todos los que nos pisaban los talones para llegar aquí?

Uno de los hombres que llegaba al último peldaño dijo:

—Hay dos o tres que se han ido a echarle una mirada al Meg.

—Máquinas de guerra —dijo el padre de Andrew—. Solo tienen ojos para las máquinas de guerra. Que se anden con cuidado, no vaya a ser que vuelen por los aires.

—Más bien el corazón no les da para tanta escalera —añadió otro hombre, jadeando.

—Les da miedo subir hasta aquí, miedo de caerse —dijo el primero alegremente.

Un tercero —y no había más—, tambaleándose, cruzó la cornisa como si tuviera la intención de hacer eso precisamente.

—¿Dónde es, pues? —vociferó—. ¿Ya estamos en el trono de Arturo?

—No —contestó el padre de Andrew—. Mira más allá.

Había salido el sol, iluminando la masa de piedra compuesta de casas y calles más abajo, y las iglesias cuyos campanarios no llegaban tan alto, y campos y unos cuantos árboles pequeños, luego una extensión de agua ancha y plateada. Y más allá una tierra de colores verde pálido y azul grisáceo, en parte bajo la luz del sol y en parte a la sombra, una tierra tan tenue como la bruma, absorbida por el cielo.

—¿No os lo decía? —dijo el padre de Andrew—. América. Pero solo es una parte, solo la costa. Esa es la tierra donde todos los hombres se sientan en sus propiedades e incluso los mendigos van de un lado a otro en carruaje.

—Pues el mar no parece tan ancho como yo pensaba —comentó el hombre que había dejado de tambalearse—. No parece que haya que tardar semanas en cruzarlo.

—Eso es efecto de la altura a la que estamos —explicó el hombre al lado del padre de Andrew—. A esta altura, da la impresión de que es menos ancho.

—Es un buen día para verlo —dijo el padre de Andrew—. Muchos días puedes subir hasta aquí y no ver más que la niebla.

Se volvió y se dirigió a Andrew.

—Pues ya ves, hijo, has visto América —dijo—. Ojalá que Dios te permita un día verla de cerca y con tus propios ojos.

Desde entonces, Andrew ha vuelto al castillo una sola vez, con un grupo de chicos de Ettrick, que querían ver el gran cañón, Mons Meg. Pero entonces nada parecía estar en el mismo sitio, y no supo encontrar el camino que habían tomado para subir hasta la roca. Quizá estuviera en alguno de los dos pasos tapiados que había visto. Pero ni siquiera intentó mirar a través de las tablas; no deseaba decir a los demás qué buscaba. Incluso a los diez años sabía que los hombres que acompañaban a su padre estaban borrachos. Si no comprendió que su padre estaba borracho —debido a su paso firme y a su determinación, a su comportamiento imperioso—, desde luego sí comprendió que algo no iba como debía. Supo que no estaba viendo América, aunque tardó unos años en conocer los mapas lo suficiente para saber que había estado viendo el Fife.

Aun así, no sabía si esos hombres de la taberna se habían burlado de su padre, o si era su padre quien les había gastado una de sus bromas a ellos.

El viejo James, el padre. Andrew. Walter. Su hermana Mary. Agnes, la mujer de

Andrew, y el hijo de Agnes y Andrew, James, de menos de dos años.

En el puerto de Leith, el 4 de junio de 1818, pusieron los pies a bordo de un barco por primera vez en sus vidas.

El viejo James da a conocer esta circunstancia al oficial del barco que comprueba sus nombres en una lista.

—La primera vez, caballero, de toda mi larga vida. Somos hombres del valle de Ettrick, un rincón del mundo rodeado de tierra por todas partes.

El oficial pronuncia una palabra que es ininteligible para ellos, pero de significado claro. «Siga adelante». Ha tachado sus apellidos. Ellos siguen adelante, por propia iniciativa o a empujones, el pequeño James apoyado en la cadera de Mary.

—¿Esto qué es? —pregunta el viejo James, observando la muchedumbre en cubierta—. ¿Dónde vamos a dormir? ¿De dónde ha salido toda esta chusma? Fijaos en sus caras, ¿es que son negros africanos?

—Negros de las Tierras Altas, más bien —corrige su hijo Walter.

Es un chiste, dicho entre dientes para que su padre no lo oiga: el viejo detesta a los de las Tierras Altas.

—Hay demasiada gente —continúa su padre—. El barco se hundirá.

—No —dice Walter, ahora levantando la voz—. Los barcos no suelen hundirse por exceso de gente. Para eso estaba a la entrada ese hombre, para contar a la gente.

Nada más embarcar, este mocoso de diecisiete años ya se está dando aires de entendido, ya está llevando la contraria a su padre. La fatiga, la perplejidad y el peso del abrigo que lleva puesto impiden al viejo James darle un coscorrón.

Ya han explicado a la familia todo lo relativo a la vida a bordo de un barco. De hecho, lo ha explicado el propio viejo. Era él quien lo sabía todo sobre las provisiones, el alojamiento y la clase de gente que encontrarían a bordo. Todos escoceses y todos personas decentes. Nadie de las Tierras Altas, ningún irlandés.

Pero ahora exclama que eso es como un enjambre de abejas en el cuerpo de un león muerto.

—Mala gente, mala gente. ¡Ay!, ¿por qué nos habremos marchado de nuestra tierra natal?

—Todavía no nos hemos marchado —dice Andrew—. Aún vemos Leith. Más vale que bajemos y busquemos sitio.

Más lamentos. Las literas son estrechas, simples tablas con colchonetas de pelo de caballo, que son duras y pican.

—Mejor que nada —comenta Andrew.

—¡Ay!, ¿por qué se me metería en la cabeza traeros aquí, a este sepulcro flotante?

¿Es que nadie lo mandará callar?, piensa Agnes. Así seguirá indefinidamente, como un predicador o un chiflado, cada vez que le dé el ataque. Agnes no lo soporta. Para ella es un martirio mayor del que él puede siquiera concebir.

—Bien, ¿nos instalamos aquí o no? —pregunta ella.

Algunas personas han colgado sus mantas escocesas o chales para crear un espacio semiprivado para sus familias. Ella procede a quitarse las capas de ropa para hacer lo propio.

El niño da volteretas en su tripa. Le arde la cara como un ascua y le palpitan las piernas y la carne hinchada entre ellas —los labios que el niño pronto separará para salir— es un saco escocido de dolor. Su madre habría sabido qué hacer al respecto, habría sabido qué hojas debían molerse para hacer una cataplasma balsámica.

Al pensar en su madre, la invade tal tristeza que le entran deseos de darle un puntapié a alguien.

Andrew pliega su manta escocesa para hacerle a su padre un asiento cómodo. El viejo se sienta, gruñendo, y se lleva las manos a la cara, de modo que sus palabras adquieren un sonido hueco.

—No quiero ver nada más. No voy a escuchar sus voces chirriantes ni sus lenguas satánicas. No tragaré un bocado de carne ni de comida hasta que vea las costas de América.

«Así nos tocará más al resto», diría Agnes de buena gana.

¿Por qué Andrew no le habla a su padre a las claras, recordándole de quién ha sido la idea, quién ha sido el que ha arengado, pedido prestado y rogado para llevarlos al sitio donde ahora se encuentran? Andrew no lo hará, Walter solo bromeará, y en cuanto a Mary, a duras penas le sale la voz de la garganta en presencia de su padre.

Agnes viene de una gran familia de tejedores de Hawick, que ahora trabajan en las fábricas, pero durante generaciones trabajaron en casa. Y trabajando allí, aprendieron todas las artes del corte necesarias para poner a cada cual en su sitio, para refir y sobrevivir en un espacio reducido. Todavía le sorprenden los modales rígidos, la deferencia y los silencios en la familia de su marido. Al principio, pensó que eran gente extraña, y todavía lo piensa. Son tan pobres como sus propios parientes, pero tienen un gran concepto de sí mismos. ¿Y en qué se basan? El viejo ha sido un prodigio en la taberna durante años, y su primo es un poeta embustero y harapiento que tuvo que huir a Nithsdale porque en Ettrick nadie se atrevía a confiarle sus ovejas. Fueron todos criados por tres tías, tres brujas que tenían tanto miedo a los hombres que corrían a esconderse en el aprisco de las ovejas si alguien ajeno a la familia se acercaba por la carretera.

Como si no fueran los hombres quienes debían huir de ellas.

Walter ha vuelto de llevar sus pertenencias más pesadas a la bodega.

—Ni os imagináis la montaña de cajas y baúles y sacos de comida y patatas —dice, emocionado—. Hay que trepar por encima para llegar al grifo. Nadie puede evitar derramar el agua al volver y los sacos se empaparán y el contenido se pudrirá.

—No deberían haber traído todo eso —dice Andrew—. ¿No se comprometieron a darnos de comer cuando pagamos el pasaje?

—Sí —contesta el viejo—. Pero ¿será la comida digna de nosotros?

—Pues menos mal que he traído mis tortas —dice Walter, que sigue de humor para hacer bromas sobre cualquier cosa.

Golpetea con el pie la cajita de metal llena de tortas de cebada que le dieron sus tías como obsequio especial para él porque era el más pequeño y seguían viéndolo como el niño huérfano de madre.

—Ya verás lo contento que estarás si nos morimos de hambre —dice Agnes.

Walter la saca de quicio, casi tanto como el viejo. Sabe que es muy improbable que se mueran de hambre porque se ve a Andrew impaciente, pero no angustiado. Aunque, claro está, Andrew no se angustia por cualquier cosa. Aparentemente no se angustia por ella, ya que ha pensado en acomodar primero a su padre.

Mary ha llevado al pequeño James de vuelta a la cubierta. Se ha dado cuenta de que estaba asustado allí abajo, en la penumbra. No es necesario que el niño gimotee o se queje, ella sabe cómo se siente por la manera en que le clava las rodillas en el cuerpo.

Las velas están recogidas y perfectamente plegadas.

—Mira allí arriba, mira allí arriba —dice Mary, y señala a un marinero que está en lo alto de las jarcias. El niño, en su cadera, emite su sonido para designar un pájaro—.

Marinero pío, marinero pío —dice ella.

Dice bien la palabra «marinero» pero combinada con la palabra que usa el niño para referirse a un pájaro. Los dos se comunican en una lengua mitad y mitad: mitad enseñada por ella y mitad inventada por él. Mary cree que es uno de los niños más listos sobre la faz de la tierra. Al ser la mayor de su familia, y la única chica, ha cuidado a todos sus hermanos y ha estado siempre orgullosa de ellos, pero nunca ha conocido a un niño como este. Nadie más tiene la menor idea de lo original, independiente y listo que es. A los hombres no les interesan los niños tan pequeños, y Agnes, su madre, no

tiene paciencia con él.

—Habla como las personas —le dice Agnes, y si él no lo hace, puede que ella le dé un bofetón—. ¿Tú qué eres? —pregunta—. ¿Una persona o un duende?

Mary teme el mal genio de Agnes, pero en cierto modo no la culpa. Piensa que las mujeres como Agnes —mujeres de hombres, mujeres madres— tienen una vida espantosa. Primero por lo que les hacen los hombres —incluso un hombre tan bueno como Andrew— y luego por lo que les hacen los niños, al salir. Nunca olvidará a su propia madre, que estuvo en la cama enloquecida por la fiebre, sin reconocer a nadie, hasta que murió, tres días después de nacer Walter. Gritaba a la olla negra suspendida sobre el fuego, pensando que estaba llena de demonios.

Sus hermanos llaman a Mary «pobre Mary», y de hecho esa palabra, «pobre», debido a la delgadez y timidez de muchas de las mujeres de la familia, se ha unido a los nombres que les dieron al bautizarlas, nombres ya de por sí modificados para convertirlos en algo con menos sustancia y gracia. Isabel pasó a ser pobre Tibbie; Margaret, pobre Maggie; Jane, pobre Jennie. En Ettrick se decía que estaba demostrado que los hombres se llevaban la estatura y la belleza.

Mary no mide ni cinco pies y tiene una cara menuda y tensa con un bulto saliente por barbilla, y una piel que se ve sometida a violentas erupciones que tardan mucho en desaparecer. Cuando alguien le habla, se le contrae la boca como si las palabras se mezclaran con la saliva y los dienteillos torcidos, y la respuesta que consigue dar es un hilo de palabras tan tenue y revuelto que inevitablemente induce a más de uno a pensar que tiene pocas luces. Le cuesta mirar a alguien a la cara, incluso a los miembros de su propia familia. Solo cuando tiene al niño encaramado al estrecho saliente de la cadera es capaz de producir palabras coherentes y definidas, y en ese caso básicamente dirigidas a él.

Ahora alguien le dice algo. Es una persona casi tan pequeña como ella, un hombre menudo y moreno, un marinero, con patillas grises y sin un solo diente en la boca. Mira a Mary fijamente, luego al pequeño James y después otra vez a ella, justo en medio de la multitud que empuja o merodea, desconcertada o inquisidora. Al principio, Mary cree que habla en un idioma extranjero, pero entonces distingue la palabra «vaca». No puede evitar contestar con la misma palabra, y él ríe y agita los brazos, señalando algún sitio al fondo del barco, señalando luego a James y riéndose otra vez. Algo que debe llevar a ver a James. Tiene que decir: «Ya, ya», para que el hombre deje de farfullar, y luego se aleja en esa dirección para no decepcionarlo.

Mary se pregunta de qué parte del país o del mundo podía ser ese hombre, y entonces se da cuenta de que es la primera vez en su vida que ha hablado con un desconocido. Y salvo por la dificultad de entender lo que le decía, se las ha arreglado más fácilmente que cuando ha tenido que hablar con un vecino de Ettrick o con su padre.

Oye el mugido de la vaca antes de verla. Los empujones de la gente aumentan alrededor, formando un muro frente a ella y estrujándola desde atrás. Entonces oye el mugido en el cielo y, alzando la vista, ve a la bestia marrón suspendida en el aire, enjaulada en cuerdas y pataleando y bramando con desesperación. La sostiene el gancho de una grúa, y en ese momento se la lleva y se pierde de vista. Alrededor la gente vitorea y bate palmas. Un niño grita en la lengua que ella entiende, deseando saber si tirarán la vaca al mar. Un hombre le contesta que no, que irá con ellos en el barco.

—¿La ordeñarán, pues?

—Sí. Tú tranquilo. La ordeñarán —dice el hombre en tono de reprobación.

Y la voz de otro hombre se impone estridentemente a la suya.

—La ordeñarán hasta el día en que le apliquen el martillo, y entonces cenarás morcilla. La siguen las gallinas, balanceándose en el aire dentro de cajas de embalaje, todas cloqueando y aleteando en su encierro y picoteándose cuando pueden, de modo que

escapan plumas y flotan en el aire. Y después de ellas un cerdo amarrado como la vaca, chillando en un tono angustiado que tiene algo de humano y defecando desesperadamente, de modo que desde abajo se elevan aullidos de indignación y regocijo, según si provienen de aquellos a quienes les cae o aquellos que ven cómo les cae a otros.

James también se ríe, reconoce la mierda, y pronuncia la palabra que emplea para ella, que es «cacona».

Puede que algún día lo recuerde. «Vi una vaca y un cerdo volar por el aire». Entonces puede que se pregunte si fue un sueño. Y nadie estará allí —ella desde luego no estará— para decirle que no fue un sueño, que ocurrió en este barco. Sabrá que él viajó una vez en un barco porque se lo habrán contado, pero es posible que nunca en toda su vida vuelva a ver un barco como este. Mary no tiene la menor idea de adónde irán cuando lleguen a la otra orilla, pero imagina que será algún sitio tierra adentro, entre montañas, algún sitio como el valle de Ettrick.

Mary cree que no vivirá mucho tiempo, vayan a donde vayan. Tose en verano tanto como en invierno, y cuando tose le duele el pecho. Tiene orzuelos y calambres en el estómago y el periodo le viene rara vez, y cuando le viene, puede durarle hasta un mes. Pero espera no morir mientras James sea de un tamaño que permita llevarlo en la cadera o siga necesiéndola, como sucederá todavía durante un tiempo. Sabe que llegará el día en que se apartará como hicieron sus hermanos, en que se avergonzará del lazo que lo une a ella. Eso es lo que Mary se dice que sucederá, pero como cualquier persona enamorada, no puede creerlo.

En un viaje a Peebles antes de marcharse, Walter se compró un cuaderno para escribir, pero durante unos días demasiadas cosas reclamaron su atención, y no dispuso del espacio y la tranquilidad necesarios en la cubierta ni siquiera para abrirlo. Tiene también un tintero, metido en una bolsa de piel que cuelga de una correa que lleva ceñida al pecho, bajo la camisa. Era el truco empleado por su primo, Jamie Hogg el poeta, mientras estaba en los bosques de Nithsdale vigilando las ovejas. Cuando a Jamie se le ocurría una rima, sacaba un pedazo de papel del bolsillo del calzón y descorchaba la tinta, que no se había congelado gracias al calor de su corazón, y escribía el verso, dondequiera que estuviese, lloviera o nevase.

O eso decía. Y Walter había pensado poner a prueba el método. Pero es posible que fuera más fácil entre las ovejas que entre las personas. Además, el viento en el mar sin duda puede soplar con más fuerza incluso que en Nithsdale. Y naturalmente para él es fundamental que su familia no lo vea. Andrew podría burlarse un poco de él, pero Agnes lo haría con descaro, indignada porque a alguien se le ocurriera hacer algo que ella no haría. Mary, por supuesto, no diría ni una palabra, pero el niño en su cadera al que idolatraba y mimaba haría todo lo posible por coger y romper tanto la pluma como el papel. Y a saber cómo intervendría su padre.

Ahora, después de investigar por la cubierta, ha encontrado un lugar adecuado. Como es un cuaderno de tapa dura, no necesita mesa. Y la tinta, caliente por el contacto con su pecho, fluye tan libremente como la sangre.

Embarcamos el 4 de junio y anclamos los días 5, 6, 7 y 8 en los fondeaderos de Leigh camino de un sitio donde pudiéramos desplegar velas, lo cual hicimos el día 9. Pasamos por delante de la punta de Fifeshire sin que ocurriera nada digno de mención hasta el día 13 por la mañana, cuando nos despertó un grito de la casa de John O'Groats. Se veía claramente, y atravesamos a toda vela el estuario de Pentland con el viento y la marea a favor y no fue ni mucho menos tan peligroso como nos habían contado. Murió un niño, de nombre Ormiston, y echaron su cuerpo por la borda envuelto en una lona cosida con un gran pedazo de carbón atado a los pies...

Se interrumpe para pensar en el saco lastrado hundiéndose en el agua. El agua se vuelve cada vez más oscura y, arriba, la superficie resplandece tenuemente como el cielo nocturno. ¿Cumpliría el pedazo de carbón su cometido? ¿Iría derecho el saco al mismísimo fondo del mar? ¿O sería la corriente marina lo bastante fuerte para

levantarlo y dejarlo caer una y otra vez, arrastrándolo hacia un lado, llevándolo hasta Groenlandia o a las aguas tropicales del sur llenas de fétidas algas, el mar de los Sargazos? O podía aparecer un pez feroz y rasgar el saco y convertir el cuerpo en su alimento incluso antes de que este abandone las aguas superficiales y la región de la luz.

Ha visto dibujos de peces tan grandes como caballos, también de peces con cuernos, y docenas de dientes, cada uno como el cuchillo de un despellejador. Asimismo peces que son lisos y risueños, y maliciosamente bromistas, con pechos de mujer pero no las otras partes a las que los pechos guían los pensamientos de un hombre. Todo eso lo vio en un libro de cuentos y grabados que sacó de la biblioteca por suscripción de Peebles.

Estos pensamientos no lo angustian. Siempre se propone pensar con claridad y, si es posible, representarse con precisión las cosas más desagradables o impresionantes, a fin de reducir su poder sobre él. Tal como se lo representa ahora, el niño está siendo devorado. No engullido como en el caso de Jonás, sino masticado pedazo a pedazo como él mismo masticaría un sabroso bocado de carne de cordero cocido. Sin embargo, está la cuestión del alma. El alma abandona el cuerpo en el momento de la muerte. Pero ¿por qué parte del cuerpo la abandona? ¿Qué lugar ha ocupado concretamente dentro del cuerpo? La idea más razonable sería que el alma sale con el último aliento, dejando su escondite en algún rincón del pecho más o menos donde están el corazón y los pulmones. Aunque Walter ha oído un chiste que contaban sobre un viejo de Ettrick, algo así como que era tan sucio que cuando murió el alma le salió por el culo, y la oyeron salir con una poderosa explosión.

Esta es la clase de información que cabría esperar que diesen los predicadores, sin mencionar el culo, claro está, pero sí explicando algo acerca del lugar donde está el alma y por dónde sale. Pero rehúyen hacerlo. Tampoco pueden explicar —o al menos él nunca se lo ha oído contar a ninguno— cómo se mantienen las almas fuera de los cuerpos hasta el día del Juicio Final y cómo ese día cada una encontrará y reconocerá el cuerpo que le pertenece y se reunirá con él, aunque por entonces sea como mucho un esqueleto. Aunque sea polvo. Tiene que haber quien haya estudiado lo suficiente para saber cómo sucede todo esto. Pero también hay quienes —como él ha averiguado recientemente— han estudiado y leído y pensado hasta llegar a la conclusión de que no existen las almas. Por otro lado, a nadie le gusta hablar de esas personas, y de hecho solo pensar en ellas da pavor. ¿Cómo pueden convivir con el miedo —en realidad, con la certidumbre— ante el infierno que los espera?

Había un hombre así que vino de Berwick, Davey el Gordo lo llamaban, porque estaba tan gordo que fue necesario cortar un entrante en la mesa para que pudiera sentarse a comer. Y cuando murió en Edimburgo, donde era una especie de estudioso, la gente se congregó en la calle frente a su casa para ver si el demonio acudía a reclamarlo. En Ettrick se había pronunciado un sermón al respecto, en el que se afirmaba, por lo que Walter alcanzó a entender, que el demonio no se prestaba a esa clase de exhibiciones y solo la gente supersticiosa, vulgar y papista esperaba algo así de él; aun así, su abrazo era mucho más horrendo y los tormentos que lo acompañaban más sutiles de lo que podían imaginar tales mentes.

El tercer día a bordo; el viejo James se puso en pie y empezó a pasearse. Ahora no para de pasearse. Se detiene y habla a quien quiera que esté dispuesto a escuchar. Da su nombre y dice que es de Ettrick, del valle y el bosque de Ettrick, donde cazaban los antiguos reyes de Escocia.

—Y en el campo de Flodden —dice—, después de la batalla de Flodden, cuentan que uno podía caminar entre los cadáveres y distinguir a los hombres de Ettrick porque eran los más altos y los más fuertes y los más apuestos de los caídos. Yo tengo cinco hijos, y todos son chicos fuertes y buenos, pero solo dos me acompañan. Uno de mis

hijos está en Nova Scotia, es el que lleva mi nombre y la última vez que supe de él estaba en un lugar llamado Economy, pero no hemos vuelto a recibir noticias tuyas, y no sé si está vivo o muerto. Mi hijo mayor se fue a trabajar a las Tierras Altas, y al hijo que viene antes del pequeño se le metió entre ceja y ceja marcharse también allí, y nunca volveré a verlos. Cinco hijos y, a Dios gracias, todos han llegado a hombres, pero el Señor no ha querido que se quedasen a mi lado. Su madre murió al nacer el último. Cogió unas fiebres y ya no volvió a levantarse de la cama después del parto. La vida de un hombre está plagada de penas. También tengo una hija, la mayor de todos, pero es casi una enana. Su madre fue perseguida por un carnero cuando la llevaba en el vientre. Tengo tres hermanas mayores, todas iguales, todas enanas.

Levanta la voz por encima del rumor de la vida a bordo del barco y sus hijos se alejan, abochornados, en cuanto lo oyen.

La tarde del día 14 se levantó un viento del norte y el barco empezó a temblar como si todas sus tablas fueran a desprenderse unas de otras. Los cubos estaban llenos a rebosar de los vómitos de la gente mareada y su contenido se derramaba por toda la cubierta. Se ordenó a todo el mundo que bajara, pero muchos se acurrucaron contra la barandilla sin importarles que se los llevaran las olas. No obstante, nadie en mi familia se mareó y ahora el viento ha parado y ha salido el sol y las personas a quienes hace un rato no les importaba morir en medio de la inmundicia se han levantado y han ido a rastras a lavarse donde los marineros baldean la cubierta. Las mujeres también están ocupadas lavando y enjuagando y escurriendo la ropa sucia. Es el peor sufrimiento y la recuperación más repentina que he visto en la vida...

Una niña de diez o doce años se queda mirando a Walter mientras escribe. Lleva un vestido y un sombrero elegantes y tiene el pelo castaño claro y rizado. El rostro, más que bonito, es vivaz.

—¿Eres de uno de los camarotes? —pregunta.

—No —contesta Walter.

—Ya lo sabía. Solo hay cuatro: uno es para mi padre y para mí, otro es para el capitán, otro es para su madre, y ella no sale nunca, y el último es para las dos señoras. No puedes estar en esta parte de la cubierta a menos que seas de uno de los camarotes.

—Pues no lo sabía —dice Walter, pero no hace ademán de irse.

—Te he visto antes escribir en tu cuaderno.

—Yo no te he visto a ti.

—No. Como estabas escribiendo, no has prestado atención.

—Bueno —dice Walter—, en todo caso, ya he acabado.

—No le he hablado a nadie de ti —dice ella despreocupadamente, como si eso fuera una decisión suya y pudiera cambiar de idea.

Y ese mismo día, pero alrededor de una hora más tarde, un grito anuncia desde babor que desde allí se verá Escocia por última vez. Walter y Andrew se acercan a ver, también Mary con el pequeño James en la cadera, y otros muchos. El viejo James y Agnes no van; ella porque ahora se resiste a moverse, y él por pura obstinación. Sus hijos le han insistido en que fuera, pero él ha contestado: «A mí me tiene sin cuidado. Ya he visto Ettrick por última vez, así que ya he visto Escocia por última vez».

Resulta que el grito para dar la despedida ha sido prematuro: un borde gris de tierra permanecerá a la vista aún durante horas. Muchos se cansarán de mirarlo —es solo tierra, como cualquier otra—, pero algunos se quedarán en la barandilla hasta que se desvanezca el último jirón, junto con la luz del día.

—Deberías ir a despedirte de tu tierra natal y decir adiós por última vez a tus padres porque no volverás a verlos —dice el viejo James a Agnes—. Y aún tendrás que soportar cosas peores. Es una pena, pero así es. Tienes la maldición de Eva.

Lo dice con el regodeo contenido de un predicador, y Agnes, entre dientes, lo llama «saco de mierda», pero apenas tiene la energía para fruncir siquiera la frente.

«Viejo saco de mierda. Tú y tu tierra natal».

Walter escribe por fin una sola frase. «Y esta noche del año 1818 hemos perdido de

vista Escocia».

Las palabras le resultan majestuosas. Lo invade una sensación de grandeza, solemnidad e importancia personal.

El día 16 fue muy ventoso, viniendo el viento del SO, y el mar estaba embravecido y se rompió el botalón del foque del barco debido a la violencia del viento. Y hoy se han llevado al camarote a nuestra hermana Agnes.

«Hermana», ha escrito, como si ella fuera lo mismo para él que la pobre Mary, pero no es el caso ni mucho menos. Agnes es una muchacha alta y robusta, de pelo moreno y espeso y ojos oscuros. El rubor en una de sus mejillas se desliza hacia una mancha marrón claro del tamaño de la impronta de una mano. Es de nacimiento, y la gente dice que es una lástima, porque sin ella sería guapa. Walter apenas resiste mirarla, pero no porque sea fea. Es porque desea tocarla, acariciarla con las yemas de sus dedos. No parece una piel cualquiera, sino el pelo aterciopelado de un ciervo. Lo que siente por ella es tan perturbador que solo puede decirle cosas desagradables, y eso cuando le habla. Y ella se lo devuelve con una buena dosis de desprecio.

Agnes cree que está en el agua y las olas la levantan y la dejan caer violentamente. Cada vez que las olas la sueltan es peor que la anterior, y se hunde más y más hondo, incapaz de sentir el momento de alivio, ya que la ola cobra fuerza de nuevo para volver a embestirla.

Pero a veces sabe que está en la cama, una cama extraña y extrañamente mullida, aunque eso empeora las cosas, porque cuando se hunde no encuentra resistencia, ningún lugar duro donde el dolor deba cesar. Y aquí o en el agua, la gente corre de un lado a otro ante ella. Los ve a todos de costado y transparentes, hablando con tal atropello que no entiende sus palabras, y hacen caso omiso de ella maliciosamente. Ve a Andrew entre ellos, y a dos o tres de sus hermanos. También están allí algunas de las chicas a las que conoce, las amigas con las que se entretenía en Hawick. Y no la miran ni les importa un comino la penosa situación en que se encuentra.

A gritos, les dice que se vayan pero nadie obedece y ella ve aparecer a más gente a través de la pared. Nunca había sabido que tenía tantos enemigos. La están atormentando y fingen no darse cuenta siquiera. Su objetivo es atormentarla hasta la muerte.

Su madre se inclina sobre ella y dice con voz arrastrada, fría e indolente:

—No te esfuerzas, hija mía. Debes esforzarte más.

Su madre va muy engalanada y habla con la finura de una dama de Edimburgo. Le echan en la boca algo inmundo. Sabiendo que es veneno, intenta escupirlo. «Me levantaré y saldré de esto», piensa. Trata de desprenderse de su cuerpo, como si fuera un montón de harapos en llamas.

Se oye la voz de un hombre dando una orden.

—Sujétela —dice, y ella se parte y se abre por completo al mundo y el fuego.

—Ah..., ah..., ahh —resuella el hombre, como si acabara de correr una carrera.

A continuación, una vaca que pesa mucho, berreando con las ubres hinchadas de leche, se encabrita y se sienta sobre el vientre de Agnes.

—Ya, ya —dice la voz del hombre, y después, al límite de sus fuerzas, gime e intenta levantar a la vaca.

Hay que ser idiota. Hay que ser idiota para dejarla entrar.

No mejoró hasta el 18, después de dar a luz a una hija. Como había un médico a bordo, no pasó nada. No ocurrió nada hasta el 22, que fue el peor día que habíamos vivido hasta entonces. El botalón del foque se rompió por segunda vez. No pasó nada digno de mención, Agnes se recuperaba sin percances hasta que el 29 vimos un banco de marsopas y el 30 (ayer) el mar estaba muy encrespado con un viento del oeste y retrocedimos más que avanzamos.

—En el valle de Ettrick está lo que llaman la casa más alta de Escocia —dice James—, y la casa donde vivió mi abuelo era más alta que esa. El nombre del sitio es Phauhope, y lo llaman Phaup, mi abuelo fue Will O'Phaup y hace cincuenta años todo aquel que

hubiese venido de cualquier sitio al sur del Forth y al norte de las tierras en litigio de la frontera habría oído hablar de él.

«A menos que una persona se tape los oídos, ¿qué se puede hacer salvo escuchar?», piensa Walter. Hay quienes maldicen al ver acercarse al viejo, pero parece que otros se alegran de cualquier distracción.

Habla de Will y sus carreras, y de las apuestas por él, y otras tonterías que Walter no soporta.

—Y se casó con una mujer llamada Bessie Scott y uno de sus hijos se llamó Robert, y ese mismo Robert fue mi padre. Mi padre. Y aquí me tienen, delante de ustedes.

»De un solo brinco cruzaba Will el río Ettrick, y el sitio está marcado.

Durante los dos o tres primeros días, el pequeño James se ha negado a despegarse de la cadera de Mary. Ha sido bastante valiente, pero solo si podía quedarse ahí. Por la noche ha dormido en la capa de Mary, hecho un ovillo a su lado, y ella se ha despertado con el costado izquierdo dolorido porque ha permanecido inmóvil toda la noche para no molestarlo. De pronto, una buena mañana, el niño baja al suelo y corretea de un lado a otro y da patadas a Mary si intenta cogerlo en brazos.

Todo en el barco le llama la atención. Incluso de noche intenta trepar por encima de ella y escaparse en la oscuridad. Así, Mary se levanta dolorida no solo por la inmovilidad, sino también por no dormir. Una noche la vence el sueño y el niño se zafa, pero, por suerte, tropieza con el cuerpo de su padre en su intento de huida. A partir de entonces Andrew insiste en que lo aten todas las noches. Él berrea, claro está, y Andrew lo sacude y le da un cachete; entonces el niño llora hasta quedarse dormido entre sollozos. Mary, tendida a su lado, le explica con ternura que eso es necesario para que no se caiga al mar, pero ahora el pequeño James la considera una enemiga, y si ella alarga una mano para acariciarle la cara, él intenta morderla con sus dientes de leche. Todas las noches se duerme enrabiado, pero por la mañana, cuando ella lo desata, todavía adormilado y rebosante de dulzura infantil, se aferra a Mary perezosamente y ella rezuma amor.

La verdad es que ella adora incluso sus alaridos y sus rabietas y sus patadas y sus mordiscos. Adora su suciedad y sus olores a leche agria; así como su olor a limpio. Cuando lo abandona la somnolencia, sus ojos azul claro, al fijarlos en ella, se llenan de una inteligencia extraordinaria y una voluntad imperiosa, que a ella le parecen venir directos del cielo. (Aunque su religión siempre le ha enseñado que la terquedad viene del lugar contrario). También adoraba a sus hermanos cuando eran encantadores y salvajes y había que impedir que cayeran al fuego, pero desde luego no tan apasionadamente como adora a James.

De pronto un día el niño desaparece. Mary, en la cola del agua para lavar, se vuelve y él no está a su lado. Solo ha cruzado unas palabras con la mujer de delante, para contestar a una pregunta sobre Agnes y la recién nacida, solo le ha dicho el nombre de la pequeña —Isabel—, y en ese instante el niño se ha escapado. Al decir el nombre, Isabel, ha sentido un sorprendente deseo de coger en brazos a ese bulto nuevo y exquisitamente liviano, y al abandonar su sitio en la cola y empezar a dar vueltas buscando a James, tiene la impresión de que él ha sentido su deslealtad y ha desaparecido para castigarla.

En un instante todo está del revés. La naturaleza del mundo se ha alterado. Corre de acá para allá, llamando a James a gritos. Se acerca a desconocidos, a marineros que se ríen de ella cuando les pregunta suplicante:

—¿Ha visto a un niño pequeño? ¿Ha visto a un niño así de alto? Tiene los ojos azules.

—He visto a cincuenta o sesenta así en los últimos cinco minutos —contesta un hombre.

Una mujer, por simple amabilidad, dice que ya aparecerá, que Mary no debe preocuparse, estará jugando con algún otro niño. Algunas mujeres incluso miran

alrededor como para ayudarla en la búsqueda, pero no pueden, lógicamente; tienen sus propias responsabilidades.

He aquí lo que Mary ve claramente en esos momentos de angustia: que el mundo que se ha transformado en un horror para ella sigue siendo el mismo mundo de siempre para todas esas otras personas y seguirá siéndolo aunque James haya desaparecido de verdad, aunque haya pasado a gatas por debajo de la barandilla —se ha fijado, por todo el barco, en los lugares donde eso sería posible— y lo haya engullido el mar.

El hecho más brutal e inconcebible, para ella, resultaría triste pero no una gran desgracia para la mayoría de la gente. Para ellos, no sería inconcebible.

Ni para Dios. Porque en realidad cuando Dios crea a un niño poco común y extraordinariamente hermoso, ¿acaso no se siente especialmente tentado de recuperar a su criatura, como si el mundo no la mereciese?

Pero ella le reza a Dios, sin cesar. Al principio, solo pronuncia el nombre del Señor. Pero conforme su búsqueda se vuelve más específica y en algunos sentidos más extraña —se agacha bajo la ropa que la gente ha tendido para preservar su intimidad, le trae sin cuidado interrumpir a los demás en sus quehaceres, levanta las tapas de sus cajas y hurga en su ropa de cama, sin oírlos siquiera cuando le echan una maldición—, sus plegarias también son cada vez más complejas y audaces. Busca algo que ofrecer, algo que pudiera ser el precio por la devolución de James. Pero ¿qué tiene ella? Nada que sea suyo, ni salud, ni perspectivas, ni la consideración de nadie. No encuentra nada que ofrecer; ni una pizca de suerte, ni siquiera una esperanza a la que renunciar. Lo único que tiene es a James.

¿Y cómo puede ofrecer a James a cambio de James?

Eso es lo que le martillea en la cabeza.

Pero ¿y su amor a James? Su amor extremo y quizá idolátrico, su amor quizá perverso a otra criatura. Renunciará a eso, renunciará a eso de buena gana, con tal de que no se haya ido, con tal de poder encontrarlo. Con tal de que no esté muerto.

Recuerda todo esto una hora o dos después de que alguien vea al niño asomar de debajo de un cubo vacío, escuchando el barullo. Y ella se ha retractado de su juramento al instante. Lo ha cogido entre sus brazos y lo ha estrechado contra su pecho, respirando hondo y gimiendo mientras él forcejeaba para zafarse.

Su concepto de Dios es superficial e inestable y la verdad es que, salvo en un momento de terror como el que acaba de experimentar, en realidad le trae sin cuidado. Siempre ha tenido la sensación de que Dios, e incluso la idea de Dios, estaba más lejos de ella que de otras personas. Además, no teme sus castigos después de la muerte como debería, y ni siquiera sabe por qué. Anida en su cabeza una indiferencia obstinada que nadie conoce. De hecho, quizá todo el mundo cree que se aferra en secreto a la religión porque apenas tiene nada más a su alcance. Están muy equivocados, y ahora que ha recuperado a James, en lugar de dar gracias, piensa que ha sido una estúpida y que le habría resultado tan imposible renunciar a su amor por él como interrumpir los latidos de su propio corazón.

Después de eso, Andrew insiste en que aten a James, no solo de noche sino también de día, al poste de la litera o al tendedero de la familia en la cubierta. Mary desea que lo amarren a ella, pero Andrew sostiene que un niño así la destrozaría a patadas. Andrew le ha dado una paliza por la jugarreta que les ha gastado, pero la expresión en los ojos de James anuncia que las jugarretas no han hecho más que empezar.

Aquel ascenso por la escalera en Edimburgo, aquella visión al otro lado del agua, fue un episodio que Andrew no mencionó siquiera a sus propios hermanos, pues América era ya de por sí un tema bastante espinoso. El hermano mayor, Robert, se marchó a las Tierras Altas en cuanto tuvo edad, yéndose de casa sin despedirse siquiera una noche que su padre estaba en la taberna de Tibbie Shiel. Dejó muy claro que lo hacía para no tener que formar parte de ninguna expedición planeada por su padre. Después,

el hermano James partió obstinadamente hacia América por su propia cuenta, aduciendo que así al menos no tendría que oír hablar más del asunto. Y por último había huido también Will, más joven que Andrew pero siempre el más opuesto y el más enconadamente enfrentado a su padre, y Will había ido a reunirse con Robert. De modo que solo quedó Walt, quien a su corta edad todavía pensaba en aventuras; había crecido echando bravatas sobre sus futuras luchas con los franceses, así que tal vez ahora pensaba que lucharía contra los indios.

Y luego estaba el propio Andrew, quien desde aquel día en la roca había sentido respecto a su padre un profundo y perplejo sentido de la responsabilidad, muy parecido a la pena.

Pero lo cierto es que Andrew se siente responsable de todos los miembros de su familia. De su joven esposa, a menudo malhumorada, a quien ha sometido una vez más a una situación de peligro; de los hermanos en lugares lejanos y del hermano que tiene junto a él; de la hermana digna de lástima y del inconsciente de su hijo. Esta es su carga; nunca se le ha ocurrido llamarla amor.

Agnes pide sal una y otra vez, hasta el punto de que empiezan a temer que, con la ansiedad, le suba la fiebre. Las dos mujeres que cuidan de ella son pasajeras de camarote, damas de Edimburgo, que han asumido la tarea por caridad.

—Estese quieta ya —le dicen—. Menos mal que el señor Suter estaba a bordo; no tiene idea de la suerte que ha tenido.

Le explican que el bebé estaba mal encajado, y todos temían que el señor Suter tuviera que abrirla, cosa que podía haber acabado con su vida. Pero él había conseguido darle la vuelta a la niña para poder sacarla.

—Necesito sal para la leche —dice Agnes, que no está dispuesta a dejar que la pongan en su sitio con sus reproches y su manera de hablar de Edimburgo.

En todo caso, son idiotas. Tiene que explicarles que debe añadirse un poco de sal a la primera leche del bebé; basta colocarse unos granos en el dedo y, apretándose el pecho, mezclarlos con un par de gotas de leche, para dárselas al bebé antes de amamantarlo. Sin esta medida de precaución hay muchas probabilidades de que salga tonto.

—¿Será al menos cristiana? —pregunta una de las mujeres a la otra.

—Tanto como usted —dice Agnes.

Pero, para su propia sorpresa y vergüenza, rompe a llorar a lágrima viva, y el bebé berrea con ella, por solidaridad o por hambre. Aun así, ella se niega a darle el pecho.

El señor Suter pasa a ver cómo está. Pregunta a qué viene tanto llanto, y le cuentan el problema.

—Un recién nacido con sal en el estómago..., ¿de dónde habrá sacado semejante idea?

—Denle la sal —ordena el médico.

Y se queda a ver cómo se aprieta el pecho para echarse unas gotas de leche en el dedo salado y acerca luego la yema a los labios de la pequeña, seguida del pezón.

Él le pregunta el motivo, y Agnes se lo explica.

—¿Y siempre da resultado?

Un poco sorprendida de que sea tan necio como las mujeres, aunque más amable, ella contesta que es infalible.

—¿En su tierra no hay ningún tonto, pues? ¿Y todas las chicas son fuertes y guapas como usted?

Ella responde que eso no lo sabe.

A veces los jóvenes de paso, muchachos educados y de ciudad, acostumbraban a rondarlas a sus amigas y a ella, adulándolas e intentando entablar conversación, y ella siempre había pensado que una chica tenía que ser tonta para permitirlo, por guapo que fuera el hombre. El señor Suter dista mucho de ser guapo, es demasiado flaco y

tiene la cara muy picada de viruela, tanto que al principio lo tomó por un viejo. Pero habla con voz amable, y si ahora la provoca un poco, no hay nada de malo en ello. Ningún hombre desearía tratos con una mujer después de verla despatarrada con sus partes blandas al aire.

—¿Le duele? —pregunta el señor Suter, y ella cree ver una sombra en sus mejillas estropeadas, un asomo de rubor.

Agnes responde que no está peor de lo que cabría esperar, y él mueve la cabeza en un gesto de asentimiento, le coge la muñeca y se inclina sobre ella, apretándole el pulso con fuerza.

—Vigoroso como el de un caballo de carreras —dice, con las manos todavía por encima de ella, como si no supiera dónde ponerlas a continuación.

De pronto decide echarle atrás el pelo y apretarle las sienes con los dedos, y también detrás de las orejas.

Ella recordará durante muchos años este contacto, el cosquilleo de esa presión extraña y delicada, con una mezcla confusa de desprecio y anhelo.

—Bien —dice él—. Ni pizca de fiebre.

Por un momento observa mamar a la niña.

—Está perfectamente —dice con un suspiro—. Tiene una hija preciosa, y podrá contar toda su vida que nació en el mar.

Andrew llega más tarde y se queda a los pies de la cama. Nunca la ha visto en una cama así (una cama corriente aunque atornillada a la pared). Se sonroja de vergüenza delante de las señoras, que han llevado la palangana para lavarla.

—Es eso, ¿no? —dice él, y señala con la cabeza, sin mirarlo siquiera, el bulto al lado de ella.

Con cierta irritación, Agnes deja escapar una risotada y le pregunta qué ha pensado que era, si no. Basta con eso para desarmar su precaria pose, para minar su falsa apariencia de despreocupación. De pronto se tensa, aún más rojo, teñido de fuego. No es solo por lo que ella ha dicho, es por la propia escena: el olor de la recién nacida y la leche y la sangre, sobre todo la palangana, los paños, las mujeres allí de pie, sus expresiones decorosas en las que un hombre puede ver reprensión y profundo desprecio.

No se le ocurre nada más que decir, así que Agnes, con adusta misericordia, se ve en la obligación de pedirle que siga con lo suyo, que ellas allí tienen tareas pendientes.

Según comentaban algunas chicas, cuando una por fin se rendía y yacía con un hombre —aun admitiendo que no fuera el hombre elegido—, experimentaba una sensación de desvalimiento pero también de serenidad, incluso de dulzura. Agnes no recuerda haber sentido eso con Andrew. Sintió únicamente que era un chico honrado, lo que ella necesitaba en sus circunstancias, y que nunca se le ocurriría huir y abandonarla.

Walter ha seguido yendo al mismo lugar reservado para escribir en su cuaderno y nadie lo ha sorprendido allí. Salvo la niña, claro. Pero ahora los dos están en pie de igualdad. Un día, cuando llegó, la encontró allí, saltando a la comba con una cuerda guarnecida de borlas rojas. Al verlo, la niña se detuvo, sin respiración. Y en cuanto recobró el aliento, rompió a toser y tardó unos minutos en poder hablar. Sonrojada y con lágrimas brillantes en los ojos a causa de la tos, se desplomó contra el montón de lona tras el que quedaba oculto aquel rincón. Walter permaneció inmóvil y la observó, alarmado ante ese ataque pero sin saber qué hacer.

—¿Quieres que vaya a buscar a alguna de las señoras?

Gracias a Agnes, ahora ya se habla con las mujeres de Edimburgo. Muestran un amable interés por la madre y la niña, y por Mary y el pequeño James, y consideran cómico al viejo padre. También encuentran graciosos a Andrew y Walter, que les parecen muy apocados. En realidad, Walter no es tan callado como Andrew, pero eso

de que los humanos den a luz (aunque está acostumbrado por las ovejas) lo llena de consternación o franca repugnancia. Agnes ha perdido gran parte de su encanto hurraño debido a eso. (Como sucedió antes, cuando dio a luz al pequeño James. Pero más tarde, poco a poco, recuperó la capacidad de ofender. Walter piensa que no es muy probable que vuelva a ocurrir. Ahora él ha visto más mundo, y a bordo de este barco ha conocido mejor a las mujeres).

La niña con tos mueve la cabeza rizada en un vehemente gesto de negación.

—No las quiero aquí —dice cuando recobra la respiración lo suficiente para pronunciar las palabras—. Nunca le he dicho a nadie que vienes aquí, así que tú no debes hablarle a nadie de mí.

—Pero tú tienes derecho a estar aquí.

La niña vuelve a negar con la cabeza y, con un gesto le indica que espere hasta que le cueste menos hablar.

—Me refiero a que me has visto saltar a la comba. Mi padre me escondió la cuerda, pero yo descubrí dónde la tenía, aunque él no lo sabe.

—No es fiesta de guardar —dice Walter con sentido común—. ¿Qué tiene de malo, pues, saltar a la comba?

—¿Y yo qué sé? —contesta ella, recuperando su tonillo impertinente—. Quizá piense que soy demasiado mayor. ¿Me juras que no se lo dirás a nadie?

Forma una cruz con los dedos índices. Es un gesto inocente, y él lo sabe; aun así, se asombra, sabiendo cómo lo verían ciertas personas.

No obstante, se declara dispuesto a jurar.

—Yo también lo juro —afirma ella—. No le diré a nadie que vienes aquí. —Después de pronunciar estas palabras con notable solemnidad hace una mueca—. Aunque de todos modos no pensaba contárselo a nadie.

¡Vaya una personita extraña y engreída está hecha! Como solo habla de su padre, Walter piensa que no debe de tener hermanos ni —como él mismo— madre. Esta situación probablemente la ha convertido en una niña solitaria y malcriada.

Tras estos juramentos, la niña —Nettie, se llama— se convierte en una visita frecuente cuando Walter se propone escribir en su cuaderno. Siempre dice que no quiere molestarlo, pero después de mantenerse en clamoroso silencio durante cinco minutos, más o menos, lo interrumpe haciéndole una pregunta sobre su vida o dándole información sobre sí misma. En efecto, es huérfana de madre e hija única y nunca ha ido siquiera al colegio. Habla sobre todo de sus animales —los muertos y los que viven en su casa de Edimburgo— y de una mujer, una tal señorita Anderson, que antes viajaba con ella y le daba clases. Por lo visto, se alegraba de haber perdido de vista a esa mujer, y seguramente la señorita Anderson se alegraba de haberse marchado, después de todas las jugarretas de las que fue víctima: la rana viva en la bota y el ratón de lana pero de aspecto muy real en su cama. O como cuando Nettie pisoteaba libros que no eran de su agrado y fingía haberse quedado sordomuda cuando se hartaba de recitar los ejercicios de ortografía.

Ha ido y vuelto de América tres veces. Su padre es vinatero y tiene que viajar a Montreal por razones de trabajo.

Quiere saberlo todo sobre la forma de vida de Walter y los suyos. Para una mentalidad rústica, sus preguntas son un tanto impertinentes. Pero en realidad a Walter no le importa; en su familia nunca ha estado en una posición que le permitiera instruir o enseñar a tomar el pelo a alguien más joven que él, y en cierto modo le proporciona cierto placer.

Pero sin duda también es verdad que en su mundo no se habría tolerado una actitud tan descarada, franca e inquisitiva como la de Nettie. ¿Qué cena la familia de Walter? ¿Cómo duermen? ¿Hay animales en la casa? ¿Tienen nombre las ovejas, cómo se llaman los perros pastores, y sirven como animales de compañía? ¿Por qué no?

¿Cómo se sientan los colegiales en el aula, en qué escriben, son crueles los maestros?
¿Qué significan algunas de las palabras que él usa y ella no entiende, y en su pueblo habla todo el mundo como él?

—Ah, sí —contesta Walter—. Incluso Su Majestad el duque. El duque de Buccleugh. Ella se echa a reír y le golpea el hombro con su pequeño puño sin la menor inhibición.
—Me estás tomando el pelo. Lo sé. Sé que a los duques no se los llama «Su Majestad». No se los llama así.

Un día se presenta con papel y lápices para dibujar. Dice que los ha traído para tener algo que hacer y no estorbarlo. Dice que le enseñará a dibujar si quiere aprender. Pero los intentos de Walter le dan risa, y él lo hace cada vez peor adrede, hasta que ella se ríe tanto que le sobreviene uno de sus ataques de tos. (Esto ya no inquieta tanto a Walter, porque ha visto que ella siempre lo supera). Luego ella dice que hará unos dibujos en las últimas hojas de su cuaderno, para que él los guarde como recuerdo del viaje. Hace un dibujo de las velas y de una gallina que de alguna manera se ha escapado de su jaula e intenta deslizarse como un ave marina por encima del agua. Esboza de memoria un perro suyo que murió. Pirata. Al principio, sostiene que se llamaba Walter, pero al rato cede y admite que no ha dicho la verdad. Y dibuja los icebergs que vio, más altos que las casas, en uno de los anteriores viajes con su padre. Los rayos del sol poniente traspasaban estos icebergs, que, así iluminados, parecían —dice— castillos de oro. De colores rosa y oro.

—Ojalá tuviera a mano mi caja de pinturas. Así te lo enseñaría. Pero no sé en qué maleta está. Y en todo caso no pinto bien; se me da mejor el dibujo.

Todo lo que ha dibujado, incluidos los icebergs, es a la vez cándido y burlón, peculiarmente indicativo del carácter de Nettie.

—El otro día les hablaba de ese Will O'Phaup, el que era abuelo mío, pero no les conté todo sobre él. No les conté que fue el último hombre de Escocia que habló con las hadas. O al menos yo nunca he sabido de ningún otro, eso desde luego, ni en su época ni después.

Walter se ha visto atrapado y no le queda más remedio que escuchar esta historia, que, naturalmente, ya ha oído muchas veces, aunque nunca contada por su padre. Está sentado detrás de una esquina donde unos marineros remiendan las velas rotas. Charlan a ratos —en inglés, quizá, pero en un inglés que Walt no acaba de entender— y parece que de vez en cuando escuchan algún fragmento de lo que el viejo James cuenta. Por los sonidos que le llegan a lo largo de la historia, Walter deduce que el público, oculto a él, se compone mayoritariamente de mujeres.

Pero hay un hombre alto y bien vestido —un pasajero de camarote, sin lugar a dudas— que se ha detenido a escuchar en un lugar a la vista de Walter. Junto a este hombre, al otro lado, hay alguien que en cierto momento del relato se asoma para mirar a Walter, y él ve que es Nettie. Parece a punto de reír, pero se lleva un dedo a los labios como para advertirse a sí misma —y a Walter— que han de guardar silencio.

El hombre debe de ser su padre, lógicamente. Se quedan los dos escuchando tan tranquilos hasta que termina el relato.

A continuación, el hombre se vuelve y, con familiaridad pero de manera educada, se dirige a Walter.

—Imposible saber qué fue de las ovejas de ese hombre. Espero que no se las llevaran las hadas.

Walter, alarmado, no sabe qué decir. Pero Nettie le dirige una mirada tranquilizadora y una sonrisa casi imperceptible; luego baja la vista y aguarda al lado de su padre como corresponde a una señorita modosa.

—¿Estás escribiendo tus impresiones de todo esto? —pregunta el hombre a la vez que señala con la barbilla el cuaderno de Walter.

—Escribo un diario del viaje —responde Walter, tenso.

—Eso sí es interesante. Es interesante porque yo también llevo un diario de este viaje. Me pregunto si consideramos dignas de mención las mismas cosas.

—Yo solo escribo lo que pasa —afirma Walt con la intención de dejar claro que para él eso es un trabajo, no un placer ocioso. Aun así, se siente obligado a ofrecer alguna justificación más—. Escribo para seguir los acontecimientos día a día y así poder mandar una carta a casa al final del viaje.

Es un hombre de voz muy suave y trato afable, y Walter no está acostumbrado a eso. Se pregunta si de algún modo se burla de él. O si el padre de Nettie es la clase de persona que entabla relaciones con la esperanza de sacar dinero para inversiones ruinosas.

Aunque Walter, por su aspecto y por su ropa, tampoco se vería como un posible candidato.

—¿No describes lo que ves, pues? ¿Solo lo que «pasa», como tú dices?

Walter está a punto de decir que no, y al final dice que sí. Pues acaba de pensar que si escribe que sopla un viento fuerte, ¿acaso eso no es describir? Con gente así, nunca se sabe a qué atenerse.

—¿No escribes sobre lo que acabamos de oír?

—No.

—Quizá valga la pena. Hoy día hay gente que recorre Escocia y husmea en todos los rincones para anotar lo que dicen los viejos del campo. Creen que las canciones y los relatos antiguos están desapareciendo y merecen recogerse. Yo de eso no entiendo, no es lo mío. Pero no me extrañaría que la gente que lo ha anotado todo descubra que valía la pena tomarse la molestia; es decir, que eso dará dinero.

Nettie interviene inesperadamente.

—Calle, padre. El viejo va a empezar otra vez.

En la experiencia de Walter, no es así como una hija habla a su padre, pero el hombre la mira con afecto y parece a punto de echarse a reír.

—Solo quiero preguntar una cosa más —dice—. ¿Qué piensas de esta historia de las hadas?

—Creo que esas cosas no son más que tonterías —contesta Walter.

—Ya ha empezado otra vez —dice Nettie, malhumorada.

Y, en efecto, la voz del viejo James vuelve a oírse desde hace un momento, imponiéndose con determinación y en tono de reproche a aquellos miembros del público que acaso hayan creído llegada la hora de entablar sus propias conversaciones.

—... y hubo otra vez, pero en esos días largos del verano, allá en las montañas, a última hora del día pero antes de oscurecer del todo...

El hombre alto asiente con la cabeza, pero mira como si aún tuviese algo que preguntar a Walter. Nettie alarga el brazo y le tapa la boca con la mano.

—Y les aseguro, y juro por mi vida, que Will era incapaz de mentir, él, que de joven iba a la iglesia a escuchar al predicador Thomas Boston, y Thomas Boston metió el temor de Dios en el cuerpo a todos los hombres y mujeres, como quien hinca un cuchillo, y lo llevaron dentro hasta el mismísimo día de su muerte. No, jamás. Era incapaz de mentir.

—¿Así que no eran más que tonterías? —pregunta el hombre alto en voz baja cuando tiene la certeza de que ha terminado la historia—. Pues comparto tu opinión. ¿Eres una persona de mentalidad moderna?

Walter contesta que sí, y habla con mayor firmeza que antes. Durante toda su vida ha oído estas historias que hilvana su padre, y otras parecidas, pero lo curioso es que nunca se las había oído a su padre hasta que se han embarcado. El padre que conocía hasta hace poco tiempo no habría querido saber nada de ellas, o eso piensa Walter.

«Vivimos es un lugar horrible —decía su padre—. La gente tiene la cabeza llena de tonterías y malas costumbres, y hasta la lana de nuestras ovejas es tan áspera que no

puede venderse. Los caminos son tan malos que un caballo no puede viajar a más de cuatro millas por hora, y para arar usan la pala o el viejo arado escocés, a pesar de que en otros sitios se emplea un arado mejor desde hace cincuenta años. “Ya, ya”, dicen cuando les preguntas, “ya, pero aquí el terreno es muy escarpado, la tierra es muy dura”.

»Nacer en el valle de Ettrick es nacer en un lugar atrasado —decía—, donde la gente cree en viejas leyendas y ve fantasmas, y os aseguro que es una maldición nacer en el valle de Ettrick».

Y eso con toda seguridad lo llevaba al tema de América, donde todas las ventajas de la inventiva moderna se aprovechaban con fruición y la gente nunca podía parar de mejorar el mundo que le rodeaba.

Y ahora quién te ha visto y quién te ve.

—No me creo que fueran hadas —dice Nettie.

—¿Crees, pues, que desde el principio eran sus vecinos? —pregunta su padre—.

¿Crees que le estaban gastando una broma?

Walter nunca ha oído a un padre hablar con tal indulgencia a un hijo. Y pese al aprecio que le tiene a Nettie, no lo aprueba. Así, acabará pensando que no hay sobre la faz de la tierra opiniones más dignas de escucharse que las suyas.

—No, no lo creo —contesta ella.

—Entonces, ¿qué? —dice su padre.

—Creo que eran muertos.

—¿Y tú qué sabes de los muertos? —pregunta su padre, hablando por fin con cierta severidad—. Los muertos no se levantarán hasta el día del Juicio. No me gusta oírte hablar a la ligera de esas cosas.

—No hablaba a la ligera —responde Nettie con desenfado.

Los marineros se desprenden de las velas y señalan el cielo, en dirección a poniente. Deben de ver algo que despierta su entusiasmo.

—¿Son ingleses? —pregunta Walter, armándose de valor—. No entiendo qué dicen.

—Algunos son ingleses, pero de zonas donde a nosotros su manera de hablar nos parece un idioma extranjero. Algunos son portugueses. Yo tampoco los entiendo, pero dicen que ven los mérgulos, me parece. Todos tienen una vista muy fina.

Walter cree tener también una vista muy fina, pero tarda un momento en ver a esas aves, las que deben de llamarse mérgulos: bandadas y bandadas de aves marinas pasando como flechas y elevándose en el cielo, meras motas brillantes en el aire.

—No dejes de mencionarlos en tu diario —dice el padre de Nettie—. Yo los he visto en otros viajes. Se alimentan de peces y esta zona es ideal para ellos. Pronto también verás a los pescadores. Pero los mérgulos son la primera señal de que debemos de estar en los Grandes Bancos de Terranova.

»Debes subir a la cubierta de arriba a hablar con nosotros —dice al despedirse de Walter—. Tengo que pensar en mi trabajo y no soy una buena compañía para mi hija. Le han prohibido corretear porque aún no se ha recuperado del todo del catarro que tuvo en invierno, pero le gusta sentarse a charlar.

—Me temo que no me está permitido ir allí —dice Walter, un tanto confuso.

—Ah, eso no es problema. Mi hija está sola. Le gusta leer y dibujar, pero también le gusta tener compañía. Podría enseñarte a dibujar, si quieres. Podría servirte para tu diario.

Si Walter se sonroja, nadie se da cuenta. Nettie conserva la compostura.

Así pues, dibujan y escriben juntos, sin esconderse de nadie. O ella le lee en voz alta de su libro preferido, que es *The Scottish Chiefs*. Walter ya conoce gran parte de lo que sucede en la historia —¿quién no conoce a William Wallace?—, pero ella lee con fluidez y a la velocidad idónea y da a algunas cosas un tono solemne, a otras aterrador y a otras cómico, de modo que él está tan atrapado en el libro como la propia niña. A

pesar de que, dice ella, lo ha leído ya doce veces.

Ahora Walter entiende un poco mejor por qué le pregunta tantas cosas. Él y su gente le recuerdan a ciertos personajes del libro. Personas como las que antaño poblaban los montes y valles. ¿Qué pensaría ella si supiera que el «viejo», el anciano que anda con sus cuentos por todo el barco y acorralla a la gente para que escuche como si fueran ovejas y él fuera el perro pastor, si supiera que es el padre de Walter?

Estaría encantada, probablemente, y sentiría aún más curiosidad por la familia de Walter. No los miraría por encima del hombro, excepto de un modo que no podría evitar o del que ni siquiera sería consciente.

Llegamos a los bancos de peces de Terranova el 12 de julio y el 19 avistamos tierra y fue una alegría para nosotros. Era parte de Terranova. Navegamos entre Terranova y la isla de Paul y, gracias a un viento favorable los días 18 y 19, la mañana del 20 estábamos ya en el río, con el continente norteamericano a la vista. Nos despertaron a eso de la una de la madrugada y creo que a las cuatro todos los pasajeros estaban ya en pie contemplando la tierra, totalmente cubierta de bosque y una verdadera novedad para nosotros. Era parte de Nova Scotia y un hermoso paisaje montañoso. Ese día vimos varias ballenas, unas criaturas como nunca he visto en mi vida.

Es el día de las maravillas. La tierra está tan cubierta de árboles como una cabeza lo está de pelo y el sol sale por detrás del barco, bañando las copas de luz. El cielo, despejado, reluce como un plato de porcelana y el viento ondula juguetonamente el agua. Ha desaparecido hasta la última voluta de niebla y el aroma resinoso de los árboles impregna el aire. Las aves marinas, doradas como criaturas celestes, sobrevuelan los aparejos, pero los marineros disparan unas cuantas veces para ahuyentarlas de las velas.

Mary levanta al pequeño James con la intención de que recuerde hasta el fin de sus días la primera vez que vio el continente donde vivirá para siempre. Le dice el nombre de esta tierra: Nova Scotia.

—Significa Nueva Escocia —dice.

Agnes la oye.

—¿Y entonces por qué no la llaman así?

—Está en latín, creo —contesta Mary.

Agnes deja escapar un resoplido de impaciencia. La recién nacida se ha despertado antes de hora a causa del bullicio y la celebración, y ahora, incómoda, quiere estar en el pecho todo el rato y berrea cada vez que Agnes intenta apartarla. El pequeño James, observándolo todo atentamente, trata de acercarse al otro pecho, y Agnes lo aparta de un manotazo tal que él se tambalea.

—Niño mimado —lo llama Agnes.

El pequeño James lanza un chillido; luego la rodea a gatas y pellizca los talones a la niña.

Otro bofetón.

—Eres una manzana podrida, eh, tú —dice su madre—. Alguien te ha consentido tanto que te crees el culo de Dios.

Al oír levantar la voz a Agnes, Mary siempre teme recibir ella misma un golpe.

El viejo James está sentado con ellas en cubierta, pero no presta atención a este percance doméstico.

—¿No quieres venir a ver el país, padre? —pregunta Mary con incertidumbre—. Lo verás mejor desde la barandilla.

—Ya lo veo bien desde aquí —contesta el viejo James.

Nada en su voz induce a pensar que las revelaciones a su alrededor le son gratas.

—Antiguamente Ettrick estaba cubierto de árboles —dice—. Primero estuvo en manos de los monjes y después fue el bosque real. Fue el bosque del rey. Hayas, robles, serbales.

—¿Más árboles que aquí? —pregunta Mary, más envalentonada que de costumbre por

los novedosos esplendores del día.

—Mejores árboles. Más viejos. Era un bosque famoso en toda Escocia. El bosque real de Ettrick.

—Y en Nova Scotia es donde está nuestro hermano James —continúa Mary.

—Puede que esté, puede que no. Aquí sería fácil morir y nadie se enteraría. Podrían habérselo comido los animales salvajes.

—Acércate otra vez a esta niña y te despellejaré vivo —dice Agnes al pequeño James, que se mueve en círculo alrededor de ella y la recién nacida, haciendo como que no le interesan.

Agnes piensa que le habría estado bien empleado si se lo hubieran comido los animales salvajes, a ese fulano que ni siquiera se despidió de ella. Pero tiene la esperanza de que aparezca algún día y la vea casada con su hermano. Eso le dará que pensar. Así entenderá, además, que al final no recibió lo mejor de ella.

Mary se pregunta cómo puede decir su padre esas cosas, decir que los animales salvajes podrían haber devorado a su propio hijo. ¿Es así como se apoderan de una persona los pesares de los años, hasta convertir el corazón de carne en un corazón de piedra, como dice la vieja canción? Y en tal caso, ¿con qué despreocupación y desprecio sería capaz de hablar de ella, que nunca ha significado para él ni una mínima parte de lo que significaban los chicos?

Alguien ha llevado un violín a la cubierta y lo afina para tocar. El sonido capta la atención de los pasajeros que, apoyados en la barandilla, se señalaban lo que cada uno ya veía por su cuenta —repitiendo asimismo el nombre que a estas alturas ya conoce todo el mundo, Nova Scotia—, y se animan mutuamente a bailar. A gritos, dan los nombres de los bailes que quieren que toque el violinista. Se despeja el espacio y las parejas se disponen en cierto orden y, después de muchos nerviosos chirridos del violín y voces impacientes para alentar al violinista, la música suena y cobra autoridad, y empieza el baile.

El baile, a las siete de la mañana.

Andrew sube de la bodega cargado con la provisión de agua. Se detiene y observa por un momento; de pronto, sorprende a Mary preguntándole si quiere bailar.

—¿Quién cuidará del niño? —pregunta Agnes de inmediato—. No pienso levantarme y andar corriendo detrás de él.

A ella le gusta bailar, pero ahora su situación se lo impide, no solo porque tiene que amamantar al bebé, sino por el dolor en las partes de su cuerpo que han quedado tan maltrechas a causa del parto.

Mary hace ya ademán de negarse, diciendo que no puede, pero Andrew propone:

—Lo ataremos.

—No, no —dice Mary—. No necesito bailar.

Cree que Andrew se compadece de ella, recordando cómo la dejaban de lado en los juegos de la escuela y en los bailes, pese a que en realidad ella puede correr y bailar perfectamente. Andrew es el único de sus hermanos capaz de tal consideración, pero Mary casi preferiría que se comportase igual que los otros y la dejase relegada al olvido como siempre ha estado. La compasión la exaspera.

El pequeño James reconoce la palabra «atar» y empieza a quejarse con estridencia.

—Quédate quieto —ordena su padre—. Quédate quieto o te arreo.

En ese momento el viejo James los sorprende a todos dirigiendo la atención a su nieto.

—Tú, muchacho. Ven a sentarte aquí conmigo.

—Huy, no se quedará sentado —avisa Mary—. Saldrá corriendo y usted, padre, no lo pillaré. Ya me quedo yo.

—Se quedará sentado —asegura el viejo James.

—Venga, decídete —le dice Agnes a Mary—. Te vas o te quedas.

El pequeño James los mira alternativamente, gimoteando con cautela.

—¿Es que no entiende ni la palabra más sencilla? —pregunta su abuelo—. Siéntate. Aquí. Muchacho.

—Sabe un montón de palabras —dice Mary—. Sabe lo que es el botalón del foque.

—Botalón —repite el pequeño James.

—Cierra la boca y siéntate —ordena el viejo James.

El pequeño James se acerca, a regañadientes, al lugar indicado.

—Y ahora ve —le dice el viejo James a Mary.

Y ella, confusa, al borde de las lágrimas, se deja llevar.

—Hay que ver qué niño mimado este, y todo por culpa de su tía —dice Agnes, no exactamente a su suegro, sino más bien al aire.

Habla casi con indiferencia a la vez que incita al bebé acercando el pezón a su mejilla.

La gente baila, no solo dentro del círculo de baile, sino también fuera, por toda la cubierta. Cogen al primero que ven y giran y giran. Cogen incluso a algún marinero si se pone a mano. Los hombres bailan con las mujeres, los hombres bailan con los hombres, las mujeres bailan con las mujeres, los niños bailan entre sí o solos y sin la menor idea de cuáles son los pasos, estorbando, pero al fin y al cabo todo el mundo estorba a todo el mundo y da igual. Algunos niños bailan sin moverse del sitio, dando vueltas con los brazos en alto hasta que se marean y se caen. Al cabo de dos segundos ya están de pie, recompuestos y listos para empezar otra vez.

Mary, cogida de las manos de Andrew, gira guiada por él; luego pasa a otros, que se inclinan hacia ella y zarandean su diminuto cuerpo. Ha perdido de vista al pequeño James y no sabe si sigue al lado de su abuelo. Baila a la misma altura que los niños, aunque con menos desenvoltura y despreocupación. En medio de tantos cuerpos no tiene nada que hacer, no puede detenerse; debe zapatear y remolinear, o la derribarán.

—Ahora escucha y te contaré —dice el viejo James—. Este viejo, Will O'Phaup, mi abuelo..., era mi abuelo como yo soy el tuyo... Una noche, una agradable noche de verano, Will O'Phaup estaba sentado delante de su casa, descansando. Solo, estaba solo.

»Y por la esquina de la casa aparecieron tres muchachos apenas más grandes que tú. Lo saludaron. “Buenas noches, Will O'Phaup”, dijeron.

»“Hombre, muchachos, buenas noches, ¿en qué puedo ayudaros?”.

»“¿Nos dejaría una cama para pasar la noche o algún sitio donde acostarnos?”, preguntan. “Sí, claro”, contesta él. “Sí, será fácil encontrar un hueco para tres pequeñajos como vosotros”. Entra en la casa, y ellos lo siguen. “Y ya que estamos, ¿puede darnos también la llave, la gran llave de plata que tenía guardada para nosotros?”, preguntan. Entonces Will mira alrededor y busca la llave, hasta que de pronto piensa: Pero ¿qué llave es esa? Y se vuelve para preguntárselo. “¿Qué llave es esa?”. Porque sabe que nunca en la vida ha tenido nada semejante. Ni una llave grande ni una llave de plata, nunca. “¿De qué llave me habláis?”. Y cuando se vuelve, ya no están. Sale de la casa, rodea toda la casa, mira hacia el camino. Ni rastro de ellos. Mira hacia la montaña. Ni rastro.

»Entonces Will cayó en la cuenta. Aquellos no eran muchachos ni mucho menos. Nada de eso. No eran muchachos ni remotamente.

El pequeño James no ha despegado los labios. A sus espaldas está el denso y bullicioso muro de bailarines, a un lado su madre, con esa bestezuela que araña y le hinca los dientes en el cuerpo. Y frente a él está el viejo, el retumbo de su voz, insistente pero remota, y sus agrias vaharadas, con una sensación de agravio e importancia absoluta idéntica a la del niño. Su carácter voraz, artero y opresivo. Es el primer encuentro consciente del pequeño James con alguien tan radicalmente egocéntrico como él mismo.

Es apenas capaz de centrar su inteligencia, de no mostrarse del todo vencido.

—Llave —dice—. ¿Llave?

Observando a los bailarines, Agnes alcanza a ver a Andrew, enrojecido y pateando torpemente, cogido del brazo de varias mujeres risueñas. Ahora están bailando «Strip the Willow». No hay ni una sola chica cuyo aspecto o manera de bailar den motivo de preocupación a Agnes. En cualquier caso, Andrew nunca le da motivos de preocupación. Ve a Mary lanzada de un lado a otro, incluso con un poco de rubor en las mejillas, aunque es demasiado tímida, y demasiado baja, para mirar a nadie a la cara. Ve a la bruja casi desdentada que dio a luz una semana después que ella; baila con su marido, un hombre de mejillas hundidas. A ella no le duele nada. Debió de soltar al niño con la misma facilidad que si fuera una rata y luego lo dejó en manos de alguna de sus desmirriadas hijas para que se lo cuidara.

Ve al señor Suter, el médico, sin aliento, apartarse de una mujer que pretendía agarrarlo, esquivar a los bailarines y acercarse a saludarla.

Agnes habría preferido que no lo hiciera. Ahora sabrá quién es su suegro; puede que haya oído las sandeces que cuenta el viejo idiota. Verá su ropa rústica, anodina y ahora ni siquiera limpia. La verá tal y como es.

—Ah, conque aquí está —dice él—, aquí está con tu tesoro.

Agnes nunca había oído emplear esa palabra para referirse a un niño. Parece hablarle igual que a una conocida suya, a una dama o algo así, y no como un médico habla a una paciente. Ese comportamiento la abochorna y no sabe qué contestar.

—¿Está bien su niña? —pregunta él, adoptando una actitud más práctica.

Aún resuella después del baile, y aunque no ha enrojecido, está un poco sudoroso.

—Sí.

—¿Y usted? ¿Ya ha recuperado las fuerzas?

Ella se encoge de hombros, muy ligeramente, como para evitar que al bebé se le escape el pezón.

—En cualquier caso, tiene mejor color, y eso es buena señal.

Agnes cree oírlo suspirar al decirlo, y se pregunta si se debe a su propio color que, a la luz del día, se ve tan amarillento como el suero.

Entonces él le pide permiso para sentarse a charlar con ella un momento, y sus formalidades la desconciertan una vez más, pero le dice que haga lo que guste.

Su suegro mira al médico —y también a ella— con desprecio, pero el señor Suter no lo nota; quizá ni siquiera se ha dado cuenta de que el viejo, y el niño rubio sentado con la espalda recta, de cara al viejo, tienen algo que ver con ella.

—El baile está muy animado —comenta él—. Y no tienes ocasión de decidir con quién quieres bailar. Cualquiera te coge y tira de ti. —A continuación pregunta—: ¿Qué hará en el oeste de Canadá?

A ella le parece una pregunta de lo más tonta. Cabecea. ¿Qué va a decir? Lavará, coserá y guisará, y casi con toda seguridad amamantará a más niños. El sitio poco importa. Será en una casa, y no una buena casa.

Ahora sabe que a este hombre le gusta, y en qué sentido. Recuerda el contacto de sus dedos en la piel. Pero ¿qué peligro corre una mujer con un bebé en el pecho?

Se siente impulsada a mostrarle cierta cordialidad.

—¿Y usted qué hará? —pregunta.

Él sonríe y contesta que en principio se dedicará a aquello para lo que se ha formado, y que en América —o eso le han dicho— andan necesitados de médicos y cirujanos igual que en cualquier otra parte del mundo.

—Pero no quiero instalarme para siempre en una ciudad. Me gustaría, por lo menos, llegar hasta el río Mississippi. Antes, todo lo que hay más allá del Mississippi pertenecía a Francia, ¿sabe? Pero ahora pertenece a Estados Unidos y es un territorio abierto; cualquiera puede ir allí, solo que existe el riesgo de toparse con los indios. Aunque tampoco eso me importaría. Donde haya enfrentamientos con los indios, habrá necesidad de cirujanos.

Ella no sabe nada de ese río Mississippi, pero sí sabe que él no tiene aspecto de guerrero precisamente; ni siquiera se lo ve capaz de aguantar en una pelea con los matones de Hawick, así que con los pieles rojas ya ni hablemos.

Dos bailarines giran tan cerca de ellos que el aire que mueven les llega a la cara. Es una muchacha, en realidad una niña, cuya falda se arremolina... y baila, ni más ni menos, con el cuñado de Agnes, Walter. Walter saluda a Agnes, al médico y a su padre con una reverencia absurda, y la chica le da un empujón obligándolo a volverse y él se ríe de ella. Va bien vestida, como una damisela, con lazos en el pelo. De tanto como se divierte, tiene el rostro iluminado y las mejillas resplandecientes como faroles, y trata a Walter con gran familiaridad, como si hubiera encontrado un juguete grande.

—¿Ese chico es amigo tuyo? —le pregunta el señor Suter.

—No. Es el hermano de mi marido.

La niña se ríe incontinentemente cuando ella y Walter —por la inconsciencia de ella— casi derriban a otra pareja. Se ríe de tal modo que no puede tenerse en pie, y Walter ha de sujetarla. Entonces da la impresión de que no está riéndose, sino que es un ataque de tos, y cada vez que el ataque parece a punto de remitir, se ríe y vuelve a empezar. Walter la estrecha contra sí, llevándola medio en volandas hacia la barandilla.

—Ahí tiene a una muchacha que nunca dará el pecho a un niño —dice el señor Suter, lanzando una mirada al bebé, que mama, antes de posarla otra vez en la chica—. Dudo que viva lo suficiente para ver gran cosa en América. ¿Es que nadie cuida de ella? Deberían prohibirle bailar.

Se pone en pie para no perder de vista a la chica mientras Walter la sostiene junto a la barandilla.

—Bueno, ha parado —comenta—. No hay hemorragia. O al menos no esta vez.

Agnes presta poca atención a la mayoría de la gente, pero percibe ciertos detalles en cualquier hombre que muestre interés por ella, y ahora ve que el señor Suter se siente satisfecho del dictamen que ha pronunciado sobre la muchacha. Y entiende que eso se debe seguramente a alguna enfermedad suya, a que piensa que él, en comparación, no está tan mal.

Se oye un grito junto a la barandilla, pero no tiene nada que ver con la chica y Walter. Otro grito, y muchos dejan de bailar y corren a mirar hacia el agua. El señor Suter se pone en pie y se acerca unos pasos en esa dirección, tras la muchedumbre, y de pronto se da media vuelta.

—Una ballena —comenta—. Dicen que de este lado hay una ballena.

—Tú quédate aquí —ordena Agnes con voz iracunda, y él se vuelve, sorprendido.

Pero enseguida comprende que las palabras de Agnes iban dirigidas al pequeño James, que está a sus pies.

—¿Conque este es su hijo? —pregunta el señor Suter, como si acabara de hacer un gran descubrimiento—. ¿Puedo llevarlo a mirar?

Y es así como Mary —que por casualidad en ese momento levanta la cara en medio del tumulto de pasajeros— ve al pequeño James, muy asombrado, cruzar a toda prisa la cubierta en brazos de un desconocido, un hombre pálido de pelo oscuro, resuelto aunque de aspecto ladinamente educado, sin duda extranjero. Un secuestrador de niños, o un asesino de niños, camino de la barandilla.

Grita con tal desesperación que cualquiera pensaría que está ella misma en las garras del demonio, y la gente le abre paso como se lo abriría a un perro rabioso.

—¡Al ladrón, al ladrón! —vocifera—. ¡Quítenle a ese niño! ¡Cójánlo! ¡James, James! ¡Salta!

Se lanza al frente y, agarrando al niño por los tobillos, tira de él de tal manera que el pequeño aúlla de miedo y rabia. El hombre que lo lleva en brazos casi tropieza pero no lo suelta. Lo mantiene bien cogido y empuja a Mary con el pie.

—Sujétenla por los brazos —grita a quienes están alrededor, sin aliento—. Esta mujer

tiene un ataque.

Andrew se ha abierto paso entre la gente que aún baila y la gente que se ha detenido a observar el espectáculo. De algún modo consigue apoderarse de Mary y el pequeño James y dejar claro que este es su hijo y la otra su hermana, y aquí nadie tiene ningún ataque. El pequeño James se aparta de su padre y se echa en brazos de Mary; luego empieza a patear para que lo bajen al suelo.

Pronto el señor Suter lo explica todo con gentileza y disculpas, y entretanto el pequeño James, totalmente recuperado, repite a gritos una y otra vez que debe ver la ballena. Insiste en ello como si supiera perfectamente qué es una ballena.

Andrew le advierte qué ocurrirá si no para de armar tanto alboroto.

—Me había detenido a conversar un momento con su esposa, a preguntarle cómo se encuentra —explica el médico—. No he llegado a despedirme de ella, así que tendrá que hacerlo por mí.

Hay ballenas más que suficientes para que el pequeño James se pase el día mirándolas y para que las mire todo aquel a quien le plazca. La gente se cansa de verlas.

—¿Quién si no un sinvergüenza de cuidado va a sentarse a hablar con una mujer que tiene el pecho descubierto? —pregunta el viejo James, dirigiéndose al cielo.

A continuación, recita dos versículos de la Biblia en relación con las ballenas.

—«Por allí circulan los navíos, y leviatán que tú formaste para jugar con él». «Esa serpiente retorcida, el dragón que está en el mar».

Pero no está dispuesto a acercarse a echar un vistazo.

Mary no se queda convencida con la explicación del médico. Claro que le ha dicho a Agnes que se llevaba al niño a ver a la ballena, pero eso no significa que sea verdad. Cada vez que la imagen de ese hombre diabólico con el pequeño James en brazos asoma a su mente, y siente en su pecho la fuerza de su propio grito, la invade una sensación de asombro y felicidad. Sigue pensando que lo ha salvado.

El padre de Nettie se llama señor Carbert. A veces se sienta a escuchar a Nettie leer o charla con Walter. Al día siguiente de la celebración y el baile, cuando muchos están de mal humor por el agotamiento y algunos por el *whisky* que han bebido, y apenas nadie mira hacia la costa, busca a Walter para hablar con él.

—Nettie te ha cogido tanto cariño —dice— que se le ha metido en la cabeza la idea de que debes venir con nosotros a Montreal.

Deja escapar una carcajada de disculpa, y Walter se ríe también.

—Entonces debe de pensar que Montreal está en el oeste de Canadá —dice Walter.

—No, no. No hablo en broma. Te he buscado a propósito para hablar contigo sin ella delante. Eres un buen compañero para ella, y es feliz cuando está contigo. Y yo veo que eres un chico listo y prudente, y que se te daría bien trabajar en mi negocio.

—Estoy con mi padre y mi hermano —dice Walter, tan sorprendido que se le distorsiona la voz en un chillido infantil—. Vamos a comprar tierras.

—Me parece bien, pero no eres el único hijo que tiene tu padre. Puede que no haya suficientes buenas tierras para todos vosotros. Y puede que no quieras ser granjero toda la vida.

Walter piensa para sí que eso es verdad.

—Mi hija, ¿qué edad crees que tiene?

Walter, incapaz de pensar, cabecea.

—Tiene catorce años, casi quince —dice el padre de Nettie—. No lo parece, ¿verdad? Pero da igual, no se trata de eso. No se trata de Nettie y tú, de nada relacionado con el futuro. ¿Lo entiendes? No tiene sentido plantearse el futuro. Pero me gustaría que vinieras con nosotros y le permitieras ser la niña que es y que la hicieras feliz con tu compañía. Naturalmente yo te compensaría, y también tendrías trabajo, y si todo saliera bien, podrías contar con un anticipo.

En ese momento los dos advierten que Nettie se acerca. Le saca la lengua a Walter, tan deprisa que su padre aparentemente no se da cuenta.

—Ahora dejémoslo. Piénsalo y ya me darás una respuesta —dice el padre de Nettie—. Pero cuanto antes mejor.

Tuvimos calma chicha el 21 y el 22 pero hubo algo más de viento el 23, si bien por la tarde todos nos alarmamos por un vendaval acompañado de rayos y truenos que fue espantoso y una de las velas mayores recién remendada se hizo otra vez jirones por el viento. El vendaval duró alrededor de 8 o 10 minutos y el día 24 tuvimos buen viento, que nos permitió remontar un buen trecho de río, hasta donde se estrechaba, de modo que veíamos la tierra a ambos lados del río. Pero tuvimos otra vez calma chicha hasta el 31, cuando solo hubo dos horas de brisa...

Walter no ha tardado en decidirse. Aunque consciente de que debe dar las gracias al señor Carbert, dice que no se ha planteado trabajar en una ciudad, ni quiere un empleo entre cuatro paredes. Tiene intención de trabajar con su familia hasta que se haya instalado en alguna casa con tierra para labrar y después, cuando ya no necesiten tanto su ayuda, piensa dedicarse al comercio con los indios, como una especie de explorador. O ir a buscar oro.

—Como quieras —dice el señor Carbert. Dan varios pasos juntos, hombro con hombro—. Debo decirte que te imaginaba más serio. Por suerte no le he dicho nada a Nettie.

Sin embargo, Nettie no se ha dejado engañar en cuanto al tema de sus conversaciones. Atosiga a su padre hasta que este se ve obligado a contarle lo sucedido, y entonces ella va en busca de Walter.

—A partir de ahora no pienso volver a hablar contigo —dice ella con una voz de adulto que él nunca ha escuchado—. No es porque esté enfadada, sino solo porque si sigo hablándote, tendré que pensar todo el tiempo en que pronto nos despediremos. Pero si dejo de hablarte ahora, ya nos habremos despedido, y todo habrá terminado antes.

Nettie dedica el tiempo que le queda a dar tranquilos paseos con su padre, ataviada con sus mejores prendas.

Walter la compadece —con esas capas y sombreros de señora parece perdida, con un aspecto aún más infantil que antes, y su afectada altivez resulta conmovedora—, pero son tantas las cosas que reclaman su atención que rara vez piensa en ella cuando no la ve.

Pasarán años hasta que ella vuelva a asomar a su memoria. Pero cuando ocurra, Walter descubrirá que Nettie es una fuente de felicidad, accesible para él hasta el final de sus días. A veces incluso jugará con la idea de lo que podía haber sucedido si hubiese aceptado el ofrecimiento. En lo más hondo de él, imaginará un radiante restablecimiento, a Nettie con un cuerpo esbelto y femenino, su vida juntos. Tan descabelladas ideas como un hombre puede cultivar en secreto.

Se nos acercaron varios barcos de la costa con pescado, ron, ovejas vivas, tabaco, etcétera, y todo lo vendían muy caro a los pasajeros. El 1 de agosto se levantó una ligera brisa y por la mañana del 2 pasamos por delante de la isla de Orleans y a eso de las seis de la mañana divisamos Quebec con tan buena salud, pienso, como cuando salimos de Escocia. Mañana zarparemos hacia Montreal en un vapor...

En la primera parte de esta carta mi hermano Walter ha escrito un largo diario que intento resumir en un pequeño cuaderno. Hemos tenido un viaje muy próspero, conservando la salud maravillosamente bien. De trescientos pasajeros, solo han muerto tres, dos de los cuales estaban ya enfermos al dejar su tierra natal y el otro fue un niño nacido en el barco. Nuestra familia ha estado tan bien de salud a bordo como en Escocia. Aún no podemos decir nada sobre las circunstancias del país. Aquí desembarca mucha gente, pero los sueldos son buenos. No puedo aconsejar ni disuadir a la gente que venga o no. Hay mucha tierra y está poco poblada. Creo que hemos visto tierra sin cultivar y cubierta de bosque más que suficiente para todos los habitantes de Gran Bretaña. Volveremos a escribirte en cuanto nos establezcamos.

Cuando Andrew ha añadido este párrafo, convencen al viejo James para que añada su firma a las de sus dos hijos antes de cerrar el sobre y enviar la carta a Escocia, desde

Quebec. Se niega a escribir nada más aduciendo:

—¿Y a mí qué más me da? Esto no puede ser mi patria. No puede ser para mí más que la tierra donde moriré.

—Lo será para todos nosotros —dice Andrew—. Pero llegará el día en que la veremos más como nuestra tierra.

—A mí no me queda tiempo para eso.

—¿No se encuentra bien, padre?

—Sí y no.

Ahora el pequeño James presta atención al anciano de vez en cuando, en ocasiones plantándose delante de él y mirándolo a la cara y diciéndole una palabra, con obstinada insistencia, como si eso fuera a conducir inevitablemente a una conversación.

Siempre elige la misma palabra: «llave».

—Este niño me molesta —dice el viejo James—. No me gusta su descaro. Seguirá y seguirá y no recordará nada de Escocia, donde nació, ni del barco en que viajó. Llegará a hablar otro idioma igual que hacen los que van a Inglaterra, solo que el suyo será peor. Y me mira con esa cara, como diciendo que sabe que yo y mis tiempos se han acabado.

—Recordará muchas cosas —afirma Mary. Desde el baile en la cubierta y el incidente con el señor Suter se ha vuelto más franca dentro de la familia—. Y no es su intención ser descarado —añade—. Es solo que le interesa todo. Entiende lo que usted dice, mucho más de lo que cree. Lo capta todo y luego cavila sobre ello. Puede que algún día sea predicador.

Aunque Mary tiene un concepto rígido y distante de su religión, ese sigue siendo el oficio más distinguido que puede imaginar para un hombre.

Se le empañan los ojos de entusiasmo, pero los demás miran al niño con razonables reservas.

El pequeño James está en medio de todos ellos, con los ojos brillantes, rubio y erguido. Un tanto ufano, algo receloso, anormalmente solemne, como si en efecto sintiera que ha recaído en él el peso del futuro.

También los adultos sienten el asombro del momento, como si en las últimas seis semanas no hubiesen sido transportados por un barco, sino por una gran ola que los ha depositado con estruendo entre semejante clamor de voces en lengua francesa y chillidos de gaviota y campanadas de iglesias papistas, todo ello una conmoción de infieles.

Mary piensa que podría coger de pronto al pequeño James y huir a alguna parte de la extraña ciudad de Quebec y buscar trabajo de costurera (por lo que contaban en el barco, sabe que hay gran demanda de ese tipo de trabajo) y criarlo sola como si fuera su madre.

Andrew piensa en cómo sería estar allí como un hombre libre, sin una esposa ni padre ni hermana ni hijos, sin la menor carga sobre los hombros: ¿qué podrías hacer entonces? Se dice que de nada sirve siquiera pensarlo.

Agnes ha oído decir a las mujeres del barco que aquí los oficiales que se ven por la calle son sin duda los hombres más apuestos del mundo, y ahora piensa que sin duda es verdad. Con hombres así, una chica tiene que andarse con cuidado. También ha oído que aquí, en cualquier parte, son diez o veinte veces más numerosos que las mujeres. Eso implica seguramente que puedes sacarles lo que quieras. Matrimonio. El matrimonio con un hombre que tenga dinero suficiente para permitirte pasear en coche y comprar afeites para taparte cualquier mancha de nacimiento que tengas en la cara y mandar regalos a tu madre. Eso si no te has casado ya y llevas a dos niños a rastras.

Walter se dice que su hermano es fuerte y Agnes también es fuerte: ella puede ayudarlo con la tierra mientras Mary se ocupa de los niños. ¿Quién ha dicho que él tenga que ser granjero? Cuando lleguen a Montreal, se incorporará a la Compañía de

la Bahía de Hudson y lo destinarán a la frontera, donde encontrará tanto riquezas como aventuras.

El viejo James se ha oído la deserción, y empieza a lamentarse abiertamente.

—¿Cómo cantaremos el himno del Señor en una tierra extraña?

Pero se ha repuesto. Helo aquí, transcurrido un año o poco más, en el Nuevo Mundo, en la nueva ciudad de York, que pronto pasará a llamarse Toronto. Escribe a su hijo mayor Robert.

... la gente aquí habla muy bien el inglés hay muchas de nuestras palabras escocesas no entienden lo que decimos y llevan una vida mucho más independiente que el rey Jorge... Hay una carretera que va derecho al norte desde York a unas cincuenta millas y casi todas las casas de labranza tienen dos pisos. En algunas hay hasta doce vacas y cuatro o cinco caballos por los que no pagan impuestos, o apenas cuatro ochavos, y se pasean en sus calesas o festejan como señores... aquí todavía no hay pastor presbiteriano, pero hay una gran capilla inglesa y una capilla metodista... el pastor inglés lee todo lo que dice y su coadjutor grita siempre al final de cada frase Libranos Señor y el metodista reza a voz en cuello y la gente de rodillas grita Amén de manera que apenas se oye lo que dice el sacerdote y he visto a algunos saltar como si hubiesen ido al cielo en cuerpo y alma pero para ellos su cuerpo era un zueco sucio porque siempre volvían a caer aunque gritaban Oh Jesús Oh Jesús como si Él estuviera allí para tirar de ellos hasta las alturas... Así que Robert no te aconsejo que vengas aquí de modo que puedes seguir haciendo tu propia voluntad como cuando no viniste con nosotros y no creo que vaya a volver a verte... Que la buena voluntad de Aquel que moró en el monte descansa sobre ti... si yo hubiese pensado que nos habías abandonado, no habría venido aquí yo lo que quería era teneros a todos Cerca por eso Vine a América pero las intenciones del hombre son vanas porque os habéis desperdigado más pero yo ahora no Puedo evitarlo... no diré nada más pero ojalá que el Dios de Jacob sea tu Dios y pueda ser tu guía por siempre jamás, esta es la sincera plegaria de tu padre que te quiere hasta la muerte...

Hay más: la carta entera fue publicada por mediación de Hogg en *Blackwoods Magazine*, donde puedo consultarla hoy.

Y mucho tiempo después escribe otra carta, dirigida al director de *The Colonial Advocate*, y publicada en ese periódico. Para entonces la familia se ha establecido en el municipio de Esquesing, en el oeste de Canadá.

... Los escoceses que viven aquí salen todos adelante razonablemente bien para las cosas de este mundo, pero me temo que pocos de ellos piensan en lo que será de su alma cuando la muerte ponga fin a sus días porque han encontrado una cosa que llaman *whisky* y muchísimos de ellos se lo beben y se emborrachan hasta que acaban peor que bueyes o burros... Ahora señor podría contarle no pocas historias pero temo que me saque en su *Colonial Advocate* y no me gusta que me publiquen una vez escribí una carta a mi hijo Robert en Escocia y mi amigo James Hogg el poeta la sacó en *Blackwoods Magazine* y mi nombre ya corría por toda Norteamérica antes de que yo supiera que mi carta había llegado a casa... Hogg el pobre hombre se ha pasado casi toda su vida inventando mentiras y si he leído bien la Biblia creo que dice que todos los embusteros tendrán su lugar en el lago que arde con fuego del infierno pero supongo que para ellos es una actividad lucrativa porque creo que Hogg y Walter Scott han conseguido más dinero mintiendo del que recibieron el viejo Boston y los Erskin por todos los sermones que escribieron...

Y sin duda yo soy una de esas embusteras de las que habla el viejo, en lo que he escrito sobre el viaje. Salvo por el diario de Walter, y las cartas, la historia es toda una invención mía.

La vista del Fife desde Castle Rock aparece mencionada por Hogg, así que debe de ser cierta.

Excepto uno, todos esos viajeros yacen bajo tierra en el cementerio de la iglesia de Boston, en Esquesing, en el condado de Halton, casi a la vista, y al alcance del oído, de la autovía 401 al norte de Milton, que en ese lugar puede que sea la carretera más transitada de Canadá.

La iglesia —construida en lo que en otro tiempo fue la granja de Andrew Laidlaw— recibe su nombre, obviamente, de Thomas Boston. Es de sillares de piedra caliza

ennegrecida. La fachada principal se eleva a mayor altura que el resto del edificio —muy al estilo de las falsas fachadas de las antiguas calles mayores— y tiene un arco en lo alto, en lugar de torre, para la campana.

Aquí está el viejo James. De hecho, está aquí dos veces, o al menos lo está su nombre, junto con el de su esposa, de soltera Helen Scott, y enterrada en Ettrick en el año 1800. Sus nombres aparecen en la misma lápida donde constan los nombres de Andrew y Agnes. Pero, sorprendentemente, los mismos nombres están escritos en otra lápida que parece más antigua que las otras del cementerio: una losa oscurecida y manchada como las que se ven en los cementerios de las islas Británicas. Cualquiera que intente esclarecer esta circunstancia quizá se pregunte si la trajeron del otro lado del océano, con el nombre de la madre inscrito en ella, en espera de añadir el del padre, si fue una carga incómoda, envuelta en tela de arpillera y atada con un cordel recio, acarreada por Walter a la bodega del barco.

Pero ¿por qué se tomaría alguien la molestia de añadir también los nombres en la lápida más nueva sobre la tumba de Andrew y Agnes?

Parece que la muerte y el entierro de semejante padre fue un asunto digno de registrarse dos veces.

A corta distancia, cerca de las tumbas de su padre y su hermano Andrew y su cuñada Agnes, se encuentra la tumba de la pobre Mary, casada a pesar de todo y enterrada al lado de Robert Murray, su marido. En el nuevo país las mujeres escaseaban, y por tanto se las valoraba mucho. Robert y ella no tuvieron hijos, pero después de la muerte prematura de Mary, él se casó con otra mujer y tuvo cuatro hijos de ella que yacen aquí, muertos a las edades de dos, tres, cuatro y trece años. La segunda esposa también está aquí. En su lápida dice «Madre». La de Mary dice «Esposa».

Y aquí está el hermano James que al final no perdieron, que vino desde Nova Scotia para reunirse con ellos, primero en York y después en Esquesing, donde labró la tierra con Andrew. Llevó consigo a una esposa, o la encontró en la comunidad. Quizá ella ayudara a Agnes con sus hijos antes de tener los suyos propios. Ya que Agnes tuvo muchos embarazos, y crio a muchos hijos. En una carta escrita a sus hermanos Robert y William en Escocia contándoles la muerte de su padre en 1829 (un cáncer, sin mucho dolor hasta casi el final, pese a que «devoró gran parte de su mejilla y su mandíbula»), Andrew menciona que su mujer se siente mal desde hace tres años. Esto puede ser una manera indirecta de decir que durante esos años dio a luz a su sexto, séptimo y octavo hijos. Debió de recobrar la salud, ya que vivió más de ochenta años.

Andrew donó la tierra en la que está construida la iglesia. O acaso la vendiera. Es difícil conjugar devoción y sentido mercantil. Por lo visto, prosperó, aunque no proliferó tanto como Walter. Este se casó con una chica estadounidense del condado de Montgomery, en el estado de Nueva York. Tenía dieciocho años cuando se casó con él y treinta y tres cuando murió tras el parto de su noveno hijo. Walter no volvió a casarse, pero fue un pujante granjero, educó a sus hijos, especuló con la tierra y escribió cartas al gobierno para quejarse de sus impuestos, presentando objeciones también a la participación del ayuntamiento en el proyecto del tendido de una vía férrea, cuyos beneficios, dice él, irían a manos de los capitalistas de Gran Bretaña.

No obstante, es un hecho que Andrew y él apoyaron al gobernador británico, *sir* Francis Bond Head, que sin duda representaba a esos capitalistas, contra la rebelión encabezada por su compatriota escocés, William Lyon Mackenzie, en 1837. Escribió una carta al gobernador manifiestamente halagüeña, con el estilo grandilocuente y servil propio de la época. Tal vez algunos de sus descendientes desearon que esto no fuese cierto, pero no hay gran cosa que hacer respecto a la postura política de nuestros parientes, vivos o muertos.

Y Walter pudo realizar un viaje de regreso a Escocia, donde se fotografió envuelto en la manta escocesa y con un ramo de cardos en la mano.

En la lápida en memoria de Andrew y Agnes (y del viejo James y Helen) aparece también el nombre de su hija Isabel, quien como su madre Agnes llegó a la vejez. Tiene un nombre de casada, pero no hay ningún otro indicio de su marido.

«Nacida en el mar».

Y aquí está asimismo el nombre del primogénito de Andrew y Agnes, el hermano mayor de Isabel. También sus fechas.

El pequeño James murió al mes de desembarcar la familia en Quebec. Su nombre está aquí, pero probablemente no sus restos. No habían ocupado aún sus tierras cuando él murió; ni siquiera las habían visto. Es posible que fuera enterrado en algún lugar a lo largo del camino entre Montreal y York o en la propia ciudad naciente y frenética. Tal vez en un cementerio temporal que ahora está bajo el asfalto, o tal vez sin lápida, en un camposanto donde algún día otros muertos yacerían sobre él. Muerto de un triste accidente en las concurridas calles de York, o de fiebres, o de disentería: de cualquiera de las dolencias, los percances, que aniquilaban con frecuencia a los niños pequeños en esa época.

Trabajar para ganarse la vida

Cuando mi padre tenía doce años y había llegado tan lejos como podía llegar en la escuela rural, fue al pueblo para presentarse a unos exámenes. El nombre exacto era «pruebas de acceso», pero todos las llamaban «acceso». El acceso significaba, literalmente, acceso al instituto, pero significaba asimismo, de una manera vaga, el acceso al mundo. El mundo de profesiones tales como la medicina o el derecho o la ingeniería o la docencia. En los años anteriores a la Primera Guerra Mundial, los chicos del campo accedían a ese mundo más fácilmente que una generación después. Eran tiempos de prosperidad en el condado de Huron y de expansión en el país. Corría el año 1913 y el país no tenía aún cincuenta años.

Mi padre superó el acceso con máximas calificaciones y pasó a la escuela de continuación en el pueblo de Blyth. Las escuelas de continuación ofrecían cuatro años de enseñanza secundaria, pero no el último año, conocido como escuela superior, o quinto curso; para eso había que ir a un pueblo más grande. Daba la impresión de que mi padre iba bien encaminado.

Durante su primera semana en la escuela de continuación oyó un poema leído por el profesor.

*Acá sol vida Mosalón Bre
Kecon Susu Blimea saña
enlazaré nas Deyasunón Bre
y nuez traeré daré es Tania.*

Nos lo recitaba como una broma, pero el hecho era que, al oírlo, no lo interpreté como una broma. Más o menos por esas mismas fechas, entró en la papelería y dijo «tin tachín na».

«Tin tachín na».

Tinta china.

Poco después se llevó una sorpresa al ver el poema escrito en la pizarra.

*¿Acaso olvidamos al hombre
que con su sublime hazaña
en las arenas deja su nombre
y nuestras heridas restaña?*

No esperaba una aclaración tan razonable, ni habría siquiera soñado con exigirla. Había estado más que dispuesto a conceder a la gente de la escuela el derecho a tener un lenguaje o una lógica extraños. No les pedía que hablaran con sentido desde el punto de vista de él. Tenía una vena orgullosa que bien podía confundirse con humildad, lo que lo volvía asustadizo y susceptible, presto a retirarse. Lo sé muy bien. Creaba un misterio con eso, una estructura hostil de reglas y secretos, mucho más allá de todo lo existente. Sentía cerca el feroz aliento del ridículo, sobrevaloraba la competencia, y comprendió entonces la generalizada advertencia, el consejo de la sabiduría popular: no te metas.

En aquellos tiempos, por lo general, la gente del pueblo miraba por encima del hombro a los campesinos, pensando que muy posiblemente eran más cortos de entendederas, cohibidos y poco civilizados que ellos, y un tanto más dóciles a pesar de su fuerza. Y los campesinos veían a la gente del pueblo como personas con una vida fácil y poco aptas para sobrevivir en circunstancias que exigieran fortaleza, autonomía y trabajo duro. Lo creían a pesar de que las jornadas en fábricas y tiendas eran largas y los sueldos bajos, a pesar de que en el pueblo muchas casas carecían de agua corriente o inodoros con cisterna o electricidad. Pero en el pueblo la gente disponía de la tarde de los sábados o los miércoles y todos los domingos libres, y eso bastaba para que los consideraran unos blandengues. Los campesinos no tenían un solo día festivo en toda su vida. Ni siquiera los presbiterianos escoceses; las vacas no distinguían las fiestas de guardar.

Cuando los campesinos iban al pueblo a comprar o a misa, a menudo se los veía tensos y retraídos, y los del pueblo no se daban cuenta de que en realidad eso podía interpretarse como una actitud de superioridad. Una actitud con la que venían a decir: «No voy a consentir que ninguno de estos me ponga en ridículo». No era una cuestión de dinero. Los campesinos podían mantener su orgullosa y alerta reserva ante ciudadanos a quienes compraban y vendían género.

Mi padre diría después que cuando ingresó en la escuela de continuación era demasiado joven para saber lo que hacía, y que debería haber seguido allí, debería haber llegado a ser un hombre de provecho. Pero lo decía casi por pura fórmula, no como si de verdad le importara demasiado. Y tampoco es que volviera a casa corriendo a la primera señal de que no entendía algo. Nunca dejó muy claro cuánto tiempo pasó allí. ¿Tres años y parte del cuarto? ¿Dos años y parte del tercero? Y no abandonó de repente: no es que fuera a la escuela un día y faltara al siguiente para no volver a presentarse nunca más. Simplemente empezó a pasar cada vez más tiempo en el monte y menos en la escuela, hasta que sus padres decidieron que no tenía mucho sentido plantearse mandarlo a un pueblo más grande para hacer el quinto curso, ni había grandes esperanzas de que accediese a la universidad ni a la escuela de formación profesional. Podrían habérselo permitido —aunque no sin esfuerzo—, pero obviamente no era lo que él deseaba. Y no lo vivieron como una gran decepción. Era su único hijo. La granja sería suya.

Entonces no había más tierra inculta en el condado de Huron de la que hay ahora. Quizá hubiera menos. Las tierras de labranza se deforestaron entre 1830 y 1860, cuando se inició la colonización del Huron Tract, y se deforestaron por completo. Se dragaron muchos arroyos; lo progresista era enderezar los cauces y hacerlos discurrir como dóciles canales entre los campos. Los primeros granjeros detestaban la sola visión de un árbol y admiraban las tierras abiertas. Y la actitud masculina hacia la tierra era gerencial, dictatorial. Solo las mujeres estaban autorizadas a preocuparse por el paisaje y no pensar siempre en su sometimiento y productividad. Mi abuela, sin ir más lejos, era famosa por salvar una hilera de arces plateados en la orilla del camino. Estos árboles crecían al lado de un labrantío y estaban cada vez más grandes y viejos; sus raíces estorbaban el paso del arado y sus ramas daban sombra a los cultivos. Una mañana, mi abuelo y mi padre salieron y se dispusieron a talar los primeros. Pero mi abuela, viéndolos desde la ventana de la cocina, corrió hacia allí con su delantal y los sermoneó y reprendió tanto que al final tuvieron que coger las hachas y la sierra de través y marcharse. Los árboles se quedaron en su sitio y estropearon los cultivos al borde del campo hasta que el atroz invierno de 1935 acabó con ellos.

Pero en la parte de atrás de las granjas la ley obligaba a los propietarios a conservar una parcela de bosque. Allí podían talar árboles tanto para su propio uso como para la venta. Por supuesto, la madera había sido su principal fuente de explotación: el olmo de corcho se utilizaba para la construcción de barcos y el pino blanco para los mástiles, hasta que prácticamente no quedó un solo olmo de corcho ni pino blanco. Ahora se habían promulgado leyes para la protección de los álamos y los fresnos y los arces y los robles y las hayas, así como de los cedros y las tuyas que quedaban.

A través de la parcela de bosque —llamada «monte»— al fondo de la granja de mi abuelo corría el arroyo Blyth, dragado hacía mucho tiempo, en la época en que se deforestó la granja. Con la tierra extraída en aquel entonces, se formó un alto terraplén donde crecieron espesos bosquecillos de cedros. Fue allí donde mi padre empezó a poner trampas. Abandonó la escuela para iniciarse en la vida de trampero. Era capaz de seguir el arroyo Blyth durante millas y millas en cualquier dirección, hasta su nacimiento en el municipio de Grey o hasta su desembocadura en el río Maitland, que a su vez vierte sus aguas en el lago Hurón. En algunos puntos —concretamente en la aldea de Blyth—, un trecho del arroyo pasaba a ser público, pero a lo largo de casi todo

su recorrido atravesaba la porción trasera de las granjas, con monte a cada lado, y por tanto era posible seguirlo sin ver apenas las granjas ni la tierra deforestada ni las carreteras de trazado recto ni las cercas; uno podía imaginar que se hallaba en el bosque tal como era cien años antes, y centenares de años más antes de eso.

A esas alturas mi padre había leído muchos libros, libros que encontró en casa y en la biblioteca de Blyth y en la biblioteca de catequesis. Había leído libros de Fenimore Cooper y había asimilado los mitos y semimitos sobre la naturaleza, desconocidos para la mayoría de los niños de su entorno rural, ya que pocos de ellos leían. Casi todos los chicos en cuya imaginación prendían esos mismos conceptos vivían en las ciudades. Si sus familias tenían dinero, viajaban con ellas al norte todos los veranos, hacían excursiones en canoa y después iban a pescar y cazar. Si sus familias tenían muchísimo dinero, navegaban por los ríos del lejano norte con guías indios. La gente deseosa de esta experiencia en la naturaleza atravesaba nuestra parte del país sin fijarse en que aquí había también algo de esa naturaleza.

Pero los niños campesinos del condado de Huron, sin saber apenas nada de este extenso y profundo espacio natural del Escudo Canadiense y los ríos agrestes, se sentían igualmente atraídos —si no todos, sí al menos algunos, durante un tiempo— por las franjas de monte a orillas de los arroyos, donde pescaban y cazaban y construían balsas y tendían trampas. Aun cuando no hubieran leído nada sobre esa clase de vida, podían llevar a cabo incursiones en ella. Aunque pronto la abandonaban para introducirse en el verdadero y arduo trabajo de sus vidas como granjeros.

Y una de las diferencias entre los granjeros de entonces y los de ahora es que en aquellos tiempos nadie esperaba que el esparcimiento formase parte de la vida en el campo de manera regular.

Mi padre, siendo un niño de campo con esa percepción especial, esa percepción inspirada o romántica (estas palabras no le habrían gustado), con una avidez cultivada por Fenimore Cooper, no dejó de lado estas actividades juveniles a los dieciocho, diecinueve o veinte años. En lugar de renunciar al monte, se concentró en él más firme y seriamente. La gente empezó a hablar de él y a considerarlo más un trampero que un joven granjero. Y un joven solitario y un poco raro, aunque en modo alguno una persona que inspirase temor o antipatía. Se apartó de la vida de granjero tal como antes se había apartado de la idea de recibir una educación y llegar a ser un profesional. Se encaminó hacia una vida que probablemente no conseguía imaginarse con claridad, ya que debía de saber lo que no quería mucho mejor que lo que quería.

Una vida en el monte, lejos de los pueblos, en la periferia de las granjas: ¿cómo conseguirlo?

Incluso aquí, donde los hombres y las mujeres aceptaban en su mayoría lo que les deparaba la suerte, algunos lo conseguían. Incluso en medio de esta naturaleza amaestrada había unos cuantos ermitaños, unos cuantos hombres que habían heredado granjas y no las explotaban, o que no eran más que ocupantes llegados de Dios sabía dónde. Pescaban y cazaban e iban de un lado para otro, se marchaban y regresaban, se marchaban y no regresaban nunca más, a diferencia de los granjeros, que siempre abandonaban sus localidades a bordo de calesas o trineos o, en la actualidad más comúnmente en automóvil, con cometidos concretos y destinos definidos.

Él ganaba dinero con las trampas. Algunas pieles le proporcionaban el equivalente a quince jornales en una cuadrilla de trilladores. En casa, pues, no podían quejarse. Pagaba su manutención, y todavía ayudaba a su padre cuando era necesario. Su padre y él nunca entablaban una conversación. Podían pasarse la mañana entera cortando leña en el monte sin pronunciar una palabra, salvo cuando tenían que hablar sobre el trabajo. Su padre no estaba interesado en el monte salvo como parcela de bosque. Para él, era lo mismo que un campo de avena, con la diferencia de que se

cosechaba leña.

Su madre sentía más curiosidad. Paseaba hasta el monte los domingos por la tarde. Era una mujer alta y erguida, de figura majestuosa, y aun así, con andares masculinos. Arremangándose la falda, pasaba diestramente por encima de una cerca. Entendía de flores silvestres y bayas y era capaz de dar el nombre de cualquier pájaro solo con oír su canto.

Él le enseñó las trampas para atrapar peces. Eso inquietaba a su madre, porque los peces podían caer en la trampa en domingo igual que cualquier otro día. Era muy rigurosa con las normas y prácticas presbiterianas, y ese rigor tenía su propia historia. No se había criado en el credo presbiteriano, sino que había vivido una infancia y una juventud despreocupada en el seno de la Iglesia anglicana, conocida también como Iglesia de Inglaterra. No había muchos anglicanos en esa parte del país, y a veces se los consideraba casi como papistas, pero también casi como librepensadores. Desde fuera, muchos veían en esa religión poco más que las inclinaciones de cabeza y los responsorios, las homilias breves, las interpretaciones sencillas, los pastores mundanos, pompa y frivolidad. Una religión del agrado de su padre, que había sido un irlandés campechano, un narrador de cuentos, un bebedor. Pero mi abuela, al casarse, quedó inmersa en el presbiterianismo de su marido, convertida en una practicante más acérrima que muchos de quienes se habían educado en él. Era una anglicana de nacimiento que asumió de todo corazón la competencia por la rectitud presbiteriana igual que era un marimacho de nacimiento que asumió la competencia del ama de casa rural. ¿Lo hizo por amor?, acaso se preguntara la gente.

En opinión de mi padre y quienes la conocían bien, no fue ese el motivo. Aunque no se peleaban, mi abuelo y ella fueron una pareja dispareja: él, meditabundo, callado; ella, briososa, sociable. No; si mi abuela hizo lo que hizo no fue por amor sino por orgullo. Para que nadie la superara ni criticara en modo alguno. Y para que nadie dijera de ella que lamentaba la decisión que había tomado, o que quería algo que no estaba a su alcance.

Conservó la amistad con su hijo a pesar de la pesca de los domingos, que ella se negaba a guisar. Se interesó por las pieles que él le enseñó, y supo cuánto cobraba por ellas. Le lavaba la ropa maloliente, cuyo hedor se debía tanto al cebo de la pesca que llevaba encima como al cuero y las entrañas. Su madre podía exasperarse pero era tolerante con él como con un hijo de edad mucho menor. Y quizá a ella le parecía mucho menor, con sus trampas y sus excursiones por el arroyo, y su carácter poco sociable. Nunca persiguió a las chicas, y paulatinamente perdió contacto con sus amigos de la infancia, que sí lo hacían. A ella no le importó. Acaso el comportamiento de él la ayudase a soportar la decepción por el hecho de que no hubiese estudiado, de que no fuese a ser médico o pastor. Tal vez así ella podía simular que su hijo aún estaba a tiempo de eso, que los antiguos planes —los planes de ella para él— no habían caído en el olvido, sino solo se habían aplazado. Al menos, no se convertía en un simple granjero taciturno, una réplica de su padre.

En cuanto a mi abuelo, se abstuvo de opinar, de decir si lo aprobaba o no. Mantuvo su apariencia de disciplina e intimidad. Nacido en Morris, se había hecho a la idea de ser granjero, seguidor del Partido Liberal y presbiteriano. Había nacido para oponerse a la Iglesia de Inglaterra y al Pacto de Familia y al obispo Strachan y a las tabernas; para estar a favor del sufragio universal (pero no para las mujeres), la escolaridad gratuita, el gobierno responsable, la Alianza del Día del Señor. Para vivir con severas rutinas y rechazos.

Mi abuelo disintió alguna que otra vez: aprendió a tocar el violín, se casó con la muchacha irlandesa alta y temperamental de ojos de dos colores. Hecho esto, se retiró, y durante el resto de su vida fue diligente, ordenado y silencioso. También él leía mucho. En invierno se las arreglaba para acabar todo su trabajo —y acabarlo bien— y

después leía. Nunca hablaba de lo que leía, pero toda la comunidad lo sabía. Y lo respetaba por ello. Eso es extraño: también había una mujer que leía, recibía libros de la biblioteca continuamente, y nadie la respetaba en lo más mínimo. La comidilla de todos era que el polvo se acumulaba bajo sus camas y su marido nunca tenía la cena caliente en la mesa. Tal vez fuera porque leía novelas, historias, y en cambio los libros que leía mi abuelo eran de peso. Libros de peso, como recordaba todo el mundo, pero nadie recuerda los títulos. Procedían de la biblioteca, que por aquel entonces tenía libros de Blackstone, Macauley, Carlyle, Locke, *Historia de Inglaterra*, de Hume. ¿Y acaso también *Investigación sobre el entendimiento humano*? ¿Y Voltaire? ¿Karl Marx? Es posible.

Ahora bien, si la mujer con borra debajo de las camas hubiese leído esos libros de peso, ¿la habrían perdonado? Lo dudo mucho. Eran mujeres quienes la juzgaban, y las mujeres juzgaban a las mujeres con más severidad que a los hombres. Por otra parte, cabe recordar que mi abuelo primero acababa su trabajo: sus pilas de leña estaban ordenadas y su establo impecable. La lectura no afectaba a su vida desde ninguna óptica.

Otra cosa que se decía de mi abuelo era que prosperó. Pero en esa época la prosperidad no se buscaba ni se entendía como ahora. Recuerdo que mi abuela decía: «Cuando necesitábamos algo —cuando tu padre fue a la escuela en Blyth y necesitó libros y ropa y todo eso— yo le decía a tu abuelo: tenemos que criar otra ternera o lo que sea para conseguir un poco más de dinero». Parecería, pues, que si sabían cómo obtener ese poco más de dinero, bien podrían haberlo conseguido ya desde el principio.

Es decir, en su vida corriente no siempre ganaban tanto dinero como podían. No se esforzaban hasta el límite. No concebían la vida desde ese punto de vista. Ni la concebían desde el punto de vista del ahorro de al menos una parte de su energía para los buenos tiempos, como hacían algunos de sus vecinos irlandeses.

¿Cómo la concebían, pues? Sobre todo la concebían, creo, como un ritual. Estacional e inflexible, muy parecida a las tareas domésticas. Intentar ganar más dinero, para acceder a una posición social mejor o para que la vida fuera más fácil, se habría considerado indecoroso.

Un cambio de perspectiva respecto a la del hombre que fue a Illinois. Quizá una influencia residual de ese contrat tiempo, en sus descendientes más tímidos o reflexivos. Esta debía de ser la vida que esperaba a mi padre, y él lo intuyó: una vida que mi abuela, a pesar de su sumisión a ella, no lamentó del todo que él evitara.

Aquí hay una contradicción. Cuando escribes sobre personas reales, siempre te encuentras con contradicciones. Mi abuelo tuvo el primer coche en la Eighth Line de Morris. Era un Gray-Dort. Y mi padre de adolescente tuvo una radio de galena, algo que querían todos los chicos. Aunque puede que se la pagara él, claro está.

Puede que se la pagara con el dinero de las trampas.

Los animales que atrapaba mi padre eran almizcleras, visones, martas y, de vez en cuando, un lince rojo. Nutrias, comadreja, zorros. Las almizcleras las atrapaba en primavera porque su piel está en su momento óptimo hasta finales de abril. La mejor época para todos los demás era desde finales de octubre hasta entrado el invierno. La comadreja blanca no alcanza su pureza máxima hasta alrededor del 10 de diciembre. Él salía con raquetas para la nieve en los pies. Construía losetas, con un resorte en forma de cuatro, dispuesto de manera que las tablillas y las ramas caían sobre la almizclera o el visón. Clavaba trampas para comadreas en los árboles. Clavaba tablas entre sí para formar una caja cuadrada que actuaba conforme al mismo principio que la loseta, algo menos visible para los demás tramperos. Las trampas de acero para las almizcleras estaban inmovilizadas con estacas a fin de que el animal se ahogara, a menudo al final de una cerca de troncos de cedros en pendiente. Hacía falta paciencia

y previsión y astucia. Para los herbívoros, colocaba apetitosos bocados de manzana y chirivía; para los carnívoros, como el visón, disponía de un delicioso cebo a base de pescado que él mismo mezclaba y dejaba en maceración en un tarro bajo tierra. Enterraba una mezcla parecida de carne en junio o julio y la desenterraba en otoño; los zorros la buscaban para revolcarse encima, deleitándose con el intenso hedor de la descomposición.

Con el paso del tiempo, los zorros le interesaron cada vez más. Los seguía desde los arroyos hacia las pequeñas y escarpadas colinas arenosas que a veces se encontraban entre el monte y los pastizales; les encantan las colinas arenosas de noche. Aprendió a hervir las trampas en agua y corteza de arce tierna para eliminar el olor a metal. Estas trampas las colocaba en espacios abiertos cubiertos de arena.

¿Cómo se mata a un zorro atrapado? No conviene dispararle, por la herida que queda en el cuero y por el olor a sangre que estropea la trampa.

Se lo aturde de un golpe con una vara larga y resistente, y luego se le pisa el corazón.

En su medio natural, los zorros suelen ser rojos. Pero de vez en cuando aparece entre ellos un zorro negro, como una mutación espontánea. Él nunca había atrapado a ninguno. Sabía, no obstante, que algunos de estos habían sido atrapados en otras partes y criados selectivamente para aumentar la aparición de pelo blanco en el lomo y la cola. Entonces se llamaban zorros plateados. La cría de zorros plateados estaba en sus comienzos en Canadá.

En 1925, mi padre compró un par de zorros plateados, un macho y una hembra, y construyó un corral para ellos junto al establo. Al principio, debió dar la impresión de que sencillamente se criaba otra clase de animal en la granja, algo más extraño que las gallinas o los cerdos o incluso los gallos de pelea, algo poco común y llamativo como los pavos reales, interesante para las visitas. Cuando mi padre los compró y construyó el corral para ellos, quizá incluso se interpretase como una señal de que tenía intención de quedarse, para ser un granjero un poco distinto de la mayoría pero, aun así, granjero.

Nació la primera camada, y construyó más corrales. Sacó una instantánea de su madre con tres pequeñas crías en brazos. Se la veía recelosa pero bien dispuesta. Dos de las crías eran machos y una hembra. Mi padre mató a los machos en otoño, cuando el pelaje estaba en su mejor momento, y vendió las pieles a un precio impresionante. El negocio de las trampas empezó a parecerle menos importante que estos animales criados en cautividad.

Fue a visitarlo una mujer joven. Una prima de la rama irlandesa de la familia: una maestra, vital, insistente y guapa, unos años mayor que él. Enseguida se interesó por los zorros, y ese interés no era fingido, como pensó su madre, para atraerlo. (Entre su madre y la visitante nació una antipatía casi inmediata, pese a que eran parientes). Procedía de una casa mucho más pobre, una granja más pobre, y había conseguido el título de maestra mediante sus propios y desesperados esfuerzos. No había pasado de ese punto por la sencilla razón de que el magisterio era la mejor opción para las mujeres que se le habían cruzado hasta ese momento. Era una maestra popular y trabajadora, pero desaprovechaba ciertas dotes que sabía que tenía. Estas dotes guardaban relación con correr riesgos y ganar dinero. Eran dotes tan fuera de lugar en la casa de mi padre como en la suya, vistas con recelo en una y en otra, aunque eran precisamente las dotes (mencionadas con menor frecuencia que el trabajo duro y la perseverancia) con las que se había levantado el país. Miró los zorros y no vio el menor vínculo romántico con la naturaleza; vio una nueva industria, la posibilidad de enriquecerse. Tenía algo de dinero ahorrado para comprar un lugar donde todo aquello pudiera ponerse en marcha en serio. Ella sería mi madre.

Cuando pienso en mis padres en la época anterior a convertirse en mis padres, después de haber tomado la decisión pero antes de que su matrimonio la volviera —en

aquellos tiempos— irrevocable, los veo no solo conmovedores e indefensos, maravillosamente engañados, sino más atractivos que en ninguna otra época posterior. Es como si entonces nada se hubiese frustrado y la vida aún floreciera llena de posibilidades, como si ellos disfrutaran de toda clase de poder antes de inclinarse el uno hacia el otro. Naturalmente, eso no puede ser cierto; debían de estar ya impacientes, mi madre seguro que estaba impaciente, con casi treinta años y soltera. Debían de conocer ya el fracaso, puede que acudiera el uno al otro con reservas más que con el optimismo exuberante que yo imagino. Pero lo imagino, como seguramente nos complace hacer a todos, para no pensar que nacimos de un afecto siempre cicatero, o de una promesa sin gran convicción. Creo que cuando llegaron y eligieron el lugar donde vivirían el resto de sus vidas, en el río Maitland al oeste de Wingham, en el municipio de Turnberry, en el condado de Huron, viajaban en un coche que rodaba bien por carreteras secas en un día claro de primavera, y que ellos eran amables, apuestos y sanos y confiaban en su suerte.

No hace mucho iba en coche con mi marido por las carreteras secundarias del condado de Grey, que se halla al norte y al este del condado de Huron. Pasamos por delante de una tienda vacía en un cruce. Tenía escaparates anticuados, con cristales largos y estrechos. Delante había una plataforma para surtidores de gasolina que ya no estaban allí. Al lado se veía un montículo de zumaque y sofocantes enredaderas entre las que se amontonaba toda clase de basura. El zumaque desató mi memoria y volví a mirar la tienda. Tuve la impresión de que ya había estado allí, y de que el escenario estaba relacionado con una decepción o un disgusto. Sabía que nunca había pasado por allí en coche durante mi vida adulta y no creía que hubiese ido allí de niña. Se encontraba demasiado lejos de casa. La mayoría de las salidas en coche eran a casa de mis abuelos en Blyth; se habían retirado allí después de vender la granja. Y una vez cada verano íbamos al lago de Goderich. Pero incluso mientras se lo explicaba a mi marido, recordé la decepción. Un helado. Entonces lo recordé todo: el viaje que hicimos mi padre y yo a Muskoka en 1941, cuando mi madre estaba ya allí, vendiendo pieles en el hotel Pine Tree al norte de Gravenhurst.

Mi padre había parado a repostar en una tienda y me compró un cucurucho. Aquel era un lugar perdido, y el helado debía de llevar mucho tiempo en el envase. Probablemente se había derretido parcialmente en algún momento y luego congelado de nuevo. Tenía dentro astillas de hielo, hielo puro, y el sabor se había alterado de tal modo que era incomible. Hasta la galleta del cucurucho estaba blanda y rancia.

«Pero ¿por qué iría tu padre a Muskoka por este camino? —preguntó mi marido—. ¿No habría sido más normal ir por la nueve y subir luego por la autovía once?».

Tenía razón. Me pregunté si acaso me equivocaba. Podría haber sido otra tienda en otro cruce donde repostamos y compramos el helado.

Mientras avanzábamos hacia el oeste, cruzando las largas colinas en dirección al condado de Bruce y la autovía 21, después de ponerse el sol y antes del anochecer, hablé de cómo solían ser los viajes largos en coche —es decir, cualquier viaje en coche de más de diez millas— para nuestra familia, de lo arduos e inciertos que eran. Le conté a mi marido —cuya familia, más realista que la nuestra, se consideraba demasiado pobre para tener coche— que los ruidos y movimientos del coche, las sacudidas y el traqueteo, las tensiones del motor y los chirridos del cambio de marcha convertían el ascenso de cada monte y cada milla recorrida en un esfuerzo que todos dentro del coche parecíamos compartir. ¿Se pincharía una rueda? ¿Se calentaría el radiador? ¿Se estropearía? Al usar esa palabra —«estropearse»—, tenías la sensación de que el coche era un ser frágil y asustadizo, de una misteriosa vulnerabilidad casi humana.

Lógicamente no habría sido así con un coche más nuevo, o si hubiesen podido conservarlo en buen estado, dije.

Y se me ocurrió una explicación de por qué debíamos de haber ido a Muskoka por carreteras secundarias. Al final, resultó que no me había equivocado. Por precaución, mi padre habría preferido no pasar con el coche por una población de cierto tamaño o por una carretera principal. El coche daba demasiados problemas. Ni siquiera debería haber seguido circulando. Había épocas en que mi padre no podía permitirse llevarlo al mecánico, y esa debió de ser una de ellas. Hacía lo que podía para repararlo él mismo, para mantenerlo en funcionamiento. A veces lo ayudaba un vecino. Recuerdo que mi padre decía: «Ese hombre es un genio de la mecánica», lo que me induce a sospechar que él personalmente no era ningún genio de la mecánica.

Ahora ya sabía por qué esa sensación de riesgo e inquietud aparecía siempre unida a mis recuerdos de los caminos sin asfaltar, a veces sin grava siquiera —algunos tenían tales roderas y surcos que mi padre los llamaba «tablas de lavar»—, y los puentes de tablones de un solo carril. A medida que refrescaba la memoria, recordé que mi padre me explicó que el dinero solo le alcanzaba para llegar al hotel donde estaba mi madre, y que si ella no tenía dinero, no sabía qué iba a hacer. No me lo contó en aquel momento, claro está. Me compró el cucurucho, me dijo que empujara el salpicadero mientras subíamos por las cuestas, y eso hice, aunque ya solo era un ritual, una broma, porque mi fe se había esfumado hacía mucho tiempo. Él parecía divertirse.

Me habló de las circunstancias de ese viaje años más tarde, después de la muerte de mi madre, mientras recordaba algunos de los momentos que habían vivido juntos.

Las pieles que mi madre vendía a los turistas estadounidenses (siempre hablábamos de los turistas estadounidenses, como si admitiésemos que eran los únicos que podían sernos de utilidad) no eran pieles crudas, sino curtidas y adobadas. Algunas estaban cortadas y cosidas en tiras, para confeccionar capas; otras se dejaban enteras, y con ellas se hacía lo que llamábamos estolas. Una estola de zorro era una piel entera, una estola de visón se componía de dos o tres pieles. Se dejaba la cabeza del animal, añadiéndole unos brillantes ojos de cristal marrón dorado, así como una mandíbula artificial. Se cosían cierres a las garras. En el caso del visón, creo, se cosían las pieles uniendo la boca de una a la cola de la otra. La estola de zorro se cerraba pata con pata, y la capa de zorro a veces tenía la cabeza del zorro cosida fuera de sitio, en medio del lomo, a modo de adorno.

Treinta años después estas pieles llegarían a las tiendas de ropa usada y acaso se comprasen y usasen como artículos de broma. De todas las modas decadentes y grotescas del pasado, esta utilización de pieles de animal que eran inequívocamente pieles de animal se consideraría la más asombrosa y bárbara.

Mi madre vendía las estolas de zorro por veinticinco, treinta y cinco, cuarenta o cincuenta dólares, según la cantidad de pelo blanco, o «plateado». Las capas costaban cincuenta, setenta y cinco o, a veces, cien dólares. A finales de los años treinta mi padre había empezado a criar visones además de zorros, pero mi madre apenas tenía estolas de visón para vender y no recuerdo cuánto cobraba por ellas. Tal vez podíamos repartirlas entre los peleteros de Montreal sin sufrir pérdidas.

La colonia de corrales para los zorros ocupó buena parte del terreno de nuestra granja. Se extendía desde detrás del establo hasta lo alto del terraplén que daba a los bajíos del río. Los primeros corrales construidos por mi padre se componían de una estructura de postes de cedro con tejadillo y paredes de tela metálica. El suelo era de tierra. Los corrales construidos posteriormente incluían un suelo elevado de tela metálica. Los corrales, dispuestos uno al lado del otro, formaban una cuadrícula de «calles», como un pueblo, y una valla de protección alta circundaba dicho pueblo. Cada corral contenía una caseta, una gran caja de madera con respiraderos y un tejado o tapa en vertiente que podía levantarse. Una rampa de madera colocada en uno de los lados del corral permitía hacer ejercicio a los zorros. Como todo aquello se había construido en distintas etapas, y no obedecía a planificación alguna, se advertían las diferencias

propias de un pueblo real: había calles anchas y calles estrechas; anticuados corrales con amplio espacio y suelo de tierra y corrales modernos, más reducidos, con suelo de tela metálica, que por sus dimensiones parecían menos agradables pese a disfrutar de mejores condiciones higiénicas. Había dos largos bloques de apartamentos llamados las Naves. Las Naves Nuevas eran dos hileras de corrales, frente por frente, con tejados de madera inclinados y suelos de tela metálica en alto, y estaban comunicadas mediante una pasarela cubierta. Las Naves Viejas eran solo una corta hilera de corrales adosados, unidos entre sí de manera rudimentaria. En las Naves Nuevas, llenas de adolescentes destinados —en su mayoría— a ser despellejados antes de cumplir el año, reinaba un ruido infernal. Las Naves Viejas eran un suburbio donde se alojaba a los animales reproductores que habían tenido un rendimiento decepcionante y no se conservarían otro año, así como a algún que otro lisiado, e incluso, durante un tiempo, una zorra roja bien predispuesta al trato con los humanos y camino de convertirse en animal de compañía. Ya fuera por eso, o por su color, todos los demás zorros la rehuían, y su nombre —ya que todos tenían nombre— era Vieja Solterona. No tengo ni idea de cómo llegó hasta allí. ¿Una mutación en una camada? ¿Un zorro salvaje que cavó el túnel bajo la cerca en dirección equivocada?

Cuando se cortaba el heno en nuestro campo, una parte se esparcía por encima de los corrales para proteger a los zorros del sol e impedir que el pelaje se volviera marrón. De todos modos en verano, cuando se les caía el pelo viejo y el nuevo justo empezaba a salir, ofrecían un aspecto desastrado. Allá por noviembre, en cambio, se los veía resplandecientes, con la punta de la cola nívea, el pelo del lomo largo y negro, y su capa plateada. Estaban listos para la matanza, a menos que fueran a destinarse a la cría. Las pieles se tensaban, limpiaban, mandaban a curtir y luego a las subastas.

Hasta ese momento todo estaba bajo el control de mi padre, salvo por alguna enfermedad o los azares de la cría. Todo era obra suya: los corrales, las casetas donde los zorros podían esconderse y parir, los bebederos —hechos con latas— que se ladeaban desde fuera y se llenaban de agua limpia dos veces al día, el depósito rodante que se desplazaba lentamente por las calles transportando el agua del surtidor, la artesa en el establo donde se mezclaban la harina, el agua y la carne picada de caballo, la caja donde se introducía la cabeza del animal para matarlo mediante una ráfaga de cloroformo. Luego, cuando las pieles se secaban y limpiaban y retiraban de los marcos estiradores, ya nada estaba bajo su control. Extendidas en cajas de embalaje, se enviaban a Montreal y ya no había nada más que hacer salvo esperar a ver cómo se clasificaban y vendían en las subastas de pieles. Los ingresos de todo el año, el dinero para pagar las facturas del alimento para los animales, el dinero para pagar al banco, el dinero para devolver a su madre el préstamo que le hizo después de enviudar, todo tenía que salir de ahí. Algunos años el precio de las pieles era bastante bueno; algunos años, no muy malo; otros años, pésimo. Aunque por aquel entonces nadie podía saberlo, la verdad era que había entrado en el negocio quizá demasiado tarde, y sin capital suficiente para mantenerse a lo grande durante los primeros años cuando los beneficios eran altos. Cuando aún no se había establecido debidamente, llegó la Depresión. El efecto sobre el negocio fue irregular, y no uniformemente malo, como cabría pensar. Algunos años salió un poco mejor parado de lo que quizá habría salido con la granja, pero hubo más años malos que buenos. Las cosas no mejoraron mucho con el inicio de la guerra; de hecho, los precios de 1940 estuvieron entre los peores de todos los tiempos. Durante la Depresión los malos precios no eran tan difíciles de asumir —él podía mirar alrededor y ver que casi todo el mundo iba en el mismo barco—, pero ahora, con la aparición de los empleos generados por la guerra y la reciente prosperidad del país, era muy duro haber trabajado tanto como él y acabar con las manos casi vacías.

Le dijo a mi madre que estaba planteándose alistarse en el ejército. Estaba

planteándose despellejar y vender todos los animales y enrolarse en el ejército para ejercer un oficio. Para eso no era demasiado viejo, y tenía aptitudes que podían considerarse útiles. Podía ser carpintero, teniendo en cuenta todo lo que había construido en su granja. O podía ser carnicero, teniendo en cuenta todos los caballos viejos que había sacrificado y descuartizado para los zorros.

A mi madre se le ocurrió otra idea. Sugirió que conservaran las mejores pieles. En lugar de enviarlas a las subastas, las curtirían y aderezarían; es decir, las convertirían en estolas y capas, provistas de ojos y garras, y luego irían a venderlas. La gente empezaba a tener dinero. Había mujeres que tenían el dinero y la predisposición necesarios para vestirse con elegancia. Y había turistas. Estábamos muy a trasmano para los turistas, pero mi madre había oído hablar de ellos, de los muchos que se alojaban en los hoteles de Muskoka. Procedían de Detroit y Chicago, y llevaban dinero para gastar en porcelana inglesa, jerséis de Shetland, mantas de la bahía de Hudson. ¿Por qué no, pues, en pieles de zorro plateado?

A la hora de los cambios, las invasiones y la agitación social, hay dos clases de personas. Algunas, si se construye una autovía que pasa por su jardín, lo considerarán una afrenta, lamentarán la pérdida de intimidad, de peonías y lilas y de una dimensión de sí mismos. El otro tipo de personas verá en ello una oportunidad: montarán un puesto de perritos calientes, conseguirán una franquicia de una cadena de comida rápida, abrirán un motel. Mi madre era de esta segunda clase. La sola idea de los turistas con sus dólares estadounidenses subiendo en tropel a los bosques septentrionales la llenaba de vitalidad.

En verano, pues, el verano de 1941, se marchó a Muskoka con su baúl repleto de pieles. La madre de mi padre vino a ocuparse de la casa. Era aún una mujer hermosa y erguida, y cuando entró en el territorio de mi madre, llegó acompañada del porte imponente de la premonición. Detestaba lo que mi madre hacía. La venta ambulante. Dijo que, cuando pensaba en los turistas estadounidenses, su única esperanza era que no se le acercase ninguno. Mi madre y ella coincidieron en la casa un solo día, y durante ese tiempo mi abuela exhibió una versión hosca y reservada de sí misma. Mi madre estaba demasiado acelerada para darse cuenta. Pero mi abuela, después de llevar un día al mando de la casa, se ablandó. Decidió perdonar a mi padre su matrimonio, de momento, y también su exótica empresa y su fracaso, y mi padre decidió perdonarle a ella el humillante hecho de que le debía dinero. Ella hizo pan y tartas, y sacó buen provecho a las hortalizas del huerto, los huevos recién puestos y la cremosa leche y la nata de la vaca de Jersey. (A pesar de no tener dinero, nunca estuvimos mal alimentados). Limpió a fondo el interior de los armarios y, a restregones, eliminó el hollín de la base de las cacerolas, que habíamos creído permanente. Encontró muchas cosas que necesitaban un arreglo. Al anochecer, llevaba cubos de agua a los arriates y las tomateras. Después mi padre volvía del trabajo en el establo y los corrales de zorros y nos sentábamos todos en las sillas del jardín, bajo los frondosos árboles.

Nuestra granja de nueve acres —lo que, según mi abuela, no era una granja ni por asomo— estaba situada en un lugar poco común. Al este se hallaba el pueblo, donde asomaban las torres de la iglesia y la torre del ayuntamiento cuando los árboles estaban deshojados, y en la milla de carretera entre nuestra granja y la calle mayor, la densidad de casas aumentaba poco a poco, los caminos de tierra se convertían en calles con aceras, aparecía una farola solitaria, de modo que podía decirse que vivíamos en los confines del pueblo, aunque fuera del término municipal. Pero al oeste se veía solo una granja, y muy lejos, en lo alto de una colina casi en el punto medio del horizonte occidental. Siempre nos referimos a ella como la casa de Roly Grain, si bien nunca pregunté, ni imaginé, quién podía ser Roly Grain, ni cómo se llegaba a su casa. Quedaba demasiado lejos, separada de nosotros, primero, por un extenso campo

sembrado de maíz o avena, luego por el bosque y los bajíos que descendían hasta el gran recodo oculto del río, y finalmente por sucesivos montes desnudos o boscosos. Rara vez se veía una extensión de territorio tan vacío, tan seductor para la imaginación, en nuestra poblada región agrícola.

Mientras contemplábamos esta vista, mi padre liaba un cigarrillo y fumaba, y mi abuela y él hablaban de los viejos tiempos en la granja, de sus antiguos vecinos y de cosas curiosas —o sea, cosas tan raras como cómicas— que habían sucedido. La ausencia de mi madre trajo una especie de paz, no solo entre ellos, sino para todos nosotros. Había desaparecido del ambiente cierto estado de alerta y tensión. Faltaba un toque de ambición, engreimiento, tal vez insatisfacción. En aquel entonces yo no sabía qué era lo que habíamos perdido. Tampoco sabía qué privación, más que alivio, sería para mí perder eso para siempre.

Mi hermano y mi hermana, los dos menores que yo, atormentaban a mi abuela para que les dejara mirar por «su ventana». Los ojos de mi abuela eran de color avellana, pero en uno tenía una gran mancha, que abarcaba al menos una tercera parte del iris, y el color de esta gran mancha era azul. Por eso la gente decía que tenía los ojos de colores distintos, aunque no era del todo verdad. A esa mancha azul la llamábamos «su ventana». Fingía enfadarse cuando le pedían que la enseñara, agachaba la cabeza y apartaba a manotazos a quienquiera que intentase mirarla, o cerraba los ojos apretando los párpados y abría el ojo de color avellana apenas una ranura para ver si la observaban. Al final, siempre la pillaban y se rendía, sentándose quieta con los ojos muy abiertos para que la miraran. El azul era nítido, sin una sola mota de otro color, un azul aún más vivo por el contraste con el contorno amarillo parduzco, como lo es el cielo de verano por el contraste con los cúmulos de nubes.

Anocheceía cuando mi padre giró para entrar en el camino de acceso del hotel. Pasamos entre los postes de piedra de la verja y allí estaba, ante nosotros: un alargado edificio de piedra con mansardas y una veranda blanca. Macetas colgadas rebosantes de flores. No vimos la entrada al aparcamiento y seguimos el camino semicircular que nos llevó ante la veranda, y dejamos atrás a la gente sentada en balancines y mecedoras, sin nada que hacer salvo mirarnos, como dijo mi padre.

«Nada que hacer salvo mirarnos como papanatas».

Localizamos el cartel apenas visible y llegamos a una zona de grava al lado de la pista de tenis. Salimos del coche. Estaba cubierto de polvo y parecía un intruso desvergonzado entre los demás coches.

Habíamos hecho todo el viaje con las ventanas bajadas y el viento caliente que entraba me había enredado y secado el pelo. Mi padre vio algo raro en mi aspecto y me preguntó si tenía un peine. Volví al coche y busqué uno; lo encontré por fin metido entre el respaldo y el asiento. Estaba sucio y le faltaban púas. Lo intenté, y él lo intentó, hasta que al final dijo: «Tal vez baste con que te lo recojas por detrás de las orejas». Después se peinó él y, agachándose para mirarse en el retrovisor del coche, frunció el ceño. Cruzamos el aparcamiento mientras mi padre se preguntaba en voz alta si debíamos entrar por la puerta de delante o la de atrás. Parecía pensar que yo podía tener una opinión útil al respecto, algo que nunca había pensado bajo ninguna circunstancia. Contesté que debíamos entrar por la puerta de delante, porque quería echar otro vistazo al estanque de nenúfares en el semicírculo de césped delimitado por el camino. Había una estatua de una chica con los hombros desnudos y los pechos ceñidos por una túnica sosteniendo una jarra en el hombro, una de las cosas más elegantes que yo había visto en la vida.

«Aguanta el tipo», dijo mi padre en voz baja, y subimos por la escalinata y cruzamos la veranda pasando por delante de la gente que fingía no mirarnos. Entramos en el vestíbulo, tan en penumbra que, a gran altura en las paredes revestidas de madera oscura y lustrosa, había luces encendidas, lamparillas con globos de cristal esmerilado.

A un lado se hallaba el comedor, que se veía a través de las puertas de cristal. Estaba ya recogido después de la cena, cada mesa con un mantel blanco. Al otro lado, unas puertas abiertas daban acceso a un salón rústico alargado, con una chimenea de piedra enorme al fondo y una piel de oso extendida en el suelo.

«Fíjate en eso —dijo mi padre—. Tu madre debe de andar por aquí cerca».

En el rincón del vestíbulo acababa de ver una vitrina de medio cuerpo de altura, y detrás del cristal una capa de zorro plateado bellamente colocada sobre lo que parecía terciopelo blanco. Encima, un rótulo de trazos fluidos, pintado en blanco y plata sobre un tablero negro, rezaba: «Zorro plateado, el lujo canadiense».

«Por aquí cerca», repitió mi padre.

Nos asomamos al salón con la chimenea. Una mujer que escribía en una mesa alzó la vista y dijo, con voz amable pero algo distante: «Creo que si tocan la campanilla, vendrá alguien».

Me resultó extraño que se dirigiese a nosotros una persona que nunca habíamos visto. Retrocedimos y cruzamos hasta la puerta del comedor. Más allá de la amplia extensión de mesas blancas con cubiertos de plata, copas boca abajo y ramos de flores y servilletas rematadas en pico como tipis, vimos dos figuras, mujeres, sentadas a una mesa cerca de la puerta de la cocina, acabando una cena tardía o tomando un té de última hora. Mi padre hizo girar el pomo y ellas alzaron la vista. Una se levantó y vino hacia nosotros por entre las mesas.

No tardé mucho en caer en la cuenta de que esa era mi madre, pero algo tardé. Vi a una mujer con un vestido que yo no conocía, un vestido de color crema con florecillas rojas estampadas. La falda plisada emitía un susurro al moverse y la tela, muy tersa, resplandecía igual que los manteles en el salón revestido de madera oscura. La mujer que lo lucía, una mujer morena de aspecto enérgico y elegante, llevaba el pelo peinado con raya al medio y recogido en una cuidada diadema de trenzas. E incluso cuando supe que esa era mi madre, cuando me abrazó y me besó, despidiendo una fragancia inusual, sin su prisa y sus lamentaciones de costumbre, sin su acostumbrada insatisfacción por mi apariencia, o por mi carácter, seguí teniendo la sensación de que en cierto modo era una desconocida. Por lo visto, había entrado sin el menor esfuerzo en el mundo del hotel, donde mi padre y yo llamábamos la atención como vagabundos o espantapájaros. Era como si ella siempre hubiese vivido allí. Al principio, sentí asombro, luego traición, luego entusiasmo y esperanza, y mis pensamientos se aceleraron hacia las ventajas que yo misma podía obtener en esa nueva situación.

La mujer con quien mi madre hablaba hacía un momento resultó ser la *maitre* del comedor, una mujer bronceada, de aspecto cansado, con carmín y laca de uñas rojo oscuro, de quien después supimos que tenía muchos problemas y que se los había confiado a mi madre. Enseguida nos trató con cordialidad. Interrumpí la conversación de los adultos para contar lo de las astillas de hielo y el mal sabor del helado, y ella fue a la cocina y me trajo una gran ración de helado de vainilla cubierto de chocolate fundido, coronado con una cereza.

—¿Es un *sundae*? —pregunté.

Se parecía a los *sundaes* que yo había visto en los anuncios, pero como sería el primero que probase, quería asegurarme de que se llamaba así.

—Eso creo —contestó—. Sí, un *sundae*.

Nadie me reprendió. De hecho mis padres se rieron, y a continuación la mujer llevó té recién hecho y una especie de bocadillo para mi padre.

—Ahora os dejo para que charléis —dijo, y se fue y nos dejó a los tres solos en aquel salón silencioso y magnífico.

Mis padres hablaron, pero yo apenas atendí a la conversación. Interrumpí de vez en cuando para contarle a mi madre algo sobre el viaje o sobre lo que había pasado en casa. Le enseñé dónde me había picado una abeja, en la pierna. Ninguno de los dos

me mandó callar, me contestaron con buen humor y paciencia. Mi madre dijo que podíamos dormir los tres en su cabaña. Ocupaba una de las pequeñas cabañas detrás del hotel. Dijo que desayunaríamos en el comedor a la mañana siguiente.

Me dijo que cuando acabara debía ir corriendo a ver el estanque de los nenúfares.

Debió de ser una conversación feliz. Con alivio, por parte de mi padre; triunfal, por la de mi madre. Le habían ido muy bien las cosas; había vendido casi todo, la operación fue un éxito. La exoneración para ella, la salvación para todos nosotros. Mi padre se planteó seguramente qué se debía hacer primero, si llevar el coche a arreglar al taller de allí o arriesgarse una vez más a circular por carreteras secundarias y llevarlo al taller en casa, donde conocíamos al mecánico. Qué facturas debían pagarse de inmediato, y qué facturas debían pagarse solo en parte. Y posiblemente mi madre miró más hacia el futuro, pensando cómo expandirse, en qué otros hoteles intentarlo, cuántas capas y estolas más debían confeccionar al año siguiente, y si eso podía convertirse en un negocio durante todo el año.

No podía prever que pronto los estadounidenses entrarían en la guerra, ni que eso los induciría a quedarse en casa, ni que el racionamiento de combustible reduciría la actividad turística. No podía prever la agresión contra su propio cuerpo, la destrucción que se preparaba ya dentro de ella.

Hablaría durante muchos años de sus logros de ese verano. De cómo había sabido encontrar la mejor manera de presentarse, sin presionar nunca demasiado, enseñando las pieles como si para ella fuese un gran placer, no una cuestión de dinero. Cualquiera habría dicho que vender era la última de sus preocupaciones. Era necesario demostrar a los encargados del hotel que ella no empobrecería la imagen que ellos deseaban ofrecer, que no era ni mucho menos una vendedora ambulante. Que era, por el contrario, una señora cuyos productos añadían una distinción única. Tenía que entablar amistad con la dirección del hotel y los empleados, así como con los huéspedes.

Y eso para ella era coser y cantar. Poseía un genuino talento para mezclar amistad y trabajo, el talento de todo buen vendedor. Nunca debía calcular el beneficio y actuar fríamente con ese objetivo. Todo cuanto hacía lo desempeñaba de manera natural, y depositaba una sincera calidez allí donde residían sus intereses. Ella, que siempre había encontrado dificultades con su suegra y la familia de su marido, que pasaba por ser una estirada entre los vecinos y una prepotente entre las mujeres de la parroquia, había encontrado un mundo de desconocidos donde enseguida se sintió como en casa. Al hacerme mayor, sentí una especie de repulsión por todo eso. Empecé a despreciar la sola idea de dedicarse a algo así, ponerse de esa manera a merced de la reacción de los demás, emplear la adulación de forma tan diestra y natural que ni siquiera se reconocía como adulación. Y todo por dinero. Tal conducta me parecía vergonzosa, como se lo parecía, lógicamente, a mi abuela. Di por sentado que mi padre era de la misma opinión, si bien él no lo exteriorizaba. Yo tenía fe —o eso pensaba— en el trabajo duro y el orgullo, no me importaba la pobreza y, de hecho, sentía un sutil desdén por quienes llevaban vidas fáciles.

Lamenté, pues, la pérdida de los zorros. No del negocio, sino de los propios animales, con sus hermosas colas y sus iracundos ojos dorados. Al hacerme mayor, y alejarme cada vez más de las costumbres del campo, de las necesidades del campo, empecé a cuestionar por primera vez su cautividad, a lamentar que los mataran, que los convirtieran en dinero. (Nunca llegué a sentir nada parecido por los visones, que me parecían malvados y me recordaban a las ratas, y merecían su destino). Sabía que sentir eso era un lujo, y cuando se lo mencioné a mi padre, años después, hablé de ello con despreocupación. Con la misma actitud, él dijo que, si no se equivocaba, había una religión en la India que sostenía que todos los animales iban al cielo. La de zorros gruñidores que iba a encontrarse allí si eso era verdad, dijo, por no hablar ya de todos los demás animales que había atrapado por su piel, o de los visones, o de la manada

de caballos atronadores que había sacrificado por su carne.

Y después dijo, ya sin tanta despreocupación: «Empiezas a meterte en algo, ya sabes, y no te das cuenta de dónde te estás metiendo».

Fue en esos años posteriores, después de la muerte de mi madre, cuando habló de la aptitud para la venta de mi madre y de cómo había salvado la situación. Reconoció que él no sabía qué habría hecho, al final de aquel viaje, si ella no hubiese conseguido ganar dinero.

«Pero lo consiguió —dijo—. Lo consiguió». Y por el tono con que lo dijo supe que él nunca había compartido las reservas de mi abuela y mías. O que había tomado la firme determinación de dejar de lado tal vergüenza, si alguna vez la había sentido.

Una vergüenza que ha trazado el círculo completo y al final me ha parecido vergonzosa en sí misma.

Una noche de primavera de 1949 —la última primavera, de hecho la última estación completa que yo viviría en casa—, iba en bicicleta a la fundición para darle un recado a mi padre. Ya rara vez montaba en bicicleta. Durante un tiempo, quizá durante toda la década de los cincuenta, se consideraba una excentricidad que una chica montara en bicicleta a partir de cierta edad, pongamos, cuando empezaba a usar sujetador. Pero para llegar a la fundición, podía ir por caminos secundarios, y no tenía que atravesar el pueblo.

Mi padre había empezado a trabajar en la fundición en 1947. El año anterior había quedado claro que toda la industria peletera, y no solo nuestro criadero de zorros, iba cuesta abajo a marchas forzadas. Quizá el visón nos habría sacado del apuro si nos hubiésemos dedicado más en serio a él, o si no hubiésemos debido aún tanto dinero a los proveedores de alimento para los animales, a mi abuela, al banco. Así las cosas, el visón no podía salvarnos. Mi padre había cometido el mismo error que muchos otros criadores de zorros en esa época. Creyeron que una nueva clase de zorro más claro, llamado «platino», sería la salvación, y mi padre, con dinero prestado, había adquirido dos machos para la reproducción, un platino noruego de un blanco casi puro y otro llamado «platino perla», de un precioso gris azulado. La gente estaba harta de los zorros plateados, pero sin duda el mercado se reactivaría con esas otras pieles tan hermosas.

Con un macho nuevo, naturalmente, siempre existe un grado de riesgo, respecto a su rendimiento y al número de descendientes que heredarán el color del padre. Creo que hubo problemas en los dos frentes, aunque mi madre no aceptaba preguntas ni conversaciones domésticas sobre estos asuntos. Me parece que uno de los machos tenía un carácter huraño y el otro engendró básicamente camadas de pelaje oscuro. Tampoco importó mucho, porque las pieles de pelo largo pasaron de moda por completo.

Cuando mi padre empezó a buscar trabajo, necesitaba un empleo nocturno, porque debía dedicar el día a cerrar el negocio. Tuvo que despellejar a los animales y vender las pieles por lo que le dieran y echar abajo la cerca de protección, las Naves Viejas y las Naves Nuevas y todos los corrales. Supongo que no había por qué hacerlo de manera inmediata, pero seguramente deseaba eliminar todo rastro de la empresa.

Consiguió un empleo de vigilante nocturno en la fundición, desde las cinco de la tarde hasta las diez de la noche. Era poco el dinero que ganaba un vigilante nocturno, pero lo bueno era que le permitía ocuparse de otro trabajo de manera simultánea. Ese otro trabajo consistía en «desprender fondos». Nunca lo acababa antes de concluir su turno de vigilante, y a veces llegaba a casa pasadas las doce.

El recado que llevaba a mi padre no era un recado importante, pero sí era importante en el ámbito de nuestra vida familiar. Solo debía decirle que no se olvidara de pasar por casa de mi abuela después del trabajo, por tarde que fuera. La abuela se había trasladado a nuestro pueblo con su hermana para poder sernos útil. Hacía tartas y

bollos y nos remendaba la ropa y zurcía los calcetines de mi padre y mi hermano. Mi padre tenía que pasar por casa de la abuela en el pueblo después de trabajar, para recoger todo eso y tomar una taza de té con ella, pero a menudo se olvidaba. La abuela se sentaba a hacer punto, adormilándose bajo la luz, escuchando la radio, hasta que las emisoras canadienses anunciaban el cierre de la programación a las doce de la noche y ella acababa buscando noticiarios lejanos, *jazz* estadounidense. Esperaba y esperaba y mi padre no aparecía. Eso había ocurrido la noche anterior, así que esa noche a la hora de la cena la abuela telefoneó y, con forzado miramiento, preguntó:

—¿Era esta noche o ayer cuando tenía que venir tu padre?

—No lo sé —contesté.

Siempre que oía la voz de mi abuela, tenía la sensación de que algo no se había hecho bien, o no se había hecho en absoluto. Tenía la sensación de que la familia le había fallado. Era todavía una mujer enérgica, cuidaba de la casa y el jardín, aún podía subir sillones al piso de arriba, y tenía la compañía de mi tía abuela; pero necesitaba algo más: más gratitud, más sumisión, de la que recibía.

—Pues anoche me quedé esperándolo, pero no vino.

—Entonces seguro que irá esta noche.

No quería perder el tiempo hablando con ella, porque estaba preparando mis exámenes de tercero, de los que dependía todo mi futuro. (Aun ahora, en las noches frescas y claras de primavera, con las hojas recién salidas en los árboles, siento el nerviosismo de la expectación relacionada con ese crucial y lejano acontecimiento, mi ambición excitada y trémula como un brote reciente para afrontarlo).

Le dije a mi madre el motivo de la llamada y ella contestó: «Ah, más vale que te acerques y se lo recuerdes a tu padre, o se armará».

Cada vez que había que abordar el problema de la susceptibilidad de la abuela, mi madre se animaba, como si hubiese recuperado cierta competencia o importancia en la familia. Tenía la enfermedad de Parkinson. Había aflorado poco a poco durante un tiempo con síntomas erráticos, pero recientemente se la habían diagnosticado y declarado incurable. La evolución de la dolencia le reclamaba cada vez mayor atención. Ya no podía caminar ni comer ni hablar con normalidad; perdía el control de su cuerpo conforme se extendía la rigidez. Pero aún le quedaba mucho tiempo de vida. Cuando decía algo así sobre la situación con mi abuela, cuando decía cualquier cosa que reflejase conciencia de otras personas, o incluso del trabajo en la casa, me enternecía. Pero cuando concluía con una alusión a sí misma, como en esta ocasión («y eso me alterará»), me endurecía otra vez, enfadada con ella por su abdicación, harta de su ensimismamiento, que parecía tan flagrante, tan impropio de una madre.

Nunca había ido a la fundición en los dos años que mi padre llevaba trabajando allí, y no sabía dónde buscarlo. Las chicas de mi edad no frecuentaban los lugares de trabajo de los hombres. Si lo hacían, si daban largos paseos solas junto a la vía del tren o a la orilla del río, o si iban en bicicleta solas por las carreteras rurales (yo hacía estas últimas dos cosas), a veces se decía que «se la estaban buscando».

En todo caso, no me interesaba mucho el trabajo de mi padre en la fundición. Nunca había esperado que fuéramos a enriquecernos con la cría de zorros, pero al menos nos diferenciaba de los demás y nos proporcionaba independencia. Cuando pensaba en mi padre empleado en la fundición, sentía que había padecido una gran derrota. Mi madre sentía lo mismo. «Tu padre se merece algo mejor que eso», decía. Pero yo, en lugar de darle la razón, se lo discutía, insinuando que a ella no le gustaba ser la mujer de un simple obrero y que era una esnob.

Lo que más disgustaba a mi madre era recibir el lote de Navidad de la fundición con fruta, frutos secos y caramelos. No soportaba ser quien recibía esas cosas en lugar de quien las repartía, y la primera vez que ocurrió tuvimos que poner la cesta en el coche e ir hasta la casa de una familia que ella había considerado los receptores idóneos. La

Navidad siguiente, su autoridad se había debilitado, y yo abrí la cesta, declarando que necesitábamos un capricho tanto como cualquier otro. Ella se enjugó las lágrimas que le provocó la severidad de mis palabras, y yo me comí el chocolate, pasado, quebradizo y medio gris.

No vi luz en los edificios de la fundición. Las ventanas estaban pintadas de azul por dentro; quizá la luz no las traspasaba. La oficina era una vieja construcción de obra vista al final del alargado edificio principal, y allí vi una luz a través de las persianas, y pensé que el gerente o algún administrativo debía de haberse quedado a trabajar hasta tarde. Si llamaba a la puerta, me dirían dónde encontrar a mi padre. Pero cuando miré a través de la ventanilla de la puerta, lo vi allí. Estaba solo, fregando el suelo.

Yo no sabía que fregar suelos cada noche formara parte de las obligaciones de un vigilante. (Eso no significaba que mi padre se lo hubiera llamado a propósito; es posible que yo no lo hubiera oído). Me sorprendió, porque nunca lo había visto hacer esa clase de tareas. Tareas domésticas. Ahora que mi madre estaba enferma, esa responsabilidad recaía en mí. Él nunca tenía tiempo. Además, había trabajo de hombres y trabajo de mujeres. Yo lo creía, y lo creía también toda la gente a la que yo conocía.

El artefacto de fregar de mi padre no se parecía en nada a lo que solía haber en las casas. Tenía dos cubos en una plataforma, sobre ruedas, con soportes a cada lado para sujetar varias fregonas y escobas. Restregaba con vigor y diligencia, sin ese ritmo resignado y ritualista propio de una mujer. Se lo veía de buen humor.

Tuvo que venir y abrirme la puerta para dejarme pasar.

Se le demudó el rostro cuando vio que era yo.

—No habrá pasado nada en casa, ¿verdad?

Dije que no, y se relajó.

—Creía que eras Tom.

Tom era el gerente de la fábrica. Todos lo llamaban por su nombre de pila.

—¿Y bien? ¿Has venido para ver si hago correctamente mi trabajo?

Le di el recado y él meneó la cabeza.

—Lo sé. Me olvidé.

Me senté en un ángulo de la mesa y levanté las piernas para no estorbarle. Dijo que casi había terminado, y que si quería esperar, me enseñaría la fundición. Respondí que esperaría.

Cuando digo que él estaba de buen humor allí, no pretendo dar a entender que en casa estuviera de mal humor, que estuviera hosco e irascible. Pero allí mostraba una alegría que en casa habría podido parecer inapropiada. Daba la impresión, de hecho, de que se hubiera quitado un peso de encima.

Cuando quedó enteramente satisfecho con la limpieza del suelo, enganchó la fregona a un lado del carrito y lo empujó por una pasarela en pendiente que comunicaba la oficina con el edificio principal. Abrió una puerta que tenía un rótulo: «Mantenimiento».

—Mis dominios.

Vació el agua de los cubos en una bañera de hierro, los enjuagó y volvió a vaciar, y dejó correr el agua para limpiar la bañera. En un estante encima de la bañera, entre las herramientas, la manguera y los plomos y los cristales de repuesto para las ventanas, estaba su fiambarrera, que yo le preparaba cada día cuando llegaba a casa de la escuela. Le llenaba el termo con té solo y cargado y ponía un bollo de salvado con mantequilla y mermelada, un pedazo de tarta y tres gruesos sándwiches de carne frita con *ketchup*. La carne eran puntas de paletilla de cerdo o salchichas ahumadas, la carne más barata que se encontraba entonces.

Me guio por el edificio principal. Allí las luces parecían farolas; es decir, iluminaban los cruces de los pasillos, pero no todo el interior del edificio, que era tan amplio y alto que tuve la sensación de hallarme en un espeso bosque rodeada de árboles grandes y

oscuros, o en una ciudad con edificios altos y uniformes. Mi padre encendió alguna que otra luz y las cosas menguaron un poco. Ahora se veían las paredes de obra vista, ennegrecidas, y las ventanas no solo pintadas, sino además cubiertas de tela metálica negra. Lo que se alineaba en los pasillos eran contenedores apilados, uno encima de otro hasta una altura superior a mi cabeza, y elaboradas bandejas metálicas, todas idénticas.

Fuimos a dar a un espacio abierto donde se alzaba un montón de trozos de metal en el suelo, todos deformados a causa de ciertas adherencias semejantes a verrugas o percebes.

—Piezas fundidas —explicó mi padre—. Aún no las han limpiado. Las meten en un aparato llamado granalladora que dispara partículas de metal a presión para eliminar todos los bultos.

Luego una pila de polvo negro, o fina arena negra.

—Eso parece polvo de carbón, pero ¿sabes cómo lo llaman? Arena verde.

—¿Arena verde?

—La usan para el moldeado. Es arena con un agente aglutinante, como la arcilla. O a veces aceite de linaza. ¿De verdad te interesa esto?

Dije que sí, en parte por orgullo. No quería quedar como una niña tonta. Y me interesaba, pero no tanto las explicaciones concretas que mi padre empezó a darme como los efectos generales: la penumbra, el polvillo en el aire, la idea de que existían lugares como ese por todo el país, en cada pueblo y ciudad, lugares con las ventanas pintadas. Pasabas por delante en coche o en tren y ni te planteabas qué ocurría dentro. Algo que ocupaba la vida entera de muchas personas. Un proceso interminable, repetitivo, que consumía la atención, que consumía la vida.

—Esto parece una tumba —dijo mi padre, como si hubiese leído parte de mis pensamientos.

Pero se refería a otra cosa.

—En comparación con el día. El estruendo que hay a esas horas..., ni te lo imaginas. Intentan convencerlos de que usen tapones para los oídos, pero no quieren.

—¿Por qué no?

—No lo sé. Son muy independientes. Tampoco usan delantales ignífugos. Fíjate aquí. Eso es lo que llaman la «cúpula».

Se refería a una inmensa tubería negra con una cúpula en lo alto. Me enseñó el sitio donde encendían el fuego y los cazos empleados para acarrear el metal fundido y verterlo en los moldes. Me enseñó fragmentos de metal que eran como grotescos muñones, y me dijo que eso eran las formas de los huecos en las piezas fundidas. El aire en los huecos; es decir, solidificado. Me lo explicó todo con una prolongada satisfacción en la voz, como si lo que revelaba le proporcionase un placer fiable.

Doblamos por una esquina y nos topamos con dos hombres que trabajaban en pantalón y camiseta.

—He aquí a un par de buenos trabajadores —dijo mi padre—. ¿Conoces a Ferg? ¿Conoces a Geordie?

Sí los conocía, o al menos sabía quiénes eran. Geordie Hall repartía el pan, pero necesitaba trabajar en la fundición por la noche para ganar un poco más porque tenía muchos hijos. Corría la broma de que su mujer lo obligaba a trabajar para mantenerlo a distancia de ella. Ferg era más joven, y siempre se lo veía rondando por el pueblo. Como tenía una mancha de nacimiento en la cara, no encontraba a ninguna chica.

—Ha venido a ver cómo vivimos los trabajadores —dijo mi padre con un tono de disculpa humorística.

Se disculpaba por mí ante ellos, y ante mí por ellos: pequeñas disculpas por todas partes. Era muy propio de él.

Trabajando conjuntamente con sumo cuidado, valiéndose de unos ganchos largos y

recios, los dos hombres extrajeron una pesada pieza fundida de una caja de arena.

—Eso está muy caliente —informó mi padre—. Se ha fundido hoy. Ahora tienen que preparar la arena y dejarla lista para la siguiente fundición. Y luego vuelta a empezar. Es un trabajo a destajo, ¿sabes? Pagan por pieza.

Nos alejamos.

—Los dos llevan juntos un tiempo —explicó—. Siempre trabajan juntos. Yo hago eso mismo solo. El trabajo más pesado que hay por aquí. Me llevó un tiempo acostumbrarme, pero ahora ya no me pesa.

Gran parte de lo que vi esa noche pronto desaparecería. La cúpula, los cazos transportados a mano, el polvo mortífero. (Era realmente mortífero: en el pueblo, en los porches de las casitas limpias, había siempre unos cuantos hombres estoicos de cara amarillenta tomando el aire. Todo el mundo sabía y aceptaba que morían de «la enfermedad de la fundición», el polvo en los pulmones). Muchos oficios y peligros concretos se extinguirían. Un gran número de riesgos cotidianos, junto con mucho orgullo temerario, mucha inventiva e improvisación al azar. Los procesos que vi probablemente se acercaban más a los de la Edad Media que a los de hoy día.

Y supongo que el carácter especial de los hombres que trabajaban en la fundición iba a cambiar, como cambiaron los procesos de trabajo. No se diferenciarían tanto de los hombres que trabajaban en las fábricas o en otros empleos. Hasta la época de la que hablo, parecían más fuertes y resistentes que los demás trabajadores; tenían más orgullo y eran quizá más propensos a exhibir el dramatismo de su vida que los hombres con un empleo menos sucio o peligroso. Eran demasiado orgullosos para pedir protección ante cualquiera de los peligros que debían afrontar, y de hecho, como había dicho mi padre, despreciaban toda la protección que se les ofrecía. Se decía que eran demasiado orgullosos para tomarse la molestia de formar un sindicato.

En lugar de eso, robaban a la fundición.

—Te contaré una anécdota sobre Geordie —dijo mi padre mientras caminábamos. Ahora estaba «haciendo la ronda», y tenía que fichar en los relojes de varias partes del edificio. Luego bajaría a «desprender lechos» también él—. Geordie es aficionado a llevarse un poco de leña. Y cosas por el estilo. Unas cuantas cajas de embalar o lo que sea. Todo aquello que podría resultarle útil para alguna reparación en la casa o para construir un cobertizo. Así que la otra noche cogió un montón de material, salió cuando ya había oscurecido y lo puso en la parte de atrás de su coche para tenerlo ya allí al acabar la jornada. Y no lo sabía, pero Tom estaba en el despacho y, casualmente, junto a la ventana, observándolo. Tom no había traído el coche, el coche lo tenía su mujer, que se había ido a algún sitio, y Tom había venido a pie para ocuparse de alguna tarea pendiente o coger algo que había olvidado. Pues bien, vio lo que Geordie se traía entre manos y esperó hasta que lo vio salir y entonces se acercó y dijo: «Oye. Oye, ¿te importaría llevarme a casa? Mi mujer me ha dejado sin coche», dijo. Así que subieron al coche de Geordie mientras los demás observaban enmudecidos y Geordie sudaba la gota gorda, y Tom no pronunció palabra. Se quedó allí sentado, silbando, mientras Geordie intentaba meter la llave en el contacto. Dejó que Geordie lo llevara a su casa y no pronunció ni una sola palabra. En ningún momento volvió la cabeza ni miró la parte de atrás. No era su intención. Solo quería hacerlo sudar. Y que se lo contara a todos al día siguiente.

Sería fácil sacar demasiadas conclusiones de esta anécdota y suponer que entre la dirección y los obreros existía una familiaridad relajada, una tolerancia, incluso una percepción de los dilemas ajenos. Y sí había algo de eso, lo cual no significaba que no hubiese asimismo mucho rencor y crueldad, y por supuesto engaños. Pero las bromas eran importantes. Los hombres que trabajaban por la noche se reunían en la pequeña habitación de mi padre, el cuarto de mantenimiento, hiciera el tiempo que hiciese —pero delante de la puerta principal en las noches calurosas— y fumaban y charlaban

mientras se tomaban su descanso no autorizado. Contaban bromas que se habían gastado recientemente y en años pasados. Contaban bromas gastadas por personas muertas hacía ya mucho tiempo. A veces también hablaban en serio. Discutían sobre si existían los fantasmas, y hablaban de quién afirmaba haber visto uno. Hablaban de dinero: quién lo tenía, quién lo había perdido, quién lo había esperado y no lo tenía, y dónde lo guardaba la gente. Mi padre me contó estas conversaciones años más tarde.

Una noche alguien preguntó: ¿cuál es la mejor época en la vida de un hombre?

Alguien contestó: es cuando eres niño y puedes hacer el tonto a todas horas y bajar al río en verano y jugar al hockey en la carretera en invierno, y eso es lo único que tienes en la cabeza: hacer el tonto y pasarlo bien.

Cuando eres joven y sales y no tienes responsabilidades.

O cuando estás recién casado y le tienes cariño a tu mujer y también un poco después, cuando los niños son pequeños y corretean alrededor y aún no se les ve el lado malo.

Mi padre intervino: «Ahora. Creo que quizá sea ahora».

Le preguntaron por qué.

Porque aún no eran viejos, contestó, aún no tenían achaques aquí y allá, pero sí edad suficiente para saber que muchas de las cosas que habrían deseado en la vida ya nunca las tendrían. Era difícil explicar cómo se podía ser feliz en esa situación, pero a veces él pensaba que así era.

Mientras me contaba esto, dijo: «Creo que era la compañía lo que más disfrutaba. Hasta entonces había pasado mucho tiempo solo. Posiblemente no eran la flor y nata, pero había allí algunas de las mejores personas que he conocido».

También me contó que una noche, no mucho después de empezar a trabajar en la fundición, salió de allí a eso de las doce y se encontró en plena ventisca. Las carreteras estaban cortadas y la nieve caía con tal fuerza y tan deprisa que las máquinas quitanieves no saldrían hasta la mañana. Tuvo que dejar el coche donde estaba; aunque lo desenterrara con una pala, no conseguiría hacerse a la carretera. Decidió ir a pie a casa. Eran una distancia de unas dos millas. Costaba andar a través de la nieve recién caída, y con el viento oeste de cara. Esa noche había desprendido varios lechos, y empezaba a acostumbrarse al trabajo. Llevaba un grueso abrigo, uno del ejército, que le había dado un vecino al no encontrarle utilidad cuando volvió de la guerra. Mi padre tampoco se lo ponía a menudo. Por lo general, llevaba un anorak. Debió de ponérselo esa noche porque la temperatura había bajado aún más de lo habitual en invierno, y el coche no tenía calefacción.

Mientras se abría paso a través de la ventisca, se sintió atraído hacia el suelo, y a un cuarto de milla de casa descubrió que no avanzaba. Se hallaba en una poza de nieve movediza, con las piernas inmovilizadas. Apenas podía mantenerse en pie contra el viento. Estaba agotado. Pensó que tal vez le fallaría el corazón. Pensó en la muerte.

Al morir, dejaría a una mujer inválida y enferma que no podía cuidar siquiera de sí misma, a una madre anciana llena de decepciones, a una hija menor que siempre había tenido una salud delicada, a una hija mayor que era fuerte e inteligente pero que a menudo parecía ensimismada y misteriosamente incompetente, a un hijo que prometía ser listo y fiable pero que aún era una criatura. Moriría con deudas y antes incluso de acabar de desmontar los corrales. Estos se quedarían allí —la tela metálica colgando de los troncos de cedro que había talado en el pantano de Austins en el verano de 1927—, en señal del fracaso de su empresa.

—¿Solo pensaste en eso? —pregunté cuando me lo contó.

—¿No te parece bastante? —dijo.

A continuación me contó cómo sacó una pierna de la nieve y luego la otra; salió de la poza y después ya no encontró más nieve movediza tan profunda, y pronto se refugió en el rompevientos de pinos que él mismo había plantado el año en que nació. Al final, llegó a casa.

Pero yo me refería a si no había pensado en él mismo, en el niño que había tendido trampas en el arroyo Blyth y que entró en la papelería y pidió «Tin tachín na». ¿No luchó por sí mismo? Es decir, ¿era ahora su vida algo que solo servía a otra gente?

Mi padre siempre decía que en realidad no se hizo mayor hasta que empezó a trabajar en la fundición. Nunca quiso hablar del criadero de zorros ni del negocio de las pieles, hasta que llegó a la vejez y pudo hablar tranquilamente casi de cualquier cosa. En cambio mi madre, encerrada entre cuatro paredes por su creciente parálisis, siempre estaba dispuesta a recordar el hotel Pine Tree, los amigos que allí hizo y el dinero que ganó.

Y a mi padre, como se vio, le esperaba otra ocupación. No hablo de la cría de pavos, que llegó después del trabajo en la fundición y le duró hasta los setenta años o más, y que tal vez le provocó una lesión en el corazón, ya que tenía que arrastrar de un lado a otro, forcejeando, aves de cincuenta o sesenta libras. Cuando dejó ese trabajo, se dedicó a escribir. Empezó a escribir sus reminiscencias y a convertir alguna de ellas en relatos, que se publicaron en una revista local excelente pero no muy duradera. Y no mucho antes de su muerte terminó una novela sobre la vida de los pioneros, titulada *Los Macgregor*.

Me dijo que escribirla le había sorprendido. Le sorprendió ser capaz de algo así, y le sorprendió que hacerlo le proporcionara tal felicidad. Como si hubiera un porvenir en ello.

He aquí parte de un relato titulado «Abuelos», parte de lo que mi padre escribió sobre su propio abuelo Thomas Laidlaw, el mismo Thomas que había venido a Morris a los diecisiete años y al que se habían asignado las labores de cocina en la cabaña.

Era un viejo frágil y canoso, con el pelo ralo y más bien largo y la piel pálida, muy pálida, porque era anémico. Tomaba Vita-Ore, un medicamento del que se hacía mucha publicidad y se vendía sin receta. Debí de ayudarle, porque vivió hasta los ochenta y tantos... Cuando yo tomé conciencia de él por primera vez, se había retirado al pueblo y había arrendado la granja a mi padre. Visitaba la granja, o a mí, como yo creía, y yo lo visitaba a él. Íbamos a pasear. Tenía una sensación de seguridad. Él hablaba con mucha mayor soltura que mi padre, pero no recuerdo que mantuviéramos largas conversaciones. Explicaba las cosas casi como si a la vez las descubriera él mismo. Quizá en cierto modo miraba el mundo desde el punto de vista de un niño. Nunca me habló con brusquedad, nunca dijo: «Bájate de esa cerca» o «Cuidado con ese charco». Prefería que la naturaleza siguiera su curso para que así yo aprendiera. La libertad de acción inspiraba cierta cautela. No me mostraba una compasión indebida cuando me hacía daño. Dábamos paseos lentos y tranquilos porque él no podía caminar muy deprisa. Recogíamos piedras con fósiles de criaturas extrañas de otra era, pues el terreno era pedregoso y se encontraba esa clase de piedras. Los dos teníamos nuestras respectivas colecciones. Yo heredé la suya cuando murió y guardé las dos durante muchos años. Representaban un lazo con él que yo era reacio a romper.

Paseábamos junto a la cercana vía del ferrocarril hasta el enorme terraplén que permitía el paso de la vía por encima de otro ferrocarril y un gran arroyo. Estos discurrían por debajo de una roca gigantesca y un gran arco de cemento. Desde allí se veía, cientos de pies más abajo, la otra vía. Volví allí hace no mucho. El terraplén se ha encogido extrañamente; el ferrocarril ya no pasa por allí. La vía de Canadian Pacific Railway sigue allí abajo, pero no tan abajo, y el arroyo es mucho más pequeño...

Íbamos al aserradero cercano y veíamos girar y rechinar las sierras. Aquellos eran los tiempos en que se utilizaban llamativas tallas de madera para adornar los aleros de las casas, los porches o cualquier lugar que pudiera decorarse. Había toda clase de pedazos desechados, con dibujos interesantes, que uno podía llevarse a casa.

Por la noche, íbamos a la estación, al viejo Gran Baúl, o la Mantequilla con Huevos, como se la conocía en Londres. Apoyabas el oído en el raíl y podías oír el retumbo del tren a lo lejos. Luego un silbido lejano, y en el aire se percibía la tensa expectación. Los silbidos se acercaban y se oían cada vez más y al final el tren aparecía repentinamente. La tierra temblaba, el cielo casi se abría y el enorme monstruo se deslizaba con un chirrido de frenos forzados hasta detenerse...

Allí comprábamos el periódico vespertino. Había dos periódicos de Londres, el *Free Press* y el *'Tiser (Advertiser)*. El *'Tiser* era liberal y el *Free Press* era conservador.

A ese respecto no había término medio. O tenías razón o estabas equivocado. Mi abuelo era un liberal de la antigua escuela de George Brown y leía el *'Tiser*, así que yo también me he convertido en un liberal y he seguido siéndolo hasta ahora... Y así, en este el mejor de los sistemas, los gobiernos se elegían conforme al número de pequeños liberales o pequeños conservadores que tenían edad para votar...

El maquinista se sujetaba al tirador junto a la escalerilla de la locomotora. Gritaba: «¡Al tren!» y agitaba la mano. El vapor salía a chorros, las ruedas tableteaban, gemían y avanzaban, más y más rápido, dejando atrás las básculas, los corrales, pasando por encima de los arcos y haciéndose cada vez más pequeño como una galaxia en retroceso hasta que el tren desaparecía en el mundo desconocido del norte...

En una ocasión vino un visitante, mi tocayo de Toronto, un primo del abuelo. Se decía que el gran hombre era millonario, pero fue decepcionante, no impresionaba en absoluto; no era más que una versión de mi abuelo un poco más desenvuelta y pulida. Los dos viejos se sentaron bajo los arcos delante de casa y charlaron. Probablemente hablaron del pasado, como hacen los viejos. Yo me quedé con discreción en segundo plano. El abuelo no decía a las claras pero sí insinuaba con delicadeza que los niños debían verse y no oírse.

A veces hablaban con el cerrado acento escocés del distrito del que provenían. No era el escocés de las erres arrastradas que oíamos a los cantantes y los cómicos, sino una forma más suave y quejumbrosa, con un dejo cercano al galés o el sueco.

Aquí es donde considero oportuno dejarlos: a mi padre de niño, sin atreverse a acercarse demasiado, y a los ancianos sentados durante toda una tarde de verano en sillas de madera colocadas bajo uno de los grandes y benévolo olmos que resguardaban la casa de mis abuelos. Allí hablaban el dialecto de su infancia —abandonado al hacerse hombres— que ninguno de sus descendientes entendía.

Ayuda doméstica

La señora Montjoy me estaba enseñando dónde guardar las ollas y las sartenes. Yo me había equivocado de sitio al colocarlas.

Nada detestaba más en el mundo, dijo, que un armario manga por hombro.

—Pierdes más tiempo —explicó—. Pierdes más tiempo buscando algo porque no está donde estaba la última vez.

—Eso pasaba con nuestra ayuda doméstica —dije—. Los primeros días siempre guardaban las cosas donde no había manera de encontrarlas. —Y añadí—: Ayuda doméstica, así llamábamos a las criadas. Así las llamábamos, en casa.

—¿Ah, sí? —preguntó. Se hizo un silencio—. Y el colador en ese gancho de allí.

¿Por qué tuve que decir lo que había dicho? ¿Por qué sentí la necesidad de mencionar que teníamos ayuda doméstica en casa?

La razón saltaba a la vista. Para ponerme más cerca de su nivel. Como si eso fuera posible. Como si algo de lo que yo tuviera que decir de mí misma o de la casa de la que procedía pudiera interesarle o impresionarle.

No obstante, lo de la ayuda doméstica era verdad. En mis primeros años de vida, hubo una procesión. Estuvo Olive, una chica blanda y perezosa a la que yo no le caía bien porque la llamaba Olive Oyl. Incluso cuando me obligaron a pedirle perdón, seguí sin caerle bien. Tal vez ninguno de nosotros le caía demasiado bien, porque ella pertenecía a la Iglesia de los cristianos de la Biblia, y eso la convertía en una persona recelosa y reservada. Acostumbraba a cantar mientras fregaba y secaba los platos. «There is a Balm in Gilead...». Si yo intentaba cantar con ella, se interrumpía.

Después vino Jeanie, que me caía bien, porque era guapa y me ponía rulos en el pelo por la noche cuando se los ponía ella. Llevaba una lista de los chicos con los que salía y trazaba unos peculiares signos al lado de sus nombres: x x x o o * *. No duró mucho.

Tampoco duró Dorothy, que colgaba la ropa en el tendedero de una manera extraña —prendida del cuello, o de una manga, o de una pernera— y, al barrer, apartaba el polvo hasta un rincón y dejaba la escoba apoyada encima para esconderlo.

Y cuando yo rondaba los diez años, la ayuda doméstica era ya agua pasada. No sé si se debió a que éramos más pobres, o si consideraron que yo tenía ya edad para ayudar de manera regular. Tan verdad era lo uno como lo otro.

Tenía diecisiete años y ya estaba capacitada para convertirme yo misma en ayuda doméstica, aunque solo en verano porque todavía me quedaba un año de instituto. Mi hermana, con doce, podía ocuparse de las tareas de la casa.

La señora Montjoy me había ido a recoger a la estación de tren en Pointe au Baril y llevado a la isla en una lancha fueraborda. Me había recomendado para el empleo la mujer de la tienda de Pointe au Baril, una vieja amiga de mi madre; habían dado clases en el mismo colegio. La señora Montjoy le había preguntado si conocía a una chica de campo, acostumbrada al trabajo doméstico, que estuviera disponible para el verano, y la mujer había pensado que era un trabajo idóneo para mí. Eso mismo pensé yo; ansiaba ver más mundo.

La señora Montjoy vestía un pantalón corto caqui y una camisa remetida. Llevaba el pelo corto, recogido detrás de las orejas, y aclarado por el sol. Saltó a bordo de la lancha como un chico, arrancó el motor de un violento tirón, y salimos lanzadas hacia las encrespadas aguas vespertinas de Georgian Bay. Durante treinta o cuarenta minutos sorteamos islas escarpadas y boscosas con cabañas solitarias y embarcaciones meciéndose junto a los muelles. Los pinos sobresalían en ángulos extraños, igual que en los cuadros.

Yo me sujetaba a los lados de la lancha y, sin más abrigo que mi vaporoso vestido, me estremecía de frío.

«¿Estás un poco mareada?», preguntó la señora Montjoy con la sonrisa más parca posible. Era como la señal de una sonrisa, cuando la ocasión no justificaba una de

verdad. Tenía unos dientes grandes y blancos en un rostro alargado y moreno, y su expresión natural parecía ser de impaciencia apenas contenida. Probablemente se había dado cuenta de que lo mío era miedo, no mareo, y dejó caer la pregunta para que yo no tuviera que avergonzarme, y ella tampoco.

Esa era ya una diferencia respecto al mundo al que yo estaba acostumbrada. En ese mundo, el miedo era corriente, al menos para las mujeres. Podías tener miedo a las serpientes, a las tormentas, a las aguas profundas, a las alturas, a la oscuridad, al toro y al camino solitario a través de la ciénaga, y no por eso los demás se formaban peor imagen de ti. En el mundo de la señora Montjoy, en cambio, el miedo era vergonzoso y debía vencerse siempre.

La isla hacia la que nos dirigíamos, nuestro destino, tenía nombre: Nausícaa. El nombre estaba escrito en una tabla al final del embarcadero. Lo pronuncié en voz alta para aparentar una actitud relajada y de callada admiración, y la señora Montjoy, un poco sorprendida, dijo: «Ah, sí. Ya se llamaba así cuando mi padre la compró. Viene de un personaje de Shakespeare».

Abrí la boca para decir que no, que no era Shakespeare, y para explicar que Nausícaa era la muchacha de la playa que, mientras jugaba a la pelota con sus amigas, se vio sorprendida por Ulises cuando despertó de su siesta. A la sazón yo había descubierto que a la mayoría de la gente entre la que vivía no le gustaba esa clase de información, y probablemente me habría callado incluso si el profesor nos lo hubiera preguntado en el colegio, pero creía que la gente del mundo exterior —el mundo real— sería distinta. Reconocí justo a tiempo la brusquedad del tono de la señora Montjoy cuando dijo «un personaje de Shakespeare», la insinuación de que Nausícaa y Shakespeare, así como cualquier observación mía, eran cosas de las que ella podía prescindir perfectamente.

El vestido que llevaba puesto al llegar lo había hecho yo misma, con algodón de rayas rosa y blanco. La tela me había salido barata, porque en realidad no era para un vestido, sino para una blusa o camión, y el estilo elegido —la falda de vuelo ancho y talle estrecho que se llevaba entonces— fue un error. Cuando caminaba, la tela se hinchaba entre mis piernas y tenía que arreglármela a tirones una y otra vez. Lo estrenaba aquel mismo día, y aún pensaba que ese sería un problema pasajero: con un tirón firme, la tela caería debidamente. Pero cuando me quité el cinturón vi que el calor del día y el sofocante viaje en tren habían ocasionado un problema peor. El cinturón era ancho y elástico, de color burdeos, y el tinte se había corrido. El vestido presentaba un círculo teñido de fresa en la cintura.

Lo descubrí cuando me desvestía en la buhardilla de la caseta del embarcadero, que compartiría con Mary Anne, la hija de diez años de la señora Montjoy.

«¿Qué te ha pasado en el vestido? —preguntó Mary Anne—. ¿Sudas mucho? Es una lástima».

Contesté que de todos modos era un vestido viejo y que había preferido no ponerme nada bueno para el tren.

Mary Anne era rubia y pecosa, de cara alargada como su madre. Pero en su semblante no se advertía la propensión al juicio precipitado de su madre, siempre a punto para abalanzarse sobre el otro. Su expresión era benévola y seria, y llevaba unas gafas de lentes gruesas incluso en la cama. No tardaría en contarme que la habían operado para mejorarle la vista, pero, a pesar de eso, veía mal.

«He heredado la vista de mi padre —dijo—. También soy tan inteligente como él, así que es una lástima que no sea chico».

Otra diferencia. En el lugar de donde yo procedía, generalmente se consideraba que la inteligencia era un atributo más sospechoso en los chicos que en las chicas, aunque no resultaba una especial ventaja para unos ni para otros. Las chicas podían dedicarse a la enseñanza, y eso estaba bien —aunque muy a menudo acababan solteras—, pero a los chicos, si continuaban yendo al colegio, se los tomaba por mariquitas.

Durante toda la noche se oyó el agua que lamía las tablas de la caseta del embarcadero. Amaneció temprano. Me pregunté si estábamos tanto más al norte como para que el sol saliera antes. Me levanté y me asomé por la ventana delantera. Vi el agua aterciopelada, oscura en las profundidades pero con la luz del cielo reflejada en la superficie. La orilla rocosa de la pequeña cala, los veleros fondeados, el canal abierto más allá, y la prominencia de otro par de islas, orillas y canales aún más lejos. Pensé que nunca encontraría la manera de volver, por mis propios medios, a tierra firme.

Aún no había entendido que las criadas no tenían que encontrar la manera de volver a ningún sitio. Se quedaban donde estaban, donde encontraban trabajo. Eran las personas que creaban ese trabajo quienes iban y venían.

La ventana de la parte trasera daba a un peñasco gris que era como un muro inclinado, con salientes y grietas donde habían prendido pequeños pinos, cedros y arándanos. Al pie de este muro discurría un sendero —por el que yo iría más tarde— a través del bosque, hasta la casa de la señora Montjoy. A este lado de la caseta todo seguía húmedo y casi oscuro, aunque al estirar el cuello vi fragmentos de cielo, cada vez más blancos, por entre los árboles en lo alto de la roca. Casi todos los árboles eran coníferas fragantes y de aspecto severo, con gruesas ramas que no permitían que creciera mucha vegetación debajo; ningún tumulto de enredaderas ni zarzales ni árboles pequeños como los que estaba acostumbrada a ver en los bosques madereros. El día anterior, cuando miraba desde el tren, me había fijado precisamente en eso, en que lo que nosotros llamábamos «monte» se convertía aquí en el bosque de apariencia más auténtica, que había eliminado toda exuberancia y confusión y cambio estacional. Me dio por pensar que este bosque de verdad pertenecía a ricos —aunque lóbrego, era su propio patio de recreo— y a indios, que hacían de guías y sirvientes exóticos para los ricos, viviendo sin dejarse ver y sin llamar la atención en algún lugar al que no llegaba el tren.

Sin embargo, esa mañana miré por la ventana, con sincero interés, con avidez, como si aquel fuera un lugar donde me quedaría a vivir y donde todo acabaría siéndome familiar. Y todo acabó siéndome familiar, al menos en los lugares donde hacía mi trabajo y a donde debía ir. Pero se había levantado una barrera. Tal vez «barrera» sea una palabra excesiva; no era tanto una advertencia como un destello en el aire, un recordatorio indolente. «Esto no es para ti». No era algo que necesitara expresarse. O anunciarse en un cartel.

«Esto no es para ti». Y aunque percibí esa barrera, me negué a admitir su existencia. Me negué a admitir que alguna vez llegué a sentirme humillada o sola, o que era una auténtica criada. Pero dejé de pensar en apartarme del sendero, en explorar entre los árboles. Si me veían, tendría que explicar qué hacía, y no les gustaría o, más en concreto, no le gustaría a la señora Montjoy.

Y a decir verdad, en ese sentido no había gran diferencia respecto de cómo eran las cosas en casa, donde prestar una atención no práctica al mundo exterior, o rumiar fantasiosamente sobre la naturaleza —incluso usar esa palabra, «naturaleza»— podía convertirte en el hazmerreír de la gente.

A Mary Anne le gustaba hablar cuando estábamos acostadas en nuestros camastros. Me dijo que su libro favorito era *Kon-Tiki* y que no creía en Dios ni en el cielo.

—Mi hermana murió —dijo—. Y no creo que ande flotando por ahí en camisón blanco. Sencillamente está muerta, sencillamente no es nada.

»Mi hermana era guapa. O al menos, en comparación conmigo. Mi madre nunca ha sido guapa y mi padre es feísimo. La tía Margaret antes era guapa y ahora está gorda, y la abuela antes era guapa y ahora está vieja. Mi amiga Helen es guapa, pero mi amiga Susan no. Tú eres guapa, pero eso no cuenta porque eres la criada. ¿Te duele que te lo diga?

Contesté que no.

—Cuando estoy aquí, soy solo la criada.

No es que yo fuera la única sirvienta de la isla. Los otros sirvientes eran un matrimonio, Henry y Corrie. No se sentían degradados por su trabajo, lo agradecían. Habían venido a Canadá desde Holanda hacía unos años y los habían contratado los señores Foley, que eran los padres de la señora Montjoy. Los dueños de la isla eran los señores Foley y vivían en el gran bungalow blanco, con sus toldos y verandas, que coronaba el punto más alto de Nausícaa. Henry cortaba el césped, cuidaba la pista de tenis, repintaba las hamacas del jardín, y ayudaba al señor Foley con los barcos y a quitar la mala hierba de los caminos y a reparar el embarcadero. Corrie se ocupaba de las tareas de la casa y cocinaba y cuidaba a la señora Foley.

La señora Foley pasaba las mañanas soleadas en una tumbona al aire libre, con las piernas extendidas para tomar el sol y un toldillo acoplado a la tumbona para protegerle la cabeza. Corrie salía y la iba desplazando conforme se movía el sol, y la llevaba al cuarto de baño, le servía tazas de té y vasos de café con hielo. Yo misma la veía hacerlo cuando subía a casa de los Foley desde la casa de los Montjoy para hacer un recado, o para poner o sacar algo de la nevera. En esa época las neveras eran aún una novedad y un lujo, y los Montjoy no tenían ninguna en su casa.

«No debe usted chupar los cubitos de hielo —oí que le decía Corrie a la señora Foley. Por lo visto, la señora Foley no le hizo caso y empezó a chupar un cubito, y Corrie la reprendió—: Mala. No. Escúpalo. Escúpalo ahora mismo en la mano de Corrie. Mala. No ha hecho lo que Corrie le ha mandado».

«Les he dicho que podría atragantarse y morir —me explicó al alcanzarme de camino a la casa—. Pero el señor Foley siempre contesta: dale los cubitos, quiere beber como todo el mundo. Así que se lo digo y se lo digo. No chupe los cubitos. Pero no me hace caso».

A veces me enviaban a ayudar a Corrie a sacar brillo a los muebles o encerar los suelos. Era una mujer muy exigente. No se limitaba a pasar un trapo por las encimeras de la cocina; ella las restregaba. En cada uno de sus movimientos se observaba la energía y la concentración de alguien que remaba en un bote contra corriente y cada una de sus palabras parecía lanzada en un clima hostil. Cuando escurría un trapo habría podido estar retorciéndole el cuello a un pollo. Me pareció que podía ser interesante inducirla a hablar de la guerra, pero ella contaba solo que todo el mundo pasaba mucha hambre y que guardaban las mondas de patata para preparar caldo.

«No es bueno —decía—. No es bueno hablar de eso».

Prefería el futuro. Henry y ella estaban ahorrando para montar un negocio. Querían abrir una residencia de ancianos. «Hay mucha gente como ella —dijo Corrie mientras trabajaba, señalando con la cabeza a la señora Foley, que estaba fuera en el jardín—. Y habrá cada vez más. Porque les dan medicinas, y así tardan más en morir. ¿Quién cuidará de ellos?».

Un día la señora Foley me llamó mientras atravesaba el jardín.

—¿Y adónde vas tú con tantas prisas? —preguntó—. Ven a sentarte a mi lado y descansa un rato.

Tenía el cabello blanco, recogido bajo un sombrero de paja flexible, y cuando se inclinaba el sol traspasaba los orificios de la paja, salpicando de granos de luz las manchas rosadas y parduzcas de su cara. Sus ojos eran de un color tan apagado que fui incapaz de distinguirlo y su cuerpo presentaba una forma anómala: el pecho plano y estrecho y el vientre hinchado bajo capas de ropa suelta y clara. En las piernas estiradas bajo el sol, le brillaba la piel, descolorida y un tanto agrietada.

—Perdona que no me haya puesto las medias —dijo—. Sintiéndolo mucho, hoy estoy un poco vaga. ¡Qué valor el tuyo, hay que ver! Mira que venir tú sola hasta aquí. ¿Te ha ayudado Henry a traer la compra desde el embarcadero?

La señora Montjoy nos saludó con la mano. Iba de camino a la pista de tenis, para dar

a Mary Anne su clase. Cada mañana daba a Mary Anne una clase, y en la comida hablaban de los fallos de Mary Anne.

—Ahí está esa mujer que viene a jugar al tenis —dijo la señora Foley de su hija—. Viene todos los días, así que supongo que no hay inconveniente. Bien está que use la pista si ella no tiene la suya propia.

Después la señora Montjoy me preguntó:

—¿Te ha pedido la señora Foley que te sentaras en la hierba a su lado?

Contesté que sí.

—Me ha confundido con alguien que traía la compra.

—Creo que antes venía en barco una chica de la tienda de ultramarinos. Hace años que no nos traen la compra. De vez en cuando a la señora Foley se le cruzan los cables.

—Ha dicho que usted era una mujer que venía a jugar al tenis.

—¿Ah, sí? —preguntó la señora Montjoy.

El trabajo que debía hacer no me resultaba arduo. Sabía cocinar y planchar y limpiar un horno. Nadie traía barro del corral a la cocina y no tenía que escurrir con rodillo la gruesa ropa de trabajo de los hombres. Estaba solo el pequeño detalle de tener que colocarlo todo perfectamente en su sitio y pasarme horas sacando brillo: sacar brillo a los bordes de los quemadores de la cocina siempre después de usarlos, sacar brillo a los grifos, sacar brillo a la puerta de cristal de la terraza hasta que el cristal es invisible y la gente corre el peligro de romperse la cara contra él.

La casa de los Montjoy era moderna, con el tejado plano y una terraza que se extendía por encima del agua y muchos ventanales, que a la señora Montjoy le habría gustado tener tan invisibles como la puerta de cristal.

«Pero tengo que ser realista —dijo—. Sé que si te dedicaras a eso, apenas te quedaría tiempo para nada más». No era en absoluto una negrera. Conmigo empleaba un tono firme y un poco irascible, pero era el mismo que empleaba con todo el mundo. Siempre estaba atenta al menor asomo de desatención o incompetencia, faltas que aborrecía. «Dejada» era una de sus palabras de condena preferidas. Otras expresiones eran «ni fu ni fa» e «innecesario». Muchas cosas que hacía la gente eran «innecesarias», y algunas de estas eran, además, «ni fu ni fa». Otras personas habrían empleado las palabras «pseudoartístico» o «intelectual» o «permisivo». A la señora Montjoy todas esas matizaciones la traían sin cuidado.

Yo comía sola, mientras servía a quienquiera que comiese en la terraza o en el comedor. A este respecto, estuve a punto de cometer un error garrafal. Cuando, en el primer almuerzo, la señora Montjoy me sorprendió camino de la terraza con tres platos —sostenidos en un exhibicionista estilo de camarera—, dijo: «¿Llevas tres platos? Ah, sí, dos para la terraza y el tuyo aquí, ¿no?».

Leía mientras comía. Había encontrado un montón de revistas viejas —*Life*, *Look*, *Time*, *Collier's*— al fondo del armario de la limpieza. Me di cuenta de que a la señora Montjoy no le gustaba la idea de que yo leyera esas revistas mientras comía, pero no sabía bien por qué. ¿Sería porque era de mala educación leer mientras se comía, o porque no había pedido permiso? Más probablemente vio mi interés en cosas que no tenían nada que ver con mi trabajo como una forma sutil de insolencia. Innecesario.

Se limitó a decir: «Esas revistas viejas deben de estar repletas de polvo».

Contesté que siempre las limpiaba.

A veces tenían una invitada a comer, una amiga que venía de una de las islas cercanas. Oí decir a la señora Montjoy:

—... hay que tener contentas a las chicas o se van al hotel, se van al puerto. Allí encuentran trabajo con mucha facilidad. Ya no es como antes.

—Muy cierto —respondió la otra mujer.

—Así que haces concesiones —dijo la señora Montjoy—. Las tratas lo mejor que

puedes.

Tardé un tiempo en darme cuenta de quiénes hablaban. De mí. Las «chicas» eran las chicas como yo. Me pregunté, pues, qué hacían exactamente para tenerme contenta. ¿Darme alguna que otra vez aquel alarmante paseo en barco cuando la señora Montjoy iba a hacer la compra? ¿Permitirme llevar pantalón corto con blusa, o un vestido sin espalda, en lugar de uniforme con cuello y puños blancos?

¿Y qué hotel era aquel? ¿Qué puerto?

—¿Qué se te da mejor? —preguntó Mary Anne—. ¿Qué deporte?

—El balonvolea —contesté, tras pensarlo un momento.

En la escuela jugábamos al balonvolea. No se me daba muy bien, pero era el mejor porque era el único.

—Ah, no me refiero a los deportes de equipo —aclaró Mary Anne—. Me refiero a qué se te da mejor a ti. Como, por ejemplo, el tenis. O nadar, o montar a caballo, ¿o qué? A mí lo que se me da mejor es montar a caballo, porque no depende tanto de la vista. A la tía Margaret se le daba mejor el tenis y a la abuela también el tenis, y el abuelo siempre navegaba, y a mi padre la natación, supongo, y al tío Stewart el golf y la vela y a mi madre el golf y la natación y la vela y el tenis y todo, pero quizá el tenis un poco más. Si mi hermana Jane no hubiese muerto, no sé qué se le habría dado mejor a ella, pero quizá la natación, porque ya sabía nadar y solo tenía tres años.

Yo nunca había pisado una pista de tenis, y la sola idea de salir a navegar en un velero o montar a caballo me aterrorizaba. Sabía nadar, pero no muy bien. Para mí, el golf era algo que hacían hombres con cara de tonto en los dibujos animados. Los adultos que conocía nunca jugaban a nada que implicase actividad física. Se sentaban y descansaban cuando no estaban trabajando, cosa que no ocurría con frecuencia. Aunque las noches de invierno podían jugar a las cartas. Al euchre. Al heredero perdido. No la clase de juegos de naipes a que jugaría la señora Montjoy.

—La gente que yo conozco trabaja demasiado para practicar deportes —dije—. En el pueblo ni siquiera hay pista de tenis; tampoco campo de golf. —De hecho en otro tiempo sí hubo tanto lo uno como lo otro, pero durante la Depresión no alcanzó el dinero para su mantenimiento y después ya no se recuperaron—. No conozco a nadie que tenga un velero.

No mencioné que en mi pueblo sí había una pista de hockey y un campo de béisbol.

—¿En serio? —preguntó Mary Anne, pensativa—. ¿Y entonces qué hacen?

—Trabajar. Y nunca tienen dinero, en toda su vida.

A continuación le conté que la mayoría de la gente que yo conocía nunca había visto un váter con cisterna salvo en un edificio público, y que a veces los viejos (es decir, gente demasiado vieja para trabajar) tenían que quedarse en la cama todo el invierno para no pasar frío. Los niños iban descalzos hasta que llegaban las primeras heladas para ahorrar el cuero de las suelas, y morían de dolores de estómago que en realidad eran apendicitis porque sus padres no tenían dinero para un médico. A veces la gente cenaba hojas de diente de león, y nada más.

Ni una sola de estas afirmaciones —ni siquiera la de las hojas de diente león— era totalmente falsa. Yo había oído contar cosas así. Lo de las cisternas de váter quizá era lo que más se acercaba a la verdad, pero era válido para la gente del campo, no para los del pueblo, y la mayoría de aquellos para quienes era válido pertenecían a la generación anterior a la mía. Pero mientras hablaba con Mary Anne todos los incidentes aislados y las historias extrañas que había oído se propagaron por mi mente, de manera que casi llegué a creerme que yo misma había caminado descalza por el barro frío, con los pies amoratados..., yo que me había beneficiado del aceite del hígado de bacalao y de las vacunas y salía camino de la escuela abrigada hasta el borde de la asfixia, y solo me había ido a dormir con el estómago vacío por negarme a comer cosas como leche cuajada o pudín de pan o hígado frito. Y esa falsa impresión

que estaba dando parecía justificada, ya que mis exageraciones o mentiras relativas sustituían algo que yo no podía precisar.

Cómo precisar, por ejemplo, la diferencia entre la cocina de los Montjoy y la de nuestra casa. No podía hacerse solo mencionando los suelos impolutos y relucientes de una y el linóleo gastado de la otra, o el hecho de que el agua blanda bombeada desde un depósito hasta el fregadero contrastaba con el agua fría y caliente suministrada por unos grifos. Habría que decir que teníamos, por un lado, una cocina que se ajustaba con todo rigor a la idea actual de lo que debía ser una cocina y, por el otro, una cocina que de vez en cuando, con el uso y la improvisación, cambiaba un poco, pero en muchos sentidos nunca cambiaba, y pertenecía por completo a una familia y a los años y décadas de vida de esa familia. Y cuando pensaba en esa cocina, con el contrachapado y el fogón eléctrico que yo limpiaba utilizando los envoltorios de papel encerado del pan, con las viejas latas de especias de bordes oxidados guardadas año tras año en los armarios, con la ropa del establo colgada detrás de la puerta, me sentía obligada a protegerla del desprecio, tal como si tuviera que proteger del desprecio toda una forma de vida preciada e íntima aunque no precisamente grata. El desprecio, imaginaba yo, era lo que siempre estaba a la espera, balanceándose en un cable de alta tensión, debajo mismo de la piel y oculto tras las percepciones de personas como los Montjoy.

—Eso no es justo —dijo Mary Anne—. Es horrible. No sabía que la gente comía hojas de diente de león. —Pero de pronto se le iluminó la expresión—. ¿Y por qué no van a pescar?

—La gente que no necesita el pescado va y se lo lleva todo. Los ricos. Por pura diversión.

Naturalmente, algunos sí iban a pescar cuando tenían tiempo; en cambio otros, incluida yo, considerábamos que el pescado de nuestro río tenía demasiadas espinas. Pero pensé que así haría callar a Mary Anne, sobre todo porque sabía que el señor Montjoy iba de pesca con sus amigos.

Mary Anne seguía dando vueltas al problema.

—¿Y no pueden acudir al Ejército de Salvación?

—Son demasiado orgullosos.

—Pues me dan pena —dijo—. Me dan mucha pena, pero creo que es una tontería. ¿Y qué pasa con los bebés y los niños? Deberían pensar en ellos. ¿También los niños son demasiado orgullosos?

—Todo el mundo es orgulloso.

Cuando el señor Montjoy venía a la isla los fines de semana, siempre había mucho ruido y actividad. En parte se debía a que venían visitas en barco a nadar y tomar copas y ver las regatas. Pero en gran medida lo generaba el propio señor Montjoy. Tenía una voz atronadora, estridente, el cuerpo recio, y una piel que nunca se bronceaba. Cada fin de semana se ponía rojo por el sol, y durante la semana la piel quemada se le pelaba y quedaba de un color rosado y manchada de pecas, lista para volver a quemarse. Cuando se quitaba las gafas, se veía que tenía un ojo bizco y saltarín y el otro de un azul vivo pero de aspecto desvalido, como si hubiera caído en una trampa. Cuando vociferaba, era a menudo por cosas que había extraviado, o se le habían caído, o con las que había tropezado. «¿Dónde diantres está...?», decía, o: «¿No habréis visto el...?». De modo que daba la impresión de que había extraviado hasta el propio nombre del objeto que buscaba, o no lo encontraba ya de buen comienzo. A modo de consuelo, a veces cogía un puñado de cacahuetes o pretzels o lo que tuviera a mano, y comía un puñado tras otro hasta que se los acababa. Entonces fijaba la mirada en el cuenco vacío como si también eso lo asombrara.

—¿Dónde diantres está aquel...? —le oí decir una mañana.

Iba dando tumbos por la terraza.

—¿Tu libro? —preguntó la señora Montjoy con un brioso tono de control.

Estaba tomando su café de media mañana.

—Pensaba que lo tenía aquí fuera —dijo—. Lo estaba leyendo.

—¿El libro del mes? —preguntó ella—. Creo que lo dejaste en el salón.

Tenía razón. Yo estaba pasando la aspiradora por el salón, y poco antes había recogido un libro parcialmente oculto bajo el sofá. Se titulaba *Siete cuentos góticos*. El título me incitó a abrirlo, e incluso mientras oía la conversación de los Montjoy seguí leyendo, sosteniendo el libro abierto con una mano y dirigiendo la aspiradora con la otra. Desde la terraza no me veían.

—No, hablo con el corazón en la mano —dijo Mira—. Hace tiempo que intento entender a Dios. Ahora me he hecho amiga de él. Para amarlo sinceramente hay que amar el cambio, y hay que amar las bromas, siendo estas las genuinas inclinaciones de su propio corazón.

—Ahí está —dijo el señor Montjoy, que asombrosamente había entrado en el salón sin sus trastazos y topetazos de costumbre, o al menos yo no los había oído—. Buena chica, has encontrado mi libro. Ahora me acuerdo. Anoche estuve leyendo en el sofá.

—Estaba en el suelo —dije—. Acabo de cogerlo.

Debió de verme leerlo.

—Es un libro un tanto raro —comentó—, pero a veces apetece leer un libro distinto de los demás.

—Yo no le vi pies ni cabeza —intervino la señora Montjoy, que entraba con la bandeja del café—. Tendremos que salir de en medio y dejarla que siga pasando la aspiradora.

El señor Montjoy regresó a tierra firme y a la ciudad esa tarde. Era director de banco. Eso no significaba, por lo visto, que trabajara en un banco. Al día siguiente de irse, busqué por todas partes. Busqué debajo de las sillas y detrás de las cortinas, por si acaso se había dejado el libro. Pero no lo encontré.

—Siempre pensé que sería agradable vivir aquí todo el año, como hacéis vosotros —dijo la señora Foley.

Debió de atribuirme otra vez el papel de la chica de la tienda de ultramarinos. Algunos días decía: «Ya sé quién eres. Eres la chica nueva que ayuda a la holandesa en la cocina. Pero, perdona, me es imposible recordar tu nombre». Y otro día me dejaba pasar de largo sin saludarme ni mostrar el menor interés.

—Antes veníamos aquí en invierno —comentó—. La bahía se helaba y había un camino en el hielo. Nos calzábamos raquetas para recorrerlo. Eso ahora ya no se usa, ¿verdad? ¿Las raquetas?

No esperó a que yo contestara. Se inclinó hacia mí.

—¿Puedes decirme una cosa? —preguntó con cierto bochorno, hablando casi en un susurro—. ¿Puedes decirme dónde está Jane? No la veo corretear por aquí desde hace muchísimo tiempo.

Contesté que no lo sabía. Sonrió como si le tomase el pelo, y alargó una mano para tocarme la cara. Yo me había agachado para escucharla, pero me enderecé de pronto, y su mano me rozó el pecho en lugar de la cara. Era un día caluroso y yo llevaba el vestido sin espalda, por lo que me tocó la piel. Tenía la mano ligera y seca, como viruta de madera, pero me arañó con la uña.

—Seguro que no pasa nada —dijo.

Después de eso, si me hablaba, me limitaba a saludarla con la mano y apretaba el paso.

La tarde de un sábado a finales de agosto los Montjoy ofrecieron un cóctel. La fiesta era en honor de los amigos que pasaban ese fin de semana con ellos en la casa, los señores Hammond. Como había que sacar brillo a muchísimos cubiertos pequeños de plata durante la preparación del acontecimiento, la señora Montjoy decidió aprovechar la ocasión para abrillantar al mismo tiempo toda la plata. Yo le sacaba brillo, y ella, a mi lado, la inspeccionaba.

El día de la fiesta, la gente llegó en barcos de vela y de motor. Algunos fueron a nadar

y luego se sentaron en las rocas en bañador o se echaron a tomar el sol en la terraza. Otros subieron inmediatamente a la casa y empezaron a beber y charlar en el salón o en la terraza. Algunos niños acompañaban a sus padres, y los chicos mayores habían venido solos en sus propios barcos. No eran niños de la edad de Mary Anne; a Mary Anne la habían mandado a casa de su amiga Susan, en otra isla. Algunos, muy pequeños, habían venido provistos de cunas plegables y parques, pero en su mayoría eran más o menos de mi edad. Chicos y chicas de quince o dieciséis años. Pasaron casi toda la tarde en el agua, gritando y zambulléndose y haciendo carreras hasta la plataforma.

La señora Montjoy y yo habíamos estado ocupadas toda la mañana, preparando toda clase de cosas para comer, que ahora dispusimos en bandejas y ofrecimos a la gente. Prepararlas había sido un trabajo laborioso y exasperante. Hubo que llenar cabezas de champiñones con diversas mezclas y poner una pequeña rodaja de algo encima de una pequeña rodaja de otra cosa encima de un fragmento de tostada o pan cortado con total precisión. Todas las formas tenían que ser perfectas: triángulos perfectos, redondeles y cuadrados perfectos, rombos perfectos.

La señora Hammond entró en la cocina varias veces y admiró nuestro trabajo.

«Está quedando todo estupendo —dijo—. Ya os habréis fijado en que no me ofrezco a ayudar. Soy una absoluta inepta para estas cosas».

Me gustó cómo lo dijo. «Soy una absoluta inepta». Admiré su voz ronca, su tono hastiado y jovial, y la manera en que pareció insinuar que esos trocitos geométricos de comida no eran del todo necesarios, o incluso podían ser un tanto absurdos. Deseé ser ella, con un elegante bañador negro, la piel bronceada de un tono parecido al de una tostada, el pelo oscuro y lacio hasta los hombros, el carmín de color orquídea.

No es que se la viera precisamente feliz. Pero su aspecto melancólico y un tanto lastimero me fascinaba, y la indistinta insinuación de drama me parecía envidiable. Su marido y ella pertenecían a una clase de ricos muy diferente de la de los señores Montjoy. Se parecían más a la gente sobre la que yo había leído en relatos de revistas y en libros como *The Hucksters*: gente que bebía mucho, tenía aventuras amorosas e iba al psiquiatra.

Ella se llamaba Carol, y su marido, Ivan. Yo ya pensaba en ellos por sus nombres de pila, tentación que en ningún momento había sentido con los Montjoy.

La señora Montjoy me había pedido que me pusiera un vestido, así que llevaba el de algodón a rayas rosa y blanco, con la tela manchada en la cintura remetida por debajo del cinturón elástico. Casi todos los demás iban en pantalón corto o traje de baño. Yo pasaba entre ellos ofreciendo comida. No sabía muy bien cómo hacerlo. A veces la gente se reía o hablaba con tanto vigor que no se fijaba en mí, y me daba miedo que en uno de sus gestos la comida saliera volando. Así que decía: «Disculpen, ¿les apetece uno de estos?», en voz tan alta que parecía muy resuelta o incluso recriminatoria. Entonces me miraban, risueños y sobresaltados, y yo tenía la sensación de que mi interrupción se había convertido en otra broma.

«Puedes dejar de pasar la bandeja de momento —dijo la señora Montjoy. Recogió unas cuantas copas y me pidió que las lavara—. La gente siempre pierde el rastro de la suya —comentó—. Es más fácil lavarlas y traerlas limpias. Y ya es hora de sacar las albóndigas de la nevera y calentarlas. ¿Puedes ocuparte tú? Vigila el horno; no tardará».

Mientras trajinaba en la cocina, oí a la señora Hammond llamar a su marido.

—¡Ivan! ¡Ivan!

Vagaba por las habitaciones del fondo de la casa. Pero el señor Hammond había entrado en la cocina por la puerta que daba al bosque. Se quedó allí, sin contestarle. Se acercó a la encimera y se sirvió ginebra en su vaso.

—Ah, Ivan, estás aquí —dijo la señora Hammond a la vez que entraba desde el salón.

—Aquí estoy —respondió el señor Hammond.

—Yo también —dijo ella.

Empujó su vaso por encima de la encimera.

Él no lo cogió. Le acercó la ginebra y me habló a mí.

—¿Te lo estás pasando bien, Minnie?

La señora Hammond soltó una estridente carcajada.

—¿Minnie? ¿De dónde has sacado tú que se llama Minnie?

—Minnie —dijo el señor Hammond. Ivan. Habló con voz artificial y ensoñadora—. ¿Te lo estás pasando bien, Minnie?

—Sí, claro —contesté, con una voz tan pretendidamente artificial como la suya.

Estaba sacando las diminutas albóndigas suecas del horno y no quería que los Hammond estuvieran delante por si se me caía alguna. Lo encontrarían muy gracioso y probablemente se lo contarían a la señora Montjoy, que me obligaría a tirar las albóndigas caídas y se enfadaría por el derroche. Si yo estaba sola cuando eso ocurriera, bastaría con recogerlas del suelo.

—Bien —dijo el señor Hammond.

—He nadado hasta más allá de la punta —comentó la señora Hammond—. Estoy entrenándome para dar la vuelta a toda la isla a nado.

—Enhorabuena —dijo el señor Hammond con el mismo tono con el que había dicho «Bien».

Me arrepentí de haber hablado de una manera tan desenfadada y tonta. Habría querido imitar su tono profundamente escéptico y sofisticado.

—Bien, pues —dijo la señora Hammond. Carol—. Te dejo con lo tuyo.

Yo había empezado a ensartar las albóndigas en palillos y a distribuirlas en una bandeja.

—¿Quieres que te ayude? —propuso Ivan, e intentó hacer lo mismo, pero no acertaba con los palillos y las albóndigas salían despedidas por la encimera.

—En fin —dijo, pero pareció perder el hilo de sus pensamientos y, dándose la vuelta, bebió otro sorbo—. En fin, Minnie.

Yo sabía algo sobre él. Sabía que los Hammond habían ido allí a pasar el fin de semana por unas circunstancias muy especiales, el señor Hammond se había quedado sin trabajo. Me lo había contado Mary Anne. «Está muy deprimido a causa de eso —me había dicho—. Pero no serán pobres. La tía Carol es rica».

A mí no me pareció deprimido. Me pareció impaciente —sobre todo con la señora Hammond—, pero en general bastante satisfecho de sí mismo. Era alto y delgado, tenía el cabello oscuro, peinado hacia atrás, y el bigote era un trazo irónico sobre el labio superior. Al hablarme, se inclinaba hacia mí, como le había visto hacer antes cuando hablaba a las mujeres en el salón. En ese momento había pensado que la palabra para definirlo era «distinguido».

—¿Adónde vas a nadar, Minnie? ¿Vas a nadar?

—Sí —contesté—. Al lado de la caseta del embarcadero.

Decidí que lo de llamarme Minnie era una broma especial entre él y yo.

—¿Es buen sitio?

—Sí.

Lo era para mí, que me gustaba estar cerca del embarcadero. Hasta ese verano, nunca había nadado en aguas que me cubrieran.

—¿Te metes alguna vez en el agua sin bañador?

—No —contesté.

—Deberías probarlo.

La señora Montjoy entró por la puerta del salón, preguntando si las albóndigas estaban listas.

—Estos invitados están muertos de hambre —dijo—. Es de tanto nadar. ¿Cómo va,

Ivan? Carol te estaba buscando hace un momento.

—Ha estado aquí —contestó el señor Hammond.

La señora Montjoy esparció perejil aquí y allá entre las albóndigas.

—Bien —me dijo—, creo que ya has hecho todo lo que había que hacer aquí. Me parece que ya puedo arreglármelas sola. ¿Por qué no te preparas un bocadillo y te vas a la caseta del embarcadero?

Respondí que no tenía apetito. El señor Hammond se había servido más ginebra y cubitos y se había ido al salón.

—Bueno, pero mejor será que te lleves algo —insistió la señora Montjoy—. Más tarde te vendrá el hambre.

Pretendía darme a entender que no volviera.

De camino a la caseta del embarcadero me crucé con un par de invitadas, chicas de mi edad, descalzas y con el bañador mojado, sin aliento de tanto reírse. Probablemente habían rodeado parte de la isla a nado y salido del agua ante la caseta del embarcadero. Ahora volvían a hurtadillas para sorprender a alguien. Se hicieron a un lado cortésmente para no salpicarme, pero no pararon de reír. Dejaron paso a mi cuerpo sin mirarme siquiera a la cara.

Era la clase de niñas que habrían chillado y hecho aspavientos si yo hubiese sido un perro o un gato.

El ruido de la fiesta fue en aumento. Me acosté en mi camastro sin quitarme el vestido. Llevaba en marcha desde primera hora de la mañana y estaba cansada. Pero no conseguía relajarme.

Al cabo de un rato, me levanté, me puse el bañador y bajé a nadar. Descendí por la escalerilla hasta el agua con mi cautela habitual —creía que, si saltaba, me iría derecha al fondo y nunca volvería a salir— y nadé en las sombras. El agua que me acariciaba los brazos y las piernas me recordó lo que el señor Hammond había dicho y me bajé los tirantes del bañador, para sacar al final un brazo y luego el otro y dejar que mis pechos flotaran libremente. Nadé así, cortando dulcemente el agua con mis pezones... Pensé que no era imposible que el señor Hammond viniera a buscarme. Lo imaginé tocándome. (No supe exactamente cómo se habría metido en el agua; no me apetecía pensar en él quitándose la ropa). Quizá se acuclillaría en el embarcadero y yo nadaría hacia él. Sus dedos me acariciarían la piel desnuda como cintas de luz. La idea de que me tocara y me deseara un hombre de esa edad —¿cuarenta, cuarenta y cinco años?— me resultaba en cierto modo repulsiva, pero sabía que me proporcionaría placer, del mismo modo que una podía obtener placer al ser acariciada por un amoroso cocodrilo amaestrado. La piel del señor Hammond —de Ivan— podía ser suave, pero la edad y el conocimiento y la corrupción estarían presentes en él como verrugas y escamas invisibles.

Me atreví a alzarme parcialmente del agua, sujetándome con una mano al embarcadero. Tomando impulso con un balanceo, me elevé en el aire como una sirena: resplandeciente, sin que nadie me viera.

De pronto oí unos pasos. Oí que alguien se acercaba. Me sumergí en el agua y permanecí inmóvil.

Por un momento creí que era el señor Hammond, y que en efecto yo había entrado en el mundo de las señales secretas, en las súbitas y tácticas incursiones del deseo. En lugar de taparme, me acurruqué contra el embarcadero, momentáneamente paralizada por el horror y el sometimiento.

Se encendió la luz de la caseta del embarcadero, y me volví sigilosamente en el agua y vi que era el viejo señor Foley, todavía con su traje de fiesta, compuesto de pantalón blanco y americana y gorra de marino. Había ido a la casa a tomar un par de copas y contado a todo el mundo que la señora Foley no estaba de humor para sobrellevar la tensión de ver a tanta gente, pero mandaba recuerdos a todos.

Movía cosas en el estante de las herramientas. No tardó en encontrar lo que buscaba o dejó en su sitio lo que había ido a dejar, apagó la luz y se fue. No llegó a saber que yo estaba allí.

Me arreglé el bañador, salí del agua y subí por la escalera. El cuerpo me pesaba tanto que llegué a lo alto sin aliento.

El ruido de la fiesta seguía y seguía. Tenía que hacer algo para aislarme, así que empecé una carta para Dawna, mi mejor amiga por aquel entonces. Le describí la fiesta en términos escabrosos: la gente que vomitaba por encima de la barandilla de la terraza; una mujer que se desmayó, y al desplomarse en el sofá se le deslizó parte del vestido y dejó a la vista un pecho viejo con el pezón morado (yo lo llamé «panzón» en lugar de pezón). Hablé del señor Hammond, presentándolo como un sátiro, aunque añadí que era muy atractivo. Dije que me había acariciado en la cocina mientras tenía las manos ocupadas con las albóndigas y que luego me había seguido hasta la caseta y me había agarrado en la escalera. Pero yo le había dado un puntapié allí donde no lo olvidaría y él había retrocedido. «Salió por piernas», escribí.

«Así que prepárate para el próximo capítulo —concluí—. Titulado: “Las sórdidas aventuras de una criada de cocina”. O “Biolada en las rocas de Georgian Bay”».

Cuando vi que había escrito «biolada» en lugar de «violada», pensé que podía dejarlo así, porque Dawna no se daría cuenta de la falta. Pero fui consciente de que me había excedido en la parte sobre el señor Hammond, incluso para una carta de esas características, y de pronto todo ello me provocó vergüenza y una sensación de mi propio fracaso y soledad. Arrugué el papel. Escribir esa carta no tenía otra función que convencerme de que había entablado cierto contacto con el mundo y de que me sucedían cosas emocionantes, cosas sexuales. Y no lo había entablado. Ni me sucedía nada.

—La señora Foley me preguntó dónde estaba Jane —dije mientras la señora Montjoy y yo sacábamos brillo a la plata, o mejor dicho, mientras ella me vigilaba y yo sacaba brillo a la plata—. ¿Jane era una de las chicas que trabajaron aquí en verano?

Pensé por un momento que quizá la señora Montjoy no me contestaría, pero sí lo hizo.

—Jane era mi otra hija. Era la hermana de Mary Anne. Murió.

—Ah, no lo sabía —dije—. Lo siento. —Y a continuación añadí—: ¿Murió de polio?

Lo pregunté porque no tenía el sentido común o, digamos, la decencia, de dejarlo estar. Y en esa época los niños aún morían de polio todos los veranos.

—No —contestó la señora Montjoy—. Murió un día que mi marido movió el armario en nuestro dormitorio. Buscaba algo, y pensó que podía haberse caído detrás. No se dio cuenta de que Jane estaba en medio. Una ruedecilla se trabó en la alfombra y el mueble entero se cayó encima de ella.

Yo ya conocía todos los pormenores de la historia. Me la había contado Mary Anne. Me la había contado incluso antes de que la señora Foley me preguntara dónde estaba Jane y me arañara el pecho.

—¡Qué horror! —dije.

—En fin, son cosas que pasan.

Se me revolvió el estómago por recurrir a ese engaño y se me cayó un tenedor al suelo.

La señora Montjoy lo recogió.

—Acuérdate de lavarlo otra vez.

Es extraño que yo no pusiera en duda mi derecho a hurgar, a irrumpir y sacar eso a la superficie. La razón debió de ser, en parte, que en el mundo del que yo procedía las cosas como esa nunca se enterraban para siempre, sino que se revivían de manera ritual, y tales horrores eran como una insignia que la gente exhibía —o exhibían, sobre todo, las mujeres— durante toda su vida.

También pudo ser porque, a la hora de exigir intimidad, o al menos algún tipo de

igualdad, incluso con una persona que no me inspiraba simpatía, yo nunca era capaz de desistir.

La crueldad era un rasgo que no podía reconocer en mí misma. A ese respecto, y en cualquier trato con esa familia, me consideraba libre de toda culpa. Todo porque yo era joven, y pobre, y sabía quién era Nausícaa. Carecía del refinamiento o la fortaleza para ser una criada.

El último domingo estuve sola en la caseta del embarcadero, haciendo la maleta que había traído, la misma maleta que mis padres habían llevado en el viaje de novios y la única que teníamos en casa. Cuando la saqué de debajo del camastro y la abrí, olía a mi casa, al armario al final del pasillo del piso de arriba, donde solía estar al lado de los abrigos con naftalina y el protector utilizado en otro tiempo en las camas de los niños. En cambio, cuando la sacabas en casa, siempre olía un poco a trenes y fuego de carbón y ciudades: a viajes.

Oí pasos en el sendero, un tropezón en la entrada de la caseta, un golpeteo en la pared. Era el señor Montjoy.

—¿Estás ahí? ¿Estás ahí arriba?

Habló con voz estentórea, jovial, la misma que le había oído otras veces cuando bebía. Y sin duda había estado bebiendo, ya que una vez más tenían gente de visita, celebrando el final del verano. Me acerqué a lo alto de la escalera. El señor Montjoy apoyaba una mano en la pared para mantener el equilibrio; acababa de pasar una lancha por el canal y las olas que levantó chocaron contra la caseta.

—Mira —dijo el señor Montjoy, alzando la vista hacia mí con semblante ceñudo de concentración—. Mira, he pensado que podía traérmelo y dártelo antes de que se me olvide. —Y añadió—: Este libro.

Sostenía *Siete cuentos góticos*.

—Porque aquel día te vi hojeándolo —comentó—. Me pareció que te interesaba. Así que ahora que lo he acabado, he pensado que bien podía pasártelo. Se me ha ocurrido pasártelo. He pensado que tal vez te gustaría.

—Gracias —dije.

—No creo que vuelva a leerlo, aunque lo he encontrado muy interesante. Muy poco común.

—Muchas gracias.

—No hay de qué. He pensado que te gustaría.

—Ya —dije.

—Bien, pues. Espero que así sea.

—Gracias.

—Bien, pues —repitió—. Adiós.

—Gracias. Adiós —dije.

¿Por qué nos decíamos adiós cuando los dos sabíamos que volveríamos a vernos antes de marcharnos de la isla, y antes de subirme al tren? Acaso significara que ese incidente, el hecho de que él me diera el libro, debía cerrarse y yo no debía contarle ni aludir a él. Cosa que no hice. O acaso se debiera sencillamente a que él estaba bebido y no cayó en la cuenta de que me vería más tarde. Bebido o no, ahora lo veo, apoyado contra la pared de la caseta, albergando las intenciones más puras. Veo a una persona que pudo considerarme digna de ese regalo. De ese libro.

Pero en ese momento no me sentí especialmente contenta, ni agradecida, pese a darle las gracias repetidas veces. Estaba atónita, y en cierto modo avergonzada. La idea de que un asomo de mí saliera a la luz, y fuera entendido realmente, activó una alarma, del mismo modo que el hecho de que no se fijaran en mí despertaba resentimiento. Y el señor Montjoy probablemente era la persona que menos me interesaba, cuyo respeto significaba menos para mí, entre todas las que había conocido ese verano.

Se fue de la caseta y oí sus ruidosas pisadas por el camino, regresando junto a su

esposa e invitados. Aparté la maleta y me senté en el camastro. Abrí el libro por cualquier página, como había hecho la primera vez, y empecé a leer.

Las paredes de la habitación en su día habían estado pintadas de carmesí, pero con el tiempo el color se había diluido en muy diversos tonos, como un jarrón de rosas marchitas... Un popurrí ardía en la alta estufa, a cuyos lados Neptuno, con un tridente, espoleaba su tiro de caballos entre las grandes olas...

Me olvidé del señor Montjoy casi de inmediato. Al momento tuve la convicción de que ese regalo siempre había sido mío.

Mi casa

Vuelvo a casa como he hecho varias veces en el último año, viajando en tres autobuses. El primer autobús es grande, rápido, cómodo, con aire acondicionado. Los pasajeros no se prestan mucha atención unos a otros. Contemplan el tráfico de la autovía, que el autobús sorteja con suprema facilidad.

Nos dirigimos hacia el oeste de la ciudad y luego hacia el norte, y después de cincuenta millas poco más o menos, llegamos a un próspero pueblo industrial y comercial. Aquí, junto con los pasajeros que van en mi misma dirección, hago transbordo a un autobús más pequeño. Ya está bastante lleno de gente cuyo viaje a casa comienza en este pueblo: granjeros ya demasiado viejos para conducir y esposas de granjeros de todas las edades; estudiantes de enfermería y estudiantes de ingeniería agrónoma que vuelven a sus casas a pasar el fin de semana; niños enviados de casa de sus padres a casa de sus abuelos. Esta es una zona con una numerosa población de colonos alemanes y holandeses, y algunos de los más ancianos hablan entre sí en una de esas dos lenguas. En esta etapa del viaje es posible que el autobús se detenga para entregar una cesta o un paquete a alguien que espera ante la verja de una granja.

El trayecto de treinta millas hasta el pueblo donde se hace el último transbordo lleva el mismo tiempo, o más, que las cincuenta millas desde la ciudad. Cuando llegamos a ese pueblo, los descendientes corpulentos y animosos de los alemanes, y los más recientes holandeses, se han apeado todos, ha anochecido y refrescado, las granjas se ven menos cuidadas y el terreno es más ondulado. Cruzo la calle con uno o dos supervivientes del primer autobús y dos o tres del segundo; aquí nos sonreímos, reconociendo una camaradería o incluso una afinidad que no habríamos percibido tan claramente en los lugares de los que partimos. Nos subimos al pequeño autobús que espera delante de la gasolinera. Aquí no hay estación de autobuses.

Este es un viejo autobús escolar, con asientos muy incómodos que no pueden ajustarse de ninguna manera, y ventanillas con marcos metálicos horizontales. Eso te obliga a repantigarte en el asiento o a sentarte muy erguida y estirar el cuello a fin de disfrutar de una vista sin obstáculos. A mí me resulta irritante, porque este es el paisaje que más deseo ver: los bosques otoñales cada vez más rojos y los campos de rastrojo secos y las vacas apiñadas bajo los aleros de los establos. Siempre pensé que escenas tan corrientes, en esta parte del país, son lo último que habría querido ver en la vida.

Y se me ocurre que es posible que así sea, y antes de lo que me esperaba, ya que el autobús circula a lo que parece una velocidad temeraria, con botes y bruscos virajes, a lo largo de las veinte millas restantes de carretera mal asfaltada.

Esta es una buena zona para los accidentes. Chicos demasiado jóvenes para tener el carnet de conducir acaban mal por ir a noventa millas por hora por caminos de grava con poca visibilidad. Conductores en plena celebración atraviesan ruidosamente los pueblos a altas horas de la noche con los faros apagados, y la mayoría de los adultos varones han sobrevivido, por lo visto, al menos a un choque frontal con un poste de teléfonos y una caída en una cuneta con vuelta de campana.

Puede que mi padre y mi madrastra me hablen de estas bajas cuando llegue a casa. Mi padre se limita a mencionar algún terrible accidente. Mi madrastra va más lejos. Decapitación, un volante hundido en el pecho, la cara de alguien hecha pulpa por los cristales de la botella de la que bebía.

—Qué imbéciles —digo con tono cortante.

No es solo que no siento la menor simpatía por quienes conducen a toda velocidad por caminos de grava o borrachos como cubas. Lo que pasa es que pienso que esta conversación, la ampliación y el regodeo de mi madrastra, puede violentar a mi padre. Más adelante comprenderé que seguramente no es así.

—Esa es la palabra que mejor los describe —conviene mi madrastra—. Imbéciles. Ellos son los únicos culpables.

Sentada con mi padre y mi madrastra —que se llama Irlma— a la mesa de la cocina, bebo *whisky*. Su perro, Buster, está tumbado a los pies de Irlma. Mi padre sirve *whisky* de centeno en tres vasos de zumo, tres cuartas partes de cada vaso, y luego añade agua hasta arriba. Cuando vivía mi madre, nunca hubo una botella de alcohol en esta casa, ni siquiera una botella de cerveza o vino. Antes de casarse, ella arrancó a mi padre la promesa de que nunca tomaría una copa. No fue porque hubiera sufrido las consecuencias de las borracheras de los hombres en su propia casa; era solo la promesa que por aquel entonces exigían muchas mujeres con sentido de la dignidad antes de entregarse a un hombre.

La mesa de madera de la cocina en la que comíamos siempre y las sillas donde nos sentábamos han sido trasladadas al establo. Las sillas no hacían juego. Eran muy viejas, y un par de ellas procedían supuestamente de lo que se llamaba la fábrica de sillas —no debía de ser más que un taller— de Sunshine, un pueblo que dejó de existir a finales del siglo XIX. Mi padre está dispuesto a venderlas por casi nada, o regalarlas si alguien las quiere. Nunca ha entendido la admiración por lo que él considera trastos viejos, y piensa que la gente que la profesa es pretenciosa. Irlma y él han comprado una mesa nueva con la superficie de plástico, que presenta un vago parecido con la madera y no se raya, y cuatro sillas con el asiento tapizado en plástico que tienen un estampado de flores amarillas y son, a decir verdad, mucho más cómodas que las viejas sillas de madera.

Ahora que vivo a solo cien millas, vengo más o menos cada dos meses. Antes, durante mucho tiempo, vivía a más de mil millas y pasaba años sin ver esta casa. Entonces pensaba en ella como un lugar que quizá nunca volvería a ver y su recuerdo me conmovía enormemente. Recorría sus habitaciones mentalmente. Todas esas habitaciones son pequeñas, y como suele ocurrir en las viejas granjas, no están concebidas para aprovechar el exterior, sino para, si es posible, olvidar su existencia. Puede que la gente no quisiera pasar su tiempo de descanso o resguardarse mirando los campos en los que habían trabajado, o la nieve amontonada que tendrían que quitar a paladas para dar de comer al ganado. Se consideraba que la gente que admiraba abiertamente la naturaleza —o que incluso llegaban al punto de usar esa palabra, «naturaleza»— estaba un poco mal de la cabeza.

En mi mente, cuando me encontraba lejos de allí, también veía el techo de la cocina, de tablas machihembradas, estrechas y manchadas de hollín, y el marco de la ventana roído por un perro que habían dejado encerrado allí antes de nacer yo. El papel de las paredes presentaba manchas pálidas por una gotera en la chimenea, y el linóleo había sido repintado por mi madre, mientras pudo, cada primavera. Lo pintaba de un color oscuro —marrón o verde o azul marino—, y luego, usando una esponja, añadía un dibujo, con motas de vivo color amarillo o rojo.

Ahora el techo queda oculto detrás de placas cuadradas blancas y un nuevo marco metálico ha sustituido el marco roído de madera de la ventana. El cristal de la ventana también es nuevo, y no aporta extrañas ondas o volutas a lo que puede verse a través de él. Y lo que se ve, de todos modos, no es el bosque de resplandor dorado que rara vez se despejaba y que abarcaba los dos cuarterones inferiores de la ventana, ni el vergel de manzanos roñosos y los dos perales que, al estar tan al norte, apenas daban fruto. Ahora hay solo un establo de pavos alargado y gris, sin ventanas, y un corral de pavos, para los que mi padre vendió una franja de tierra.

En las habitaciones delanteras han puesto papel pintado nuevo —un papel blanco con un dibujo rojo en relieve, alegre pero formal— y moqueta de color verde musgo. Y como tanto mi padre como Irlma se criaron y vivieron parte de su vida adulta en casas iluminadas con candiles, hay luz por todas partes: plafones y lámparas, largos tubos

deslumbrantes y bombillas de cien vatios.

Incluso el exterior de la casa, el ladrillo rojo cuya argamasa desmenuzada permitía el paso del viento del este, va a cubrirse con un revestimiento metálico blanco. Mi padre está pensando en colocarlo él mismo. Así que parece que esta casa peculiar —la parte de la cocina se construyó en la década de 1860— puede disolverse, en cierto modo, y perderse, dentro de una casa cómoda y corriente de nuestros tiempos.

No lamento esta pérdida como la habría lamentado en su día. Sí pienso que el ladrillo rojo tiene un color suave precioso, y que he oído de gente (gente de la ciudad) que paga un alto precio por esos ladrillos viejos, pero lo digo sobre todo porque creo que es lo que espera mi padre. A sus ojos, ahora soy una persona de ciudad, ¿y cuándo he tenido yo sentido práctico? (Ahora eso ya no se considera un defecto tan grave como antes, porque me he abierto camino, contra todo pronóstico, entre personas que probablemente tienen tan poco sentido práctico como yo). Y le complace volver a explicar lo del viento este y el coste del combustible y la dificultad de las reparaciones. Sé que todo lo que dice es verdad, y sé que la casa que se está perdiendo tampoco era una buena casa ni tenía encanto alguno. Era una casa de gente pobre, siempre lo fue, con la escalera que subía entre paredes, y dormitorios comunicados entre sí. Una casa donde se había vivido solo con lo indispensable durante más de cien años. Así que si Irlma y mi padre querían estar cómodos combinando sus pensiones de jubilación, lo que los hacía más ricos de lo que habían sido en toda su vida, si deseaban ser (usan esta palabra sin comillas, de una manera muy llana y positiva) «modernos», ¿quién soy yo para quejarme por la pérdida de unos cuantos ladrillos rosados, de una pared que se desmorona?

Pero también es cierto que mi padre quiere oír alguna objeción, alguna tontería de mi parte. Y me siento obligada a ocultarle el hecho de que la casa ya no significa tanto para mí como antes, y en realidad ahora no me importa qué cambios hace.

—Sé el cariño que le tienes a esta casa —me dice en un tono de disculpa pero con satisfacción.

Y yo no le digo que ya no sé si tengo cariño a ninguna casa, y que me parece que aquello por lo que sentía cariño era la persona que yo fui cuando vivía aquí: una persona que dejé atrás para siempre, y en buena hora.

Ahora no voy al salón, a hurgar en el banco del piano en busca de fotografías y partituras viejas. No voy a buscar mis viejos libros de texto del instituto, mi poesía en latín, *Maria Chapdelaine*. O los éxitos de ventas de algún año de la década de los cuarenta, cuando mi madre era socia del Club del Libro del Mes: un gran año para las novelas sobre las esposas de Enrique VIII, y para las escritoras de nombres compuestos, y para los ensayos sobre la Unión Soviética. No abro los «clásicos» encuadernados en tapa blanda con piel de imitación, comprados por mi madre antes de casarse, solo para ver su nombre de soltera escrito con la elegante y convencional letra de maestra en la guarda marmolada, después de la nota del editor: «Hombre, te acompañaré y seré tu guía, y cuando la necesidad te apremie a tu lado estaré».

Los recordatorios de mi madre en esta casa no son tan fáciles de encontrar, pese a que la dominó durante tanto tiempo con lo que nos parecían sus bochornosas ambiciones, y después con sus quejas igual de bochornosas aunque justificadas. La enfermedad que la aquejaba era tan poco conocida entonces, y de efectos tan extraños, que ciertamente parecía justo la clase de mal que ella habría sido capaz de inventar, por morbosa tozudez y una verdadera necesidad de atención, de ampliar las dimensiones de su vida. Una atención que su familia llegó a darle por fuerza, no del todo a regañadientes pero de una manera tan rutinaria que parecía —a veces lo era— fría, impaciente, desprovista de ternura. Para ella nunca era suficiente, nunca.

Los libros que había antes por la casa, debajo de las camas y encima de las mesas, habían sido acorralados por Irlma, perseguidos y encajonados en la librería del salón,

encerrados detrás de las puertas de cristal. Mi padre, leal a su esposa, cuenta que ya apenas lee, que está demasiado ocupado. (Aunque le gusta hojear el *Atlas histórico* que le mandé). A Irlma le desagrada ver leer a la gente porque no es una actividad sociable y, a fin de cuentas, ¿para qué sirve? Cree que la gente está mejor jugando a las cartas, o haciendo cosas. Los hombres pueden dedicarse a la carpintería, las mujeres a confeccionar edredones y tejer alfombras o hacer ganchillo o bordar. Siempre hay muchas cosas que hacer.

Contrariamente, Irlma concede un gran valor a la afición a escribir que mi padre ha desarrollado en la vejez. «Escribe muy bien excepto cuando se cansa demasiado —me dijo—. En cualquier caso, escribe mejor que tú».

Tardé un poco en caer en la cuenta de que se refería a mi caligrafía. Eso es lo que siempre había significado por aquí «escribir». La otra actividad se llamaba, o se llama, «inventar cosas». Para ella están unidas de alguna manera y no tiene nada que objetar. Ni a lo uno ni a lo otro.

«Así mantiene la cabeza activa», dice.

Jugar a las cartas, en su opinión, serviría para lo mismo. Pero no siempre tiene el tiempo para sentarse a eso durante el día.

Mi padre me habla acerca del revestimiento de la casa. «Necesito un trabajo así para volver a estar tan en forma como hace un par de años».

Hace unos quince meses tuvo un ataque al corazón muy grave.

Irlma saca tazas de café, una bandeja de galletas saladas, queso y mantequilla, bollos de salvado, pastas de levadura, pastel de fruta con glaseado hervido.

—No hay gran cosa —dice—. Con la edad, me estoy volviendo perezosa.

Digo que eso nunca ocurrirá, nunca se volverá perezosa.

—Incluso el pastel es de sobre, me avergüenza decir. La próxima vez será comprado.

—Está muy bueno —aseguro—. Algunos pasteles de sobre salen buenísimos.

—Eso es verdad —coincide Irlma.

Harry Crofton —que trabaja media jornada en el criadero de pavos donde antes trabajaba mi padre— pasa por casa a la hora de comer al día siguiente y, después de las necesarias y previsibles protestas, se deja convencer y se queda. Comemos a las doce. Hay filete redondo machacado y enharinado y guisado al horno, puré de patatas con salsa, chirivías cocidas, ensalada de col, pan tostado, galletas de pasas, compota de manzana silvestre, tarta de calabaza con un baño de malvavisco. También hay pan y mantequilla, varios adobos, café instantáneo, té.

Harry transmite el recado de que Joe Thoms, que vive en una caravana río arriba, sin teléfono, le agradecería a mi padre que se pasara por allí con un saco de patatas. Las pagaría, por supuesto. Vendría a buscarlas él mismo si pudiera, pero no puede.

—Sí, ya, seguro que no puede —dice Irlma.

Mi padre camufla la pulla aclarándome:

—Se ha quedado prácticamente ciego.

—Apenas encuentra el camino a la licorería —añade Harry.

Todos ríen.

—Encontraría el camino hasta allí por el olfato —dice Irlma. Y se repite, con regodeo, como tiene por costumbre—. Encontraría el camino por el olfato.

Irlma es una mujer fornida y rubicunda, con rizos teñidos de color caramelo, ojos castaños en los que aún brilla una chispa, una expresión de emotividad, de estar siempre al borde de la risa. O al borde de la impaciencia que da paso a la indignación. Le gusta hacer reír a la gente, y reírse ella. En otras ocasiones se planta en jarras y echa la cabeza al frente y deja caer algún comentario áspero, como con la esperanza de provocar una pelea. Relaciona esta conducta con su origen irlandés y el hecho de haber nacido a bordo de un tren.

«Soy irlandesa, ¿sabes? Soy una irlandesa de pura cepa. Y nací en un tren en marcha.

No pude esperar. En la línea del caballo coceador, ¿qué te parece? Si naces a lomos de un caballo coceador, sabes valerte por ti misma, y eso es un hecho». A continuación, tanto si sus interlocutores le siguen la corriente en su respuesta como si se encogen en un silencio de desconcierto, ella lanza una risa de desaffío.

—¿Joe vive aún con esa Peggy? —pregunta a Harry.

Yo no sé quién es Peggy, así que lo pregunto.

—¿No conoces a Peggy? —dice Harry con tono de reproche. Y a Irlma—: Claro que sí. Harry trabajaba para nosotros cuando yo era pequeña y mi padre tenía el criadero de zorros. Me daba palos de regaliz, que sacaba de entre la pelusa de las profundidades de sus bolsillos, e intentaba enseñarme a conducir el camión y me hacía cosquillas hasta el elástico de las bragas.

—¿A Peggy Goring? —insiste Harry—. ¿La que vivía con sus hermanos al lado de la vía a este lado de Canada Packers, la central cárnica? Medio india. Hugh y Bud Goring. ¿Y Hugh, el que trabajaba en la lechería?

—Bud era el vigilante del ayuntamiento —interviene mi padre.

—¿Te acuerdas ahora? —pregunta Irlma con cierta aspereza.

Aquí el olvido de nombres y hechos locales puede considerarse intencionado, grosero. Contesto que sí, aunque no es verdad.

—Hugh se marchó y no volvió nunca más —cuenta Irlma—. Bud cerró la casa. Solo ocupa la habitación del fondo. Ahora recibe una pensión pero, como es tan avaro, no quiere calentar toda la casa.

—Se ha vuelto un poco raro —dice mi padre—. Como todos nosotros.

—¿Y Peggy? —pregunta Harry, que conoce y siempre ha conocido todas las anécdotas, los rumores, las desgracias y posibles paternidades en muchas millas a la redonda—. Peggy andaba con Joe. Hace años. Pero de pronto se marchó y se casó con otro y se quedó a vivir en el norte. Al cabo de un tiempo, Joe se fue también allí, y vivía con ella pero tuvieron una pelea de aúpa y él se marchó al oeste.

Se ríe como siempre ha hecho, calladamente, con una gran sorna íntima que parece hallarse dentro de él y asomar en forma de estremecimiento en el pecho y los hombros.

—Así les iban las cosas —dice Irlma—. Así se llevaban.

—Entonces Peggy se fue al oeste detrás de él —prosigue Harry—, y acabaron viviendo juntos allí y, por lo que se ve, él la molía a palos cada dos por tres, hasta que al final ella cogió el tren y volvió aquí. Antes de coger el tren, él le arreó tal paliza que pensaron que tendrían que parar y llevarla al hospital.

—Ya me gustaría a mí ver al hombre capaz de ponerme la mano encima —dice Irlma—. Ya me gustaría a mí verlo, ya.

—Sí, claro —prosigue Harry—. Pero ella debió de conseguir dinero o quizá obligó a Bud a pagarle una parte de la casa, porque se compró la caravana. Tal vez pensó que viajaría. Pero Joe volvió a aparecer e instalaron la caravana junto al río y cogieron y se casaron. Su otro marido debió de morir.

—Eso de que están casados lo dicen ellos —matiza Irlma.

—No lo sé —dice Harry—. Cuentan que todavía le arrea de lo lindo cuando le da la vena.

—Si a mí alguien me pone la mano encima —repite Irlma—, se la devuelvo. Se la devuelvo donde más duele.

—Calma, calma —interviene mi padre con fingida consternación.

—El hecho de que ella sea medio india puede que tenga algo que ver —continúa Harry—. Dicen que los indios sacuden a sus mujeres de vez en cuando, y así ellas los quieren más.

—Bah —me siento obligada a decir—, esas son las cosas que la gente anda diciendo de los indios.

E Irlma, con el olfato siempre alerta a la prepotencia o la superioridad, señala que hay

mucho de cierto en lo que dice la gente de los indios, eso tenlo por seguro.

—Bueno, esta conversación es demasiado estimulante para un viejo como yo —dice mi padre—. Creo que me voy a tumbar un rato.

—No está bien —dice Irlma tras oír los lentos pasos de mi padre escalera arriba—. Desde hace un par de días, se encuentra mal.

—¿Ah, sí? —digo, sintiéndome culpable por no haberme dado cuenta.

Yo lo he visto como siempre lo veo desde que mis visitas nos juntan a Irlma y a mí: solo un poco tembloroso y aprensivo, como si tuviera que mantenerse en guardia, como si la necesidad de dar explicaciones y defendernos a una de la otra le exigiera cierta energía.

—No se encuentra bien —insiste Irlma—. Lo noto.

Se vuelve hacia Harry, que se ha puesto la chaqueta.

—Dime una cosa antes de salir por esa puerta —dice ella, interponiéndose entre la puerta y él para cortarle el paso—. Dime, ¿cuánta cuerda hace falta para atar a una mujer?

Harry finge pensárselo.

—¿Sería una mujer grande o una mujer pequeña?

—Una mujer de cualquier tamaño.

—Pues no sabría decirte. No, no lo sé.

—Dos bolas y seis pulgadas —exclama Irlma, y nos llega un borboteo lejano, surgido del subterráneo deleite de Harry.

—Irlma, eres una fiera.

—Lo soy. Soy una fiera vieja. Lo soy.

Acompaño a mi padre en el coche a llevar las patatas a Joe Thoms.

—¿No te encuentras bien?

—No estoy en mi mejor momento.

—¿Y qué te pasa exactamente?

—No lo sé. No puedo dormir. No me extrañaría que hubiese pillado una gripe.

—¿Llamarás al médico?

—Si no mejoro, lo llamaré. Llamarlo ahora sería hacerle perder el tiempo.

Joe Thoms, unos diez años mayor que yo, es un hombre alarmantemente frágil y vacilante, de brazos largos y fibrosos, rostro atractivo, estropeado, sin afeitarse, ojos grises apagados. No me explico cómo es capaz de pegar a nadie. Se acerca a tuestas a recibirnos y, tras coger el saco de patatas, nos invita con insistencia a entrar en la caravana llena de humo.

—Pienso pagártelas —dice—. Dime cuánto es.

—Venga, venga —responde mi padre.

Delante de la cocina, una mujer enorme revuelve algo en una cazuela.

—Peggy, te presento a mi hija —dice mi padre—. No sé qué estás guisando, pero huele muy bien.

Ella no contesta.

—Es solo un conejo que nos regalaron —dice Joe Thoms—. Es inútil hablarle, con el oído de este lado no oye nada. Ella está sorda y yo ciego. ¿No es mala suerte? Es solo conejo, pero no nos importa comerlo. El conejo lleva una alimentación sana.

Ahora veo que la mujer no es en realidad tan enorme. La parte superior del brazo, hinchada como un bejín, no guarda proporción con el resto del cuerpo. La manga ha sido arrancada del vestido, dejando la sisa deshinchada, con las hebras colgando, y la gran hinchazón de la carne visible y reluciente en medio del humo y la penumbra de la caravana.

—El conejo puede quedar muy rico —comenta mi padre.

—Siento no ofrecerte un trago —dice Joe—. Pero no tenemos nada en casa. Ya no bebemos.

—Tampoco me apetece, para serte sincero.

—No hay nada en la casa desde que vamos al Tabernáculo. Los dos, Peggy y yo. ¿Sabías que ahora vamos allí?

—No, Joe. No lo sabía.

—Pues sí. Y es un consuelo para nosotros.

—Me parece bien.

—Ahora me doy cuenta de que he ido por el mal camino la mayor parte de mi vida. También Peggy se da cuenta.

—Ajá —dice mi padre.

—Me digo que es lógico que el Señor me haya castigado con la ceguera. Me ha castigado con la ceguera, pero yo veo su intención. Veo la intención del Señor. Aquí no hay una sola gota de alcohol desde el fin de semana del primero de julio. Esa fue la última vez. El primero de julio.

Acerca la cara a la de mi padre.

—¿Y tú ves la intención del Señor?

—En fin, Joe... —dice mi padre con un suspiro—. Para mí, Joe, todo eso no son más que paparruchas.

Su respuesta me sorprende, porque habitualmente mi padre es un hombre de una gran diplomacia, de amables evasivas. Siempre me ha hablado, casi en tono de advertencia, de la necesidad de «avenirse», de no irritar a la gente.

Joe Thoms se sorprende aún más que yo.

—No hablas en serio. Lo dices por decir. No sabes lo que dices.

—Lo sé muy bien.

—Pues deberías leer la Biblia. Deberías ver lo que dice la Biblia.

Mi padre se da una palmada en las rodillas en un gesto de nerviosismo e impaciencia.

—Una persona puede estar de acuerdo o no con la Biblia, Joe. La Biblia no es más que un libro como cualquier otro.

—Decir eso es pecado. El Señor escribió la Biblia y Él planeó y creó el mundo y a todos los que aquí estamos.

Otra palmada.

—No sé qué decirte, Joe. No sé. En cuanto a lo de planear el mundo, ¿quién sabe si se planeó siquiera?

—Y entonces, ¿quién lo creó?

—No tengo respuesta a eso. Y me trae sin cuidado.

Veo que la expresión de mi padre no es la de costumbre, que no es agradable (que ha sido la más habitual en él) y tampoco malhumorada. Es una cara de obstinación, pero no desafiante, sino sencillamente abstraída en un hastío inflexible. Algo se ha cerrado en él, se ha parado en seco.

De camino al hospital, conduce él mismo. Yo voy sentada a su lado con una lata limpia en las rodillas, lista para tendérsela por si tiene que detenerse en el arcén y vomitar otra vez. Ha estado en vela toda la noche, arrojando con frecuencia. Entremedias se sentaba a la mesa de la cocina a hojear el *Atlas histórico*. Él, que rara vez ha salido de la provincia de Ontario, conoce los ríos de Asia y las antiguas fronteras de Oriente Próximo. Sabe dónde está la fosa marina más profunda en el lecho oceánico. Conoce la ruta de Alejandro Magno, y la de Napoleón, y sabe que los jázaros tenían su capital en la desembocadura del Volga en el mar Caspio.

Dijo que tenía un dolor en los hombros, en la espalda. Y lo que llamó su viejo enemigo, el dolor de vientre.

A eso de las ocho, subió a su habitación para intentar dormir, e Irlma y yo pasamos la mañana charlando y fumando en la cocina, con la esperanza de que él hubiera conciliado el sueño.

Irlma recordó el efecto que ella solía causar en los hombres. Empezó pronto. Un

hombre intentó seducirla cuando ella miraba un desfile, con solo nueve años. Y un día, durante la etapa inicial de su primer matrimonio, iba por una calle de Toronto, buscando un sitio del que había oído hablar, que vendía recambios de aspiradora, y un absoluto desconocido le dijo: «Si me permite un consejo, señorita, no se pasee por la ciudad con una sonrisa así en la cara. La gente podría malinterpretarla».

—Yo no sabía cómo sonreía. No pretendía nada malo. Siempre he preferido sonreír a arrugar la frente. Me quedé de una pieza. «No se pasee por la ciudad con una sonrisa así en la cara». —Se reclina en la silla, abre los brazos en un gesto de impotencia, se ríe—. Era un bombón. Y yo ni lo sabía.

Me cuenta lo que mi padre ha dicho de ella. Ha dicho que ojalá hubiera sido siempre ella su mujer, y no mi madre.

—Eso dijo. Dijo que yo era la mujer ideal para él. Que tenía que haberme encontrado a mí la primera vez. Y es verdad —dice.

Cuando mi padre bajó, dijo que se sentía mejor, que había dormido un poco y el dolor se le había pasado, o al menos tenía la sensación de que se le estaba pasando. Podía intentar comer algo. Irlma le ofreció un bocadillo, huevos revueltos, compota de manzana, té. Mi padre probó a tomar una taza de té, y luego vomitó y siguió vomitando bilis.

Pero antes de ir al hospital, tuvo que llevarme al establo y enseñarme dónde estaba el heno, cómo echárselo a las ovejas. Irlma y él tienen unas dos docenas de ovejas. No sé por qué. Dudo que el dinero que obtienen con las ovejas compense el trabajo que les dan. Quizá sea solo porque la presencia de animales en casa les resulta reconfortante. Tienen a Buster, claro, pero no es exactamente un animal de granja. Las ovejas generan tareas, trabajo de granja que hacer, la clase de trabajo que han conocido durante toda su vida.

Las ovejas aún están pastando, pero la hierba que encuentran ha perdido parte de su valor nutritivo —ha habido un par de heladas—, así que también hay que darles heno.

En el coche voy sentada a su lado sosteniendo la lata y recorreremos lentamente el camino de costumbre al hospital: Spencer Street, Church Street, Wexford Street, Ladysmith Street. El pueblo, a diferencia de la casa, sigue casi igual que siempre: nadie está reformándolo ni cambiándolo. Sin embargo, para mí sí ha cambiado. He escrito sobre él y lo he agotado. Aquí están poco más o menos los mismos bancos y ferreterías y tiendas de alimentación, y la barbería y la torre del ayuntamiento, pero para mí todos sus mensajes secretos, pródigos, se han consumido.

No para mi padre. Él ha vivido aquí y solo aquí. No ha escapado, de las cosas dándoles el mismo uso que yo.

Cuando ingreso a mi padre en el hospital, ocurren dos cosas un tanto extrañas. Me preguntan su edad, y yo contesto de inmediato: «Cincuenta y dos», que es la edad del hombre del que estoy enamorada. Luego me echo a reír y me disculpo y corro hasta la cama de la sala de urgencias donde está acostado y le pregunto si tiene setenta y dos o setenta y tres años. Me mira como si la pregunta lo desconcertara también a él. «Perdón, ¿cómo dices?», responde de una manera formal, para ganar tiempo, y luego consigue contestar: setenta y dos. Le tiembla un poco todo el cuerpo, pero el mentón le tiembla claramente, tal como le pasaba a mi madre. En el breve espacio de tiempo desde su ingreso en el hospital ha experimentado una especie de renuncia. Él ya lo veía venir, naturalmente, y por eso lo retrasaba. Se acerca la enfermera para tomarle la presión y él intenta arremangarse pero no puede: tiene que hacerlo ella por él.

—Usted puede sentarse fuera en la sala —me indica la enfermera—. Allí estará más cómoda.

La segunda cosa extraña: resulta que el doctor Parakulam, el médico de mi padre —conocido en el pueblo como el doctor Hin-Dú—, es el médico de guardia. Llega poco después y oigo que mi padre hace un esfuerzo por saludarlo con tono afable. Oigo

cómo corren las cortinas alrededor de la cama. Después del reconocimiento, el doctor Parakulam sale y habla con la enfermera, que ahora está ocupada en el mostrador de la sala donde yo espero.

—De acuerdo. Ingrésele. Arriba.

Se sienta frente a mí mientras la enfermera llama por teléfono.

—¿Ah, no? —dice ella por el auricular—. Pues él lo quiere ahí arriba. No. De acuerdo. Se lo diré.

—Dicen que tendrá que ir a la Tres-C. No hay camas.

—No lo quiero con los crónicos —dice el médico. Tal vez le habla con un tono más autoritario, más ofendido, del que emplearía un médico natural de este país—. Lo quiero en intensivos. Lo quiero arriba.

—Pues en ese caso quizá debería hablar usted con ellos —sugiere la enfermera—. ¿Quiere hablar con ellos?

Es una mujer alta y delgada, con cierto aire de marimacho de mediana edad, alegre y estridente. Con él, emplea un tono menos discreto, menos correcto y deferente del que cabría esperar en una enfermera para con un médico. Acaso él sea un médico que no sabe ganarse el respeto. O acaso se deba solo a que las mujeres de campo y de pueblos pequeños, generalmente de opiniones conservadoras, acostumbran a ser marimandonas y no se dejan intimidar.

El doctor Parakulam coge el auricular.

—No lo quiero con los crónicos. Lo quiero arriba. Vale, pero ¿no pueden...? Sí, lo sé. Pero ¿no pueden? Es un caso... Lo sé. Pero quiero decir que... Sí. Sí, de acuerdo. De acuerdo. Lo entiendo.

—Llévelo a la Tres —le dice a la enfermera, después de colgar.

Ella coge el teléfono para ordenar el traslado.

—Pero usted lo quiere en cuidados intensivos —digo, pensando que tiene que existir una manera de que prevalezcan las necesidades de mi padre.

—Sí. Lo quiero allí, pero no puedo hacer nada al respecto.

El médico me mira a los ojos por primera vez, y quizá ahora soy yo su enemigo, y no la persona al otro lado de la línea. Es un hombre bajo, moreno, elegante, de ojos grandes y vidriosos.

—He hecho lo que he podido —dice—. ¿Qué más cree que puedo hacer? ¿Qué es un médico? Hoy en día un médico ya no es nada.

No sé quién cree que tiene la culpa —las enfermeras, el hospital, el gobierno—, pero no estoy acostumbrada a ver a médicos estallar así y lo último que quiero de él es una confesión de impotencia. Me parece un mal augurio para mi padre.

—Yo no lo culpo a usted... —digo.

—Muy bien, pues. No me culpe.

La enfermera ha acabado de hablar por teléfono. Me dice que tendré que ir a Ingresos y rellenar unos formularios.

—¿Tiene su cartilla? —pregunta, y al médico—: Traen a alguien que ha tenido un accidente de coche en la carretera de Lucknow. Por lo que he podido deducir, no es muy grave.

—De acuerdo. De acuerdo.

—Hoy está usted de suerte.

Han puesto a mi padre en una habitación de cuatro camas. Una cama está vacía. En la cama contigua, al lado de la ventana, hay un anciano que tiene que permanecer en posición horizontal, boca arriba, y recibir oxígeno, pero puede entablar conversación. Durante los dos últimos años, dice, lo han operado nueve veces. Ha pasado casi todo el año anterior en el Hospital de Veteranos de la ciudad.

«Me sacaron todo lo que podían sacarme y luego me atracaron de píldoras y me mandaron a morir a casa». Lo dice como si fuese una ocurrencia que ha contado con

éxito muchas veces.

Tiene una radio, sintonizada en una emisora de rock. Tal vez es la única que ha encontrado. O tal vez le gusta.

Enfrente de mi padre está la cama de otro anciano, a quien han levantado y colocado en una silla de ruedas. Tiene el pelo blanco, cortado al cepillo, todavía espeso, y la cabeza grande y el cuerpo frágil de un niño enfermizo. Lleva un camisón de hospital corto y está sentado en la silla de ruedas con las piernas separadas, mostrando un nido de huevos resecos y parduzcos. Hay una bandeja cruzada en la parte delantera de su silla, como la bandeja de una sillita de niño. Le han dado un paño con el que jugar. Lo enrolla y lo golpea tres veces con el puño. Luego lo desenrolla y lo vuelve a enrollar, cuidadosamente, y lo golpea de nuevo. Siempre lo golpea tres veces, una vez en cada extremo y otra en medio. El procedimiento continúa y el ritmo no varía.

—Dave Ellers —susurra mi padre.

—¿Lo conoces?

—Sí, claro. Es un viejo ferroviario.

El viejo ferroviario nos lanza una breve mirada, sin interrumpir su rutina.

—Ja —dice con tono de advertencia.

—Ha ido cuesta abajo —explica mi padre, en apariencia sin ironía.

—Pues tú eres el hombre más apuesto de la habitación —digo—. Y también el mejor vestido.

Entonces sí sonrío, débilmente y por cumplir. Le han dejado ponerse el pijama de rayas de color granate y gris que Irlma sacó de su paquete para él. Un regalo de Navidad.

—¿Te parece que tengo un poco de fiebre?

Le toco la frente, que le arde.

—Quizá un poco. Ya te darán algo. —Me inclino y susurro—: Creo que también les llevas ventaja en lo intelectual.

—¿Cómo? —pregunta. Mira alrededor—. Puede que no la conserve mucho tiempo.

En el mismo momento en que lo dice, me lanza la mirada de impotencia y desesperación que hoy he aprendido a interpretar, y cojo la palangana, colocada en el soporte al lado de la cama, y se la sostengo.

Mientras mi padre sufre arcadas, el hombre de las nueve operaciones sube el volumen de la radio.

Sitting on the ceiling

Looking upside down

Watching all the people

Goin' roun' and roun'

Regreso a casa y ceno con Irlma. Volveré al hospital después de la cena. Irlma irá mañana. Mi padre ha dicho que era mejor que ella no fuese esta noche.

—Espera a que me tengan bajo control —dijo él—. No quiero asustarla.

—Buster anda por ahí suelto —dice Irlma—. No responde a mis llamadas. Y si no viene cuando lo llamo yo, no vendrá lo llame quien lo llame.

En realidad Buster es el perro de Irlma. Es el perro que trajo cuando se casó con mi padre. Medio pastor alemán, medio collie, está muy viejo, huele mal y en general se lo ve alicaído. Irlma tiene razón: solo confía en ella.

Durante la comida se levanta a intervalos y lo llama desde la puerta de la cocina.

—Buster, ven. Buster, Buster, ven a casa.

—¿Quieres que vaya a llamarlo?

—Sería inútil. No te haría caso.

Tengo la impresión de que habla con voz más débil y con mayor desánimo cuando llama a Buster de lo que se permite cuando se dirige a otra persona. Lo llama con un silbido, tan fuerte como puede, pero también es un silbido sin vigor.

—Te apuesto a que sé adónde ha ido —dice—. Ha bajado al río.

Estoy pensando que, diga lo que diga, tendré que calzarme las botas de goma de mi padre e ir a buscarlo. Luego, ante ruidos que yo no oigo, Irlma levanta la cabeza y corre hasta la puerta y llama:

—Ven, Buster, guapo. Allí está. Allí está. Ven aquí. Vamos, Buster. Muy bien, guapetón.

»¿Dónde te habías metido? —pregunta, agachándose y abrazándolo—. ¿Dónde te habías metido, viejo sinvergüenza? Ya lo sé. Ya lo sé. Has ido a remojarte en el río.

Buster huele a podredumbre y a plantas de río. Se tumba en la alfombra entre el sofá y el televisor.

—Vuelve a tener su problema intestinal, eso es. Por eso se ha metido en el agua. Como le quema y le quema, se va al agua para buscar alivio. Pero no consigue alivio de verdad hasta que lo expulsa. Claro que no —dice, abrazándolo con la toalla que emplea para secarlo—. Pobrecito.

Me explica, como ha hecho otras veces, la causa del problema intestinal de Buster: hurga en el criadero de pavos y se come todo lo que encuentra.

—Carne de pavo muerto. Con plumas y todo. Se las traga y no las puede digerir ya como las digeriría un perro más joven. No puede con ellas. Se le amontonan en los intestinos y se le atascan, y, como no puede expulsarlas, sufre horrores. Escúchalo.

Y Buster, en efecto, gruñe y gime. Se levanta. Gruñidos.

—Estará toda la noche así, tal vez. No lo sé. Tal vez no consiga expulsarlo. Eso es lo que me da miedo. Si lo llevo al veterinario, sé que no servirá de nada. Se limitará a decirme que está demasiado viejo y querrá sacrificarlo.

Gruñidos.

—¿Es que nadie va a venir a acostarme? —dice el señor Ellers, el ferroviario.

Está en la cama, recostado. Habla con voz ronca y fuerte, pero no despierta a mi padre.

A mi padre le tiemblan los párpados. Como le han quitado la dentadura postiza, la boca se le hunde en las comisuras, los labios casi han desaparecido. En su cara dormida asoma la decepción más inalterable.

—Basta ya de armar jaleo ahí fuera, callaos —dice el señor Ellers al pasillo en silencio—. Callaos si no queréis que os ponga una multa de ciento ochenta dólares.

—Cállate tú, viejo chiflado —dice el hombre de la radio, y sube el volumen.

—Ciento ochenta dólares.

Mi padre abre los ojos, intenta incorporarse, se desploma, y me dice con un tono un tanto apremiante:

—¿Cómo podemos decir que el producto final es el hombre?

Get yo' hans outa my pocket...

—La evolución —dice mi padre—. Es posible que eso lo hayamos entendido mal. Que esté pasando algo de lo que no sabemos absolutamente nada.

Le toco la cabeza. Está tan caliente como siempre.

—¿Tú qué opinas?

—No lo sé, papá.

Porque no pienso, no pienso en cosas así. Lo hice en su día, pero ya no. Ahora pienso en mi trabajo, y en los hombres.

Se le agota ya la energía para conversar.

—Puede que esté por venir... una nueva edad de las tinieblas.

—¿Tú crees?

—Irlma nos lleva ventaja a ti y a mí.

Su voz me suena afectuosa, aunque atribulada. Luego sonrío débilmente. La palabra que creo que dice es... «maravilla».

—Buster ya lo ha superado —anuncia Irlma a modo de saludo cuando llego a casa.

Por su cara se ha propagado un resplandor de alivio y triunfo.

—Vaya. Estupendo.

—Nada más irte tú al hospital, se ha puesto manos a la obra. Enseguida te traigo un café.

Enchufa el hervidor. En la mesa ha servido unos sándwiches de jamón, encurtidos con mostaza, queso, galletas, miel clara y oscura. Solo hace un par de horas que hemos cenado.

—Ha empezado a gruñir y a dar vueltas y a estar incómodo en la alfombra. Se lo veía como loco del sufrimiento, y yo no podía hacer nada. De pronto, a eso de las siete y cuarto, he oído el cambio. Lo distingo por el ruido que hace cuando ha conseguido desplazarlo a una posición mejor para apretar. Queda un poco de tarta, no nos la hemos acabado, ¿prefieres la tarta?

—No gracias, con esto es suficiente.

Cojo un sándwich de jamón.

—Así que he abierto la puerta y he intentado convencerlo para que saliera y lo echara.

El hervidor silba. Vierte el agua en mi café instantáneo.

—Espera un momento, te traeré un poco de nata auténtica... Pero ya era tarde. Lo ha echado justo ahí, en la alfombra. Un cagarro así de grande. —Me muestra los dos puños apretados y juntos—. Y duro como mala cosa. Tendrías que haberlo visto. Como una piedra.

»Y tenía razón —añade—. Estaba lleno de plumas a más no poder.

Revuelvo el café marrón.

—Y después, zuuum, afuera la parte blanda. Has reventado la presa, eh. —Se lo dice a Buster, que ha levantado la cabeza—. Has atufado la casa de lo lindo, eh. Pero casi todo ha ido a parar a la alfombra, así que la he sacado y la he limpiado con la manguera —dice, volviéndose hacia mí—. Luego he cogido el jabón y el cepillo, y al acabar, otro buen manguerazo. Después he fregado el suelo con lejía y he dejado la puerta abierta. Aquí ya no huele, ¿verdad?

—No.

—No sabes cómo me he alegrado al ver su alivio. Pobrecito. Si fuera humano, tendría noventa y cuatro años.

En la primera visita que hice a mi padre e Irma después de romper mi matrimonio y marcharme al este, dormí en la habitación que antes era la de mis padres. (Mi padre e Irma ahora duermen en la que antes era la mía). Soñé que acababa de entrar en la habitación donde dormía realmente y encontraba a mi madre de rodillas. Estaba pintando el zócalo de color amarillo. «¿Es que no sabes —decía— que Irma va a pintar esta habitación de azul y blanco?». «Sí, lo sé —respondía mi madre—, pero he pensado que si me daba prisa y lo hacía, ella lo dejaría estar, no se tomaría la molestia de volver a pintar encima. Pero tendrás que ayudarme —decía—. Tendrás que ayudarme a pintar, porque tengo que hacerlo mientras duerme».

Y era muy propio de ella, en los viejos tiempos: empezaba algo en un gran arranque de energía y luego, por un repentino ataque de fatiga e impotencia, reclutaba a todo el mundo para ayudarla.

«Estoy muerta, ¿sabes? —decía a modo de explicación—. Así que tengo que hacerlo mientras duerme».

«Irma nos lleva ventaja a ti y a mí».

¿A qué se refería mi padre con eso?

¿A que ella solo sabe las cosas que le son útiles, pero las sabe muy bien? ¿A que se puede contar con que cogerá lo que necesite, casi en cualquier circunstancia? Como es una persona que no pone en duda sus necesidades, no pone en duda que tiene la razón en todo lo que siente, dice o hace.

Al describirla a una amiga, dije: «Es una persona que le quitaría las botas a un muerto en la calle. —Y luego, naturalmente, añadí—: ¿Qué tiene eso de malo?».

«... maravilla».

«Irlma es una maravilla».

Ocurrió algo de lo que me avergüenzo. Cuando Irlma me contó eso de que mi padre, según él mismo, lamentaba no haber vivido siempre con ella, que la prefería a mi madre, yo le contesté con un tono frío y sensato —ese tono educado que por sí mismo tiene la capacidad de herir— que no me cabía duda que él lo hubiera dicho. (Y así es. Mi padre y yo compartimos la costumbre —no muy digna de elogio— de decirle a la gente más o menos lo que creemos que le gustaría oír). Dije que no me cabía duda que él lo hubiera dicho, pero añadí que, en mi opinión, ella había tenido poco tacto al contármelo. «Poco tacto», sí. Esas fueron las palabras que empleé.

Irlma se sorprendió de que alguien pretendiera aguarle la fiesta de esa manera, con lo ufana, lo exultante, que ella se sentía. Dijo que si había algo que no soportaba era a la gente que la malinterpretaba, a la gente susceptible. Y se le humedecieron los ojos. Pero en ese instante bajó mi padre, y ella olvidó su propio agravio —o al menos lo olvidó temporalmente— en su preocupación por cuidar de él, por darle algo de comer.

¿En su preocupación? En su amor, podría decir. Su expresión se suavizó por completo, se volvió tierna, rebosante de amor, y su piel adquirió un color rosado.

Hablo con el doctor Parakulam por teléfono.

—¿Por qué cree que le ha subido tanto la fiebre?

—Tiene una infección en algún sitio.

«Obviamente», es lo que no dice.

—¿Toma...? Bueno, supongo que toma antibióticos para eso.

—Toma de todo.

Un silencio.

—¿Y la infección dónde cree que...?

—Hoy he pedido unas pruebas. Análisis de sangre. Otro electrocardiograma.

—¿Cree que es el corazón?

—Sí, creo que fundamentalmente es eso. Ese es el problema principal. El corazón.

El lunes por la tarde Irlma va al hospital. Iba a llevarla yo —ella no conduce—, pero ha aparecido Harry Crofton en su camión y ha decidido ir con él, para que yo pueda quedarme en la granja. Tanto mi padre como ella se ponen nerviosos cuando «no hay nadie en casa».

Salgo al establo. Bajo una bala de heno y corto el cordel y separo el heno y lo extiendo. Cuando vengo aquí, suelo quedarme desde el viernes por la noche hasta el domingo por la noche, no más, y ahora que he prolongado mi estancia a la semana siguiente, tengo la impresión de que algo en mi vida ha escapado a mi control. Ya no estoy tan segura de que sea solo una visita. Ya no me siento tan conectada con los autobuses que van de un lugar a otro.

Llevo unas sandalias abiertas, unas sandalias baratas de piel de búfalo. Muchas mujeres que conozco usan este tipo de calzado, y se lo considera indicio de cierta preferencia por la vida rústica, cierta fe en lo que es simple y natural. No es práctico cuando se hace la clase de trabajo que estoy haciendo yo ahora. Pedazos de heno y cagarrutas de oveja, que parecen grandes pasas negras, se me meten, aplastadas, entre los dedos.

Las ovejas se apiñan alrededor. Desde que las esquilan en verano, ha vuelto a crecerles la lana, pero aún no la tienen muy larga. Justo después del esquila, de lejos presentan un asombroso parecido con las cabras, y ni siquiera entonces se las ve suaves y pesadas. Les sobresalen los huesos de la cadera, tienen las frentes protuberantes. Les hablo un tanto cohibida mientras extiendo el heno. Echo avena en el largo pesebre.

Conozco a gente que piensa que este es un trabajo reparador y que posee una dignidad característica, pero yo lo conozco desde que nací y tengo una opinión distinta.

El tiempo y el espacio pueden estrecharse en torno a mí; es muy fácil que me asalte la sensación de que nunca me he marchado, de que me he quedado aquí toda la vida. Como si mi vida adulta fuera una especie de sueño que nunca se hizo realidad. No me veo como Harry e Irlma, quienes en cierto modo han florecido en esta vida, ni como mi padre, que se ha acomodado a ella, sino más bien como uno de esos inadaptados, cautivos —casi inútiles, célibes, oxidados—, que deberían haberse ido pero no lo hicieron, no pudieron, y ahora no encajan en ningún lugar. Estoy pensando en un hombre que dejó morir sus vacas de hambre un invierno después de la muerte de su madre, no porque lo paralizase el dolor, sino porque no podía tomarse la molestia de salir al establo a darles de comer, ni había nadie para recordarle que debía hacerlo. Eso es algo que puedo creer, que puedo imaginar. Me veo a mí misma como una hija de mediana edad que cumplió su deber, se quedó en casa, pensando que algún día llegaría su oportunidad, hasta que despertó y supo que nunca llegaría. Ahora lee toda la noche y no atiende la puerta y, en un esquivo estado de trance, sale a esparcir el heno para las ovejas.

Cuando estoy acabando con las ovejas, la sobrina de Irlma, Connie, entra en coche en el corral. Ha pasado a recoger a su hijo menor por el instituto y viene a ver cómo va todo.

Connie es una viuda con dos hijos y una granja poco rentable a unas millas de distancia. Trabaja como auxiliar de enfermera en el hospital. Además de ser la sobrina de Irlma, es mi prima segunda; según creo, mi padre conoció a Irlma a través de ella. Tiene los ojos castaños y brillantes, como los de Irlma, pero su mirada es más reflexiva, menos exigente. Tiene un cuerpo capaz, la piel seca, los brazos duros y musculosos, el pelo oscuro corto y canoso. Se percibe un encanto intermitente en su voz y su expresión y todavía se mueve como una buena bailarina. Se pinta los labios y se maquilla los ojos antes de ir a trabajar, y de nuevo al final de la jornada; rebosante de lo que podría describirse inadecuadamente como ánimo o buen humor o bondad humana, aflora a la superficie de una vida que no le ha dado muchas posibilidades de elegir, en la que no ha abundado la suerte.

Manda a su hijo a cerrar la verja por mí —podría haberlo hecho yo— para evitar que las ovejas se vayan al campo de abajo.

Dice que ha pasado a ver a mi padre en el hospital y que hoy se lo ve mucho mejor: le ha bajado la fiebre y ha comido todo el almuerzo.

—Debes de tener ganas de seguir con tu vida —dice, como si eso fuera lo más natural del mundo y exactamente lo que ella querría hacer en mi lugar.

No puede saber nada de mi vida, que vivo sentada en una habitación, escribiendo, y salgo de vez en cuando a ver a una amiga o a un amante, pero si lo supiera, probablemente diría que tengo derecho a ello.

—Los chicos y yo podemos acercarnos y hacer lo que sea necesario para la tía Irlma. Uno puede quedarse con ella si no quiere estar sola. En cualquier caso, de momento podemos arreglarnos. Puedes ir telefoneando para ver cómo van las cosas. Podrías volver el fin de semana. ¿Qué te parece?

—¿Seguro que no habría inconveniente?

—No creo que sea una situación tan extrema —comenta—. Normalmente, pasas por unos cuantos sustos antes de..., ya sabes, antes de que baje el telón. O al menos, eso es lo más corriente.

Creo que puedo llegar aquí en poco tiempo si hace falta. Siempre está la posibilidad de alquilar un coche.

—Yo puedo pasar a verlo todos los días —dice—. Él y yo somos amigos, me habla. Ten la seguridad de que te tendré informada de todo. De cualquier cambio o lo que sea.

Y esa parece ser la manera en que vamos a organizarlo.

Recuerdo que una vez mi padre me dijo: «Ella me devolvió la fe en las mujeres».

La fe en el instinto de las mujeres, su instinto natural, algo cálido y activo y directo. Algo de lo que yo carezco, pensé, molesta. Pero ahora, hablando con Connie, entiendo mejor a qué se refería. Aunque no era de Connie de quien él hablaba. Era de Irlma.

Más tarde, cuando piense en todo esto, reconoceré que el mismo rincón del establo donde me hallaba para esparcir el heno, y donde me asaltó el principio del pánico, es el escenario del primer recuerdo claro de mi vida.

Hay en ese rincón una empinada escalera de madera que sube al pajar, y en la escena recuerdo que estoy sentada en el primer o segundo peldaño mirando a mi padre mientras ordeña la vaca blanca y negra. Sé qué año era: la vaca blanca y negra murió de neumonía en el peor invierno de mi infancia, que fue el de 1935. No es difícil recordar una pérdida tan cara.

Y como la vaca aún sigue viva y yo llevo ropa de abrigo, un chaquetón de lana y leotardos, y a la hora del ordeño ya está oscuro —hay un farolillo colgado de un clavo al lado del compartimento—, probablemente es finales de otoño o principios de invierno. Quizá fuera todavía 1934. Justo antes de que llegara lo más crudo de la estación.

El farolillo cuelga del clavo. La vaca blanca y negra parece increíblemente grande y claramente marcada, al menos en comparación con la vaca roja, o la vaca de un color rojo sucio, su superviviente, en el compartimento contiguo. Mi padre está sentado en el taburete de ordeñar, de tres patas, a la sombra de la vaca. Recuerdo bien el ritmo de los dos chorros de leche cayendo en el cubo, pero no tanto el sonido. ¿Algo duro y ligero, como el granizo? Fuera de la pequeña zona del establo iluminada por el farolillo están los pesebres llenos de heno enmarañado, el depósito de agua donde un gatito mío se ahogará unos años más tarde; las ventanas con telarañas, las herramientas grandes y brutales —guadañas y hachas y rastrillos— colgadas fuera de mi alcance. En el exterior, la oscuridad de la noche en el campo cuando pasaban pocos coches por nuestra carretera y las casas no tenían luz en el exterior.

Y el frío que incluso entonces debía de estar concentrándose, cobrando fuerza para convertirse en el frío de aquel extraordinario invierno que mató a todos los castaños y muchos árboles frutales.

Dimensiones

Doree tenía que coger tres autobuses, uno hasta Kincardine, donde esperaba el de London, donde volvía a esperar el autobús urbano que la llevaba a las instalaciones. Empezaba la excursión el domingo a las nueve de la mañana. Debido a los ratos de espera entre un autobús y otro eran casi las dos de la tarde cuando había recorrido las ciento y pocas millas. Sentarse en los autobuses o en las terminales no le importaba. Su trabajo cotidiano no era de los de estar sentada.

Era camarera del Blue Spruce Inn. Fregaba baños, hacía y deshacía camas, pasaba la aspiradora por las alfombras y limpiaba espejos. Le gustaba el trabajo, le mantenía la cabeza ocupada hasta cierto punto y acababa tan agotada que por la noche podía dormir. Rara vez se encontraba con un auténtico desastre, aunque algunas de las mujeres con las que trabajaba contaban historias de las que ponen los pelos de punta. Esas mujeres eran mayores que ella y pensaban que Doree debía intentar mejorar un poco. Le decían que debía prepararse para un trabajo cara al público mientras fuera joven y tuviera buena presencia. Pero ella se conformaba con lo que hacía. No quería tener que hablar con la gente.

Ninguna de las personas con las que trabajaba sabía qué había pasado. O, si lo sabían, no lo daban a entender. Su fotografía había aparecido en los periódicos, la foto que él había hecho, con ella y los tres niños: el recién nacido, Dimitri, en sus brazos, y Barbara Ann y Sasha a cada lado, mirándolo. Entonces tenía el pelo largo, castaño y ondulado, con rizo y color naturales, como le gustaba a él, y la cara con expresión dulce y tímida, que reflejaba menos cómo era ella que cómo quería verla él.

Desde entonces llevaba el pelo muy corto, teñido y alisado, y había adelgazado mucho. Y ahora la llamaban por su segundo nombre, Fleur. Además, el trabajo que le habían encontrado estaba en un pueblo bastante alejado de donde vivía antes.

Era la tercera vez que hacía la excursión. Las dos primeras, él se había negado a verla. Si se negaba otra vez, ella dejaría de intentarlo. Aunque aceptara verla, a lo mejor no volvería durante una temporada. No quería pasarse. En realidad, no sabía qué haría.

En el primer autobús no estaba muy preocupada; se limitaba a mirar el paisaje. Se había criado en la costa, donde existía lo que llamaban primavera, pero aquí el invierno daba paso casi sin solución de continuidad al verano. Un mes antes había nieve, y de repente hacía calor como para ir en manga corta. En el campo había charcos deslumbrantes, y la luz del sol se derramaba entre las ramas desnudas.

En el segundo autobús empezó a ponerse un poco nerviosa, y le dio por intentar adivinar qué mujeres se dirigían al mismo sitio. Eran mujeres solas, por lo general vestidas con cierto esmero, quizá para aparentar que iban a la iglesia. Las mayores tenían aspecto de asistir a iglesias estrictas, anticuadas, donde había que llevar falda, medias y sombrero o algo en la cabeza, mientras que las más jóvenes podrían haber formado parte de una hermandad más animada, que permitía los trajes pantalón, los pañuelos de vivos colores, los pendientes y los cardados.

Doree no encajaba en ninguna de las dos categorías. Durante el año y medio que llevaba trabajando no se había comprado ropa. En el trabajo llevaba el uniforme, y en los demás sitios, vaqueros. Había dejado de maquillarse porque él no se lo consentía, y ahora, aunque podría hacerlo, no lo hacía. El pelo de punta de color maíz no pegaba con su cara lavada y huesuda, pero no importaba.

En el tercer autobús encontró un asiento junto a la ventanilla e intentó mantener la calma leyendo los rótulos, los de los anuncios y los de las calles. Tenía un truco para mantener la cabeza ocupada. Cogía las letras de cualquier palabra en la que se fijara e intentaba ver cuántas palabras nuevas podía formar con ellas. De «cafetería», por ejemplo, le salían «te», «té», «fea», «cara», «cafre», «rifa», «cate» y..., un momento..., «aire». Las palabras no escaseaban a la salida de la ciudad, pues el autobús pasaba por delante de vallas publicitarias, tiendas gigantescas, aparcamientos e incluso globos

amarrados a los tejados con anuncios de rebajas.

Doree no le había hablado a la señora Sands de sus dos últimas tentativas y probablemente tampoco le hablaría de esta. Según la señora Sands, a quien veía los lunes por la tarde, había que seguir adelante, aunque llevara tiempo, sin forzar las cosas. Ella decía que lo estaba haciendo bien, que estaba descubriendo poco a poco su propia fortaleza.

—Ya sé que te dan ganas de matar a quien te dice esas palabras, pero es verdad —dijo.

Se sonrojó al oírse decir aquello, «matar», pero no quiso empeorarlo disculpándose.

Cuando Doree tenía dieciséis años —de eso hacía siete— iba a ver a su madre al hospital todos los días al salir del colegio. Su madre se recuperaba de una operación en la espalda, que al parecer era grave pero no peligrosa. Lloyd era celador. Tenía algo en común con la madre de Doree: los dos habían sido *hippies*, aunque Lloyd era unos años más joven. Siempre que tenía tiempo Lloyd entraba a charlar con ella sobre los conciertos y las manifestaciones de protesta a los que habían asistido, la gente estrambótica que habían conocido, los viajes y colocones que los habían dejado hechos polvo y cosas así.

Lloyd caía bien a los pacientes, por sus bromas y porque transmitía seguridad y fuerza. Era fornido, de hombros anchos, y lo suficientemente serio para que a veces lo tomaran por médico. (No le hacía ninguna gracia; opinaba que gran parte de la medicina era una mentira y que muchos médicos eran unos gilipollas). Tenía la piel rojiza y sensible, el pelo claro y la mirada insolente.

Un día besó a Doree en el ascensor y le dijo que era una flor en el desierto. Después se rio de lo que había dicho y añadió:

—¿Has visto lo original que puede llegar a ser uno?

—Es que eres poeta, pero no lo sabes —dijo Doree, por cortesía.

La madre de Doree murió una noche, de repente, de una embolia. Tenía muchas amigas, que habrían recogido a Doree —de hecho, se quedó con una de ellas una temporada—, pero ella prefería a su nuevo amigo, Lloyd. Antes de su siguiente cumpleaños estaba embarazada, y poco después casada. Lloyd no se había casado nunca, aunque tenía al menos dos hijos, de cuyo paradero no sabía gran cosa. De todos modos, ya serían mayores. Con la edad, Lloyd había adoptado otra filosofía de vida: creía en el matrimonio y en la fidelidad, pero no en el control de la natalidad. Y le pareció que la península de Sechelt, donde vivían Doree y él, estaba en aquella época demasiado llena de gente: viejos amigos, viejas maneras de vivir, antiguas amantes. Al poco Doree y él se trasladaron a la otra punta del país, a un pueblo que eligieron por el nombre mirando un mapa: Mildmay. No se instalaron en el pueblo; alquilaron una casa en el campo. Lloyd encontró trabajo en una fábrica de helados. Plantaron un jardín. Lloyd sabía mucho de jardinería; también de carpintería, y de cómo encender una estufa de leña y mantener bien un coche viejo.

Nació Sasha.

—Es muy natural —comentó la señora Sands.

—¿Sí? —dijo Doree.

Doree siempre se sentaba en una silla de respaldo recto ante una mesa, no en el sofá, con tapicería de flores y cojines. La señora Sands movió su silla hacia un lado de la mesa, para poder hablar sin ninguna barrera entre las dos.

—Casi me lo esperaba —dijo—. Creo que yo a lo mejor habría hecho lo mismo en tu lugar.

La señora Sands no habría dicho eso al principio. Hace un año, sin ir más lejos, habría sido más prudente, consciente de que Doree se habría sublevado ante la idea de que alguien, algún ser viviente, pudiera ponerse en su lugar. Ahora sabía que Doree se lo tomaría como una manera, una manera humilde incluso, de intentar comprender.

La señora Sands no era como algunas de las demás. No era dinámica, ni delgada, ni guapa. Ni tampoco demasiado mayor. Tenía más o menos la edad que tendría la madre de Doree, pero no el aspecto de una antigua *hippy*. Llevaba el pelo entrecano muy corto y tenía una verruga en lo alto de un pómulo. Vestía zapatos planos, pantalones holgados y blusas de flores. Aunque fueran de color frambuesa o turquesa, las blusas no transmitían una verdadera preocupación por la ropa; más bien parecía que alguien le había dicho que tenía que arreglarse un poco y ella, obediente, había ido a comprarse algo que pensaba que podía servirle. La amable, impersonal y sincera sobriedad de la señora Sands despojaba aquellas prendas de todo entusiasmo agresivo, de toda ofensa.

—Pues las dos primeras veces ni lo vi —dijo Doree—. No quiso salir.

—¿Y esta vez sí? ¿Salió?

—Sí, pero apenas lo reconocí.

—¿Había envejecido?

—Supongo. Supongo que ha adelgazado un poco. Y esa ropa. De uniforme. Nunca lo había visto así.

—¿Te pareció una persona diferente?

—No.

Doree se mordió el labio superior, intentando pensar cuál era la diferencia. Estaba tan quieto... Doree nunca lo había visto tan quieto. Ni siquiera pareció darse cuenta de que tenía que sentarse enfrente de ella. Lo primero que le dijo Doree fue: «¿No te vas a sentar?». Y él contestó: «¿Estará bien?».

—Parecía ausente —dijo Doree—. ¿Lo tendrán drogado?

—Quizá le dan algo para mantenerlo estable. Pero la verdad, no lo sé. ¿Entablasteis una conversación?

Doree pensó si de verdad había sido una conversación. Le había hecho unas cuantas preguntas, normales, absurdas. ¿Qué tal estaba? (Bien). ¿Le daban suficiente de comer? (Él creía que sí). ¿Había algún sitio donde pudiera ir a pasear si le apetecía? (Con vigilancia, sí. Él suponía que podía decirse que era un sitio. Suponía que podía decirse que era pasear).

—Tienes que tomar el aire —le dijo Doree.

—Es verdad —le dijo Lloyd.

Doree estuvo a punto de preguntarle si tenía amigos. Como le preguntas a tu hijo por el colegio. Como se lo preguntarías a tus hijos, si fueran al colegio.

—Sí, sí —dijo la señora Sands, empujando suavemente la oportuna caja de pañuelos de papel.

A Doree no le hacía falta, tenía los ojos secos. El problema estaba en la boca del estómago. Las náuseas.

La señora Sands se limitó a esperar. Era lo bastante lista para no meterse en más honduras.

Y, como si hubiese adivinado lo que Doree estaba a punto de decir, Lloyd le había contado que había un psiquiatra que iba a verlo para hablar con él cada dos por tres.

—Yo le digo que está perdiendo el tiempo —añadió Lloyd—. Yo sé tanto como él.

Fue el único momento en que a Doree le pareció que volvía a ser el de antes. Durante toda la visita el corazón le latió con fuerza. Pensó que igual se desmayaba o se moría. Le cuesta tanto trabajo mirarlo, encajar en su campo de visión a aquel hombre delgado y canoso, inseguro pero frío, que se mueve mecánicamente pero sin coordinación...

No le había contado nada de eso a la señora Sands. La señora Sands podría haber preguntado —con mucho tacto— de quién tenía miedo. ¿De él o de sí misma?

Pero Doree no tenía miedo.

Cuando Sasha tenía un año y medio nació Barbara Ann, y cuando Barbara Ann tenía dos años, tuvieron a Dimitri. Habían elegido el nombre de Sasha entre los dos, y

después hicieron un pacto: él elegiría los nombres de los niños y ella los de las niñas. Dimitri fue el primero con cólicos. Doree pensó que a lo mejor no tenía suficiente leche, o que su leche no era lo bastante nutritiva. ¿O era demasiado nutritiva? Lloyd llevó a una señora de la Liga de La Leche para que hablara con Doree. Pase lo que pase, no le dé ningún biberón complementario, dijo la señora. Eso sería el principio del fin, porque dentro de poco el niño rechazaría el pecho.

No sabía la señora que Doree ya le estaba dando biberones complementarios. Y parecía verdad que el niño los prefería; cada día estaba más tiquismiquis con el pecho. Al cabo de tres meses solo tomaba biberón, y entonces ya no hubo forma de ocultárselo a Lloyd. Doree le dijo que se había quedado sin leche y que había tenido que empezar a darle el complemento. Lloyd le apretujó un pecho y después el otro con frenética determinación, y logró sacarle unas tristes gotitas de leche. La llamó mentirosa. Se pelearon. Él le dijo que era una puta, como su madre. Dijo que las *hippies* esas eran todas unas putas.

Pronto hicieron las paces. Pero siempre que Dimitri se quejaba de algo, o estaba resfriado, o le daba miedo el conejito que tenía algún niño por mascota, o cuando seguía agarrándose a las sillas a la edad en que su hermano y su hermana ya andaban solos, salía a relucir el fracaso en lo de darle de mamar.

La primera vez que Doree fue al despacho de la señora Sands, una de las otras mujeres le dio un folleto. En la cubierta había una cruz dorada y varias palabras en morado y oro. «Cuando tu pérdida parece insufrible...». Dentro había una imagen de Jesucristo en colores pálidos y unos caracteres más menudos que Doree no llegó a leer.

Sentada ante la mesa, aferrando el folleto, Doree se echó a temblar. La señora Sands se lo tuvo que arrancar de la mano.

—¿Te lo ha dado alguien? —preguntó la señora Sands.

—Esa —dijo Doree, y señaló con la cabeza la puerta cerrada.

—¿No te interesa?

—Cuando estás fatal es cuando intentan pillarte —dijo Doree, y entonces cayó en la cuenta de que era algo que había dicho su madre cuando fueron a verla al hospital unas señoras con un mensaje parecido—. Se creen que vas a ponerte de rodillas y que todo irá estupendamente.

La señora Sands suspiró.

—Bueno, en realidad no es tan sencillo —dijo.

—Ni siquiera posible —añadió Doree.

—Quizá no.

Nunca hablaban de Lloyd en aquellos días. Doree nunca pensaba en él, si podía evitarlo, y si no podía pensaba en él como si fuera un terrible accidente de la naturaleza.

—Aunque creyera en esas cosas —dijo, refiriéndose a lo que había en el folleto—, solo sería para...

Lo que quería decir era que creer en eso le resultaría muy práctico, pues así podría imaginarse a Lloyd ardiendo en el infierno o algo por el estilo, pero fue incapaz de continuar, porque le parecía una estupidez hablar de algo así. Y porque se lo impedía algo ya muy conocido, una especie de martilleo en la tripa.

Lloyd era partidario de que sus hijos estudiaran en casa. No por razones religiosas —como no creer en los dinosaurios, los hombres de las cavernas, los monos y todas esas cosas—, sino porque quería que estuvieran junto a sus padres y que se adentrasen en el mundo poco a poco y con cuidado, no que los lanzaran a él de golpe. «Es que da la casualidad de que pienso que son mi hijos —decía—. O sea, nuestros hijos, no los hijos del Departamento de Educación».

Doree no estaba muy segura de poder manejar aquello, pero resulta que el

Departamento de Educación tenía sus directrices y sus planes de estudios, que podían encontrarse en la escuela del pueblo. Sasha era un chico inteligente que prácticamente aprendió a leer solo, y los otros dos eran demasiado pequeños para aprender gran cosa. Por las noches y los fines de semana Lloyd le enseñaba a Sasha geografía, el sistema solar, la hibernación de los animales y cómo funciona un coche, tratando cada tema a medida que surgían las preguntas. Sasha enseguida se adelantó a los planes de estudios de la escuela, pero Doree iba a recogerlos de todos modos y lo ponía a hacer los ejercicios a tiempo para cumplir con la ley.

Había otra madre del barrio que también educaba a los niños en casa. Se llamaba Maggie y tenía una furgoneta pequeña. Lloyd necesitaba el coche para ir a trabajar y Doree, que no había aprendido a conducir, se alegró cuando Maggie se ofreció a llevarla una vez a la semana para entregar los ejercicios terminados y recoger los nuevos. Naturalmente, se llevaban a todos los niños. Maggie tenía dos chicos. El mayor sufría tantas alergias que la madre tenía que vigilar estrechamente todo lo que comía; por eso le daba clase en casa. Y después Maggie pensó que el pequeño también podía quedarse allí. El niño quería estar con su hermano, y además tenía problemas de asma.

Qué agradecida se sintió Doree, al compararlos con los tres suyos, tan sanos. Lloyd decía que era porque los había tenido de joven, mientras que Maggie había esperado hasta llegar casi a la menopausia. Lloyd exageraba la edad de Maggie, pero era cierto que había esperado. Maggie era optometrista. Su marido y ella habían sido compañeros de trabajo y no tuvieron familia hasta que ella pudo dejar la consulta y encontraron una casa en el campo.

Maggie tenía el pelo entrecano, muy corto y pegado al cráneo. Era alta, de pecho plano, jovial y de ideas fijas. Lloyd la llamaba la Lesbi. Solo a sus espaldas, claro. Bromeaba con ella por teléfono pero a Doree le decía, solo moviendo los labios: «Es la Lesbi». A Doree no le importaba mucho, Lloyd llamaba lesbis a muchas mujeres, pero le daba miedo que a Maggie las bromas le parecieran demasiado amistosas, inoportunas o al menos una pérdida de tiempo.

«¿Quieres hablar con mi mujer? Sí. Aquí la tengo, dándole a la tabla de lavar. Sí, soy un auténtico negrero. ¿No te lo ha contado?».

Doree y Maggie adquirieron la costumbre de ir juntas a la compra después de recoger los papeles en el colegio. Luego a veces se llevaban unos cafés de Tim Hortons e iban con los niños al Riverside Park. Se sentaban en un banco mientras Sasha y los hijos de Maggie echaban carreras o se subían a los aparatos, Barbara Ann se columpiaba enérgicamente y Dimitri jugaba en el cajón de arena. O se sentaban en la furgoneta, si hacía frío. Hablaban sobre todo de los niños y de lo que cocinaban, pero de algún modo Doree averiguó que Maggie se había pateado media Europa antes de estudiar optometría, y Maggie se enteró de lo joven que era Doree cuando se casó. También de la facilidad con la que se había quedado embarazada al principio, de que ya no le resultaba tan fácil, y de que eso despertaba las sospechas de Lloyd, que registraba los cajones del tocador de Doree en busca de píldoras anticonceptivas, pensando que debía de estar tomándolas a escondidas.

—¿Y lo haces?

Doree se quedó horrorizada. Dijo que ni se le ocurriría.

—O sea, me parecería una cosa terrible, sin decírselo a él. Es una especie de broma lo que hace cuando las busca.

—Ah —dijo Maggie.

Y en una ocasión Maggie preguntó: «¿Te va todo bien? O sea, en tu matrimonio. ¿Eres feliz?».

Doree dijo que sí, sin dudar. Después empezó a tener más cuidado con lo que contaba. Comprendió que había ciertas cosas a las que ella estaba acostumbrada que

otra persona quizá no entendería. Lloyd veía las cosas de una manera especial; era su forma de ser. Ya era así cuando lo conoció en el hospital. La enfermera jefe era muy estirada, y él la llamaba señora Malbicho en lugar de por su apellido, Mitchell. Lo decía tan deprisa que costaba trabajo darse cuenta. Pensaba que tenía sus favoritos y que él no era uno de ellos. Ahora, en la fábrica de helados, detestaba a una persona a quien llamaba Louie Chupapalos. Doree no sabía cómo se llamaba en realidad aquel hombre, pero al menos eso demostraba que no eran solo las mujeres quienes lo irritaban.

Doree estaba segura de que esa gente no era tan mala como creía Lloyd, pero de nada valía contradecirlo. Quizá los hombres necesitaban tener enemigos, como necesitan gastar sus bromitas. Y a veces Lloyd hacía broma de sus enemigos, como si se riera de sí mismo. Incluso le permitía a Doree reírse también, siempre y cuando no fuera ella quien empezara.

Doree esperaba que Lloyd no se pusiera en ese plan con Maggie. A veces tenía miedo de que la mujer se viera venir algo así. Si él no la dejara ir en el coche al colegio y a la compra con Maggie sería un fastidio, y grande. Pero peor sería la vergüenza. Tendría que inventarse alguna mentira absurda para explicarlo. Pero Maggie se daría cuenta; como mínimo se daría cuenta de que Doree mentía y lo interpretaría como que estaba peor de lo que realmente estaba.

Y Doree se preguntó por qué tenía que importarle lo que Maggie pensara. Maggie era una extraña, ni siquiera se sentía a gusto con ella. Fue Lloyd quien lo dijo, y tenía razón. La verdad de las cosas entre ellos, su vínculo, no era algo que pudiera entender nadie y no era asunto de nadie. Si Doree podía mantener su lealtad, todo iría bien.

Todo empeoró, poco a poco. Ninguna prohibición directa, pero sí más críticas. Lloyd dejaba caer la teoría de que las alergias y el asma de los hijos de Maggie podían ser culpa de la madre. Muchas veces el motivo es la madre, decía. Lo había visto en el hospital. Una madre demasiado dominante, normalmente demasiado culta.

—Algunos niños simplemente nacen con algo —dijo Doree, imprudente—. No puedes decir que siempre es la madre.

—Ah. ¿Y por qué no puedo?

—No quiero decir tú. No quiero decir que no puedes. O sea, ¿no pueden nacer con cosas?

—¿Desde cuándo eres una eminencia médica?

—Yo no he dicho que lo sea.

—No. Es que no lo eres.

De mal en peor. Lloyd quería saber de qué hablaban, Maggie y ella.

—No sé. De nada en particular.

—Qué curioso. Dos mujeres en un coche. La primera vez que lo oigo, que dos mujeres no hablen de nada. Lo que quiere es separarnos.

—¿Quién? ¿Maggie?

—Conozco a esa clase de mujeres.

—¿Qué clase?

—Su clase.

—No seas tonto.

—Cuidadito. No me llames tonto.

—¿Para qué querría hacer algo así?

—¿Y yo cómo lo voy a saber? Solo quiere hacerlo. Espera y verás. Irás a su casa llorando a mares por lo hijo de puta que soy. Un día de estos.

Y así ocurrió, tal y como él había dicho. Al menos eso debió de parecerle a Lloyd. Doree se vio una noche en la cocina de la casa de Maggie, alrededor de las diez, sonándose y tomando una infusión. El marido de Maggie dijo: «¿Qué demonios...?» cuando llamó a la casa; Doree lo oyó desde detrás de la puerta. Él no sabía quién era Doree. Ella dijo: «Siento muchísimo molestar...» mientras él se quedaba mirándola,

con las cejas enarcadas y los labios apretados. Y entonces apareció Maggie.

Doree había ido hasta allí andando en la oscuridad, primero por la pista de gravilla junto a su casa, después por la carretera. Cada vez que se acercaba un coche se apartaba hasta la cuneta, y eso la retrasó considerablemente. Echaba un vistazo a los coches que pasaban, pensando que en uno de ellos podía ir Lloyd. No quería que la encontrase, todavía no, no hasta que se hubiera asustado de su propia locura. Otras veces ella había sido capaz de atemorizarlo, llorando, dando alaridos, incluso golpeándose la cabeza contra el suelo mientras salmodiaba: «No es verdad, no es verdad, no es verdad». Al final él se echaba atrás. Decía: «Vale, vale. Te creo. Tranquila, cariño. Piensa en los niños. Te creo, en serio. Déjalo ya».

Pero esa noche Doree se había plantado aun antes de empezar el número. Se puso el abrigo y salió por la puerta mientras él gritaba: «¡No lo hagas! ¡Te lo advierto!».

El marido de Maggie, que no parecía muy contento con la situación, se había ido a la cama mientras Doree no paraba de decir: «Lo siento. Lo siento mucho, presentarme así en tu casa a estas horas de la noche».

—Venga, cállate —dijo Maggie, en tono serio pero amable—. ¿Quieres una copa de vino?

—Yo no bebo.

—Entonces mejor que no empieces ahora. Voy a prepararte una infusión. Te relajará. Manzanilla y frambuesa. No es por los niños, ¿verdad?

—No.

Maggie le quitó el abrigo y le dio un montón de pañuelos para la nariz y los ojos.

—No me cuentes nada todavía. Enseguida te tranquilizarás.

Ni siquiera cuando se calmó un poco Doree quiso soltar toda la verdad y dejar que Maggie se enterase de que ella era el meollo del problema. Además, no quería tener que explicar nada de Lloyd. Por muy agotada que la dejara, él seguía siendo la persona a quien estaba más unida en el mundo y Doree tenía la sensación de que todo se vendría abajo si se atreviese a contarle a alguien cómo era él exactamente, si le fuera tan desleal.

Dijo que Lloyd y ella habían retomado una antigua discusión y que estaba tan harta de todo que lo único que quería era salir de allí. Pero ya se le pasaría, dijo. A los dos.

—A todas las parejas les ocurre alguna vez —dijo Maggie.

Entonces sonó el teléfono y Maggie contestó.

—Sí. Está bien. Solo quería dar un paseo para desahogarse un poco. Muy bien. Vale. La llevaré a casa por la mañana. Ningún problema. Vale. Buenas noches.

»Era él —dijo—. Supongo que lo has oído.

—¿Cómo hablaba? ¿Parecía normal?

Maggie se echó a reír.

—Bueno, yo no sé cómo habla cuando está normal, ¿no? Pero no parecía borracho.

—Él tampoco bebe. En casa no tenemos ni café.

—¿Quieres una tostada?

Maggie la llevó a casa por la mañana temprano. El marido de Maggie todavía no se había ido a trabajar y se quedó con los niños.

Como Maggie tenía prisa por volver, se limitó a decir: «Adiós. Llámame si necesitas hablar», mientras daba la vuelta con la furgoneta en el jardín.

Era una mañana fría de principios de primavera, aún había nieve en el suelo, pero Lloyd estaba sentado en las escaleras, sin chaqueta.

—Buenos días —dijo en voz alta, en tono sarcástico y cortés—. Y Doree le dio los buenos días, fingiendo que no había notado su retintín.

Él no se apartó para dejarla pasar.

—No puedes entrar.

Doree decidió no tomárselo en serio.

—¿Ni siquiera si lo pido por favor? Por favor.

Lloyd la miró pero no contestó. Sonrió con los labios apretados.

—Lloyd —dijo Doree—. ¡Lloyd!

—Será mejor que no entres.

—No le he contado nada, Lloyd. Siento haberme marchado. Supongo que necesitaba respirar un poco.

—Mejor que no entres.

—¿Qué te pasa? ¿Dónde están los niños?

Lloyd movió la cabeza, como cuando Doree decía algo que no le gustaba, una pequeña ordinareiz, por ejemplo «Me cago en...».

—Lloyd. ¿Dónde están los niños?

Lloyd se apartó un poco, justo para que Doree pudiera pasar si quería.

Dimitri todavía en la cuna, tumbado de costado. Barbara Ann en el suelo, al lado de su cama, como si se hubiera caído o la hubieran sacado a empujones. Sasha junto a la puerta de la cocina; había intentado escapar. Era el único con moretones en el cuello. La almohada se había encargado de los otros dos.

—Cuando llamé por teléfono anoche, ¿sabes? —dijo Lloyd—, cuando llamé ya había ocurrido. Tú te lo has buscado.

Lo declararon demente y no pudieron juzgarlo. Era un delincuente psicótico, había que llevarlo a una institución segura.

Doree había salido corriendo de la casa e iba dando traspies por el jardín, apretándose el estómago con los brazos como si la hubieran abierto de un tajo e intentara que no se le salieran las tripas. Esa fue la escena que vio Maggie cuando regresó. Había tenido un presentimiento y al llegar a la carretera dio la vuelta. Lo primero que pensó es que a Doree su marido le había dado un puñetazo o una patada en el estómago. No supo interpretar los gemidos de Doree. Pero Lloyd, que seguía sentado en las escaleras, se apartó cortésmente para dejarla pasar, sin pronunciar palabra, y ella entró en la casa y se encontró con lo que ya esperaba encontrarse. Llamó a la policía.

Doree se pasó un buen rato metiéndose en la boca cuanto tenía a mano. Después de la tierra y la hierba, sábanas, toallas y su propia ropa. Como si intentara ahogar no solo los alaridos, sino la escena que veía en su cabeza. Le pusieron una inyección de algo, cada cierto tiempo, para calmarla, y funcionó. Lo cierto es que se quedó muy tranquila, aunque no catatónica. Dijeron que se mantenía estable. Cuando salió del hospital y la trabajadora social la llevó a otro sitio, la señora Sands se hizo cargo de ella, le encontró una casa donde vivir y un trabajo, e impuso la rutina de hablar con ella una vez a la semana. Maggie habría ido a verla, pero era la única persona a la que Doree no soportaba ver. La señora Sands aseguraba que ese sentimiento era natural, que era la asociación. También decía que Maggie lo comprendería.

La señora Sands dijo que si Doree quería seguir visitando a Lloyd era cosa suya.

—Yo no estoy aquí para autorizar o desautorizar. ¿Te sentiste bien al verlo? ¿O mal?

—No lo sé.

Doree no era capaz de explicar que en realidad tenía la sensación de que no lo veía a él. Era casi como ver un fantasma. Tan pálido. Con ropa holgada de colores claros, zapatos que no hacían ruido, probablemente zapatillas. Le daba la impresión de que se le había caído un poco de pelo, su pelo abundante, ondulado, del color de la miel. Parecía haber perdido la anchura de los hombros, el hueco de la clavícula donde ella apoyaba la cabeza.

Lo que Lloyd dijo después a la policía —y apareció textualmente en los periódicos— fue lo siguiente: «Lo hice para evitarles el sufrimiento».

¿Qué sufrimiento?

«El sufrimiento de saber que su madre los había abandonado».

A Doree esas palabras se le habían quedado grabadas en el cerebro, y quizá cuando

decidió intentar verlo fue con la idea de obligarlo a retirarlas. Hacerle ver, y reconocer, qué había ocurrido en realidad.

«Me dijiste que o dejaba de contradecirte o me marchaba de casa. Así que me marché. Solo pasé una noche en casa de Maggie. Tenía intención de volver. No había abandonado a nadie».

Doree recordaba perfectamente cómo había empezado la discusión. Había comprado una lata de espaguetis con una ligera abolladura. Por eso estaba de oferta, y Doree se puso muy contenta de haber ahorrado. Pensó que era muy lista. Sin embargo, no se lo dijo a Lloyd cuando empezó a interrogarla. Por alguna razón pensó que era mejor fingir que no se había dado cuenta.

Cualquiera se habría dado cuenta, dijo él. Podríamos habernos intoxicado todos. Pero ¿qué le pasaba? ¿O era eso lo que tenía en mente? ¿Quería probarlo con los niños o con él?

Doree le dijo que si se había vuelto loco.

Lloyd dijo que no era él quien estaba loco ¿Quién sino una mujer loca compraría veneno para su familia?

Los niños se quedaron observando desde la puerta del salón. Esa fue la última vez que Doree los vio con vida.

De modo que ¿eso era lo que Doree estaba pensando, que al final podría hacerle comprender quién de los dos estaba loco?

Cuando se dio cuenta de lo que le pasaba por la cabeza, Doree debería haberse bajado del autobús. Podría haberse bajado incluso ante la verja, con las pocas mujeres que subían lentamente por el camino. Podría haber cruzado la carretera y esperar el autobús para volver a la ciudad. Probablemente había gente que lo hacía. Iban allí de visita y de repente decidían que no. La gente seguramente lo hacía a menudo.

Pero quizá había sido mejor seguir adelante y verlo tan raro y destrozado. No era yo una persona a la que merece la pena culpar de algo. Ni siquiera una persona. Era como un personaje de un sueño.

Doree tenía sueños. En uno de los sueños huía de la casa después de haberlos encontrado y Lloyd se echaba a reír como antes, con su risa fácil. Después oía a Sasha riéndose detrás de ella y entonces caía en la cuenta, encantada, de que todos estaban gastándole una broma.

—¿Me preguntó usted que si me había sentido bien o mal al verlo? ¿La última vez que me lo preguntó?

—Sí —dijo la señora Sands.

—Tuve que pensármelo.

—Sí.

—Llegué a la conclusión de que me sentí mal. Así que no he vuelto.

Con la señora Sands nunca se sabía, pero que asintiera con la cabeza dio a entender cierta satisfacción o aprobación.

Así que cuando Doree decidió volver a pesar de todo, pensó que sería mejor no hablar del asunto. Y como resultaba difícil no hablar de cualquier cosa que le ocurriera —porque la mayoría de las veces era tan poco—, llamó y canceló la cita. Dijo que se iba de vacaciones. Empezaba el verano y las vacaciones eran lo normal. Con una amiga, dijo.

—No llevas la misma chaqueta que la semana pasada.

—No fue la semana pasada.

—¿No?

—Fue hace tres semanas. Ahora hace calor. Esta es más fina, pero la verdad es que no la necesito. No hace falta chaqueta.

Él le preguntó por el viaje, qué autobuses tenía que coger desde Mildmay.

Ella le contó que ya no vivía allí. Le dijo dónde vivía y lo de los tres autobuses.

—Es un buen trecho. ¿Te gusta vivir en un sitio más grande?

—Allí es más fácil encontrar trabajo.

—¿Así que trabajas?

La última vez le había contado dónde vivía, lo de los autobuses, dónde trabajaba.

—Trabajo en un motel, limpiando habitaciones —dijo Doree—. Te lo conté.

—Ah, sí. Se me había olvidado. Perdona. ¿Has pensado en volver a la escuela? ¿A la escuela nocturna?

Doree dijo que sí lo pensaba pero que nunca lo bastante en serio para hacer nada. También que no le importaba trabajar de limpiadora.

Y después se quedaron como si no se les ocurriera nada más que decir.

Lloyd suspiró.

—Perdona —dijo—. Perdona. Supongo que no estoy acostumbrado a una conversación.

—¿Y cómo pasas el tiempo?

—Pues leo. Medito. De todo un poco.

—Ah.

—Te agradezco que vengas. Significa mucho para mí. Pero no pienses que tienes que seguir. O sea, hazlo cuando quieras. Si pasa algo, y si te apetece... Lo que quiero decir es que el solo hecho de que quizá vengas, aunque vinieras una sola vez, es mucho para mí. ¿Me entiendes?

Doree dijo que sí, que eso creía.

Él dijo que no quería entrometerse en su vida.

—No lo haces —contestó ella.

—¿Era eso lo que ibas a decir? Pensaba que ibas a decir otra cosa.

En realidad, Doree había estado a punto de decir: ¿qué vida?

No, en serio, nada más, dijo Doree.

—Bien.

Tres semanas más tarde la llamaron por teléfono. Era la señora Sands, no una de las mujeres de la oficina.

—Ah, Doree. Pensaba que a lo mejor no habías vuelto. De las vacaciones. ¿Así que ya has vuelto?

—Sí —dijo Doree, intentando pensar dónde diría que había estado.

—Pero aún no te ha dado tiempo de concertar otra cita, ¿no?

—No. Todavía no.

—No importa. Solo quería estar segura. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien.

—Estupendo. Ya sabes dónde estoy si me necesitas. Si quieres charlar un rato.

—Sí.

—Bueno, cuídate.

No mencionó a Lloyd, no preguntó si habían continuado las visitas. Bueno, por supuesto, Doree dijo que no habían seguido, pero a la señora Sands normalmente se le daba muy bien percatarse de lo que pasaba. Y también se le daba muy bien callarse cuando comprendía que con preguntar no llegaría a ninguna parte. Doree no sabía qué habría contestado si le hubiera preguntado, si habría dado marcha atrás y habría contado una mentira o si habría soltado la verdad. Lo cierto era que había vuelto el domingo siguiente de que él le dijera, más o menos, que no importaba que fuera a verlo o no.

Lloyd estaba resfriado. No sabía cómo lo había pillado.

A lo mejor ya lo tenía la última vez que la vio y por eso había estado tan taciturno, dijo.

«Taciturno». Ahora Doree casi nunca se relacionaba con gente que empleara una palabra así, y le pareció raro. Pero Lloyd siempre había tenido la costumbre de utilizar palabras como esa, y por supuesto antes a Doree no le impresionaban tanto como

ahora.

—¿Te parezco una persona distinta? —preguntó Lloyd.

—Bueno, eres distinto —dijo Doree con prudencia—. ¿Yo no?

—Tú estás preciosa —dijo él con tristeza.

Doree se ablandó un poco, pero se resistió.

—¿Te sientes distinta? —preguntó Lloyd—. ¿Te sientes una persona distinta?

Ella dijo que no lo sabía.

—¿Y tú?

—Totalmente —dijo él.

Días más tarde, esa misma semana, a Doree le dieron un sobre en el trabajo. Llevaba la dirección del motel e iba dirigido a su atención. Dentro había varias hojas, escritas por las dos caras. Al principio no pensó que fuera de Lloyd; tenía la idea de que en la cárcel no se permitía escribir cartas. Pero claro, él era otra clase de preso. No era un delincuente, era un delincuente psicótico.

En el escrito no había fecha, ni siquiera un «Querida Doree». Empezaba hablándole de tal manera que Doree pensó que sería una especie de invitación religiosa.

La gente anda buscando la solución. Tienen la mente irritada (de tanto buscar). Hay tantas cosas que los zarandean, que les hacen daño... En sus caras se ven todos sus dolores y sus heridas. Están preocupados. Van de un sitio a otro. Tienen que ir de compras y a la lavandería y a cortarse el pelo y ganarse la vida o recoger el cheque del paro. Los pobres tienen que hacer eso y los ricos tienen que buscar con todas sus fuerzas la mejor manera de gastarse el dinero. Eso también es trabajo. Tienen que construir las mejores casas con grifos de oro para el agua caliente y la fría. Y sus Audi y los cepillos de dientes mágicos y todos los artilugios imaginables y las alarmas antirrobo para protegerse de las matanzas y ni (ve) viejos ni jóvenes, pobres o ricos, tienen paz de espíritu. Iba a escribir «vecinos» en lugar de viejos, ¿por qué sería? Aquí no tengo vecinos. Donde estoy al menos la gente ha superado mucha confusión. Saben lo que poseen y siempre poseerán y ni siquiera tienen que comprar la comida ni cocinar. Ni elegirla. Toda posibilidad de elección queda eliminada.

Lo único que podemos conseguir los que estamos aquí es lo que saquemos de nuestra mente.

Al principio en la cabeza solo tenía perturbación (¿se escribe así?). Era una continua tormenta y me daba golpes contra el cemento con la esperanza de librarme de ella. Parar mi sufrimiento y mi vida. Y me impusieron castigos. Me redujeron con una manguera, me ataron y me introdujeron drogas en el torrente sanguíneo. No es que me queje, porque tenía que aprender que de eso no se saca ningún provecho. Ni tampoco hay diferencia con el llamado mundo real, donde la gente bebe, monta escándalos y comete crímenes para eliminar los pensamientos dolorosos. Y muchas veces se los llevan y los encarcelan pero no es suficiente para que salgan al otro lado. ¿Y qué es eso? Es la demencia absoluta o la paz.

La paz. Yo he alcanzado la paz y sigo cuerdo. Supongo que al leer esto pensarás que voy a decir algo de Jesucristo o quizá de Buda como si me hubiera convertido a alguna religión. No. No cierro los ojos y me siento elevado por ningún Poder Superior concreto. La verdad es que no sé qué quieren decir con todo eso. Lo que hago es Conocerme a Mí Mismo. Conócete a Ti Mismo es una especie de Mandamiento de algún sitio, probablemente de la Biblia, así que al menos he seguido el Cristianismo. También Sé Fiel a Ti Mismo, eso lo he intentado si es lo que también está en la Biblia. No dice a qué partes, las buenas o las malas, ser fiel, o sea, que no se trata de una guía de moralidad. Tampoco Conócete a Ti Mismo tiene relación con la moralidad como la entendemos en Conducta. Pero la Conducta en realidad no me preocupa porque me han juzgado correctamente como persona en la que no se puede confiar para que juzgue cómo debería comportarse y esa es la razón por la que estoy aquí.

Volvamos a la parte del Conocer del Conócete a Ti Mismo. Puedo decir con toda seriedad que me conozco a mí mismo y sé lo peor de lo que soy capaz y sé que lo he hecho. El Mundo me considera un Monstruo y no tengo nada en contra de eso, aunque de paso podría decir que a los que sueltan bombas o queman ciudades o matan de hambre o asesinan a cientos de miles de personas normalmente no se los considera Monstruos sino que les llueven medallas y honores, pues solo los actos contra pocas personas se consideran malos y terribles. Lo cual no es una excusa sino una simple observación.

Lo que Conozco de Mí Mismo es mi propia Maldad. Ese es el secreto de mi consuelo. Quiero

decir que conozco lo Peor de mí. Puede que sea peor que lo peor de otras personas, pero la verdad es que no tengo que pensar ni preocuparme por eso. No hay excusas. Estoy en paz. ¿Soy un Monstruo? El Mundo dice que sí y si lo dice yo estoy de acuerdo. No obstante, también digo que el Mundo no tiene ningún significado real para mí. Yo soy Yo y no tengo posibilidades de ser otro Yo. Podría decir que entonces estaba loco, pero ¿qué significa eso? Loco. Cuerdo. Yo soy Yo. No podía cambiar mi yo entonces y no puedo cambiarlo ahora.

Doree, si has seguido leyendo hasta aquí, hay algo especial que quiero contarte pero que no puedo escribir. Si tienes pensado volver aquí alguna vez, a lo mejor lo haré. No pienses que soy cruel. No es que no quisiera cambiar las cosas si pudiera, es que no puedo.

Voy a enviarte esto a tu trabajo, pues lo recuerdo y recuerdo el nombre del pueblo, así que mi cerebro funciona bien en algunos aspectos.

Ella pensó que tendrían que hablar de esa carta la próxima vez que se vieran y la leyó varias veces, pero no se le ocurrió nada que decir. De lo que realmente quería hablar era de lo que él decía que no podía poner por escrito. Pero cuando volvió a verlo, él actuó como si no le hubiera escrito nada. Ella, por sacar un tema de conversación, le contó que un cantante de folk, famoso en su momento, se había alojado en el motel. Le sorprendió que él supiera más cosas que ella sobre la trayectoria del cantante. Resulta que tenía televisión, o que al menos podía verla, y solía ver algunos programas y, por supuesto, las noticias. Eso les dio algo más de lo que hablar, hasta que Doree ya no pudo reprimirse más.

—¿Qué es eso que solo puedes contarme personalmente?

Lloyd dijo que ojalá no se lo hubiera preguntado. No sabía si estaban preparados para hablar de ello.

Y entonces a Doree le dio miedo de que fuera algo que no pudiera controlar, algo insufrible, como que él seguía amándola. No soportaba oír la palabra «amor».

—Vale —dijo—. Quizá no lo estamos. —Y añadió—: De todos modos, será mejor que me lo cuentes. Si al salir de aquí me atropellara un coche nunca lo sabría, y tú ya no tendrías otra oportunidad de contármelo.

—Es verdad —dijo él.

—Bueno, ¿qué es?

—El próximo día. El próximo día. A veces no puedo hablar. Quiero hablar, pero me quedo en blanco.

Doree, he estado pensando en ti desde que te marchaste y lamento haberte decepcionado. Cuando estás sentada enfrente de mí me emociono más de lo que quizá demuestro. No tengo derecho a emocionarme delante de ti, puesto que tú tienes más derecho que yo y tú siempre te controlas. Así que voy a invertir lo que dije porque he llegado a la conclusión de que en realidad me cuesta menos escribirte que hablarte.

A ver por dónde empiezo.

El Cielo existe.

Esa es una forma, pero no está bien porque yo nunca he creído en el Cielo y el Infierno, etc. Para mí todo eso eran gilipolleces, así que debe de parecer muy raro que saque a relucir el tema.

De modo que lo único que voy a decir es que he visto a los niños.

Los he visto y he hablado con ellos.

Ya está. ¿Qué piensas en este momento? Estarás pensando: bueno, este está como una auténtica cabra. O: es un sueño y no sabe distinguir un sueño, no entiende la diferencia entre estar dormido y estar despierto. Pero quiero decirte que entiendo la diferencia y que sé que existen. Digo que existen, no que están vivos, porque vivos significa en nuestra misma Dimensión, y no estoy diciendo que estén aquí. La verdad es que creo que no. Aunque existen y debe de ser que hay otra Dimensión o a lo mejor innumerables Dimensiones, pero lo que sé es que yo he llegado a la que están ellos. Posiblemente lo he conseguido porque paso tanto tiempo solo y tengo que pensar y pensar y porque tengo tanto en que pensar. Así que después de este sufrimiento y soledad hay una Gracia que ha visto la manera de darme una recompensa. A mí, precisamente el que menos la merece según el modo de pensar del mundo.

Bueno, si has seguido leyendo hasta aquí y no has roto esto en mil pedazos, querrás saber algo. Cómo están, por ejemplo.

Están bien. Son muy felices y muy listos. No parecen tener ningún recuerdo de nada malo. A lo

mejor están un poco mayores que antes pero es difícil saberlo. Parecen comprender a diferentes niveles. Sí. A Dimitri le notas que ha aprendido a hablar, cosa que antes no podía hacer. Están en una habitación que reconozco en parte. Es como nuestra casa pero más espaciosa y bonita. Les pregunté qué tal los cuidaban y se rieron y dijeron algo como que podían cuidarse solos. Creo que fue Sasha quien lo dijo. A veces no hablan por separado, al menos yo no puedo distinguir sus voces, pero sus personalidades son muy claras y debo decir que muy alegres.

Por favor, no llegues a la conclusión de que estoy loco. Ese es el miedo que me impidió contártelo antes. Estuve loco una época pero créeme que me he librado de mi antigua locura como el oso muda el pelaje. O quizá debería decir como la serpiente muda la piel. Sé que si no lo hubiera hecho no se me habría concedido esta capacidad para reconectar con Sasha, Barbara Ann y Dimitri. Ojalá también te la dieran a ti, porque, si es una cuestión de méritos, tú me sacas ventaja. Puede que a ti te cueste más trabajo porque vives mucho más en el mundo que yo, pero al menos puedo darte esta información, la Verdad, y al decirte que los he visto espero que te animes.

Doree se preguntó qué diría o pensaría la señora Sands si le leía esta carta. Naturalmente, la señora Sands tendría cuidado. Procuraría no emitir un veredicto rotundo de locura, sino que encauzaría con cautela y delicadeza a Doree en esa dirección.

O quizá se podría decir que no la encauzaría, sino que despejaría la confusión para que Doree tuviera que enfrentarse con una conclusión a la que parecería haber llegado ella sola. Tendría que quitarse de la cabeza esos disparates peligrosos (así hablaría la señora Sands).

Por eso Doree no quería ni verla.

Doree tenía la certeza de que Lloyd estaba loco. Y en lo que había escrito había indicios de su antigua chulería. Ella no le contestó. Pasaron los días, las semanas. No cambió de opinión, pero siguió guardando en secreto sus escritos. Y de vez en cuando, mientras rociaba con limpiacristales el espejo de un cuarto de baño o estiraba una sábana, la embargaba una emoción. Durante casi dos años no se había fijado en las cosas que solían alegrar a la gente, como el buen tiempo o las flores o el olor de una panadería. Aún no experimentaba esa sensación espontánea de felicidad, no la sentía, pero sí había algo que le recordaba cómo era. No tenía nada que ver con el tiempo que hiciera ni con las flores. Era la idea de que los niños estaban en lo que él llamaba su Dimensión lo que se adentraba furtivamente en ella y por primera vez le proporcionaba una sensación de tranquilidad, no de dolor.

Desde que pasó lo que pasó siempre había tenido que librarse de cualquier pensamiento relacionado con los niños, sacárselo inmediatamente de la cabeza como un cuchillo clavado en el cuello. No podía pensar en sus nombres, y si oía un nombre parecido a los de sus hijos, también tenía que arrancárselo. Incluso tenía que echar las voces de los niños, sus chillidos y el chapoteo de sus pies cuando entraban y salían de la piscina del motel por una especie de puerta que ella era capaz de cerrar de golpe para dejar de oír. En cambio ahora tenía un refugio al que podía acudir en cuanto la acechaban esos peligros.

¿Y quién se lo había proporcionado? Desde luego, no la señora Sands, con tantas horas que había pasado ante la mesa con los pañuelos discretamente a mano.

Se lo había proporcionado Lloyd. Lloyd, esa persona terrible, esa persona aislada y demente.

Demente, por llamarle de alguna manera. Pero ¿no cabía la posibilidad de que lo que decía fuera verdad, de que hubiera salido al otro lado? ¿Y quién podía asegurar que las visiones de una persona que había hecho tal cosa y tal viaje no significaran algo?

Esa idea se coló en su cerebro y allí se quedó.

Junto al pensamiento de que quizá Lloyd fuera la única persona con quien debería estar. ¿Para qué otra cosa serviría ella en el mundo —le parecía estar diciéndoselo a otra persona, probablemente a la señora Sands—, para qué estaba allí si no era al menos para escucharlo?

No he dicho «perdonar», le contó mentalmente a la señora Sands. Jamás lo diría. Jamás lo haría.

Pero a ver. ¿No me rechazan a mí tanto como a él por lo que pasó? Nadie que lo supiera me querría a su lado. Lo único que hago es recordarle a la gente lo que nadie puede soportar que le recuerden.

Era imposible disfrazarse, francamente. Esa corona de pinchos amarillos daba lástima. Y un día se vio otra vez en el autobús, por la carretera. Recordó aquellas noches después de la muerte de su madre, cuando se escapaba para ver a Lloyd, mintiéndole a la amiga de su madre, la mujer con quien vivía, sobre adónde iba. Recordaba el nombre de la amiga, el nombre de la amiga de la madre. Laurie.

¿Quién sino Lloyd recordaría ahora los nombres de los niños, o el color de sus ojos? Cuando tenía que hablar de ellos la señora Sands los llamaba «tu familia» y los metía a todos en el mismo saco.

En aquella época, cuando iba a ver a Lloyd, cuando mentía a Laurie, no se sentía culpable; solo tenía una sensación de fatalidad, de sumisión. Tenía la impresión de que la habían puesto en la tierra únicamente para que estuviera con él e intentara comprenderlo.

Pues ya no era así. Ya no era lo mismo.

Iba sentada en el asiento delantero, al otro lado del conductor. Tenía una buena vista por la ventana. Y por eso fue la única pasajera del autobús, la única persona aparte del conductor, que vio una camioneta saliendo de una carretera lateral sin siquiera disminuir la velocidad, que la vio enfrente de ellos al otro lado de la carretera, vacía aquel domingo por la mañana, dar sacudidas y caer en la cuneta. Y la única que vio algo aún más extraño: al conductor de la camioneta volando por los aires de una manera que pareció al mismo tiempo rápida y lenta, absurda y digna. Aterrizó en la grava, junto a la acera.

Los demás pasajeros no sabían por qué el conductor había frenado y había parado de forma tan brusca y desabrida. Al principio lo único que pensó Doree fue: ¿cómo ha salido? El joven o el chaval, que debía de haberse quedado dormido al volante. ¿Cómo había salido volando de la camioneta y se había lanzado con tanta elegancia al aire?

—Ese tipo se nos ha puesto delante —les dijo el conductor a los pasajeros. Intentaba hablar alto, con calma, pero su voz temblaba de asombro, entre el respeto y el temor—. Se ha estrellado contra la cuneta. Continuaremos en cuanto podamos, pero mientras tanto, por favor, no bajen del autobús.

Como si no lo hubiera oído, o como si tuviera un derecho especial a ser útil, Doree bajó detrás del conductor. Él no la reprendió.

—Si será gilipollas... —dijo el conductor mientras cruzaban la carretera. En su voz solo había rabia e indignación—. Gilipollas de chaval. Pero ¿usted ha visto?

El chico estaba tumbado de espaldas, con las piernas y los brazos extendidos, como si hiciera el ángel en la nieve. Sin embargo, a su alrededor había grava, no nieve. No tenía los ojos completamente cerrados. Era muy joven, un niño que había dado el estirón antes de empezar a afeitarse. Posiblemente sin carnet de conducir.

El conductor hablaba por teléfono.

—Como a una milla de Bayfield, en la Veintiuno, el lado este de la carretera.

Un hilillo de espuma rosa salía por debajo de la cabeza del chico, junto a la oreja. No parecía sangre, sino la espuma que se retira de las fresas cuando se hace mermelada. Doree se agachó junto a él. Le puso una mano en el pecho. No se movía. Doree acercó una oreja. Le habían planchado la camisa hacía poco; desprendía ese olor.

No respiraba.

Pero los dedos de Doree encontraron pulso en el cuello terso del chico.

Recordó algo que le habían contado. Se lo había contado Lloyd, por si uno de los niños tenía un accidente y él no estaba. La lengua. La lengua puede impedir la respiración si

se ha desplazado al fondo de la garganta. Puso los dedos de una mano sobre la frente del chico y dos dedos de la otra mano bajo la barbilla. Apretar la frente, presionar la barbilla hacia arriba, para despejar la laringe. Una inclinación leve pero firme.

Si seguía sin respirar, Doree tendría que insuflarle aire.

Le pellizca las aletas de la nariz, aspira una bocanada de aire, sella la boca del chico con sus labios y espira. Espirar dos veces y comprobar. Espirar dos veces y comprobar.

Otra voz masculina, no la del conductor. Debía de haberse parado un automovilista. «¿Le pongo esta manta debajo de la cabeza?». Doree negó con un leve movimiento de cabeza. Acababa de recordar otra cosa, que no hay que mover a la víctima para no lesionar la médula espinal. Cubrió la boca del chico. Apretó su piel cálida, lozana. Espiró y esperó. Espiró y volvió a esperar. Y le pareció que una ligera humedad le ascendía a la cara.

El conductor dijo algo pero Doree no podía levantar la vista. Entonces lo notó, sin lugar a dudas: de la boca del chico salía aliento. Extendió una mano sobre la piel del pecho y al principio no sabía si subía o bajaba porque ella estaba temblando.

Sí, sí.

Era aliento de verdad. La laringe estaba abierta. Respiraba él solo. Estaba respirando.

—Póngasela encima —le dijo Doree al hombre de la manta—. Para que no se enfríe.

—¿Está vivo? —preguntó el conductor, inclinándose sobre ella.

Doree asintió. Sus dedos volvieron a encontrar el pulso. La espantosa sustancia rosa había dejado de manar. A lo mejor no era nada importante, no salía del cerebro.

—No puedo retener el autobús para esperarla —dijo el conductor—. Ya vamos con retraso.

—Está bien —dijo el automovilista—. Ya me encargo yo.

Callaos, callaos, habría querido decirles Doree. Le parecía que era necesario que hubiese silencio, que el mundo entero tenía que concentrarse alrededor del cuerpo del chico, ayudarlo a no perder de vista su obligación de respirar.

Tímidos soplidos, pero regulares, una mansa obediencia bajo el pecho. Sigue, sigue.

—¿Lo ha oído? Este hombre dice que se queda a vigilarlo —insistió el conductor—.

Los de la ambulancia van a venir lo más rápidamente posible.

—Usted siga —dijo Doree—. Iré con ellos al pueblo y lo alcanzaré a usted cuando vuelva esta noche.

El conductor tuvo que inclinarse para oírla. Doree había hablado con desdén, sin levantar la cabeza, como si su respiración fuera la que estuviera en juego.

—¿Seguro? —dijo el conductor.

Seguro.

—¿No tiene que ir a London?

No.

Madera

Roy es tapicero y restaurador de muebles. También repara sillas y mesas que han perdido un travesaño o una pata o que están desvencijadas. Ya no quedan muchas personas que hagan esa clase de trabajo, y Roy acepta más encargos de los que puede cumplir. No sabe qué hacer. Para no contratar a nadie que lo ayude se excusa diciendo que el gobierno lo obligaría a meterse en un montón de papeleos, pero la verdadera razón podría ser que está acostumbrado a trabajar solo —se dedica a esto desde que abandonó el ejército— y le cuesta imaginarse con alguien al lado todo el tiempo. Si su esposa Lea y él hubieran tenido un hijo, al chico quizá habría llegado a interesarle el trabajo y se habría metido con él en el taller cuando hubiera sido mayor. O incluso si hubieran tenido una hija. Durante un tiempo pensó en enseñarle el oficio a Diane, la sobrina de Lea. Cuando era pequeña siempre andaba por allí observándolo y después de casarse —de repente, a los diecisiete años— lo ayudó un poco porque su marido y ella necesitaban dinero. Pero estaba embarazada y el olor del disolvente, los tintes, el aceite de linaza, el barniz y los humos le producían náuseas. Por lo menos eso era lo que le decía a Roy. A su tía le contó la verdad: a su marido no le parecía un buen trabajo para una mujer.

De modo que ahora tiene cuatro hijos y trabaja en la cocina de un asilo de ancianos. Al parecer su marido piensa que eso sí está bien.

Roy tiene el taller en un cobertizo detrás de la casa. Lo calienta con una estufa de leña, y obtener el combustible para la estufa lo ha llevado a interesarse por otra cosa, algo privado pero no secreto. Es decir, lo sabe todo el mundo pero nadie sabe si piensa mucho en ello ni qué significa para él.

Cortar madera.

Tiene un camión de dos ejes, una motosierra y un hacha de ocho libras. Cada día pasa más tiempo en el bosque cortando leña. Como resulta que es más de la que necesita, le ha dado por venderla. En muchas casas modernas tienen una chimenea en el salón y otra en el comedor y una estufa en el cuarto de estar. Y las quieren siempre encendidas, no solo para las fiestas o en Navidad.

Cuando Roy empezó a ir al bosque Lea se preocupaba. Le preocupaba que sufriera un accidente mientras estaba allí solo, y también que descuidara el trabajo. No porque fuera a resentirse la calidad, sino por las entregas. «No puedes fallarle a la gente —decía—. Si alguien te pide una cosa para tal día, por alguna razón será».

Lea tenía la idea de que el negocio de Roy era una obligación, algo que hacía para ayudar a la gente. Cuando subió los precios le dio vergüenza —también a él, la verdad—, y se desvivía por explicarle a la gente lo mucho que le costaban los materiales.

Mientras Lea trabajó, a Roy no le resultaba difícil irse al bosque cuando ella salía de casa y volver antes de que regresara. Lea trabajaba de recepcionista y contable en la consulta de uno de los dentistas del pueblo. Era un buen trabajo para ella, porque le gustaba hablar con la gente, y también para el dentista, porque Lea era de una familia grande y leal y a sus parientes no se les habría ocurrido confiar su dentadura a nadie más que a su jefe.

Esos familiares, los Bole, los Jetter y los Poole iban mucho por la casa, o Lea por la suya. Formaban un clan que no siempre disfrutaba de la compañía mutua pero que procuraba que no les faltara. Se apiñaban veinte o treinta en una casa en Navidad o el día de Acción de Gracias, y un domingo normal y corriente podían juntarse doce para ver la televisión, cocinar y comer. A Roy le gusta ver la televisión, le gusta charlar y le gusta comer, pero no dos cosas a la vez y mucho menos tres. Así que cuando decidían reunirse un domingo en su casa, acostumbraba a irse al cobertizo y encender un fuego con madera de quebracho o manzano, ambas de aroma dulce y reconfortante, pero sobre todo la de manzano. Siempre tenía una botella de *whisky* de centeno a la vista,

en la estantería de los aceites y los tintes. También tenía *whisky* en casa, y no era tacaño a la hora de ofrecérselo a las visitas, pero la copa que se servía cuando estaba solo en el cobertizo sabía mejor, igual que el humo olía mejor cuando no había nadie que dijera: «¿A que es una maravilla?». No bebía cuando trabajaba con los muebles ni cuando iba al bosque; solo esos domingos en que se le llenaba la casa de invitados.

Que se fuera en solitario no representaba ningún problema. Los parientes no se ofendían; las personas como Roy, que acababa de entrar a formar parte de la familia y ni siquiera había aportado hijos y no era como ellos, les interesaban más bien poco. Ellos eran grandotes, comunicativos, habladores. Roy era bajo, conciso, callado. Su esposa era una mujer de trato fácil y quería a Roy tal como era, de modo que no le reprochaba nada ni se disculpaba por él.

Los dos tenían la sensación de significar más el uno para el otro, por alguna razón, que las parejas cargadas de hijos.

El invierno anterior Lea había estado enferma, con gripe y bronquitis, casi continuamente. Pensó que había cogido todos los gérmenes de la gente que iba a la consulta del dentista y dejó el trabajo. Dijo que de todos modos empezaba a cansarle un poco y que quería más tiempo para hacer cosas que siempre había deseado hacer.

Pero Roy no llegó a averiguar en qué consistían esas cosas. La fortaleza de Lea había sufrido un bajón del que no se recuperaba. Y eso parecía haber provocado un profundo cambio en su personalidad. Las visitas la ponían nerviosa, su familia más que nadie. Estaba demasiado cansada para charlar. No quería salir. Mantenía la casa en un estado aceptable, pero tenía que descansar entre una tarea y otra, de modo que los quehaceres más sencillos le llevaban todo el día. Dejó de interesarle la televisión, aunque la veía cuando Roy la ponía y perdió su figura redondita y graciosa y se quedó delgada, sin curvas. El calor, el brillo —lo que quiera que la hiciera guapa— desaparecieron de su rostro y de sus ojos marrones.

El médico le dio unas pastillas, pero ella no sabía si le servían de algo. Una de sus hermanas la llevó a un especialista en medicina holística, y la consulta costó trescientos dólares. Tampoco sabía si le había servido de algo.

Roy echa de menos a la esposa a la que estaba acostumbrado, con sus bromas y su energía. Quiere que vuelva, pero no puede hacer nada, salvo tener paciencia con aquella mujer seria y apática que a veces agita una mano delante de la cara como si le molestara una telaraña o se hubiera metido en un zarzal. Sin embargo, cuando se le pregunta si ve bien, asegura que sí.

Ya no conduce. Ya no dice nada de que Roy vaya al bosque.

A lo mejor se espabila, comenta Diane. (Diane es casi la única persona que sigue yendo a la casa). O a lo mejor no.

Eso es más o menos lo que había dicho el médico, con palabras mucho más prudentes. Dice que las pastillas que le ha dado evitarán que se hunda demasiado. ¿Y qué es hundirse demasiado? ¿Cómo se sabe?, piensa Roy.

A veces encuentra un bosque que los del aserradero han talado, con las copas de los árboles en el suelo. Y a veces encuentra uno donde ha entrado el servicio forestal y ha marcado los árboles que a su juicio hay que quitar porque están torcidos, enfermos o no sirven para la construcción. El quebracho, por ejemplo, no sirve para la construcción, y tampoco el espino ni el haya azul. Cuando da con un bosque así se pone en contacto con el agricultor o quienquiera que sea el propietario, negocian y, si llegan a un acuerdo en el pago, recoge la madera. Gran parte de esta labor se hace a finales de otoño —ahora, en noviembre o a principios de diciembre— porque es buena época para vender la leña y el mejor momento para meter el camión en el bosque. Hoy en día los granjeros no siempre tienen un sendero bien abierto para ir hasta allí, como cuando cortaban y transportaban la madera ellos mismos. A veces hay que atravesar los sembrados, y eso solo es posible en dos épocas del año: antes de arar y después

de la cosecha.

Después de la cosecha es el mejor momento, cuando la tierra se endurece con la escarcha. Y este otoño hay más demanda de madera que nunca, y Roy ha estado saliendo dos o tres veces a la semana.

Muchas personas reconocen los árboles por las hojas, la forma o el tamaño, pero en las profundidades del bosque sin follaje Roy los conoce por la corteza. El recio tronco del quebracho, esa leña pesada y fiable, tiene una corteza marrón y erizada, pero las puntas de las ramas son lisas e indudablemente rojizas. El cerezo es el árbol más negro del bosque, y su corteza forma pintorescas laminillas. A la mayoría de las personas les sorprendería lo altos que crecen allí los cerezos: nada que ver con los cerezos de los huertos. Los manzanos se parecen más a sus colegas de huerto: no demasiado altos, la corteza no tan claramente laminada ni oscura como la del cerezo. El fresno es un árbol marcial de tronco con estrías longitudinales. La corteza gris del arce tiene una superficie irregular, y las sombras producen rayas negras, que en algunos casos se cruzan formando rectángulos ásperos y en otros no. Esa corteza tiene un aire de descuido reconfortante, apropiado para el arce, casero y familiar, el árbol que imagina la mayoría de la gente cuando piensa en un árbol.

Hayas y robles son otra historia; tienen algo único y dramático, aunque ninguno de los dos luce una forma tan bonita como la de los grandes olmos, que prácticamente han desaparecido. El olmo tiene la corteza gris y oscura, la piel de elefante preferida para tallar iniciales. Esas tallas se dilatan con los años y las décadas, y de finas hendiduras de cuchillo pasan a convertirse en manchas que al final dejan las letras ilegibles, más anchas que largas.

Los olmos llegan a medir cien pies en el bosque. En los lugares abiertos se extienden y son tan anchos como altos, pero en el bosque se disparan hacia arriba, las ramas de la copa se desvían radicalmente hasta parecer cuernos de ciervo. Sin embargo, este árbol de porte tan arrogante puede tener un defecto, la fibra revirada, que se manifiesta formando ondulaciones en la corteza. Eso indica que el viento fuerte lo puede romper o tirar. En cuanto a los robles, no abundan tanto en esta zona, no tanto como los olmos, aunque se distinguen fácilmente. Así como el arce parece el árbol imprescindible en el jardín trasero, el roble parece un árbol de cuento, como si en todos los cuentos que empiezan con «Érase una vez en el bosque» este bosque estuviera lleno de robles. Las hojas dentadas, oscuras y lustrosas le dan ese aspecto, pero es igualmente legendario cuando ha perdido el follaje y se ve la corteza gruesa, como acorchada, de un negro grisáceo y de superficie intrincada, y las ramas tan enroscadas y curvadas.

Roy piensa que ir solo a cortar árboles entraña pocos riesgos si sabes lo que te haces. Cuando vas a cortar un árbol, lo primero es calcular el centro de gravedad y después cortar una cuña de setenta grados, justo debajo del centro de gravedad. Naturalmente, el lado donde se haga la cuña será hacia donde caerá el árbol. Se da un corte desde el lado opuesto, no para llegar hasta la cuña, sino alineado con su punto más alto. La idea consiste en atravesar el árbol, dejando al final una bisagra que es el centro mismo del peso del árbol, por donde debe caer. Lo mejor es derribarlo lejos de las demás ramas, pero a veces no hay manera de hacerlo. Si un árbol queda apoyado en las ramas de otros árboles y no se puede meter un camión para sacarlo con una cadena, se corta el tronco en secciones desde abajo, hasta que la parte superior se desprende y cae. Cuando derribas un árbol y queda reclinado en sus propias ramas, se baja el tronco hasta el suelo cortando la madera de las ramas hasta llegar a la que lo entorpece. Estas ramas están sometidas a presión —pueden curvarse como un arco— y el truco consiste en cortar de tal manera que el árbol rueda hacia el lado opuesto a ti para que las ramas no te golpeen. Cuando repose tranquilamente en el suelo, se corta el tronco en leños y se parten con el hacha.

A veces te llevas una sorpresa. Algunos bloques no se dejan partir con el hacha; hay

que ponerlos de lado y romperlos con una motosierra, y el serrín y la fibra salen en largas tiras. También hay que partir de lado la madera de algunos arces y hayas, cortar el gran bloque redondo a lo largo de los anillos de crecimiento por todas partes hasta que queda casi cuadrado y se puede acometer más fácilmente. A veces te encuentras con madera podrida, entre cuyos anillos ha crecido un hongo. Pero por lo general la dureza de los bloques es la que esperas, mayor en el tronco que en las ramas, y mayor en los troncos anchos que han crecido en terreno más abierto que en los altos y delgados que se yerguen en medio del bosque.

Sorpresas. Aunque se puede estar preparado. Y si estás preparado, no hay ningún peligro. Antes Roy pensaba que le explicaría todo esto a su mujer. El procedimiento, las sorpresas, la identificación. Pero no se le ocurría cómo plantearlo para que a Lea le interesara. A veces pensaba que ojalá le hubiera transmitido estos conocimientos a Diane cuando era más joven. Ahora Diane ya no tenía tiempo.

Y en cierto modo los pensamientos que dedica a la madera son demasiado personales; son codiciosos y casi obsesivos. A pesar de que nunca ha sido avaricioso en otro sentido, es capaz de pasar despierto noches enteras pensando en una magnífica haya a la que quiere echar el guante, preguntándose si resultará tan provechosa como parece o si le jugará una mala pasada. Piensa en todos los cotos del condado que no ha visto, porque se extienden detrás de las granjas, en terrenos privados. Si va por una carretera que atraviesa un bosque, no para de mover la cabeza de un lado a otro, por miedo a perderse algo. Le interesa incluso lo que no sirve a sus propósitos. Un grupo de hayas azules, por ejemplo, tan delicadas y larguiruchas que no merecen la pena. Ve las nevaduras oscuras, verticales, sesgadas sobre los troncos más claros; recordará dónde están. Le gustaría trazar un mapa mental de todos los bosques que ve, y aunque podría justificarlo invocando razones prácticas, no sería completamente cierto.

Un par de días después de la primera nevada está en un bosque mirando unos árboles marcados. Tiene derecho a estar allí; ya ha hablado con el granjero, que se llama Suter.

En la linde hay un vertedero ilegal. La gente ha ido tirando basura en ese sitio apartado en lugar de llevarla al vertedero municipal, cuyo horario quizá no les convenga o cuya situación quizá les pilla a trasmano. Roy ve algo que se mueve. ¿Un perro?

Y entonces el bulto se endereza y ve que es un hombre con un abrigo mugriento. Se trata de Percy Marshall, que anda rebuscando en el basurero. Antes en estos sitios se encontraban objetos de valor, botellas o vajillas viejas o incluso alguna caldera de cobre, pero ya no es tan fácil. Además, Percy no es un rebuscador experto. Se limita a detectar cualquier cosa que pueda servirle, aunque cuesta trabajo imaginarse algo útil en ese montón de envases de plástico, pantallas rotas y colchones con el relleno salido.

Percy vive solo en una habitación de la parte trasera de una casa vacía y condenada en un cruce a unas millas de allí. Anda por las carreteras, anda por la orilla de los riachuelos y por el pueblo, hablando para sí, a veces haciendo el papel de vagabundo estúpido y a veces presentándose como astuto personaje local. Lleva una vida de desnutrición, suciedad e incomodidades por decisión propia. Intentó instalarse en el Asilo del Condado, pero no pudo soportar la rutina ni la compañía de tantas otras personas mayores. Hace mucho tiempo tuvo una granja bastante buena, pero como la vida de granjero le resultaba demasiado monótona llegó hasta lo más bajo con el contrabando, los robos chapuceros en viviendas y varias temporadas en la cárcel, y en los últimos diez años ha logrado recuperar una posición más segura con la ayuda de la pensión de vejez. Incluso han publicado su fotografía y un artículo sobre él en el periódico del pueblo.

«El último de su raza. Un espíritu libre del pueblo comparte historias e ideas».

Sale del vertedero trabajosamente, como si se sintiera obligado a dar un poco de

conversación.

—¿Vas a sacar los árboles esos?

—Podría ser —dice Roy.

Piensa que a lo mejor Percy busca que le regalen un poco de leña.

—Pues más vale que te des prisa —dice Percy.

—¿Por qué?

—Todo esto se lo llevan bajo contrato.

Roy no puede evitar halagarlo preguntándole qué contrato es ese. Percy es un cotilla pero no un mentiroso. Al menos con las cosas que le interesan de verdad, como tratos, herencias, seguros, robos en viviendas y cuestiones monetarias de todas clases. Una sorpresa para quienes lo creen un vagabundo filosófico embebido en sus recuerdos de antaño. Aunque también puede descolgarse con un poco de todo eso si es necesario.

—He oído hablar de un tipo. Cuando estaba en el pueblo —dice Percy alargando el asunto—. No sé. Parece que este tipo es dueño de un aserradero, tiene un contrato con el River Inn y les va a suministrar toda la leña que necesiten para el invierno. Una cuerda al día. Eso es lo que queman. Una cuerda al día.

—¿Dónde has oído eso? —dice Roy.

—En la cervecería. Sí, vale, voy de vez en cuando. Nunca más de una pinta. Y esos tipos yo no sé quiénes eran, pero tampoco estaban borrachos. Hablaron de dónde estaba el bosque y seguro que es este. El de Suter.

Roy había hablado con el granjero la semana anterior y creía que el trato estaba cerrado, que ya solo faltaba ponerse manos a la obra.

—Es un montón de leña —dice tranquilamente.

—Pues sí.

—Si tienen intención de llevársela toda necesitarán un permiso.

—Claro. A menos que haya algo raro —dijo Percy con profunda satisfacción.

—No es cosa mía. Tengo trabajo de sobra.

—Claro. De sobra.

Durante el camino de regreso a casa Roy no deja de pensar en lo que le han contado. Ha vendido leña al River Inn de vez en cuando, pero deben de haber decidido contratar a un solo proveedor, y no es él.

Piensa en los problemas de sacar tanta madera cuando ya ha empezado a nevar. Lo único que se podía hacer era sacar los troncos a campo abierto, antes de que empezara el invierno de verdad. Habría que llevárselos cuanto antes, amontonarlos, aserrarlos allí mismo y cortarlos más adelante. Y para sacarlos haría falta un *bulldozer*, o al menos un tractor grande. Se tendría que abrir un sendero y retirar los troncos con cadenas. Se necesitaría una cuadrilla; un par de hombres no serían suficientes de ninguna manera. Habría que hacerlo a gran escala.

De modo que no parecía un trabajo a tiempo parcial, como lo que hacía él. Seguramente sería un equipo grande, alguien de fuera del condado.

Cuando habló con él Eliot Suter no le insinuó nada sobre esa oferta. Pero quizá alguien le habría propuesto algo después y decidió olvidarse del acuerdo informal a que había llegado con Roy. Decidió dejar entrar el *bulldozer*.

Roy pasa toda la tarde pensando en llamar por teléfono para preguntar qué ocurre, pero se imagina que si el granjero ha cambiado de idea no hay nada que hacer. Un acuerdo verbal no es necesario cumplirlo. El granjero podría mandarlo a paseo en cualquier momento.

Tal vez lo mejor que puede hacer Roy es actuar como si no supiera nada de lo que le ha contado Percy, como si no supiera nada del otro tipo. Entrar allí y llevarse todos los árboles que pueda lo más rápido posible, antes de que llegue el *bulldozer*.

Naturalmente, siempre cabe la posibilidad de que Percy se equivoque por completo. No es probable que se lo haya inventado para fastidiar a Roy, pero sí que lo haya

entendido mal.

Sin embargo, cuanto más lo piensa más rechaza esa posibilidad. No para de imaginarse el *bulldozer* y los troncos con cadenas, las grandes pilas de troncos en los campos, los hombres con motosierras. Así es como se hacen las cosas hoy en día. Al por mayor.

Esa historia lo ha afectado tanto, en parte, porque no le gusta nada el River Inn, un hotel a orillas del río Peregrine. Está construido sobre las ruinas de un viejo molino no lejos del cruce donde vive Percy Marshall. En realidad el hotel es el propietario del terreno en que vive Percy y de la casa que ocupa. Tenían pensado derribar la casa, pero resulta que a los huéspedes del hotel, que no tienen gran cosa que hacer, les gusta bajar por la carretera a hacer fotos del edificio abandonado, del viejo escarificador y del carromato boca abajo que hay al lado, de la bomba inservible y de Percy, cuando se deja fotografiar. Algunos huéspedes lo dibujan. Vienen incluso de Ottawa y Montreal y sin duda creen que están en un lugar remoto.

Los del pueblo van al hotel con ocasión de una comida o una cena especiales. Lea fue una vez, con el dentista y su esposa y la higienista y su marido. Roy no quiso ir. Dijo que no quería una comida que costaba un ojo de la cara, aunque lo pagara otro. Pero no sabe exactamente qué tiene contra ellos. No está en contra de la idea de que la gente se gaste el dinero con la esperanza de divertirse, ni de que otras personas ganen dinero a costa de quienes quieren gastarlo. Ciertamente que las antigüedades del hotel habían sido restauradas y tapizadas por otros artesanos —gente que no era de allí—, pero si se lo hubieran pedido a él probablemente se habría negado, alegando que tenía demasiado trabajo. Cuando Lea le preguntó qué creía que pasaba con el hotel, lo único que se le ocurrió decir fue que cuando Diane había pedido trabajo allí de camarera la habían rechazado, diciendo que estaba demasiado gorda.

—Y lo estaba —dijo Lea—. Lo está. Ella misma lo reconoce.

Es verdad, pero Roy sigue pensando que esa gente son unos esnobs. Unos esnobs y unos aprovechados. Están construyendo edificios nuevos al estilo de una tienda y una ópera antiguos solo para impresionar a los demás. Quemar leña para impresionar. Una cuerda al día. Y ahora un obrero con un *bulldozer* nivelará el bosque como si se tratara de un maizal. Justo el comportamiento prepotente que sería de esperar, el abuso que cualquiera sabe que podrían cometer.

Le cuenta a Lea lo que ha oído. Sigue contándole cosas —por rutina—, pero ya está tan acostumbrado a que no le preste atención de verdad que apenas se da cuenta de si responde o no. En esta ocasión Lea repite lo que él ha dicho.

—Es igual. Ya tienes suficiente trabajo.

Roy contaba con esto, tanto si Lea estaba bien como si no. Que no entendiera nada. Pero ¿no es eso lo que les pasa a las esposas —y probablemente también a los maridos— en el cincuenta por ciento de los casos?

A la mañana siguiente trabaja un rato con una mesa de alas abatibles. Tiene intención de pasar todo el día en el cobertizo y terminar un par de encargos atrasados. Hacia mediodía oye el ruidoso silenciador del coche de Diane y se asoma a la ventana. Habrá venido para llevar a Lea a la reflexóloga (cree que a Lea le va bien y Lea no se opone). Pero va hacia el cobertizo, no hacia la casa.

—¿Qué tal? —dice.

—¿Qué tal?

—¿Mucha faena?

—Como siempre —dice Roy—. ¿Quieres trabajo?

Es su saludo rutinario.

—Ya tengo. Oye, a lo que he venido es a pedirte un favor. Quiero que me dejes el camión. Mañana, para llevar a Tiger al veterinario. No me apaño con él en el coche. Se ha hecho demasiado grande para el coche. No me hace ninguna gracia tener que

pedírtelo.

Roy dice que no se preocupe.

Tiger al veterinario, piensa. Eso les va a salir caro.

—¿No ibas a usar el camión? —pregunta Diane—. O sea, ¿puedes ir en el coche?

Naturalmente, Roy tenía intención de ir al bosque al día siguiente, siempre y cuando hubiera acabado ya los encargos. Llega a la conclusión de que tendrá que ir esa tarde.

—Te llenaré el depósito —dice Diane.

Así que otra cosa que deberá hacer es acordarse de llenarlo él, para que no tenga que hacerlo a Diane. Está a punto de decir: «Pues quiero ir allí porque ha surgido algo en lo que no puedo parar de pensar...», pero Diane ya ha salido a buscar a Lea.

En cuanto se pierden de vista y limpia las cosas, sube al camión y va hasta donde estuvo el día anterior. Piensa en pararse y seguir interrogando a Percy, luego llega a la conclusión de que no serviría de nada. Tales muestras de interés podrían tentar a Percy a inventarse cosas. Piensa en volver a hablar con el granjero pero decide no hacerlo por las mismas razones que la noche anterior.

Aparca el camión en el sendero que lleva al bosque. El sendero se termina enseguida y Roy lo abandona incluso antes. Se pone a dar vueltas, mirando los árboles, que parecen igual que el día anterior, sin indicios de ser cómplices de ningún plan hostil. Ha llevado la motosierra y el hacha, y tiene la sensación de que debe darse prisa. Si aparece alguien por allí, si alguien lo aborda, dirá que tiene permiso del granjero y que no sabe nada de otro trato. Dirá además que tiene intención de seguir cortando árboles a menos que el granjero le diga personalmente que se marche. Si eso llega a ocurrir, tendrá que irse, por supuesto, pero no es muy probable que ocurra, porque Suter, un hombre robusto, tiene una cadera mal y no acostumbra a andar mucho por su finca.

—... ninguna autoridad... —dice Roy hablando consigo mismo como Percy Marshall—. Quiero verlo por escrito.

Está hablando con el desconocido al que no ha visto jamás.

El suelo de cualquier bosque suele ser más agreste que la superficie del terreno que lo rodea. Roy siempre ha pensado que se debe a que los árboles caen, arrastran la tierra con las raíces y allí se quedan, pudriéndose. En el sitio donde han estado pudriéndose se amontona la tierra; donde las raíces la han arrancado quedan hoyos. Pero ha leído en alguna parte —hace poco, y le gustaría recordar dónde— que es por lo que ocurrió hace mucho tiempo, después del período glaciario, cuando el hielo que se formó entre los estratos de tierra los empujó hacia arriba, configurando extraños montículos, como ocurre actualmente en las regiones árticas. Allí donde no se ha despejado y trabajado el terreno permanecen los montículos.

Lo que le ocurre entonces a Roy es lo más corriente y al mismo tiempo lo más increíble. Es lo que le podría ocurrir a cualquier soñador despistado que caminara por el monte, a cualquier turista que contemplara boquiabierto la naturaleza, a alguien que pensara que el bosque es una especie de parque para pasear tranquilamente. A alguien que llevara zapatos ligeros en lugar de botas y no se molestara en fijarse un poco por dónde pisa. A Roy no le ha pasado nunca en los cientos de veces que ha andado por el bosque; ni siquiera ha estado a punto de pasarle nunca.

Lleva un rato cayendo una fina nieve que deja la tierra y las hojas muertas resbaladizas. Un pie se escurre y se tuerce y el otro se hunde en la broza cubierta de nieve hasta el suelo, que está más abajo de lo que Roy pensaba. Es decir, pisa sin cuidado —casi se cae— en un sitio por el que habría que pasar con cautela, vigilando, y que convendría evitar si cerca hubiera otro mejor. Aun así, ¿qué ocurre? No se cae de golpe como si hubiera tropezado con una madriguera de marmota. Pierde el equilibrio, pero se tambalea muy a su pesar, al borde de la incredulidad, y se cae con el pie que ha resbalado atrapado bajo la otra pierna. Aparta la motosierra del cuerpo y tira el hacha, pero no con bastante fuerza: el mango le da un buen golpe en la rodilla de la

pierna torcida. Aunque la sierra lo ha arrastrado hacia ella, al menos no se ha caído encima.

Ha notado cómo descendía casi a cámara lenta, dándose cuenta de ello y sin poder evitarlo. Podría haberse roto una costilla, pero no ha sido así. Y el mango del hacha podría haber saltado y haberle golpeado en la cara, pero tampoco. Podría haberse hecho un tajo en la pierna. Piensa en todas esas posibilidades sin ningún alivio inmediato, como si aún no estuviera seguro de que no han ocurrido. Porque el modo en que ha empezado todo aquello, la forma de resbalar, pisar la broza y caer ha sido tan ridícula, tan torpe y tan inverosímil que podría haber tenido las consecuencias más absurdas.

Comienza a levantarse. Le duelen las dos rodillas, una por el golpe del mango y la otra porque ha chocado con fuerza contra el suelo. Se agarra al tronco de un cerezo joven —con el que podría haberse machacado la cabeza— y se aúpa poco a poco. Prueba a descargar el peso del cuerpo sobre un pie y con el otro, el que ha resbalado y se ha torcido, apenas toca el suelo. Enseguida lo intentará con ese. Se inclina para recoger la sierra y está a punto de caerse de bruces otra vez. Siente una explosión de dolor desde el pie hasta el cráneo. Se olvida de la sierra, se endereza, sin saber bien dónde ha empezado el dolor. Ese pie... ¿se ha apoyado en él al inclinarse? El dolor ha retrocedido hacia el tobillo. Estira la pierna cuanto puede y se la examina; después pone el pie con cuidado en el suelo, trata de sostener el peso del cuerpo. Siente un dolor increíble. No se puede creer que vaya a seguir así, que el dolor vaya a vencerlo. El tobillo debe de estar algo más que torcido; debe de ser un esguince. ¿Se lo habrá roto? Con la bota no parece distinto del otro, aún digno de confianza.

Sabe que tendrá que aguantar. Tendrá que acostumbrarse para salir de allí. Y lo intenta una y otra vez, sin resultado. No puede apoyar el peso en el pie. Debe de haberse roto. Un tobillo roto..., una lesión leve, desde luego, lo que les pasa a las ancianitas cuando resbalan en el hielo. Ha tenido suerte. Un tobillo roto, una lesión leve. Sin embargo, no puede dar un paso. No puede andar.

Lo que al fin comprende es que para volver al camión tendrá que abandonar el hacha y la motosierra y andar a gatas. Se agacha tan suavemente como puede y se arrastra hasta las huellas de sus pisadas, que empiezan a llenarse de nieve. Se acuerda de comprobar que el bolsillo donde lleva las llaves está cerrado con cremallera. Se deshace de la gorra —la visera le impide ver— y la deja allí tirada. Le cae la nieve sobre la cabeza descubierta, pero no hace tanto frío. Una vez que acepta ir a cuatro patas como medio de locomoción, no va tan mal, es decir, no es imposible, aunque le cuesta trabajo apoyándose en las manos y la rodilla buena. Va con cuidado, reptando por la broza y sorteando los arbolillos, por el terreno desigual. Aun cuando llega a una pendiente por la que podría dejarse caer no se atreve; tiene que proteger la pierna lesionada. Se alegra de no haber pasado por ningún sitio enlodado y también se alegra de no haber esperado más para empezar a retroceder; la nieve arrecia y sus huellas están casi borradas. Sin ese rastro le resultaría difícil saber, desde el suelo, si va por buen camino.

La situación, que al principio veía tan irreal, empieza a parecerle más natural. Avanzando con la ayuda de las manos, los codos y una rodilla, rozando el suelo, comprobando si un tronco está podrido y después apoyándose en el vientre, llenándose las manos de hojas podridas, tierra y nieve —no puede llevar los guantes, no puede agarrarse bien ni palpar las cosas del suelo sino con las manos desnudas, frías y llenas de rasguños—, ya nada le sorprende. Deja de pensar en el hacha y la sierra que ha dejado atrás, aunque al principio le costara alejarse de ellas. Apenas piensa en cómo ocurrió el accidente. Ha ocurrido y ya está. Ya no le parece ni increíble ni raro.

Tiene que remontar un terraplén bastante pronunciado, y cuando llega arriba se toma

un respiro, aliviado por haber avanzado tanto. Se calienta las manos metiéndolas en el chaquetón, una después de la otra. Por alguna razón se pone a pensar en Diane, con su chaquetón de esquí rojo tan poco favorecedor, y llega a la conclusión de que su vida es su vida, de que no sirve de mucho preocuparse por ella. Y piensa en su mujer, que finge reírse ante el televisor. En su silencio. Al menos ella está a salvo, segura, no deambulando por esas carreteras como una refugiada. Pueden pasar cosas peores, piensa. Mucho peores.

Empieza a subir la cuesta, clavando los codos y la rodilla dolorida pero más o menos útil allí donde puede. Sigue subiendo; aprieta los dientes como si así pudiera evitar resbalar hacia abajo; se aferra a cualquier raíz al descubierto o tallo medianamente resistente que encuentra. A veces se escurre, se suelta, pero consigue pararse y empieza a trepar poco a poco. No levanta la cabeza para calcular cuánto le falta por recorrer. Si finge que la pendiente no tiene fin, llegar arriba será una especie de incentivo, una sorpresa.

Tarda un buen rato, pero finalmente alcanza terreno llano y por entre los árboles y la nieve ve el camión. El camión, el viejo Mazda rojo, un amigo viejo y fiel, esperándolo como un milagro. Ya en terreno llano recupera la confianza en sí mismo y se pone de rodillas, sirviéndose con cautela de la pierna herida; se alza tembloroso sobre la pierna buena, arrastrando la otra, tambaleándose como un borracho. Intenta andar a la pata coja. Nada; así perdería el equilibrio. Intenta descargar un poco de peso sobre la pierna herida, con delicadeza, y comprende que el dolor podría hacerle perder el conocimiento. Vuelve a desplomarse y se pone a andar a gatas, pero en lugar de acercarse al camión por entre los árboles va torciendo en ángulo recto hacia donde sabe que está el sendero. Una vez allí avanza más rápido, reptando sobre los surcos endurecidos, el barro que se ha deshelado con el sol pero que empieza a helarse otra vez. Es una crueldad para la rodilla y las palmas de las manos, aunque mucho más fácil que el camino que había tenido que seguir antes, de modo que casi se siente mareado. Ve el camión. Mirándolo a él, esperándolo.

Será capaz de conducir. Qué suerte haberse hecho daño en la pierna izquierda. Ahora que ha pasado lo peor, lo asaltan un montón de preguntas fastidiosas, aparte de cierto alivio. ¿Quién irá a recoger la sierra y el hacha, cómo va a explicar dónde están? ¿Cuánto tardará en cubrirlas la nieve? ¿Cuándo podrá volver a andar?

Es inútil. Aparta estos pensamientos, levanta la cabeza para cobrar ánimos mirando el camión. Vuelve a pararse para descansar y calentarse las manos. Ya podría ponerse los guantes, pero ¿por qué estropearlos?

Un pájaro grande alza el vuelo cerca de él y Roy estira el cuello para ver qué es. Cree que un halcón, pero podría ser un águila. Si es un águila, ¿le habrá echado el ojo, pensando en la suerte que tiene, al ver que está herido?

Espera a que vuelva volando en círculos para saber qué es por la forma de planear, y por las alas.

Y mientras tanto, mientras espera y se fija en las alas del ave —es un águila—, va comprendiendo de una forma completamente distinta la historia que le preocupa desde hace veinticuatro horas.

El camión se mueve. ¿Cuándo ha arrancado? ¿Mientras Roy observaba el pájaro? Al principio es solo un ligero movimiento, un temblorcillo sobre los surcos; podría tratarse de una alucinación. Pero oye el motor. Está en marcha. ¿Se habrá metido alguien mientras él estaba distraído o había alguien esperando todo el tiempo? Desde luego lo ha cerrado, y tiene las llaves. Vuelve a palpar el bolsillo, con la cremallera cerrada. Alguien le está robando el camión delante de sus narices, y sin las llaves. Chilla y grita, agachado como está, como si fuera a servir de algo. Pero el camión no retrocede para dar la vuelta; se acerca a él dando tumbos, y la persona que va al volante toca el claxon, no a modo de aviso, sino de saludo, mientras reduce la velocidad.

Roy ve quién es.

La única persona que tiene el otro juego de llaves. La única persona que podía ser. Lea.

Intenta trabajosamente descargar el peso sobre la pierna buena. Lea salta del camión, corre hacia él y lo sujeta.

—Acabo de caerme —le dice Roy jadeando—. Es la mayor tontería que he hecho en mi vida.

Después piensa en preguntarle cómo ha llegado hasta allí.

—Pues no he venido volando —dice ella.

Ha venido en el coche, dice —habla como si nunca hubiera dejado de conducir—, ha venido en el coche, pero lo ha dejado en la carretera.

—Es demasiado ligero para este sendero —dice—. Y he pensado que a lo mejor me quedaba atascada. Pero no, porque el barro está duro. Vi el camión. Así que vine hasta aquí andando, lo abrí y entré. Supuse que volverías pronto, al ver que estaba nevando. Pero lo que no podía imaginarme es que ibas a volver a cuatro patas.

El paseo, o quizá el frío, le ha iluminado la cara y le ha agudizado la voz. Se agacha y examina el pie de Roy; dice que cree que está hinchado.

—Podría haber sido peor —dice Roy.

Lea dice que esta ha sido la única vez que no estaba preocupada. La única vez que no lo estaba y debería haberlo estado. (Roy no se toma la molestia de decirle que no ha mostrado preocupación por nada desde hace meses). No había tenido ningún presentimiento.

—Venía a contártelo —dice—, porque no podía esperar más para contártelo. Lo que se me ocurrió cuando esa mujer me estaba dando el masaje. Y de repente te veo a gatas. Y pienso: Ay, Dios mío.

—¿Qué se te ocurrió?

—Ah, eso —dice Lea—. Bueno, no sé qué pensarás tú. Puedo contártelo más tarde. Tenemos que ir a que te vean ese tobillo.

¿Qué se te ocurrió?

Lo que se le ocurrió a Lea es que el equipo del que ha oído hablar Percy no existe. Percy oyó algo pero no sobre unos desconocidos que sacaron el permiso para cortar árboles. Lo que había oído era sobre Roy.

—Porque ese viejo de Eliot Suter es un bocazas. Conozco a esa familia, la mujer era la hermana de Annie Poole. Anda por ahí soltando lo del trato que ha hecho, venga a exagerar, y ¿qué pasa? El River Inn, para que no falte, y encima cien cuerdas al día. Uno que mientras bebe cerveza escucha a otro que bebe cerveza y ya la hemos liado. Y tú tienes una especie de contrato, o sea, un acuerdo...

—A lo mejor es una tontería... —dice Roy.

—Ya sabía yo que ibas a decir eso, pero si lo piensas...

—A lo mejor es una tontería, pero es lo mismo que se me ha ocurrido a mí hace cinco minutos.

Y así es. Es lo que le vino a la cabeza mientras contemplaba el águila.

—Pues ya ves —dice Lea, riendo satisfecha—. La que se monta con cualquier cosa remotamente relacionada con el hotel. Una historia de ganar mucho dinero.

Eso era, piensa Roy. De quien hablaban era de él. Todo el follón por él.

No vendrá el *bulldozer*, no se juntarán los hombres de las motosierras. El fresno, el arce, el haya, el quebracho, el cerezo, todo a salvo y para él. Todo a salvo, de momento.

Lea jadea por el esfuerzo de sujetar a Roy, pero es capaz de decir:

—Los genios pensamos igual.

No es momento para hablar del cambio que ha experimentado, como tampoco gritarías para felicitar a alguien que está encaramado a una escalera de mano.

Roy se ha dado un golpe en el pie al izarse —y ser izado— hasta el asiento del pasajero del camión. Se queja, y el quejido es distinto que si hubiera estado solo. No es que quiera dramatizar el dolor, sino que lo expresa así ante su mujer.

O se lo ofrece a su mujer. Porque sabe que no se siente como pensaba que se sentiría si ella recuperase la vitalidad. Y el ruido que hace podría ser para disimular esa carencia, o para disculparla. Por supuesto es natural mostrarse cauto, pues no sabe si va a durar o si es flor de un día.

Pero aunque durase, aunque fuera bien, hay algo más. Una pérdida que enturbia la ganancia. Una pérdida que le avergonzaría reconocer si tuviera fuerzas.

La oscuridad y la nieve son demasiado densas para distinguir nada más allá de los primeros árboles. Roy ya ha estado allí a esa hora, cuando cae la oscuridad a principios del invierno. Pero ahora presta atención, nota algo en el bosque que cree haber pasado por alto en las otras ocasiones. Qué caótico es, qué profundo y secreto. No se trata de un árbol después de otro, son todos los árboles juntos, instigándose y secundándose unos a otros, entretejiéndose en un solo cuerpo. Una transformación, a tus espaldas.

El bosque tiene otro nombre, un nombre que le ronda la cabeza, que entra y sale hasta que casi lo atrapa. Pero no lo consigue. Es una palabra altisonante, que parece siniestra aunque indiferente.

—Me he dejado el hacha —dice mecánicamente—. Me he dejado la sierra.

—Bueno, ¿y qué? Ya encontraremos a alguien que vaya a buscarlas.

—Y el coche. ¿Te lo llevas tú y me dejas que yo coja el camión?

—¿Te has vuelto loco?

Lea habla distraída, porque está dando marcha atrás para llevar el camión hasta el cruce. Poco a poco, pero no demasiado, pegando botes entre los surcos pero sin desviarse del sendero. Roy no está acostumbrado a los espejos retrovisores desde ese ángulo; baja la ventanilla y asoma la cabeza mientras la nieve le da en la cara. No solo para ver qué hace Lea, sino para intentar despejar el cálido atontamiento que lo invade.

—Espacio —dice—. Eso es. Espacio. Muy bien. Vas muy bien. Vas muy bien.

Mientras habla Lea dice algo sobre el hospital.

—... que te echen un vistazo. Lo primero es lo primero.

Que Roy sepa, Lea nunca había conducido el camión. Es extraordinario lo bien que se le da.

«Foresta». Esa es la palabra. Aunque no es una palabra nada extraña, lo más seguro es que Roy no la haya usado nunca. De una seriedad que normalmente a él lo echaría para atrás.

—La foresta abandonada —dice, como si eso pusiera fin a algo.

Juego de niños

Supongo que en nuestra casa se habló del asunto, más adelante.

Qué triste, qué horror. (Mi madre).

Tendría que haber habido vigilancia. ¿Dónde estaban las monitoras? (Mi padre).

Es posible que si alguna vez pasábamos junto a la casa amarilla mi madre dijera: «¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas del miedo que te daba? Pobrecilla».

Mi madre tenía la costumbre de mantener vivas las flaquezas de mi lejana niñez, incluso de atesorarlas.

Cuando eres pequeño te transformas en una persona distinta todos los años. Suele ser en otoño, cuando vuelves al colegio, ocupas tu sitio en un curso superior y dejas atrás el letargo y el desorden de las vacaciones de verano. Es entonces cuando aprecias el cambio con más nitidez. Después no estás seguro del mes ni del año, pero los cambios continúan siempre igual. Durante mucho tiempo te desprendes del pasado con facilidad y de una forma que parece automática y adecuada. Las escenas del pasado, más que desvanecerse, dejan de tener importancia. Y entonces se produce una brusca vuelta atrás, lo que está acabado y bien acabado resurge de repente, requiere tu atención, incluso que hagas algo al respecto, aunque salte a la vista que no se puede hacer nada.

Marlene y Charlene. La gente creía que éramos mellizas. En aquella época estaba de moda poner nombres que rimaran a los mellizos. Bonnie y Connie. Ronald y Donald. Y, por supuesto, nosotras —Charlene y yo— llevábamos los sombreros iguales. Sombreros culí, así los llamaban, conos anchos y bajos de paja entretrejida con una especie de lazo o elástico bajo la barbilla. Años después empezaron a ser algo casi cotidiano por las imágenes de la guerra de Vietnam en televisión. Hombres en bicicleta por una calle de Saigón con esos sombreros, o mujeres andando por una carretera con una aldea bombardeada al fondo.

En aquella época —me refiero a la época en la que Charlene y yo estábamos de campamento— se podía decir «culí» sin pensar en que resultara ofensivo. O «negrito» o «judiada». Tuve que llegar a la adolescencia, creo, para comprender las connotaciones.

Así que teníamos esos nombres y esos sombreros, y la primera vez que pasaron lista, la monitora —la que nos caía bien, Mavis, muy alegre, aunque no nos caía tan bien como la guapa, Pauline— nos señaló y dijo: «A ver, las mellizas» y siguió con otros nombres sin darnos tiempo a desmentirla.

Pero antes de eso debimos de fijarnos en los sombreros y aceptarnos mutuamente. Si no, una o las dos nos habríamos quitado esos gorros recién estrenados y los habríamos metido debajo de nuestros catres, asegurando que nuestras madres nos obligaban a llevarlos, que nosotras los odiábamos, etcétera.

Aunque hubiese aceptado a Charlene, no sabía cómo hacerme amiga suya. Las niñas de nueve o diez años —era la edad media de ese grupo, si bien algunas eran un poco mayores— no hacen amigas ni se emparejan tan fácilmente como las niñas de seis o siete. Yo me limité a seguir a unas chicas de mi pueblo —ninguna era muy amiga mía— a una de las cabañas donde había varios catres que nadie había solicitado y a plantar mis cosas sobre la manta marrón. De pronto oí una voz a mis espaldas: «Por favor, ¿puedo ponerme con mi hermana melliza?».

Era Charlene, hablando con alguien a quien yo no conocía. El dormitorio tenía capacidad para unas veinticuatro. La chica a quien Charlene abordó dijo: «Claro», y se fue a otro sitio.

Charlene había hablado en un tono especial. Halagador, socarrón, burlándose de sí misma y con un júbilo seductor, como un repiqueteo de campanas. Saltaba a la vista que se sentía más segura que yo. Y no solo estaba segura de que la otra chica se iría en lugar de soltarle: «Yo he llegado antes». (O, si era una chica maleducada, y

algunas, a quienes les pagaban el campamento el Lions Club o la iglesia, no sus padres, lo eran, podría haber dicho: «Vete a la mierda. Yo de aquí no me muevo».) No. Charlene tenía la seguridad de que cualquiera desearía hacer lo que le pedía y no se limitaría a acceder a hacerlo. Conmigo también se arriesgó, porque ¿no podría yo haber dicho: «No quiero que seamos mellizas» y haberme puesto a arreglar mis cosas? Pero no lo hice, por supuesto. Me sentí halagada, como ella esperaba, y la observé mientras vaciaba el contenido de su maleta con un aire tan festivo que se le cayeron varias cosas al suelo.

—Ya estás morena —fue lo único que se me ocurrió decirle.

—Yo me pongo morena enseguida —dijo ella.

La primera de nuestras diferencias. Nos aplicamos a la tarea de descubrirlas. Ella se ponía morena; a mí me salían pecas. Las dos teníamos el pelo castaño pero el suyo era más oscuro. Ella lo tenía ondulado; yo muy abundante. Yo era media pulgada más alta; ella tenía los tobillos y las muñecas más gruesos. Sus ojos tenían un tono más verdoso; los míos, más azulado. No nos cansábamos de inspeccionar y clasificar incluso los lunares y las pecas más visibles de nuestras espaldas, la longitud de los segundos dedos de los pies (los míos más largos que el dedo gordo, los suyos más cortos). O de contarnos las enfermedades y los accidentes que habíamos sufrido hasta entonces, así como los ajustes o extirpaciones a que habían sometido nuestros cuerpos. A las dos nos habían quitado las amígdalas —una precaución normal en aquella época—, las dos habíamos pasado el sarampión y la tos ferina, pero no habíamos tenido paperas. A mí me habían sacado un colmillo porque estaba creciendo encima de los demás dientes, y ella tenía la medialuna de un pulgar deformada porque se lo había pillado con una ventana.

Y una vez situadas las singularidades y la historia de nuestros cuerpos, continuamos con los sucesos dramáticos o casi dramáticos de nuestras familias. Ella era la pequeña y la única chica de la familia; yo, hija única. Yo tenía una tía que había muerto a consecuencia de la polio cuando todavía iba al instituto, y ella un hermano mayor en la armada. Porque estábamos en guerra, y ante la fogata del campamento canturreábamos *There'll Always Be an England, Hearts of Oak, Rule Britannia* y a veces *The Maple Leaf Forever*. Los bombardeos, las batallas y los barcos hundidos eran el telón de fondo de nuestra vida, lejano y sin embargo constante. Y de vez en cuando recibíamos un golpe más de cerca, terrible pero solemne y estimulante, como cuando mataban a un chico de nuestro pueblo o nuestra calle, y la casa en la que había vivido, sin corona funeraria ni crespones, parecía adquirir un peso especial por dentro, el cumplimiento de un destino que la derribaba. Aunque no hubiera nada de particular, si acaso un coche ajeno a la casa aparcado en la acera, señal de que unos parientes o un sacerdote habían ido a acompañar a la afligida familia.

Una de las monitoras del campamento había perdido a su novio en la guerra y llevaba su reloj —o nosotras creíamos que era su reloj— prendido en la blusa. Nos habría gustado entristecernos y preocuparnos por ella, pero tenía una voz imperiosa y autoritaria, e incluso un nombre desagradable: Arva.

El otro telón de fondo de nuestras vidas, en el que se suponía que haría hincapié el campamento, era la religión, pero como oficialmente quien se encargaba de todo era la Iglesia Unida de Canadá, no se insistía tanto en ese tema como habría ocurrido con los baptistas, ni se le daba un tratamiento tan formal como el que le habrían dispensado los católicos o incluso los anglicanos. Los padres de la mayoría de nosotras pertenecían a la Iglesia Unida (aunque algunas de las chicas a quienes les pagaban las vacaciones a lo mejor no pertenecían a ninguna), y al estar acostumbradas a su estilo sencillo y laico, ni siquiera nos dábamos cuenta de que se contentaban con las oraciones vespertinas, la bendición de la mesa antes de las comidas y la conversación especial de media hora —la llamaban charla— después del desayuno. Incluso en la

charla se hacían pocas alusiones a Dios o a Jesús y se hablaba más de la honestidad, la bondad y los pensamientos puros en nuestra vida cotidiana, y de la promesa de no beber ni fumar cuando fuéramos mayores. Nadie se oponía a este tipo de cosas ni intentaba escaparse, porque era a lo que estábamos habituadas y porque resultaba agradable sentarse en la playa bajo el sol que empezaba a calentar, cuando aún hacía demasiado frío para querer meterse en el agua.

Las mujeres mayores hacen lo mismo que Charlene y yo. A lo mejor no se cuentan los lunares de la espalda ni comparan la longitud de los dedos de los pies, pero cuando se conocen y sienten una simpatía especial y recíproca también sienten la necesidad de dar a conocer datos importantes de su vida y los grandes acontecimientos, públicos o privados, rellenando después los huecos entre medias. Si comparten esa cordialidad y ese entusiasmo es imposible que se aburran. Se reirán incluso de la trivialidad y la estupidez de lo que se cuentan, o ante la revelación de un terrible gesto de egoísmo, o decepción, o mezquindad o auténtica maldad.

Tiene que haber una gran confianza, por supuesto, pero esa confianza puede establecerse inmediatamente, en un instante.

Es algo que he observado. Supongo que empezó en los largos ratos alrededor de la fogata removiendo las gachas de mandioca o lo que fuera mientras los hombres tenían que privarse de la conversación en la espesura para no poner sobre aviso a los animales salvajes. (Tengo formación de antropóloga, pero no ejerzo muy en serio). Aunque he observado estas relaciones entre mujeres pero nunca he participado en ellas. No realmente. He fingido hacerlo porque parecía necesario, pero la mujer de la que debía hacerme amiga siempre se lo olía y se ponía a la defensiva.

Por lo general siento menos recelos con los hombres. No esperan tales intercambios y raramente les interesan de verdad.

La intimidad a la que me refiero —con mujeres— no es erótica, ni preerótica. Eso también lo he experimentado, antes de la pubertad. Entonces se hacen confidencias del mismo modo, probablemente contando mentiras, que pueden llevar a ciertos juegos, a cierto ardor momentáneo, con o sin excitación genital, seguidos de resentimiento, rechazo, asco.

Charlene me habló de su hermano, pero con verdadera repugnancia. Era el hermano que estaba en la armada. Un día entró en su habitación a buscar el gato y él estaba haciéndoselo con su novia. No se llegaron a enterar de que los había visto.

Dijo que rebotaban mientras él subía y bajaba.

O sea, que rebotaban en la cama, dije.

No, dijo Charlene. Era la cosa de su hermano lo que rebotaba al entrar y salir. Era asqueroso. Repulsivo.

Y el trasero desnudo de su hermano, todo blanco, tenía granos. Repulsivo.

Yo le hablé de Verna.

Hasta que cumplí los siete años mis padres vivieron en lo que se llamaba casa doble. Quizá todavía no se utilizara la palabra «adosada», y además la casa no estaba dividida en partes iguales. La abuela de Verna tenía alquiladas las habitaciones de atrás y nosotros las de delante. La casa era alta, fea, sin adornos, y estaba pintada de amarillo. La ciudad donde vivíamos era demasiado pequeña para tener barrios diferenciados de manera significativa, pero supongo que, dentro de lo que cabe, esa casa representaba la línea divisoria entre lo aceptable y lo decididamente ruinoso. Me refiero a cómo eran las cosas justo antes de la Segunda Guerra Mundial, al final de la Depresión. (Esa palabra no la conocíamos, creo).

Al ser profesor, mi padre tenía trabajo fijo, pero poco dinero. La calle iba decayendo detrás de nosotros entre las casas de los que no tenían ni lo uno ni lo otro. La abuela de Verna debía de tener un poco de dinero, porque hablaba con desprecio de los que vivían del auxilio social. Creo que mi madre intentaba defenderlos, sin éxito, con el

argumento de que ellos no tenían la culpa. Las dos mujeres no mantenían una especial amistad pero sí una actitud cordial ante la distribución de la colada en las cuerdas.

La abuela se llamaba señora Home. De vez en cuando iba a verla un señor, a quien mi madre se refería como el amigo de la señora Home.

No debes hablar con el amigo de la señora Home.

La verdad es que ni siquiera me dejaban jugar fuera cuando venía, así que no tenía muchas oportunidades de hablar con él. Tampoco recuerdo qué aspecto tenía, pero sí me acuerdo de su coche, azul oscuro, un Ford V-8. Me interesaban mucho los coches, probablemente porque nosotros no teníamos.

Y de repente llegó Verna.

La señora Home decía que era su nieta, y no hay razón para suponer que no fuera cierto, pero nunca vi indicios de que hubiera una generación intermedia. No sé si la señora Home se marchó y volvió con Verna o si la trajo su amigo en el V-8. Apareció el verano antes de que yo empezara a ir al colegio. No recuerdo que me dijera cómo se llamaba; no era comunicativa en el sentido normal de la palabra, y no creo que yo se lo preguntara. Desde el principio le tuve una aversión que no le había tenido a nadie. Decía que la odiaba, y mi madre preguntaba: pero ¿cómo es posible, qué te ha hecho? Pobrecilla.

Los niños utilizan la palabra «odiar» con diversos significados. A lo mejor quieren decir que están asustados. No que tengan miedo de que los vayan a agredir, como me pasaba a mí, por ejemplo, con ciertos chicos mayores que te cortaban el paso con su bicicleta en la acera y te gritaban de una forma tremenda. Lo que te asusta no es el daño físico —o no en mi caso, con Verna—, sino una especie de hechizo, de oscura intención. Es una sensación que tienes cuando eres muy pequeño incluso con las fachadas de ciertas casas y algunos troncos de árbol, por no hablar de los sótanos llenos de moho o los armarios muy profundos.

Verna era bastante más alta que yo y no sé cuántos años mayor..., ¿dos, tres? Era flaca, de constitución tan delgada y con una cabeza tan pequeña que me recordaba una serpiente. El pelo, fino, negro y lacio, le caía sobre la frente. La piel de su cara me parecía tan descolorida como la portezuela de nuestra vieja tienda de campaña de lona, y sus mejillas se hinchaban como la portezuela de la tienda con el viento. Siempre tenía la vista torcida.

Pero creo que no resultaba especialmente desagradable, o eso pensaban otras personas. Mi madre incluso la consideraba guapa, o casi guapa (decía: «Qué lástima, si podía ser guapa»). Según mi madre, tampoco su conducta tenía nada censurable. «Parece más joven de lo que es». Una manera indirecta e inadecuada de decir que Verna no había aprendido a leer ni a escribir, a saltar a la comba ni a jugar a la pelota, y que tenía la voz ronca, sin modular, y que separaba las palabras de una forma rara, como si fueran pedazos de idioma que se le atragantaban.

Su forma de meterse conmigo y de echar a perder mis juegos solitarios era más propia de una niña mayor que de una pequeña, pero de una niña mayor sin gracia ni derechos, sin nada más que una resolución agotadora y la incapacidad de comprender que no querían saber nada de ella.

Hay que reconocer que los niños son monstruosamente convencionales, que rechazan de inmediato cualquier cosa diferente, fuera de su sitio, incontrolable. Y al ser hija única, me habían mimado (y reñido) bastante. Era desgarbada, precoz, tímida, y estaba muy metida en mis propios rituales y aversiones. Detestaba incluso la diadema de celuloide que a Verna se le escurría continuamente del pelo y las pastillas de menta con rayas verdes o rojas que no paraba de ofrecirme. La verdad es que no se limitaba a ofrecérmelas; intentaba agarrarme y meterme los caramelos en la boca, riéndose sin ton ni son todo el rato. Todavía les tengo manía a las pastillas de menta. Como al nombre de Verna. No me recuerda la primavera, ni la hierba verde, ni guirnaldas de

flores o chicas con vestidos ligeros. Me recuerda más bien un reguero persistente de baba verde, de menta.

Yo no me creía que a mi madre Verna le cayera tan bien. Pero por cierta hipocresía de su carácter, me parecía a mí, por una decisión que había tomado, a mi juicio para fastidiarme, mi madre fingía tenerle lástima. Me decía que fuera amable. Al principio decía que Verna no se quedaría mucho tiempo y que cuando acabaran las vacaciones de verano volvería adondequiera que hubiera vivido antes. Después, cuando quedó claro que Verna no tenía adónde volver, me tranquilizaba asegurándome que nosotros nos mudaríamos pronto. Tenía que seguir siendo amable un poquito más. (Lo cierto es que tardamos todo un año en mudarnos). Al final perdió la paciencia y decía que se había llevado un chasco conmigo y que jamás habría pensado que tuviera tan mal carácter.

«¿Cómo puedes echarle la culpa a una persona por haber nacido así? ¿Acaso tiene ella la culpa?».

Para mí esto no tenía sentido. Si hubiera dispuesto de más recursos para discutir podría haber argumentado que yo no le echaba la culpa de nada a Verna, sino que sencillamente no quería ni verla. Pero estaba claro que le echaba la culpa a ella. No dudaba que de algún modo ella era responsable. Y por mucho que dijera mi madre, hasta cierto punto coincidía con el sentir tácito de la época y el lugar en que me tocó vivir. Incluso los adultos sonreían, con una satisfacción incontenible y un aire de superioridad que todos parecían entender, cuando decían de alguien que era «un poco corto» o que «le faltaba un hervor». Y yo creía que, en el fondo, a mi madre le pasaba lo mismo.

Empecé a ir al colegio. Verna empezó a ir al colegio. A ella la pusieron en una clase especial en un edificio especial, en una esquina de los jardines del colegio. En realidad era el edificio original del colegio del pueblo, pero en aquella época nadie se preocupaba por la historia local y años más tarde lo demolieron. Había una esquina separada por una cerca en la que pasaban el recreo las alumnas instaladas en ese edificio. Entraban media hora más tarde que nosotros por la mañana y por la tarde salían media hora antes. No debíamos molestarlas durante el recreo, pero como ellas solían pegarse a la cerca para ver lo que pasaba en la otra zona del colegio, a veces las chicas corrían hasta allí gritando y blandiendo palos para asustarlas. Yo nunca me acercaba a esa esquina; apenas veía a Verna. Era en casa donde todavía tenía que tratar con ella.

Primero se plantaba en la esquina de la casa amarilla, a observarme, y yo fingía no saber que estaba allí. Después iba tranquilamente hasta el jardín delantero y ocupaba su posición en los escalones de la parte de la casa que me correspondía. Si yo quería entrar para ir al baño o porque tenía frío, debía pasar tan cerca que la rozaba y me arriesgaba a que ella me rozara.

No conocía a nadie capaz de quedarse más tiempo en el mismo sitio que ella, mirando la misma cosa. Por lo general mirándome a mí.

Yo tenía un columpio colgado de un arce, en el que me sentaba de cara a la casa o de cara a la calle. Es decir, o me sentaba mirando a Verna o sabía que ella me estaba mirando desde atrás y que podía venir a darme un empujón. Cosa que decidía hacer al cabo de un rato. Siempre me empujaba torcida, pero eso no era lo peor. Lo peor era que sus dedos me apretaban la espalda. A través del abrigo y la ropa sus dedos parecían fríos hocicos. Otra cosa que hacía yo era construir casas de hojas. Recogía con el rastrillo hojas secas del arce del columpio, las cargaba en brazadas y las tiraba al suelo y las distribuía formando la planta de una casa. Aquí el salón, ahí la cocina, allí un montón blando para la cama del dormitorio, y así todo lo demás. Yo no me había inventado ese pasatiempo; en el patio de las chicas se trazaban casas de hojas más extensas, e incluso se amueblaban un poco, en todos los recreos, hasta que el

conserje acababa por recoger y quemar las hojas.

Al principio Verna se limitaba a observar lo que yo hacía, con su bizquera y lo que a mí me parecía una expresión de perplejidad y superioridad (¿cómo podía considerarse superior?). Después llegó un momento en que empezó a acercarse y a levantar un montón de hojas, que se desparramaban por todas partes debido a su indecisión o su torpeza. Y no las sacaba del montón de hojas que había, sino de la mismísima pared de mi casa. Las cogía, las llevaba en brazos un corto trecho y las dejaba caer —las tiraba— en medio de una de mis habitaciones ya arregladas.

Yo le gritaba que se estuviera quieta, pero ella se agachaba, recogía su dispersa carga e, incapaz de sujetarla, la lanzaba aquí y allá, y cuando todas las hojas estaban en el suelo se ponía a darles patadas a lo tonto. Yo seguía gritándole que parara, pero no me hacía caso, o a lo mejor le parecía que la estaba animando. Así que yo agachaba la cabeza, me lanzaba contra ella y le daba un cabezazo en el estómago. Como yo no llevaba sombrero, mi pelo tocaba su abrigo o su chaqueta de lana, y a mí me daba la impresión de haber rozado las cerdas de la piel de una barriga dura y basta. Subía chillando y quejándome las escaleras de casa y cuando mi madre oía la historia, me ponía más furiosa aun al decirme: «Solo quiere jugar. No sabe cómo jugar».

El siguiente otoño nos instalamos en una casa nueva de una planta y ya no tenía que pasar por delante de la casa amarilla que tanto me recordaba a Verna, como si la casa se hubiera apropiado de su cerrada malicia, su amenazante bizquera. La pintura amarilla me parecía el color mismo del insulto, y la puerta principal, descentrada, le daba un toque de deformidad.

Nuestra casa estaba a solo tres manzanas de la casa amarilla, cerca del colegio, pero la idea que yo tenía del tamaño y la complejidad del pueblo aún era tal que a mí me parecía que podía librarme por completo de Verna. Me di cuenta de que no era verdad, o no del todo, cuando un día una compañera del colegio y yo nos topamos con ella en la calle principal. La madre de la una o de la otra debía de habernos mandado a hacer un recado. Yo no levanté la vista, pero me pareció oír una risita a modo de saludo o reconocimiento cuando pasamos a su lado.

La otra chica me dijo algo que me dejó horrorizada.

—Yo creía que era tu hermana —dijo.

—¿Qué?

—Bueno, como sabía que vivíais en la misma casa pensaba que teníais que ser de la misma familia. Por lo menos primas. ¿No sois primas?

—No.

El viejo edificio en el que se impartían las clases especiales fue declarado en ruinas y las alumnas se trasladaron a la capilla de la Biblia, alquilada por el ayuntamiento los días de diario. Daba la casualidad de que la capilla de la Biblia estaba al otro lado de la calle, doblando la esquina, de la casa donde vivíamos mi padre, mi madre y yo. Verna podía haber ido al colegio por dos caminos, pero el que eligió pasaba por delante de nuestra casa. Y nuestra casa estaba a escasos pies de la acera, de modo que la sombra de Verna prácticamente podía proyectarse sobre nuestra puerta. Si le daba la gana podía dar patadas a las piedrecitas para que nos cayeran en el césped, y a menos que tuviéramos las persianas bajadas podía asomarse a nuestro vestíbulo y nuestro salón.

Habían cambiado el horario de las clases especiales para que coincidiera con el horario del colegio normal, al menos por la mañana (las especiales seguían saliendo media hora antes por la tarde). Una vez instaladas en la capilla de la Biblia debieron de pensar que no hacía falta mantenerlas separadas de las demás de camino al colegio. Eso significaba que corría el riesgo de toparme con Verna en la calle. Yo siempre miraba en la dirección por la que ella podía venir, y si la veía volvía a toda velocidad a casa con la excusa de haber olvidado algo, o de que un zapato me estaba rozando un

talón y tenía que ponerme un esparadrapo o de que se me había soltado una cinta del pelo. Yo ya no cometía la estupidez de hablar de Verna y tener que oír a mi madre decir: «Bueno, ¿y qué pasa? ¿De qué tienes miedo? ¿Es que te crees que te va a comer?».

¿Que qué pasaba? ¿Contaminación, infección? Verna iba bastante limpia y estaba sana. Y cabían pocas posibilidades de que fuera a agredirme, a darme una paliza o a tirarme del pelo. Pero solo los adultos eran lo bastante imbéciles para creer que no tenía poder. Y además, un poder dirigido concretamente contra mí. Era a mí a quien le había echado el ojo. O eso creía yo. Como si hubiera un acuerdo entre nosotras que no podía describirse ni romperse. Algo que se pega, como el amor, si bien por mi parte parecía más bien verdadero odio.

Supongo que la odiaba como algunas personas detestan las serpientes, las orugas, los ratones o las babosas. Por ningún motivo aceptable. No porque pudiera causar ningún daño real sino por cómo te revolvía las tripas y te hacía la vida imposible.

Cuando le conté a Charlene lo de Verna ya nos habíamos adentrado en lo hondo de nuestras conversaciones, esas charlas que solo parecían interrumpirse cuando dormíamos o nadábamos. Verna no era una creación tan sólida ni tan gráficamente repugnante como el culo granujiento y bombeante del hermano de Charlene, y recuerdo haber sido vaga al hablar del rechazo que me provocaba Verna. Pero luego la describí, y también mis sentimientos hacia ella, y no debió de salirme muy mal, porque un día, casi al final de nuestra estancia en el campamento, Charlene entró corriendo a mediodía en el comedor con la cara iluminada de horror y una extraña satisfacción.

«Está aquí. Está aquí. Esa chica. La chica espantosa. Verna. Está aquí».

Acabábamos de comer. Estábamos recogiendo y dejando los platos y las tazas en la repisa de la cocina para que se los llevaran y los fregaran las chicas a quienes les tocaba la cocina aquel día. Después nos pondríamos en fila para ir a la tienda de golosinas, que abría a la una todos los días. Charlene había ido corriendo al dormitorio a por dinero. Como era rica, pues su padre era el director de una funeraria, guardaba descuidadamente su dinero en la funda de su almohada. Salvo para bañarme, yo no me desprendía nunca del mío. Todas las que podíamos permitirnoslo íbamos a la tienda después de comer, a comprar algo que nos quitara el sabor de los postres que detestábamos pero que siempre probábamos, solo para confirmar si eran tan asquerosos como esperábamos. Pudín de tapioca, blandengue manzana asada, natillas pegajosas. Cuando vi la expresión de Charlene, al principio pensé que le habían robado el dinero, pero después pensé que semejante contrariedad no habría transformado su expresión de tal manera, con aquella cara impresionada y alegre.

¿Verna? ¿Cómo podía estar allí? Era una confusión.

Debía de ser viernes. Dos días más en el campamento; faltaban dos días para marcharnos. Y resulta que habían llevado un contingente de especiales —allí también las llamaban especiales— a que pasaran el último fin de semana con nosotras. No muchas —unas veinte en total—, y no todas de mi pueblo, sino de otros cercanos. El caso es que mientras Charlene intentaba darme la noticia sonó un silbato y la monitora Arva se subió a un banco para hablarnos.

Dijo que sabía que haríamos todo lo posible para que las visitas —las nuevas campistas— se sintieran a gusto, y que habían traído sus tiendas y sus monitoras, pero que comerían, se bañarían y asistirían a la charla de la mañana con las demás. Estaba segura, añadió en su habitual tono de amonestación o reprensión, de que nos lo tomaríamos como una oportunidad de hacer nuevas amigas.

Tardaron un rato en armar las tiendas y distribuir a las nuevas campistas y sus cosas. A algunas no parecía interesarles; se pusieron a dar vueltas y tuvieron que gritarles e ir a buscarlas. Como teníamos tiempo libre, la hora de descanso, compramos chocolatinas, barritas de regaliz o tofes en la tienda y fuimos a saborear las golosinas tumbadas en

nuestras literas.

—¿Te das cuenta? ¿Te das cuenta? —repetía Charlene, una y otra vez—. Está aquí. No me lo puedo creer. ¿Crees que te ha seguido?

—Es probable.

—¿Crees que siempre podré esconderte como antes?

Cuando estábamos en la cola de la tienda de golosinas había agachado la cabeza y le había dicho a Charlene que se pusiera entre las especiales y yo mientras pasaban por nuestro lado. Miré a hurtadillas y reconocí a Verna por detrás. Su cabeza colgante de serpiente.

—Deberíamos buscar algo con que disfrazarte.

Daba la impresión de que Charlene, por lo que le había contado, se había hecho la idea de que Verna me acosaba insistentemente. Y yo creía que era verdad, solo que el acoso había sido más sutil, más disimulado, que como yo lo había descrito. Dejé que Charlene pensara lo que quisiera porque así resultaba más apasionante.

Verna no me vio inmediatamente, gracias a las complicadas maniobras que hacíamos Charlene y yo para esquivarla y quizá porque estaba aturdida, como parecían estarlo la mayoría de las especiales, intentando comprender qué pintaban allí. Enseguida se las llevaron a su clase de natación, al otro extremo de la playa.

A la hora de la cena las metieron en el comedor mientras nosotras cantábamos.

*Cuanto más unidos, unidos,
cuanto más unidos estemos
más felices seremos.*

Después las separaron con toda la intención y las colocaron entre nosotras. Todas llevaban etiquetas con su nombre. Enfrente de mí había una chica llamada Mary Ellen algo, que no era de mi pueblo. Pero apenas había comenzado a alegrarme cuando vi a Verna en la mesa de al lado, más alta que sus vecinas pero por suerte sentada mirando en la misma dirección que yo, de modo que no pudo verme durante la comida. Era la más alta de todas ellas, y aun así no era tan alta; su presencia no destacaba tanto como yo recordaba. Probablemente se debía a que yo había dado un estirón durante el último año, mientras que ella quizá había dejado de crecer.

Después de la cena, cuando nos levantamos y recogimos los platos, fui con la cabeza baja sin mirar hacia ella, y aun así noté que sus ojos se posaban en mí, que me reconocía, que ponía aquella sonrisita torcida tan suya y que soltaba su extraña risita gutural.

—Te ha visto —dijo Charlene—. No mires. No mires. Yo me pongo entre tú y ella. No te pares.

—¿Viene hacia aquí?

—No. Está ahí quieta, mirándote.

—¿Sonríe?

—Algo así.

—No puedo mirarla. Vomitaría.

¿Me persiguió mucho durante el día y medio restantes? Charlene y yo empleábamos esa palabra, aunque la verdad es que Verna no se acercó a nosotras. «Perseguir». Tenía un tono adulto, jurídico. Vigilábamos continuamente, como si nos asediaran, o al menos a mí. Intentábamos no perder de vista a Verna, y Charlene me informaba de su actitud y su expresión. Me arriesgué a mirarla un par de veces, cuando Charlene decía: «Venga. Ahora no se dará cuenta».

Entonces Verna me pareció un tanto alicaída, o triste, o desconcertada, como si, igual que la mayoría de las especiales, se sintiera perdida y no acabara de comprender dónde estaba ni qué hacía allí. Algunas de ellas —pero no Verna— habían montado un alboroto cuando se escaparon al bosque de pinos, cedros y álamos del acantilado detrás de la playa o al camino de arena que desembocaba en la carretera. Después se

convocó una reunión y nos pidieron que estuviéramos pendientes de nuestras nuevas amigas, que no conocían tan bien aquel sitio. Charlene me dio un codazo en las costillas al oírlo. Naturalmente, ella no había notado ningún cambio en aquella Verna, ni que tuviera menos confianza en sí misma, ni siquiera que hubiera disminuido de tamaño, y me informaba continuamente de su expresión astuta y malvada, de sus gestos amenazadores. Y quizá tuviera razón; quizá Verna viera en Charlene, aquella nueva amiga y guardaespaldas que tenía yo, aquella desconocida, alguna señal de que allí todo había cambiado y se había vuelto incierto, y por eso fruncía el ceño, aunque yo no lo vi.

—No me habías contado lo de sus manos —dijo Charlene.

—¿Qué les pasa?

—Tiene los dedos más largos que he visto en mi vida. Podría rodearte el cuello con ellos y estrangularte. Claro que podría. ¿No sería espantoso estar con ella en una tienda de campaña por la noche?

Dije que sí. Espantoso.

—Pero las que están en su tienda son demasiado tontas para darse cuenta.

Algo cambió aquel último fin de semana; en el campamento había un ambiente completamente distinto. Nada drástico. El gong del comedor anunció las comidas a la hora debida y lo que nos dieron de comer no mejoró ni empeoró. Dedicamos el mismo tiempo al descanso, a jugar y bañarnos. La tienda de golosinas abrió como de costumbre, y nos reunieron para la charla igual que siempre. Pero reinaba una creciente atmósfera de inquietud y falta de atención. Se percibía incluso en las monitoras, que ya no tenían en la punta de la lengua las reprimendas ni las palabras de aliento de siempre y que se te quedaban mirando unos segundos como si intentaran recordar qué solían decir. Y todo parecía haber empezado con la llegada de las especiales. Su presencia había cambiado el campamento. Hasta entonces había sido un campamento de verdad, con normas, restricciones y placeres establecidos, inevitables como el colegio o cualquier aspecto de la vida de una niña, y de repente había empezado a desmoronarse, a revelar su carácter provisional. Teatro.

¿Sería porque al ver a las especiales pensaríamos que si ellas podían ser campistas no existían los campistas de verdad? En parte sí. Pero en parte se debía a que se aproximaba el momento en que todo aquello acabaría, se rompería la rutina, nuestros padres irían a buscarnos para reanudar la vida de siempre, y las monitoras volverían a ser personas normales, ni siquiera profesoras. Vivíamos en un decorado que estaban a punto de desmontar, y con él, todas las amistades, aversiones y rivalidades que habían ido creciendo durante las dos últimas semanas. ¿Quién diría que habían sido solamente dos semanas?

Nadie sabía cómo expresarlo, pero entre nosotras se extendió una especie de lasitud, de malhumor y aburrimiento, e incluso el tiempo reflejaba esa sensación. Probablemente durante las dos últimas semanas no había hecho calor y sol todos los días, pero la mayoría de nosotras sin duda nos marcharíamos con esa impresión. Y el domingo por la mañana hubo un cambio. Mientras asistíamos a las oraciones al aire libre (era lo que hacíamos los domingos en lugar de la charla) se oscurecieron las nubes. La temperatura no varió —si acaso, aumentó—, pero en el aire flotaba lo que algunos llaman olor a tormenta. Y sin embargo, qué calma. Las monitoras e incluso el sacerdote, que venía los domingos desde el pueblo más cercano, de vez en cuando miraban el cielo, recelosos.

Cayeron unas gotas, y nada más. Cuando la ceremonia tocó a su fin no se había desencadenado la tormenta. Las nubes se aclararon un poco, no tanto como para augurar que fuera a asomar el sol, pero sí lo suficiente para no tener que suspender el último baño. Después no habría almuerzo; habían cerrado la cocina tras el desayuno. No se abrirían los postigos de la tienda de golosinas. Nuestros padres empezarían a

llegar poco después de mediodía para llevarnos a casa, y el autobús vendría a por las especiales. Ya habíamos guardado la mayoría de nuestras cosas, las sábanas estaban quitadas y las ásperas mantas marrones, que siempre parecían húmedas, dobladas a los pies de cada catre.

El dormitorio, aunque estaba lleno de chicas, todas charlando y poniéndonos los trajes de baño, desvelaba su carácter pasajero y sombrío.

Lo mismo ocurría con la playa. Daba la impresión de que había menos arena que de costumbre, y más guijarros. Y la arena que había parecía gris, y el agua, fría, aunque en realidad estaba bastante caliente. Sin embargo, se había apagado nuestro entusiasmo por bañarnos y casi todas nos limitábamos a ir de un lado para otro. Las monitoras de natación —Pauline y la señora de mediana edad que se encargaba de las especiales— tuvieron que llamarnos al orden batiendo palmas.

«¡Vamos! ¿A qué esperáis? Es la última oportunidad que tendréis este verano».

Había algunas buenas nadadoras, que salían disparadas hacia la plataforma. Y todas las nadadoras pasables —entre ellas Charlene y yo— debíamos nadar hasta la plataforma al menos una vez, dar la vuelta y regresar para demostrar que éramos capaces de nadar como mínimo un par de yardas por donde cubría. Pauline normalmente nadaba hasta allí de inmediato y se quedaba un rato vigilando por si alguien se encontraba en apuros y también para comprobar que todas las que tenían que nadar lo habían hecho. Sin embargo, aquel día habían salido menos nadadoras de lo normal hacia donde tenían que ir, e incluso Pauline, después de los primeros gritos de ánimo o impaciencia —para que todas por lo menos se lanzaran al agua—, se limitaba a mantenerse a flote dando vueltas alrededor de la plataforma, riendo y bromeando con las nadadoras más fieles y expertas. La mayoría de nosotras seguíamos chapoteando en los bajíos; después nadábamos unas yardas, nos poníamos de pie y nos salpicábamos unas a otras o hacíamos el muerto, como si ya no nos apeteciera nadar. La señora encargada de las especiales estaba de pie donde el agua apenas le llegaba a la cintura —la mayoría de las especiales no pasaban de donde les llegaba a las rodillas— y no se había mojado la parte superior del bañador de flores con faldita. Estaba agachada, salpicando con las manos a las niñas a su cargo, riendo y diciéndoles: «¿A que es divertido?».

A Charlene y a mí el agua probablemente nos llegaba al pecho, no más. Habíamos ingresado en las filas de las torpes y hacíamos el muerto, nos desplomábamos y avanzábamos un poco a braza o de espaldas sin que nadie nos dijera que nos dejáramos de tonterías. Intentábamos ver cuánto tiempo podíamos mantener los ojos abiertos debajo del agua y de repente nos lanzábamos sigilosamente la una encima de la espalda de la otra. A nuestro alrededor muchas chicas chillaban y reían haciendo lo mismo.

Algunos padres u otras personas que iban a recoger campistas habían llegado temprano, mientras nos bañábamos, y dieron a entender que no tenían tiempo que perder, de modo que estaban llamando a sus hijas para que salieran del agua, lo que contribuyó al griterío y la confusión.

«Mira, mira», dijo Charlene, o más bien farfulló, porque yo la había empujado debajo del agua y acababa de salir, chorreando y escupiendo.

Miré, y era Verna que venía hacia nosotras, con un gorro de goma azul claro, golpeando el agua con sus largos dedos y sonriendo, como si de repente le hubieran restituido sus derechos sobre mí.

No he seguido en contacto con Charlene. Ni siquiera recuerdo cómo nos despedimos. Si es que nos despedimos. Tengo la idea de que nuestros respectivos padres llegaron más o menos al mismo tiempo, que nos metimos en coches distintos y nos entregamos a nuestras antiguas vidas (¿qué otra cosa podíamos hacer?). Seguro que el coche de los padres de Charlene no era tan destartado, ruidoso y tan inseguro como el de mis

padres, pero aunque no hubiera sido así no se nos habría ocurrido hacer que nuestras dos familias se conocieran. Todo el mundo, incluso nosotras, debía de tener prisa por marcharse, por dejar atrás las continuas broncas por los objetos perdidos o por quién había encontrado a sus familiares y quién no o por quién había subido al autobús.

Años más tarde vi un retrato de boda de Charlene, por casualidad. Era una época en la que aún se publicaban las fotos de boda en la prensa, no solo en los pueblos, sino en las ciudades. La vi en un periódico de Toronto que estaba hojeando mientras esperaba a un amigo en una cafetería de Bloor Street.

La boda se había celebrado en Guelph. El novio era natural de Toronto y licenciado por Osgoode Hall. Era bastante alto, o Charlene se había quedado bastante baja. Ella apenas le llegaba al hombro, incluso con el pelo recogido, apretado y brillante como un casco, al estilo de la época. El peinado hacía que su cara pareciese estrujada e insignificante, pero me dio la impresión de que llevaba los ojos muy perfilados, al estilo de Cleopatra, y los labios pálidos. Aunque parezca grotesco, entonces era lo que gustaba. Lo único que me recordaba a Charlene de niña era el gracioso bultito de la barbilla.

La novia había estudiado en Saint Hilda's College, en Toronto.

Así que debió de estar en Toronto, asistiendo a Saint Hilda's, mientras yo estaba en la misma ciudad, asistiendo al University College. Quizá habíamos paseado al mismo tiempo por los mismos senderos o calles del campus. Y jamás coincidimos. No creía que si Charlene me hubiera visto me habría evitado. Yo no habría evitado hablar con ella. Naturalmente, yo me habría considerado una estudiante más seria al descubrir que ella iba a Saint Hilda's. Mis amigos y yo la teníamos por una universidad para señoritas.

Entonces yo hacía un posgrado de antropología. Había decidido no casarme, pero no descartaba tener amantes. Llevaba el pelo largo y liso; mis amigas y yo nos anticipábamos al estilo *hippy*. Mis recuerdos de infancia eran mucho más distantes, desvaídos y nimios de lo que parecen ahora.

Podría haber escrito a Charlene a la dirección de sus padres en Guelph, que figuraba en el periódico, pero no lo hice. Me habría parecido el colmo de la hipocresía felicitar a una mujer por su matrimonio.

Pero ella sí me escribió, quizá quince años después. A la dirección de mis editores.

Mi vieja amiga Marlene. Qué emoción y alegría sentí al ver tu nombre en la revista *Maclean's*. Y me fascina pensar que has escrito un libro. Todavía no lo he comprado porque hemos estado de vacaciones, pero tengo intención de hacerlo —y de leerlo— en cuanto pueda. Estaba hojeando las revistas que se habían acumulado en nuestra ausencia cuando me llamaron la atención tu fotografía y la crítica, muy interesante. Y entonces pensé que tenía que escribirte para felicitarte.

A lo mejor estás casada pero utilizas el apellido de soltera para escribir. A lo mejor tienes familia... Escribe y cuéntamelo todo. Desgraciadamente, yo no tengo hijos, pero siempre estoy ocupada con trabajos de voluntariado, con la jardinería y navegando con Kit (mi marido). Siempre hay algo que hacer. Actualmente colaboro con la dirección de la biblioteca y les voy a retorcer el cuello si no han pedido ya tu libro.

Mi enhorabuena otra vez. Reconozco que me sorprendió un poco, pero no demasiado, porque siempre había pensado que podías hacer algo especial.

Tampoco entonces me puse en contacto con ella. Me pareció que no tenía sentido. Al principio no me fijé en la palabra «especial» del final de la carta, pero cuando más tarde pensé en ello me dio un pequeño escalofrío. Sin embargo, me dije, y sigo creyéndolo así, que para ella la palabra no significaba nada.

El libro al que se refería había surgido de una tesis que intentaron disuadirme de escribir. Yo seguí adelante y escribí otra tesis, pero volví a la primera como una especie de pasatiempo en mis ratos libres. Desde entonces había colaborado en un par de libros, como se esperaba que hiciese, pero ese libro en solitario es el único que me granjeó una pequeña oleada de consideración por parte del público no especializado (y

huelga decir que cierto rechazo de mis colegas). Está agotado. Se llamaba *Idiotas e ídolos*, un título que hoy no pondría jamás y que incluso entonces les dio un poco de miedo a mis editores, aunque reconocieron que tenía gancho.

Lo que yo intentaba investigar es la actitud de los pueblos de diversas culturas —no me atrevo a usar la palabra «primitivas» para describirlas—, la actitud hacia las personas mental o físicamente excepcionales. Palabras como «deficientes», «discapacitadas» o «retrasadas» habían quedado, por supuesto, relegadas al cubo de la basura, probablemente por una buena razón: no solo porque tales palabras pueden denotar una postura cruel y de superioridad, sino porque no son realmente descriptivas. Esas palabras desdeñan en gran medida lo que estas personas tienen de extraordinario, incluso de imponente, o al menos de particularmente poderoso. Y lo interesante fue descubrir cierto grado de veneración y persecución, y la atribución, no por completo errónea, de una serie de aptitudes consideradas sagradas, mágicas, peligrosas o valiosas. Aproveché lo mejor posible las investigaciones históricas y contemporáneas y me interesé por la poesía, la narrativa y, por supuesto, las costumbres religiosas. Naturalmente, en mi profesión me criticaron por ser demasiado literaria y por haber sacado todos los datos de los libros, pero entonces no podía correr mundo; no me habían concedido ninguna beca.

Evidentemente, veía una conexión, una conexión que pensé que quizá Charlene también llegaría a ver. Es curioso lo lejano y poco importante que me parecía aquello entonces; solo un punto de partida, como todo lo relacionado con la infancia. Y es que ya había recorrido el viaje, hasta la meta de la edad adulta. De la seguridad.

«Apellido de soltera», decía Charlene. Hacía tiempo que no oía esta expresión. Poco menos que «solterona», que suena tan triste y tan casto. Y sumamente impropio en mi caso. Cuando vi la fotografía de la boda de Charlene ya no era virgen, y supongo que ella tampoco. No es que haya tenido infinidad de amantes, o que quiera considerarlos a todos amantes. Como la mayoría de las mujeres de mi edad que no han vivido un matrimonio monógamo, sé cuántos son. Dieciséis. Estoy segura de que muchas mujeres más jóvenes habrán llegado a esa cantidad antes de los treinta, o incluso antes de los veinte. (Claro que cuando recibí la carta de Charlene debían de ser menos. Francamente, no me voy a poner a calcularlo ahora). Tres de ellos fueron importantes, y los tres se cuentan cronológicamente entre los seis primeros. Lo que quiero decir con «importantes» es que con esos tres —bueno, no, solo con dos; el tercero significó mucho más para mí que yo para él—, con esos dos llegó el momento en que quieres romperte, entregar algo más que tu cuerpo, abandonarte a la seguridad de meter tu vida entera en el mismo saco que la suya.

Logré evitarlo, pero me costó.

Así que parece que no estaba totalmente convencida de esa seguridad.

No hace mucho recibí otra carta. Me la remitían de la universidad en la que daba clase antes de jubilarme. La encontré al volver de un viaje a la Patagonia. (Me he convertido en una viajera infatigable). Estaba fechada más de un mes antes.

Una carta mecanografiada, circunstancia por la que el remitente se disculpaba inmediatamente.

«Mi letra es deplorable», decía, y continuaba presentándose como el marido de «su vieja amiguita de la infancia, Charlene». Añadía que sentía muchísimo tener que comunicarme malas noticias. Charlene estaba en el Princess Margaret Hospital de Toronto. El cáncer le había empezado en los pulmones y se había extendido al hígado. Lamentablemente, había fumado toda su vida. Le quedaba muy poco tiempo. No le había hablado de mí con frecuencia, pero cuando lo había hecho en el transcurso de los años, siempre había sido para alegrarse de mis grandes logros. Él sabía en cuánta estima me tenía y ahora, al final de su vida, parecía empeñada en verme. Le había pedido que me buscara. Quizá porque los recuerdos de la infancia son los más

importantes, decía. Los afectos de la infancia. Una fuerza sin igual.

Bueno, es muy probable que haya muerto, pensé.

Pero si ha muerto —así me lo planteé—, no hay ningún riesgo en ir al hospital y preguntar. Así mi conciencia o como quiera llamarse se quedaría tranquila. Escribiría una nota al marido diciéndole que desgraciadamente había estado fuera, pero que había ido lo antes posible.

No. Una nota no. Igual se presentaba de repente para darme las gracias. La palabra «amiguita» me molestaba. Y también, aunque de una manera distinta, lo de «grandes logros».

El Princess Margaret Hospital queda a pocas manzanas de mi edificio. Me acerqué allí un día soleado de primavera. No sé por qué no me limité a llamar por teléfono. Quizá quería pensar que había hecho todos los esfuerzos posibles.

En la recepción me enteré de que Charlene seguía con vida. Cuando me preguntaron si quería verla no supe decir que no.

Subí en el ascensor pensando que siempre podía volverme antes de llegar al mostrador de enfermería de la planta donde estaba Charlene. O dar media vuelta y bajar en el siguiente ascensor. La recepcionista no se daría cuenta de que me marchaba. En realidad, no habría advertido mi marcha ya que al cabo de un instante puso su atención en la siguiente persona de la fila, y además, si se hubiera dado cuenta, ¿a quién le habría importado?

Supongo que me habría avergonzado. No tanto por mi falta de sentimientos como por mi falta de fortaleza.

Me detuve ante el mostrador de enfermería y me dijeron el número de la habitación.

Era una habitación privada, bastante pequeña, sin aparatos impresionantes ni flores ni globos. Al principio no vi a Charlene. Una enfermera estaba inclinada sobre una cama en la que, aparte de un montón de sábanas, no parecía haber nadie. El hígado dilatado, pensé, y también que ojalá hubiera huido a tiempo.

La enfermera se enderezó, se volvió y me sonrió. Era una mujer rechoncha de piel oscura con una voz dulce y seductora que quizá indicaba que era antillana.

—Usted es el Marlín —dijo.

Había algo en aquella palabra que por lo visto le encantaba.

—Tenía tantas ganas de que viniera. Puede acercarse más.

Obedecí y vi un cuerpo hinchado, una cara afilada y estragada y un cuello de pollo al que la bata del hospital le quedaba como una milla demasiado ancha. Unos ricitos apretados —aún castaños— de un cuarto de pulgada de largo en la cabeza. Ni asomo de Charlene.

Yo ya había visto el rostro de algún moribundo. Las caras de mi padre y de mi madre, incluso la cara del hombre al que había tenido miedo de amar. No me sorprendió.

—Está durmiendo —dijo la enfermera—. Tenía tantas esperanzas de que viniera usted...

—¿No está inconsciente?

—No. Pero duerme.

Sí, lo vi en ese momento, un rastro de Charlene. ¿Qué era? Tal vez un tic, la juguetona mueca de confianza en la comisura de los labios.

La enfermera me hablaba en su tono dulce y alegre.

—No sé si la reconocerá —dijo—. Pero estaba esperando que viniera. Hay algo para usted.

—¿Se despertará?

Se encogió de hombros.

—Tenemos que ponerle inyecciones para el dolor con mucha frecuencia. —Estaba abriendo el cajón de la mesilla—. Tome. Me dijo que se lo diera a usted si era demasiado tarde para ella. No quería que se lo diera su marido. Ahora que está usted

aquí, se alegrará.

Un sobre cerrado con mi nombre escrito en temblorosas mayúsculas.

—El marido no —dijo la enfermera con un destello en los ojos y luego una amplia sonrisa.

¿Se olía algo ilícito, un secreto entre mujeres, un antiguo amor?

—Vuelva mañana. ¿Quién sabe? Ya se lo diré a ella, si es posible.

Leí la nota en cuanto bajé al vestíbulo. Charlene había conseguido escribir con letra casi normal, no de forma descontrolada como en el sobre. Desde luego, quizá había escrito la nota primero y la había metido en el sobre, y después había cerrado el sobre y lo había dejado allí, pensando que me lo daría ella misma. Hasta pasado un tiempo no debió de comprender la necesidad de poner mi nombre.

Marlene. Escribo esto por si llega un momento en que no pueda hablar. Por favor, haz lo que te pido. Por favor, ve a Guelph, a la catedral, y pregunta por el padre Hofstrader. La catedral de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro. Es tan grande que no hace falta el nombre. El padre Hofstrader. Él sabrá qué hacer. No se lo puedo pedir a C. y no quiero que se entere jamás. El padre H. lo sabe. Se lo he pedido y me ha dicho que es posible ayudarme. Marlene, hazlo, por favor. Muchísimas gracias. No tiene nada que ver contigo.

C. debe de ser su marido. Él no lo sabe. Claro que no lo sabe.

El padre Hofstrader.

Nada que ver conmigo.

Yo era libre de coger la nota y tirarla toda arrugada en cuanto saliera a la calle. Y eso hice. Tiré el sobre y dejé que el viento lo arrastrara hasta la alcantarilla de University Avenue. Después me di cuenta de que la nota no estaba en el sobre; seguía en mi bolsillo.

No pensaba volver al hospital. Y no pensaba ir a Guelph.

Su marido se llamaba Kit. Entonces lo recordé. Iban a navegar. Christopher. Kit. Christopher. C.

Cuando volví al edificio de mi casa me vi bajando en el ascensor al garaje en lugar de subir a mi apartamento. Vestida tal como iba entré en el coche, salí a la calle y me dirigí a la autopista Gardiner.

La autopista Gardiner, carretera 427, carretera 401. Era hora punta, un mal momento para salir de la ciudad. Detesto conducir así; no lo hago a menudo y no me siento segura. Llevaba menos de medio depósito de gasolina y encima tenía que ir al baño. En Milton podía salir de la carretera, llenar el depósito, ir al servicio y recargar, pensé. De momento no podía hacer más que lo que estaba haciendo: ir hacia el norte y después al oeste.

No dejé la carretera. Pasé la salida de Mississauga y después la de Milton. Vi una señal que indicaba los kilómetros que me quedaban hasta Guelph y los traduje mentalmente a millas, como tengo que hacer siempre, y calculé que tendría suficiente gasolina. La excusa que me puse para no detenerme fue que el sol iría bajando y me molestaría más, ahora que estaba dejando atrás la neblina que cubre la ciudad incluso en los días más soleados.

Cuando paré después de la salida de Guelph bajé, y fui a los servicios de señoras con las piernas rígidas y temblorosas. Luego llené el depósito de gasolina y al pagar pregunté por la catedral. No me dieron unas indicaciones muy claras pero me dijeron que estaba en una cuesta muy empinada y que la encontraría desde cualquier punto del centro de la ciudad.

Por supuesto, no era verdad, aunque la veía casi desde todas partes. Una serie de delicadas agujas que surgían de cuatro magníficas torres. Un edificio hermoso, cuando yo me lo esperaba simplemente grandioso. También era grandioso, por supuesto, una catedral espléndida e imponente para una ciudad bastante pequeña (aunque alguien me dijo más tarde que en realidad no era una catedral).

¿Sería allí donde se había casado Charlene?

No. Claro que no. La habían enviado a un campamento de la Iglesia Unida, en el que no había ninguna chica católica, aunque sí de diversas comunidades protestantes. Y además, había que tener en cuenta que C. no lo sabía.

A lo mejor Charlene se había convertido en secreto. Desde entonces.

Al final conseguí llegar al aparcamiento de la catedral, y me quedé allí sentada preguntándome qué debía hacer. Llevaba pantalones y chaqueta. Tenía una idea de cómo había que ir para entrar en una iglesia católica —una catedral católica— tan anticuada que no estaba segura de que mi atuendo fuera el adecuado. Intenté recordar las visitas a grandes iglesias europeas. ¿Había que llevar los brazos tapados? ¿Pañuelo en la cabeza, falda?

Qué silencio tan elevado, tan luminoso, en aquella colina. Abril, los árboles todavía sin ninguna hoja, aunque el sol seguía muy alto en el cielo. Había un pequeño montículo de nieve gris como el pavimento del aparcamiento de la iglesia.

La chaqueta que llevaba era demasiado ligera para la noche, o quizá hiciera más frío y más viento allí que en Toronto.

Podía muy bien ser que el edificio estuviera cerrado a esa hora, cerrado y vacío.

Las grandiosas puertas así lo parecían. Ni siquiera me molesté en subir la escalera para comprobarlo, porque decidí seguir a una pareja de viejas —viejas como yo— que acababan de ascender el largo tramo desde la calle y pasaron por delante de esos escalones hacia una entrada más cómoda en un lateral del edificio.

Dentro había más gente, quizá dos o tres docenas de personas, pero no daba la impresión de que se reunieran para asistir a un servicio religioso. Estaban dispersas por los bancos, algunas arrodilladas y otras charlando. Las mujeres que iban delante de mí metieron la mano en la pila de mármol sin siquiera mirarla y le dijeron hola —sin apenas bajar la voz— a un hombre que estaba colocando cestas sobre una mesa.

«Fuera parece que hace mucho más calor del que en realidad hace», dijo una de las mujeres, y el hombre dijo que el viento podía llevarte por los aires.

Reconocí los confesonarios. Como pequeñas casas de campo o grandes casas de muñecas de estilo gótico, con muchas tallas de madera oscura, cortinas marrón oscuro. Todo lo demás resplandecía, deslumbraba. El alto techo abovedado de un azul infinitamente celeste, las bóvedas más bajas —las que se unían con los muros rectos— decoradas con imágenes sagradas en medallones dorados. Los vitrales heridos por el sol a aquella hora del día se transformaban en columnas de joyas. Pasé discretamente por una de las naves laterales, intentando ver el altar, pero el presbiterio, que estaba en el muro occidental, era demasiado brillante para mirarlo. Sin embargo, encima de los ventanales vi ángeles pintados. Coros de ángeles, tenues y puros como la luz.

Era un lugar que imponía, pero nadie parecía abrumado por eso. Las señoras parlanchinas siguieron con su charla, en voz baja pero no en susurros. Y tras inclinar la cabeza y santiguarse con seriedad, varias personas se arrodillaron y se pusieron a lo suyo.

Como yo debía haberme puesto a lo mío. Miré a mi alrededor, buscando a un sacerdote, pero no había ninguno a la vista. Los sacerdotes, como la otra gente, tienen su jornada laboral. Han de volver a casa, sentarse en el salón, en el despacho o en la leonera, encender la televisión y aflojarse el alzacuellos. Servirse una copa, pensando en si tendrán algo decente para cenar. Cuando iban a la iglesia era con carácter oficial. Con sus vestiduras, preparados para officiar una ceremonia. ¿La misa?

U oír en confesión. Pero entonces nunca se sabe cuándo están allí. ¿No entran y salen de sus cubículos enrejados por una puerta privada?

Tendría que preguntar a alguien. El hombre que había dispuesto las cestas no parecía estar allí por motivos puramente personales, pero tampoco tenía aspecto de acomodador. Nadie necesitaba un acomodador. Cada cual decidía dónde sentarse —o arrodillarse— y algunos se levantaban y cambiaban de sitio, quizá porque les

molestaba el desaforado resplandor del sol. Le hablé en un susurro, por la costumbre de cuando iba a una iglesia, y tuvo que pedirme que se lo repitiera. Perplejo o avergonzado, señaló temblorosamente con la cabeza uno de los confesonarios. Tuve que explicarme con precisión y persuasión.

—No, no. Solo quiero hablar con un sacerdote. Me envían a hablar con un sacerdote. El padre Hofstrader.

El señor de las cestas desapareció por el otro extremo de la nave y volvió al cabo de un rato con un sacerdote joven y robusto de movimientos rápidos, con traje negro de paisano.

Me hizo señas para que lo siguiera a una habitación en la que yo no había reparado —en realidad no era una habitación; entramos por un arco, no una puerta— en la parte trasera de la iglesia.

—A ver si podemos hablar aquí —dijo, y sacó una silla para mí.

—Padre Hofstrader...

—No, no, yo no soy el padre Hofstrader. El padre Hofstrader está de vacaciones.

Durante unos momentos no supe cómo seguir.

—Haré cuanto esté en mi mano para ayudarla.

—Hay una mujer —dije—, una mujer que se está muriendo en el Princess Margaret Hospital de Toronto...

—Sí, sí. Conocemos el Princess Margaret Hospital.

—Me ha pedido..., tengo una nota suya... Quiere ver al padre Hofstrader.

—¿Es feligresa de esta parroquia?

—No lo sé. No sé si es católica. Es de aquí, de Guelph. Es una amiga a la que no veía desde hacía mucho tiempo.

—¿Cuándo ha hablado con ella?

Tuve que explicarle que no había hablado con ella, que estaba dormida, y que me había dejado una nota.

—Pero ¿no sabe si es católica?

El sacerdote tenía un herpes en la comisura de los labios. Debía de dolerle al hablar.

—Creo que sí, pero su marido no, y no sabe que ella lo es. Ella no quiere que lo sepa.

Lo dije con la esperanza de aclarar las cosas, aun sin tener la certeza de que fuera verdad. Me daba la impresión de que el sacerdote iba a desinteresarse inmediatamente del asunto.

—El padre Hofstrader debe de saberlo —dije.

—¿Y usted no ha hablado con ella?

Le dije que estaba bajo los efectos de la medicación, pero no la medicaban continuamente y que estaba segura de que tenía momentos de lucidez. También insistí en eso porque me pareció necesario.

—Es que si se quiere confesar, puede acudir a los sacerdotes que hay en el Princess Margaret.

No se me ocurría qué añadir. Saqué la nota, la alisé y se la di. Vi que la letra no era tan clara como me había parecido. Era solo legible en comparación con la del sobre.

El sacerdote puso cara de agobio.

—¿Quién es C.?

—Su marido.

Me preocupaba que preguntara el apellido del marido, para ponerse en contacto con él, pero preguntó el de Charlene. Cómo se llama esta mujer, dijo.

—Charlene Sullivan.

Me extrañó recordar el apellido, y me tranquilicé un instante porque parecía católico. Eso significaba, claro, que quizá el católico era el marido, pero el sacerdote podía llegar a la conclusión de que el marido no era practicante, en cuyo caso el secreto de Charlene sería más comprensible, su recado más urgente.

—¿Por qué necesita al padre Hofstrader?

—Creo que se trata de algo especial.

—Todas las confesiones son especiales.

Hizo un movimiento como para levantarse, pero yo me quedé donde estaba. Él volvió a sentarse.

—El padre Hofstrader está de vacaciones, pero no se ha marchado de la ciudad. Podría llamarlo por teléfono y preguntarle, si usted se empeña.

—Sí, por favor.

—No me gusta tener que molestarlo. No se encuentra bien.

Dije que si no se encontraba en condiciones de conducir hasta Toronto lo llevaría yo.

—Podemos encargarnos de su transporte en caso necesario.

Miró a su alrededor y no vio lo que quería; desprendió una pluma de su bolsillo y debió de pensar que el lado en blanco de la nota sería suficiente para escribir.

—A ver si he entendido bien el nombre. Charlotte...

—Charlene.

¿No me tentó tanta palabrería? ¿Ni una sola vez? Podría haberme abierto, tener la sensatez de abrirme, al vislumbrar el perdón, inmenso aunque engañoso. Pero no. Esas cosas no son para mí. Lo hecho, hecho está. A pesar de los coros de ángeles y las lágrimas de sangre.

Me quedé sentada en el coche sin pensar en encender el motor, aunque hacía un frío tremendo. No sabía qué hacer. Es decir, sabía qué podía hacer. Llegar a la carretera e incorporarme al eterno y brillante flujo de coches en dirección a Toronto. O buscar un sitio donde pasar la noche, si no me veía con fuerzas para conducir. En la mayoría de los hoteles te proporcionaban un cepillo de dientes o tenían una máquina donde podías comprarlo. Sabía lo que era necesario y posible, pero de momento no me sentía con suficientes fuerzas.

En teoría, las lanchas a motor debían quedarse a una distancia considerable de la orilla del lago. Y sobre todo de nuestro campamento, de modo que las olas que provocaban no nos impidieran nadar. Pero la última mañana, aquella mañana de domingo, un par de ellas iniciaron una carrera y se acercaron trazando círculos, hasta la plataforma no, por supuesto, pero sí lo suficiente para producir olas. La plataforma se balanceó, y la voz de Pauline se alzó en un grito de reproche y consternación. Las lanchas hacían tanto ruido que los pilotos no podían oírla, y de todos modos ya habían provocado una gran ola que se deslizaba hacia la orilla y nos obligaba a la mayoría de las que estábamos en los bajíos a saltar o a caernos.

Charlene y yo perdimos el equilibrio. Estábamos de espaldas a la plataforma, porque observábamos a Verna, que se acercaba a nosotras. El agua nos llegaba hasta las axilas, y justo en el momento en que oímos el grito de Pauline nos zarandó y nos aupó. Podríamos haber chillado como tantas otras, primero de miedo y encantadas después, cuando volvimos a hacer pie y la ola continuó. Las siguientes olas no llegaron con tanta fuerza, de modo que pudimos resistirlas.

En el instante en que nos caímos, Verna se lanzó hacia nosotras. Cuando subimos con la cabeza chorreando y sacudiendo los brazos ella estaba tendida bajo la superficie del agua. Había un barullo de voces y chillidos por todas partes, que aumentó cuando llegaron las olas más débiles y quienes no habían sufrido el primer embate fingieron que el segundo las derribaba. La cabeza de Verna no asomaba a la superficie, aunque ya no estaba inerte, sino que se movía pausadamente, ligera como una medusa. Charlene y yo teníamos las manos sobre ella, sobre el gorro de goma.

Podría haber sido un accidente. Como si al intentar recuperar el equilibrio nos hubiéramos agarrado a aquel objeto gomoso, grande y cercano, sin apenas darnos cuenta de lo que era ni de lo que hacíamos. Lo he pensado muy bien. Creo que nos habrían perdonado. Niñas aterrorizadas.

Sí, sí. No sabían lo que hacían.

¿Es verdad, al menos hasta cierto punto? Es verdad en el sentido de que no decidimos nada, al principio. No nos miramos para decidir hacer lo que hicimos después conscientemente. Conscientemente, porque nuestras miradas se encontraron cuando Verna intentó subir a la superficie. Su cabeza se empeñaba en subir, como una bola de masa en un estofado. El resto del cuerpo se movía débil y torpe bajo el agua, pero la cabeza sabía lo que tenía que hacer.

Se nos podría haber escurrido la cabeza de goma, el gorro de goma, de no haber sido por el relieve que lo hacía menos resbaladizo. Recuerdo perfectamente el color, el azul claro e insípido, pero no llegué a distinguir el dibujo —un pez, una sirena, una flor— cuyas protuberancias se me incrustaban en las palmas de las manos.

Charlene y yo nos mirábamos fijamente, sin prestar atención a lo que hacían nuestras manos. Charlene tenía los ojos muy abiertos, jubilosos, y supongo que yo también. No creo que nos sintiéramos malas, triunfantes por nuestra maldad. Era más bien como si estuviéramos haciendo lo que se nos exigía, aunque parezca mentira, como si fuera el cénit, la culminación de nuestra vida, de nuestro ser.

Habíamos ido demasiado lejos para echarnos atrás, se podría decir. No teníamos elección. Pero juro que no elegimos nada, de ninguna manera.

Todo aquello probablemente no llevó más de dos minutos. ¿Tres? ¿O un minuto y medio?

Parece excesivo decir que las nubes amenazantes aclararon justo entonces, pero hubo un momento —quizá con la irrupción de las lanchas, o cuando gritó Pauline, o cuando golpeó la primera ola, o cuando el objeto de goma dejó de tener voluntad propia bajo nuestras manos— en que salió el sol, aparecieron más padres en la playa y nos llamaron a todas para que dejásemos de armar jaleo y saliéramos del agua. Se había acabado el baño. Acabado para todo el verano, para quienes no vivían cerca del lago o de las piscinas municipales. Las piscinas privadas solo existían en las revistas de cine. Como ya he dicho, me falla la memoria y no recuerdo cuándo me separé de Charlene y subí al coche de mis padres. Porque no importaba. A esa edad las cosas terminan. Te esperas que las cosas terminen.

Estoy segura de que no dijimos nada tan banal, insultante o innecesario como: «No se lo cuentes a nadie».

Me imagino que empezó la inquietud, pero no se propagó con tanta rapidez como lo habría hecho de no rivalizar con otras varias tragedias. Una niña ha perdido una sandalia, una de las más pequeñas grita que se le ha metido arena en un ojo por culpa de las olas. Casi seguro que otra está vomitando por la excitación en el agua o el barullo de las familias que llegan o el consumo demasiado apresurado de caramelos de contrabando.

Y pronto, pero no inmediatamente, la angustia que lo impregnaría todo: falta alguien.

—¿Quién?

—Una de las especiales.

—Maldita sea. Era de esperar.

La señora que se ocupa de las especiales corriendo de un lado para otro, con el bañador de flores, la piel de los gruesos brazos y piernas bamboleándose como natillas. La voz desesperada y llorosa.

Que alguien vaya a mirar en el bosque, que suba hasta el sendero, que grite su nombre.

—¿Cómo se llama?

—Verna.

—Un momento.

—¿Qué pasa?

—¿No hay algo ahí en el agua?

Pero creo que nosotras ya nos habíamos marchado.

Demasiada felicidad

Muchas personas que no han estudiado matemáticas las confunden con la aritmética y las consideran una ciencia seca y árida. Lo cierto es que esta ciencia requiere mucha imaginación.

SOFIA KOVALEVSKI

1

El primer día de enero del año 1891 una mujer menuda y un hombre corpulento andan por el Viejo Cementerio de Génova. Los dos rondan los cuarenta años. La mujer tiene la cabeza grande, como un niño, con una mata de pelo oscuro y rizado y una expresión preocupada, un poco suplicante. Su rostro empieza a parecer ajado. El hombre es inmenso. Pesa doscientas ochenta y cinco libras, repartidas por un cuerpo enorme; como es ruso a menudo lo llaman oso, y también cosaco. En estos momentos está agachado sobre unas lápidas, escribiendo en un cuaderno, recopilando inscripciones y tratando de descifrar abreviaturas que no comprende de inmediato, a pesar de que habla ruso, francés, inglés e italiano y comprende el latín clásico y medieval. Sus conocimientos son tan dilatados como su físico, y aunque su especialidad es el derecho administrativo, es capaz de disertar sobre el desarrollo de las instituciones políticas contemporáneas de Estados Unidos, las peculiaridades de la sociedad en Rusia y en Occidente y las leyes y costumbres de los imperios antiguos. Pero no es un pedante. Es ocurrente y goza de muchas simpatías, se siente a sus anchas en ambientes muy distintos y puede llevar una vida sumamente cómoda gracias a sus propiedades cerca de Jarkov. Sin embargo, tiene prohibido ocupar un puesto académico en Rusia, por ser liberal.

Su nombre le pega mucho. Maksim. Maksim Maksimóvich Kovalevski.

La mujer que lo acompaña también es una Kovalevski. Estuvo casada con un primo lejano de él, pero ahora es viuda.

Le habla en tono de broma.

—Sabes que uno de los dos va a morir —le dice—. Uno de los dos morirá este año.

—¿Y eso por qué? —le pregunta él, sin prestarle mucha atención.

—Porque hemos estado en un cementerio el primer día de Año Nuevo.

—En efecto.

—Todavía hay unas cuantas cosas que tú no sabes —añade ella con voz coqueta pero inquieta—. Yo las sabía antes de los ocho años.

—Las chicas pasan más tiempo con las cocineras y los chicos con los mozos de cuadra... Supongo que es por eso.

—¿Y los chicos de las cuadras no saben nada de la muerte?

—No mucho. Se concentran en otras cosas.

Ese día hay nieve pero es blanda. Donde pisan dejan huellas negras, derretidas.

Se conocieron en 1888. Él había ido a Estocolmo para asesorar sobre la fundación de una escuela de ciencias sociales. Su nacionalidad común, que llegaba hasta un apellido común, habría cruzado sus caminos aunque no hubiera existido una atracción especial. Ella habría tenido la responsabilidad de acompañar y hacerse cargo de un correligionario liberal a quien no acogían en su propio país.

Pero no resultó en absoluto una obligación. Cayeron el uno en brazos del otro como si de verdad hubieran sido parientes que no se veían desde hacía tiempo. A continuación un torrente de bromas y preguntas, una comprensión inmediata, una exuberante algarabía en ruso, como si las lenguas de Europa occidental fueran endeble jaulas puramente formales en las que llevaban demasiado tiempo confinados, o míseras sustitutas de la verdadera habla humana. También su conducta desbordó muy pronto las convenciones de Estocolmo. Él se quedaba hasta tarde en el apartamento de ella. Ella iba sola a almorzar con él en su hotel. Cuando él se hirió una pierna por culpa de un percance en el hielo, ella lo ayudaba a bañarse y vestirse, y no solo eso: se lo contó a la gente. Entonces estaba tan segura de sí misma, y sobre todo de él... Escribió una

descripción de Maksim, sacada de De Musset, y se la envió a una amiga.

*Es muy alegre, y al mismo tiempo muy sombrío,
vecino desagradable, excelente camarada,
sumamente gracioso y sin embargo tan afectado.*

Indignantemente ingenuo, mas muy displicente.

Terriblemente sincero, y tan astuto al mismo tiempo.

Y al final decía: «Y encima, un verdadero ruso; eso es».

Maksim el Gordo, lo llamaba ella por entonces.

«Nunca he sentido tal tentación de escribir novela romántica como con Maksim el Gordo». Y: «Ocupa demasiado sitio, en el diván y en mi cabeza. En su presencia me resulta del todo imposible pensar en otra cosa que no sea él».

Esto ocurría precisamente cuando tendría que haber estado trabajando noche y día, preparando la memoria para el premio Bordin. «No solo estoy descuidando las Funciones, sino también las Integrales Elípticas e incluso mi Cuerpo Rígido», bromeaba con su colega, el matemático Mittag-Leffler, quien convenció a Maksim de que había llegado el momento de que fuera a Upsala a dar conferencias durante una temporada. Sofia lo apartó con gran esfuerzo de sus pensamientos, dejó de fantasear, volvió a centrarse en el movimiento de los cuerpos rígidos y en la solución del llamado problema de la sirena mediante las funciones zeta con dos variables independientes. Trabajaba apresurada pero feliz, porque en el fondo seguía pensando en él. Cuando regresó, ella estaba agotada, aunque pletórica. Dos triunfos: su trabajo listo para una última revisión y una presentación anónima; su amante gruñón pero alegre, entusiasta tras regresar del destierro y, según todos los indicios, decidido a convertirla en la mujer de su vida, o eso pensaba ella.

Lo que los echó a perder fue el premio Bordin. Eso creía Sofia. Al principio también ella se dejó seducir, fascinada por las luces y el champán. El vértigo de los halagos, el deslumbramiento y los besamanos recubrían con una gruesa capa ciertas realidades, realidades fastidiosas pero inmutables. La realidad de que jamás le ofrecerían un trabajo digno de su talento, de que tendría mucha suerte si le tocaba dar clase en una escuela femenina de provincias. Y mientras ella disfrutaba, Maksim se disponía a desaparecer. Ni una sola palabra sobre el verdadero porqué, solo los artículos que tenía que escribir, lo mucho que necesitaba la paz y la tranquilidad de Beaulieu.

Maksim se sentía relegado. Un hombre que no estaba acostumbrado a ser relegado, que probablemente jamás había acudido a ningún salón, a ninguna recepción, desde que era adulto, donde hubiera ocurrido tal cosa. Y tampoco ocurría en París. No era que él se sintiese invisible allí, donde Sofia acaparaba la atención, sino que lo de él se daba por supuesto. Un hombre de consolidada valía y reputación permutable, con cierto volumen corporal e intelectual, unido a un ingenio agudo, una habilidad y un encanto masculinos. En cambio, ella era una absoluta novedad, un bicho raro delicioso, la mujer con talento artístico y timidez femenina, encantadora, y sin embargo con una mente pertrechada de una forma nada convencional bajo sus rizos.

Él le escribió desde Beaulieu, frío y desabrido, pidiendo disculpas y rechazando el ofrecimiento de Sofia de ir a verlo una vez hubiera pasado todo aquel trajín. Había una señora que se alojaba en su casa a quien de ninguna manera podía presentarla, decía él. Esa señora estaba pasando por grandes dificultades y en aquellos momentos requería toda su atención. Sofia debía regresar a Suecia, decía; sería feliz donde la esperaban sus amigos. Sus alumnos la necesitaban, y también su hijita. (¿Un golpe bajo, la insinuación, que Sofia ya había oído, de que no era una buena madre?).

Y al final de la carta, una frase terrible: «Si te amara, habría escrito de otra manera».

El fin de todo. Volver de París con su premio y su chocante y fulgurante fama, volver con sus amigos, que de repente no significaban nada para ella. Volver con sus alumnos, que significaban algo más, pero solo cuando se presentaba ante ellos

transformada en matemática, la parte de su personalidad que, cosa rara, aún era accesible. Y volver con su Fufu, supuestamente desatendida pero tremendamente dichosa.

En Estocolmo todo se lo recordaba.

Estaba en la misma habitación, con los muebles trasladados a costa de un gasto disparatado desde la otra orilla del mar Báltico. El mismo diván frente a ella que hacía poco había soportado con entereza la mole de Maksim. Y encima la suya, cuando él la tomaba diestramente entre sus brazos. A pesar de su tamaño, él jamás había sido torpe como amante.

El mismo damasco rojo, en el que se habían sentado invitados ilustres y no tan ilustres cuando estaba en su antiguo hogar, ya perdido. Quizá se hubiera sentado en él Fiódor Dostoievski, en su lamentable estado nervioso, deslumbrado por Aniuta, su hermana. Y por supuesto, Sofia, la hija que tanto dejaba que desear a ojos de su madre, la hija siempre molesta.

La misma vieja vitrina, también traída desde su casa de Palibino, con los retratos de sus abuelos incrustados, pintados sobre porcelana.

Los abuelos Shubert. Ningún consuelo por esa parte. Él de uniforme, ella con un vestido de fiesta, tan absurdamente satisfechos de sí mismos. Habían conseguido lo que querían, suponía Sofia, y por quienes no eran tan intrigantes o tan afortunados solo sentían desprecio.

—¿Sabías que soy medio alemana? —le había dicho Sofia a Maksim.

—Por supuesto. ¿Cómo si no podrías ser tal prodigio de laboriosidad, y tener la cabeza tan llena de números míticos?

Si te amara.

Fufu le trajo un plato de mermelada y le pidió que jugara a un juego de cartas infantil.

—Déjame en paz. ¿Es que no puedes dejarme en paz?

Más adelante enjugó las lágrimas de la niña y le pidió perdón.

Pero bien mirado Sofia no era de las que se hundían para siempre. Se tragó el orgullo e hizo acopio de sus recursos; escribió cartas desenfadadas que al hablar con desenvoltura de placeres frívolos —patinar, montar a caballo— e interesarse por la política rusa y francesa podían bastar para tranquilizar a Maksim, e incluso para hacerle sentir que su advertencia había sido cruel e innecesaria. Logró arrancarle otra invitación, y se marchó a Beaulieu en cuanto terminó sus clases, en verano.

Días placenteros. También malentendidos, como los llamaba ella. (Con el tiempo lo cambiaría por «conversaciones»). Rachas de frialdad, rupturas, rupturas a medias, repentina cordialidad. Un accidentado viaje por Europa, durante el que se presentaron abierta y escandalosamente como amantes.

Sofia pensaba a veces si Maksim iría con otras mujeres. Ella jugueteaba con la idea de casarse con un alemán que la cortejaba. Pero el alemán era demasiado quisquilloso y ella sospechaba que quería un ama de casa. Además, no estaba enamorada de él. Cada vez que el hombre pronunciaba sus concisas palabras de amor en alemán, a ella se le helaba la sangre.

Cuando se enteró de aquel honorable cortejo, Maksim dijo que lo mejor sería que se casara con él. Siempre y cuando ella pudiera sentirse a gusto con lo que él le ofrecía, añadió. Al decirlo fingió referirse al dinero. Por supuesto, lo de sentirse a gusto con sus riquezas era una broma. Sentirse a gusto con una tibia y cortés oferta de sentimientos, que descartara las decepciones y los alborotos que casi siempre provocaba ella..., eso era un asunto completamente distinto.

Sofia se refugió en el tono burlón, dejando que Maksim pensara que ella no creía que sus palabras fueran en serio, y no tomaron ninguna decisión. Pero al volver a Estocolmo se consideraba una imbécil. Y le contó por carta a Julia, antes de ir al sur en Navidad, que no sabía si iba camino de la felicidad o de la amargura. Se refería a que

le diría que ella iba en serio y averiguaría si él también. Estaba preparada para la decepción más humillante.

Se libró de eso. Al fin y al cabo, Maksim era un caballero y cumplió su palabra. Se casarían en primavera. Una vez decidido, se sintieron más a gusto el uno con el otro que al principio. Sofia se portaba bien, sin enfados ni arrebatos. Él esperaba cierto decoro, pero no el decoro del ama de casa. Jamás se opondría a que fumara, a sus interminables tazas de té y a su apasionamiento político, como quizá haría un marido sueco. Y a ella no le desagradaba comprobar que cuando a él le fastidiaba la gota podía ser tan irracional, irritante y egocéntrico como ella. Al fin y al cabo, eran compatriotas. Y se sentía culpable y aburrida con los suecos, tan racionales, los únicos en Europa dispuestos a contratar a una matemática para su nueva universidad. Su ciudad era demasiado limpia, demasiado pulcra, sus fiestas demasiado comedidas. Una vez que llegaban a la conclusión de que cierta forma de actuar era la correcta la seguían hasta el final, sin las veladas de discusión, estimulantes y probablemente peligrosas, que se prolongaban sin fin en San Petersburgo o París.

Maksim no se entrometería en el verdadero trabajo de Sofia, que era la investigación, no la enseñanza. Se alegraría de que tuviera algo que la absorbiera, aunque ella sospechaba que las matemáticas no le parecían banales pero sí un tanto accesorias. ¿Cómo iba a pensar un profesor de derecho y sociología?

El tiempo es más cálido en Niza, unos días más tarde, cuando Maksim la acompaña al tren.

—¿Cómo voy a irme, cómo voy a dejar este aire tan suave?

—Ah, pero te están esperando tu mesa y tus ecuaciones diferenciales. En primavera serás incapaz de apartarte de ellas.

—¿Tú crees?

No debe pensar..., no debe pensar que él está insinuándole que ojalá no se casen en primavera.

Sofia ya ha enviado una carta a Julia, diciéndole que, después de todo, va a ser feliz. Después de todo, felicidad. Felicidad.

En el andén un gato negro se les cruza en diagonal. Sofia detesta los gatos, especialmente los negros, pero no dice nada y refrena un estremecimiento. Y como para recompensarla por su autocontrol, Maksim anuncia que irá con ella hasta Cannes, si le parece bien. Ella apenas puede responder, por lo agradecida que está, además de por la funesta presión del llanto. Llorar en público es algo que a Maksim le parece despreciable. (Y cree que tampoco tiene por qué soportarlo en privado).

Sofia logra reprimir las lágrimas, y cuando llegan a Cannes, él la envuelve en sus amplias ropas, de buen corte, con su olor a virilidad, una mezcla de aroma de animales con pelo y de tabaco caro. La besa con decoro pero pasa rápidamente la lengua por sus labios, recordatorio de íntimas ansias.

Naturalmente, ella no le ha recordado que su trabajo trataba de la teoría de las ecuaciones diferenciales parciales, ni que lo terminó hace tiempo. Pasa la primera hora de su solitario viaje como suele pasar el primer rato tras separarse de él: sopesando las señales de afecto y las de enfado, las de indiferencia y las de una pasión con ciertas reticencias.

«Recuerda que cuando un hombre sale de una habitación, se lo deja todo en ella —le ha dicho su amiga Marie Mendelson—. Cuando sale una mujer, se lleva todo lo que ha ocurrido allí».

Al menos ahora tiene tiempo de descubrir que sufre un resfriado de garganta. Sofia espera que, si Maksim lo ha pillado también, no sospeche de ella. Como es un soltero con salud de hierro, considera el menor contagio un insulto, y para él la mala ventilación o un aliento fétido son agresiones personales. En ciertos sentidos es un malcriado, francamente.

Malcriado y, aunque parezca mentira, envidioso. Hace algún tiempo le contó a Sofia por carta que habían empezado a atribuirle a ella ciertos escritos suyos, por la coincidencia de apellidos. Había recibido una carta de un agente literario de París, que se dirigía a él como «Estimada señora».

Por desgracia, había olvidado que ella era novelista además de matemática, decía. Qué decepción para el parisiense que él no fuera ninguna de las dos cosas. Un simple erudito, y hombre.

Una broma estupenda, desde luego.

2

Sofia se queda dormida antes de que enciendan las luces del tren. Sus últimos pensamientos de vigilia —pensamientos desagradables— son para Victor Jaclard, el marido de su hermana muerta, a quien tiene pensado ir a ver en París. En realidad es a su joven sobrino, Urey, el hijo de su hermana, a quien desea ver, y el chico vive con su padre. Siempre recuerda a Urey tal y como era a los cinco o seis años de edad, angelicalmente rubio, confiado y cariñoso, pero de temperamento nada parecido al de su madre, Aniuta.

Se ve en un confuso sueño con Aniuta, con la Aniuta de mucho antes de la aparición de Urey y Jaclard. La Aniuta soltera, de pelo dorado, hermosa y de mal genio, en la finca familiar de Palibino, donde está decorando su habitación de la torre con iconos ortodoxos y quejándose de que no son los objetos religiosos propios de la Europa medieval. Ha leído una novela de Bulwer-Lytton y se ha cubierto de velos para imitar a Edith Cuello de Cisne, la amante de Harold de Hastings. Tiene pensado escribir ella también una novela sobre Edith y ya ha terminado unas cuantas páginas donde describe la escena en que la heroína ha de identificar el cuerpo despedazado de su amante por ciertas marcas que solo ella conoce.

Por alguna razón ha llegado a este tren y le lee las páginas a Sofia, que no tiene ánimos para explicarle cómo han cambiado las cosas y qué ha ocurrido desde los tiempos de la habitación de la torre.

Al despertarse, Sofia piensa en que todo aquello era cierto —la obsesión de Aniuta con la historia medieval, especialmente con la de Inglaterra— y en que un buen día aquello desapareció, velos incluidos, como si nunca hubiera existido, y en su lugar surgió una Aniuta seria y anclada en el presente, que escribía sobre una joven que a instancias de sus padres y por motivos convencionales rechaza a un joven investigador que muere. Tras su muerte, ella comprende que lo ama y no tiene otra opción que seguirlo a la tumba.

Envió en secreto el relato a una revista dirigida por Fiódor Dostoievski, y lo publicaron.

Su padre se indignó.

«Si ahora vendes tus relatos, ¿cuánto tardarás en venderte a ti misma?».

En medio de la confusión entró en escena el propio Fiódor, que se portó fatal en una fiesta pero aplacó a la madre de Aniuta con una visita privada y acabó por pedir a Aniuta en matrimonio. La firme oposición del padre casi convenció a Aniuta de aceptar, de fugarse. Pero a fin de cuentas, también apreciaba su propia celebridad, y quizá tuvo la premonición de que debería sacrificarla, con Fiódor, de modo que lo rechazó. Él la convirtió en la Aglia de su novela *El idiota* y se casó con una joven taquígrafa.

Sofia vuelve a adormilarse, se sumerge en otro sueño en el que Aniuta y ella son jóvenes pero no tanto como en Palibino, y están juntas en París. Jaclard, el amante de Aniuta —todavía no su marido—, ha sustituido a Harold de Hastings y a Fiódor el novelista como héroe, y además Jaclard es un auténtico héroe, aunque maleducado (se vanagloria de sus orígenes campesinos) e infiel desde el principio. Está luchando en las afueras de París, y Aniuta teme que lo maten, porque es muy valiente. En el sueño de Sofia, Aniuta ha ido a buscarlo, pero las calles por las que deambula llorando y gritando su nombre son de San Petersburgo, no de París, y Sofia se queda en un

enorme hospital parisiense lleno de soldados muertos y civiles ensangrentados, y uno de los muertos es su marido, Vladimir. Huye de todas aquellas víctimas, buscando a Maksim, que está a salvo en el hotel Splendide. Maksim la sacará de todo aquello.

Se despierta. Lluve y está oscuro, y no está sola en el compartimento. Hay una joven desaliñada sentada junto a la puerta, con una carpeta de dibujo. Sofia teme haber gritado en sueños, pero lo más probable es que no lo haya hecho, porque la chica duerme plácidamente.

Si la chica hubiera estado despierta, quizá Sofia le habría dicho: «Perdone, estaba soñando con mil ochocientos setenta y uno. Yo estaba allá, en París; mi hermana estaba enamorada de un comunero. Lo capturaron y podrían haberlo matado o enviado a Nueva Caledonia, pero conseguimos sacarlo. Lo hizo mi marido. Mi marido, Vladimir, que no era comunero y lo único que quería era ver los fósiles del Jardin des Plantes».

La chica se habría aburrido. A lo mejor habría sido cortés, aunque de todos modos habría dado la sensación de que para ella todo aquello había sucedido antes del destierro de Adán y Eva. Seguramente ni siquiera era francesa. Las chicas francesas que se podían permitir viajar en segunda no solían ir solas. ¿Quizá norteamericana?

Era sorprendentemente cierto que Vladimir pudo pasar algunos de aquellos días en el Jardin des Plantes. Y falso que lo hubieran matado. En medio del caos estaba cimentando su única y auténtica vocación, la de paleontólogo. Y también era cierto que Aniuta llevó a Sofia a un hospital en el que habían despedido a todas las enfermeras profesionales, a quienes consideraban contrarrevolucionarias, y las iban a sustituir las esposas y camaradas de los comuneros. Las mujeres normales y corrientes maldecían las sustituciones porque no sabían ni poner un vendaje y los heridos morían, aunque la mayoría habría muerto de todos modos. Además de las heridas de guerra había que enfrentarse a las enfermedades. Se decía que la gente comía perros y ratas.

Jaclard y sus revolucionarios lucharon durante diez semanas. Tras la derrota encarcelaron a Jaclard en Versalles, en una celda subterránea. Habían matado a varios hombres porque los habían confundido con él. O eso se contaba.

En aquella época el general, padre de Aniuta y Sofia, había llegado de Rusia. A Aniuta la habían llevado a Heidelberg, donde tuvo que guardar reposo. Sofia volvió a Berlín y al estudio de las matemáticas, pero Vladimir se quedó, y abandonó sus mamíferos terciarios para, en connivencia con el general, liberar a Jaclard. Lo lograron gracias a la osadía y el soborno. Jaclard iba a ser trasladado bajo la custodia de un soldado a una cárcel de París, y pasaría por cierta calle donde habría una muchedumbre que acudía a una exposición. Vladimir se lo llevaría mientras el guardia miraba para otro lado; le habían pagado para que lo hiciera. Y aún bajo su protección, Vladimir lo arrastraría por entre la multitud hasta un cuarto donde encontraría ropa de paisano; después lo llevaría a la estación de ferrocarril y, provisto del pasaporte de Vladimir, Jaclard huiría a Suiza.

Lo lograron.

Jaclard no se molestó en enviar de vuelta el pasaporte hasta que Aniuta se reunió con él; fue ella quien lo devolvió. No se reembolsó ninguna cantidad de dinero.

Sofia envió sendas notas desde su hotel de París a Marie Mendelson y Jules Poincaré. La criada de Marie respondió que su señora estaba en Polonia. Ella contestó diciendo que podría necesitar la ayuda de su amiga, en primavera, para «escoger el traje adecuado para el acontecimiento que el mundo podría considerar el más importante en la vida de una mujer». Añadía entre paréntesis que el mundo de la moda y ella «seguían manteniendo unas relaciones bastante confusas».

Poincaré llegó a una hora de la mañana excepcionalmente temprana y de inmediato empezó a quejarse de la conducta del matemático Weierstrass, antiguo mentor de Sofia, que había formado parte del jurado en la entrega de un reciente premio de matemáticas instituido por el rey de Suecia. Le habían concedido el premio a Poincaré,

pero Weierstrass consideró conveniente anunciar que existían posibles errores en su trabajo —el de Poincaré— que a él, Weierstrass, no le habían dado tiempo para investigar. Había enviado una carta con sus dudas y anotaciones al rey (como si semejante personaje supiera algo sobre el tema), y había hecho ciertas declaraciones indicando que Poincaré sería más valorado en el futuro por los aspectos negativos de su trabajo que por los positivos.

Sofía lo calmó diciéndole que iría a ver a Weierstrass y le plantearía el asunto. Fingió no saber nada al respecto, aunque le había escrito una carta tomándole el pelo a su antiguo profesor.

«Estoy segura de que al rey le ha quitado gran parte de su real sueño la información que usted le ha remitido. Piense en la inquietud que habrá despertado en la regenta, hasta la fecha tan felizmente ignorante de las matemáticas. Espero por su bien que no se arrepienta de su generosidad...».

—Al fin y al cabo —le dijo a Jules—, al fin y al cabo tú tienes el premio y lo tendrás para siempre.

Jules le dio la razón, y añadió que su nombre seguiría brillando cuando el de Weierstrass hubiera caído en el olvido.

Todos y cada uno de nosotros caeremos en el olvido, pensó Sofía, pero no lo dijo, por la delicada sensibilidad de los hombres en estas cuestiones, sobre todo de los hombres jóvenes.

Se despidió de él a mediodía y fue a ver a Jaclard y Urey. Vivían en una zona pobre de la ciudad. Tuvo que atravesar un patio con ropa tendida —había cesado la lluvia, aunque el día seguía oscuro— y subir una escalera exterior larga y un tanto resbaladiza. Jaclard gritó que la puerta no tenía el pestillo echado, y al entrar, Sofía se lo encontró sentado en una caja puesta boca abajo, sacándole brillo a unas botas. No se levantó para saludarla, y cuando ella empezó a quitarse la capa, Jaclard le dijo:

—Será mejor que no. La estufa no se enciende hasta la noche.

Le señaló el único sillón, grasiento y desvencijado. Era peor de lo que Sofía se imaginaba. No estaba Urey; no había esperado a verla.

Había dos cosas que ella quería averiguar sobre Urey. ¿Se parecía más a Aniuta y a la rama rusa de su familia? ¿Y había crecido? Cuando cumplió los quince, el año anterior, en Odesa, no aparentaba más de doce.

Enseguida descubrió que las cosas habían tomado un cariz que restaba importancia a tales preocupaciones.

—¿Y Urey? —preguntó.

—Ha salido.

—¿Está en el colegio?

—Es posible. Sé poco de él. Y cuanto más sé, menos me importa.

Sofía pensó en tranquilizarlo y sacar el tema a colación más adelante. Le preguntó por su salud —la de Jaclard—, y él le contestó que estaba mal de los pulmones. Dijo que no había llegado a recuperarse de aquel invierno de 1871, del hambre y las noches al raso. Sofía no recordaba que los combatientes hubieran pasado hambre —tenían el deber de comer, para poder combatir—, pero dijo, benévola, que había estado pensando en aquella época mientras iba en el tren. Había estado pensando en Vladimir y en el rescate, que parecía sacado de una ópera cómica.

No fue una comedia ni una ópera, dijo él, pero se animó hablando de eso. Mentó a los hombres a los que habían matado al confundirlos con él, y de la desesperada batalla entre el 20 y el 30 de mayo. Cuando al fin lo capturaron, había terminado la época de las ejecuciones sumarias; sin embargo, él seguía creyendo que moriría tras su ridículo juicio. Solo Dios sabía cómo había logrado escapar. Y no es que creyera en Dios, añadió, como hacía siempre.

Siempre. Y cada vez que contaba la historia, el papel de Vladimir —y del dinero del

general— se empequeñecía. Tampoco mencionaba el pasaporte. Lo que contaba era la valentía de Jaclard, su destreza. A medida que hablaba parecía más entregado a su público.

Aún se recordaba su nombre. Aún se contaba su historia.

Y siguió hablando, contando historias ya conocidas. Se levantó y cogió una caja de caudales de debajo de la cama. Allí estaba el preciado papel, el papel que ordenaba su salida de Rusia, cuando estaba en San Petersburgo con Aniuta tras la época de la Comuna. Tenía que leerlo de principio a fin.

Excelentísimo señor Konstantín Petróvich:

Me apresuro a comunicaros que el francés Jaclard, miembro de la antigua Comuna, mientras vivió en París se mantuvo continuamente en contacto con representantes del Partido Revolucionario del Proletariado Polaco y el judío Karl Mendelson, y gracias a la vinculación con Rusia por mediación de su esposa participó en el traslado de las cartas de Mendelson a Varsovia. Es amigo de muchos y destacados radicales franceses. Desde San Petersburgo Jaclard mandó a París noticias por completo falsas y dañinas sobre los asuntos políticos rusos y tras el primero de marzo y la tentativa contra el zar esta información traspasó los límites de la paciencia, motivo por el cual, ante mi insistencia, el ministro decidió enviarlo fuera de las fronteras de nuestro imperio.

Fue recuperando el entusiasmo a medida que leía, y Sofia recordó que antes se burlaba y bromeaba, y que ella, e incluso Vladimir, se sentían en cierto modo honrados de que los tuviera en cuenta, aunque fuera como público.

—Qué lástima —dijo Jaclard—. Es una lástima que la información sea incompleta. No menciona que me eligieron los marxistas de la Internacional de Lyon para representarlos en París.

En aquel momento entró Urey. Su padre siguió hablando.

—Era un secreto, por supuesto. Oficialmente me pusieron en el Comité de Seguridad Pública de Lyon. —Iba de acá para allá por la habitación, con una seriedad gozosa, descontrolada—. Fue en Lyon donde nos enteramos de que habían capturado al sobrino de Bonaparte, más pintarrajeado que una puta.

Urey saludó a su tía con la cabeza, se quitó la chaqueta —saltaba a la vista que no notaba el frío— y se sentó en la caja para reanudar la tarea que había empezado su padre con las botas.

Sí. Se parecía a Aniuta. Pero era con la Aniuta de la última época con quien tenía parecido. La caída de párpados cansada y sombría, la mueca de escepticismo —que en él era desdén— de los gruesos labios. No había ni rastro de la muchacha de pelo dorado ansiosa de peligro, de merecida fama, con arrebatadas invectivas. Urey no debía de guardar ningún recuerdo de aquel ser; solo el de una mujer enferma, asmática, con cáncer, un bulto informe proclamando su deseo de morir.

Jaclard la había amado al principio, quizá, en la medida en que él era capaz de amar. A Jaclard le constaba el amor de Aniuta. En la carta ingenua o simplemente arrogante dirigida al padre de Aniuta, en la que le explicaba su decisión de casarse con ella, decía que le parecía injusto abandonar a una mujer que le profesaba tanto cariño. Nunca había renunciado a otras mujeres, ni siquiera al principio de la relación, cuando Aniuta estaba enloquecida por él. Y por supuesto, tampoco durante el matrimonio. Sofia suponía que las mujeres aún lo encontraban atractivo, a pesar de la barba descuidada y canosa y de que a veces se exaltaba tanto al hablar que sus palabras se convertían en un balbuceo. Un héroe agotado por su lucha, un hombre que había sacrificado su juventud: así podía presentarse, no sin causar impresión. Y en cierto modo era verdad. Era físicamente valiente, tenía ideales, había nacido pastor y sabía lo que significaba ser despreciado.

Y también Sofia lo despreciaba en aquellos momentos.

La habitación era un desastre, pero al mirarla con detenimiento se notaba que la habían limpiado lo mejor posible. Había unos cuantos cacharros de cocina colgados de

clavos en la pared. Le habían sacado brillo a la estufa apagada, así como al fondo de los cacharros. A Sofia se le pasó por la cabeza que Jaclard aún podría tener una mujer a su lado.

Él estaba hablando de Clemenceau, comentando que mantenían buenas relaciones. Ya se había puesto a tono para presumir de la amistad con un hombre a quien Sofia habría esperado que Jaclard acusara de estar pagado por el Ministerio de Asuntos Exteriores británico (aunque ella no creía que fuera verdad).

Sofia lo distrajo elogiando lo ordenada que estaba la habitación.

Jaclard miró a su alrededor, sorprendido ante el cambio de tema, y sonrió lentamente, con renovado afán de venganza.

—Estoy casado con una persona que se encarga de mi bienestar. Me alegro de poder decir que es una señora francesa. No es tan charlatana ni tan vaga como las rusas. Es culta; fue institutriz, pero la despidieron por sus simpatías políticas. Siento no poder presentártela. Es pobre pero decente y sigue importándole su buen nombre.

—Ya —dijo Sofia levantándose—. Tenía pensado decirte que yo también vuelvo a casarme. Con un caballero ruso.

—Había oído que andabas con Maksim Maksimóvich. No sabía nada de boda.

Sofia estaba tiritando tras tanto rato sentada con aquel frío. Se dirigió a Urey en el tono más alegre que pudo.

—¿Vienes con tu anciana tía a la estación? No he tenido ocasión de hablar contigo.

—Espero no haberte ofendido —dijo Jaclard maliciosamente—. Siempre he creído que hay que decir la verdad.

—En absoluto.

Urey se puso la chaqueta y Sofia se dio cuenta de que le quedaba grande. Probablemente la habían comprado en un mercadillo de segunda mano. Había crecido, pero no era más alto que ella. Sin duda no se había alimentado como era debido en una época importante de su vida. Su madre era alta, y Jaclard seguía siéndolo.

Aunque al principio no parecía demasiado dispuesto a acompañarla, Urey se puso a hablar antes de llegar al final de las escaleras. Recogió la maleta de Sofia inmediatamente, sin que ella se lo pidiera.

—Es tan tacaño que ni siquiera enciende el fuego para ti. Hay leña en la caja, ella ha traído un poco esta mañana. Es más fea que un demonio, por eso no quiere que la conozcas.

—No deberías hablar así de las mujeres.

—¿Y por qué no, si quieren ser iguales?

—Supongo que debería decir «de las personas». Pero no quiero hablar de ella ni de tu padre. Quiero hablar de ti. ¿Qué tal te va con los estudios?

—Los detesto.

—No puedes detestarlo todo.

—¿Por qué no? No es nada raro detestarlo todo.

—¿Puedes hablar en ruso conmigo?

—Es un idioma primitivo. ¿Por qué no hablas tú mejor en francés? Él dice que tienes un acento primitivo. Dice que también mi madre tenía un acento primitivo. Los rusos son primitivos.

—¿Eso también lo dice él?

—Yo tengo mis propias ideas.

Caminaron un rato en silencio.

—París es un poco deprimente en esta época del año —dijo Sofia—. ¿Te acuerdas de lo bien que lo pasamos aquel verano en Sèvres? Hablábamos de todo. Fufu todavía te recuerda y habla de ti. Se acuerda de cuánto deseabas venir a vivir con nosotros.

—Eso eran cosas de chiquillo. Entonces yo no pensaba de forma realista.

—¿Y ahora sí? ¿Has pensado en un trabajo para toda la vida?

—Sí.

Por el tono satisfecho y sarcástico de su voz, Sofia no le preguntó en qué iba a consistir, pero él se lo dijo.

—Voy a trabajar anunciando las paradas del ómnibus. Estuve trabajando en eso en Navidad, pero él vino y me obligó a volver. Cuando cumpla un año más, ya no podrá obligarme.

—A lo mejor no siempre te conformarás con anunciar las paradas.

—¿Por qué no? Es algo muy útil. Es necesario siempre. Lo que no es necesario son las matemáticas, o eso me parece a mí.

Sofia guardó silencio.

—No sentiría respeto por mí mismo siendo profesor de matemáticas. —Estaban subiendo al andén—. Ganar premios y un montón de dinero por cosas que nadie entiende y que no le importan a nadie y que no sirven para nada.

—Gracias por llevarme la maleta.

Le dio algo de dinero, aunque no tanto como tenía intención. Él lo cogió con una desagradable sonrisa, como diciendo: te creías que iba a ser demasiado orgulloso, ¿no? Después le dio las gracias apresuradamente, como en contra de su voluntad.

Sofia lo observó mientras se alejaba y pensó que posiblemente no volvería a verlo. El hijo de Aniuta, bien mirado, cuánto se parecía a Aniuta. A Aniuta dando al traste con casi todas las comidas familiares con sus altivas diatribas. A Aniuta recorriendo los senderos del jardín, llena de desdén por su vida de entonces y de fe en un destino que la llevaría a un mundo completamente nuevo, justo y sólido.

Quizá Urey cambiaría de rumbo; quién sabe. Incluso quizá llegaría a sentir cierto cariño por su tía Sofia, aunque probablemente no sería hasta que tuviera la edad que tenía ahora ella y ella llevara mucho tiempo muerta.

3

Sofia llegó media hora antes que el tren. Quería una taza de té y unas pastillas para la garganta, pero no se sentía con fuerzas para ponerse a hacer cola ni hablar en francés. Por muy bien que te las arregles cuando tienes buena salud, basta un ligero decaimiento o el presagio de una enfermedad para volver al refugio de la lengua de la infancia. Se sentó en un banco y dejó caer la cabeza. Podía dormir un ratito.

Más que un ratito. Habían pasado quince minutos según el reloj de la estación. Se había formado una muchedumbre, había un gran ajeteo a su alrededor, y carritos con equipaje yendo y viniendo.

Mientras corría hacia el tren vio a un hombre con un gorro de piel como el de Maksim. Un hombre corpulento, con abrigo oscuro. Aunque no le vio la cara mientras el hombre se alejaba de ella, sus anchos hombros y su forma cortés pero decidida de abrirse paso le recordaron vivamente a Maksim.

Un carro cargado hasta los topes pasó entre ellos y el hombre desapareció.

No podía ser Maksim, por supuesto. ¿Qué podría estar haciendo en París? ¿A qué tren o cita tenía que acudir con tanta prisa? A Sofia le empezó a latir el corazón de manera desagradable cuando subió al tren y encontró su asiento junto a una ventanilla. Era lógico que hubiera otras mujeres en la vida de Maksim. Por ejemplo, la mujer a quien no podía presentarla cuando se negó a invitarla a Beaulieu. Pero Sofia estaba convencida de que no era hombre de complicaciones escabrosas. Y mucho menos dispuesto a ataques de celos, reprimendas y llantos femeninos. Maksim había dejado claro en aquella otra ocasión que Sofia no tenía ningún derecho, que no ejercía ningún control sobre él.

Lo que sin duda significaba que él pensaba que ahora sí lo tenía y le parecería indigno engañarla.

Y cuando creyó verlo, Sofia acababa de despertarse de un sueño malsano, enfermizo. Había tenido una alucinación.

El tren fue encajándose con los traqueteos y crujidos de costumbre y lentamente salió de debajo del techo de la estación.

Cómo le gustaba antes París. No el París de la Comuna, donde había estado a las órdenes exaltadas y en ocasiones incomprensibles de Aniuta, sino el París que había visto después, en la plenitud de su vida adulta, cuando conoció a matemáticos y pensadores políticos. En París no existían cosas como el aburrimiento, el esnobismo o el engaño, pregonaba entonces.

Después le concedieron el premio Bordin, le besaron la mano y le ofrecieron flores y discursos en las salas más elegantes y espléndidamente iluminadas. Pero a la hora de darle trabajo le habían cerrado las puertas. Ni se les ocurría contratarla, como jamás habrían contratado a un chimpancé amaestrado. Las esposas de los grandes científicos preferían no conocerla y no la invitaban a sus casas.

Las esposas eran las vigilantes de las barricadas, el ejército invisible e implacable. Sus maridos se encogían de hombros con tristeza ante las prohibiciones, pero las acataban. Unos hombres que hacían pedazos viejas ideas seguían sometidos a unas mujeres en cuya cabeza solo tenían cabida la necesidad de los corsés ajustados, las tarjetas de visita y unas conversaciones que te llenaban la garganta de una especie de niebla perfumada.

Tenía que poner fin a esa letanía de rencores. Las mujeres casadas de Estocolmo la invitaban a sus casas, a las fiestas más importantes y a las cenas íntimas. La elogiaban y se sentían orgullosas de ella. Acogían a su hija. Sofia podía ser una rareza, pero una rareza que ellas aceptaban. Como si fuera un loro políglota o uno de esos prodigios capaz de decir sin vacilación ni aparente reflexión que cierta fecha del siglo XIV caía en martes.

No, no era justo. La respetaban por lo que hacía, y muchas de ellas estaban convencidas de que debía haber más mujeres que hicieran cosas como aquellas y de que algún día sería así. Entonces, ¿por qué se aburría con ellas y echaba en falta las largas veladas y las conversaciones raras? ¿Por qué le molestaba que vistieran como las esposas de los clérigos o como gitanas?

Estaba de un humor de perros, a causa de Jaclard, Urey y la mujer respetable a la que no podían presentar. Y del dolor de garganta y los ligeros escalofríos, sin duda síntomas del resfriado que se le venía encima.

De todos modos, también ella sería una mujer casada dentro de poco, y encima, la esposa de un hombre rico, inteligente y competente.

Ha llegado el carrito del té. Eso le aliviará la garganta, pero piensa que ojalá fuera té ruso. La lluvia empezó a caer poco después de que salieran de París y ahora se ha transformado en nieve. Sofia prefiere la nieve a la lluvia, los campos blancos a la tierra oscura y empapada, como cualquier ruso. Y donde hay nieve la mayoría de la gente reconoce la presencia del invierno y toma algo más que medidas deslavazadas para mantener sus casas caldeadas. Piensa en la casa de los Weierstrass, donde dormirá esta noche. El profesor y sus hermanas se niegan a que vaya a un hotel.

Su casa siempre es cómoda, con alfombras oscuras, gruesas cortinas con flecos y profundos sillones. La vida allí sigue un ritual: está consagrada al estudio, sobre todo al estudio de las matemáticas. Los alumnos, por lo general mal vestidos, tímidos, cruzan el salón de uno en uno para ir al despacho. Las dos hermanas solteras del profesor los saludan amablemente al pasar, sin esperar respuesta. Se dedican a tejer, remendar o hacer ganchillo. Saben que su hermano tiene un cerebro prodigioso, que es un gran hombre, pero también que necesita cierta cantidad de ciruelas al día, debido a su trabajo sedentario, que no le puede rozar la piel ni la lana más delicada, porque le sale sarpullido, que se siente herido cuando un colega no reconoce sus méritos en un artículo publicado (si bien él finge no darse cuenta, en las conversaciones y por escrito, y elogia escrupulosamente a la persona que lo ha desairado).

Las hermanas, Clara y Elise, se sobresaltaron el primer día que Sofia entró en el salón camino del despacho. La doncella que la había dejado entrar no estaba acostumbrada a hacer distinciones, porque quienes vivían en la casa llevaban una vida muy retirada, y también porque algunos estudiantes que iban allí eran desastrados y descorteses, de modo que no se podían aplicar las exigencias de la mayoría de las casas respetables. Aun así, a la doncella le vaciló un poco la voz antes de dejar entrar a aquella mujer menuda, cuyo rostro quedaba casi del todo oculto por un sombrero oscuro, que se movía asustada, como una mendiga avergonzada. Las hermanas no pudieron determinar su verdadera edad, pero llegaron a la conclusión, después de dejarla pasar al despacho, de que podía ser la madre de un alumno que iba a regatear o a suplicar por los honorarios.

«Dios mío, Dios mío —dijo Clara, la más animada de las dos a la hora de hacer conjeturas—. ¿Qué tenemos aquí? —pensamos—. ¿Una Charlotte Corday?».

Se lo contaron a Sofia más adelante, cuando ya era amiga suya. Y Elisa añadió secamente: «Por suerte, nuestro hermano no se estaba bañando. Y nosotras no pudimos levantarnos para protegerlo, porque estábamos liadas en esas interminables bufandas».

Entonces tejían bufandas para los soldados del frente. Era 1870, antes de que Sofia y Vladimir iniciaran lo que pretendían que fuera su viaje de estudios a París. Tan abismados estaban en otras dimensiones, en siglos remotos, tan escasa atención prestaban al mundo en el que vivían que apenas habían oído hablar de una guerra contemporánea.

Weierstrass ignoraba tanto como sus hermanas la edad y la misión de Sofia. Más adelante le dijo que la creyó una pobre institutriz que quería utilizar su nombre para asegurar que las matemáticas eran uno de sus conocimientos. Pensó que tenía que reñir a la criada y a sus hermanas por haber consentido que lo interrumpieran, pero como era un hombre educado y amable, en lugar de despedirla inmediatamente le explicó que solo admitía estudiantes avanzados, con títulos académicos reconocidos, y que en aquellos momentos tenía más de los que podía atender. Como Sofia seguía de pie —temblando— delante de él, con aquel sombrero ridículo protegiéndole la cara y aferrada al chal, recordó el método, o el truco, que había utilizado en un par de ocasiones para desanimar a un estudiante que no daba la talla.

«Lo que sí puedo hacer en su caso es plantearle una serie de problemas y pedirle que los resuelva y me los traiga dentro de una semana a partir de hoy —le dijo—. Si me satisface el resultado, volveremos a hablar».

Al cabo de una semana se había olvidado por completo de ella. Por supuesto, no esperaba volver a verla. Cuando Sofia entró en su despacho no la reconoció, quizá porque había prescindido de la capa que ocultaba su esbelta figura. Debía de sentirse más audaz, o puede que hubiera cambiado el tiempo. No recordaba el sombrero —sus hermanas sí—, pero no se fijaba mucho en los complementos de la indumentaria femenina. Sin embargo, cuando Sofia sacó los papeles del bolso y los dejó sobre la mesa, la recordó; suspiró y se puso las gafas.

Grande fue su sorpresa —también se lo dijo un tiempo más tarde— al ver que todos y cada uno de los problemas estaban resueltos, y algunos de una forma totalmente original. Pero siguió sospechando de ella, pensando que debía de haber presentado el trabajo de otro, tal vez un hermano o un amante que se escondía por motivos políticos.

«Siéntese —dijo—. Y explíqueme cómo ha llegado a estas soluciones, todos los pasos seguidos».

Sofia empezó a hablar, inclinada hacia delante; el sombrero de tela blanda le cayó sobre los ojos; se lo quitó y lo dejó tirado en el suelo. Quedaron al descubierto sus rizos, sus brillantes ojos, su juventud y su temblorosa fogosidad.

«Sí —dijo él—. Sí. Sí. Sí». Hablaba reflexiva, lentamente, tratando de disimular lo mejor

posible su asombro, sobre todo ante las soluciones cuyo método discrepaba del suyo con suma brillantez.

Sofía lo desconcertó en muchos sentidos. Era tan frágil, tan joven y tan apasionada... Se sintió obligado a calmarla, a tratarla con cuidado, a dejar que aprendiera a refrenar los fuegos de artificio de su cerebro.

Llevaba toda la vida —a Weierstrass le costó decirlo, como tuvo que reconocer, siempre receloso del excesivo entusiasmo—, llevaba toda la vida esperando a que un alumno así entrara en su habitación. Un alumno que lo cuestionara por completo, que no solo fuera capaz de seguir las elucubraciones de su mente, sino quizá de volar incluso más lejos. Debía tener cuidado y no decir lo que realmente pensaba, que en la mente de un matemático de primer orden hay sin duda algo parecido a la intuición, una llamarada que revele lo que siempre ha estado allí. Riguroso, meticuloso, así hay que ser, aunque así también ha de ser el gran poeta.

Cuando al fin se armó de valor para decirle todo esto a Sofía, también le dijo que había quienes torcerían el gesto ante la palabra «poeta» relacionada con la ciencia matemática. Y otros que saltarían de alegría ante la idea, para defender el desorden y la laxitud de su propio pensamiento.

Como era de esperar, la capa de nieve que se veía por las ventanillas del tren era cada vez más espesa a medida que avanzaban hacia el este. Era un tren de segunda clase, bastante espartano en comparación con el que había tomado en Cannes. No había vagón restaurante, pero en el carrito del té servían panecillos fríos, algunos rellenos de diversas salchichas con especias. Compró uno relleno de queso del tamaño de media bota y pensó que jamás se lo terminaría, pero lo hizo al cabo de un rato. Después sacó su librito de Heine, para que la ayudara a hacer aflorar la lengua alemana a la superficie de su mente.

Cada vez que levantaba los ojos hacia la ventanilla le daba la impresión de que nevaba más copiosamente, y a veces el tren reducía la velocidad, hasta casi detenerse. A ese paso, tendrían suerte si llegaban a Berlín a medianoche. Deseó no haberse dejado convencer para ir a la casa de la calle Potsdam en lugar de a un hotel.

«Al pobre William le vendrá tan bien tenerte bajo el mismo techo una noche... Aún piensa que eres la niña que apareció en nuestra puerta, a pesar de que respeta enormemente tus logros y se enorgullece de tus grandes éxitos».

Y cuando llamaba al timbre ya era después de medianoche. Apareció Clara, en bata, pues había mandado a la sirvienta a la cama. Su hermano —lo dijo casi en un susurro— se había despertado con el ruido del coche de alquiler y Elise había ido a ponerlo cómodo y a asegurarle que vería a Sofía por la mañana.

Las palabras «ponerlo cómodo» no auguraban nada bueno para Sofía. En las cartas de las hermanas solo se aludía a cierta fatiga. Y las cartas de Weierstrass no contenían novedades de tipo personal, sino que estaban plagadas de detalles sobre Poincaré y su obligación —la de Weierstrass— para con las matemáticas, aclarándole las cosas al rey de Suecia.

Al oír a la anciana bajar la voz con aquel dejo de compasión o temor al hablar de su hermano, al percibir los olores de aquella casa, en otro tiempo familiares y reconfortantes, pero aquella noche un poco rancios y deprimentes, Sofía pensó que quizá no fuera muy indicado adoptar el tono ligero de antes, pues ella no solo había llevado allí aire fresco, sino el bullicio del éxito, un dinamismo del que ella no era consciente y que podía molestar e intimidar un poco. Ella, a quien antes recibían con abrazos y saludable alegría (una de las sorpresas que deparaban las hermanas: lo joviales y convencionales que podían ser a un tiempo), también fue acogida con abrazos en esta ocasión, pero con lágrimas en unos ojos apagados, con viejos brazos temblorosos.

Pero había agua caliente en la jarra de su cuarto, había pan y mantequilla en su

mesilla. Mientras se desvestía oyó susurros ligeramente agitados en el corredor de arriba. Podrían haber sido comentarios sobre el estado del hermano, sobre ella o sobre la ausencia de acompañamiento para el pan con mantequilla, que quizá nadie observó hasta que Clara la llevó a su habitación.

Cuando trabajaba con Weierstrass, Sofia vivía en un apartamento pequeño y oscuro, la mayor parte del tiempo con su amiga Julia, que estudiaba química. No asistían a conciertos ni al teatro; tenían unos ingresos modestos y su trabajo las absorbía por completo. Julia iba a un laboratorio privado donde disfrutaba de privilegios difíciles de conseguir para una mujer. Sofia pasaba un día tras otro ante su mesa, algunos sin levantarse de la silla hasta que tenía que encender la lámpara. Entonces se estiraba y caminaba muy, muy deprisa de un extremo del apartamento al otro —un recorrido muy corto—, y a veces echaba a correr y hablaba en voz alta, soltando tonterías, de modo que cualquiera que no la conociese tan bien como Julia se habría preguntado si estaba en su sano juicio.

La mente de Weierstrass, y en esta época también la de Sofia, se centraba en las funciones elípticas y abelianas y en la teoría de las funciones analíticas basada en su representación como una serie infinita. La teoría que llevaba el nombre de Weierstrass sostenía que toda secuencia acotada infinita de números reales contiene una sucesión convergente. Por entonces Sofia iba por detrás de Weierstrass, después lo cuestionó y durante una temporada incluso se le adelantó, de modo que pasaron de ser profesor y alumna a colegas, y ella servía en muchas ocasiones de catalizador de las investigaciones de Weierstrass. Pero esta relación tardó en desarrollarse, y en la cena de los domingos —a la que la invitaban de buena gana, porque el profesor le dedicaba las tardes— era como una pariente joven, una protegida entusiasta.

Cuando iba Julia, también la invitaban, y a las dos muchachas les servían carne asada, puré de patatas y postres ligeros, exquisitos, que desbarataban sus ideas sobre la cocina alemana. Después de cenar se sentaban junto a la chimenea y escuchaban a Elise leer en voz alta. Leía con energía y expresividad las novelas del escritor suizo Conrad Ferdinand Meyer. La literatura era la diversión de la semana, tras tanto tejer y remendar.

En Navidad siempre había un árbol para Sofia y Julia, a pesar de que los Weierstrass llevaban años sin molestarse en ponerlo. También había bombones, envueltos en papel reluciente, bizcocho de frutas y manzanas asadas. Para las niñas, como decían ellos. Pero muy pronto hubo una sorpresa inquietante.

La sorpresa consistió en que Sofia, que parecía la viva imagen de la muchacha tímida e inexperta, tenía marido. Durante las primeras semanas de clase, antes de que llegara Julia, los sábados por la noche iba a recogerla a la puerta de la casa un joven a quien ella no presentó a la familia Weierstrass, que lo tomó por un criado. Era alto, sin gracia, con barba rala y rojiza, nariz larga y ropa astrosa. En realidad, si los Weierstrass hubieran tenido más mundo, se habrían dado cuenta de que ninguna familia noble que se preciara —sabían que la de Sofia lo era— habría tenido un criado tan desaliñado y que, por consiguiente, tenía que ser un amigo.

Después llegó Julia, y el joven desapareció.

Fue tiempo después cuando Sofia les comunicó que se llamaba Vladimir Kovalevski y que estaba casada con él. Estudiaba en Viena y París, aunque era licenciado en derecho y había intentado abrirse camino en Rusia como editor de libros de texto. Era varios años mayor que ella.

Casi tan sorprendente como esto fue que Sofia se lo anunciara a Weierstrass y no a las hermanas. En aquella casa eran ellas quienes mantenían algún contacto con la vida, aunque fuera solo con la vida de sus criados y la lectura de obras de ficción contemporáneas. Pero Sofia no había sido la predilecta de su madre ni de su institutriz. El trato con el general no siempre había sido satisfactorio, pero Sofia lo respetaba y

pensaba que quizá también él a ella. Por eso recurrió al hombre de la familia para una confidencia importante.

Comprendió que Weierstrass debió de sentirse incómodo, no mientras estaba hablando con él, sino cuando tuvo que contárselo a sus hermanas. Porque había algo más que el hecho de que Sofia estuviera casada. Estaba bien y legalmente casada, pero era un matrimonio blanco, algo de lo que él jamás había oído hablar, y sus hermanas tampoco. Marido y mujer no solo no vivían en el mismo sitio, sino que no vivían juntos. No solo no se habían casado por los motivos universalmente aceptados, sino que estaban obligados por su promesa a no vivir jamás así, a jamás...

«¿Consumar?». Quizá fuese Clara quien lo dijera. Con coraje, incluso con impaciencia, para pasar el mal trago enseguida.

Sí. Y los jóvenes, las jóvenes, que querían estudiar en el extranjero se veían obligadas a mantener este engaño porque una mujer rusa soltera no podía abandonar el país sin el consentimiento de sus padres. Los padres de Julia eran lo suficientemente avanzados para dejarla marchar, pero los de Sofia no.

Qué ley tan bárbara.

Sí. Rusa. Pero algunas jóvenes solucionaban el problema con la ayuda de hombres jóvenes muy idealistas y comprensivos. Quizá también fueran anarquistas. ¿Quién sabe?

Fue la hermana mayor de Sofia quien localizó a uno de esos jóvenes, y una amiga suya y ella prepararon un encuentro con él. Quizá tuvieran motivos políticos más que intelectuales. Sabe Dios por qué llevaron a Sofia, a quien no le apasionaba la política y no se sentía preparada para semejante empresa. Pero el joven examinó a las dos muchachas mayores —a pesar de su seriedad, una de las hermanas, la llamada Aniuta, no podía ocultar su belleza— y dijo que no. No, no deseo cumplir este contrato con ninguna de ustedes, estimables señoritas, pero sí accedería con su hermana más joven.

«Posiblemente pensó que las mayores causarían conflictos —quizá fuera Elise quien lo dijera, con una experiencia que le venía de tanto leer novelas—, sobre todo la más guapa. Se enamoró de nuestra pequeña Sofia».

En teoría en este asunto no interviene el amor, podría haberle recordado Clara.

Sofia acepta la propuesta. Vladimir va a visitar al general para pedirle la mano de su hija menor. El general es cortés, consciente de que el joven es de buena familia, si bien hasta la fecha no ha destacado en nada especial, pero dice que Sofia es demasiado joven. ¿Sabe siquiera ella de sus intenciones?

Sí, dijo Sofia, y añadió que estaba enamorada de él.

El general dijo que no podían dejarse llevar por sus sentimientos, que debían pasar cierto tiempo, un tiempo considerable, conociéndose en Palibino. (Entonces estaban en San Petersburgo).

Las cosas quedaron paralizadas. Vladimir jamás causaría buena impresión. No se esforzaba lo suficiente por disimular sus ideas radicales y vestía mal, como a propósito. El general confiaba en que cuanto más tratase Sofia a su pretendiente, menos querría casarse con él.

Pero Sofia tenía sus propios planes.

Un buen día sus padres iban a dar una cena importante. Habían invitado a un diplomático, a varios profesores de universidad, a camaradas del general de la Escuela de Artillería. Sofia logró escabullirse en medio del bullicio.

Salió sola a las calles de San Petersburgo, por las que nunca había ido sin un criado o una hermana. Fue al alojamiento de Vladimir, en una zona de la ciudad donde vivían los estudiantes pobres. Le abrieron la puerta inmediatamente, y en cuanto estuvo dentro se sentó a escribir una carta a su padre.

Querido padre:

He venido a casa de Vladimir y aquí voy a quedarme. Te ruego que no sigas oponiéndote a nuestro matrimonio.

Todos se habían sentado a la mesa antes de que se notara la ausencia de Sofia. Una criada encontró su habitación vacía. Cuando le preguntaron a Aniuta por su hermana, contestó sonrojada que no sabía nada. Para esconder el rostro dejó caer la servilleta.

Al general le entregaron una nota. Se disculpó y salió de la habitación. Sofia y Vladimir pronto iban a oír sus airados pasos ante la puerta de la casa. Les ordenó a su comprometida hija y al hombre por el que estaba dispuesta a perder su honor que lo acompañaran. Fueron a casa, sin que ninguno de los tres pronunciara una sola palabra, y el general dijo ante la mesa: «Permítanme que les presente a mi futuro yerno, Vladimir Kovalevski».

De modo que fue aceptado. Sofia rebosaba de alegría, no por casarse con Vladimir, por supuesto, sino por complacer a Aniuta rompiendo una lanza en favor de la emancipación de las mujeres rusas. Se celebró una boda tan espléndida como convencional en Palibino, y los recién casados se fueron a vivir bajo el mismo techo en San Petersburgo.

Una vez desbrozado el camino, se marcharon al extranjero y no siguieron viviendo bajo el mismo techo. Sofia en Heidelberg y después en Berlín, Vladimir en Munich. Él iba a Heidelberg siempre que podía, pero después de que llegaran allí Aniuta y su amiga Zanna, y también Julia —las cuatro mujeres teóricamente bajo su protección— ya no quedó sitio para él.

Weierstrass no reveló a las mujeres que había mantenido correspondencia con la esposa del general. Le había escrito una carta cuando Sofia volvió de Suiza (en realidad de París) con un aspecto tal de agotamiento y fragilidad que se preocupó por su salud. La madre le respondió, comunicándole que era París, en tan peligrosos momentos, el responsable de la situación de su hija. Pero parecía menos contrariada por la agitación política con que se habían encontrado sus hijas que por el descubrimiento de que una de ellas había vivido abiertamente con un hombre antes de casarse, y la otra, casada como es debido, en realidad no vivía con su marido. De modo que, en contra de su voluntad, Weierstrass se vio obligado a ser el confidente de la madre antes que el de la hija. Y desde luego, no se lo contó a Sofia hasta que su madre murió.

Pero cuando al fin se lo contó, también le dijo que Clara y Elise le habían preguntado inmediatamente qué debían hacer.

Esa parecía ser la manera de las mujeres, había dicho él, de dar por sentado que había que hacer algo.

Él había respondido con severidad: «Nada».

Por la mañana Sofia sacó un vestido limpio pero arrugado de la maleta —nunca llegaría a aprender a hacer como es debido el equipaje—, se arregló los rizos del pelo lo mejor que pudo para ocultar unos mechones grises y bajó al oír los ruidos de una casa en plena actividad. Su sitio era el único que seguía con la vajilla dispuesta en la mesa del comedor. Elise le trajo el café y el primer desayuno alemán que Sofia tomó en aquella casa: lonchas de fiambre y queso y pan con una gruesa capa de mantequilla. Dijo que Clara estaba arriba, preparando a su hermano para ver a Sofia.

«Al principio venía un barbero —dijo—. Pero después Clara aprendió y lo hace bastante bien. Resulta que es la que tiene aptitudes de enfermera. Es una suerte que una de nosotras las tenga».

Incluso antes de que lo dijera, Sofia se había dado cuenta de que andaban mal de dinero. El damasco y los visillos estaban deslucidos, y hacía tiempo que no habían sacado brillo al cuchillo y al tenedor que estaba utilizando. Por la puerta abierta que daba al salón se veía a una muchacha de aspecto zafio limpiando la chimenea y levantando nubes de polvo. Elise miró hacia allí, como para pedirle que cerrase la

puerta; se levantó y la cerró ella. Volvió a la mesa sonrojada y cabizbaja, y Sofia preguntó, de manera precipitada, por no decir descortés, qué enfermedad tenía *herr Weierstrass*.

«Es el corazón débil por un lado, y la neumonía que tuvo en otoño, que al parecer no puede superar. Además, tiene un tumor en los órganos generativos», respondió Elise, bajando la voz pero con franqueza, como las mujeres alemanas.

Clara apareció en el umbral de la puerta.

«Te está esperando».

Sofia subió las escaleras pensando no en el profesor, sino en aquellas dos mujeres que lo habían convertido en el centro de sus vidas. Tejiendo bufandas, remendando la ropa blanca, preparando los postres y las conservas que no se podían confiar a una criada. Honrando como su hermano a la Iglesia católica —una religión fría y aburrida en opinión de Sofia—, y todo sin un solo momento de rebelión, al menos en apariencia, sin asomo de descontento.

Yo me volvería loca, pensó.

Incluso siendo profesora, me volvería loca. Los estudiantes tienen mentes mediocres, por lo general. Solo se les pueden inculcar los modelos más comunes, más evidentes.

No se habría atrevido a reconocer esto para sus adentros antes de Maksim.

Entró en el dormitorio sonriendo por la suerte que tenía, por la libertad que la aguardaba, por el que pronto sería su marido.

—Ah, por fin estás aquí —dijo Weierstrass, hablando trabajosamente y con voz débil—. La niña traviesa... Ya pensábamos que nos habías abandonado. ¿Vas camino de París otra vez, a divertirme?

—Vuelvo de París —respondió Sofia—. Voy camino de Estocolmo. París no estaba nada divertido. Más deprimente, imposible.

Le tendió las manos para que se las besara, una después de la otra.

—Entonces, ¿Aniuta está enferma?

—Ha muerto, *mein liebe* profesor.

—¿Murió en la cárcel?

—No, no. Eso fue hace tiempo. En esa época no estaba en la cárcel, pero su marido sí. Murió de neumonía, aunque llevaba mucho tiempo sufriendo por muchos motivos.

—Vaya, neumonía. Yo también la pasé. De todos modos, tuvo que ser muy triste para ti.

—Mi corazón nunca se curará, pero tengo algo bueno que contarle, algo alegre. Voy a casarme en primavera.

—¿Vas a divorciarte del geólogo? No me extraña. Tendrías que haberlo hecho hace tiempo. Sin embargo, un divorcio siempre es desagradable.

—Él también ha muerto. Y era paleontólogo. Es una nueva disciplina, muy interesante. Descubren cosas a través de los fósiles.

—Sí, ahora lo recuerdo. He oído hablar de esa disciplina. Así que murió joven. Yo no deseaba que se interpusiera en tu camino, pero sinceramente, tampoco quería que muriese. ¿Estuvo enfermo mucho tiempo?

—Podría decirse que sí. Debe de recordar que lo dejé y usted me recomendó a Mittag-Leffler, ¿no?

—En Estocolmo, ¿verdad? Lo dejaste. Bien. Así tenía que ser.

—Sí, pero ya ha pasado y voy a casarme con un hombre que lleva el mismo apellido pero que no es pariente cercano suyo, y además es un tipo de hombre completamente distinto.

—Entonces, ¿es ruso? ¿También interpreta los fósiles?

—No, en absoluto. Es profesor de derecho. Es muy activo y de muy buen carácter, menos cuando está bajo de moral. Lo traeré para que lo conozca, y ya verá.

—Lo recibiremos con mucho gusto —dijo Weierstrass—. Pondrá fin a tu trabajo

—añadió con tristeza.

—En absoluto, en absoluto. No quiere eso. Pero dejaré de dar clases; seré libre. Y viviré en un clima maravilloso, en el sur de Francia, y tendré muy buena salud y trabajaré más.

—Ya veremos.

—*Mein Liebe* —dijo Sofia—. Le ordeno que sea feliz por mí. Se lo ordeno.

—Debo de parecer muy viejo —dijo él—. Y he llevado una vida muy reposada. Mi carácter no es tan polifacético como el tuyo. Me llevé una gran sorpresa al enterarme de que escribías novelas.

—No le gustó la idea.

—Te equivocas. Me gustaron tus recuerdos. Muy agradables de leer.

—Ese libro no es realmente una novela. No le gustaría el que he escrito ahora. A veces ni siquiera me gusta a mí. Es sobre una chica más interesada por la política que por el amor. Da igual. No tendrá que leerlo. Los censores rusos no permitirán que se publique y el mundo exterior lo rechazará porque es muy ruso.

—En general no soy muy aficionado a las novelas.

—¿Son para mujeres?

—Francamente, a veces me olvido de que eres una mujer. Pienso en ti como... como...

—¿Como qué?

—Como un regalo para mí, solo para mí.

Sofia se inclinó y le besó la blanca frente. Contuvo las lágrimas hasta que se despidió de las hermanas y abandonó la casa.

Nunca volveré a verlo, se dijo.

Pensó en la cara de Weierstrass, blanca como las almohadas recién almidonadas que Clara debía de haberle colocado detrás de la cabeza aquella misma mañana. Quizá ya se las habría quitado, dejando que se desplomara sobre las de abajo, más usadas y blandas. Quizá se hubiera quedado dormido inmediatamente, agotado por la conversación. Debió de pensar que era la última vez que se veían y tenía que saber que a ella le rondaba la misma idea, pero no podía saber —era la vergüenza, el secreto de Sofia— lo serena, lo libre que se sentía, a pesar de las lágrimas, más libre a cada paso que la alejaba de aquella casa.

¿Podía considerarse la vida de Weierstrass mucho más plena que la de sus hermanas?, pensó.

Su nombre perduraría un tiempo en los libros de texto. Y entre los matemáticos. No tanto como si hubiera puesto mayor empeño en ganarse la fama en lugar de limitarse a destacar en su selecto y perseverante círculo. Le importaba más su trabajo que su nombre, mientras que a muchos de sus colegas les preocupaban ambos por igual.

Sofia no debería haber mencionado el hecho de que escribía. Simple frivolidad para Weierstrass. Había escrito los recuerdos de su vida en Palibino en una oleada de amor por todo lo perdido, cosas de las que ya había desesperado y también cosas en su momento muy apreciadas. Lo había escrito lejos de su hogar, cuando aquel hogar y su hermana habían desaparecido. Y *Muchacha nihilista* había brotado del dolor por su país, un estallido de patriotismo, tal vez con la sensación de no haberles prestado demasiada atención, entre las matemáticas y su vida tumultuosa.

Dolor por su país, sí. Pero en cierto sentido había escrito ese relato en homenaje a Aniuta. Era la historia de una joven que renuncia a la posibilidad de una vida normal para casarse con un prisionero político exiliado en Siberia. De este modo hacía que la vida del prisionero, su castigo, se suavizara hasta cierto punto en el sur de Siberia en lugar del norte, como era la norma para los hombres acompañados por sus esposas. El relato recibiría elogios de los rusos desterrados que pudieran leer el original. Bastaba que se negaran a publicar un libro en Rusia para que despertara tales elogios entre los exiliados políticos, como bien sabía Sofia. *Las hermanas Raevski* —los recuerdos— le

gustaba más, a pesar de que el censor le había dado el visto bueno, y algunos críticos lo rechazaban por nostálgico.

4

Sofia ya le había fallado a Weierstrass en una ocasión. Le falló cuando ella obtuvo sus primeros éxitos. Era verdad, aunque él jamás lo comentó. Sofia les dio la espalda a él y a las matemáticas; ni siquiera contestó a sus cartas. Se fue a su casa de Palibino en el verano de 1874, con su título académico guardado en un estuche de terciopelo, y lo dejó en un baúl, donde quedaría en el olvido durante meses, incluso años.

El olor de los henares y los pinares, los días de verano, cálidos y dorados, y las largas y brillantes noches del norte de Rusia la embriagaban. Había meriendas en el campo y representaciones teatrales de aficionados, bailes, cumpleaños, visitas de viejos amigos, y estaba la presencia de Aniuta, feliz con su hijo de un año. Vladimir también estaba allí, y en el distendido ambiente veraniego, con el calor, el vino y las largas y animadas cenas, el baile y las canciones, resultó natural ceder ante él, consagrarlo, tras tanto tiempo, no solo como marido, sino también como amante.

Sofia no lo hizo porque se hubiera enamorado de él. Le estaba agradecida, y había llegado a convencerse de que en la vida real no existía un sentimiento como el amor. Pensó que a los dos les haría más felices acceder a lo que él quería, y así fue durante una temporada.

En otoño fueron a San Petersburgo, y allí continuaron las grandes diversiones. Cenas, teatros, recepciones y todos los periódicos y revistas a disposición, frívolos y serios. Weierstrass le rogó a Sofia, por carta, que no abandonase el mundo de las matemáticas. Se encargó de que su tesis se publicara en *Crelle's Journal*, para matemáticos. Ella apenas le echó un vistazo. Weierstrass le pidió que dedicara una semana —solo una semana— a pulir su trabajo sobre los anillos de Saturno para que también pudiera publicarse. A Sofia no le interesó lo más mínimo. Tenía demasiadas cosas que hacer, entregada a fiestas continuas que celebraban onomásticas, títulos de la corte y estrenos de óperas y ballets, pero en realidad, lo que parecían celebrar era la vida misma.

Estaba aprendiendo, con bastante retraso, lo que muchas personas de su entorno parecían saber desde la infancia: que la vida puede ser plena sin grandes éxitos. Podía rebosar de actividades que no te dejaran exhausta. Adquirir lo necesario para una vida cómoda y después llevar una vida pública y social de entretenimiento te evita el aburrimiento e incluso la ociosidad, y al final del día tienes la sensación de haber hecho exactamente lo que complace a todo el mundo. Sin necesidad de angustiarse.

Salvo en el asunto de cómo conseguir dinero.

Vladimir recuperó su negocio editorial. Pidieron dinero prestado a quienes pudieron. Los padres de Sofia murieron al cabo de poco tiempo, y el matrimonio invirtió la herencia en unos baños públicos anexos a un invernadero, una panadería y una lavandería. Tenían magníficos proyectos. Pero en San Petersburgo hacía más frío de lo habitual, y ni siquiera los baños de vapor tentaban a la gente. Los constructores y también otras personas los engañaron, el mercado se volvió inestable, y en lugar de construir unos cimientos que sustentaran sus vidas fueron aumentando sus deudas.

Y actuar como cualquier otra pareja de casados dio los dispendiosos resultados de costumbre. Sofia tuvo una niña. Le pusieron el nombre de la madre, pero la llamaban Fufu. Fufu tenía niñera, ama de cría y sus propias habitaciones. La familia contrató también a una cocinera y una criada. Vladimir le compraba vestidos de moda a Sofia y regalos preciosos a su hija. Tenía la licenciatura por Jena y había conseguido el puesto de ayudante de catedrático en San Petersburgo, pero no era suficiente. El negocio editorial estaba prácticamente en la ruina.

Entonces asesinaron al zar, el clima político empezó a ser preocupante, y Vladimir comenzó una época de tan profunda melancolía que no podía ni trabajar ni pensar.

Weierstrass se había enterado de la muerte de los padres de Sofia, y para mitigar un poco el dolor de la muchacha, según sus propias palabras, le envió información sobre su nuevo sistema de integrales, excelente. Sin embargo, en lugar de volver a las matemáticas, a Sofia le dio por escribir crítica teatral y artículos científicos de divulgación para los periódicos. Era una forma de emplear su talento de forma más rentable, menos molesta para los otros y menos agotadora para ella que las matemáticas.

La familia Kovalevski se trasladó a Moscú, con la esperanza de que cambiase su suerte.

Vladimir se recuperó, pero no se sintió capaz de volver a la enseñanza. Encontró otra oportunidad de hacer negocios cuando le ofrecieron un puesto en una empresa que producía nafta. Los dueños de la empresa eran los hermanos Ragosin, que tenían una refinería y un castillo moderno en el Volga. El puesto dependía de que Vladimir invirtiese cierta cantidad de dinero, que pidió prestado.

Pero esta vez Sofia intuyó los problemas. No les caía bien a los Ragosin, y los hermanos no le caían bien a ella. Vladimir estaba cada día más en sus manos. Son los hombres nuevos, decía; no se andan con tonterías. Estaba distante, se daba aires de dureza y superioridad. Dime el nombre de una mujer verdaderamente importante, decía. Alguna que haya influido de verdad en el mundo, salvo seduciendo o asesinando hombres. Son congénitamente retrógradas y egocéntricas, y si encuentran alguna idea, cualquier idea decente a la que dedicarse, se ponen histéricas y la destrozan con su soberbia.

Hablas como los Ragosin, decía Sofia.

Reanudó la correspondencia con Weierstrass. Dejó a Fufu con su vieja amiga Julia y se marchó a Alemania. Escribió una carta a Alexander, el hermano de Vladimir, diciéndole que Vladimir había mordido el anzuelo de los Ragosin tan deprisa que parecía estar tentando al destino para que le asestara otro golpe. Sin embargo, escribió a su marido, ofreciéndose a volver. La respuesta de Vladimir no fue favorable.

Se vieron una vez más, en París. Sofia vivía allí modestamente, mientras Weierstrass intentaba encontrarle trabajo. Volvía a estar sumergida en los problemas matemáticos, como las personas que conocía. Vladimir a estas alturas desconfiaba de los Ragosin, aunque se había comprometido hasta tal punto que no podía echarse atrás. No obstante, hablaba de ir a Estados Unidos. Y fue, pero volvió.

En el otoño de 1882 le escribió una carta a su hermano diciéndole que había comprendido que era una persona absolutamente despreciable. En noviembre le anunció la bancarrota de los Ragosin. Temía que intentaran implicarlo en ciertas actividades delictivas. En Navidad vio a Fufu, que estaba en Odesa con la familia del hermano de Vladimir. Se alegró de que se acordase de él, y de que estuviera sana y fuera inteligente. Después redactó cartas de despedida para Julia, su hermano y varios amigos, pero no para Sofia. También escribió una para los tribunales, explicando algunas de sus intervenciones en el asunto de los Ragosin.

Esperó un poco más. Fue en abril cuando se ató una bolsa a la cabeza e inhaló cloroformo.

En París, Sofia se encerró en su habitación y se negó a comer. Concentró sus pensamientos en rechazar los alimentos para no sentir lo que sentía.

Al final la alimentaron por la fuerza, y se quedó dormida. Cuando despertó se sentía profundamente avergonzada de su conducta. Pidió papel y lápiz para seguir trabajando en un problema.

No quedaba dinero. Weierstrass le escribió una carta donde le pedía que se fuera a vivir con él como una hermana más. Pero siguió tocando todas las teclas hasta que al fin obtuvo una respuesta de su antiguo alumno y amigo Mittag-Leffler, en Suecia. La Universidad de Estocolmo, recién inaugurada, accedió a ser la primera universidad

Europea en contratar a una profesora de matemáticas.

Sofía recogió a su hija en Odesa y la llevó a vivir con Julia. Estaba furiosa con los Ragozin. En la carta que le escribió al hermano de Vladimir los llamaba «granujas astutas y peligrosas». Convenció al magistrado a cargo de la causa de que declarase que todas las pruebas demostraban que Vladimir había sido crédulo pero honrado.

Después volvió a tomar un tren de Moscú a San Petersburgo para emprender viaje hacia su nuevo puesto de trabajo en Suecia, que todo el mundo había comentado y criticado. Hizo el viaje desde San Petersburgo por mar. El barco se adentró en un crepúsculo estremecedor. Se acabaron las tonterías, pensó. Voy a llevar una vida como es debido.

Aún no había conocido a Maksim. Ni le habían dado el premio Bordin.

5

Sofía salió de Berlín a primera hora de la tarde, poco después de darle a Weierstrass el último y triste adiós, pero aliviada. El tren era viejo y lento, aunque limpio, y llevaba buena calefacción, como era de esperar de cualquier tren alemán.

A medio camino, el hombre que estaba sentado enfrente de ella abrió un periódico y le ofreció cualquier sección que le apeteciera leer.

Sofía le dio las gracias y lo rechazó.

Él señaló con la cabeza la ventanilla y la fina nieve que la azotaba.

—En fin —dijo—. ¿Qué se puede esperar?

—Desde luego —contestó Sofía.

—¿Va más lejos de Rostock?

Quizá habría notado que no tenía acento alemán. A Sofía no le importó que le hablara ni que llegara a semejante conclusión. Era mucho más joven que ella, iba bastante bien vestido y se mostraba deferente sin propasarse. Sofía tenía la sensación de haberlo conocido o visto en alguna parte, pero eso ocurre a menudo cuando viajas.

—A Copenhague —dijo—. Y después a Estocolmo. Yo encontraré nieve más densa.

—Yo me quedaré en Rostock —dijo él, quizá para convencerla de que no iba a meterse en una larga conversación—. ¿Le gusta Estocolmo?

—Detesto Estocolmo en esta época del año. Lo detesto.

Sofía se sorprendió a sí misma, pero él sonrió encantado y se puso a hablar en ruso.

—Perdone —dijo—. Yo tenía razón. Ahora soy yo quien le habla como un extranjero, pero es que estudié en Rusia una temporada. En San Petersburgo.

—¿Ha reconocido mi acento ruso?

—No estaba seguro, hasta que ha dicho lo de Estocolmo.

—¿Todos los rusos detestan Estocolmo?

—No, no, pero dicen que detestan. Que detestan, que aman.

—No debería haberlo dicho. Los suecos se han portado muy bien conmigo. Te enseñan cosas...

En ese momento el hombre movió la cabeza, riendo.

—En serio —dijo Sofía—. A mí me han enseñado a patinar...

—Seguro. ¿No aprendió a patinar en Rusia?

—Allí no son..., no se empeñan tanto en enseñarte cosas como los suecos.

—En Bornholm tampoco —dijo él—. Ahora vivo en Bornholm. Los daneses no son... tan insistentes. Esa es la palabra. Pero claro, en Bornholm ni siquiera somos daneses. Decimos que no lo somos.

Era médico, en la isla de Bornholm. Sofía se preguntó si estaría fuera de lugar pedirle que le mirase la garganta, que le dolía mucho. Llegó a la conclusión de que sí.

Él dijo que le esperaba un viaje largo y probablemente muy movido en el transbordador, después de cruzar la frontera danesa.

Los de Bornholm no se consideraban daneses, dijo; se consideraban vikingos dominados por la Liga Hanseática en el siglo XVI. Tenían una historia violenta;

tomaban prisioneros. ¿Sabía ella algo del malvado conde de Bothwell? Algunos decían que había muerto en Bornholm, sin embargo, en Sealand decían que murió allí.

—Asesinó al marido de la reina de Escocia y se casó con ella. Pero murió encadenado, loco.

—María, reina de los escoceses —dijo Sofia—. Sí, algo he oído.

Y era verdad, porque la reina escocesa había sido una de las primeras heroínas de Aniuta.

—Ah, perdone. Estoy diciendo tonterías.

—¿Que le perdone? ¿Qué tengo que perdonarle?

El hombre se sonrojó.

—Sé quién es usted —dijo.

Al principio no se había dado cuenta, dijo, pero lo supo con certeza cuando Sofia empezó a hablar en ruso.

—Es usted la profesora. He leído un artículo sobre usted en una revista. También había una fotografía, pero parecía mucho mayor de lo que es. Lamento molestarla, no he podido evitarlo.

—Parezco mucho más seria en la fotografía porque pienso que la gente no se fiaría de mí si sonriera —dijo Sofia—. ¿No pasa lo mismo con los médicos?

—Puede ser. No estoy acostumbrado a que me fotografíen.

Había crecido un pequeño obstáculo entre ellos; dependía de Sofia que él se sintiera cómodo. Todo iba mejor antes de que él se lo dijera. Sofia volvió al tema de Bornholm. Era abrupta y escarpada, explicó él, no suave y ondulada como Dinamarca. La gente iba allí por el paisaje y el aire limpio. Si en alguna ocasión deseaba ir, sería un honor para él acompañarla.

—Hay una roca azul rarísima —dijo—. Se llama mármol azul. La rompen en pedazos y los pulen para que las señoras se los pongan como un collar. Si deseara tener uno...

Hablaba como un tonto porque quería decir algo pero no podía. Sofia se dio cuenta.

Se aproximaban a Rostock. El médico estaba cada vez más nervioso. Sofia temía que le pidiera que estampara su firma en un papel o un libro. Raramente le ocurría, pero siempre la entristecía, sin saber por qué.

—Escúcheme, por favor —dijo el médico—. Tengo que decirle una cosa. En teoría no se debería hablar de ello. Por favor. Cuando vaya a Suecia, no pase por Copenhague. Por favor. No se asuste. Estoy completamente en mis cabales.

—No estoy asustada —replicó Sofia. Aunque sí lo estaba un poco.

—Debe ir por el otro lado, por las islas danesas. Cambie el billete en la estación.

—¿Puedo preguntarle por qué? ¿Está embrujada Copenhague?

De repente tuvo la seguridad de que le iba a hablar de una conspiración, de una bomba. Así que ¿era anarquista?

—En Copenhague hay viruela. Una epidemia. Ha salido mucha gente de la ciudad, pero las autoridades están intentando mantenerlo en secreto. Tienen miedo de que cunda el pánico o de que alguien intente incendiar los edificios del gobierno. El problema son los finlandeses. La gente dice que la han llevado los finlandeses. No quieren un levantamiento contra los refugiados finlandeses, ni contra el gobierno por haberlos dejado entrar.

El tren se detuvo y Sofia se levantó para revisar sus maletas.

—Prométame. No me deje aquí sin habérmelo prometido.

—De acuerdo —dijo Sofia—. Se lo prometo.

—Tomará el transbordador hasta Gedser. Irá con usted a cambiar el billete, pero tengo que seguir hasta Rutgen.

—Se lo prometo.

¿No tenía ese hombre algo de Vladimir? El Vladimir de la primera época. No por sus rasgos, sino por sus atenciones suplicantes. Sus atenciones constantes, implorantes,

humildes, obstinadas.

El médico le tendió la mano y Sofia le dio la suya para que se la estrechara, pero esa no era la única intención del hombre. Le puso una pastillita en la palma y le dijo: «Esto le permitirá descansar un poco si se le hace pesado el viaje».

Tendré que hablar con alguna autoridad sobre esa epidemia de viruela, decidió Sofia.

Pero no lo hizo. Al hombre que le cambió el billete le fastidió tener que hacer algo tan complicado y se habría enfadado todavía más si Sofia hubiera cambiado de idea. Al principio parecía que no respondía a ningún idioma salvo el danés tal y como lo hablaban los demás pasajeros, pero cuando terminó la operación con Sofia le dijo en alemán que el viaje duraría mucho más, que si lo entendía. Entonces Sofia cayó en la cuenta de que aún estaban en Alemania y de que aquel hombre quizá no supiera nada de Copenhague... ¿En qué estaría pensando?

El hombre añadió con pesar que estaba nevando en las islas.

El pequeño transbordador alemán de Gedser llevaba buena calefacción, pero había que sentarse en bancos de listones de madera. Sofia estuvo a punto de tomarse la pastilla, pensando que el médico se refería a los asientos como aquellos al decir que el viaje podía resultar pesado, pero decidió guardarla por si se mareaba.

En el tren al que subió había asientos de segunda clase normales, pero muy deteriorados. Hacía mucho frío, pues solo había una estufa humeante prácticamente inútil en un extremo del vagón.

El revisor era más amable que el vendedor de billetes y no tenía tanta prisa. Cuando estuvo segura de que ya estaban en territorio danés, Sofia le preguntó en sueco —pensó que se parecía más al danés que el alemán— si era verdad que había enfermedades en Copenhague. El revisor contestó que no, que aquel tren no iba a Copenhague.

Al parecer, las palabras «tren» y «Copenhague» eran las únicas que sabía en sueco.

Por supuesto, en aquel tren no había compartimentos; solo los dos vagones con bancos de madera. Algunos pasajeros se habían llevado almohadas y mantas y capas para abrigarse. No miraron a Sofia, y mucho menos intentaron hablar con ella. ¿De qué les habría servido? Ella no los habría comprendido ni habría podido contestar.

Tampoco había vagón para tomar el té. Empezaron a abrir paquetes envueltos en papel aceitado, a sacar emparedados fríos. Gruesas rebanadas de pan, queso de olor fuerte, lonchas de tocino frío, algún que otro arenque. Una mujer sacó un tenedor de un bolsillo entre los pliegues de su ropa y se puso a comer col en vinagre de un tarro. A Sofia le hizo pensar en su casa, en Rusia.

Pero no son campesinos rusos. Ninguno de ellos es charlatán, ni está borracho, ni se ríe. Van tiesos como escobas. Incluso la grasa que les recubre los huesos está tiesa, es digna, grasa luterana. Sofia no sabe nada de ellos.

Pero pensándolo bien, ¿qué sabía ella de los campesinos rusos, los campesinos de Palibino? Siempre representaban un papel ante sus superiores.

Salvo quizá en una ocasión, el domingo en que todos los siervos y sus amos tuvieron que ir a la iglesia a oír la proclama. Después la madre de Sofia se quedó destrozada, y no paraba de llorar y gemir: «¿Qué será de nosotros ahora? ¿Qué será de mis pobres hijos?». El general la llevó a su despacho para consolarla. Aniuta se sentó a leer uno de sus libros, y su hermano pequeño, Fiódor, empezó a jugar con sus tacos de madera. Sofia se puso a dar vueltas y entró en la cocina, donde los siervos de la casa y también muchos siervos del campo comían tortitas y se divertían, pero con solemnidad, como si celebrasen una onomástica. Un anciano cuyo único trabajo consistía en barrer el patio se rio y la llamó «pequeña ama». «Ha venido la pequeña ama, a desearnos buena suerte». Algunos la aclamaron. Qué amables son, pensó Sofia, aunque comprendió que los aplausos eran una especie de broma.

Enseguida apareció la institutriz con expresión nublada y se la llevó.

Después las cosas siguieron más o menos como siempre.

Jaclard le había dicho a Aniuta que jamás sería una verdadera revolucionaria, que solo servía para sacarles dinero a los criminales de sus padres. En cuanto a Sofia y Vladimir (Vladimir, que lo había rescatado de la policía), eran unos parásitos engreídos que chupaban de sus despreciables estudios.

El olor de la col y el arenque le da náuseas.

Un poco más allá se detiene el tren y les dicen que bajen. Al menos eso es lo que supone Sofia, por el rugido del revisor y los cuerpos reacios pero obedientes que se levantan pesadamente. Se quedan en la nieve, que les llega hasta las rodillas, sin pueblo ni andén a la vista y rodeados de suaves colinas blancas que surgen en medio de la nieve, que ahora cae liviana. Delante del tren unos hombres retiran con palas la nieve que se ha acumulado en una vía en trinchera. Sofia se mueve un poco para evitar que se le congelen los pies en las finas botas, adecuadas para las calles de una ciudad pero no para allí. Los demás pasajeros se quedan inmóviles y no hacen ningún comentario sobre la situación.

Al cabo de media hora, quizá solo de quince minutos, la vía queda despejada y los pasajeros vuelven a encaramarse al tren. Para ellos, igual que para Sofia, debe de ser un misterio por qué han tenido que salir en lugar de esperar en sus asientos, pero por supuesto nadie se queja. Siguen adelante, cortando la oscuridad, y algo que no es nieve azota las ventanillas. Un ruido perverso: cellisca.

Luego las débiles luces de una aldea, y algunos pasajeros que se levantan, se abrigan metódicamente, recogen su equipaje, bajan del tren con dificultad y desaparecen. Reanudan el viaje, aunque poco después vuelven a ordenar que salga todo el mundo. No por una acumulación de nieve, esta vez. Los suben en manada a un bote, un pequeño transbordador que los adentra en unas aguas negras. A Sofia le duele tanto la garganta que está segura de que no podría hablar si tuviera que hacerlo.

No tiene ni idea de cuánto dura la travesía. Cuando atracan, tienen que entrar en un cobertizo de tres paredes, con poco sitio para resguardarse y ningún banco. Llega un tren tras una espera que Sofia no puede calcular. Y cuando llega, qué agradecida está ella, a pesar de que no tiene más calefacción que el primero y sí los mismos bancos de madera. Da la impresión de que el agradecimiento por las escasas comodidades depende de los suplicios por los que haya habido que pasar antes de conseguirlas. ¿Y no es deprimente ese sermón?, le gustaría decirle a alguien.

Al cabo de un rato se detienen en un pueblo más grande en cuya estación hay cantina. Sofia está demasiado cansada para bajar y abrirse paso hasta allí como hacen otros pasajeros, que vuelven con humeantes tazas de café. Pero la mujer que ha comido col trae dos tazas, y resulta que una es para Sofia. Ella le sonrío y hace cuanto puede por expresar su gratitud. La mujer asiente con la cabeza como si tantos aspavientos fueran innecesarios, incluso impropios, pero sigue allí de pie hasta que Sofia saca las monedas danesas que le ha dado el vendedor de billetes. Con un gruñido, la mujer coge dos con sus dedos húmedos y enmitonados. Lo que vale el café, probablemente. Por el detalle, y por el transporte, no le cobra. Así son las cosas. La mujer vuelve a su asiento sin pronunciar palabra.

Han entrado nuevos pasajeros. Una mujer con un niño de unos cuatro años, con un lado de la cara vendado y un brazo en cabestrillo. Un accidente, visita a un hospital rural. Un agujero en la venda deja al descubierto un ojo triste y oscuro. El niño apoya la mejilla sana en el regazo de su madre, que extiende parte de su mantón sobre el cuerpo de la criatura. No lo hace con especial ternura y desvelo, sino de un forma un tanto automática. Ha pasado algo malo y le ha caído encima otra preocupación; eso es todo. Y los hijos esperando en casa, y quizá otro en el vientre.

Es terrible, piensa Sofia. Es terrible la suerte de las mujeres. Y ¿qué diría esa mujer si Sofia le hablase de las nuevas batallas, de la lucha de las mujeres por el voto y por

poder trabajar en las universidades? Quizá diría: pero si no es ese el deseo de Dios. Y si Sofia le rogase librarse de aquel Dios y aguzar la mente, sin duda la miraría con cierta lástima y terquedad, y diría agotada: y entonces, sin Dios, ¿cómo vamos a aguantar esta vida?

Vuelven a cruzar las aguas negras, ahora por un largo puente, y se detienen en otro pueblo donde se bajan la mujer y el niño. Sofia ha perdido el interés, no mira para ver si hay alguien esperándolos; intenta ver el reloj a la salida de la estación, iluminado por el tren. Supone que debe de ser cerca de medianoche, pero solo son las diez pasadas.

Está pensando en Maksim. ¿Cogerá un tren como aquel alguna vez en su vida? Se imagina su cabeza cómodamente apoyada en el ancho hombro de Maksim, aunque la verdad es que a él eso no le gustaría, en público. Su abrigo de tela de excelente calidad, cara, con olor a dinero y comodidad. Las cosas buenas que cree tener el derecho de esperar y el deber de mantener, a pesar de ser un liberal no bienvenido en su propio país. Esa prodigiosa confianza que tiene, que tenía el padre de Sofia, que notas cuando te acurrucas como una niña pequeña en sus brazos y quieres estar así toda la vida. Es más placentero si te quieren, naturalmente, pero reconforta aunque se trate solo de un pacto antiguo y noble que sellaron en su día, de un vínculo creado por la necesidad, más que por el entusiasmo, de protegerte.

Les contrariaría que los tacharan de dóciles, y sin embargo en cierto sentido lo son. Se someten a la conducta viril. Se someten a la conducta viril con todos los riesgos y crueldades que comporta, sus complicadas cargas y sus engaños deliberados. Sus normas, de las que como mujer te has beneficiado en algunos casos y en otros no.

Y de pronto lo vio, a Maksim, no protegiéndola, sino andando a zancadas por la estación de París como correspondía a un hombre con vida privada.

Su imponente gorro, su elegante seguridad.

Eso no había ocurrido. No era Maksim. Seguro que no.

Vladimir no era un cobarde —solo había que fijarse en cómo había rescatado a Jaclard—, pero no tenía la seguridad propia de los hombres. Por eso pudo ofrecerle a Sofia una igualdad que los demás no le ofrecían y por eso nunca pudo ofrecerle un calor y una protección envolventes. Después, ya cercano el final, cuando cayó bajo la influencia de los Ragosin y cambió su conducta —desesperado y creyendo que podría salvarse imitando a otros—, empezó a tratarla de forma arrogante, poco convincente, incluso ridícula. Entonces le dio una excusa para despreciarlo, pero quizá lo había despreciado siempre. Tanto si la idolatraba como si la insultaba, a ella le resultaba imposible amarlo.

Como Aniuta amaba a Jaclard. Jaclard era egoísta, cruel e infiel, y aun odiándolo, Aniuta estaba enamorada de él.

Qué pensamientos tan feos e irritantes podían aflorar si no los mantenías a raya.

Cuando cerró los ojos creyó verlo —a Vladimir— sentado en un banco enfrente de ella, pero no es Vladimir; es el médico de Bornholm, es solo su recuerdo del médico de Bornholm, insistente y angustiado, que se introdujo en su vida de una forma tan insólita y humilde.

Llegó el momento —seguramente cerca de medianoche— en que tuvieron que abandonar aquel tren. Habían alcanzado la frontera de Dinamarca, Helsingborg. La frontera terrestre, al menos; Sofia suponía que la verdadera frontera estaría más allá, en el Kattegat.

Y después el último transbordador, que los esperaba, grande y con aspecto acogedor, con multitud de luces brillantes. Y apareció un mozo que llevó el equipaje de Sofia a bordo, le dio las gracias por sus monedas danesas y desapareció apresuradamente. Después ella le enseñó el billete al oficial de a bordo, que le habló en sueco. Le aseguró que enlazarían al otro lado con el tren de Estocolmo. Sofia no tendría que pasar el resto de la noche en una sala de espera.

«Me siento como si hubiera vuelto a la civilización», le dijo Sofia. Él la miró con cierto recelo. Sofia tenía la voz ronca, a pesar de que el café le había aliviado la garganta. Es solo porque este hombre es sueco, pensó Sofia. A los suecos no les hace falta sonreír ni intercambiar comentarios. Se puede ser cortés sin necesidad de esas cosas.

La travesía resultó un poco movida, pero Sofia no se mareó. Aunque se acordó de la pastilla, no le hizo falta. Y el barco debía de llevar calefacción, porque algunas personas se habían quitado la capa superior de su ropa de invierno. Sin embargo, ella seguía tiritando. Quizá fuera normal, con tanto frío como había acumulado en el cuerpo durante el viaje por Dinamarca. Lo había almacenado, el frío, y al fin podría expulsarlo con la tiritona.

El tren para Estocolmo estaba esperando, como le habían prometido, en el concurrido puerto de Helsingborg, mucho más grande y animado que su primo hermano y casi homónimo del otro lado del estrecho. Aunque los suecos no sonrían, la información que te dan es correcta. Un mozo cogió las maletas de Sofia y las sostuvo mientras ella buscaba unas monedas en el bolso. Sacó un buen puñado y se las puso al hombre en la mano, pensando que eran danesas; ya no iba a necesitarlas.

Eran danesas.

—No sirven —dijo él en sueco, devolviéndoselas.

—Es lo único que tengo —replicó Sofia, y se dio cuenta de dos cosas. Estaba mejor de la garganta y no tenía dinero sueco.

El mozo dejó las maletas en el suelo y se marchó.

Dinero francés, dinero alemán, dinero danés. Sofia se había olvidado del sueco.

El tren soltaba vapor, los pasajeros subían mientras Sofia seguía allí con su dilema. No podía cargar con las maletas, pero si no las cargaba tendría que dejarlas.

Agarró las diversas correas y echó a correr. Corrió tambaleándose y jadeando, con dolor en el pecho y bajo los brazos y las maletas golpeándole las piernas. Había que subir escaleras. Si se paraba para recuperar el aliento llegaría tarde. Subió los escalones. Con lágrimas de autocompasión suplicó que el tren no se fuera.

Y no se fue. No hasta que el revisor, al asomarse para cerrar la puerta, cogió a Sofia por un brazo y logró aferrar también las maletas y auparlo todo.

Salvada, Sofia se puso a toser. Intentó expulsar algo del pecho con la tos. Expulsar el dolor del pecho. El dolor y la tensión de la garganta. Pero tuvo que seguir al revisor al compartimento, riéndose, triunfal, entre los accesos de tos. El revisor vio que en un compartimento había varias personas sentadas y llevó a Sofia a otro vacío.

—Tenía usted razón. Ponerme donde no debo. Dar la lata —dijo Sofia, radiante—. No tenía dinero. Dinero sueco. De todas clases menos sueco. He tenido que correr. No creía que fuera a poder...

El revisor le dijo que se sentara y se tranquilizara. Salió y volvió sin tardanza con un vaso de agua. Mientras bebía, ella pensó en la pastilla que le habían dado y se la tomó con el último sorbo. Se le calmó la tos.

—No debe hacer esas cosas —dijo el revisor—. Mire cómo respira. Le va a reventar el pecho.

Los suecos eran muy francos, además de reservados y puntuales.

—Espere —dijo Sofia. Porque había algo más que aclarar, le parecía casi que si no lo aclaraba el tren no podría llevarla a su destino—. Espere un momento. ¿Sabe algo de...? ¿Sabe si hay viruela? En Copenhague.

—No lo creo —respondió el revisor. Se despidió con una inclinación de cabeza, rígida pero cortés, y se marchó.

—Gracias. Gracias —contestó ella en voz bien alta cuando salió el revisor.

Sofia no se ha emborrachado en su vida. Si ha tomado alguna medicación que pudiera aturdirle se ha quedado dormida antes de que su cerebro se alterase, por eso no tiene nada con que comparar la extraordinaria sensación —el cambio en la percepción— que

serpentea en su interior en esos momentos. Al principio le pareció simple alivio, la magnífica aunque absurda sensación de ser una privilegiada por haber logrado cargar con las maletas y llegar corriendo al tren. Después sobrevivió al golpe de tos y a la presión que sentía en el corazón y se olvidó casi de la garganta.

Pero hay algo más, como si su corazón pudiera seguir dilatándose, recobrando su estado normal, y continuar aligerándose y renovándose y resoplando, casi cómicamente, para abrirle camino. Incluso la epidemia en Copenhague podía convertirse en la peste de una balada, en parte de un antiguo relato. Como su propia vida, con sus contratiempos y sus penas transformándose en simples imaginaciones. Hechos e ideas iban adquiriendo un perfil nuevo visto a través de las láminas de una inteligencia despejada, con una óptica diferente.

Esto le trajo a la memoria una experiencia. Fue la primera vez que se tropezó con la trigonometría, cuando tenía doce años. El profesor Tirtov, un vecino de Palibino, había dejado un texto escrito recientemente, pensando que podría interesarle al padre de Sofia, el general, por sus conocimientos de artillería. Sofia lo encontró en el despacho y por casualidad lo abrió por el capítulo que trataba de óptica. Empezó a leerlo, a observar los diagramas, y llegó a la conclusión de que pronto sería capaz de entenderlo. Nunca había oído hablar de senos ni de cosenos, pero sustituyendo la cuerda de un arco por el seno, y gracias a la feliz circunstancia de que en los ángulos pequeños casi coinciden, pudo introducirse en aquel lenguaje nuevo y gozoso.

Entonces no se llevó una gran sorpresa, pero sí una intensa alegría.

Esos descubrimientos eran posibles. Las matemáticas eran un don natural, como la aurora boreal. No estaban mezcladas con nada en absoluto, ni con artículos, ni premios, ni colegas ni diplomas.

El revisor la despertó un poco antes de que el tren llegara a Estocolmo.

—¿A qué día estamos? —preguntó Sofia.

—Viernes.

—Bien. Bien. Voy a poder dar mi conferencia.

—Cuide su salud, señora.

A las dos Sofia estaba tras el atril y dio la conferencia con soltura y coherencia, sin dolores ni toses. El delicado zumbido que le recorría el cuerpo, como por un cable, no le afectó la voz. Y la garganta parecía curada. Cuando acabó se fue a casa, se cambió de vestido y tomó un coche para ir a la recepción a la que estaba invitada en casa de los Gulden. Estaba de buen humor y habló animadamente de sus impresiones de Italia y el sur de Francia, pero no del viaje de vuelta a Suecia. Después salió de la habitación sin disculparse y se fue. Tenía la cabeza demasiado llena de ideas excepcionales y brillantes para seguir hablando con la gente.

Ya reinaba la oscuridad, caía la nieve, sin viento; las farolas, agrandadas como bolas de Navidad. Miró a su alrededor en busca de un coche de alquiler y no vio ninguno. Pasaba un ómnibus y le hizo señas con la mano. El conductor le comunicó que no era una parada regular.

«Pero se ha parado», replicó Sofia sin darle importancia.

Como no conocía bien las calles de Estocolmo, tardó un rato en darse cuenta de que iba en la dirección que no debía. Se lo explicó riendo al conductor, que la dejó bajar. Tuvo que volver a casa andando, con el vestido de fiesta y la capa y los zapatos, demasiado finos. Las aceras estaban prodigiosamente silenciosas y blancas. Tuvo que recorrer como una milla, pero descubrió encantada que al menos conocía el camino. Aunque tenía los pies empapados no sentía frío. Pensó que sería porque no hacía viento y por el embeleso de su mente y su cuerpo, del que nunca había tenido conciencia y con el que sin duda podía contar a partir de entonces. Quizá no sea muy original, pero la ciudad parecía sacada de un cuento de hadas.

Al día siguiente se quedó en la cama y envió una nota a su colega Mittag-Leffler

pidiéndole que le enviara a su médico, ya que ella no tenía. También fue él, y durante la larga visita Sofia le habló con gran excitación del nuevo estudio matemático que estaba preparando. Era el más ambicioso, el más importante y más hermoso que había investigado hasta entonces.

El médico pensaba que lo que tenía mal eran los riñones y le dio un medicamento.

—Se me ha olvidado preguntárselo —dijo Sofia cuando el médico se hubo marchado.

—¿El qué? —dijo Mittag-Leffler.

—¿Hay una epidemia? En Copenhague.

—Está soñando —dijo Mittag-Leffler con dulzura—. ¿Quién se lo ha contado?

—Un hombre notable —respondió Sofia. Y añadió—: No, quiero decir amable. Un hombre amable. —Movi6 las manos, como si intentara dar forma a algo que encajara mejor que las palabras—. Este sueco que hablo...

—Espere a estar mejor para hablar.

Sofia sonrió y después pareció entristecerse.

—Mi marido.

—¿Su prometido? Ah, todavía no es su marido. Estoy de broma. ¿Le gustaría que viniera?

Sofia negó con la cabeza.

—Él no —dijo—. Bothwell. No, no, no —añadió atropelladamente—. El otro.

—Debe descansar.

Habían ido Teresa Gulden y su hija Else, y también Ellen Key. Iban a turnarse para cuidarla. Después de que Mittag-Leffler se marchara, Sofia durmió un rato. Cuando se despertó volvía a estar locuaz, pero no mencionó a ningún marido. Habló de su novela y del libro de recuerdos de su juventud en Palibino. Dijo que ahora podía hacer algo mejor y se puso a describir la idea que tenía para un nuevo relato. Se embrolló y se echó a reír porque no lo explicaba con claridad. Había un movimiento hacia delante y hacia atrás, dijo, había un pulso en la vida. Tenía la esperanza de que en esa novela descubriría qué pasaba. Algo oculto. Inventado, pero no.

¿Qué querría decir con aquellas palabras? Se rio.

Desbordaba de ideas de una amplitud y una importancia completamente nuevas, dijo, pero al mismo tiempo tan naturales y evidentes que no podía evitar reírse.

El domingo estaba peor. Apenas podía hablar, pero se empeñó en ver a Fufu con el vestido que se iba a poner para una fiesta infantil.

Era un traje de gitana, y Fufu bailó con él alrededor de la cama de su madre.

El lunes Sofia le pidió a Teresa Gulden que cuidara de Fufu.

Aquella noche se sintió mejor y fue una enfermera para que Teresa y Ellen descansaran.

De madrugada se despertó. Despertaron a Teresa y Ellen, que levantaron a Fufu de la cama para que pudiera ver a su madre viva una vez más. Sofia pudo hablar un poco.

Teresa creyó oír que decía: «Demasiada felicidad».

Murió alrededor de las cuatro. La autopsia demostró que la neumonía le había destrozado por completo los pulmones y que el corazón presentaba una dolencia que arrastraba desde hacía varios años. Como todo el mundo se esperaba, el cerebro tenía un gran tamaño.

El médico de Bornholm se enteró de su muerte por el periódico y no le sorprendió. De vez en cuando tenía presentimientos, alarmantes para alguien de su profesión, y no siempre fiables. Pensaba que evitar Copenhague podría protegerla. Se preguntó si habría tomado la droga que le había dado y si le habría proporcionado el alivio que le proporcionaba a él cuando lo necesitaba.

Sofia Kovalevski fue enterrada en el entonces llamado Cementerio Nuevo, en Estocolmo, a las tres de la tarde de un día apacible y frío en el que el aliento de los dolientes y los curiosos formaba nubes en el aire helado.

Weierstrass envió una corona de laurel. Les había dicho a sus hermanas que sabía que no volvería a ver a Sofia.

Vivió seis años más.

Maksim acudió desde Beaulieu, en respuesta al telegrama que Mittag-Leffler le envió antes de la muerte de Sofia. Llegó a tiempo para hablar en el funeral, en francés, refiriéndose a ella un poco como si hubiera sido una profesora a la que conocía, y dio las gracias a la nación sueca en nombre de Rusia por haberle ofrecido a Sofia la oportunidad de ganarse la vida como matemática (aplicar sus conocimientos de una forma meritoria, dijo).

Maksim no se casó. Se le permitió regresar a su patria al cabo de cierto tiempo para dar clase en San Petersburgo. Fundó el Partido para la Reforma Democrática en Rusia y adoptó una postura favorable a la monarquía constitucional. Los zaristas lo consideraban demasiado liberal. En cambio, Lenin lo denunció por reaccionario.

Fufu ejerció la medicina en la Unión Soviética, donde murió a mediados de la década de 1950. No le interesaban las matemáticas, decía.

Hay un cráter en la luna que lleva el nombre de Sofia.

Llegar a Japón

En cuanto le subió la maleta al compartimento, Peter pareció ansioso por quitarse del paso. No es que estuviera impaciente por irse, dijo que solo le preocupaba que el tren se pusiera en marcha. Se quedó en el andén mirando hacia la ventanilla, despidiéndose con la mano. Saludaba, sonriendo. A Katy la miraba con una sonrisa franca, resplandeciente, inequívoca, como si creyera que la niña siempre sería un prodigio para él, y él para ella. A su mujer, en cambio, le sonreía con optimismo y confianza, pero con cierta determinación. Algo que no era fácil expresar con palabras, que nunca lo sería. Si Greta lo hubiera mencionado, Peter le habría dicho: no digas tonterías. Y ella le habría dado la razón, pues no le parecía natural que personas que se veían a diario, a todas horas, tuvieran que andarse con explicaciones de ninguna clase.

Cuando Peter era un niño de pecho, su madre cruzó con él en los brazos unas montañas cuyo nombre Greta olvidaba siempre, para huir de la Checoslovaquia soviética a la Europa occidental. Iban con más gente, claro está. El padre de Peter tenía intención de acompañarlos, pero lo mandaron a un sanatorio justo antes de emprender aquel viaje clandestino. Debía seguirlos en cuanto le fuera posible. Sin embargo, murió antes de poder intentarlo.

—He leído historias parecidas —dijo Greta la primera vez que Peter se lo contó. Y explicó que en esas historias el bebé siempre rompía a llorar y no había más remedio que asfixiarlo o estrangularlo para que el llanto no pusiera en peligro a todo el grupo clandestino.

Peter contestó que nunca había oído nada parecido y prefirió no pensar qué habría hecho su madre en esas circunstancias.

Lo que hizo su madre fue llegar a la Columbia Británica, mejorar el inglés y conseguir trabajo dando clases de lo que entonces se llamaba gestión empresarial a estudiantes de bachillerato. Crio a su hijo sola y lo mandó a la universidad; Peter era ingeniero. Cuando iba a verlos a su apartamento, y más tarde a su casa, su madre se quedaba siempre en el salón, nunca entraba en la cocina a menos que Greta la invitara. Así era ella. Llevaba la prudencia al extremo. Se empeñaba en pasar desapercibida, en no entrometerse ni dar sugerencias, aunque superaba con creces a su nuera en todas y cada una de las habilidades o artes domésticas.

También se deshizo del apartamento donde Peter había crecido y se mudó a otro más pequeño sin dormitorio, con el espacio justo para un sofá cama. ¿Para que Peter no pueda volver a casa de mamá?, le dijo Greta bromeando, pero su suegra se sobresaltó. Las bromas la hacían sufrir. Quizá por culpa del idioma, aunque a esas alturas el inglés era su lengua habitual, y desde luego la única que hablaba su hijo. Mientras Peter estudiaba gestión empresarial, aunque no con su madre, Greta memorizaba *El paraíso perdido*. Ella huía como de la peste de todo lo que entrañara alguna utilidad. Él, por lo visto, hacía lo contrario.

Separados por el cristal, y sin que Katy consintiera que los adioses decayeran, acabaron intercambiando miradas cómicas, incluso absurdas, cargadas de buena intención. Greta pensó en lo guapo que era, y en lo poco consciente que parecía de su atractivo. Llevaba el pelo cortado a cepillo, a la moda de la época —sobre todo si se era ingeniero o algo por el estilo—, y tenía la piel blanca: nunca le salían rojeces ni manchas del sol, como le pasaba a ella, sino que lucía un tono uniforme en cualquier época del año.

Sus opiniones eran un poco como su tez. Cuando iban a ver una película, nunca quería comentarla. Se limitaba a decir que era buena, o bastante buena, o pasable. No le veía sentido a ir más allá. Con la misma actitud veía la televisión o leía un libro. Era tolerante con esas cosas. Sus creadores trataban de hacerlo lo mejor posible. Greta siempre le llevaba la contraria, con descaro le preguntaba si diría lo mismo de un

punte. Sus constructores trataban de hacerlo lo mejor posible, pero eso no bastaba si el puente se venía abajo.

En vez de seguir discutiendo, Peter se echó a reír.

No era lo mismo, dijo.

¿Ah, no?

No.

Greta tendría que haber comprendido que esa actitud tolerante, de no meterse en nada, era una bendición para ella, porque era poeta y en sus poemas había cosas que no eran ni mucho menos alegres o fáciles de explicar.

(La madre de Peter y la gente que trabajaba con él, al menos los que lo sabían, aún decían «poetisa». A Peter había conseguido quitarle la costumbre. Aparte de eso, no hizo falta más. A los parientes que habían quedado atrás, o a la gente que la conocía en su papel de ama de casa y madre, no hizo falta quitarles ninguna costumbre, porque desconocían esa peculiaridad suya).

Más adelante sería difícil explicar lo que valía la pena rescatar de aquella época y lo que no. Se podría decir que el feminismo no, pero entonces habría que aclarar que «feminismo» ni siquiera era una palabra de uso corriente. Y luego habría que liarse a explicar que el hecho de tener ideas propias, por no hablar de ambiciones, o simplemente leer un libro de verdad, resultaba sospechoso, e incluso podía guardar relación con que tu hijo cogiera una neumonía. Y un comentario político en una fiesta de la oficina podía costarle el ascenso a tu marido. Daba igual sobre qué partido político. Era el hecho de que una mujer se fuera de la lengua.

La gente se reíría y diría, anda ya, estás de broma. Y habría que contestar, bueno, no te creas. Y a continuación les diría que escribir poesía, sin embargo, era menos arriesgado para una mujer que para un hombre. Y era entonces cuando la palabra poetisa era tan socorrida como una telaraña de caramelo hilado. Peter no lo vivía así, diría ella, pero claro, él había nacido en Europa. En cambio sí podía entender que los hombres con los que trabajaba pensaran esas cosas.

Ese verano Peter iba a pasar un mes o quizá un poco más a cargo de una obra en Lund, bien al norte: de hecho, lo más al norte que se podía llegar por carretera en el continente. No había alojamiento para Katy y Greta.

Sin embargo, Greta mantenía el contacto con una chica que había trabajado con ella en la biblioteca de Vancouver, antes de casarse y marcharse a Toronto, y resultaba que esa amiga se iba un mes de vacaciones a Europa con su marido, que era maestro, y le había escrito preguntándole a Greta con mucha cortesía si no les haría el favor de instalarse con su familia en la casa de Toronto, los días que quisieran, para que no quedara vacía tanto tiempo. Y Greta le había contestado hablándole del trabajo de Peter, pero aceptando el ofrecimiento para ella y Katy.

De ahí que ahora Peter estuviera en el andén y ellas en el tren, saludándose incansablemente.

Entonces había una revista, *The Echo Answers*, que se editaba en Toronto con periodicidad irregular. Greta la encontró en la biblioteca y mandó algunos poemas. Dos de los poemas se publicaron, y a raíz de eso el otoño anterior la habían invitado junto a otros escritores a una fiesta para conocer al editor de la revista, que estaba de paso en Vancouver. La fiesta fue en casa de un escritor con uno de esos nombres que parece que uno haya oído toda la vida. Como la cita era a última hora de la tarde, cuando Peter todavía estaba en el trabajo, Greta llamó a una niñera y cogió el autobús desde Vancouver Norte que cruzaba el puente de Lions Gate y el parque Stanley. Luego esperó delante de la bahía de Hudson para cambiar de autobús y emprender un largo trayecto hasta el campus universitario, donde vivía el escritor. Al bajar en el último desvío, encontró la calle y echó a andar siguiendo los números de las casas. Llevaba unos tacones altos que la obligaban a ir despacio. Además se había puesto su vestido

negro más sofisticado, que se abrochaba a la espalda y le marcaba la cintura y siempre le ajustaba un poco más de la cuenta las caderas. Se imaginó un tanto ridícula, una mujer sola tambaleándose por aquellas calles serpenteantes sin aceras mientras caía la tarde. Casas modernas, ventanas apaisadas, igual que en cualquier barrio residencial en alza, que no era para nada el tipo de vecindario que había imaginado. Se preguntó si habría apuntado mal la calle, y la idea no le disgustó. Volvería a la parada del autobús, donde había un banco. Se quitaría los zapatos y se acomodaría para el solitario largo viaje de regreso a casa.

Sin embargo, cuando vio los coches aparcados, y vio el número, era demasiado tarde para dar media vuelta. El jaleo se oía desde fuera, tuvo que tocar dos veces el timbre.

La recibió una mujer que parecía esperar a otra persona. Recibir no es la palabra exacta: la mujer abrió la puerta y Greta dijo que si era allí donde daban la fiesta.

—¿A ti qué te parece? —dijo la mujer, apoyada en el marco de la puerta.

Bloqueaba el paso.

—¿Puedo pasar? —preguntó Greta.

La mujer se apartó con un gesto de dolor. No la invitó a seguirla, pero Greta lo hizo de todos modos.

Nadie le dirigió la palabra ni le prestó atención, pero al poco una adolescente pasó con una bandeja de copas de lo que parecía limonada con granadina. Greta cogió una, la vació de un solo trago para calmar la sed y acto seguido cogió otra. Le dio las gracias a la camarera e intentó entablar una conversación sobre el largo y caluroso paseo, pero a la chica no le interesaba y dio media vuelta para seguir con su trabajo.

Greta se adentró en la casa sin dejar de sonreír. Nadie dio muestras de reconocerla ni la observó con especial agrado, ¿por qué iban a hacerlo? La gente la miraba un instante antes de retomar la conversación. Se reían. A excepción de Greta, parecía que todo el mundo llevara un repertorio de amigos, bromas, secretos a medias; daba la impresión de que todos hubieran encontrado a alguien que les diera la bienvenida. Menos los adolescentes que servían sin tregua y con cara de pocos amigos las bebidas rosadas.

Aun así, Greta no se dio por vencida. Al ver que la bebida le sentaba bien, decidió tomarse otra copa en cuanto hubiera una bandeja a su alcance. Buscó un hueco en alguno de los grupos donde poder meterse en la conversación. Creyó encontrarlo en uno de los corros, al oír las películas que se mencionaban. Cine europeo, que en esa época empezaba a llegar a Vancouver. Oyó el título de una que había ido a ver con Peter, *Los cuatrocientos golpes*.

—¡Ah, la he visto!

Habló con tal vehemencia que todos la miraron.

—¿En serio?, ¿no me digas? —dijo uno, que parecía llevar la voz cantante.

Greta estaba borracha, cómo no. Se había tomado varias copas de Pimm's n.º 1 con zumo de pomelo en un visto y no visto. No se tomó a mal el desaire, como habría hecho en una situación normal. Siguió caminando a la deriva, consciente de haber perdido un poco la compostura, pero con la sensación de que se respiraba un aire de permisividad y embriaguez, y de que no importaba no hacer amigos, porque podía ir por ahí expresando sus opiniones, sin más.

Bajo un arco había un cúmulo de gente importante. Entre ellos vio al anfitrión, una cara y un nombre que parecía conocer de toda la vida. Hablaba a voces, enfebrecido, y enseguida se veía que el peligro rondaba cerca de él y otro par de hombres, como si pudieran soltar un insulto con solo mirarte. Al final llegó a la conclusión de que sus mujeres estaban en el corro con el que acababa de tener el encontronazo.

La mujer que le había abierto la puerta no estaba en ninguno de los dos grupos, aunque era escritora. Greta la vio volverse cuando la llamaban. Era el nombre de una colaboradora de la misma revista donde habían publicado sus poemas. Entonces, ¿no

podría ir y presentarse? ¿De igual a igual, a pesar de la frialdad en la puerta?

Pero la mujer había recostado la cabeza en el hombro del tipo que la llamaba, y no les haría gracia que los interrumpieran.

Con esta reflexión le vinieron ganas de sentarse y, al no encontrar ninguna silla, se sentó en el suelo. La asaltó una idea. Pensó que cuando iba con Peter a una fiesta de ingenieros el ambiente era agradable, pero la charla aburrida. Y eso se debía a que todo el mundo tenía una reputación asentada y sólida, al menos por el momento. Allí, en cambio, nadie estaba a salvo. Se lanzaban dardos envenenados a espaldas de cualquiera, incluso de la gente conocida y que publicaba. Imperaban las poses inteligentes o los nervios, quienquiera que fueses.

Y ella desesperada porque alguien le lanzara un triste hueso y le diera conversación.

Satisfecha con su teoría sobre la actitud desagradable de la gente, dejó de importarle que le hablaran o no le hablaran. Y cuando se quitó los zapatos, el alivio ya fue inmenso. Se sentó con la espalda contra una pared y las piernas estiradas en uno de los pasos menos transitados de la fiesta. Como no quería correr el riesgo de derramar la bebida sobre la alfombra, se la terminó deprisa.

Un hombre se detuvo a su lado.

—¿Cómo has venido a parar aquí? —le preguntó.

Ella se compadeció de los pies torpes y embotados del hombre. Se compadecía de cualquiera que tuviera que estar de pie.

Dijo que la habían invitado.

—Ya, pero ¿has venido en coche propio?

—No, andando. —Pero con eso no bastaba, y al final consiguió rematar el resto—. He venido en autobús, y luego andando.

Uno de los hombres que antes estaba en el corro selecto se paró detrás del hombre de los zapatos.

—Excelente idea —dijo. Parecía de veras dispuesto a hablar con ella.

El primer hombre no le prestó mucha atención a este otro. Había recuperado los zapatos de Greta, pero ella le explicó que le dolían demasiado y los rechazó.

—Llévalos en la mano. O ya los llevo yo. ¿Puedes tenerte en pie?

Buscó al hombre más importante para ver si la ayudaba, pero se había ido. Se acordó entonces de que era el autor de una obra sobre los dujobores que tuvo mucha polémica, porque los miembros de la secta iban a aparecer desnudos. No eran dujobores de verdad, sino actores, pero de todos modos al final no les dieron permiso para salir desnudos.

Trató de explicárselo a aquel hombre que la ayudaba a ponerse de pie, pero era obvio que no le interesaba. Greta le preguntó qué escribía. El hombre aclaró que no era un escritor de esos, sino periodista. Estaba de visita en la casa con su hijo y su hija, nietos de los anfitriones. Los chicos eran los que llevaban las bandejas de las bebidas.

—Son letales —dijo, en alusión a los cócteles—. Criminales.

Habían salido afuera. Greta cruzó el césped descalza, aunque con medias, y esquivó un charco por muy poco.

—Alguien ha vomitado —le dijo al escolta.

—No me extraña —dijo él, y la ayudó a montarse en un coche. El aire de la calle le había alterado el ánimo, de una euforia inestable a un malestar que rozaba la vergüenza.

—Vancouver Norte —dijo el hombre. Debía de habérselo dicho ella—. ¿De acuerdo? Adelante. Hacia Lions Gate.

Deseó que no le preguntara qué hacía en la fiesta. Si no le quedaba más remedio que decir que era poeta, su estado, sus excesos, serían tópicos patéticos. No había oscurecido del todo, aunque era tarde. Parecían ir en la dirección correcta, siguiendo el agua, y luego cruzaron un puente. El puente de Burrard Street. Luego vio el tráfico y los

árboles que quedaban atrás, pero los ojos se le cerraban sin querer. Cuando el coche se detuvo supo que no podían haber llegado a casa. A la suya, por lo menos.

Vio las copas de los árboles frondosos. Ninguna estrella. Apenas unos destellos en el agua que mediaba entre el lugar donde estaban y las luces de la ciudad.

—Párate un momento a considerar —dijo el hombre.

La palabra la subyugó.

—A considerar.

—Cómo vas a volver a tu casa, por ejemplo. ¿Te las arreglarás para parecer digna? Sin exagerar, con naturalidad. Supongo que estás casada.

—Primero tendré que darte las gracias por llevarme a casa —dijo—. Así que tendrás que decirme tu nombre.

Al parecer ya se lo había dicho. Y dos veces. Pero bueno, de acuerdo, una vez más. Harris Bennett. Bennett. Era el yerno de la gente que daba la fiesta. Los chicos que servían las bebidas eran sus hijos. Estaban de visita, vivían en Toronto. ¿Satisfecha?

—¿Y no tienen madre?

—Claro que sí, pero está en el hospital.

—Lo siento.

—No hay por qué. Es un hospital muy agradable. Para problemas mentales. O quizá habría que decir problemas emocionales.

Ella se apresuró a contarle que su marido se llamaba Peter y era ingeniero, y que tenían una hija que se llamaba Katy.

—Mira qué bonito —dijo él, y salió dando marcha atrás.

En el puente de Lions Gate se disculpó.

—Perdóname por haber hablado así. Dudaba entre si besarte o no besarte, y al final he preferido no hacerlo.

Greta creyó entender que algo en ella lo había echado atrás, que no estaba a la altura de que la besara. La vergüenza le devolvió la sobriedad en el acto, como una bofetada.

—Ahora, cuando pasemos el puente, ¿seguimos por Marine Drive? —continuó el hombre—. Cuento con que me vayas indicando.

Aquel otoño, y también durante el invierno y la primavera siguientes, no hubo día que no pensara en él. Era como tener el mismo sueño nada más dormirte. Recostada en el almohadón negro del sofá fantaseaba con que la estrechaba entre sus brazos. Era de imaginar que no recordara su cara, pero se le aparecía con todo detalle, el rostro arrugado de un hombre de vuelta de todo, irónico, dado a los ambientes cerrados. De cuerpo tampoco estaba mal, quizá un tanto venido a menos pero competente, y deseable como ningún otro.

El deseo la dejaba al borde del llanto. Aun así, toda esa fantasía desaparecía, entraba en hibernación, en cuanto Peter llegaba a casa. Entonces los afectos cotidianos cobraban relevancia, tan solventes como siempre.

El sueño se parecía mucho, de hecho, al clima de Vancouver: una especie de añoranza sombría, una tristeza lluviosa y etérea, un peso que orbitaba alrededor del corazón.

¿Y el rechazo a besarla, que podía parecer un golpe descortés?

Simplemente lo eliminó, sin más. Lo enterró en el olvido.

¿Y su poesía? Ni un verso, ni una palabra. Ni un solo indicio de que jamás le hubiera importado.

Naturalmente cedía a estos arrebatos sobre todo cuando Katy dormía la siesta. A veces llamaba al hombre en voz alta, se entregaba a la estupidez. A continuación la embargaba una vergüenza lacerante, que la hacía despreciarse. Qué estupidez, desde luego. Estúpida.

Y de pronto la situación dio un vuelco, la posibilidad y luego la certeza del trabajo en Lund, el ofrecimiento de una casa en Toronto. Un cambio brusco del tiempo, un acceso de temeridad.

Sin darse cuenta empezó a escribir una carta. No empezaba de una manera convencional. Nada de querido Harris. Nada de me recuerdas.

Escribir esta carta es como meter una nota en una botella...

Y esperar

que llegue a Japón.

Lo más cercano a un poema en mucho tiempo.

No tenía ni idea de a qué dirección mandarla. Fue tan temeraria e insensata como para llamar a la gente que había dado la fiesta, pero cuando contestaron la boca se le secó, la sintió inmensa como una tundra y tuvo que colgar. Entonces metió a Katy en el cochecito y fue a la biblioteca pública a consultar un listín telefónico de Toronto. Había muchos Bennett, pero ningún Harris o H. Bennett.

Entonces se le ocurrió una idea desconcertante: mirar en las necrológicas. No pudo contenerse. Esperó a que el hombre que leía el ejemplar de la biblioteca terminara. No solía hojear el periódico de Toronto porque había que cruzar el puente para comprarlo, y Peter siempre llevaba a casa el *Vancouver Sun*. Pasó las hojas con impaciencia hasta dar con su firma en un artículo. Así pues, no había muerto. Era columnista de prensa. Era lógico que no quisiera arriesgarse a que cualquiera, conociendo su nombre, pudiera llamarlo a casa.

Escribía sobre política. Sus comentarios parecían inteligentes, pero eso a ella no le importaba.

Le mandó la carta allí, al periódico. No sabía si abriría personalmente el correo y pensó que poner PRIVADO en el sobre era buscarse problemas, así que solo escribió el día de su llegada y el horario del tren, tras las líneas sobre la botella. Ningún nombre. Pensó que quien abriera el sobre pensaría en una anciana de la familia dada a caprichosos giros expresivos. Nada que lo comprometiera, aun suponiendo que le reenviaran a su domicilio una carta tan peculiar y que la abriera su mujer, en caso de que hubiera salido del hospital.

Por lo visto Katy no había entendido que el hecho de que Peter estuviera fuera, en el andén, significaba que no viajaría con ellas. Cuando el tren empezó a moverse y al ganar velocidad lo perdieron de vista, encajó mal el abandono. Sin embargo, al rato se calmó y le dijo a Greta que seguro que papá llegaría al día siguiente.

Aunque Greta fue con tacto al levantarse por la mañana, Katy ni siquiera mencionó la ausencia. Greta le preguntó si tenía hambre y la niña dijo que sí, y le comentó a su madre, igual que Greta se lo había dicho ya antes de subir al tren, que ahora tenían que quitarse el pijama e ir a desayunar a otro sitio.

—¿Qué quieres desayunar?

—Piscris. —Quería decir Krispies.

—A ver si tienen.

Tenían.

—Y ahora ¿vamos a buscar a papá?

Había un área de juegos infantiles, aunque más bien pequeña. La habían conquistado un niño y una niña que, a decir por sus disfraces de conejito conjuntados, eran hermanos. Su juego consistía en lanzarse vehículos en miniatura y esquivarlos en el último momento. PAM PUM CRASH.

—Esta es Katy —dijo Greta—. Yo soy su mamá. ¿Y vosotros, cómo os llamáis?

Los choques cobraron intensidad, pero los niños no levantaron la vista.

—Papá no está aquí —dijo Katy.

Greta decidió que lo mejor era volver a buscar el libro de Christopher Robin de Katy e ir a leerlo al vagón de la cúpula panorámica. No creía que molestaran a nadie, porque aún se servían desayunos y los paisajes de montaña más espectaculares todavía no habían empezado.

El problema fue que, al acabar el libro, Katy quiso volver a leerlo inmediatamente. Durante la primera lectura había escuchado en silencio, pero ahora empezó a repetir el

final de cada frase. Y a la tercera lo recitaba palabra por palabra, aunque no se atrevía a intentarlo sola. Greta imaginó que eso sería un incordio cuando el vagón panorámico se llenara de gente. A la edad de Katy, la monotonía no era un problema. Es más, a los niños les gustaba, se sumergían en ella y enroscaban la lengua en las palabras conocidas, como si fuera una golosina que no se terminara nunca.

Un chico y una chica subieron la escalera y se sentaron en diagonal de Greta y Katy. Les dieron los buenos días con entusiasmo, y Greta contestó. A Katy no le hizo gracia que su madre los saludara, y siguió recitando en voz baja sin apartar la vista del libro. Desde el otro lado del pasillo llegó la voz del chico, casi tan baja como la suya.

Cambio de guardia en Buckingham:

Christopher Robin y Alice allá que van.

Cuando terminó, empezó con otro poema: «No me gustan, como me llamo Sam».

Greta se echó a reír, pero Katy siguió seria. Greta se dio cuenta de que su hija estaba un poco escandalizada. Entendía las letras tontas si salían de un libro, pero no de la boca de alguien que no tenía libro.

—Perdón —se disculpó el chico con Greta—. Somos preescolares. Esta es nuestra literatura. —Se inclinó en el asiento y le habló a Katy solemnemente en voz baja—: Es un libro muy bonito, ¿verdad?

—Quiere decir que trabajamos con niños de preescolar —aclaró la chica—. Aunque a veces nos confundimos.

El chico siguió hablando con Katy.

—A lo mejor ahora puedo adivinar tu nombre. ¿Cuál será? ¿Rufus, tal vez? ¿O será Rover?

Katy se mordió los labios, pero no pudo contener una respuesta tajante.

—No soy un perro —dijo.

—Claro que no. Qué tonto. Yo soy un chico, y me llamo Greg. El nombre de esta chica es Laurie.

—Greg te estaba tomando el pelo —dijo Laurie—. ¿Le doy un tortazo?

Katy sopesó la pregunta.

—No —dijo al fin.

—«Alice se casa con un guardia real» —continuó Greg—. «La vida del soldado es dura de verdad, dice Alice».

Katy repitió en voz baja el final del segundo verso.

Laurie le contó a Greta que habían recorrido varios jardines de infancia con pequeñas representaciones satíricas. A eso lo llamaban actividades de predisposición a la lectura. Eran actores, en realidad. Ella se bajaba en Jasper, donde había conseguido trabajo de camarera para el verano, que alternaría con algunos números cómicos. No exactamente de predisposición a la lectura. Entretenimiento para adultos, lo llamaban.

—Ay, Dios. Se hace lo que se puede —dijo.

Greg se dedicaría a zanganear; bajaba en Saskatoon, donde estaba su familia.

Los dos eran guapos, pensó Greta. Altos, de brazos y piernas largos, de una esbeltez casi antinatural. El chico, moreno y de pelo rizado; la chica, con melena oscura y la sobriedad de una madona. Cuando poco después mencionó que se parecían, le dijeron que a veces se habían aprovechado de esa similitud a la hora de buscar alojamiento. Simplificaba las cosas una barbaridad, si bien tenían que acordarse de pedir camas separadas y no olvidarse de deshacer las dos.

Aunque ya no tenían que preocuparse por eso. No habría de qué escandalizarse. Después de tres años juntos lo habían dejado. Llevaban meses de castidad, al menos uno con el otro.

—Y ahora se acabó el palacio de Buckingham —le dijo Greg a Katy—. Tengo que hacer mis ejercicios.

Greta pensó que se iría abajo, o que por lo menos haría un poco de calistenia en el

pasillo, pero Laurie y él echaron atrás la cabeza, estiraron el cuello y empezaron a hacer gorgoritos y graznidos que formaban curiosos cantos. Katy estaba loca de contento, pensando que todo era una ofrenda, un espectáculo solo para ella. Y se comportó como una verdadera espectadora: guardó silencio hasta el final y solo entonces estalló en carcajadas.

Varios pasajeros que habían hecho ademán de subir se quedaron al pie de la escalera, no tan contentos como Katy, sin acabar de entender la situación.

—Perdón —dijo Greg sin dar explicaciones, aunque con una nota cordial e íntima. Le tendió la mano a Katy—: Vamos a ver si hay alguna sala de juegos.

Laurie y Greta los siguieron. Greta deseó que no fuera uno de esos adultos que se hacen amigos de los niños para poner a prueba sus propios encantos, hasta que se aburren y acaban de malhumor al ver lo agotador que puede ser el cariño de los críos.

Antes del almuerzo ya sabía que no había de qué preocuparse. Las atenciones de Katy no solo no agotaban a Greg, sino que otros niños se habían unido a la competición y no daba ninguna muestra de cansancio.

No es que Greg hubiera organizado una competición. Se las había ingeniado de manera que la atención que atrajo en un principio sirviera para que los niños tomaran conciencia unos de otros y la centraran luego en juegos animados, incluso salvajes, pero que no daban cabida al mal genio. Nada de berrinches. Prohibidos los caprichos. Sencillamente no había tiempo, con las cosas interesantes que estaban pasando. Era un milagro capear así el salvajismo en un espacio tan pequeño. Y el derroche de energía prometía una buena siesta por la tarde.

—Greg es increíble —le comentó Greta a Laurie.

—Sí, casi siempre es así —dijo Laurie—. No se reserva. ¿Sabes que muchos actores lo hacen? Los actores en particular. Fuera del escenario son muertos.

Greta pensó: eso es lo que hago yo. La mayor parte del tiempo me reservo. Soy cauta con Katy, cauta con Peter.

En la década en la que se adentraban sin que ella apenas se diera cuenta, se prestaría mucha atención a ese tipo de cosas. Vivir significaría algo que antes no significaba. Ir con la corriente. Entregarse. Había quien se entregaba, había quien no. Las barreras que separaban el interior y el exterior de la cabeza caerían. Exigencias de la autenticidad. Cosas como los poemas de Greta, cosas que no salían directamente de dentro, empezaron a resultar sospechosas, incluso se miraban con desdén. Por supuesto que ella siguió como siempre, indagando y explorando, incidiendo con la misma determinación secreta en la contracultura. Sin embargo, mientras veía a su hija rendirse a Greg y a todo lo que hacía, se sintió plenamente agradecida.

Por la tarde, tal como había previsto, los niños se fueron a dormir la siesta. En algunos casos, las madres también. Otras se quedaron jugando a las cartas. Greg y Greta despidieron a Laurie cuando se bajó en Jasper. Ella les lanzó besos desde el andén. Apareció un hombre de más edad, que le cogió la maleta, la besó cariñosamente y saludó a Greg, que le devolvió el saludo.

—El nuevo galán —comentó.

Más saludos mientras el tren se ponía en marcha, y entonces Greta y Greg llevaron a Katy al compartimento. La niña se quedó dormida entre los dos en mitad de un salto. Descorrieron la cortina para airear el compartimento, ahora que no había peligro de que la niña se cayera.

—Alucinante, tener un hijo —dijo Greg. Otra palabra nueva de la época, o al menos para Greta.

—Es algo que pasa —dijo ella.

—Qué serena eres. Y ahora dirás: «Así es la vida».

—Ni hablar —dijo Greta, sosteniéndole la mirada hasta que el chico negó con la cabeza y se echó a reír.

Le contó que se había metido a actor por motivos religiosos. Su familia pertenecía a una secta cristiana de la que Greta nunca había oído hablar. Era una secta poco numerosa pero con dinero, por lo menos con algunos miembros ricos. Habían construido un teatro en el recinto de la iglesia que levantaron en una ciudad de las llanuras. Allí fue donde empezó a actuar antes de cumplir diez años. Hacían parábolas de la Biblia, pero también actuales, sobre las cosas horribles que les pasaban a quienes no compartían sus creencias. Su familia estaba muy orgullosa de él, y desde luego Greg también lo estaba, aunque no se le ocurría contarles todo lo que pasaba cuando los ricos conversos iban a renovar sus votos y salían reforzados en su santidad. De todos modos le gustaba que lo felicitaran y le gustaba actuar.

Hasta el día en que se dio cuenta de que podía actuar sin necesidad de todas aquellas monsergas de la iglesia. Por más que planteó el tema con delicadeza, le dijeron que el demonio se había apoderado de él. Ja, dijo, ya sé yo quién quiere apoderarse.

Adiós.

—No creas que todo fue malo. Sigo rezando y mantengo la fe, pero nunca pude hablar con mi familia de lo que pasaba. Con contarles de la misa la mitad, los habría matado del susto. ¿No conoces a gente así?

Greta le dijo que cuando se trasladó con Peter a Vancouver, su abuela, que vivía en Ontario, se puso en contacto con un párroco de allí. El hombre fue a visitarlos y Greta le había dado un desplante. Cuando el cura le dijo que rezaría por ella, le contestó poco más o menos que no se molestara. En esa época su abuela estaba moribunda. Al recordarlo Greta se avergonzaba, y esa vergüenza la irritaba aún más.

Peter no entendía esas cosas. Su madre nunca iba a la iglesia, aunque una de las presuntas razones por las que había cruzado con él las montañas fue que pudieran ser católicos. Peter decía que seguramente los católicos tenían una ventaja, porque podían cubrirse las espaldas hasta el momento antes de morir.

Era la primera vez que pensaba en Peter en un buen rato.

Mientras hablaban de todas esas cosas viscerales pero reconfortantes, Greg y ella iban bebiendo. El chico había sacado una botella de ouzo. A pesar de que Greta procuraba medirse, como lo había hecho con el alcohol desde la fiesta de escritores, el efecto se dejó notar. Suficiente para que se cogieran las manos y empezaran a besarse y a hacer arrumacos. Y todo eso al lado de la niña dormida.

—Será mejor que paremos —dijo Greta—. O acabará siendo deplorable.

—Estos no somos nosotros —dijo Greg—. Son otros.

—Entonces díles que paren. ¿Sabes cómo se llaman?

—Espera un momento. Reg. Reg y Dorothy.

Greta siguió el juego.

—Ya basta, Reg. ¿Qué hay de mi hijita inocente?

—Podríamos ir a mi litera. No está muy lejos.

—No tengo ningún...

—Yo sí.

—¿Lo llevas encima?

—Por supuesto que no. ¿Por qué clase de bestia me tomas?

Así que se arreglaron la ropa y salieron con sigilo del compartimento, prendieron con cuidado todos los broches de la litera donde Katy dormía y, con cierto descuido amanerado, fueron del vagón de Greta al de Greg. No mereció la pena, porque no se cruzaron con nadie. La gente que no estaba en el vagón de la cúpula fotografiando las eternas montañas debía de estar en el vagón restaurante, o dormitando.

En las desaliñadas dependencias de Greg retomaron lo que habían dejado. Como no cabían los dos en la litera, se las ingeniaron para ponerse uno encima del otro. Al principio se ahogaban de la risa, hasta que llegaron los sensacionales espasmos del placer, sin más opción que mirarse a los ojos. Mordiéndose uno al otro para sofocar los

jadeos más feroces.

—Qué bien —dijo Greg—. Me ha gustado.

—Tengo que irme.

—¿Ya?

—Katy podría despertarse y no encontrarme.

—Vale. Vale. De todos modos debería ir preparándome para bajar en Saskatoon. ¿Y si hubiéramos llegado en mitad de todo? Hola, mamá. Hola, papá. Esperadme un momento aquí mientras... ah... oh... ¡uh!

Greta se adecentó y salió. La verdad es que no le preocupaba cruzarse con alguien. Se sentía débil, aturdida, pero triunfal como un gladiador después de un combate en la arena. Al pensarlo no pudo evitar sonreír.

De todos modos no encontró ni un alma.

El último broche de la cortina estaba suelto. Estaba segura de haberlo abrochado al irse. De todos modos no era fácil que Katy pasara por debajo, y menos aún que se atreviera a intentarlo. Cuando Greta había salido antes un momento al lavabo tras insistirle mucho a Katy en que no la siguiera, la niña le había dicho que no pensaba hacerlo, como dando a entender que la trataba como a un bebé.

Greta abrió las cortinas de un tirón y enseguida se dio cuenta de que Katy no estaba.

Perdió la cabeza. Levantó la almohada, como si una niña del tamaño de su hija pudiera taparse con ella. Tanteó la manta con las manos, como si Katy fuera a estar escondida debajo. Procuró dominarse y pensar dónde había parado el tren, si es que había parado, mientras estaba con Greg. ¿Era posible que un secuestrador hubiera subido en una parada y se hubiera llevado a la niña?

Se detuvo en el pasillo a pensar cómo podía detener el tren.

Entonces se obligó a creer que era imposible que algo así ocurriera. No seas ridícula. Katy debía de haberse despertado y, al no encontrarla, había ido en su busca. En su busca, sola.

Por aquí, tiene que estar por aquí. Las puertas que había en los extremos del vagón pesaban demasiado para la niña.

Greta apenas se podía mover, como si las fuerzas hubieran abandonado su cuerpo y su mente. No podía ser verdad. Retrocede, retrocede hasta el momento antes de irte con Greg. Detente ahí. Detente.

Al otro lado del pasillo vio un asiento desocupado, aunque por el momento: había un jersey de mujer y una revista sobre la butaca. Más adelante, un compartimento con todos los cierres abrochados, como había dejado el suyo. Apartó las cortinas de un tirón. El anciano que dormía se puso boca arriba, sin llegar a despertarse. Imposible que escondiera a nadie.

Qué idiotez.

La asaltó un nuevo temor. Suponiendo que Katy llegara a uno de los extremos del vagón y se las hubiera ingeniado para abrir la puerta. O que siguiera a alguien que la hubiera abierto. Entre vagón y vagón había una pasarela corta, por la que en realidad se camina sobre el enganche que une los coches. Ahí el movimiento del tren se siente de pronto e impresiona. Hay una puerta maciza detrás y otra delante y, a ambos lados de la pasarela, planchas metálicas que entrechocan y chirrían, bajo las que se guardan las escalinatas que se sacan cuando el tren se detiene.

La gente cruzaba deprisa esos pasillos, donde los chirridos y el traqueteo hacen pensar que las cosas se ensamblan de un modo que a fin de cuentas no parece tan inexorable. Unos chirridos y unos traqueteos que pasarían más desapercibidos si no fueran tan vertiginosos.

La puerta del fondo del vagón pesaba demasiado incluso para Greta. O acaso el miedo le había minado las fuerzas. Empujó con brío con el hombro.

Y allí, entre los dos vagones, acurrucada sobre una de esas planchas de metal que no

cesan de chirriar, estaba Katy. Con los ojos como platos y la boca entreabierta, petrificada y sola. No había derramado ni una lágrima, pero al ver a su madre empezó a llorar.

Greta la levantó y, al cargársela sobre la cadera, dio un traspié y chocó con la puerta. Todos los vagones tenían nombres de batallas o expediciones célebres o de canadienses ilustres. Ellas viajaban en el Connaught. Greta no lo olvidaría nunca. Katy no se había lastimado. Tampoco se le había enganchado la ropa en alguno de los bordes de las planchas metálicas.

—He ido a buscarte —dijo.

¿Cuándo? ¿Hacía un momento, o justo después de que Greta la dejara sola?

Seguro que no. Si alguien la hubiera visto allí la habría recogido, habría tocado una alarma.

A pesar de que era un día soleado, no hacía calor de verdad. La niña tenía la cara y las manos heladas.

—Pensaba que estabas en las escaleras —dijo.

Cuando la envolvió con la manta en su litera, ella también se echó a temblar como si tuviera fiebre. Se sintió mareada, incluso notó un regusto a vómito en la garganta.

—No me aprietes —le dijo Katy, librándose de su abrazo—. Hueles mal.

Greta apartó los brazos y se tumbó en la litera.

La asaltaron ideas de las cosas terribles que hubieran podido pasar. Katy continuaba rígida, rechazándola.

Seguro que alguien la hubiera encontrado. Alguna persona decente, no una mala persona, al verla allí la habría puesto a salvo. Greta hubiera oído con consternación el anuncio, la noticia de que habían encontrado a una niña sola en el tren. Una niña que respondía al nombre de Katy. Greta habría ido corriendo, sin detenerse apenas a ponerse presentable, y al recoger a su hija habría mentado, diciendo que venía del cuarto de baño. Nadie le hubiera quitado el susto, pero se habría ahorrado la imagen que la asediaba tras ver a Katy desamparada en el hueco entre los dos vagones, en medio del estruendo. Sin llorar, sin una queja, como dispuesta a quedarse allí acurrucada para siempre, aunque no le ofrecieran una explicación ni una esperanza. Greta no se quitaba de la cabeza los ojos sin expresión, la boca abierta de su hija, un momento antes de que tomara conciencia del rescate y pudiera romper a llorar. Solo entonces había recuperado su mundo, su derecho a sufrir y a quejarse.

Ahora decía que no tenía sueño, quería levantarse. Preguntó por Greg. Greta le dijo que había ido a echar una siesta, estaba cansado.

Tuvieron el vagón de la cúpula casi para ellas solas el resto de la tarde. Por lo visto la gente se había dejado toda la energía fotografiando las montañas Rocosas. Y, como había dicho Greg, las llanuras los dejaban planchados.

Cuando el tren hizo una breve parada en Saskatoon, Greg se bajó entre otros pasajeros. Greta vio que iba a su encuentro una pareja mayor, debían de ser sus padres. También una anciana en silla de ruedas, probablemente una abuela, y varios jóvenes que se quedaron un poco aparte, alegres y tímidos. Ninguno de ellos parecía miembro de una secta, ni gente en modo alguno estricta o desagradable.

Aunque ¿cómo detectar algo así a simple vista?

Greg se volvió y recorrió con la mirada las ventanillas del tren. Ella lo saludó desde el vagón de la cúpula y, al verla, le devolvió el saludo.

—Ahí está Greg —le dijo Greta a Katy—. Mira, ahí abajo. Nos está saludando. ¿Quieres decirle adiós tú también?

Pero a Katy le costaba encontrarlo entre la gente. O quizá ni lo intentó. Se dio media vuelta con cierto aire ofendido, y Greg, tras un último saludo bufonesco, se volvió también. Greta se preguntó si la niña castigaba su deserción negándose a echarlo de menos o a despedirse siquiera.

De acuerdo, si ha de ser así, mejor olvídale.

—Greg te estaba saludando —dijo Greta, cuando el tren se puso en marcha.

—Ya lo sé.

Esa noche, mientras Katy dormía a su lado en la litera, Greta le escribió una carta a Peter. Una larga carta que pretendía ser graciosa, sobre las distintas clases de personas que podía encontrarse a bordo del tren. El hecho de que casi todo el mundo prefiriera mirar a través de una cámara en lugar de ver el paisaje de verdad, y cosas por el estilo. El comportamiento de Katy, bueno en general. Nada de que se había perdido, por supuesto, ni del susto. Mandó la carta cuando las llanuras quedaban ya lejos y los abetos negros se sucedían eternamente, durante una parada que por alguna razón hicieron en el pequeño pueblo perdido de Hornepayne.

Todas las horas de vigilia a lo largo de cientos y cientos de millas las dedicó a Katy. Sabía que nunca se había volcado tanto en su hija. Por descontado siempre había cuidado de ella, vistiéndola, dándole de comer, hablando con ella durante todos los ratos que pasaban juntas mientras Peter estaba en el trabajo, pero Greta siempre tenía cosas que hacer en casa, su atención iba por rachas, su ternura a menudo formaba parte de una táctica.

Y no solo por las tareas domésticas. Otros pensamientos habían desplazado su atención de la niña. Incluso antes de caer en la obsesión inútil, extenuante y estúpida con el hombre de Toronto, existía la otra ocupación, la poesía, que parecía haberse gestado en su cabeza casi desde siempre. Y que de pronto se le antojaba una traición más: a Katy, a Peter, a la vida. Y ahora que no podía quitarse de la cabeza la imagen de Katy sola, acurrucada entre los vagones en medio del estruendo, sería otra cosa que tendría que abandonar.

Un pecado. Había puesto su atención en otra parte. Le había arrebatado atención a la niña a propósito. Un pecado.

Llegaron a Toronto a media mañana. El cielo estaba oscuro. Había una tormenta eléctrica. Katy no había visto nunca semejante despliegue de truenos y relámpagos en la costa Oeste, pero Greta le dijo que no había nada que temer, y de hecho no parecía asustada. Tampoco se asustó con la oscuridad del túnel donde se detuvo el tren, atenuada por una mortecina luz eléctrica.

—Es de noche —dijo la niña.

No, no, dijo Greta, solo tenían que caminar hasta el final del túnel, ahora que al fin se habían bajado del tren. Luego subirían unas escaleras, que quizá fueran mecánicas, hasta un edificio grande, desde donde saldrían a la calle y podrían coger un taxi. Un taxi era un coche que las llevaría hasta su casa. Su casa nueva, donde vivirían una temporada. Vivirían allí una temporada y luego volverían con papá.

Subieron por una rampa que desembocaba en una escalera mecánica. Katy se paró en seco, así que Greta esperó a que la gente pasara de largo. Entonces la alzó en brazos y se la cargó a la cadera, ingeniándose las para llevar la maleta con la otra mano, aunque al soltarla en los escalones cayó de golpe. Una vez arriba, dejó a la niña en el suelo y pudieron darse la mano de nuevo, a la luz resplandeciente y diáfana de Union Station.

Allí la gente que caminaba delante de ellas empezó a dispersarse, acudiendo a la llamada de quienes los esperaban o simplemente se acercaban a ayudarles con el equipaje.

Igual que alguien que se acercó a ellas en ese momento. Agarró la maleta, abrazó a Greta y la besó por primera vez, con gesto decidido y ceremonioso.

Harris.

Tras la impresión del primer momento, Greta sintió un vuelco en el estómago, un alivio inmenso.

Aunque trató de seguir agarrada a su hija, en ese momento la niña se apartó y se soltó

de la mano.

No hizo ademán de huir. Solo se quedó a la espera de lo que tuviera que pasar a continuación.

Amundsen

Me senté a esperar en el banco del andén. Cuando el tren llegó la estación estaba abierta, pero ahora ya la habían cerrado. Una mujer sentada en la otra punta del banco sujetaba entre las rodillas una bolsa de malla llena de paquetes envueltos en papel pringado de grasa. Carne, carne cruda. Se olía de lejos.

Al otro lado de las vías esperaba el tren, vacío.

No aparecieron más pasajeros, y al cabo de un rato el jefe de estación sacó la cabeza y gritó: «Sanatorio». Al principio no le entendí bien, pensé que llamaba a alguien, porque otro hombre con uniforme salió por el lado opuesto del edificio. Cruzó las vías y se montó en el vagón. La mujer que llevaba los paquetes se levantó y lo siguió, así que hice lo mismo. Se oyeron unos gritos al otro lado de la calle en el momento en que se abrían las puertas de una edificación chata con tejas de madera oscura, y varios hombres salieron en tropel, encasquetándose las gorras mientras las fiambreras metálicas del almuerzo les chocaban contra el muslo. Por el jaleo que armaban cabía imaginar que el tranvía saliera en cualquier momento, dejándolos allí. Sin embargo, cuando se acomodaron en el vagón el tren siguió inmóvil mientras contaban cuántos eran y le decían al conductor que aún no podía irse, que faltaba alguien. Entonces uno se acordó de que el compañero al que esperaban tenía el día libre. El tranvía se puso en marcha, aunque no quedó claro si el conductor había prestado atención a lo que le decían, o siquiera le importaba.

Todos los hombres bajaron en un aserradero en medio del bosque, un trayecto que no le habría llevado más de diez minutos a pie, y poco después el lago apareció ante nuestros ojos, cubierto de nieve. Enfrente, un edificio blanco apaisado de madera. La mujer puso en orden los paquetes de la carne y se levantó, y yo la seguí. El maquinista volvió a gritar «Sanatorio» y se abrieron las puertas. Un par de mujeres esperaban para subir. Saludaron a la mujer de la carne y ella comentó que hacía un día crudo.

Todos me evitaron con la mirada cuando me apeé detrás de la mujer de la carne.

Por lo visto no había que esperar a nadie en aquella última parada, porque las puertas se cerraron de golpe y el tren empezó a retroceder.

Entonces se hizo el silencio, el aire parecía de hielo. Abedules de aspecto quebradizo con marcas negras en la corteza blanca, y unos arbustos silvestres de hoja perenne encogidos como osos adormilados. El borde del lago no era liso, el hielo formaba pequeñas crestas irregulares, como si las olas se hubieran congelado en el instante de romper en la orilla. Y a lo lejos el edificio, con premeditadas hileras de ventanas y porches acristalados a ambos extremos. Todo austero y nórdico, un paisaje en blanco y negro bajo la alta cúpula de nubes.

De cerca, la corteza de abedul no era negra, después de todo. Ocre ceniciento, azul ceniciento, gris ceniza.

La quietud y la inmensidad de un hechizo.

—¿Adónde vas? —me dijo la mujer de la carne—. Las horas de visita acaban a las tres.

—No estoy de visita —le dije—. Soy la maestra.

—Bueno, aun así no te dejarán entrar por la puerta principal —dijo la mujer, con cierta satisfacción—. Mejor ven conmigo. ¿No traes maleta?

—El jefe de estación me ha dicho que me la acercaría luego.

—Por cómo estabas ahí plantada, parecía que te habías perdido.

Le dije que me había detenido porque era precioso.

—Habrà quien lo crea. A menos que estén muy enfermos o muy ocupados.

No dijimos nada más hasta que entramos en la cocina, en uno de los extremos del edificio. Ya empezaba a necesitar guarecerme bajo un techo. Ni siquiera me dio tiempo a echar un vistazo alrededor, porque me hicieron prestar atención a las botas.

—Vale más que te las quites, antes de dejar el suelo lleno de pisadas.

Sin una silla donde sentarme, me las saqué como pude y las coloqué en la estera donde la mujer había dejado las suyas.

—Cógelas y llévatelas de aquí, que no sé dónde van a ponerte. Vale más que no te quites el abrigo, porque en el guardarropa no hay calefacción.

Ni calefacción, ni más luz que la que entraba por un ventanuco alto que no dejaba ver el exterior. Era como cuando en la escuela nos castigaban y nos mandaban al guardarropa. El mismo olor a los abrigos que nunca se acababan de secar, a botas que se calaban y empapaban los calcetines manchados, los pies sucios.

Me encaramé en un banco, pero ni así pude ver nada por la ventana. En una repisa, entre gorras y bufandas desperdigadas, encontré una bolsa de higos y dátiles secos. Alguien los habría robado y los habría metido allí para llevárselos a casa. Me entró un hambre repentina. No había comido nada desde la mañana, aparte de un bocadillo reseco de queso en el Ontario Northland. Pensé si era ético robarle a un ladrón. De todos modos los higos se me quedarían pegados en los dientes y me delatarían.

Bajé justo a tiempo. Alguien entraba en el guardarropa. No era ninguno de los empleados de la cocina, sino una colegiala con un grueso abrigo de invierno y el pelo envuelto en una bufanda. Llegó como un vendaval; tiró unos libros sobre el banco de madera con tal impulso que se desparramaron por el suelo, se arrancó la bufanda dejando al descubierto una mata de pelo y, con el mismo impulso, se quitó las botas a patadas y las mandó a la otra punta del guardarropa. Por lo visto no la habían interceptado en la puerta de la cocina para que se las quitara.

—Uy, no quería darte —se disculpó la chica—. Cuando entras de fuera está tan oscuro que no sabes ni dónde pisas. ¿No te estás helando? ¿Has venido a pedir trabajo?

—Estoy esperando a que me reciba el doctor Fox.

—Ah, entonces no tendrás que esperar mucho, he venido con él en coche desde el pueblo. No estarás enferma, ¿verdad? Porque no visita aquí, hay que ir al pueblo.

—Soy la maestra.

—¿Ah, sí? ¿Eres de Toronto?

—Sí.

Se hizo un silencio, quizá de respeto.

O no. Más bien examinaba mi abrigo.

—Qué bonito. ¿El cuello es de pieles?

—Astracán persa. Bueno, en realidad es de imitación.

—Pues a mí me daba el pego. No sé para qué te han metido aquí, se te congelará el culo. Uy, perdón. Si quieres ver al doctor, puedo acompañarte. Sé dónde está todo, vivo aquí prácticamente desde que nací. Mi madre lleva la cocina. Me llamo Mary, ¿y tú?

—Vivi. Vivien.

—Si eres maestra, debería ser señorita algo, ¿no? ¿Señorita qué?

—Señorita Hyde.

—¿No serás la doctora Jekyll? —saltó Mary— Perdón, se me acaba de ocurrir. Me gustaría que fueras mi maestra, pero tengo que ir al colegio del pueblo. Las normas son así de estúpidas. Como no tengo tuberculosis...

Mientras hablaba me condujo por la puerta del fondo del guardarropa, que daba a un pasillo corriente de hospital. Linóleo encerado. Pintura verde mate, un olor antiséptico.

—Ahora que estás aquí a lo mejor conseguiré que Reddy me cambie.

—¿Quién es Reddy?

—Reddy Fox. Un personaje de un libro para niños. Anabel y yo empezamos a llamar así al doctor, porque es pelirrojo como el zorro del cuento.

—¿Quién es Anabel?

—Nadie. Está muerta.

—Vaya, lo siento.

—No es culpa tuya. Por aquí suele pasar. Este año he empezado el bachillerato. Anabel no llegó a ir a la escuela. Cuando hacía primaria, Reddy convenció a la maestra del pueblo de que me dejara pasar mucho tiempo en casa, para hacerle compañía a Anabel.

Se detuvo frente a una puerta entreabierta y silbó.

—Eh. He traído a la maestra.

Contestó un hombre.

—De acuerdo, Mary. Has cumplido por hoy.

—Vale. Oído.

Se apartó de un salto y me dejó cara a cara frente a un hombre enjuto de mediana estatura, con el pelo muy corto de un tono rojizo claro que brillaba a la luz artificial del pasillo.

—Ya ha conocido a Mary —dijo—. Tiene mucha labia. No está en su clase, así que no tendrá que soportarla a diario. Con ella no hay medias tintas: o la adoras, o no la soportas.

A primera vista me pareció que sería entre diez y quince años mayor que yo, y al principio me habló como lo haría un hombre de más edad. Un jefe que trata de sondear a su futura empleada. Me preguntó por mi viaje, y si alguien se había ocupado de mi maleta. Quería saber qué me parecía la idea de vivir allí arriba, en los bosques, viniendo de Toronto, si no me aburriría.

De ninguna manera, le dije, y añadí que aquello me parecía precioso.

—Es como... es como estar en una novela rusa.

Me miró con atención por primera vez.

—¿De veras? ¿Y en qué novela rusa?

Tenía unos ojos vivarachos, de un gris claro, azulado. Enarcaba una ceja, que parecía una gorra militar.

No es que no conociera novelas rusas. Había leído algunas de cabo a rabo, y otras las había dejado a medias. Sin embargo, al ver su ceja enarcada, la expresión divertida pero provocadora de su cara, solo logré recordar *Guerra y paz*. No quería decirlo, porque era el título que cualquiera recordaría.

—*Guerra y paz*.

—Bueno, me parece que aquí solo tenemos la paz. Aunque supongo que si fuera buscando la guerra se habría enrolado en uno de esos escuadrones de mujeres y estaría al otro lado del charco.

Me enfadé y me sentí humillada, porque mi intención no había sido lucirme. O no solamente. Había querido expresar el efecto maravilloso que me había provocado aquel paisaje.

Evidentemente era de esas personas que formulaban preguntas con trampa.

—Supongo que esperaba ver llegar a una maestra mayor salida de a saber qué rincón perdido —dijo, con un leve tono de disculpa—. Como si todo el mundo con una edad y unos méritos razonables tuviera que estar atrapado por el sistema en estos tiempos. No estudió magisterio, ¿verdad? Dígame, ¿qué pensaba hacer después de licenciarse en letras?

—Trabajar en mi doctorado —dije escuetamente.

—Entonces, ¿qué le hizo cambiar de idea?

—Pensé que era hora de ganar un poco de dinero.

—Una idea sensata. Aunque me temo que aquí no ganará mucho. Perdone la indiscreción, solo quería asegurarme de que no va a salir corriendo y dejarnos en la estacada. ¿No tiene planes de matrimonio?

—No.

—De acuerdo. De acuerdo. No la pondré en más aprietos. No la habré desalentado, ¿verdad?

La pregunta me había hecho desviar la mirada.

—No.

—Vaya al vestíbulo, al despacho de la enfermera jefe, y ella le dirá todo lo que precisa saber. Usted comerá con las enfermeras. Le asignarán un cuarto. Trate de no resfriarse, eso sí. Supongo que no tiene experiencia con la tuberculosis.

—Bueno, he leído...

—Ya, ya sé. Ha leído *La montaña mágica*. —Saltó otra trampa, que pareció infundirle nuevas energías—. Quiero creer que las cosas han avanzado un poco desde entonces. Tome, he escrito algunas cosas sobre los chavales de aquí y lo que me parecía que puede hacer con ellos. A veces prefiero expresarme por escrito. La enfermera jefe la pondrá al corriente.

Aún no llevaba allí una semana y todos los acontecimientos del primer día parecían únicos e improbables. No había vuelto a pisar la cocina, ni el guardarropa contiguo donde los empleados dejaban la ropa y escondían sus hurtos, y quizá no volviera a pisarlos. También el despacho del doctor estaba fuera de los límites, dado que para cualquier pregunta, queja y reajuste del día a día había que acudir al despacho de la enfermera jefe. Era una mujer bajita y recia, de cara sonrosada, con gafas de montura al aire y un característico resuello. Parecía que todo lo que se le dijera la dejara perpleja y supusiera un problema, pero se hacía cargo o lo proveía. A veces comía en el comedor con las enfermeras, donde se le servía un ágape especial, y aguaba la fiesta. Por lo general se quedaba en sus dependencias.

Además de ella eran tres las enfermeras tituladas, con ninguna de las cuales me llevaba menos de treinta años. Habían renunciado a la jubilación para cumplir con su deber en tiempos de guerra. Luego estaban las auxiliares de enfermería, que eran de mi edad o incluso más jóvenes, en su mayoría casadas o comprometidas, o con vistas a estarlo, por lo general con hombres que servían en el ejército. En ausencia de las enfermeras y la matrona, hablaban sin parar. A mí no me hacían ni caso. No querían saber cómo era Toronto, aunque quizá algún conocido hubiera ido allí de luna de miel, y tampoco les importaba cómo me iban las clases o lo que hacía antes de empezar a trabajar en el sanatorio. No es que fueran groseras: me pasaban la mantequilla (lo llamaban mantequilla, pero en realidad era una margarina a la que se le añadía un colorante naranja que venía aparte y cada cual mezclaba en su cocina, pues era lo único que permitían las leyes en aquellos tiempos) y me advirtieron de que no comiera el pastel de carne, porque según los rumores era de marmota. Solo descartaban todo lo que pasara en otros lugares, o en otras épocas, o que tuviera que ver con desconocidos. Era una lata y un fastidio. A la menor oportunidad quitaban las noticias de la radio e intentaban poner música.

«Dance with a dolly with a hole in her stockin'...».

Ni a las enfermeras ni a las auxiliares les gustaba la CBC, la emisora que desde pequeña había creído que llevaba la cultura al interior del país. Aun así, al doctor Fox le tenían un respeto reverencial, porque había leído muchos libros.

También decían que no había nadie como él para echar un rapapolvo cuando le venía en gana.

No pude dilucidar si creían que había una relación entre leer muchos libros y echar un rapapolvo.

Enfoques pedagógicos habituales fuera de lugar aquí. Algunos de estos niños se reincorporarán al mundo o sistema, y otros no. Mejor no excederse con la presión. O sea: hacer exámenes, memorizar, categorizar no tiene sentido.

Omitir directamente los conocimientos de comercio mercantil de la primaria. Quienes lo necesiten se pondrán al día más adelante, o se las apañarán. Más bien incidir en técnicas simples, exposición de hechos y demás elementos necesarios para entender el mundo. ¿Qué hay de los llamados «niños superiores»? Desagradable término. Si son inteligentes desde un cuestionable punto de vista académico, no tendrán dificultad para ponerse al día.

Olvide los ríos de Sudamérica, al igual que la Carta Magna.

Mejor dibujar, música, cuentos.

Juegos sí, pero cuidado con sobreexcitarse o con un exceso de rivalidad.

El reto es mantenerse entre el estímulo y el aburrimiento. El aburrimiento es la condena de la hospitalización.

Si la enfermera jefe no puede suministrarle lo que necesita a veces, el conserje lo tendrá escondido en alguna parte.

Bon voyage.

El número de niños que acudían a clase variaba. Podían ser quince, o menos de media docena. Solo mañanas, de nueve a doce, descansos incluidos, si no les subía la fiebre o tenían que hacerles alguna prueba. Aunque eran críos tranquilos y de trato fácil, no mostraban especial interés en nada. Enseguida se habían dado cuenta de que aquella era una escuela de mentirijillas, donde no se les exigía aprender nada, del mismo modo que no tenían horarios ni había que memorizar las cosas. Esa libertad no les subía los humos, no los aburría hasta ningún extremo preocupante, tan solo los volvía dóciles y lánguidos. Cantaban cánones sin subir la voz. Jugaban al tres en raya. Había una sombra de derrota sobre el aula improvisada.

Decidí seguir las palabras del doctor al pie de la letra. O al menos en parte, como con aquello de que el aburrimiento era el enemigo.

En el cuchitril del conserje había visto una bola del mundo. Pedí que me la trajeran. Empecé con geografía elemental. Los océanos, los continentes, los climas. ¿Y por qué no los vientos y las corrientes marinas? ¿Los países y las ciudades? ¿O el trópico de Cáncer y el trópico de Capricornio? ¿Por qué no, después de todo, los ríos de Sudamérica?

A pesar de que algunos niños habían aprendido antes esas cosas, las tenían prácticamente olvidadas. El mundo caía abruptamente más allá del lago y los bosques. Pensé que los animaría reencontrarse con las cosas que sabían, como viejos conocidos. No les eché encima todo de golpe, por supuesto, y procuré ir despacio con los que nunca habían aprendido esas cosas por haber caído enfermos demasiado pronto.

Planteado como un juego, funcionaba. Los dividía en equipos, les pedía que contestaran cuando yo señalaba aquí o allá con el puntero. Vigilaba que la emoción no durara más de la cuenta. Sin embargo, un día que el doctor entró, justo después de la cirugía de la mañana, me sorprendió con las manos en la masa. Como no podía zanjear el juego de golpe, dejé que decayera por sí solo. El doctor se sentó, con cansancio visible y aire retraído. No hizo ninguna objeción. Al cabo de unos momentos se sumó al juego, pero empezó a dar respuestas disparatadas, no solo equivocando los nombres, sino inventándose los. De pronto su voz empezó a apagarse poco a poco. Cada vez era menos audible, primero un murmullo, y al final un susurro, hasta que dejó de oírse. Así, a través del absurdo, acabó conquistando la clase. Todo el mundo empezó a articular palabras mudas, imitándolo. Todos los ojos estaban fijos en sus labios.

De repente dejó escapar un gruñido grave que los hizo romper en carcajadas.

—¿Por qué diantre me miráis así? ¿Eso es lo que os enseña la maestra? ¿A quedaros embobados mirando a la pobre gente que no molesta a nadie?

La mayoría rieron, pero algunos niños ni por esas dejaron de mirarlo. Esperaban con avidez nuevas payasadas.

—Venga. Id a portaros mal a otra parte.

Luego se disculpó conmigo por interrumpir la clase. Comencé a explicarle mis razones para tratar de hacer algo más parecido al colegio de verdad.

—Pero estoy de acuerdo con usted en cuanto a la presión —dije con vehemencia—. Estoy de acuerdo con lo que decía en sus instrucciones. Solo pensé que...

—¿Qué instrucciones? Ah, solo eran algunas ideas que se me pasaban por la cabeza. No pretendía que se las tomara como las tablas de la ley.

—Quiero decir que, mientras la enfermedad lo permita...

—Estoy seguro de que tiene razón, no creo que importe mucho.

—Los notaba un poco apáticos.

—No hay ninguna necesidad de hacer un mundo —dijo haciendo ademán de irse. Entonces se volvió y, con escaso convencimiento, como si se disculpara añadió—: Podemos hablarlo en otro momento.

Ese momento, pensé, no llegará nunca. Era obvio que, además de tonta, me tomaba por una latosa.

A la hora del almuerzo supe por las auxiliares que aquella mañana alguien no había salido con vida de una operación. Al ver que mi enojo no estaba justificado, me sentí aún más tonta.

Tenía todas las tardes libres. Mis alumnos bajaban a dormir largas siestas, y a mí a veces me apetecía hacer lo mismo. En mi habitación me helaba; todo el edificio parecía igual de frío, mucho más que el apartamento de Avenue Road de mis abuelos, y eso que ellos ponían los radiadores al mínimo, por patriotismo. Las mantas del sanatorio eran finas, y me extrañaba que no hubiera algo de más abrigo para los enfermos de tuberculosis.

Claro que yo no estaba enferma. Puede que se escatimaran recursos con la gente sana.

A pesar de la modorra, no conseguía dormirme. Arriba se oía el traqueteo de camas hasta los porches descubiertos, donde exponían a los pacientes al frío gélido de la tarde.

El edificio, los árboles, el lago, nunca volverían a ser los mismos del primer día, cuando me cautivaron con su misterio y autoridad. Aquel primer día me había sentido invisible. Ahora costaba creer que fuera cierto.

Ahí está la maestra. ¿Qué hace?

Está mirando el lago.

¿Por qué?

No tiene nada mejor que hacer.

Hay gente con suerte.

De vez en cuando me saltaba el almuerzo, aunque contara como parte del sueldo. Iba a Amundsen y comía en una cafetería. El café era sucedáneo de achicoria y malta, y el mejor bocadillo era el de salmón en lata, cuando lo había. La ensalada de pollo había que revisarla bien, para quitar los pedacitos de piel y cartílago. A pesar de todo, allí me sentía más cómoda, pensando que nadie me conocía.

Aunque quizá en eso me equivocaba.

Como la cafetería no disponía de lavabo de señoras, había que ir al hotel de al lado y cruzar la puerta de la cervecería, un antro bullicioso del que salía un olor a cerveza y *bourbon* y una vaharada de humo de cigarrillos y puros capaz de tumbarte de un golpe. Y a pesar de todo no me incomodaba entrar allí. Los leñadores, los hombres del aserradero, jamás te aullarían como hacían los soldados y los aviadores en Toronto. Era un mundo de hombres, que hablaban de sus asuntos con voces roncas, que no iban allí en busca de mujeres. Más bien a librarse de su compañía, por un rato o para siempre.

El doctor tenía una consulta en la calle principal. Era un local pequeño de una sola planta, así que debía de vivir en otra parte. Por las auxiliares sabía que no estaba casado. En la única calle lateral creí identificar la que probablemente fuera su casa: una vivienda de fachada estucada con una ventana en la buhardilla, encima de la puerta de entrada, con la repisa llena de libros apilados. A pesar de cierto aire sombrío, se advertía pulcritud, una comodidad mínima pero precisa, a la medida de un hombre que vive solo y que lleva una vida ordenada.

Al final de aquella única calle residencial estaba el colegio, un edificio de dos plantas.

Abajo, los alumnos de primaria, y arriba, los de secundaria. Una tarde vi de refilón a Mary, enfrascada en una guerra de bolas de nieve. Al parecer eran chicas contra chicos.

—¡Eh, profe! —gritó Mary al verme, y lanzó al tuntún las bolas que acaparaba entre las manos antes de cruzar la calle brincando—. ¡Hasta mañana! —les anunció a los otros chicos sin volverse del todo, como advirtiéndoles que no la persiguieran—. ¿Vas para casa? —me preguntó—. Yo también. Antes volvía con Reddy en coche, pero últimamente acaba muy tarde. ¿Qué haces, vas en tranvía?

Le dije que sí.

—Ah, pues si quieres te enseño el otro camino, y así te ahorras el dinero —me propuso—. El camino del bosque.

Me llevó por un sendero estrecho pero transitable, que bordeaba el pueblo y atravesaba el bosque, pasando por el aserradero.

—Reddy va siempre por aquí —dijo—. Es un poco empinado, pero para ir al sanatorio se acorta camino.

Pasamos el aserradero, y más abajo había unos rebajes feos en medio del bosque con unas cuantas barracas que, a juzgar por la leña amontonada y los cordeles de tender la ropa y el humo de las chimeneas, debían de estar habitadas. De una de las casuchas salió corriendo un gran perro lobo que empezó a ladrar y gruñir con fiereza.

—Cierra ese hocico —le chilló Mary. Y en un visto y no visto le lanzó una bola de nieve entre los ojos. El perro empezó a dar vueltas a nuestro alrededor, y Mary preparó otra bola, que lo alcanzó en el lomo. Salió gritando una mujer con delantal.

—¡Por poco lo matas!

—Pues vaya una pena —dijo Mary.

—¡Como te agarre mi marido...!

—Estaría bueno. Si ese viejo tuyo no atina ni en el cagadero.

El perro nos siguió a cierta distancia, con algunas amenazas no del todo sinceras.

—No te preocupes, puedo encargarme de cualquier perro —dijo Mary—. Hasta podría encargarme de un oso, si nos lo encontráramos.

—Pero ¿los osos no hibernan en esta época del año?

El perro me había dado un buen susto, aunque me hacía la despreocupada.

—Ya, pero nunca se sabe. Una vez uno salió antes de tiempo y anduvo rondando por los cubos de basura del sanatorio. Mi madre se lo encontró de frente al darse media vuelta. Reddy sacó la escopeta y lo mató.

»Antes Reddy nos llevaba a Anabel y a mí en trineo, y a veces también a otros niños, y tenía un silbido especial para espantar a los osos. Era un sonido demasiado agudo para el oído humano.

—¿De veras? ¿Tú viste el silbato?

—No, no era un silbato. Era un silbido que hacía con la boca.

Pensé en la actuación del doctor Fox en la clase.

—No sé, igual solo lo decía para que Anabel no tuviera miedo. Como ella no podía montar a caballo, Reddy tiraba de ella en un trineo. Yo me ponía detrás y a veces me montaba, y Reddy decía, no sé qué pasa con este trasto, que pesa una tonelada. Entonces se daba la vuelta muy rápido, pero nunca me pillaba. Y le preguntaba a Anabel, cómo pesas tanto, qué has desayunado, chica, pero ella nunca me delataba. Si iban otros niños no me subía, solo me gustaba cuando estábamos Anabel y yo. Ella era mi mejor amiga, nunca tendré otra igual.

—¿Y esas chicas de la escuela? ¿No son tus amigas?

—Voy con ellas porque no hay nadie más. Para mí no significan nada.

»Anabel y yo cumplíamos años el mismo mes. En junio. Cuando cumplimos once años, Reddy nos llevó en barca por el lago. Nos enseñó a nadar. Bueno, a mí. A Anabel siempre había que sostenerla, no podía aprender de verdad. Un día Reddy se alejó

nadando y le llenamos los zapatos de arena. Y luego, cuando cumplimos doce, no pudimos ir a ningún sitio así, pero nos llevó a su casa y merendamos tarta. Ella ni la probó, así que con Reddy fuimos tirando pedacitos por la ventanilla del coche para dar de comer a las gaviotas. Graznaban como locas y se peleaban. Nos moríamos de la risa, y Reddy tuvo que parar y agarrar a Anabel para que no le diera una hemorragia.

»Y después —dijo—, después ya no me dejaron verla más. A mi madre nunca le gustó que me juntara con niños con tuberculosis, pero Reddy la había convencido diciéndole que se encargaría de que dejara de verla llegado el momento. Y cuando lo hizo me puse hecha una furia, aunque de todos modos con Anabel ya no me podía divertir, estaba demasiado enferma. Te enseñaré su tumba. Todavía no hay lápida ni nada. Cuando Reddy tenga un poco de tiempo haremos algo. Si hubiéramos seguido el camino, en lugar de bajar por aquí, habríamos llegado al cementerio donde está enterrada. Ahí solo ponen a los muertos que nadie reclama para llevárselos a casa.

Volvíamos a caminar sobre terreno llano, nos acercábamos al sanatorio.

—Ah —dijo—, casi me olvido. —Sacó un puñado de boletos—. El día de San Valentín representamos una obra en el colegio. Se titula *Pinafore*. Tengo todas estas entradas para vender, y a lo mejor quieres comprarme la primera. Yo salgo cantando.

Acerté al adivinar la casa de Amundsen donde vivía el doctor. Me llevó allí a cenar. Me pareció que se le ocurrió de improviso invitarme, un día al cruzarnos por el pasillo. Quizá se sentía obligado al recordar que había sugerido reunirnos alguna vez para comentar cuestiones didácticas.

Me propuso quedar la misma noche que se representaba *Pinafore*, y yo ya me había comprado la entrada.

—Bueno, yo también —me contestó cuando se lo dije—. Eso no significa que haya que ir.

—Me siento un poco comprometida con Mary.

—Bueno, así ya podrá no sentirse en compromiso. La obra será espantosa, créame.

Aunque no pude ver a Mary, para avisarla, hice lo que el doctor Fox me dijo. Me quedé esperándolo donde me pidió, en el porche de la puerta principal. Llevaba mi mejor vestido, de crespón verde oscuro con botoncitos de perla y cuello de encaje auténtico, y había conseguido embutir los zapatos de ante con tacón alto en las botas para la nieve. Esperé más allá de la hora convenida; al principio me inquietaba que la enfermera jefe me viera allí plantada al salir de su despacho, y luego que el doctor hubiera olvidado la cita.

Al final llegó, todavía abrochándose el abrigo, y se disculpó.

—Siempre aparece algún cabo suelto a última hora —dijo mientras rodeábamos el edificio hasta su coche, bajo las estrellas—. ¿Puede caminar bien? —Cuando le dije que sí, aunque me preocupaban los zapatos de ante, no se ofreció a darme el brazo.

Tenía un coche viejo y destartado, como la mayoría en aquellos tiempos. Sin calefacción. Cuando dijo que íbamos a su casa, me tranquilicé. No veía cómo nos las arreglaríamos entre el gentío del hotel, y esperaba no tener que pasar con los bocadillos de la cafetería.

Al entrar me dijo que no me quitara el abrigo hasta que se caldeara un poco el ambiente. Prendió la estufa de leña sin pérdida de tiempo.

—Seré su portero, su cocinero y su sirviente —dijo—. Enseguida se estará a gusto aquí dentro, y la comida no me llevará mucho tiempo. No hace falta que me ayude, prefiero cocinar solo. ¿Dónde quiere esperar? Puede ir a la sala de estar y echar un vistazo a los libros. Supongo que con el abrigo puesto será soportable. La casa se calienta con estufas de leña, y solo enciendo las de los cuartos que se van a usar. El interruptor está detrás de la puerta. ¿No le importa que ponga las noticias? Es una costumbre que tengo.

Fui a la sala de estar, con la impresión de acatar una orden. Al ver que dejaba abierta

la puerta de la cocina, el doctor la cerró.

—Solo hasta que aquí dentro se caliente un poco —dijo, antes de concentrarse en las noticias de aquel último año de la guerra, que el locutor de la CBC daba con un dramatismo lúgubre, casi litúrgico.

Habría preferido quedarme en la cocina, porque no había oído aquella voz desde que me fui de casa de mis abuelos, pero había un sinfín de libros en los que perder la mirada. No solo en las estanterías, sino también apilados en las mesas, las sillas, las repisas de las ventanas e incluso en el suelo. Tras echar una ojeada, llegué a la conclusión de que debía de comprar los libros por lotes, y que lo más probable es que estuviera suscrito a varios círculos de lectores. Los Clásicos de Harvard. Los tratados de historia de Will y Ariel Durant. Las mismas colecciones de las estanterías de mi abuelo. A primera vista no abundaban tanto la novela y la poesía, aunque descubrí varios clásicos infantiles sorprendentes.

Libros sobre la guerra de Secesión, la guerra de Sudáfrica, las guerras napoleónicas, las guerras del Peloponeso, las campañas de Julio César. *Exploraciones de la Amazonia y el Ártico*, *Shackleton atrapado en el hielo*, *El funesto destino de Franklin*, *La partida de Donner*, *Las tribus perdidas: ciudades enterradas del África central*, *Newton y la alquimia*, *Secretos del Hindu Kush*. Libros que hablaban de alguien ávido de conocimiento, por acaparar grandes masas dispersas del saber. Quizá no muy firme y exigente en sus gustos.

Así que cuando me preguntó «¿Qué novela rusa?» tal vez no se apoyara en una plataforma tan sólida como imaginé.

Cuando me avisó de que la cena estaba lista, abrí la puerta armada de un escepticismo recién descubierto.

—¿Con quién coincide, con Naphta o con Settembrini? —le pregunté.

—¿Perdón?

—En *La montaña mágica*. ¿A quién prefiere, a Naphta o a Settembrini?

—Si le soy sincero, los dos me han parecido siempre un par de charlatanes. ¿Y usted?

—Settembrini me parece más humano, pero Naphta es más interesante.

—¿Eso fue lo que le dijeron en la escuela?

—No lo leí en la escuela —dije con frialdad.

Me miró de reojo, enarcando la ceja.

—Disculpe. Si hay algo aquí que le interesa, tómese la libertad. Tómese la libertad de venir aquí las horas muertas. Podría dejarle preparada una estufa eléctrica, pues supongo que no tiene experiencia con las estufas de leña. Pensémoslo, ¿de acuerdo? Buscaré una llave de sobras que tengo por ahí.

—Gracias.

De cena, costillas de cerdo con puré de patatas y guisantes en lata. De postre había una tarta de manzana de la pastelería, que hubiera ganado con un golpe de horno.

Quiso que le hablara de la vida en Toronto, la universidad, mis abuelos. Imaginaba que me habían criado en la senda de la virtud, ¿verdad?

—Mi abuelo es un párroco protestante liberal, al estilo de Paul Tillich.

—¿Y usted? ¿La nietecita liberal?

—No.

—*Touché*. ¿Le parezco grosero?

—Depende. Si me lo pregunta como empleada, no.

—Entonces continuaré. ¿Tiene novio?

—Sí.

—En las fuerzas armadas, supongo.

En la marina, dije. Me pareció acertado, porque así se explicaría que nunca supiera dónde estaba ni recibiera cartas con regularidad. Sería comprensible que no volviera de permiso.

El doctor se levantó y fue a por el té.

—¿En qué clase de embarcación está?

—Una corbeta. —Otro acierto. Al cabo de un tiempo podría decir que había muerto, porque las corbetas solían acabar torpedeadas.

—Un muchacho valiente. ¿Leche o azúcar en el té?

—Nada, gracias.

—Estupendo, porque no tengo ni una cosa ni la otra. ¿Sabe que cuando miente se le nota? Se pone colorada.

Si no lo había hecho ya, me sonrojé entonces. Sentí que el calor me subía desde los pies y el sudor me resbalaba por las axilas. Ojalá no estropeará el vestido.

—Siempre me pongo colorada cuando tomo té.

—Ah, ya veo.

Las cosas no podían ir a peor, así que decidí plantarle cara. Volví las tornas y empecé a interrogarlo sobre sus operaciones. ¿Extirpaba los pulmones, tal como había oído decir?

Si hubiera seguido con las burlas o dándose ínfulas —tal vez ese era el ridículo concepto que tenía de la seducción— creo que me habría puesto el abrigo y me habría lanzado a la intemperie. Y quizá se dio cuenta. Empezó a hablar de la toracoplastia, y explicó que para el paciente no era una cirugía fácil, no se quita así como así un pulmón que falla. Curiosamente, ya Hipócrates conocía la técnica, aunque hacía poco tiempo que se había extendido la práctica de extirpar el lóbulo.

—Pero ¿no pierde a algunos pacientes? —dije.

Debió de parecerle que era el momento de bromear de nuevo.

—Desde luego. Cuando salen corriendo y se esconden en el bosque, no sabemos dónde se meten... Saltan al lago... Ah, ¿o se refiere a si mueren? A veces las cosas se tuercen. Sí.

Pero se avecinaban grandes cambios, dijo. La cirugía que se practicaba hoy en día pronto quedaría tan obsoleta como las sangrías. Hay un nuevo fármaco en camino. Estreptomocina. Ya se ha usado en ensayos. Aún plantea problemas, naturalmente. Toxicidad en el sistema nervioso. Pero ya encontrarán la manera de lidiar con eso.

—Y entonces los matasanos como yo nos quedaremos sin trabajo.

Lavó él los platos, y yo sequé. Me anudó un paño de cocina a la cintura, para protegerme el vestido. Tras atar las dos puntas, me posó una mano en la parte superior de la espalda. Con los dedos separados ejerció una presión tan firme que casi pareció que examinara mi cuerpo con interés profesional. Al irme a la cama todavía notaba la presión de aquellos dedos, con una intensidad creciente desde el dedo meñique hasta el duro pulgar. Me gustó. Fue más importante que el beso que me dio en la frente, justo antes de salir de su coche. Un beso con los labios secos, breve y formal, impuesto con autoridad precipitada.

La llave de su casa apareció en el suelo de mi habitación; la había deslizado por debajo de la puerta en mi ausencia. Aunque de todos modos no iba a usarla. Si el ofrecimiento hubiera venido de cualquier otra persona, no habría dejado pasar la oportunidad. Y menos sabiendo que había una estufa. En cambio, la presencia de ese hombre nunca me haría sentir cómoda, ni antes ni después; siempre sería un placer tenso y enervante, más que gozoso. Me hacía temblar aun cuando no hiciera frío, y no creía que en su casa hubiera podido leer una sola palabra.

Creí que Mary me regañaría por haberme perdido su *Pinafore*. Pensé en decirle que no me encontraba bien, que me había resfriado, pero me acordé de que allí los resfriados eran un asunto serio, que requería mascarillas y desinfectante, que entrañaba el destierro. Y pronto entendí que de todos modos ocultar mi visita a la casa del médico sería una causa perdida. No era un secreto para nadie, hasta las enfermeras debían de saberlo, aunque no lo comentaran, bien por altivez y discreción,

bien porque ya no les interesaban esos líos. En cambio las auxiliares quisieron sonsacarme.

—¿Qué, lo pasaste bien en la cena de la otra noche?

Hablaban con cordialidad, como si lo aprobaran. Daba la impresión de que mis peculiaridades de pronto sumaran fuerzas con las peculiaridades del doctor, que ya eran de sobra conocidas y se respetaban. Mejoró mi reputación. Por rara que fuera, parecía que al menos podía conseguir a un hombre.

Mary no apareció por allí en toda la semana.

«Hasta el sábado», acordamos justo antes de que me administrara el beso. Así que volví a esperarlo en el porche de la entrada, y esta vez no llegó tarde. Fuimos en coche hasta su casa y esperé en la sala de estar mientras él encendía el fuego. Reparé en la estufa eléctrica, cubierta de polvo.

—No aceptaste mi ofrecimiento —me dijo tuteándome—. ¿Creíste que no era sincero? Yo nunca hablo por hablar.

Le dije que no había querido ir al pueblo por miedo a encontrarme con Mary.

—Por no haber ido al concierto.

—A ver si vas a vivir tu vida en función de Mary —me reprochó.

El menú fue muy parecido al anterior. Chuletas de cerdo, puré de patatas, maíz en lugar de guisantes. Esta vez me dejó ayudarlo en la cocina, incluso me pidió que pusiera la mesa.

—Y de paso sabrás dónde están las cosas. Todo sigue un orden lógico, creo.

Así pude verlo trabajar en los fogones. La facilidad con que se concentraba, la economía de sus movimientos, me provocaron una sucesión de chispazos y escalofríos.

Acabábamos de empezar a comer cuando llamaron a la puerta. En cuanto se descorrió el cerrojo, Mary irrumpió en la vivienda.

Dejó una caja de cartón en la mesa para quitarse el abrigo, bajo el que llevaba un traje rojo y amarillo.

—Feliz día de San Valentín, aunque con retraso —dijo—. Como no vinisteis al concierto, el concierto viene aquí. Y también traigo un regalo.

Su magnífico equilibrio le permitía aguantarse en un solo pie mientras se sacaba las botas a patadas, primero una, luego la otra. Las quitó de en medio y empezó a brincar alrededor de la mesa, cantando con su joven voz, lastimera y vigorosa a un tiempo.

I'm called Little Buttercup,

Poor Little Buttercup,

Though I can never tell why.

But still I'm called Little Buttercup,

Poor Little Buttercup,

Dear Little Buttercup I...

Antes de que empezara a cantar, el doctor se levantó y se metió en la cocina a rascar la sartén donde había preparado las chuletas de cerdo.

Cuando Mary acabó la canción aplaudí.

—Qué traje tan precioso —le dije.

Y lo era. Falda roja, enaguas de un amarillo vivo, delantal blanco de volantes, corpiño bordado.

—Me lo ha hecho mi madre.

—¿El bordado también?

—Claro. Se quedó despierta hasta las cuatro de la mañana para tenerlo listo el día de la obra.

Siguió dando vueltas y zancadas para lucir el vestido. Se oía el ruido de loza en la cocina. Volví a aplaudir. Ambas queríamos solo una cosa. Queríamos que el doctor volviera y dejara de ignorarnos. Que dijera, aunque a desgana, una palabra de

cortesía.

—Y mira qué más traigo —dijo Mary, rasgando la caja—. Para un enamorado. —Eran galletas de San Valentín, en forma de corazón y cubiertas con un generoso baño rojo.

—Qué espléndido —dije, y Mary siguió con sus cabriolas.

I am the Captain of the Pinafore.

And a right good captain, too!

You're very, very good, and be it understood,

I command a right good crew.

El doctor se volvió al fin y la chica lo saludó.

—Muy bien —dijo él—. Ya basta.

Ella no le hizo caso.

Then give three cheers and one cheer more

For the hardy captain of the Pinafore...

—He dicho que ya basta.

—*For the gallant captain of the Pinafore...*

—Mary. Estamos cenando. Y nadie te ha invitado a venir. ¿Lo entiendes? No estás invitada.

Por fin la chica se calló, pero enseguida añadió:

—Vete al cuerno. No eres muy amable, que digamos.

—Y más vale que te dejes de tanta galleta. Mejor que ni las pruebes. Vas camino de ponerte tan rolliza como un cerdo.

Mary hinchó los mofletes como si fuera a echarse a llorar, pero se contuvo.

—Mira quién habla. El bizco —saltó.

—Basta ya.

—Es que es verdad.

El doctor cogió las botas del suelo y se las plantó delante.

—Póntelas.

Ella obedeció con los ojos llenos de lágrimas, moqueando. Sorbió con fuerza con la nariz. Aunque el doctor le acercó el abrigo, no la ayudó al ver que se retorció para meter los brazos y encontrar los botones.

—Muy bien. Y ahora dime, ¿cómo has venido?

Ella se negó a responder.

—Andando, ¿no? ¿Dónde está tu madre?

—Tiene partida de euchre.

—Bueno, puedo llevarte a casa. Así no tendrás ocasión de tirarte por un terraplén de nieve y congelarte por pura autocompasión.

No dije nada. Mary no me miró ni una sola vez. Era un momento demasiado tenso para despedidas.

Cuando oí que el coche arrancaba, empecé a quitar la mesa. No habíamos llegado al postre, que otra vez era tarta de manzana. Quizá no conociera más tipos de tarta, o era la única que hacían en la panadería.

Me comí una de las galletas en forma de corazón, y el baño me pareció empalagoso. No tenía sabor a moras o a cereza, era solo azúcar con colorante rojo. Me comí otra, y otra.

Sabía que por lo menos tendría que haberle dicho adiós a Mary. Haberle dado las gracias. Aunque daba igual. Me dije que daba igual. La escena no iba dirigida a mí. O quizá solo muy de refilón.

Me sorprendía que él hubiera sido tan cruel. Y con alguien tan necesitado. Aunque en cierto modo lo había hecho por mí. Para disfrutar del rato que pasaba conmigo. La idea me halagó, y me avergoncé por ello. No sabía lo que le diría cuando volviera.

No quiso que dijera nada. Me llevó a la cama. ¿Era algo que estaba en las cartas desde el principio, o le sorprendió casi tanto como a mí? Mi virginidad cuando menos

no pareció sorprenderlo, porque trajo una toalla, además del condón, y le puso empeño, toda la delicadeza que pudo. Mi pasión quizá sí fuera una sorpresa para ambos. La imaginación resultó ser, a fin de cuentas, una escuela tan buena como la experiencia.

«Tengo intención de casarme contigo», me dijo.

Antes de llevarme a casa tiró por la nieve todas las galletas, todos aquellos corazones rojos, para alimentar a los pájaros del invierno.

Así que quedó apalabrado. Nuestro repentino compromiso, aunque él recelara de la palabra, quedó apalabrado entre los dos. A mis abuelos no les diría nada. La boda se celebraría cuando se las arreglara para conseguir un par de días libres. Sería una boda monda y lironda, dijo. Me pidió que entendiera que la idea de una ceremonia en presencia de gente con una mentalidad tan pacata, y para colmo aguantar sus burlas y sonrisitas, era más de lo que estaba dispuesto a soportar.

Tampoco era partidario de los anillos de diamantes. Le dije que nunca había querido tener uno, y era cierto, porque nunca lo había pensado. Perfecto, ya sabía que no era de esas chicas preocupadas por convenciones estúpidas.

Sería mejor que no volviéramos a cenar juntos, no solo por las habladurías, sino por lo que costaba conseguir carne para dos con una sola cartilla de racionamiento. Mi cartilla no podía usarla, porque se la había entregado a la encargada de la cocina, la madre de Mary, en cuanto empecé a comer en el sanatorio.

Mejor no llamar la atención.

Claro que todo el mundo sospechaba algo. Las enfermeras mayores de pronto fueron cordiales conmigo, e incluso la jefa procuraba esbozar una sonrisa cuando me veía. Empecé a acicalarme modestamente, sin apenas proponérmelo. Solía quedarme absorta, en un gesto aterciopelado, con la mirada baja. La verdad es que no se me ocurrió que esas mujeres curtidas por la edad aguardaran a ver el giro de aquella relación íntima, y que no dudarían en poner el grito en el cielo si el doctor decidía abandonarme.

Fueron las auxiliares las que se pusieron de mi parte sin reservas, y bromeaban diciendo que veían campanas de boda en los posos del té.

El mes de marzo fue nefasto y ajetreado tras las puertas del hospital. Siempre era el peor mes, según las auxiliares. A la gente le daba por morirse, justo después de haber superado los embates del invierno. Cuando un niño no se presentaba en clase, no sabía si era porque había empeorado drásticamente o solo guardaba cama ante la sospecha de un resfriado. Me había hecho con una pizarra portátil y había escrito los nombres de todos los niños en los márgenes. Ahora ni siquiera tenía que borrar a los que iban a ausentarse una temporada. Otros niños lo hacían por mí, sin mencionar nada. Conocían el protocolo mejor que yo.

Aun así, el doctor encontró tiempo para hacer algunos preparativos. Me pasó una nota por debajo de la puerta avisándome de que lo tuviera todo listo para la primera semana de abril. A menos que hubiera una verdadera crisis, podría conseguir un par de días.

Vamos a Huntsville.

Ir a Huntsville: la clave de que nos casamos.

Ha empezado el día que sin duda recordaré toda la vida. Llevo mi vestido de crespón verde recién sacado de la tintorería y enrollado con esmero en mi pequeño bolso de viaje. Mi abuela me enseñó que el truco para que la ropa no se arrugue es enrollarla bien prieta en lugar de doblarla. Supongo que me tendré que cambiar en algún lavabo. Voy mirando las veras del camino por si hubiera alguna flor silvestre temprana con la que hacerme un ramo. ¿A él le parecería bien que llevara ramo? Aún es pronto para las caléndulas, de todos modos. Por la carretera serpenteante desierta no se ven más que píceas negras raquílicas, islotes de enebro invasor y tremedales. Y como una cuchillada corta la carretera un amasijo de esas rocas que ya me parecen familiares,

hierro ensangrentado entre lajas de granito.

La radio del coche está encendida y suena una música triunfal, porque los aliados se acercan cada vez más a Berlín. Alister, el doctor Fox, dice que se están retrasando para dejar que los rusos entren primero. Y que luego lo lamentarán.

Ahora que estamos lejos de Amundsen, me doy cuenta de que puedo llamarlo Alister. Es el trayecto más largo que hemos hecho, me excitan su indiferencia viril, ahora que sé con qué rapidez puede darse un vuelco, y la despreocupación y la habilidad con que conduce. Aunque jamás se me ocurriría reconocerlo, me parece excitante que sea cirujano. Creo que ahora mismo podría ofrecermelo a él en cualquier tremedal o agujero cenagoso, o dejar que me aplastara la columna vertebral contra cualquier roca a la vera del camino, si exigiera un encuentro vertical. Sé también que esos sentimientos debo reservarlos para mí.

Me concentro en el futuro. Espero que en Huntsville encontremos a un cura y que nos case en un salón modesto, aunque con una elegancia parecida al salón de mis abuelos y los salones que he conocido toda la vida. Recuerdo que la gente seguía acudiendo a mi abuelo con propósitos matrimoniales incluso después de que se retirara. Mi abuela se ponía un poco de colorete y sacaba la chaqueta azul marino de raso que guardaba para hacer de testigo en tales ocasiones.

Descubro, sin embargo, que hay otras maneras de casarse, y otra aversión de mi futuro esposo en la que no se me había ocurrido pensar. No quiere tener nada que ver con los curas. En el ayuntamiento de Huntsville rellenamos los formularios, donde se da fe de que ambos somos solteros, y concertamos cita para que nos case el juez de paz ese mismo día.

Hora de comer. Alister se para frente a un restaurante que podría ser un primo hermano de la cafetería de Amundsen.

—¿Te va bien aquí?

Al verme la cara cambia de opinión.

—¿No? —pregunta—. De acuerdo.

Acabamos almorzando en el gélido comedor de una de las casas de comidas más refinadas que anuncian platos de pollo. Los platos están helados, no hay más comensales, ni música de fondo, solo el tintineo de nuestros cubiertos mientras tratamos de despiezar el pollo correoso. Seguro que piensa que nos hubiera ido mejor en el restaurante que sugería él.

A pesar de todo tengo el valor de preguntar por el lavabo de señoras, y allí, venciendo un aire aún más frío que el del comedor, sacudo mi vestido verde, me lo pongo, me retoco el pintalabios y me arreglo el pelo.

Cuando salgo, Alister se levanta para recibirme, sonrío al estrecharme la mano y dice que estoy preciosa.

Volvemos al coche caminando de la mano, entumecidos. Me abre la puerta, se monta por el otro lado y se acomoda para arrancar el coche. Aun así, no llega a darle al contacto.

El coche está aparcado delante de una ferretería. Se venden palas de quitar la nieve a mitad de precio. En el escaparate sigue colgado el cartel de que allí se afilan patines.

Al otro lado de la calle hay una casa de madera pintada de un amarillo aceitoso. Los escalones de la entrada no deben de ser seguros, porque dos tablones clavados en forma de equis impiden el paso.

El camión aparcado delante del coche de Alister es de un modelo de antes de la guerra, con un estribo y una franja de óxido en el guardabarros. Un hombre con peto de trabajo sale de la ferretería y se monta en el vehículo. El motor arranca quejumbroso y, tras varios traqueteos y saltos, el camión se aleja. Llego una camioneta de reparto con el nombre del establecimiento en letras impresas y aparca en el hueco libre. Al ver que le falta espacio, el conductor se baja y da unos golpecitos en la ventanilla de Alister.

Alister se sorprende: si no hubiera estado tan enfrascado hablando, habría reparado en el problema. Baja la ventanilla y el hombre pregunta si hemos aparcado para comprar en la tienda. Si no, ¿podríamos mover el coche?

«Nos vamos —dice Alister, el hombre sentado a mi lado que iba a casarse conmigo pero ya no va a casarse—. Ya nos íbamos».

Ha hablado en plural. Por un instante me aferro a ese «nosotros» implícito, hasta que me doy cuenta de que es la última vez. La última vez que hablará de mí y de él en plural.

No es el «nosotros» lo que importa, no es eso lo que me revela la verdad. Es el tono de hombre a hombre con que se dirige al conductor del camión, la disculpa serena y razonable latente de su voz. En ese momento deseé volver a lo que estaba diciendo antes, cuando ni siquiera había reparado en la camioneta que quería aparcar. Aunque lo que decía era terrible, en la firmeza con que agarraba el volante, en la firmeza y en la vehemencia y en su voz había dolor. Más allá de lo que dijera o lo que quisiera expresar, en ese momento hablaba desde las mismas honduras que cuando estuvo en la cama conmigo. Después de hablar con el otro hombre, ya no. Sube la ventanilla y se concentra en sacar el coche del espacio angosto sin rozar la camioneta.

Y, apenas un momento después, me alegraría incluso de volver a ese instante, cuando alargó el cuello para mirar atrás. Mejor eso que conducir como conduce ahora, por la calle principal de Huntsville, como si no hubiera más que decir ni nada que arreglar.

No puedo, ha dicho.

Ha dicho que no puede seguir adelante.

No puede explicarlo.

Solo que es una equivocación.

Pienso que nunca podré volver a ver esos con florituras como las del cartel de «Se afilan cuchillas» sin oír su voz. O tablones clavados toscamente en forma de equis como los que atraviesan la escalinata de la casa amarilla, enfrente de la tienda.

«Voy a llevarte a la estación. Te compraré un billete a Toronto. Estoy seguro de que hay un tren a Toronto a última hora de la tarde. Se me ocurrirá alguna historia verosímil y haré que alguien se ocupe de recoger tus cosas. Tendrás que darme tu dirección de Toronto, porque me parece que no la guardé. Ah, y te escribiré una carta de recomendación. Has hecho un buen trabajo. De todos modos no hubieras acabado el curso... No te lo había dicho, pero van a trasladar a los niños. Se avecinan grandes cambios».

Habla con un tono distinto, próximo a la alegría. Un alivio casi bullicioso. Se esfuerza por ocultarlo, quiere contener el alivio hasta que me haya ido.

Miro las calles con la sensación de que me llevan al matadero. Aún no. Aún falta un poco. Aún no he oído su voz por última vez. Aún no.

Conoce el camino. Me pregunto en voz alta a cuántas chicas ha dejado antes en un tren.

«Vamos, no seas así», dice.

Con cada curva siento que me arrancan la vida a pedazos.

Hay un tren a Toronto a las cinco de la tarde. Me ha dicho que espere en el coche mientras va a preguntar. Sale con el billete en la mano y me da la impresión de que camina más ligero. Debe de haberse dado cuenta, porque al acercarse de nuevo al coche sus movimientos son más reposados.

—En la estación se está mejor, con la calefacción. Hay una sala de espera reservada para mujeres.

Me ha abierto la puerta del coche.

—¿O prefieres que me quede hasta que te marches? Quizá podamos tomar un pedazo de tarta en algún sitio decente. La comida ha sido espantosa.

El comentario me saca de mi ensimismamiento. Camino delante de él hasta la

estación. Me indica la sala de espera para señoras con el dedo. Enarca una ceja y trata de hacer una última broma.

—Aunque no lo sepas, quizá hoy haya sido uno de los días más afortunados de tu vida. En la sala de espera de las mujeres elijo un banco desde donde se vea la puerta principal de la estación. Por si vuelve. Me dirá que todo ha sido una broma. O una prueba, como en uno de esos dramas medievales.

O tal vez haya cambiado de idea. Mientras conducía por la carretera, al ver la pálida luz primaveral sobre las rocas que tan poco tiempo antes contemplábamos juntos. Al darse cuenta de la locura que ha cometido, gira en seco y vuelve a toda velocidad.

Falta por lo menos una hora para que el tren a Toronto entre en la estación, pero pasa sin que apenas me dé cuenta. Y ni siquiera cuando llega el tren cesan las fantasías. Llego a mi compartimento como si arrastrara grilletes. Con la cara pegada a la ventanilla miro el andén por última vez, mientras el silbato anuncia la salida del tren. Y quizá aún no sea demasiado tarde para bajarme de un salto y cruzar la estación corriendo hasta la calle, donde Alister acaba de aparcar el coche y sube las escaleras pensando, que no sea demasiado tarde, por favor, que no sea demasiado tarde.

Voy corriendo a su encuentro. No es demasiado tarde.

¿Y qué es ese jaleo? De pronto el tren se llena con los gritos y los chillidos de una pandilla que sube en el último momento y pasa junto a los asientos a trompicones. Son chicas con los trajes de deporte del instituto, van desternillándose de risa por las molestias que causan, mientras el revisor, contrariado, las apremia para que se sienten.

Una de ellas, quizá la más vocinglera, es Mary.

Aparto la mirada inmediatamente.

Pero ahí está, llamándome a gritos y queriendo saber dónde he estado.

He ido a ver a una amiga, le digo.

Se deja caer a mi lado y me dice que han jugado al baloncesto contra el equipo de Huntsville. Ha sido un desmadre. Han perdido.

«Hemos perdido, ¿no?», pregunta en voz alta, con una alegría bullanguera, y las otras gruñen y se ríen por lo bajo. Menciona el resultado, que desde luego es bochornoso.

«Qué elegante vas», me dice, aunque no le importa mucho, y parece que acepta mi explicación sin verdadero interés.

Apenas parece oírme cuando le digo que voy a Toronto a visitar a mis abuelos, salvo porque comenta que deben de ser viejísimos. Ni una palabra sobre Alister. Ni siquiera una mala palabra. No puede haber olvidado lo que pasó, solo habrá arreglado la escena para guardarla en un armario, junto a otras sombras del pasado. O quizá realmente sea capaz de lidiar con la humillación hasta extremos temerarios.

Ahora recuerdo a aquella chica con gratitud, aunque en aquel momento no pudiera sentir lo mismo. De haber estado sola, ¿qué habría hecho al llegar a Amundsen? Puede que hubiera saltado del tren y corrido hasta su casa, queriendo saber por qué, por qué. Qué vergüenza hubiera pesado sobre mí para siempre. En cambio, cuando el tren paró, las chicas del equipo apenas tuvieron tiempo de recoger sus cosas mientras saludaban desde las ventanillas a los que habían ido a esperarlas y el revisor les advertía que, si no espabilaban, acabarían en Toronto.

Durante años pensé que volvería a encontrarme con Alister. Vivía, y aún vivo, en Toronto, y creía que todo el mundo acababa en Toronto alguna vez, aunque fuera de paso. Claro que eso no garantiza que vayas a ver a esa persona, suponiendo que lo desearas.

Al fin sucedió. Cruzando una calle concurrida, donde ni siquiera se podía aminorar el paso. Caminando en direcciones opuestas. Mirando al mismo tiempo, visiblemente impresionados, nuestros rostros maltratados por el tiempo.

«¿Cómo estás?», me gritó. «Bien —contesté. Y, por si acaso, añadí—: Feliz».

En aquel momento era verdad solo en general. Arrastraba una especie de discusión farragosa con mi marido, por el pago de una deuda en la que se había metido uno de sus hijos. Aquella tarde había ido a ver una exposición en una galería de arte, para despejarme.

Me contestó una vez más.

«Bien hecho».

Aún pareció que podríamos abrirnos paso entre el gentío, que en un momento estaríamos juntos. Tan inevitable, sin embargo, como que seguiríamos nuestro camino. Y eso hicimos. No hubo un grito entrecortado, ni una mano en el hombro cuando llegué a la acera. Solo el destello que capté en uno de sus ojos, apenas más abierto que el otro. El ojo izquierdo, tal como lo recordaba, siempre el izquierdo, que le daba aquella expresión de extrañeza, alerta y asombro, como si se le acabara de ocurrir una idea tan descabellada que diera risa.

Para mí fue igual que cuando me marché de Amundsen en aquel tren, todavía aturdida y perpleja.

La verdad es que en el amor nada cambia demasiado.

Tren

A pesar de que es un tren lento, aminora todavía un poco antes de tomar la curva. Jackson es el único pasajero que queda en el vagón, y faltan unas veinte millas para la siguiente parada, Clover. Después vienen Ripley, Kincardine y el lago. Está de suerte y no debe desperdiciarla. Ya ha sacado el resguardo del billete de la ranura del portaequipajes.

Arroja el macuto y ve que aterriza justo entre los raíles. No hay vuelta atrás: el tren no va a ir más despacio de lo que va en este momento.

Se la juega. Es un hombre joven y ágil, en la plenitud de su forma física. Y aun así el salto, la caída, lo decepcionan. Se nota más rígido de lo que pensaba, la inercia lo empuja hacia delante al caer en tierra firme y las palmas de las manos se le clavan en la grava entre las traviesas, levantándole la piel. Los nervios.

El tren ha desaparecido de la vista y empieza a ganar velocidad al dejar atrás la curva. El hombre se escupe en las manos doloridas, sacudiéndose la grava. Luego recoge el macuto y empieza a desandar el camino que acaba de hacer en tren. Si siguiera al tren, llegaría a la estación de Clover bien entrada la noche. Todavía estaba a tiempo, podría lamentarse de haberse dormido y decir que al despertarse, con la cabeza embotada, pensó que se le había pasado la parada. Confundido, había saltado y luego le había tocado caminar.

Nadie se extrañaría. Volviendo a casa desde tan lejos, volviendo de la guerra, era normal que se hubiera hecho un lío. Aún no es demasiado tarde, antes de medianoche llegaría a donde debía estar.

Sin embargo, mientras va pensando estas cosas no deja de caminar en la dirección opuesta.

No conoce el nombre de muchos árboles. Arces, ese lo sabe todo el mundo. Abetos. Y poco más. Al principio creyó que había saltado en medio de unos bosques, pero los árboles solo flanquean la vía, formando una hilera espesa en el terraplén, más allá de la cual se entrevén campos de labranza. Campos verdes u ocreos o dorados. Pastos, cultivos, rastrojos. Poco más puede precisar. Aún es agosto.

Y una vez la oscuridad se traga el ruido del tren, el hombre se da cuenta de que a su alrededor no hay el perfecto silencio que imaginaba. Ruidos aquí y allá rompen la quietud, un temblor de las hojas secas de agosto que no ha provocado el viento, la algarabía de pájaros invisibles que lo reprenden.

Se suponía que saltar del tren era una cancelación. Levantar el cuerpo, preparar las rodillas para entrar en un bloque de aire distinto. Se va en busca del vacío, y en cambio ¿qué encuentra? La inmediatez de una avalancha de paisajes nuevos que exigen una atención que no pedían cuando ibas en el tren mirando por la ventanilla, sin más. ¿Qué haces aquí? ¿Adónde vas? Una sensación de que te observan cosas de las que no sabías nada. De ser un intruso. De que la vida que te rodea llega a conclusiones sobre ti desde ángulos privilegiados que no puedes ver.

La gente a la que había conocido en los últimos años parecía pensar que si no eras de ciudad, eras de campo. Y no era cierto. Había matices que se te podían pasar por alto a menos que vivieras ahí, entre el campo y el pueblo. Jackson, sin ir más lejos, era hijo de un fontanero. Nunca había entrado en un establo, ni arriado vacas, ni apilado las mieses. Ni se había encontrado, como ahora, avanzando a trompicones por una vía de ferrocarril que parecía apartarse de su función habitual de trasladar carga y pasajeros para convertirse en una provincia de manzanos silvestres y zarzas cargadas de bayas y parras trepadoras y ramas invisibles desde la que los cuervos soltaban sus reprimendas. Por lo menos ese pájaro sí lo conocía. Y justo entonces una serpiente jarretera se desliza entre los raíles, confiada en que a Jackson le falta destreza para matarla de un pisotón. Sabe lo suficiente para intuir que es inofensiva, pero esa confianza lo irrita.

Normalmente la pequeña vaca de raza jersey a la que habían bautizado con el nombre de Margarita aparecía dos veces al día en la puerta del establo para que la ordeñaran, por la mañana y por la noche. Pocas veces Belle tenía que llamarla, pero esa mañana Margarita no se apartaba de la zanja donde terminaba el prado ni apartaba la vista de los árboles que ocultaban las vías del tren, al otro lado de la cerca. Al oír el silbido y la llamada de Belle pareció que acudía de mala gana, pero enseguida optó por volver a echar otra ojeada.

Belle dejó el balde y el taburete y fue campo a través por la hierba húmeda de rocío.

«Vamos, vaquita, vamos».

Medio trataba de convencerla, medio la reñía.

Algo se movió entre los árboles. La voz de un hombre dijo que no pasaba nada.

Pues claro que no pasaba nada. ¿Creía que iba a tenerle miedo? Más le valía a él tener miedo de la vaca, que no estaba descornada.

Después de saltar la cerca, el hombre saludó con un gesto que quería ser tranquilizador.

Aquello fue demasiado para Margarita, tuvo que lucirse. Saltó a un lado, luego al otro. Sacudió traicioneramente los cuernos. No eran gran cosa, pero las vacas de raza jersey siempre pueden dar una sorpresa desagradable, con su rapidez y sus arranques de genio. Belle pegó un grito, para reñir a la vaca y tranquilizar al hombre.

—No te hará daño. Quédate quieto y ya está. Se ha puesto nerviosa.

Belle reparó en el macuto que llevaba. Esa era la causa del problema. Al principio pensó que el muchacho simplemente iba caminando junto a la vía, pero entonces vio que se dirigía a algún sitio.

—Es tu macuto lo que la asusta. Si pudieras dejarlo un momento en el suelo... Tengo que llevármela al granero para ordeñarla.

El hombre hizo lo que le pedía y se quedó muy quieto, observando.

Belle encaminó a Margarita hasta el granero, donde había dejado el balde y el taburete.

—Ya lo puedes recoger —le dijo al hombre. Y, al verlo acercarse, le habló con cordialidad—. Mientras no vayas zarandeándolo a su alrededor... ¿Eres soldado? Si esperas a que la ordeñe te puedo poner algo de desayunar. Vaya nombre tan ridículo para gritarle a una vaca. Margarita.

Era una mujer recia de corta estatura, con una melena lisa donde las canas salpicaban el pelo que un día fue rubio y un flequillo pueril.

—Fui yo quien lo escogió —dijo, acomodándose—. Soy monárquica. O lo era. Hay gachas, las he apartado del fogón. Ordeñaré en un periquete. Si no te importa, ve a esperar al otro lado del granero, donde Margarita no te vea. Qué pena que no pueda ofrecerte un huevo. Antes teníamos gallinas, pero los zorros siempre nos las robaban y al final nos hartamos.

Teníamos. Antes teníamos gallinas. Eso significaba que debía de haber un hombre por allí, viviendo con ella.

—Las gachas son buenas. Con mucho gusto te las pagaré.

—No hace falta. Vamos, apártate un poco. Está demasiado despistada para que le baje la leche.

Jackson se alejó, rodeando el granero. Se fijó en lo destartado que estaba. Echó un vistazo por entre los tablones para ver qué clase de coche tenía la mujer, pero dentro solo alcanzó a distinguir una vieja carreta y algunos otros despojos de maquinaria.

A su alrededor se advertía cierto orden, pero no exactamente laboriosidad. La pintura blanca de la casa se estaba desconchando y había cobrado un tono gris. Tablones claveteados en una ventana donde debía de haberse roto un cristal. El gallinero ruinoso donde según la mujer se metían los zorros a robar gallinas. Tejas planas de madera en una pila.

Si había un hombre en la casa, debía de estar inválido, o paralizado por la pereza.

Junto a la casa había un camino. Un pequeño campo vallado delante de la vivienda, un camino sin asfaltar. Y en el campo un caballo pinto de aspecto manso. Podía entender las razones de mantener una vaca, pero ¿un caballo? Ya antes de la guerra los granjeros se deshacían de ellos, los tractores eran la novedad. Y la mujer no parecía una amazona que cabalgara por pura diversión.

Entonces cayó en la cuenta. La carreta del granero. No era ninguna reliquia, sino el único vehículo que tenía.

Hacía un rato que oía un sonido peculiar. El camino subía por la loma, y del otro lado llegaba ruido de cascos. Acompañado de un débil tintineo o un silbido.

Y de pronto apareció en la loma un carro tirado por dos caballos bastante pequeños. Más pequeños que el que pastaba en el campo, pero mucho más briosos. Y en el carro había en torno a media docena de hombrecillos sentados. Todos vestidos de negro, con sus correspondientes sombreros negros de fieltro en la cabeza.

De ahí venía el sonido. Iban cantando, con vocecitas agudas y discretas, tan dulces como quepa imaginar. Al pasar por su lado no le dirigieron ni una mirada.

La estampa lo dejó helado. La carreta del granero y el caballo del prado no eran nada en comparación.

Seguía allí plantado mirando hacia ambos lados, cuando oyó que la mujer decía:

—Todo listo.

La vio junto a la casa.

—Por aquí se entra y se sale —dijo la mujer, refiriéndose a la puerta trasera—. La de delante está atascada desde el invierno pasado y no hay manera de abrirla, como si siguiera congelada.

Caminaron sobre los tablones que cubrían un suelo de tierra desnivelado, en medio de la oscuridad que propiciaba la ventana entablada. Allí dentro hacía casi tanto frío como en el hoyo donde había pasado la noche. Se había despertado a cada rato, tratando de encogerse en una postura con la que mantener el calor. La mujer no tiritaba; despedía un olor a ejercicio sano y a lo que probablemente era el cuero de la vaca.

Vació la leche fresca en un cuenco y lo cubrió con una estopilla que guardaba cerca, antes de conducir a Jackson hacia el corazón de la casa. Allí las ventanas no tenían cortinas, así que entraba la luz. Además la cocina de leña estaba aún caliente. Había un fregadero con una bomba manual para sacar agua, una mesa con un hule raído en algunas zonas y un catre cubierto con un viejo edredón remendado.

También una almohada de la que se habían salido unas cuantas plumas.

De momento no estaba tan mal, a pesar de lo viejo y deteriorado que se veía todo. Había una utilidad para cada cosa. Sin embargo, al levantar la mirada veías en los estantes había pilas y pilas de periódicos o revistas o papeles de alguna clase que llegaban hasta el techo.

Tuvo que preguntarle, ¿no le daba miedo que se prendiera fuego? Con la cocina de leña, por ejemplo.

—Bah, siempre estoy aquí. Me refiero a que duermo aquí. No tengo otro sitio donde guardar los borradores. Voy con cuidado. Ni siquiera enciendo la chimenea. Un par de veces se calentó más de la cuenta y tuve que echarle levadura. No pasó nada. —Y añadió—: De todos modos mi madre tenía que estar aquí. Era la única habitación donde se sentía cómoda. Le puse aquí la cama. Yo le echaba un ojo a todo. Pensé en trasladar todos los papeles al salón, pero hay tanta humedad que se estropearían.

Entonces dijo que debería haberse explicado.

—Mi madre está muerta. Murió en mayo. Justo cuando el tiempo empezaba a mejorar. Vivió para oír por la radio que la guerra había terminado. Lo entendió perfectamente. Perdió el habla hace mucho, pero lo entendía todo. Me acostumbré a que no hablara, hasta el punto de que a veces creo que está aquí aunque ya no esté. Jackson creyó que le correspondía decir que lo sentía.

—Ah, bueno. Tenía que pasar. Al menos tuvimos suerte de que no fuera en invierno.

Le sirvió gachas de avena y té.

—¿No está demasiado fuerte, el té?

Como tenía la boca llena, Jackson negó con la cabeza.

—Nunca escatimo con el té. Para eso, mejor beber agua caliente, ¿no? Se nos acabó cuando el tiempo estuvo tan malo el invierno pasado. Se fue la luz, la radio dejó de funcionar y se acabó el té. Tenía una cuerda atada a la puerta trasera, para cuando me quedaba sin leche. Quería dejar entrar a Margarita a la cocina de atrás, pero pensé que se pondría demasiado nerviosa con la tormenta y no podría sujetarla. De todos modos sobrevivió. Todos sobrevivimos.

Al encontrar un hueco en la conversación, Jackson preguntó si había enanos en el vecindario.

—No, que yo sepa.

—¿En un carro?

—Ah. ¿Iban cantando? Debían de ser los pequeños menonitas. Van en carro a la iglesia y se pasan todo el camino cantando. Las niñas tienen que ir en la calesa con sus padres, pero los niños van en el carro.

—Parecía que no me vieran.

—No ven nada. Yo a mi madre le decía que vivíamos en el camino perfecto, porque éramos como los menonitas. Por el caballo y la carreta, y como bebemos la leche sin pasteurizar... La única diferencia es que ninguno de nosotros sabe cantar.

»Cuando mi madre murió trajeron tanta comida que me duró semanas. Debieron de pensar que habría un velatorio o algo así. Tengo suerte de contar con ellos. Aunque me digo que ellos también tienen suerte. Porque se supone que deben practicar la caridad, y yo, que vivo prácticamente en el umbral de su casa, estoy necesitada como la que más.

Jackson se ofreció a pagarle cuando terminó de comer, pero ella rechazó el dinero con un gesto de la mano.

Aunque había una cosa, dijo. Si antes de marcharse podía arreglar el abrevadero del caballo...

En realidad eso implicó construir un abrevadero nuevo, y para hacerlo tuvo que rebuscar los materiales y herramientas que pudo encontrar. Le llevó el día entero, y ella le sirvió tortitas y jarabe de arce de los menonitas para cenar. Dijo que si hubiera llegado una semana después, habría podido ofrecerle mermelada recién hecha. Recolectaba las moras silvestres que crecían junto a las vías del tren.

Sacaron sillas de la cocina por la puerta de atrás y se quedaron al fresco hasta después de anochecido. La mujer empezó a contarle cómo había ido a parar allí, pero él no la escuchaba con mucha atención, porque mirando a su alrededor se puso a pensar que, aunque la casa se estaba viniendo abajo, tenía remedio si alguien se ponía manos a la obra y la arreglaba. Haría falta invertir algo de dinero, pero sobre todo tiempo y energía. Sería un reto. Casi lamentó tener que seguir su camino.

Otra razón de que no prestara mucha atención a Belle —la mujer se llamaba Belle— era que no acababa de imaginarse la vida de la que le hablaba.

Su padre, a quien ella se refería como su «papá», había comprado la casa solo para los veranos, y luego decidió que podían vivir allí todo el año. Podía trabajar en cualquier sitio, porque era articulista del *Toronto Evening Telegram*. El cartero se llevaba lo que hubiera escrito y lo despachaban por tren. Su padre escribía sobre toda clase de cosas que pasaran. Incluso metía a Belle en sus artículos, con el sobrenombre de Minina. Y a veces mencionaba a la madre de Belle, aunque la llamaba princesa Casamassima, que salía de un libro cuyo título, según ella, ya no significaba nada. Quizá empezaron a vivir allí todo el año por su madre. Había pasado la terrible gripe de 1918, en la que murió tanta gente, y no había quedado del todo bien. No es que

perdiera el habla, porque decía algunas palabras, pero la mayoría las había perdido. O las palabras la habían perdido a ella. Tuvo que aprender de nuevo a comer y a ir al cuarto de baño. Además de las palabras, tuvo que aprender a no quitarse la ropa cuando hacía calor. Así que no era plan que vagara por la calle de una ciudad y se convirtiera en el hazmerreír de la gente.

Belle pasaba los inviernos en un colegio. El colegio se llamaba Obispo Strachan, y a Belle le sorprendió que no hubiera oído hablar de él. Le deletreó el nombre. Era una escuela de Toronto a la que iban muchas chicas ricas, pero también chicas como ella, que podían estudiar gracias al dinero que donaban parientes o legados varios. Dijo que allí aprendió a darse aires de superioridad, y salió sin ninguna idea de cómo ganarse la vida.

Sin embargo, el accidente lo decidió por ella. Mientras caminaba junto a la vía, como le gustaba hacer las noches de verano, a su padre lo arrolló un tren. Su madre y ella ya estaban en la cama, y Belle creyó que debía de tratarse de un animal suelto, pero su madre empezó con unos gemidos lastimeros, como si al momento lo hubiera sabido.

A veces una antigua amiga del colegio le escribía preguntándole qué demonios se podía hacer allí perdida, pero qué poca idea tenían. Había que ordeñar, y cocinar, y cuidar de su madre, y en esa época también tenía las gallinas. Aprendió a cortar las patatas para que saliera un brote de cada pedazo, a plantarlas y a desenterrarlas al verano siguiente. No había aprendido a conducir y cuando llegó la guerra vendió el coche de su papá. Los menonitas le cedieron un caballo que ya no servía para el campo, y uno de ellos la enseñó a colocarle los arreos y a manejarlo.

Una de sus viejas amigas, una tal Robin, fue a visitarla y le pareció que aquella manera de vivir era tremenda. Trató de convencerla para volver a Toronto, pero ¿y su madre? La pobre estaba mucho más tranquila y ya no se quitaba la ropa, y además disfrutaba escuchando la radio, la ópera que ponían los sábados por la tarde. Eso también se podía hacer en Toronto, desde luego, pero a Belle no le gustaba la idea de desarraigarla. Robin dijo que hablara por ella, que era quien tenía miedo al desarraigo. Robin se marchó y se enroló en el ejército de mujeres, que a saber qué sería.

La primera cosa que Jackson tuvo que hacer fue acondicionar varias habitaciones para que no hiciera falta dormir en la cocina cuando llegara el frío. Hubo que deshacerse de algunos ratones, e incluso algunas ratas, que empezaban a buscar el calor de la casa. Cuando le preguntó a Belle por qué no se había hecho con un gato, ella le contestó con uno de sus peculiares razonamientos. No le apetecía ver un gato matando bichos cada dos por tres y arrastrándolos delante de sus narices. Jackson aguzó el oído a los chasquidos de las trampas y se libró de los roedores antes de que Belle se diera cuenta. Luego la sermoneó sobre los papeles que atestaban la cocina, el peligro que supondrían en caso de incendio, y Belle accedió a trasladarlos al salón si se solucionaban las humedades. Jackson se empleó a fondo. Invirtió en un calefactor, restauró las paredes y convenció a Belle para que se pasara casi un mes entero encaramándose y bajando los papeles, releyéndolos y reorganizándolos y colocándolos en las estanterías que él le hizo.

Belle le contó entonces que los papeles contenían el libro de su padre. A veces decía que era una novela. A Jackson no se le ocurrió ahondar en el tema, pero un día Belle le explicó que trataba de dos personas llamadas Matilda y Stephen. Una novela histórica.

—¿Recuerdas algo de historia?

Jackson había terminado los cinco años de secundaria con notas respetables y haciendo un buen papel en trigonometría y geografía, pero de historia no recordaba gran cosa. De todos modos, el último año de estudios solo podía pensar en que se iba a la guerra.

—No mucho —dijo.

—La recordarías de cabo a rabo si hubieras ido al colegio del Obispo Strachan. Te la

habrían metido por las tragaderas. Al menos la historia de los ingleses.

Le explicó que Stephen había sido un héroe. Un hombre de honor, demasiado bueno para los tiempos que le tocó vivir. Pertenece a esa rara estirpe de personas que no siempre miran por ellas o rompen su palabra cada vez que les conviene. Por consiguiente, no acabó bien.

Y luego estaba Matilda. Era descendiente directa de Guillermo el Conquistador, y tan cruel y altiva como cabría esperar. Aun así, había gente tan estúpida que la defendía por ser mujer.

—Si la hubiera podido acabar, habría sido una magnífica novela.

Desde luego Jackson sabía que los libros existían porque alguien se sentaba a escribirlos, que no salían de la nada. La cuestión era qué les movía a escribirlos, con tantos, tantísimos libros como había en el mundo. Dos de esos libros se los había tenido que leer en el colegio. *Historia de dos ciudades* y *Huckleberry Finn*, ambos con un lenguaje que acababa cansando, aunque por distintos motivos. Y era comprensible. Fueron escritos en el pasado.

Lo que a Jackson le asombraba, aunque no tenía intención de que se le notara, era que alguien quisiera ponerse a escribir otro libro en el momento presente. Ahora.

Una tragedia, dijo Belle enérgicamente, y Jackson no supo si lo decía por su padre o por los personajes del libro que no llegó a terminar.

De todos modos, una vez ese cuarto estuvo habitable se concentró en el tejado. No servía de nada arreglar una habitación para que volviera a quedar inhabitable en uno o dos años por las malas condiciones del tejado. Jackson lo había apañado para que durara un par de inviernos, pero no podía garantizar más que eso. Y aún pensaba que en Navidad ya se habría marchado.

Las familias menonitas de la granja vecina apenas alcanzaban para mantener a las muchachas, y a los chicos más jóvenes que había visto les faltaba vigor para acometer tareas más arduas. Jackson había conseguido trabajar para ellos, durante la cosecha del otoño. Lo llevaban a comer con los demás y, para su sorpresa, descubrió que las chicas se atolondraban cuando le servían y que no eran mudas, como había imaginado. Se dio cuenta de que las madres no les quitaban ojo, mientras que los padres no le quitaban ojo a él. Se alegró de comprobar que contentaba a madres y a padres por igual. Todos vieron que no se inmutaba. No había peligro.

Y por supuesto con Belle no hubo que hablar nada. Jackson había averiguado que era dieciséis años mayor que él. Mencionarlo, incluso bromear con el tema, lo estropearía todo. Ella era un tipo determinado de mujer, él era un tipo determinado de hombre.

Iban a comprar, cuando lo necesitaban, a un pueblo llamado Oriole. Estaba justo en dirección opuesta al pueblo de Jackson. Ataba el caballo en el cobertizo de la iglesia unida, porque evidentemente en la calle principal no había postes para amarrar las monturas. Al principio recelaba de ir a la ferretería y al barbero, pero pronto comprendió una característica de los pueblos pequeños, que tendría que haber sabido por el mero hecho de haberse criado en uno de ellos. No se relacionaban mucho unos con otros, salvo por los partidos que se disputaban en el campo de béisbol o la pista de hockey, donde todo quedaba en una hostilidad fervorosa impostada. Cuando se necesitaba algún artículo que no se conseguía en los comercios locales, la gente iba a la ciudad. Igual que si querían consultar a un médico que no fuera de allí. No se encontró con ningún conocido y nadie mostró curiosidad por él, aunque a veces se volvían a mirar su caballo. Y los meses de invierno ni siquiera eso, porque no quitaban la nieve de las carreteras secundarias y los granjeros que llevaban la leche a la mantequería o los huevos a la tienda de comestibles tenían que ir a caballo, lo mismo que Belle y él.

Belle siempre se paraba a ver qué película había en cartel, aunque no tuviera intención de ir a verla. Si bien conocía un montón de películas y estrellas de cine, se notaba que se había quedado anclada unos años atrás, un poco como Matilda y Stephen. Sabía,

por ejemplo, con quién se casó Clark Gable en la vida real antes de convertirse en Rhett Butler.

Jackson no tardó en empezar a cortarse el pelo cuando lo necesitaba y a comprar tabaco cuando se le terminaba. Fumaba ya como un granjero, liando a mano los cigarrillos y sin encenderlos nunca dentro de casa.

Durante un tiempo costaba encontrar coches de segunda mano, pero cuando los hubo, cuando finalmente aparecieron los modelos nuevos y los granjeros que habían hecho dinero en la guerra estuvieron dispuestos a cambiar los antiguos, Jackson tuvo una charla con Belle. El caballo, Freckles, tenía ya sabe Dios cuántos años, y ante la menor cuesta porfiaba.

Resultó que el tipo que se dedicaba a la compra venta de coches había reparado en Jackson, aunque no contaba con una visita.

—Pensaba que tu hermana y tú erais menonitas, solo que llevabais otra clase de atuendo —dijo el marchante.

Eso sobresaltó un poco a Jackson, pero era preferible a que los hubiera tomado por marido y mujer. Le hizo pensar cuánto debía de haber envejecido y cambiado con los años, y hasta qué punto el joven que había saltado del tren, aquel soldado flacucho con los nervios a flor de piel, no se podría reconocer a primera vista en el hombre que ahora era. Belle, en cambio, al menos a sus ojos, se había quedado en un punto de la vida donde seguía siendo una chiquilla crecida. Y cuando hablaba confirmaba esa impresión, saltando sin cesar hacia atrás y hacia delante, al pasado y de vuelta al presente, hasta tal punto que no parecía diferenciar el último viaje al pueblo de la última película que vio con su madre y con su padre, o la cómica ocasión en que Margarita, que a esas alturas había muerto, corneó a un Jackson amedrentado.

Fue el segundo coche que se compraron, por supuesto de segunda mano, el que los llevó a Toronto en el verano de 1962. Era un viaje que no habían previsto y que llegaba en un momento inoportuno para Jackson. Para empezar estaba construyendo el nuevo establo de los menonitas, ajetreados con la siega, y además a él pronto le tocaría cosechar las hortalizas que ya había apalabrado vender al almacén de Oriole. Pero por fin consiguió convencer a Belle de que se hiciera ver un bulto que le había salido, y ahora tenía cita para operarse en Toronto.

Qué cambio, decía Belle a cada momento. ¿Seguro que estamos todavía en Canadá?

Eso fue antes de pasar Kitchener. Una vez entraron en la nueva autopista se alarmó de verdad, y no paraba de rogarle que buscaran una carretera secundaria o dieran media vuelta y volvieran a casa. Jackson le contestó con una acritud inesperada: el tráfico también era una sorpresa para él. Después Belle se quedó callada, y Jackson no tuvo manera de saber si cerraba los ojos porque se daba por vencida o porque estaba rezando. Nunca había visto rezar a Belle.

Esa misma mañana había intentado disuadirlo de ir a Toronto. Dijo que el bulto se estaba haciendo más pequeño, no más grande. Y además, desde que todo el mundo tenía derecho a asistencia sanitaria gratuita, nadie hacía otra cosa que ir corriendo al médico y convertir la vida en un largo drama de hospitales y operaciones, que solo servían para alargar el suplicio de ser una carga antes de morir.

Se calmó y se animó cuando tomaron el desvío y se adentraron por fin en la ciudad. Aparecieron en Avenue Road y, aunque no dejaba de exclamarse de lo cambiado que estaba todo, en cada manzana parecía reconocer algo. Pasaron el edificio donde vivía uno de sus profesores del colegio Obispo Strachan. En el sótano había una tienda en la que vendían leche, cigarrillos y periódicos. ¿No sería extraño entrar allí ahora y encontrar el *Telegram*, y que no solo apareciera aún la firma de su padre sino también la fotografía borrosa que le habían hecho cuando todavía conservaba el pelo?, divagó Belle.

Entonces dio un gritito al ver en una calle lateral la iglesia donde se casaron sus

padres. Podía jurar que era la misma. La habían llevado para enseñársela, aunque no acostumbraban a ir allí. Ellos no iban a la iglesia, ni mucho menos. Fue una especie de broma. Su padre dijo que se habían casado en el sótano, pero su madre dijo que en la sacristía.

En aquella época su madre hablaba perfectamente, era una mujer de lo más normal. Tal vez hubiera una ley en esos tiempos que obligaba a casarse en una iglesia para que el matrimonio fuera válido.

Al pasar por Eglinton, Belle vio el rótulo del metro.

—Imagínate, nunca he ido en un tren subterráneo. —En sus palabras se advertía una mezcla de dolor y orgullo—. Imagínate, qué ignorante.

En el hospital la atendieron enseguida. Belle siguió animada, hablándoles de los horrores del tráfico y de los cambios, y preguntó si aún se hacía el espectáculo navideño en los grandes almacenes Eaton. ¿Y se seguía leyendo el *Telegram*?

—Deberías haber pasado en coche por el barrio chino —dijo una de las enfermeras—. Eso sí que es digno de ver.

—Espero verlo cuando vuelva a casa. —Belle se rio, y añadió—: Si es que vuelvo.

—Vamos, no seas tonta.

Otra enfermera le preguntó a Jackson dónde había aparcado el coche y le recomendó que lo desplazara a un sitio donde no hubiera que pagar. También lo puso al tanto del alojamiento para los allegados de los pacientes de fuera de la ciudad, mucho más baratos de lo que se pagaba en un hotel.

Dijeron que iban a instalar a Belle en una cama. Un médico pasaría a visitarla, y Jackson podría volver más tarde a darle las buenas noches. Quizá la encontrara un poco atontada.

Belle oyó el comentario y dijo que siempre estaba atontada, así que no lo notaría, y hubo algunas risas.

La enfermera acompañó a Jackson a firmar un papel antes de irse. Titubeó donde preguntaba el parentesco. Al final puso «Amigo».

Aunque al volver por la noche advirtió un cambio, no hubiera dicho que Belle estaba atontada. Le habían puesto una especie de saco de tela verde que le dejaba el cuello y los brazos prácticamente al descubierto. Jackson rara vez la había visto tan destapada, ni se había fijado en los tendones que se le marcaban entre las clavículas y la barbilla.

Se quejaba de que tenía la boca seca.

—No me dejan tomar más que un miserable trago de agua.

Quiso que Jackson fuera a buscarle una Coca-Cola, que por lo que él sabía jamás había probado.

—Hay una máquina en el vestíbulo, tiene que haberla. Veo a la gente pasar con la botella en la mano y me da aún más sed.

Jackson dijo que no podía desobedecer las órdenes.

A Belle se le saltaron las lágrimas y le volvió la cara, enfurruñada.

—Quiero irme a casa.

—Pronto te irás.

—Podrías ayudarme a buscar mi ropa.

—De ninguna manera.

—Si no, la buscaré yo misma. Me iré sola a la estación de tren.

—Ya no pasan trenes de pasajeros por nuestros pagos.

Dio la impresión de que olvidara repentinamente sus planes de fuga. Al cabo de unos momentos empezó a recordar la casa y todas las reformas que habían hecho, o más bien que Jackson había hecho. La pintura blanca reluciente de fuera, e incluso la cocina de atrás, encalada y con un suelo de tablas nuevo. El tejado ya reparado, y las ventanas que habían recuperado su simplicidad original, y, el mayor orgullo de todos, la instalación del agua, que era una delicia en invierno.

—Si no hubieras aparecido, pronto habría estado viviendo en la más absoluta miseria.

Jackson no expresó en voz alta que ya lo estaba cuando llegó.

—Cuando salga de esta haré testamento —dijo Belle—. Todo para ti. Tus esfuerzos no habrán sido en balde.

Desde luego que a él se le había pasado por la cabeza, y como es natural la idea de que la casa acabara siendo suya le hubiera procurado una sobria satisfacción, aunque habría expresado un deseo sincero y cordial de que nada ocurriera antes de tiempo. Ahora, sin embargo, no. Parecía que apenas le concerniera, algo muy distante.

Belle empezó de nuevo con la pejiquera.

—Ay, ojalá estuviera allí y no aquí.

—Te encontrarás mucho mejor cuando despiertes de la operación.

Aunque sabía, a juzgar por lo que había oído, que eso era mentira.

De pronto se sentía tan cansado...

Acertó más de lo que hubiera imaginado. Dos días después de que le extirparan el bulto, Belle estaba sentada en una habitación distinta, impaciente por recibirlo e impasible a los gemidos de una mujer que salían de detrás de la cortina que separaba la cama de al lado. Más o menos igual de lastimeros sonaban los gemidos de Belle el día anterior, cuando Jackson no consiguió que abriera los ojos o se percatara de su presencia.

—No le hagas ni caso —dijo Belle—. Está completamente ida. Seguro que ni se entera. Mañana se levantará como unas castañuelas. O no.

Se advertía una autoridad un tanto ufana, institucional, la crueldad de una veterana. Sentada en la cama, sorbía un líquido de color naranja vivo por una pajita que se doblaba a su conveniencia. Parecía mucho más joven que la mujer a la que había llevado al hospital, hacía apenas unos días.

Belle quiso saber si dormía bien, si había encontrado algún sitio donde se comiera decentemente, si no hacía demasiado calor para pasear, si había tenido tiempo para visitar el Museo Real de Ontario, como creía haberle recomendado.

Y sin embargo no podía concentrarse en sus respuestas. Parecía sumida en el asombro. Un asombro contenido.

—Ah, tengo que contártelo —dijo, interrumpiéndolo mientras le explicaba por qué no había ido al museo—. Vamos, no pongas esa cara de susto. Me vas a hacer reír y me dolerán los puntos. Aunque ¿de qué demonios iba a reírme? La verdad es que se trata de algo triste y espantoso, una tragedia. Ya sabes lo de mi padre, a veces te he hablado de mi padre...

A Jackson no le pasó por alto que dijera padre en lugar de papá.

—Mi padre y mi madre...

Dio la impresión de que tuviera que buscar a su alrededor para poder empezar de nuevo.

—La casa no estaba tan mal como cuando la viste por primera vez. Bueno, es lógico. Usábamos la habitación del final de la escalera como aseo. Había que subir el agua, y luego bajarla, claro. Más tarde, cuando viniste, ya usaba el cuarto de baño de abajo. El de las estanterías, que había sido una despensa, ¿sabes cuál?

¿Cómo podía no recordar que fue Jackson quien sacó las estanterías e instaló allí el cuarto de baño?

—Bueno, da igual —dijo Belle, como si siguiera el hilo de sus pensamientos—. La cuestión es que calenté el agua y la llevé arriba para darme un baño de esponja. Y me quité la ropa. Claro, cómo no. Había un espejo grande encima del lavamanos, porque verás, había lavamanos como en un cuarto de baño de verdad, solo que al quitar el tapón, cuando terminabas, el agua volvía a caer en el balde. El inodoro estaba en otro sitio. Supongo que te haces una idea. Así que iba a lavarme y, naturalmente, estaba desnuda. Debían de ser las nueve de la noche, pero había mucha luz. Era verano, ¿te

lo he dicho? Y estaba en ese cuartito que da al oeste.

»Entonces oí pasos y pensé que era papá. Mi padre, quién si no. Debía de haber acostado a mi madre. Oí pasos en las escaleras y me llamó la atención lo fuertes que sonaban. No sé por qué, pero me parecieron distintos. Muy deliberados. O quizá esa fue la impresión que me quedó después. Tendemos a dramatizar las cosas después. Los pasos se detuvieron justo delante de la puerta del cuarto de baño y, si pensé algo, pensé, ah, debe de estar cansado. No había echado el pestillo, porque no lo había. Se daba por hecho que había alguien dentro si la puerta estaba cerrada.

»Así que mi padre estaba al otro lado de la puerta, yo no pensé nada, y entonces abrió la puerta y se quedó allí quieto, mirándome. Y tengo que explicar qué quiero decir. Mirándome toda, no solo mi cara. Mi cara miraba al espejo y él me miró en el espejo y también lo que había detrás de mí y yo no veía. En modo alguno era una mirada normal.

»Te diré lo que pensé. Pensé, está sonámbulo. No supe qué hacer, porque se supone que no hay que sobresaltar a alguien que va sonámbulo.

»Pero entonces dijo: “Perdón”, y supe que no estaba dormido. Aunque sí hablaba con una voz rara, un tono extraño, como si se hubiera disgustado conmigo. O enfadado, no supe precisarlo. Y entonces se alejó por el pasillo, sin cerrar la puerta. Me sequé, me puse el camisón y me fui a dormir enseguida. Cuando me levanté por la mañana el agua seguía en el lavamanos, y yo no quería acercarme por allí, pero lo hice.

»Aun así todo parecía normal y mi padre ya estaba levantado y escribiendo a máquina. Me gritó buenos días y luego me pidió que le deletreara una palabra. Solía hacerlo, porque mi ortografía era mejor que la suya. Así que se la deletreé y le dije que si pensaba ser escritor debía aprender a escribir sin faltas, porque era un desastre. Sin embargo, aquel mismo día vino por detrás y se puso muy pegado a mí mientras yo lavaba los platos, me quedé helada. Tan solo dijo: “Belle, lo siento”. Y yo deseé que no lo hubiera dicho. Me asustó. Sabía que era verdad que lo sentía, pero al decirlo así, en voz alta, no pude ignorarlo. “No pasa nada”, fue todo lo que dije, aunque no conseguí que sonara natural o como si de verdad no pasara nada.

»No fui capaz. Quise que se diera cuenta de que por su culpa las cosas habían cambiado. Salí a tirar el agua de los platos y volví a mis quehaceres sin decir una palabra más. Luego levanté a mi madre de la siesta y cené pronto y lo llamé, pero no vino. Le dije a mi madre que estaría dando un paseo. Era lo que solía hacer cuando se encallaba al escribir. Ayudé a mi madre a cortarse la comida, pero solo pensaba en cosas desagradables. Sobre todo en los ruidos que a veces salían del cuarto de mis padres, y que yo procuraba no oír tapándome los oídos. En ese momento pensé en mi madre, cenando a mi lado, y me pregunté qué pensaba de eso, o hasta qué punto se daba cuenta de algo.

»No sabía dónde se habría metido mi padre. Preparé a mi madre para acostarse, aunque solía hacerlo él. Oí que se acercaba el tren y de pronto el jaleo y el chirrido de los frenos, y debí de saber lo que había pasado, aunque no sé en qué momento exactamente.

»Ya te lo había contado. Te conté que lo arrolló el tren.

»Si te cuento esto ahora no es solo para aliviar el peso de mi angustia. Al principio no podía soportarlo y durante mucho tiempo me obligué a creer que mi padre iba caminando por las vías pensando en sus cosas y no oyó el tren. Y fin de la historia. No iba a pensar que el tema era yo, ni siquiera cuál era el meollo del asunto.

»El sexo.

»Ahora lo veo. Ahora lo entiendo de verdad y creo que no fue culpa de nadie. Fue culpa del sexo de los seres humanos en una situación trágica. Yo, que había crecido allí, y mi madre, por cómo estaba, y papá, claro está, por ser como era. No fue culpa mía ni culpa suya.

»Solo intento decir que estas cosas deberían saberse, tendría que haber lugares adonde la gente acuda en una situación así. Y no andar todos avergonzados y culpándose por ello. Si crees que me refiero a los burdeles, aciertas. Si crees que hablo de prostitutas, aciertas otra vez. ¿Entiendes?

Jackson, sin mirarla a los ojos, dijo que sí.

—Me siento tan liberada... No es que no me parezca una tragedia, pero he conseguido salir, a eso me refiero. En el fondo se trata de los errores de la humanidad. No pienses que porque sonrío no me mueve la compasión. Me tomo la compasión muy en serio. Y aun así no puedo negar que me siento aliviada. Tengo que decir que de alguna manera estoy contenta. No te incomoda escuchar estas cosas, ¿verdad?

—No.

—Ya ves que no estoy como siempre, lo sé. Lo veo todo muy claro. Y no sabes cuánto lo agradezco.

La mujer de la cama de al lado no había interrumpido sus gemidos rítmicos mientras Belle hablaba. Jackson creyó que la cantinela se le había metido en la cabeza.

Oyó el chirrido de los zapatos de la enfermera en el pasillo y deseó que entraran en la habitación. Y entraron.

La enfermera dijo que era la hora de la pastilla de la modorra. Jackson temió que le reclamaran un beso de buenas noches para Belle. Se había fijado en que en el hospital había mucho besuqueo. Se alegró de que al ponerse en pie nadie lo mencionara.

—Hasta mañana.

Se despertó temprano y decidió dar un paseo antes de desayunar. Había dormido bien, pero se dijo que le convenía airearse un poco del ambiente del hospital. No era que estuviera demasiado preocupado por el cambio de Belle. Pensó que era posible, e incluso probable, que volviera a la normalidad ese mismo día, o al siguiente. Quizá ni se acordara de la historia que le había contado. Ojalá.

El sol estaba bien alto, como correspondía a la época del año, y los autobuses y los tranvías iban ya bastante llenos. Caminó hacia el sur antes de girar hacia el oeste por Dundas Street, y al cabo de un rato se encontró en el barrio chino, del que había oído hablar. Los tenderos trajinaban con carretillas cargadas de verduras, unas reconocibles y muchas que no lo eran tanto, y de los escaparates colgaban animales pequeños despellejados, al parecer comestibles. Camiones mal aparcados y gritos apremiantes en chino invadían la calle. Chino. Por el clamor estridente de sus voces daba la impresión de que estuvieran en medio de una guerra, aunque para ellos seguramente fuera algo cotidiano. Aun así Jackson sintió necesidad de apartarse y se metió en un restaurante, regentado por chinos pero donde servían el desayuno clásico de huevos con beicon. Al salir, su intención era volver al hospital desandando el camino.

Y, sin embargo, cuando se dio cuenta había echado a andar de nuevo hacia el sur. Iba por una calle residencial de casas de ladrillo altas y un tanto estrechas, probablemente construidas antes de que la gente de la zona sintiera la necesidad de aparcar el coche en la puerta, o antes incluso de que tuviera coche. Antes de que existieran los coches y demás. Siguió andando hasta una señal que indicaba Queen Street, una calle de la que había oído hablar. Giró hacia el oeste y caminó hasta que, unas manzanas más allá, se encontró con un obstáculo. Delante de una bollería había un pequeño corro de gente.

Una ambulancia montada en la misma acera bloqueaba el paso. Algunos se quejaban del retraso y preguntaban en voz alta si les parecía correcto aparcar así una ambulancia, mientras que a otros se los veía bastante tranquilos y comentaban los posibles motivos de aquella irregularidad. Llegó a mencionarse la muerte, y algunos de los curiosos nombraron a varios candidatos mientras otros decían que era la única excusa legal para que el vehículo estuviera donde estaba.

Al final sacaron a un hombre sujeto con correas a la camilla, que no debía de estar muerto, porque de lo contrario le hubieran tapado la cara, pero sí inconsciente y con la

piel gris como el cemento. No lo sacaron por la puerta de la bollería, como algún guasón había anunciado, en una especie de indirecta a la calidad de los bollos, sino por la puerta de entrada a la casa de vecinos. Era un respetable edificio de ladrillo de cinco plantas, con una lavandería automática y la bollería en el bajo. El nombre tallado en la puerta principal sugería un pasado orgulloso, con un punto de locura.

Bonnie Dundee. Una casa de huéspedes con el nombre de la marcha oficial del ejército canadiense.

Un hombre sin el uniforme del personal de emergencias salió el último. Miró con exasperación al corro de espectadores, que ya hacían amago de dispersarse. Solo faltaba oír el aullido solemne de la ambulancia al arrancar y alejarse a toda velocidad por la calle.

Jackson fue uno de los que no se molestaron en apartarse. No hubiera dicho que todo aquello le despertara curiosidad, sino más bien que esperaba el inevitable momento de dar media vuelta. El hombre que había salido del edificio se acercó a preguntarle si tenía prisa.

No. No especialmente.

Era el propietario del edificio. El hombre al que se habían llevado en la ambulancia era el portero.

—He de ir al hospital a ver qué le pasa. Ayer estaba como una rosa. Ni una queja. No puedo recurrir a nadie de por aquí cerca, me temo. Y lo peor es que no encuentro las llaves. Él no las lleva encima y no están donde suele guardarlas. Y como tengo que ir a mi casa a buscar una copia, me preguntaba si podría usted vigilar un poco todo esto hasta que yo vuelva. Tengo que ir a mi casa y al hospital. Podría pedírselo a alguno de los inquilinos, pero prefiero no hacerlo, no sé si me explico. No quiero que me den la lata, cuando yo mismo aún no sé qué pasa.

Volvió a preguntarle a Jackson si no le importaba, y Jackson dijo que no, que no se preocupara.

—Esté al tanto de quién entra y sale, pida que le enseñen las llaves. Dígales que hay una emergencia, pronto se arreglará. —A punto ya de irse, se volvió—. Si quiere, puede sentarse.

Había una silla en la que Jackson no se había fijado. La habían dejado plegada a un lado para que no estorbara a la ambulancia. Era una de esas sillas de lona sencillas, pero bastante cómoda y recia. Jackson le dio las gracias y la colocó en un sitio donde no molestara a los transeúntes o a los residentes del edificio. Nadie le prestó atención. Jackson había estado a punto de comentarle al propietario que también debía volver al hospital en breve, pero el hombre iba con prisas y bastantes cosas tenía ya en la cabeza. Además le había asegurado que volvería en cuanto pudiera.

Al sentarse Jackson se dio cuenta de cuánto rato llevaba de pie, caminando de aquí para allá.

El hombre le había ofrecido que se pidiera un café o algo de comer en la bollería.

«Basta con que les diga mi nombre».

Sin embargo Jackson ni siquiera sabía cómo se llamaba.

Al volver, el propietario se disculpó por el retraso. El hombre al que se habían llevado en ambulancia había muerto. Había tenido que ocuparse de todos los trámites. Y de hacer otro juego de llaves. Tome, aquí están. Se celebraría algún tipo de funeral para los inquilinos más antiguos del edificio. Una esquela en el periódico quizá trajera a algunas personas más. Iban a ser unos días engorrosos, hasta que todo se solucionara.

Resolvería el problema. Si Jackson podía. Temporalmente. Solo temporalmente.

Jackson se oyó decir, sí, por él perfecto.

Si necesitaba un poco de tiempo, se podría organizar. Oyó decir al hombre, su nuevo jefe. Hasta después del funeral y de que se deshiciera de algunas posesiones

personales. O sea que, si quería, disponía de unos días para arreglar sus asuntos y hacer el traslado como es debido.

No sería necesario, dijo Jackson. Sus asuntos estaban arreglados y todas sus pertenencias las llevaba encima.

Eso despertó cierto recelo, como es natural. A Jackson no le sorprendió enterarse un par de días más tarde de que su nuevo patrón había hecho una visita a la policía, aunque al parecer fue bien. Simplemente lo tomaron por uno de esos solitarios que se meten hasta el cuello en algún asunto, pero que a fin de cuentas no infringen ninguna ley.

Al menos parecía que nadie andaba en su busca.

Por norma Jackson prefería a los inquilinos mayores. Y, por norma, a los solteros. No de esos que podrían llamarse muertos vivientes, sino gente con intereses. A veces incluso talento. Esa clase de talento que, tras revelarse una vez y permitir que alguien se ganara un tiempo la vida, no duraba siempre. Un comentarista de radio que había sido popular en los años de la guerra, pero que ahora tenía las cuerdas vocales destrozadas. Aunque la mayoría de la gente quizá pensara que había muerto, vivía en un cuarto amueblado de soltero, al tanto de las noticias y suscrito al *Globe and Mail*, que le pasaba luego a Jackson por si había algo de interés para él.

Una vez lo hubo.

Marjorie Isabella Treece, hija del antiguo columnista del *Toronto Evening Telegram*, Willard Treece, y de Helena Treece (de soltera, Abbott), además de antigua amiga de Robin Ford (de soltera, Shillingham), ha fallecido tras una valiente lucha contra el cáncer. Tenga la bondad de notificarse en el periódico de Oriole. 18 de julio de 1965.

No se mencionaba dónde había vivido hasta su muerte. Probablemente en Toronto, teniendo en cuenta la relevancia de Robin en la nota. Quizá había durado más de lo esperado, y puede que incluso con holgura y ánimos razonables, hasta que se acercó el final, claro. Belle siempre había demostrado tener un don para adaptarse a las circunstancias. Más, tal vez, que el que tenía el propio Jackson.

No es que se dedicara a pensar mucho en las habitaciones que había compartido con ella o en el trabajo que había hecho en su casa. No hacía falta: esas cosas normalmente afloraban en sueños, y su sensación entonces era más de exasperación que de añoranza, como si tuviera que ponerse a trabajar enseguida para terminar algo. A los huéspedes de la pensión Bonnie Dundee por costumbre los incordiaba cualquier clase de mejoras, pensando que repercutirían en su alquiler. Jackson los convencía, con modales respetuosos y buen sentido de la economía. El edificio mejoró y empezó a haber lista de espera. El dueño se quejaba de que acabaría convirtiéndose en un refugio de viejos chiflados, pero Jackson decía que por lo general eran más limpios que la media y ya no estaban en edad de cometer fechorías. Había una mujer que había tocado en la Sinfónica de Toronto, y un inventor que aún no había dado en el clavo con sus inventos pero mantenía la esperanza, y un actor húngaro refugiado cuyo acento le perjudicaba pero que aún salía en un anuncio en algún lugar del mundo. Todos eran muy correctos, y de algún lado sacaban el dinero para ir al restaurante Epicuro y pasar la tarde contándose historias. Además tenían algunos amigos que sí eran famosos de verdad y que de vez en cuando se pasaban de visita. Y no desmerecía contar en la pensión Bonnie Dundee con un predicador a domicilio, que a pesar de mantener una relación delicada con su iglesia, cualquiera que fuese, siempre estaba disponible para officiar cuando se lo requería.

Cierto que la gente tenía la costumbre de apurar hasta la última moratoria de pago, pero al menos no se largaban corriendo.

Una excepción fue una pareja joven, una tal Candace y un tal Quincy, que se fugaron en plena noche sin zanjar el alquiler. Resultó que había sido el dueño quien estaba al cargo el día en que llegaron buscando habitación, y luego se disculpó por su mala

elección con la excusa de que hacía falta una cara nueva en el edificio. La cara de Candace, no la del novio. El novio era un patán.

Un día de verano de mucho calor, Jackson abrió de par en par la puerta trasera, la del servicio, para que entrara el poco aire que corría mientras barnizaba una mesa. Era una mesa preciosa que había conseguido por menos de nada, porque tenía el barniz desconchado. Pensó que iría bien en la entrada, para dejar el correo.

Pudo salir de la oficina porque el dueño estaba dentro, repasando unos alquileres.

El timbre de la puerta principal apenas se oía al fondo del pasillo. Jackson limpió el pincel para ir a atender, pensando que el dueño, enfrascado en los números, no querría interrupciones, pero al parecer no le importó, porque oyó que la puerta se abría y la voz de una mujer. Una voz al borde de la extenuación, y aun así capaz de mantener cierto encanto, la confianza absoluta de que lo que dijera conquistaría a quien la escuchara.

Seguramente había heredado aquel aplomo de su padre, el pastor, pensó Jackson, justo antes de que el impacto lo alcanzara de lleno.

Era la última dirección que tenía de su hija, dijo la mujer. Estaba buscando a su hija. Candace, su hija. Que quizá viajara con un amigo. Ella, la madre, había venido a buscarla desde la Columbia Británica. Desde Kelowna, donde vivían ella y el padre de la chica.

Ileane. Jackson reconoció su voz sin asomo de duda. Aquella mujer era Ileane.

Oyó que preguntaba si podía sentarse un momento. Entonces el dueño le acercó su silla, la silla de Jackson.

En Toronto hacía más calor del que se esperaba; aunque conocía Ontario, se había criado allí.

Se preguntaba si sería mucha molestia que le pidiera un vaso de agua.

Debía de haber recostado la cabeza entre las manos, porque la voz sonó un tanto apagada. El dueño salió al pasillo y echó unas monedas en la máquina para sacar un 7up. Quizá le pareció un refresco más propio para una señora que la Coca-Cola.

Vio a Jackson asomado escuchando, y con un gesto le indicó que se ocupara de la mujer, quizá porque lo creía más acostumbrado a tratar con inquilinos afligidos, pero Jackson negó rotundamente con la cabeza.

No.

La aflicción de la mujer no duró mucho.

Le pidió disculpas al propietario, y él le dijo que el calor hoy en día podía jugar malas pasadas.

Y a propósito de Candace. Se habían marchado ese mismo mes, hacía unas tres semanas. No habían dejado ninguna dirección.

—En casos como estos, suele pasar.

La mujer captó la insinuación.

—Por supuesto yo puedo saldar...

Tras algunos murmullos y susurros, la cuestión quedó zanjada.

—Supongo que no me puede dejar ver dónde vivían... —dijo luego la mujer.

—Ahora mismo el inquilino no está en casa, pero aunque estuviera no creo que le pareciera bien.

—Claro, qué tontería.

—¿Hay algo en lo que tenga un particular interés?

—Oh, no. No. Qué amable ha sido. Le estoy entreteniendo.

La mujer se había levantado para irse. Salieron de la oficina, bajaron el par de escalones hasta la puerta principal. Entonces la puerta se abrió y los ruidos de la calle se tragaron los saludos de despedida de la mujer, si los hubo.

Aunque se hubiera llevado una desilusión, saldría adelante con entereza.

Jackson salió de su escondite cuando el propietario volvió a la oficina.

—Sorpresa. Hemos recuperado el dinero —fue todo lo que dijo el dueño.

Era un hombre en esencia indolente, cuando menos respecto a los asuntos personales. Un rasgo que Jackson apreciaba de él.

Desde luego le habría gustado verla. Ahora que se había ido, Jackson casi lamentaba haber desperdiciado la ocasión. Jamás caería en la bajeza de preguntarle al propietario si la mujer seguía teniendo el mismo pelo oscuro, casi negro, y aquella figura alta y esbelta, con muy poco pecho. No recordaba bien a la hija. Era rubia, pero seguramente teñida. No tendría más de veinte años, aunque hoy en día era difícil saberlo. Se veía que el novio la ataba muy corto. Huir de casa, huir de las facturas, romper el corazón de unos padres, todo por un tipejo como aquel.

¿Dónde estaba Kelowna? En algún sitio hacia el oeste. Alberta, la Columbia Británica. Un largo viaje para lanzarse en busca de una hija. Sin duda aquella madre era una mujer tenaz. Una optimista. Probablemente seguía siéndolo. Se había casado. A menos que fuera madre soltera, aunque Jackson no lo creía. Se habría asegurado, la próxima vez se habría cerciorado de no ser de las que acaban en tragedia. La hija tampoco sería de esas. Volvería a casa cuando se cansara. Quizá llevara un bebé a cuestas, pero eso ahora estaba a la orden del día.

Poco antes de Navidad, en el año 1940, hubo un alboroto en el instituto. El jaleo llegó al tercer piso, donde el clamor de las máquinas de escribir y las calculadoras solía mantener a raya los ruidos de abajo. Allí arriba estaban las chicas más mayores de la escuela, las que el año anterior habían estudiado latín y biología e historia europea, y que ahora aprendían mecanografía.

Una de ellas se llamaba Ileana Bishop, que curiosamente era hija de un reverendo, aunque en la iglesia unida de su padre no hubiera obispos. Ileana había llegado al pueblo con su familia al comienzo del bachillerato, y durante cinco años, por la costumbre de distribuir los asientos siguiendo el orden alfabético, se sentó detrás de Jackson Adams. A esas alturas el resto de la clase había aceptado la extraordinaria timidez y el silencio de Jackson, pero, por ser nuevos para Ileana, en aquellos cinco años consiguió irlos venciendo poco a poco. Pedía que le prestara gomas, plumillas e instrumentos de geometría, no tanto para romper el hielo como porque era atolondrada por naturaleza. Intercambiaban las respuestas de los problemas y se puntuaban las pruebas. Cuando se encontraban por la calle se saludaban, y a ella le parecía que el saludo de Jackson era más que un murmullo, e incluso advertía cierto énfasis. No iban mucho más allá, salvo porque compartían ciertas bromas. Ileana no era tímida, pero sí inteligente y distante, y no especialmente popular, y eso debía de encajar bien con el temperamento de Jackson.

Desde lo alto de la escalera, cuando todo el mundo salió a ver qué pasaba, Ileana se sorprendió al ver que Jackson era uno de los dos chicos que armaban el jaleo. El otro era Billy Watts. Chicos que apenas el año anterior se encorvaban sobre los libros e iban obedientemente de una clase a la otra con andar cansino, de pronto parecían transformados. Con los uniformes del ejército se los veía el doble de corpulentos, y hacían mucho barullo al trotar de un lado a otro con las botas militares. Iban anunciando a gritos que aquel día se suspendían las clases, porque todo el mundo debía participar en la guerra. Repartían cigarrillos a diestro y siniestro, tirándolos al suelo, de donde los recogían críos que todavía ni se afeitaban.

Guerreros despreocupados, invasores bullangueros. Borrachos hasta las cejas.

—No soy ningún tacaño —repetían a gritos.

El director trataba de echarlos, pero como eran los primeros tiempos de la guerra y aún se miraba con cierto respeto reverencial a los muchachos que se habían alistado, no fue capaz de mostrarse tan tajante como lo habría hecho un año más tarde.

—Vamos, vamos —decía.

—No soy ningún tacaño —le dijo Billy Watts.

Jackson probablemente había abierto la boca para decir lo mismo, pero en ese

momento sus ojos se encontraron con los de Ileana Bishop y al mirarse hubo cierto intercambio de información.

Ileana Bishop se dio cuenta de que Jackson estaba borracho de verdad, pero solo hasta el punto de poder hacerse el borracho y ser capaz de controlar la embriaguez que exteriorizaba. (Billy Watts estaba borracho como una cuba, sin más). Al percatarse de la situación, Ileana bajó las escaleras sonriendo y aceptó un cigarrillo, que sostuvo apagado entre los dedos. Luego salió de la escuela flanqueada por los dos héroes, con uno de cada brazo.

Una vez fuera encendieron los cigarrillos.

Más tarde hubo opiniones encontradas en la congregación del padre de Ileana. Algunos decían que Ileana en realidad no había fumado, solo lo había fingido para calmar a los chicos, mientras que otros decían que desde luego que sí. Que había fumado. La hija de su pastor. Fumando.

Billy rodeó a Ileana con los brazos e intentó besarla, pero tropezó y, al caer y quedar sentado en la escalinata de la escuela, se puso a cacarear como un gallo.

Dos años después estaría muerto.

Entretanto había que llevarlo a casa a rastras, así que Jackson lo levantó y se lo echó a la espalda. Por suerte no vivía lejos de la escuela. Allí lo dejaron, inconsciente, en las escaleras. Luego se pusieron a hablar.

Jackson no quería irse a casa. ¿Por qué no? Porque estaba su madrastra, dijo. Odiaba a su madrastra. ¿Por qué? Por nada.

Ileana sabía que su madre había muerto en un accidente de coche cuando era muy pequeño; a veces era la excusa que se daba para explicar su timidez. Ileana creyó que seguramente el alcohol lo hacía exagerar, pero no intentó tirarle de la lengua.

«Vale —dijo—. Entonces puedes quedarte en mi casa».

Daba la casualidad de que la madre de Ileana estaba fuera, cuidando de una abuela enferma. Mientras tanto Ileana se ocupaba de las tareas domésticas y atendía sin orden ni concierto a su padre y sus dos hermanos menores. Fue una pena, en opinión de algunos. No es que su madre hubiera puesto el grito en el cielo, pero habría querido conocer los pormenores, ¿quién era este muchacho? Por lo menos habría hecho que Ileana fuera a la escuela como de costumbre.

Un soldado y una chica, en tratos tan íntimos de repente. Y sin que hasta el momento hubiera habido más que logaritmos y declinaciones entre ellos.

El padre de Ileana no les hizo mucho caso. La guerra le interesaba más de lo que algunos de sus feligreses creían conveniente para un pastor, así que era un motivo de orgullo tener a un soldado en casa. Además se apenaba de no poder mandar a su hija a la universidad. Ahorraba para poder mandar algún día a sus hijos, que tendrían que ganarse el sustento. Por eso era más indulgente con Ileana.

Jackson e Ileana no iban al cine. No iban al salón de baile. Iban a pasear, hiciera el tiempo que hiciera, y a menudo después del anochecer. A veces iban al restaurante a tomar café, pero no se esforzaban por ser amables con nadie. ¿Qué les pasaba?, ¿se estaban enamorando? Al caminar a veces se rozaban las manos, y Jackson se obligó a acostumbrarse. Y cuando Ileana pasó de lo accidental a lo deliberado, Jackson se dio cuenta de que también podía acostumbrarse a eso, si superaba una ligera aprensión.

Se fue tranquilizando, e incluso estaba preparado para que se besaran.

Ileana fue sola a casa de Jackson a buscar su macuto. La madrastra le mostró su brillante dentadura postiza y quiso aparentar que estaba dispuesta a divertirse un poco. Preguntó qué tramaban.

—Más te vale andarte con ojo —dijo.

Tenía fama de escandalosa. De malhablada, más bien.

—Pregúntale si se acuerda de que en otros tiempos era yo quien le lavaba el culo —dijo.

Ileane, al contárselo, le dijo que ella en cambio había sido especialmente fina, incluso pretenciosa, porque no soportaba a la mujer.

Sin embargo Jackson se sonrojó, acorralado y muerto de vergüenza, igual que cuando le hacían una pregunta en la escuela.

—No debería haberla mencionado —dijo Ileane—. Viviendo en la casa parroquial, te acostumbras a caricaturizar a la gente.

Jackson dijo que no pasaba nada.

Aunque entonces no lo supieran, fue el último permiso de Jackson. Luego se escribieron. Ileane le contó que había acabado mecanografía y taquigrafía y que había encontrado trabajo en el registro municipal. Era decididamente irónica con todo, más que cuando estudiaban. A lo mejor pensaba que estando en la guerra le iría bien un poco de humor. Y se empeñaba en mantenerse al tanto de todos los rumores. Cuando había que arreglar matrimonios apresurados a través del registro municipal, aludía a la novia virgen.

Y cuando mencionaba a algún cura que visitaba la casa parroquial y dormía en el cuarto de invitados, se preguntaba si el colchón induciría sueños raros.

Jackson le escribió acerca de las multitudes hacinadas en el *Île de France* y los rodeos para esquivar a los submarinos alemanes. Cuando llegó a Inglaterra se compró una bicicleta y le hablaba de los lugares a los que iba pedaleando, si no estaban fuera de los límites.

Sus cartas, a pesar de ser más prosaicas que las de Ileane, siempre iban firmadas «Con amor». Cuando llegó el día D hubo un silencio que a ella le pareció agónico, aunque entendía perfectamente que fuera inevitable, hasta que Jackson pudo volver a escribirle diciéndole que todo estaba en orden, aunque no le permitían dar detalles.

En esa carta habló, igual que lo había hecho ella, de matrimonio.

Y por fin llegó el día de la victoria de los aliados en Europa y el viaje de vuelta a casa.

Jackson le describió el cielo estival, lleno de estrellas fugaces.

Ileane había aprendido a coser. Se estaba haciendo un vestido de verano nuevo para celebrar su regreso, un vestido de rayón verde lima con falda de vuelo y manga ranglan, que se ceñiría con un cinturón fino de cuero sintético dorado. Pensaba ponerse una cinta de la misma tela verde en la pabela.

«Toda esta descripción es para que me reconozcas y no vayas corriendo al encuentro de alguna otra mujer bonita que ande por la estación».

Jackson le mandó una carta desde Halifax, diciéndole que llegaría en el tren de la noche, el sábado siguiente. Dijo que la recordaba a la perfección y no había riesgo de que la confundiera, aunque aquella noche hubiera todo un enjambre de mujeres en la estación.

La última noche antes de que Jackson partiera al frente, se habían quedado hasta tarde en la cocina de la casa parroquial, donde colgaba el retrato del rey Jorge VI que aquel año se veía en todas partes. Al pie, había una cita.

Y al hombre que custodiaba las puertas del año le dije: «Dame una luz con la que adentrarme sin peligro en lo desconocido».

Y él contestó: «Adéntrate en las tinieblas y pon tu mano en la mano de Dios. Así irás mejor que con cualquier luz y caminarás más tranquilo que por cualquier camino conocido».

Luego subieron en silencio y Jackson se fue a la cama del cuarto de invitados. Debieron de acordar que ella acudiría después, pero quizá él no había entendido muy bien para qué.

Fue un desastre. Pero, a juzgar por cómo se comportó Ileane, puede que ni siquiera se diera cuenta. Cuanto más desastroso era, más frenesí le ponía ella. Jackson no vio el modo de detenerla, ni de explicárselo. ¿Era posible que una chica supiera tan poco? Al final se separaron como si todo hubiera ido bien. Y a la mañana siguiente se despidieron en presencia del padre y los hermanos. Al cabo de poco empezaron las cartas.

Jackson se emborrachó y lo intentó una vez más, en Southampton, pero la mujer no se anduvo con rodeos. «Ya basta, nene, lo tuyo no tiene arreglo».

Una cosa que no le gustaba era que las mujeres o las chicas se emperifollaran. Guantes, sombreros, frufú de faldas, le parecían exigencias y molestias innecesarias, pero ¿cómo iba a saberlo Ileana? Verde lima. Jackson no estaba seguro de conocer el color. Sonaba ácido.

Entonces se le ocurrió, sin proponérselo, que bastaba con no aparecer.

Ileana quizá se dijera que debía de haber confundido la fecha, o puede que se lo dijera a alguien. Jackson se convenció de que se le ocurriría alguna mentira. Era una chica con recursos, después de todo.

En cuanto la oye salir a la calle, a Jackson lo acomete el deseo de verla. Sería incapaz de preguntarle al propietario qué aspecto tenía la mujer, si su pelo era oscuro o canoso, si aún era delgada o había echado carnes. Le parecía un prodigio que su voz, a pesar de la aflicción del momento, siguiera idéntica. Atrayendo todo el peso hacia sí misma, a sus modulaciones musicales, a la vez que se deshacía en excusas.

Había venido de muy lejos, pero era una mujer tenaz. Se notaba.

Y la hija volvería. Demasiado consentida para desligarse. Cualquier hija de Ileana estaría consentida, amoldaría el mundo y la verdad a su antojo, como si nada pudiera frustrarla demasiado tiempo.

Si hubiera visto a Jackson, ¿lo habría reconocido? Creía que sí. A pesar de los cambios. Y lo habría perdonado, allí mismo. Para mantener viva la idea que tenía de sí misma, siempre.

Al día siguiente no quedaba ni rastro del alivio que Jackson sintió al pensar que Ileana había pasado de largo por su vida. Ahora que conocía el lugar, podría volver. Quizá se instalara un tiempo en la ciudad y se dedicara a recorrer las calles en busca de un rastro reciente. Indagando sobre tal o cual persona, con una humildad que en realidad no era humildad, con aquella voz suplicante pero también antojadiza. Se la podía encontrar de frente cualquier día al ir a abrir la puerta. Sorprendida solo un momento, como si lo esperara desde siempre. Barajando ante él las posibilidades de la vida, convencida de poder hacerlo.

La cuestión se podía zanjar, solo hacía falta un poco de determinación. De pequeño, con seis o siete años, zanjó las bromas de su madrastra, lo que ella llamaba bromas o travesuras. Salió corriendo a la calle en medio de la oscuridad y, aunque su madrastra consiguió hacerlo entrar de nuevo, se dio cuenta de que se escaparía de verdad si no paraba de una vez, de manera que paró. Y se quejaba de que fuera tan soso, porque ya no podría decir que alguien la odiaba.

Jackson pasó tres noches más en el edificio llamado Bonnie Dundee. Preparó una cuenta para el dueño de cada vivienda y anotó cuándo vencían los gastos de mantenimiento, y en qué consistirían. Comentó que debía ausentarse un tiempo, sin indicar por qué ni adónde. Vacío la cuenta corriente del banco y reunió sus pocas pertenencias. Por la tarde, a última hora, subió al tren.

Durmió a ratos durante la noche, y en uno de esos retazos vio a los chiquillos menonitas pasar en su carreta. Oyó sus vocecitas cantando.

A la mañana siguiente se bajó en Kapuskasing. Le llegó el olor de los aserraderos, y el aire frío le dio ánimos. Trabajo habría, seguro que habría trabajo en un pueblo maderero.

El ojo

Cuando tenía cinco años, mis padres de repente tuvieron un hijo varón, que según mi madre era lo que yo siempre había querido. De dónde sacó esa idea, no lo sé. Se empeñaba en adornarla con detalles, todos ficticios pero difíciles de rebatir.

Un año más tarde apareció una hijita, y se volvió a armar un alboroto, aunque más contenido que el anterior.

Hasta que nació el primer bebé, yo nunca había tenido conciencia de sentir algo distinto de lo que mi madre decía que sentía. Y hasta ese momento mi madre había colmado la casa entera, con sus pasos, su voz, su olor pulverulento y aun así amenazador invadiendo todas las habitaciones, incluso cuando ella no estaba.

¿Por qué amenazador? No me inspiraba miedo. No era que mi madre me impusiera realmente lo que tenía que sentir. Era una autoridad sin necesidad de cuestionar nada. No solo con el hermanito, sino también en el caso de los cereales Red River, que eran sanos y debían gustarme. O en cómo interpretar la imagen que colgaba al pie de mi cama, donde se veía a un sufrido Jesús dejando que los niños se acercaran a él. Ser sufrido significaba algo distinto en aquellos tiempos, pero no era en eso en lo que nos concentrábamos. Mi madre señalaba a la chiquilla medio escondida en un rincón porque quería acercarse a Jesús pero le podía la timidez. Esa era yo, decía mi madre, y me convencí de que sí, a pesar de que no lo habría imaginado si no me lo hubiera dicho y de que en el fondo no quería serlo.

Algo que me ponía triste de verdad era imaginar a la gigantesca Alicia en el País de las Maravillas atrapada en la madriguera, pero me reía, porque veía a mi madre de lo más contenta.

Sin embargo, con la llegada de mi hermano y el sinfín de triquiñuelas con las que quiso convencerme de que era una especie de regalo para mí, empecé a aceptar hasta qué punto las ideas que mi madre se hacía de mí podían distar de las mías.

Supongo que todo me estaba preparando para cuando Sadie empezó a trabajar en nuestra casa. Mi madre se había replegado en el territorio al que la acotaban los bebés. Al no tenerla tan encima pude detenerme a pensar lo que era verdad y lo que no. Aunque desde luego me cuidé mucho de hablarlo con nadie.

Curiosamente, aunque en mi casa no se le diera mucha importancia al asunto, Sadie era toda una celebridad. En el pueblo había una emisora de radio donde Sadie tocaba la guitarra y cantaba la cortina musical, que ella misma había compuesto.

«Hola, hola, hola a todos...».

Y que media hora después era un «Adiós, adiós, adiós a todos». Entre medias cantaba peticiones de los oyentes y temas que elegía ella. La gente más sofisticada del pueblo tendía a bromear sobre sus canciones y sobre la emisora que, según se decía, era la más pequeña de Canadá. Esa gente escuchaba una radio de Toronto en la que ponían canciones populares de la época —«Three little fishes and a momma fishy too...»— y retransmitían las terribles noticias de la guerra en la voz atronadora de Jim Hunter. Los granjeros, en cambio, preferían la emisora local y canciones como las que cantaba Sadie. Tenía una voz fuerte y triste y cantaba acerca de la soledad y el dolor.

Leanin' on the old top rail,

in a big corral.

Lookin' down the twilight trail

For my long lost pal...

Hacia unos ciento cincuenta años que los colonos habían deforestado las tierras y levantado la mayoría de las granjas de nuestra región, así que era raro que desde una granja no hubiera otra a la vista, apenas a unos campos de distancia. Y sin embargo a los granjeros les gustaban las canciones que hablaban de vaqueros solitarios, del reclamo y la decepción de lugares lejanos, los amargos crímenes que empujaban a los criminales a morir con el nombre de sus madres, o el de Dios, en los labios.

A pesar de que Sadie cantara con hondura y a pleno pulmón sobre esas cosas, en mi casa trabajaba rebosante de energía y confianza, hablando de buena gana, sobre todo de sí misma. Normalmente no había nadie con quien hablar más que yo. Las tareas de Sadie y las de mi madre las mantenían casi siempre apartadas, y en cierto modo tampoco creo que hubieran disfrutado mucho hablando juntas. Ya he mencionado que mi madre era una mujer seria, que antes de darme lecciones a mí daba clases en un colegio. Quizá le habría gustado poder ayudar a Sadie, enseñarla a pulir el habla, pero Sadie no daba muestras de querer ayuda de nadie ni de hablar de un modo distinto al que había hablado siempre.

Después del almuerzo, que era la comida de mediodía, Sadie y yo nos quedábamos solas en la cocina. Mi madre se echaba un rato, y con suerte los bebés también dormían una siesta. Al levantarse se cambiaba de vestido, como si esperara una tarde apacible, aunque desde luego habría más pañales que cambiar y también aquella escena de mal gusto que yo procuraba no ver, cuando el más pequeño mamaba de un pecho.

Mi padre también dormía la siesta, apenas quince minutos en el porche tapándose la cara con el *Saturday Evening Post*, antes de volver al granero.

Sadie calentaba agua en la cocina y yo la ayudaba a lavar los platos, con las cortinas echadas para mantener el fresco. Cuando acabábamos fregaba el suelo, y yo lo secaba con un método que me había inventado: patinar dando vueltas y más vueltas sobre unos trapos viejos. Luego descolgábamos las pegajosas tiras amarillas de atrapar moscas que se ponían después del desayuno y ya estaban llenas de moscas negras muertas o que zumbaban agonizantes, y colgábamos tiras nuevas que para la hora de la cena volverían a llenarse de nuevos cadáveres. Y entretanto Sadie me hablaba de su vida.

Entonces no me resultaba fácil juzgar la edad de la gente. Para mí había niños o adultos, y a ella la consideraba una adulta. Puede que tuviera dieciséis años, puede que dieciocho o veinte. Fuera cual fuera su edad, más de una vez me aseguró que no tenía ninguna prisa por casarse.

Todos los fines de semana iba a bailar, pero iba sola. Sola y a lo suyo, decía.

Me hablaba de las salas de baile. Había una en el pueblo, en la calle principal, donde en invierno ponían la pista de curling. Pagabas diez centavos por baile y entonces subías a bailar a una plataforma donde la gente se ponía en corro a mirar embobada, aunque eso a ella la traía sin cuidado. Sadie prefería pagarse sus diez centavos, no deber nada a nadie, pero a veces algún tipo se adelantaba. Le preguntaba si quería bailar y ella lo primero que le preguntaba sin rodeos era, ¿sabes? ¿Sabes bailar? Él la miraría extrañado y contestaría, sí, como diciendo, ¿a qué crees que he venido, si no? Y normalmente por bailar entendía ir arrastrando los pies por la pista mientras la agarraba con unas manos sudorosas como dos enormes pedazos de carne. A veces ella se soltaba sin más y lo dejaba plantado en la pista para seguir bailando sola, que era lo que le gustaba. Acababa el baile que se había pagado y si el cobrador quería hacerla pagar por dos, cuando ella era solo una, le paraba los pies. Que se rieran todos de que bailara sola, si querían.

La otra sala de baile estaba a las afueras del pueblo, en la carretera. Allí se pagaba en la puerta, y no por un baile, sino por la noche entera. El sitio se llamaba Royal-T. Allí Sadie también se pagaba la entrada. Solía haber mejores bailarines, pero siempre procuraba hacerse una idea de cómo se las apañaban antes de dejar que la llevaran a la pista. Normalmente eran chicos del pueblo, mientras que en el otro sitio eran del campo. Los chicos del pueblo movían mejor los pies, aunque no siempre eran los pies lo que tenías que vigilarles, sino dónde te plantaban las manos. A veces tenía que leerles la cartilla y decirles lo que les haría si no paraban inmediatamente. Les dejaba claro que ella iba allí a bailar y que para eso había pagado su entrada. Además, sabía

dónde darles un buen pellizco. Con eso los enderezaba. A veces eran buenos bailarines y se divertía. Cuando tocaban el último baile, Sadie daba media vuelta y se iba a casa.

Ella no era como otras, decía. Ella no iba a dejarse atrapar.

Atrapar. Cuando decía eso, yo veía caer una gran red de alambre con las que unas criaturas malvadas te envolvían hasta asfixiarte para que no pudieras salir nunca. Sadie debió de verme la cara de susto, porque dijo que no había que tener miedo.

«No hay nada en este mundo que deba darte miedo, solo hay que saber cuidarse».

—Sadie y tú habláis mucho —dijo mi madre.

Supe que se avecinaba algo y que debía ir con cautela, aunque no sabía de qué se trataba.

—Te cae bien, ¿verdad?

Dije que sí.

—Claro, cómo no. A mí también me cae bien.

Confíe en que la cosa no fuera más allá, y por un momento pensé que se quedaba ahí. Entonces siguió hablando.

—Ahora, con los críos, no tenemos mucho tiempo para nosotras. No nos dejan parar demasiado, ¿eh? Pero los queremos igual, ¿a que sí?

Rápidamente contesté que sí.

—¿De verdad? —dijo ella.

No iba a parar hasta que dijera que de verdad, así que lo dije.

Mi madre vivía con una gran desazón. ¿Echaba en falta tener amigas distinguidas? ¿Mujeres que jugaran al *bridge*, casadas con hombres que fueran a trabajar en traje y chaleco? No exactamente, aunque eso estaba descartado de todos modos. ¿Quería que yo volviera a ser como antes, que no me importara quedarme quieta mientras me hacía los tirabuzones, y recitara de memoria los textos de catequesis? Mi madre ya no tenía tiempo para esas cosas. Y dentro de mí empezaba a germinar una semilla traicionera, sin que ella supiera por qué, ni yo tampoco. En catequesis no había hecho amistad con nadie del pueblo; en cambio, adoraba a Sadie. Oí que mi madre se lo comentaba a mi padre. «Adora a Sadie».

Mi padre dijo que Sadie era una bendición del cielo. ¿A qué se refería? Sonaba jovial. A lo mejor significaba que no pensaba ponerse de parte de nadie.

«Ojalá tuviéramos aceras como es debido —dijo mi madre—. Si tuviéramos aceras como es debido, la niña podría aprender a patinar sobre ruedas y hacer amigas».

Por más que deseara unos patines de ruedas, en ese momento supe, sin preguntarme por qué, que jamás iba a reconocerlo.

Mi madre dijo algo de que mejoraría cuando empezara el colegio. Que a mí me iría mejor, o que algo con Sadie iría mejor. No quise oírlo.

Sadie me estaba enseñando algunas de sus canciones, y yo sabía que no era muy buena cantando. Esperé que no fuera eso lo que tuviera que mejorar, o de lo contrario acabarse. Por nada del mundo quería que se acabara.

Mi padre no tenía mucho que decir. Era mi madre la que se ocupaba de mí, salvo cuando más adelante me volví respondona de verdad y había que castigarme. Mi padre estaba esperando a que mi hermano creciera y hacérselo suyo. Un chico no sería tan complicado.

Y en efecto mi hermano no dio problemas. Al hacerse mayor fue un chico excelente.

La escuela ya ha empezado. Empezó hace unas semanas, antes de que las hojas se pusieran rojas y amarillas. Ahora ya casi todas se han caído. No llevo el abrigo de la escuela sino el bueno, el que tiene puños y cuello de terciopelo oscuro. Mi madre se ha puesto el abrigo que lleva a la iglesia y un turbante que le cubre casi todo el pelo.

Vamos a algún sitio. Mi madre conduce el coche. No lo hace a menudo y siempre tiene un porte majestuoso, aunque conduce con menos seguridad que mi padre. Al tomar

cualquier curva toca el claxon.

«Bueno, ya estamos», dice, a pesar de que tarda un rato en aparcar el coche. Noto que su voz trata de ser alentadora. Me toca la mano para ofrecerme la oportunidad de dársela, pero hago ver que no me doy cuenta y la aparta.

En la casa no hay entrada para los coches, ni siquiera una acera. Se ve decente, pero bastante anodina. Mi madre ha levantado una mano enguantada para llamar, pero resulta que no es necesario. Nos abren la puerta. Mi madre ha empezado a decirme unas palabras de ánimo, algo así como «Será más rápido de lo que crees», que no alcanza a terminar. Me ha parecido detectar en su voz un dejo de severidad, aunque levemente reconfortante. Cuando la puerta se abre las palabras se apagan un poco, atenuadas como si hubiera agachado la cabeza.

De la casa salen varias personas, no es que hayan abierto la puerta por nosotras. Al marcharse, una de las mujeres se vuelve y habla por encima del hombro, sin asomo de amabilidad.

«Es esa para la que trabajaba, y la chiquilla».

Entonces una mujer bastante arreglada se acerca a hablar con mi madre y la ayuda a quitarse el abrigo. Hecho esto, mi madre me quita el mío y le dice a la mujer que yo le tenía especial cariño a Sadie. Espera que no sea una molestia haberme traído.

«Ay, la pobrecita —dice la mujer, y mi madre me da un pequeño empujón para que salude—. Sadie adoraba a los niños —dijo la mujer—. Le encantaban».

Advierto que hay otros dos niños en la casa. Chicos. Los conozco de la escuela, uno va a primero conmigo y el otro es más mayor. Se asoman de lo que probablemente sea la cocina. El más pequeño se ha metido una galleta entera en la boca y pone una cara muy cómica, mientras que el otro, el mayor, hace una mueca de asco. No al que engulle la galleta, sino a mí. Me odian, evidentemente. Los chicos o te ignoraban cuando te los encontrabas en algún sitio que no era la escuela (allí te ignoraban igual), o ponían caras de esas y te soltaban insultos horribles. Cuando no tenía más remedio que acercarme a uno de ellos, me quedaba tiesa como un palo sin saber qué hacer. Si había adultos cerca era distinto, claro está. Aquellos chicos no dijeron nada, pero seguí allí plantada y compungida hasta que alguien tiró de ellos y los metió en la cocina. Entonces reparé en la voz de mi madre, especialmente dulce y compasiva, más refinada incluso que la voz de la mujer con la que hablaba, y pensé que tal vez la mueca era por ella. A veces, cuando iba a buscarme a la escuela, los otros niños imitaban los gritos con que me llamaba.

La mujer con la que hablaba y que parecía estar al mando nos condujo hasta el salón. Sentados en un sofá, había un señor y una señora con cara de no entender muy bien dónde estaban. Mi madre se inclinó y les habló con profundo respeto.

«Ella quería mucho a Sadie», oí que les comentaba, señalándome. Supe que me correspondía decir algo, pero antes de tener la oportunidad de hacerlo la mujer del sofá dejó escapar un gemido. No nos miraba a ninguna de las dos y gimió con tanto desgarró que parecía que un animal estuviera mordiéndola a dentelladas o royéndole las carnes. Dio unos manotazos al aire como para desembarazarse de lo que la atormentaba, pero fuera lo que fuera no se marchó. La señora miraba a mi madre como rogándole que hiciera algo.

El señor a su lado le dijo que se calmara.

—Ha sido un duro golpe para ella —dijo la mujer que nos guiaba—. No sabe lo que hace. —Se agachó un poco más y dijo—: Vamos, vamos. A ver si asusta a la chiquilla.

—Asusta a la chiquilla —repitió el hombre obedientemente.

En cuanto lo dijo, la mujer dejó de gemir y se palpó los brazos arañados sin comprender qué les había pasado.

—Pobre mujer —dijo mi madre.

—Y además era hija única —dijo la que nos guiaba, curtida en esas lides, antes de

dirigirse a mí y añadir—: No te preocupes.

Estaba preocupada, pero no por los aullidos.

Sabía que Sadie estaba en alguna parte y no quería verla. Aunque mi madre no me había dicho que tendría que verla, tampoco me había dicho que no.

Sadie había muerto una noche al volver a casa andando desde la sala de baile Royal-T. Un coche la había atropellado justo en el pequeño tramo de grava que unía el aparcamiento del local con el principio de la acera del pueblo. Seguramente quiso cruzar deprisa, como hacía siempre, convencida de que los coches la verían o de que tenía el mismo derecho a pasar primero, y puede que el coche pegara un volantazo, o que ella no estuviera exactamente donde creía estar. La embistieron por detrás. El coche que la atropelló se había apartado para dejar pasar a otro, que quería girar por la primera calle que llevara al pueblo. Había corrido la bebida en el baile, aunque allí no sirvieran alcohol. Y al acabar siempre había bocinazos y gritos y salidas encabritadas. Sadie, correteando en la oscuridad sin una linterna siquiera, seguramente se comportaba como si todo el mundo tuviera que apartarse de su camino.

«Mira que una chica sin novio yendo a los bailes a pie...», dijo la mujer, que seguía congraciándose con mi madre. Hablaba bastante bajo, y mi madre murmuró algo apesadumbrada.

Se lo estaba buscando, dijo la mujer en tono cómplice, aún más bajo.

En casa había oído comentarios que no alcancé a entender. Mi madre quería que se hiciera algo que quizá tuviera que ver con Sadie y el coche que la atropelló, pero mi padre le dijo que lo olvidara. No nos incumben las cosas del pueblo, dijo. Ni siquiera traté de averiguar de qué hablaban, porque intentaba no pensar en Sadie, menos aún en que estaba muerta. Cuando me di cuenta de que íbamos a la casa de Sadie deseé librarme de aquella obligación, pero no vi otra salida que comportarme como si me pareciera una afrenta.

Ahora, después de que la señora perdiera los estribos, me pareció que daríamos media vuelta y nos iríamos a casa. Así nunca tendría que reconocer la verdad: que me aterraba ver a un muerto.

Justo cuando empecé a tener esperanzas, oí que mi madre y la mujer con la que parecía conspirar hablaban de la peor de las posibilidades.

Ver a Sadie.

Sí, decía mi madre. Desde luego tenemos que ver a Sadie.

A Sadie muerta.

Hasta ese momento casi no me había atrevido a apartar la vista del suelo más que para mirar a aquellos chicos apenas más altos que yo y a la pareja de ancianos del sofá, pero de pronto mi madre me llevaba en otra dirección.

Aunque el ataúd había estado en la habitación en todo momento, yo no me había dado cuenta. Por falta de experiencia, no sabía el aspecto que tenían esas cosas. El objeto al que nos acercábamos podría haber sido una repisa para poner flores, o un piano cerrado.

Quizá la gente que había alrededor disimulaba el verdadero tamaño, la forma y el fin del objeto, pero de pronto esa misma gente nos abrió paso respetuosamente, y mi madre habló entonces con un hilo de voz.

«Vamos», me dijo. Su delicadeza me sonó odiosa, triunfal.

Se agachó para mirarme a la cara y tuve la certeza de que quería impedir que hiciera lo que se me acababa de ocurrir en ese momento: cerrar los ojos con todas mis fuerzas. Mi madre dejó de mirarme pero siguió agarrándome muy fuerte de la mano. Conseguí bajar los párpados en cuanto apartó la vista de mí, aunque sin cerrarlos del todo para no tropezarme o que alguien me empujara justo hacia donde no quería acercarme. Alcancé a ver borrosamente las flores rígidas y el brillo de la madera lustrada.

Entonces oí a mi madre sorbiéndose la nariz y sentí que me soltaba. Su bolso se abrió

con un chasquido. Al ir a coger algo, dejó de agarrarme la mano y quedé libre. Oí sus sollozos. Me había soltado para atender sus lágrimas y sus moqueos.

Miré directamente hacia el ataúd y vi a Sadie.

El accidente había dejado intactos el cuello y la cara, aunque no reparé en eso de inmediato. Al verla solo tuve la vaga impresión de que no era tan malo como había temido. Cerré los ojos enseguida, pero fui incapaz de no volver a mirar. Primero el pequeño cojín amarillo debajo de su cuello, colocado de manera que también le tapaba la garganta y la barbilla y la única mejilla que alcanzaba a verle. El truco consistía en mirarla fugazmente, volver a fijar la vista en el cojín, y luego mirar un poquito más algo que no diera miedo. Y al final era Sadie, toda ella, o al menos todo lo que se veía de ella desde el ángulo donde yo estaba.

Algo se movió. Lo vi, el párpado de mi lado se movió. No es que se abriera, ni que quedara entornado, ni nada de eso. Se levantó imperceptiblemente, como para que, si hubiera alguien dentro de ella, pudiera ver a través de las pestañas. Apenas lo justo para distinguir la claridad de la oscuridad de afuera.

No me sobresalté ni me asusté lo más mínimo. Esa imagen se fundió en ese mismo momento con todo lo que sabía de Sadie y también, en cierto modo, con la experiencia extraordinaria que se me ofrecía. Y no se me ocurrió llamar la atención de nadie ante lo que veía, porque no iba destinado a ellos: era exclusivamente para mí.

Mi madre me había vuelto a coger de la mano y dijo que nos marchábamos. Hubo un nuevo intercambio de saludos, pero en lo que me pareció un instante estábamos fuera. «Bien hecho —dijo mi madre. Me apretó la mano y añadió—: Bueno, ahora ya está». Tuvo que pararse a hablar con alguien más que iba hacia la casa, antes de que nos montáramos en el coche y emprendiéramos el regreso. Se me ocurrió que le habría gustado que rompiera el silencio, o incluso que le contara algo, pero no lo hice.

No experimenté nunca otra aparición de esa naturaleza, y de hecho Sadie se desvaneció de mi mente bastante rápido, entre otras cosas por el impacto de la escuela, donde de algún modo aprendí a desenvolverme con una curiosa mezcla de terror mortal y fanfarronería. De hecho la importancia de Sadie había empezado a desvanecerse aquella primera semana de septiembre, cuando dijo que tenía que quedarse en casa a cuidar de su padre y de su madre y que no podría seguir trabajando para nosotros.

Y luego mi madre se enteró de que estaba trabajando en la lechería.

Aun así, cuando pensaba en ella nunca me cuestionaba aquello que había visto y que creía destinado a mí. Mucho, mucho después, cuando ya había abandonado todo interés por lo sobrenatural, seguía teniendo la certeza de que había ocurrido. Lo creía con la misma naturalidad con la que crees, y de hecho recuerdas, que tuviste dientes de leche, que ahora no están pero existieron de verdad. Hasta el día que, ya en la adolescencia, supe con una vaga sensación de vacío en mis entrañas que había dejado de creerlo.

Vida querida

Vivía, de pequeña, al final de un camino largo, o que a mí me parecía largo. Al volver a casa de la escuela, y más tarde del instituto, dejaba atrás el pueblo de verdad, con su trajín y sus aceras y las farolas para cuando oscurecía. Marcaban el final del pueblo dos puentes sobre el río Maitland: uno estrecho de acero, donde a veces los coches no se ponían de acuerdo sobre quién debía ceder el paso, y una pasarela de madera en la que de vez en cuando faltaba un tablón, con lo que al fondo se veían las aguas brillantes, presurosas. A mí me gustaba mirarlas, pero con el tiempo siempre venía alguien a reponer el tablón.

A continuación había una pequeña hondonada, un par de casas destartadas que se inundaban cada primavera, aunque siempre había gente, gente distinta, que iba allí a vivir de todos modos. Y luego otro puente sobre el canal del aserradero, que no era muy ancho pero sí bastante profundo para ahogarse. Después el camino se bifurcaba: un ramal se iba hacia el sur, pasando una montaña antes de volver a atravesar el río y convertirse en una carretera; el otro bordeaba el recinto de la antigua feria para girar al oeste.

Ese camino hacia el oeste era el mío.

Había también un camino hacia el norte, con una acera corta pero acera al fin, donde se alineaban varias casas una al lado de la otra, como si estuvieran en el pueblo. En la ventana de una de ellas se conservaba un cartel de «Tés Salada», prueba de que alguna vez allí se habían vendido comestibles. Después había una escuela, a la que fui dos años de mi vida y que hubiera querido no ver nunca más. Al cabo de esos dos años, mi madre hizo que mi padre comprara un viejo cobertizo en el pueblo, para que pagáramos impuestos allí y yo pudiera ir a la escuela municipal. Al final no hubiera hecho falta, porque ese año, el mismo mes que empecé a ir a la escuela del pueblo, se declaró la guerra contra Alemania y las cosas se calmaron como por arte de magia en la otra escuela, la escuela donde los matones de la clase me quitaban el almuerzo y amenazaban con pegarme y donde nadie parecía aprender nada en medio del alboroto. Pronto solo hubo un aula y un maestro, que probablemente ni siquiera tuviera que cerrar las puertas con llave durante el recreo. Los mismos chicos que siempre me preguntaban retóricamente si quería follarse, aunque yo me asustaba de todos modos, por lo visto tenían tantas ganas de ponerse a trabajar como sus hermanos mayores de alistarse en el ejército.

No sé si para entonces los lavabos de aquella escuela habrían mejorado, porque eran lo peor de lo peor. No es que en mi casa no recurriéramos al retrete del patio, pero estaba limpio, y hasta tenía un suelo de linóleo. En aquella escuela, por desacato o por lo que fuera, nadie parecía molestarse en apuntar al agujero. Aunque en muchos sentidos tampoco lo tuve fácil en el pueblo, porque todos los niños de mi clase iban juntos desde primero, y además había muchas cosas que yo aún no había aprendido, fue un consuelo ver los asientos del inodoro limpios y oír el noble sonido urbano de las cisternas.

En la escuela primaria no hice un solo amigo. Una niña a la que llamaré Diane llegó a mediados de mi segundo año allí. Era más o menos de mi edad, y vivía en una de las casas con acera. Un día me preguntó si sabía hacer el baile de las Tierras Altas y, cuando le dije que no, se ofreció a enseñármelo. Con esa idea fuimos a su casa al salir de la escuela. La niña se había venido a vivir con sus abuelos porque su madre había muerto. Me explicó que para bailar aquella danza tradicional escocesa se necesitaban zapatos que hicieran ruido, como los que ella tenía y por supuesto yo no, pero calzábamos casi el mismo número y nos los pudimos intercambiar mientras trataba de enseñarme. En un momento dado nos entró sed y su abuela nos dio de beber, pero era agua de un pozo cavado a mano con un gusto horrible, como la de la escuela. Les hablé del agua tan buena que había en mi casa, porque teníamos un pozo artesiano, y

la abuela, sin ofenderse lo más mínimo, dijo que ya quisieran ellos uno igual.

Pero luego enseguida llegó mi madre, después de haber ido a la escuela y averiguar mi paradero. Desde fuera tocó el claxon del coche para llamarme y ni siquiera respondió al amable saludo de la abuela. Mi madre no conducía a menudo, y cuando lo hacía la ocasión cobraba una tensa solemnidad. Mientras volvíamos en el coche me dijo que no pisara aquella casa nunca más. (No me fue difícil, porque Diane dejó de aparecer por la escuela al cabo de unos días; la mandaron a vivir lejos, no sé adónde). Le dije a mi madre que la madre de Diane había muerto y dijo que sí, que lo sabía. Le hablé de la danza de las Tierras Altas, y dijo que algún día podría aprender a bailarla como es debido, pero no en aquella casa.

Entonces no supe, y no sé cuándo me enteré, que la madre de Diane había sido prostituta y había muerto de una enfermedad que por lo visto cogían las prostitutas. Había pedido que la enterraran en su pueblo natal, y el pastor de nuestra iglesia había oficiado el funeral. Hubo controversia sobre el texto que eligió. Algunos dijeron que habría podido ahorrárselo, pero mi madre creía que había hecho lo propio.

El precio del pecado es la muerte.

Mi madre me lo contó mucho después, o por lo menos a mí me parecía que hubiera pasado mucho tiempo, en aquella época en que detestaba muchas de las cosas que me decía, sobre todo cuando hablaba con aquella voz convencida y trémula, casi exaltada.

Seguí encontrándome a la abuela de vez en cuando. Siempre que me veía esbozaba una sonrisa. Decía que era estupendo que siguiera estudiando y me daba noticias de Diane, que también fue a la escuela un tiempo considerable en el sitio donde vivía, aunque no tanto como yo. Por su abuela supe luego que se había puesto a trabajar en un restaurante de Toronto, donde llevaba un traje de lentejuelas. Entonces yo ya tenía edad y malicia suficientes para suponer que seguramente era uno de esos sitios donde también había que quitárselo.

La abuela de Diane no era la única que creía que mis años de estudiante duraban ya más de la cuenta. En mi calle había varias casas un poco más alejadas una de otra de lo que habrían estado en el pueblo, aunque no tuvieran mucho terreno en propiedad alrededor. Una de ellas, en lo alto de una loma, era la casa de Waitey Streets, un veterano manco de la Primera Guerra Mundial. Cuidaba unas cuantas ovejas y estaba casado con una mujer a la que vi una sola vez en todos aquellos años, mientras la señora llenaba el balde junto a la bomba del agua. Waitey solía bromear conmigo diciéndome que había que ver el tiempo que llevaba en la escuela y que era una pena que no aprobara los exámenes de una vez. Y yo le seguía la broma, fingiendo que era cierto, aunque no estaba segura de si él lo creía de veras. Esa era la clase de trato que mantenía la gente en mi calle. Saludabas, y ellos te devolvían el saludo y comentaban algo del tiempo, o se ofrecían llevarte en coche si ibas a pie. No era como vivir en el campo de verdad, donde normalmente la gente visitaba las casas de los demás y todo el mundo se ganaba la vida más o menos igual.

No me estaba llevando más tiempo terminar los estudios que a cualquiera que pasara por los cinco cursos del bachillerato, pero pocos alumnos lo hacían. Nadie esperaba en aquellos tiempos que todos los que empezaban el instituto salieran, atiborrados de sabiduría y con la gramática al dedillo, al final del último año. La gente conseguía trabajos de media jornada que poco a poco acababan en jornada completa. Las chicas se casaban y tenían hijos, en uno u otro orden. En el último curso, cuando apenas quedábamos una cuarta parte de la clase original, se respiraba un ambiente estudioso, concienzudo, o quizá simplemente persistiera una especie de serena impracticabilidad, sin que importara lo que deparaba el futuro.

Me sentía a años luz de la mayoría de la gente a la que había conocido el primer año del bachillerato, por no hablar de los compañeros de la escuela primaria.

En un rincón de nuestro comedor había algo que siempre me sorprendía un poco cuando sacaba la Electrolux para aspirar el suelo. Sabía lo que era: una flamante bolsa de golf, con los correspondientes palos y pelotas de dentro. Tan solo me preguntaba qué pintaba en nuestra casa. Apenas sabía nada de ese juego, pero me había hecho una idea de la clase de gente que lo practicaba. No era gente que se vistiera con petos de trabajo como los que llevaba mi padre, aunque tenía unos pantalones mejores para cuando iba al pueblo. Hasta cierto punto podía imaginar a mi madre con la ropa de tipo deportivo que se usaba para jugar al golf, cubriéndose con un pañuelo su melena espléndida, ondeante, pero no la veía intentando realmente meter una bola en un agujero. La frivolidad de un acto así le hubiera parecido inconcebible.

En una época debió de pensar otra cosa. Debió de pensar que mi padre y ella se transformarían en una clase de gente distinta, gente que gozaba de un grado de ocio. Golf. Salir a cenar. Quizá se convenció de que ciertas limitaciones no existían. Se las había arreglado para salir de una granja en el páramo del escudo canadiense, mucho más desastrosa que la granja donde se había criado mi padre, y convertirse en una maestra de escuela que hablaba de un modo que incomodaba a sus propios parientes. Tal vez pensó que después de tantos padecimientos sería bien recibida en cualquier sitio.

Mi padre tenía ideas distintas. No es que pensara que la gente del pueblo o cualquier otra fuese mejor, pero creía que quizá esa gente sí lo pensaba, y prefería no darles ocasión de demostrarlo.

Por lo visto en la cuestión del golf había ganado mi padre.

Tampoco era que él se hubiera conformado con vivir como esperaban sus padres, haciéndose cargo de la digna granja de la familia. Cuando mi madre y mi padre abandonaron las comunidades donde se habían criado para comprar esa parcela de tierra al final de un camino cerca de un pueblo que no conocían, sé que acariciaban la idea de prosperar criando zorros plateados y, con el tiempo, visones. De niño, mi padre disfrutaba mucho más rastreando trampas que ayudando en la granja o yendo al instituto, y desde luego vio que manejaba más dinero que nunca, así que se le había ocurrido esa idea y apostó por ella, convencido de que sería un negocio de por vida. Invirtió el dinero que logró reunir, y mi madre aportó también sus ahorros de profesora. Mi padre construyó todos los corrales y los cobertizos para los animales, y levantó las alambradas donde vivirían su cautiverio. La parcela de tierra, de doce acres, tenía el tamaño ideal, además de un campo de heno y pastos con que abastecer a nuestra vaca y los caballos viejos que aguardaban su turno para alimentar a los zorros. Los pastos se extendían hasta el río y quedaban resguardados del sol por doce olmos.

Las matanzas estaban a la orden del día, ahora que lo pienso. Había que destazar a los caballos viejos de los que se hacía carne, y en otoño se seleccionaban los animales de pelaje fino que se sacrificarían, para que solo quedaran los ejemplares de cría. Sin embargo yo estaba acostumbrada a todo eso y conseguía olvidarlo sin esfuerzo recreando un escenario depurado que parecía salido de los libros que me gustaban, como *Ana la de Tejas Verdes* o *Pat de Silver Bush*. Para eso me venían muy bien los olmos que se alzaban sobre el pasto, y el río resplandeciente, y la sorpresa de una primavera en que las crecidas inundaron el prado, trayendo su agua a los caballos sentenciados y a la vaca, y también a mí, que saqué una taza de hojalata para beber. Siempre había por allí estiércol fresco, pero yo lo ignoraba, tal como debía de hacer Ana en Tejas Verdes.

En esa época a veces me tocaba ayudar a mi padre, porque mi hermano aún no tenía edad para eso. Bombeaba agua del pozo y recorría las hileras de jaulas, limpiando los bebederos de los animales y llenándolos de nuevo. Recuerdo que lo disfrutaba. La importancia de la tarea, la frecuente soledad, eran justo lo que me gustaba. Más adelante, cuando tuve que quedarme en casa ayudando a mi madre, destilaba

resentimiento y comentarios provocadores. «Respondona», solían llamarme. Mi madre decía que hería sus sentimientos y le iba con el cuento a mi padre, que estaría en el granero y tendría que interrumpir su trabajo para darme unos azotes con la correa. (No era un castigo raro en la época). Cuando terminaba, me iba a llorar a la cama y hacía planes de fuga. De todos modos esa etapa también pasó, y en la adolescencia me volví más dócil, incluso alegre, y me gané fama por contar anécdotas divertidas de cosas que oía en el pueblo o que pasaban en la escuela.

Teníamos una casa de tamaño decente. No sabíamos con exactitud cuándo la habían construido, pero debía de tener menos de un siglo, porque 1858 era el año en que el primer colono se detuvo en un lugar llamado Bodmin, desaparecido ya, y se construyó una balsa, con la que fue río abajo talando los árboles de la tierra que más adelante sería una aldea. Esa primera aldea pronto contó con un aserradero, un hotel, tres iglesias y una escuela, la misma a la que empecé a ir yo y que tanto me horrorizaba. Luego se tendió un puente para cruzar el río, y entonces la gente se percató de que en realidad convenía vivir al otro lado, en un terreno más elevado, de manera que el asentamiento original pasó a ser el arrabal desaliñado, y luego sencillamente peculiar, del que ya he hablado.

Nuestra casa no debió de ser una de las primeras de aquel asentamiento inicial, porque estaba revestida de ladrillo, mientras que todas las demás eran solo de madera, pero probablemente no la levantaron mucho después. Fue construida de espaldas al pueblo; orientada hacia el oeste, miraba en diagonal a unos campos que describían una ligera pendiente hasta el recodo oculto donde el río trazaba lo que se conocía como el gran meandro. Más allá del río había un macizo de árboles de hoja perenne, tal vez cedros, aunque estaban demasiado lejos para distinguirlo. Y más lejos aún, en la ladera de otra montaña, en línea recta frente a la nuestra había una casa que de lejos parecía más bien pequeña, a la que no íbamos nunca ni conocíamos, y que para mí era como la morada de los enanos de los cuentos. Sabíamos, sin embargo, cómo se llamaba el hombre que vivía allí, o que había vivido en otra época, porque a esas alturas quizá hubiera muerto. Roly Grain, se llamaba, y no tiene ningún otro papel en lo que ahora escribo, a pesar de su nombre de ogro, porque esto no es un cuento, tan solo es la vida.

Antes de tenerme a mí, mi madre perdió dos veces la criatura que llevaba en el vientre, así que cuando nací, en 1931, debió de haber cierta satisfacción. Los tiempos, sin embargo, eran cada vez menos halagüeños. La verdad era que mi padre se había metido en el negocio de las pieles un poco tarde. Habría tenido más posibilidades de éxito a mediados de los años veinte, cuando la peletería empezaba a popularizarse y la gente tenía dinero, pero no lo había puesto en marcha entonces. Aun así, nos mantuvimos a flote hasta que llegó la guerra y mientras duró. Incluso cuando terminó, la cosa debió de animarse un poco, porque fue el verano en que mi padre arregló la casa, agregando una capa de pintura ocre sobre el ladrillo visto. Había algún problema con el encaje de los ladrillos en la madera; no aislaban el frío como cabía esperar. Se pensó que con la capa de pintura la cosa mejoraría, aunque no recuerdo si fue así. Además nos hicimos un cuarto de baño, y el inútil montaplatos se convirtió en varios armarios de cocina, y el comedor diáfano que se comunicaba con la escalera pasó a ser un comedor corriente al poner un tabique que cerraba la escalera. Esa última reforma me trajo un consuelo que no me detuve a examinar, porque en la antigua habitación era donde mi padre me había dado aquellas palizas que me hacían morir de amargura y vergüenza. Con el cambio de escenario costaba incluso imaginar que algo así pudiera suceder. Yo ya estaba en el instituto y cada año me iba mejor, a medida que quedaban atrás actividades como coser dobladillos o escribir con pluma, y los estudios sociales pasaban a la historia y se podía aprender latín.

Después del optimismo de aquella época de reformas, sin embargo, nuestro negocio se

agotó de nuevo y ya no volvió a remontar. Mi padre despellejó todos los zorros y luego los visones por el poquísimo dinero que le dieron a cambio, antes de dedicarse durante el día a echar abajo los cobertizos donde había nacido y muerto la iniciativa, y empezar a trabajar en el turno de las cinco en la fundición. No volvía a casa hasta alrededor de medianoche.

Nada más llegar de la escuela me ponía a prepararle el almuerzo a mi padre. Freía dos lonchas de paletilla de cerdo y las bañaba en *ketchup*. Le llenaba el termo de té negro cargado. Metía una magdalena de trigo integral con mermelada, o quizá un buen pedazo de tarta casera. A veces los sábados preparaba una tarta, o a veces la preparaba mi madre, aunque sus dotes reposteras empezaban a fallarle.

Había caído sobre nosotros algo que fue aún más inesperado y que resultaría mucho más devastador que la pérdida de ingresos, aunque todavía no lo supiéramos: la temprana aparición de la enfermedad de Parkinson, que se manifestó por primera vez cuando mi madre rondaba los cuarenta años.

Al principio no fue para tanto. Solo de vez en cuando se le ponían los ojos en blanco con expresión errabunda y los labios se le cubrían de un exceso de saliva apenas visible. Se podía vestir por las mañanas con algo de ayuda y era capaz de hacer tareas esporádicas en casa. Parece increíble que lograra aferrarse tanto tiempo a no sé qué fuerza interior.

Podría pensarse que fue demasiado. El negocio al traste, la salud de mi madre a peor. En la ficción no funcionaría. Curiosamente, sin embargo, no la recuerdo como una época infeliz. En casa no cundió el desconsuelo más que de costumbre. Quizá entonces no se supiera que mi madre no iba a reponerse, que solo podría empeorar. Mi padre, por su parte, se mantuvo fuerte, y así seguiría mucho tiempo aún. Se sentía a gusto entre sus compañeros de la fundición, que en su mayoría eran hombres como él, que habían sufrido algún bache o que soportaban en la vida una carga adicional. Además de ser el vigilante del primer turno de la noche, disfrutaba del reto que entrañaba su trabajo que consistía en verter en moldes metal al rojo vivo. La fundición fabricaba cocinas económicas de forja, que se vendían en todo el mundo. Era un trabajo peligroso, pero, como decía mi padre, bastaba con ir con cuidado. Y la paga era digna, una novedad para él.

Creo que se marchaba contento, aunque fuera para hacer aquel trabajo duro y arriesgado. Para salir de casa y estar en compañía de otros hombres que tenían sus propios problemas pero salían adelante.

Cuando mi padre se iba, me ponía con la cena. Podía preparar platos que a mí me parecían exóticos, como espaguetis o tortillas, siempre que fueran baratos. Y al terminar de lavar los platos —mi hermana tenía que secar, y a mi hermano había que irle detrás para que tirara el agua sucia en la tierra oscura del campo (podría haberlo hecho yo, pero me gustaba dar órdenes)—, me sentaba con los pies metidos en el calentaplatos, que se había quedado sin puerta, y leía las gruesas novelas que sacaba de la biblioteca municipal: *Gente independiente*, que trataba de la vida en Islandia, mucho más dura que la nuestra, aunque vista con una grandiosidad irrenunciable, o *En busca del tiempo perdido*, que no alcanzaba a entender, pero no por ello se me ocurrió abandonarla, o *La montaña mágica*, que hablaba de la tuberculosis y se debatía entre lo que por un lado parecía un concepto de la vida genial y progresista y, por el otro, una oscura desesperación que de algún modo resultaba emocionante. Nunca dedicaba ese tiempo precioso a los deberes de la escuela, pero cuando llegaban los exámenes hincaba los codos y me pasaba casi toda la noche en vela, empollando. Mi memoria a corto plazo era prodigiosa, y con eso solía cumplir.

A pesar de lo que pudiera parecer, me consideraba afortunada.

De vez en cuando mi madre y yo hablábamos, sobre todo de sus tiempos de juventud. Ya casi nunca me inmiscuía en su manera de ver las cosas.

Varias veces me contó una historia relacionada con la casa que entonces era propiedad de Waitey Streets, el veterano de guerra que se asombraba de cuánto me costaba acabar los estudios. La historia no concernía a Waitey, sino a una vieja loca que había vivido en aquella casa mucho antes que él, la señora Netterfield. A la señora Netterfield le entregaban a domicilio la compra que previamente encargaba por teléfono, como entonces hacíamos todos. Mi madre contaba que un día el tendero se olvidó de ponerle la mantequilla, o ella se olvidó de pedirla, y cuando el mozo del reparto abrió el maletero de la camioneta, la señora se alteró mucho al advertir el error. Y en cierto modo estaba preparada. Llevaba el hacha en una mano y la levantó como si fuera a castigar al mozo, que por supuesto no tenía ninguna culpa y no tuvo más remedio que correr hasta el asiento del conductor y arrancar sin ni siquiera cerrar el maletero.

Algunos detalles de esa historia eran desconcertantes, aunque entonces yo no me los planteara, ni mi madre tampoco. ¿Cómo pudo saber la anciana de buenas a primeras que entre tantas compras faltaba la mantequilla? ¿Y por qué iba a blandir un hacha antes de saber que había un error en el pedido? ¿La llevaba consigo a todas partes, por si se presentaba cualquier provocación?

Se decía que de joven la señora Netterfield había sido toda una dama.

Había otra historia sobre la señora Netterfield que tenía más interés, porque aparecía yo en ella y sucedía en los alrededores de nuestra casa.

Era un hermoso día de otoño. Sacaron mi cochecito y me pusieron a dormir en la pequeña parcela de césped recién brotado. Mi padre iba a pasar fuera toda la tarde, quizá ayudando a su padre en la antigua granja, como a veces hacía, y mi madre estaba lavando ropa en el fregadero. La llegada de un primer bebé se celebraba con un montón de prendas de punto, cintas de raso, cosas que se lavaban a mano con cuidado, en agua templada. No había una ventana por la que mi madre pudiera mirar afuera mientras lavaba y escurría la ropa en el fregadero. Para echar una ojeada, había que cruzar el cuarto hasta la ventana que daba al norte. Desde ahí se veía el camino que iba desde el buzón hasta la casa.

¿Por qué mi madre decidió dejar de lavar y escurrir para ir a echar una ojeada al camino? No esperaba compañía. Mi padre no se estaba demorando. Quizá le había pedido que comprara algo en la tienda, algo que necesitaba para la cena que pensaba preparar, y se preguntaba si llegaría con tiempo. En aquella época era una cocinera bastante sofisticada; más, de hecho, de lo que su suegra y las demás mujeres de la familia de mi padre consideraban necesario. Y encima con lo que costaba, como decían ellas.

O quizá no tuviera nada que ver con la cena, sino con un patrón de ropa que mi padre debía recoger, o un trozo de tela para un vestido nuevo que ella quería hacerse.

Mi madre después nunca dijo por qué lo había hecho.

Los celos sobre cómo cocinaba mi madre no eran el único problema con la familia de mi padre. Seguro que también hablaban de su manera de vestir. Recuerdo por ejemplo que en casa solía ir vestida de calle, aunque solo estuviera fregando cacharros en la cocina. Hacía una siesta de media hora después del almuerzo y al levantarse siempre se cambiaba de ropa. Más tarde, al ver fotografías de la época, llegué a la conclusión de que aquella moda no la favorecía, ni a ella ni a nadie. Los vestidos no tenían forma, y aquel corte de pelo a lo paje no iba con la cara llena y fofa de mi madre. No debía de ser esa, sin embargo, la objeción de las mujeres de la familia de mi padre que vivían lo bastante cerca para vigilar sus hábitos. No parecía que se hubiera criado en una granja, o que tuviera intención de quedarse en una mucho tiempo.

Mi madre no vio el coche de mi padre enfilando el camino, sino a la anciana, a la señora Netterfield, que debía de venir andando desde su casa. La misma casa donde, mucho después, yo vería al manco que me tomaba el pelo con sus bromas, y donde

una sola vez vi a su mujer, una señora de pelo corto llenando un balde de agua. La casa desde la que, mucho antes de que supiera nada de ella, la vieja loca había perseguido al mozo del reparto con un hacha por el asunto de la mantequilla.

Mi madre tuvo que haber visto a la señora Netterfield en varias ocasiones antes de distinguirla acercándose a nuestra casa. Tal vez nunca hubieran hablado, pero es posible que sí. Puede que mi madre se empeñara en hacerlo aunque mi padre le dijera que no hacía falta, quizá advirtiéndola de que podía traerle problemas. Mi madre se compadecía de gente como la señora Netterfield, siempre que fueran personas educadas.

Sin embargo, en ese momento no pensó en amabilidades ni buenos modales. En ese momento lo que hizo fue salir corriendo por la puerta de la cocina para sacarme del cochecito. Dejó el cochecito y las mantillas donde estaban, entró corriendo en casa conmigo en brazos e intentó cerrar la puerta de la cocina. De la puerta delantera no había que preocuparse, porque siempre estaba cerrada con llave.

Pero con la puerta de la cocina había un problema. Por lo que sé, nunca tuvo una cerradura como es debido. Simplemente había costumbre, por la noche, de apoyar una de las sillas de la cocina contra la puerta, e inclinarla de manera que el respaldo de la silla encajara bajo el pomo, de modo que si alguien la empujaba para entrar armara mucho ruido. Una forma un tanto caprichosa de mantener la seguridad, me parece, y que tampoco era muy acorde con el hecho de que mi padre tuviera un revólver en casa, en un cajón del escritorio. Además, como era natural en la casa de un hombre que mataba caballos con regularidad, había un rifle y un par de escopetas. Descargados, por supuesto.

¿Pensó mi madre en hacerse con un arma, cuando atrancó bien la puerta de la cocina?
¿Habría empuñado un arma en su vida, o sabría cargarla?

¿Se le pasó por la cabeza que quizá la anciana solo quisiera hacerle una visita amable, un gesto de buena vecindad? No lo creo. Debía de advertirse una diferencia en el andar, una determinación en el modo de acercarse de una mujer que no era una vecina que viene por el sendero, que no eran buenas intenciones lo que la traía por el camino de nuestra casa.

Puede que mi madre rezara, aunque nunca lo mencionó.

Supo que alguien examinaba las mantillas del cochecito, porque justo antes de bajar la persiana de la puerta de la cocina vio revollear una de esas mantillas, que aterrizó en el suelo. Después ya no intentó bajar las persianas de ninguna otra ventana, sino que me estrechó en sus brazos y se quedó en un rincón donde no pudiera ser vista.

No hubo una llamada cortés en la puerta, aunque tampoco trataron de empujar la silla. No hubo porrazos ni golpeteos. Mi madre, en el escondite junto al montaplatos, esperaba que, contra toda lógica, el silencio significara que la mujer había cambiado de idea y había dado media vuelta.

No fue así. La mujer empezó a caminar alrededor de la casa, tomándose su tiempo para detenerse en todas las ventanas de la planta baja. No había postigos, claro, porque era verano. La mujer podía pegar la cara a todos los vidrios. Las persianas estaban subidas hasta arriba, porque hacía buen día. La mujer no era muy alta, pero no necesitaba ponerse de puntillas para ver el interior.

¿Cómo sabía mi madre esas cosas? No es que se pusiera a correr de acá para allá conmigo en los brazos, escondiéndose detrás de cada mueble, atisbando hacia fuera, angustiada de terror por si se encontraba con la mirada desencajada y acaso una sonrisa demente.

Se quedó junto al montaplatos, ¿qué otra cosa podía hacer?

También estaba el sótano. Allí las ventanas eran demasiado pequeñas para que nadie pudiera colarse, pero la puerta del sótano no tenía pestillo por dentro. En cierto modo habría sido aún más horrible quedarse atrapada a oscuras allí abajo, si a la mujer al

final le hubiera dado por entrar en la casa a empujones y bajar las escaleras. También estaban las habitaciones de arriba, pero para llegar allí mi madre habría tenido que cruzar el salón principal, la estancia amplia donde en el futuro tendrían lugar las palizas pero que perdió su malevolencia después de que cerraran la escalera.

No sé cuándo fue la primera vez que mi madre me contó esta historia, pero me da la impresión de que las versiones más tempranas se acababan allí, con la señora Netterfield pegando la cara y las manos contra el vidrio mientras mi madre se escondía. En versiones posteriores, en cambio, llegaba un punto en que no todo quedaba en miradas a través de las ventanas. La impaciencia o la rabia se apoderaban de la mujer y empezaban los golpeteos y los porrazos. Nunca se mencionaron gritos. Quizá a la anciana le faltara el aliento. O tal vez olvidó para qué había venido, una vez se le agotaron las fuerzas.

En cualquier caso, se rindió; eso fue todo. Después de recorrer todas las ventanas y las puertas, se marchó. Por fin mi madre se armó de valor para ir a comprobar el silencio que rodeaba la casa y llegó a la conclusión de que la señora Netterfield se había ido a otra parte.

Aun así, no desatrancó la puerta hasta que volvió mi padre.

No quiero dar a entender que mi madre hablara de esto a menudo. No era parte del repertorio que fui conociendo y que, en buena medida, me parecía interesante. Su empeño por llegar al bachillerato. La escuela donde dio clases, en Alberta, a la que los niños iban a caballo. Los amigos que tuvo en la escuela normal, las inocentadas que se hacían.

Yo siempre descifraba lo que decía, aunque a menudo, a medida que se le entorpeció el habla, otra gente no podía. Me convertí en su intérprete, y a veces me embargaba la pena cuando, al repetir sus frases intrincadas o lo que ella consideraba bromas, me daba cuenta de que las amables visitas que se paraban a hablar se morían por irse cuanto antes.

La visitación de la anciana señora Netterfield, como ella se refería al incidente, era un tema del que nunca me pidió que hablara, aunque yo debía de saberlo hacía mucho. Recuerdo haberle preguntado en alguna ocasión qué había sido de la mujer después.

«Se la llevaron —dijo—. Sí, desde luego, creo que sí. No la dejaron morir sola».

Después de casarme y mudarme a Vancouver seguí recibiendo el semanario que se publicaba en el pueblo donde me crie. Me parece que alguien, quizá mi padre y su segunda mujer, se encargaron de pedirme una suscripción. Normalmente apenas le echaba un vistazo, pero una vez al hojearlo topé con el apellido Netterfield. No se trataba de alguien que viviera en el pueblo en ese momento, sino que al parecer era el apellido de soltera de una mujer de Portland, Oregón, que había escrito una carta al periódico. Esa mujer, como yo, seguía suscrita al semanario de su pueblo natal y había escrito un poema sobre su infancia allí.

*Sé de una ladera cubierta de hierba
sobre un río claro,
un lugar de paz y goce
del que atesoro recuerdos gratos...*

Había varias estrofas, y mientras las leía empecé a entender que la mujer hablaba de las mismas riberas que yo creía que me pertenecían solo a mí.

«Los versos que remito nacen de mis tempranos recuerdos de aquella ladera —decía—. Si merecen un pequeño espacio en su consagrado periódico, vaya mi gratitud por ello».

*El sol sobre el río
con un sinfín de destellos brilla
y veo la alegría que las flores silvestres
siembran más allá, en la otra orilla...*

Esa era nuestra orilla. Mi orilla. Otra estrofa hablaba de un bosquecillo de arces, pero creo que en eso a la mujer la traicionaba la memoria: eran olmos, que para entonces habían muerto todos por la plaga holandesa.

El resto de la carta aclaraba las cosas. La mujer decía que su padre, que se apellidaba Netterfield, había comprado una parcela de las tierras del gobierno en 1883, en lo que entonces se llamaba el arrabal. La parcela llegaba hasta el río Maitland.

Al cruzar el arroyo bordeado de iris,

la sombra de los arces se extendía

y en las riberas anegadas

blancos gansos comían en bandadas.

La mujer obviaba, igual que habría hecho yo, que los cascos de los caballos enturbiaban y ensuciaban el manantial. Y por supuesto no mencionaba el estiércol.

Lo cierto es que años atrás yo también había compuesto unos poemas de carácter muy similar, aunque para entonces se habían perdido o quizá ni siquiera llegaron a escribirse. Versos que ensalzaban la naturaleza, y que luego costaban de cerrar. Debí de componerlos en la época en que era tan intolerante con mi madre, y mi padre me quitaba la desconsideración a correazos. O me molía a palos, como la gente solía decir entonces tan pancha.

Esa mujer decía que había nacido en 1876. Había pasado su juventud, hasta que se casó, en la casa de su padre. La casa estaba donde acababa el pueblo y empezaba el campo abierto, y daba a poniente.

Nuestra casa.

¿Es posible que mi madre no lo supiera, que nunca supiera que nuestra casa era la misma en la que había vivido la familia Netterfield, y que la anciana estaba mirando por las ventanas de la que en otros tiempos había sido su casa?

Es posible. En mi vejez, el asunto ha acabado interesándome hasta el punto de ponerme a indagar en registros y meterme en tediosas averiguaciones, y he descubierto que varias familias distintas fueron propietarias de aquella casa desde que los Netterfield la vendieron hasta que mis padres se fueron a vivir allí. Cabría preguntarse por qué se deshicieron de la casa en vida de la mujer. ¿Se habría quedado viuda, sin medios? Quién sabe. ¿Y quién fue la persona que, según mi madre, vino a llevársela? Quizá su hija, la misma mujer que escribía poemas y vivía en Oregón. Quizá esa hija, adulta y distante, era la que la anciana buscaba aquel día en el cochecito. Justo después de que mi madre me sacara desesperadamente y entrara corriendo a casa, según decía, para salvar una vida querida.

La hija no vivía muy lejos de donde más adelante yo viviría un tiempo, ya de adulta. Pude escribirle, o visitarla. Si no me hubieran absorbido tanto mi propia vida familiar y mi siempre frustrante afán por escribir. Aunque con quien de verdad hubiera querido hablar entonces era con mi madre, que ya no estaba.

No volví a casa la última vez que mi madre cayó enferma, ni para su funeral. Tenía dos hijas pequeñas, y a nadie en Vancouver con quien dejarlos. No estábamos para gastar dinero en viajes, y mi marido despreciaba las formalidades. Aunque ¿por qué achacárselo a él, de todos modos? Yo sentía lo mismo. Solemos decir que hay cosas que no se pueden perdonar, o que nunca podremos perdonarnos. Y sin embargo lo hacemos, lo hacemos una y otra vez.

- © 2003, Marcelo Cohen, por la traducción de «Odio, amistad, noviazgo, amor, matrimonio», «Los muebles de la familia», «Postes y vigas» y «Ver las orejas al lobo».
- © 2005, Carmen Aguilar, por la traducción de «Escapada», «Pronto» y «Pasión».
- © 2008, Isabel Ferrer Marrades y Carlos Milla Soler, por la traducción de «La vista desde Castle Rock», «Trabajar para ganarse la vida», «Ayuda doméstica» y «Mi casa».
- © 2011, Flora Casas Vaca, por la traducción de «Dimensiones», «Madera», «Juego de niños» y «Demasiada felicidad».
- © 2012, Eugenia Vázquez Nacarino, por la traducción de «Llegar a Japón», «Amundsen», «Tren», «El ojo» y «Vida querida».
- © 2014, Eugenia Vázquez Nacarino, por la traducción de «El amor de una mujer generosa», «Las niñas se quedan» y «El sueño de mi madre».
- © 2014, Aurora Echevarría Pérez por la traducción de «Yakarta».
- © 2014, Francisco J. Ramos, por la traducción de «Alice Munro en sus propias palabras».



ALICE MUNRO (Wingham, Ontario, Canadá, 1931). Creció en el seno de una familia de granjeros, y estudió en la Universidad de Western Ontario. Es autora de doce volúmenes de relatos, tres antologías y una novela. Sus cuentos han aparecido en revistas como *The New Yorker*, *Atlantic Monthly* o *The Paris Review* y han sido traducidos a trece idiomas. A lo largo de su destacada trayectoria ha recibido numerosos galardones, entre los que destacan los canadienses Governor General's Award (en tres ocasiones) y Giller Prize (en dos), los estadounidenses National Book Critics Circle Award, Rea Award y Lannan Literary Award, el inglés W. H. Smith Award y el italiano Premio Ennio Flaiano, así como el prestigioso Man Booker International Prize, que le fue otorgado en 2009 por la gran contribución de su obra al panorama literario mundial. En 2013 le fue concedido el Premio Nobel de Literatura.

La autora, que ha cumplido los ochenta y tres años, decidió hace poco dejar de escribir, y *Todo queda en casa* es la antología definitiva de los cuentos que han marcado toda su carrera.

Notas

^[1] Esta entrevista, realizada por Stefan Åsberg para la televisión sueca, sirvió como discurso de agradecimiento de la autora a la Academia sueca tras serle otorgado el Premio Nobel en octubre de 2013. <<